Alfonso Reyes,

"un hijo menor de la palabra"

ANTOLOGÍA

Selección, prólogo y semblanza

Javier Garciadiego



VIDA Y PENSAMIENTO DE MÉXICO

Alfonso Reyes (Monterrey, 1889-Ciudad de México, 1959), uno de los humanistas mexicanos más importantes y prolíficos, fue un escritor infatigable que dedicó su tiempo a la vida intelectual, dejando tras de sí una obra monumental tanto por su volumen y dimensión como por la diversidad de géneros literarios y amplitud temática. Tuvo una destacada carrera que lo llevó a desempeñar cargos diplomáticos en varios países y a presidir La Casa de España (luego El Colegio de México). Durante la primera década del siglo XX fundó, con otros escritores y artistas, el Ateneo de la Juventud, asociación que concentró a un gran número de jóvenes intelectuales y que enriqueció la cultura de México. Entre 1955 y 1993 el Fondo publicó los 26 volúmenes de sus *Obras completas* (Letras Mexicanas) y en 2010 inició la publicación de su *Diario*.

Javier Garciadiego (Ciudad de México, 1951) es especialista en historia mexicana, con extensos estudios académicos realizados tanto en México como en diferentes partes del mundo; en particular, se considera discípulo del historiador austriaco Friedrich Katz. Ha contribuido al estudio de la Revolución mexicana, tema sobre el cual ha publicado, entre otros títulos, *Cultura y política en el México posrevolucionario* (2006) e *Introducción histórica a la Revolución mexicana* (2006); coordinó *Así fue la Revolución mexicana*, obra en ocho volúmenes; también es autor de una biografía de Alfonso Reyes (2002). En 2013 ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua. Se ha desempeñado como catedrático en diversas universidades y desde 1991 es profesor-investigador en El Colegio de México, institución que actualmente preside.

ALFONSO REYES, "UN HIJO MENOR DE LA PALABRA"

Alfonso Reyes, “un hijo menor de la palabra”

ANTOLOGÍA

Selección, prólogo y semblanza
JAVIER GARCIADIEGO

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2015
Primera edición electrónica, 2015

Los textos que a continuación se enlistan se reproducen en esta obra gracias a la gentileza de las universidades o instituciones que originalmente los publicaron.
A todas ellas nuestro más cumplido reconocimiento.
"A Pedro Henríquez Ureña, 22 de marzo de 1939", Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña;
"A Victoria Ocampo, 15 de agosto de 1938", Universidad Autónoma Metropolitana;
"A Gabriela Mistral, 9 de enero de 1931", Ediciones Universidad Católica de Chile;
"A Martín Luis Guzmán, 17 de mayo de 1930", Universidad Nacional Autónoma de México;
"A José Vasconcelos, 26 de septiembre de 1920", El Colegio Nacional;
"A Werner Jaeger, 26 de noviembre de 1943", El Colegio de México.

Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar
Imagen: Archivo fotográfico Capilla Alfonsina/INBA, *ca.* 1937.
Cortesía de la Dra. Alicia Reyes, a quien el FCE agradece profundamente.

D. R. © 2015, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-3136-7 (mobi)

Hecho en México - *Made in Mexico*

SUMARIO

Prólogo
Semblanza de Alfonso Reyes

TEXTOS DE ALFONSO REYES

Memoria autobiográfica
Poesía
Ficciones
Cultura, educación y humanismo
Letras mexicanas
Nuestra América
España y su literatura
De algunos escritores europeos
Afición por Grecia
Historia
Teoría literaria

Índice general

A mis hijos, Javier y Emilio,
y también para Polo y Rod,
confiado en que este libro será su introducción
a las maravillosas letras de Alfonso Reyes

PRÓLOGO

I. ¡¿Otra antología?!*

¿Para qué una nueva antología de Alfonso Reyes? ¡Existen decenas de ellas! Los intentos de respuesta acaso resulten insuficientes; probemos alguno. Porque a falta de un libro emblemático, orgánico y autónomo, como los tienen todos los otros grandes escritores mexicanos, Alfonso Reyes fue más bien autor de una obra inmensa y hasta podría decirse que inabarcable, tanto por su volumen y tamaño como por su amplitud temática y su diversidad genérica: salvo novelas, se expresó en todos los géneros: poesía, cuento y ensayo (por igual textos cortos que ambiciosos trabajos cercanos a la monografía académica). Fue, además, un generoso traductor,[1] un prolífico autor de cartas,[2] un diplomático que dejó testimonio de su labor en admirables informes[3] y un hombre que cotidianamente registró sus actividades, sentimientos y vicisitudes en un voluminoso *Diario*.[4] Esto explica que su obra publicada rebase fácilmente la treintena de gruesos volúmenes.

Ante estas dimensiones, y por la multiplicidad de temas y géneros, se hace cada vez más difícil encontrar lectores de toda la obra de Reyes. Además, la ausencia de novelas y la multitud de poemas, cuentos y ensayos breves hace que su obra resulte idónea para ser antologada. Estos argumentos, lo reconozco, explican que hasta el día de hoy se hayan hecho alrededor de setenta antologías de sus incontables escritos.[5] Paso ahora a intentar justificar la elaboración de *otra* antología alfonsina, de una más, la mía.[6] Todo antologador de Reyes confía —¿o más bien sueña?— en que su selección y su ordenamiento harán que finalmente imperen la cordura y la justicia y que Alfonso Reyes tenga el número de lectores que merece, y subrayo la palabra *lectores*, tanto ocasionales como asiduos o lúdicos y críticos, antes que devotos, simples panegiristas del muy apreciable polígrafo. Todo antologador de Reyes, y no soy la excepción, tiene un segundo deseo: que el lector pase de *su* antología a las *Obras completas*, o por lo menos a alguna de las secciones en las que éstas están divididas.[7]

Las antologías de la obra de Reyes también pueden ser clasificables desde diferentes perspectivas: las hay extensas o pequeñas; generales o temáticas; por género literario; locales, nacionales o extranjeras; agotadas o accesibles; añosas y recientes. Incluso hay antologías según el lugar donde fueron publicados originalmente los escritos que contienen. Por último, hay estudiosos que han hecho más de una antología de Reyes. Sí: todo un abanico de antologías. Mencionemos, como botón de muestra, las más acreditadas y significativas; las

de mayor impacto. Las primeras fueron publicadas cuando Reyes aún vivía (pienso en la que hizo Antonio Castro Leal en 1944 para Letras de México: *Dos o tres mundos. Cuentos y ensayos*), aunque comprensiblemente se multiplicaron después de su muerte. Una de las primeras, desafortunadamente muy breve, y por ende poco representativa de la magnitud de la obra de Reyes, fue la que publicó el Fondo de Cultura Económica en 1963, preparada por Alí Chumacero. A ésta siguió, dos años después, la primera de las selecciones de José Luis Martínez, publicada con el título de *Antología de Alfonso Reyes* por la empresa de Bartolomeu Costa-Amic, conocido editor venido a México con el exilio republicano español. Quince años después José Luis Martínez preparó otra antología de Reyes, publicada en 1981 por la Secretaría de Educación Pública, ahora en conjunción con la Universidad Nacional Autónoma de México, que fue reeditada cinco años más tarde, en Madrid, por Alianza Editorial; sus títulos: *Textos* y *Antología general*, respectivamente.

Las selecciones de textos de Reyes hasta aquí mencionadas fueron temáticamente generales y compendiadas en un solo volumen de extensión moderada. Los mejores ejemplos de las antologías más amplias son la que preparó Alfonso Rangel Guerra para El Colegio Nacional, titulada *Recoge el día. Antología temática*, publicada en dos gruesos volúmenes en 1997,[8] y la de Alberto Enríquez Perea, titulada *Alfonso Reyes*, de casi mil páginas y publicada en 2007 por Ediciones Cal y Arena en su colección Los Imprescindibles. En cuanto a las selecciones dedicadas a un solo género literario, o a un solo tema, destacan las siguientes. De poesía, la que hizo Gerardo Deniz en 1993 para la editorial de la revista *Vuelta*, que apareció con el título de *Una ventana inmensa*,[9] así como la que realizó Minerva Margarita Villarreal en 2004 para la Universidad Autónoma de Nuevo León, que lleva por título *Gajo de cielo*. Por lo que se refiere a su prosa de ficción, a su labor cuentística, la primera antología la hizo el reyista nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez, en 1970, para la colección Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica: su título, *Vida y ficción*.[10] Asimismo, en el año 2000 su nieta Alicia Reyes también seleccionó y editó la obra ficcional de su abuelo, con el título de *Cuentos*, para la editorial Océano.

Respecto a las varias antologías temáticas existentes, merecen destacarse la dedicada a la literatura mexicana, seleccionada por Emmanuel Carballo en 1988 para el Fondo Cultural Bancen, así como la dedicada a la literatura española, conformada por Héctor Perea y editada en 1990 por el Fondo de Cultura Económica con el título de *España en la obra de Alfonso Reyes*.[11] Otras destacadas antologías temáticas son: *Alfonso Reyes y la educación*, escogida por Claudia Reyes Trigos y publicada en forma conjunta por la Secretaría de Educación Pública y Ediciones El Caballito, en 1987.[12] Una más, sobre su obra periodística, fue hecha en 2006 por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Otra, sobre América Latina, realizada en 1982 por Martha Robles para la

editorial Nueva Imagen, con el título de *Posición de América*.[13]

Existen muchas otras antologías de Reyes caracterizadas por diferentes factores. Las hay regiomontanas, nacionales y extranjeras, como la preparada por James Willis Robb, *Prosa y poesía*, publicada en 1975 en Madrid por Ediciones Cátedra, o la cubana *Páginas escogidas*, editada en 1978 en La Habana por Casa de las Américas. También hay antologías de Reyes simplemente extraídas de su lugar de publicación original, como *Alfonso Reyes en "El Nacional"*, de Patricia Ortega Ramírez y Fernando García Ramírez, de 1989.[14] Existen las preparadas según el público al que van dirigidas: *Alfonso Reyes para niños*, publicada en 2003 por el Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León, así como *Alfonso Reyes para jóvenes. Infancia y adolescencia*, seleccionada en 2007 para la Secretaría de Educación de Nuevo León por el prestigiado alfonsista Felipe Garrido, seguramente dentro de sus esfuerzos para promover la lectura en el país.

En síntesis, la inmensa obra de Alfonso Reyes, tan rica y diversa, aleccionadora y grata siempre, permite muchos acercamientos antológicos. Además del que aquí se ofrece, el Instituto Tecnológico de Monterrey, por medio de su Cátedra Alfonso Reyes, y el Fondo de Cultura Económica están impulsando una amplia antología temática, que alcanzará la docena de volúmenes. Finalmente, propio de nuestra época, ya existe una antología virtual, que incluye trazos de su poesía, su narrativa y su obra ensayística.[15]

Por lo demás, es de plena justicia que existan tantas y tan variadas antologías de Alfonso Reyes, pues éste consideraba que el género de seleccionar piezas escogidas de literatura —ya sean de un autor, una corriente, una época, un país o una lengua— era muy valioso, ya que permite conocer "más fácilmente" el asunto en cuestión. Para Reyes, las antologías "son más manejables, permiten mayor unidad en menor volumen y dejan sentir y abarcar mejor el carácter general" del autor o de la obra que se pretende conocer. Sin embargo, don Alfonso nos advierte que hay antologías "en las que domina el gusto personal del coleccionista", como las hay también en las que domina "el criterio objetivo".[16] Obviamente, la presente antología fue confeccionada con base en el gusto personal del que esto escribe, aunque se hizo con la pretensión de que sus preferencias coincidan con el valor "objetivo" que lo escogido pueda tener en el conjunto de la obra de Reyes.

II. Motivos institucionales

Otra posible justificación para la publicación de esta antología es la íntima vinculación entre Alfonso Reyes y el Fondo de Cultura Económica. Recuérdese que Reyes vivió lejos del país por casi veinticinco años, entre 1913 y 1938; esto es, la primera mitad de su larga vida de escritor. Comprensiblemente, fue poco lo

que publicó en México. La mayoría de sus primeros libros fue publicada en sus lugares de residencia, determinados por sus años de exilio y por sus destinos diplomáticos: Madrid, París, Buenos Aires y hasta Rio de Janeiro. Fue a partir de que se radicó definitivamente en el país, desde 1939, cuando empezó a publicar consistentemente en editoriales mexicanas, sobre todo en el Fondo de Cultura Económica y en las instituciones a las que entregó sus afanes laborales y sus esfuerzos profesionales: El Colegio de México —primero Casa de España— y El Colegio Nacional.[17]

Alfonso Reyes fue mucho más que un autor —y traductor— del Fondo de Cultura Económica. Fue un emblema, un asesor permanente y el motivo de un auténtico parteaguas en la historia de esta institución. El proceso es fácilmente resumible: preocupado por la reciente crisis económica mundial de 1929, Daniel Cosío Villegas decidió que era urgente que el país contara con economistas profesionales y con funcionarios conocedores de la disciplina. Para ello creó en 1934 el Fondo de Cultura Económica, que se dedicaría a publicar una revista —*El Trimestre Económico*— y libros de economía. A los pocos años su proyecto pudo ser ampliado y transformado, cuando comenzó a llegar al país, buscando refugio, un número apreciable de intelectuales españoles. En tanto exilio político, no eran pocos los dedicados a las ciencias sociales y a las humanidades: llegaron sociólogos, politólogos, historiadores, filósofos y economistas. Cosío Villegas vio inmediatamente la posibilidad de renaturalizar la editorial,[18] con traducciones hechas por los recién llegados, formados en Europa años atrás.[19] Fue así como el Fondo de Cultura Económica se convirtió en una editorial de ciencias sociales y humanidades.[20]

Años después sobrevendría otro cambio decisivo en la historia de esta institución, en el que Reyes tuvo un papel protagónico. Hasta entonces México y la literatura creativa carecían de presencia en la ya reconocidísima casa editorial. Seguramente por presiones de Reyes, en 1952 se creó la colección Letras Mexicanas, y significativamente el primer título fue de él, *Obra poética*, aparecido ese mismo año. Sobre todo, en 1955, para festejar su cincuentenario como escritor, esa colección inició su Serie Mayor con el ambicioso proyecto de las *Obras completas* de Reyes, que alcanzaron los veintiséis tomos. Esto es, la relación entre el Fondo de Cultura Económica y don Alfonso es simbiótica, como lo confirma la aparición de esta antología en 2014, por el doble cumpleaños: a 125 años del nacimiento de Reyes y a 80 de la fundación del Fondo de Cultura Económica.

Poco después de fallecido, el Fondo publicó una muy selecta antología. Me refiero, obviamente, a la preparada por el poeta Alí Chumacero, longevo colaborador de la editorial, ya mencionada páginas atrás. El Fondo de Cultura Económica ha publicado por lo menos otras seis antologías de Reyes: la de Víctor Díaz Arciniega sobre temas americanos, consignada en la nota 13; *Visión de Anáhuac y otros ensayos*, en 1983, para la serie Lecturas Mexicanas, reeditada

en 2004 en la colección conmemorativa del 70 aniversario de la editorial, y *La cena y otras historias*, en 1984, también para la serie Lecturas Mexicanas, ambas coeditadas con la Secretaría de Educación Pública; *Poemas*, seleccionados por el escritor peruano Luis Loayza en 1997; *Diez descansos de cocina* en 1998 para la colección Fondo 2000, y *México en una nuez y otras nueces*, también en la colección Fondo 2000, ambas de mínima extensión.[21]

Posteriormente editó la primera parte de su riquísima correspondencia con Pedro Henríquez Ureña,[22] preparada por uno de los más insignes alfonsistas, José Luis Martínez, director del propio Fondo a mediados de la década de los ochenta; años después apareció otro epistolario igualmente importante, el que mantuviera con Enrique González Martínez.[23] Para confirmar su profundo vínculo con Reyes, el Fondo también publicó sus escritos diplomáticos, preparados por otro gran conocedor del escritor regiomontano, Víctor Díaz Arciniega.[24] Un reciente e importante proyecto alfonsino del Fondo de Cultura es la publicación de una amplia antología, proyectada por Carlos Fuentes y titulada *Capilla Alfonsina:* organizada en los temas o géneros que Fuentes consideró prioritarios; a cada uno de éstos corresponderá un pequeño tomo preparado por un experto.[25] Finalmente, esta editorial sigue embarcada en uno de los más ambiciosos y necesarios proyectos relativos a don Alfonso: la edición —anotada— de su *Diario*, que Reyes puntualmente registrara desde sus años juveniles hasta pocos días antes de su muerte. Este *Diario* está contenido en quince cuadernos manuscritos, de la propia mano de Reyes, los cuales se convertirán en siete tomos, agrupados en otros tantos tramos relevantes de su vida.[26]

III. Particularidades

Como secretario de Educación Pública, Alonso Lujambio nos propuso a Joaquín Díez-Canedo, entonces director del Fondo de Cultura Económica, y a mí que preparáramos una nueva antología de Reyes. Su objetivo era que don Alfonso fuera leído por los mexicanos del siglo XXI, especialmente por sus jóvenes. Su modelo era una antología de José Vasconcelos publicada por el propio Fondo en 2010, como homenaje al creador de la Secretaría de Educación Pública a noventa años de ser fundada. La antología de Vasconcelos tenía características muy notables: titulada *Los retornos de Ulises*, había sido preparada por Christopher Domínguez Michael.[27] Sus rasgos distintivos eran evidentes: contenía un riguroso estudio introductorio, una minuciosa bibliografía y una selección de estudios sobre diversos aspectos de la vida y obra de Vasconcelos; en conjunto, el libro rebasaba las mil páginas.

Desde un principio hice saber al secretario Lujambio y a Díez-Canedo que también consideraba positivo hacer un intento por lograr que los mexicanos del

siglo XXI leyeran a Reyes; sin embargo, también les hice saber que la antología tendría sus propias características. Para comenzar, si el objetivo era que se leyera a Reyes, y no tanto estudios sobre Reyes, no debía contener sección alguna, por pequeña que fuera, con escritos sobre don Alfonso. De hecho, éste ha sido objeto de miles de páginas; más aún, de decenas de miles, y hasta circula una antología, en ocho tomos, de escritos sobre Reyes.[28] No me cabía duda: estos materiales están dirigidos a quienes pretenden estudiar a Reyes, no a quienes simplemente desean leerlo.

El mismo argumento vale para la bibliografía: por valiosa y provechosa que ésta pudiera resultar, se trata de materiales destinados a los estudiosos del tema. En el caso de Reyes, mejor convendría una edición actualizada —no necesariamente impresa— de la minuciosísima bibliografía que le hiciera hace casi treinta años el afamado reyista James Willis Robb.[29] Finalmente, más que hacer un largo estudio introductorio, mi deseo era no dilatar el encuentro del lector con las letras de Reyes. Por eso opté por redactar tan sólo un breve perfil biográfico suyo, una simple semblanza, para que el lector pudiera ubicarlo en sus diversos contextos sociohistóricos e institucionales y en sus principales tramos biográficos.

Así, luego de dos breves secciones introductorias, una explicativa y la otra biográfica, esta nueva antología debía ubicarse entre las otras dos que tiene el Fondo.[30] La de Chumacero, que a la fecha ha alcanzado dieciocho reimpresiones, es demasiado reducida y se concentra en la literatura de creación de don Alfonso: poesía y cuentos, con sólo cuatro ensayos, aunque este género en Reyes es tan libre y ligero que también debe considerarse literatura *de creación*. La otra, la ideada por Carlos Fuentes y todavía en curso de publicación, tiene el problema de que, para conocer la multiplicidad de géneros y temas cultivados por Reyes, el lector tiene la obligación de adquirir los más de diez tomitos en que fue diseñada la colección.

En resumen, la presente antología busca cubrir los principales temas y géneros de Reyes pero en un solo volumen. Organizada en once secciones (“Memoria autobiográfica”, “Poesía”, “Ficciones”, “Cultura, educación y humanismo”, “Letras mexicanas”, “Nuestra América”, “España y su literatura”, “De algunos escritores europeos”, “Afición por Grecia”, “Historia” y “Teoría literaria”), incluye materiales provenientes de los epistolarios de Reyes, así como de su *Diario*, textos que no habían sido aprovechados en las antologías anteriores.[31] Sobre todo, debe quedar claro que esta antología está pensada para ofrecer al lector una generosa introducción a Reyes. Esto es, no incluye textos desatendidos o poco conocidos. Lo que se intentó fue compendiar sus escritos canónicos, cubriendo todos los géneros que cultivó y atendiendo a sus principales intereses temáticos. Dicho esto, consideramos que el lector debe ya adentrarse, sin dilación, en las magníficas letras de uno de nuestros mayores escritores, quien prefería definirse, humildemente, como “un hijo menor de la

palabra".[32]

JAVIER GARCIA DIEGO
El Colegio de México
2014, a 125 años del nacimiento
de Alfonso Reyes y a 55 de su fallecimiento

SEMBLANZA DE ALFONSO REYES

Aunque nació en una familia de la élite porfiriana, y a pesar de haberse dedicado durante veinticinco años a las labores diplomáticas en España, Francia, Argentina y Brasil, Alfonso Reyes distó de tener la vida plácida que el destino parecía tenerle reservada. La de Reyes fue una existencia marcada por un trágico *parteaguas* y con varios años de intenso dramatismo. Tampoco fue una vida hecha desde la torre de marfil, pues también tuvo que enfrentar las exigencias que impone la creación de instituciones. Para aproximarse adecuadamente a ella, su biografía debe dividirse en cinco tramos, precedidos por sus notables antecedentes familiares.[1]

I. Orígenes familiares

Por el lado paterno, la familia Reyes procedía de Nicaragua, habiendo llegado a México el abuelo Domingo a principios del siglo XIX.[2] Hombre interesado en los asuntos públicos, pronto se vinculó con los políticos liberales de Jalisco, región del país donde se había asentado, al grado de casarse con una hermana —Juana— del connotado general Pedro Ogazón. De esta unión nació Bernardo Reyes en 1849, quien desde joven ingresó al ejército liberal que luchara contra los invasores franceses y contra las fuerzas conservadoras mexicanas. Una vez triunfante y restaurado el gobierno republicano, en el decenio de los setenta Bernardo Reyes se dedicó a varias campañas pacificadoras contra pequeños grupos de alzados y bandidos.

Tan pronto se hizo del poder presidencial Porfirio Díaz, en 1877,[3] Reyes se incorporó a su equipo gubernamental, confiándosele varias tareas pacificadoras en los estados de Sonora y —sobre todo— Sinaloa. Algunos años después fue designado jefe de la 3ª Zona Militar, que abarcaba Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas. Pronto se hizo de la gubernatura de la primera de estas entidades, la que gobernó durante varios periodos, desde 1889 hasta 1909, salvo por el intervalo de 1900 a 1902, cuando quedó al frente de la Secretaría de Guerra y Marina en la capital del país.[4] No cabe la menor duda de que Bernardo Reyes era un auténtico procónsul de don Porfirio en el noreste del país, un alto miembro de la reducida élite gubernamental porfirista. Nadie podía negar que, desde 1900 aproximadamente, comenzó a perfilarse como uno de los más serios candidatos a suceder a Díaz, de quien era veinte años más joven.

II. Los primeros años

Siendo Bernardo Reyes gobernador de Nuevo León, el 17 de mayo de 1889 nació en Monterrey su hijo Alfonso, que fue bautizado con este nombre a petición del representante del gobierno español en esa región del país, pues así pretendió honrar a su rey, Alfonso XII. Desde donde se le viera, Reyes nació como un vástago de la más poderosa élite política porfiriana. Su infancia transcurrió en un Monterrey aún rústico pero en una amplia mansión, cuidado y atendido por numerosos sirvientes y asistentes de su padre el gobernador. Sus primeros estudios los hizo en diversas escuelas locales y todos los testimonios existentes lo describen como un niño apacible y tranquilo que padeció constantes, aunque no graves, problemas de salud. Cuando don Bernardo tuvo que trasladarse a la capital del país para integrarse al gabinete porfirista, entre 1900 y 1902, el todavía niño Alfonso Reyes fue inscrito en el Liceo Francés, donde comenzó su estrecho y prolongado contacto con la cultura francesa.

El regreso a Monterrey estuvo marcado por los problemas políticos paternos. Aunque otra vez gobernador, Bernardo Reyes ya no gozaba de la confianza de don Porfirio y la competencia por la sucesión presidencial con el grupo de los *Científicos* fue agriándose día con día. A diferencia de su hermano Rodolfo, once años mayor, que presionaba a su padre para que asumiera una posición política más autónoma,[5] desde adolescente Alfonso Reyes dio muestras de su vocación literaria.[6] Si como niño disfrutaba los cuentos infantiles, luego comenzó a aprovecharse de la biblioteca paterna, en la que conoció a algunos autores clásicos —como Cervantes, Racine, Corneille, Victor Hugo, Dante y Pérez Galdós — en ediciones de gran formato, bellamente ilustradas. Reyes no se redujo a ser un precoz lector; pronto comenzó a escribir, publicando en 1905 en un periódico local, a los dieciséis años, su primer poema: *La duda*.[7]

III. Ciudad de México: días alcióneos y días aciagos[8]

Ese mismo año de 1905 Alfonso Reyes se trasladó, solo,[9] a la Ciudad de México. Interrumpidos sus estudios en el Colegio Civil de Monterrey, su anhelo era concluir sus estudios medios en la Escuela Nacional Preparatoria. Luego ingresó a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, no porque tuviera vocación abogadil sino porque era la profesión que mayores posibilidades le daba para desarrollar una carrera literaria, mediante la obtención de algún empleo que le permitiera escribir con regularidad, ya fuera un puesto en el aparato político o en una representación diplomática, lo que además le permitiría conocer otros países y otras culturas.

Su traslado a la Ciudad de México no sólo le ofrecía libertad y ventajas escolares. También le garantizaba mayores actividades y experiencias culturales.

La realidad pronto superó sus expectativas. Para comenzar, a los pocos meses de llegado a la capital se incorporó a la naciente revista *Savia Moderna*,[10] lo que significaba integrarse a la nueva camada de escritores que pretendían relevar a la generación precedente, los *modernistas*. Al poco tiempo —en 1907— participó en la fundación de la Sociedad de Conferencias y Conciertos, grupo de amigos con los que hizo lecturas colectivas —algunas actuadas—[11] de los clásicos griegos y de los principales filósofos modernos, además de organizar actos musicales y lecturas públicas de poesía. Sobre todo, a finales de 1909 crearon el Ateneo de la Juventud, grupo que tan sólo duró cinco años pero cuyo legado y secuelas definieron la vida cultural mexicana de la primera mitad del siglo XX. Más importante, algunos de sus miembros —Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri y José Vasconcelos, entre otros— serían sus compañeros y amigos por el resto de su vida.[12]

Aquellos años iniciáticos en la Ciudad de México fueron decisivos: además de participar en el Ateneo de la Juventud, Alfonso Reyes definió su vocación e inició el cultivo de los que serían sus temas de interés más constante: la Grecia *clásica*,[13] la literatura francesa moderna, la española —primero la del Siglo de Oro y luego la de la Edad de Plata—,[14] o Goethe y Mallarmé. La presencia de estas temáticas está confirmada desde su primer libro, compuesto por varios ensayos escritos durante aquella experiencia capitalina aunque aparecido en Francia en 1911.[15] Como buen ateneísta, Reyes también estuvo involucrado en la puesta en marcha de la Escuela de Altos Estudios —de la que fue profesor y secretario—, donde comenzó la docencia de algunas disciplinas humanísticas, especialmente literarias.[16]

Esos años también resultaron terriblemente dolorosos para Reyes. Sin exagerar, puede decirse que definieron la personalidad que tendría durante el resto de su vida. Sucedió que entre 1908 y 1909 los seguidores de su padre decidieron presionarlo para que buscara suceder a Porfirio Díaz en la presidencia del país, lo que inmediatamente impactó la vida del joven Alfonso, pues estudiaba en instituciones controladas por los políticos contrarios a su padre, los llamados *Científicos*. La tranquilidad que le produjo la comisión oficial en Europa que el general aceptó a finales de 1909 se hizo añicos cuando éste regresó a México a mediados de 1911, resuelto a desafiar a Francisco I. Madero. Los días alcióneos se tornaron aciagos.[17] Reyes deseaba que su padre se retirara de la política y se dedicara a escribir sus *memorias*, en lugar de involucrarse en un proceso en el que ya no era un protagonista positivo. Con tales deseos Alfonso Reyes demostraba que no conocía a su padre el general.

Los días aciagos acabaron siendo trágicos. Bernardo Reyes se rebeló contra el gobierno maderista a finales de 1911, pero fracasó y fue encarcelado. Después de estar poco más de un año en prisión, fue liberado en la madrugada del 9 de febrero de 1913 por sus principales colaboradores para que encabezara un

cuartelazo contra Madero. Reyes murió al inicio de la rebelión, al pedir que, en forma por demás insensata, le fuera entregado el Palacio Nacional. Los beneficiarios del *golpe* fueron el general Victoriano Huerta, que asumió la presidencia del país, y Rodolfo Reyes, quien aceptó la Secretaría de Justicia, convirtiéndose así para el joven Alfonso en un hermano peor que incómodo por el resto de su vida.[18]

Lo verdaderamente trágico no fue que el general Reyes terminara una apreciable trayectoria militar y política convertido en un *golpista* fallido. Este terrible desenlace se volvió más doloroso por la participación de Rodolfo, quien en lugar de intentar serenar a su padre lo estuvo incitando a que encabezara la lucha contra Madero.[19] Lo peor del caso fue que Alfonso Reyes debió haber buscado disuadir a su padre de sus afanes levantiscos, pero se negó siquiera a intentarlo. Sucedió que, estando su padre en prisión, Alfonso recibió la promesa del presidente Madero, mediante amigos ateneístas como Alberto J. Pani y Martín Luis Guzmán, de que su padre quedaría libre si él lo convencía de que se retirara de la política. Alfonso agradeció el gesto pero tristemente reconoció que carecía de influencia alguna sobre su progenitor; es más, les dijo que éste no le consentía hablar con él de política, pues lo consideraba un hombre incapaz de entender los asuntos del poder.[20]

Sin lugar a dudas la muerte de su padre, por las circunstancias en las que sucedió y por las secuelas familiares y políticas que tuvo, fue su mayor experiencia vital, el *parteaguas* de su vida. Buscando alejarse de un muy doloroso y tenso ambiente familiar y de una comprometedora situación política,[21] Alfonso Reyes aceleró los trámites de su titulación[22] y aceptó ser enviado a París como segundo secretario de la legación mexicana en Francia. Partió a Europa a mediados de 1913: más que emocionado o ilusionado, y a pesar de su cultura francófila, se embarcó sumido en una terrible pesadumbre.[23]

IV. La experiencia europea

Alfonso Reyes viviría en París, Madrid y otra vez en París de mediados de 1913 a principios de 1927. Su anhelada experiencia en la capital francesa fue peor que desilusionante. El trabajo burocrático lo fastidió desde un principio. Para colmo, el ambiente laboral en la oficina era pésimo, puntual reflejo de la situación militar y política que se vivía en México. Seguramente no le era grato representar al gobierno huertista. Sus mejores momentos —acaso los únicos— los pasó con otros jóvenes escritores latinoamericanos, como los peruanos Francisco y Ventura García Calderón,[24] y colaborando con el hispanista Raymond Foulché Delbosc, experto en Luis de Góngora.[25] Para colmo, al año de llegado estalló la primera Guerra Mundial, en agosto de 1914. Por si esto fuera poco, ese mismo mes los revolucionarios antihuertistas tomaron la Ciudad de México. Una de sus

primeras decisiones fue desconocer por entero, sin miramientos ni distingos, al personal diplomático. Desempleado y sin recursos económicos propios suficientes para sobrevivir en un París asediado y bombardeado, e impedido de volver a México, tuvo que trasladarse a la neutral España.

Alfonso Reyes llegó a España sin desearlo, pues no sentía afecto alguno por este país, del que desconocía la literatura del momento. Obviamente, lo hizo sin trabajo y sin los contactos que pudieran ayudarlo a conseguir un empleo. Al principio se relacionó con otros mexicanos que también habían reculado en Madrid, como Martín Luis Guzmán y Jesús Acevedo, y vivió con enormes estrecheces, habitando en lugares de auténtica *picaresca*. En muy poco tiempo había pasado de ser un miembro de la élite mexicana a ser un vencido, un exiliado. Como lo dijera con precisión, lo suyo había sido un "destronamiento".[26]

Poco tiempo después de su llegada comenzó a frecuentar las instituciones y lugares que acostumbraban los escritores españoles, el primero el Ateneo de Madrid. Allí conocería a Enrique Díez-Canedo, al impresor don Rafael Calleja, al director de la editorial La Lectura —Francisco Acebal— y a Juan Ramón Jiménez, quien por cierto quedó gratamente sorprendido por los inimaginables conocimientos del mexicano.[27] A través de estos y de algunos otros nuevos amigos comenzaron a llegarle propuestas laborales: se le pidieron prólogos, le encargaron que editara a algunos autores y obras clásicas, como el *Mio Cid*, Juan Ruiz de Alarcón y Gracián; le solicitaron algunas traducciones de obras de Sterne, Stevenson y Chesterton y lo comprometieron —para su fortuna— a que entregara colaboraciones culturales periódicas en algunas publicaciones locales, en particular las de la familia Ortega. También colaboró con el equipo de jóvenes filólogos encabezado por don Ramón Menéndez Pidal. Fue así como se tuvo que convertir en un "galeote literario",[28] condición que no le impidió escribir algunas páginas de las que él llamaba obra propia: *Cartones de Madrid* y, sobre todo, *Visión de Anáhuac*.[29]

A mediados de 1920 un remoto proceso político-militar ocurrido en México modificó radicalmente su vida. El hecho fue que el presidente Venustiano Carranza fue derrocado por la revuelta de Agua Prieta, mediante la cual llegaron al poder los revolucionarios sonorenses, Álvaro Obregón, Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles. En el nuevo gobierno quedó incorporado José Vasconcelos, su viejo amigo ateneísta, quien logró que Reyes fuera reintegrado al aparato diplomático mexicano, lo que le permitió permanecer en Madrid, pasar de exiliado a diplomático y contar con ingresos económicos estables. El cambio, sin embargo, también le generó problemas familiares, pues se convirtió en empleado del gobierno revolucionario, el que había acabado con la vida de su padre e incautado sus propiedades, el que tenía en el exilio a su hermano Rodolfo.

Al poco tiempo Vasconcelos le pidió que regresara a México para colaborar con él en la flamante Secretaría de Educación Pública. Reyes prefirió permanecer en Madrid, pues sabía que su apellido aún resultaba odioso para la mayoría de

los revolucionarios.[30] Su desempeño diplomático fue satisfactorio, a pesar de que México no era prioritario para España y de que la reforma agraria posrevolucionaria provocó enormes dificultades, al afectar a muchísimos propietarios agrícolas españoles. Además, su labor diplomática fue doble, pues desde un principio actuó como enlace entre los escritores mexicanos y sus pares peninsulares.

Sus actividades diplomáticas le impidieron dedicarse cabalmente a la literatura, aunque mantuvo su presencia en los círculos literarios españoles y estableció una gran amistad con varios escritores de su generación. De otra parte, su nueva situación sociolaboral lo obligó a redefinir su postura frente a su familia. Así como había procesado literariamente la muerte de su padre,[31] ahora tuvo que fundamentar su proceso de liberación familiar. Alfonso Reyes se negó a cargar con los fardos políticos de su padre y su hermano. Decidió ser él el único responsable de su destino, postura que poetizó en *Ifigenia cruel*, escrita y publicada entre 1923 y 1924.[32]

Luego de pasar diez años en Madrid —seis de ellos como exiliado—, y acaso por su lealtad a la rebelión delahuertista, Reyes fue promovido a ministro ante el gobierno francés.[33] Su segunda estancia en París, entre 1924 y 1927, fue plenamente grata. Como era de preverse, también en Francia realizó una doble diplomacia, gubernamental y literaria. Por un lado, tuvo que hacer múltiples desmentidos y precisiones a la prensa local por sus noticias sobre la guerra cristera; por el otro, desarrolló *nuevas redes* y estableció varias amistades con algunos escritores y artistas contemporáneos.[34]

V. Sudamérica

En 1927 Alfonso Reyes alcanzó el rango de embajador y el primer destino que se le asignó fue Argentina. Los objetivos fijados a su nueva encomienda no eran fáciles de cumplir: debía acabar con el aislamiento de México respecto a Sudamérica, fomentar la solidaridad latinoamericana e incrementar el comercio entre ambos países. El problema fue que la rebelión cristera y la violencia electoral en México, que costó la vida a los tres aspirantes a la presidencia,[35] hicieron que Reyes se confrontara constantemente con la prensa, con varias organizaciones sociopolíticas locales, con la Iglesia católica y con algunos altos funcionarios del gobierno argentino.

Como en España, como en Francia, Reyes desarrolló su doble diplomacia, la gubernamental y la literaria. Pronto se hizo amigo de numerosos escritores, jóvenes —Jorge Luis Borges y Ricardo E. Molinari, entre otros— o consolidados —Ricardo Güiraldes y Ricardo Rojas—, y participó en diversos proyectos editoriales, como los *Cuadernos del Plata*, el único número de la revista *Prisma* y la fundación de la mítica revista *Sur*, de Victoria Ocampo.[36] Además, intentó ser

un intermediario entre ambas literaturas, para que los escritores mexicanos fueran leídos y publicaran en Argentina, y para que en México se conociera la literatura porteña.

En abril de 1930 Reyes fue trasladado a la embajada mexicana en Brasil. Al principio lamentó haber llegado a un Rio de Janeiro que suponía más atrasado literariamente. Temeroso de un amenazador aislamiento, Reyes diseñó uno de sus grandes inventos literarios: *Monterrey*, entre correo impreso y revista individual,[37] a fin de mantenerse comunicado con sus amigos escritores y para que éstos supieran qué leía y escribía en el remoto Brasil. Su nueva labor diplomática no fue sencilla: le correspondieron años de enorme inestabilidad política, con Getulio Vargas como principal protagonista. Para colmo, las relaciones entre ambos países fueron muy tirantes: en respuesta a las críticas de las autoridades y de numerosos intelectuales mexicanos a las posturas políticas brasileñas, que fueron consideradas fascistas, la embajada en Rio fue objeto de varias agresiones.[38] Aun así, su experiencia en Brasil terminó siendo más que placentera, debido a su enamoramiento de la naturaleza brasileña, comenzando por la femenina.[39]

Después de cinco años de labor diplomática en Rio de Janeiro, Reyes fue enviado otra vez a Buenos Aires, para una segunda etapa como embajador en Argentina. A diferencia de la primera, tan notoriamente literaria, ésta fue básicamente política,[40] pues casi al mismo tiempo que desembarcaba por segunda ocasión en el Río de la Plata estallaba la Guerra Civil en España, proceso que definió su labor en Buenos Aires. Reyes no sólo se dedicó a defender la postura del gobierno mexicano —léase cardenista— frente a la lucha española, posición diametralmente opuesta a la del gobierno argentino, sino que lo hizo apasionadamente, con un celo muy particular, pues se trataba de defender al gobierno republicano y su proyecto, en los que estaban muy involucrados muchos de los amigos que Reyes había hecho durante sus diez años madrileños. Su defensa del gobierno legal español fue producto de un doble compromiso, oficial y personal, y terminó por provocarle varios malentendidos con la cancillería argentina.[41]

De hecho, fueron tantas las diferencias entre ambos gobiernos, que el mexicano decidió cerrar temporalmente su embajada en Buenos Aires, ordenándole a Reyes que regresara a México a principios de 1938. Tenía veinticinco años de no vivir en México y se le advirtió que laboralmente quedaría "en disponibilidad" de la Secretaría de Relaciones Exteriores. No puede negarse: Reyes tuvo dudas sobre su futuro. Especuló sobre la posibilidad de radicarse en Buenos Aires para trabajar en cualquiera de sus editoriales amigas, Sur o Losada.[42] Recibió también un ofrecimiento de la Universidad de Texas, que lo quería como profesor de literatura hispanoamericana, que rechazó porque "no quiero desterrarme, volverme pocho", y porque "supone para mí enterrarme de

por vida en un ambiente al que no estoy hecho… Supone, además, entregarme a la enseñanza de cosas literarias y lingüísticas elementales, con sacrificio de mis letras…"[43]

Aunque Reyes siempre insistió en que le disgustaba la política, lo cierto es que terminó siendo un valiosísimo diplomático, muy identificado con los principios del Estado mexicano posrevolucionario. Su lealtad y capacidad eran plenamente reconocidas. Por ello, ante el boicot sufrido por el país después de la expropiación petrolera, Reyes fue uno de los diplomáticos enviados urgentemente al extranjero, para que vendieran petróleo en cualquier mercado. Así pasó la segunda mitad de 1938, pero aunque sus manos terminaron por oler a petróleo, fue incapaz de vender un solo barril. Claramente, esa labor no era la suya. Su destino era otro.

VI. México: mutuo reencuentro

Alfonso Reyes regresó a México a principios de 1939, y viviría en el país los últimos veinte años de su vida. Su nombre sólo era conocido por los escritores. Su apellido era duramente identificado por los políticos. La sociedad, cuando más, recordaba sin afecto la muerte de su padre. Sus dudas y temores pronto se disiparon, pues en marzo fue designado presidente de la recientemente fundada Casa de España en México, creada para coordinar las labores de los intelectuales invitados por el gobierno de Cárdenas mientras durara el conflicto bélico en España. Contra el diagnóstico inicial, el gobierno republicano fue derrotado. Numerosos intelectuales españoles solicitaron asilo en México. Para aprovecharlos debidamente, La Casa de España tuvo que modificar su naturaleza y sus dimensiones, convirtiéndose en El Colegio de México en octubre de 1940. Presidir esta institución no sólo dio estabilidad laboral y económica a Alfonso Reyes. También le brindó la oportunidad de pagar la deuda que tenía con los mismos españoles que lo apoyaron en sus duros años de exilio madrileño, entre 1914 y 1920.[44]

El regreso definitivo a México permitió que Reyes pasara del nomadismo diplomático al sedentarismo académico. También le permitió escribir más y dar coherencia editorial a su obra. Hasta entonces había publicado la mayoría de sus libros y artículos en los países de sus destinos diplomáticos. A partir de su regreso pudo concentrar sus publicaciones en dos o tres instituciones: el Fondo de Cultura Económica, La Casa de España o El Colegio de México y El Colegio Nacional.[45] Su estabilidad también se reflejó en sus necesidades bibliotecarias: durante sus muchos años en el extranjero la mayoría de sus libros estuvo guardada en cajas en la casa de su suegra, pero al volver a México construyó la célebre Capilla Alfonsina, adyacente a su domicilio.[46]

A pesar de que la estabilidad política y el crecimiento económico fueron el

marco ideal para que Alfonso Reyes obtuviera en México estabilidad profesional y personal, lo cierto es que su regreso no fue tan terso como pudiera parecer. Haber tenido que concluir una intensa aventura amorosa en Brasil le provocó una enorme desdicha. También la mala salud y los problemas profesionales de su único hijo lo agobiaban permanentemente. Asimismo, le dolió descubrirse como un autor poco leído en su propio país, seguramente por su prolongada lejanía física y porque sus libros, publicados casi todos en el extranjero, eran aquí de difícil acceso. Más que desconocido, sus letras estaban ausentes del proceso literario nacional.[47] Peor aún, en algunos círculos literarios fue abiertamente rechazado, acusado de ser un autor extranjerizante, sin vinculación alguna con México.[48] En síntesis, era apreciado pero no leído, y se le respetaba pero no influía en el ámbito cultural mexicano. Su ausencia había sido demasiado larga. Paradójicamente, el nacionalismo posrevolucionario imperante dio sentido y significación a su concepción literaria. En efecto, Reyes se dedicó a difundir la literatura internacional en el país, especialmente la del periodo antiguo, la de la Grecia clásica. Así, al volver al país Alfonso Reyes pudo cumplir su viejo afán civilizatorio, anunciado desde sus años juveniles del Ateneo. Con ello logró lo que desde la antigüedad se considera uno de los mayores afanes humanos, la coherencia vital. En resumen, a través de La Casa de España y luego en El Colegio de México, así como mediante sus conferencias en El Colegio Nacional a partir de 1943, Reyes finalmente colaboraría en los esfuerzos educativos del Estado mexicano.

Su regreso definitivo al país se dio en un contexto favorable a su labor. Para comenzar, a partir de 1940 se moderaría el nacionalismo imperante en los dos decenios previos y desaparecería la agresividad social del discurso revolucionario. Además, el país tendría la estabilidad política adecuada y los recursos económicos necesarios para ir construyendo varias instituciones educativas y culturales, en muchas de las cuales habría de participar Reyes.[49] De otra parte, por razones ideológicas los revolucionarios del periodo armado habían dejado de gobernar el país y la sociedad ya no recordaba vitalmente los conflictos de entonces, por lo que el apellido Reyes había dejado de ser un fardo o, peor aún, un anatema. Ya no había lugar para los fantasmas políticos que tanto lo habían asediado desde 1910, sus días y años aciagos.

Su ausencia y lejanía tendrían que corregirse con su presencia, discreta pero distinguible. Recuérdese que primero se le confió la dirección de La Casa de España y de El Colegio de México; luego ingresaría, en abril de 1940, a la Academia Mexicana de la Lengua,[50] y sería miembro fundador, en 1943, de El Colegio Nacional. El verdadero reconocimiento de su obra lo alcanzó en 1945, cuando fue el primero en obtener el Premio Nacional de Literatura.[51] Además de ser un hombre reconocido, admirado sin ambages, pronto Reyes se convirtió en un hombre influyente. Comprensiblemente, su fuerza se hizo evidente en el

ámbito editorial: recuérdese que el Fondo de Cultura Económica era una editorial dedicada a las ciencias sociales y a las disciplinas humanas. Sin embargo, en 1952, dieciocho años después de fundada, tuvo su primera colección literaria, la célebre Letras Mexicanas,[52] cuyo volumen inicial fue, significativamente, la *Obra poética* de Alfonso Reyes.

Ajeno a las responsabilidades diplomáticas, dedicado plenamente a labores culturales y educativas, y pudiendo disponer de su biblioteca, de sus materiales de trabajo, a pesar de su mala salud[53] Alfonso Reyes tuvo veinte años prolíficos desde su regreso a México. Sus nuevos títulos aparecieron año tras año, así algunos provinieran de viejas páginas aquí reorganizadas. También pudo reeditar viejos libros prácticamente desconocidos en México. Acaso el mejor ejemplo sean sus *Simpatías y diferencias*, muy representativo dentro de la totalidad de su obra, publicado en dos volúmenes en México en 1945, que rescataban cinco pequeños tomos publicados en Madrid en la primera mitad de los años veinte.[54] Otro ejemplo podrían ser sus decisivos *Visión de Anáhuac* e *Ifigenia cruel*, aparecidos por primera vez en México en 1944 y 1945, cuando sus ediciones originales eran, más que desconocidas en el país, casi míticas.[55]

Si durante los últimos veinte años de su vida Reyes escribió menos poesía y dio preferencia a los temas helénicos, más por placentera difusión que como obra erudita, al final de su vida puso mucha atención en dos asuntos: escribió no pocas páginas memorísticas, sobre su familia, su Monterrey y su infancia,[56] acaso acicateado por la muerte de su hermano Rodolfo, en 1954, con quien había evitado toda competencia y polémica.[57] Sobre todo, sus últimos años de vida los dedicó a la organización de sus *Obras completas*. De sus veintiséis gruesos volúmenes, Reyes llegó a ver impreso el tomo X y pudo cuidar editorialmente los tomos XI y XII.[58]

En esos sus últimos años Alfonso Reyes llegó a ser, indiscutiblemente, el *Patriarca* de la literatura mexicana,[59] como lo muestran las constantes visitas que recibía de los entonces escritores en ciernes, quienes peregrinaban a la Capilla Alfonsina en búsqueda de ayuda y consejo. Así lo hicieron Octavio Paz, Carlos Fuentes, Jaime García Terrés y Ramón Xirau, entre muchos otros. Más aún, no eran pocos los rumores que lo asociaban a un futuro premio Nobel,[60] merecida posibilidad que se evaporó con su muerte, a finales de diciembre de 1959. Especulaciones inútiles aparte, es indiscutible que Reyes fue el mayor hombre de letras de la primera mitad del siglo XX mexicano,[61] y que es un escritor que seguirá siendo leído hoy y mañana. Su lectura siempre será placentera y provechosa, grata y auténticamente civilizadora.

JAVIER GARCIA DIEGO
El Colegio de México

MEMORIA AUTOBIOGRÁFICA

PASADO INMEDIATO*

EL PROBLEMA. La historia que acaba de pasar es siempre la menos apreciada. Las nuevas generaciones se desenvuelven en pugna contra ella y tienden, por economía mental, a compendiarla en un solo emblema para de una vez liquidarla. ¡El pasado inmediato! ¿Hay nada más impopular? Es, en cierto modo, el enemigo. La diferencia específica es siempre adversaria acérrima del género próximo. Procede de él, luego lo que anhela es arrancársele. Cierta dosis de ingratitud es la ley de todo progreso, de todo proceso. Cierto error o convención óptica es inevitable en la perspectiva. La perspectiva es una interpretación finalista. Se da por supuesto que el primer plano es el término ideal a que venían aspirando, del horizonte acá, todos los planos sucesivos. Las líneas, se supone, caminan todas hacia un fin. El fin somos nosotros, nuestro privativo punto de vista. "Perspectiva" le ha llamado un joven escritor a su reseña de las letras de México. Sumando varias perspectivas, varios sistemas de referencia; reduciendo unos a otros; teniendo en cuenta la relatividad de todos ellos, y su interdependencia para un ojo omnipresente que acertara a mirar el cuadro desde todos los ángulos a la vez, nos acercaremos al milagro de la comprensión.

El pasado inmediato, tiempo el más modesto del verbo. Los exagerados —los años los desengañarán— le llaman a veces "el pasado absoluto". Tampoco hay para qué exaltarlo como un "pretérito perfecto". Ojalá, entre todos, logremos presentarlo algún día como un "pasado definido".

La etapa. El año de 1910, en que se realiza el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, nos aparece poseído por un sentimiento singular. Los símbolos de la cronología quieren cobrar vida objetiva. La vaga sensación de la etapa se insinúa en los corazones y en las mentes para volverse realidad. El país, al cumplir un siglo de autonomía, se esfuerza por llegar a algunas conclusiones, por provocar un saldo y pasar, si es posible, a un nuevo capítulo de su historia. Por todas partes se siente la germinación de este afán. Cada diferente grupo social —y así los estudiantes desde sus bancos del aula— lo expresa en su lenguaje propio y reclama participación en el fenómeno. Se trata de dar un sentido al tiempo, un valor al signo de la centuria; de probarnos a nosotros mismos que algo nuevo tiene que acontecer, que se ha completado una mayoría de edad. En otros tiempos, se echaba a temblar la ignorancia a la aparición de un cometa (¡aquel cometa fatídico que ya tomó parte, a modo de presagio, o a modo de influencia telúrica, en la conquista de México!). Ahora se derrama por nuestra sociedad una extraña palpitación de presentimiento. Se celebra el Primer Centenario, y cunden los primeros latidos de la Revolución.

El antiguo régimen —o como alguna vez le oí llamar con pintoresca palabra, el

Porfiriato— venía dando síntomas de caducidad y había durado más allá de lo que la naturaleza parecía consentir. El dictador había entrado francamente en esa senda de soledad que es la vejez. Entre él y su pueblo se ahondaba un abismo cronológico. La voz de la calle no llegaba ya hasta sus oídos, tras el telón espeso de prosperidad que tejía para sí una clase privilegiada. El problema de una ineludible sucesión era ya angustioso. El caudillo de la paz, de la larga paz, había intentado soluciones ofreciendo candidatos al pueblo. Pero no se es dictador en vano. La dictadura, como el tósigo, es recurso desesperado que, de perpetuarse, lo mismo envenena al que la ejerce que a los que la padecen. El dictador tenía celos de sus propias criaturas y las devoraba como Saturno, conforme las iba proponiendo a la aceptación del sentir público. Y entonces acudía a figuras sin relieve, que no merecieron el acatamiento de la nación. Y el pueblo, en el despertar de un sueño prolongado, quería ya escoger por sí mismo, quería ejercitar sus propias manos y saberse dueño de sus músculos.

Pax. Estos gobiernos de longevidad tan característicos del siglo —Victoria, Francisco José, Nicolás— no sé qué virtud dormitiva traían consigo. Bajo el signo de Porfirio Díaz, en aquellos últimos tiempos, la historia se detiene, el advenir hace un alto. Ya en el país no sucedía nada o nada parecía suceder, sobre el plano de deslizamiento de aquella rutina solemne. Los Científicos, dueños de la Escuela, habían derivado hacia la filosofía de Spencer, como otros positivistas, en otras tierras, derivaron hacia John Stuart Mill. A pesar de ser spencerianos, nuestros directores positivistas tenían miedo de la evolución, de la transformación. La historia, es decir, la sucesión de los hechos trascendentes para la vida de los pueblos, parecía una cosa remota, algo ya acabado para siempre; la historia parecía una parte de la prehistoria. México era un país maduro, no pasible de cambio, en equilibrio final, en estado de civilización. México era la paz, entendida como especie de la inmovilidad, la *Pax Augusta*. Al frente de México, casi como delegado divino, Porfirio Díaz, "Don Porfirio", de quien colgaban las cadenas que la fábula atribuía al padre de los dioses. Don Porfirio, que era, para la generación adulta de entonces, una norma del pensamiento sólo comparable a las nociones del tiempo y del espacio, algo como una categoría kantiana. Atlas que sostenía la República, hasta sus antiguos adversarios perdonaban en él al enemigo humano, por lo útil que era, para la paz de todos, su transfiguración mitológica.

¡Ah, pero la historia, la irreversibilidad de las cosas siempre en marcha, con su gruñido de Nilo en creciente que no sufre márgenes ni orillas! Trabajo costó a los muchachos de entonces el admitir otra vez —cuando la vida nacional dio un salto de resorte oprimido— que la tela histórica está tramada con los hilos de cada día; que los héroes nacionales —sólo entrevistos en las estampas alegóricas, a caballo y saltando por entre la orla simbólica de laureles—, podían ser nada menos que este o aquel humilde vecino conocido de todos, el Panchito de quien nadie hacía caso; o el ranchero ignorante y pletórico de razón aunque ayuno de razones que,

como el Pero Mudo del *Poema del Cid*, se enredaba cuando quería hablar y sólo sabía explicarse con la espada; y hasta el salteador a lo Roque Guinart, el bandido generoso a quien una injusticia echó fuera del orden jurídico, y un hondo sentimiento ha enderezado por caminos paralelos a los que recorría Don Quijote.

¿La paz? También envejecía la paz. Los caballeros de la paz ya no las tenían todas consigo. Bulnes, un contemporáneo de la crisis, exclama un día: "La paz reina en las calles y en las plazas, pero no en las conciencias". Una cuarteadura invisible, un leve rendijo por donde se coló de repente el aire de afuera, y aquella capitosa cámara, incapaz de la oxigenación, estalló como bomba.

La inteligencia y la historia. Este sacudimiento, este desperezo, viene naturalmente envuelto en una atmósfera de motivos espirituales. Los hechos bélicos, políticos y económicos han sido narrados ya con varia fortuna, y esperan la criba de la posteridad. Importa recoger también los hechos de cultura que, si no fueron determinantes, fueron por lo menos concomitantes. Porque es cierto que la Revolución mexicana brotó de un impulso mucho más que de una idea. No fue planeada. No es la aplicación de un cuadro de principios, sino un crecimiento natural. Los programas previos quedan ahogados en su torrente y nunca pudieron gobernarla. Se fue esclareciendo sola conforme andaba; y conforme andaba, iba descubriendo sus razones cada vez más profundas y extensas y definiendo sus metas cada vez más precisas. No fue preparada por enciclopedistas o filósofos, más o menos conscientes de las consecuencias de su doctrina, como la Revolución francesa. No fue organizada por los dialécticos de la guerra social, como la Revolución rusa, en torno a las mesas de "La Rotonde", ese café de París que era encrucijada de las naciones. Ni siquiera había sido esbozada con la lucidez de nuestra Reforma liberal, ni, como aquélla, traía su código defendido por una cohorte de plumas y de espadas. No: imperaba en ella la circunstancia y no se columbraban los fines últimos. Su gran empeño inmediato, derrocar a Porfirio Díaz, que parecía a los comienzos todo su propósito, sólo fue su breve prefacio. Aun las escaramuzas del Norte tuvieron más bien el valor de hechos demostrativos. Después, sus luchas de caudillos la enturbian, y la humareda de las disidencias personales tiene que disiparse un poco para que su trayectoria pueda reanudarse. Nació casi ciega como los niños y, como los niños, después fue despegando los párpados. La inteligencia la acompaña, no la produce; a veces tan sólo la padece, mientras llega el día en que la ilumine. Pero presentar sólo algunos de sus aspectos parciales es mutilar la realidad. Consiste la dignidad de la historia en llegar al paralelismo de las ideas con los hechos, rigiendo aquí para los pueblos la misma sentencia de oro que a los individuos propone la *Epístola moral:* "Iguala con la vida el pensamiento". Cuando la Revolución va a nacer ¿qué sucede en la inteligencia, en la educación y en la cultura, en las masas universitarias, en el mundo de nuestras letras? Para trazar algún día este cuadro conviene recoger desde ahora algunos documentos. El Congreso Nacional de Estudiantes fue una de tantas pruebas del tiempo, sin

duda de las más elocuentes, por cuanto revela que la inquietud invadía ya hasta los gérmenes de nuestro ser cultural. Su crónica particular queda confiada a quienes participaron más íntimamente en sus trabajos.

Entre la vida universitaria y la vida libre de las letras hubo entonces una trabazón que indica ya, por parte de la llamada Generación del Centenario, una preocupación educativa y social. Este solo rasgo la distingue de la literatura anterior, la brillante generación del Modernismo, que — ésa sí— soñó todavía en la torre de marfil. Este rasgo, al mismo tiempo, la relaciona con los anhelos de los estudiantes que, en 1910, resolvieron examinar por su cuenta aquellos extremos que les parecían de urgente consideración.

Comencemos por decir algo sobre el ambiente estudiantil. Si no definirse, que sería intrincado, y ni siquiera describirse, que sería fatigoso, aquel ambiente puede recordarse con dos ejemplos escogidos. Uno, la Escuela Nacional Preparatoria, que tenía más o menos su parangón por los Estados, sirve de común denominador en la base de todas las carreras liberales y es la única que abarca la doctrina educacional de la época; otro, la Escuela Nacional de Jurisprudencia, es la punta aguda que se orientaba preferentemente a la vida pública. De la primera hay que tratar *in-extenso;* de la segunda sólo hay que mostrar una saliente, acaso una saliente viciosa.

Grandeza y decadencia de la Escuela Preparatoria. La Escuela Nacional Preparatoria tiene su grandeza y su decadencia. Al comenzar la segunda mitad del siglo XIX, tierna todavía la República, resentida de su nerviosa infancia, han madurado ya los dos grandes partidos: el liberal, que se inclina hacia una nueva concepción del Estado, en que se mezclan la filosofía de los Derechos del Hombre con el presidencialismo y el federalismo americanos, y el conservador, a quien el apego a las normas hereditarias y el anhelo de conservar el cuadro ya creado de intereses arrastra hasta el despeñadero de una aberración antinacional. Adelanta la invasión francesa sus manos rojas, y llega con sus manos lavadas aquel heredero sobrante de las Casas de Europa. Bajo la marejada imperial, la República queda reducida a las proporciones de la carroza en que emigraba Benito Juárez. Pero, revertida la onda, triunfa para siempre la República. El país había quedado en ruinas, era menester rehacerlo todo. Las medidas políticas ofrecían alivios inmediatos. Sólo la cultura, sólo la Escuela, pueden vincular alivios a larga duración. Benito Juárez procura la reorganización de la enseñanza pública, con criterio laico y liberal, y confía la ardua tarea al filósofo mexicano Gabino Barreda.

Discípulo de Augusto Comte, imbuido de positivismo francés, fuerte en su concepción matemática del universo —de un universo saneado de toda niebla metafísica y de toda preocupación sobre el más allá—, congruente y limitado, contento con los datos de los sentidos, seguro —como todos los de su sistema— de haber matado al dragón de las inquietudes espirituales, acorazado y contundente, Barreda, el maestro de la enseñanza laica, congregó a los hombres

de ciencia y creó, como prototipo de su vivero para ciudadanos, la Escuela Nacional Preparatoria, *alma mater* de tantas generaciones, que dio una fisonomía nueva al país; puesta después de la enseñanza primaria y antes de la profesional o especial, semejante en parte al bachillerato francés, y con un programa enciclopédico que recorría, peldaño a peldaño, la escala comtiana, desde la matemática abstracta y pura hasta las complejas lucubraciones sociales.

A través de incontables vicisitudes, la Escuela Preparatoria se ha venido manteniendo hasta nuestros días, aceptando a regañadientes los vaivenes del tiempo, y al fin sometida a una verdadera locura de transformaciones que algún día se equilibrarán para bien de todos. No tenía por destino el conducir a la carrera y a los títulos, aunque fuera puente indispensable para los estudios de abogados, ingenieros y médicos; sino el preparar ciudadanos —de ahí su nombre; gente apta para servir a la sociedad en los órdenes no profesionales. Sustituía a las humanidades eclesiásticas; llegaba a punto para incorporar en la educación las conquistas del liberalismo político. La Revolución no ha logrado todavía hacer otro tanto en la medida en que lo logró Gabino Barreda para la revolución de su tiempo. *Alma mater* siempre y a pesar de todo loada, por su disciplina despojada y sobria y por sus firmes enseñamientos, parecía convertir así el lema de la antigua Academia: "No salga de aquí quien antes no sepa geometría".

Lo que Barreda quería —explica Justo Sierra—

> era abrir en el interior de cada uno un puerto seguro, el puerto de lo comprobado, de la verdad positiva, para que sirviera de refugio y fondeadero a los que no quisieran afrontar las tormentas intelectuales, bastante más angustiosas que las del Océano, o a los que volvieran desarbolados y maltrechos de las trágicas aventuras de la ciencia, pero con el incoercible empeño de tentar nuevas empresas, nuevos viajes de Colón en pos de constelaciones nuevas.

La ciencia organizada metódicamente —nos decía también Justo Sierra— "ha puesto la razón y el buen sentido en el fondo de nuestro ser hispanolatino, medulado de imaginación febril y de sentimentalismo extremo". Tierra firme tras el terremoto general, reducto invulnerable en el trastorno de la conciencia pública, cuartel de verdad y coherencia entre los campos de matanza de todas las pedagogías manidas: que se diga si alguna vez se ha creado otra institución más sabia y más adecuada para las necesidades a que respondía.

El alumno de la Preparatoria, al colgar la toga pretexta, desembocaba en la vida adulta capaz de escoger su vocación, dentro o fuera de las carreras profesionales; educado ya en el compendio y dueño de un microcosmo que, en pequeño, reflejaba el mundo; apto para anotar día por día, en su cuadrante, la hora que marcara la ciencia, y para escoger por sí mismo aquella colección de los libros que, al decir de Carlyle, son la verdadera universidad de nuestros días. Para él los distintos rumbos del conocimiento —grave peligro de la sociedad contemporánea— no errarían ya sueltos del nexo que es la profesión general de hombre; no serían ya las ciencias y las artes como las hermanas enemigas del *Rey Lear*, sino como las milicias de Datis el medo, que avanzaban dándose la

mano. Y el alumno de la Preparatoria entraba en las bregas del conocimiento y de la acción provisto del instrumental mínimo e indispensable, con la dotación completa de la mochila.

Pero todas las instituciones resbalan por su más fácil declive. La herencia de Barreda se fue secando en los mecanismos del método. Hicieron de la matemática la Suma del saber humano. Al lenguaje de los algoritmos sacrificaron poco a poco la historia natural y cuanto Rickert llamaría la ciencia cultural, y en fin las verdaderas humanidades. No hay nada más pobre que la historia natural, la historia humana o la literatura que se estudiaban en aquella Escuela por los días del Centenario. No alcanzamos ya la vieja guardia, los maestros eminentes de que todavía disfrutó la generación inmediata, o sólo los alcanzamos en sus postrimerías seniles, fatigados y algo automáticos. El curioso Sánchez, mucho más que a la verdadera Zoología, se daba a juntar anécdotas sobre el folklore indígena relativo a la fauna mexicana, anécdotas que, aunque divertidas en sí mismas —y es lástima que se hayan perdido— no pasaban de ser una prolongación del *Roman de Renart* o las fábulas del coyote. Se oxidaba el instrumental científico. A nuestro anteojo ecuatorial le faltaban nada menos que el mecanismo de relojería y las lentes, de suerte que valía lo que vale un tubo de hojalata; y no valía más la Cosmografía —tremendo nombre— que por entonces nos enseñaban, bien caricaturizada en aquella travesura escolar que envuelve a los dos profesores de la asignatura:

> Quiroga le dijo al "Chante"
> que si era queso la luna,
> y el "Chante" le respondió:
> —Sí es queso, pero de tuna.
> ¿No ha quedado duda alguna?
> ¿Entendimos? ¡Adelante!

Aunque los laboratorios no seguían desarrollándose en grado suficiente, mejor libradas salían la Física y la Química —ésta bajo la buena doctrina de Almaraz—; pero tendían ya a convertirse en ciencias de encerado, sin la constante corroboración experimental que las mentes jóvenes necesitan, fuera de lo que nos mostraba en su casa Luis León, amable aficionado, o de los ensayos de sales en que aprendíamos nuestro poco de reactivo y soplete. Porfirio Parra, discípulo directo de Barreda, memoria respetable en muchos sentidos, ya no era más que un repetidor de su tratado de Lógica, donde por desgracia se demuestra que, con excepción de los positivistas, todos los filósofos llevan en la frente el estigma oscuro del sofisma; y por nada quería enterarse de las novedades, ni dejarse convencer siquiera por la hamiltoniana "cuantificación del predicado", atisbo de la futura Logística. El incomparable Justo Sierra, el mejor y mayor de todos, se había retirado ya de la cátedra para consagrarse a la dirección de la enseñanza. Lo acompañaba en esta labor don Ezequiel A. Chávez, a quien por aquellos días no tuve la suerte de encontrar en el aula de Psicología, que

antes y después ha honrado con su ciencia y su consagración ejemplar. Miguel Schultz, geógrafo generoso, comenzaba a pagar tributo a los años, aunque aún conservaba su amenidad. Ya la tierra reclamaba los huesos de Rafael Ángel de la Peña —paladín del relativo "que"— sobre cuya tumba pronto recitaría Manuel José Othón aquellos tercetos ardientes que son nuestros *Funerales del Gramático*. El Latín y el Griego, por exigencias del programa, desaparecían entre un cubileteo de raíces elementales, en las cátedras de Díaz de León y de aquel cordialísimo Francisco Rivas —de su verdadero nombre, Manuel Puigcerver— especie de rabino florido cuya sala era, porque así lo deseaba él mismo, el recinto de todos los juegos y alegres ruidos de la muchachada. Cuando el severo Director José Terrés lo llamó al orden por su exceso de lenidad, bastó una breve y algo melancólica indicación de Rivas para que se oyera, en la clase, el vuelo de la mosca. Y el maestro Rivas, que llenaba el pizarrón con sus alfas y sus omegas en medio del mayor silencio, se volvió de pronto con las lágrimas en los ojos: "¡Éstos no son mis muchachos! —exclamó— ¡Sigan alborotando como siempre, aunque a mí me echen de la Escuela!" En su encantadora decadencia, el viejo y amado maestro Sánchez Mármol —prosista que pasa la antorcha de Ignacio Ramírez a Justo Sierra— era la comprensión y la tolerancia mismas, pero no creía ya en la enseñanza y había alcanzado aquella cima de la última sabiduría cuyos secretos, como los de la mística, son incomunicables. La Literatura iba en descenso, porque la Retórica y la Poética, entendidas a la manera tradicional, no soportaban ya el aire de la vida, y porque no se concebía aún el aprendizaje histórico —otros hasta dicen "científico"— de las Literaturas, lo que vino a ser precisamente una de las campañas de los jóvenes del Centenario. Un día inventaron, para sustituir los cursos de Literatura, no sé qué casta de animal quimérico llamado "Lecturas comentadas de producciones literarias selectas"; y puedo aseguraros que los encargados de semejantes tareas, por ilustres que fueran en su obra personal de escritores, no tenían la menor noticia de lo que pudiera ser un texto comentado: unas veces se entregaban a vaguedades sentimentales, y otras iban frescamente a acabar en clase el libro que, para su deleite propio, habían comenzado a leer en su casa. La excepción de Manuel Revilla (perdonémosle que casi me expulsa de la clase porque me atreví a citar a Schopenhauer), quien profesó en serio estos cursos elementales, deslizando en ellos un adarme de preceptiva, fue demasiado rauda para dejar verdadera huella. Quien quisiera alcanzar algo de Humanidades tenía que conquistarlas a solas, sin ninguna ayuda efectiva de la Escuela.

En tanto, por los insospechados rincones del antiguo Colegio de San Ildefonso, sorprendíamos a veces la figura fantasmal del gran matemático "Chicho" Prado, alejado de las labores docentes y que vivía allí por caridad del Gobierno; hombre enloquecido de logaritmos, a quien, del mucho velar y poco dormir, las diferenciales y las integrales le habían secado el cerebro, llevándole hasta una mansa enajenación; algo fugitivo y asustadizo, con su poco de

agorafobia; pobre ratoncillo pitagórico que andaba royendo por los sótanos sus funciones, sus cosenos y sus raíces. No podíamos menos de preguntarnos si el continuo trato con tales abstracciones sería realmente lo más práctico para la preparación del ciudadano.

Y, sin embargo, no era todavía el derrumbe de la Escuela Preparatoria. Los ponderosos y vetustos muros parecían todavía rezumar la antigua grandeza. El derrumbe vino después; sobrevino singularmente con la exótica importación de eso que se llama High School, ¡tan por debajo de lo nuestro!

Los antiguos positivistas, ahora reunidos en colegio político bajo el nombre de "Los Científicos", eran dueños de la enseñanza superior. Lo extraño es que estos consejeros de Banco, estos abogados de Empresas, no hayan discurrido siquiera el organizar una facultad de estudios económicos, una escuela de finanzas. ¿Qué pudo faltarles para ello? Ni el poder, ni el conocimiento, ni los talentos, ni el interés para estas materias a las que consagraron su vida. Acaso, siguiendo el error de régimen paternal, pensaron que los educandos eran demasiado jóvenes para cosas tan graves, propias de varones sesudos. Acaso, sin saberlo ellos mismos, los inspiraba un sentimiento de casta, como el que llevó a esconder sus secretos a los sacerdotes egipcios. Porque no hubieran bastado a suplir estas deficiencias ni las lecciones inteligentes y rápidas de Martínez Sobral, ni las contadas lecciones del competentísimo Joaquín Casasús, personalidad eminente de múltiples y elegantes actividades. Lo extraño es que aquellos creadores de grandes negocios nacionales (como en Europa lo eran los sansimonianos Pereira, o el Barón de Mauá en el Brasil) no se hayan esforzado por llenar materialmente el país de escuelas industriales y técnicas para el pueblo, ni tampoco de centros abundantes donde difundir la moderna agricultura. Nuestro pueblo estaba condenado a trabajar empíricamente y con los más atrasados procedimientos; a ser siempre discípulo, empleado o siervo del maestro, del patrón o del capataz extranjeros, que venían de afuera a ordenarle, sin enseñarle, lo que había que hacer en el país. No olvidamos, no, la antigua Escuela de Artes y Oficios y la antigua Escuela de Agricultura. Pero ¿pueden aquellos intentos aislados compararse con lo que se ha hecho después y con lo que pudo hacerse desde entonces? En suma, que no se cargaba el acento donde, según la misma profesión de fe de los Científicos, debió haberse cargado. Se prescindía de las Humanidades, y aún no se llegaba a la enseñanza técnica para el pueblo: ni estábamos en el Olimpo, ni estábamos en la tierra, sino colgados en la cesta, como el Sócrates de Aristófanes.

Ayuna de Humanidades, la juventud perdía el sabor de las tradiciones, y sin quererlo se iba descastando insensiblemente. La imitación europea parecía más elegante que la investigación de las realidades más cercanas. Sólo algunos conservadores, desterrados de la enseñanza oficial, se comunicaban celosamente, de padres a hijos, la reseña secreta de la cultura mexicana; y así, paradójicamente, estos vástagos de imperialistas que escondían entre sus

reliquias familiares alguna librea de la efímera y suspirada Corte, hacían de pronto figura de depositarios y guardianes de los tesoros patrios.

Un síntoma, sólo en apariencia pequeño, de aquella descomposición de la cultura: se puso de moda, precisamente entre la clase media para quien aquel sistema escolar fue concebido, el considerar que había un cisma entre lo teórico y lo práctico. La teoría era la mentira, la falsedad, y pertenecía a la era metafísica, si es que no a la teológica. La práctica era la realidad, la verdadera verdad. Expresión, todo ello, de una reacción contra la cultura, de un amor a la más baja ignorancia, aquella que se ignora a sí misma y en sí misma se acaricia y complace. Cuando la sociedad pierde su confianza en la cultura, retrocede hacia la barbarie con la velocidad de la luz. ¿Dónde quedaba entonces el estupendo precepto comtiano? En vano los vitrales de la Escuela Preparatoria dejaban ver al trasluz con grandes letras: "Saber para prever, prever para obrar".

Antes de seguir adelante, un franco tributo a la memoria del gran Ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra. Nada de lo dicho va contra este magno organizador de la educación primaria. Dondequiera que intervino, hizo el bien. Ni podía estar en todas partes; ni era posible que a los centros universitarios llegara otra cosa que su correcta gestión administrativa; ni menos habría que exigirle el detener por sí solo los efectos de complejísimos acarreos sociales. Sabía que la Preparatoria reclutaba a la clase media, pero no podía absorber al pueblo; y por eso, para ir al pueblo, quiso completarla por abajo en las escuelas primarias, donde sembró el bien a manos llenas. De suerte que dio un paso más sobre Barreda: el que le tocaba dar en su tiempo. Finalmente, también completaría la obra por arriba, en la investigación superior, poniendo como corona a su nueva Universidad —con plena conciencia de que ya la Preparatoria y las Profesionales eran insuficientes— aquella Escuela de Altos Estudios llamada precisamente a ser baluarte de nuestras campañas juveniles: la Escuela contra la cual se agitaron —como es natural— la ignorancia de legisladores improvisados y el sectarismo de los menos que positivistas; la Escuela que abrió al fin las puertas a las Letras y a la Filosofía, de la que procede la actual Facultad, cuyo solo nombre hubiera sido incomprensible en aquella edad venturosa. Por si su pluma no bastara para su gloria, es Justo Sierra, en la administración porfiriana, la inteligencia más noble y la voluntad más pura. A la distancia de las jerarquías y los años, se sintió amigo de los jóvenes, nos vio nacer a la vida espiritual, nos saludó con públicas manifestaciones de confianza y de simpatía, comprendió nuestras rebeldías y acaso las bendijo. En el Gabinete, era el Ministro de lujo de quien se hace caso hasta cierto punto porque —"cave canem"— es poeta, y a quien el omnipotente Ministro de Hacienda escatima todo lo que puede el dinero y la autoridad. Era el mejor: es casi el santo.

La escuela de los tribunos. A la Escuela Nacional de Jurisprudencia —el otro ejemplo que hemos escogido como recuerdo de la época— sólo habrá que referirse rápidamente para señalar algunos vicios. Sus problemas particulares no

se reflejan sobre el ambiente del Centenario; y aun puede decirse que los estudiantes de 1910 aplican contra aquellos vicios un primer correctivo.

Aunque los maestros daban a entender que al país no le convenía la plétora de profesionales y que la patria esperaba ansiosa a las puertas de la Preparatoria, los jóvenes preferían las mayores preeminencias sociales. Al final de cursos, los preparatorianos, en su mayoría, cruzaban rápidamente la calle y se inscribían para las carreras. No pocos optaban por la de abogado, la más ostensible entonces, asiento de preferencia para el espectáculo de la inminente transformación social, asiento que permitía fácilmente saltar al escenario. La opinión lo esperaba todo de los abogados. Pero ya cuando el Congreso Nacional de Estudiantes —y éste es otro de los sentidos que tuvo aquel Congreso— los alumnos de todas las profesiones manifestaban por primera vez de un modo evidente que todos se sentían llamados a entenderse con los deberes públicos.

Había otras razones para que la carrera de las Leyes atrajera un contingente subido: las Leyes parecían una aproximación a las Letras, que no tenían refugio académico. El muchacho que acertaba a concordar cuatro consonantes por los corredores de la Preparatoria, había descubierto su vocación de abogado. Con ayuda de la suerte y también de buenos valedores, era fácil que, en alcanzando el título, no tuviera que ejercerlo realmente sino que, en méritos a su "facilidad de palabra" (fórmula de la época), Don Porfirio lo mandara elegir diputado por cualquier región inverosímil. Aquel mundo, poco diferenciado, ofrecía la disyuntiva de instalarse en la plena luz o de refugiarse en la sombra completa. Para lo primero, hacerse profesional, o como aquí decimos, "profesionista". Más allá de la Preparatoria ¿para qué otra cosa podía valer el estudio? ¿Quién se ocupaba de ciencia pura? Sólo algunos beneméritos a quienes se tenía por chiflados. Creían los hombres de entonces ser prácticos; pretendían que la historia y la literatura sólo sirven para adornar con metáforas o reminiscencias los alegatos jurídicos. Afirmaban que la poesía era una forma atenuada y deglutible de la locura, útil sólo en la juventud a título de ejercicio y entrenamiento, silabario de segundo grado o juego auxiliar de la mente como los acertijos. Y las aulas de Derecho se iban llenando de jóvenes que podían repetir las palabras de Rubén Darío:

> ¡Y pensar que no soy lo que yo hubiera sido!
> ¡La pérdida del reino que estaba para mí!

¡Felices los que ya de suyo nacían orientados hacia los únicos caminos por aquel entonces practicables! Algunos bogaban en las carreras autorizadas como pescadores en aguas ajenas. Y la verdad es que mal podía haber sonado para entonces la hora del laboratorio o de las Musas. Antes de eso, era imprescindible que las escobas de Hércules acabaran su misericordia en los establos de Augias. Y todavía falta decir que, aunque entre los verdaderos poetas (la radiante pléyade del Modernismo, de que todavía lucían los astros mayores) no sucedía así, los

estudiantes inclinados a escribir versos propendían a confundir la materia poética con la oratoria. Y la facultad oratoria llevaba como de la mano a la Facultad de Derecho donde, en tiempos anteriores al Centenario, había hasta cursos de oratoria forense.

Desde la Constitución de 1857, el culto a la oratoria había sido muy vivo en México. La gran falange liberal quedaba en el recuerdo de todos, y era la corte de honor de la Democracia Mexicana: Ramírez, Prieto, Lerdo, tantos otros. Uno de los últimos supervivientes de aquella etapa, Miguel Zamacona, había sido un grande orador, y los estudiantes de comienzos del siglo (es decir, todavía impregnados de siglo XIX), lo saludaban por la calle con íntimo respeto y con noble envidia. A Bulnes se le perdonaba más de un desmán histórico porque era un buen orador. Jesús Urueta, mimo y recitador incomparable de piezas oratorias que, muchas veces, más eran poemas que discursos, tenía engolosinado al público, y exigente en cuanto a la perfección musical de cada párrafo.

Pero quien seguramente puso cátedra de oratoria en la Escuela de Derecho fue el maestro Jacinto Pallares, sólo vivo ya por el recuerdo en los días del Centenario. Jurisconsulto de primera, conocedor minucioso de los percances de cada ley y de la historia de cada noción jurídica en México, algo casuista, muy familiarizado con Renan y muy teólogo hereje, paradójico, ingenioso, epigramático, rápido en la saeta y emponzoñado en la pelea, ni siquiera le faltaba el gran recurso de los oradores románticos: la heroica y desaliñada fealdad.

Sin duda Pallares dejó buena simiente en algunas naturalezas sanas, al punto que cuesta trabajo hacer de justiciero con su memoria. Pero es de sospechar que, en su cátedra, a juzgar por los testimonios que de ella quedaban, se preocupó más de deslumbrar que de enseñar. Hacía gala de su talento, aun a costa del discípulo si ello le venía bien, y suscitaba en los oyentes un entusiasmo pasajero, una irritación estéril, que a lo más sólo les servía para sacar esta conclusión de dudosa moral: hay que ser orador, orador a toda costa y por sobre todo; es lo único que vale en la tierra. La Escuela de Derecho fue entonces la Escuela de los Tribunos. Venteando de lejos la Revolución, los juristas oratorios que nos precedieron soñaban con discursos en las barricadas. No les tocaría esa suerte. La Revolución dejó atrás, con celeridad de cataclismo, las audacias de los letrados. Muy pronto prescindió de ellos. Empujada por fuerzas reales y no verbales, fue tallando a golpes su ideología, bien lejana de lo que habían imaginado sus primeros profetas.

Aislamiento. El loable empeño de salvar a la juventud de toda contaminación con las turbulencias que precedieron a la paz porfiriana, y el propósito decidido —una vez lograda la higienización positivista— de no volver a las andadas en materia de educación, tuvieron un singular efecto: crearon una atmósfera de invernadero y hasta una raridad de campana neumática. Habíamos superado las revoluciones y habíamos superado la era metafísica. El nuevo México

revolucionario ha sido considerado con recelo por más de un gobierno hispanoamericano, temeroso de algún contagio. Con igual recelo consideraban entonces a los inquietos países del Continente los hombres de la Pax Augusta. Además, no se había descubierto aún el medio de informarse sobre el verdadero estado cultural de tales países, obra ésta de las nuevas literaturas mucho más que de los políticos. ¿Habrían superado aquellas Repúblicas la era teológica y la metafísica? ¿No se conocía acaso el desarrollo del positivismo en la Argentina y en el Brasil, para sólo citar dos casos ilustres? Las relaciones internacionales en el Sur, en que las rápidas y eficaces Embajadas de Vasconcelos y de Caso inaugurarían la etapa contemporánea, se mantenían en aquella situación embrionaria e intermitente que permitía enviar un representante al Atlántico y un representante al Pacífico. Las relaciones comerciales, indispensable vehículo, no habían llegado siquiera a la modesta situación que hoy ofrecen. Lo mejor era no meterse en honduras, con y sin mayúscula. Y como también se ignoraba a España olímpicamente —otro aspecto de nuestra reacción consistió en rectificar este punto— resulta que, alejados de lo que más se nos parecía, privados de todo elemento lógico de comparación, carecíamos de instrumentos para investigarnos a nosotros mismos. En su destierro de Madrid, el perspicaz Pablo Macedo, científico representativo, me confesó un día: "¡Qué engañados vivíamos sobre el verdadero valor de España!"

En cierta carta de 1917 a los amigos cubanos, se ha procurado describir este carácter de la época:

> Hubo un día —se dice ahí— en que mi México pareció, para las conciencias de los jóvenes, un don inmediato que los cielos le habían hecho a la tierra, un país brotado de súbito entre dos mares y dos ríos, sin deudas con el ayer ni compromisos con el mañana. Se nos disimulaba el sentido de las experiencias del pasado, y no se nos dejaba aprender el provechoso temor del porvenir. Toda noticia de nuestra verdadera posición ante el mundo se consideraba como indiscreta. Por miedo al contagio, se nos alejaba de ciertas pequeñas Repúblicas revolucionarias. Y teníamos un concepto estático de la patria, e ignorábamos las tormentas que nos amenazaban. Y creíamos, o se nos quería hacer creer, que hay hombres inmortales, en cuyas rodillas podían dormirse los destinos del pueblo.[1]

En esa carta se explica también cómo la lectura de Rodó contribuyó entonces a darnos un sentimiento de solidaridad, de fraternidad con nuestra América.

La generación del Centenario. Permitidme ahora que cite otro documento de la época, que puede servirnos de síntesis:

> ¿Cómo explicarlo? Los muchachos de mi generación éramos —digamos— desdeñosos. No creíamos en la mayoría de las cosas en que creían nuestros mayores. Cierto que no teníamos ninguna simpatía por Bulnes y su libro *El verdadero Juárez*. Cierto que no penetrábamos bien los esbozos de revaloración que algún crítico de nuestra historia ensayaba en su cátedra oficial, hasta donde se lo consentía aquella atmósfera de Pax Augusta. Pero comenzábamos a sospechar que se nos había educado —inconscientemente— en una impostura. A veces, abríamos la *Historia* de Justo Sierra, y nos asombrábamos de leer, entre líneas, atisbos y sugestiones audaces, audacísimos para aquellos tiempos, y más en la pluma de un Ministro. El Positivismo mexicano se había convertido en rutina pedagógica y perdía crédito a nuestros ojos. Nuevos vientos nos llegaban de Europa. Sabíamos que la Matemática clásica vacilaba, y la Física ya no se guardaba muy bien de la Metafísica.

> Lamentábamos la paulatina decadencia de las Humanidades en nuestros programas de estudio. Dudábamos de la ciencia de los maestros demasiado brillantes y oratorios que habían educado a la inmediata generación anterior. Sorprendíamos los constantes flaqueos de cultura en los escritores Modernistas que nos habían precedido, y los académicos, más viejos, no podían ya contentarnos. Nietzsche nos aconsejaba la vida heroica, pero nos cerraba las fuentes de la caridad. ¡Y nuestros charlatanes habían abusado tanto del tópico de la regeneración del indio! Sabíamos que los autores de nuestra política —acaso con la mejor intención— nos habían descastado un poco, temerosos de que el tacto de codos con el resto de la América Española nos permitiera adivinar que nuestro pequeño mundo, de hecho aristocrático y monárquico, apenas se mantenía en un equilibrio inestable. O acaso temían que la absorción repentina de nuestro pasado —torvo de problemas provisionalmente eludidos— nos arrojara de golpe al camino a que pronto habíamos de llegar: el de la vida a sobresaltos, el de las conquistas por la improvisación y hasta la violencia, el de la discontinuidad en suma —única manera de vida que nos reservaba el porvenir, contra lo que hubieran querido nuestros profesores evolucionistas y spencerianos.[2]

Entretanto, un nuevo plantel de escritores había crecido. Conviene fijar su actitud. Cuando se habla de la moderna literatura mexicana —no de la exclusivamente contemporánea— se alude por lo común a los prosadores que van de Justo Sierra a Jesús Urueta, y a los poetas mayores, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Othón, Icaza, Urbina, Nervo, la primera época de Tablada, englobándolos más o menos bajo la enseña del Modernismo. Es la segunda época porfiriana. En la última mitad de aquel régimen, que abarca dos literaturas, apareció entre nosotros esa fiebre que se apodera de la mente americana por los años de Ochenta, y vino a confluir al fin (mensajero, Rubén Darío) con la embestida de los escritores españoles del Noventa y Ocho. Es el periodo postromántico. Justo Sierra llama a Gutiérrez Nájera: "flor de otoño del romanticismo mexicano". Los escritores de este periodo eran, hasta antes de la Revolución, los únicos escritores mexicanos conocidos en el extranjero.

Lo que se ha dicho sobre la moderna literatura francesa es aplicable en mayor o menor grado a todas las literaturas modernas: sus fuentes han de buscarse en las pequeñas revistas. Cuando en España se levante el índice de las revistas del Noventa y Ocho, se tendrá el material indispensable para apreciar la fuerza de arranque de la España nueva. Veamos lo que entre nosotros acontece, revolviendo otra vez algunas páginas que ya andan en libros, y acaso retocándolas para mejor comprensión:[3]

Con Gutiérrez Nájera quedaban abiertos los nuevos rumbos; su órgano era la *Revista Azul*. Heredera de sus timbres, la *Revista Moderna* popularizó entre nosotros los modos de la poesía post-romántica. Los escritores que despuntan en la primera revista florecen ya en la segunda. Pero la hora de la *Revista Moderna* había pasado. Sus poetas tuvieron como cualidades comunes cierto sentimiento agudo de la técnica —técnica valiente, innovadora— y, exceptuando a Urbina que perpetuó a su manera la tradición romántica, a Díaz Mirón que vivía en su torre, y a Icaza cuya poesía se explica más bien como un ciclo aparte, cierto aire familiar de diabolismo poético que acusa una reciprocidad de influencias entre ellos y su dibujante Julio Ruelas.

Agrupábanse materialmente hablando en redor del lecho donde Jesús

Valenzuela, siempre mal avenido con las modas, las escuelas y las costumbres, iba derrochando, después del otro, el caudal de su generosa vida. Tablada doraba sus esmaltes; Nervo soñaba, entregado a su misticismo lírico; Urueta cantaba como una sirena. A veces llegaba de la provincia Manuel José Othón, con el dulce fardo de sus bucólicas a cuestas, lejano, distraído, extático. Othón espera el día de su consagración definitiva. Es el clásico. En la historia de la poesía española es, al mismo tiempo, una voz conocida y nueva. Su verso tiene, junto a las reminiscencias de Fray Luis, ecos de Baudelaire. Aprendió en los maestros definitivos, no en los vanos dioses de la hora. Hizo, como quería Chénier, versos antiguos con pensamientos nuevos. Nervo —que no era todavía el sabio varón de los últimos años— incurrió en el pecadillo de censurar el uso de los "metros viejos" en Othón. Era el duelo entre el alejandrino modernista y el endecasílabo de abolengo. Othón se defendía oponiendo, a su vez, que el alejandrino castellano es tan viejo como Berceo. Nervo, en suave ascensión durante los últimos años, nos hace pensar que su final era merecido como un premio. Pocos realizaron al igual de él la máxima estoica: que el tránsito mortal es cosa tan grave, que hay que meditarlo toda la vida para acertarlo una sola vez con todo decoro. Urueta, que murió también a orillas del Plata, llegó allá en tal estado de postración que nuestros amigos argentinos no pudieron ya disfrutar en él uno de los más perfectos espectáculos del hombre parlante. Aquel poeta de los sentidos era un convidado al banquete de la locura. Educaba con aladas palabras el gusto estético de la juventud, haciéndole amar las cosas bellas y la Grecia francesa. Su influencia en la prosa mexicana sólo ha reconocido por límites la imposibilidad de seguirlo al mar armonioso en que navega. En cuanto a don "Chucho" Valenzuela, su recuerdo perdurará más que su poesía, cuya más amable cualidad era carecer de nombre en la Poética. A los otros los ha dispersado la vida, mientras los iba recogiendo la muerte.

Díaz Mirón siempre estuvo solo, y siempre descontentadizo y febril, castigaba el estro, confesándose inferior a su ideal, pero superior a lo demás. Góngora mexicano a quien la crítica apenas comienza a acercarse, nos deja un ejemplo de fuerte arranque, nos deja una lección de oficio, un consejo de frenar a Pegaso, una dolorosa tortura de perfección y una exacerbación de solitario.

Tablada enmudecía temporalmente, aunque sus excelentes dones literarios no estaban agotados por suerte. Después de un largo silencio, había de resurgir remozado, puesto a compás de la última poesía sintética y del epigrama japonés (tan madrigal como epigrama), inventando por su cuenta fórmulas semejantes a las de Apollinaire, para impresionar visiblemente a los grupos literarios más nuevos.

A principios de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón fundaron una revista juvenil. Le pusieron un nombre absurdo: *Savia Moderna*. No sólo en el nombre, en el material mismo prolongaba a la *Revista Moderna*. Duró poco —era de rigor— pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo. Su recuerdo

aparecerá al crítico de mañana como un santo y seña entre la pléyade que discretamente se iba desprendiendo de sus mayores. "La redacción —escribe Rafael López— era pequeña como una jaula. Algunas aves comenzaron allí a cantar." A muchos metros de la tierra, sobre un edificio de seis pisos, abría su inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: a un lado, la Catedral; a otro, los crepúsculos de la Alameda. Frente a aquella ventana el joven Diego Rivera instalaba su caballete. Desde aquella altura cayó la palabra sobre la ciudad.

En el grupo literario de *Savia Moderna* había los dos géneros de escritores: los que escriben, los que no escriben. Entre los segundos, y el primero de todos, Acevedo. Decía, con Goethe, que escribir es un abuso de la palabra. Más tarde ha incurrido en la letra escrita. Conversador incomparable, conferenciante nítido y justo. El nombre de Jesús Acevedo anda en nuestros libros, pero su obra, que fue sobre todo de precursor, obra de charlas, de atisbos, de promesas, no podrá recogerse. El tomo de sus disertaciones por así decirlo oficiales, que la piedad amistosa ha coleccionado, no da idea de lo que fue Acevedo; arquitecto que casi no llegó a poner piedra sobre piedra, pero que despertó el interés por lo colonial mexicano y encauzó en este estudio a los que habían de propagarlo y hacerlo renacer en nuestros estilos actuales. El volumen de artículos que de él ha podido juntarse, hijo de los obligados ocios de Madrid —donde este lector de los simbolistas franceses quiso cambiar unos días el grafio por la pluma— es un documento curioso que descubre perspectivas sobre aquel escritor posible. Cierto sarcasmo, cierta manera desdeñosa, mientras vivió en México. En la ausencia, se destempló el resorte, se rindió el carácter. Acevedo sufría entonces hasta las lágrimas, echando de menos, como perro callejero, el paisaje de piedra de su capital mexicana. No quiso luchar: se dejó morir nuestro pobre amigo, demasiado fino para defenderse.[4]

Entre los prosistas doblados de poetas estaba Ricardo Gómez Robelo, que era propia imagen del mirlo de Rostand.

> Cette âme !... On est plus las d'avoir couru sur elle,
> Que d'avoir tout un jour chassé la sauterelle.

La misma agilidad de su pensamiento lo hacía cruel; y además —grave ofensa para el género humano— estaba enamorado del genio. Como a todo aquel que ha probado las desigualdades de la suerte, le tentaban las solicitaciones de la fantasía. Ignoraba cuántos volúmenes llevan publicados Monsieur Chose y Perico el de los Palotes, pero leía y releía constantemente los veinte o treinta libros definitivos. Más tarde nos lo arrebató la guerra civil y nos lo trajo un día disfrazado de guerrillero. Los noticieros lo encontraban, en los campamentos, traduciendo a Elisabeth Barrett Browning. Luego volvió a sus inquietudes artísticas, siempre un poco estéril. Anduvo con la imaginación paseando de Egipto a Grecia, y entró al fin en la vieja Aztlán. Esotérico, mago. No he visto fealdad más patética que la suya, ni una voluptuosidad mayor para el misterio.

Cuando lo enterramos, no había hecho nada. ¿Nada? ¡Amar el genio! Su vida había sido siempre trágica, y lo más trágico o lo más feliz es que él nunca pareció percatarse.

Alfonso Cravioto era el representante del sentido literario: su prosa, fluida, musical, colorida. Su vida estaba consagrada a la espectación literaria. Había coleccionado los artículos, los retratos, los rasgos biográficos de todos sus compañeros. Hacía creer que poseía en casa tesoros de documentación. Nadie sabía si era o no rico, si escribía o no en secreto.

> Cuentan que escribe, y no escribe;
> dicen que tiene, y no gasta,

se decía él a sí mismo en unas coplas que quiso hacer pasar por anónimas, y en que desfilaban, clavados con la flechita del epigrama, todos los del grupo. De cuando en cuando, asomaba para celebrar en una prosa de ditirambo algún triunfo del arte o del pensamiento. Cegado por un falso ideal de perfección, nunca empezaba a imprimir sus libros. Después intervino en la vida pública. Orador elegante y persuasivo, fácilmente salía victorioso de sus causas. De mil modos ha contribuido al desarrollo de la pintura en México, y al fin nos ha dado unos versos de un "parnasismo" mexicano muy suyo, hechos de curiosidad y cultura.

Entre los poetas estaba Rafael López, poeta de apoteosis, fiesta plástica, sol y mármol, que después buscó emociones más universales, tras de haber embriagado su adolescencia en los últimos haxix del decadentismo. Estaba Manuel de la Parra, musa diáfana, de nube y de luna; alma monástica, borracha de medievalismos imposibles, "ciega de ensueño y loca de armonía". Estaba Eduardo Colín, entregado a una gestación laboriosa en que se combatirían el poeta seco y el prosador jugoso, más tarde desembarazado y suelto. Estaba Roberto Argüelles Bringas, tan austero, áspero a la vez que hondo, en quien la fuerza ahogaba a la fuerza, y el canto sin poder fluir brotaba a pulsaciones. Aún no venía de su provincia el poeta mayor, González Martínez, todo él ejemplo de probidad. Y apenas salía de su infancia Julio Torri, graciosamente diablesco, duende que apagaba las luces, íncubo en huelga, humorista heiniano que nos ha dejado algunas de las más bellas páginas de prosa que se escribieron entonces; y luego, terso y fino, tallado en diamante con las rozaduras del trato, no admite más reparo que su decidido apego al silencio: acaso no le den tregua para escribir cuanto debiera las "cosas de la vida", como suele decirse, la tiranía de aquel "amo furioso y brutal" que tanto nos hace padecer.

Y de propósito dejo para el fin a Caso, a Vasconcelos, a Pedro Henríquez Ureña. La filosofía positivista mexicana, que recibió de Gómez Robelo los primeros ataques, había de desvanecerse bajo la palabra elocuente de Antonio Caso, quien difundiría por las aulas las nuevas verdades. No hay una teoría, una afirmación o una duda que él no haya hecho suyas siquiera un instante, para

penetrarlas con aquel íntimo conocimiento que es el amor intelectual. La historia de la filosofía, él ha querido y ha sabido vivirla. Con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las organiza, su cátedra sería, más tarde, el orgullo de nuestro mundo universitario. Su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, lo convertirían en el director público de la juventud.

En lo privado, era muy honda la influencia socrática de Henríquez Ureña. Enseñaba a oír, a ver, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pesando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia. Era, de todos, el único escritor formado, aunque no el de más años. No hay entre nosotros ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó. El peruano Francisco García Calderón escribía de él: "Alma evangélica de protestante liberal, inquietada por grandes problemas; profundo erudito en letras castellanas, sajonas, italianas". Díaz Mirón, que lo admiraba, le llamaba "el dorio".

José Vasconcelos era el representante de la filosofía antioccidental, que alguien ha llamado "la filosofía molesta". La mezclaba ingeniosamente con las enseñanzas extraídas de Bergson, y en los instantes que la cólera civil le dejaba libres, esbozaba ensayos de una rara musicalidad ideológica (no verbal).

Hace veinticinco años se dijo de él:

> Mucho esperamos de sus dones de creación estética y filosófica, si las implacables Furias Políticas nos lo dejan ileso. Es dogmático: Oaxaca, su Estado natal, ha sido cuna de las tiranías ilustradas (Juárez, Díaz). Es asiático: tenemos en nuestro país dos océanos a elección; algunos están por el Atlántico; él, por el Pacífico.[5]

Entretanto, la exacerbación crítica que padecíamos corroía los moldes literarios; los géneros se mezclaban un tanto y la invención pura padecía. Apenas la novela tradicional tenía un campeón en Carlos González Peña, trabajador infatigable. Teatro no había. El cuento, en manos de Torri, se hacía crítico y extravagante. (Nunca ha publicado él sus páginas de entonces: el embustero que privaba de existencia a los que nombraba, el que se embriagaba con sangre de gallo, el descabezado que traía la cabeza pegada y no podía acercarse al fuego para que no se le derritiera el pegamento.) Era aquélla, sobre todo, una generación de ensayistas, filósofos y humanistas autodidactos. Quién sabe si algún poeta del grupo no se haya empobrecido un poco, por la necesidad de movilizar todas sus fuerzas hacia la reconstrucción crítica en que estábamos empeñados.

Tuvimos dos hermanos mayores: Enrique González Martínez, tránsito entre la generación pasada y la venidera, que tenía de la pasada, de los Modernistas o "decadentes", los secretos técnicos; de los jóvenes, la seriedad artística; y de suyo, aquella manera de castidad espiritual que hace de él un alto poeta. Y el otro hermano mayor fue Luis Urbina que, en su rara penetración, nos adivinó, vino hacia nosotros y se mezcló en nuestras filas, nos enseñó a tutearnos con él, reconoció que podía adquirir algo en nuestra frecuentación, y no tuvo empacho

en abrir de nuevo los libros para estudiar, modesto y sencillo, en nuestra compañía.

Tales eran, al iniciar el ataque, los caballeros del "Sturm-und-Drang" mexicano.

Uno de los nuestros, Pedro Henríquez Ureña, ha escrito:

> Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leíamos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte *pompier:* nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en actitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico.[6]

He aquí, brevemente reseñadas, las principales fases de aquel movimiento que, como lo explica Henríquez Ureña, no se inspiró en el afán de asaltar los puestos educativos, sino de renovar las ideas.

La primera campaña. 1º En 1906, la revista *Savia Moderna.*

2º El propio año, la exposición de pintura de *Savia Moderna*, donde por primera vez se exhiben las obras de Ponce de León, Francisco de la Torre y Diego Rivera. Acababa de llegar de Europa un hombre inquieto a quien deben mucho las artes mexicanas, las cultas como las populares: Gerardo Murillo, el "Doctor Atl", fue el animador. En pocos meses, y con unos cuantos documentos, provocó la efervescencia del impresionismo y la muerte súbita del estilo *pompier.* La pintura académica se atajó de repente. La transformación artística se operó en un abrir y cerrar de ojos. Esta exposición recordada sólo por Daniel Cosío Villegas, si no me engaño, tiene una trascendencia en que todavía no se ha insistido lo bastante.

3º La manifestación en memoria de Gutiérrez Nájera. Por 1907, un oscuro aficionado quiso resucitar la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera, para atacar precisamente las libertades de la poesía que proceden de Gutiérrez Nájera. No lo consentimos. El reto era franco, y lo aceptamos. Alzamos por las calles la bandera del arte libre. Trajimos bandas de música. Congregamos en la Alameda a la gente universitaria; los estudiantes acudieron en masa. Se dijeron versos y arengas desde el kiosco público. Por primera vez se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza, y dispuesta a defenderlos hasta con los puños. Ridiculizamos al mentecato que quería combatirnos, y enterramos con él a varias momias que andaban por ahí haciendo figura de hombres. Por la noche, en una velada, Urueta nos prestó sus mejores dardos y nos llamó "buenos hijos de Grecia". La *Revista Azul* pudo continuar su sueño inviolado. No nos dejamos

arrebatar la enseña, y la gente aprendió a respetarnos.

4º La Sociedad de Conferencias. El viaje a Europa de Alfonso Cravioto dio fin a la *Savia Moderna*. Acevedo nos congregó en su taller, y fundamos la Sociedad de Conferencias para tener trato directo con los públicos, para hablar con ellos. El primer ciclo se dio en el Casino de Santa María. En cada sesión había un conferenciante y un poeta. Así fue extendiéndose nuestra acción por los barrios burgueses. Hubo de todo: metafísica y educación, pintura y poesía. El éxito fue franco.

5º La afición de Grecia era común, si no a todo el grupo, a sus directores. Poco después, alentados por el éxito, proyectábamos un ciclo de conferencias sobre temas helénicos. Fue entonces cuando, en el taller de Acevedo, sucedió cierta memorable lectura del *Banquete* de Platón en que cada uno llevaba un personaje del diálogo, lectura cuyo recuerdo es para nosotros todo un símbolo. El proyecto de estas conferencias no pasó de proyecto, pero la preparación tuvo influencia cierta en la tendencia humanística del grupo.

6º Manifestación en memoria de Barreda. En 1908, decidimos honrar la memoria de Gabino Barreda, ante los ataques emprendidos contra la Escuela Preparatoria por los conservadores del periódico *El País*. Hubo una sesión en la Preparatoria; se organizó un acto teatral, una serie de discursos, y los discursos resultaron —aun sin habérnoslo propuesto— algo como la expresión de un nuevo sentimiento político. Fue la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen. Los maestros positivistas, que esperaban una fiesta en su honor, quedaron tan atónitos como la gallina que crió los patos, y decidimos devolverles el dinero con que habían contribuido al alquiler de la sala. El periódico del régimen no pudo ocultar su sorpresa ante aquellos nietos descarriados del positivismo que, sin embargo, confesaban su solidaridad con la obra liberal de Barreda. Los oradores de aquel verdadero mitin filosófico —entre los cuales se contaban hombres de generaciones anteriores como Diódoro Batalla y Rodolfo Reyes— se percataron de que habían contraído ante la opinión un serio compromiso. En el orden teórico, no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución. Algún historiador político, Luis Manuel Rojas, lo reconoce así. De entonces parte lo que Vicente Lombardo Toledano ha llamado: "El sentimiento humanista de la Revolución mexicana".[7]

7º Segundo ciclo de la Sociedad de Conferencias, esta vez en el Conservatorio Nacional, porque nuestras actividades se atreven ya a los teatros de Estado.

8º En 1909, Antonio Caso da en la Escuela Preparatoria un curso de conferencias sobre la Filosofía Positivista, que acaba de definir la actitud de la gente joven frente a las doctrinas oficiales.

9º A fines de ese año, fundación del Ateneo de la Juventud, cuya vida queda incorporada a la historia de nuestra literatura. Las sesiones públicas del Ateneo, en el salón de actos de la Escuela de Derecho, se suceden quincenalmente por varios años y dejan un surco duradero.

10º 1910, el año del Centenario. En la misma Escuela de Derecho, abrimos una serie de conferencias, todas sobre asuntos americanos. Caso habla sobre el educador antillano Eugenio María de Hostos; Vasconcelos, de Gabino Barreda; Henríquez Ureña, de Rodó; González Peña, de Fernández Lizardi, "El Pensador Mexicano"; el español José Escofet —después director de *La Vanguardia*, de Barcelona— sobre Sor Juana Inés de la Cruz; yo traté sobre Manuel José Othón.

La nueva Universidad. Ese mismo año, Justo Sierra crea la Escuela de Altos Estudios y, agrupándola a las Profesionales, forma un cuadro semiautonómico que otra vez se atreve a llamarse Universidad, y que nada tiene de común con la antigua, la cual había entrado en agonía desde las reformas de Gabino Barreda.

La fundación de la nueva Universidad Nacional —apremiada por las fiestas del Centenario— acaso no fue preparada suficientemente en el orden administrativo. En rigor, lo que se fundó fue una junta coordinadora entre las diversas facultades ya existentes. Y la nueva Escuela, la de Altos Estudios, aunque contaba con dirección y local, comenzó a vivir en el papel. No ofrecía programa definido; no contaba con profesorado propio.

> La Escuela de Altos Estudios no reveló al público los fines que iba a llenar. No presentó planes de enseñanza; no organizó carreras. Sólo actuaron en ella tres profesores extranjeros, dos de ellos (Baldwin y Boas) ilustres en la ciencia contemporánea, benemérito el otro (Reiche) en los anales de la botánica americana; se habló de la próxima llegada de otros no menos famosos... Sobrevino a poco la caída del antiguo régimen, y la Escuela, desdeñada por los gobiernos, huérfana de programa definido, comenzó a vivir vida azarosa y a ser víctima escogida de los ataques *del que no comprende*. En torno a ella se formaron leyendas: las enseñanzas eran abstrusas; la concurrencia, mínima; las retribuciones, fabulosas; no se hablaba en castellano, sino en inglés, en latín, en hebreo.

Las anteriores palabras no acaban de ser escritas con fin intencionado. Fueron pronunciadas por Henríquez Ureña hace veinticinco años, en su discurso sobre *La cultura de las humanidades*.

La Escuela de Altos Estudios debía servir asimismo de centro a los diversos institutos de investigación científica ya existentes. Los institutos nunca acudieron de buena gana al director de Altos Estudios. Los diputados, sin conocer la Escuela, decían que hablar de Altos Estudios en México (¡como si nunca antes los hubiera, sólo porque ellos los ignoraban!) era vestir de frac a un pueblo descalzo. Los fanáticos del antiguo positivismo, para quienes la sola palabra "Universidad" parecía una ofensa, explotaron esta irritabilidad demagógica y comenzaron a clamar contra una institución destinada a otorgar doctorados, porque esto crearía una casta de mandarines. ¡Como si no fueran títulos igualmente destinados a conferir una categoría de cultura los antiguos títulos de las carreras!

> Solitario en medio a este torbellino de absurdo, el primer director, D. Porfirio Parra, no lograba, aun contando con el cariño y el respeto de la juventud, reunir en torno suyo esfuerzos ni entusiasmos. Representante de la tradición *comtista*, heredero principal de Barreda, le tocó morir aislado entre la bulliciosa actividad de la nueva generación enemiga del positivismo [PHU, *loc. cit.*].

Han comenzado los motines, los estallidos dispersos, los primeros pasos de la Revolución. En tanto, la campaña de cultura comienza a tener resultados. Insistamos, resumamos nuevamente sus conclusiones. La pasión literaria se templaba en el cultivo de Grecia, redescubría a España —nunca antes considerada con más amor ni conocimiento—; descubría a Inglaterra, se asomaba a Alemania, sin alejarse de la siempre amable y amada Francia. Se quería volver un poco a las lenguas clásicas y un mucho al castellano; se buscaban las tradiciones formativas, constructivas de nuestra civilización y de nuestro ser nacional. Rota la fortaleza del positivismo, las legiones de la Filosofía —precedidas por la caballería ligera del llamado antiintelectualismo— avanzaban resueltamente. Se había dado una primer sacudida en la atmósfera cultural. En regiones muy diferentes y en profundidades muy otras, pronto se dejaría sentir en todas partes el sacudimiento político.

> Aquella generación de jóvenes se educaba, como en Plutarco, entre diálogos filosóficos que el trueno de las revoluciones había de sofocar. Lo que aconteció en México el año del Centenario fue como un disparo en el engañoso silencio de un paisaje polar: todo el circo de glaciales montañas se desplomó y todas fueron cayendo una tras otra. Cada cual, asido a su tabla, ha sobrenadado como ha podido; y poco después los amigos dispersos, en Cuba o Nueva York, Madrid o París, Lima o Buenos Aires —y otros desde la misma México— renovaban las aventuras de Eneas, salvando en el seno los dioses de la patria—. ¡Adiós a las noches dedicadas al genio, por las calles de quietud admirable, o en la biblioteca de Antonio Caso, que era el propio templo de las musas! Preside las conversaciones un busto de Goethe, del que solíamos colgar sombrero y gabán, convirtiéndolo en un convidado grotesco. Y un reloj, en el fondo, va dando las horas que quiere; y cuando importuna demasiado, se le hace callar: que en la casa de los filósofos, como en la del *Pato salvaje*, no corre el tiempo. Caso lo oye y lo comenta todo con intenso fervor; y cuando a las tres de la madrugada, Vasconcelos acaba de leernos las meditaciones del Buda, Pedro Henríquez Ureña se opone a que la tertulia se disuelva, porque —alega— la conversación apenas comienza a ponerse interesante.[8]

Conviene saber que, para esa fecha, nuestras reuniones nocturnas del barrio de Santa María comenzaban a inquietar al gendarme. Lo que nos llenaba de orgullo, recordándonos a los poetas "lakistas", que salían al campo para charlar a sus anchas, que se hacían por eso sospechosos, y de quienes dicen los testimonios policiales que sin duda se sabían vigilados, porque con frecuencia se les oía nombrar al "espía narigudo" (Spinoza, pronunciado a la inglesa). Los cuatro amigos pasábamos las noches de claro en claro, entregados a estudios y discusiones. Vasconcelos estaba francamente comprometido con los conspiradores. Entre burlas y veras, pedí a Vasconcelos que, cuando partiera a la revolución, me dejara en prenda su magnífica *Encyclopædia Britannica* para, en su ausencia, disfrutarla. Una mañana, al abrir los ojos, me encontré con los volúmenes alineados sobre mi mesa: Vasconcelos había partido. E hice pasar la contraseña convenida entre los compañeros: "Mambrú se fue a la guerra".

La segunda campaña. Y aquí se abre la segunda campaña, en cuatro batallas principales:

1º La ocupación de la Universidad.— Poco antes de la muerte del maestro Parra, Antonio Caso había presentado, en la nueva Escuela, con éxito ruidoso y

lleno de augurios, su curso libre y gratuito sobre Filosofía. Justo Sierra, que con tanta lucidez comprendió la sed de nuestra mente, aludía, al inaugurar la Universidad, a la Filosofía: "aquella vaga figura de implorante —dice— que ronda en vano los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial". A Antonio Caso, que ya había iniciado la obra desde su curso de Sociología en la Escuela de Derecho, corresponde la honra de haber conducido otra vez a la Filosofía hasta la cátedra. Con él se inaugura también la costumbre de los cursos libres y gratuitos que nos permitiría posesionarnos de la Escuela de Altos Estudios, merced a la comprensiva acogida de los sucesivos directores, Pruneda y Chávez. En adelante, Caso domina el panorama intelectual de México, hasta el regreso de José Vasconcelos. El diálogo entre ambos, borradas ya las diferencias que nunca debieron existir y que tanto daño causaron a la generación que nos sigue, será, con el tiempo, uno de los más hermosos capítulos de la cultura mexicana.

2º La Universidad Popular.— Entretanto que ponemos sitio a la Universidad desde la Escuela de mayor jerarquía, no abandonamos nuestras libres labores. Con el tiempo, el Ateneo fue siendo menos exclusivamente literario, y su misma latitud le quitaba necesidad. De paso, la falange se había engrosado con elementos de otras esferas. El doctor Pruneda —después Rector de la Universidad Nacional— está con nosotros; y nuestro aliado más eminente en el Gobierno fue entonces Alberto Pani. De los Estados Unidos, ha regresado Martín Luis Guzmán —mente clara, pluma de primera—, que luego figurará en la política y en las letras, en México y en España, y cuyos relatos y memorias son un punto de partida, una base para la historia de los últimos lustros. Un secreto instinto nos dice que pasó la hora del Ateneo. El cambio operado a la caída del régimen nos permitía la acción en otros medios. El 13 de diciembre de 1912, fundamos la Universidad Popular, escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias. Los periódicos nos ayudaron. Varias empresas nos ofrecieron auxilios. Nos obligamos a no recibir subsidios del Gobierno. Aprovechando en lo posible los descansos del obrero o robando horas a la jornada, donde lo consentían los patrones, la Universidad Popular continuó su obra por diez años: hazaña de que pueden enorgullecerse quienes la llevaron a término. El escudo de la Universidad Popular tenía por lema una frase de Justo Sierra: "La Ciencia protege a la Patria".

3º La primera Facultad de Humanidades.— Entretanto, a pesar de que Pani ocupaba la Subsecretaría de Instrucción Pública, Caso la Secretaría de la Universidad Nacional y Pruneda la Dirección de la Escuela de Altos Estudios, esta escuela sólo acertaba a vivir disimulándose, y sólo se mantenía por el desprendimiento de los jóvenes. Al curso honorario de Caso, sigue el del matemático Sotero Prieto. Y aunque de repente acontece el golpe de Victoriano

Huerta, la obra continúa. Accede a la dirección de Altos Estudios don Ezequiel Chávez, congrega valientemente a los jóvenes, y se crea una facultad de Humanidades enteramente gratuita para el público y para el Estado, donde por primera vez se oyen los nombres de estas asignaturas: Estética, por Caso; Ciencia de la Educación, por Chávez; Literatura francesa, por González Martínez; Literatura Inglesa, por Henríquez Ureña; Lengua y Literatura Españolas, por Reyes. Otros maestros de autoridad y experiencia nos acompañan: el matemático don Valentín Gama, el filólogo Jesús Díaz de León, y también los arquitectos y críticos de arte Lazo y Mariscal. Otro joven, Mariano Silva, se encargó del Latín. Todavía era, como diría Vasconcelos en sus conferencias de Lima, "el latinista que por culto a la perfección apenas osa escribir". Venía Silva de la provincia michoacana, cuna de tradiciones y de buena repostería: traía unos bigotes largos y rubios y una cara de galo dulcificado por el cristianismo. Traducía a Prudencio. Poco a poco empezó sus escarceos personales con cierto *Entremés de las Esquilas*, en que dialogan figuradamente los bronces de la Catedral; y al fin se abrió un sitio en el cuento, el cuento nacional (¡inolvidable su interpretación de Juan Diego, el del mito guadalupano!), donde el nombre mismo de México adquiere singular elegancia. Conmovía el ver concurrir juntos a aquellas cátedras a ancianos como Laura Méndez de Cuenca, delegado de otra edad poética, y a adolescentes de los últimos barcos, entre quienes se reclutaría años después la pléyade conocida por el nombre de los Siete Sabios. Allí aparecieron Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint, Alberto Vázquez del Mercado y Xavier Icaza. Pronto vendrían Lombardo Toledano y Gómez Morín, hoy en opuestos polos.

4º Conferencias en la Librería de Gamoneda.— Se acerca el periodo más violento de nuestras luchas. La actividad literaria comienza a ser una heroicidad. Los incansables amigos organizan todavía conferencias públicas. Acevedo diserta sobre arquitectura virreinal y abre derroteros a los colonialistas; Ponce, sobre música popular mexicana, que estaba esperando su crítico; Gamboa —hombre de otros tiempos, hombre ya sin tiempo— sobre la novela nacional; Urbina, el aliado de los jóvenes, sobre aspectos de nuestras letras, en que pone a contribución su reconcentrada índole mexicana; Pedro Henríquez Ureña establece entonces el mexicanismo de Ruiz de Alarcón, tesis llamada a larga fortuna; Caso trata de Bergson y la filosofía intuicionista. ¡Y esto, en qué momentos de desorientación y de luto! "Es un testimonio —me decía Bergson asombrado— no poco consolador sobre las posibilidades del espíritu ante las fuerzas oscuras del desorden." Parece increíble, en efecto, que en aquellos días aciagos, Castro Leal escribiera revistas teatrales en pro de la *Cándida*, de Bernard Shaw, y que hubiera representaciones de Wilde; que el Marqués de San Francisco tuviera la calma de continuar sus investigaciones sobre la miniatura en México; o Torri aprovechara el fuego mismo del incendio para armar sus trascendentales castillos de artificio.

Vuelve la Revolución con Carranza, para vivir de convulsiones hasta el año de 1920. La generación sacrificada aún tiene fuerzas para sacar la revista *Nosotros*.

González Martínez reúne los miembros dispersos en su revista *Pegaso*. Pablo Martínez del Río, en el número único de *La Nave*. La literatura continúa como puede en medio de las luchas civiles. En los peores años, de 1914 a 1916, la labor editorial de México es abrumadora y superior a cuanto habíamos conocido hasta entonces. Después vendrán la formidable obra educacional de Vasconcelos, la excelente tarea organizadora de Genaro Estrada. Aparecerán nuevos nombres: Ramón López Velarde, estrella fugaz en nuestro cielo poético. De Europa vuelve Diego Rivera, que es toda una época por sí solo. El país cobra conciencia de su carácter propio. Ya el año del Centenario está muy lejos. Ya se lo recuerda con trabajo. Tal vez se lo quisiera olvidar. Será imposible: entre sus vagidos y titubeos, abrió la salida al porvenir, puso en marcha el pensamiento, propuso interrogaciones y emprendió promesas que, atajadas por la discordia, habrá que reatar otra vez al carro del tiempo. A la hora del examen de conciencia —esa media noche del espíritu en que quisiéramos comenzarlo todo de nuevo— el faro de la etapa simbólica todavía puede iluminarnos.

México, septiembre de 1939

DÍAS ACIAGOS*

México, 3 septiembre 1911

ESCRIBO un signo funesto. Tumulto político en la ciudad. Van llegando a casa automóviles con los vidrios rotos, gente lesionada. Alguien abre de tiempo en tiempo la puerta de mi cuarto, y me comunica las últimas noticias alarmantes que da el teléfono. Por las escaleras, oigo el temeroso correr de la familia y los criados. Pienso con fatiga en mi madre enferma y en mi hermana viuda, Amalia, y hago ejercicios de serenidad, esforzándome para que los rasgos de mi pluma sean del todo regulares. Bettina, pensando en Goethe, solía recordar la sentencia de David: "Cada hombre debe ser el rey de sí mismo".

Atmósfera impropicia (¿o propicia?) a mis ejercicios espirituales. ¡Y estos días estaba yo tan enamorado de los análisis minuciosos y lentos! Goethe —lleno estoy de su recuerdo estos días, seguro que la observación amorosa de las particularidades de cada objeto y los matices de cada idea es el principal secreto de su poesía—.

Horas después. Me voy habituando a la incomodidad. Hay escándalo —me digo —. Así es el mundo: así está hoy la naturaleza. ¿Cae la lluvia? Se moja uno. ¿Caen tiros? Pues imagino que éste es, por ahora, el escenario natural de la vida.

Hace más de un mes que estamos así. Aun las mujeres de casa tienen rifle a la cabecera. El mío está ahí, junto a mis libros. Y éstos —claro está— junto a mi cama. Los libros ahuyentan la visita de toda esa gente estorbosa. Hasta aquí sólo llegan los que deben llegar.

Tengo tres ventanas: dos al jardín y otra a la calzada del coche. Frente a ésta, una pared de ladrillos, vestida de verdura. Sobre la pared, apenas asoman la cabeza algunas casas, y unos árboles caprichosos que, por la mañana, al abrir los ojos —como la ventana da al sur—, me parecen, sobre la luz verde del cielo, masas de humo suspendidas en el licor de la madrugada.

Mis otras dos ventanas, las del jardín, casi no tienen horizonte o fondo lejano, pero sí un grato primer término: dan vista al jardín, espeso de árboles, con el claro parpadeo del estanque; la cochera al fondo, las caballerizas y el *garage*. También puedo ver la caseta interior de la servidumbre, ahora ocupada por rancheros y rifleros del norte, gente leal que ha querido a toda costa custodiar de cerca a mi padre.

En el jardín hay unos gansos, que suelen disparar su gritería salvaje entre la noche, y casi siempre al amanecer. Yo hablo con ellos, chascando la lengua de cierto modo. Me responden, y se acercan renqueando. Llegan hasta debajo de mi ventana, rechinando a su modo y arrastrando el vientre sobre las alfombras de

violetas. Son lerdos, cierto; pero, como dice Rodin, *ils ont la ligne*.

Dos enredaderas logran trepar hasta mis ventanas, y casi entran a visitarme (¡oh, Clara d'Ellébeuse!): una madreselva —sí, Gustavo Adolfo—, una madreselva tupida y floreciente; y la otra, una enredadera de hojas anchas frescas. Con ellas llega hasta mí un mensaje directo de la tierra negra de abajo: les ayudo a entrar, las estimulo; deshago sus ovillos vegetales, y oriento sus hilos hacia adentro. Me figuro que echo la escala, y mis enamoradas, las dos trepadoras, suben a mis ventanas.

Mi interior. Mi gran estante de libros y la escalerilla de mano; mis dos mesas de oloroso cedro; mis viejas y cómodas butacas. Pero sé que mi estancia ha de ser transitoria, y la casa misma me es ajena.[1]

Horas después. El piso bajo (puertas abiertas, sesión permanente, desfile de la política, pelea, tumulto, Caballeros de la Orden de la Última Gota de Sangre, como yo les llamo) ha triunfado al fin sobre el piso alto, donde se refugia la familia. Mis hermanas han bajado. La excitación ha ganado al fin toda la casa.

Todos van llegando, y cada uno cuenta una historia, pero mi padre todavía no regresa. Dicen que la multitud ha sitiado la casa de los manifestantes. En vano he intentado hablarle por teléfono. Logro comunicarme con el presidente De la Barra, y le hago saber lo que me dicen: que al fin los manifestantes han roto el sitio, y se dirigen, en busca de seguridades y garantías, al Castillo de Chapultepec. Se lo aviso para que disponga las medidas de protección. Aunque parezca osado, me tocaba hacerlo: soy el mayor de los varones que han quedado en casa.

Gran movimiento en las habitaciones y en el jardín. En la azotea de enfrente hay hombres armados. Grupos de policía en las esquinas. Yo tengo un puesto fijo, un refugio en el desván, desde donde puedo ver sin ser visto y, si llega el caso, hacer fuego. Tengo cierta experiencia. Esto se ha vuelto una verdadera fortaleza, y no quiero ni que vengan los amigos a saludarme, por el temor de que se queden encerrados en casa. Cada semana, cada domingo, se repiten estas inquietudes, si bien la de hoy es más acentuada.

Mi padre ha llegado al fin. Como está ileso, ya no oigo nada; no quiero saber nada. También he alzado otra fortaleza en mi alma: una fortaleza contra el rencor. Me lo han devuelto. Lo demás, no me importa.

Vuelvo a mi habitación. Todo tiene aquí una luz distinta. Cierro mi puerta; y eso y lo otro y aquello se quedan fuera sin remedio.

Todavía después. Tregua de dos o tres horas en que pueden salir de casa. Es de noche. Hay mucha gente y mucho ruido. Me he acostumbrado a no hacer caso de alarmas. Cuando me dicen que tenga mi arma preparada, me parece que estoy jugando a la guerra.

Abajo, todo es contradicciones. Uno asegura que vienen dos mil hombres. Otro, que doscientos. Pierdo la paciencia y el tiempo, y engaño mi amargura

encerrándome a escribir —a escribir por escribir; "como cosa boba", decía Santa Teresa.

Son cerca de las diez de la noche, y dos horas y media que nos están diciendo: "¡Que llegan!"

Un rato de conversación con mi madre: buena falta le hace que la distraigan.

[México] 7 septiembre [1911]

Entre este peligro, esta presión de sobresaltos, entre estos imperiosos deberes de guardar la casa a mano armada, ¡una carta convidándome a ir a Italia! Un sabio, un hispanista de Italia, Farinelli, me escribe desde Hungría, donde ha recibido mi primer libro, *Cuestiones estéticas*. Poco después, Boutroux, el filósofo, me escribiría desde París, preguntándome si alguna vez nos veríamos para discutir juntos sobre los temas de mi libro. ¡Si supieran, si supieran los europeos! Mi emoción es muda. Espero, para contestar, a que pasen los días fatales: el 15 y el 16 de septiembre. Si salgo con vida, les contestaré en qué momentos me han llegado sus cartas.

¿Y si entraran a saco en casa? Veo mis libros y mis papeles dispersos.

¡Y esta jaqueca constante, igual! ¡Y el sueño agitado! ¡Y el ruido de anoche, en las caballerizas, que parecía que estaban alzando una pirámide!

¡Ay, viajes a Italia, a Francia! ¡Compañía de sabios europeos!

Apago la luz. Sea lo que ha de ser. ¿Está el rifle junto a la cama? Sin el seguro.

[México] noche del 15 septiembre [1911]

Estábamos amenazados de muerte. Así se paga el pecado de hacerse amar un día por el pueblo. Hice inventario y memoria de asuntos pendientes, manifestación de últimas voluntades. ¡Qué aguda alegría considerar con desinterés las cosas, eliminando todo apetito personal, prescindiendo completamente del yo! ¡Qué viento fuerte y nutritivo de "aerostación mística"! Mi alegría, mi extraña alegría, sin duda irradiaba de mí. Porque mi esposa, leyendo sobre mi hombro lo que yo redactaba, también tenía un vago contento. Gustosa cosa llegar a los saldos de las cuentas. La vecindad de la muerte tiene sus encantos, su bienestar.

Cerca de las ocho de la noche. Abajo, los amigos, armados. Se espera eso para después del "grito", después de medianoche. Estoy alegre. Y tal vez no creo en el peligro.

Todas las mujeres de la familia dejan la casa por la tarde: es la "orden general de la plaza". Sólo quedamos aquí los hombres. A mi madre le he confiado mis manuscritos.

[México] 16 septiembre [1911]

Anoche dormí mi mejor sueño. No pasó nada. Noche del mismo día. Pasamos el día acuartelados. Sin novedad en la plaza.

Leyendo, y conversando con mi hermano menor, Alejandro, que tiene la virtud de llevarme el genio.

Llueve. Echo ya de menos mis papeles.

Hay mucha gente en casa, pero todos parecen, hoy, tranquilos. Dicen que se abrieron las cámaras sin escándalo.

Salí a saludar a mi madre. Tenía una alegría —¿cómo lo diré?— de persona avezada: mujer de guerrero al fin.

Recogí mis papeles, y pasé al cuaderno estos apuntes, acaso inútiles.

1912-1914*

DESPUÉS de leer las páginas anteriores se comprenderá fácilmente mi estado de ánimo por aquellos días. Hay cosas que no me gusta explicar. Harto hago con levantar un poco el velo.

Ya se sabe lo demás. Pasó el tiempo. "Eso" cada vez se puso peor. Nació mi hijo.

Llegó la Navidad de 1912, la rendición de Linares. El pobre oficial de guardia no daba crédito a sus ojos. ¡Había sido "picador" de mi casa, amansador de nuestros caballos en Monterrey! Llorando y casi de rodillas, le pedía a su prisionero voluntario que no se le entregara a él, que se fuera a otra parte.

Lo demás no puedo contarlo, aunque queda en el recuerdo de todos. Cuando vi caer a aquel Atlas, creí que se derrumbaría el mundo. Hay, desde entonces, una ruina en mi corazón.

¿Podía soportar tanta sangre y tantos errores? Mi dolor fue tan despiadado que ni siquiera quiso ofuscarme. Mi hermano aceptó en mala hora un sitio en el gobierno, y no pudo emanciparse a tiempo como tanto se lo pedí. También, en compañía de Pedro Henríquez Ureña, me atreví a pedirle a Enrique González Martínez, y también en vano, que dejara la Subsecretaría de la Instrucción Pública (como se llamaba todavía entonces). Yo renuncié a la Secretaría de Altos Estudios. Huerta me convidó para ser su secretario particular. Le dije que no era ése mi destino. Mi actitud me hacía indeseable. Me lo manifestó así en Popotla. Adonde me había citado a las seis de la mañana y donde todo podía pasar. Yo me presenté lleno de recelo y en vez de aquel Huerta campechano y hasta pegajoso (a quien yo me negaba ya a recibir meses antes en el despacho de mi hermano, porque me quitaba el tiempo y me impacientaba con sus frases nunca acabadas) me encontré a un señor solemne, distante y autoritario. "Así no podemos continuar —me dijo—, la actitud que usted ha asumido..." Me apresuré a presentar mi tesis para recibir el título de abogado, me dejé nombrar secretario de la legación en París, y al fin consentí en salir de México, el 10 de agosto de 1913, a las siete de la mañana, por el Ferrocarril Mexicano. Además de mi mujer y mi hijo, me acompañaron hasta el puerto mi madre y el tío Nacho.

Bajo los puentes había piquetes de tropa, precaución contra dinamiteros.

Por la noche, la calurosa Veracruz ardía en fuego vivo. Pero había un aire sustancioso y suave de respirar, que al instante me curó la tos de las mesetas. Sonriendo, recordaba yo las tónicas carcajadas de Antonio Caso, que acababan siempre en un acceso de tos. Os echaba de menos, amigos míos. Noche de calor. Mi hijo, desnudo, se revuelve, desesperado, en la cama. Descubro que tiene sed, y la criatura bebe sin parar, un buen rato.

Al día siguiente, me di el gustazo de desayunar en los portales de Diligencias. Arroyo, el piloto, es mi viejo amigo. Nos ha olido, y viene a proponerme un paseo en su barca.

Vamos a la isla de Sacrificios.

Vegetación "chaparra"; formación arenosa; calzadas entre árboles de corteza plateada y ramas en forma de parasol. Por el suelo, las hormiguitas arrastran cadáveres de cangrejos. No hay tiempo de ver el Lazareto ni el Faro. Guarda el Lazareto un Felipe Lera, hombre de chupados pómulos, color de nicotina en uña de fumador y zapatos rotos. Es hermano, me dice, de don Carlos Américo Lera, el diplomático autor de la obra *Nacionales por naturalización*. Está poco informado de la vida de éste. Casi no nos deja el calor.

Por la tarde nos instalamos en el *Espagne*, que ha atracado lentamente. "Rue de la Havane, Cabina núm. 439-441-443." Dormimos a bordo, para hacernos a la nueva casa.

Al día siguiente —el 12 de agosto de 1913— se hace a la mar el trasatlántico. El mar se enturbia de tierra un instante. En un vaporcito, salen a despedirnos hasta la boca del puerto mi madre, el tío Nacho, el licenciado Serralde, el padre de Carlos Lozano, y Rómulo Lozano, y Rómulo Timperi, mi maestro de armas, cuyo hijo viene a bordo. Mar adentro, unos acorazados norteamericanos ensayan sus cañones sobre una barquita lejana, alarde propio de las "fuerzas de ocupación".

Recuerdo, entre los pasajeros, a José R. Aspe y su familia; la viuda de Julio Limantour con los suyos; el hispanomexicano Noriega, y su hermana, tipo Rubens; algunos "lagartijos" indefinibles (así se llamaban todavía los "fifís"), en zapatillas de baile, que ellos creen calzado de barco; Carlos Lozano, que consintió en tocar el piano a bordo casi todas las noches; *madame* Varcass, esposa de un húngaro, hacendados de Morelos, y su hija adoptiva, la pequeña Magda, a quienes acompañaba siempre el ingeniero Salvador Etcheagaray; el alsaciano Henry Schmoll, comerciante en joyas, que trae un diario de la Decena Trágica y anda muy mareado. Yo lo obligo a pasear por el puente, y la gente dice: "Allí va Alfonso con su pelele". Dos curas a bordo; don Genaro García, zacatecano, ex gobernador de la era porfiriana, moribundo ya de viejo, de flaco y rico; Nagore, su médico, el hermano del juez que amparó a Félix Díaz cuando el alzamiento de Veracruz; Fernando Galván, todo el día zumbando de solicitud y conversación; el licenciado Riba Cervantes, que va a Londres a lo del petróleo; Atilio Timperi, hijo de mi maestro Rómulo, que va a Italia solo —es un niño de 10 o 12 años como he dicho—; Rómulo Laralde y su familia: recuerdos de mi infancia de Monterrey; su linda hija Estela.

El día 13, en lo más alto del vapor, descubro a un hijo de Chucho Contreras, el escultor de los modernistas. Va a los Estados Unidos, vía Cuba, a continuar sus estudios. ¿Qué habrá sido de él?

Atilio Timperi se acuerda a veces de que es un niño, y se encierra a llorar en su camarote. Ahí lo encuentra Merignac, el campeón de florete a cuya guardia

viene confiado. Y el niño sale otra vez a los puentes, con los ojos enrojecidos, y distribuye bombones de chocolate entre las señoras. Cuando yo conocí a este niño, en la Sala Timperi, lo llevaban todavía en brazos. Era una bolita de carne con ojos vivísimos, que daba unos mordiscos tremendos. Yo me entretenía provocándolo, hasta que el maestro Timperi me llamaba, otra vez, al "plastrón".

Brisa suave y pegajosa. La gente dice:

—Ahí viene Alfonso con su pelele.

Soy yo, que llevo del brazo al alsaciano Schmoll, mi puntilloso alsaciano. Me he propuesto curarle el mareo, y lo consigo, después de pasearlo por todo el vapor, a grandes pasos, durante dos días.

Visitamos la 2ª y la 3ª clases. ¡Oh, América de mis abuelos! ¡Hay todavía criollos con loros! Bajamos a las entrañas del buque: máquinas que escurren aceite negro, marinos peludos, desnudos, sudorosos, dormidos. Damos con la carnicería y vemos destazar los bueyes. Las cosas infunden pavor, vistas por dentro. Se pierde la confianza en el equilibrio del barco, a fuerza de ver jadear sus máquinas. La conciencia es, ante todo, pánico.

El día 14 llegamos a La Habana, donde el vapor tomaba carbón, y bajamos a saludar a los amigos. No encontré a nadie. Max Henríquez Ureña en Santiago. El cónsul Esteva tuvo la bondad de indicarme la casa del ministro Godoy en el Vedado, y éste y su familia nos recibieron con exquisita cortesía en un jardín lleno de brisa.

¿Quién puede olvidar los refrescos de La Habana? ¿Y el Malecón, en puesta de sol? ¡Oh paraíso de color y calor, una vez sentido y siempre evocado! Andamos bajo el fuego de Dios, como beduinos, con la cría a cuestas.

Carlos Lozano se volvía loco, con esos enredos del cambio de monedas.

—Yo comprendo —me decía— que me sale a flor lo "Zacatecas".

Al otro día, muy de mañana, vino al barco a saludarme el poeta Chocano.

Poco después, entramos en aquel mar saltón y transparente, ansioso de dejar ver su fondo, con coquetería rayana en impudor. Más tarde, el Atlántico de acero, el mar sólido, gris e igual. Ondas frías de Terranova, y vuelta al calor.

En la cena del capitán, bombones con versitos de sorpresa. No podían ser más oportunos los que nos tocaron a cierta vecina y a mí. Ella, mujer a quien ya abandonaban la juventud y el marido, y presa del abogado que se ocupaba en desenredar o enredar su caso, leyó su papelito, y decía:

> Amitié, viens à mon secours
> puisqu'il n'est plus temps de l'amour.
> La vie s'écoule, il fait tard,
> et il coûte cher l'avocat bavard.

Y a mí, que ando desorientado desde que, al pisar el barco, me sentí extranjero y desposeído de los privilegios familiares que he gozado gratuitamente en mi tierra —y me tocó esto:

Tu n'es pas riche et c'est folie
de vouloir qu'on te glorifie.

El domingo 24 arribamos a La Coruña, llena de luces de color; y al día siguiente, Santander nos saludó con fiesta de gaviotas. Los prácticos españoles eran hombres ágiles y flacos, que de un salto escalaban el barco. Al llegar al turbio Saint-Nazaire, el práctico resultó ser un señor sedentario y gordo, que por poco naufraga con su lanchita al acercarse al *Espagne*.

Esa misma tarde llegamos a París. Fuimos a dar a un pobre hotel, en la Rue de Trévise: adonde me mandó Modesto Puigdevall, porque allí trabajaba Miguel, su hermano (Modesto, el que llegó a ser dueño del restaurante Silvain, en México, y que había sido criado de mi padre en París).

Caí, abierta la cabeza en pedazos, al recibir el golpe de maza de París.[1] Queda constancia de mis primeras impresiones en algunas páginas de *El cazador* (por ejemplo: "Los ángeles de París", "París cubista", etcétera).

[Madrid] 2 octubre 1914

Para reunirnos con Jesús Acevedo, Ángel Zárraga y yo paramos en Carreteras núm. 45, posada de la Concha, Concha Cabra en recuerdo del Dómine Cabra de Quevedo, según es la apariencia. Nos dan una alcoba interior. La exterior que comunica con ella la ocupa el estudiante "quebrantahuesos", así llamado porque cena pajaritos fritos y deja los huesos sobre la chimenea. Comienza el año escolar, y el quebrantahuesos deja cada día otro libro de texto sobre su mesa. Una mañana aparece junto a la mesa un loro en su estaca.

Acevedo "me esperaba", en toda la profundidad del vocablo. Había suspendido, entretanto, sus emociones. Zárraga se va reintegrando en la vida del café madrileño, esa vida ateniense. A todos les cuenta cómo va a encerrarse en Toledo entre cuatro paredes encaladas, a moler él mismo sus colores y a pintar.

Yo he venido, como Ruiz de Alarcón, a pretender en corte, a ver si me gano la vida. Mientras me oriento, dejé en San Sebastián a mi mujer, mi niño y mi criada bretona.

Acevedo se va una mañana a Aranjuez. Ángel, una tarde, se va a Toledo. Eduardo Colín, que está en la legación mexicana, me lleva esa noche a los barrios bajos, cosa terrible en su mortecina quietud, sus calles de piedra, sus faroles de gas. A medianoche, Teatro Madrileño: público de caras fruncidas en cicatriz, que ruge, soez. Hampa que injuria a las cupletistas. La injuria de la calle de Atocha, como el piropo de la calle de Alcalá, son amor represo, imaginación turbada.

Por una peseta, salen hasta 12 mujeres, una tras otra, o dos a un tiempo en una danza de empellones y obscenidad cruda. Cantan mal, bailan regular. Una, admirablemente. Si Dorian Gray la descubre aquí, se casa con ella. La bailarina se entrega a la danza y no oye al público. Su garganta se martiriza y sus ojos se

extravían. Lo demás: camareras escapadas de noche, debutantes pobres, camino del prostíbulo. Saben reír cuando el público las maltrata. Todo, el gusto de Monsieur de Phocas. Quiroz, el pianista, es víctima del público. Una vista cinematográfica es interrumpida a silbidos.

Vuelvo a la posada de Concha Cabra. ¿Es Ángel Zárraga esa sombra inconsistente de la otra cama? ¡No puede ser! Terror del cuento de Stevenson: ¿será un cadáver?

Enciendo la luz. Es un viejo escuálido y tosijoso, hermano de Concha. Vivimos en pleno *Lazarillo de Tormes*.

Al día siguiente, me mudo a una posada a San Marcos, 30, 2º izquierda: doña Justa. ¿Doña Justa Cabra? Veremos. Aún no he comido. Cuarto esencial, diminuto y limpio. Lo he poblado en un minuto con mi melancolía y mis recuerdos. Mi familia, en San Sebastián, espera que yo me instale y la llame a mi lado.

Tardes del Ateneo. Compañía de geniecillos indiscretos. Amistad naciente de Díez-Canedo, que conoce la literatura mexicana. Él me presenta con Acebal, en La Lectura, para cuya colección de clásicos prepararé un Ruiz de Alarcón. El caballeroso Acebal, mientras nos recibe, apura un vaso de leche. A su lado, otra barba francesa (o mejor del Greco): Juan Ramón Jiménez, sonrosado y nervioso, dueño de raras noticias médicas adquiridas a través de exquisitos males. Me mira con ojos desconfiados y ariscos.[2]

[Madrid] 8 octubre [1914]

¡Doña Justa me tiende la cama en persona!

¿Qué estoy leyendo? *La Nation Armée*, de Von der Goltz, traducción [de] H. Monet, lo único que traje conmigo.

Noche de frío. Me echo la gabardina en la cama. Una madre llora por su hijo que se le muere, y grita toda la noche. Mañana me mudo.

[Madrid] 9 octubre [1914]

Me mudo a la casa inmediata. Posada más cara, pero de mejor aire. Por la tarde, me visita Ventura García Calderón, que está aquí, en la legación del Perú, y hace tertulia en el Correo con José Francés y Diego San José.

Acompaño a Ventura a casa de Tomás Costa, hermano del gran Joaquín Costa, que nos recibe con gran prosopopeya y nos muestra la colección de obras de su hermano que está publicando.

Por la noche, llega Acevedo a Aranjuez.

[Madrid] 10 octubre 1914

¡Gracias, primer *[sic]* noche de reposo!

ORACIÓN DEL 9 DE FEBRERO*

I

Hace 17 años murió mi pobre padre. Su presencia real no es lo que más echo de menos: a fuerza de vivir lejos de Monterrey, estudiando en México, yo me había ya acostumbrado a verlo muy poco y a imaginármelo fácilmente, a lo cual me ayudaba también su modo de ser tan definido, y hasta su aspecto físico tan preciso y bien dibujado —su manera de belleza—. Por otra parte, como era hombre tan ocupado, pocas veces esperaba yo de él otra cosa que no fuera una carta de saludo casi convencional, concebida en el estilo de su secretaría. Y a propósito de esto me acuerdo que la señora de Lancaster Jones —doña Lola Mora— su amiga de la infancia, quejándose de aquellas respuestas impersonales que redactaba el secretario Zúñiga, un día le escribió a mi padre una carta que comenzaba con este tratamiento: "Mi querido Zúñiga: Recibí tu grata de tal fecha, etcétera"...

Hacía varios años que sólo veía yo a mi padre de vacaciones o en cortas temporadas. Bien es cierto que esos pocos días me compensaban de largas ausencias porque era la suya una de esas naturalezas cuya vecindad lo penetra y lo invade y lo sacia todo. Junto a él no se deseaba más que estar a su lado. Lejos de él, casi bastaba recordar para sentir el calor de su presencia. Y como su espíritu estaba en actividad constante, todo el día agitaba las cuestiones más amenas y más apasionadoras; y todas sus ideas salían candentes, nuevas y recién forjadas, al rojo vivo de una sensibilidad como no la he vuelto a encontrar en mi ya accidentada experiencia de los hombres. Por cierto que hasta mi curiosidad literaria encontraba pasto en la compañía de mi padre. Él vivía en Monterrey, ciudad de provincia. Yo vivía en México, la capital. Él me llevaba más de cuarenta años, y se había formado en el romanticismo tardío de nuestra América. Él era soldado y gobernante. Yo iba para literato. Nada de eso obstaba. Mientras en México mis hermanos mayores, universitarios criados en una atmósfera intelectual, sentían venir con recelo las novedades de la poesía, yo, de vacaciones, en Monterrey, me encontraba a mi padre leyendo con entusiasmo los *Cantos de vida y esperanza*, de Rubén Darío, que acababan de aparecer.

Con todo, yo me había hecho ya a la ausencia de mi padre, y hasta había aprendido a recorrerlo de lejos como se hojea con la mente un libro que se conoce de memoria. Me bastaba saber que en alguna parte de la tierra latía aquel corazón en que mi pobreza moral —mejor dicho, mi melancolía— se respaldaba y se confortaba. Siempre el evocarlo había sido para mí un alivio. A la hora de las mayores desesperaciones, en lo más combatido y arduo de las primeras pasiones,

que me han tocado, mi instinto acudía de tiempo en tiempo al recuerdo de mi padre, y aquel recuerdo tenía la virtud de vivificarme y consolarme. Después —desde que mi padre murió—, me he dado cuenta cabal de esta economía inconsciente de mi alma. En vida de mi padre no sé si llegué a percatarme nunca...

Pero ahora se me ocurre que sí, en cierto modo al menos. Una vez fui, como de costumbre, a pasar mis vacaciones a Monterrey. Llegué de noche. Me acosté y dormí. Al despertar a la mañana siguiente —muchas veces me sucedía esto en la adolescencia— ya tenía en el alma un vago resabio de tristeza, como si me costara un esfuerzo volver a empezar la vida en el nuevo día. Entonces el mecanismo ya montado funcionó solo, en busca de mi equilibrio. Antes de que mi razón la sujetara, mi imaginación ya estaba hablando: "Consuélate —me dijo—. Acuérdate que, después de todo, allá en Monterrey, te queda algo sólido y definitivo: Tu casa, tu familia, tu padre". Casi al mismo tiempo me di cuenta de que en aquel preciso instante yo me encontraba ya pisando mi suelo definitivo, que estaba yo en mi casa, entre los míos, y bajo el techo de mis padres. Y la idea de que ya había yo dispuesto de todos mis recursos, de que ya había agotado la última apelación ante el último y más alto tribunal, me produjo tal desconcierto, tan paradójica emoción de desamparo que tuve que contenerme para no llorar. Este accidente de mi corazón me hizo comprender la ventaja de no abusar de mi tesoro, y la conveniencia —dados los hábitos ya adquiridos por mí— de tener a mi padre lejos, como un supremo recurso, como esa arma vigilante que el hombre de campo cuelga a su cabecera aunque prefiera no usarla nunca. No sé si me pierdo un poco en estos análisis. Es difícil bajar a la zona más temblorosa de nuestros pudores y respetos.

De repente sobrevino la tremenda sacudida nerviosa, tanto mayor cuanto que la muerte de mi padre fue un accidente, un choque contra un obstáculo físico, una violenta intromisión de la metralla en la vida y no el término previsible y paulatinamente aceptado de un acabamiento biológico. Esto dio a su muerte no sé qué aire de grosería cosmogónica, de afrenta material contra las intenciones de la creación. Mi natural dolor se hizo todavía más horrible por haber sobrevenido aquella muerte en medio de circunstancias singularmente patéticas y sangrientas, que no sólo interesaban a una familia, sino a todo un pueblo. Su muerte era la culminación del cuadro de horror que ofrecía entonces toda la ciudad.

Con la desaparición de mi padre, muchos, entre amigos y adversarios, sintieron que desaparecía una de las pocas voluntades capaces, en aquel instante, de conjurar los destinos. Por las heridas de su cuerpo, parece que empezó a desangrarse para muchos años, toda la patria. Después me fui rehaciendo como pude, como se rehacen para andar y correr esos pobres perros de la calle a los que un vehículo destroza una pata; como aprenden a trinchar con una sola mano los mancos; como aprenden los monjes a vivir sin el mundo, a

comer sin sal los enfermos. Y entonces, de mi mutilación saqué fuerzas. Mis hábitos de imaginación vinieron en mi auxilio. Discurrí que estaba ausente mi padre —situación ya tan familiar para mí— y, de lejos, me puse a hojearlo como solía. Más aún: con más claridad y con más éxito que nunca. Logré traerlo junto a mí a modo de atmósfera, de aura. Aprendí a preguntarle y a recibir sus respuestas. A consultarle todo. Poco a poco, tímidamente, lo enseñé a aceptar mis objeciones —aquellas que nunca han salido de mis labios pero que algunos de mis amigos han descubierto por el conocimiento que tienen de mí mismo—. Entre mi padre y yo, ciertas diferencias nunca formuladas, pero adivinadas por ambos como una temerosa y tierna inquietud, fueron derivando hacia el acuerdo más liso y llano. El proceso duró varios años, y me acompañó por viajes y climas extranjeros. Al fin llegamos los dos a una compenetración suficiente. Yo no me arriesgo a creer que esta compenetración sea ya perfecta porque sé que tanto gozo me mataría, y presiento que de esta comunión absoluta sólo he de alcanzar el sabor a la hora de mi muerte. Pero el proceso ha llegado ya a tal estación de madurez, que estando en París hace poco más de dos años, me atreví a escribir a un amigo estas palabras más o menos: “Los salvajes creían ganar las virtudes de los enemigos que mataban. Con más razón imagino que ganamos las virtudes de los muertos que sabemos amar”. Yo siento que, desde el día de su partida, mi padre ha empezado a entrar en mi alma y a hospedarse en ella a sus anchas. Ahora creo haber logrado ya la absorción completa y —si la palabra no fuera tan odiosa— la digestión completa. Y véase aquí por dónde, sin tener en cuenta el camino hecho de las religiones, mi experiencia personal me conduce a la noción de la supervivencia del alma y aun a la noción del sufragio de las almas —puente único por donde se puede ir y venir entre los vivos y los muertos, sin más aduana ni peaje que el adoptar esa actitud del ánimo que, para abreviar, llamamos plegaria.

Como él siempre vivió en peligros, y como yo poseo el arte de persuadirme (o acaso también por plástica, por adaptación inconsciente) yo, desde muy niño, sabía enfrentarme con la idea de perderlo. Pero el golpe contra la realidad brutal de haberlo perdido fue algo tan intenso que puedo asegurar que persiste; no sólo porque persistan en mí los efectos de esa inmensa herida, sino porque el golpe está aquí —íntegro, vivo— en algún repliegue de mi alma, y sé que lo puedo resucitar y repetir cada vez que quiera. El suceso viaja por el tiempo, parece alejarse y ser pasado, pero hay algún sitio del ánimo donde sigue siendo presente. No de otro modo el que, desde cierta estrella, contemplara nuestro mundo con un anteojo poderoso, vería, a estas horas —porque el hecho anda todavía vivo, revoloteando como fantasma de la luz entre las distancias siderales — a Hernán Cortés y a sus soldados asomándose por primera vez al valle de Anáhuac.

El desgarramiento me ha destrozado tanto, que yo, que ya era padre para entonces, saqué de mi sufrimiento una enseñanza: me he esforzado haciendo

violencia a los desbordes naturales de mi ternura, por no educar a mi hijo entre demasiadas caricias para no hacerle, físicamente mucha falta, el día que yo tenga que faltarle. Autoritario y duro, yo no podría serlo nunca: nada me repugna más que eso. Pero he procurado ser neutro y algo sordo —sólo yo sé con cuánto esfuerzo— y así creo haber formado un varón mejor apercibido que yo, mejor dotado que yo para soportar el arrancamiento. Cuando me enfrenté con las atroces angustias de aquella muerte, escogí con toda certeza, y me confesé a mí mismo que preferiría no serle demasiado indispensable a mi hijo, y hasta no ser muy amado por él puesto que tiene que perderme. Que él me haga falta es condición irremediable: mi conciencia se ha apoyado en él mil veces, a la hora de vacilar. Pero es mejor que a él mismo yo no le haga falta —me dije— aunque esto me prive de algunos mimos y dulzuras. También supe y quise cerrar los ojos ante la forma yacente de mi padre, para sólo conservar de él la mejor imagen. También supe y quise elegir el camino de mi libertad, descuajando de mi corazón cualquier impulso de rencor o venganza, por legítimo que pareciera, antes de consentir en esclavizarme a la baja *vendetta*. Lo ignoré todo, huí de los que se decían testigos presenciales, e impuse silencio a los que querían pronunciar delante de mí el nombre del que hizo fuego. De paso, sé que me he cercenado voluntariamente una parte de mí mismo; sé que he perdido para siempre los resortes de la agresión y de la ambición. Pero hice como el que, picado de víbora, se corta el dedo de un machetazo. Los que sepan de estos dolores me entenderán muy bien.

No: no es su presencia real lo que más me falta, con ser tan cálida, tan magnética, tan dulce y tan tierna para mí, tan rica en estímulos para mi admiración y mi fantasía, tan satisfactoria para mi sentido de los estilos humanos, tan halagadora para mi orgullo de hijo, tan provechosa para mi sincero afán de aprendiz de hombre y de aprendiz de mexicano (¡porque he conocido tan pocos hombres y entre éstos, tan pocos mexicanos!). No lloro por la falta de su compañía terrestre, porque yo me la he sustituido con un sortilegio o si preferís, con un milagro. Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque presiento al considerar la historia de mi padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo; me desespera, ante el hecho consumado que es toda tumba, el pensar que el saldo generoso de una existencia rica y plena no basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo. Mis lágrimas son para la torre de hombre que se vino abajo; para la preciosa arquitectura —lograda con la acumulación y el labrado de materiales exquisitos, a lo largo de muchos siglos de herencia severa y escrupulosa— que una sola sacudida del azar pudo deshacer; para el vino de siete cónsules que tanto tiempo concentró sus azúcares y sus espíritus, y que una mano aventurera llegó de repente a volcar.

Y ya que el vino había de volcarse, sea un sacrificio, acepto: sea una libación eficaz para la tierra que lo ha recibido.

II

De todas sus heridas, la única aparente era la de su mano derecha, que quedó siempre algo torpe, y solía doler en el invierno. La izquierda tuvo que aprender de ella a escribir y trinchar y también a tirar el arma, con todos los secretos del viejo maestro Ignacio Guardado. Lentamente la derecha pudo recobrar el don de escribir. Hombre que cumplidos los cincuenta años, era capaz de comenzar el aprendizaje metódico de otra lengua extranjera no iba a detenerse por tan poco.

Hojeando en su biblioteca, he encontrado las cuatro sucesivas etapas de su firma: La primera, la preciosa firma llena de turgencias y redondeces, aparece en un tomo de *Obras poéticas* de Espronceda, París, Baudry, 1867, y en una *Cartilla moral militar* del Conde de la Cortina, edición de Durango, Francisco Vera, año de 1869. La segunda, la encuentro en un ejemplar de las poesías de Heredia, y lleva la fecha de Mazatlán, 1876. Aquí el nombre de pila se ha reducido a una inicial y el rasgo es más nervioso y ligero aunque todavía se conserva la misma rúbrica del adolescente, enredada en curvas y corazones. La tercera fase la encuentro en cartas privadas dirigidas al poeta Manuel José Othón por el año de 1889. Aunque después de la herida, todavía resulta muy ambiciosa. La cuarta fase es la que conoce la fama, la que consta en todos los documentos oficiales de su gobierno, y es ya la firma del funcionario, escueta, despojada y mecánica.

III

Pero hemos entrado en su biblioteca y esto significa que el caballo ha sido desensillado. En aquella biblioteca donde había de todo, abundaban los volúmenes de poesía y los clásicos literarios. Entre los poetas privaban los románticos: era la época mental en que el espíritu del héroe se había formado. El hallazgo de aquella firma juvenil en un ejemplar de Espronceda tiene un sentido singular.

Después de pacificar el Norte y poner coto a los contrabandos de la frontera —groseros jefes improvisados por las guerras civiles alternaban allí con los aprovechadores que nunca faltan, y se las arreglaban para engordar la hacienda con ilícitos medros— vinieron los años de gobernar en paz. Y como al principio el General se quedara unos meses sin más trabajo que la monótona vida de cuartel, aprovechó aquellos ocios nada menos que para reunir de un rasgo los incontables volúmenes de la *Historia de la humanidad* de César Cantú. Toda empresa había de ser titánica para contentarlo y entretenerlo. Aunque fuera titánicamente metódica como lo fue su gobierno mismo. Otros hablarán de esa obra y de lo que hizo de aquella ciudad y de aquel Estado. Aquí el romántico descansa o, mejor dicho, frena sus energías y administra el rayo, conforme a la general consigna de la paz porfiriana. Aquella cascada se repartirá en graciosos riachuelos y éstos, poco a poco fueron haciendo del erial un rico jardín. La

popularidad del héroe cundía. Desde la capital llegaban mensajeros celosos. Al fin el dueño de la política vino en persona a presenciar el milagro: "Así se gobierna", fue su dictamen. Y poco después, el gobernador se encargaba del Ministerio de la Guerra, donde todavía tuvo ocasión de llevar a cabo otros milagros: el instaurar un servicio militar voluntario, el arrancar al pueblo a los vicios domingueros para volcarlo, por espontáneo entusiasmo, en los campos de maniobras; el preparar una disciplina colectiva que hubiera sido el camino natural de la democracia; el conciliar al ejército con las más altas aspiraciones sociales de aquel tiempo; el sembrar confianza en el país cuando era la moda el escepticismo; el abrir las puertas a la esperanza de una era mejor. Al calor de este amor se fue templando el nuevo espíritu. Todos lo saben, y los que lo niegan saben que engañan. Aquel amor llenaba un pueblo como si todo un campo se cubriera con una lujuriosa cosecha de claveles rojos.

Otro hubiera aprovechado la ocasión tan propicia. ¡Oh, qué mal astuto, oh qué gran romántico! Le daban la revolución ya hecha, casi sin sangre, ¡y no la quiso! Abajo, pueblos y ejércitos a la espera, y todo el país anhelante, aguardando para obedecerlo, el más leve flaqueo del héroe. Arriba, en Galeana, en el aire estoico de las cumbres, un hombre solo. Y fue necesario, para arrebatarlo a aquel éxtasis, que el río se saliera de madre y arrastrara media ciudad. Entonces requirió otra vez el caballo y burlando sierras bajó a socorrer a los vecinos. Y poco después salió al destierro. No cabían dos centros en un círculo. O tenía que acontecer lo que acontece en la célula viva cuando empiezan a formarse los núcleos, ¿poner al país en el trance de recomenzar su historia? Era mejor cortar amarras.

Ya no se columbra la raya indecisa de la tierra. Ya todo se fue.

IV

Porfirio Díaz entregó la situación a la gente nueva y dijo una de aquellas cosas tan suyas:

—Ya soltaron la yeguada. ¡A ver ahora quién la encierra!

De buenas intenciones está empedrado el infierno. Y cuando, a pesar de la mejor intención que en México se ha visto, el país quiso venirse abajo ¿cómo evitar que el gran romántico se juzgara el hombre de los destinos? Durante unas maniobras que presenció en Francia, como sentía un picor en el ojo izquierdo, se plantó un parche y siguió estudiando las evoluciones de la tropa. Al volver del campo —y hasta su muerte lo disimuló a todo el mundo— había perdido la mitad de la vista. Así regresó al país, cuando el declive natural había comenzado. Mal repuesto todavía de aquella borrachera de popularidad y del sobrehumano esfuerzo con que se la había sacudido, perturbada ya su visión de la realidad por un cambio tan brusco de nuestra atmósfera que, para los hombres de su época, equivalía a la amputación del criterio, vino, sin quererlo ni desearlo, a convertirse

en la última esperanza de los que ya no marchaban a compás con la vida. ¡Ay, nunca segundas partes fueron buenas! Ya no lo querían: lo dejaron solo. Iba camino de la desesperación, de agravio en agravio. Algo se le había roto adentro. No quiso colgar el escudo en la atarazana. ¡Cuánto mejor no hubiera sido! ¿Dónde se vio al emérito volver a mezclarse entre las legiones? Los años y los dolores habían hecho ya su labor.

Y se encontró envuelto en una maraña de fatalidades, cada vez más prieta y más densa. Mil obstáculos y los amigotes de ambos bandos impidieron que él y el futuro presidente pudieran arreglarse. Y todo fue de mal en peor. Y volvió a salir del país. Y al fin lo hallamos cruzando simbólicamente el río Bravo, acompañado de media docena de amigos e internándose por las haciendas del Norte donde le habían ofrecido hombres y ayuda y sólo encontraba traición y delaciones.

Los días pasaban sin que se cumplieran las promesas. Al acercarse al río Conchos unos cuantos guardias rurales empezaron a tirotear al escaso cortejo. Unos a diestra y otros a siniestra, todos se fueron dispersando. Lo dejaron sólo acompañado del guía.

Era víspera de Navidad. El campo estaba frío y desolado. Ante todo, picar espuelas y ponerse en seguro para poder meditar un poco. Y por entre abrojos y espinares, desgarrada toda la ropa y lleno de rasguños el cuerpo, el guía lo condujo a un sitio solitario, propicio a las meditaciones. Allí toda melancolía tiene su asiento. No se mira más vegetación que aquellos inhospitalarios breñales. El jinete echó pie a tierra, juntó ánimos, y otra vez en su corazón, se encendió la luz del sacrificio.

—¿Dónde está el cuartel más cercano?

—En Linares.

—Vamos a Linares.

—Nos matarán.

—Cuando estemos a vista de la ciudad, podrás escapar y dejarme solo.

Es ya de noche, es Nochebuena. El embozado se acerca al cabo de guardia.

—Quiero hablar con el jefe.

Pasa un instante, sale el jefe a la puerta. El embozado se descubre, y he aquí que el jefe casi cae de rodillas.

—¡Huya, huya, mi general! ¿No ve que mi deber es prenderlo?

—¿Eres tú, mi buen amigo, mi antiguo picador de caballos? Pues no te queda más recurso que darme tus fuerzas o aceptarme como prisionero.

—¡Señor, somos muy pocos!

—Entonces voy a levantar la voz para que todos lo oigan: Aquí vengo a entregarme preso, y que me fusilen en el cuartel.

Entre los vecinos lo han vestido, ¡tan desgarrado viene! Nadie disimula su piedad, su respeto. Todos han adivinado que con ese hombre se rinde toda una época del sentir humano. Ofrece su vida otra vez más. ¿Qué mejor cosa puede hacer el romántico con su vida? ¡Tirarla por la borda, echarla por la ventana!

“¡Pelillos a la mar!”, dice el romántico. Y arroja a las olas su corazón.

V

Más tarde, trasladado a México, se consumirá en la lenta prisión, donde una patética incertidumbre lo mantiene largos meses recluso. La mesa de pino, el melancólico quinqué, la frente en la mano, y en torno la confusa rumia de meditaciones y recuerdos, y todo el fragor del *Diablo mundo:* es, línea por línea, el cuadro de Espronceda, ¡aquel Espronceda que fue tan suyo y que él mismo me enseñó a recitar!

En el patio cantan los presos, se estiran al sol y echan baraja. Aquello es como una llaga por donde se pudre el organismo militar. Un día de la semana, las soldaderas tienen acceso al patio, donde montan tiendas de lona para esconder su simulacro de amor. Después que el dueño se sacia, se pone a la puerta de la tienda y cobra la entrada a los demás a tantos centavos. Tortura propiamente diabólica presenciar estas vergüenzas el mismo que fue como ninguno, organizador de ejércitos lucidos y dignificador de la clase guerrera a los ojos de la nación.

La melancolía, los quebrantos, resucitaron en él cierto paludismo contraído en campaña. Todas las tardes, a la misma hora, llamaba a la puerta el fantasma de la fiebre. Los nervios se iban desgastando. Vivía como en una pesadilla intermitente. ¿Cuál era el delirio?, ¿cuál el juicio? El preso tenía consideraciones especiales, y aquel hombre bueno que se vio en el trance de aprisionarlo ¡qué más hubiera deseado que devolverle su libertad! Dos grandes almas se enfrentaban, y acaso se atraían a través de no sé qué estelares distancias. Una todo fuego y bravura y otra toda sencillez y candor. Cada cual cumplía su triste gravitación, y quién sabe con qué dolor secreto sentían que se iban alejando. Algún día tendremos revelaciones. Algún día sabremos de ofertas que tal vez llegaron a destiempo.

Bajo ciertas condiciones, pues, el preso podía ser visitado. Entre los amigos y amigas que, en la desgracia, se acercaron a él, abundaban naturalmente los afectos viejos, los que llegan hasta nosotros como ráfagas de la vida pasada, envueltos en memorias de la infancia y de los tiempos felices. Tales visitas, por confortantes que parezcan, escarban muy adentro en la sensibilidad de un hombre exaltado y, en los entreactos de la fiebre, cuando la clara visión de aquel ambiente abyecto de cárcel volvía como un mal sabor a la conciencia, aparecían aquellos hombres y aquellas mujeres cargados de recuerdos, llenos de palabras sobresaturadas de sentido, demasiado expresivos para convenir al régimen de un hombre en crisis. Todo debió haber sido neutro, gris. Y todo era clamoroso y rojo.

Y todavía para enloquecerlo más, y por si no bastara la trágica viudez de una hija cuyo marido fue asesinado unos meses antes, llegaron a la prisión las nuevas de las trastadas que andaba haciendo el caudillo Urbina, aquel que murió tragado

por el fango. Urbina había secuestrado al marido de su hija menor, y ésta había tenido que rescatarlo a precio de oro, empeñando para toda la vida la tranquilidad económica de su hogar. Imaginad la cólera del Campeador ante las afrentas sufridas por sus hijas.

No era todavía un anciano, todavía no se dejaba rendir, pero ya comenzaba a abrirse paso difícilmente entre las telarañas de la fiebre, la exasperación, la melancolía y el recuerdo.

También Pancho Villa estaba, por aquellos meses, preso en la cárcel militar de Santiago. Pancho Villa escaparía pronto con anuencia de sus guardianes, y por diligencia de aquel abogado Bonales Sandoval a quien más tarde hizo apuñalar, partir en pedazos, meterlo en un saco, y enviarlo a lomo de mula a Félix Díaz, para castigarlo así de haber pretendido crear una inteligencia entre ambos. El caballero y el cabecilla alguna vez pudieron cruzarse por los corredores de la prisión. Don Quijote y Roque Guinart se contemplaban. El cabecilla lo consideraría de lejos, con aquella su peculiar sonrisa y aquel su párpado caído. El caballero se alisaría la "piocha", al modo de su juventud, y recordaría sus campañas contra el Tigre de Álica, el otro estratega natural que ha producido nuestro suelo, mezcla también de hazañero y facineroso.

La visión se borra y viene otra: ahora son las multitudes que aclaman, encendidas por palabras candentes que caen, rodando como globos de fuego, desde las alturas de un balcón, se estremece aquel ser multánime y ofrece millares de manos y millares de pechos. Pero esta visión es embriagadora y engañosa, y pronto desaparece, desairada —tentación que se recoge en el manto — para dar lugar a otros recuerdos.

VI

Aquel roer diario fue desarrollando su sensibilidad, fue dejándole los nervios desnudos. Un día me pidió que le recitara unos versos de Navidad. Aquella fue su última Navidad y el aniversario de la noche triste de Linares. Al llegar a la frase: *Que a golpes de dolor te has hecho malo*, me tapó la boca con las manos y me gritó:

—¡Calla blasfemo! ¡Eso, nunca! ¡Los que no han vivido las palabras no saben lo que las palabras traen adentro!

Entonces entendí que él había vivido las palabras, que había ejercido su poesía con la vida, que era todo él como un poema en movimiento, un poema romántico de que hubiera sido a la vez autor y actor. Nunca vi otro caso de mayor frecuentación, de mayor penetración entre la poesía y la vida. Naturalmente, él se tenía por hombre de acción, porque aquello de sólo dedicarse a soñar se le figuraba una forma abominable del egoísmo. Hubiera maldecido a Julien Benda y su teoría de los clérigos. Pero no veía diferencia entre la imaginación y el acto: tan plástico era para el sueño. De otro modo no se entiende que él tan respetuoso

de los clásicos, arrojara un día su Quevedo, exclamando con aquella su preciosa vehemencia: "¡Miente! ¡Miente!", porque tropezó con el siguiente pasaje en *La hora de todos y la fortuna con seso:*

"Quien llamó hermanas las letras y las armas poco sabía de sus abalorios, pues no hay más diferentes linajes que hacer y decir." ¡Miente, miente! Y el poeta a caballo entraba por la humanidad repartiendo actos que no eran más que otros tantos sueños. Y aún tienen del sueño y del acto puro, el haber sido desinteresados: actos ofrecidos a los demás, actos propiciatorios, actos para el bien de todos, en que se quemaba el combustible de aquella vitalidad desbordada.

¿Dónde hemos hallado el airón de esa barba rubia, los ojos zarcos y el ceño poderoso? Las cejas pobladas de hidalgo viejo, la mirada de certero aguilucho que cobra sus piezas en el aire, la risa de conciencia sin tacha y la carcajada sin miedo. La bota fuerte con el cascabel del acicate, y el repiqueteo del sable en la cadena. Aire entre apolíneo y jupiterino, según que la expresión se derrame por la serenidad de la paz o se anude toda en el temido entrecejo. Allí, entre los dos ojos; allí, donde botó la lanza enemiga; allí se encuentran la poesía y la acción en dosis explosivas. Desde allí dispara sus flechas una voluntad que tiene sustancia de canción. Todo eso lo hemos hallado seguramente en la idea: en la Idea del héroe, del Guerrero, del Romántico, del Caballero Andante, del Poeta de Caballería. Porque todo en su aspecto y en sus maneras, parecía la encarnación de un dechado.

Tronaron otra vez los cañones. Y resucitado el instinto de la soldadesca, la guardia misma rompió la prisión. ¿Qué haría el Romántico? ¿Qué haría, oh, cielos, pase lo que pase y caiga quien caiga (¡y qué mexicano verdadero dejaría de entenderlo!) sino saltar sobre el caballo otra vez y ponerse al frente de la aventura, único sitio del Poeta? Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día.

Cuando la ametralladora acabó de vaciar su entraña, entre el montón de hombres y de caballos, a media plaza y frente a la puerta de Palacio, en una mañana de domingo, el mayor romántico mexicano había muerto.

Una ancha, generosa sonrisa se le había quedado viva en el rostro: la última yerba que no pisó el caballo de Atila; la espiga solitaria, oh Heine que se le olvidó al segador.

Buenos Aires, 9 de febrero de 1930.
20 de agosto de 1930, el día en que había de cumplir sus ochenta años

CARTA DE ALFONSO REYES A MARTÍN LUIS GUZMÁN*

17 de mayo de 1930
Rio de Janeiro

MI QUERIDO Martín:

En mi ejemplar de *La sombra del caudillo*, ¡que al fin me llega!, encuentro esta dedicatoria, de que no quiero hacerme desentendido:

"Para mi querido Alfonso Reyes, cuyo nombre —de claros destellos— no merece figurar en el escalafón del bandidaje político que encabeza el traidor y asesino Plutarco Elías Calles."

Ante todo, déjeme decirle que el envío del libro me quitó la pena que comenzaba a causarme su olvido. Ni siquiera me ha dicho Ud. si llegó a sus manos mi *Fuga de Navidad*. Esto me tenía triste, porque me hacía temer que persistiera en Ud. cierta impresión que, sin quererlo, le causé en París, y que lo llevó a Ud. a decir a un buen amigo común: "A Alfonso, ya lo hemos perdido". Yo quería explicarme esta impresión de Ud. como resultado de ciertos cuidados que por aquel tiempo me tenían embargado, cuidados que, efectivamente, hacen que uno se pierda para sus amigos. Pero quisiera también darle a Ud. la seguridad de que no me pierde así como así el que una vez me ha ganado. No somos tantos sobre la tierra para andar con esas cosas. ¿No le parece?

Y ahora, vamos a lo nuestro. A mí no es fácil hacerme hablar de política. Es algo que no entiendo muy bien. Muy tierno, tuve, en ese sentido, sacudidas y vuelcos de alma que me han dejado mutilado. Datan... ¡qué sé yo! Creo que de mis primeros recuerdos de Monterrey. Y después me siguen acompañando a lo largo de mi adolescencia, hasta llegar a la prueba definitiva. De ahí mi silencio. Pero esta vez es Ud., Martín, quien me provoca, y a Ud. no puedo desatenderlo. Voy a explicarme con Ud. —entre amigos viejos que se entienden más allá de sus actos con la más completa sinceridad.

Ud. conoce toda mi historia, pública y privada. Ud. sabe bien que, en la primera juventud, cuando la política comenzó a ser para nosotros una realidad, nuestros amigos comunes, los que más influían en la formación de ambos, aprovechando sin duda ciertas condiciones o predisposiciones naturales de mi temperamento —que me hacían permeable a la verdad— me acostumbraron a escuchar críticas y censuras contra lo que para mí era, es y será más respetable entre todos mis sentimientos. Así, con un dolor que yo no le confesaba a nadie, y de que ninguno de Uds. parece haberse percatado, fui aprendiendo a admitir la idea de que lo más sagrado para nosotros pueda tener imperfecciones, y hasta

suscitar el disgusto de los demás. Y, a propósito de esta insensibilidad que algunos han tenido para mis sufrimientos de hijo, debo decirle que esa objetividad tan cruel y despiadada que a veces muestran mis amigos a este respecto —me llena de asombro. Aquel pequeño pasaje, por ejemplo, que yo en otra carta le reclamé a Ud. (y conste que reconozco que es de lo que menos puede dañarme), aparece precisamente en el mismo libro en que he encontrado las páginas de más sobria y hermosa piedad que un hijo puede consagrar a la memoria de su padre: en *El águila y la serpiente*. ¿Cómo puede darse esta desigualdad de tratamiento? Yo, siempre que escribo, tengo presentes a mis ojos, como una alucinación, las caras de mis amigos. Me cuesta trabajo entender que ellos puedan olvidarse de mí, de mi corazón, al escribir o decir ciertas cosas.

Pero volvamos a nuestro asunto, y lleguemos a los días de Santiago Tlatelolco y la prisión militar de mi padre. —Yo era muy niño, era el poeta, el soñador de la casa, de quien se hacía poco caso para las "cosas de hombres". Y Ud. sabe bien (Ud. mismo fue el intermediario de cierto mensaje que, venido de más alto y a través de Alberto Pani, me ofrecía la libertad de mi padre a cambio de mi palabra sobre que él se alejaría y se abstendría de la vida pública) que mis tímidas insinuaciones no servían de nada, y que, así, tuve la inmensa desgracia de perder lo que, con unos pocos más años, un poco de más experiencia y más grosería de espíritu, hubiera podido salvar.

En mi alma se produjo una verdadera deformación. Aquello fue mucho dolor. Todavía siento espanto al recordarlo. Quedé mutilado, ya le digo. Un amargo escepticismo se apoderó de mi ánimo para todo lo que viene de la política. Y esto, unido a mi tendencia contemplativa, acabó por hacer de mí el hombre menos indicado para impresionar a los públicos o a las multitudes mediante el recurso político por excelencia, que consiste en insistir en un solo aspecto de las cuestiones, fingiendo ignorar los demás. Y, sin embargo, Ud. sabe que soy orador nato. Y Dios y yo sabemos que llevo en la masa de la sangre unos hondos y rugidores atavismos de raza de combatientes y cazadores de hombres, atavismos que —siempre e implacablemente refrenados— son sin duda la única y verdadera causa de mis jaquecas crónicas, y no los intestinos ni el hígado, ni los riñones, ni el páncreas, ni las glándulas endocrinas y demás tonterías de los médicos materialistas, analíticos, tan olvidados de las concepciones sintéticas de Hipócrates, Arnaldo de Villanova y Paracelso. —Y de propósito me doy el gusto de lucir estas erudiciones, para que vea que tengo bien mascullado y estudiado eso de mis jaquecas: no se burle de mí.

Estábamos, pues, en que se apoderó de mí un desgano político. Más que eso: un pavor. Cuando delante de mí se decía: "política", yo veía, en el teatro de mi conciencia, caer a aquel hombre del caballo, acribillado por una ametralladora irresponsable.

Salí del país como pude, dejando horrores a la espalda. Mi situación se había hecho insostenible. La gente, en México, había comenzado a hacer de mi actitud

un argumento contra mi hermano y hasta contra la memoria de mi padre. Me mandaron a la Legación de París, adonde fui a dar con mujer e hijo en pocos meses. Seguro yo de que aquello se vendría abajo —y era justo que se viniera abajo— me arreglé con las casas de París que publicaban libros en español: Garnier, Ollendorff —editor, desde 1910, de mis *Cuestiones estéticas*. Me aseguré así la salida, y me senté a esperar que el absurdo reventara solo. Yo no tenía prisa, por lo mismo que no tenía conciencia política, por decirlo así. Un gran eclipse de dolor y desconcierto por dentro: eso era todo. Mi opinión, mi actitud ante el cuartelazo y los demás horrores, habían quedado claramente definidas por mi renuncia a la Secretaría de Altos Estudios, y por mis múltiples y vanas instancias ante mi hermano, para lograr que saliera del gabinete y del país, librándolo a tiempo de todas las penas que luego ha tenido que sufrir. Pero estas expresiones mías fueron reacciones sentimentales inmediatas; no cálculos políticos. Aunque hayan tenido realmente, andando el tiempo, toda la exactitud y el acierto de un cálculo. También entonces influyó en mí la voz sincera de mis amigos. En todo caso, tales hechos fueron conocidos a pesar mío, o sin que yo lo procurara ni me diera cuenta.

En París, me encontré de repente en el aire: a la vez que cesaron desde México a todo el Cuerpo Diplomático, sin dar viajes de regreso, sobrevino en Europa la Guerra, y se cerraron los negocios de las editoriales hispánicas. Yo no tenía la suficiente malicia para comprender que aquélla era la ocasión más propicia (no me refiero a faldas) para un joven, en París, amigo de Francia, precisamente a la hora en que todos los jóvenes franceses iban a marchar al frente de combate. Y acaso, aunque se me hubiera ocurrido, la situación me hubiera parecido deshonesta. Yo, simplemente, me sentí intruso en el dolor de Francia. Y me fui a España a ser pobre y a volverme hombre.

No sé para qué le repito esto, que Ud. ya conoce. Conservemos sólo el hecho de mi mutilación política. Desde España, pues, yo los veía a Uds., mis amigos, mezclados con gente que siempre consideré incalificable, y entre cosas que a mí me parecían pesadillas sangrientas. Ud. encontrará justificado que a mí me parezca que todos los hombres que han venido después son muy poca cosa al lado del que yo perdí. —Como Uds. eran mis amigos, yo pensaba que alguna razón debían tener para aceptar lo que aceptaban, y achacaba a mi incomprensión, a mi enfermedad política, el no entenderlos. Además, siempre ha pesado mucho en mí este modo de razonar: "Siendo así que ahora sucede lo que sucede en México y que yo no puedo impedirlo, es preferible que colabore con mi tiempo, tratando de poner orden en el pequeño sector que quede a mi alcance". Además todavía, en épocas de naufragio, nadie se anda con muchos remilgos sobre la tabla a que se agarra; y es mucho más importante que se salven, como quiera, los hombres de valores positivos, mis amigos.

Ud. vino a Madrid, de agente nada menos que de Pancho Villa, y hasta publicó Ud. un número único de cierto boletín de noticias, claro es que con el

ánimo de “taparle el ojo al macho”, puesto que poco a poco se fue Ud. desligando de aquello. Y Ud. recordará, Martín, que nunca oyó de mis labios un reproche, y que encontró Ud. en mí la más respetuosa aceptación para el camino que Ud. se había trazado.

Como quiera, en esta ocasión, y en muchas otras posteriores, yo los he visto a Uds., mis amigos, andar con gente y andar en asuntos que no siempre me parecen necesariamente mejores que los actuales, ¡al contrario! Y, sin embargo, no quise juzgarlos. Siempre pensé que mi miopía era causa de mis impresiones poco favorables. Y admiré, eso sí —como lo sigo admirando—, esa rara facultad de entusiasmo político, aunque sea entusiasmo negativo, como en el caso de la dedicatoria que me arroja a estas divagaciones, y aunque en Ud. me parezca, en la actualidad, un entusiasmo algo a la fuerza, algo solicitado con un propósito político definido, más que un impulso verdadero.

Cuando volví a la Carrera, por gestiones de José Vasconcelos, y también de este triste Miguel Alessio —que ha ganado, no sé cómo, los elogios de Ud., y que, no sé por qué, se ha dedicado a atacarme— lo primero que hice fue consultar a mis amigos. “¿Qué pasa en México? ¿Puedo honradamente aceptar el nombramiento de Secretario de Legación?” Porque yo no estaba enterado de nada. José me telegrafió diciéndome que aceptara sin duda, y así volví al servicio. Lo que ha venido después, ha determinado mi continuidad, por una simple regla de disciplina y de cumplimiento a mis compromisos. Las cosas de que Ud. puede quejarse, no me parecen en modo alguno peores a muchas por Ud. aceptadas en otras ocasiones. Mi servicio —Ud. está convencido de ello— no tiene carácter de pacto político, que nadie me ha pedido hasta ahora. Los gobernantes de México —y lo digo en su honor— parecen haber entendido y respetado mi situación de ánimo, y hasta mi visión intelectual de la vida. Yo, que de repente he tenido la candorosa impresión de que Uds. me habían embarcado y ahora se quedaban en tierra (no se ría de mí: así lo he llegado a sentir. ¡Ya ve Ud. si soy políticamente estúpido!), he descubierto que, en el servicio diplomático, mis trabajos pueden prestar cierta utilidad a mi país. Hablo de trabajos de mexicano, y no de trabajos de “partidario”, que nunca he hecho. Los “desterrados” siempre encontraron abiertas las puertas de mis legaciones o Embajadas, y más de una vez he procurado borrar las huellas de ciertas acusaciones que, me constaba, eran meros ataques políticos del momento. Y, siendo así que los últimos sucesos de mi familia, y también mi callo especial o llaga o lo que sea, me iban dejando como desterrado de mi patria, y esto en los precisos momentos en que allá la resurrección, o mejor el nacimiento del espíritu nacional ha comenzado a dejarse sentir —me agarré como de un clavo ardiente de este último recurso que se me ofrecía, la diplomacia—, para no pasar por la vida haciendo figura de descastado o de mal mexicano. Puede Ud. creer que soy absolutamente ingenuo y sincero al asegurarle: 1º que me hubiera agradado mucho más ser capaz de intervenir íntimamente en la cosa pública, modelarla un poco a mi modo yo también, y yo

también dejar mi nombre en la historia, correspondiendo así a los compromisos de mi apellido; 2º que no lo hago, quiero decir: no lo intento, por sentirme completamente incapaz de ello, en virtud de los motivos sentimentales que le vengo explicando, a los cuales todavía me falta añadir la autoamputación de haberme arrancado voluntariamente toda idea de rescate o de venganza —cosa que hice por odio al odio, y por asco de esclavizar mi vida al rencor; y 3º que al ver que servía yo de algo en la diplomacia, he llegado a concebir mi situación como una relación abstracta y pura entre mi buena intención y mis esfuerzos por una parte, y por otra, la Idea Mexicana, platónicamente emancipada de todo accidente presidencial o político. Esto durará lo que Dios quiera. Yo sé que con esta doctrina —que, por lo demás, no llevo al rojo vivo del envanecimiento, sino que la dejo en la modesta temperatura de mis capacidades, pero consciente de ellas—, sé que con esta doctrina podrían defenderse muchas picardías políticas. Pero, Martín, por Dios, en mi caso ¿no admite Ud. que debe aplicarse, y puede aplicarse sin peligro? Yo no voy a vivir mil vidas, ni voy a tener otra ocasión de servir a mi país fuera de mi vida actual; tampoco voy a poder transformar al país en cosa mejor que lo que es, aun cuando desee este mejoramiento con más ahínco que muchos que hacen profesión de cantarlo. Yo sólo puedo hacer algo por mi país en la actividad que ejerzo. Mis visitas últimas a la tierra me han convencido de que, para otras cosas, me he alejado ya demasiado, y me lo confieso con todo dolor y con toda claridad. ¡No acabe Ud. de expulsarme de México, que ya bastante me hacen sentir que vivo al margen todos los que —más bien en voz baja, pero su sentir trasciende a sus actos— me culpan de haber pasado en el extranjero algunos años de sufrimiento y trabajo!

Sería ridículo que yo le dijera que sólo esta idea de obligación nacional me mantiene en el escalafón. Hay algo más, y es la necesidad de contar con el sueldo. —Aun antes de que yo se lo explique, ya Ud. ha sospechado que no se trata de ninguna torpeza o vulgaridad. —Sepa Ud., en efecto, que hace tiempo vengo soñando con emanciparme de las obligaciones oficiales y volver, en Europa, a mi vida libre de escritor. Después de todo, ya cumplí mi servicio obligatorio con el país. ¿Por qué, pues, no renuncio y me voy a la calle? Porque necesito vivir en cierto ambiente para dejar bien encaminado a mi hijo (tiene 17 años y sus estudios van algo atrasados por los cambios de residencia); y luego, porque necesito contar con mi sueldo todavía algún tiempo, a fin de poder pagar mis deudas. Mis deudas datan de Buenos Aires, donde no basta todo el oro del mundo, y donde no pude resignarme a que persistiera el descrédito social notorio en que encontré la representación mexicana. La Secretaría me ayudó todo lo que los Reglamentos consienten. Pero estos fenómenos no están previstos por los Reglamentos. Por otra parte, yo no soy hombre de influencias políticas. Ustedes, todos mis amigos, los que han “andado en la bola”, han podido a veces contar con auxilios extraordinarios. Yo he vivido muy alejado, no sé cómo se logra eso, no sé si eso tiene que pagarse después con servicios de acción política a los cuales no

me siento llamado. Entonces, he echado mano de mi crédito personal. He abierto una sangría en mis venas. Ahora, después de haber tenido una inmensa deuda (cuyo origen, en parte, se debe a mis necesidades, y en parte, a un inexplicable agujero que un día encontré en mis cuentas y que no he podido entender nunca) debo todavía un buen pico a cierto Banco argentino, y por desgracia durante algún tiempo me siento forzosamente uncido al cargo oficial. Cuente Ud. además que paso una pensión a mi madre, y otra pensión (más bien renta de casa) a mi madre política, en México. El sueldo queda harto mermado. Cuando acabe de pagar mi deuda —cosa que será algo lenta, por lo mismo que la suma fue alta y las condiciones del empréstito ventajosas— recobraré mi libertad. Entonces tendré derecho a soñar en mis libros, y acaso ocasión de trabajar para mí en México, y hacer lo que mis amigos han hecho y yo no he logrado: un poco de dinero para mi independencia, una casita para mí, cualquier punto de apoyo en fin.

Claro es que la Carrera me ha brindado honores, halagos y facilidades incontables, pero también me ha exacerbado la neurastenia, y ha acabado por lastimarme los nervios con eso de hacer y deshacer afectos por todas las tierras. Ya no soy el que antes era. Estoy melancólico, y tengo canas en las sienes. Hoy mismo cumplo 41 años.

¿Por qué, al dirigirse a mí, conociéndome tanto, siente la necesidad de insistir en esa nota política? ¿Es completamente sincero en ello? ¿No es más bien la consecuencia, esto, del propósito de no desperdiciar ocasión para poner el dedo en la llaga? Si es así ¿qué utilidad puede tener el hacerlo conmigo? ¿O será que, efectivamente, siente Ud. la necesidad, el amistoso deber de llamarme la atención sobre la cosa política? ¿O el disgusto de figurarse, un poco a priori, que yo estoy del todo satisfecho y orgulloso con algo que a Ud. no le contenta? ¿Qué será?

La actitud de Ud., esa actitud, digamos, de "oposicionista", que mantiene Ud. desde su última salida de México, y que en muchos puntos lo ha llevado a Ud., si no me engaño, a una especie de rectificación de su criterio anterior, se ha exacerbado al sobrevenir la última campaña presidencial. Esto ya me lo explico más, pues hay más de una razón para simpatizar con José Vasconcelos. Yo no apruebo la actitud que él ha tomado después de las elecciones, porque lo daña a él mismo y le hace daño a México. Respecto a su candidatura misma, nunca quise hacerme ilusiones. Deseo que México llegue a estar en condiciones de ser gobernado por los intelectuales, pero no me parecía llegado el momento. José hubiera sido la primera víctima, y la mayor víctima hubiera sido México. Los enconos que se apoderan, a veces, de esa grande alma son inconmensurables. Yo, de todos, soy acaso el que más ha sentido sus ternuras: ha tenido para mí muchas veces una como caricia de hermano mayor. Cosa rarísima en él que es tan tiránico: hasta lo he visto, en la conversación, huir visiblemente de temas que pudieran dar lugar a una discusión entre nosotros. ¿Es esto un motivo para

empujarlo todavía más al despeñadero? Cuando, estando yo en Madrid, me mandó convidar con Manuel Toussaint para que fuera con él a la Secretaría de Educación Pública de reciente fundación, yo comprendí que, con ir a su lado, nada más conseguiría echar a perder una hermosa amistad, por incompatibilidades, digamos, de orden literario (ya Ud. lo conoce); y no quise aceptar. Me di cuenta también de que su desesperación de gran ambicioso, su mucha energía personal y la blandura de los grupos de intelectuales a quienes congregó, salvándolos así de la borrasca, habían contribuido a desarrollar en él ciertas asperezas y salientes que hubiera sido deseable amortiguar. De allí esa lamentable separación de Antonio Caso, y ese rompimiento, tan triste, con Pedro Henríquez Ureña. —Yo recuerdo perfectamente que, en el año 24, los muchachos de la Secretaría (y los más importantes por cierto) me tiraron del saco para que no fuera yo a rectificarle (pues yo ya había abierto la boca) un día que estaba tronando contra Freud (no le faltaba razón) y llamándole *yanqui* idiota. Y bien, a la mejor, por nimiedades de éstas, hubiera sobrevenido una disputa enojosa. Me molestaba la equivocación, pero más me molestó, por respeto a él mismo, aquel pacto, entre sus mismos protegidos, de dejarlo equivocarse para no disgustarlo. Esta historia, puede Ud. aplicarla simbólicamente a muchas cosas.

Y ahora, para acabar, dos ruegos: ante todo, no vaya Ud. a creer que en mis palabras hay ironías, sobrentendidos, picones ni retintines: todo está escrito de buena fe, con todo el respeto para su manera de pensar y de obrar, y sin más rodeos que aquellos a que obliga el pudor cuando se entra hondo en el terreno de la sinceridad. ¡Mire que me descubro sin tapujos, y le entrego, lealmente, todas mis pobres armas! —Y después: esta carta es para Ud. solo. Antes de que yo me atreviera a dejarla ver a los extraños, tendría que llover mucho, y quizá sea mejor que antes llueva tierra sobre nosotros dos.

Tenga la seguridad de que he querido romper ese leve tabique que el tiempo se empeña siempre en ir levantando entre las amistades viejas.

Estoy orgulloso de su éxito literario. Yo ya sabía que en Francia gustaría más lo de Ud. que lo de Azuela. En Francia son de mi misma opinión. Libros como los suyos, acabarán por hacer de México un verdadero país literario. ¡Cuánto siento no tenerlo cerca para hablarle de estas cosas!

¿Quiere saludar a los suyos en nombre de toda esta casa?

Estoy algo solo en el Brasil. ¡Un mes apenas largo! ¡Y con tal desgarramiento al arrancar de Buenos Aires! Me rodea un ambiente de campo y de montaña, cantos de gallo, ladridos de perro. —Siempre me acompañan algunos libros. Entre ellos, aquí enfrente, estoy mirando su retrato, Martín.

Suyo

Alfonso

CARTA DE ALFONSO REYES A PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA*

París, 25 de abril de 1914

PEDRO:

Me ha sido un consuelo tu carta de La Habana; vi el artículo de *El Diario* (aunque no el de *El Independiente*) relativo a tus folletos (supuse que era cosa de Erasmo) y creí que ya no ibas ni a poder salir de México. Debes estar contento de haber escapado a tan poca costa. Rafael López, canallada etcétera... Odio aquel país miserable y sólo me acuerdo de él para temblar ante el quizá ineludible regreso. (A La Habana te puedo escribir con más claridad que a México.) Enterado de la necesidad de quedarte unos días en La Habana. Sé, además, que hay cuarentena ¿no es cierto? Dime si puedo tratar en la casa Nelson la posibilidad de un pequeño sueldo para ti (asunto traducción Enciclopedia inglesa, en el bajo aspecto de corregir, en galera, la detestable primera traducción que hizo en Londres Pérez Triana). La última vez que vi al gerente (con quien gano terreno cada día) me pidió un empleado: quedé de meditarlo, pensando en escribirte o hablarte de ello. Yo ahora les traduzco una sandia novela premiada por la Academia Francesa de la que no te hablaré para que nunca sepas cuál fue. Creo que pronto tendré que vivir sólo de estas traducciones, según se ponen las cosas. Si no fuera por Rodolfo y su mal educado muchacho, ya me habría cambiado de casa (siempre habría lugar para ti, no necesito decírtelo).

He sufrido contrariedades inevitables, pero injustas; los mexicanos de París ignoran completamente mi conducta pública: me tienen por huertista o felicista. En la Legación yo les he hecho entender pronto que no soy más que un empleado discreto, que vende algunas horas de trabajo por algunos francos. Pero los de *una* Legación no se hablan con los de *otra*. A Díaz Lombardo, que fue mi amable profesor, me proponía irlo a saludar desde que llegué para poner los puntos sobre las *íes;* cuando me di cuenta de lo apasionados que están y de lo mucho que ignoraban lo que había pasado en mi vida, comprendí que nunca interpretarían mi visita sino de la peor e indigna manera. Díaz Lombardo (ya lo sabes) es tonto. Ahora ha venido Sánchez Azcona que no me saluda por la calle. Creo que la vecindad de Rodolfo recrudece el odio. Y yo no estoy dispuesto a pagar culpas ajenas. Carlos Barrera es demasiado estúpido para que yo le haga explicaciones, y pesa demasiado poco entre sus correligionarios. Estoy, pues, apestado a pesar mío y con la perspectiva de que se me entierre vivo con el montón de los apestados. Todo será preferible a vivir entre ellos y ser tenido por uno de ellos. Comprendo que en México los odios políticos se reflejarán en mi

vida por más de cinco años, y más de cinco años me propongo vivir por acá, con un sueldo de unos quinientos francos que espero que no me ha de ser inaccesible. Es una desgracia que, habiendo logrado darme mi lugar en México, lo pierda de nuevo ante esta gentuza desdeñable. Luis Cabrera está en Barcelona. No ha dado un solo paso hacia Rodolfo. Pronto convencí a éste de que más le convenía no acercarse a los constitucionalistas porque sé que no lo aceptan. Barrera me dijo un día (en un paso de Cabrera por París) que se había olvidado de transmitirme una cita de éste a tiempo; sé que lo dijo por complacencia conmigo. El sinvergüenza de Murillo también, creo, se tiene por deshonrado con mi contacto, pues no he obtenido que se me acerque (ni lo he intentado desde que noté su actitud, aunque me ha mandado hacer cien mil protestas). Carlos Lozano, envanecido y estúpido, traidor, enredador, lengua de villano que habla cosas deshonrosas de la hija de Casasús —el cual le da dinero. Estoy muy contento de que no me haya vuelto a ver. Galván lleva y trae chismes. De todos me he alejado porque, de un modo voluntario, no trato a más mexicanos que a Diego Rivera, el más grande de todos; cada vez lo estimo más, ya te contaré algunos rasgos que le he conocido... (¿y el *poseur* de Ángel?). Con García Calderón, aunque es un ser extraño y tiene miedo a la intimidad, he llegado a hacer buenas migas, quizá, un poco, merced a la suavizadora influencia de su adorable esposa Rosa Amalia, que ocupa ya un lugar al lado de mis afectos, después del que ocupa mi mujer. Ya entenderás que me refiero a sentimientos enteramente sanos y *buenos*.

Estoy muy solo. Se me ha trastornado el mundo y he retrocedido diez años en la realización de mis *ideales prácticos*. Comienzo, sin embargo, a paladear los frutos de estas interrogaciones a que me han obligado la distancia y la melancolía, y el profundo sentimiento de la injusticia. Me parece (a pesar de que mi *inteligencia brillante* está ligeramente embotada por falta de diálogos) que ahora soy más digno de ti. Si yo no contara contigo como un motivo espiritual de mi vida, estaría profundamente triste. Perdóname que te hable así, bajo la influencia de tanta atrocidad que sucede, y no creas que me refiero a aquellas insignificantes desazones de mis incómodas primeras horas en la nueva ciudad. No: hablo de lo fundamental último. A *nosotros* en grupo, los extraño menos; creo que son mejores de lejos... Me acuerdo de las vulgaridades agresivas de Acevedo, de las inferiores emancipaciones de Torri, de las torpezas de Caso... Acabo de recibir (y como siempre me sucede con sus cartas, de pagar timbre suplementario) unas líneas de Castrito, que me parece consagrado a sus lecciones de Literatura. Me da frío acordarme de México. La cuestión internacional sólo ha logrado entristecerme sin despertar en mí exaltaciones patrióticas; percibo demasiado claramente las arterías y mañas de Huerta provocando el conflicto como la única salida que le quedaba, para que pueda yo dejarme engañar... ¿Qué será de México? Creo que todos están ya manchados, y que es irremediable que se curen matándose. Pido a mi espíritu la fuerza

suficiente para resistir a todas las tentaciones: me horroriza la idea de ser juguete de nadie y de morir por causa ajena.

Te ruego que me aconsejes un poco. Pero no me reprendas, aun cuando tuvieras razón, porque por ahora me causarías un verdadero mal: estoy un poco débil.

No te preocupe la precipitación con que he escrito notas periodísticas. Voy, entretanto, escribiendo página a página obras de mayor aliento. De todo hablaremos largamente. Me hacía falta saber que estabas fuera de México (¡a tiempo saliste!) para desahogarme un poco.

Yo quería que no te enviaran a México mis cartas de Cuba; pero ello está hecho y no importa. Le tengo un miedo terrible a los violadores que capitanea Acevedo. Y Torri ¿no hace una miserable figura en el Correo? De vez en cuando recibo frases rotundas y algo coloridas de Mariano... ¡Oh aquellas gentes!

Mi hombre está cada día más cómicamente embustero; me armo de paciencia para tolerarlo. Es la inexactitud misma.

De Martín recibí una carta vaporosa e inútil, enteramente retórica y con cierta *pose*. No es tan superior como hubiéramos necesitado nosotros.

A veces me escribe con cariño Santos Chocano. José de Astorga (o sea Rey y Boza, primo de García Calderón) es mocho; por eso ve la política mexicana como la ha visto: ¡figúrate que De la Barra le pareció persona *muy importante*! Pero (Astorga) es sumamente simpático y digno, personalmente, de la más decidida estimación.

Ventura, de Secretario en Madrid. Relacionaráse con la casa Renacimiento, y tirará (hacia ella) de todos nosotros.

Tengo el 1er volumen en 3^{a} edición de Saintsbury. ¿Qué edición es la tuya?

No he hecho todo lo que debiera; no importa, todo es cantidad de alma ganada, y ahora me inclino a entender el mundo mucho menos universitariamente que en México.

¡Ah! Tengo para ti algún pequeño obsequio de Foulché-Delbosc (a quien aún no doy tu conferencia Alarcón). Habiendo conocido la letra, abrí una carta que te envía Farinelli; va adjunta. Por ella certifiqué la carta mía.

Leí tu conferencia, fruto de toda tu experiencia mexicana. Sólo Menéndez y Pelayo ha estado, a veces, a la altura humana y estética de ella. Ahora te pido que escribas, *ya*, todas las ideas que te ocurren sobre tantas cosas todos los días.

Escríbeme largo.

Saludos.

Alfonso

Háblame de Pedro González Blanco. ¿Está allí?

Adjuntos dos artículos para periódicos de La Habana, al cuidado de Max.

15, Faraday.

(Cuando vuelvas a dar tu dirección en Europa añade siempre, para que el

conserje no vacile: *chez* M. Reyes.)

Gracias por La Rochefoucauld. ¿Lo leíste a bordo? Es el autor que menos se parece al mar.

CARTA DE ALFONSO REYES A JOSÉ VASCONCELOS*

Madrid, 26 de septiembre de 1920

QUERIDO José:

Contesto dos tuyas, una del 12 y otra del 24 de agosto. También recibí una, tuya sin duda, para Pedro, que ya le envío a Minneapolis.

Pani pasó por ahí, lo busqué, estuvimos juntos varios días, lo llevé a Toledo, hablamos ampliamente, y pude convencerme de que mi mala impresión era injusta. Naturalmente, no hablé de eso. Es la única persona a quien he confiado tu plan de llevarme, si se da el caso, a la Subsecretaría de I[instrucción] P[ública], pues aunque tú me lo comunicaste como secreto, me ha parecido lo más prudente no hablar de eso con nadie (naturalmente, exceptúo a Pedro). —Respecto a mi situación en la Comisión Icaza, no tengo prisa, espero que de Relaciones rectifiquen al recibir las cuentas de la Legac[ión]. Es dinero que guardo. —Respecto a mi situación en la misma Legac[ión] no hablemos más: estoy perfectamente y todo lo comprendo.— Me dices que, en previsión del tremendo trabajo que a tu lado me espera (y que no me asusta, porque el trabajo es mi mayor y mi más verdadera alegría), procure descansar en mi puesto diplomático. Te diré: yo no sé si en algunas legaciones no habrá trabajo, pero en las dos que he practicado, siempre me he visto ahogado de trabajo, y así estoy ahora, repartido entre el despacho de los negocios, escribiendo yo mismo a máquina los oficios y cartas, y las mil atenciones y banquetes que hay que tener con tanto Embajador mexicano como se ha soltado por aquí: Azcona, Palavicini, Pani, Leop[oldo] Ortiz (aunque no sea Embajador), etc., etc. Además, como aquí no saben la que se me espera, no tienen empacho en cargarme de trabajo, y hacen bien. Pero no te preocupes, que a mí no me cansa precisamente el trabajo, sino las molestias del trato humano. Yo llegaré allá fresco y sonriente, para "echarte una manita". Ya sé que nuestros amigos han vivido siempre en vacaciones perpetuas. Habría que desterrarlos unos años para que aprendieran el sabor de la vida.

He recibido tu espléndido retrato, veo que has recibido los que te envié y no te parezco muy feo. Me alegro. Tú estás también menos gordo de lo que yo me sospechaba. —Recibí también tus circulares, y Canedo me ofrece que escribirá algo con motivo de tu campaña.

He tenido ocasión de tratar mucho a Palavicini, pues llegó estando Azcona y Mediz Bolio en San Sebastián y lo estuve yo atendiendo los primeros días. Me ha tratado como a viejo amigo, me ha encargado crónicas para *El Universal*, y me ha

dado de tu parte un abrazo. Él considera que no estoy bien acompañado en esta Legac[ión] y me aconseja que, si Miguel Alessio Robles va a París, como parece que irá, me vaya yo con él de Primer Secr[etario], pues supone que mi temperamento puede equilibrar un poco la nerviosidad de Miguel. Yo no le digo ni que sí ni que no, porque no he querido hablar con él de nuestros planes. En su conferencia del Ateneo, tuvo un éxito serio y franco; habló con brevedad, sin adorno, con precisión, como le gusta a la juventud española, que es ya tan sobria y seria. Cautivó a la gente joven y he logrado que en el semanario *España* le dediquen unas palabras.

No he tenido una sola hora libre para estudiar y comenzar a formar ese plan de estudios mexicanos de que en mis anteriores te he hablado. Ya vendrá todo. Desde que estoy de vuelta en Madrid no he podido escribir una línea y, hoy, domingo, voy por primera vez a la feria de libros que se abre en el Prado por el otoño. ¡Ya habrán comprado, entre Azorín y Díez-Canedo, todo lo que valga la pena! Ya os mandaré fotos de mi veraneo, porque son una manera de conversación.

El Rector de la Universidad de Madrid, D. José Rodríguez Carracido, buen químico, amigo de América, y hombre algo ridículo, ayer, en su brindis del banquete Palavicini N° 1000, dijo (y después, a la hora del café, me lo ratificó en lo personal), que la Univ[ersidad] Central y con ella todas las de España que de ella dependen, están dispuestas a acabar para siempre con esos enojosos problemas de revalidaciones de títulos americanos, dando todas las facilidades necesarias. Yo le dije que quizá pronto me tocaría recordarle su promesa, y que si era una promesa oficial o un rapto de entusiasmo cordial. Me aseguró que, en virtud del último decreto que concede cierta autonomía a la Universidad, su ofrecimiento tenía fuerza de ley, y que te lo comunicará a ti solemnemente. — Hay muchos mexicanos que, al pasar por aquí, quieren redondear sus títulos y tener un papelito de la Universidad de Madrid. La cosa no tiene importancia, pero tampoco hace mal: por el contrario.

Cuéntame ahora, con toda precisión, qué probabilidades hay de que se realice tu plan de Ministerio de I[instrucción] P[ública] con fuerza en toda la nación: si están de acuerdo las Legislaturas de los Estados, si se ha hecho propaganda intensa de esta idea, si realmente se llevará a cabo el plan en el corto plazo que tú me indicabas (enero o febrero), y, finalmente, si tu ofrecimiento a mí parte sólo de ti, o cuentas con la anuencia del Gral. Obregón.

En alguna de mis anteriores te escribí algo sobre la situación de mi hermano. Él no quiere nada de la política por ahora, ni tampoco desea volver a México: ¿por qué no le devuelven la paz moral, al devolverle esos andrajos y reliquias de bienes que le quedan por allá? El pobre está quedando en la condición de monstruo nacional, y francamente, no le merece más que tantos otros a quienes se perdona y llena de caricias.

Te puse un telegrama preguntándote sobre la situación de Mediz Bolio.

Perdona la molestia: él me lo rogó encarecidamente, y yo no quiero que se figure que le estorbo. Él siente una gran necesidad de que lo nombren Primer Secret[ario] aquí, y yo, desde que lo sé, dejo de desear ese puesto. Yo estoy bien como estoy. Lo único que quisiera es que me dejaran descansar y prepararme para lo otro.

Con ésta va una carta para Toussaint, que te ruego le hagas llegar. Te escribo a tu casa, a pesar de lo que me dices, porque no sé si tienes dada la orden a tus secretarios de que abran tu correspondencia y te enteren de ella.

Antonio Caso es un monstruo de ingratitud y desamor. Leo ahora su libro sobre el drama musical, que me llega sin su dedicatoria. Nunca, ni cuando lo amenacé con no escribirle más, ha querido contestarme mis cartas. ¿Supone acaso que he dejado de ser su amigo porque no son amigos de él algunos que lo son míos? ¿Qué demonios le pasa? La simple pereza no significa este abandono. ¿Quieres decirle esto de mi parte, y decirme tú, con franqueza, qué tiene contra mí? y ¿quieres decirme, también con absoluta verdad, por qué Martín Guzmán no está al lado vuestro?

Y adiós. Ya sé que no siempre podrás contestarme pronto. No importa: mándame decir cosas con los demás. Y así, entre todos, me tendrán llenos de noticias tuyas. Un abrazo fraternal de

A. R.

[DIARIO]*

[México] 19 septiembre 1924

FUI NOMBRADO ministro en la Argentina, y la legación está para volverse embajada; se pensó en enviarme a Chile, y sobrevino el golpe militar de Chile que ha hecho retirar de Santiago al ministro de México. Bromeándome con Pani, el ministro de Hacienda, cuya esposa tiene tanta prisa en irse a la legación de París, le decía yo:

—Usted tiene prisa de ser nombrado porque teme que yo le gane el puesto.

Y me contestaba, con razón:

—Si a usted lo nombran, hasta temo que sobrevenga una nueva intervención francesa.

¿Tengo cierta mala suerte estos días? No: nunca dudo de mi estrella. Es que la Providencia está rectificando las decisiones erradas de los hombres…

Ayer me preguntó el ministro de Relaciones, señor Sáenz, que cuánto tiempo necesitaba yo para salir de México con toda urgencia. Le dije que tres días, sin preguntar de qué se trataba. Y él, delante de mí, ordenó extenderme credenciales de ministro plenipotenciario en misión especial y confidencial ante el gobierno del rey de España, advirtiendo que el asunto sería absolutamente secreto y que yo saldría rumbo a Nueva York con pretexto de ir a curarme. Después, a puerta cerrada, me explicó que el Presidente de la República me consideraba el hombre indicado para ofrecer al rey de España la mediación de México ante los moros, que pusiera término a la peligrosa situación de España en África, que es para España un callejón sin salida. Y que, en caso de que España aprobara la mediación de México, el mismo general Obregón —que pronto termina su periodo presidencial, dentro de dos meses— deseaba ser el negociador. Yo, poco a poco, comenzando por decir que sí, y sin contrariar de golpe al ministro (hombre que siempre se deja persuadir por la buena), ayudándome de la opinión del subsecretario Genaro Estrada y de los abogados consultores de la Secretaría de Relaciones, he logrado penetrarlo de estas ideas:

1ª Una intervención de México en cuestiones europeas no sería vista con agrado por los Estados Unidos y quién sabe qué actos determinaría por parte de Washington. Ofrecimiento peligroso.

2ª El conflicto entre España y los jefes marroquíes no es un acto aislado de España, sino el cumplimiento por parte de ésta de un mandato internacional, de un acuerdo entre las primeras potencias europeas, y sobre todo Francia e Inglaterra. Así pues nada puede hacer España sin acuerdo de estas naciones, y la mediación consistiría más bien en pedir a Francia e Inglaterra que desligaran a

España de su compromiso, lo cual bien puede pedirlo España por su cuenta, cuando bien le convenga. Ofrecimiento inoportuno.

3ª La situación entre España y Marruecos (Estado vasallo) no es la misma que entre dos Estados beligerantes de igual categoría internacional. Ofrecimiento ofensivo, como el de reconocer beligerancia a súbditos alzados.

4ª Entre España y México hay el resentimiento causado por la cuestión agraria. Las mediaciones y oficios amigables se ofrecen cuando hay la mayor cordialidad y hasta cierto ascendiente que el mediador ejerce ante los gobiernos en conflicto. Ofrecimiento de mal gusto.

5ª La cuestión africana es una de las llagas más sensibles de la política imperial europea, y no está México por cierto para que Inglaterra (que ni siquiera ha reconocido al actual gobierno) y Francia se dejen tutorear por él. ¡El mismo Wilson!...

6ª La cuestión marroquí envuelve el grave conflicto de la política militar de España (Primo, Berenguer, Cavalcanti: acaso Alba desde París). De aquí puede hasta venir la tan anunciada revolución en España. Es asunto que se tiene que tocar con pinzas.

—La idea del Presidente —le dije— es bellísima, quijotesca, utópica.

Él me dijo que hablaría con el señor Obregón exponiéndole todas estas razones.

—En todo caso —le dije yo—, mi agradecimiento profundo por pensar en mí para tal misión. Y, decida lo que decida, obedeceré como un soldado.

Veremos qué ha pasado mañana.

[Monterrey] 25 septiembre 1924

Son las 11 de la noche. Hotel Ancira, en Monterrey. En la estación, junto con las comisiones políticas que recibían a Aarón Sáenz (con quien he hecho el viaje México-Monterrey, habiendo embarcado en el carro especial *Hidalgo*, ayer 24, a las siete de la tarde) había comisiones de centros, de la prensa y de las escuelas profesionales a recibirme, así como camaradas desde el colegio Bolívar y después del Civil, como el actual gobernador interino, Ramírez *el Potrillo*. Aunque quise que nadie lo supiera, lo dijo la prensa. Autógrafos, en el andén, para *El Porvenir* y *El Sol*, saludando a mi tierra, tras 14 años de ausencia. El viaje, con la familia de Aarón, delicioso.

Igual fecha. Llevo una especie de carta credencial abierta, *sui generis*, que dice así:

Álvaro Obregón
presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos,
a Su Majestad
don Alfonso XIII, rey de España.

Majestad: He comisionado al excelentísimo señor don Alfonso Reyes, ministro plenipotenciario, para que comunique a Vuestra Majestad mis impresiones confidenciales acerca de un asunto que

puede interesar a Vuestra Majestad, en bien de la nación que tan dignamente rige.

Ruego a Vuestra Majestad quiera dar entera fe y crédito a cuanto le comunique mi ministro, y aprovecho esta ocasión para reiterarle las cordiales expresiones con que soy

de Vuestra Majestad
leal y buen amigo,

A. Obregón

México, D. F.,
22 de septiembre de 1924

La forma del anterior documento es idea de Genaro Estrada, el subsecretario de Relaciones. No lleva copia de gabinete ni refrendo del secretario de Relaciones, sino que va como carta directa de uno a otro jefe de Estado.

Yo trataré el asunto en audiencia privada, que solicitaré por conducto de nuestro ministro en España, Enrique González Martínez, y —a ser posible— sin pasar por el Ministerio de Estado español.

Ya empezó la leyenda: que si voy a Londres, que si a Bruselas. He prevenido a mi familia para que ni en la conversación suelte la especie de los países que hemos de tocar.

Y me voy a bañar, que me asfixio de calor.

12 octubre 1924

Me divierto mucho con los libros de *puzzles* (adivinación de palabras escritas en sentido vertical y horizontal, en cuadrículas, cuyo sentido se sugiere aproximadamente) que traen Mrs. Jackson y algunas otras damitas yanquis. Acuden a mí para todas las palabras eruditas, de lenguaje general, parecidas en todas las lenguas, de raíces grecolatinas.

Mañana a la madrugada llegamos a Plymouth, y allí desembarca la mayoría. Hoy, por la noche, en el salón, se han ido despidiendo de mí. Entre ellos se va la *girl* de las piernas, que no contenta con flirtear con los *stewards*, deja muy enamorado al doctorcillo holandés de a bordo. Me cambio tarjetas con J. E. Kenworthy, de Augusta, Georgia, *general passenger agent* del Georgia y Florida Railway; y con J. D. Stevenson, M. D. (médico de niños) de Beaver, Pensilvania.

Anoche no pude dormir, dándole vueltas a la forma en que he de presentar al rey de España mi mensaje oficial, de modo de ser completamente fiel al encargo del presidente Obregón. Porque también debo respetar mi personalidad diplomática. Por fortuna el general Obregón, con generoso criterio, se ha hecho cargo de mis objeciones, y él mismo ha dicho: “Yo creo que fracasaremos, pero no importa”.

Hoy hemos visto ya faros de islas inglesas.

Mrs. Jackson me ha dado sus medicinas con exquisita amabilidad, al saber que ando enjaquecado. Creo que más bien por cortesía me he puesto bueno. La he ayudado, mediante un interrogatorio freudiano, a acordarse de dónde había dejado unos cheques sobre París que ya daba por perdidos. Con esto y mi éxito

en sus *puzzles*, me tiene por hombre nacido para resolver problemas.

Son éxito a bordo mis sarapes mexicanos y mi cinturón de cuero bordado.

Hay un suizo joven, serio, suizo alemán que no habla francés, que pasea solo y no se comunica con nadie. Yo dije a mi mujer y a mi hijo: "Éste es ese personaje que, en el último acto de la comedia y después de hacerse desentendido, resulta que habla español, y que lo ha entendido todo". ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando, en efecto, hoy se dirigió a mí en correcto español para enseñarme un barquito que pasaba! Resulta que ha vivido en Tampico.

He hecho un viaje tan cómodo, que pienso en la posibilidad de regresar en este mismo barco. El *chief steward*, que sabe muy bien su papel en la vanidosa comedia de presentarse en el comedor y saludar a Mi Excelencia y ofrecerme caviar como un señalado favor, irradia alegría y orgullo al conocer mi propósito. Y en efecto, ¡qué excelente cocina!

[Madrid] sábado 25 octubre 1924

Sin emociones ya inútiles, con natural complacencia.

Hablé con el subsecretario de Estado (me cogió una hemorragia nasal en la antesala), para pedirle la entrevista con el rey, y le expliqué vagamente mi misión, presentándola como un mensaje de simpatía. Creo que salí bien de la primera parte de la prueba.

Me encuentro algo desacreditado a Ramón Gómez de la Serna. Yo sé que es injusto y pasará.

María Enriqueta de Pereyra me cuenta la trágica historia de Laura Rodig, que asegura que es víctima de Gabriela Mistral. Me resisto a creerla. Gabriela Mistral me parece un ser superior. Ha de haber un error en esto. Laura está en Madrid, preparando sus trabajos de escultura.

Enrique González Martínez de lo más simpático y divertido.

En Madrid, la Aguglia y el Teatro dei Piccoli.

[Tres palabras ilegibles] un libro que leí de un amigo.

[Madrid] lunes 3 noviembre 1924

Hoy he cumplido mi misión. Es la una y media de la tarde. Acabo de hablar amplia e íntimamente con el monarca español, que me ofreció un cigarrillo, me llamó "tocayo", y me dijo que agradecía el ofrecimiento de México, porque es la primera vez que recibe un ofrecimiento tan cordial; que sólo lo declinaba en atención a que las tribus marroquíes no eran un Estado, un gobierno, y no se podía establecer entre ellas y España mediación alguna. Además, se quejó de que el general Calles no hubiera venido a España, pues el conferenciar con el rey le habría dado gran autoridad moral ante la colonia española de México; de modo

que —me dijo— "perdóneme la crudeza con que le hablo, pero es él quien ha perdido más; pues bien sé que los españoles de México no son siempre fáciles de manejar: se trata de personas que han sufrido daños, y bastaba con ofrecerme que se les indemnizaría como se pudiera". Después —encargándome que lo transmitiera como opinión amistosa al gobierno mexicano—, me dijo que urgía que reorganizáramos nuestro ejército, y tratáramos de entretener en ello a nuestros generales improvisados, para que no estuvieran todo el día echando tiros; que los instructores indicados eran los oficiales alemanes, que hoy los obtendríamos por cuatro pesetas; que no me indicaba a los españoles, porque comprendía que nuestra gente del campo y nuestros indios, después de los conflictos habidos, los recibirían con recelo; que los franceses o italianos se cobrarían muy caro el corretaje; que los chilenos despertarían los celos entre repúblicas hermanas.

Y se acabó. Pronto regreso a París.

Encontré en la antesala al embajador argentino, al marqués de Bendoña, secretario de la reina, a las damas de ésta, al conde de Velle (introductor de embajadores), al ministro de Chile y su esposa, etcétera.

Vine a Madrid —como diría mi hermana Otilia— "a matar mis recuerdos". Creo que ya no sufriré más por él, y cada vez seré más feliz con mi recuerdo.

Días hermosos de otoño. Madrid recobrado y perdido. ¡Y una época de mi vida!

También recuerdo que me dijo el rey: "De contar ustedes con oficiales alemanes, los Estados Unidos no protestarían, porque están de amigos de Alemania. Y si a Washington no le agradara, contarían ustedes con una gran fuerza de opinión: todos los germanos de los Estados Unidos".

Los hombres se conocen en la prueba: ¿quién que no sea Enrique González Martínez, estando aquí de ministro de México, hubiera visto con agrado (y menos, como él, con regocijo) mi llegada a Madrid en comisión especial?

París, 5 noviembre 1924

Son las 11 de la noche, y acabo de llegar de Madrid, y de instalarme en el Grand Hôtel.

Acabada la misión, no quise que supusieran que me quedaba a pasear en Madrid, que tanto quiero. Mañana por la mañana me dedico a arreglar los camarotes en el barco para Nueva York, y a despachar los encargos de los amigos que falta cumplir. Mi hijo trae consigo un pequeño aparato de radio TSF que fabricó en Madrid, con Enriquito Díez-Canedo *junior*, y me convida a divertirnos con él, instalándolo en la cañería del baño, en tanto que nos llega el sueño.

En Madrid había dos novedades: la vacuna contra la viruela, extraordinariamente difundida —al grado que hasta en los cabarets se veía a las mujeres luciendo, en el brazo desnudo, la cicatriz reciente—; y las nuevas reglas

del tráfico, que —todavía algo enredadas y torpes— por primera vez acusan un sistema congruente. Todos hemos vuelto vacunados. Yo traje en el brazo derecho, además, la última huella de aquellos dientes. Fin de cuento.

Copio a continuación el telegrama que, en cifra de la legación en Madrid, envié desde allá a Relaciones, para dar cuenta, en términos generales, del resultado (por mí previsto) de mi misión confidencial:

Madrid, 3 de noviembre 1924.

Relaciones, México.

Reyes manifiesta *(comillas):* Hoy recibióme monarca. Entreguéle carta Presidente, y expreséle verbalmente asunto encomendóseme *(stop).* Monarca me encargó manifieste Presidente vivísima gratitud por oferta que indica cordialidad poco frecuente y conmovedor interés nación americana hacia España, pero vese obligado declinar ofrecimiento por imposibilidad actual establecer mediación internacional alguna en este negocio *(stop).* Salvo instrucciones, ya ocúpome inmediato regreso *(comillas).*

González Martínez

Lo de "salvo instrucciones" es casi una fórmula. Comprendo que ya el actual gobierno lo mejor que puede ordenarme es lo que me tiene ordenado: inmediato regreso.

[DIARIO]*

[París] 21 septiembre 1926

HOY FIRMÉ por México la convención internacional sobre el suero antidiftérico.

Hoy se acabaron las copias del anteproyecto del nuevo Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre México y Francia, que mañana se envía a México para su revisión por la Secretaría de Relaciones.

En cifra personal, recibo telegrama en que Genaro Estrada me dice: "Se piensa trasladarlo por probable próximo viaje Pani". ¡Adiós la educación de mi hijo, adiós mis trabajos de París! Acababa yo precisamente de escribirle a Genaro: "Ahora sí ha llegado mi legación a un equilibrio. Ya podemos comenzar a trabajar en serio". ¡Ironía! Ahora me tengo que trasladar Dios sabe a dónde. En Europa, los puestos que parecen más fijos son: Berlín, Italia y Londres. Si fuera yo a Madrid, más bien sería un éxito, y acaso hiciera la embajada. Si a Bruselas o Escandinavia, sería un descanso, y la posibilidad de trabajar en mis libros. Saldo: se acepta Europa. Si es a América, sólo la Argentina me corresponde por categoría, aunque en nuestra ley no se reconocen tales categorías. Pues Washington, Guatemala y Brasil son embajadas. Y de ellas, Washington es intocable, y en Guatemala acaba de crear embajada el mismo que la ocupa, Cravioto. También pudiera ser que, llamados Valenzuela u Ortiz Rubio (por la rotación política que ocasionará la salida de Pani), yo fuera a Londres o a Rio de Janeiro. Me gusta más Rio, naturalmente. A Asia no creo que me envíen, pues es del todo neutralizarme, y supongo que desean mi trabajo. ¿A México? No veo bien mi sitio en el ministerio. Como jefe de departamento, yo no aceptaría. Como oficial mayor, creo que tampoco, a menos que cambiaran sus funciones, que son anodinas en la actualidad. Y de secretario o subsecretario, ni soñarlo. A menos que Sáenz vaya al gobierno de Nuevo León y esto determine una modificación grande. No sé qué creer. Pani sólo puede salir de México, o por súbita derrota, o porque ya está "redondeado" y se desentiende de la política económica. Además, ¿vendrá a donde su hermano es cónsul general? No entiendo. ¿Serán pequeñas punciones pedagógico-jesuíticas para tenerme un poco alerta y no dejarme engreír en el puesto de París?

Verdad es que se va a hacer legación en Suiza. Pero ¿me enviarán a eso tan *inexistente*? Cierto que, en tiempos, enviaron a Valenzuela a desempeñar una legación en Suiza; pero era la época de la [dos palabras tachadas, ilegibles], pues ni existía acuerdo para la creación de tal legación (que fracasó, claro es). Además, se trataba, para Valenzuela, de un destierro honorable a un político en desgracia —que no es mi caso—.

Yo, en meses pasados, le dije a Arturo Pani que, cuando quisiera venir su hermano Alberto, hiciera (¡no depende de él!) embajada en París, y me conservara como ministro consejero, con jurisdicción directa sobre Suiza y representación de México en la Sociedad de las Naciones (¡pero no podemos estar en ella, no queremos!). Esto fue un simple decir. Arturo, sin embargo, recogió la idea de una posible creación de algo nuevo, para conservarme por Europa, no lejos de París, al lado de Alberto.

No sé qué pensar. No quiero preguntar los planes sobre mí a Genaro porque, o no los tienen, o me los callan según la mala costumbre de Relaciones.

[París] 27 septiembre 1926

Me comunica Genaro que se piensa trasladarme a Madrid. Alfonso Herrera Salcedo me pide volver allá otra vez conmigo. Lo haré de buena gana. Estoy activando la proposición de todas las iniciativas que tengo en el buche, y haciendo —en todo orden— mi testamento.

[DIARIO]*

[Buenos Aires] día 8 [febrero 1930]

CARTA DEL embajador de España.

El *26 febrero 1930*, por la noche salí para Montevideo a recoger a Manuelita que estaba allí desde hacía una semana, y volvimos el 4 de marzo por la mañana. Dos días de chubasco. Después, baños en Atlántida y Malvín.

El día 1° de marzo De la Lama me comunicó desde Buenos Aires este telegrama de Relaciones: "Señor presidente renuévale confianza en servicio diplomático", que es respuesta a mi renuncia del 25 de enero, tarde contestada porque el presidente apenas asistió a su despacho, repuesto de su herida, el 24 de febrero. Lo de "confianza en *servicio diplomático*", en general, me hizo comprender que había cambio a la vista, por lo cual celebré mi idea de enviar a Genaro una memoria de todo mi trabajo en Buenos Aires. El 2 de marzo, Buenos Aires me transcribe este telegrama de Relaciones: "Señor presidente desea que usted lo sustituya como embajador en Brasil ruégole comunicarme su resolución". Lo primero que se me ocurrió contestar fue, a Genaro personalmente, lo siguiente:

> Exclusivamente confidencial. Ruégole aconsejarme qué debo hacer, pues aunque aprecio mucho honrosa proposición, considero Brasil aléjame notoriamente de los principales centros de actividad diplomática y literaria, y aflígeme un poco sentirme al margen. Por si esta proposición fuese motivada por prolongada ausencia representante diplomático argentino, debo recordarle gobierno encuéntrase pleno combate electoral reñidísimo, siendo imprudente pedirle cumplimiento promesas antes una semana. Como siempre, estoy dispuesto obedecer, pero por primera vez resúltame aflictivo. Si acaso no he comprendido bien la situación, ruégole explicármela con toda crudeza, pues aunque creo haber alcanzado en Buenos Aires sólida situación, ignoro lo que se pensará en México. Tampoco quisiera desentenderme del matiz sentimental que tiene actual proposición señor presidente. Espero su palabra.

Pero, después de dormir una noche, decidí telegrafiar el día 3 de marzo lo siguiente, oficialmente, sin esperar la respuesta confidencial de Genaro: "Plenamente penetrado singular honra háceme señor presidente al proponerme sucederlo como embajador en Brasil, ruégole comunicar mi gustosa aceptación y mi propósito franco colaborar todo empeño mantener relaciones tan acertadamente fomentadas por él con la gran república del sur. Muy agradecido espero instrucciones". Hoy, *4 de marzo*, 1930, ya en Buenos Aires.

Buenos Aires, 6 marzo 1930

Seis de la mañana. A bordo del *Giulio Cesare*, el 22 de febrero, Maeztu, despidiéndose de mí, me escribe de a bordo: "[...] decirle nuevamente lo mucho

que me interesa el porvenir de su país. El día en que vea a Méjico en paz, próspero y seguro de sí mismo, me parecerá que toda la Hispanidad está salvada".

¿Cómo pude dudar? Al Brasil voy a reposar de la excesiva *mundanidad* y a ocuparme de mi trabajo literario. Mis ojos, frotados de paredes en Buenos Aires, descansarán con perspectivas más espaciosas, podré con más comodidad pagar mi *deuda*, y rehacer la tranquilidad de *mi hogar*, que sufrió un poco en Buenos Aires. Mi Manuela volverá a ser *feliz*. Me imagino que voy a este semiparaíso del trópico en busca de alguno de esos secretos de felicidad o juventud perenne que se dan en la virtud de ciertas plantas o yerbas maravillosas. En una Exposición Tropical de París yo vi algunas de ellas. (Guaraná.)

Tengo el propósito de comenzar allá, para sentirme más acompañado, la publicación de mi *Correo Literario*, pliego suelto periódico, que sea menos revista y menos que periódico literario al tipo de *Les Nouvelles Littéraires:* un contacto con los colegas, y una recopilación de apuntes y flecos de la obra. Cabrán, claro es, algunas cosas elaboradas. Será mi órgano de relación con el mundo literario; me servirá de carta circular a los amigos; allí acusaré recibo de cuantas publicaciones me envían los autores; allí haré "encuestas" por cuenta propia o de mis amigos, no sobre ideas ni posturas intelectuales (que no creo mucho en estas encuestas) sino sobre puntos concretos de investigación literaria y artística. En este orden, será un intermediario erudito entre el que pregunta y el que contesta. La hoja no será del todo una hoja abierta, ni tampoco una hoja cerrada. Habrá una selección, y esa selección será mi gusto. Será hospitalaria, pero no cosa pública. No se trata de una colección de artículos o versos, sino de un útil del taller literario. Apunto estas ideas para definirlas a mí mismo y para posible prólogo, que hace falta. Pero la conducta de mi pliego literario explicará mejor que todas las definiciones. No tratará de establecer credos, doctrinas ni lanzar manifiestos. Mantendrá la conversación literaria, y aunque se venderá en las librerías para comodidad de alguno que quiera buscarla, está principalmente destinada a la circulación privada.

Acaso convenga llamarle de otro modo, digamos: *Tihuic* (es un decir), y luego, en subtítulo: *Correo literario de Alfonso Reyes*. Será periódica en lo posible. Para comenzar, mensual, sin día: "Aparece una vez al mes. Véndese en las principales librerías, y también la obsequia el autor". Como dirección, un apartado postal. Precio, el triple de lo que me cueste, o más. No aceptaré, en principio, colaboraciones espontáneas. No mantendré correspondencia sobre esto. No haré transacciones con mi gusto personal, o mejor dicho, con mi criterio.

Extraña sobrexcitación nerviosa, con opresión y palpitaciones en el corazón... ¡Este oficio menos que errante! (Porque al Judío Errante, por lo menos, no le daban tiempo de criar raíces para después arrancarlas, que es la tortura diplomática.)

Curioso que, en el gabinete Tardeu, aparezca como ministro de Correos y

Telégrafos el ¡señor Mallarmé! Pienso en los versos y *ocios postales* de mi poeta.

Informe del trabajo de la embajada en febrero 1930.

Contesto su encuesta a López de Mesa (Bogotá: *Universidad*) sobre el principio filosófico que más influye en un espíritu. Pasó a *Cartas sin permiso*.

Entre ayer y hoy he contestado a 100 autores que me envían libros, acumulados desde el año pasado. Me estoy limpiando…

[DIARIO]*

Rio, 10 mayo 1933

QUISIERA que te acuerdes siempre, mi Manuelita, que este mes de mayo en que he de cumplir (el día 17) mis 44 años debe contar en mi vida como aquel en que padecí el dolor más intenso, inexpresable e inesperado, y en que, a la vez, me he esforzado con más conciencia y seguridad que nunca para dominarlo, superarlo, y hasta absorberlo y transformarlo en alguna futura virtud. Si muero antes que tú, quiero que mi hijo sepa que siempre viví orgulloso de ti y confortado por tu amor incomparable.

[DIARIO]*

Rio, 23 diciembre 1935

NOCHE, una de las más tristes de mi vida. Noche de soledad, de rumia de recuerdos, de saldos con la conciencia, de verdades crudas, de sentimiento muy hondo de la vanidad de las cosas, de asco muy grande contra la propia pasión de que soy juguete. Total: lágrimas y duda. El cielo no se abre.

CARTA DE ALFONSO REYES
A GABRIELA MISTRAL*

Rio de Janeiro, 9 de enero de 1931

GABRIELA, querida mía:

¡Tengo tres cartas suyas! Vamos por partes;

I. Pasó, en efecto, la crisis, en un país donde todo tiende al pronto "arreglo". La naturaleza es tan noble, que a lo mejor todo sale bien. Pero todo sigue igual, como de costumbre en cuanto hace la naturaleza. Sólo el hombre cambia: ¡viva lo humano! Aquí la naturaleza aleja, por lo mismo que está uno en minoría delante de ella. Se vive en otro planeta. Artículos que traducir para revistas yanquis: —Se me ocurre enviarle un tomo mío con artículos sobre Amado Nervo. ¡A ver si le sirve! ¡Ojalá! Me alegro de saber a nuestro José en LA PRENSA, y prefiero que crea en lo de las solas gestiones de D'Ambrosis. Ud. recordará que siempre consideré mejor que él nada supiera de mi intervención de marras. Yo siempre di por seguro los amores con María Antonieta (la cual publica ahora una especie de vida de Vasconcelos, de que he encontrado las primeras págs. en una revistilla española: algo inspirado e iluminado a la manera de las vidas de Romain-Rolland). —¿Le dije que pasó por aquí Consuelo de Gómez Carrillo, que estuvo al lado de Irigoyen, cuando aquello se vino abajo, y que ahora regresa a Francia, enamorada de un aviador francés?

Su artículo sobre mi "Correo" me ha abierto muchas puertas de corazones: gracias, Gabriela. En México, en efecto, hubo esa interpelación a Estrada sobre personas desafectas al régimen, pero todo pasó, y nunca fui yo visado. Ya que me lo pregunta, y a reserva de contarle despacio, le diré que sí tuve un empleo de Huerta. Verá: Yo era Secretario de la Escuela de Altos Estudios, nombrado por Madero y Suárez, cuando vino el cuartelazo. Al ser asesinados ambos, renuncié. Mi actitud fortalecía demasiado a la oposición, puesto que obraba yo aun contra la política de mi hermano Rodolfo, que se dejó nombrar Ministro de Justicia de Huerta. Éste me hizo llamar, y tras de querer ganarme con puestos que no acepté, me anunció que me mandaría fuera del país; lo hizo *nombrándome Secretario de Legación en París*. Yo siendo abogado, no podía por ley ser 3º Srio.: me hicieron 2º.— Me dejé nombrar para que no acabara conmigo en los días en que mi hijo tenía meses y yo no tenía más recursos que las pobres economías que Pedro Henríquez me cedió (pues se me cerró el mundo en esos días). En llegando a París, me arreglé para trabajar en Ollendorff y Garnier en cuanto me echaran, cosa que yo esperaba de un momento a otro, pues sabía que triunfaría la revolución.

El triunfo de ésta, y destitución total de diplomáticos, coincidió con la guerra europea, que cerró las editoriales francesas que trabajaban para América. Entonces me fui a España a escribir… Ésta es la historia.

En Madrid trabajé 5 años en los periódicos, el Centro de Estudios Históricos, etc., y, en 1920, cuando el interinato de De la Huerta, me volvieron a mi cargo de segundo secretario, que es cuando usted más o menos tiene noticias de mí.

II. Antes de seguir adelante recibo una carta de Palma, para Manuela y para mí, una carta bañada en lágrimas con no sé qué dimes y diretes de cierta señora alemana amiga de usted. Míreme a los ojos, y no crea nada. Harto sufrimos de la incomprensión general para todavía aumentar nuestras penas con incomprensiones particulares, aunque sean de buena voluntad. No se preocupe más, y crea en el perfecto cariño de Manuela, que de otras gracias podrá carecer, pero no de honesta lealtad. A Palmita le escribí con más detalles: que ella le envíe mi carta. Lo que por ahora me importa es que quede usted tranquila. Mire que soy yo quien acude a tranquilizarla, y yo ya estoy acostumbrado a no mentirle a usted.

III. Y vamos con otra carta del 30 de octubre. Mi familia es de Guadalajara, allí nacieron mis hermanos mayores. Ya Otilia, la inmediata mayor nació en Monterrey. Todo lo sabrá usted con detalle cuando publique cierto libro que ha de llamarse CRÓNICA DE MONTERREY. —Usted me habla de ahorrar, sobre todo en vista de la inseguridad americana: primero voy a pagar mis deudas, y luego hablaremos de casita de campo en Francia. Usted sabe bien que ese hombre que soy yo, si se le corta de adjetivos geográficos, políticos, familiares, sólo puede ser feliz en Francia. —Me extraña muchísimo, aunque vive Dios que no me extraña, la dureza de Onís de que usted se queja. No me juzgue por ahí a todos los españoles. —Usted se engaña si cree que la pubertad de mi Alfonsito puede relegar a la sombra el cariño que, de largo, viene incubando por usted. —Mucho me interesa ese redescubrimiento de los indios que está usted haciendo por dentro y por fuera. Mucho deseo conocer sus nuevos versos. Mucho, sus sondeos en Sor Juana: usted nació para entenderla.

IV. Ha sido usted muy buena en comunicarme las ausencias de Estrada. No sabe usted el bien que me ha hecho, porque las cosas de mi tierra siempre tienen asalto y guerra (refrán que acabo de inventar para usted). —Le confieso que me quedo anhelante ante la idea de que Genaro realice su oferta de enviarme de tiempo en tiempo a Europa, porque esto y la bahía de Rio sí son ya un programa de vida.

Ir por ahora a los Estados Unidos no podría convenirme. No se figura usted el sinnúmero de obligaciones que me atan por ahora a los Bancos del Sur.

Yo haré que Genaro entienda algún día a nuestra Palma.

Recibí carta del I. de C. I. de París pidiéndome que yo mismo nombrara mi suplente. Naturalmente, voy a tener que contestar cualquier disparate puesto que Genaro no me habla de ir a París.

No: nada me dijo usted de su conversación con Casares sobre la comisión de C. I. de Ginebra ni sé de qué se trata. Allá la va a visitar JUAN PEÑA. No va a ser capaz de decirle todo lo que la quiere

AR

CARTA DE ALFONSO REYES A VICTORIA OCAMPO*

Rio de Janeiro, 15 de agosto de 1938

SRA. DA. Victoria Ocampo
Buenos Aires
Mi querida Vic:

Esta carta es del todo confidencial.

Ante todo, celebro el desarrollo de la Editorial Sur, con que hace tanto tiempo soñábamos, y le agradezco el haber pensado en mí desde el primer momento. Ya le expliqué a María Rosa el compromiso moral que me liga a Pedro Henríquez Ureña para toda posible dirección de una Colección de Clásicos Americanos. Le ruego que lo medite y resuelva.

Voy a contarle algo de mi vida. Desde que llegué a México en enero pasado, he vivido de mi propia sustancia. Logré la devolución de lo que me correspondía por descuentos acumulados para el fondo de mi futura pensión de retiro, desde el momento en que se dio por terminado mi servicio diplomático. Y con esa suma y lo que yo ganaba en artículos de periódico me he venido sosteniendo. *La Prensa*, de Buenos Aires, me paga cien pesos por artículo pero nunca publica más de dos por mes. Esto no es base segura para mi vida.

De pronto, y cuando creí que me tenían del todo olvidado, me han enviado a la comisión comercial en que ando, reconociéndome mi categoría de Embajador para facilitar mis funciones solamente, pero sin nombramiento efectivo, sin los honorarios correspondientes ni devolverme por eso al servicio activo. Mis trabajos dependen de un Departamento Comercial y no del Ministerio de Relaciones de mi país. Mis modestísimos honorarios actuales, también. Bastan para ir sosteniendo a los míos y pagar aquí mis gastos, que he reducido al mínimo. No creo que dure ya mucho este trabajo, porque presiento que mi colaboración en él va llegando ya a su término natural, y porque realmente estas cosas son muy ajenas a mis hábitos y a mi espíritu. Regresaré, pues, a México, en las mismas condiciones que antes, pues ya usted supone que, aunque he manejado cuantiosos intereses, no acepto comisiones de mercachifle. Ni siquiera podré ir a Buenos Aires, por la absurda situación que mi Ministerio de Relaciones me ha creado: para México, he dejado de ser embajador allá; pero como no han presentado mis cartas de retiro, protocolarmente la Argentina sigue considerándome nada más como embajador ausente, y al volver tendría yo que reasumir automáticamente mis funciones, con lo que contrariaría los propósitos de mi Ministerio, que ha descubierto que es mejor que en las Embajadas no haya

embajadores. ¿Se hace usted cargo de lo absurdo de mi posición?

Bien: yo necesito un sueldo para vivir. Tengo ofertas de algunas Universidades yanquis. Aceptarlas supone para mí enterrarme de por vida en un ambiente al que no estoy hecho, y que no concorda mucho con mi sentimiento europeo y francés de la vida. Supone, además, entregarme a la enseñanza de cosas literarias y lingüísticas elementales, con sacrificio de mis letras y de mi temperamento. Pero es un último recurso: ¿cree usted que me seduce encerrarme en el pueblo de Austin, en Texas? Quiero tentar antes otra posibilidad; el desarrollo de su editorial, ¿le permitiría ayudarme de un modo estable, dentro de lo humano y lo que a sus intereses convenga? Yo creo que de aquí regresaré a México, y entonces veríamos dónde conviene que me instale. Pero es bueno ir adelantando estas explicaciones, sin las cuales usted no puede apreciar las condiciones verdaderas en que me encuentro.

No me haga caso si soy inoportuno. Salude cariñosamente a todos. Su pobre Flor Azteca,

Alfonso Reyes

CARTA DE ALFONSO REYES
A PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA*

México, 22 de marzo de 1939

PEDRO:

¿Qué hiciste con el concurso sobre Rodó, de W. Berrien? ¿Leíste los trabajos? ¿Cuáles fueron tus calificaciones? ¿Qué te pareció? La verdad es que no deja de ser un testimonio de una época. Acaban de llegarme, re-transmitidos de mil direcciones. Veo que son trece y no ocho los que él nos somete. Aún hay tiempo de que me des tus indicaciones por aéreo, si me escribes al instante.

La Universidad de Texas me ofreció una cátedra bien remunerada y la dirección de un Instituto Latino-Americano que se va a crear con el mucho dinero que les sobra, con nombramiento para toda la vida, jubilación y todo. A pesar de que aquí se anuncian sobresaltos político-electorales, no quise aceptar. No quiero desterrarme, volverme pocho, y ser un instrumento más de absorción de los elementos latino-americanos por aquella gente. No quise volver la espalda a mi destino de mexicano y a mi nombre. Una cosa es andar en el servicio exterior de México (del que por ahora me retiro), y otra sería aceptar una desvinculación por cuenta ajena. He preferido quedarme aquí, quemarme aquí, re-cristalizar aquí, y el Presidente me ha ofrecido una situación modesta pero hermosa: la Presidencia del Patronato de La Casa de España, a la que voy a procurar dar verdadera vida, conservándole su carácter de centro universitario y de investigación científica, y derivando hacia Educación Pública a los maestros secundarios y personas de menor categoría que hay que asilar, pero que la desvirtuarían. ¿Apruebas lo que he hecho? Aquí es puesto de combate y lucha, pero no me absorberá mucho tiempo. La mochería nacional está envalentonada con el funesto ejemplo de la nauseabunda Europa. No importa. Quiero vivir mi lucha; algún día debía yo concentrarme en lo mío. Pronto me mudaré a mi nueva casa, que he construido hipotecando y con el dinero que se me devolvió de pensiones, al retirarme del servicio exterior. La hice para mis libros y mi trabajo: una biblioteca extensa y cómoda, y un rincón para dormir y comer debajo de una escalera. Mi hijo, que con su mujer trabaja, construyeron al lado. Mi dirección será: Avenida Industria 122, Colonia Hipódromo-Chapultepec, México, D. F. (Queda cerca de la calzada de Tacubaya, y desde mis balcones veo los volcanes nevados.)

Perdóname un momento de flaqueza sentimental. Todo lo que he hecho supone algunos sacrificios para mí de todo orden. Me haría mucho bien recibir de ti una palabra de aprobación, por sobria que sea.

No he visto aún a Vicente, pero he tenido contacto con él, por una colaboración que me pidió y ya la mandé, sobre España precisamente. ¡Qué alegría poder llamar a las cosas por su nombre, sin la cortapisa diplomática!

Veo que Losada está publicando mis traducciones de Chesterton y no se acuerda siquiera de mandarme ¡un ejemplar! Supongo que ése sigue muy bien. No me olviden en sus propagandas: yo suelo hablar de los libros. Estoy preparando otro *Monterrey*, unos documentos chilenos-mexicanos que recogí en 1933, y tengo dos libros en prensa.

Saludos de casa a casa. Sed felices.

Alfonso

CARTA DE ALFONSO REYES A WERNER JAEGER*

México, D. F., a 26 de noviembre de 1943

DR. WERNER JAEGER
Harvard University
Cambridge, Mass.

Mi querido y admirado amigo:

Contesto a su carta del 1º de noviembre. Considerando su interés por la obra de Zea, me permití enviarle mi librito *Pasado inmediato*, cuyo primer ensayo tiene alguna relación con la materia.

Acabo de recibir una carta del profesor A. A. Roback en la cual, por sugestión de usted, me invita a colaborar en el volumen [dedicado a] Albert Schweitzer. Me siento sumamente honrado y me asalta un escrúpulo cuya justificación usted comprenderá: yo no soy un verdadero especialista en filología clásica; mi viaje a través de este campo es el de un cazador furtivo que anda procurando robarse lo que le conviene para su casa, es decir, para mis personales teorías sobre literatura, como se lo expliqué a usted de viva voz. Antes, pues, de aceptar un compromiso tan grave, me permito preguntarle a usted, y por su amable conducto al profesor Roback, si cualquier asunto de interés humanístico general cabe en el plan del volumen. En todo caso, a ambos ofrezco mi profundo agradecimiento por tan señalado honor. Envío copia de ésta al profesor Roback para que considere también como suya esta consulta.

Nuestro amigo Cosío Villegas está muy satisfecho de ver que usted aprecia la rapidez con que ahora progresa la traducción y publicación en marcha de la obra de usted.

Lamentando no haberlo podido visitar, le ruego ofrezca a su señora mis respetos y acepte usted la expresión de mi sincera admiración y mi amistad.

Muy suyo cordialmente,

Alfonso Reyes

POESÍA

ROMANCE DE MONTERREY*

MONTERREY de las montañas,
tú que estás a par del río;
fábrica de la frontera,
y tan mi lugar nativo
que no sé cómo no añado
tu nombre en el nombre mío:
pues sufres a descompás
lluvia y sol, calor y frío,
y mojados los inviernos
y resecos los estíos, —
no sé cómo no te amañas
y elevas a Dios un grito,
por los pitos de tus fraguas
y de tu industria en los silbos,
por que te enmiende la plana
y te enderece el sentido,
diga a la naturaleza
que desande lo torcido,
y te dé lluvia en verano
y sequedad con el frío.

Monterrey de las montañas,
tú que estás a par del río
que a veces te hace una sopa
y arrastra puentes consigo,
y te deja de manera
cuando se sale de tino
que hasta la Virgen del Roble
cuelga a secar el vestido;
Monterrey de los incendios
que, tostada en fuego vivo,
las rojas llagas te vendas
cada semana por filo, —
no sé cómo no te amañas
y elevas a Dios un grito,
por los pitos de tus fraguas
y de tu industria en los silbos,

por que hable a los elementos
y te enderece el sentido,
y diga al fuego y al agua
que lleguen a un tiempo mismo,
para que el mal que te buscan
te lo cambien en servicio.

Monterrey, donde esto hicieres,
pues en tu valle he nacido,
desde aquí juro añadirme
tu nombre en el apellido.

México, 26 de febrero de 1911

GLOSA DE MI TIERRA*

Amapolita morada
del valle donde nací:
si no estás enamorada,
enamórate de mí.

I

Aduerma el rojo clavel
o el blanco jazmín las sienes;
que el cardo es sólo desdenes,
y sólo furia el laurel.
Dé el monacillo su miel,
y la naranja rugada
y la sedienta granada
zumo y sangre —oro y rubí;
que yo te prefiero a ti,
amapolita morada.

II

Al pie de la higuera hojosa
tiende el manto la alfombrilla;
crecen la anacua sencilla
y la cortesana rosa;
donde no la mariposa,
tornasola el colibrí.
Pero te prefiero a ti,
de quien la mano se aleja:
vaso en que duerme la queja
del valle donde nací.

III

Cuando, al renacer el día
y al despertar de la siesta,
hacen las urracas fiesta
y salvas de gritería,
¿por qué, amapola, tan fría,

o tan pura, o tan callada?
¿Por qué, sin decirme nada,
me infundes un ansia incierta
—copa exhausta, mano abierta—
si no estás enamorada?

IV

¿Nacerán estrellas de oro
de tu cáliz tremulento
—norma para el pensamiento
o bujeta para el lloro?
No vale un canto sonoro
el silencio que te oí.
Apurando estoy en ti
cuánto la música yerra.
Amapola de mi tierra:
enamórate de mí.

Madrid, agosto de 1917

ARTE POÉTICA*

1

ASUSTADIZA gracia del poema:
flor temerosa, recatada en yema.

2

Y se cierra, como la sensitiva,
si la llega a tocar la mano viva.

3

—Mano mejor que la mano de Orfeo,
mano que la presumo y no la creo,

4

para traer la Eurídice dormida
hasta la superficie de la vida.

París, 1925

COPACABANA*

—PARASOL de las mujeres:
¿cuántas me quieren a mí?
(El ave de la sonrisa
deja volar, parasol.)

—Playa de cebra de sol,
templo de fotografía.
(Se te metió una pestaña
hasta la pupila.)

—Acróbata de la arena,
mientras el pan se te cuece,
llevas a la espalda un triángulo
rojo.

—Plantas las de Robinsón:
¿adónde vais tan parejas?
(Las pisadas sólo fingen
ganchos de interrogación.)

—¡Qué lástima de los cuentos
para contarlos en rueda!
(Se tratan a monosílabos
las muchachas de hoy en día.)

—Cada granito de arena
se empeña en hablar inglés:
¡luego andan con que si galgos,
podencos o *Pau-Brasil!*

—La verdad baja del vino
vestida en hojas de parra:
como es indiscreción,
quieren esconderla en agua.

—Quieren esconder la enagua
tajándola en pantalón:
¡Déjate, Copacabana,

que te van a dar masaje!
Déjate, Copacabana!

Rio de Janeiro, 1931

SOL DE MONTERREY*

NO CABE duda: de niño,
a mí me seguía el sol.

Andaba detrás de mí
como perrito faldero;
despeinado y dulce,
claro y amarillo:
ese sol con sueño
que sigue a los niños.

Saltaba de patio en patio,
se revolcaba en mi alcoba.
Aun creo que algunas veces
lo espantaban con la escoba.
Y a la mañana siguiente,
ya estaba otra vez conmigo,
despeinado y dulce,
claro y amarillo:
ese sol con sueño
que sigue a los niños.

(El fuego de mayo
me armó caballero:
yo era el Niño Andante,
y el sol, mi escudero.)

Todo el cielo era de añil;
toda la casa, de oro.
¡Cuánto sol se me metía
por los ojos!
Mar adentro de la frente,
a donde quiera que voy,
aunque haya nubes cerradas,
¡oh cuánto me pesa el sol!
¡Oh cuánto me duele, adentro,
esa cisterna de sol
que viaja conmigo!

Yo no conocí en mi infancia
sombra, sino resolana.—
Cada ventana era sol,
cada cuarto era ventanas.

Los corredores tendían
arcos de luz por la casa.
En los árboles ardían
las ascuas de las naranjas,
y la huerta en lumbre viva
se doraba.
Los pavos reales eran
parientes del sol. La garza
empezaba a llamear
a cada paso que daba.

Y a mí el sol me desvestía
para pegarse conmigo,
despeinado y dulce,
claro y amarillo:
ese sol con sueño
que sigue a los niños.

Cuando salí de mi casa
con mi bastón y mi hato,
le dije a mi corazón:
—¡Ya llevas sol para rato!—
Es tesoro —y no se acaba:
no se me acaba —y lo gasto.
Traigo tanto sol adentro
que ya tanto sol me cansa.—
Yo no conocí en mi infancia
sombra, sino resolana.

Rio de Janeiro, 1932

ROMANCES DEL RÍO DE ENERO*

RÍO DE OLVIDO

RÍO DE ENERO, Río de Enero:
fuiste río y eres mar:
lo que recibes con ímpetu
lo devuelves devagar.

Madura en tu seno el día
con calmas de eternidad:
cada hora que descuelgas
se vuelve una hora y más.

Filtran las nubes tus montes,
esponjas de claridad,
y hasta el plumón enrareces
que arrastra la tempestad.

¿Qué enojo se te resiste
si a cada sabor de sal
tiene azúcares el aire
y la luz tiene piedad?

La tierra en el agua juega
y el campo con la ciudad,
y entra la noche en la tarde
abierta de par en par.

Junto al rumor de la casa
anda el canto del sabiá,
y la mujer y la fruta
dan su emanación igual.

El que una vez te conoce
tiene de ti soledad,
y el que en ti descansa tiene
olvido de lo demás.

Busque el desorden del alma

tu clara ley de cristal,
sopor llueva el cabeceo
de tu palmera real.

Que yo como los viajeros
llevo en el saco mi hogar,
y soy capitán de barco
sin carta de marear.

Y no quiero, Río de Enero,
más providencia en mi mal
que el rodar sobre tus playas
al tiempo de naufragar.

—La mano acudió a la frente
queriéndola sosegar.
No era la mano, era el viento.
No era el viento, era tu paz.

VAIVÉN DE SANTA TERESA

Va tejiendo el emparrado
—espada de lanzadera—
enramada, "corretona"
luna de Santa Teresa.

Entre pestañas prendidos,
mientras huyen en pavesas,
presos y libres los ojos
convidan paz y dan guerra.

Y tiembla un negrito enjuto
y en su guitarra se enreda,
novio en fuga que se abraza
con una mujer pequeña.

Mujer trabada en la hora,
libre aunque se da, y ajena...
¡Cómo todo fluye, y todo
se va de donde se queda!

De las copas de los árboles

escurren gotas de esencia:
a la vez que se consume,
otra vez toda comienza.

Abajo se escapa el mar
en la misma luz que entrega,
y aunque se escapa, no sale
de las manos de la tierra.

Pasa el jinete del aire
montado en su yegua fresca,
y no pasa: está en la sombra
repicando sus espuelas.

¡Eso que anda por la vida
y hace como que se aleja!
¡Eso de ir y venir, eso
de huir y quedarse cerca!

¡Eso de estar junto a mí,
y hace años que estaba muerta!
¡Eso de engañar a todos
como Zenón con su flecha!

Se enlaza el tiempo en la voz:
la canción tiene pereza.
Con ágiles pies, los ángeles
se dejan venir a tierra.

—Voladora y quieta luna,
garza de sí misma presa,
entre arabescos de hojas
va y no va, rueda y no rueda.

CASTIDAD

Mentía con las ojeras
escarbadas de calor,
atajando con los ojos
como con un resplandor.

Si en la cosquilla del habla

era toda insinuación,
la voluntad no seguía
las promesas de la voz.

La mano se le olvidaba
entre la conversación,
pero volvía por ella:
no se le olvidaba, no.

Le reventaba en el seno
cada estrujado botón,
escondiendo y ostentando
a cada lado un limón.

Era por medio diciembre,
cuando pesa más el sol,
y de repente la brisa
se metía de rondón.

De sonajas de cigarras
todo el aire era un temblor,
y en las pausas de silencio
el silencio era mayor.

La tierra juntaba mieles
en mansa fecundación.
Lenta y abundante vida
latía sin expresión.

Adiviné que las aves
no acababan la canción,
en lo mismo que ensartaban
una y una y otra voz.

Adiviné que las nubes
erraban sin dirección;
adiviné que las cosas
arrepienten su intención.

Que también la audacia roja
para en el rojo rubor,
y que en la naturaleza
es casta la tentación.

—Hallo que ahora la gozo
y la rodeo mejor;
la miro, y la dejo hablar,
sin prisa, y sin dilación.

CONTRASTE Y SUEÑO

¿Para qué buscar alivio
—no lo sé, yo no lo sé—
en la asfixia del cigarro
y el amargor del café?

Al doliente cabaquiño
van a pedirle placer:
nadie da lo que no tiene:
sólo sabe llorar él.

No quiere el enamorado
más consuelo que tejer
con frágil malla de lágrimas
una imagen de mujer.

El otro muere de anhelos,
y en vez de buscarla ¿qué
se le ocurre sino andar
borracho por el burdel?

Pongan a la pasión música
y al gato su cascabel;
den tiempo para que escape
lo que iban a coger.

¡Oh qué insípida desgana,
oh qué desmayar! ¡Oh qué
poco ánimo de asir
lo que confiesan querer!

Cuando medio nace el día
y medio va a amanecer,
el medio afanoso medio
deja el lecho de una vez.

Medio sabe lo que intenta,
medio anda en lo que va a hacer…
Y cuando medio anochece,
ya lo que se fue se fue.

¿Será que el agua soñada
es la que apaga la sed?
¿La que retumba escondida
y nadie la puede ver?

Sabio, entonces, aquel sabio
que no se queda en la miel,
y busca para su gusto
el contraste y la acidez.

—Aquiles da en desandar;
Penélope, en destejer.
Yo tenía que decir
algo, cuando lo olvidé.

SAUDADE

¿Qué procuras, jardinero,
si cada plantel deshaces
y sólo siembras y arrancas
arbustos de voluntades?

¡Qué solo vas por la vida,
amigo de cien ciudades!
En todas criabas amores,
pero todas las dejaste.

Desde el Cerro de la Silla,
al pie de la Sierra Madre,
corre el hilo de tu cuna
como un invisible estambre.

Se enreda entre las memorias
de los años que pasaste,
la Ciudad de los Palacios
que tiene un cielo tan grande.

Si allá junto a Guadarrama
deja tu amistad señales,
junto a Santa Genoveva
hay los recuerdos que sabes.

Fulva la onda del Plata
—de arcilla y no de cristales—
propia urna de tus lágrimas,
tenga piedad de tus males.

Tenga cuita el Corcovado,
donde hoy tu bandera plantes,
de tus talones heridos,
de tus manos implorantes.—

Dicen que en el mar del trópico
anda una errabunda nave;
dicen que el mar la enamora,
dicen que le ayuda el aire.

Dicen que el grano de arena
se pierde entre sus iguales,
y se confunden las caras
de las hojas de los árboles.

Aquí se ha perdido un hombre:
dígalo quien lo encontrare.
Entre los hombres bogaba,
ya no lo distingue nadie.

—Ironía del recuerdo,
que entra por donde sale:
¡lloraba sus horas muertas,
y las tenía cabales!

MORENA

Trigueña nuez del Brasil,
castaña de Marañón:
tienes la color tostada
porque se te unta el sol.

De las algas mitológicas
en el marino crisol,
como la sal se te pega
tienes tostado el color.

Ilesa virgen de aceite,
lámpara de hondo fulgor:
sales a apagar el día,
ya diamante, ya carbón.

En el vaho de la arena
¿no se consume la flor?
No se consume: se alarga
el tallo, rompe el botón.

Misterio: ceniza y fruta;
ceniza sin amargor,
fruta áspera con acres
aromas de tocador.

Mirra y benjuí por los brazos,
gusto de clavo el pezón:
quien hace la ruta de Indias
corta la especia mejor.

Cierto, tenderé la vela:
me siento descubridor,
alumno de Marco Polo
y de Cristóbal Colón.

—¡Tierra! —grito, y en el seno
del barro que te crió,
hinca ya la carabela
la quilla y el espolón.

Tierra oscura me recibe,
en sorda germinación,
en la que saltan los árboles
como rayos de explosión.

Truena Dios, y mi ventura,
al tiempo que truena Dios,
está en volver a la sombra

donde he nacido yo.

—Callen las onzas de plata
cuando se escucha esta voz:
“Hijas de Jerusalén,
el sueldo de cobre soy”.

DESEQUILIBRIO

A poco el agua se hiela
¡y son diecisiete grados!
Las normas se han confundido,
parece que estoy temblando.

Parece la luz siniestra
de un país escandinavo,
sólo porque un nubarrón
se enrosca en el Corcovado.

Parece cobrar la tierra
todo su horror planetario,
sólo porque un mar plomizo
la suspende en el espacio.

Parece que está la ira
todas sus viras vibrando,
sólo porque el sonreír
de pronto se te ha cansado.

Y aunque resuello, parece
que me ahogo y que me acabo;
parece que, aunque te sigo,
ni me acerco ni adelanto.

Columpiábase la vida
en otro nivel más alto,
y era toda como vértigo
y anhelo en el aire vago.

¿Si era la tempestad
o era tu rostro nublado?
¿Si eras tú quien sacudía

la tralla de los relámpagos?

Tan muelle, tan regalón
y tan mal acostumbrado,
el paisaje era polar
porque no era dorado.

Y tú como las almendras
dejabas el gusto amargo,
conforme se disolvía
tu sabor garapiñado.

(Será que tarde y mujer
se me iban entregando,
serias, azoradas, tímidas,
que así es el gozo apurado.)

—Y cuando vino la noche,
que todo estaba callado,
no estaba callado todo
porque reía el orvallo.

BERENGUENDÉN

"Toma y no le des a nadie,
que es secreto para ti,
y cuélgatelo en el pecho
donde tiene que lucir.

"De Mozambique y de Angola
llegaron hasta el Brasil
siete misterios labrados
que te voy a descubrir.

"De la cepa bahiana
este racimo es la vid:
acuérdate de la sangre
que la tierra esconde en sí.

"Dicen que aquel cascabel
hace a los tristes reír:
porque la semilla guarda

del árbol del frenesí.

”Éste es el jacarandá,
palo de mucho vivir:
la raza de los morenos
nunca puede tener fin.

”La mano en figa es cerrojo
que nadie lo sabe abrir:
cierra el cuerpo al sortilegio
y al veneno más sutil.

”El agua se te ha de dar
sin tenerla que pedir:
el cuenco de la avellana
te lo hace saber así.

”Los sellos de Salomón
y el sol y la luna y
las monedas de Don Pedro,
son riqueza y buen dormir.

”La granada reventada
que creció en tu puerta, si
nació contigo es señal
que contigo ha de morir.

”Ya oíste lo que te importa:
te lo voy a repetir.
Luego que ya te lo sepas,
tú me lo dices a mí.”

—La vieja la aconsejaba,
y ella la escuchaba sin
chistar. Y yo, caviloso,
y sin poderme reír.

EL RUIDO Y EL ECO

Rondas de máscara y música,
posadas de Navidad:
México, su Noche-Buena,

y Río, su Carnaval.

Allá, balsas de jardines,
vihuelas para remar,
y sombreros quitasoles
que siguen el curso astral.

Acá, en la punta del pie
gira el tamanco al danzar,
y las ajorcas son "cobras"
que suben del calcañar.

Si aquí el coco de Alagoas
labrado en encaje, allá
la nuez de San Juan de Ulúa,
calada con el puñal.

Dan las mulatas del Mangue,
desnudas a la mitad,
de ahuacate y zapotillo
la cosecha natural.

¡Y yo, soñando que veo
piraguas por el Canal,
rebozos y trenzas negras
en que va injerto el rosal!

Entreluz de dos visiones
refleja y libra el cristal;
dos madejas enlazadas
se tuercen en mi telar.

¿Dónde estoy, que no lo acierto,
que no me puedo acordar?
Ando perdido en la calle,
náufrago de la ciudad.

Válganme los dos patronos
en tanta perplejidad:
válgame la Guadalupe,
válgame San Sebastián.

Válganme. —Pero no quieren

mi delirio disipar,
que lo huyo y lo persigo,
y lo tengo que saciar.

—Esto cantaba un sencillo,
afanándose en juntar
la Estrella y la Cruz del Sur
y el Águila y el Nopal.

EL BOTÁNICO

El-Rey Don Juan VI trajo
una palmera de Cuba.
Para besarle los pies
todas las plantas se juntan.

De los indianos lanceros
—al cielo el morrión de pluma—
las guardias trazan la senda,
la senda corre entre juncias.

Las randas de samambaya
levanta un bambú de alcurnia.
Los democráticos cactos
se entre-palpan con las púas.

Yace un tapiz de nenúfares
sobre el agua que se oculta,
pero el agua se estremece
sabiendo que está desnuda.

La hoja del papagayo
de tantos colores muda,
que ya flamea en granates
o llora de nieve pura.

Un hidalgo, el alcanfor;
una villana, la ruda:
Don Alonso exhala esencias,
y Aldonza Lorenzo suda.

Victoria Regia, de bronce

ofrece a Moisés la cuna:
bandeja sobre el estanque,
blanca flor toda de bruma.

Y hay otras, latiniparlas
como las preciosas cultas,
hijas de cien apellidos
que ni ellas mismas pronuncian.

Cola de pavo real,
toda la flora fulgura,
y la luz cambia de cálices
como el día de postura.

De codos en la montaña,
señora desde su altura,
con su escuadrón de furrieles
la noche espera y escucha.

—Los pájaros la consigna
gritaban de punta a punta.
Ya se han cerrado las rejas.
Ya sólo queda la luna.

ENVÍO

Mercedes, Río, mercedes,—
soledad y compañía,
de toda angustia remanso,
de toda tormenta orilla.

Y porque nunca pensé,
y porque yo no sabía
que hay en el mundo una raya
donde el mundo es lejanía;

una zona en que las sienes
se curan de las espinas,
y el mismo dolor se envuelve
y a sí propio se acaricia;

las lágrimas se deshacen

con el calor de la vista,
y no digo las memorias,
que ésas nadie las alivia.

En feliz continuación,
de tantos siglos henchida,
quema la historia tu cara,
tu esperanza la abanica.

Y juegas las apariencias
como la criolla sabida
que, más que en sus amuletos,
en el tiempo se confía.

Esmaltes de mariposa,
cosa tan liviana y fina,
bastan a rasgar el sol
en siete espadas furtivas.

Así tú, con el encanto
de tu leve cortesía,
encadenas voluntades
y las perdonas cautivas.

Tus calles se van al mar
cargadas de carne viva,
y en tus angélicas aguas
te siembras y te bautizas.

Ancha, generosa nave,
con San Telmo, a la vigía,
sirtes venzas, salves vórtices,
salgas a la gloria un día.

—Llego al fin de mi canción,
que es ya más tuya que mía,
y no pude, Río de Enero,
decirte lo que quería.

NOTAS

Alguna vez, dar la espalda a las dichosas libertades —no son más que abandono— y estudiar,

humildemente, la geometría en Dante.

Once romances, de once cuartetas cada uno, procurando que todos acaben en la décima estrofa, para que la undécima cuelgue, arete o broche.

El romance nos transporta a la mejor época de la lengua, trae evocaciones tónicas; la lengua, desperezada, ofrece sola sus recursos. Además —ventaja para aprovecharla ahora mismo— el romance deja entrar en la voz cierto tono coloquial, cierto prosaísmo que se nos ha pegado en esta época, al volver a las evidencias.

Rima asonante: privilegio para no abandonarse. Lo bastante suelta para no mutilar la arborescencia poética de hoy en día. Lo bastante sujeta para que la imaginación crezca al castigo y se nutra con el obstáculo.

Partir el flujo del romance en estrofas, sin duda cediendo a la tendencia estrófica del corrido mexicano, hijo del romance peninsular.

De cuando en cuando, darse el gusto de deslizar uno que otro lusismo. Estas contaminaciones entre el portugués y el español —se lo decía al joven Juan Valera no menor persona que el purista Estébanez Calderón— dan sazón al caldo.

Aproximadamente, un principio común, descubierto en las experiencias poéticas de Riojaneiro: una como ley del péndulo, una oscilación, una bifurcación de emociones. La idea —siempre— parte y llega a término; luego vuelve atrás y se anula. Si fuere posible, destacarlo en la estrofa apendicular de cada romance; hacerlo en balanceo de frase.

Cada cuarteta debiera repetir la idea general del poema, volver a dibujarla, aunque con objetos siempre diferentes. Tal reiteración, y la catacresis que de ella resulta —distintas imágenes se obligan a expresar la misma cosa, la misma cosa que carece de nombre hecho— son los dos recursos de la poesía. Las ciento veintiuna estrofas pondrían sitio a la misma emoción vaga, que nunca se entrega del todo: “No pude decirte lo que quería”.

Once romances que quisieran encerrarse en uno; y éste, en su cuarteta final. Si yo diera con esta síntesis, me ahorraría todo el desarrollo. En el desarrollo —puesto que estoy obligado a él— procurar, al menos, no entregarme a la casualidad, único precepto de la higiene.

Y, a lo largo del trabajo, hacerme la ilusión de que, por transparencia y evocadas de lejos, se adivinan —sin nombrarlas nunca— esas estampas viejas en que cuaja la realidad: las empresas de bandeirantes, la abolición de la esclavitud, el Emperador que dice adiós, desde el barco…

Y ve con buen viento, poema, que yo te veré desde la playa.

† 9 DE FEBRERO DE 1913*

¿EN QUÉ rincón del tiempo nos aguardas,
desde qué pliegue de la luz nos miras?
¿Adónde estás, varón de siete llagas,
sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.
Los estribos y riendas olvidabas
y, Cristo militar, te nos morías...

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empellones,
en el afán de poseerte tanto.

Rio de Janeiro, 24 de diciembre de 1932

YERBAS DEL TARAHUMARA*

HAN BAJADO los indios tarahumaras,
que es señal de mal año
y de cosecha pobre en la montaña.

Desnudos y curtidos,
duros en la lustrosa piel manchada,
denegridos de viento y sol, animan
las calles de Chihuahua,
lentos y recelosos,
con todos los resortes del miedo contraídos,
como panteras mansas.

Desnudos y curtidos,
bravos habitadores de la nieve
—como hablan de tú—,
contestan siempre así la pregunta obligada:
—"Y tú ¿no tienes frío en la cara?"

Mal año en la montaña,
cuando el grave deshielo de las cumbres
escurre hasta los pueblos la manada
de animales humanos con el hato a la espalda.

La gente, al verlos, gusta
aquella desazón tan generosa
de otra belleza que la acostumbrada.

Los hicieron católicos
los misioneros de la Nueva España
—esos corderos de corazón de león.
Y, sin pan y sin vino,
ellos celebran la función cristiana
con su cerveza-chicha y su pinole,
que es un polvo de todos los sabores.

Beben tesgüino de maíz y peyote,
yerba de los portentos,
sinfonía lograda

que convierte los ruidos en colores;
y larga borrachera metafísica
los compensa de andar sobre la tierra,
que es, al fin y a la postre,
la dolencia común de las razas de hombres.
Campeones del Maratón del mundo,
nutridos en la carne ácida del venado,
llegarán los primeros con el triunfo
el día que saltemos la muralla
de los cinco sentidos.

A veces, traen oro de sus ocultas minas,
y todo el día rompen los terrones,
sentados en la calle,
entre la envidia culta de los blancos.
Hoy sólo traen yerbas en el hato,
las yerbas de salud que cambian por centavos:
yerbaniz, limoncillo, simonillo,
que alivian las difíciles entrañas,
junto con la orejuela de ratón
para el mal que la gente llama “bilis”;
la yerba del venado, el chuchupaste
y la yerba del indio, que restauran la sangre;
el pasto de ocotillo de los golpes contusos,
contrayerba para las fiebres pantanosas,
la yerba de la víbora que cura los resfríos;
collares de semillas de ojo de venado,
tan eficaces para el sortilegio;
y la sangre de grado, que aprieta las encías
y agarra en la raíz los dientes flojos.

(Nuestro Francisco Hernández
—el Plinio Mexicano de los Mil y Quinientos—
logró hasta mil doscientas plantas mágicas
de la farmacopea de los indios.
Sin ser un gran botánico,
don Felipe Segundo
supo gastar setenta mil ducados,
¡para que luego aquel herbario único
se perdiera en la incuria y en el polvo!

Porque el padre Moxó nos asegura
que no fue culpa del incendio

que en el siglo décimo séptimo
aconteció en el Escorial.)

Con la paciencia muda de la hormiga,
los indios van juntando sobre el suelo
la yerbecita en haces
—perfectos en su ciencia natural.

Pliego suelto: Buenos Aires, Colombo, 1934

GAVIOTAS*

"—PERO SI quieres volar
—me decían las gaviotas—
¿qué tanto puedes pesar?
Te llevamos entre todas."

Yo me quité la camisa
como el que quiere nadar.
(Me sonaba en los oídos:
"¿Qué tanto puedes pesar?",
expresión muy dialectal.)

Unas muchachas desnudas
jugaban entre las olas,
y aun creí que me decían:
"Te llevamos entre todas".

Al tenderme boca arriba,
como al que van a enterrar,
el cielo se me echó encima
con toda su inmensidad.

O yo resbalé hacia el aire
o el mundo se nos cayó,
pero que algo se movía
nadie me lo quita, no.

Eppur si muove! —exclamé
fingiendo serenidad.
Me decían las gaviotas:
"—¡Pero si quieres volar!"

Allá abajo, los amigos
se empezaron a juntar:
¡mi ropa estaba en la arena,
y yo no estaba en el mar!

Yo les gritaba su nombre
para más tranquilidad:

¿quién había de escucharme,
si hoy nadie sabe escuchar?

Ellos alzaban los brazos,
ellas hacían igual.
Comprendí que estaba muerto
cuando los oí llorar.

Rio de Janeiro, 1934

INFANCIA*

YO VIVÍA entre cazadores
que guardan el cañón del rifle,
desarmado, en tubos de aceite,
y que arrancan a martillazos
el alza y la mira.
"Porque —dicen— eso sólo estorba
para la buena puntería."

Yo vivía entre jinetes
que montaban en pelo, y a lo sumo
usaban bozal o almartigón;
que regían con la voz, y apenas
con un leve quiebro del tronco
o con la presión de las piernas.
"Porque —dicen— hasta el estribo
parece cosa de catrines."

Yo vivía entre vaqueros
que huelen a res
y traen las manos cuarteadas,
porque nada endurece tanto
como ese calor de las ubres
y la nata seca en la piel.

Yo vivía entre gendarmes rurales,
contrabandistas en su tiempo,
que sabían de guitarra y de albures
y de pistola y de machete,
tan bravos que no se escondían
cuando les daba por llorar.

Yo vivía entre improvisadores
que, aconsejados del mezcal,
componían unos corridos
dignos del Macario Romero,
dignos del Heráclio Bernal,
sobre recuerdos del Río Bravo
y las hazañas de Crispín,

el que tenía pacto con el Diablo.

Yo me vivía en las moliendas
viendo cómo la piedra trituraba
la caña, y echa a un lado el bagazo
y al otro cuela el aguamiel
que se concentra al fuego en los peroles
y se va ennegreciendo y espesando.
El campo, a veces, al relente,
daba el olor de jara mojada en el arroyo,
y las haciendas olían todas
al cigarrillo de hoja de maíz.

Yo me vivía entre cerveceros
viendo mezclar el lúpulo,
viendo escurrir los hilos rubios;
y entrábamos después en la cámara del hielo
que tenía un aroma de marea y pescado,
y donde parecía que los párpados
perdían su peso natural
y los ojos se dilataban.

Yo me vivía entre gentes de fragua
y sabía mover los fuelles,
y para ver los hornos
me ponía gafas ahumadas.
Corrían chorros de metal fundido,
había llamas por el suelo,
había grúas por el aire;
y había laderas de brasas
que teñían de rojo medio cielo.

Yo me vivía en las minas,
viendo torcer los malacates,
oyendo tronar la dinamita,
viajando en canastillas y ascensores,
charlando con las tres categorías
—las tres edades de mineros—:
tigres, peones y barreteros.

Después… he frecuentado climas y naciones
y he visto hacer y deshacer entuertos.
¡Ay de mí! Cada vez que me sublevo,

mi fantasía suscita y congrega
cazadores, jinetes y vaqueros,
guardias contrabandistas,
poetas de tendajo,
gente de las moliendas, de las minas,
de las cervecerías y de las fundiciones;
y ando así, por los climas y naciones,
dando, en la fantasía
—mientras que llega el día—,
mil batallas campales
con mis mesnadas de sombras
de la Sierra-Madre-del-Norte.

Rio de Janeiro, 23 de junio de 1934.
Pliego suelto: Buenos Aires, Asteria, 1935

LOS CABALLOS*

¡CUÁNTOS caballos en mi infancia!
Atados de la argolla y cabezada,
en el patio de coches de la casa,
desempedrando el suelo en su impaciencia
y dando gusto a las rasposas lenguas,
los caballos lamían largamente
el salitre de las paredes.

Aprendí a montar a caballo
en el real de San Pedro y San Pablo.
Éste era un alazán de trote largo
que se llamaba —pido perdón— el Grano de Oro.

Mi padre, poeta a ratos,
y siempre poeta de acción,
cuidaba como Adán del nombre de las cosas:
—Para algo tienen cuatro cascos,
para andar de prisa.
Pónmele un nombre raudo como el rayo,
quítale ese nombre que da risa.—

Los caballos lamían largamente
el salitre de las paredes.

Me hacían jinete y versero
el buen trote y sus octosílabos
y el galope de arte mayor,
mientras las espuelas y el freno
me iban enseñando a medir el valor.

Pero, aunque yo partiese a rienda suelta,
mi fuga no pasaba de la esquina:
el caballo era herencia de un gendarme borracho
y paraba solo en los tendajos.

¡Oh ridículo símbolo
de una prudencia que era apenas vicio!

Y me fui haciendo al tufo dulzón
y al fraseo del guadarnés
y a todos los refranes del caso:

En la cuesta,
como quiera la bestia,
y en el llano,
como quiera el amo.

Y aquella justa máxima que parece moneda:
Nunca dejes camino por vereda.

Y aprendí de falsa y de almartigón
y de pasito y trote inglés,
que no va nada bien con la silla vaquera;
porque yo nunca supe de albardón,
y esto es lo que me queda del color regional.

Los caballos lamían largamente
el salitre de las paredes.

Mi segundo caballo
se llamaba Lucero y no Petardo:
él sólo entendía por su nombre
y en vano quisieron mudárselo.
Pequeño y retinto,
nervioso y fino,
con la mancha blanca en la frente...
Nunca tuve mejor amigo,
nunca he tratado mejor gente.

Rompía el cabestro,
pisoteaba el huerto,
cruzaba el parque a las volandas,
atravesaba el corral de los coches,
entraba resbalando por esos corredores,
abría con la cabeza la puerta de mi alcoba
y venía hasta mi cama de niño
a despertarme todas las mañanas.

¡Oh mi brioso Lucero,
mi leal verdadero!

En una enfermedad que tuve
me lo llenaron de oprobiosas mañas,
que ya ni yo lo conocía:
me lo volvieron pajarero,
lo hicieron duro del bocado
y cabeceador,
y le enseñaron esas vilezas
de arrancar el galope al levantar la mano
y otras torpes costumbres que pasan por proezas.
Y yo ya no lo quise montar
y, como había que hacer algo,
se lo vendimos a un alemán.

Porque el verdadero caballo
se ha de conocer en el tranco:
geometría plana, destreza lineal
de la auténtica equitación,
implícita en el bruto y no de quita y pon.

¡Oh mi brioso Lucero,
mi leal verdadero!

Me dejaba a la puerta de la escuela
y luego regresaba por mí;
era mi ayo y mi mandadero.
Y yo me río de Tom Mix
y de su potro que le hace de perro
cuando me acuerdo de mi Lucero.

Los caballos lamían largamente
el salitre de las paredes.

Y vino el Tapatío, propio bridón de guerra,
mucha montura para el muchacho que yo era.
Allá cerca del Polvorín,
quiso un día sembrarme en el barranco;
que aunque él siempre me pedía azúcar
y me lo negaba,
yo bien se lo entendí,
que su voluntad bien clara estaba.

Y vino el Pinto, un poney
manchado como vaca de blanco y amarillo;

un artista de circo
que también entendía de tiro.
Y como yo ya había crecido
—vamos al decir—,
con las piernas le sujetaba
todas las malas intenciones.
Por las cumbres del Cerro del Caído
siempre andaba conmigo.
En la Capital siempre lo usé
para tirar de un cabriolé,
en el paseo —ya se ve—
del Zócalo a Chapultepec.

Los caballos lamían largamente
el salitre de las paredes.

Y luego se confunden las memorias
de la cuadra paterna:
uno era el Gallo, de charol lustroso,
otro se llamaba el Carey,
yo no sé bien por qué,
y aquel enorme Zar que se abría de patas
para que mi padre montara,
(como el Bucéfalo de Alejandro,
según testimonio de Eliano);
y aquel otro Lucero en que él vino a morir
bajo las indecisas hoces de la metralla.

Lo guardaron como reliquia,
como mutilado de la patria,
aunque, cojo y clareado de balas,
no servía ya para nada.

Hubo una leva en la Revolución:
se llevaron al pobre en el montón,
sin hacer caso de su orgullo:
—¡Que los maten a todos,
y que Dios escoja los suyos!

Rio de Janeiro, 13 de diciembre de 1934

VILLA DE UNIÓN*
(4 de julio de 1880)

A mi hijo

I
LÁPIDA

El sol difuso de la tarde, sobre
las losas y las yerbas y las cruces.
Tiembla de alivio el camposanto pobre,
tiembla entre las tibiezas y las luces
y, envuelto en una lágrima salobre,
a tu imperio, Memoria, lo reduces,
de suerte que ya duda la conciencia
si es un recuerdo, si es una presencia.

El humilde obelisco se levanta
no mayor que la gloria. Una corona.
Un pájaro que llora más que canta.
El suelo vegetal se desmorona
para guardar la huella de una planta;
y alguna enredadera retozona
la piedra abraza —viéndola dormida—,
terca y gozosa, en fin, como la vida.

En el tímido vaho que, al relente,
el seno mismo de la tarde exhala,
se deja adivinar la heroica gente
segada por el filo y por la bala.
Al oírse nombrar gritan: "¡Presente!"
Llevan fusiles a la funerala,
y ceñidos del pálido laurel
aguardan a su rubio Coronel.

—Enrique Marín,
Capitán del 5° Batallón.
—¡Presente!
—Antonio Patrón,

Teniente del 6º Regimiento.
—¡Presente!
—Juan Hernández,
Alférez del 6º Regimiento.
—¡Presente!
—Veintisiete fantasmas de valientes
de a caballo y de a pie.
—¡Todos presentes!

Cierra la noche el cerco. En escuadrones,
a su relevo acude lentamente
la tropa fiel de las constelaciones.
Y para que otra vez arda la mente
entre presencias y alucinaciones,
atraviesan el cielo transparente
reflejos de centellas azuladas,
alas de aceros, vago son de espadas.

¡Oh, rubio Coronel, tu guardia espera!
Tú que allí conjuraste la derrota,
atajando la muerte de manera
que la doblabas con la mano rota,
descansa ya. La sangre persevera
y en otras fuentes se levanta y brota.
¡Oh, duerme, Fama, y cuelga el sable rudo!
Quiso el tiempo vencerte, y nunca pudo.

II
El narrador

Era niño en los tiempos de la hazaña
Carlos Tostado, el narrador del caso.
Hoy, recordando como viejo, el paso
de las horas engaña.

Es el consuelo soledoso, cuando
la carrera suspenden los sentidos:
la gente moza no le presta oídos,
pero él sigue contando.

Narrador que en tu propio cuento subes
y que te sirve de pegaso el cuento,

¿quién te quiere escuchar? Tal vez las nubes,
los pájaros, el viento.

¡Fascinación de sangre! Nunca falta
un viejo así, con la mirada fija,
que a solas se divierte y sobresalta,
se asusta y regocija.

Fascinación de sangre tu destino,
donde queda cuajada la memoria:
mientras los otros siguen su camino,
cuéntame a mí tu historia.

III
El relato

De Mazatlán al Presidio
se fue acercando la gente.
Era el Sexto Regimiento,
famoso entre los valientes.
Todos dragones probados,
todos cumplidos jinetes,
todos hijos de leones
que asustaban a la muerte.
Su poeta y coronel
los adiestraba de suerte
que ahuyentaban a las tropas
al grito de: "¡Aquí va Reyes!",
aquel "León Colorado",
como le llamó su hueste.
¡Qué gusto verlos cargar
como carga el viento fuerte!
¡Qué tempestad de mandobles
y qué alaridos alegres!
¡Qué envidia de los varones,
qué orgullo de las mujeres!
¡Si hasta sus mismos caballos,
que racionales parecen,
les ayudan a su modo
con las pesuñas y dientes!

De Mazatlán al Presidio

se fue acercando la gente,
cabalgando entre la noche
por veredas y traveses;
que quieren burlar la astucia
de los enemigos jefes,
y no caer en celadas,
porque también son prudentes.
Por aquellas rancherías
se dio un "¡Alto!" de repente;
se mandó aliviar las bestias,
aflojar cinchas y arneses,
y se previno a los hombres
que afilaran sus machetes,
que así se luchaba entonces
y no con humo y cohetes.
¡Válgame, lo que decían
para entretener la fiebre,
que hasta las malas palabras
son buenas cuando entretienen!
Al tocar el botasilla,
todos confiesan y sienten
que se aguzaron las almas
al tiempo que los machetes.

Antes de la madrugada
cruzan el río en buen orden,
y en tan buen orden lo cruzan
que el primer triunfo conocen;
pues la vanguardia enemiga,
sólo al mirarlos en bloque,
se repliega y se desbanda
en vez de batir el cobre.
¡Lástima que el tiempo mude
y que el cielo se encapote
y que empiecen a caer
unos cuantos goterones!

Porque ésta fue la ocasión
de que al portal se amontonen,
sin dar tiempo a que los pisen
los pencos en sus galopes.
"¿Hay alguien que tenga miedo?"

Pero ninguno responde.
“Sepan que hay en los portales
infantería y cañones.
Ellos con armas de fuego,
aleros, resguardos, torres.
¡Nosotros, con los machetes
y con estos corazones!”

Cien vidas costó la lluvia
a los ardidos dragones,
que entre ráfagas de plomo
tres veces se descomponen,
y tres veces se rehacen
para descargarse sobre
los portales de la plaza
donde los otros se esconden.
Y como siempre hay desgracias
y nunca faltan traidores,
sólo del primer encuentro
escapa un par de cabrones,
gritando que están perdidos
a todos los que los oyen.
A varias leguas del pueblo
un general los acoge,
que por no manchar su raza
es mejor que no lo nombre.
Éste, en vez de socorrerlos
con tropas y municiones,
dándolos por derrotados
vuelve grupas con sus hombres,
mientras los otros atacan
como hijos de leones.

El coronel a caballo
rompe en medio de la plaza
entre infantes y cañones,
y grita: “¡Abajo las armas!”
como si apagara el fuego
con el brazo que levanta.
Y cuando levanta el brazo,
ya el sable se columpiaba
suspendido en la correa,

porque la mano le sangra.
“¡Abajo las armas!”, grita;
tocar parlamento manda,
que intenta recuperar
sus muertos con sus palabras.
El enemigo es artero:
lo recibe otra descarga,
que él parece detener
con la mano atravesada.
Uno de los adversarios
en el portal se destaca:
“¡Alto el fuego! ¡No se tira
sobre un hombre que nos habla!”
Que de lances como éstos
la guerra entonces se honraba.

En los adversarios mismos
una disputa se entabla:
si rendirse o no rendirse,
si dar el pecho o la espalda.
Mide el campo el coronel,
ve que son muchas sus bajas;
los que se arrastran heridos,
con los ojos los levanta.
Siente la ocasión propicia,
a sus oficiales llama,
y entre aquella media tregua
órdenes fingidas lanza:
que se acerquen los del río,
que vengan los de las casas;
y con este simulacro
a los otros amilana.
Aquel hijo de león,
Felipe Neri se llama,
caracolea el caballo,
pica espuelas, se adelanta.
Como ha entendido la treta,
recibe órdenes, se cuadra;
tiende la brida y se aleja
como última esperanza.

“¿Para qué matar valientes

si está perdida la causa?
Se les perdona la vida
con tal que rindan las armas."
(Según movía la mano,
la mano le goteaba.)
"Dejen sus cuatro cañones,
sus fusiles y sus balas.
Todos esos engañados,
que se vuelvan a su casa."
(Según movía la mano,
la mano le goteaba.)
De arriba de los portales,
sin oír lo que les mandan,
van arrojando los rifles
que se apilan en la plaza;
que así los pudo vencer
el perdón con la amenaza,
y a la vez que los machetes
la presencia y la palabra.
Todos los ojos lo vieron
y lo repite la fama:
cuando dispersó a su gente,
Ramírez Terrón lloraba.

A pocos meses del caso,
le hicieron una celada:
otros, que no los del Sexto,
lo atacaron a mansalva.
Se defendió como bueno,
se metió la última bala.
Cuando buscaron el cuerpo,
le encontraron una carta
dirigida al coronel
que lo derrotó en la plaza:
"Un tiempo fuimos amigos
y compañeros de armas.
Como enemigos leales,
nos compartimos la hazaña.
Dejo pobres a los míos:
te los doy, si los amparas".
El coronel recogió
la familia que quedaba.

Hoy ya nada los divide,
ya no los divide nada.
Así fue: los dos retratos
adornan la misma sala,
y hoy en el mismo trofeo
se besan las dos espadas.

Villa de Unión, febrero de 1940.—México,
Fábula, 1940, dibujos de R. Gaya, 50 ejs.

CERRO DE LA SILLA*

ATLAS soy de nueva hechura,
aunque de talla menor,
y a lomos del alma cargo
otro fardo de valor.
Por mares y continentes
y de una en otra región,
si no alzado entre los brazos,
sí con la imaginación,
llevo el Cerro de la Silla
en cifra y en abstracción:
medida de mis escalas,
escala en mi inspiración,
inspiración de mi ausencia,
ausencia en que duermo yo:
ora lo escondan las nubes,
ora lo desnude el sol;
ya amanezca de mal ánimo
o tal vez de buen humor,
o entre las cambiantes luces
finja ser camaleón,
barómetro de los climas
y de las horas reló.
Por tanto que lo recuerdo
persisto siendo el que soy;
por él no me desparramo,
aunque sangre el corazón.
(¡El corazón! Urna rota.
¡Qué juguete el corazón!
¡Pobre jarrito rajado!
Cerro mío: te lo doy.)

México, 1941

SAN ILDEFONSO*

I

Tal vez no fui dichoso, pues contemplo
con dudosa mirada
las cosas del recuerdo,
las calles familiares,
los patios coloniales,
la luz que ríe desde las ventanas,
el cárdeno destello de la tarde
sobre la cresta de los monumentos,
las caras de unos cuantos amigos intentados,
los libros bajo el brazo,
la pasión y el estudio que llenaban mis horas.

Tal vez no fui dichoso.
Yo era otro, siendo el mismo:
yo era el que quiere irse.
Vuelvo a lo que creía ya olvidado,
y la marchita flor dice a mi oído:
"Yo soy. Tú me dijiste que era tuya.
Yo soy, aunque me veas desmayada.
Crecí en el tiesto donde me sembraste.
Haz de mí lo que quieras".
Volver es sollozar. No estoy arrepentido
del ancho mundo. No soy yo quien vuelve,
sino mis pies esclavos.

Tal vez no soy feliz si me detengo.
A pesar de los hábitos sencillos,
y del quieto reclamo de los libros,
tal vez tengo que andar, andar.
Sólo hay un término en la muerte.
Y en tanto, adiós.

II

¿Pero fui yo quien tanto amó y sufría,

provocando la envidia que al amor no perdona
y esa obediencia que la pasión impone
a cuantos, desde lejos, la contemplan?

¿El niño delirante, poseído
de un fuerte dios?
¿El que afrontaba, solo, la crueldad y la mofa?
¿El que sólo encontraba algún alivio
en la diaria fatiga de su diario tormento?

¡Y las lecciones y la matemática
y la filosofía natural
no daban la respuesta al Fausto niño,
perdido entre el enjambre de la sangre!

Tengo piedad de mí. Yo me dormía
con las lágrimas secas
en el largo tranvía de regreso,
cruzaba una alameda
palpitante de bultos enlazados,
y soñaba sin ángel de la guarda,
sabiendo que es azote la caricia,
entrado al mundo por la puerta heroica,
combatiendo con armas no armadas todavía.

De entonces guardo para siempre
la hora solitaria,
desengañado antes del engaño.
—No quiero detenerme. Adiós.

III

Cunde una gloria amarilla
de luz en las azoteas,
y abajo hay sangre cuajada
en el vetusto granito
de las fachadas.

Quiebra el aire sus agujas;
nubes que anuncian catástrofe
zurcen y rasgan un cielo
donde hay un azul tan tímido
como un vago anhelo.

Besa un sol horizontal
las cúpulas de colores.
Son mástiles en tormenta
las veletas y las cruces
que se ladean.

Los muros hundidos cargan
unos en otros la espalda:
instante del terremoto,
tarde en que tanto he bogado,
el corazón roto.

¡Que me borren la memoria
o que me lleven a donde
todos los días comienza,
húmeda aún de esperanza,
una vida nueva!

IV

Y aquí vuelvo después de otras pasiones
y otros errores y curiosidades,
para echarme como animal cansado
en el revolcadero de la infancia.

¡Vergüenza de volver y haber vivido,
y este seguir amando todavía,
a pesar de la muerte viva en cada minuto!

—Un pájaro cantó: "La tierna rosa
es inmortal, es inmortal", gemía.
Fresca piedad de sombra iba cayendo,
grandeza de la noche mexicana
que arropa en vendas las febriles frentes.

Un pájaro cantó: "La madre noche
ha de llevarte a otra región", decía.
"Sueña como los árboles inmóviles.
Calla en la gritería de las aves.
Sostén los nidos que te fueron dados,
y mide el universo
desde la mano abierta de tus hondas
raíces."

BALADA DE LOS AMIGOS MUERTOS*
(En mis 57 años)

CON MI tostón y mis siete centavos
yo no me tengo por pobre ni rico.
No sufro así —ni pretendo ni abdico—
las ambiciones ni los menoscabos
de los señores ni de los esclavos.
No son los años, que yo no me arredro,
los que me traen dolor y desmedro:
son los amigos que el tiempo me roba.
Tras de las puertas arrima su escoba,
y ahuyenta a Antonio y a Enrique y a Pedro.

Me voy quedando sin más compañía
que las reliquias y que los retratos.
¡Claras memorias, dulcísimos ratos!
Ya el vino viejo se acaba, y no cría
la viña nueva el sabor que solía.
¡Gratas lecturas, gustoso palique!
Todos lo entienden sin que yo lo explique.
¿Dónde se fueron tan plácidas horas?
¡Llora, alma mía, que es justo si lloras!
¿Adónde están Pedro, Antonio y Enrique?

¿Dónde el encanto de aquella velada
en que, anotando pasajes del *Fedro,*
los comentarios copiosos de Pedro
sólo escampaban a la madrugada?
¡Rapto de Antonio, o bien carcajada,
según lo inspiren el dios o el demonio!
¡Y el buen humor de apacible Favonio
que por la charla de Enrique fluía!...
¿Adónde estáis, regocijos de un día?
¿Adónde están Pedro, Enrique y Antonio?

Musa que escuchas sellados los labios:
suelta el lamento y entona el responso.
De Antonio y Pedro y Enrique y Alfonso,

perdura el necio, perecen los sabios.

† Enrique Díez-Canedo.
† Antonio Caso.
† Pedro Henríquez Ureña.

México, 17 de mayo de 1946

ADIÓS*

A Enrique González Martínez

DIO UN paso más el áspero hachero inexorable,
y fue despojo y lástima la torre vegetal.
Será mejor callarlo; cuanto menos se hable
será mejor en este careo con el mal.

Antes que alzar las crudas voces del desconsuelo,
mejor es desoír, mejor es olvidar:
la lámpara discreta que alumbró su desvelo
nadie la desengañe ni la ose apagar.

Aunque sepamos bien que se adelgaza el muro
y ya por transparencia se ve la eternidad,
juntemos nuestros ánimos en un postrer conjuro
y désenos la tregua que implora la amistad.

Porque el poeta ronda tan cerca todavía
que oímos sus pisadas, y aún cabe soñar
si no vendrá de pronto, así como solía,
en torno a nuestra mesa buscando su lugar.

Su fácil cortesía nos vence, nos sujeta
y no nos da ocasión ni tiempo de llorar:
¡Nos sonríe la cara cobriza del poeta
como una inmensa luna que asoma por el mar!

México, † 19 de febrero de 1952

FICCIONES

SILUETA DEL INDIO JESÚS*

VINO EL día en que el indio Jesús, a quien yo encontré en no sé qué pueblo, se me presentara en México muy bien peinado, con camisa nueva y con un sombrero de lucientes galones, a la puerta de mi casa. Sólo el pantalón habido a última hora en sustitución del característico calzón blanco, para que lo dejaran circular por la ciudad los gendarmes, desdecía un poco de su indumento. Había resuelto venir a servir a la capital —me dijo— y dejar la vida de holganza. No contaba el tiempo para Jesús. Recomenzaba su existencia después de medio siglo con la misma agilidad y flexibilidad de un muchacho.

—¿Pero tú qué sabes hacer, Jesús?

Jesús no quiso contestarme. Presentía vagamente que lo podía hacer todo. Y yo, por instinto, lo declaré jardinero, y como tal le busqué acomodo en casa de mi hermano.

Aquel vagabundo mostró, para el cuidado de las plantas, un acierto casi increíble. Era capaz de hacer brotar flores bajo su mirada, como un fakir. Desterró las plagas que habían caído sobre los tiestos de mi cuñada. Todo lo escarbó, arrancó y volvió a plantar. Las enredaderas subieron con ímpetu hasta las últimas ventanas. En la fuente hizo flotar unas misteriosas flores acuáticas. De vez en vez salía al campo y volvía cargado de semillas. Cuando él trabajaba en el jardín, había que emboscarse para verlo; de otro modo, suspendía la obra, y decía: "que ansina no podía trabajar", y se ponía a rascarse la greña con un mohín verdaderamente infantil.

Y las bugambilias extendían por los muros sus mantos morados, las magnolias exhalaban su inesperado olor de limón; las delicadas begonias rosas y azules prosperaban entre la sombra, desplegando sus alas; los rosales balanceaban sus coronas; las mosquetas derramaban aroma de sus copitas blancas; las amapolas, los heliotropos, los pensamientos y nomeolvides reventaban por todas partes. Y la cabeza del viejo aparecía a veces, plácida, coronada de guías vegetales como en las fiestas del Viernes de Dolores que celebran los indios en las canoas y chalupas del Canal de la Viga.

¡Qué bien armonizan con la flor la sonrisa y el sollozo del indio! ¡Qué hechas, sus manos, para cultivar y acariciar flores! De una vez Jesús, como su remoto abuelo Juan Diego, dejaba caer de la tilma —cualquier día del año— un paraíso de corolas y hojas. Parecían creadas a su deseo: un deseo emancipado ya de la carne transitoria, y vuelto a la sustancia fundamental, que es la tierra.

Jesús sabía deletrear y, con sorprendente facilidad, acabó por aprender a leer. El esfuerzo lo encaneció poco a poco. Comenzó a contaminarse con el aire de la ciudad. La inquietud reinante se fue apoderando de su alma. Él, que conocía de

cerca los errores del régimen, no tuvo que esforzarse mucho para comprender las doctrinas revolucionarias, elementalmente interpretadas según su hambre y su frío. A veces llegaba tarde al jardín, con su elástico paso de danzante, sobre aquellas piernas de resorte hechas para el combate y el salto, aunque algo secas ya por la edad.

Es que Jesús se había afiliado en el partido de la revolución y asistía a no sé qué sesiones. Yo vi brillar en su cara un fuego extraño. Comenzó a usar de reticencias. No nos veía con buenos ojos. Éramos para él familia de privilegiados, contaminada de los pecados del poder. A él no se le embaucaba, no. Harto sabía él que no estábamos de acuerdo con los otros poderosos, con los malos; pero, como fuere, él sólo creía en los nuevos, en los que habían de venir. A mí, sin embargo, "me tenía ley", como él decía, y estoy seguro de que se hubiera dejado matar por mí. Esto no tenía que ver con la idea política.

Una tarde, Jesús depuso la azada, se quitó el sombrero, me pidió permiso para sentarse en el suelo, diciendo que estaba muy cansado, y luego dejó escapar unas lágrimas furtivas. Comprendí que quería hablarme. Siempre, en él, las lágrimas anunciaban las palabras. Había una deliciosa dulzura en sus discursos, una quejumbre incierta, una ansia casi amorosa de llanto. Era como si pidiera a la vida más blanduras. Hubiera sido capaz de reñir y matar sin odio: por obediencia, o por azar. Porque el indio mexicano se roza mucho con la muerte. Caricia, ternura había en sus ojos cierto día que tuvo un encuentro con un carretero. Éste acarreaba piedras para embaldosar el corral del fondo. Yo los sorprendí en el momento en que Jesús asió el sombrero como una rodela, dio hacia atrás un salto de gallo, y al mismo tiempo sacó de la cintura el cuchillo —el inseparable "belduque"— con una elegancia de saltarín de teatro. Yo lo oí decir, con una voz fruiciosa y cálida:

—¡Hora sí, vamos a morirnos los dos!

Costó algún trabajo reconciliarlos. Pero hubo que alejar de allí al carretero. Todos adivinamos que aquellos dos hombres, cada vez que se encontraran de nuevo, caerían en la tentación de hacerse el mutuo servicio de matarse.

Aquella melosidad lacrimosa que hacía de Jesús uno como bufón errabundo, frecuentemente lo traicionaba. Iba más lejos que él en sus intentos; disgustaba a la gente con sus apariencias de cortesía servil; daba a sus frases más palabras de las que hacían falta, cargándolas de expresiones ociosas, como de colorines y adornos. Indio retórico, casta de los que encontró en la Nueva España el médico andaluz Juan Cárdenas, mediado el siglo XVI. Indio almibarado y, a la vez, temible.

Pero no era esto lo que yo quería contar, sino que Jesús se puso de pronto un tanto solemne y me pidió un obsequio:

—Quiero —me dijo— que, si no le hace malobra, me regale el niño una Carta Magna.

—¿Una Carta Magna, Jesús? ¿Un ejemplar de la Constitución? ¿Y tú para qué

lo quieres?

—Pa conocer los Derechos del Hombre. Yo creo en la libertad, no agraviando lo presente, niño.

Entretanto, comenzaba a descuidar el jardín y algunos rosales se habían secado.

Jesús volvió al campo un día, donde no permaneció más de un mes. ¿Qué pasó por Jesús? ¿Qué sombra fue ésa que el campo nos devolvió al poco tiempo, qué débil trasunto de Jesús? Todo el vigor de Jesús parecía haberse sumido como agua en suelo árido. Ya casi no hablaba, no se movía. El viejo no hacía caso ya de las flores ni de la política. Dijo que quería irse al cerro. Le pregunté si ya no quería luchar por la libertad. No; me dijo que sólo había venido a regalarme unos pollos; que ahora iba a vender pollos. Inútilmente quise irritar su curiosidad con algunas noticias alarmantes: la revolución había comenzado; ya se iban a cumplir, fielmente, los preceptos de la Carta Magna. No me hizo caso.

—Hora voy a vender pollos.

—Pero ¿no te cansas de ir y venir por esos caminos, trotando con el huacal a la espalda?

—¡Ah, qué niño! ¡Si estoy retejuerte!

Y cuando salió a la calle lo vi sentarse en la acera, junto a su huacal, y me pareció que movía los labios. ¿Estará rezando? pensé. No: Jesús hablaba, y no a solas: hablaba con una india, también vendedora de pollos, que estaba sentada frente a él, en la acera opuesta. Los indios tienen un oído finísimo. Charlan en voz baja y dialogan así, en su lengua, largamente, por sobre el bullicio de la ciudad. La india, flaca y mezquina, tenía la misma cara atónita de Jesús.

Estos indios venían a la ciudad —estoy convencido— más que a vender pollos, a sentirse sumergidos en el misterio de una civilización que no alcanzan; a anonadarse, a aturdirse, a buscar un éxtasis de exotismo y pasmo.

Nunca entenderé cómo fue que Jesús, a punto ya de convertirse en animal consciente y político, se derrumbó otra vez por la escala antropológica, y prefirió sentarse en la calle de la vida, a verla pasar sin entenderla.

1910

LA CENA*

La cena, que recrea y enamora.
SAN JUAN DE LA CRUZ

TUVE que correr a través de calles desconocidas. El término de mi marcha parecía correr delante de mis pasos, y la hora de la cita palpitaba ya en los relojes públicos. Las calles estaban solas. Serpientes de focos eléctricos bailaban delante de mis ojos. A cada instante surgían glorietas circulares, sembrados arriates, cuya verdura, a la luz artificial de la noche, cobraba una elegancia irreal. Creo haber visto multitud de torres —no sé si en las casas, si en las glorietas— que ostentaban a los cuatro vientos, por una iluminación interior, cuatro redondas esferas de reloj.

Yo corría, azuzado por un sentimiento supersticioso de la hora. Si las nueve campanadas, me dije, me sorprenden sin tener la mano sobre la aldaba de la puerta, algo funesto acontecerá. Y corría frenéticamente, mientras recordaba haber corrido a igual hora por aquel sitio y con un anhelo semejante. ¿Cuándo?

Al fin los deleites de aquella falsa recordación me absorbieron de manera que volví a mi paso normal sin darme cuenta. De cuando en cuando, desde las intermitencias de mi meditación, veía que me hallaba en otro sitio, y que se desarrollaban ante mí nuevas perspectivas de focos, de placetas sembradas, de relojes iluminados... No sé cuánto tiempo transcurrió, en tanto que yo dormía en el mareo de mi respiración agitada.

De pronto, nueve campanadas sonoras resbalaron con metálico frío sobre mi epidermis. Mis ojos, en la última esperanza, cayeron sobre la puerta más cercana: aquél era el término.

Entonces, para disponer mi ánimo, retrocedí hacia los motivos de mi presencia en aquel lugar. Por la mañana, el correo me había llevado una esquela breve y sugestiva. En el ángulo del papel se leían, manuscritas, las señas de una casa. La fecha era del día anterior. La carta decía solamente:

"Doña Magdalena y su hija Amalia esperan a usted a cenar mañana, a las nueve de la noche. ¡Ah, si no faltara!..."

Ni una letra más.

Yo siempre consiento en las experiencias de lo imprevisto. El caso, además, ofrecía singular atractivo: el tono, familiar y respetuoso a la vez, con que el anónimo designaba a aquellas señoras desconocidas; la ponderación: "¡Ah, si no faltara!...", tan vaga y tan sentimental, que parecía suspendida sobre un abismo de confesiones, todo contribuyó a decidirme. Y acudí, con el ansia de una emoción informulable. Cuando, a veces, en mis pesadillas, evoco aquella noche fantástica (cuya fantasía está hecha de cosas cotidianas y cuyo equívoco misterio

crece sobre la humilde raíz de lo posible), paréceme jadear a través de avenidas de relojes y torreones, solemnes como esfinges en la calzada de algún templo egipcio.

La puerta se abrió. Yo estaba vuelto a la calle y vi, de súbito, caer sobre el suelo un cuadro de luz que arrojaba, junto a mi sombra, la sombra de una mujer desconocida.

Volvime: con la luz por la espalda y sobre mis ojos deslumbrados, aquella mujer no era para mí más que una silueta, donde mi imaginación pudo pintar varios ensayos de fisonomía, sin que ninguno correspondiera al contorno, en tanto que balbuceaba yo algunos saludos y explicaciones.

—Pase usted, Alfonso.

Y pasé, asombrado de oírme llamar como en mi casa. Fue una decepción el vestíbulo. Sobre las palabras románticas de la esquela (a mí, al menos, me parecían románticas), había yo fundado la esperanza de encontrarme con una antigua casa, llena de tapices, de viejos retratos y de grandes sillones; una antigua casa sin estilo, pero llena de respetabilidad. A cambio de esto, me encontré con un vestíbulo diminuto y con una escalerilla frágil, sin elegancia; lo cual más bien prometía dimensiones modernas y estrechas en el resto de la casa. El piso era de madera encerada; los raros muebles tenían aquel lujo frío de las cosas de Nueva York, y en el muro, tapizado de verde claro, gesticulaban, como imperdonable signo de trivialidad, dos o tres máscaras japonesas. Hasta llegué a dudar... Pero alcé la vista y quedé tranquilo: ante mí, vestida de negro, esbelta, digna, la mujer que acudió a introducirme me señalaba la puerta del salón. Su silueta se había colorado ya de facciones; su cara me habría resultado insignificante, a no ser por una expresión marcada de piedad; sus cabellos castaños, algo flojos en el peinado, acabaron de precipitar una extraña convicción en mi mente: todo aquel ser me pareció plegarse y formarse a las sugestiones de un nombre.

—¿Amalia? —pregunté.

—Sí—. Y me pareció que yo mismo me contestaba.

El salón, como lo había imaginado, era pequeño. Mas el decorado, respondiendo a mis anhelos, chocaba notoriamente con el del vestíbulo. Allí estaban los tapices y las grandes sillas respetables, la piel de oso al suelo, el espejo, la chimenea, los jarrones; el piano de candeleros lleno de fotografías y estatuillas —el piano en que nadie toca—, y, junto al estrado principal, el caballete con un retrato amplificado y manifiestamente alterado: el de un señor de barba partida y boca grosera.

Doña Magdalena, que ya me esperaba instalada en un sillón rojo, vestía también de negro y llevaba al pecho una de aquellas joyas gruesísimas de nuestros padres: una bola de vidrio con un retrato interior, ceñida por un anillo de oro. El misterio del parecido familiar se apoderó de mí. Mis ojos iban, inconscientemente, de doña Magdalena a Amalia, y del retrato a Amalia. Doña

Magdalena, que lo notó, ayudó mis investigaciones con alguna exégesis oportuna.

Lo más adecuado hubiera sido sentirme incómodo, manifestarme sorprendido, provocar una explicación. Pero doña Magdalena y su hija Amalia me hipnotizaron, desde los primeros instantes, con sus miradas paralelas. Doña Magdalena era una mujer de sesenta años; así es que consintió en dejar a su hija los cuidados de la iniciación. Amalia charlaba; doña Magdalena me miraba; yo estaba entregado a mi ventura.

A la madre tocó —es de rigor— recordarnos que era ya tiempo de cenar. En el comedor la charla se hizo más general y corriente. Yo acabé por convencerme de que aquellas señoras no habían querido más que convidarme a cenar, y a la segunda copa de Chablis me sentí sumido en un perfecto egoísmo del cuerpo lleno de generosidades espirituales. Charlé, reí y desarrollé todo mi ingenio, tratando interiormente de disimularme la irregularidad de mi situación. Hasta aquel instante las señoras habían procurado parecerme simpáticas; desde entonces sentí que había comenzado yo mismo a serles agradable.

El aire piadoso de la cara de Amalia se propagaba, por momentos, a la cara de la madre. La satisfacción, enteramente fisiológica, del rostro de doña Magdalena descendía, a veces, al de su hija. Parecía que estos dos motivos flotasen en el ambiente, volando de una cara a la otra.

Nunca sospeché los agrados de aquella conversación. Aunque ella sugería, vagamente, no sé qué evocaciones de Sudermann, con frecuentes rondas al difícil campo de las responsabilidades domésticas y —como era natural en mujeres de espíritu fuerte— súbitos relámpagos ibsenianos, yo me sentía tan a mi gusto como en casa de alguna tía viuda y junto a alguna prima, amiga de la infancia, que ha comenzado a ser solterona.

Al principio, la conversación giró toda sobre cuestiones comerciales, económicas, en que las dos mujeres parecían complacerse. No hay asunto mejor que éste cuando se nos invita a la mesa en alguna casa donde no somos de confianza.

Después, las cosas siguieron de otro modo. Todas las frases comenzaron a volar como en redor de alguna lejana petición. Todas tendían a un término que yo mismo no sospechaba. En el rostro de Amalia apareció, al fin, una sonrisa aguda, inquietante. Comenzó visiblemente a combatir contra alguna interna tentación. Su boca palpitaba, a veces, con el ansia de las palabras, y acababa siempre por suspirar. Sus ojos se dilataban de pronto, fijándose con tal expresión de espanto o abandono en la pared que quedaba a mis espaldas, que más de una vez, asombrado, volví el rostro yo mismo. Pero Amalia no parecía consciente del daño que me ocasionaba. Continuaba con sus sonrisas, sus asombros y sus suspiros, en tanto que yo me estremecía cada vez que sus ojos miraban por sobre mi cabeza.

Al fin, se entabló, entre Amalia y doña Magdalena, un verdadero coloquio de

suspiros. Yo estaba ya desazonado. Hacia el centro de la mesa, y, por cierto, tan baja que era una constante incomodidad, colgaba la lámpara de dos luces. Y sobre los muros se proyectaban las sombras desteñidas de las dos mujeres, en tal forma que no era posible fijar la correspondencia de las sombras con las personas. Me invadió una intensa depresión, y un principio de aburrimiento se fue apoderando de mí. De lo que vino a sacarme esta invitación insospechada:

—Vamos al jardín.

Esta nueva perspectiva me hizo recobrar mis espíritus. Condujéronme a través de un cuarto cuyo aseo y sobriedad hacía pensar en los hospitales. En la oscuridad de la noche pude adivinar un jardincillo breve y artificial, como el de un camposanto.

Nos sentamos bajo el emparrado. Las señoras comenzaron a decirme los nombres de las flores que yo no veía, dándose el cruel deleite de interrogarme después sobre sus recientes enseñanzas. Mi imaginación, destemplada por una experiencia tan larga de excentricidades, no hallaba reposo. Apenas me dejaba escuchar y casi no me permitía contestar. Las señoras sonreían ya (yo lo adivinaba) con pleno conocimiento de mi estado. Comencé a confundir sus palabras con mi fantasía. Sus explicaciones botánicas, hoy que las recuerdo, me parecen monstruosas como un delirio: creo haberles oído hablar de flores que muerden y de flores que besan; de tallos que se arrancan a su raíz y os trepan, como serpientes, hasta el cuello.

La oscuridad, el cansancio, la cena, el Chablis, la conversación misteriosa sobre flores que yo no veía (y aun creo que no las había en aquel raquítico jardín), todo me fue convidando al sueño; y me quedé dormido sobre el banco, bajo el emparrado.

—¡Pobre capitán! —oí decir cuando abrí los ojos—. Lleno de ilusiones marchó a Europa. Para él se apagó la luz.

En mi alrededor reinaba la misma oscuridad. Un vientecillo tibio hacía vibrar el emparrado. Doña Magdalena y Amalia conversaban junto a mí, resignadas a tolerar mi mutismo. Me pareció que habían trocado los asientos durante mi breve sueño; eso me pareció...

—Era capitán de Artillería —me dijo Amalia—; joven y apuesto si los hay.

Su voz temblaba.

Y en aquel punto sucedió algo que en otras circunstancias me habría parecido natural, pero que entonces me sobresaltó y trajo a mis labios mi corazón. Las señoras, hasta entonces, sólo me habían sido perceptibles por el rumor de su charla y de su presencia. En aquel instante alguien abrió una ventana en la casa, y la luz vino a caer, inesperada, sobre los rostros de las mujeres. Y —¡oh cielos!— los vi iluminarse de pronto, autonómicos, suspensos en el aire —perdidas las ropas negras en la oscuridad del jardín— y con la expresión de piedad grabada hasta la dureza en los rasgos. Eran como las caras iluminadas en los cuadros de

Echave el Viejo, astros enormes y fantásticos.

Salté sobre mis pies sin poder dominarme ya.

—Espere usted —gritó entonces doña Magdalena—; aún falta lo más terrible.

Y luego, dirigiéndose a Amalia:

—Hija mía, continúa; este caballero no puede dejarnos ahora y marcharse sin oírlo todo.

—Y bien —dijo Amalia—: el capitán se fue a Europa. Pasó de noche por París, por la mucha urgencia de llegar a Berlín. Pero todo su anhelo era conocer París. En Alemania tenía que hacer no sé qué estudios en cierta fábrica de cañones... Al día siguiente de llegado, perdió la vista en la explosión de una caldera.

Yo estaba loco. Quise preguntar; ¿qué preguntaría? Quise hablar; ¿qué diría? ¿Qué había sucedido junto a mí? ¿Para qué me habían convidado?

La ventana volvió a cerrarse, y los rostros de las mujeres volvieron a desaparecer. La voz de la hija resonó:

—¡Ay! Entonces, y sólo entonces, fue llevado a París. ¡A París, que había sido todo su anhelo! Figúrese usted que pasó bajo el Arco de la Estrella: pasó ciego bajo el Arco de la Estrella, adivinándolo todo a su alrededor... Pero usted le hablará de París, ¿verdad? Le hablará del París que él no pudo ver. ¡Le hará tanto bien!

("¡Ah, si no faltara!"... "¡Le hará tanto bien!")

Y entonces me arrastraron a la sala, llevándome por los brazos como a un inválido. A mis pies se habían enredado las guías vegetales del jardín; había hojas sobre mi cabeza.

—Helo aquí —me dijeron mostrándome un retrato. Era un militar. Llevaba un casco guerrero, una capa blanca, y los galones plateados en las mangas y en las presillas como tres toques de clarín. Sus hermosos ojos, bajo las alas perfectas de las cejas, tenían un imperio singular. Miré a las señoras: las dos sonreían como en el desahogo de la misión cumplida. Contemplé de nuevo el retrato; me vi yo mismo en el espejo; verifiqué la semejanza: yo era como una caricatura de aquel retrato. El retrato tenía una dedicatoria y una firma. La letra era la misma de la esquela anónima recibida por la mañana.

El retrato había caído de mis manos, y las dos señoras me miraban con una cómica piedad. Algo sonó en mis oídos como una araña de cristal que se estrellara contra el suelo.

Y corrí, a través de calles desconocidas. Bailaban los focos delante de mis ojos. Los relojes de los torreones me espiaban, congestionados de luz... ¡Oh, cielos! Cuando alcancé, jadeante, la tabla familiar de mi puerta, nueve sonoras campanadas estremecían la noche.

Sobre mi cabeza había hojas; en mi ojal, una florecilla modesta que yo no corté.

1912

EL SUICIDA*

AL COMENZAR el otoño, en un hotelito de los suburbios, donde hace tiempo vivía distrayendo su neurastenia entre las labores del novelista y el cultivo de su jardín, el pobre señor se suicidó. Su familia, que lo rodeaba con solicitud minuciosa, en vano había buscado, durante los últimos días, un leve sonrojo de contento en aquella cara ya melancólica para siempre.

¿Qué había hecho aquella mañana? Pasar y repasar frente al grupo de sus hijos que jugaban en el jardín; mirarlos más dulcemente que otras veces. Nada más. Era llegado el extremo en que sobran todas las explicaciones, y el golpe seco del revólver, momentos después, vino a aclararlo o a confundirlo todo.

Los ojos, fijos y atónitos durante una larga agonía —esos ojos de que los periódicos nos hablan— hacen concebir todo un mundo de interrogaciones y de enigmas; de protestas, de disculpas y de amenazas. Lo que no quiso decir la boca, lo difundían magnéticamente los ojos. Y en aquella figura de cuervo que se recortaba con una funesta elegancia, los ojos resaltaban cual una crudeza cínica y heroica.

La *Revue Hispanique* publicó hace años su retrato. Este extremeño, este paisano de Cortés, era un hombre frágil y fino. La levita, el gabán, el pantalón rayado y el sombrero de copa, la barba preciosamente cortada, acababan por darle un impecable aspecto de muñeco de sastrería. Compáresele con el hermoso y anticuado sujeto que dibujó Penagos para el semanario *España* y al que Eugenio d'Ors llama "El Preocupado". El Preocupado lleva también una alta chistera y se emboza en una vieja capa. Su modelo parece haber sido cierto retrato de don Ponciano Ponzano que posee Azorín. En todo caso, recuerda los rasgos de Espronceda.

—Aféitate esa anticuada perilla, Preocupado; rápate esas melenas románticas —le dice, más o menos, Eugenio d'Ors—; deja esos embozos demodados y esa chistera. Ya no más paseos a los alrededores de la ciudad barroca que, por lo demás, vive en ti mismo. Despreocúpate y siéntate a trabajar un poco. Después de todo, tú eres una grande esperanza española: tú representas la inteligencia paciente, ¡ay!, pero a dos dedos de la desesperación. "Que sabido es que el día siguiente al triunfo de la Inteligencia se llama Melancolía."

Si el lector tiene ambas siluetas a la vista, podrá imaginar conmigo que el Preocupado cambia sus modas anticuadas y sus procedimientos cosméticos por otros más modernos. De manos de Utrilla o Borrel pasa a las de los sastres Bernáldez o Cimarra, y de manos del barbero don Ciriaco Lagartos o del mozo Pedro Correa pasa a las del gran contemporáneo Jaime Pagés. Y ya no es la Inteligencia paciente; ya es sólo la Melancolía: la melancolía que fluye

abundantemente por los ojos como por dos grifos abiertos. Y ya no es la figura armónica y justa, sino una figura esmirriada y espiritada; un grotesco Licenciado Vidriera, con todas las quebradizas veleidades del vidrio.

Este militar de las guerras coloniales había probado los martirios del santo. Quemado y acuchillado por los indígenas filipinos, fue dejado por muerto con la mitad de la cara deshecha, la mano izquierda mutilada, y todo el cuerpo sangrando por mil partes. Más espiritado, más exangüe que nunca, saldría del tormento, renaciendo a una nueva vida entre las cenizas de su carne. Este médico rural había pasado por todas las inquietudes del problema sociológico, que casaba originalmente con un sentimiento epicúreo y egoísta. Y, como a todos los que predican, aunque sea el egoísmo, no le faltaba generosidad. Su visión materialista y medicinal de la vida, en vez de ascender desde el amor de la carne hasta la belleza abstracta y superior —como en la mujer de Mantinea que inspira los diálogos platónicos— baja desde la ley divina hasta la plástica arcilla humana. Sus manos de cirujano operan largamente en ella, como las del guitarrista en los nervios de la guitarra, trayendo a la categoría de calambre, espasmo y punzada, todos los deleites sin mancha que pudieron aprenderse en el cielo. Siempre hábil razonador, siempre desequilibrado en el fondo, cual el de Cervantes, nuestro Licenciado Vidriera parece un sacerdote que hubiera abusado de los secretos del confesionario. Y fue, ciertamente, un médico que abusó de las confidencias sorprendidas a la cabecera del paciente, quien suele, con la mejoría o con la crisis, ponerse comunicativo.

Escritor tardío, difícilmente descubriremos en él aquel ondular de la palabra, aquel placer de las expresiones, aquel instinto de la perfección verbal que no falta en los escritores nativos. Escritor tardío, su tardanza ¿no pudiera ser una promesa de pensamiento sólido? ¿Un síntoma en que conociéramos que va a decir algo positivo a los hombres, que ha venido con algún mensaje? Los escritores precoces suelen pasar por la vida desplegando sus tornasoles técnicos, sin que ellos ni nadie sepan, al fin, lo que tenían que contarnos. A veces, en cambio, esos escritores tardíos son como el viajero de la Grecia clásica, para quien la pluma sustituye al bordón de los peregrinos, y —utensilio propio de la vejez— sólo la usa para recordar, cuando ya no puede viajar más. Entonces, los tardíos tienen siempre algo que decirnos; alguna historia, propia o ajena, que narrarnos; algunos ejemplos que proponernos, ora de las ciudades que visitó Herodoto y que tienen en la geografía su nombre más o menos exacto, ora de las que descubría Thomas More, de que apenas ha quedado rastro en nuestras mentes como de una tierra previvida.

Si él había negado la crítica, la crítica también lo negó, relegándolo a la categoría de autor insano, al margen o fuera de la literatura. Y seguramente que en la literatura no estuvo, porque le faltaba lo esencial, que es la pericia de las letras; no sabía —deduzco de lo que le han dicho sus críticos—, no sabía poner unas letras junto a otras; ignoraba la ortografía, al grado de confundir (¿qué

extraño espejismo español es éste; por qué esta confusión parece simbólica de todo un régimen, o desbarajuste social?), al grado de confundir una *vacante* con una *bacante*. No sabía escoger las palabras; ignoraba el vocabulario, al grado de hablar de las "cuestiones tranchadas". Nunca pudo usar en su recto sentido fórmulas como "sino que", "a menos que". No sabía poner unas palabras junto a otras; ignoraba la gramática hasta desconocer la existencia de los pronombres reflexivos. Y se equivocaba, todavía con más frecuencia que la generalidad de sus compatriotas, sobre el empleo de las formas verbales en "ara", "are", "ase". No tenía el sentimiento de la frase, ni tampoco supo ligar unas frases con otras, ni unas páginas con otras. Pero sí unos libros con otros. Y no sólo por repetir en todos ellos algunos pasajes y situaciones, sino por otra razón más esencial.

Y aquí tocamos a la paradoja del escritor. ¿Por qué ha de *salvarse* nuestro novelista —como dicen los manuales de literatura española—, por qué ha de salvarse sino por la unidad de su obra, por la insistencia? Es ciertamente un escritor metódico y hasta sistemático. Como lo habíamos supuesto, algo tenía que decirnos; y, recta o falsa su doctrina, alguna doctrina nos propuso. Una doctrina de apariencia congruente, aunque insuficiente e inferior, que él mismo se encargó de definir en libros de índole no novelesca, pero que ha inspirado también todas sus novelas. Porque no es el único escritor erótico, pero sí uno de esos para quienes el arte —o lo que fuere— es el arma de una pretendida reforma social. Su verdadero mal es la mala literatura; que, respecto al fondo de su obra, yo os aseguro que no es más insano que D'Annunzio. Otros se revuelcan también entre almohadas de pasión y lujuria; pero lo que en muchos resulta ímpetu lírico y hasta ornamental, en éste es un sistema metódico y un apostolado más bien práctico que poético. Y aunque hemos bajado hasta la región de los indiscernibles, se puede pensar que esta unidad, esta insistencia mejor dicho, pone su obra algo por encima de sus medios artísticos. Falta averiguar si la intención —lo que, teóricamente, parece salvarse— era sana en sí. Falta, por último, averiguar si la intención se inspiraba en buenas intenciones; si sus libros eran libros de buena fe. Lo mejor que de él ha podido decir la crítica puede compendiarse en estos versos de Díaz Mirón:

> Oigo decir de mi destino a un chusco:
> "Talento seductor, pero perdido
> en la sombra del mal y del olvido.
> Perla rica en las babas de un molusco
> encerrado en su concha, y escondido
> en el fondo de un mar lóbrego y brusco".

Es vieja en las literaturas, y en España es de cepa clásica, esa hipocresía estética que consiste en disimular el placer de las cosas insanas bajo la capa de la reforma social. Zola quería mejorar el mundo, y para ese fin, describía muy amorosamente, con paciencia de miniaturista, las llagas de la sociedad. Tal o cual pasaje de repugnante objetivismo, y que acusa, no ya la pérdida del paladar, sino

aun del sentido de la náusea, ¿hace falta realmente para el fin de mejorar el mundo? Porque para la trama artística de la novela no hace gran falta, y a tanto hubiera equivalido sustituirlo con dos o tres líneas sintéticas y fuertes. Una cosa es decirnos que una mujer ha abortado entre las angustias de la suciedad, la soledad, el delito y la pobreza, y otra convertirnos en médico a palos o en comadrón por fuerza, obligándonos a asistir a las mil y una peripecias horrorosas del trance. Los autores de la Picaresca española otro tanto hacían, y en todos sus libros parecen alegar lo que Hernando de Soto alega del de Mateo Alemán:

> Enseña, por su contrario,
> la forma de bien vivir.

Pero eso no quita que el autor picaresco se complazca a más no poder en los crudos acertijos de su invención, y nos conduzca, con fría y calculada crueldad, de uno a otro extremo, en ese laberinto de hambre e ignominia por donde discurren los Caballeros del Milagro. Más de un pasaje del mismo Mateo Alemán —tal el cuento de la tortilla de huevos— parece convencernos de que, en efecto, cualquiera que sea el pretexto bajo el cual se disimule el autor, ha perdido algo como el don del olfato: del olfato físico y moral.

Y éste es el problema de nuestro novelista, aunque, desde luego, trasladado del terreno de lo picaresco al del erotismo: larga complacencia en los análisis de la seducción y la caída, desconsiderado placer en los altibajos psicológicos de sus inconscientes meretrices y de sus rufianes contentos. Porque se puede, sin ser morboso, amar el desnudo y sus encantos y consecuencias. Cuando otro escritor, valenciano por de contado, compara a la mujer desnuda con la fruta mondada, apela a un instinto santo, a un apetito tan generoso y saludable que no se lo podría tachar. Pero cuando aquél compara una mujer desnuda a una rana despellejada, el dolor sensual paraliza nuestro corazón; los castos deleites del contacto se nos tuercen en desollamientos espantosos, y tanto sadismo y salacidad nos amargan como un trago de mar. He aquí al mártir de Asia que ha resuelto sus dolores, sus mutilaciones, en nuevos placeres recónditos; ése es el quemado y resucitado, ése es el acuchillado, para quien toda idea de contacto ha de despertar, en adelante, el recuerdo de una cicatriz o de una úlcera. Más espiritado, más exangüe que nunca, ha renacido a una nueva vida, entre las cenizas de su carne.

Pero la investigación de este problema, la buena o mala intención del novelista, no hubiera justificado las presentes disquisiciones. Como que acaso se explica fácilmente por una enfermedad de la sensación puesta al servicio de una racionalidad inquieta. Médico en el fondo, el Licenciado Vidriera sabe que su carne es de vidrio, que se quiebra y corta y punza; pero no puede menos de complacerse en su propio caso patológico, que hasta le sirve para sus descubrimientos y experiencias de gabinete. “Yo me vengaré de mis dolores —grita Flaubert— describiéndolos en mis libros.” ¿Qué más quisiera el

experimentador? ¡Tener el paciente en casa, al alcance de la mano, en la mano misma, en la propia mano mutilada y achicharrada! Porque esa mano siniestra es un símbolo: mano que ya no podrá tocar sin dolor los placeres, sin una sensación descarnada, como la de un desollado, como la de su diabólica y temblorosa rana. Paciente y médico a la vez, como paciente es morboso; como médico es apostólico, y prevé una campaña de higiene ética. Como Vidriera es frágil, y como Licenciado, arguye leyes del mundo, inferidas de su propia fragilidad.

El problema de las buenas o malas intenciones no nos parecía, pues, insoluble; ni siquiera muy interesante. Lo que nos importa es el suicidio.

Sí, el suicidio. Aquellos ojos abiertos, plenos de significaciones terribles, no nos permiten engañarnos. Este suicidio tiene un sentido que es necesario averiguar. Varias hipótesis pueden proponerse sobre el caso.

La primera, la menos inteligente en el concepto literal de la palabra, supone que éste sea un mero suicidio patológico; un suicidio de neurasténico, al que no vale buscarle más sentido que a la mueca de un loco. Poco sabe de neurasténicos quien opine así, lo cual es imperdonable por los tiempos que corren. Nada tiene más sentido que los actos del neurasténico: es su lucidez, su exceso de intenciones y sensibilidades, lo que lo ha enfermado. En su moderna interpretación del *Licenciado Vidriera*, Azorín nos lo presenta como un hombre que emigra porque le molesta la grosería de su patria: el modo brusco de saludar, el tropezar con los muebles al pasar de un lado a otro de la sala, el cerrar las puertas con estrépito. Tan lejos estamos aquí del antiguo Licenciado Vidriera, como cerca estamos del problema moderno. Aquel loco, en Cervantes, conserva los sanos estímulos de la cordura: es un loco de la razón, pero un cuerdo de la sensibilidad. Las causas de su conducta son tan normales como ésta: ¿por qué se vuelve a su tierra? "Como le fatigasen los deseos de volver a sus estudios y a Salamanca (que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado), pidió a sus amos licencia para volverse." ¿Por qué, en vez de volverse a Salamanca, toma para Italia? Porque, de camino, lo ha seducido la vida libre de un soldado, el gallardo capitán don Diego de Valdivia. Viajó por Italia como turista. De allí pasó a Flandes, siempre sirviendo con las armas. "Y habiendo cumplido con el deseo que le movió a ver lo que había visto (el de instruirse y andar mucho), determinó volverse a España y a Salamanca a acabar sus estudios." Y, atravesando Francia, volvió a España, "sin haber visto París por estar puesta en armas". En Salamanca era tan cuerdo que hasta se pasaba de cuerdo, desdeñando los amores de cierta dama de todo rumbo y manejo, la cual acabó por darle un filtro amoroso que lo enfermara. Y, declara rotundamente Cervantes, "aunque le hicieron los remedios posibles, sólo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no la del entendimiento". Loco de la razón, cuerdo de la sensibilidad. Si huye entonces de los contactos bruscos, es por el miedo racional de quebrarse, puesto que cree ser de vidrio. ¿Hay cosa más cuerda, aceptada la previa equivocación? Conservaba tan en regla sus facultades,

que no faltó quien le dijera, como a los locos raciocinantes sucede: "más tenéis de bellaco que de loco". Sus dichos y agudezas eran famosos. Y una vez curado, ¿a qué va a la corte? "Aquí he venido a este gran mar de la corte para abogar y ganar la vida." ¿Hay nada más cuerdo? Con el apaciguamiento de la locura, se ha apaciguado también la irritabilidad racional, al grado que se le acaban los dichos agudos; y la novela tiene que terminar. El mar de la razón se aquieta. Pero todavía falta un toque definitivo: nadie toma en serio al antiguo loco; la humanidad no renuncia voluntariamente a sus juguetes. "Perdía mucho y no ganaba cosa y, viéndose morir de hambre, determinó de dejar la corte y volverse a Flandes... donde la vida, que había comenzado a eternizar por las letras, la acabó de eternizar por las armas." De modo que en el mismo día y hora en que el personaje de Cervantes emigra a Flandes para ganarse el pan, valiéndose de su brazo, pues ya de su ingenio no se podía valer, el de Azorín emigra a Flandes para no oír los castellanos portazos, la fea y estrepitosa manera de sonarse, el descuido de consentirse un regüeldo y otras calamidades que constan en el *Galateo español* de Lucas Gracián Dantisco; que, aunque escandalosas, puede ser que no justifiquen un viaje a Flandes. Si el primero es loco de la razón y cuerdo de la sensibilidad, el segundo acaba por el extremo contrario. Y esto no sea dicho contra Azorín, que él sabe bien lo que hizo y logró lo que se proponía, sino para definir al hombre de sensibilidad irritada, que es el aprendiz de neurasténico. Si a uno lo sanan del cuerpo, pero no del entendimiento, al otro, al moderno, "no le podrán quitar el dolorido sentir". Posible es que sean pueriles los motivos del neurasténico, pero su enfermedad se llama "embarazo de los motivos". Y mientras más recónditos y pueriles, mayor necesidad de buscarlos y de entenderlos.

La segunda hipótesis atribuye el suicidio a causas prácticas, diversas del orden intelectual: un fracaso en los negocios, una crisis pasional de amor. Y no niego que en muchos casos el suicidio intelectual se disimule bajo pretextos prácticos. Lo eficiente es un mal interno; lo ocasional, un choque cualquiera de la vida. Si yo, fundándome en datos biográficos, asegurase ahora que Larra se suicidó por amor, toda la España nueva se alzaría contra mí para reivindicar a su mártir, al mártir de la protesta nacional. Algo menos simple es el caso del poeta mexicano Manuel Acuña; pero, como quiera, sería absurdo culpar de su muerte al viejo cantor Guillermo Prieto, con quien estuvo charlando sobre el valor de la existencia poco antes de suicidarse, y que, según cuenta, en vez de alentarlo, procuró desesperarlo todavía más. ¿Y el caso de José Asunción Silva? ¿Vamos a creer que se mató porque su médico acababa de asegurarle que no había remedio eficaz contra la caspa? Parece que, en la mayoría de los casos, el suicida no podría menos de suicidarse. Si sobreviene un choque práctico, se suicidará con motivo del contratiempo. (Iba yo a decir: se suicidará en honor del contratiempo.) Y si no aparece la ocasión, entonces, como en el chascarrillo vulgar, se suicidará "a propósito de pum".

Aún se me pudiera objetar que no hay para qué pedir secretos a las tumbas. "Bien están en su desamparo los suicidas —oigo decir—. Puesto que querían estar solos, quédense más solos que los muertos." Contra esto, todo mi instinto se subleva. Y no solamente por debilidad para el mal hermano, sino por lealtad a la vida y aun por inquietud de la vida. Chesterton escribe: "Al colgarse un hombre de un árbol, caigan las hojas despechadas y escápense furiosos los pájaros; que cada uno de ellos ha recibido una injuria personal". Cierto; pero es también Chesterton quien habla de la lealtad a la vida. Estamos a bordo de la vida; vivir es nuestra profesión. Y como es posible que el suicida haya descubierto el cadáver de la bodega, hay que interrogar al suicida para mayor bien del equipaje y aun de nosotros mismos; es una regla elemental de administración. El suicida es un crítico que renuncia a su oficio; puede que lo haga por cansancio, como ese hombre para quien vestirse todas las mañanas y desvestirse todas las noches llegó a ser tan intolerable, que puso fin a sus días, por odio a las rutinas sagradas de la existencia. No acataba ése la economía de la vida, ni sospechaba, por ejemplo, que la hora matinal de afeitarse tiene su necesidad filosófica y puede servir, mejor que la inmediata posterior del desayuno —donde ya nos importuna la presencia de algún diario de la mañana— para plantearse los proyectos del día. Y ése sí que nos injuriaba a todos, a los hombres, a los pájaros y a los árboles; ése sí que nos alejaba de su cadáver. Pero podrá ser también que el suicida haya incubado una larga indignación, la cual acaba por hacer estallar la máquina. Y entonces su alma, como la del héroe de la *Eneida*, "huye indignada y con alarido a la región de las sombras". Y entonces, por si su indignación fuere justa, conviene, si es verdad que nos interesa la vida, que nos interese su muerte. Podrá ser que el suicida, como en nuestro caso, se aleje pidiéndonos perdón en su carta reglamentaria. Y entonces tenemos que recoger piadosamente las reliquias de su conducta, aunque sea para averiguar qué poder supremo de la vida lo aniquiló; qué orgullo conviene evitar y cuál conviene cultivar; por dónde se incurre en la cólera de la tierra y por dónde se concilia su apoyo sobrenatural para los empeños humanos.

Y aquí brota la tercera hipótesis, que es múltiple: ¿si el suicida se suicidaría castigándose de un error? ¿Si, como Don Quijote, habrá muerto, por necesidad metafísica, al restituirse a su primer nombre de Quijano? ¿Si su suicidio podrá ser la pendiente natural de su filosofía, como pudo serlo el de Sócrates? Y entonces, ¿qué fe prestaremos a una filosofía, si, invirtiendo nuestros propósitos y abusando de nuestro mandato, en vez del secreto de la vida nos abre el secreto de la muerte? Prometeo se quema en los rayos que roba, y Adán se envenena con los frutos que prueba. Pero el delito de ambos es el Conocimiento. ¿Hasta dónde, pues, nos está vedado, hasta dónde nos está consentido el conocimiento? Hay que meditar la Biblia, aun en los capítulos escabrosos. Ya no hablemos de merecimientos literarios: son merecimientos y estímulos humanos los que nos atraen hacia aquellos ojos extáticos, invitándonos a sondear su misterio. Dase el

caso de que el suicida haya explicado previamente su doctrina del Mundo: tanto mejor. Pero lo mismo sería si se tratase de un iletrado. Sobre cada tumba de suicida debiera abrirse una información a perpetuidad. Sobre cada uno, escribirse un grueso volumen de investigaciones cuidadosas: así conviene al valor de la vida y a la orientación de nuestras almas.

Y habrá todavía hombres graves que me repliquen:

—No veo la necesidad de tanta fatiga. La vida, como quiera, sigue su camino. ¿Qué nos cuidamos de vigilarla, de hacerla andar, si ella anda de por sí y aun nos arrastra consigo? No somos cocheros, sino señores al estribo del coche. No renunciemos a nuestro puesto de honor.

¡Ay! ¡Y si yo os dijera que todo el trabajo de la humanidad consiste en el empeño que tiene el señor del estribo para arrebatar su sitio al cochero! Como en esas cintas cinematográficas, el hombre, contraído y tenso, atisba la hora de caer sobre el *chauffeur* y apoderarse del volante del coche. Y yo no renuncio a mi función de hombre, a mi destino de hombre, a mi rebeldía de hombre: queremos saltar sobre el volante. ¡Tanto peor para los dioses tiranos! La madre de los hombres, en medio de la pesadilla del mundo, grita como la madre de Peer Gynt:

—¿Adónde me llevas, dónde me has traído, cochero de los diablos?

Y, en verdad, ella habla por todos sus hijos.

Ya lo espero: las últimas objeciones tocan al sentido humorístico. Son terribles, como la última flecha de los enemigos de Roma; pero hay que resistirlas. Oigamos:

—No veo por qué los huéspedes del Palace-Hotel hayan de averiguar las causas por las cuales los demás huéspedes abandonan la casa.

Pero este mundo y el Palace-Hotel, aunque se parezcan en ser posadas provisionales, se distinguen en que el Palace nos es ajeno, y nuestra vida debemos sentirla (y la sentimos siempre, aunque la razón ascética arguya en contra sus argumentos verbales) como cosa propia. Al Palace vamos con el propósito de marcharnos libremente un buen día. Y de este mundo —en principio— no nos vamos mientras no nos echen por fuerza. Eso de "morir de la propia muerte", como no quiera decir morir de consunción natural o de suicidio directo o indirecto, es una de tantas frases vacías que corren por los libros contemporáneos. Nadie sale de esta posada, salvo los suicidas, sin que lo echen. Las dos doncellas, en la *Danza de la Muerte*, bien quisieran ponerse a salvo:

> Mas non les valdrán flores e rosas,
> nin las conposturas que poner solían:
> de mí, si pudiesen, partir se querrían,
> mas no puede ser, que son mis esposas.

Nada más legítimo, pues, que interrogar al que entra voluntariamente en la danza.

Sin pedanterías metódicas, sin la arrogancia de querer obtener respuestas de la muerte —no nos suceda lo que al leñador de la fábula—, valdría la pena de

emprender una serie de libres ensayos éticos sobre la materia, con todas las facilidades y holguras de una divagación.

EL TESTIMONIO DE JUAN PEÑA*

QUISE recoger en este relato el sabor de una experiencia que interesa a los de mi tiempo, antes de que mis recuerdos se confundan, y mientras llego a la hora —al remanso— de las memorias fieles.

Lo dedico a los dos o tres compañeros de mi vida que estudiaban conmigo la *Ética*, de Spinoza, en la azotea de cierta casa de México, allá por los años de mil novecientos y tantos.

Madrid, 1923
A. R.

1

El último correo de México me trajo una carta de Julio Torri que comienza así:

"¿Te acuerdas de Juan Peña, un vagabundo que lloriqueaba y nos besaba las manos por las calles de Topilejo, en época distante de que vivo siempre saudoso?"

Estas palabras abrieron en mí una senda de recuerdos. Suspensas en la malla del alma, sentí palpitar otra vez ciertas emociones ya sin objeto. —Ya está poblada de visiones la estancia. ¿Qué hacer? ¿Cedo a los halagos de este abandono —o me decido a matar definitivamente a mis muertos?

—Hay que tener valor —me digo. Y me dispongo, nuevo Odiseo en los infiernos, a que los espectros se animen con mi sangre. Me arrellano en la butaca, entrecierro los ojos, enciendo la pipa, y dejo caer la voluntad.

Pero hay un último vuelco en la relojería secreta de mi corazón, y me echo a la calle como quien huye de unos invisibles perseguidores.

El pájaro de Madrid empolla una hora exquisita. En el aburrimiento de luz, bailan las ideas y las moscas. Los recuerdos vienen escoltándome, apresuran conmigo el paso y conmigo cambian de acera. Al subir la calle de Alcalá, ya no era yo dueño de mis ojos.

—Es inútil —exclamo enfrentándome con mis fantasmas—: Os pertenezco.

2

Yo estudiaba entonces el segundo año de Leyes, como allá decimos. Pero por una costumbre que data, al menos, del siglo de Ruiz de Alarcón, ya me dejaba yo llamar por la gente: "señor licenciado".

—Vengo, pues, a verlo, señor licenciado —me dijo Morales, transcurrido el primer instante de desconcierto— para pedir a su merced que se dé un paseíto por el pueblo y, sobre el terreno, se haga cargo de la situación.

¡La situación! El compromiso de esta palabra tan seria, tan vulgar, tan honradota y buena, suscita un escrúpulo en mí. ¿Estoy yo "a la altura de la situación" siquiera? Este hombre lleno de intenciones precisas, que cree en mi

ciencia precoz o, al menos, en las ventajas de mi posición social, ¿me hallará verdaderamente digno de su confianza? ¿Quién soy yo, hijo privilegiado de la ciudad, arropado entre lecturas y amigos refinados, para quien todavía la vida no tiene más estímulos que las paradojas y los amores; qué valgo yo para confesor de este hombre de campo, cargado de sol y de venenos silvestres, emisario de pasiones que yo no conozco ni apetezco? Porque yo, en mi universidad, en mi escuela...

> ... En Salamanca, señor,
> son mozos, gastan humor,
> sigue cada cual su gusto;
> hacen donaire del vicio,
> gala de la travesura,
> grandeza de la locura: hace,
> al fin, la edad su oficio.

—Esa señorita —continúa Morales, ignorante de lo que pasa por mí— se ha dejado desposeer de la manera más inicua, y tenemos ahora el deber de protegerla. Yo le aseguro que Atienzo, el alcalde, es un hombre sin entrañas.

Y yo, recobrándome, resuelto ya a hacer de hombre providencial, le digo:

—Pero, señor comisario: esa señorita ¿no ha tenido quién la aconseje, o es ignorante hasta ese punto?

—Yo la llamo señorita —aclaró Morales—; pero el señor licenciado no debe equivocarse: la pobrecita anda con un niño a cuestas, y es una muchacha de pie a tierra, ignorante.

Mi afición folklórica, desperezada alegremente por la pintoresca frase del comisario, me hace preguntar, ya con verdadero interés:

—¿Ha dicho usted: "de pie a tierra"?

—Quiero decir que es una pobre indita descalza.

Yo tomo un apunte, más bien filológico que jurídico. Y, por el campo de mi cinematógrafo interior, veo pasar a una pobre india descalza, trotando por un camino polvoso, con ese trotecito paciente que es un lugar común de la sociología mexicana, liadas las piernas en el refajo de colorines, y el fardo infantil a la espalda, de donde sobresale una cabecita redonda.

—Iré, señor Morales, iré. Pasado mañana llegaré al pueblo, acompañado de mis dos secretarios.

Al hablar de mis dos secretarios, yo mentía piadosamente, por decoro. Mi rústico quedaría sin duda más satisfecho ante este alarde de solemnidad. No habían de faltarme dos alegres compañeros para aquel paseo campestre. Casualmente, Morales había venido a verme, comprendiendo que en su pequeño negocio no podría interesarse un verdadero abogado y buscando el arrimo de mis influencias familiares, en momentos en que, ausente mi hermano, yo me había instalado en su suntuoso despacho. A Morales le pareció muy bien aquel peso de cortinas y muebles que contrastaban con mi juventud y mi vivacidad de estudiante. Se sintió cohibido y confortado, como ante un ejemplar humano de

naturaleza superior a la suya. Y poco a poco, con un esfuerzo en que yo traslucía un placer, me fue contando la historia de un despojo vulgar.

En mi inexperiencia, en mi pureza científica de los veinte años, yo me figuré al principio que se trataba de un problema profesional. Pero, cuando Morales hubo acabado su relato —su artero relato, tan falso como mi comedia de gravedad y mi estudio lleno de sillones y librerías—, comprendí que la pobre india descalza venía a ser como el proyectil con que se tiraban a la cara los dos bandos del pueblo: el del alcalde y el del comisario. Yo tomé partido por este último, puesto que acudía a mi valimiento, y en estas rencillas nadie tiene completamente razón o todos la tienen en parte.[1] No me juzguéis severamente. Yo necesitaba una aventura; lo esencial, para mí como para Don Quijote, era intentar de una vez una primera salida. Además, ha pasado el tiempo, y a la luz de mi escepticismo de hoy, acaso calumnio a mi juventud.

Entregué a Morales su sombrero —un hermoso y pesado sombrero charro, negro con labores de plata, que, en su asombro y no sabiendo dónde colgarlo, mi visitante había colocado cuidadosamente a modo de tapadera de un cesto de papeles— y estreché su mano sin tacto.

3

Aquella mañana me sonreía con la placidez que sólo tiene el cielo de México. Allí el sol madruga a hacer su oficio, y dura en él lo más que puede.

Cielo diligente, cielo laborioso el de México; cielo municipal, urbanizado y perfecto, que cumple puntualmente con sus auroras, no escatima nunca sus crepúsculos, pasa revista todas las noches a todas sus estrellas y jamás olvida que las lluvias se han hecho para refrescar las tardes del verano, y no para encharcar las de invierno. No sé en qué estación del año nos encontrábamos, ni hace falta saberlo; porque en aquel otoño medio los árboles florecen con una continuidad gustosa, y los mismos pájaros cantan las mismas canciones a lo largo de trescientos sesenta y cinco días.

El tren nos dejó en Ajusco, donde nos esperaba un indio con tres caballos. Media hora larga de trote, y en el aire diáfano, ya purificado por la nieve del volcán vecino, bajo el cobijo de unas colinas pardas y verdes, apareció el pueblecito como un tablero de casitas y jacales blancos, todos iguales. Pronto notamos una animación que parecía desusada. Los indios, vestidos de blanco, formaban grupos expectantes. Y cuando entramos en el patio del comisario Morales, entre piafar de caballos y ruido de espuelas, una verdadera muchedumbre se quedó a la puerta contemplándonos.

¿Qué esperanzas ponían en nosotros aquellas almas sufridas y elementales? ¿Qué responsabilidad contraíamos con hacer de embajadores de la justicia entre hombres perseguidos? Las caras morenas de los indios, apacibles y dulces, fueron corrigiendo nuestro ánimo, perfeccionaron nuestra voluntad; y cuando

Morales, quitándose el ancho sombrero con ambas manos, vino a nuestro encuentro, ya con un cambio de miradas nos habíamos puesto de acuerdo en que no debíamos fingir, en que aquello era cosa seria y sagrada, en que era de buena ley aceptar las reglas de la partida. A dos pasos de nuestra frivolidad ciudadana, el campo nos estaba esperando, lleno de dolores y anhelos. Los indios descalzos nos miraban confiadamente, sin hacer caso de nuestros pocos años, seguros de convertirnos en hombres al solo contacto de su pureza.

4

¿Cómo explicarlo? Los muchachos de mi generación éramos —digamos— desdeñosos. No creíamos en la mayoría de las cosas en que creían nuestros mayores. Cierto que no teníamos ninguna simpatía por Bulnes y su libro *El verdadero Juárez*. Cierto que no penetrábamos bien los esbozos de revaloración que algún crítico de nuestra historia ensayaba en su cátedra, hasta donde se lo consentía aquella atmósfera de *Pax Augusta*. Pero comenzábamos a sospechar que se nos había educado en una impostura. A veces, abríamos la historia de Justo Sierra, y nos asombrábamos de leer, entre líneas, atisbos y sugestiones audaces —audacísimos para aquellos tiempos, y más en la pluma de un ministro —. El positivismo mecánico de las enseñanzas escolares se había convertido en rutina pedagógica, y perdía crédito a nuestros ojos. Nuevos aires nos llegaban de Europa. Sabíamos que la matemática vacilaba, y que la física ya no se guardaba muy bien de la metafísica. Lamentábamos la paulatina decadencia de las humanidades en nuestros programas de estudio. Poníamos en duda la ciencia de los maestros demasiado brillantes y oratorios que habían educado a la inmediata generación anterior. Sorprendíamos los constantes flaqueos de la cultura en los escritores "modernistas" que nos habían precedido, y los académicos, más viejos, no podían ya contentarnos. Nietzsche nos aconsejaba la vida heroica, pero nos cerraba las fuentes de la caridad. ¡Y nuestros charlatanes habían abusado tanto del tópico de la redención del indio! Sabíamos que los tutores de nuestra política —acaso con la mejor intención— nos habían descastado un poco, temerosos de que el tacto de codos con el resto de la América española nos permitiera adivinar que nuestro pequeño mundo, de hecho aristocrático y monárquico, apenas se mantenía en un equilibrio inestable. O acaso temían que la absorción repentina de nuestro pasado —torvo de problemas provisionalmente eludidos— nos arrojara de golpe al camino a que pronto habíamos de llegar: el de la vida a sobresaltos, el de las conquistas por la improvisación y hasta la violencia, el de la discontinuidad en suma: única manera de vida que nos reservaba el porvenir, contra lo que hubieran querido nuestros profesores evolucionistas y spencerianos.

A dos pasos de la capital, nuestra vaga literatura, nuestro europeísmo decadente, daban de súbito con un pueblecito de hombres morenos y descalzos.

Las cumbres nevadas asean y lustran el aire. El campo se abre en derredor, con sus hileras de magueyes como estrellas. Las colinas, pardas y verdes, prometen manantiales de agua que nunca pueden llegar al pueblo, porque el trabajo de cañería perturba quién sabe qué sórdidos negocios de un alcalde tiránico. Las espaldas de los indios muestran, a veces, cicatrices. Y nuestra antigua Constitución —poema jacobino fraguado entre los relámpagos de la otra guerra civil, y nutrido en la filosofía de los Derechos del Hombre— comienza así:

"En la República todos nacen libres. Los esclavos que pisen el territorio nacional recobran, por ese solo hecho, su libertad."

Julio, Mariano y yo tuvimos aquí el primer presentimiento...

5

La indita se nos acercó, azorada. La cara, redonda y chata, era igual a todas las caras que veíamos. Las dos trenzas negras caían por sus hombros, tejidas con unos cordones amarillos. Llevaba en los brazos, y colgada al cuello en el columpio del "rebozo" café, una criatura rechoncha que berreaba y le buscaba los senos con pies y manos. La camisa, blanca y deshilada. El "zagalejo", rojo y verde. Los pies —en nuestro honor sin duda— calzados con huaraches nuevos.

Prefirió dejar hablar a Morales, y se limitó a subrayar las declaraciones de éste con frecuentes signos afirmativos, y aquella irrestañable gotita: "sí-siñor, sí-siñor", que caía de tiempo en tiempo, aguda y melosa.

Hice esfuerzos por interrogarla directamente, pero ella se replegó en esa fórmula estoica, dura, peor que el mutismo, a que acuden siempre los indios ante las preguntas del juez:

—Yo ya dije.

—Pero ¿qué dijiste, muchacha, si apenas has hablado?

—Yo ya dije.

6

—José Catarino —interrumpió Morales, dirigiéndose a nuestro guía—: lleva tú al señor licenciado hasta el terrenito, para que vea cómo colinda con las propiedades del señor Atienzo. Más vale que yo no los acompañe: no sea que tengamos un disgusto o un mal encuentro.

Nunca olvidaré las emociones con que recorrí aquella calle. Mis dos secretarios, para no quitarme autoridad, iban tomando nota de cuanto me decía aquella gente. Por todo el camino nos fueron saliendo al paso los indios en masa. Se arrancaban precipitadamente los sombreros de palma, y casi se arrojaban a nuestros pies, gritando:

—Nos pegan, jefecito; nos roban; nos quieren matar de hambre, jefecito. No tenemos ni dónde enterrar a nuestros muertos.

Al acercarnos al terreno en disputa, la naturaleza se encabritó de pronto; alzó sus ejércitos de órganos, echó sobre nosotros la caballería ligera de magueyes con púas, y alargó, con exasperación elocuente, las manos de la nopalera que fingían las contorsiones de alguna divinidad azteca de múltiples brazos.

Enmarcada por aquella vegetación sedienta y gritante, resaltando sobre el cielo neutro, vimos la silueta de un hombre esbelto, inmóvil, envuelto en un sarape índigo que casi temblaba de luz. No llevaba sombrero, ni lo necesitaba seguramente: un matorral negro, despeinado de viento, se le mecía en la frente y a poco le invadía las cejas. Era Juan Peña, el vagabundo. No se le notaban los años a aquel bronce de hombre, a no ser por las rayas negras de las arrugas que por todas partes le partían la cara y aflojaban la piel en una cuadrícula irregular.

—Este señor es viejo —me dijeron los quejumbrosos indios—. Él ha visto más que nosotros. Él le contará todo.

Y, con una agilidad de danzante, como si representara de memoria un papel, Juan Peña se arrodilló ante nosotros, se puso a llorar, a besuquearnos las manos, a contarnos mil abusos e infamias del mal hombre que había en el pueblo, y a pedirnos protección a los blancos, como si fuéramos los verdaderos Hijos del Sol.

7

Nuestro gusto literario no nos permitía engañarnos. Conmovidos, sí; pero no para perder las medidas. Aquello bien podía ser una farsa. Juan Peña había pasado de la inmovilidad hierática al temblor epiléptico con la exactitud del venado sorprendido que, de pronto, disparara el galope.

Comedia por comedia, nosotros no teníamos derecho a quejarnos. ¿No hacíamos, a nuestra vez, de dispensadores del buen tiempo y la lluvia? Todos íbamos desempeñando el papel a nuestro modo.

Los extremos y lamentos del vagabundo nos trasladaron, súbitamente, a nuestro ambiente ciudadano; lograron disipar del todo nuestra emoción. Eso fue lo que ganó Juan Peña.

Las cosas habían llegado a tal término de teatralidad, que no pude menos de "tomar la palabra". Improvisé un pequeño discurso, con algunas vaguedades y consejos prudentes, y acabé con la célebre frase —no comprometedora— de Porfirio Díaz: "Hay que tener fe en la justicia".

Pero en mi interior, yo procuraba sacar en limpio el tanto de la sinceridad de Juan Peña, y me decía:

—¿Qué derecho tengo yo para aplicar a estos hombres las convenciones mímicas de mi sociedad? Todos, en cierta medida, hacemos la farsa, la traducción, la falsificación de lo que llevamos dentro, al tratar de comunicarlo. Los procedimientos pueden variar, eso es todo. Los indios tienen, para nuestro gusto, un alambicamiento exagerado. O nos parecen demasiado impasibles, o demasiado expresivos. Este atropellado discurso de circunloquios, frases de

cortesía y diminutivos que parecen disimular la fuerza o la grosería de las acusaciones, ¿no responde tal vez a los cánones de una retórica social que yo ignoro? ¿No es, al parecer, la expresión más aguda de lo que todo el pueblo me viene diciendo hace rato? Y no se soborna a todo un pueblo, y menos a la vista del enemigo.

Porque, en efecto, el enemigo —lo comprobé después— estuvo acechando nuestro paso, sin querer salir de su reducto. Pero dos o tres indios avizores lo vieron asomarse a su puerta, y se quedaron a la retaguardia, disimulados por las esquinas o confundidos con la tierra y el aire —con ese mimetismo admirable de la raza que vive pegada al suelo— dispuestos a dar la alarma al menor indicio amenazador. Pero no: Atienzo, el voluminoso Atienzo —a quien al cabo me mostraron de lejos, vuelto de espaldas— se guardó bien de provocar la cólera divina.

8

Cuando volvimos a almorzar traíamos una mezcla de sentimientos contrarios. Y, superado el trance difícil, nos sentíamos otra vez inclinados a la travesura.

Mariano hacía la voz campanuda, y se dirigía a mí en el castellano viejo de las Leyes de Indias. Julio hacía la voz meliflua, y hablaba traduciendo literalmente los modismos franceses. Yo, el menos ingenioso, me divertía en darles muchas órdenes, que ellos se apresuraban a cumplir o a apuntar en un cuaderno de acuerdos. Esta estrategia acabó de establecer mi prestigio.

Julio y Mariano se sentaron a las cabeceras, y frente a frente nos instalamos el comisario y yo. Ya sabe lo que comimos el que haya probado la mesa mexicana. El tónico del picante y los platos calientes excitaron nuestro buen humor. Dimos los restos del festín a Juan Peña, que se había quedado a la puerta, tendido al sol y dormido sobre su sarape. Y Mariano, de sobremesa, emprendió una disertación sobre las diversas clases del frijol, con que convenció al comisario de que también entendía de cosas útiles y no era tan “catrín” como parecía.

Yo le di seguridades al comisario. Nos despedimos del pueblo, y cabalgamos hacia Ajusco, pardeando la tarde.

Hora de exprimir la lección del día, y sacar el fruto de la meditación como San Ignacio lo aconsejaba. El caballo, que ni se resigna al paso ni se decide al galope, trota pesadamente, con un trote provisional e incómodo, nada adecuado a nuestra montura mexicana. Nos envuelve la quietud del campo, cortada por cantos distantes, agudos y en falsete, y coreada de cerca por la sinfonía de las ranas. Revisamos las etapas de la jornada, desde la hora en que los dos amigos, despertados por la mañana a toda prisa, bajaron las escaleras, casi despeñados, para acudir a mi llamamiento, hasta la hora en que la mano sorda nos dio el apretón de la despedida y del pacto.

Con la noche que se avecina, el campo va echando del seno tentaciones inefables de combate y de asalto. Caemos sobre la estación como en asonada. ¿Quién que ha cabalgado la tierra mexicana no sintió la sed de pelear? Oscuros dioses combativos fraguan emboscadas de sombra, y tras de los bultos del monte, parece que acechan todavía al hombre blanco las huestes errantes del joven Jicoténcatl. ¡Hondo rumoreo del campo, latiente de pesuñas de potro, que se acompaña y puntúa tan bien con el reventar de los balazos!

ENTREVISTA PRESIDENCIAL*

FRANÇOIS PELLERIN recibió un choque al asomarse al patio de nuestro Palacio Nacional. La fachada le había producido una impresión sobria, solemne, aséptica. El patio, de nobles piedras, nobles proporciones y arcadas, sin duda era majestuoso y viril. Pero el espectáculo humano que ofrecía no pasaba de ser una desagradable incoherencia. Por entre las filas de autos, iban y venían "chauffeurs" maltrajeados, limpiabotas, vagabundos, soldados sin aire marcial, gente indefinible, a medio vestir o con el sombrerón y la indumentaria elemental de los campesinos. Aquello parecía un puesto de policía en un barrio bajo; aquello parecía una agitación popular en vísperas de un levantamiento.

¿Por qué las residencias oficiales han de tener aquí este aspecto pobre, sórdido, ramplón, feo? Pellerin no pensaba sólo en el contraste con el Elíseo y otras casas de gobierno en Europa, sino en la pulcritud de la Casa Rosada (Buenos Aires), del Catete o el Itamaraty (Rio de Janeiro). Este último es un verdadero museo. Ni siquiera se sienten los jadeos del trabajo, el teclear de las máquinas de escribir. Allí no se transpira en público, valga la paradoja tratándose de clima tan cálido. Aquello es una serie de salones residenciales, atendidos por lacayos de impecable librea y cortesía ejemplar. Y las máquinas, los papeles, los expedientes, están escondidos en otros pabellones del señorial edificio, al costado o al fondo del jardín, donde las palmeras forman parvada en torno al estanque de cuento árabe.

Aquí en cambio, todo es muebles desvencijados, de pacota, empleados sin maneras, danza de escupideras y colillas de cigarro, y una que otra palabrota en el aire, flotando por sí, salida no se sabe de dónde.

Las pinturas de Diego Rivera, en la escalinata, cualesquiera fueran sus méritos, no correspondían al tono y carácter; a la edad y al "temperamento" del Palacio. Eran un adorno yuxtapuesto, a pesar del cuidado con que el pintor procuraba siempre crear un enlace visual entre sus frescos y los espacios arquitectónicos que los envolvían. Pero si lograba la armonía de líneas, con el edificio, no la de colores que, aunque espléndidos, detonaban sobre la piedra gris, ni menos la armonía de espíritu con una construcción colonial.

Pellerin reflexionó un instante. ¿Sería éste el México auténtico, el México de fondo que él había estudiado en los libros de su infancia y había conocido por las reliquias de su familia? ¿O sería esto una momentánea torsión creada por los sacudimientos políticos y las pasajeras refracciones sociales? Al fin y a la postre, algo semejante pasaba ahora en todo el mundo; y la consabida "rebelión de las masas" —entendida como sustitución de la calidad por la cantidad en los varios modos y órdenes de la existencia— iba deshaciendo los perfiles de todos los

pueblos y disolviéndose en una insipidez áspera y monótona.

Pellerin era hijo de padre francés y madre mexicana, a quien debía el haber conservado el uso de la lengua española. Educado en Tolosa, con incursiones primaverales en el Instituto Francés de Madrid, pronto traslado a París, donde se graduó en letras, fue bien acogido por la prensa diaria y llegó a ganar algún crédito como ensayista que ocupaba cierto terreno entonces mostrenco, ahora ya muy frecuentado, entre la crónica literaria, la sociología, la economía, la historia de la cultura, con más de periodismo brillante que de verdadero arte de escritor.

La Asociación de Universidades Francesas, deseosa de robustecer sus relaciones con las Universidades de Hispanoamérica —ante los notorios avances de otras influencias en los medios estudiantiles, y ante la convicción de que ya las meras "simpatías francesas" no bastaban, como antaño, para hacerlo todo— nos había enviado a François Pellerin, como un explorador, y el más adecuado por su mestizaje, para que tantease el terreno y viese la posibilidad de establecer en nuestras tierras aulas permanentes de letras francesas, en el sentido más amplio de la palabra, costeadas a medias por los organismos patrocinadores y por los organismos beneficiarios.

Le habían dicho que en nuestros pueblos todo se inicia en la Presidencia de la República, y había comenzado por procurar una entrevista con el Presidente. Estaba citado para mediodía. Faltaban unos diez minutos cuando se anunció ante un ayudante militar con cara de pocos amigos, no sin haber tropezado con dos o tres criados de miserable porte y peores maneras, sin librea ni uniforme, que se empeñaban en atajarlo y le contestaban con secos monosílabos. ¿Hasta dónde —se decía Pellerin— llegará este ambiente de comisaría plebeya? ¿Y por qué dejan a esta gentuza vestirse a su gusto, es decir del peor modo, en vez de imponerle un traje obligatorio? ¿Por qué tampoco se da uniforme a los conductores de vehículos? Le han dicho a Pellerin que ello se debe a que México es país de hombres libres. Pellerin duda: ¿lo es en mayor grado que los demás países del mundo, donde estas apariencias se cuidan por respeto, a la comodidad, al agrado de las costumbres?

El ayudante desapareció por momento y volvió con semblante más amigable y urbano, para anunciarle, ya con una sonrisa, que el Presidente lo recibiría en cuanto se desocupara y que, entre tanto, podía tomar asiento a su gusto. Y Pellerin pensó: "Va desapareciendo la cáscara adventicia; va reapareciendo, poco a poco, la dulce pulpa de la cortesía mexicana. Después de todo —oh Doctor Cárdenas, oh Ruiz de Alarcón, oh Madama Calderón de la Barca—, la cortesía es la gravitación natural de este pueblo, mientras no le hacen perder su postura propia con el peso de la pistola o no lo intoxican brindándole el sol y las estrellas".

—¡Buenos días, señor! —dijo un coronel que pasaba apresuradamente, abriendo y cerrando puertas.

—¡Muy buenos días! —contestó Pellerin, impresionado por aquella respuesta

a sus pensamientos.

El salón estaba lleno de gente que esperaba audiencia, que hablaba en voz baja y con sumo comedimiento, y que iba pasando por su turno al despacho presidencial, con un retraso considerable respecto a la cita marcada.

Media hora. Un cigarrillo. Una hora. Pellerin consultaba en silencio la cara del ayudante, que de nuevo era imperturbable. Gracias que traemos un periódico a mano. Veamos: el caso de la Señora Membrillas, nombrada hace tres meses representante diplomática en Somalilandia, que aún no parte a su destino —pero a quien sus admiradores ofrecen el banquete Núm. 50; el caso de los espaldas mojadas; el caso de Haya de la Torre; el caso de la bomba atómica... Marcar el paso sin avanzar... A otra cosa. A ver esta página literaria. ¡Ajá! Un artículo de Regüeldos sobre "El destino de la inteligencia y la inquietud contemporánea". El artículo comenzaba así:

"El escritor debe servir al pueblo y conservarse en todo a su altura. Ocuparse en temas universales es traicionar a la patria. La cultura es una enfermedad profesional. Nosotros los que hemos sufrido..."

Pellerin abandonó la lectura y se puso a contar las vigas, examinar los ornamentos, y las cortinas, y los retratos de algunos próceres que colgaban de las paredes. Arte *pompier* todavía. Aquí no llegaba aún la revolución estética de Rivera, ni el patetismo de Orozco, ni el "cartelismo" de altura a lo Siqueiros.

¡Diablos, ya era la una y media de la tarde! Al francés se le retorcían las tripas de hambre. No está hecho a que le retarden la sopa.

—Cree usted... —se atrevió a comenzar.

—Sí —le atajó el ayudante—. En unos minutos será usted recibido. Es que había en turno tres delegaciones de los Estados y tres Secretarios: el de Educación, el de Hacienda y el de Guerra; todos esos señores que ha visto usted entrar poco a poco.

—Pero el Presidente ¿no irá a retirarse de un momento a otro? ¡Es tan tarde!

—No, señor. Aquí nos quedamos mientras haya quehacer. A veces todavía estamos aquí a las dos de la madrugada.

—¿No hay horas fijas para el despacho?

—En México los gobernantes despachan a toda hora, señor.

—¿Sin descanso?

—Sin descanso. Es nuestro deber.

—Muchas gracias, señor —y volvió a sentarse, resignado.

Daban las tres de la tarde cuando sonó un repiqueteo nervioso. El ayudante se incorporó de un salto, abrió la puerta de respeto y dijo sencillamente:

—Pase usted, *mosié*.

Pellerin juntó las fuerzas que le quedaban para sonreír ante esta invitación, cruzó la puerta y se encontró con el amo de los destinos nacionales, que lo esperaba de pie, junto a su escritorio, sin un asomo de fatiga en el rostro, a pesar de lo avanzado de la hora y las continuas audiencias. "Este hombre es de bronce",

pensó Pellerin. Y se acercó materialmente titubeando, para estrechar su mano.

—¡Excelencia!

—Hábleme de usted. Aquí ya no usamos esas respetables fórmulas europeas, tan antiguas.

—Señor, como he visto que hay que dirigirse a todos por el título profesional, usando el "señor" y el "don" ("señor licenciado don Fulano, señor ingeniero don Mengano"), a diferencia de lo que pasa en España, por ejemplo, donde se dice el apellido a secas y donde sólo los porteros y cocheros usan el título nobiliario para hablar con los nobles, creí que...

—No, en el trato oficial somos democráticos y llanos. Siéntese usted, señor *Pellerin*... Quiere decir "peregrino", ¿verdad? Siéntese y dígame qué le trae por estas tierras y en qué puedo servirlo.

El visitante expuso su comisión y el objeto de su viaje. El Presidente lo escuchó con afabilidad y paciencia. Y después dijo:

—Tenemos que servir al pueblo. A la patria le importan sus contactos con las grandes culturas. Entre su noble país y el mío la simpatía de la inteligencia y los gustos ha sobrenadado, por encima de las turbulencias políticas y bélicas de otros tiempos. Los mexicanos nos felicitamos de ello. Es usted muy bien venido. El propósito que lo trae a México nos es muy grato. Hable usted en mi nombre con el señor Secretario de Educación Pública, a quien ya yo habré prevenido. Creo que algo se podrá hacer, en bien de ustedes y de nosotros. Que le sea muy feliz su estancia en México.

La audiencia había terminado. Pellerin agradeció y salió precipitadamente del Palacio. Desembocó en el luminoso y ruidoso tumulto del "Zócalo". Paró un taxi. Se dirigió al hotel. Comió ya sin gusto ni apetito. Solicitó audiencia, por telégrafo, del Secretario de Educación.

Si le hubieran preguntado cómo era el Presidente no hubiera podido decirlo: tan borrosa le pareció su imagen. No creía haber hablado con un hombre de carne y hueso, sino con una abstracción o símbolo, o más bien con un aparato de sonido, un fonógrafo de frases hechas, o con un elemento mecánico, un tornillo, una palanca, una rueda maestra que se echa a andar y chirría. En todo caso, no con un foco de iniciativas humanas. Claro, el mandatario no es más que un puente. Pero él sabía que aquí, como en los Estados Unidos, este mandatario es un verdadero mandante...

Se percató de repente de que estaba irritable, nervioso, malhumorado. "Es la altitud y es el comer a deshora —se dijo—. Esto explica las revoluciones, la irascibilidad, el ansia de jugarse la vida por una palabra. Dicen que aquí se ama o se desprecia a la muerte, pero no se la teme. Por el contrario, tenerla siempre ante los ojos, en los muñecos, en los grabados populares, en las canciones y 'corridos' ¿es signo de amor, o de irrefrenable temor? ¿El que rueda en el abismo, atraído por él, puede decirse que ame ni desprecie al abismo? Seguramente va hacia él por el mismo exceso de pavor."

Y ahora recordaba, precisamente, que, al encaminarse a su cuarto y pasar frente a la florería del hotel, mientras esperaba un ascensor, oyó a dos muchachas conversando. Una de ellas decía, con la sonrisa del que da una noticia grata:

—¿Te acuerdas de aquel muchacho rubio que bailó contigo y luego conmigo? Pues ya lo mataron hace dos días.

Y la otra, también sonriendo:

—¡Ay, tú! ¡No me lo digas!

¿Es la vecindad de la muerte? ¿Es la complacencia en la muerte, la aceptación o la fascinación de la muerte? Además, este pensamiento de la muerte ¿es característico de México según se pretende? ¿Y España, donde un escritor mexicano, precisamente, reparó en que los entierros eran la verdadera "fiesta nacional" del pueblo madrileño? ¿Y no decía Kant que España le hacía pensar en la muerte? Y, si vamos a la antigüedad, ¿qué decir de Egipto? ¿O de los tracios a quienes Marciano Capella atribuye un *appetitus maximus mortis* o de los getas que eran *paratissimi ad mortem;* o de los trausos de Heródoto que lloraban ante los recién nacidos y se regocijaban en los funerales? Decididamente estamos irritables, nerviosos, malhumorados. Tal vez sea la altitud, tal vez el comer a deshora.

CULTURA, EDUCACIÓN Y HUMANISMO

DISCURSO POR VIRGILIO*

Tu duca, tu signore, tu maestro.

1

ES PROPIO de las ideas fecundas crecer solas, ir más allá de la intención del que las concibe, y alcanzar a veces desarrollos inesperados. La verdadera creación consiste en esto: la criatura se arranca de su creador y empieza a vivir por cuenta propia. Los poetas lo saben bien, ellos que trabajan su poema como quien va cortando las amarras de un barco, hasta que la obra, suficiente ya, se desprende, y desde la orilla la vemos alejarse y correr las sirtes a su modo. Reflexionando, pues, sobre el Acuerdo que encarga celebrar en México solemnemente el segundo milenario de Virgilio, no temo, por mi cuenta y riesgo, añadir propósitos al propósito del Presidente; no temo, al traer mi testimonio personal, sacar un poco de cauce la cuestión o torcerla un poco según mi manera de ver. Todos fuimos llamados a construir esta torre del homenaje, y la torre habrá de ir subiendo con las piedras que cada uno acarree. A menos que, sin percatarme, no haga yo más que recorrer descriptivamente el terreno de antemano acotado, pues en verdad encuentro difícil abarcar más de lo que abarcan estas simples proposiciones: "En el corriente año se conmemora el segundo milenario del poeta Virgilio, gloria de la latinidad, y México, mantenedor constante del espíritu latino, no debe permanecer indiferente". No quede, pues, lugar a duda. Se trata de un acto de latinidad. Se trata de una afirmación consciente, precisa y autorizada, sobre el sentido que debe regir nuestra alta política, y sobre nuestra adhesión decisiva a determinadas formas de civilización, a determinada jerarquía de los valores morales, a determinada manera de interpretar la vida y la muerte.

2

Curioso que la oportuna excitación caiga en un mundo universitario que comenzaba ya a "perder sus latines". El Positivismo reinante en nuestras escuelas fue, a sabiendas o no, descastando en ellas toda planta de Humanidades. Ya los estudiantes de mi tiempo no aprendimos latín. Había que conformarse con los latinajos del Seminario, y esto para los contadísimos hombres a la vista que pasaron por Seminarios, como llamamos en México a los colegios regentados por sacerdotes. Los que seguimos el camino real del liberalismo mexicano —y somos inmensa mayoría entre la gente universitaria— pasábamos de una en otra escuela laica sin tropezar nunca con el latín, que ciertamente nos parecía antigualla de iglesia. Y aun daba pena, en la Escuela de

Abogados, encontrar, a guisa de limosna, una miseria de Derecho Romano que, ya en mi tiempo, el emérito maestro Eguía Liz enseñaba como quiera a los pocos que voluntariamente concurrían al curso, sin fe, sin latín y casi sin Derecho Romano.

—¿De dónde eres, pelón?

—De Puebla, maestro.

—*P-u-e-b-l-a:* son seis letras. A ver: abre el libro en la página seis y léeme lo primero que encuentres.

Y el muchacho, como podía, leía dos o tres frases latinas que para él estaban en copto.

En cambio, los viejos, los de antes... He aquí un fragmento de cierta carta del filólogo español Américo Castro (Madrid, enero de 1930):

> Pasé noches en casa de García Pimentel, rodeado de incunables. Los contertulios sabían todos latín. Discutimos sentidos en la poesía virgiliana. Para ciertas dudas, comparecía Luis Vives en sus comentarios. Aquello parecía el ambiente del ensayo de Montaigne: *Sur des vers de Virgile*. Las erratas latinas de mi obra sobre Cervantes, me fueron amablemente señaladas en México, en cuya Universidad nadie se ocupa del latín.

3

Pero ¿quién ha dicho que el espíritu de la gran poesía queda limitado a los contornos de una sola lengua? ¿Quién ha dicho, sobre todo, que una gran civilización no puede volcarse como el agua misma en vasijas diferentes? No sólo nosotros recibimos la sustancia latina a través de España, evidencia que nadie niega. Sino que los mismos pensadores británicos —ellos que ven el paisaje desde la otra orilla de lenguas y de razas— no dudan a veces en reconocer que, en los cimientos de su formación nacional, las piedras fundamentales han venido de Roma. El concepto de la civilización latina es ancho y elástico. No sólo salta barreras de religión, puesto que tan latinas son las ruinas del Foro pagano como la cúpula católica de San Pedro. Porque toda civilización adelanta modificándose, y las aguas que entran al mar no son ya las mismas que habían bajado con los deshielos de las cumbres. ¡Y todas son el mismo río! Acrecido al paso con afluentes, batido con otras sales del suelo, alterado con otros regímenes de climas y lluvias, pero siempre —en el saldo de su corriente y las erosiones que traza por la tierra— el mismo río.

4

¡Gran tarea para el educador de mañana que, abandonando resueltamente influencias exóticas y que nunca se aclimataron muy bien en México; desoyendo toda esa pedagogía barata que hace cirujanos por correspondencia; salvando todo el caudal de ciencia que la gran reforma de Gabino Barreda trajo para siempre a nuestra cultura, rescate también los olvidados tesoros de una tradición

con la que se andan perdiendo algunas de las más preciosas especies del alma mexicana! Volver a lo propio, a lo castizo. ¡Hacer nuestro y derramar a todos ese secreto de humanidades que de tiempo atrás se viene refugiando entre las clases derrotadas de la política! ¿Cuántos son los universitarios de México que conocen la historia de los esfuerzos científicos mexicanos, puesto que decir "la ciencia mexicana" sería una paradoja? ¿Cuántos los que están al tanto del gran desarrollo de los estudios latinos en México, que la expulsión de los jesuitas en los días de Carlos III, vino a cortar? ¿Dónde se estudia, en México, la historia de la cultura mexicana? ¿Qué médico —salvo por afición personal de autodidacto— conoce los tanteos y afanes de la medicina mexicana, o ha inquirido en curso especial los secretos de la farmacopea indígena, que a veces nos vienen a enseñar los extraños, como acontece para el *peyote?* ¿Qué nos dicen, por ejemplo, los nombres de Cristóbal de Ojeda, Cristóbal Méndez, Pedro López, médicos de la Nueva España a fines del siglo XVI, o el de Fray Lucas de Almodóvar, que tenía don de curar y a cuya muerte dice Mendieta que se vieron señales? ¿Qué ingeniero de minas se encontró nunca con un texto escolar consagrado a los antecedentes de nuestra minería y nuestra química? ¿Qué abogado nuestro se ha visto en la necesidad de saber quién fue Mariano Otero y de dónde sacó la idea del *juicio de amparo*? No digo que todo esto se ignore: afirmo que no se cultiva como obligación general, como parte del saber universitario. Sólo los maniáticos de erudición conocen los capítulos de Icazbalceta sobre los orígenes de nuestras ciencias e industrias. Andamos ya bien, en principio al menos, de escuelas rurales, rudimentales, populares y de oficios primos; pero falta fortalecer el núcleo, el corazón mismo de la enseñanza, que es el que ha de lanzar su sangre a los extremos del cuerpo.

Y decir que todo esto no importa al pueblo es tan pueril como querer otra vez que la ciencia sea privilegio de una casta sacerdotal; como esperar que el pueblo aprenda sin tener maestros que lo enseñen; como pretender que el pueblo abandone las urgencias vitales para inventar por su cuenta la cultura; como soñar que las grandes orientaciones nacionales hayan de caer solas sobre la muchedumbre, desde las alturas de no sé qué fabuloso Sinaí, sin la obra de investigadores que consagren a buscarlas y a interrogarlas sus estudios, sus vigilias, su vida toda.

5

Quiero el latín para las izquierdas, porque no veo la ventaja de dejar caer conquistas ya alcanzadas. Y quiero las Humanidades como el vehículo natural para todo lo autóctono. Lo autóctono —de que también nos alejaba, y también sin darse cuenta, la escuela de mi tiempo— puede entenderse en dos sentidos. A veces, es aquella fuerza instintiva, tan evidente que defenderla con sofismas es perjudicarla, y querer apoyarla en planes premeditados es privarla de su mejor

virtud: la espontaneidad. El que dice: "voy a ser instintivo", no puede serlo ya. El que dice: "voy a hacer arte subconsciente", está perdido y no sabe lo que está hablando. A tal punto es espontánea y hasta inevitable esta originalidad de lo autóctono, que muchas veces opera en contra de los propósitos conscientes del artista. Los Modernistas americanos se abrieron a las influencias del Simbolismo francés, y sin embargo, y muchas veces sin quererlo ellos mismos, produjeron una obra original y peculiarísima, renovando —a vueltas de algunos inevitables errores— las riquezas de nuestra sensibilidad y de nuestro lenguaje poético.

Lo autóctono, en otro sentido más concreto y más conscientemente aprehensible es, en nuestra América, un enorme yacimiento de materia prima, de objetos, formas, colores y sonidos, que necesitan ser incorporados y disueltos en el fluido de una cultura, a la que comuniquen su condimento de abigarrada y gustosa especiería. Y hasta hoy las únicas aguas que nos han bañado son —derivadas y matizadas de español hasta donde quiera la historia— las aguas latinas. No tenemos una representación moral del mundo precortesiano, sino sólo una visión fragmentaria, sin más valor que el que inspiran la curiosidad, la arqueología: un pasado absoluto. Nadie se encuentra ya dispuesto a sacrificar corazones humeantes en el ara de divinidades feroces, untándose los cabellos de sangre y danzando al son de leños huecos. Y mientras estas prácticas no nos sean aceptas —ni la interpretación de la vida que ellas suponen— no debemos engañarnos más ni perturbar a la gente con charlatanerías perniciosas: el espíritu mexicano está en el color que el agua latina, tal como ella llegó ya hasta nosotros, adquirió aquí, en nuestra casa, al correr durante tres siglos lamiendo las arcillas rojas de nuestro suelo.

En cuanto a decir, con algunos, que el preocuparse del latín es poner a declinar durante años a los chicos del campo —quienes por ahora sólo necesitan arado, alfabeto y jabón—, sería una burda caricatura, un desconocimiento completo de la jerarquización de estudios que exige toda educación nacional, y de la flexibilidad que necesita todo sistema aplicable a un pueblo heterogéneo; una cabal ignorancia de las transformaciones que el tiempo opera sobre los niveles culturales en un país sometido a un régimen acertado. Tal actitud conduciría, en suma, a decretar la abolición total del saber humano, por mal entendida piedad para los analfabetos que antes y ahora han abundado en la tierra. Funesta confusión y sensiblería ridícula todo ello. Consiste nuestro ideal político en igualar hacia arriba, no hacia abajo.

6

Estamos en una lejana isla del Pacífico, orilla donde caen de arriba los náufragos de la vida europea, los traficantes aventureros, los desesperados de la civilización, cambiándose sus maldades y contagiándose enfermedades y vicios. El calor sube a tal extremo, que cuando hay un leve descenso los hombres tiritan

en temperaturas que resultan cálidas para la vida europea, y la naturaleza misma se equivoca haciendo que la bebida se enturbie en las botellas. Junto al mar hay un vagabundo que ha vuelto las espaldas a su nombre, rodando de fracaso en fracaso. Tiene en las manos un pequeño volumen, y parece leer sin hacer caso del desamparo que por todas partes lo rodea. El vagabundo lee su Virgilio.

> Más de una vez, el *Virgilio*, que no era posible trocar por una comida, lo había consolado del hambre. Lo repasaba tendido a lo largo y con el cinturón bien apretado, en el suelo de la antigua prisión que le hacía de refugio, buscando en el libro pasajes predilectos o descubriendo nuevos encantos *que sólo le parecían menos bellos porque les faltaba la consagración del recuerdo*. O se detenía en sus vagabundeos inacabables por el campo, se sentaba junto a una senda mirando, al otro lado del mar, las montañas de Eimeo, y luego abría la *Eneida* al azar, buscando suertes. Y si el oráculo, como es costumbre de los oráculos, respondía con palabras ni muy precisas ni muy alentadoras, al menos sugerían un tropel de visiones de Inglaterra en la mente del desterrado: la bulliciosa sala del colegio y el perenne rumor de Londres, la chimenea familiar, la cabeza blanca de su padre. Que es el sino de esos grandes, sobrios autores clásicos, con los que entablamos forzado y a veces penoso conocimiento en las aulas, diluirse en nuestra sangre y penetrar en la sustancia misma de la memoria. Y así acontece que una frase de Virgilio no nos hable tanto de Mantua y de Augusto como de rincones de la tierra natal o memorias de la propia juventud ya irrevocablemente perdida. [Robert Louis Stevenson, *La resaca.]*

7

De propósito escogí este amable clásico del Episodio, escocés por añadidura y no latino de origen, para que mis armas sean más legales. Es toda la imagen de un Robinsón moral que reconstruye su edificio de emociones partiendo del verso virgiliano. Otra vez los sentimientos que zozobraban van entrando a su círculo. La armonía se recompone, y el orbe latino devuelve al hombre su lugar en medio del ya apaciguado concierto de la naturaleza y, en el corazón sobreagitado del hombre, devuelve a la voluntad racional su antiguo trono.

Pero tal parece que el milagro fuera imputable al solo calor de las asociaciones juveniles, y que igual prodigio pueden obrar otros versos u otros libros cuyo trato ande, en la memoria, trabado con los recuerdos del hogar y la infancia. Y es claro que así tiene que ser. Y, sin embargo, nunca podremos pedir a la enfermiza sentimentalidad —mitad ñoñería y mitad truculencia— de ciertas *lecturas escolares*, como el *Cuore*, la tónica moral, la honda ráfaga confortante —rica de semillas de historia; de altos ejemplos que siempre inspiraron a los hombres; de nombres propios que, a fuerza de frecuentarlos la imaginación, tienen ya el poder de remover lápidas en las tumbas; de hechos y figuras con cuyo contraste se miden las virtudes—, que brotan de una sola página de la *Eneida*. Alimento de hombres, hierro para varoniles templanzas, donde hay también ocasión a las caricias del sentimiento y también hay lágrimas para los dolores; heroicidad de talla humana; senda medida a nuestro paso. ¡Con razón Virgilio parece, siempre y para los hombres de todas las tierras, una voz de la patria! Allí aprendemos que las naciones se fundan con duelos y naufragios, y a veces, desoyendo el llanto de Dido y pisando el propio corazón. En las aventuras del héroe que va de tumbo en

tumbo salvando los Penates sagrados, sé de muchos, en nuestra tierra, que han creído ver la imagen de su propia aventura, y dudo si nos atreveríamos a llamar buen mexicano al que fuera capaz de leer la *Eneida* sin conmoverse. El sentimiento nacional, que todavía en Homero es un esquema o boceto, ha comenzado aquí a ceñir los contornos y las colinas del paisaje; es una relación precisa entre un estado de alma y una visión de los ojos, entre una onda de calor ideal y un dato de los sentidos. Pero al paso que esto sucede, el sentimiento nacional de Virgilio se va robusteciendo hasta que, por su concentración, se emancipa: abandona el modesto signo local que le dio pábulo, vuela y se torna abstracto, se hace idea, como lo es ya para la mente moderna, y entonces se vuelve transportable: así las mismas divinidades de Troya que Eneas escondió bajo su manto para salvarlas de la catástrofe, yendo a sembrarlas otra vez en la tierra de sus providenciales naufragios. Los educadores no deben ignorar que la lectura de Virgilio cultiva —para todos los pueblos— el espíritu nacional.

8

La lectura de Virgilio es fermento para la noción de la patria, y a la vez que modela su ancho contorno, lo llena con el contenido de las ciudades y los campos, la guerra y la agricultura, las dulzuras de la vida privada y los generosos entusiasmos de la plaza pública, dando así una fuerte arquitectura interior al que se ha educado en esta poesía. Llevando un *Virgilio*, se puede bajar sin temor a los infiernos. Nuestro vagabundo buscaba en aquellos versos latinos el último suelo de su alma, ya repasando pasajes predilectos o ya "descubriendo nuevos encantos que sólo le parecían menos bellos porque les faltaba la consagración del recuerdo".

¡La consagración del recuerdo! La música conocida es más música, y la oreja, como la va presintiendo, parece que la disfruta dos veces. El verdadero amor, más que en el encuentro aventurero, está en el cultivo, en la adaptación de los hábitos, en el rebusco cuidadoso a lo largo del tiempo, cuando se llegan a bañar con luz igual el acto, su espera y su regusto. Incorporar una fuerza en la rueda de la costumbre es darle todavía más fuerza. Dotar a los niños con Virgilio es alimentarlos con médulas de león. Y considérese que, todavía encima, tenemos la suerte de que la lengua de Virgilio esté en el origen de nuestra lengua, y que cada palabra suya excite como en su centro y por el cordón del ombligo cada una de las palabras nuestras, aumentando así su peso de significación, su eficacia connotativa, sus calorías de alimento espiritual. ¿No es este alimento, no es este vaho nutricio de la etimología, este sustentarse con las raíces de las palabras —sustrato de las experiencias mentales de toda una civilización, y carga presa como en cápsulas explosivas de toda la historia espiritual de una familia étnica—, lo que Vico descubría ya en su *De antiquissima italorum sapientia;* lo que más tarde Fichte, inspirado también por Herder, proponía en sus *Discursos a la*

nación alemana, como disciplina y ejercicio de la dilatación patriótica? Sí, esto era: este descenso a los pozos ocultos de nuestra psicología colectiva; esta inmersión en los vasos comunicantes de la subconsciencia, donde cada hombre es injerto de antepasados y, sin abdicar nuestra dignidad de individuos, todos nos sabemos atados en igual tronco, del mismo modo que las hojas, sin dejar de ser la sola unidad vegetal, el órgano por esencia del árbol, se sienten atadas en su árbol.

9

Hace años, desde la terraza de Chapultepec, un Presidente mexicano me exponía el sistema de las Escuelas Centrales de Agricultura, donde se congrega a los niños de los pueblos indios y, en poco tiempo, se los capacita para las tareas del campo. Yo recordé entonces las dos grandes empresas agrícolas que el cura Hidalgo quería implantar en México: el vino y la seda. El Presidente, que conoce de cerca el campo y sus hombres, al instante se apoderó de la idea, y me hizo ver la posibilidad de plantar vides en ciertas regiones de la República donde el clima lo permite, y lo fácil que sería hacer cuidar las uvas por los niños de las escuelas agrícolas, mientras las familias de éstos, y las mujeres sobre todo, para quienes parece más adecuado este menester, podrían ocuparse de la oruga, en los cercos de morera que dividirían unos de otros los campos de labranza. El Presidente me exponía con toda objetividad una noción política hija de las necesidades de nuestro suelo, no leída en libros, sino aprendida en la experiencia; y haciéndose eco de la preocupación general, insistía en la urgencia de enseñar las ventajas y los placeres de la agricultura a nuestra gente campesina, enviciada primero por la exclusiva atención que la Conquista Española dio al laboreo de las minas, y amedrentada después por la esclavitud práctica a que la reducía el sistema de las grandes "haciendas". Y lo que menos le ocurría pensar era que, con elementos de la realidad mexicana más inmediata y apremiante, estaba glosando las *Geórgicas*, y entraba por propio y natural derecho en el reino del gran latino, cuyo nombre —en una continuidad expresiva— otro Presidente acaba de evocar para proponerlo a la meditación de sus conciudadanos. Es así como el espíritu de Virgilio parece latir entre las más vivaces inquietudes de México e iluminar el cuadro de nuestra política agraria. Y nada tendría de extraño que, como otro acto más de la adhesión mexicana a los fastos de Virgilio, se recomendara en las escuelas agrícolas —y de modo general en las escuelas primarias— la lectura de las *Geórgicas* para despertar en la mente de los niños la vocación del campo, vocación que hoy casi se confunde con la vocación de la patria. Por fortuna no faltan en nuestra lengua versiones como la de Ochoa, que bastaría para este fin, sobre todo si se toman en cuenta las indicaciones de Herrasti. Y si faltaran, Herrasti, Silva y otros latinistas mexicanos tienen autoridad para ponerse al empeño. Y la lectura se acompañaría con fragmentos de nuestras *Geórgicas*, o

sea la *Rusticación mexicana* de Landívar (traducida en prosa por Loureda y en verso por Escobedo), para hacer sentir así, de un modo palpable, cómo el espíritu clásico puede acercársenos y hasta tener utilidad nacional. Yo recomendaría de paso la antología literaria de la agricultura, que compuso el catedrático español Juan Dantín Cereceda. Podría ser el "libro de lectura" por excelencia: desarrolla en el niño, a la vez que el sentimiento del amor al trabajo, el sentido de la buena poesía, y al paso que da consejos útiles, educa la sensibilidad. Y, para propiciar los manes del poeta, quemaríamos un ejemplar de Niebuhr.

10

No puedo nombrar al padre Hidalgo, en ocasión que de Virgilio se trata, sin detenerme a expresar el encanto de héroe propiamente virgiliano que encuentro en su figura. Verdad es que era un hombre de letras, un erudito, un reformador de los estudios, y hasta él llegaban los soplos del espíritu jacobino que paseaba por el mundo. Sus amigos le llamaban "el afrancesado", lo que en aquel tiempo equivalía más o menos a lo que hoy sería llamarle el avanzado, el izquierdista, el hombre de nueva sensibilidad. Estaba al tanto de las emociones de Europa, y Abad Queipo, escandalizado, encontró un día sobre su mesa de escritor unos cuantos libros peligrosos, de esos que nos traían las corruptoras novedades del Viejo Continente. Pero ¿acaso los pastores de las *Bucólicas* no eran también gente de letras, y entre sus sencillas alusiones a las cosas del campo, Dametas y Menalcas no mezclan el nombre del letrado Polión, amigo de las novedades, y la mención satírica de los malos poetas pasatistas Bavio y Moevio? En lo demás, y visto de cerca, un párroco afable, no muy severo con el prójimo ni muy exigente con la humana naturaleza, buen cristiano en suma. Era el cura Hidalgo un hombre de amenas tertulias, un filósofo aldeano, un conversador, un estudioso, lleno de curiosidades intelectuales y hasta de espíritu de empresa, y creo que también de habilidades manuales, de esas que parecen la prenda de un alma sana en un cuerpo sano. Los errores del sistema económico y jurídico de la Colonia atajaron su libertad para llevar a cabo sus bellos proyectos de agricultor. En vano quiso implantar en México el cultivo de las vides, la industria vinícola y la cría del gusano de seda. Acaso la oposición que encontró por parte de la metrópoli española le fue abriendo los ojos sobre el sentido de un malestar público que, en el fondo, era ya el impulso de la autonomía nacional. Así sucede que al Padre de la Patria lo mismo podemos imaginarlo con el arado que con la espada, igual que a los héroes de Virgilio. No nos engañe su dulzura: un fuego interior lo va consumiendo, que pronto habrá de incendiar la comarca entera. La historia, en una sonrisa, ha querido poner, en lo más sagrado de nuestro culto nacional, la imagen del hombre más simpático, más ágil de acción y de pensamiento, amigo de los buenos libros y de los buenos veduños, valiente y galante, poeta y agricultor, sencillo vecino para todos los días y héroe

incomparable a la hora de las batallas. A través de los amplios párrafos de Ignacio Ramírez, donde nuestra admiración infantil empezó a conocerlo, lo vemos pasear entre las "vides que le sonreían desde los collados" y las moreras donde "los gusanos de seda que le donaban sus regias vestiduras", o ya se nos aparece, en el episodio de oro de nuestra epopeya mexicana, congregando a la medianoche y a toque de campana a sus feligreses, que acuden armados con hachas y con picos, y precipitando —ante el aviso providencial de una ilustre dama prisionera— la hazaña que había de llevarlo a la muerte y a la gloria.

Este maridaje virgiliano de agricultura y poesía ¿no fue acaso el sueño de Hidalgo, el sueño del Padre de la Patria? No lo hemos realizado aún. Pero al procurar para el pueblo el vino de la justicia y la seda del bienestar, ya vamos luchando lo posible para que la tierra sea más grata a los hombres.

11

Pero venimos haciendo profesión de latinismo histórico, de latinismo evolutivo, y esto nos obliga a aclaraciones:

¿Dónde nació esta egolatría, esta manía geográfica que a todos nos tiene contaminados, y que nos lleva a considerar con exagerado respeto los datos de latitud, longitud y altitud, como si ellos condicionaran de modo absoluto el ser de la gente? Es fácil trazar la historia de las ideas en Francia, donde el ambiente está ya hecho. Data allí, acaso, tal preocupación geográfica, del día en que Michelet hizo preceder su *Historia* del célebre *Tableau de la France*. Ya es dicho y sabido que Renan utilizó el método con brío, Taine lo llevó a punto de granazón, y un político sentimental, Barrès, lo puso al servicio de sus propios deseos y de las ambiciones de su país. Todo crítico, todo estadista —dice Grenier—, justifican ahora sus opiniones con unas cuantas medidas topográficas.

Junto a esta fórmula viene a funcionar la de la llamada psicología de los pueblos. Muchas ideas arrumbadas como inservibles, y que parecían ya derrotadas antes de la guerra europea, pero que entonces fue conveniente resucitar a manera de armas de ataque, han recobrado con creces su antiguo honor. Por el camino real que conduce desde Gobineau a Keyserling, a través de Frobenius y Spengler, entró la filosofía perspectivista y comenzó a lanzar trazos para triangular y medir el contenido de las razas y las culturas. Y aquí vino también a juntarse el auge singular de la etnografía, del folklore y de la arqueología, que a los penetrantes ojos de Ortega y Gasset se ha presentado como la recién nacida en la familia de las bellas artes. Quien niegue que la planta humana se matiza diversamente en la diversidad de tierras y climas, será ciego y sordo. Quien niegue su importancia fundamental a este hecho cuando se trata de pueblos primitivos y aislados, de cunas de civilizaciones, será ignorante. Quien partiendo de ese solo dato vegetal quiera establecer una historia del pensamiento moderno, se equivocará groseramente. Y mucho más se equivocará si se empeña

en fundar una política *moderna*, es decir, un sistema de preceptos de inmediata aplicación, sobre evoluciones geográficas cuyo ritmo milenario es tan lento que escapa completamente a la utilidad social. Aparte de que lo propio del animal que somos es reducir cada vez con más éxito la importancia de los impulsos pura y exclusivamente animales, educándolos y conduciéndolos a determinados fines que no han venido desde afuera, sino que han brotado de la conciencia centrífuga. ¡Si hasta la determinación de la forma humana, fruto del trabajo y control de las hormonas retardatarias sobre la materia del Calibán primitivo, sería, en las autorizadas teorías de Bolk, el efecto de una fuerza interior contenida ya en la semilla de nuestra especie, y no el resultado de modelaciones causadas por el medio ambiente!

El hecho de la intercomunicación humana es cada vez más dominante. El hombre es un nivelador de la geografía, y parece que hubiera traído al mundo el encargo de pulir y aislar la bola de billar que es la tierra. "Ya no existen los Pirineos", es nuestro grito del corazón. El ideal de la raza humana es —etimológicamente hablando y sin sombra de intención eclesiástica— un ideal católico, que quiere decir universal. Todas las agrupaciones cerradas, diferencias y fronteras nos parecen meras necesidades impuestas por las leyes de la economía, por la gravedad de las masas sociales, por la gran regla de la repartición del trabajo. En punto a pequeña industria popular y curiosidades regionales —sarapes, bordados de pluma, primores de colorines y todo eso que un valiente pintor de México llamó una vez "el jicarismo"—, todos estamos dispuestos a robustecer el desarrollo del matiz local, porque al fin se trata de adornos graciosos que la cultura se cuelga al pecho. Pero cuando pensamos en los verdaderos ideales de la cultura, ¿quién va a pretender que nuestra verdad científica sea diferente de la verdad científica de otro pueblo? ¿Qué diría Platón del mexicano que anduviera inquiriendo una especie de bien moral sólo aplicable a México? La poesía, que tanto se acerca a las contingencias del momento, tampoco alcanza toda su talla cuando se detiene en la diferencia humorística. "¡Qué importan a la posteridad —decía Stevenson— mis pañuelos llenos de sangre!" La más alta poesía es aquella que más contempla al hombre abstracto, y mucho más que al accidente que somos, al arquetipo que quisiéramos ser. Y las mismas artes plásticas, sujetas por necesidad a los encantos inmediatos de la materia, van —jeroglíficamente—, a través de arcilla o mármol, hierro, cemento, aceite y agua, a buscar una satisfacción de orden moral: sea utilidad, sea contentamiento, sea entusiasmo.

12

Así, cuando se habla de la hora de América —hora en que yo creo, pero ya voy a explicar de qué modo— no debemos entender que se ha levantado un tabique en el océano, que de aquel lado se hunde Europa comida de su polilla histórica, y de

acá nos levantamos nosotros, florecientes bajo una lluvia de virtudes que el cielo nos ha ofrendado por gracia. No: de tan ingenuas concepciones ya se burlaba hace muchos años don Juan Valera, poniendo en labios del "Pedro Lobo" de su *Genio y figura* los más chistosos discursos que pudieran sazonar juntas la ignorancia y la indigestión de noticias, y que parecen arrancados a muchos ensayos contemporáneos. No: hora de América, porque apenas va llegando América a igualar con su dimensión cultural el cuadro de la civilización en que Europa la metió de repente; porque apenas comenzamos a dominar el utensilio europeo. Y hora de América, además, porque este momento coincide con una crisis de la riqueza en que nuestro Continente parece salir mejor librado, lo cual hará que la veleidosa fortuna se acerque al campeón que mayores garantías físicas le ofrece. Pero para merecer nuestra hora, hemos de aguardarla con plena conciencia y humildad. Hemos de saber que hace muchos siglos las civilizaciones no se producen, viven y mueren en aislamiento, sino que pasean por la tierra buscando el lugar más propicio, y se van enriqueciendo y transformando al paso, con los nuevos alimentos que absorben a lo largo de su decurso. Mucho menos se equivoca y mucho mejor entiende la continuidad y la complicación del fenómeno quien ve en el cristianismo la prolongación histórica, la metamorfosis de edad del paganismo, que el que se figura ver entre una y otra noción del mundo una manera de lapso, un parpadeo en que desapareciera, como en el Diluvio, una raza de hombres para dar lugar a otra raza súbita. La intercomunicación, la continuidad es la ley de la humanidad moderna. Eso del Oriente y el Occidente sólo quiere decir que el vino y el agua han comenzado a mezclarse, es decir, que la nivelación de la tierra al fin se va logrando. Y todavía hay que reconocer que es el Occidente quien se ha interesado por el Oriente, quien lo ha desenterrado de las ruinas en que dormía y le ha concedido nueva vitalidad. Para conocer las filosofías asiáticas, los asiáticos van a doctorarse a París. El Japón aprendió las armas en Europa. Los dieciséis principios del mundo occidental que agrupa Waldo Frank en el prólogo de sus *Salvos*, concedo —para mejor entendernos— que hayan sido rectificados; pero, en todo caso, tú me concederás, amigo Waldo, que han sido rectificados por los mismos occidentales. ¿Qué pensaríamos del historiador que, al ver estallar el Renacimiento, profetizara la muerte de Europa sólo porque Europa se renovaba, y declarara que era llegado el gran día de Grecia, cuando sabemos que Grecia no fue más que un pretexto? Cierto que ahora es lícito considerar a Asia como algo más que un pretexto. Todos alcanzan algo de la "marea de las razas de color", la "hora gris del mestizo" y demás frases expresivas que corren ya por los periódicos, y que parecen las nietas de aquella frase del Kaiser Guillermo sobre los amagos del "peligro amarillo". Pero esta alta marea de los pueblos postrados —aunque se opere conforme a la ley de un combate— será una incorporación. El vencedor absorberá las virtudes del enemigo muerto como sucedió entre Grecia y Roma, cumpliéndose así la pintoresca superstición del salvaje. Del salvaje hoy tan a la

moda, aunque ahora con otro espíritu, como lo estaba en los días de Rousseau. Y no veo la necesidad de que, desde América, insistamos en la división del Oriente y el Occidente, el Atlántico y el Pacífico —haciendo así bizquear sin objeto nuestra inteligencia— cuando los dos grandes elementos se están fundiendo en buena hora, para nuestro uso y disfrute americano, en un solo metal sintético. Tomar partido es lo peor que podemos hacer. Es mucho más legítima la esperanza en la "raza cósmica" de Vasconcelos; la fe en la "cultura humana" de Waldo Frank. Adoptémoslo todo y tratemos de conciliarlo todo. Aquello en que no haya conciliación será equivocado, y de ello podremos prescindir a la izquierda y a la derecha. ¿Que no hay todavía criterio fijo para proceder a esta síntesis sobrehumana? Es cierto, y por eso la humanidad tiene que vivir en crisis por más de un siglo. Pero ya hay signos de amalgama, y un caso notorio es la desobediencia del Gandhi, acto positivo que nada tiene que ver con el orientalismo soñoliento. Sólo el tiempo logrará juntar los ingredientes sometidos a un fuego que no nos es dable intensificar. En el crisol de la historia se prepara para América una herencia incalculable. Pero será a condición de vivir alerta, de aprovechar y guardar todas las conquistas, como dije al principio, y de no tomar partido prematuramente. Vale la pena de ser cauteloso. Está en juego un alto interés humano y no una mezquina ambición. Lo que ha de salir no será oriental ni occidental, sino amplia y totalmente humano. De nosotros, de nuestros sucesores más bien, dependerá el que ello, por comodidad de expresión, pueda llamarse, en la historia, *americano*. Saber esperar es lo que importa. "Ser hombre de espera" —decía Gracián. ¿A qué nos conduciría otra cosa? ¿A seguir frivolidades a la moda y, por ridícula confusión sentimental, odiar a Europa, que "nos conquistó", y querer asiatizar nuestras tierras? ¿Y qué significaría asiatizar? ¿Aprender la interpretación de Asia que ahora ha querido darnos Europa? Porque eso no sería asiatizar, sino ponernos a tono con la gran cultura europea, llámese occidental en buena hora. ¿O asiatizar significaría imitar acá, en la salubre y pujante América, a los secos contempladores que se duermen de meditación junto a un río de lepra? ¡Oh, nunca! Yo aconsejaré para México las ventajas del desarme cuando todos los pueblos de la tierra convengan en desarmarse a un tiempo. Yo predicaré a los míos las ventajas de la pura meditación y de los brazos cruzados, cuando todos los demás crucen los brazos. Y aun entonces, ¿cómo desoír esa voz natural que nos empuja a modificar las cosas, a quererlas diferentes de como las encontramos, a procurar corregirlas conforme a nuestra idea, a pasarlas por el tamiz humano, a humanizarlas? Sobre la melancolía y la postración del indio, al que es nuestro deber sacudir, despertar a la alegría de la vida que ya tenía olvidada, incorporar a nuestro mundo de ideas y de anhelos, ¿vamos todavía a volcar las perezas del nirvana y las ociosidades de la plegaria como fin en sí? "Ayúdate y yo te ayudaré." No queremos hacer de México un pueblo de esclavos. Alerta los hombres de buena voluntad. Hay que dar un ideal de victoria, no hay que acostumbrarse ni engreírse con las visiones

del vencimiento. Virgilio se enfrenta con su patria: "¡Oh, romano: acuérdate de que has venido a regir los pueblos con imperio!" Acordémonos —porque también los ideales del gran poeta han sido superados— de que hemos venido a abrazar a todos los pueblos en una amistad provechosa. Y no hay amistad donde no hay fuerza, donde no hay salud ni hay esperanza.

13

Si todo esto es cierto, si nuestra conducta de americanos está en acoger todas las conquistas, procurando con todas ellas una elaboración sintética; si validos de nuestro leve peso histórico y hasta de haber sido convidados al banquete de la civilización cuando ya la mesa estaba servida —lo cual nos permite llegar a la fiesta como de mejor humor y más descansados—, queremos aportar a la obra ese calor, esa posibilidad física que haga al fin de ella un patrimonio universal, ¿qué sentido tiene hablar de latín, de latinidad y de latinismo? Toda solución de elementos necesita un vehículo. Nuestras aguas —hemos dicho— son latinas. De aquí partimos. Desde aquí esperamos. Aquí será el centro de todas nuestras exploraciones. Éste es el punto de referencia. Aquí clavamos la bandera, para no perdernos en vagabundeos incoherentes. El espíritu latino ha dado ya sus pruebas al mundo y ha demostrado su resistencia como continente de culturas. Sirva una vez más, y sométase ahora, en nuestra América, a la experiencia definitiva: tal es la fórmula, a la vez tan amplia y tan modesta, que desde el principio vengo buscando. Basta, para dar con ella, aceptar la realidad sencilla y severa. Figurarse que, para abrir cauce a nuevas inquietudes, hay que cegar un río y practicar otro por otro lado —trabajando así contra natura— sería olvidar la historia. La misma alma latina transportó a los hombres desde el paganismo al cristianismo, y es seguro que mañana los habrá transportado a otro sueño de felicidad más completo. No rompáis el instrumento precioso: os quedaríais desarmados, en medio de la transformación del mundo. En buena barca bogamos: ¡haya tormentas!

14

Todos sabemos lo que es la ciudad y todos sabemos lo que es el campo, pero si se nos pide el concepto distintivo entre ambas nociones, comienza el confundirse y el querer sustituir la idea escueta con la prolija descripción. En la ciudad domina el hecho de la relación entre el hombre y el hombre; en el campo, la relación entre el hombre y la tierra. Allá, el acto social; acá, el acto agrícola. La vida del hombre es una referencia continua al medio natural, un viaje incesante entre el hombre y la naturaleza exterior. Si en este viaje ponéis etapas y obstáculos adecuados para ir, por decirlo así, haciendo serpentear el arroyo y sangrándolo en el camino, entonces florece la ciudad. Si dejáis al viaje toda su velocidad de

línea recta y su caudal íntegro, entonces florecen los campos. Cuando el viaje es inmediato, es mayor también la apropiación que la naturaleza hace de su viajero. El ejemplo clásico está en la inmigración. Mientras los inmigrantes, en la ciudad, a través de calles y casas y palabras, van a arrinconarse formando abscesos políticos y minorías étnicas, en la gran plaza silenciosa del campo se entregan y son absorbidos fácilmente: el aire libre, el agua viva y la tierra híspida y desnuda se encargan de nacionalizarlos. También en las grandes crisis nacionales los pueblos tienden a buscar, espontáneamente, un alivio en el campo. El bálsamo de la agricultura mitiga las llagas de la política. Sobre la comarca recién desgarrada por las guerras civiles, como alta predicación de concordia, de unidad y de amor al trabajo, ruedan las ondas cordiales de las *Geórgicas*. También entre nosotros, después de las luchas interiores, se impone la necesidad de la política agraria para crear la nueva riqueza nacional y devolver a los pueblos el contentamiento con la tierra. Los gobiernos reconstructores quieren que se deje oír la voz de Virgilio: "la voz —decía Columela— que sabe prestar a la agricultura toda la potencia de la poesía".

Y para ser todavía más nuestro, Virgilio es el cantor de los pequeños labradores, de los modestos propietarios rústicos, de la parcela independiente que él veía, de niño, cultivar a su padre. El gran hacendado, el gran señor que tiene, más que casa de laboreo, museo y palacio de placer en mitad del campo; el hombre, en suma, que evocaría a nuestros ojos las fabulosas riquezas de Luis Terrazas y las botas fuertes con tacones de plata de nuestro Francisco Velarde, es más bien Terencio Varrón en su *De Re Rustica*. Allí las poblaciones de esclavos campesinos, entre labradores, pastores, pescadores, pajareros y cazadores. Allí los viveros de salmonetes y anguilas, los cotos de ciervos y jabalíes, el rico palomar de Casino y las crías de zorzales que rinden al año pingües rentas. Allí el bosque artificial de ruiseñores y mirlos que servía para los banquetes, y en medio del estanque, la isleta y la mesa giratoria que iba ofreciendo a la gula y a la sed de los huéspedes su variada ofrenda de vino y fruta. En Virgilio no, que teme como buen patriota los extravíos del lujo y los riesgos de la molicie. En todas las *Geórgicas* no hay mención de un solo intendente o de un solo esclavo —lo que serían para nosotros el capataz y el peón— y así sólo encontramos en él la imagen del campo más poético: el campo poseído por el mismo que lo cultiva. Utopía de los filósofos, sueño del hombre libre.

15

¡Virgilio me ha llevado tan lejos! La ausencia y la distancia nos enseñan a mirar la patria panorámicamente. Los que en ella viven y trabajan saben de cada fatiga diaria, y de la pena que rinde cada hora. Si a ellos la vecindad de los árboles no les deja ver el bosque, el que anda fuera corre el riesgo, a su vez, de pasar por alto tanto escollo y tantos abismos. Yo sólo quise celebrar a Virgilio haciendo para él

una tosca imagen de mi barro. Quise ofrecerle, como el mejor sacrificio, algunas de mis inquietudes nacionales. Quise comprobar en mí mismo que también es mío su recuerdo, también es mío el patrimonio de su poesía y todo el arrastre de cultura que ella supone. Desde el fondo de dos mil años sube un estrépito de armas, alternando con un suave rumor de lágrimas y canciones. ¿Acaso ese murmullo, ese ruido de hombres, que brota de los versos latinos, no es el mismo que llega hasta mí desde la historia? Para todas nuestras alegrías y nuestras penas encontramos en Virgilio aquel don de simpatía humana que lo mismo abraza, en su inmensa órbita, las evoluciones de los astros que la diminuta vida perfumada de las abejas, y sabe acariciar, de paso, la bestia abatida por la epidemia, con una piedad y una melancolía ya cristianas. También las desgarraduras de Roma y el gran optimismo agrario que acude a consolarlas nos conmueven como cosa propia. "Otra vez los campos filípicos vieron, con iguales dardos, luchar al romano contra el romano, y los dioses tuvieron por bueno que segunda vez nuestra sangre viniera a abonar el ancho cementerio. Un día el labrador, al mover la tierra, sentirá que la azada choca y suena contra los cascos huecos y la reja escarba entre venablos oxidados. E inclinado sobre los sepulcros abiertos, contemplará los gigantescos despojos…"

Detengámonos a celebrar esta hora de trabajo y concordia. He aquí que, como en los comienzos de la *Eneida*, una mano de bendición acaba de cerrar otra vez el templo de Jano, y en el cortejo de la Agricultura se acerca la Guerra, las manos atadas a la espalda.*

Rio de Janeiro, agosto de 1930

ATENEA POLÍTICA*

1

TODOS los viajeros lo saben: la manera más segura de marearse es fijar los ojos en el costado del barco, allí donde baten las olas. Y el mejor remedio contra esta atracción del torbellino es levantar siempre la vista y buscar la línea del horizonte. Las lejanías nos curan de las cercanías. La contemplación del rumbo da seguridad a nuestros pasos. Cuando yo hacía mi práctica militar, el sargento instructor solía gritarnos: —¡Para marchar en línea recta no hay que mirarse los pies; hay que mirar de frente!

Sin duda lo sabéis vosotros, señores estudiantes. Entre el cúmulo de preocupaciones inmediatas —estudios y cursos, programas y reformas, exámenes y reválidas, y aun lo que os afecta del estado general de las cosas públicas en el vuestro como en todos los países—, preocupaciones que quisieran acaparar toda vuestra atención, levantáis la vista al horizonte y buscáis a lo lejos un punto que os lanza desde allá, a modo de polo magnético, sus inagotables corrientes de simpatía. Y, tal vez, movidos por mis recientes manifestaciones en el Día Americano, me invitáis para que inaugure vuestras pláticas, a mí que represento ante vosotros en cierto sentido —no naturalmente en el de la amistad y aun la compenetración de ideales— una manera de lejanía. Lejanía, por cuanto soy un emisario venido de tierras muy distantes. Lejanía también, por cuanto, en el coro de vuestros veinte años florecientes, represento ya esa hora de la reflexión que ataja de golpe, adentro de nosotros mismos, el torrente de la juventud y comienza a exigirle cuentas.

¡Cómo os habéis arreglado para encontrar una lejanía cercana! Este mensajero de otra edad os queda muy cerca, porque no alimenta mayor afán que el de salvar, a lo largo de su viaje, lo más que pueda de la curiosidad avizora, el entusiasmo alerta y la divina plasticidad que son prendas de la juventud. Este mensajero de una zona distante viene de un país que, por misteriosa ley de simetría geográfica, corresponde expresivamente a la fisonomía del vuestro. — Hablemos así, confiadamente, distantes y cercanos a un tiempo, como de balcón a balcón y por encima del ruido de la calle.

2

Deseáis, según tengo entendido, que conversemos sobre la idea del cambio universitario entre nuestros países. Si os parece, también aquí introduciremos cierto elemento de lejanía. Marcharemos en retroceso hacia la idea más próxima anterior, lo cual nos permitirá apoderarnos mejor de nuestro asunto. La vida

universitaria es sólo un capítulo de la vida intelectual. Y la vida intelectual es, a su turno, el capítulo esencial de la vida humana, puesto que lo característico del hombre entre todas las demás cosas y criaturas es participar en la inteligencia. Preguntadlo, en la Antigüedad, a Aristóteles; en la Edad Media, a Santo Tomás; en la Edad Moderna, a Descartes y, en nuestros días, a cualquiera de los representantes de la filosofía contemporánea, tan preocupada toda ella, precisamente, por fijar la situación del hombre en la vida que es, por eso mismo, una filosofía trágica. Todos os dirán en diferentes palabras que, ante las piedras, las flores, las aves y las estrellas, el hombre es el náufrago caído en el océano de la inteligencia —porque es el juguete de ella y no su señor— y algunos os dejarán entender que las culturas son otros tantos sistemas natatorios. El hombre de los filósofos es el 'Segismundo' de Calderón que, consciente ya de sus cadenas, alza los ojos a los poderes celestes para implorar:

¿Qué delito cometí
contra vosotros naciendo?

Interrogación que cada sistema se encarga de contestar a su modo, en nombre del cielo. —Porque la chispa intelectual que le dio al hombre la conciencia de sus fines, le dio también la conciencia de su incapacidad para saciarlos. Único ser que se siente huésped de la naturaleza, y no parte de ella, es más intensamente él mismo mientras más se aplica a aquello que lo distingue de sus hermanos menores. El orden intelectual es, pues, el orden genuinamente humano. La obra del hombre sobre su materia prima, que es la tierra, se confunde con la obra de la inteligencia y consiste, como ella, en unificar.

Hemos dicho: unificación. Antes de seguir adelante, hay que hacer un discrimen. Separemos de una vez la idea, que es blanca, y la sombra de la idea, que es negra. La unificación no significa la renuncia a los sabores individuales de las cosas, a lo inesperado, y aun a la parte de aventura que la vida ha de ofrecer para ser vida. Sólo significa una circulación mejor de la vida dentro de la vida. Unificar no es estancar: es facilitar el movimiento. Unificar no es achatar las cosas haciéndoles perder su expresión propia, sino establecer entre todas ellas un sistema regular de conexiones. Una vida es tanto más vida cuanto mayor es la relación entre las diferentes partes del ser. Pero la plena vivificación no adormece el sentido heroico: al contrario, trae consigo un riesgo elevado a la potencia máxima. La lagartija, que apenas vive, escapa cómodamente dejando la cola en la mano de su captor, y lo mismo deja el cangrejo la pata o la pinza desarticuladas, cuando se apoderan de ellas los palpos del calamar. En cambio, al hombre —que vive plenamente— se le lastima de lejos con un gesto y se le mata hasta con una palabra. Así pues, la vida unificada es la vida en toda su dignidad y también en todo su peligro. El aeroplano y la radio son nuestros mayores instrumentos de unificación, por lo mismo que son nuestros más activos transmisores. Y el día que nos montáramos en el rayo de luz —la mayor velocidad que alcanza la física—

habríamos unificado el universo en la gozosa proporción del relámpago. La unificación no sugiere, pues, imágenes de inmovilidad: propone, a la inversa, el pleno frenesí de la vida. La tierra no unificada, en que hoy vive una humanidad partida en discordias, es un organismo con la circulación entorpecida: la sangre no llega a todas partes y, por sólo ese hecho, se producen asfixias e intoxicaciones. La más grande felicidad conquistada por la historia europea, la fraternidad cristiana, hace veinte siglos que anda dando rodeos, y todavía no puede bañar a todos los hombres.

3

Ahora, ya tranquilos respecto a la idea de unificación, examinémosla en su cuerpo y en su alma. Desde aquí declaro que me atendré a los argumentos de lo humano y lo humanístico, prescindiendo de lo sobrehumano. El usar lo sobrehumano ni me corresponde ni convencería a los descreídos. Y a los creyentes no habría para qué predicarles, porque de antemano están ganados a la causa de la armonía divina que preside a las cosas humanas; de suerte que, para ellos, cuando se dice Dios ya se ha dicho todo y no hay que añadir una palabra. Me planto, pues, en más humilde terreno.

El proceso unificador de la inteligencia tiene un cuerpo y tiene un alma. El cuerpo se llama la geografía humana. No en el sentido descriptivo de razas y costumbres, que por lo pronto no nos hace adelantar un palmo, sino en el sentido de la acción física del hombre sobre su planeta. ¿Y el alma? El alma es aquel soplo de coherencia y concordia que aletea sobre los pueblos. Ideal tan impaciente y activo, que cien veces se destroza a sí mismo en las batallas de la historia, las cuales algún día serán consideradas, al impulso de una orientación más noble, como accesos de celeridad en la exploración misma hacia la unificación anhelada.

En cuanto al cuerpo.—Todo el materialismo histórico, en largo cortejo de mitología agraria y económica, y con ruidosa impedimenta metálica de arados y armas, comercios e industrias, labora en la sobrehaz de la tierra como una energía de nivelación, como una erosión secular que igualara montes y valles —o los taladra y los salva, que es lo mismo—, llenara oquedades y hondonadas —o les tiende puentes encima, que a eso equivale—, se esforzara por conjurar la lluvia para armonizar el régimen de las aguas con la conveniencia de las cosechas, fertilizara el desierto y sometiera a ritmo medido la feracidad de la selva virgen, acudiera con los cestos llenos de la ofrenda adonde se alargan los brazos ansiosos de la demanda, acercara prácticamente lo que está alejado, y se entrometiera, con un ralantí metafísico, por las hendeduras de lo que está muy junto, para crear en ello algo de respiración y desahogo. Esta labor sólo se limita, en el espacio, hasta donde llegan los límites mismos de la vida. Es decir: *en la dimensión horizontal*, hasta donde el muro blanco de los hielos o el macizo verde

de la vegetación tropical cortan el paso al hombre —y todavía entonces las quillas de los exploradores polares rompen el suelo de los mares cuajados, o el hacha de los banderantes troza los nudos de los bosques, tratando unos y otros de ensanchar el teatro del hombre; *y en la dimensión vertical*, hacia unos cuantos pasos por encima y unos cuantos pasos por debajo del nivel de las aguas, que difícilmente suman un total de veinticinco kilómetros (prácticamente, catorce) — y todavía aquí la ciencia procura agrandar el espesor de la faja en que se perciben los efectos del acto humano—. Esta obra de arquitectura terrestre confiada a la raza de los hombres, si la vemos ahora desde arriba y como veía el Diablo Cojuelo las casas de la ciudad, se reparte —teoría de Brunhes— en tres grupos de hechos esenciales, cada uno de los cuales se divide en dos tipos:

1º Los hechos de ocupación improductiva del suelo. A saber: habitación y camino. Aquella granosidad que le nace a la piel del planeta y que va desde la choza de paja hasta el rascacielos de acero, y aquella red de cintas artificialmente esterilizadas con que el hombre mata la vegetación o la evita, al estampar su huella en la marcha.

2º Hechos de conquista vegetal y animal. A saber: campos de cultivo y domesticación de animales. Aquella tonsura, aquel peinado y aquella cosmética que imponemos al suelo, fomentando, agrupando y distribuyendo sus productos: flavos escuadrones de trigo, fresco rastrojo, morado varejal de membrillos, olivares cenicientos, cafetales de hondas emanaciones, naranjales gustosos y agresivas tropas de cactos, horticultura, jardinería. Y, por otra parte, la captación de animales por la mano del hombre, desde los tropeles que mugen en las hecatombes helénicas, o la "hacienda" que graba sus cascos en la dulce pampa argentina, hasta la abeja que criaba el fabuloso Aristeo, o el canario gorjeador de la ingrata Fílida, sobre el cual madrigaliza el rimador decadente. ¡Qué digo! Hasta las pulgas vestidas que se venden en las ferias de indios mexicanos.

3º Hechos de economía destructiva. A saber: explotaciones mineras y devastaciones vegetales y animales. De un lado, lo que se ha llamado el "rapto económico", comparando con el rapto de Eurídice la audacia del hombre que baja a la entraña de la tierra para arrebatarle su tesoro: aquel rascar la corteza terrestre que empieza con la cantera y acaba en la mina, que es en sí mismo una destrucción del suelo y que para siempre en un agotamiento del lecho, la veta o el filón. De otro lado, el leñador, el pescador, el cazador, que ejercen también un oficio de aniquilamiento y sacan de la tierra lo que no le devuelven.

Rompiendo por estos cuadros metódicos, la inventiva humana se atraviesa y la psicología hace de las suyas. Créanse necesidades artificiales y satisfacciones imprevistas. A la hora de pagar, las paga la tierra. Véase un caso:

La ganadería de Miura, la que usa en Madrid divisa verde y negra y en provincias encarnada y negra, la más reputada por su bravura en todos los pueblos hispánicos e hispanizados donde hay corridas de toros, necesita, por decirlo así, su campo de entrenamiento. El toro de lidia debe tener las pezuñas

duras. Ahora bien, las pezuñas duras se obtienen con un ejercicio diario de trote. Pongamos que el ejercicio diario sea de unos dieciséis kilómetros, y creo que me quedo corto en la cifra. El señor Miura necesita poseer unos buenos ocho kilómetros de tierra inutilizada y dura, entre los corrales y los aguaderos donde las reses sacian su sed: de este modo, a la ida y a la vuelta, está asegurado un trote mínimo diario de dieciséis kilómetros para la afamada ganadería de Miura.

Imaginad —soñemos con Brunhes— lo que sería poder apreciar esta gesticulación de la tierra bajo el cincel del hombre, en una de esas cintas cinematográficas que abrevian en media hora todo el desarrollo de una planta y —haciendo todavía más efímero lo efímero, para que nuestra capacidad nerviosa pueda apreciarlo— convierten la flor de un día en flor de un minuto. Comparad, por ejemplo, los grabados de Rio de Janeiro y sus alrededores a través de distintas épocas. ¡Cuando pienso que la Rua das Laranjeiras, donde viví, era, en el siglo XVI, un campo de cañas de azúcar, y la casa en que habité era, hace poco más de medio siglo, el centro de una espaciosa quinta, el núcleo de una célula que después se diferenció en cuadrículas urbanas! Pues figuraos ahora que todos esos sucesivos grabados os fueran exhibidos un día, concatenados en una ilusión de movimiento, mediante un truco óptico, en cualquiera de las salas del barrio Serrador. Apreciaríais entonces la enormidad de esta escultura geográfica que procede de los cinco dedos —y sobre todo del pulgar oponible— siempre y cuando los inspire la inteligencia.

4

Hemos examinado la labor unificadora de la inteligencia humana en su proceso físico sobre la redondez de la tierra. A esto hemos llamado el cuerpo. Dijimos que este proceso de unificación también tiene un alma. Considerémosla ahora.

En cuanto al alma.—Para ir de prisa, tenemos que reducir la idea de unificación a la idea de cosmopolitismo. Y como esta palabra —cosmopolitismo— aunque expresa una noción blanca, proyecta también, como la de unificación, su sombra negra, comencemos por establecer que aquí, esta tarde y en esta sesión, cosmopolitismo no significará para nosotros ninguno de esos amagos disolventes que alarman a la policía y hacen temblar a los padres de familia, sino que significará solamente un mejor entendimiento entre los pueblos, facilidad humana total para atravesar todas las naciones y aclimatarse en cualquiera de ellas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Tranquilizados ya respecto a la idea de cosmopolitismo, interroguemos con ella la historia. La historia nos contestará con teorías, es decir: literatura; y con hechos, es decir: política. Percibiremos entonces que la literatura se adelanta a la política al ir forjando ideales unificadores, y que la política viene caminando detrás con gran retardo, con incontables tropiezos, y de tiempo en tiempo se atasca como carro en pantano, o se clava de cuatro patas como mula en ladera, y no hay poder que

la haga avanzar. No es extraño que así acontezca, ni es humillante para los políticos.

El escritor, que sólo tiene que habérselas con papel y pluma, corre con más libertad en pos de sus creaciones; la transformación social se opera en su cabeza y, desde su mesa de trabajo o en tertulia con sus colegas, arregla alegremente el mundo en un parpadeo. Su acto llega hasta donde alcanza su talento. No es un mero juego: pensar seriamente una utopía política gasta, más o menos, las mismas energías que cuesta levantar una pirámide egipcia o mexicana. Lo que hay es que el pensamiento trabaja aquí con su propia y unificada sustancia, tiene asegurada la circulación, y toda la energía empleada se aprovecha. No es tampoco un dulce pasatiempo: los que escriben utopías políticas suelen pagarlo con su vida. Pero, en todo caso, el político, que maneja la más compleja de las realidades, aquella en que todas las otras se resumen —la realidad social—, se enreda, da traspiés, y de cuando en vez se viene abajo con partido y con plataforma: así Palinuro se fue al agua, llevándose consigo el timón y parte de la popa. Sin embargo, como el ideal expresado por el escritor y procurado a veces por el político es un ideal genuino y cierto, estas manifestaciones de la idea cosmopolita, aunque fracasen o se deshagan en el aire, van siendo parcialmente absorbidas por el ambiente. No creo en el progreso necesario: puede ser que el riego en tierra seca resulte escaso y se pierda íntegramente. No importa: lo que importa es la persistencia del impulso unificador, el cual otra vez florece, como la ruda de mi tierra, aunque le pasen las caballerías encima.

La historia, pues, nos presenta dos tipos de empresa cosmopolita:

1º El primer tipo consiste en unificar dominando, y es el imperialismo. Hasta hoy conocemos dos modos de imperialismo: uno de ellos, más guerrero en esencia que el otro, quiere gobernar por gobernar, aun cuando de paso explote y aproveche sus conquistas, y es el imperialismo jurídico de los romanos: "Acuérdate, romano —dice Virgilio— de que te incumbe regir el imperio de los pueblos". Este imperialismo nace en las guerras y perece en las guerras. El otro modo de imperialismo es el económico, el de factorías, protectorados, colonias y mercados amigos, y lo hemos visto desarrollarse en nuestro tiempo. Aun cuando la guerra enseñe aquí su puño de hierro —¡y ya sabemos en qué medida!— es mucho más filosófico asegurar que este imperialismo nace y muere con el sistema económico que le ha servido de vehículo. Sus capitanes, cuando la Bolsa empieza a temblar, se suicidan. Hay, por último, casos mixtos: tal fue el imperialismo ibérico, mezcla de codicia y gloria, de religión y de hazaña. Este imperialismo se deshizo por crecimiento y distribución del trabajo, fenómeno ayudado, claro está, con su sazón de revoluciones y su abono de héroes. Murió como muere lo homogéneo al realizarse, al fertilizarse en lo heterogéneo. Y dejó en el corazón de la metrópoli ibérica un desengaño provechoso. A partir de las emancipaciones americanas, comienza en la antigua metrópoli una revisión de valores, una siembra de rejuvenecimiento, cuyos frutos vamos apreciando poco a

poco. Ya se entiende que al recorrer así, a grandes pasos, la historia, sólo puedo ver las trayectorias, y me desentiendo de mil trastornos interiores y mil dolores domésticos que son otras tantas vacilaciones a uno y otro lado de la senda. Cualquiera que sea su suerte, los imperios dejan herencia: la dejó el jurídico, la dejará el económico. El imperio ibérico, que podemos llamar místico, considerándolo como una cruzada que se realizó, engendra vida, crea naciones. El elemento pasajero de dominio político queda eliminado naturalmente, y sólo resta la ganancia obtenida, la novedad histórica: el orbe ibérico. Como se habla de la civilización latina, y en igual sentido de vastedad y magnitud y fecundidad, sólo de la civilización ibérica puede hablarse. Para acabar con la idea imperial, no nos disimulemos que los imperialismos de todo género parecen haber entrado, a estas horas, en franca liquidación.[1]

2º El segundo tipo de la empresa cosmopolita —perfectamente respetuoso de la libertad y autonomía interiores— sólo quiere facilitar la circulación del hombre dentro del mundo humano, desarrollar el conocimiento y la comprensión entre los pueblos, la coordinación de los intereses complementarios y la lenta disolución de las fricciones, procurar la concordia y estorbar la discordia. Inútil añadir que este cosmopolitismo es el que aquí nos interesa y al que deseamos porvenir. Por su esencia misma, es mucho más fácil seguirlo en sus manifestaciones ideológicas o literarias, aunque se haya acompañado también de concomitancias políticas, que ya son acción que corrobora o ya reacción que contrarresta. Este cosmopolitismo ha hecho cuatro intentos en la historia:

I. El primer intento es el cosmopolitismo cristiano y caballeresco de la Edad Media, cuando la catolicidad o universalidad se erige como dogma de la iglesia que llamamos, por antonomasia, Iglesia Católica. La fe religiosa, el ideal de hermandad humana, la herencia de la unidad latina —que todavía queda en estado de *saudade*—, el inmenso fondo común de leyendas pías y tradiciones populares y caballerescas, alimentan una suerte de cosmopolitismo cuyos heraldos son —ya lo sabéis— los clérigos, los intelectuales de entonces, comprendiendo en la palabra "clérigos", como entonces se hacía, a los sacerdotes y a los letrados. Pero esto, por antítesis, nos hace pensar en los ingenios legos, los "juglares" que, cantando por las ferias y lugares de peregrinación, como el camino de Santiago o camino francés, contribuían también, a su manera, a difundir entre la gente extraña las creencias y las tradiciones, los cultos hagiográficos e históricos de su pueblo.

II. El segundo intento de cosmopolitismo sobreviene con el Renacimiento humanístico. El siglo XVI predica el retorno a las dos antigüedades clásicas, aviva el interés por el hombre mismo en cuanto es criatura de la tierra, y nutre un ideal de armonía ya menos asido a la caridad y más afirmado en la cultura que el de la Edad Media. Sus heraldos son ya intelectuales a nuestro modo. (¡Ojalá, en otro sentido, nosotros lo fuéramos al de ellos!)

III. El tercer intento de cosmopolitismo, en el siglo XVIII, es clásico y

filosófico. Brota del afinamiento cultural y se establece como un común denominador sobre la lengua francesa, que sucede al griego y al latín entre los letrados del mundo: —las Luces, la Enciclopedia, y la Razón, que ya es soberana, y muy pronto —cuando se crea diosa— comenzará a cortar cabezas.

IV. El cuarto intento o intento romántico, en la primera mitad del siglo XIX, es por una parte consecuencia de revoluciones, guerra, emigraciones y destierros. Verdaderos ejércitos de pensadores y escritores franceses, españoles, portugueses, italianos, polacos, acarrean influencias entre este pueblo y aquel pueblo. Por otra parte, favorecen este movimiento las ciencias históricas y filológicas, que buscan la tradición y contaminación de temas folklóricos, de imágenes comunes a la fantasía de todos los hombres. Es la invasión del Romanticismo: ya sabéis lo que esto significa.

Éste sería el sitio de injertar el reflejo que tales movimientos hayan tenido en nuestra América, pero ello merecería una investigación especial. El siglo XIX ve nacer los nuevos Estados americanos. Anímalos una subconsciente aspiración al ser colectivo. Pero esta aspiración no se realiza: la independencia americana resulta, al contrario, un fraccionamiento. La literatura, de un modo general, sigue reflejando aquel sueño de Bolívar: la Grande América. Y se da la bifurcación entre los europeizantes, que insisten en la conservación de las técnicas europeas, y los autoctonistas, que se aplican sobre todo a la busca de lo criollo y lo indígena. Se esboza una conciliación. Diríase, pues, que para dar ser propio a las Américas, la fuerza se partió en porciones: la tabla rasa del antiguo imperio hispánico se llenó de compartimentos como un tablero de ajedrez. Más tarde, robustecidos ya los retoños americanos, comienza —con el afán de conocernos mejor unos a otros y de entendernos mejor— una maniobra inversa, bien que no aspira ya a la vinculación política en el antiguo sentido, sino a la vinculación espiritual.

Ya vemos, pues, que la idea cosmopolita se rehace cada vez que fracasa, y coincide con las épocas mismas de nuestra historia. A los cuatro intentos de que hablan los tratados, podemos añadir aquel en que ahora vivimos, y que merece el nombre de cosmopolitismo político.

V. El cosmopolitismo político contemporáneo no borda ya sobre un ideal religioso, humanístico, racionalista o romántico, sino sobre el cañamazo del hombre abreviado en su expresión mínima: el hombre en su primer función, que es la de vecino del hombre. Y el problema de la vecindad entre los hombres es, ni más ni menos, el problema político. De tal nueva especie de cosmopolitismo, las actuales revoluciones económicas son el síntoma aventurero y bravío. Nuestra literatura es su expresión viva: lo sufre y lo alimenta a la vez. La Sociedad de las Naciones es su más alta sanción en el orden de lo institucional y lo admitido. Las Conferencias del Desarme, aunque a sabiendas sólo esperen realizar sus fines parcialmente, representan el ataque orgánico a este problema, el ataque que viene de adentro del propio complejo de la historia, cuyo éxito, por escaso que

fuere, será bienvenido. El Instituto Internacional de Cooperación Intelectual descubre, hasta por su nombre, el motor que anima estos empeños: la inteligencia.[2]

Notaréis que este cuadro registra tácitamente un paulatino advenimiento al poder de las clases que ahora se llaman clases universitarias. El ideal de unificación ya da más francamente la cara y no se sonroja de sí mismo. Se le llama ideal de paz, y es la más noble conquista de la inteligencia. Porque, aunque hablando con toda la crueldad de la filosofía, el ser del Estado se confunda en última instancia con el ser del ejército, nadie ha dicho que lo que se engendró en la guerra tiene que seguir siendo bélico. Sobre todo cuando, como en el caso, la necesidad bélica no es su fundamento. Al contrario, en apaciguar y convertir a más altos fines los impulsos atávicos está el sentido de la humanidad. También hay sociólogos que nos demuestran, con metáforas biológicas, que el hombre es originariamente un animal de rapiña: tiene —dicen— los ojos de frente para fascinar a la presa, como todos los seres que se alimentan con la vida de los demás; en tanto que los animales no rapaces viven de plantas y yerbas, y tienen los ojos de costado, a la defensiva, para ver venir la amenaza y escapar a tiempo. Concluir de aquí, como lo hacen estos sociólogos, que el hombre debe procurar desarrollar en sí mismo su rapacidad prehistórica, no pasa de ser una chabacanería lamentable. Yo sé que la biología debe entrar con mucha cautela y pisando de puntillas en el terreno de la sociología. También nos enseña la historia natural que las alas de las aves pueden haber sido, en un principio, meros órganos respiratorios, como las branquias de los peces. Suponed que la mano —me avergüenza decirlo— os haya sido dada para matar. Habéis hecho de ella —sea en buenhora— el menestral de todas las artes y el ministro de la amistad.

5

Hasta aquí hemos recorrido la vida y fortunas de la inteligencia en su proceso físico y en su proceso espiritual de unificación, cuando trabaja sobre la materia natural o sobre la materia histórica: sobre la tierra o sobre el hombre. Pero la inteligencia trabaja también como agente unificador sobre su propio ser inefable, sobre la inteligencia misma, y entonces se llama cultura. Ya no es el proceso físico —nivelación geográfica—, ya no es el proceso histórico —cosmopolitismo—; ahora es el proceso intelectual de la inteligencia (si se me permite esta expresión algo alambicada), el cual se desarrolla en el pasado, se recoge en el presente y se orienta hacia el porvenir. La continuidad que así se establece es la cultura, la obra de las Musas, hijas de la memoria. Este punto, aparentemente, no necesita mayor desarrollo que su simple enunciado. Todos, en efecto, estamos convencidos de que asegurando el presente afirmamos el porvenir y, en cierto sentido, satisfacemos aquel anhelo de perpetuación y perennidad que está

escrito en nuestras almas. Todos debiéramos estar convencidos de que la manera de asegurar el presente es asimilar el pasado. ¿Lo estamos de veras?

Comencemos otra vez por alejar la intrusa sombra que acompaña y a veces esconde a cada pensamiento. Asimilar el pasado no es ser conservador sistemático, ni retrógrado en el sentido vulgar de la palabra. Os habla el ciudadano de una república que no dudó en ponerse a sí misma en tela de juicio para esclarecerse a sus propios ojos, para darse a luz. La transformación mexicana, al disiparse el humo de los combates, descubre frente a sí el espectáculo del ser mexicano, de la tradición nacional, de la cual las vicisitudes históricas nos habían venido alejando insensiblemente al correr del siglo XIX. Hablo aquí de tal transformación como un fenómeno total, superior a los gustos individuales, a los partidos y a las personas, superior a sus directores. Lo que ha salido a flor de patria —la gran preocupación por la educación del pueblo y el desarrollo incalculable de las artes plásticas y la arqueología— son movimientos de perfecta relación histórica, que rectifican un titubeo anterior de descastamiento: se afianzan sobre el pasado vetusto y trascendente, recogiendo cada nota de la melodía que dan los siglos; se inspiran en él, lo aprovechan como resorte del presente y, sobre este resorte, saltan con robusta confianza sobre el mar movible del porvenir. Recientemente, en un diario madrileño, Azorín comentaba con lucidez las palabras del Jefe del Gabinete Español, don Manuel Azaña: "Soy el español más tradicionalista que hay en la Península"; y hacía ver que, entre los tres órdenes políticos que hoy emplean en España la palabra tradición con singular frecuencia —el carlista partidario del absolutismo, el monarquista constitucional alfonsino, ambos conservadores, y por último el Gobierno republicano surgido de la revolución—, es éste, es el revolucionario Azaña quien abarca en su visión nacional mayor cantidad de historia, de pasado, de ser español. Todo esto es para deciros que la idea de continuidad, de cultura, de unificación de la inteligencia en el seno de su propia sustancia, nada tiene de común con lo que la gente llama pasatismo, derechismo, reacción u otras nociones de este jaez que hemos dejado a media calle antes de llegar a esta sala, porque ellas pueden corresponder a realidades inmediatas, pero no tienen cara filosófica con que presentarse. No se trata aquí de querer traducir el presente hacia el pasado, sino, al contrario, el pasado hacia el presente. El aprovechamiento de una tradición no significa un paso atrás, sino un paso adelante, a condición de que sea un paso orientado en una línea maestra y no al azar. Por lo demás, no todo lo que ha existido funda tradición. Si así fuera, la historia sería una ciencia matemática: un asunto de cómputo cuantitativo y no, como lo es, un asunto de selección cualitativa. Y repito ahora mi pregunta. Aun purificada así la idea, ¿estamos seguros de creer que, tamizando y cerniendo finamente el pasado —porque en todo hay que separar el grano de la paja—, hacemos un servicio al presente? Debiéramos estar seguros, no cabe la menor duda. Pero ello es que no lo estamos. Tal es, y no la crisis exterior, la mayor

dolencia de nuestra época. Hablemos con sinceridad: hoy se nos repite mucho que el pasado está en quiebra y que toda la humanidad, antes de nosotros, se ha equivocado. Un placer de la ruptura histórica preside a estas apreciaciones. Ello merece analizarse.

Sin duda es cuestión de temperamentos. Hay quienes se sienten más impresionados por las semejanzas de las cosas, y hay quienes se confiesan más afectados por sus diferencias. Aquella primera tendencia, que es la tendencia clásica, se alarga en un comentario de veinticuatro siglos en torno al principio aristotélico de que la naturaleza nada hace por saltos. Visión de la vida que no deja de tener placidez, ella contempla los hilos que teje y desteje la creación, con la confianza de que no puede haber ruptura en la hamaca que nos sostiene, y nunca hemos de precipitarnos en la nada mediante un asesinato cosmogónico, ya administrado a pequeñas dosis de discontinuidad, o ya en un rapto de impaciencia divina que cerrara todo el universo como se cierra un grande abanico. De aquí cierto optimismo metafísico superior a nuestras desgracias individuales, que fácilmente alcanza la temperatura de la mística: la contemplación de la armonía lleva al éxtasis, anula el sentir personal en términos que confunden el placer de la vida y el placer de la muerte. Porque la muerte, de cierta manera apreciada, como el Prometeo de Goethe la describe, puede también atraer, a modo de oasis. En esta misma imagen del mundo se inspira el sentimiento de la evolución: no digo la teoría de Darwin o la retórica descriptiva de Spencer, que han dejado de prestar servicios a la ciencia y a la filosofía, sino la noción puramente lógica de la evolución, que equivale ya a la armonía. Los fenómenos son una cadena de manos enlazadas, y se puede ir de uno a otro por la línea recta de la derivación. En el orden de la naturaleza, esta imagen del mundo informa el concepto de la "coordinación biológica", concepto que ha venido a sustituir a los antiguos de variación sin plan, adaptación sin plan y lucha por la vida sin plan.

La otra tendencia, aquella que insiste en las diferencias de las cosas, en los contrastes de las centurias o de los instantes sucesivos, está, en nuestro día, al alcance de todas las fortunas, desde que la guerra europea nos dio la sensación de un vasto hundimiento. Abra histórico donde desaparecieron millones de hombres, esta zanja parece dividir naturalmente dos épocas, a tal grado que muchos se figuran que los de allá y los de acá nos damos la espalda, que de poco o nada nos sirven las anteriores conquistas, y que la actual crisis —crisis del mantenimiento de nuestra especie sobre la tierra, crisis de la vida del hombre en medio de sus semejantes— ofrece caracteres de novedad para los cuales es fuerza sacar remedios nuevos punto menos que de la nada. Con una exasperación que llega, en sus desvaríos, a asumir perfiles de regocijo orgiástico, las nuevas generaciones se educan al grito: —¡Nada tengo de común con la historia! Y me pregunto si no será tiempo de que sus maestros, que tanto han insistido en la discontinuidad y en la diferencia, comiencen ya a insistir en la ley de

continuidad, ley de cultura.

Tanto recrearse en la desvinculación aparente de las cosas me temo que sea un pecado del espíritu, una delectación morosa a lo metafísico, y que se purgue y se pague al fin como los demás pecados. En el argumento se ha introducido confusión pintoresca. Se confunde arbitrariamente la idea de continuidad con la idea de lentitud, y por aquí se la hace odiosa. Spengler describe la aparición del hombre en la tierra como un caso súbito semejante a un cataclismo geológico, y luego añade: "Las variaciones lentas y flemáticas corresponden al modo de ser inglés: no a la naturaleza". Pero nadie ha dicho que la continuidad sea modorra, ni nadie aconseja el andar perezoso de la tortuga de preferencia a la estética del salto, grata a las almas jóvenes. Y aquí comenzamos a hablar del salto en un sentido ya no aristotélico. El salto, que nos seduce como una manera de heroicidad en el movimiento, no es tampoco una interrupción. Aquiles, de alígeros pies, salta y no lo vemos sino antes y después del salto. No diremos de Aquiles que ha dejado de existir durante el salto: simplemente, supera nuestra sensación psicológica del momento, la decimasexta parte de un segundo. Pero Aquiles, visto en cámara lenta, es perfectamente continuo. Sea otro ejemplo —de uso frecuente, puesto que se encuentra en la *Ilíada*—: el dardo parece morir en las manos del que lo lanza, cuando ya renace otra vez vibrando en el pecho del enemigo; pero los ojos veloces de una diosa han reducido este rayo a un tren de ondas, y su mano ha tenido tiempo de atravesarse, rauda, a medio viaje, y desviar el golpe mortífero. Los que adulteran, a sabiendas o no, el concepto de la continuidad, juegan con el coeficiente del tiempo. *En lo inmenso*, nos amenazan con la ruina de las culturas. ¡Como si éstos fueran acontecimientos apreciables a la planta humana![3] ¡Como si pudiéramos organizar nuestra actitud ante la vida —ante el trecho de vida que nos incumbe— en vista de fenómenos que, o caen tan fuera de nuestro radio como el enfriamiento progresivo del mundo, o sólo tienen una realidad interpretativa! Y *en lo diminuto*, nos amenazan con la misteriosa interrupción de los electrones al saltar de una órbita a otra. ¡Como si esto fuera pura deficiencia de nuestro cálculo, o bien falsa traducción del lenguaje que llama discontinuo a lo rítmico o llama espacio a lo que ya no es espacio![4] Y todavía, en su sadismo filosófico, porque otro nombre no merece, ¿qué porvenir nos ofrecen si aceptamos la inminencia de un vuelco absoluto de la vida? ¿Nos ofrecen una vida mejor, o lo que vale más, de mayor dignidad humana? No: nos convidan al suicidio consciente. Nos proponen, con hueca grandilocuencia, el ejemplo de aquel soldado romano "cuyo esqueleto se ha encontrado delante de una puerta de Pompeya, y que murió porque, al estallar el Vesubio, olvidáronse de licenciarlo". ¡Como si el hombre no estuviera dotado para adoptar y sortear estos acasos, de acuerdo con la valentía de la vida! Estas metáforas soberbias —desconfiemos— explotan el gusto literario más a ras del suelo, y halagan la vanidad vulgar. Resultamos héroes a nuestros propios ojos, por el solo hecho de existir en estos tiempos de Dios. Además, nos sentimos incitados a la pereza, lo

cual parece que es muy agradable: si nada nos enseña el pasado ¡a cerrar los libros! Así se distrae a la juventud del ejercicio y el estudio que han de ser toda su defensa para mañana, con la consoladora perspectiva del fin del mundo, propio consuelo de cobardes. Así echan cada cinco minutos el pito de sirena de los incendios, que hace abandonar las aulas y salir a la calle. Así amenazan a toda hora con el "¡Guarda, el lobo!" de la fábula, hasta que, de hartos, ninguno preste atención si de veras se nos acerca el lobo. Y —rasgo característico— son los más eruditos, los más culturizados, los que más deben al pasado y a la tradición, quienes se proponen para caudillos en esta nueva campaña de la ignorancia. Tras haberse nutrido con el acervo de la historia, vienen a capitanear una campaña antihistórica.

Pero no se puede jugar así, indefinidamente, con el espíritu de las nuevas generaciones. El soldado de Pompeya, o estaba embriagado como solían, o se adormeció doblado sobre su lanza como acontece al centinela, o no pasaría de ser un imbécil sin el sentido de las categorías, sin discernimiento ni cerebración, y hasta sin el sano instinto que salva de los terremotos a los pobres ratones. Yo tengo una contrafigura para el soldado de Pompeya, y es aquel admirable aventurero español que, abandonado por una primera expedición en las costas mexicanas, no quiso seguir a los hombres de Cortés cuando éstos después se presentaron a rescatarlo. Gonzalo Guerrero, que así se llamaba este valiente, se encontraba bien hallado como jefe de indios, y tenía mujeres trigueñas que le daban hijos encantadores: la primera prole mestiza de que haya mención en nuestra América. Para él cambiar de civilizaciones venía a ser como cambiar de camisa. No veía el objeto de morirse por tener que taladrarse el lóbulo de la oreja o tener que estamparse en la cara un estupendo tatuaje en rojo y negro —cosas, después de todo, que hacen más o menos nuestras damas. Y aunque no sabría de coro las dos antigüedades, de seguro había cortado en la España de su infancia el fruto verdadero de las culturas que es, en suma, la resistencia moral para los reveses y casualidades exteriores; es decir: la fuerza de continuidad, el valor para "seguir adelante sobre las tumbas", como suspiraba Goethe; para el "impávido pisar sobre ruinas", como cantaba Horacio.

6

No son de ahora los predicadores de catástrofes. Un cierto instinto pitagórico hace que se consideren los números redondos como cifras fatídicas. Así fue el año de Mil, así será el de Dos Mil: se va a acabar el mundo. Un cierto instinto de que todo lo insólito es un aviso del destino alimenta la superstición de los eclipses y los cometas: se va a acabar el mundo. Ya un cometa —quizá os lo han contado— le costó a la raza de Cuauhtémoc la conquista de México. El emperador Moctezuma estaba convencido de que la aparición del cometa en el cielo de Anáhuac era una conminación divina para entregarse con armas y bagajes al

conquistador blanco, al hijo del sol. Y se le entregó, en efecto, como el rey Latino de la *Eneida* se entregó a los troyanos. Y aunque después el pueblo se opuso en una revirada instintiva, otra hubiera sido su suerte si, bien conducido por su monarca, cierra desde el primer instante su muralla de paveses, y descarga sobre el invasor, no digamos ya la tempestad de sus flechas, sino su numeroso empellón de carne humana.

Pero volvamos a las catástrofes irremediables, a las ruinas de civilizaciones. Si le llamo civilización al uso del triciclo, me cuesta poco trabajo demostraros que la civilización está, por su esencia misma, destinada a morir en término más o menos lejano. Pero —si ateniéndome a lo fundamental— le llamo civilización a la rueda, la veo girar por toda la historia como un radioso disco solar que todo lo ilumina, o como aquella serpiente que se muerde la cola, imagen de la continuidad adorada en todas nuestras mitologías.

Días pasados, cayó casualmente en mi mesa un artículo del *Harper's Weekly*, revista norteamericana, del cual entresaco estos párrafos:

> El presente es un momento sombrío en la historia. Por muchos años, ni en el curso de la vida de los que leen esta revista, ha habido tan profunda y grave preocupación humana; nunca ha sido el futuro tan incierto como hoy. En nuestro mismo país existe pánico y depresión comercial, y miles de nuestros más pobres conciudadanos están en la calle sin empleo y sin la menor perspectiva de obtenerlo.
>
> En Francia, la caldera política hierve y bulle con incertidumbre; Rusia, como siempre, es la amenaza de una nube negra y silenciosa sobre el horizonte de Europa; mientras que todas las fuerzas y energías del Imperio Británico están duramente probadas en contener en la India una insurrección de vastas y mortales proporciones y, además, la posibilidad de complicaciones internacionales en China.
>
> Es éste un momento solemne, y no se puede permanecer indiferente ante tales acontecimientos. Nadie puede pronosticar ni ver el fin de nuestras propias perturbaciones...

Así dice el artículo de la revista norteamericana. No se puede describir mejor lo que ahora estamos presenciando. Se me olvidaba decir —pequeña confesión al oído— que este artículo del *Harper's Weekly* no acaba de publicarse ahora, sino que procede de un número que apareció, exactamente, el 10 de octubre de 1857. Hace setenta y cinco años que debimos haber perecido como el soldado de Pompeya, y todavía no hemos perecido. Y estamos afrontando una nueva crisis, aunque sea más grande que la otra. Y yo os invito con todo mi ánimo a que todavía no os deis a la derrota. El que persiste acaba siempre por tener razón. Aceptad las renovaciones que el tiempo traiga, y abrid el pecho a los ventarrones de la vida.

7

Las palabras "cambio universitario" sólo nos sirvieron de peldaño para subir una escalera que ahora tendremos que bajar. Pero ya sabemos todo lo que en esas palabras hay escondido. Dejemos la técnica del cambio a los que tienen, en nuestros países, el gobierno de las escuelas. Quizá otro día os describa algunos

aspectos de este concepto —lucha de unificación entre las conciencias tiernas de América— tal como yo lo entiendo y lo veo. Por ahora sólo quise libraros de un mareo, ayudaros a mirar la línea del horizonte, para curaros un poco de las pequeñas inquietudes que todos los días os visitan, en vuestro trato con programas de estudio, libros de texto, catedráticos o directores de la enseñanza. Si logro que volváis ahora a vuestros afanes estudiosos algo confortados con la contemplación de la Atenea Política, de la inteligencia que fabrica ciudades, habré correspondido a la invitación con que me honrasteis. Ninguna podía conmoverme más: soy un estudiante cuarentón, estudiante fui ayer y estudiante seré mañana. Tengo algún derecho a aconsejaros la vida de la cultura como garantía de equilibrio en medio de las crisis morales. Traigo bien provistas de experiencia mis alforjas de caminante. No olvidéis que un universitario mexicano de mis años sabe ya lo que es cruzar una ciudad asediada por el bombardeo durante diez días seguidos, para acudir al deber de hijo y de hermano, y aun de esposo y padre, con el luto en el corazón y el libro de escolar bajo el brazo. Nunca, ni en medio de dolores que todavía no pueden contarse, nos abandonó la Atenea Política.

No quiero despedirme sin recordaros que esta divinidad tiene muchos nombres, no contando el que Zeus le prodiga en el poema homérico ("querida ojizarca") que más bien es un apodo paternal cariñoso. Repetir los nombres de las divinidades es una forma elemental de la plegaria. Orar quiere decir hablar con la boca. Oremos: Atenea, además de Polías o política, se llama Promacos, que viene a ser campeón en las armas, diosa campeadora; se llama Sthenias o poderosa. Areia o de bélica naturaleza. Y todo esto significa que nunca deja enmohecerse su tradición, sus victorias pasadas, sino que a cada nueva aurora madruga a combatir por ellas. Atenea se llama también Bulaia, porque asiste y juzga con los consejos, porque sofrena la cólera del héroe tirándole oportunamente por las riendas de la cabellera; y se llama Ergane, maestra de artesanos, por donde la escuela y el taller se confunden. Por último, Atenea es Kurótrofos, nutriz de los retoños, diosa que alimenta los nuevos planteles de hombres. Protectora de los muchachos, ella os defienda y os ampare, ella os guíe, ella os fatigue y os repose.

Rio de Janeiro, 4 de mayo de 1932

HOMILÍA POR LA CULTURA*

1

HONRA a esta asociación el propósito de fomentar en su seno los estímulos de la cultura. Esta conciliación entre la Económica y las Humanidades contenta ciertamente nuestros viejos anhelos platónicos, acariciados desde la infancia, y hasta nos convida a soñar en un mundo mejor, donde llegue a resolverse la antinomia occidental entre la vida práctica y la vida del espíritu. Todo empeño por partir artificialmente la unidad fundamental del ser humano tiene consecuencias funestas: arruina a las sociedades y entristece a los individuos. Por encima de todas las especialidades y profesiones limitadas a que nos obliga la complejidad de la época, hay que salvar aquella que Guyau y Rodó han llamado la "profesión general de hombre". Aparte de que el hombre de varios recursos está mejor armado para los vaivenes de la suerte; porque el que sólo tiene un recurso, es como el ratón de un solo agujero que decía, hace cuatro siglos, la *Celestina:* "No hay cosa más perdida, hija que el mur que no sabe sino un horado; si aquél le tapan, no habrá dónde se esconda del gato". Stendhal, llamado a escalar las tempestuosas montañas de la novela romántica, en cierto momento de su vida cuelga la espada de subteniente y se hace especiero en Marsella. Y el más alto poeta vivo de mi país, Enrique González Martínez —que por cierto fue Ministro en la Argentina hasta hace pocos lustros—, para sobrellevar el naufragio cuando lo azotó la fortuna y tenía, como dice la gente, "el santo de espaldas", abrió tranquilamente un expendio de jabón y otras mercancías humildes, pero limpias, al que puso como nombre y enseña el título de su más famoso soneto: *La muerte del cisne.*

Querer encontrar el equilibrio moral en el solo ejercicio de una actividad técnica, más o menos estrecha, sin dejar abierta la ventana a la circulación de las corrientes espirituales, conduce a los pueblos y a los hombres a una manera de desnutrición y de escorbuto. Este mal afecta al espíritu, a la felicidad, al bienestar y a la misma economía. Después de todo, economía quiere decir recto aprovechamiento y armoniosa repartición entre los recursos de subsistencia. Y el desvincular la especialidad de la universalidad equivale a cortar la raíz, la línea de alimentación. Cuando los especialistas, magnetizados sobre su cabeza de alfiler, pierden de vista el conjunto de los fines humanos, producen aberraciones políticas. Cuando los hombres lo pierden de vista, labran su desgracia y la de los suyos. El otro día, en el film *Tiempos modernos*, Chaplin nos daba la caricatura, más trágica que risueña, de la enfermedad a que conduce la continuada ocupación de apretar tuercas en las máquinas. Cuidemos, sí, cuidemos de apretar

la tuerca que representa nuestro oficio práctico, pero no olvidemos la otra tuerca, la que nos prende al universo. Si el universo —decía Pascal— nos contiene por el espacio, nosotros contenemos al universo por el espíritu. Como "hay tiempo para llorar y tiempo para reír", debe haber tiempo para la acción y tiempo para la contemplación. Un baño frecuente en los universos devuelve su elasticidad a nuestra acción limitada y le presta nuevo vigor. Dicen que basta ver una vez al día, de pasada y aun sin darle importancia, la imagen del Gran San Cristóbal, para evitar accidentes y desgracias. Los *chauffeurs* en estos países suelen llevar consigo una imagen del milagroso santo. Nuestro Gran San Cristóbal debe ser este sentido de lo universal que se llama la cultura: un vistazo diario al reino de la cultura, desde nuestra humilde ventanita, nos libertará de accidentes y desgracias.

Platón, en uno de aquellos diálogos que varias veces han dado la vuelta al mundo, destaca, bajo la apariencia de un símbolo poético, una profunda verdad ideal. Asegura que los humanos no fueron siempre lo que hoy son: que eran unos seres mixtos —hoy decimos mixtos o dobles, pero habría que decir completos— en que la pareja hombre y mujer estaba fundida en una sola unidad biológica que se bastaba a sí misma. Otro símbolo nos ha dicho que Eva estaba intrínseca en el cuerpo de Adán: brotó de su costilla, como el retoño brota en el tronco. Y la historia natural nos enseña que esta partición o bifurcación es uno de los modos elementales de reproducirse los seres. Así, en la célula viva —examinada al microscopio— acontecen revoluciones muy semejantes a los cismas políticos: el núcleo engorda y se rompe, y cada pedazo se va a su rincón, convertido, a su turno, en pequeño sol de un diminuto sistema planetario de puntitos y bastoncitos; hasta que la célula original se divide en varias células nuevas. De igual modo el ser andrógino de Platón se partió un día en sus dos elementos, el masculino y el femenino. Y aquí comienza el gritar y el rechinar de dientes, porque cada fragmento se acuerda (esto de "acordarse" tiene una gran importancia en la filosofía platónica), se acuerda —digo— de la unidad armoniosa que antes era, y se echa por la vida a buscar, afanosamente, "su media naranja".

Pues imaginemos ahora que la cabeza del hombre, continente filosófico para una imagen del universo, también haya sido partida en dos cotiledones, catástrofe botánica de que aún parecen quedar vestigios en los dos hemisferios cerebrales, tan semejantes a los granos de ciertas plantas, dobles y simétricos con respecto a un eje central. Imaginemos que un pedazo de la cabeza se llevó toda la teoría y el otro toda la práctica; aquél toda la contemplación, éste toda la acción. ¡Ay! ¿Qué harían el uno sin el otro? ¿Cómo no habían de anhelar por juntarse y ayudarse entre sí, al igual de los seres bifurcados de que hablaba Platón? Aspiran a coordinarse las partes, aspira a recomponerse el rompecabezas (que aquí propiamente podemos llamarle así) para que una y otra porción sumen sus flaquezas y deficiencias y arreglen un compendio de energía cabal. Así la especialidad sin la universalidad es una mutilación; así el bancario sin la cultura,

como cualquier otro oficial de otro oficio cualquiera. Por eso, en aquel soneto de Quevedo, el ciego —que anda y no ve— presta sus piernas y pide sus pupilas al cojo —que ve y no anda— para entre los dos sacar un dechado armonioso, una figura de viabilidad suficiente.

Y ya que nos hemos lanzado por este firmamento de los símbolos, recordaremos la fábula egipcia de Isis y Osiris: Osiris, despedazado entre todas las estrellas del cielo nocturno, aparece recompuesto en el cielo diurno, y eso es el Sol. Y el secreto es que Isis, la Luna, junta cada noche, estrella a estrella, los millones de fragmentos y trizas de su esposo. El mito de Isis nos inspire: pensemos que la realidad cotidiana, en sus mil embates, se empeña siempre en destrozarnos. Y reconstruyamos, con una voluntad permanente, nuestra unidad necesaria. Ésta y no otra, amigos míos, es la tarea de la cultura.

La cultura es una función unificadora. La concebimos bajo la especie geométrica del círculo, la figura total y armoniosa. La función unificadora tiene un cuerpo y un alma. En el orden individual o moral, todos lo entienden. En el social o político, el cuerpo es la geografía (necesidad) y el alma es la concordia (libertad). La voluntad de concordia, de coherencia, de intercambio, procura, en todos los pueblos y a través de todas las tierras, nivelar y anular las desigualdades geográficas, para que la circulación humana sea más plena y regular en la tierra. Se trata de hacer de la tierra natural —accidente de la geografía— una tierra humana, fruto de nuestra iniciativa hacia el bienestar y el mutuo entendimiento.

La cultura es una función unificadora. Los fenómenos se *estudian* y se *describen* por partes, pero *existen* en manera de continuidad. Lo aislado no se da ni en el espíritu ni en la naturaleza. El aislar un objeto de acción o de conocimiento no es más que una operación transitoria y provisional. Y he dicho bien una operación, porque tiene algo de treta operatoria, de ligadura de una vena para evitar una sangría, mientras se procede a una intervención. La inteligencia, en su proceso físico sobre nuestra habitación terrestre, unifica nivelando y comunicando entre sí las partes de la tierra. La inteligencia, en su proceso político sobre el ser de nuestras sociedades, unifica creando el entendimiento internacional. Cuando la inteligencia trabaja como agente unificador sobre su propia sustancia, produce la cultura.[1] Los conocimientos, las ciencias y las artes, se cambian constantes avisos entre sí, viven de la intercomunicación.

Caso heroico el de la matemática, y por eso va a servirnos de ejemplo. La matemática, que los bancarios tienen obligación de practicar y conocer como a persona de la familia, parece, por su abstracción misma, una disciplina sin atmósfera social, un conocimiento neumático. Y, sin embargo, está afianzada, como la yedra, al muro de la vida. Desde luego, su abstracción misma la hace abrazar todos los fenómenos, considerados bajo cierto aspecto, el aspecto cuantitativo. Esto nos explica ya su continuidad con todas las demás especies del conocimiento. Y, por paradójico que a primera vista parezca, también los

fenómenos de orden cualitativo se dejan interpretar, sondear y captar por la matemática: esta red envuelve todos los peces. Vamos a explicarlo con un caso concreto.

Al principio hemos recordado a Pascal. Pascal solía decir que por un lado marchaba el espíritu de fineza (orden cualitativo) y por otro el espíritu de geometría (orden cuantitativo). La verdad es que hay entre ambos unos vasos comunicantes. Escojamos una de las cosas más aparentes: nada hay más aparente que la luz; la luz, madre de los colores. Pues he aquí que los colores lo mismo se prestan al conocimiento psicológico o cualitativo, que al conocimiento físico o cuantitativo. Un día se produjo una controversia ilustre en la historia de las ciencias. Ella está representada por dos sabios: uno Newton y otro Goethe, el autor del *Fausto*, que era también un hombre de ciencia. Newton prendía la interpretación cuantitativa de los colores; Goethe se aferraba en la cualitativa. Cada uno tenía la mitad de la razón. Newton abría el ciclo de investigaciones que, poco a poco, habían de llevar a la ciencia a la explicación de los colores como efectos de velocidades distintas en la onda luminosa; y esta teoría ha sido fecunda para la física. Goethe insistía en la autonomía cualitativa de cada color, en la sensación del color, y su análisis de esta sensación no había sido superado hasta entonces. El hecho visual del verde y el rojo no puede sustituirse por dos números que representen dos velocidades de ondas diferentes; y, sin embargo, a través de este lenguaje, la matemática opera y realiza resultados con una cosa que parece serle tan ajena como lo es la sensación que tenemos de los colores. De suerte que una cifra algebraica puede, para ciertos efectos, hacer las veces de un lienzo del Veronés, vibrante en su doble llama de azul acero y anaranjado.

Hay más: ni siquiera está desasida la matemática de la realidad social de cada época. No me refiero sólo al progreso de las nociones o de los instrumentos. El estado social en el aspecto más cualitativo y emotivo, en el sentido de estado político, afecta profundamente la historia de la matemática. El desarrollo y el ejercicio de este conocimiento no son impermeables, por ejemplo, a la noción de clase social. La matemática del antiguo Egipto, con ser tan asombrosa, nos resulta hoy envuelta entre artificiales misterios de castas, que no tienen ya a nuestros ojos más valor que el de un estado transitorio en las sociedades. El sacerdote, el iniciado, era el único que tenía derecho a la fórmula para medir el nivel de las crecientes del Nilo (y de las bajantes, para ser actual);[2] y esta circunstancia, a la vez que trascendía a la vida general de aquel pueblo, se reflejaba en la vida de la matemática.

No necesitamos retroceder en los siglos para encontrar yerbas adventicias de antropomorfismo en el campo de la matemática. Los ejemplares sociales de todas las épocas conviven en las distintas capas humanas de cada época. Hay quien vive todavía en la Edad Media, y hay todavía gente primitiva. Ciertos pueblos africanos de hoy en día sólo tienen nombre numeral para las decenas, y completan las unidades sobrantes con gestos de la cara y señas de la mano. En la

oscuridad, no pueden comunicarse un cómputo. Para decir: "He visto cuatro cabras cruzar el arroyo", tienen que decir: "He visto cruzar el arroyo ¿cuántas cabras?", y aquí la mímica, el gesto o el ademán que corresponden al cuatro en un como lenguaje de sordomudos.

Para quien vive en el nivel contemporáneo de la cultura, hoy la matemática es lo que es y parece ya del todo higienizada, pasteurizada contra toda influencia antropomórfica. No estamos, sin embargo, muy seguros de que nuestra matemática parezca igualmente pura a la humanidad del año tres mil. Entre los mismos sabios de nuestra época se nota una pugna de criterios, pugna que precisamente se resuelve en una fundamentación más humana de las ciencias exactas. De un lado, aquella tradición que arranca de Descartes (cuyo *Discurso del método* está recordando la gente universitaria de nuestros días, al cumplirse el tercer centenario de su aparición) y que remata con los logísticos contemporáneos, tiende a considerar la matemática como una disciplina formal, como una síntesis lógica, lo que hace decir a un matemático de la otra escuela que también hay arquitectos que, por usar del cemento para juntar sus materiales, quieren construir todo su palacio con cemento. De aquel lado, hay otros que consideran que en la matemática hay un acto de invención humana, el cual puede representarse simbólicamente en el instante de elección de las fórmulas, de que han de resultar las teorías y las conclusiones, y que es este punto de vista el que ha permitido los grandes adelantos del siglo pasado y del presente. Como veis, la matemática vive del cambio con el estado general de la mente, con la cultura. Aun la invención y la imaginación tienen que ver con ella. Y cuando la célebre manzana cae sobre la cabeza de un hombre, se desata, dentro de esa cabeza, un proceso de asociaciones que lo llevan hasta la formulación de algunas leyes físicas fundamentales, proceso que anda mezclado con muchas cosas que no son puramente abstractas y que hasta participa de los caracteres del proceso poético.

Y ya que hemos llegado a la física, ¿quién ignora la historia de los arrepentimientos de Galileo, arrepentimientos de dientes afuera a que le obligó la policía de su época? ¿Quién negaría entonces la trabazón social que envuelve a la historia de esta ciencia exacta? No hay sólo una trabazón social, hay también una trabazón emocional y sensible. Considérese solamente el esfuerzo que hace el hombre medio de nuestros días (esfuerzo comparable al del contemporáneo de la gran revolución copernicana, que de pronto se sintió expulsado del centro del universo) para aceptar íntimamente las nociones de una geometría no euclidiana, un mundo de cuatro dimensiones, un continuo de espacio-tiempo, un rayo de luz que —por la naturaleza misma de las cosas— recorre una trayectoria en redondo y, tras de millones de milenios, regresa a su punto de partida y, por decirlo así, se muerde la cola. No sólo las ciencias se armonizan entre sí como las distintas partes de un organismo, sino que este organismo, el organismo de la cultura, está empapado y vivificado por la misma sangre de

emoción que penetra todas las cosas humanas.

2

Una de las mujeres más extraordinarias que han nacido en América, la monja Sor Juana Inés de la Cruz —a quien en su tiempo, el siglo XVII, llamaron la Décima Musa y que, a más de poetisa, era una mente filosófica y lo que hoy diríamos un carácter—, había descubierto algo que constituye a la vez el secreto de la cultura y el secreto del estudio. En sus afanes por entenderlo todo, en su incontrastable sed de conocimiento que rayaba en la heroicidad, luchando con los obstáculos que nuestras sociedades han opuesto de todo tiempo a las mujeres que quieren embarcarse en el mismo barco de los hombres, y que hacían de la colonia un medio singularmente impropicio para su formación intelectual; desvelándose a solas, como decía la pobre, sin más maestro que un libro ni más condiscípulo que un tintero insensible con quien departir sobre las verdades que iba adquiriendo; se había dado cuenta de esta intercomunicación que existe entre los distintos órdenes del saber; había comprobado por sí misma que unas disciplinas ayudan a las otras, y que aquello que no alcanzaba directamente en la teología, a lo mejor venía a entenderlo a través de la matemática; y lo de aquí con ayuda de la música, y lo de más allá con la historia. Esta colonización interior entre unas y otras provincias; este riego que, por pendiente natural, parece escurrir de unos a otros lechos vegetales, fertilizándolos inesperadamente, es un fenómeno espontáneo, pero se produce con más facilidad y frecuencia cuando lo ayudamos con un poco de iniciativa. La atención orientada como que abre las compuertas, los vasos comunicantes.

A este propósito, voy a contaros una modesta experiencia personal. Inclinado por vocación y estudios a las cosas de la literatura: algo tocado de poesía o, como se dice en mi tierra, “picado de la araña”; pero obligado, por otra parte, al estudio de las cosas sociales, en virtud de los encargos que desempeño, siempre —al revés de lo que muchos pretenden— he procurado persuadirme (y aquí de la orientación voluntaria a que antes me refiero) de que este mi trabajo que llamaríamos oficial no desvía mis personales aficiones, antes las nutre y enriquece. En el Brasil me encontré en el caso de documentarme sobre la historia económica de aquel país inmenso y asombroso. Y he aquí que, a medida que se completaba en mi mente la figura de ciertos hechos sobre el desenvolvimiento y etapas de la riqueza brasileña, paralelamente se iba precipitando en mi interior la concepción de una obra teatral de cuyo trazo os doy las primicias. Sé que esta exposición desequilibra un poco las proporciones de mi charla, pero me parece oportuna ante un auditorio de trabajadores de la economía nacional. Tal vez no escribiré nunca el drama soñado. Narrando las grandes líneas del proyecto, habré cumplido hasta cierto punto con mi conciencia.

Se trata de un drama de materialismo histórico. El héroe individual queda sustituido por la multitud: la estadística, el saldo general, importan más que los actos de un protagonista determinado. A esta concepción literaria, que en nuestro tiempo Jules Romains ha bautizado con el nombre de "unanimismo", se acercaban ya Cervantes en la *Numancia* y Lope de Vega en la *Fuenteovejuna*, donde el verdadero héroe viene a ser la voz popular.

El Brasil, enorme territorio político, va siendo paulatinamente captado por el aprovechamiento económico de los colonizadores portugueses, holandeses, franceses, que luchan entre sí para quedarse con la tierra recién descubierta. De uno a otro punto del litoral se tienden poco a poco líneas de colonización; y del litoral hacia el interior avanzan las banderas de los exploradores. La frontera económica está en marcha, para llegar a coincidir con la frontera política. La bandera adelanta como una tribu de la Biblia, llevando consigo sus familias, sus sacerdotes, sus jueces y jefes militares. Algunos se quedan en el camino y van formando los "sertões" o poblaciones interiores: el río de sangre hace charcas aquí y allá, y se va coagulando en la tierra donde ha caído. Los "bandeirantes" tienen algo de los "condottieri" italianos y son una transformación sudamericana del aventurero europeo que produjo el Renacimiento. Éste, el movimiento general. Y ahora las sucesivas etapas.

La economía del Brasil se desenvuelve en una serie de monoculturas extensivas. Ellas dominan un tiempo los mercados, y luego se hunden bajo la competencia de las culturas intensivas, mejor pertrechadas, que van apareciendo en otras partes del mundo. Cada uno de estos monopolios naturales en torno a lo que se llama un "leading article" o artículo principal, coincide con el aprovechamiento de nuevas áreas, con un avance de la frontera económica, y determina un auge y hasta un tipo nuevo de civilización. Y cada auge, al final del acto, acaba en una crisis producida por la competencia exterior; en una desbandada de los pueblos hacia una nueva región donde acaba de aparecer otra riqueza; la cual, a su turno y por algún tiempo, regirá en señora absoluta los mercados.

La primera etapa es la civilización del azúcar. Colón trajo la caña a las Indias Occidentales en 1493. En 1532, la caña fue importada de Madera al Brasil. Cultivose en San Vicente y luego en Pernambuco y Bahía, la Virginia sudamericana, y no la Roma negra como exagera Paul Morand. Hasta fines del siglo XVII, domina en los mercados el azúcar brasileña, que luego cede el paso a las Indias Occidentales y a Europa. En aquel siglo alcanza importancia mundial y es el producto por excelencia del tráfico ultramarino. La colonización holandesa, bajo el conde de Nassau, en el nordeste del Brasil, vive del azúcar. La expulsión de los holandeses, en 1655, redunda en la decadencia del producto, que poco a poco desciende a la categoría de industria doméstica. Pero no es ésta la única causa del menoscabo. Hay otra causa interior: desde mediados del XVII, las minas de oro y de diamantes han comenzado a atraer el capital y el trabajo hacia

otras zonas del país. Los "fazendeiros" y los esclavos emigran hacia Minas Gerães o Rio de Janeiro, gran centro de lavaderos de oro. La civilización del azúcar, para cuya pintura Oliveira Lima nos prestaría su pluma incomparable, conoce todavía algunos altibajos ocasionales: el sistema continental de Napoleón afectará el mercado azucarero; la rebelión de esclavos en Haití destruye los ingenios; los Estados Unidos se abren como nueva e importante plaza, lo que determina un relativo renacimiento de Pernambuco a principios del XIX. Pero a mediados del siglo recibirá otro golpe, con la revolución técnica y la lucha entre la caña y la remolacha. El ferrocarril tiende a convertir los plantíos dispersos en magnas empresas. En vano se procura adoptar el sistema cubano de las Centrales. La abolición de la esclavitud (1888) deja la industria sin manos. La guerra mundial trae otro pasajero auge. São Paulo ha comenzado también a producir azúcar y en Rio Grande do Sul también se cultiva la caña. Matto Grosso se empeña en lo mismo, aprovechando sus bocas naturales que están en Paraguay y Bolivia. El Brasil produce lo bastante para su propio consumo, y el café —que los brasileños endulzan mucho— vehicula la venta del azúcar. Se la aplica ya a la creciente industria de la fruta en conserva. Y así, entre ondas históricas, se desarrolla el acto de la civilización del azúcar.

En el siglo XVIII domina el oro, que cede el paso después ante el auge de California, Sudáfrica y Australia. Buscado ansiosamente desde los orígenes de la colonización —cuando los reyes portugueses mandan escudriñar, como decía el poeta Claudio Manoel, "os thesouros que occulta e guarda a terra"—; descubierto provisionalmente en San Vicente y luego en Catagua (1560) y en otras regiones de Minas Gerães; procurado con afán en el XVII por los exploradores paulistas que se internaban hasta Minas cazando indios, sólo a fines de aquel siglo puede decirse que se convierte en riqueza, al afortunado hallazgo de la bandera de Rodrigues Arzao (1693). Aparecen las minas de São João d'El-Rei y de Goyaz. De todo el mundo acuden los aventureros, al grado que por el valle de San Francisco (Bahía) nace una actividad ganadera subsidiaria, para alimentar a los buscadores de oro. En cambio, se abandona la agricultura. A la fábula del Potosí sucede la fábula de la Villa Rica. En Goyaz, se repueblan establecimientos ya medio descuidados, alguno de los cuales da origen a un centro ganadero todavía floreciente. Nacen las ciudades de Donna Marianna, Villa Rica, Duro Preto, São João d'El-Rei. Por todos sitios apunta el oro, que hoy sólo queda en Minas (Passagem, Morro Velho). La onda crece hasta 1760. Al comenzar el siguiente siglo, un amigo de Goethe a quien éste solía encargar diamantes brasileños, el barón von Eschwege, organiza científicamente la extracción. En 1824 aparece la primera irrupción del capital extranjero: The Imperial Brazilian Mining Association. "Gran parte del oro brasileño —escribía Adam Smith— viene anualmente a Inglaterra." La Gran Bretaña, que tenía muy viejas alianzas con Portugal (acaso las más antiguas de Europa, puesto que datan de las Cruzadas); que ya en el siglo XVII podía considerar el comercio portugués como un comercio

británico bajo el pabellón de Braganza; que con el tratado de Methuen (1703) se había asegurado la plaza portuguesa; que al sobrevenir las guerras napoleónicas había sugerido y costeado el traslado de la corte de Lisboa al Brasil, queda en calidad de intermediaria, no sólo entre el Brasil y el resto del mundo, sino también entre el Brasil y la antigua metrópoli. Logra que sus créditos contra Portugal sean transferidos al Brasil, deudor todavía virgen; y así, bajo su tutela, lo lanza algo prematuramente a la experiencia de las deudas internacionales. El primer banco del Brasil suspende un día sus pagos en metálico (1821), porque el almacén de oro del mundo se ha quedado sin oro. Y empieza la larga historia del papel de Estado irredimible, con vaivenes hacia el metalismo y recaídas inevitables; con episodios como la crisis del "xem-xem" o moneda falsa de cobre; hasta que, en 1918, sobreviene la prohibición de exportar el oro, que debe entregarse al tesoro nacional. Una escena aparte, que abriera un compás de espera en nuestro drama, podría mostrarnos aquí las vicisitudes de los bancos centrales, en los países enormes sembrados de plazas pequeñas y sin comunicación entre sí. Legendario pasado, presente pobre, futuro indescifrable: tal es la civilización del oro en el Brasil. Ella deja ostentosas huellas artísticas, y el recuerdo de las favoritas paseadas en andas por las calles, tras las aclamaciones de la muchedumbre. Al fondo, las joyas labradas, la rica arquitectura eclesiástica del "Aleijadinho", la más importante del Brasil.

A fines del XVIII, el algodón brasileño domina en la plaza londinense, pronto arruinado por el invento de los almarraes, y deja el sitio a los Estados Unidos. Bahía, Pernambuco y Maranhão inician con la colonia este tipo o civilización del algodón; surten primero a sus distritos, y acaban por producir para todo el mundo. Hay fábricas de tejidos en Minas desde mediados del XVIII. El siguiente siglo conoce el auge de Ceará, aunque ya se deja sentir la competencia norteamericana. Por 1822 hay, en Europa, una caída de precios. La guerra de secesión de los Estados Unidos da otra vez juego libre al algodón brasileño. Pero, rehecha aquella gran república, pronto prima sobre la producción del Brasil esta producción casera, paternal e idílica de ingenios de esclavos. Y otra vez la abolición de la esclavitud (1888) reduce de pronto la industria a límites domésticos. La dislocación fue aquí más grave que en el caso del azúcar. El caucho, que aparece en el Norte, imanta hacia allá las energías. La guerra mundial trae, como de costumbre, una bonanza pasajera. La tarifa proteccionista de 1914 tiende a desarrollar la industria más de prisa que la producción. Las fábricas, acosadas, distribuyen semillas entre los plantadores. Los mercados vuelven del exterior al interior: industriales de São Paulo, Minas y Rio consumen el producto; ahora el Norte provee al Sur. En los últimos tiempos, São Paulo y Rio Grande do Sul se han hecho productores en tal medida, que despiertan el interés del Japón, cuyas misiones comerciales proyectan posibles transferencias al Brasil de sus compras en los Estados Unidos. Y con esta ceremoniosa aparición de los asiáticos se cierra el acto de la civilización algodonera.

El siglo XIX, como era de esperar, ofrece un cuadro más complejo y variado; los movimientos se aceleran y también las sustituciones de las monoculturas, que se pisan unas a otras. Entonces la supremacía de un producto accesorio —el cacao, pronto derrotado por el Ecuador y luego por Venezuela y Colombia— casi se ahoga entre el apogeo fantástico del caucho, del que habrá de dar cuenta el Asia. Y se desarrolla el artículo por excelencia, el café, que, entre el rejuego de calidades y precios, sufre los tremendos embates del género fino de Colombia, de Venezuela y Centroamérica. La naranja ayuda subsidiariamente a los cafeteros, obligados a suspender las labores del principal artículo. Veamos primero el caso del caucho y luego el del café.

Sólo el oro nació en el corazón del Brasil. Azúcar, algodón y caucho vinieron del Norte. El caucho se da por la cuenca del Amazonas. Imagínese lo que sería la representación de la selva amazónica en un escenario bien montado. Los "seringueiros", casi sin medios de comunicación, entran por los bosques, temerosos como feraces, dando tajos con sus cuchillas para recoger en los troncos el precioso sudor, que a esto se reduce toda su técnica. Conocido el caucho brasileño desde el siglo XVI –los indios lo usaban para muchos fines—, sólo entra en la vida ostensible en el XIX, desde la industrialización de MacIntoch (1823). La edad dorada corresponde a los años 1905-1910, época en que todo se abandona en el Norte por seguir la suerte del caucho: café, algodón, cacao, arroz, tabaco, nueces del Pará. El Sur se ve obligado a proveer a las crecientes poblaciones del Norte. Pero el caucho plantado va minando al caucho silvestre. Británicos y holandeses irrumpen con su artículo perfeccionado y sus precios más atractivos. Wickham se había llevado al Oriente la semilla amazónica por 1876. De 1910 en adelante, Ceilán y Malaya han conquistado las plazas. A los dos años, el caucho brasileño ha perdido su lugar de honor. En vano la guerra mundial lo alivia un poco. El auge del caucho es un cuadro semejante al del oro: fantástica atracción seguida de bruscas desilusiones; una marcha más de la frontera (la adquisición del territorio del Acre, por el tratado de Petrópolis, 1903) y un nuevo progreso de la colonización interior: después de varios días de navegación por entre la selva primitiva, se alza, inesperada como en un cuento árabe, la ciudad de Manaos. La misma política internacional ha entrado en juego, y hay conflictos con el Perú y Bolivia, problemas con relación a las concesiones norteamericanas de Ford, a las concesiones japonesas y a los intereses de los navieros británicos. Y la caída es aquí todavía más trágica que en los otros casos. En 1921 se llega a la máxima depresión. Y en vez de avanzar, la misma frontera económica parece que retrocede entonces: por las márgenes del sagrado río, se ven pueblos abandonados; un perro, vuelto silvestre, aúlla largamente entre las ruinas.

En cuanto al café, eje de la economía nacional en nuestros tiempos, ha sido llevado por el Amazonas y Pará allá en 1723. Pronto se traslada a Rio de Janeiro el principal cultivo, y a comienzos del siglo pasado, a São Paulo, que vendrá a ser

el centro. Hasta 1830, las Indias Occidentales habían dominado el artículo, a través de Londres. De entonces hasta los años del sesenta, pasa el turno a Java, a través de Amsterdam y Rotterdam. En el setenta, al Brasil. Hasta 1887, las plazas son Nueva York, El Havre, Hamburgo, y el café de Santos lleva la palma. En la actualidad, las plazas son Santos, Rio de Janeiro, Nueva York. Como la planta sólo se cosecha a los cinco años y la tierra roja es costosa —esa tierra roja de los cafetales que pinta deliciosamente Portinari—, la inversión de capital es mayor; y esto nos da un tipo de economía y de vida muy diferentes que en los otros artículos. Junto al pequeño "fazendeiro", el grande nos aparece ya como un comerciante urbano. Entre las alternativas de esta agitada historia, veremos batallas contra otras potencias cafeteras (Sielcken y Arbuckle Bros., por ejemplo), y cautelas contra la sobreproducción como las de Java en la primera mitad del siglo XIX. El imperio, en sus postrimerías, intenta la regulación por el monopolio. En 1902 se restringen las plantaciones en São Paulo. Las tentaciones del privilegio llevan al exceso de especulación. A veces la valoración del café revela una pugna entre los vastos planes nacionales de São Paulo y los modestos planes locales del gobierno federal. El café adquiere carácter de moneda. Las mismas defensas y protecciones inauguradas en 1906 hacen del café una empresa financiera en magna escala. El peso de esta economía gravita sobre la política que, de 1889 en adelante, aparece regida por el café en mucha parte, bajo la hegemonía creciente de São Paulo. Lo que no se pudo para el azúcar, se logra para el café: transformar en institución permanente el sistema de defensas. En 1924 funciona ya un Instituto del Café con banco especial. Las facilidades que alcanza São Paulo despiertan la rivalidad de otras regiones. La catástrofe se cierne ya, y los cafeteros de São Paulo hablan todavía en tono satisfecho y ufano, en vísperas del año terrible de 1929. La crisis hace posible la revolución de octubre de 1930, e inaugura la segunda república. Ésta, llamada a repartir entre todos los Estados de la nación la antigua hegemonía paulista, procura también, para en adelante, salvar al país de las convulsiones de la monocultura, orientándolo hacia la policultura, más estable de suyo.

Y toda esta epopeya del esfuerzo humano se desenvuelve sobre escenarios deslumbradores: el descubrimiento; la colonización y conquista; las luchas por la posesión exclusiva entre varios pueblos europeos; la aventura de los hugonotes de Villegagnon; la fastuosa colonia; el traslado del Rey D. João VI, el hombre de las iniciativas, que llega un día con su corte, su peluquero Monsieur Catilino y su costurera Madama Josefina; el franqueo de puertos que Inglaterra comienza por asegurarse en pacto secreto y que luego se abren al mundo; el regreso de la corte a Portugal, que barre consigo todas las reservas del Estado, puesto que en suma el monarca veía como patrimonio privado el tesoro público; los esfuerzos para restaurar la economía con impuestos, impuestos hasta sobre la confesión de los fieles; la célebre cabalgata de D. Pedro I para anunciar la independencia a su pueblo; el imperio dorado y dulce; D. Pedro II, filósofo en el trono; las guerras

del Sur; la república. Pasan las figuras de Tiradentes, de Caxias, de Ruy Barbosa. Y los actores del drama: el explorador y guerrero que se va cambiando en "sertanejo"; éste, que deriva hacia el "fazendeiro"; y el nieto o biznieto que es ya paulista, financiero urbano, empresario moderno. Y por los abiertos brazos del litoral, la inmigración que irrumpe sin freno, y a la que sólo la última Constitución impone gradaciones y filtros.

Este rapidísimo desfile no tenía más fin que el recordaros el pleno contenido humano —total, integralmente humano— que se esconde bajo la armadura de una ciencia al parecer abstracta. No tenía otro objeto que el demostraros cómo un simple aficionado a las letras puede hallar también su alimento en los cuadros estadísticos, las listas de precios y los conocimientos de embarque. Ni siquiera faltaría en el drama la nota de humorismo patético. También la encontré un día entre los papeles que andaba revolviendo. Sabréis, en efecto, que el espíritu bancario y de asociación, inspirado en el sansimonismo, hizo presa en el Brasil por obra, sobre todo, de aquel formidable vizconde de Mauá, cuya penetración financiera lo mismo se hacía sentir en su país que en Europa y en el río de la Plata. Los años medios del siglo XIX fueron la época de los bancos privados. Pues bien: al estudiar la crisis que, en 1857, vino a arruinar a tantas firmas particulares, sirviéndoles de prueba de resistencia, y dio al traste, singularmente, con el célebre banco de J. A. Souto e Cia., averigüé con sorpresa que la quiebra de esta institución sacudió a tal punto hasta los rincones más escondidos del Brasil, que todavía a principios de este siglo, entre los "sertões" y pueblos apartados, era posible comprar loros (los loros, como sabéis, viven muchos años) que repetían mecánicamente el siniestro grito: "O Souto quebrou! O Souto quebrou!"

Así pues, una sola rama del saber puede conduciros al más ancho contacto humano, a poco que nos mantengamos en el propósito de abrir los vasos comunicantes.

Y, finalmente, cuando ya se hayan agotado todas las operaciones del análisis racional, entra la loca de la casa, la imaginación, electricidad esencial del espíritu que todo lo enciende y vivifica. ¿Cómo evitar que la imaginación nos transporte hasta nuevos mundos, partiendo de un dato científico y hasta de una cifra? ¿Ni por qué evitarlo, sobre todo? Al joven Humboldt, empleado en una casa de comercio (bancario, podemos decir), las columnas de números se le figuraban ejércitos de piratas; y así la imaginación lo iba empujando, desordenadamente, hacia aquella vocación de descubridor y viajero que ha de convertirlo en el fundador de la moderna geografía americana.

Yo mismo ando revoloteando hace rato, a vuestros ojos, en alas de la imaginación. Conviene frenar. Sólo he querido, en esta charla sin pretensiones, excitaros a las desinteresadas delicias del espíritu, que nos consuelan de la diaria labor y nos vigorizan para mejor cumplirla. Ya veis cómo, desde la más modesta tarea de la contabilidad, podemos lanzarnos hasta el cielo puro de las ideas.

Buenos Aires, 27 de octubre de 1937

CIENCIA SOCIAL Y DEBER SOCIAL*

SE HA dicho que todo el hombre es vida social. Los esfuerzos teóricos para concebirlo en aislamiento sólo tienen un valor de acertijo y son una prueba "apagógica" o por reducción al absurdo. Así, el Robinsón infantil no hace más que esforzarse por sustituir el alimento social de que se ve privado, demostrando por la negativa lo indispensable, lo precioso de semejante alimento. Y los Robinsones metafísicos, desde Aben-Tofail a Gracián y sus imitaciones, no son más que ejemplos fecundos de cómo el solitario camina, a tientas, hacia la meta de la vida social. Como el tema del río es el mar, el tema de Robinsón es la sociedad, en la que se afana por desembocar algún día.

Si todo el hombre es vida social, la ciencia social comprende el registro de todas las posibles disciplinas humanas, y en ella todas se confunden. La economía del espíritu la obliga, sin embargo, a recortar tan imperiales fronteras, reduciendo convenientemente sus técnicas a lo que pudiéramos llamar el delta del río, y dejando para otras ciencias las peripecias anteriores de la corriente. Después de todo, la realidad es continua y todas las cosas y todos los conocimientos se entrecruzan: viven de su mutua fertilización. Pero como la inteligencia humana no alcanza los ensanches angélicos, procede según el *Discurso del método*, reparte en porciones la dificultad, y encomienda a sendos oficiales el cultivo de cada región determinada.

¡Pero ay de la ciencia que olvida la integración de sus destinos humanos, y particularmente si ella es la ciencia social! Esta integración se llama ética. El especialista —y hoy todos lo somos, por la multiplicación de los conocimientos y las técnicas— nunca debe abandonar los universales, a riesgo de engendrar monstruos y de dar pábulo a los crímenes. La cultura de la Antigüedad jamás perdió de vista sus destinos sociales. La tarea de edificar y conservar la Polis —la "defensa de los muros" que decían los líricos y los filósofos— era su punto de imantación. Produjo las más portentosas obras de arte, al grado que muchas veces se ha pretendido interpretarla conforme al criterio puro del estetismo, y casi de la sensualidad. Pero a la hora de juzgarse a sí misma, la Antigüedad sólo aplicó tablas de valores religiosos, éticos y políticos. Por eso era una cultura; es decir, una integración. La cultura de la Edad Media, en su intensa referencia a Dios, no dejaba resquicio por donde se fugaran las energías de su sistema, y transportaba derechamente al hombre en sus brazos, por la cuesta de la salvación. La cultura moderna se nos fue volviendo un mosaico, por falta de nexo, por enmohecimiento de la brújula. Cada pieza nos aparece mucho mejor trabajada en sí misma que los ladrillos, algo toscos, de la época anterior. Pero ya las piezas no encajan fácilmente en el rompecabezas, por falta de un plan de

conjunto. Digamos en honor de Comte que se afanó por sustituir el antiguo misticismo por un misticismo del servicio humano. Pero las desatadas corrientes científicas y filosóficas asaltaron por mil partes su improvisada ciudadela hasta que no la hicieron pedazos. Dígase lo mismo para los sueños de los llamados "socialistas utópicos". Y hoy por hoy ¿qué es esta crisis que padecemos, sino un disparate de la especialización que ha perdido el norte de la ética? En vano el inventor sueco quiere demostrarnos que la dinamita se fraguó para servir a la industria, al bienestar de los hombres. En vano deja el testimonio de su filantropía instituyendo premios a las ciencias y a las artes. El especialista sin universo usa de la dinamita para matar hombres. ¡Triste destino el de nuestros descubridores contemporáneos! Yo estaba en Rio de Janeiro cuando, una mañana, Santos Dumont apareció colgado en su casa. Y no se ha repetido suficientemente que aquel precursor del hombre aéreo dejó escrita una carta en que pedía perdón a los hombres por haber lanzado al mundo una máquina que resultaba ser, por excelencia, el arma de todas las destrucciones.[1] ¿Queréis una rápida caricatura de la enfermedad que hoy padecemos? Pues imaginad al fisiólogo que sólo piensa y obra como fisiólogo, y abre las entrañas de su hijo para estudiar sus palpitaciones secretas; imaginad —contemplad mejor— un Estado que mata a sus hijos para sólo alimentarse con ellos, porque sólo piensa en fines abstractos, y ha olvidado que nació para servir al hombre. Estamos enfermos de una dolencia extraña: se ha vuelto loco aquel recóndito pulso del alma en que reside el sentido de la orientación. Estamos heridos en el rumbo, estamos cercenados del Norte.

Si en todas las ciencias el deber social se impone hoy como nunca, mucho más en la ciencia social, cuyo asunto mismo es el problema político, altamente considerado; es decir: el problema de la convivencia del hombre con el hombre, camino de su felicidad. Problema de tal magnitud rebasa con mucho las posibilidades de los hombres de ciencia reunidos en este Congreso, por muy eminentes que sean, puesto que no podríamos abarcar desde esta sala la humanidad entera. Pero, como Goethe decía, si cada uno barre el frente de su casa, entre todos habremos limpiado toda la ciudad. El problema, por otra parte, ante la inminencia de los actuales peligros, parece que incumbe más bien al despacho de los gobernantes que no al laboratorio de los sabios. Pues señores, los gobernantes, por educación, por deber y por oficio no pueden considerar las cuestiones en esos cuadros panorámicos que llamamos campos científicos. Los distrae el incidente diario, que exige su diaria resolución. Por mucho que hagan, por mucho que se desvelen, está en la naturaleza de las cosas el que los árboles mismos les estorben para ver el bosque. No sucede así con los hombres de ciencia, libres de todo compromiso administrativo y de todo apremio burocrático, y adiestrados ya en esta contemplación a larga vista, que es la esencia de los estudios históricos. Y ha llegado la hora de que los hombres de ciencia fuercen la puerta de los gobernantes y se hagan oír. Al fin y al cabo ellos no piden

prebendas ni disputan puestos, sólo reclaman la función de consejeros que por derecho les corresponde, y que ya Platón les asignaba en una célebre carta, desde el momento, decía, en que no puede realizarse el sueño de que los filósofos sean monarcas. La humanidad está ya cansada de que la dirijan la casualidad y la improvisación, que son los inevitables caminos por donde se ve obligado a marchar el que tiene que proponer, para los males de cada día, panaceas de efecto instantáneo. Si los gobiernos quieren cumplir su difícil, su tremenda misión, en esta hora aciaga del mundo, tienen que escuchar a la ciencia. Si los hombres de ciencia no quieren pasar por monstruos aberrantes, talladores de cabezas de alfiler sin respeto para las cabezas de los hombres, tienen la obligación de hacerse escuchar por los directores políticos.

Armados de este criterio, acerquémonos ahora a nuestro mundo americano. De tiempo atrás, América viene dando señales de inquietud ante la descomposición de Europa, que primero ensayó en España la virulencia de sus armas para luego entregarse abiertamente a su deporte hoy favorito: el destruir todo lo que construye.

Maestra civilizadora de larga proyección imperial, he aquí que Europa vacila y pierde el juicio. Los americanos, siempre acusados de inquietos y hasta de sanguinarios, han visto con estupefacción que sus mismas revoluciones endémicas aniquilan menos vidas en dos lustros que las asonadas europeas en una semana, para no hablar de los combates.

Dígase si se quiere que ello es efecto de las formidables máquinas de guerra de que por acá no "disfrutamos". Pero los hechos son los hechos: junto a aquellos crímenes colectivos, las últimas reyertas americanas resultan torneos caballerescos, donde los caudillos se citan al lance en campo abierto, lejos de mujeres y niños. Hasta es conocido el rasgo, santamente cómico y más en este siglo XX, de cierto sublevado que renunció al éxito y se detuvo a las puertas de alguna ciudad sudamericana "a petición de las familias", o el rasgo no menos expresivo de una provincia alzada contra la capital que prefirió rendirse —como decía el parte de guerra— "para salvar el patrimonio" de la región.

Ahora, ante la locura de Europa, se da el caso patético de un Continente que quiere defenderse con un cordón sanitario. Nada hay más terrible en la Historia. Hay que remontar hasta la Mitología, donde encontraremos a Gea, hembra recelosa, escondiendo a sus crías en el seno para sustraerlas a la demencia devoradora del padre Cronos.

América puede enorgullecerse de una tradición jurídica de conciertos continentales que se han mantenido desde hace cincuenta años, lo que nunca ha alcanzado Europa. No importan los errores, las deficiencias, los tropiezos: el gran ideal se ha conservado y ha ido rindiendo algunos frutos. Más de un conflicto bélico ha podido atajarse por medios pacíficos. Y cuando una guerra ha estallado, la conciencia americana la consideró como un dolor inevitable, no como un motivo de orgullo. En este acento de intención se funda toda la dignidad ética del

espíritu público.

Dígase si se quiere que todo esto pudo lograrse gracias al común denominador ibérico de nuestras naciones, que íntimamente las acerca a la comprensión hasta por ese vehículo intuitivo de las hablas afines. Pero los hechos son los hechos, afortunados efectos de la circunstancia que hacen posible una orientación de concordia, al menos como resultante, como último saldo.

El espíritu internacional, la educación internacional, han podido prosperar con relativo éxito donde las fronteras aparecen como convenciones políticas, sobre las cuales el hombre lanza una mirada familiar al otro territorio.

Y cuando en el Norte se habla de panamericanismo —desprendiendo la palabra de todas sus adherencias oficiales y generalizándola como noción pura— debe tenerse muy en cuenta que tal armonía reconoce por fundamento la homogeneidad iberoamericana; la cual, siendo tan vasta en sus ensanches, acaba por desbordar hasta las fronteras étnicas que parecían más infranqueables.

Así se puede crear un sentido continental en el que importa insistir por decoro del Nuevo Mundo, sin abdicar por eso de los mutuos respetos elementales: antes, al contrario, se funda en ellos. Pues si por desgracia la menor ambición imperial empeñara en algo tales respetos, al instante todo el edificio se vendría abajo. Entonces repetiríamos aquí el lamentable cuadro de Europa, con la desventaja de que aquí interpretaríamos "a la criolla" ciertos procedimientos que, si por allá causan estragos, por acá los causarían peores.

Ahora bien: política defensiva, precauciones armamentales, cordón sanitario, son arbitrios de la contingencia, pero no son soluciones científicas. Benditos sean tales arbitrios si siquiera nos ayudan a parar el golpe inmediato. Después de todo, primero es ser que filosofar, como dice el proloquio clásico, y ante la ofensa inmediata se opone la defensa inmediata. Pero éstos no pasan de ser recursos desesperados, para atajar de momento un mal, sembrando al paso nuevos males futuros. Mientras los gobiernos se mantienen en guardia en la primer trinchera, la ciencia debe trabajar denodadamente en la segunda trinchera, preparando alivios más trascendentales. A los gobiernos americanos, que se juntan una y otra vez para afrontar como quiera algunos remedios urgentes, no podemos pedirles que planteen las cuestiones en toda su integridad científica. Agradezcámosles en buenhora que se sientan inspirados en el grande ideal de un Continente que, desde su aparición en la historia, siempre ha anhelado ser el teatro donde se ensaye una humanidad más justa y feliz. Agradezcámosles que abran crédito y confianza a los fugitivos de Europa y sepan decirles: "Hombres de Europa, traed a nosotros, como Wilhelm Meister, vuestros ímpetus para las empresas del bien; no traigáis acá vuestros rencores". Pero, entretanto, ayudemos a nuestros gobiernos, desde la retaguardia, para evitar que la nueva paz, o lo que resulte del actual conflicto, encuentre a nuestra América, último reducto humano, en el lamentable estado de impreparación en que la paz de Versalles sorprendió al mundo, estado de impreparación cuyas consecuencias

todavía estamos purgando.

Las soluciones a larga vista, la preparación para el mundo nuevo con que pronto hemos de enfrentarnos —pues no esperéis que el pasado se reproduzca, porque la vida no es reversible— incumben a la ciencia. La educación, última instancia de la función política, tiene que inculcar pacientemente los nuevos hábitos mentales que hagan posible la existencia a la juventud y la conservación del decoro humano. Y la ciencia social tiene que investigar este caos en que ahora nos debatimos, abrir veredas, jardinar la maleza, y dictar así los preceptos en que ha de fundarse la educación.

Para no quedarnos en buenos propósitos y vaguedades, permitidme que dé algunos ejemplos y señale algunas intenciones concretas.

Sea, ante todo, lo que puede considerarse como el problema general de América. Lo que América es, lo que representa en este vuelco de la historia que presenciamos, debiera constituir una preocupación diaria y constante de todos los americanos: de los estadistas, de los escritores, de los maestros, de los directores de pueblos en el más amplio sentido de la palabra, de las juventudes universitarias llamadas a dar las orientaciones futuras, de las mismas masas infantiles a quienes, como ejercicio espiritual, debiera proponerse todas las mañanas una pequeña meditación sobre el sentido humano y los destinos del Nuevo Continente.

Es quimérico pensar que la humanidad se desarrolla por compartimentos estancos, y mucho menos en nuestro tiempo. La era de las civilizaciones que se ignoran ha pasado definitivamente; empezó con la prehistoria y se cerró, en concepto, con el descubrimiento de América. Y lo que era ya verdad en concepto, lo que era ya desde el siglo XVI una posibilidad teórica, poco a poco se resolvió en una realidad práctica merced a la Física, honor del pensamiento occidental, que gradualmente fue metiendo como en un puño el tiempo y el espacio terrestres. Hoy el suceder histórico es común a toda la tierra y es, en cierto modo, simultáneo.

Así pues, ante hechos como los que estamos presenciando, cuyo foco principal es Europa, cuyo foco secundario es Asia, y cuyo reflejo inmediato afecta al África, ¿pueden las medidas políticas unilaterales salvaguardar a América? ¿O en qué grado se la puede, al menos, inmunizar relativamente contra los inevitables trastornos generales, siquiera para evitar que alcancen también entre nosotros los caracteres de catástrofe?

Este problema se descompone en varios problemas parciales, que resultan del modo en que el acontecimiento general afecta a los distintos grupos funcionales de América. De Norte a Sur, en el sentido de los paralelos, encontramos zonas bien discernibles: el Canadá y los Estados Unidos; México y el Caribe hasta la frontera de Colombia; la América bolivarina; la América lusitana; la América platense. Todavía pueden discernirse, en la multiplicación política de Sudamérica, ciertos matices en el sentido de los meridianos, de Oriente a

Occidente: la faja atlántica, la faja interior, la faja pacífica. Y claro es que estas grandes zonas de distinta relación geográfica y de distinta vinculación intercontinental aún podrían dividirse en otras regiones circunscritas. Por ejemplo, en torno a las cuencas de los grandes ríos.

Pues bien, ¿con qué intensidad los acontecimientos extra-americanos afectan a cada una de estas regiones, y hasta dónde puede cada una operar de momento la desarticulación sanitaria? ¿Afectan lo mismo el orden o el desorden europeo o asiático a las diversas zonas longitudinales y transversales de América? ¿Y hasta qué grado la repercusión de lo extra-americano en cada zona determina una reacción inevitable en las demás zonas vecinas o lejanas? ¿Hasta qué grado, por ejemplo, los Estados Unidos dependen del orbe británico o "pertenecen a la paz británica"? ¿Hasta qué punto depende de ellos el resto de nuestra América, y si esta dependencia es total, o si es graduada a su vez según las diferentes zonas? ¿Hasta qué punto la zona platense depende del sistema comercial británico? ¿Cómo se gradúan y cómo pueden resolverse las intrincaciones británicas y norteamericanas en zonas de influencia mixta, como el Brasil?

Todavía falta preguntarse, para admitir en los supuestos del problema todas las posturas mentales posibles, si es o no preferible para América ofrecer resistencia; si no debería simplemente dejarse invadir de modo pasivo por la onda que barre a Europa. Pero desechamos al instante este punto de vista, porque lo que en Europa sucede es hasta ahora una destrucción y no una reconstrucción; y de aquí a que Europa comience su reconstrucción, habríamos perdido un tiempo precioso, y aun nos habríamos colocado, con punible imprudencia, en una situación de retroceso con respecto al estado de relativa "incontaminación" en que por el momento nos encontramos.

Todavía habría que considerar, junto al aspecto crudo de los intereses materiales, el de los intereses espirituales. Es más urgente la solución del primer punto, pero es más trascendente la del segundo. Hay que atender desde el primer instante a lo material y a lo espiritual. Y aquí entra desde luego la consideración de lo que América debe al concepto democrático tradicional y lo que puede esperar del nuevo concepto totalitario, aun suponiendo que éste no se encontrase actualmente desviado o polarizado hacia la sola pugnacidad bélica, lo que ya supone un grave extremo de saneamiento previo.

He aquí el programa para los trabajadores de la ciencia social, que no parece, por cierto, indigno de sus instrumentos y de sus capacidades. ¡Como que se trata, en una palabra, de orientar el huracán! Ya no es posible desvincular a América de la Tierra, hacer que las fuerzas desordenadas lleguen hasta nosotros en forma relativamente atenuada, en forma que admitan ser dirigidas en lo posible y, si los sueños fueran más que sueños, hasta aprovechables.

¡Quién sabe! América está esperando su hora y sintiéndola prefigurarse en los vaivenes del mundo. Algo prematuramente es llamada a su alto deber, su deber de continuadora de civilizaciones; pero alguna vez había que empezar y más vale

pronto que tarde. En duro momento es convocada América a realizar su misión, pero todos los pueblos señalados para proseguir la historia lo fueron igualmente a causa de un desastre. El vuelo comienza contra el viento, no a favor del viento. La paloma de Kant se remonta gracias al obstáculo.

No hay tiempo de preguntarnos ya si estamos maduros para recoger la herencia de una cultura y transportarla definitivamente a nuestros cauces; para así, salvando la herencia, salvarnos de paso nosotros mismos. Al fin y a la postre, sin conciencia de la responsabilidad el adolescente no se transforma en hombre. Basta que sintamos la responsabilidad y que abriguemos en nuestro pecho la voluntad de responder al destino. Este querer es sin duda el impulso determinante de la madurez que ya nos reclama. En cierto modo, la catástrofe europea ha venido a ser un aviso providencial que nos despierta de la infancia. Entre las ruinas se columbra, así, nuestro sino de creación positiva. Los peligros esclarecen la conciencia de las culturas. Hijos de la cultura europea, nuestros países, a través de sacudimientos, han ido revelándose a sí propios su autenticidad histórica, y hoy por hoy podemos ya decir que nuestra América no quiere imitar, sino que aplica las técnicas adquiridas de Europa a la investigación de los fenómenos propios, lo cual, al mismo tiempo, le va revelando la posibilidad de nuevas técnicas americanas. Y ésta es la operación en que nuestra ciencia debe insistir ante los sucesos mundiales. Es innegable que tales sucesos nos perturban. Posible es que alcancen a perturbarnos todavía más. Pero no creo que nos arrastren necesariamente hasta impedir lo que hemos llamado la madurez americana. ¡Al contrario! Hay que decirse y repetirse que ha llegado el momento. ¡Ahora o nunca!

De este fenómeno general descrito a grandes rasgos para nuestra América, México, por los antecedentes de sus transformaciones sociales últimas y aun por su temperamento nacional y su sensibilidad política, que lo empujan nerviosamente a atacar todos los problemas a la vista, es, como si dijéramos, un testigo privilegiado: lo que se da para toda nuestra América en estado más o menos observable, aquí adquiere relieve de sobresalto. El testigo privilegiado no quiere decir el testigo afortunado o feliz. La dignidad histórica se adquiere con sufrimiento. Quiere decir esto que el alumbramiento de lo americano, aunque tal vez se produzca aquí antes que en otra parte, tiene que costarnos redoblados padecimientos.

Pero volvamos a las consideraciones generales sobre América y sigamos con los ejemplos problemáticos. Seguramente que en las tradiciones del pensamiento jurídico americano, a que ya nos hemos referido, está la preocupación por crear un organismo de la paz. Hay, en tal sentido, mil esfuerzos dispersos y se han firmado varios tratados. Las partes signatarias coinciden y son las mismas para algunos de ellos. De unos a otros, ciertos preceptos se repiten y otros no ajustan del todo en un sistema teórico completo. Estos miembros desarticulados debieran reducirse a un cuerpo común, si es que han de ser eficaces. De lo

contrario, todo es tropiezos y cruce de caminos que a veces se estorban unos con otros. Cabe a México la honra de haber sugerido dos veces ante los congresos interamericanos la creación de un Código de la Paz que concierte y concilie las conclusiones de todos nuestros pactos parciales, en una gradación sistemada, automática y comprensiva: la conciliación, el arbitraje y la justicia internacional. De este Código existen dos textos, redactados por los delegados mexicanos. En la primera versión (Montevideo, 1933) me tocó colaborar con el Lic. Manuel J. Sierra. En la segunda (Buenos Aires, 1936), con el Lic. Pablo Campos Ortiz, y en ella se unifica el lenguaje y se recogen algunas nuevas nociones más eficaces para coordinar los métodos de paz. El Código mexicano ha sido objeto de toda clase de recomendaciones teóricas y manifestaciones de aprecio. Pero siempre se consideró complicado el pedir de veinte repúblicas que acepten el revisar todo su sistema contractual. Y sin embargo, es fuerza que algún día se haga. El internacionalista Manley O. Hudson ha expuesto lúcidamente el laberinto en que se encontrarían, en nuestro actual régimen, dos países americanos en conflicto, aun suponiendo —lo que dista mucho de suceder— que ambos hubieran ratificado ya previamente todos nuestros actuales instrumentos de paz y tuvieran la mejor voluntad de someterse a las prescripciones pactadas ("The Inter-American Treaties of Pacific Settlement", en *Foreign Affairs*, Nueva York, octubre de 1936). Entrego a nuestros hombres de ciencia la sugestión de esta nueva e indispensable estructura.

Otro ejemplo más: varios intentos se han hecho, entre México, Buenos Aires, Rio de Janeiro, etc., en la campaña que pudiéramos llamar "la paz por la historia": la revisión de los textos escolares de historia, no para falsearla, sino para dar a las informaciones un espíritu de mayor comprensión internacional y más auténtica cordialidad humana. Han intervenido algunas sociedades científicas; se han firmado algunos tratados bilaterales, a los que después han accedido nuevos países; los Ministerios de Educación han anunciado concursos al efecto. Hasta ahora, labor dispersa. El punto es digno de un congreso americano entre los hombres de ciencia. Los resultados, a primera generación, se harían sentir.

La campaña de la paz por la historia ha tenido cuatro manifestaciones principales: 1ª, las iniciativas privadas; 2ª, las Conferencias Interamericanas; 3ª, las Conferencias Internacionales de Historia de América, y 4ª, los Tratados especiales. El reseñar las iniciativas privadas daría materia a un volumen, en que no podrían olvidarse antecedentes tan ilustres como *El crimen de la guerra*, de Alberdi; las excitativas de educadores e historiógrafos como Gilberto Loyo, Ricardo Levene, Rómulo Zavala, Enrique de Gandía, y aun del Club de Rotarios de Valparaíso, todas las cuales fueron tenidas en cuenta en el proyecto Cestero-Cohen-Cisneros-Reyes, presentado a la Conferencia Interamericana de Montevideo (1933), y en los Tratados Argentino-Brasileño y México-Brasileño (1933). En las Conferencias Interamericanas y las que de ellas derivan, el asunto

ha reaparecido varias veces, ya en forma directa, ya soslayado entre otros temas conexos como en la resolución núm. 49 de Chile (1923), que propone "cursos de fraternidad continental". Por primera vez el asunto fue considerado con amplitud en el ya citado proyecto de Montevideo (1933), el cual insiste en la creación de un Instituto, con sede en Buenos Aires, para la enseñanza de la historia en las Repúblicas Americanas. Allí la delegación uruguaya presentó otro proyecto afín, con referencia a las conclusiones del Primer Congreso de Historia (Montevideo, 1928). El delegado peruano A. Solf y Muro ofreció una iniciativa para la "formación de la conciencia panamericana". Tres años más tarde, la Conferencia de Buenos Aires para la Consolidación de la Paz resucitó la cuestión. Como antecedentes europeos, deben recordarse el Congreso de La Haya (1932), en que Lapierre y Emery cambiaron puntos de vista encontrados; el de Praga (1935), en que se confrontaron el criterio objetivo y el criterio propiamente pacifista; el de París (1937), entre profesores de historia franceses y alemanes, que Albert Mousset calificaba de "*gentlemen's agreement* pedagógico". *(Les Nouvelles Littéraires*, París, 2, octubre, 1937.)[2]

Consigno aquí los anteriores apuntes para tentar a los aficionados, y paso a una consideración de mayor alcance, y que se refiere a uno de los males crónicos del pensamiento americano. Os aseguro que en las siguientes consideraciones no me inspira una preocupación exclusivamente literaria. No, no soy víctima de la deformación profesional, cosa contra la que siempre me he sublevado. No me guía solamente el amor y el cuidado que a las palabras concedemos, al fin como a materia prima de nuestro oficio literario. Tampoco queremos hacer retruécanos con el significado del vocablo "verbo", cayendo una vez más en aquello de que al principio de todas las cosas era el verbo, o sea la palabra. Mucho menos deseamos ofrecer alegorías filosóficas como aquella de Renan, según la cual el universo es un diálogo entre el Padre y el Hijo, donde el diálogo es el Espíritu Santo que va encarnando en realidades. En suma, la creación como fenómeno lingüístico. Por supuesto que si nos empeñáramos en defenderlo, no faltarían razones; ahora mismo podríamos movilizar en nuestro auxilio ejércitos mecanizados de ideas, o sea sistemas filosóficos, y patrullas de paracaidistas, o sea argumentos llovidos del cielo. No, nuestro fin es mucho más modesto, y sólo queremos sintetizar en breves sentencias lo que todos saben: que la palabra, la denominación que se da a las cosas, influye en los actos; que el lenguaje engendra una conducta. Así se explica que Talleyrand, tan realista que llegaba al cinismo, concediera singular atención a los nuevos términos de moda en política, a las nuevas denominaciones que el fenómeno social acarrea consigo. Y aquí tocamos el punto neurálgico a que queríamos llegar. América no ha creado su lenguaje político, sino que adopta el europeo. Esto trasciende mucho más allá del lenguaje. Ello ha tenido consecuencias en las soluciones europeizantes que hemos procurado para nuestros negocios. Mientras no aparezca en América el genio que descubra las fórmulas de nuestro lenguaje político, semejante mal será

inevitable; y las realidades americanas, torcidas en la traducción, hasta resultarán muchas veces inútil y artificialmente empeoradas.

Así aconteció en la Independencia, violentamente prohijada al calor de la filosofía política francesa, filosofía para adultos que parecía destetar con ajenjo a la criatura, cunada hasta entonces en el régimen del absolutismo y que carecía de la indispensable educación previa. Ved en cambio cómo la evolución del Brasil se operó casi insensiblemente desde la colonia a la autonomía y desde el imperio a la república. Lo cual no quiere decir que aplaudamos en modo alguno los imperios insensatos, sin tradición institucional ni arraigo en la vida, que quiso implantar en nuestro suelo un día un aventurero, y otro día un conquistador disimulado. Otro ejemplo nos lo da la violenta adopción del federalismo norteamericano, que provocó aquel famoso "discurso de las profecías" de Fray Servando, quien encontraba esta innovación del todo ajena a los inveterados hábitos nacionales. Lo propio ha sucedido —todos lo saben— con muchas otras veleidades que han atravesado la vida americana. Nuestra última transformación social, por falta de un lenguaje propio, se refractó al vertirse en las fórmulas de las transformaciones europeas. Entiéndase bien que sólo hago apreciaciones históricas sobre el pasado, y en modo alguno declaración de simpatías sobre el porvenir, pues no sería ésta la ocasión.

¿Queréis apreciar de cerca cómo funciona el reflejo inverso de las palabras sobre el sentimiento de los actos? Veámoslo sobre ejemplos tomados de las nociones sociales y de los nombres que reciben. El que comete un homicidio es un homicida. La sola calificación de homicida da un sello de fijeza, de permanencia a lo que, en la conducta del hombre, ha podido ser una contingencia desgraciada, un tropiezo de su carácter moral. Pero, en adelante, lo vemos ya como un hombre cuya inclinación permanente es matar al prójimo. De aquí que el mismo Derecho tiene que introducir rectificaciones en la denominación general: atenuantes y hasta exculpantes. Esta calificación penal tiene por objeto escapar a la trampa fijadora de la palabra, y es la que esgrimirá el defensor. En cambio, el acusador tendrá que apoyarse en la función fijadora de la palabra: muerte ha habido, y el que la causó es un homicida.

Hay más: entre unas y otras palabras se crean constelaciones, que a veces no proceden de ninguna necesidad psicológica, sino de una reiteración de hechos, de un hábito. Nuestros Estados americanos tienen régimen presidencialista. Pero en los países parlamentarios, la modalidad parlamentaria del régimen se ha trabado con la noción de la democracia, al punto que muchos censores del parlamentarismo se llevan de paso, en sus argumentos, a la democracia misma, como si ésta no tuviera otros medios posibles de operación, y confunden así una filosofía política con uno de sus procedimientos ensayados. Y si la palabra democracia pudiera humanamente aplicarse en todo su sentido, el pueblo sería un solo ser, sin partirse nunca en individuos ni grupos, y el gobernante y el gobernado se confundirían en su seno. Mas la realidad no lo consiente.

Clemenceau, en una salida de mal humor, decía: "¿Por qué atacan la democracia los adversarios, si hasta hoy no la han visto realizada?" La democracia, entonces, viene a significar una intención o tendencia, que resulta clara por el contraste con la aristocracia, y que en principio comporta principalmente dos cosas: 1º, la preferencia para la opinión pública, y 2º, la rotación de los grupos gobernantes, de acuerdo con aquella opinión, testimoniada en las mayorías.

Mientras se dijo "liberalismo", imperó el *laissez-faire*, y la noción económica y la noción política se confundieron en una. Como el *laissez-faire* condujo al predominio de los grupos pudientes y determinó una explotación injusta de los demás, entonces se dijo "control de Estado", "Economía dirigida", etc. Estas nuevas denominaciones significan y a la vez impulsan una nueva tendencia; la cual, si olvida el imperativo democrático que insiste en el bienestar del pueblo, puede derivar hacia la peor tiranía. Nótese que también las monarquías brotaron de la alianza entre un capitán y el pueblo, para acabar con el privilegio de los señores, y nótese cómo derivaron hacia el absolutismo.

Cuando aparece una nueva denominación política, es porque aparece otra tendencia. En sus orígenes puede ser modesta, hasta ridícula: ya son unos cuantos desterrados rusos que divagan en torno a la mesa de un café de París; ya son unos cuantos ilusos que se juntan en la cervecería de Munich. Pero la nueva denominación significa ya, por sí sola, la expresión de otra coagulación del pensamiento político, y lleva en potencia una prédica, una propaganda.

Habría que revisar minuciosamente toda la historia para apreciar el tanto de impulso conveniente y de impulso deformador que la nomenclatura europea haya producido entre nosotros. Y todavía para esta revisión sería muy difícil encontrar aquella mente impasible, capaz de distinguir la pura observación de las preferencias temperamentales. Y todavía en este caso afortunado, habría que saber si la realidad del fenómeno admite distingos entre la pura razón y las inspiraciones de la emoción humana.

El maestro uruguayo Carlos Vaz Ferreira reclama, en materia de filosofía política, el derecho de pensar con ideas y no con vocablos. Sin duda le incomoda el ver que las palabras, por su automatismo, echan a correr, adaptándose más o menos a la contingencia histórica, por cauces que desvirtúan la doctrina. Así, cuando se hablaba de liberales y conservadores, se veía en España a Sánchez Guerra proceder unas veces con la mano del absolutismo violento, y otras implantar las únicas reformas verdaderamente liberales que se dieron en varios lustros. Así, Chesterton advertía: Si soy conservador, necesito por fuerza ser revolucionario: para que se conserve blanco aquel poste de la esquina, tengo que repintarlo constantemente. Así, en nuestro tiempo, las izquierdas y las derechas no siempre concilian su acción con su filosofía. Y es que el estatismo de la noción, presa en la palabra, mal corresponde a la fluidez de la vida. Vaz Ferreira propone un ejemplo: imaginemos una escuela o partido de astrónomos que sostienen que los planetas carecen de satélites: serían los "asatelistas"; otros

sostienen que cada planeta posee un satélite: serían los “monosatelistas”; otros, que cada uno posee varios, y serían los “polisatelistas”. Y ninguno de ellos tiene razón: sólo están en la verdad aquellos que no tienen nombre y admiten las tres posibilidades. Bien está así para el filósofo. Pero el político tiene que escoger todos los días en vista de sus problemas actuales, y decidir si estamos ante un satélite, o varios, o ninguno. ¡Qué duda cabe que el tener a mano una noción, con su denominación propia, ayuda su trabajo mental! No todos pueden pensar sin palabras y aún está por averiguar si alguno lo logra, o hasta qué punto puede lograrlo.

Creo que las anteriores dilucidaciones describen suficientemente el problema. No es de hoy, es de siempre. Y si algún problema social merece los honores de ser profundamente estudiado por los hombres de ciencia, es seguramente el que apuntamos.

Por lo que a nuestro país respecta, cierto semanario mexicano propuso hace meses tres preguntas que me parecen un nuevo índice de cuestiones sociales. Me referiré a tales preguntas sin resolverlas. No hay aquí tiempo, ni creo que se las pueda atacar sin detenida investigación previa. La primera pregunta se reducía a saber si existe ya en México una verdadera conciencia nacional. Lo cierto es que la filosofía rompe lanzas para averiguar si existe un ente nacional. Si entramos hasta el subsuelo del problema, el problema desaparece en la homogeneidad de la raza humana. Mantengámonos en el suelo histórico. Las naciones aparecen aquí como seres cambiantes, aunque en torno a núcleos resistentes, y en constante elaboración dentro de procesos espirituales en marcha (religión, cultura, lengua) y de procesos naturales algo más estables (limitación histórica y limitación geográfica). La nación es un movimiento orientado. A veces, desorientado por las contingencias. La conservación del ser nacional se dibuja por las fronteras de sus peligros. Los dos peligros de una nación, a que todos los demás se reducen, son la imperfecta respiración internacional y la imperfecta circulación interior de la propia savia. La respiración internacional sólo se regulariza mediante la regularización del mundo internacional. No podemos esperar que ésta se haya logrado en instantes de crisis humana como el presente. La regularidad de la circulación interior supone una completa unificación en la representación del mundo y en los intereses que posee un pueblo. Aún no hemos logrado esta unificación, pero, por encima de las vicisitudes, se percibe que ella está en marcha a lo largo de nuestra historia. Hay en México varios niveles inconexos de cultura, de raza, de conciencia del mundo y religión, de lengua, de vida económica. No se trata sólo de indios y blancos: esto no es más que un aspecto transversal de la cuestión, puesto que muchos blancos viven como indios y muchos indios, como blancos. El equilibrio en marcha que significa una conciencia nacional es difícil de definir aun para naciones de muy larga elaboración sociológica. Mucho más para naciones como las nuestras. ¡Y considérese que, en América, bien puede México estar satisfecho de ser la cuna

más antigua! Sufrimos, además, una sacudida histórica cuyos resultados pudieran ser desorientadores; pero, si nos empeñamos en ello, serán orientadores. El que México saque elementos para su conciencia nacional de la crisis presente, depende de una magnetización de su voluntad en tal sentido. Hay que fomentarla. Alguna vez me atreví a decir que, cuando un pueblo no tiene una misión, habría que inventársela. Este símbolo literario quisiera yo que se interpretara a la luz de las consideraciones anteriores.

La segunda pregunta se reducía a saber cuál es el contenido de nuestra conciencia nacional. Confieso que me encontró un poco atónito, acaso por su vastedad misma. No soy capaz de describir en tres palabras lo que considero como el contenido de la conciencia mexicana en elaboración. Necesitaríamos volver a leer toda nuestra historia, y sospechar todos los ensayos de psicología nacional que hasta la fecha se han escrito. Evidentemente, México, como todos los países de la América ibera, por la misma naturaleza de su origen nacional, ha adquirido la práctica de la vida internacional. También la de buscar en todo el panorama humano las formas de su cultura. La experiencia de tratar con pueblos americanos que están tan cerca de nosotros, y la de estudiar todo el pasado de la cultura humana como cosa propia, es la compensación que se nos ofrece a cambio de haber llegado tarde a la llamada civilización occidental. Estamos en postura de hacer síntesis y de sacar saldos, sin sentirnos limitados por estrechos orbes culturales como otros pueblos de mayor abolengo. Para llegar a su conciencia del mundo, el hijo de un gran país europeo casi no necesita salir de sus fronteras. Nosotros hemos ido a buscar las fuentes del conocimiento por todos los rumbos humanos. Lo que llamo nuestra postura sintética nos ahorra también la necesidad de revivir procesos intermedios, que para Europa, por ejemplo, han sido meras contingencias históricas, pero que en modo alguno son necesidades teóricas de los problemas humanos. Conviene que nos penetremos de esta levedad, de esta facilidad para el salto. Después de todo, la historia de América ha sido una serie de carreras por atajos, para ponernos al día en menos tiempo. El trazo de nuestra figura nacional, supuestos los anteriores antecedentes, pudiera reducirse, en términos muy generales, pues no me atrevería yo a entrar en detalles, al nervio del sentimiento autóctono e hispano-latino, robustecido por todos los nuevos elementos y nuevas técnicas aprendidas en otras tradiciones, complementados con las técnicas que resultan de la investigación de nuestro propio suelo. El descubrimiento de estas técnicas propias puede llevarnos hasta la sustitución de alguna técnica heredada. En tal caso, no deberíamos vacilar en sustituirla. Tenemos que procurar la perpetuación de ciertas normas que se reducen a lo que llamaba Pascal “el espíritu de fineza”, pero sin negarnos por eso a recibir la fertilización del “espíritu de geometría”. Tenemos que conversar mucho con los pueblos americanos, afines o diferentes del nuestro.

Por último, la tercer pregunta quedaba formulada en estos o parecidos

términos: Puesto que toda conciencia nacional desprende de sí una misión ¿cuáles son los medios para realizar nuestra misión nacional? Sobre el punto ejecutivo de la misión mexicana, ya se desprende de lo dicho anteriormente que considero indispensable un plano de absoluta sinceridad en el diálogo entre los países de América. Se dirá que esto no depende de una sola de las personas del diálogo. Yo creo que sí depende en gran parte. La orientación ética, el deseo del bien y la justicia humanos tienen que inspirar cuanto se haga. Es un caso de voluntad (y vuelvo aquí sobre el punto de la primer pregunta), mucho más que un caso de intelección pura. La enumeración de los medios ejecutivos la dejamos a los políticos, y a los políticos de última instancia, que son los educadores. Yo me limitaría a aconsejar un deseo de entendimiento humano. Me percato de que mis respuestas son vagas y teóricas. Pero las preguntas, que aquí he querido recoger por su trascendencia, podrían constituir todo el programa de este Congreso de Ciencias Sociales. El hombre es particular por naturaleza, decía Aristóteles. El hombre se enfrenta con problemas concretos y cotidianos. En estas condiciones, lo que nos importa es robustecer la voluntad hacia el bien. Lo demás, nace de cada circunstancia.

En suma, reduciendo la antigua doctrina helénica, podemos decir que hay dos actitudes frente al mundo: la Teórica, visión del mundo, y la Poética, que es la obra y la intervención sobre el mundo. Pues bien: los especialistas de las ciencias sociales deben, hoy por hoy, mezclar la Teórica y la Poética; estudiar y obrar, abandonar el reposo de las ideas puras, y salir con ellas a media calle. Sólo así podremos salvarnos.

Congreso de Ciencias Sociales convocado por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México, julio de 1941.

DISCURSO POR LA LENGUA*

NUESTRA plática tiene por asunto la necesidad de cuidar el aseo y decoro de nuestra lengua y el recordar a los maestros de escuela que, en esta obra de salud nacional, les corresponde un deber inexcusable, y el primero de sus deberes, puesto que no hay educación ni enseñanza verdaderas sin la comunicación de la palabra. La tesis se demuestra con el solo enunciado, y cuantos me escuchan la comparten conmigo. No perderé el tiempo en construir argumentos demostrativos. Simplemente, pasearé por el tema. Me dispensaré de alardes científicos, huiré de los escabrosos tecnicismos. Las evidencias se defienden solas y el mucho estrago de armas más bien las perjudica. La cultura y la experiencia de mi auditorio le permitirán suplir por su cuenta aquella perspectiva de controversias, tanteos y doctrinas, que aquí ofrezco sólo en sus conclusiones. Tampoco me alargaré en el elogio retórico de nuestra lengua, para no incurrir en sentimentalidades inoportunas, yo que a su cultivo he consagrado mis más cuidadosos empeños y que, si me doy rienda, no acabaría. Pues, como los verdaderos enamorados, doy por supuesto que todos participan de mi entusiasmo. Sólo declaro al comenzar que considero como un privilegio hablar en español y entender el mundo en español: lengua de síntesis y de integración histórica, donde se han juntado felizmente las formas de la razón occidental y la fluidez del espíritu oriental; tan ejercitada en las argucias intelectuales como en las libres explosiones del ánimo, ya en sus escolásticos o en sus místicos; lengua cuyo atletismo admite el transportar fácilmente las crudezas terrenas hasta el cielo de las ideas puras, o el hacer bajar los arquetipos hasta los afanes del trato diario, según se advierte, para ambos extremos, en el diálogo eterno de Don Quijote y Sancho; lengua lo bastante elaborada para captar las regularidades y exactitudes, lo bastante audaz para respetar las temblorosas indecisiones del misterio; capaz de la matemática como de la lírica; valiente en la cordura y en la locura, y cabal en su registro de las posibilidades humanas; lastrada por una ironía profunda, que al par la defiende de la pura embriaguez abstracta y de la estéril fascinación de lo inmediato, al punto que su sola práctica dicta normas para la buena conducta de la voluntad y el pensamiento; sonora sin delicuescencias que amengüen su viril reciedumbre, y cuyo equilibrio fonético parece dictado por la misma economía biológica del resuello. Los que viven en otra de las grandes lenguas civilizadas podrán reclamar para ella iguales excelencias, o aun otras que les parezcan superiores. Quiere decir que son igualmente privilegiados, o que se hallan tan a gusto de beber en su vaso como nosotros en el propio. Lo que importa es convencernos de que poseemos un instrumento tan bueno como cualquiera de los mejores, y nunca culpar al

instrumento de nuestra impericia en manejarlo.

> Arrojar la cara importa,
> que el espejo no hay por qué

Y al que nos salga con aquel engorro de que tal o cual locución extraña no puede decirse en nuestra lengua, contestémosle que también hay en español muchas locuciones intraducibles, pues en esta irreducibilidad radica la índole estilística de las lenguas.

Todo pueblo tiene un alma y un cuerpo, modelados por un conjunto de fuerzas, ideales, normas e instituciones, que determinan, a lo largo de sus vicisitudes históricas, el cuadro de su cultura. El alma, el patrimonio espiritual, se conserva en el vehículo de la lengua. El cuerpo, el patrimonio físico, sólo se resguarda y organiza mediante una operación de símbolo, en la lengua también. Una civilización muda es inconcebible. Sólo a través de la lengua tomamos posesión de nuestra parte del mundo. En último análisis, el pueblo se vuelca y se resume en su lengua, donde hay la mención de todo su haber material y la sustentación de todo su haber moral, en cosas, en ideas, en emociones, en su respuesta ante la problemática de la existencia y su apreciación de todos los incidentes de la jornada humana, en su concepción de la vida y de la muerte. Cuando se desvirtúan las lenguas, se desvirtúan los pueblos. Sostenerlas en su vigor es sostener el progreso de lo humano sobre la naturaleza animal. Aun ha habido filósofos que, en horas críticas —y lo es la presente—, acudan al *humus* concentrado en la lengua como a un alimento del ser nacional.

No hay que confundir la lengua con la raza. La lengua se refiere a la noción de cultura, única de validez científica. La raza es una mera descripción de superficialidades, causadas por los accidentes geográficos e históricos, como lo sabían ya los hipocráticos griegos, los antiguos sofistas —primeros maestros de la ciencia social— y los estoicos, precursores de los cristianos, para quienes la persona humana, desde el emperador Marco Aurelio hasta el esclavo Epicteto, tenía la misma dignidad. En el orden de la aptitud, sólo la diferente oportunidad de la cultura puede diversificar a los hombres, y no la pigmentación de la piel u otras pamplinas que la propaganda política arguye en excusa de sus crímenes. El primer "test" mental que conoce la literatura se encuentra en un diálogo platónico. Allí Sócrates, como si quisiera probar la uniformidad media de la especie, conduce suavemente a un ingenio rudo hasta la solución de un arduo problema de geometría. ¿Y quién era este ingenio rudo? Un desheredado de la fortuna, un triste esclavo, y para colmo, un esclavo negro.

Además, si la raza fuera inseparable de la lengua, no se daría el caso de adopción de una lengua nueva cuando un pueblo es incorporado a otra cultura, de que abundan ejemplos en la historia y tenemos uno dentro de casa. La determinante es la cultura y su expresión es la lengua. Cuando recibimos como lengua nacional la lengua española, con ella recibimos el acervo espiritual de

España —y del mundo en general filtrado por España— para aquí mezclarlo con algunas modalidades autóctonas, aquellas y sólo aquellas que podían ser viables. Nuestra lengua es el excipiente que disuelve, conserva y perpetúa nuestro sentido nacional.

Por último, así como la historia se distingue de la naturaleza en que ésta procede parsimoniosamente a la configuración de organizaciones estables —tipos, especies— mientras aquélla se caracteriza por la mutación acelerada, de suerte que, según afirmaba Burckhardt, el principio de la historia es la libertad del bastardeo; así las grandes civilizaciones históricas siempre han resultado del hibridismo, y olvidarlo es ser víctima de una ilusión óptica o, lo que es peor, poner la ciencia al servicio del fraude. Hoy por hoy, el problema ni siquiera puede plantearse. Todos los pueblos son mestizos, sin exceptuar a ciertos desdichados grupos perdidos en el fondo africano o en algún repliegue geográfico, como aquellos hurdetanos de España casualmente descubiertos en pleno siglo XX y que todavía preguntaban por el rey don Felipe II. Y no hablemos más de razas, sino de culturas; y más todavía, de la cultura, pues los campos históricos se han fundido a marcha creciente con la comunicación de la tierra, y el planeta se encamina a la íntegra y cabal circulación de la sangre humana.

Entonces ¿puede, en vista de la uniformidad cultural, fundarse una doctrina sobre la mezcla de todas las lenguas, caso de mutua y total corrupción de unas por otras? La conclusión sería tan pueril como el pretender que los organismos diferenciados y superiores se perfeccionarán volviendo a la homogeneidad primitiva del protoplasma y de la célula única. No nos detengamos en sueño tan monstruoso y tan contrario a los procesos de la realidad, en que ni siquiera tenemos voz ni voto. Si un efecto de industria supone la colaboración de oficios distintos, de acuerdo con el proloquio vulgar: "Zapatero a tus zapatos", de parejo modo la colaboración humana supone que cada pueblo aporte lo suyo. La conservación del carácter propio no es aquí una postura salvaje de "aislacionismo" —como hoy se dice— sino una garantía de plena amistad internacional. Pues a nuestros amigos y a los extraños de nada les servimos dejando de ser quienes somos, sino sólo llevando al trato común nuestro valor propio, positivo e insustituible. Esta simple observación nos prepara para situar el peligro lingüístico de las fronteras. Pero, desde luego, nos conduce al problema de la lengua pura.

Una lengua pura es un paradigma, una abstracción. No existe en parte alguna —y menos en el cosmopolitismo de nuestros días— como no existe un río nutrido por una sola fuente. Mil torrentes la surten, mil sustancias junta en su seno, al batirse con distintas tierras y recoger los más variados acarreos por todo su lecho. Pudo, en el origen, haber una fuente principal, aunque siempre auxiliada por otras secundarias. Conforme el río extiende y adelanta su curso, se enriquece, evoluciona, cambia, pierde algo de su sustancia y acepta otros incrementos, sin dejar de ser el mismo río. La actual lengua hispana dista mucho del romance

vulgar que aparece en los orígenes medievales, el cual muestra ya sus palpitaciones veleidosas en los documentos del siglo XI, y detenido por la reforma cluniacense, se lanza luego en arremetida incontenible a partir del siglo XIII. Los mismos moldes castellanos que condujeron nuestra lengua a su madurez —a modo de invasión que se hincha, relegando a los litorales de la Península todos los otros tipos lingüísticos, que han quedado allá en categoría de lenguas secundarias o de dialectos—, esos mismos moldes que siguen sirviendo de fiel contraste, no son estables como el metro patrón, base del sistema decimal, que se custodia en un subterráneo de París. Sino que, por obra del tiempo, se han flexibilizado en suerte de desarrollo interno, y también por efecto de los contactos coloniales e internacionales. Así, en las novelas de Pérez Galdós, gran repertorio del habla coloquial española, encontramos ya expresiones nacidas por acá entre nosotros, como "liar el petate"; y así, en la actualidad, nadie titubea en incorporar en nuestra lengua palabras como "estandardización" u otros términos semejantes, para sólo hablar de vocablos y no de modificaciones sintácticas, cuyo análisis es más complicado. La lengua hispana, siempre referida naturalmente a sus rasgos y reglas centrales es hoy, lingüísticamente hablando, la suma de todos los modos de hablar y escribir en todas las zonas y pueblos que ella ha venido a cubrir bajo su manto.

La lingüística es un concepto que corresponde a la ciencia natural: registra y nota cuanto existe, sin calificarlo, sin pedirle cuentas. Pero así como el lobo y el perro tienen igual derecho natural de existir, y sin embargo el hombre persigue al lobo y adopta al perro en vista de sus fines propios; así como el hombre corrige, reduce y jardina la selva virgen en nombre del derecho humano; así también nuestra cultura, por interés de la propia conservación, instituye un cuerpo preceptivo, que es la gramática, en medio del bosque de la filología. Ya se ve que el bosque es la materia prima de nuestra urbanización, y acabar con él sería, de paso, cerrar a ésta el porvenir. Por lo que respecta a la lengua, cosa viva y cambiante, ello además es imposible. No podemos estabilizarla, así como tampoco podemos trazar planes conscientes para su evolución futura. La función del educador se limita a informar sobre el cambio, sin censurarlo en principio, y a enseñar las normas relativamente estables y orientadoras —éstas sí, de aplicación voluntaria y consciente— que deben guiar nuestro viaje por entre las mutaciones extrañas a nuestra intervención. Sólo procurando metódicamente la conservación de un mínimo indispensable en las regularidades lingüísticas se mantiene la comunicación humana; y aun antes de que existiera la gramática propiamente tal, o antes de que se la aislara como disciplina específica, ya los hombres procedían así, por instinto y por necesidad.

Durante la Edad Media sólo se escribían gramáticas de las lenguas muertas. Cuando, con el Renacimiento, aparecen las gramáticas de las lenguas vivas, la antigua definición de la gramática como "arte de hablar y escribir correctamente una lengua", definición aceptable para el latín y el griego, se sigue usando para

las lenguas en vigencia, absurdo que llega hasta nuestros días. Pues, salvo ocasionales consultas, nadie ha aprendido en los manuales a hablar y a escribir, correcta ni incorrectamente, su propia lengua, como nadie —según la feliz metáfora de Américo Castro— aprendió a andar en bicicleta leyendo tratados de mecánica. La gramática, en nuestro caso, es un análisis teórico que se proyecta, a posteriori, sobre la realidad de una lengua ya poseída, y ella tiene un valor normativo, pero no genético.

Todo esto viene a decir que hay un término de buen sentido y hasta de buen gusto en la enseñanza de los preceptos lingüísticos; que debe inculcarse una idea generosa de la pureza muy ajena al mezquino y pedantesco purismo. La frecuentación de los clásicos, de los modelos universalmente acatados, es en este extremo mucho más eficaz que los manuales de gramática. Ella despierta una sensibilidad singular, un tacto defensivo contra las corrupciones y fealdades, tacto que, de algún modo subconsciente, nos ayuda a conservar la línea de flotación, sin negarnos al vaivén de las olas; nos educa para resistir la intrusión viciosa y para dejar venir en cambio, casi insensiblemente, el neologismo legítimo. Aquí no caben las reglas absolutas. Eso sí: desde el primer instante hay que grabar en la mente del educando el respeto a los hábitos cultos y auténticamente establecidos, y convencerlo de que las innovaciones personales y voluntarias son derecho exclusivo de unos cuantos y contados genios, dotados del don misterioso de la creación lingüística: Garcilaso, Góngora, Quevedo, Gracián, Rubén Darío.

Todo lenguaje tiene tres notas: la comunicativa e intelectual, que es el dominio más o menos plenamente uniformado por la gramática y relacionado, pero no identificado, con la lógica; la acústica o fonética, que el estilo artístico y la poesía ponen a contribución, que nada tiene que ver con la lógica y que, en cambio, revela ya humores afectivos y se relaciona con la estética; y la expresiva, la humedad de afecto que la pretendida fijeza lógica nunca logra absorber del todo, modalidad sensitiva y patetismo en que bulle la energía vital de las lenguas, manifestada a la vez en los caprichos populares y en las excelsitudes poéticas. La lengua es como un brote biológico que se va canalizando un poco en la lógica, y un mucho en la convención y el uso idiomáticos, pues su génesis no es exclusiva y puramente racional, sino también irracional. No hay que perderlo nunca de vista. Hay que canalizar, pero sin figurarse que por eso se ciega nunca el brote de la linfa. Quienes ignoran la naturaleza del lenguaje, siempre están reclamando contra sus irregularidades (¡sagradas irregularidades que traen todavía el aroma de la creación!), como los niños que conjugan: "Yo *ero*, tú eres". ¿Por qué se dice "a pie juntillas" y no "a pies juntillos" conforme lo exigiría la gramática? ¡Señores: porque así se dice!

Si consideramos ahora hasta qué punto los hábitos lingüísticos penetran en los estratos más íntimos, en las representaciones y en los estímulos psicológicos, salta a la vista la inmensa responsabilidad del maestro. Tiene la lengua una

función trascendental y terrible, de doble efecto. Es hondo su alcance individual, por cuanto afecta a la configuración de cada persona, y es hondo su alcance colectivo, por cuanto afecta a la configuración de la sociedad. Y en uno y otro casos, el efecto muestra dos fases: la una vuelta al pasado, conservación de las experiencias y los tesoros hereditarios; la otra vuelta al porvenir, preparación o programación de nuestras actividades futuras.[1]

Volvamos a la lengua española. Hay un instante en que ella cobra sentido de su dignidad clásica, aunque de momento la confunde con la idea imperial. La teoría política del imperio —aunque es de todo tiempo— se esclarece en cierto discurso de Carlos V (Madrid, 1528), obra que se atribuía al canciller piamontés Mercurino Gatinara y hoy, por averiguaciones de mi venerado maestro don Ramón Menéndez Pidal, se atribuye al célebre predicador de la corte y autor del *Reloj de príncipes*, Fray Antonio de Guevara. Pero aun antes de que España se entregara a este sueño ecuménico, la unificación de los reinos de Aragón y Castilla y la colonización de América habían suscitado en el espíritu de los humanistas el sentimiento de una obligación cultural que, naturalmente, traía consigo una atención especial para la lengua. El gran sevillano Antonio de Lebrija (o Nebrija, como suele llamársele) decide por primera vez escribir una *Gramática castellana* (1492). Era una hazaña revolucionaria. Hasta entonces, como hemos dicho, sólo se habían escrito gramáticas de las lenguas muertas. Nebrija, para justificarse, explica los tres propósitos de su empresa: el docente, el científico, el imperial. Veámoslo rápidamente por su orden.[2]

1º *El propósito docente.*—Estudiar la gramática de una lengua extraña es cosa abstracta y teológica; otros hombres pudieron conformarse con ello: no un realista del Renacimiento. Es como querer dibujar el contorno de una montaña que no se ha visto: podemos aprender, claro está, a trazarlo de memoria, copiándolo de otros; pero si nunca hemos reparado previamente en los contornos de las montañas próximas, de las que están al alcance de nuestros ojos, ¿qué provecho habrá en ese aprendizaje mecánico? En cambio, si previamente se nos hace apreciar y dibujar el perfil de nuestras montañas, percibiremos la relación entre el esquema y el objeto, y cuando después se nos enseñe el dibujo de una montaña que aún no hemos visto, nos formaremos clara idea de ella. Dice Nebrija: "Los hombres de nuestra lengua que querrán estudiar la gramática del latín, después que sintieren bien el arte castellano no les será muy difícil; porque es sobre la lengua que ya ellos sienten; cuando pasaren al latín, no habrá cosa tan oscura". De suerte que la gramática castellana venía a ser una introducción del latín. En cuanto a la utilidad del latín —valga hoy lo que valiere—, era entonces tan indispensable como hoy lo es todavía aprender la escritura a mano, que resultará acaso inútil para los hijos de nuestros biznietos. Además, "los vizcaínos, navarros, franceses, italianos y todos los otros que tienen algún trato en conversación en España y necesidad de nuestra lengua, si no vienen desde niños a aprenderla por uso, podránla más aína saber por esta mi

obra".

2º *El propósito científico*.—Lo hemos esbozado ya. El latín había sido hasta entonces la lengua por excelencia, y el español se consideraba como una corrupción del latín. A Malón de Chaide le preguntaban sus amigos que cómo escribía en lengua vulgar (español) cosas religiosas y de sustancia, cuando el "vulgar" sólo era propio para cuentos de "hilanderuelas y mujercitas". El propósito de reivindicar la lengua vulgar es una de las formas de ese interés por las cosas populares, folklóricas, que tiene sus raíces en el Renacimiento. No es más que el interés por la propia fisonomía nacional. "Esencialmente al mismo espíritu —dice Castro— responde el emplear las lenguas nacionales para el culto protestante. La Biblia de Lutero es, además, el primer monumento del moderno alemán. La Iglesia católica, al mantener el latín para el culto, volvía la espalda al Renacimiento, y continuaba la tradición medieval."

3º *El propósito imperial*.—En la introducción a la "Antología de poetas hispanoamericanos", escribía Menéndez y Pelayo: "Fue privilegio de las lenguas que llamamos clásicas el extender su imperio por regiones muy distantes de aquellas donde tuvieron su cuna, y el sobrevivirse en cierto modo a sí mismas, persistiendo a través de los siglos en los labios de gentes y de razas traídas a la civilización por el pueblo que primeramente articuló aquellas palabras y dio a la lengua su nombre". Y parece que al escribir así, refiriéndose al griego, al latín, al inglés y a la lengua española —exaltada ya a la categoría de clásica en la historia —, Menéndez y Pelayo describiera el hecho presentido, en los días de su iniciación, por Nebrija, aunque éste confunda la noción clásica con la noción imperial. En efecto, decía Nebrija a la reina Isabel:

> Cuando bien conmigo pienso, muy esclarecida Reina, y pongo delante los ojos el antigüedad de todas las cosas que para nuestra recordación y memoria quedaron escritas, una cosa hallo y saco por conclusión muy cierta: que siempre la lengua fue compañera del imperio, y de tal manera lo siguió, que juntamente comenzaron, crecieron y florecieron, y después junta fue la caída de entrambos.

Antes nación dispersa, antes lengua bárbara; hoy, "los miembros y pedazos de España, que estaban por muchas partes derramados, se redujeron y ayuntaron en un cuerpo y unidad de reino"; hoy, pues, deben erigirse en cuerpo de doctrina los *disjecta membra* de la lengua. Además,

> cuando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a Vuestra Real Majestad, y me preguntó que para qué podía aprovechar, el muy Reverendo Padre Obispo de Ávila me arrebató la respuesta, y respondiendo por mí, dijo que después que Vuestra Alteza metiese debajo de su yugo pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas, y con el vencimiento, aquéllos tuviesen necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido, y con ellas nuestra lengua, entonces por esta mi arte podrían venir en el conocimiento de ella, como ahora nosotros aprendemos el arte de la gramática latina para aprender el latín.

Y con esta mayoría de edad sobrevenida en la conciencia de la lengua española, nos trasladamos a América, y particularmente a México. Al fenómeno

general de la evolución lingüística se suman aquí algunos factores especiales que se aprecian por comparación con la lengua peninsular.

El rasgo más característico de América es la transformación de algunos fonemas. El abandono de la "ll" castellana y su sustitución por la "y" (excepcionalmente, por una "j" francesa), o el cambio de la "z" y la "c" suave por la "s", no son una novedad, sino una adopción de popularismos que también se notan en varias regiones peninsulares. En cuanto a la confusión de la "v" y la "b", el matiz es menos discernible, y en España misma es una afectación el querer pronunciar la "v" a la francesa. Todo esto se consideró un tiempo como influencia típicamente andaluza sobre América: andaluza era una buena porción de los conquistadores que trajeron la lengua. Hoy se tiende a pensar que se trata más bien de popularismos españoles y no de meros andalucismos. Aún me acuerdo que Américo Castro y yo encontrábamos por la vega toledana algunas formas que suelen pasar por andaluzas. Estas formas de economía, nos decía Menéndez Pidal, tal vez representen el porvenir de la lengua. Yo escribí cierta divagación sobre "El imperio dialectal de la *se*",[3] que comprendería a las Vascongadas, Cataluña, Andalucía y su "mar territorial" y desde luego a América. Asturias y Santander más bien usan una "sh" francesa, el sonido de la antigua "x" que perdió la lengua castellana y que deja residuo en la ortografía tradicional de "México" "Méshico"). Verdad es que nuestra "s" se articula a la francesa, con la punta de la lengua en los dientes de abajo, mientras que la "s" castellana se pronuncia con la punta de la lengua en los dientes de arriba. También nuestra "j" es más delantera que la castellana, y cuando yo llegué a Madrid por 1914 —no contaminado aún— Navarro Tomás me hacía notar que yo pronunciaba "Mégico" y no "Méjico". Y yo me ofendía diciéndole que la profunda "j" gutural es causa de que se oiga toser tanto en los teatros y en las iglesias madrileñas. En otras minucias fonéticas no podemos alargarnos aquí.

Otro rasgo de nuestras tierras es el americanismo de vocabulario o de frase. A veces el americanismo es sólo aparente: es alguna forma vieja de la lengua que ha quedado entre nosotros y se ha abandonado en España, y sólo será censurable en la escuela cuando haya cobrado un aspecto rústico, como "truje" por "traje"; o bien el pretendido americanismo es alguna forma actual algo desusada en España y usual entre nosotros, pero perfectamente legítima, como nuestro "angosto", que resulta un tanto amanerado en el habla corriente de Castilla, donde siempre dicen "estrecho". El español usa "antes de ayer" o "anteayer", y nuestro "antier" le parece una expresión grosera. Nuestra frase "Te veré *en* la tarde" no tiene sentido para el español, que dice siempre "Te veré *a* la tarde", "*por* la tarde" o "*de* tarde". Nuestro "sino hasta" es un mero disparate.

El americanismo auténtico es una palabra que designa un objeto nuevo, americano; y cuando hace falta, no hay motivo para desterrarlo. El Diccionario Académico le va abriendo cada vez más sus puertas.

Hay mexicanismos de frase —y americanismos en general— que representan

una aportación positiva al fondo psicológico de la lengua. Alguna vez analicé en tal sentido nuestra expresión "¡Hora que me acuerdo!", expresión que corresponde a un cambio de régimen de la conciencia; brusca voltifacia, más de la voluntad que de la razón; rebeldía, desperezo, gana de jugarse el todo por el todo.[4] José Moreno Villa, en su *Cornucopia de México* ("El español en boca mexicana"), ha llamado la atención sobre fenómenos todavía más sutiles: entonación dulce y persuasiva, meticulosidad de pronunciación, etc., en que cree percibir un matiz temperamental hecho de confianza y ternura.

En conclusión, fuera de los barbarismos, solecismos, vulgaridades y fealdades (pues el criterio estético es inseparable de la educación), el maestro no debe considerarse obligado a tachar todo mexicanismo por el hecho de serlo. Tal actitud sería anticientífica, contraria al verdadero concepto de la lengua, que arriba dejamos explicado.

Pero entre nosotros hay singularmente un gran peligro al que ya nos hemos referido, y es el peligro de las regiones fronterizas, donde la lengua parece pudrirse por las orillas. Figurarse que esto nos acerca al vecino es figurarse que renunciando a nuestro nombre de familia somos mejor recibidos en sociedad. Que lo haga quien tenga "cola que le pisen"; no los herederos del habla hispana. Lo que podemos llamar "el pochismo" es un vicio que trasciende de la lingüística a la moral. A la mayor amenaza debe corresponder, por parte de los educadores, el máximo cuidado. Cuando hemos oído decir "traite la basquetita que ai viene el mueble", por "Trae la canastita que allí viene el coche", hemos comprendido que era indispensable establecer por toda la frontera un cordón sanitario de cursos para la preservación de nuestra lengua —en que van implícitos nuestro carácter nacional y aun nuestra decencia—, y estamos seguros de que todos nuestros amigos cultos del Norte opinan lo mismo que nosotros. Tampoco les gustaría a ellos que se estropee la lengua inglesa como lo oí hacer a cierto británico aclimatado en la Argentina. Allá dicen "agarrar a uno sin perros", por "agarrarlo descuidado", "sorprenderlo", "madrugarle". El británico, capataz en una "estancia" o hacienda, tuvo soplo de que un peón le robaba, y salió en volandas. "¿Qué le pasa?", le pregunté, y me contestó en lenguaje intermediario: *I'm going to catch one without dogs*.

Por supuesto que también hay enemigos solapados en el interior. Tales son todas las fuerzas de la incultura. Y entre las más subrepticias y dañinas, ésas que se disfrazan de amena literatura para los niños, y propagan tantas vulgaridades criminales, ajenas a las tradiciones de nuestro gusto, e innumerables dolencias lingüísticas. Aun las estaciones de radio —que, por otra parte, hacen algunas sesiones más o menos afortunadas de enseñanza lingüística— no son siempre muy cuidadosas en la elección de sus locutores, cuyos defectos de pronunciación, entonación, vocabulario y sintaxis podrían a veces servir de ejercicio práctico en las escuelas.

El rigor, más acentuado para los temas escritos, que deben respetar el común

denominador de la lengua culta, a menos que se trate precisamente de hacer "realismo costumbrista", debe atenuarse para la lengua hablada. Con todo el respeto que merece el autor del *Diálogo de la lengua*, aquello de "escribo como hablo" no pasa de una jactancia peligrosa, pues ambas funciones, el escribir y el hablar, obedecen a distinto régimen. Nunca escribirá bien quien escribe como habla, y los llamados estilos espontáneos y naturales, o son un presente que los Reyes Magos no dan a todos, o son un laborioso efecto del arte, pero difícilmente coinciden con el modo de hablar corriente y moliente de los escritores en cuestión. Inversamente, nunca hablará bien, sino que será un insoportable redicho y alambicado, quien hable como escriba. Era yo un muchacho de dieciocho años cuando me alejé para siempre de una compañera que vino a contarme: "Hay un árbol a dos hectómetros de mi casa", y cuando le perdí el respeto a un pobre profesor que me dijo: "Me arde la garganta; me lastimé al deglutir el bolo alimenticio". Y es que el tal bolo y el tal hectómetro sólo se degluten y pasan en los tratados técnicos especiales, pero no en la charla. Y la charla, señores maestros, también es terreno donde la educación tiene mucho que entender. ¡Como que es la forma habitual e inmediata del encuentro entre los hombres, y donde hacen más falta la buena condición y el enseñamiento oportuno! Sobre este y otros puntos que la retórica de los antiguos contempló siempre con suma atención, convendría releer a Quintiliano, cuya experiencia pedagógica no ha sido hasta hoy superada. El agudo preceptor de los Césares acompaña al hombre parlante desde la cuna a la sepultura, e igualmente da consejos sobre la elección de la niñera y sobre los estudios de la vejez, todo con miras a la constante educación lingüística, que dura tanto como dura una vida.

El secreto de la enseñanza, aquí como en todo, es el ejercicio. Los libros de recetas no hacen a los buenos cocineros, sino sólo la continua práctica en el fogón. Quédense los recetarios como guías y referencias, y multiplíquense las composiciones orales y escritas, las charlas, las discusiones sobre los casos vivos que se ofrezcan a mano. En la masa lingüística establecida por el ambiente y los intereses dominantes de cada población (la agricultura, la industria, o lo que sea), allí debe comenzar el maestro. Si hemos de salir al vasto mundo, hay que cruzar antes la puerta de la casa. Para el filólogo la lengua tiene un pasado, una evolución y una doctrina más o menos estable. Para el educando, la lengua es un acto de vitalidad como la respiración o el movimiento de su cuerpo. Esta cosa presente y viva da la materia del primer paso en la enseñanza. Antes que nada, hay que adiestrar en la justa referencia de cada nombre a cada objeto; después viene el enriquecer el léxico; luego, la fraseología, y así sucesivamente, todo acompañado de la dicción. Y de modo concomitante, los análisis teóricos, cuyas especies deben irse reservando como en depósito, para llegar al final, y sólo al final, al conjunto preceptivo de la gramática. Aun las lenguas extranjeras, según Bally, sólo debieran abordarse cuando ya se ha paseado bastante por la lengua propia. Y sobre todo, y antes y después de todo, la acción lingüística, sin la cual la

preceptuación no tiene sentido ni aprovecha. Más vale obligar a los muchachos a vivir dentro del aula con todos los riesgos de la vida —equivocaciones, tartamudeos, rechiflas, burlas y todos los achaques de la incipiencia— que no el hacerlos "morir según las reglas", como decía el médico de Molière.

CARTILLA MORAL*

PREFACIO

Estas lecciones fueron preparadas al iniciarse la "campaña alfabética" y no pudieron aprovecharse entonces. Están destinadas al educando adulto, pero también son accesibles al niño. En uno y otro caso suponen la colaboración del preceptor, sobre todo para la multiplicación de ejemplos que las hubieran alargado inútilmente. Dentro del cuadro de la moral, abarcan nociones de sociología, antropología, política o educación cívica, higiene y urbanidad.

Se ha insistido en lo explicativo, dejando de lado el enojoso tono exhortatorio, que hace tan aburridas las lecturas morales. No tenía objeto dictar los preceptos como en el catecismo, pues son conocidos de todos. Se procura un poco de amenidad, pero con medida para no desvirtuar el carácter de estas páginas.

Se deslizan de paso algunas citas y alusiones que vayan despertando el gusto por la cultura y ayuden a perder el miedo a los temas clásicos, base indispensable de nuestra educación y en los que hoy importa insistir cada vez más.

Se ha establecido un armazón o sistema que dé coherencia al conjunto; pero se ha disimulado esta trabazón para no torturar con esfuerzos excesivos la mente de los lectores.

Bajo la expresión más simple que fue dable encontrar, se han tocado, sin embargo, los problemas de mayor tradición en la filosofía ética, dando siempre por supuesto que nos dirigimos a hombres normales y no a deficientes. El constante error del intermediario consiste en suponer al consumidor más candoroso de lo que es.

Se ha usado el criterio más liberal, que a la vez es laico y respetuoso para las creencias.

La brevedad de cada lección responde a las indicaciones que se nos dieron. Dentro de esta brevedad se procuró, para el encanto visual y formal —parte de la educación—, cierta simetría de proporciones.

Las frases son sencillas; pero se procura que se relacionen ya unas con otras, para ir avezando al lector en el verdadero discurso y en el tejido de los conceptos. Pues a estos ejercicios llega el analfabeto cuando ya ha dejado de serlo. La poesía que se cita al final de la primera parte es útil en este sentido (amén de su valor moral y poético), por estar fraseada en trozos paralelos, cuya consecuencia sólo se desata en los dos versos últimos. Es un buen ejercicio de suspensión del argumento, sin ser por eso nada difícil. Conviene que el preceptor la lea en voz alta antes de darla a leer al discípulo.

México, 1944

El hombre debe educarse para el bien. Esta educación, y las doctrinas en que ella se inspira constituyen la moral o ética. (La palabra "moral" procede del latín; la palabra "ética" procede del griego.) Todas las religiones contienen también un cuerpo de preceptos morales, que coinciden en lo esencial. La moral de los pueblos civilizados está toda contenida en el Cristianismo. El creyente hereda, pues, con su religión, una moral ya hecha. Pero el bien no sólo es obligatorio para el creyente, sino para todos los hombres en general. El bien no sólo se funda en una recompensa que el religioso espera recibir en el cielo. Se funda también en razones que pertenecen a este mundo. Por eso la moral debe estudiarse y aprenderse como una disciplina aparte.

Podemos figurarnos la moral como una Constitución no escrita, cuyos preceptos son de validez universal para todos los pueblos y para todos los hombres. Tales preceptos tienen por objeto asegurar el cumplimiento del bien, encaminando a este fin nuestra conducta.

El bien no debe confundirse con nuestro interés particular en este o en el otro momento de nuestra vida. No debe confundírselo con nuestro provecho, nuestro gusto o nuestro deseo. El bien es un ideal de justicia y de virtud que puede imponernos el sacrificio de nuestros anhelos, y aun de nuestra felicidad o de nuestra vida. Pues es algo como una felicidad más amplia y que abarcase a toda la especie humana, ante la cual valen menos las felicidades personales de cada uno de nosotros.

Algunos han pensado que el bien se conoce sólo a través de la razón, y que, en consecuencia, no se puede ser bueno si, al mismo tiempo, no se es sabio. Según ellos, el malo lo es por ignorancia. Necesita educación.

Otros consideran que el bien se conoce por el camino del sentimiento y, como la caridad, es un impulso del buen corazón, compatible aun con la ignorancia. Según ellos, el malo lo es por mala inclinación. Necesita redención.

La verdad es que ambos puntos de vista son verdaderos en parte, y uno a otro se completan. Todo depende del acto bueno de que se trate. Para dar de beber al sediento basta tener buen corazón, ¡y agua! Para ser un buen ciudadano o para sacar adelante una familia hay que tener, además, algunos conocimientos.

Aquí, como en todo, la naturaleza y la educación se completan. Donde falta la materia prima, no puede hacerse la obra. Pero tampoco puede hacerse donde hay materia y falta el arte. Los antiguos solían decir: "Lo que natura no da, Salamanca no lo presta". Se referían a la Universidad de Salamanca, famosa en la España de los siglos XVI y XVII, y querían decir que, si se es estúpido, poco se aprende con el estudio. Casi lo mismo hay que decir con respecto al bien. Pero, por fortuna, el malo por naturaleza es educable en muchos casos y, por decirlo así, aprende a ser bueno. Por eso el filósofo griego Aristóteles aconsejaba la "ejercitación en la virtud para hacer virtuosos" *(ethismos)*.

El hombre tiene algo de común con los animales y algo de exclusivamente humano. Estamos acostumbrados a designar lo uno y lo otro, de cierta manera fácil, con los nombres de cuerpo y alma, respectivamente. Al cuerpo pertenece cuanto en el hombre es naturaleza; y al alma, cuanto en el hombre es espíritu.

Esto nos aparece a todos como evidente, aun cuando se reconozca que hay dificultad en establecer las fronteras entre los dos campos.

Algunos dicen que todo es materia; otros, que todo es espíritu. Algunos insisten en que cuerpo y alma son dos manifestaciones de alguna cosa única y anterior. Aquí nos basta reconocer que ambas manifestaciones son diferentes.

Luego se ve que la obra de la moral consiste en llevarnos desde lo animal hasta lo puramente humano. Pero hay que entenderlo bien. No se trata de negar lo que hay de material y de natural en nosotros, para sacrificarlo de modo completo en aras de lo que tenemos de espíritu y de inteligencia. Esto sería una horrible mutilación que aniquilaría a la especie humana. Si todos ayunáramos hasta la tortura, como los ascetas y los fakires, acabaríamos por suicidarnos.

Lo que debe procurarse es una prudente armonía entre cuerpo y alma. La tarea de la moral consiste en dar a la naturaleza lo suyo sin exceso, y sin perder de vista los ideales dictados por la conciencia. Si el hombre no cumple debidamente sus necesidades materiales se encuentra en estado de ineptitud para las tareas del espíritu y para realizar los mandamientos del bien.

Advertimos, pues, que hay siempre algo de tacto, de buen sentido en el manejo de nuestra conducta; algo de equilibrio y de proporción. Ni hay que dejar que nos domine la parte animal en nosotros, ni tampoco debemos destrozar esta base material del ser humano, porque todo el edificio se vendría abajo.

Hay momentos en que necesitamos echar mano de nuestras fuerzas corporales, aun para los actos más espirituales o más orientados por el ideal. Así en ciertos instantes de bravura, arrojo y heroicidad.

Hay otros momentos en que necesitamos de toda nuestra inteligencia para poder atender a las necesidades materiales. Así cuando, por ejemplo, nos encontráramos sin recursos, en medio de una población extranjera que no entendiese nuestro lenguaje, y a la que no supiésemos qué servicio ofrecer a cambio del alimento que pedimos.

De modo que estos dos gemelos que llevamos con nosotros, cuerpo y alma, deben aprender a entenderse bien. Y mejor que mejor si se realiza el adagio clásico: “Alma sana en cuerpo sano”.

Añádase que todo acto de nuestra conducta se nos presenta como “disyuntiva”, es decir: hacer esto o hacer lo otro. Y ahora entenderemos lo que quiso decir Platón, el filósofo griego, cuando comparaba al hombre con un cochero obligado a poner de acuerdo el trote de dos caballos.

La voluntad moral trabaja por humanizar más y más al hombre, levantándolo sobre la bestia, como un escultor que, tallando el bloque de piedra, va poco a poco sacando de él una estatua. No todos tenemos fuerzas para corregirnos a nosotros mismos y procurar mejorarnos incesantemente a lo largo de nuestra existencia; pero esto sería lo deseable. Si ello fuera siempre posible, el progreso humano no sufriría esos estancamientos y retrocesos que hallamos en la historia, esos olvidos o destrozos de las conquistas ya obtenidas.

En la realidad, el progreso humano no siempre se logra, o sólo se consigue de modo aproximado. Pero ese progreso humano es el ideal a que todos debemos aspirar, como individuos y como pueblos.

Las palabras "civilización" y "cultura" se usan de muchos modos. Algunos entienden por "civilización" el conjunto de conquistas materiales, descubrimientos prácticos y adelantos técnicos de la humanidad. Y entienden por "cultura" las conquistas semejantes de carácter teórico o en el puro campo del saber y del conocimiento. Otros lo entienden al revés. La verdad es que ambas cosas van siempre mezcladas. No hubiera sido posible, por ejemplo, descubrir las útiles aplicaciones de la electricidad o la radiodifusión sin un caudal de conocimientos previos; y, a su vez, esas aplicaciones han permitido adquirir otras nociones teóricas.

En todo caso, civilización y cultura, conocimientos teóricos y aplicaciones prácticas nacen del desarrollo de la ciencia; pero las inspira la voluntad moral o de perfeccionamiento humano. Cuando pierden de vista la moral, civilización y cultura degeneran y se destruyen a sí mismas. Las muchas maravillas mecánicas y químicas que aplica la guerra, por ejemplo, en vez de mejorar a la especie, la destruyen. Nobel, sabio sueco inventor de la dinamita, hubiera deseado que ésta sólo se usara para la ingeniería y las industrias productivas, en vez de usarse para matar hombres. Por eso, como en prenda de sus intenciones, instituyó un importante premio anual, que se adjudica al gobernante o estadista que haya hecho más por la paz del mundo.

Se puede haber adelantado en muchas cosas y, sin embargo, no haber alcanzado la verdadera cultura. Así sucede siempre que se olvida la moral. En los individuos y en los pueblos, el no perder de vista la moral significa el dar a todas las cosas su verdadero valor, dentro del conjunto de los fines humanos. Y el fin de los fines es el bien, el blanco definitivo a que todas nuestras acciones apuntan.

De este modo se explica la observación hecha por un filósofo que viajaba por China a fines del siglo XIX. "El chino —decía— es más atrasado que el europeo; pero es más culto, dentro del nivel y el cuadro de su vida." La educación moral, base de la cultura, consiste en saber dar sitio a todas las nociones: en saber qué es lo principal, en lo que se debe exigir el extremo rigor; qué es lo secundario, en lo que se puede ser tolerante; y qué es lo inútil, en lo que se puede ser

indiferente. Poseer este saber es haber adquirido el sentimiento de las categorías.

LECCIÓN IV

La apreciación del bien, objeto de la moral, supone el acatamiento a una serie de respetos, que vamos a estudiar en las siguientes lecciones. Estos respetos equivalen a los "mandamientos" de la religión. Son inapelables; no se los puede desoír sin que nos lo reproche la voz de la conciencia, instinto moral que llevamos en nuestro ser mismo. Tampoco se los cumple para obtener esta o la otra ventaja práctica, o para ganar este o el otro premio. Su cumplimiento trae consigo una satisfacción moral, que es la verdadera compensación en el caso.

Ahora bien, la humanidad no podría subsistir sin obediencia a los respetos morales. En la inmensa mayoría de los casos, el solo hecho de obrar bien nos permite ser más felices dentro de la sociedad en que vivimos. Esto bien puede considerarse como una ventaja práctica, comparable a esos premios que las asociaciones benéficas o los periódicos conceden a quienes han hecho algún acto eminente de virtud: el que devuelve la cartera perdida, llena de billetes de banco; el que salva a un náufrago, etcétera.

Sin embargo, la moral está muy por encima de estas satisfacciones exteriores. A veces, su acción va directamente en contra de nuestra conveniencia. Si un conductor de auto atropella a un peatón en un camino desierto, y lo deja privado de conocimiento, lo más conveniente y ventajoso para él, desde un punto de vista inmediato, es escapar cuanto antes y no contar a nadie lo sucedido. Pero el instinto moral o la educación moral le ordenan asistir a su víctima, dar cuenta a la policía y someterse a las sanciones de la ley, aunque esto sea para él lo menos cómodo. Esta vigilancia interior de la conciencia aun nos obliga, estando a solas y sin testigos, a someternos a esa Constitución no escrita y de valor universal que llamamos la moral.

Reconocemos así un bien superior a nuestro bien particular e inmediato. En este reconocimiento se fundan la subsistencia de la especie, la perduración de la sociedad, la existencia de los pueblos y de los hombres. Sin este sentimiento de nuestros deberes, nos destruiríamos unos a otros, o sólo viviríamos como los animales gregarios. Éstos, aunque sin conciencia humana, se ven protegidos en su asociación por ciertos impulsos naturales de simpatía, por lo que se llama "conciencia de la especie". Pero siempre siguen siendo animales, porque, a diferencia del hombre, carecen de la voluntad moral de superación.

LECCIÓN V

Los respetos que hemos considerado como mandamientos de la moral pueden enumerarse de muchos modos. Los agruparemos de la manera que nos parece más adecuada para recordarlos de memoria, desde el más individual hasta el más general, desde el más personal hasta el más impersonal. Podemos imaginarlos

como una serie de círculos concéntricos. Comenzamos por el interior y cada vez vamos tocando otro círculo más amplio.

Lo primero es el respeto que cada ser humano se debe a sí mismo, en cuanto es cuerpo y en cuanto es alma. A esto se refiere el sentimiento de la dignidad de la persona. Todos los hombres son igualmente dignos, en cuanto a su condición de hombres, así como todos deben ser iguales ante la ley. El hombre debe sentirse depositario de un tesoro, en naturaleza y en espíritu, que tiene el deber de conservar y aumentar en lo posible. Cada uno de nosotros, aunque sea a solas y sin testigos, debe sentirse vigilado por el respeto moral y debe sentir vergüenza de violar este respeto. El uso que hagamos de nuestro cuerpo y de nuestra alma debe corresponder a tales sentimientos.

Esto no significa que nos avergoncemos de las necesidades corporales impuestas por la naturaleza, sino que las cumplamos con decoro, aseo y prudencia. Esto no significa que nos consideremos a nosotros mismos con demasiada solemnidad, porque ello esteriliza el espíritu, comienza por hacernos vanidosos y acaba por volvernos locos. También es muy peligroso el entregarse a miedos inútiles, error más frecuente de lo que parece y signo de fatiga nerviosa. Una de sus formas más dañinas es el miedo a la libertad y a las hermosas responsabilidades que ella acarrea. El descanso, el esparcimiento y el juego, el buen humor, el sentimiento de lo cómico y aun la ironía, que nos enseña a burlarnos un poco de nosotros mismos, son recursos que aseguran la buena economía del alma, el buen funcionamiento de nuestro espíritu. La capacidad de alegría es una fuente del bien moral. Lo único que debemos vedarnos es el desperdicio, la bajeza y la suciedad.

De este respeto a nosotros mismos brotan todos los preceptos sobre la limpieza de nuestro cuerpo, así como todos los preceptos sobre la limpieza de nuestras intenciones y el culto a la verdad. La manifestación de la verdad aparece siempre como una declaración ante el prójimo, pero es un acto de lealtad para con nosotros mismos.

Se ha dicho que la buena presencia es ya de por sí la mejor recomendación. Lo mismo puede decirse de la buena fe. Pero la limpieza de cuerpo y alma de que ahora tratamos no ha de procurarse por cálculo y para quedar bien con los demás; sino desinteresadamente, y para nuestra solitaria satisfacción moral.

Los antiguos griegos, creadores del mundo cultural y moral en que todavía vivimos, llamaban *aidós* a este sentimiento de la propia dignidad; y le llamaban *némesis* al sentimiento de justa indignación ante las indignidades ajenas (y no a la "venganza", como suele decirse). Estos dos principios del *aidós* y la *némesis* son el fundamento exterior de las sociedades. Si esto conduce a la necesidad de la ley y sus sanciones, aquello conduce al sentimiento de la vergüenza. Si la ley tiene un valor general, la vergüenza opera como una energía individual. Pero todavía la vergüenza parece sernos impuesta desde afuera. El Cristianismo insistió en añadir a ese sentimiento de la vergüenza, característico del mundo

pagano, el sentimiento mucho más íntimo de la culpa, el coraje de reconocer y rectificar los propios errores morales, aun cuando no tengan testigos.

LECCIÓN VI

Después del respeto a la propia persona, corresponde examinar el respeto a la familia: mundo humano que nos rodea de modo inmediato.

La familia es un hecho natural y puede decirse que, como grupo perdurable, es característico de la especie humana. Los animales, entregados a sí mismos y no obligados por la domesticidad, crean familias transitorias y sólo se juntan durante el celo o la cría de la prole. Por excepción, se habla de cierta extraña superioridad de los coyotes, que tienden a juntarse por parejas para toda la vida.

La familia estable humana rebasa los límites mínimos del apetito amoroso y la cría de los hijos. Ello tiene consecuencias morales en el carácter del hombre, y reconoce una razón natural: entre todas las criaturas vivas comparables al hombre, llamadas animales superiores, el hombre es el que tarda más en desarrollarse y en valerse solo, para disponer de sus manos, andar, comer, hablar, etc. Por eso necesita más tiempo el auxilio de sus progenitores. Y éstos acaban por acostumbrarse a esta existencia en común que se llama hogar.

La mayor tardanza en el desarrollo del niño comparado con el animal no es una inferioridad humana. Es la garantía de una maduración más profunda y delicada, de una "evolución" más completa. Sin ella, el organismo humano no alcanzaría ese extraordinario afinamiento nervioso que lo pone por encima de todos los animales. La naturaleza, como un artista, necesita más tiempo para producir un artículo más acabado.

El hombre, al nacer, es ya parte de una familia. Las familias se agruparon en tribus. Éstas, en naciones más o menos organizadas, y tal es el origen de los pueblos actuales. De modo que la sociedad o compañía de los semejantes tiene para el hombre el mismo carácter necesario que su existencia personal. No hay persona sin sociedad. No hay sociedad sin personas. Esta compañía entre los seres de la especie es para el hombre un hecho natural o espontáneo. Pero ya la forma en que el grupo se organiza, lo que se llama el Estado, es una invención del hombre. Por eso cambia y se transforma a lo largo de la historia: autocracia, aristocracia, democracia; monarquía absoluta, monarquía constitucional, república, unión soviética, etcétera.

Con la vida en común de la familia comienzan a aparecer las obligaciones recíprocas entre las personas, las relaciones sociales; los derechos por un lado y, por el otro, los deberes correspondientes. Pues, en la vida civilizada, por cada derecho o cosa que podemos exigir existe un deber o cosa que debemos dar. Y este cambio o transacción es lo que hace posible la asociación de los hombres.

Sobre el amor que une a los miembros de la familia no vale la pena de extenderse, porque es sentimiento espontáneo, sólo perturbado por caso

excepcional. En cuanto al respeto, aunque es de especie diferente, lo mismo debe haberlo de los hijos para con los padres y de los padres para con los hijos, así como entre los hermanos.

El hogar es la primera escuela. Si los padres, que son nuestros primeros y nuestros constantes maestros, se portan indignamente a nuestros ojos, faltan a su deber; pues nos dan malos ejemplos, lejos de educarnos como les corresponde. De modo que el respeto del hijo al padre no cumple su fin educador cuando no se completa con el respeto del padre al hijo. Lo mismo pasa entre hermanos mayores y menores. La familia es una escuela de mutuo perfeccionamiento. Y el acatamiento que el menor debe al mayor, y sobre todo el que el hijo debe a sus padres, no es mero asunto sentimental o místico; sino una necesidad natural de apoyarse en quien nos ayuda, y una necesidad racional de inspirarse en quien ya nos lleva la delantera.

LECCIÓN VII

Nuestra existencia no sólo se desenvuelve dentro del hogar. Pronto empezamos a tratar con amigos de la casa, vecinos, maestros, compañeros de escuela. Y cuando pasamos de niños a hombres, con jefes, compañeros de trabajo, subordinados, etcétera. De modo que nuestra existencia transcurre en compañía de un grupo de hombres, entre la gente.

Esta gente puede estar repartida en muchos lugares, y hasta puede ser que unos grupos no conozcan a los otros. Pero todos ellos se juntan en nuestra persona, por el hecho de que nosotros tratamos con unos y otros. Así, las personas con quienes trabajo durante la semana no conocen a las personas que encuentro en una pensión campestre donde paso los domingos. Pero unos y otros son mi compañía humana. Hay también personas a quienes sólo encuentro de paso, en la calle, una vez en la vida. También les debo el respeto social.

Esta compañía humana es mi sociedad. Mi sociedad no es más que una parte de la sociedad humana total. Esta sociedad total es el conjunto de todos los hombres. Y aunque todos los hombres nunca se juntan en un sitio, todos se parecen lo bastante para que pueda hablarse de ellos como de un conjunto de miembros semejantes entre sí y diferentes de los demás grupos de seres vivos que habitan la tierra.

Pues bien: en torno al círculo del respeto familiar se extiende el círculo del respeto a mi sociedad. Y lo que se dice de mi sociedad puede decirse del círculo más vasto de la sociedad humana en general. Mi respeto a la sociedad, y el de cada uno de sus miembros para los demás, es lo que hace posible la convivencia de los seres humanos.

El problema de la política es lograr que esta convivencia sea lo más justa y feliz, tanto dentro de cada nación como entre unas y otras naciones. Las naciones, en su conducta de unas para con las otras, pueden imaginarse como

unas personas más amplias que las humanas, pero que debieran gobernarse conforme a iguales principios de bien y de justicia.

La subsistencia de la sociedad es indispensable a la subsistencia de cada ser humano y de la especie humana en general. Los respetos sociales son de varias categorías, según sean más o menos indispensables a la subsistencia de la sociedad. Se procura, pues, impedir las violaciones contra esos respetos; y si las violaciones ya han acontecido se las castiga para que no se repitan. Esto establece, frente al sistema de respetos, un sistema de sanciones para en caso de violación. Y sólo así se logra la confianza en los respetos, sin la cual la sociedad sería imposible.

El primer grado o categoría del respeto social nos obliga a la urbanidad y a la cortesía. Nos aconseja el buen trato, las maneras agradables; el sujetar dentro de nosotros los impulsos hacia la grosería; el no usar del tono violento y amenazador sino en último extremo; el recordar que hay igual o mayor bravura en dominarse a sí mismo que en asustar o agraviar al prójimo; el desconfiar siempre de nuestros movimientos de cólera, dando tiempo a que se remansen las aguas.

La sanción contra la violación de este respeto se entrega a la opinión pública. Se manifiesta en la desestimación que rodea a la gente grosera. Pero el cortés y urbano recibe una compensación inmediata y de carácter doble; dentro de sí mismo, cumple la voluntad moral de superación, encaminándose de la bestia al hombre; fuera de sí mismo, acaba por hacerse abrir todas las puertas.

La buena disposición para con el prójimo es un sentimiento relacionado con los anteriores. Un mexicano —educado en las buenas tradiciones de nuestra cortesía— solía decir siempre:

—Cuando una mano se alarga para pedirme algo, pienso que esa mano puede ser, mañana, la que me ofrezca un vaso de agua en mitad del desierto.

LECCIÓN VIII

El primer grado del respeto social se refería a la sociedad en general, a la convivencia de ser dueño de sí mismo y, en lo posible, agradable y solícito al prójimo. El segundo grado del respeto social se refiere ya a la sociedad organizada en Estado, en gobierno con sus leyes propias.

Este grado es el respeto a la ley. Asume, a su vez, varias categorías. Las sanciones contra las violaciones respectivas ya no se dejan a la mera opinión pública. Son verdaderos castigos: indemnización, multa, destitución, destierro, prisión, trabajos forzados, pena de muerte, etc., según las leyes de cada país y la gravedad del acto violatorio. Y es que, en este grado, las contravenciones o violaciones del respeto son más peligrosas para la sociedad.

Éste es el campo del Derecho, o de la vida jurídica. El Derecho procura establecer la justicia en todos los tratos y compromisos entre los hombres.

La igualdad ante el Derecho es una de las más nobles conquistas del hombre. El que comete una falta o un delito debe sufrir igual pena, sea débil o poderoso, pobre o rico. Pero, a mayor altura de la persona, toca mayor responsabilidad, por concepto de agravante. Por ejemplo, la traición de un soldado y la de un general sufren igual pena. Pero, ante nuestro juicio moral, la del general es todavía peor que la del soldado.

El campo de la ley puede imaginarse como un grado más solemne del campo de la conducta. Un descuido en las buenas formas nada más causa disgusto. La falta de amor y respeto entre los miembros de una familia es, para éstos, una desgracia, y para los extraños, un motivo de repugnancia; nada más. Pero una agresión física, un robo, un asesinato, son ya objeto de castigos y penas. En este sentido, toda violación de la ley es también de la moral; pero hay violaciones morales que no llegan a ser violaciones jurídicas. Claro es que hay también algunas prescripciones jurídicas, de carácter más bien administrativo, que son moralmente indiferentes. No registrar un invento es un descuido, pero no una inmoralidad.

Así, se establecen los distintos niveles del Derecho, o sea los distintos caracteres de los respetos que la ley asegura mediante sanciones. Depositar en el buzón una carta sin franqueo causa una multa mínima, que bien puede negarse a pagar el interesado, aunque renunciando a su carta. Violar un contrato ya supone indemnizaciones. Disponer de la propiedad ajena, agredir o matar al prójimo, penas mayores, que van de la multa a la prisión perpetua o a la muerte.

La forma misma del Estado, la Constitución, que es la ley de todas las demás leyes, se considera como emanación de la voluntad del pueblo en la doctrina democrática. Está previsto en este código fundamental el medio para modificarlo de acuerdo con el deseo del pueblo, expresado a través de sus representantes.

Cuando el gobierno (que no es lo mismo que la ley) comienza a contravenir las leyes, o a desoír los anhelos de reforma que el pueblo expresa, sobrevienen las revoluciones. Estos hechos históricos no son delitos en sí mismos, aun cuando en la práctica se los trate como tales cuando las revoluciones son vencidas. Lo que pasa es que puede haber revoluciones justas e injustas. Y también es evidente que los actos de violencia con que se hacen las guerras civiles son, en sí mismos, indeseables en estricta moral, francamente censurables en unos casos y netamente delictuosos en otros, ora provengan de la revolución o del gobierno.

LECCIÓN IX

La nación, la patria, no se confunde del todo con el Estado. El Estado mexicano, desde la independencia, ha cambiado varias veces de forma o de Constitución. Y siempre ha sido la misma patria. El respeto a la patria va acompañado de ese sentimiento que todos llevamos en nuestros corazones y se llama patriotismo:

amor a nuestro país, deseo de mejorarlo, confianza en sus futuros destinos.

Este sentimiento debe impulsarnos a hacer por nuestra nación todo lo que podamos, aun en casos en que no nos lo exijan las leyes. Al procurar nuestras legítimas ventajas personales no hemos de perder de vista lo que debemos al país, ni a la sociedad humana en conjunto. Y en caso de conflicto, el bien más amplio debe triunfar sobre el bien más particular y limitado.

En esta división del trabajo que es toda la existencia humana, nuestro primer paso, y a veces el único que podemos dar, en bien de la humanidad en general, es servir a la patria. De modo que este deber no se opone a la solidaridad humana, antes la hace posible y la refuerza.

Cuando hay lucha entre las naciones, lo que no pasa de ser una desgracia causada por las imperfecciones humanas, nuestro deber está al lado de la propia patria, por la que tendremos que luchar y aun morir. Cuando hay armonía y entendimiento debemos sentirnos, en todos los demás países, como unos embajadores no oficiales del nuestro. Debemos conducirnos teniendo en cuenta que los extranjeros juzgarán de todo nuestro pueblo según como a nosotros nos vean portarnos.

El progreso moral de la humanidad será mayor cuanto mayor sea la armonía entre todos los pueblos. La paz es el sumo ideal moral. Pero la paz, como la democracia, sólo puede dar todos sus frutos donde todos la respetan y aman.

Mientras haya un solo país que tenga ambiciones sobre los demás y se arme con miras a la conquista, el verdadero pacifismo consiste en crear alianzas y armarse para evitar semejantes delitos internacionales.

De modo parecido, cuando, en el seno de un país libre, los enemigos de la libertad atacan esta libertad valiéndose de las mismas leyes que les permiten expresar sus ideas aviesas, el espíritu de la libertad exige que se les castigue.

El bien moral y todas las conquistas humanas serían efímeras si la maldad tuviera el derecho de oponerse a ellos y de predicar contra ellos todos los días.

La patria es el campo natural donde ejercitamos todos nuestros actos morales en bien de la sociedad y de la especie. Se ha dicho que quien ignora la historia patria es extranjero en su tierra. Puede añadirse que quien ignora el deber patrio es extranjero en la humanidad.

LECCIÓN X

Todos los respetos de que hemos hablado, mandamientos de la moral, significan un vaivén de influencias que se resume en aquel eterno principio: “No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan”.

Así, el respeto de la propia persona obliga al respeto para el prójimo. El respeto a la propia familia obliga al respeto de los lazos familiares entre los demás. El respeto al propio país lleva al respeto para los demás países. Y todo ello se suma en el respeto general de la sociedad humana.

Estos respetos conducen de la mano a lo que podemos llamar el respeto a la especie humana: amor a sus adelantos ya conquistados, amor a sus tradiciones y esperanzas de mejoramiento.

Las tradiciones no deben confundirse con las meras cosas ya sucedidas, pues también suceden cosas malas. La moral enseña a distinguir las buenas: sólo éstas constituyen tradición respetable.

Las esperanzas de mejora humana no deben confundirse con las quimeras. Y aquí no es el criterio moral, sino la inteligencia y la cultura las que nos ayudan a distinguir. Esperar que al hombre le nazcan alas es absurdo. Pero ayudar al descubrimiento de la aviación o tener confianza en la ciencia que lo procuraba fue perfectamente legítimo.

Ahora bien: si consideramos a la especie humana en conjunto, vemos que ella se caracteriza por el trabajo encaminado hacia la superación. El animal sólo trabaja para conservarse. El hombre, para conservarse y superarse. Nunca se conforma el hombre con lo que ya encuentra. Siempre añade algo, fruto de su esfuerzo.

Pues bien: el respeto a nuestra especie se confunde casi con el respeto al trabajo humano. Las buenas obras del hombre deben ser objeto de respeto para todos los hombres. Romper un vidrio por el gusto de hacerlo, destrozar un jardín, pintarrajear las paredes, quitarle un tornillo a una máquina, todos éstos son actos verdaderamente inmorales. Descubren, en quien los hace, un fondo de animalidad, de inconsciencia que lo hace retrogradar hasta el mono. Descubren en él una falta de imaginación que le impide recordar todo el esfuerzo acumulado detrás de cada obra humana.

Hay ciudades en que la autoridad se preocupa de recoger todos esos desperdicios de la vida doméstica que confundimos con la basura: cajas, frascos, tapones, tuercas, recortes de papel, etc. Esto debiera hacerse siempre y en todas partes. No sólo como medida de ahorro en tiempo de guerra, sino por deber moral, por respeto al trabajo humano que representa cada uno de esos modestos artículos. De paso, ganaría con ello la economía. Pues no hay idea de todo lo que desperdiciamos y dejamos abandonado a lo largo de veinticuatro horas, y que puede servir otra vez aunque sea como materia prima. Y el desperdicio es también una inmoralidad.

LECCIÓN XI

El más impersonal de los respetos morales, el círculo más exterior de los círculos concéntricos que acabamos de recorrer es el respeto a la naturaleza. No se trata ya de la naturaleza humana, de nuestro cuerpo, etc.; sino de la naturaleza exterior al hombre. A algunos hasta parecerá extraño que se haga entrar en la moral el respeto a los reinos mineral, vegetal y animal. Pero debe recordarse que estos reinos constituyen la morada humana, el escenario de nuestra vida.

El gran poeta mexicano Enrique González Martínez dice:

> ... Y quitarás, piadoso, tu sandalia,
> para no herir las piedras del camino.

No hay que tomarlo, naturalmente, al pie de la letra. Sólo ha querido decir que procuremos pensar en serio y con intención amorosa, animados siempre del deseo de no hacer daño, en cuantas cosas nos rodean y acompañan en la existencia, así sean tan humildes como las piedras.

Dante, uno de los mayores poetas de la humanidad, supone que, al romper la rama de un árbol, el tronco le reclama y le grita: "¿Por qué me rompes?" Este símbolo nos ayuda a entender cómo el hombre de conciencia moral plenamente cultivada siente horror por las mutilaciones y los destrozos.

En verdad, el espíritu de maldad asoma ya cuando, por gusto, enturbiamos un depósito de agua clara que hay en el campo; o cuando arrancamos ramas de los árboles por sólo ejercitar las fuerzas; o cuando matamos animales sin necesidad y fuera de los casos en que nos sirven de alimento; o cuando torturamos por crueldad a los animales domésticos, o bien nos negamos a adoptar prácticas que los alivien un poco en su trabajo.

Este respeto al mundo natural que habitamos, a las cosas de la tierra, va creando en nuestro espíritu un hábito de contemplación amorosa que contribuye mucho a nuestra felicidad y que, de paso, desarrolla nuestro espíritu de observación y nuestra inteligencia.

Pero no debemos quedarnos con los ojos fijos en la tierra. También debemos levantarlos a los espacios celestes. Debemos interesarnos por el cielo que nos cubre, su régimen de nubes, lluvias y vientos, sus estrellas nocturnas.

Cuando un hombre que vive en un jardín ignora los nombres de sus plantas y sus árboles, sentimos que hay en él algo de salvaje; que no se ha preocupado de labrar la estatua moral que tiene el deber de sacar de sí mismo. Igual diremos del que ignora las estrellas de su cielo y los nombres de sus constelaciones.

El amor a la morada humana es una garantía moral, es una prenda de que la persona ha alcanzado un apreciable nivel del bien: aquel en que se confunden el bien y la belleza, la obediencia al mandamiento moral y el deleite en la contemplación estética. Este punto es el más alto que puede alcanzar, en el mundo, el ser humano.

LECCIÓN XII

Hay un sentimiento que acompaña la existencia humana y del cual ningún espíritu claro puede desprenderse. Hay cosas que dependen de nosotros y hay cosas que no dependen de nosotros. No se trata ya de los actos propios y ajenos, de lo que yo puedo hacer y de lo que tú puedes hacer. Se trata de lo que escapa al poder de los hombres todos, de cualquier hombre. Ello puede ser de orden

material, como un rayo o un terremoto; o de orden sentimental, como la amargura o el sufrimiento inevitables en toda existencia humana, por mucho que acumulemos elementos de felicidad; o de orden intelectual, como la verdad, que no es posible deshacer con mentiras, y que a veces hasta puede contrariar nuestros intereses o nuestros deseos. El respeto a la verdad es, al mismo tiempo, la más alta cualidad moral y la más alta cualidad intelectual.

En esta dependencia de algo ajeno y superior a nosotros, el creyente funda su religión; el filósofo, según la doctrina que profese, ve la mano del destino o la ley del universo; sólo el escéptico ve en ello la obra del azar. En la conversación diaria, solemos llamar a esto, simplemente, el arrastre de las circunstancias.

Sin una dosis de respeto para lo que escapa a la voluntad humana, nuestra vida sería imposible. Nos destruiríamos en rebeldías estériles, en cóleras sin objeto.

Tal resignación es una parte de la virtud. El compenetrarse de tal respeto es conquistar el valor moral y la serenidad entre las desgracias y los contratiempos. Los antiguos elogiaban al "varón fuerte", capaz —como decía el poeta Horacio— de pisar impávido sobre las ruinas del mundo. El poeta mexicano Amado Nervo, resumiendo en una línea la filosofía de los estoicos, ha escrito:

Mi voluntad es una con la divina ley.

El poeta británico Rudyard Kipling nos muestra así el retrato del hombre de temple, que sabe aceptar las desgracias sin por eso considerarse perdido:

SI...

Si no pierdes la calma cuando ya en derredor
La están perdiendo todos y contigo se escudan;
Si tienes fe en ti mismo cuando los otros dudan,
Sin negarles derecho a seguir en su error;
Si no te harta la espera y sabes esperar;
Si, calumniado, nunca incurres en mentira;
Si aguantas que te odien sin cegarte la ira
Ni darlas de muy sabio o de muy singular;

Si sueñas, mas tus sueños no te ofuscan del todo;
Si tu razón no duerme ni en razonar se agota;
Si sabes afrontar el triunfo y la derrota,
Y a entrambos impostores tratarlos de igual modo;
Si arrostras que adulteren tu credo los malvados
Para mal de la gente necia y desprevenida;
O, arruinada la obra a que diste la vida,
Constante la levantas con útiles mellados;

Si no te atemoriza, cuando es menester,
A cara o cruz jugarte y perder tus riquezas,
Y con resignación segunda vez empiezas
A rehacerlas todas sin hablar del ayer;
Si dominas tu ánimo, tu temple y corazón
Para que aún te sirvan en plena adversidad,

Y sigues adelante, porque tu voluntad
Grita: "¡Adelante!", en medio de tu desolación;

Si no logra embriagarte la turba tornadiza,
Y aunque trates con príncipes, guardas tu sencillez;
Si amigos ni enemigos nublan tu lucidez;
Si, aunque a todos ayudes, ninguno te esclaviza;
Si en el fugaz minuto no dejas un vacío
Y marcas los sesenta segundos con tu huella,
La tierra es toda tuya y cuanto hay en ella,
¡Y serás —más que eso— todo un hombre, hijo mío![1]

LECCIÓN XIII

Resumen: primera parte

El hombre es superior al animal porque tiene conciencia del bien. El bien no debe confundirse con nuestro gusto o nuestro provecho. Al bien debemos sacrificarlo todo.

Si los hombres no fuéramos capaces del bien no habría persona humana, ni familia, ni patria, ni sociedad.

El bien es el conjunto de nuestros deberes morales. Estos deberes obligan a todos los hombres de todos los pueblos. La desobediencia a estos deberes es el mal.

El mal lleva su castigo en la propia vergüenza y en la desestimación de nuestros semejantes. Cuando el mal es grave, además, lo castigan las leyes con penas que van desde la indemnización hasta la muerte, pasando por multa y cárcel.

La satisfacción de obrar bien es la felicidad más firme y verdadera. Por eso se habla del "sueño del justo". El que tiene la conciencia tranquila duerme bien. Además, vive contento de sí mismo y pide poco de los demás.

La sociedad se funda en el bien. Es más fácil vivir de acuerdo con sus leyes que fuera de sus leyes. Es mejor negocio ser bueno que ser malo.

Pero cuando obrar bien nos cuesta un sacrificio, tampoco debemos retroceder. Pues la felicidad personal vale ante esa felicidad común de la especie humana que es el bien.

El bien nos obliga a obrar con rectitud, a decir la verdad, a conducirnos con buena intención. Pero también nos obliga a ser aseados y decorosos, corteses y benévolos, laboriosos y cumplidos en el trabajo, respetuosos con el prójimo, solícitos en la ayuda que podemos dar. El bien nos obliga asimismo a ser discretos, cultos y educados en lo posible.

La mejor guía para el bien es la bondad natural. Todos tenemos el instinto de la bondad. Pero este instinto debe completarse con la educación moral y con la cultura y adquisición de conocimientos. Pues no en todo basta la buena

intención.

LECCIÓN XIV

Resumen: segunda parte

La moral humana es el código del bien. La moral nos obliga a una serie de respetos. Estos respetos están unos contenidos dentro de otros. Van desde el más próximo hasta el más lejano.

Primero, el respeto a nuestra persona, en cuerpo y alma. El respeto a nuestro cuerpo nos enseña a ser limpios y moderados en los apetitos naturales. El respeto a nuestra alma resume todas las virtudes de orden espiritual.

Segundo, el respeto a la familia. Este respeto va del hijo al padre y del menor al mayor. El hijo y el menor necesitan ayuda y consejo del padre y del mayor. Pero también el padre debe respetar al hijo, dándole sólo ejemplos dignos. Y lo mismo ha de hacer el mayor con el menor.

Tercero, el respeto a la sociedad humana en general, y a la sociedad particular en que nos toca vivir. Esto supone desde luego la obediencia a las costumbres consideradas como más necesarias. No hay que ser extravagante. No hay que hacer todo al revés de los demás sólo por el afán de molestarlos.

Cuarto, el respeto a la patria. Este punto no necesita explicaciones. El amor patrio no es contrario al sentimiento solidario entre todos los pueblos. Es el campo de acción en que obra nuestro amor a toda la humanidad. El ideal es llegar a la paz y armonía entre todos los pueblos. Para esto, hay que luchar contra los pueblos imperialistas y conquistadores hasta vencerlos para siempre.

Quinto, el respeto a la especie humana. Cada persona es como nosotros. No hagamos a los demás lo que no queremos que nos hagan. La más alta manifestación del hombre es su trabajo. Debemos respetar los productos del trabajo. Romper vidrios, ensuciar paredes, destrozar jardines, tirar a la basura cosas todavía aprovechables son actos de salvajismo o de maldad. Estos actos también indican estupidez y falta de imaginación. Cada objeto producido por el hombre supone una serie de esfuerzos respetables.

Sexto, el respeto a la naturaleza que nos rodea. Las cosas inanimadas, las plantas y los animales merecen nuestra atención inteligente. La tierra y cuanto hay en ella forman la casa del hombre. El cielo, sus nubes y sus estrellas forman nuestro techo. Debemos observar todas estas cosas. Debemos procurar entenderlas, y estudiar para ese fin. Debemos cuidar las cosas, las plantas, los animales domésticos. Todo ello es el patrimonio natural de la especie humana. Aprendiendo a amarlo y a estudiarlo, vamos aprendiendo de paso a ser más felices y más sabios.

LETRAS MEXICANAS

VISIÓN DE ANÁHUAC*

I

Viajero: has llegado a la región más transparente del aire.

En la era de los descubrimientos, aparecen libros llenos de noticias extraordinarias y amenas narraciones geográficas. La historia, obligada a descubrir nuevos mundos, se desborda del cauce clásico, y entonces el hecho político cede el puesto a los discursos etnográficos y a la pintura de civilizaciones. Los historiadores del siglo XVI fijan el carácter de las tierras recién halladas, tal como éste aparecía a los ojos de Europa: acentuado por la sorpresa, exagerado a veces. El diligente Giovanni Battista Ramusio publica su peregrina recopilación *Delle Navigationi et Viaggi* en Venecia el año de 1550. Consta la obra de tres volúmenes in-folio, que luego fueron reimpresos aisladamente, y está ilustrada con profusión y encanto. De su utilidad no puede dudarse: los cronistas de Indias del Seiscientos (Solís al menos) leyeron todavía alguna carta de Cortés en las traducciones italianas que ella contiene.

En sus estampas, finas y candorosas, según la elegancia del tiempo, se aprecia la progresiva conquista de los litorales; barcos diminutos se deslizan por una raya que cruza el mar; en pleno océano, se retuerce, como cuerno de cazador, un monstruo marino, y en el ángulo irradia picos una fabulosa estrella náutica. Desde el seno de la nube esquemática, sopla un Éolo mofletudo, indicando el rumbo de los vientos —constante cuidado de los hijos de Ulises. Vense pasos de la vida africana, bajo la tradicional palmera y junto al cono pajizo de la choza, siempre humeante; hombres y fieras de otros climas, minuciosos panoramas, plantas exóticas y soñadas islas. Y en las costas de la Nueva Francia, grupos de naturales entregados a los usos de la caza y la pesquería, al baile o a la edificación de ciudades. Una imaginación como la de Stevenson, capaz de soñar *La isla del tesoro* ante una cartografía infantil, hubiera tramado, sobre las estampas del Ramusio, mil y un regocijos para nuestros días nublados.

Finalmente, las estampas describen la vegetación de Anáhuac. Deténganse aquí nuestros ojos: he aquí un nuevo arte de naturaleza.

La mazorca de Ceres y el plátano paradisíaco, las pulpas frutales llenas de una miel desconocida; pero, sobre todo, las plantas típicas: la biznaga mexicana —imagen del tímido puerco espín—, el maguey (del cual se nos dice que sorbe sus jugos a la roca), el maguey que se abre a flor de tierra, lanzando a los aires su plumero; los "órganos" paralelos, unidos como las cañas de la flauta y útiles para señalar la linde; los discos del nopal —semejanza del candelabro—, conjugados

en una superposición necesaria, grata a los ojos: todo ello nos aparece como una flora emblemática, y todo como concebido para blasonar un escudo. En los agudos contornos de la estampa, fruto y hoja, tallo y raíz, son caras abstractas, sin color que turbe su nitidez.

Esas plantas protegidas de púas nos anuncian que aquella naturaleza no es, como la del sur o las costas, abundante en jugos y vahos nutritivos. La tierra de Anáhuac apenas reviste feracidad a la vecindad de los lagos. Pero, a través de los siglos, el hombre conseguirá desecar sus aguas, trabajando como castor; y los colonos devastarán los bosques que rodean la morada humana, devolviendo al valle su carácter propio y terrible: —En la tierra salitrosa y hostil, destacadas profundamente, erizan sus garfios las garras vegetales, defendiéndose de la seca.

Abarca la desecación del valle desde el año de 1449 hasta el año de 1900. Tres razas han trabajado en ella, y casi tres civilizaciones —que poco hay de común entre el organismo virreinal y la prodigiosa ficción política que nos dio treinta años de paz augusta. Tres regímenes monárquicos, divididos por paréntesis de anarquía, son aquí ejemplo de cómo crece y se corrige la obra del Estado, ante las mismas amenazas de la naturaleza y la misma tierra que cavar. De Netzahualcóyotl al segundo Luis de Velasco, y de éste a Porfirio Díaz, parece correr la consigna de secar la tierra. Nuestro siglo nos encontró todavía echando la última palada y abriendo la última zanja.

Es la desecación de los lagos como un pequeño drama con sus héroes y su fondo escénico. Ruiz de Alarcón lo había presentido vagamente en su comedia de *El semejante a sí mismo*. A la vista de numeroso cortejo, presidido por Virrey y Arzobispo, se abren las esclusas: las inmensas aguas entran cabalgando por los tajos. Ése, el escenario. Y el enredo, las intrigas de Alonso Arias y los dictámenes adversos de Adrián Boot, el holandés suficiente; hasta que las rejas de la prisión se cierran tras Enrico Martín, que alza su nivel con mano segura.

Semejante al espíritu de sus desastres, el agua vengativa espiaba de cerca a la ciudad; turbaba los sueños de aquel pueblo gracioso y cruel, barriendo sus piedras florecidas; acechaba, con ojo azul, sus torres valientes.

Cuando los creadores del desierto acaban su obra, irrumpe el espanto social.

El viajero americano está condenado a que los europeos le pregunten si hay en América muchos árboles. Les sorprenderíamos hablándoles de una Castilla americana más alta que la de ellos, más armoniosa, menos agria seguramente (por mucho que en vez de colinas la quiebren enormes montañas), donde el aire brilla como espejo y se goza de un otoño perenne. La llanura castellana sugiere pensamientos ascéticos: el valle de México, más bien pensamientos fáciles y sobrios. Lo que una gana en lo trágico, la otra en plástica rotundidad.

Nuestra naturaleza tiene dos aspectos opuestos. Uno, la cantada selva virgen de América, apenas merece describirse. Tema obligado de admiración en el Viejo

Mundo, ella inspira los entusiasmos verbales de Chateaubriand. Horno genitor donde las energías parecen gastarse con abandonada generosidad, donde nuestro ánimo naufraga en emanaciones embriagadoras, es exaltación de la vida a la vez que imagen de la anarquía vital: los chorros de verdura por las rampas de la montaña; los nudos ciegos de las lianas; toldos de platanares; sombra engañadora de árboles que adormecen y roban las fuerzas de pensar; bochornosa vegetación; largo y voluptuoso torpor, al zumbido de los insectos. ¡Los gritos de los papagayos, el trueno de las cascadas, los ojos de las fieras, *le dard empoisonné du sauvage!* En estos derroches de fuego y sueño —poesía de hamaca y de abanico— nos superan seguramente otras regiones meridionales.

Lo nuestro, lo de Anáhuac, es cosa mejor y más tónica. Al menos, para los que gusten de tener a toda hora alerta la voluntad y el pensamiento claro. La visión más propia de nuestra naturaleza está en las regiones de la mesa central: allí la vegetación arisca y heráldica, el paisaje organizado, la atmósfera de extremada nitidez, en que los colores mismos se ahogan —compensándolo la armonía general del dibujo; el éter luminoso en que se adelantan las cosas con un resalte individual; y, en fin, para de una vez decirlo en las palabras del modesto y sensible Fray Manuel de Navarrete:

> una luz resplandeciente
> que hace brillar la cara de los cielos.

Ya lo observaba un grande viajero, que ha sancionado con su nombre el orgullo de la Nueva España; un hombre clásico y universal como los que criaba el Renacimiento, y que resucitó en su siglo la antigua manera de adquirir la sabiduría viajando, y el hábito de escribir únicamente sobre recuerdos y meditaciones de la propia vida: en su *Ensayo político*, el barón de Humboldt notaba la extraña reverberación de los rayos solares en la masa montañosa de la altiplanicie central, donde el aire se purifica.

En aquel paisaje, no desprovisto de cierta aristocrática esterilidad, por donde los ojos yerran con discernimiento, la mente descifra cada línea y acaricia cada ondulación; bajo aquel fulgurar del aire y en su general frescura y placidez, pasearon aquellos hombres ignotos la amplia y meditabunda mirada espiritual. Extáticos ante el nopal del águila y de la serpiente —compendio feliz de nuestro campo— oyeron la voz del ave agorera que les prometía seguro asilo sobre aquellos lagos hospitalarios. Más tarde, de aquel palafito había brotado una ciudad, repoblada con las incursiones de los mitológicos caballeros que llegaban de las Siete Cuevas —cuna de las siete familias derramadas por nuestro suelo. Más tarde, la ciudad se había dilatado en imperio, y el ruido de una civilización ciclópea, como la de Babilonia y Egipto, se prolongaba, fatigado, hasta los infaustos días de Moctezuma el doliente. Y fue entonces cuando, en envidiable hora de asombro, traspuestos los volcanes nevados, los hombres de Cortés ("polvo, sudor y hierro") se asomaron sobre aquel orbe de sonoridad y fulgores —

espacioso circo de montañas.

A sus pies, en un espejismo de cristales, se extendía la pintoresca ciudad, emanada toda ella del templo, por manera que sus calles radiantes prolongaban las aristas de la pirámide.

Hasta ellos, en algún oscuro rito sangriento, llegaba —ululando— la queja de la chirimía y, multiplicado en el eco, el latido del salvaje tambor.

II

> Parecía a las casas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís... No sé cómo lo cuente.
>
> BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

Dos lagunas ocupan casi todo el valle: la una salada, la otra dulce. Sus aguas se mezclan con ritmos de marea, en el estrecho formado por las sierras circundantes y un espinazo de montañas que parte del centro. En mitad de la laguna salada se asienta la metrópoli, como una inmensa flor de piedra, comunicada a tierra firme por cuatro puertas y tres calzadas, anchas de dos lanzas jinetas. En cada una de las cuatro puertas, un ministro grava las mercancías. Agrúpanse los edificios en masas cúbicas; la piedra está llena de labores, de grecas. Las casas de los señores tienen vergeles en los pisos altos y bajos, y un terrado por donde pudieran correr cañas hasta treinta hombres a caballo. Las calles resultan cortadas, a trechos, por canales. Sobre los canales saltan unos puentes, unas vigas de madera labrada capaces de diez caballeros. Bajo los puentes se deslizan las piraguas llenas de fruta. El pueblo va y viene por la orilla de los canales, comprando el agua dulce que ha de beber: pasan de unos brazos a otros las rojas vasijas. Vagan por los lugares públicos personas trabajadoras y maestros de oficio, esperando quien los alquile por sus jornales. Las conversaciones se animan sin gritería: finos oídos tiene la raza, y, a veces, se habla en secreto. Óyense unos dulces chasquidos; fluyen las vocales, y las consonantes tienden a licuarse. La charla es una canturía gustosa. Esas xés, esas tlés, esas chés que tanto nos alarman escritas, escurren de los labios del indio con una suavidad de aguamiel.

El pueblo se atavía con brillo, porque está a la vista de un grande emperador. Van y vienen las túnicas de algodón rojas, doradas, recamadas, negras y blancas, con ruedas de plumas superpuestas o figuras pintadas. Las caras morenas tienen una impavidez sonriente, todas en el gesto de agradar. Tiemblan en la oreja o la nariz las arracadas pesadas, y en las gargantas los collaretes de ocho hilos, piedras de colores, cascabeles y pinjantes de oro. Sobre los cabellos, negros y lacios, se mecen las plumas al andar. Las piernas musculosas lucen aros metálicos, llevan antiparas de hoja de plata con guarniciones de cuero —cuero de venado amarillo y blanco. Suenan las flexibles sandalias. Algunos calzan zapatones de un cuero como de marta y suela blanca cosida con hilo dorado. En

las manos aletea el abigarrado moscador, o se retuerce el bastón en forma de culebra con dientes y ojos de nácar, puño de piel labrada y pomas de pluma. Las pieles, las piedras y metales, la pluma y el algodón confunden sus tintes en un incesante tornasol y —comunicándoles su calidad y finura— hacen de los hombres unos delicados juguetes.

Tres sitios concentran la vida de la ciudad: en toda ciudad normal otro tanto sucede. Uno es la casa de los dioses, otro el mercado, y el tercero el palacio del emperador. Por todas las colaciones y barrios aparecen templos, mercados y palacios menores. La triple unidad municipal se multiplica, bautizando con un mismo sello toda la metrópoli.

El templo mayor es un alarde de piedra. Desde las montañas de basalto y de pórfido que cercan el valle, se han hecho rodar moles gigantescas. Pocos pueblos —escribe Humboldt— habrán removido mayores masas. Hay un tiro de ballesta de esquina a esquina del cuadrado, base de la pirámide. De la altura, puede contemplarse todo el panorama chinesco. Alza el templo cuarenta torres, bordadas por fuera, y cargadas en lo interior de imaginería, zaquizamíes y maderamiento picado de figuras y monstruos. Los gigantescos ídolos —afirma Cortés— están hechos con una mezcla de todas las semillas y legumbres que son alimento del azteca. A su lado, el tambor de piel de serpiente que deja oír a dos leguas su fúnebre retumbo; a su lado, bocinas, trompetas y navajones. Dentro del templo pudiera caber una villa de quinientos vecinos. En el muro que lo circunda, se ven unas moles en figura de culebras asidas, que serán más tarde pedestales para las columnas de la catedral. Los sacerdotes viven en la muralla o cerca del templo; visten hábitos negros, usan los cabellos largos y despeinados, evitan ciertos manjares, practican todos los ayunos. Junto al templo están recluidas las hijas de algunos señores, que hacen vida de monjas y gastan los días tejiendo en pluma.

Pero las calaveras expuestas, y los testimonios ominosos del sacrificio, pronto alejan al soldado cristiano, que, en cambio, se explaya con deleite en la descripción de la feria.

Se hallan en el mercado —dice— "todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra". Y después explica que algunas más, en punto a mantenimientos, vituallas, platería. Esta plaza principal está rodeada de portales, y es igual a dos de Salamanca. Discurren por ella diariamente —quiere hacernos creer— sesenta mil hombres cuando menos. Cada especie o mercaduría tiene su calle, sin que se consienta confusión. Todo se vende por cuenta y medida, pero no por peso. Y tampoco se tolera el fraude: por entre aquel torbellino, andan siempre disimulados unos celosos agentes, a quienes se ha visto romper las medidas falsas. Diez o doce jueces, bajo su solio, deciden los pleitos del mercado, sin ulterior trámite de alzada, en equidad y a vista del pueblo. A aquella gran plaza

traían a tratar los esclavos, atados en unas varas largas y sujetos por el collar.

Allí venden —dice Cortés— joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño; huesos, caracoles y plumas; tal piedra labrada y por labrar; adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar. Venden también oro en grano y en polvo, guardado en cañutos de pluma que, con las semillas más generales, sirven de moneda. Hay calles para la caza, donde se encuentran todas las aves que congrega la variedad de los climas mexicanos, tales como perdices y codornices, gallinas, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas y pajaritos en cañuela; buharros y papagayos, halcones, águilas, cernícalos, gavilanes. De las aves de rapiña se venden también los plumones con cabeza, uñas y pico. Hay conejos, liebres, venados, gamos, tuzas, topos, lirones y perros pequeños que crían para comer castrados. Hay calle de herbolarios, donde se venden raíces y yerbas de salud, en cuyo conocimiento empírico se fundaba la medicina: más de mil doscientas hicieron conocer los indios al doctor Francisco Hernández, médico de cámara de Felipe II y Plinio de la Nueva España. Al lado, los boticarios ofrecen ungüentos, emplastos y jarabes medicinales. Hay casas de barbería, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde se come y bebe por precio. Mucha leña, astilla de ocote, carbón y braserillos de barro. Esteras para la cama, y otras, más finas, para el asiento o para esterar salas y cámaras. Verduras en cantidad, y sobre todo, cebolla, puerro, ajo, borraja, mastuerzo, berro, acedera, cardos y tagarninas. Los capulines y las ciruelas son las frutas que más se venden. Miel de abejas y cera de panal; miel de caña de maíz, tan untuosa y dulce como la de azúcar; miel de maguey, de que hacen también azúcares y vinos. Cortés, describiendo estas mieles al Emperador Carlos V, le dice con encantadora sencillez: "¡mejores que el arrope!" Los hilados de algodón para colgaduras, tocas, manteles y pañizuelos le recuerdan la alcaicería de Granada. Asimismo hay mantas, abarcas, sogas, raíces dulces y reposterías, que sacan del henequén. Hay hojas vegetales de que hacen su papel. Hay cañutos de olores con liquidámbar, llenos de tabaco. Colores de todos los tintes y matices. Aceites de chía que unos comparan a mostaza y otros a zaragatona, con que hacen la pintura inatacable por el agua: aún conserva el indio el secreto de esos brillos de esmalte, lujo de sus jícaras y vasos de palo. Hay cueros de venado con pelo y sin él, grises y blancos, artificiosamente pintados; cueros de nutrias, tejones y gatos monteses, de ellos adobados y de ellos sin adobar. Vasijas, cántaros y jarros de toda forma y fábrica, pintados, vidriados y de singular barro y calidad. Maíz en grano y en pan, superior al de las Islas conocidas y Tierra Firme. Pescado fresco y salado, crudo y guisado. Huevos de gallinas y ánsares, tortillas de huevos de las otras aves.

El zumbar y ruido de la plaza —dice Bernal Díaz— asombra a los mismos que han estado en Constantinopla y en Roma. Es como un mareo de los sentidos, como un sueño de Brueghel, donde las alegorías de la materia cobran un calor espiritual. En pintoresco atolondramiento, el conquistador va y viene por las calles de la feria, y conserva de sus recuerdos la emoción de un raro y palpitante

caos: las formas se funden entre sí; estallan en cohete los colores; el apetito despierta al olor picante de las yerbas y las especias. Rueda, se desborda del azafate todo el paraíso de la fruta: globos de color, ampollas transparentes, racimos de lanzas, piñas escamosas y cogollos de hojas. En las bateas redondas de sardinas, giran los reflejos de plata y de azafrán, las orlas de aletas y colas en pincel; de una cuba sale la bestial cabeza del pescado, bigotudo y atónito. En las calles de la cetrería, los picos sedientos; las alas azules y guindas, abiertas como un laxo abanico; las patas crispadas que ofrecen una consistencia terrosa de raíces; el ojo, duro y redondo, del pájaro muerto. Más allá, las pilas de granos vegetales, negros, rojos, amarillos y blancos, todos relucientes y oleaginosos. Después, la venatería confusa, donde sobresalen, por entre colinas de lomos y flores de manos callosas, un cuerno, un hocico, una lengua colgante: fluye por el suelo un hilo rojo que se acercan a lamer los perros. A otro término, el jardín artificial de tapices y de tejidos; los juguetes de metal y de piedra, raros y monstruosos, sólo comprensibles —siempre— para el pueblo que los fabrica y juega con ellos; los mercaderes rifadores, los joyeros, los pellejeros, los alfareros, agrupados rigurosamente por gremios, como en las procesiones de Alsloot. Entre las vasijas morenas se pierden los senos de la vendedora. Sus brazos corren por entre el barro como en su elemento nativo: forman asas a los jarrones y culebrean por los cuellos rojizos. Hay, en la cintura de las tinajas, unos vivos de negro y oro que recuerdan el collar ceñido a su garganta. Las anchas ollas parecen haberse sentado, como la india, con las rodillas pegadas y los pies paralelos. El agua, rezumando, gorgoritea en los búcaros olorosos.

> Lo más lindo de la plaza —declara Gómara— está en las obras de oro y pluma, de que contrahacen cualquier cosa y color. Y son los indios tan oficiales desto, que hacen de pluma una mariposa, un animal, un árbol, una rosa, las flores, las yerbas y peñas, tan al propio que parece lo mismo que o está vivo o natural. Y acontéceles no comer en todo un día, poniendo, quitando y asentando la pluma, y mirando a una parte y otra, al sol, a la sombra, a la vislumbre, por ver si dice mejor a pelo o contrapelo, o al través, de la haz o del envés; y, en fin, no la dejan de las manos hasta ponerla en toda perfección. Tanto sufrimiento pocas naciones le tienen, mayormente donde hay cólera como en la nuestra.
>
> El oficio más primo y artificioso es platero; y así, sacan al mercado cosas bien labradas con piedra y hundidas con fuego: un plato ochavado, el un cuarto de oro y el otro de plata, no soldado, sino fundido y en la fundición pegado; una calderica que sacan con su asa, como acá una campana, pero suelta; un pesce con una escama de plata y otra de oro, aunque tengan muchas. Vacían un papagayo, que se le ande la lengua, que se le meneen la cabeza y las alas. Funden una mona, que juegue pies y cabeza y tenga en las manos un huso que parezca que hila, o una manzana que parezca que come. Y lo tuvieron a mucho nuestros españoles, y los plateros de acá no alcanzan el primor. Esmaltan asimismo, engastan y labran esmeraldas, turquesas y otras piedras, y agujeran perlas...

Los juicios de Bernal Díaz no hacen ley en materia de arte, pero bien revelan el entusiasmo con que los conquistadores consideraron al artífice indio: "Tres indios hay en la ciudad de México —escribe— tan primos en su oficio de entalladores y pintores, que se dicen Marcos de Aquino y Juan de la Cruz y el Crespillo, que si fueran en tiempo de aquel antiguo y afamado Apeles y de Miguel Ángel o Berruguete, que son de nuestros tiempos, les pusieran en el número

dellos".

El emperador tiene contrahechas en oro y plata y piedras y plumas todas las cosas que, debajo del cielo, hay en su señorío. El emperador aparece, en las viejas crónicas, cual un fabuloso Midas cuyo trono reluciera tanto como el sol. Si hay poesía en América —ha podido decir el poeta—, ella está en el gran Moctezuma de la silla de oro. Su reino de oro, su palacio de oro, sus ropajes de oro, su carne de oro. Él mismo ¿no ha de levantar sus vestiduras para convencer a Cortés de que no es de oro? Sus dominios se extienden hasta términos desconocidos; a todo correr, parten a los cuatro vientos sus mensajeros, para hacer ejecutar sus órdenes. A Cortés, que le pregunta si era vasallo de Moctezuma, responde un asombrado cacique:

—Pero ¿quién no es su vasallo?

Los señores de todas esas tierras lejanas residen mucha parte del año en la misma corte, y envían sus primogénitos al servicio de Moctezuma. Día por día acuden al palacio hasta seiscientos caballeros, cuyos servidores y cortejo llenan dos o tres dilatados patios y todavía hormiguean por la calle, en los aledaños de los sitios reales. Todo el día pulula en torno al rey el séquito abundante, pero sin tener acceso a su persona. A todos se sirve de comer a un tiempo, y la botillería y despensa quedan abiertas para el que tuviere hambre y sed.

> Venían trescientos o cuatrocientos mancebos con el manjar, que era sin cuento, porque todas las veces que comía y cenaba [el emperador] le traían todas las maneras de manjares, así de carnes como de pescados y frutas y yerbas que en toda la tierra se podían haber. Y porque la tierra es fría, traían debajo de cada plato y escudilla de manjar un braserico con brasa, por que no se enfriase.

Sentábase el rey en una almohadilla de cuero, en medio de un salón que se iba poblando con sus servidores; y mientras comía, daba de comer a cinco o seis señores ancianos que se mantenían desviados de él. Al principio y fin de las comidas, unas servidoras le daban aguamanos, y ni la toalla, platos, escudillas ni braserillos que una vez sirvieron volvían a servir. Parece que mientras cenaba se divertía con los chistes de sus juglares y jorobados, o se hacía tocar música de zampoñas, flautas, caracoles, huesos y atabales, y otros instrumentos así. Junto a él ardían unas ascuas olorosas, y le protegía de las miradas un biombo de madera. Daba a los truhanes los relieves de su festín, y les convidaba con jarros de chocolate. "De vez en cuando —recuerda Bernal Díaz— traían unas como copas de oro fino, con cierta bebida hecha del mismo cacao, que decían era para tener acceso con mujeres."

Quitada la mesa, ida la gente, comparecían algunos señores, y después los truhanes y jugadores de pies. Unas veces el emperador fumaba y reposaba, y otras veces tendían una estera en el patio, y comenzaban los bailes al compás de los leños huecos. A un fuerte silbido rompen a sonar los tambores, y los danzantes van apareciendo con ricos mantos, abanicos, ramilletes de rosas, papahigos de pluma que fingen cabezas de águilas, tigres y caimanes. La danza

alterna con el canto; todos se toman de la mano y empiezan por movimientos suaves y voces bajas. Poco a poco van animándose; y, para que el gusto no decaiga, circulan por entre las filas de danzantes los escanciadores, colando licores en los jarros.

Moctezuma "vestíase todos los días cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas, y nunca más se las vestía otra vez. Todos los señores que entraban en su casa, no entraban calzados", y cuando comparecían ante él, se mantenían humillados, la cabeza baja y sin mirarle a la cara. "Ciertos señores —añade Cortés — reprendían a los españoles, diciendo que cuando hablaban conmigo estaban exentos, mirándome a la cara, que parecía desacatamiento y poca vergüenza." Descalzábanse, pues, los señores, cambiaban los ricos mantos por otros más humildes, y se adelantaban con tres reverencias: "Señor—mi señor—gran señor". "Cuando salía fuera el dicho Moctezuma, que era pocas veces, todos los que iban por él y los que topaba por las calles le volvían el rostro, y todos los demás se postraban hasta que él pasaba" —nota Cortés. Precedíale uno como lictor con tres varas delgadas, una de las cuales empuñaba él cuando descendía de las andas. Hemos de imaginarlo cuando se adelanta a recibir a Cortés, apoyado en brazos de dos señores, a pie y por mitad de una ancha calle. Su cortejo, en larga procesión, camina tras él formando dos hileras, arrimado a los muros. Precédenle sus servidores, que extienden tapices a su paso.

El emperador es aficionado a la caza; sus cetreros pueden tomar cualquier ave a ojeo, según es fama; en tumulto, sus monteros acosan a las fieras vivas. Mas su pasatiempo favorito es la caza de altanería; de garzas, milanos, cuervos y picazas. Mientras unos andan a volatería con lazo y señuelo, Moctezuma tira con el arco y la cerbatana. Sus cerbatanas tienen los broqueles y puntería tan largos como un jeme, y de oro; están adornadas con formas de flores y animales.

Dentro y fuera de la ciudad tiene sus palacios y casas de placer, y en cada una su manera de pasatiempo. Ábrense las puertas a calles y plazas, dejando ver patios con fuentes, losados como los tableros de ajedrez; paredes de mármol y jaspe, pórfido, piedra negra; muros veteados de rojo, muros traslucientes; techos de cedro, pino, palma, ciprés, ricamente entallados todos. Las cámaras están pintadas y esteradas; tapizadas otras con telas de algodón, con pelo de conejo y con pluma. En el oratorio hay chapas de oro y plata con incrustaciones de pedrería. Por los babilónicos jardines —donde no se consentía hortaliza ni fruto alguno de provecho— hay miradores y corredores en que Moctezuma y sus mujeres salen a recrearse; bosques de gran circuito con artificios de hojas y flores, conejeras, vivares, riscos y peñoles, por donde vagan ciervos y corzos; diez estanques de agua dulce o salada, para todo linaje de aves palustres y marinas, alimentadas con el alimento que les es natural: unas con pescados, otras con gusanos y moscas, otras con maíz, y algunas con semillas más finas. Cuidan de ellas trescientos hombres, y otros cuidan de las aves enfermas. Unos limpian los estanques, otros pescan, otros les dan a las aves de comer; unos son para

espulgarlas, otros para guardar los huevos, otros para echarlas cuando encloquecen, otros las pelan para aprovechar la pluma. A otra parte se hallan las aves de rapiña, desde los cernícalos y alcotanes hasta el águila real, guarecidas bajo toldos y provistas de sus alcándaras. También hay leones enjaulados, tigres, lobos, adives, zorras, culebras, gatos, que forman un infierno de ruidos, y a cuyo cuidado se consagran otros trescientos hombres. Y para que nada falte en este museo de historia natural, hay aposentos donde viven familias de albinos, de monstruos, de enanos, corcovados y demás contrahechos.

Había casas para granero y almacenes, sobre cuyas puertas se veían escudos que figuraban conejos, y donde se aposentaban los tesoreros, contadores y receptores; casas de armas cuyo escudo era un arco con dos aljabas, donde había dardos, hondas, lanzas y porras, broqueles y rodelas, cascos, grebas y brazaletes, bastos con navajas de pedernal, varas de uno y dos gajos, piedras rollizas hechas a mano, y unos como paveses que, al desenrollarse, cubrían todo el cuerpo del guerrero.

Cuatro veces el Conquistador Anónimo intentó recorrer los palacios de Moctezuma: cuatro veces renunció, fatigado.[1]

III

La flor, madre de la sonrisa.
EL NIGROMANTE

Si en todas las manifestaciones de la vida indígena la naturaleza desempeñó función tan importante como la que revelan los relatos del conquistador; si las flores de los jardines eran el adorno de los dioses y de los hombres, al par que motivo sutilizado de las artes plásticas y jeroglíficas, tampoco podían faltar en la poesía.

La era histórica en que llegan los conquistadores a México procedía precisamente de la lluvia de flores que cayó sobre las cabezas de los hombres al finalizar el cuarto sol cosmogónico. La tierra se vengaba de sus escaseces anteriores, y los hombres agitaban las banderas de júbilo. En los dibujos del Códice Vaticano, se la representa por una figura triangular adornada con torzales de plantas; la diosa de los amores lícitos, colgada de un festón vegetal, baja hacia la tierra, mientras las semillas revientan en lo alto, dejando caer hojas y flores.

La materia principal para estudiar la representación artística de la planta en América se encuentra en los monumentos de la cultura que floreció por el valle de México inmediatamente antes de la conquista. La escritura jeroglífica ofrece el material más variado y más abundante: *Flor* era uno de los veinte signos de los días; la flor es también signo de lo noble y lo precioso; y, asimismo, representa los perfumes y las bebidas. También surge de la sangre del sacrificio, y corona el signo jeroglífico de la oratoria. Las guirnaldas, el árbol, el maguey y el maíz

alternan en los jeroglifos de lugares. La flor se pinta de un modo esquemático, reducida a estricta simetría, ya vista por el perfil o ya por la boca de la corola. Igualmente, para la representación del árbol se usa de un esquema definido: ya es un tronco que se abre en tres ramas iguales rematando en haces de hojas, o ya son dos troncos divergentes que se ramifican de un modo simétrico.

En las esculturas de piedra y barro hay flores aisladas —sin hojas— y árboles frutales radiantes, unas veces como atributos de la divinidad, otras como adornos de la persona o decoración exterior del utensilio.

En la cerámica de Cholula, el fondo de las ollas ostenta una estrella floral, y por las paredes internas y externas del vaso corren cálices entrelazados. Las tazas de las hilanderas tienen flores negras sobre fondo amarillo, y, en ocasiones, la flor aparece meramente evocada por unas fugitivas líneas.

Busquemos también en la poesía indígena la flor, la naturaleza y el paisaje del valle.

Hay que lamentar como irremediable la pérdida de la poesía indígena mexicana. Podrá la erudición descubrir aislados ejemplares de ella o probar la relativa fidelidad con que algunos otros fueron romanceados por los misioneros españoles; pero nada de eso, por muy importante que sea, compensará nunca la pérdida de la poesía indígena como fenómeno general y social. Lo que de ella sabemos se reduce a angostas conjeturas, y a tal o cual ingenuo relato conservado por religiosos que acaso no entendieron siempre los ritos poéticos que describían; así como se reduce lo que de ella imaginamos a la fabulosa juventud de Netzahualcóyotl, el príncipe desposeído que vivió algún tiempo bajo los árboles, nutriéndose con sus frutos y componiendo canciones para solazar su destierro.

De lo que pudo haber sido el reflejo de la naturaleza en aquella poesía quedan, sin embargo, algunos curiosos testimonios; los cuales, a despecho de probables adulteraciones, parecen basarse sobre elementos primitivos legítimos e inconfundibles. Trátase de viejos poemas escritos en lengua náhoa, de los que cantaban los indios en sus festividades, y a los que se refiere Cabrera y Quintero en su *Escudo de Armas de México* (1746). Aprendidos de memoria, ellos transmitían de generación en generación las más minuciosas leyendas epónimas, y también las reglas de la costumbre. Quien los tuvo a la mano, los pasó en silencio, tomándolos por composiciones hechas para honrar a los demonios. El texto actual de los únicos que poseemos no podría ser una traslación exacta del primitivo, puesto que la Iglesia hubo de castigarlos, aunque toleró, por inevitable, la costumbre gentil de recitarlos en banquetes y bailes. En 1555, el Concilio Provincial ordenaba someterlos a la revisión del ministro evangélico, y tres años después se renovaba a los indios la prohibición de cantarlos sin permiso de sus párrocos y vicarios. De los únicos hasta hoy conocidos —pues de los que Fray Bernardino de Sahagún parece haber publicado sólo la mención se

conserva— no se sabe el autor ni la procedencia, ni el tiempo en que fueron escritos; aunque se presume que se trata de genuinas obras mexicanas, y no, como alguien creyó, de mera falsificación de los padres catequistas. Convienen los arqueólogos en que fueron recopilados por un fraile para ofrecerlos a su superior; y, compuestos antes de la conquista, se les redactó por escrito poco después que la vieja lengua fue reducida al alfabeto español. Tan alterados e indirectos como nos llegan, ofrecen estos cantares un matiz de sensibilidad lujuriosa que no es, en verdad, propio de los misioneros españoles —gente apostólica y sencilla, de más piedad que imaginación. En terreno tan incierto, debemos, sin embargo, prevenirnos contra las sorpresas del tiempo. Ojalá en la inefable semejanza de estos cantares con algún pasaje de Salomón no haya más que una coincidencia. Ya nos tiene muy sobre aviso aquella colección de *Aztecas* en que Pesado parafrasea poemas indígenas, y donde la crítica ha podido descubrir ¡la influencia de Horacio en Netzahualcóyotl![2]

En los viejos cantares náhoas, las metáforas conservan cierta audacia, cierta aparente incongruencia; acusan una ideación no europea. Brinton —que los tradujo al inglés y publicó en Philadelphia, 1887— cree descubrir cierto sentido alegórico en uno de ellos: el poeta se pregunta dónde hay que buscar la inspiración, y se responde, como Wordsworth, que en el grande escenario de la naturaleza. El mundo mismo le aparece como un sensitivo jardín. Llámase el cantar *Ninoyolnonotza:* meditación concentrada, melancólica delectación, fantaseo largo y voluptuoso, donde los sabores del sentido se van trasmutando en aspiración ideal:

NINOYOLNONOTZA[3]

1.—Me reconcentro a meditar profundamente dónde poder recoger algunas bellas y fragantes flores. ¿A quién preguntar? Imaginaos que interrogo al brillante pájaro zumbador, trémula esmeralda; imaginaos que interrogo a la amarilla mariposa: ellos me dirán que saben dónde se producen las bellas y fragantes flores, si quiero recogerlas aquí en los bosques de laurel, donde habita el Tzinitzcán, o si quiero tomarlas en la verde selva donde mora el Tlauquechol. Allí se las puede cortar brillantes de rocío; allí llegan a su desarrollo perfecto. Tal vez podré verlas, si es que han aparecido ya; ponerlas en mis haldas, y saludar con ellas a los niños y alegrar a los nobles.

2.—Al pasear, oigo como si verdaderamente las rocas respondieran a los dulces cantos de las flores; responden las aguas lucientes y murmuradoras; la fuente azulada canta, se estrella, y vuelve a cantar; el Cenzontle contesta; el Coyoltótotl suele acompañarle, y muchos pájaros canoros esparcen en derredor sus gorjeos como una música. Ellos bendicen a la tierra, haciendo escuchar sus dulces voces.

3.—Dije, exclamé: ojalá no os cause pena a vosotros, amados míos que os habéis parado a escuchar; ojalá que los brillantes pájaros zumbadores acudan pronto. —¿A quién buscaremos, noble poeta?— Pregunto y digo: ¿en dónde están las bellas y fragantes flores con las cuales pueda alegraros, mis nobles compañeros? Pronto me dirán ellas cantando: —Aquí, oh, cantor, te haremos ver aquello con que verdaderamente alegrarás a los nobles, tus compañeros.

4.—Condujéronme entonces al fértil sitio de un valle, sitio floreciente donde el rocío se difunde con brillante esplendor, donde vi dulces y perfumadas flores cubiertas de rocío, esparcidas en derredor a manera de arcoíris. Y me dijeron: —Arranca las flores que desees, oh cantor —ojalá te alegres—, y dalas a tus amigos, que puedan regocijarse en la tierra.

5.—Y luego recogí en mis haldas delicadas y deliciosas flores, y dije: —¡Si algunos de nuestro

pueblo entrasen aquí! ¡Si muchos de los nuestros estuviesen aquí! Y creí que podía salir a anunciar a nuestros amigos que todos nosotros nos regocijaríamos con las variadas y olorosas flores, y escogeríamos los diversos y suaves cantos con los cuales alegraríamos a nuestros amigos, aquí en la tierra, y a los nobles en su grandeza y dignidad.

6.—Luego yo, el cantor, recogí todas las flores para ponerlas sobre los nobles, para con ellas cubrirlos y colocarlas en sus manos; y me apresuré a levantar mi voz en un canto digno, que glorificase a los nobles ante la faz de Tloque-in-Nahuaque, en donde no hay servidumbre.[4]

... El dolor llena mi alma al recordar en dónde yo, el cantor, vi el sitio florido...

De manera que el poeta, en pos del secreto natural, llega hasta el lecho mismo del valle. Estoy en un lecho de rosas, parece decirnos, y envuelvo mi alma en el arcoíris de las flores. Ellas cantan en torno suyo, y, verdaderamente, las rocas responden a los cantos de las corolas. Quisiera ahogarse de placer, pero no hay placer no compartido, y así, sale por el campo llamando a los de su pueblo, a sus amigos nobles y a todos los niños que pasan. Al hacerlo, llora de alegría. (La antigua raza era lacrimosa y solemne.) De manera que la flor es causa de lágrimas y de regocijos.

La parte final decae sensiblemente, y es quizá aquella en que el misionero español puso más la mano.

Podemos imaginar que, en una rudimental acción dramática, el cantor distribuía flores entre los comensales, a medida que la letra lo iba dictando. Sería una pequeña escenificación simbólica como esas de que aún dan ejemplo las celebraciones de la Iglesia. Anúncianlas ya los ritos dionisiacos, los ritos de la naturaleza y del vegetal, y perduran todavía en el sacrificio de la misa.

La peregrinación del poeta en busca de flores, y aquel interrogar al pájaro y a la mariposa, evocan en el lector la figura de Sulamita en pos del amado. La imagen de las flores es frecuente como una obsesión. Hay otro cantar que nos dice: "Tomamos, desenredamos las joyas. Las flores azules son tejidas sobre las amarillas, que podemos darlas a los niños. —Que mi alma se envuelva en varias flores, que se embriague con ellas, porque pronto debo ausentarme". La flor aparece al poeta como representación de los bienes terrestres. Pero todos ellos nada valen ante las glorias de la divinidad: "Aun cuando sean joyas y preciosos ungüentos de discursos, ninguno puede hablar aquí dignamente del dispensador de la vida". En otro poema relativo al ciclo de Quetzalcóatl (el ciclo más importante de aquella confusa mitología, símbolo de civilizador y profeta, a la vez que mito solar más o menos vagamente explicado), en toques descriptivos de admirable concentración surge a nuestros ojos "la casa de los rayos de luz, la casa de culebras emplumadas, la casa de turquesas". De aquella casa, que en las palabras del poeta brilla como un abigarrado mosaico, han salido los nobles, quienes "se fueron llorando por el agua" —frase en que palpita la evocación de la ciudad de los lagos. El poema es como una elegía a la desaparición del héroe. Se trata de un rito lacrimoso, como el de Perséfone, Adonis, Tamuz o alguno otro popularizado en Europa. Sólo que, a diferencia de lo que sucede en las costas del Mediterráneo, aquí el héroe tarda en resucitar, tal vez nunca resucitará. De otro

modo, hubiera triunfado sobre el dios sanguinario y zurdo de los sacrificios humanos, e impidiendo la dominación del bárbaro azteca, habría transformado la historia mexicana. El quetzal, el pájaro iris que anuncia el retorno de este nuevo Arturo, ha emigrado, ahora, hacia las regiones ístmicas del Continente, intimando acaso nuevos destinos. "Lloré con la humillación de las montañas; me entristecí con la exaltación de las arenas, que mi señor se había ido." El héroe se muestra como un guerrero: "En nuestras batallas, estaba mi señor adornado con plumas". Y, a pocas líneas, estas palabras de desconcertante "sintetismo": "Después que se hubo embriagado, el caudillo lloró; nosotros nos glorificamos de estar en su habitación". ("Metiome el rey en su cámara: gozarnos hemos y alegrarnos hemos en ti." *Cant. de Cant.*) El poeta tiene muy airosas sugestiones: "Yo vengo de Nonohualco —dice— como si trajera pájaros al lugar de los nobles". Y también lo acosa la obsesión de la flor: "Yo soy miserable, miserable como la última flor".

IV

But glorious it was to see, how the open region was filled with horses and chariots...

BUNYAN, *The Pilgrim's Progress*

Cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese (y no soy de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena, y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española), nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa; esfuerzo que es la base bruta de la historia. Nos une también la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural. El choque de la sensibilidad con el mismo mundo labra, engendra un alma común. Pero cuando no se aceptara lo uno ni lo otro —ni la obra de la acción común, ni la obra de la contemplación común—, convéngase en que la emoción histórica es parte de la vida actual, y, sin su fulgor, nuestros valles y nuestras montañas serían como un teatro sin luz. El poeta ve, al reverberar de la luna en la nieve de los volcanes, recortarse sobre el cielo el espectro de Doña Marina, acosada por la sombra del Flechador de Estrellas; o sueña con el hacha de cobre en cuyo filo descansa el cielo; o piensa que escucha, en el descampado, el llanto funesto de los mellizos que la diosa vestida de blanco lleva a las espaldas: no le neguemos la evocación, no desperdiciemos la leyenda. Si esa tradición nos fuere ajena, está como quiera en nuestras manos, y sólo nosotros disponemos de ella. No renunciaremos —oh Keats— a ningún objeto de belleza, engendrador de eternos goces.

Madrid, 1915

TERCER CENTENARIO DE ALARCÓN*

En el orden literario —el orden humano por excelencia, el que a todos los abarca y los subordina, porque es el orden de la expresión—, México por primera vez toma la palabra ante el mundo con don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza. Es el primer mexicano universal, el primero que se sale de las fronteras, el primero que rompe las aduanas de la colonia para derramar sus acarreos en la gran corriente de la poesía europea.

Sus comedias alternan con las mejores de la escena española, cuando la escena española cuenta entre las mejores del mundo. Y rebasando todavía los diques de la lengua, el teatro alarconiano alarga su señorío sobre extrañas tierras, fertilizándolas de manera que —directamente en Corneille e indirectamente en Molière— deja, más allá de los Pirineos, los limos en que ha de brotar la comedia de costumbres francesa. Con Ruiz de Alarcón se entabla el diálogo. México, por primera vez, deja de recibir solamente, para comenzar ya a devolver.

Y el primer paso es el que cuesta. No es todo llegar y vencer. Madrid no se gana sin esfuerzo. Hay que romper por entre malezas de prejuicios. Hay que superar la *capitis diminutio* de ser un colonial. Y peor aún si se tiene la desgracia de presentarse, como el sufrido don Juan, con una apariencia poco airosa en un mundillo literario hecho a los donaires más despiadados, y donde a la sátira le sobran saetas. Por boca de su personaje, este criollo señorial, parsimonioso a lo provinciano y no habituado a la arisca independencia de la corte literaria en los siglos de oro, pagado de su prosapia, pero al fin pobre pretendiente y sabedor de sus escasos atractivos, exclama con melancolía:

> Tiéneme desesperado,
> Beltrán, la desigualdad,
> si no de mi calidad,
> de mis partes y mi estado.

Todo se andará. Pronto resonarán los corrales con los triunfos del mexicano. En las paredes, según la costumbre de la época, los vítores a Ruiz de Alarcón alternan con los vítores a Tirso de Molina; la rivalidad enconada de no menor persona que el inmenso Lope de Vega mide la grandeza del concurrente.

Alma en tono menor acaso, para el suave discreteo y para la música en sordina mucho más que para los arrebatos líricos, enamorada de la razón más que seducida por los devaneos de aquella "loca de la casa". El poeta se ajusta, sí, como es humano y natural que suceda, a las fórmulas ya cuajadas para la poética de su tiempo. Pero entre todo aquel vistoso parterre no escoge la rosa de fuego, no el clavel de sangre que lanza desde los florones de Lope sus gritos de pasión, sino la violeta suficiente que se ha dado en llamar modesta: la que, de los atavíos

mismos, desdeña cuanto va más allá de las normas de necesidad: geometría más bien, arquitectura, y un modo de creación discursiva cuyos encantos no se fundan en la sorpresa, en los descoyuntamientos de lo inesperado, sino en el gustoso declinar hacia lo previsto. De modo que cada palabra va dando de sí, como sin trabajo y sin ruido, la palabra misma que la sigue.

Hace falta cierta madurez para paladear este vino seco; cierto candor de temperamento para disfrutar a fondo de este viaje en mares interiores; cierto estado de evolución o experiencia, que muy bien pudo ser innato —por paradójico que a primera vista resulte—, en aquella naturaleza meditativa de hombre desengañado y paciente. De aquí su cualidad esencial (de aquí, diría el lógico, su diferencia propia dentro del género próximo de su tiempo) que muchos llaman, sin rodeos, su "modernidad". De aquí su contraste, aunque contraste sin chasquido ni estrago, ya se ve, porque Alarcón poseía el secreto de oponerse sin choque, de desviarse sin arrancarse, y hasta de negar sin ofender. De aquí, sobre todo, su don humorístico no suficientemente estudiado: aquel que en *La verdad sospechosa* hace, con una maraña de embustes, una acción divertida mucho más que una prédica moral; aquel que en la más original y premolieresca de sus obras, *Don Domingo de Don Blas*, pone en solfa, como sin darse cuenta, toda la ampulosidad con que han acabado por revestirse el honor y el valor, y con una sencillez que nunca desciende al feo cinismo, nos da ejemplo de una virtud que no necesita hacer aspavientos, de un temple viril ya sin jactancia, de un vigor tan seguro de sí que no echa mano de la violencia, de una filosofía sin mayúsculas y, por momentos, de una capacidad de traspasar las nieblas de lo convencional, que hasta anuncia —bien que en una afinación muy distinta— el desgarro de Bernard Shaw. Y así se explica que, no siendo una Odisea sin fondo, ni un rosario árabe de aventuras, éste que he llamado, en Alarcón, el viaje por mares interiores tenga cierto encanto matemático, de hazaña disciplinada y medida con el reloj, de "record" deportivo: no es naufragio, sino regata; y mucho más que duelo a muerte, prueba de resistencia. No lo busquéis entre las luces siniestras de la tragedia: más bien en la lenta medialuz de los encantos caseros, la charla junto al Manzanares, el leve deliquio de una fantasía temperada que va resaltando con una ceja luminosa los contornos mismos de la realidad: vuelo de salón y no aeróstato; jardín, que no selva; sufrimiento envuelto en sonrisas; moderación, urbanidad, cortesía. Parece que, en el fondo, se ríe de los espantajos que la retórica ha acabado por instaurar en la escena; parece que, en el fondo, está harto de la balumba que se ha deslizado entre la riqueza de las artes teatrales. Un siglo más, e inventa el sainete; dos siglos más, y hubiera creado el acto sintético cuya poesía está hecha de cosas cotidianas. ¿Quién dijo que el teatro de Alarcón ha sido un teatro sin consecuencias?

Y por último, aquello, tan traído y llevado, del mexicanismo de Alarcón.

La verdad es que Alarcón yacía bien arropado y envuelto entre la mortaja de la crítica académica. El voluminoso libro de Luis Fernández-Guerra y Orbe —hoy

casi en un todo rectificado y tan abundante en noticias dudosas como escaso de verdadera crítica— le servía de túmulo solemne. Y aunque andaban por ahí excelentes páginas sueltas sobre su obra, y ante todo las del perdurable Menéndez y Pelayo, faltaba el llegar hasta las últimas consecuencias del juicio. Cuando he aquí que, hace cinco lustros, en una conferencia pública leída en una librería de México y que puede considerarse como una de las páginas más insignes de la crítica americana, Pedro Henríquez Ureña resucitó de un toque la personalidad de Alarcón, sosteniendo, de una vez para siempre, la tesis de su mexicanismo. Adolfo Bonilla y San Martín quiso objetarle que no era posible hablar de mexicanismo en una literatura carente aún de carácter propio, y nos atrevimos a llamarlo a cuentas, desde el prólogo de cierta edición, recordándole que, en el caso, no se trataba de "mexicanismo literario", sino de un sabor humano bien discernible ya en la sociedad mexicana de aquellos siglos, el cual encuentra por primera vez su lenguaje en la obra de Ruiz de Alarcón. Nada obsta el hecho de que este sabor haya podido evolucionar o modificarse más o menos superficialmente con el correr del tiempo.

Por eso tienen una singular elocuencia los festejos con que México evoca el recuerdo de Alarcón, en el tercer centenario de su muerte. Se diría que vamos a consultar, en la galería de retratos de los abuelos, los que debieran ser nuestros rasgos más permanentes.

La Nueva España, que tanto madrugó a revelar caracteres propios, donde la adaptación natural y las contaminaciones entre la raza colonizada y la raza colonizadora hicieron tan pronto confesar, desde el primer siglo de la conquista, a los sociólogos peninsulares (permitidme este anacronismo de lenguaje) que se había logrado crear ya un tipo de hombre *sui generis;* la Nueva España, donde la literatura popular de la época registra ya el duelo abierto —germen de la independencia futura— entre el neo-español de México y el español europeo recién venido; la Nueva España, que había sabido ya atraer a su seno —seduciéndolos con su prestigio— a varones de letras como Cervantes de Salazar, Frías de Albornoz, Fray Alonso de la Veracruz, Gutierre de Cetina, Juan de la Cueva, Eugenio Salazar de Alarcón; que pronto conquistaría a Luis de Belmonte, Diego Mejía y Mateo Alemán; que deslumbró con su señuelo a Balbuena, por poco da caza al mismo Miguel de Cervantes y produjo ya —pues su obra es hija de nuestro suelo— a Terrazas, Saavedra Guzmán y Fernán González de Eslava; donde la Universidad, la Imprenta y el Teatro trabajaban ya activamente; donde los Alarcones aparecen desde los primeros días vinculados en el real minero de Tasco; donde don Juan respiró nada menos que los veinte primeros años de su vida, los años definitivos para la formación de un hombre; la Nueva España, cuya tradición está ya fundada para entonces, y cuyo ambiente ofrece ya un sello inconfundible, impone un modo espiritual a sus criaturas, lo mismo a sus indios latinados que a sus criollos de estirpe; da una tónica distintiva a la mentalidad de sus hijos, que ya sin equívoco se pueden llamar los mexicanos; y todo ello

contribuye no poco —cuando nuestro poeta, llovido del cielo, irrumpe en la escena de Madrid— a producir esa sensación de extrañeza que los mismos contemporáneos declaran y que la misma crítica española de nuestros días no ha dejado de confesar.

Por eso hemos dicho que, con Alarcón, México toma la palabra ante el mundo.

Juan Ruiz de Alarcón, Juana de Asbaje, ¡oh, qué grandes Juanes de México! ¡Qué voces claras, únicas, diferentes de las demás, para entrar al fin en el coro y hacerse sentir en el conjunto! ¡Son nuestros de pleno derecho, hasta donde es lícito decir que una cosa es propia, sabiendo que todo está en todo! ¡Nuestro él por la diserta y urbana manera, de que la nueva sociedad colonial vivía como enamorada, entre su señorío provinciano y su candorosa exaltación del buen decir y de los buenos pañales, asuntos de que las ruidosas metrópolis nunca han hecho muy grande caso! ¡Nuestra ella por el fervor de autodidactismo —fruto feliz de la provincia— que la lanza, sola y ardiente, a conquistar el universo con el estudio y a navegar en su esquife los mares de la enciclopedia y la poesía, en el afán de saberlo y entenderlo todo, antes de depositarla a la postre en la orilla de la piedad, donde otra vez todo se olvida! ¡Nuestro él, nuestra ella, los dos Juanes de México, nobles medallones familiares, apellido de nuestras letras!

Pretendiente en corte, deseoso de un modesto pasar para conquistar su independencia, que es lo que le importa en la tierra, más aficionado que profesional de los teatros (que esto nada quita a su excelencia), se unce al carro de la Comedia y se enfrenta don Juan con “la bestia fiera”, como sin ambages llama al público, y en cuanto puede, tras unas docenas de obras (cuando todos las producían por cientos) pero obras que bastan a sacudir el ambiente como ráfaga de viento nuevo, se aleja a rumiar sus filosofías de solitario y a conversar con escogidos amigos en su torrecita de las Urosas. Allí, lentamente (siempre fue enemigo de lo festinado y lo presuroso), cuela el buen vino de su trato y concentra su miel de años, mientras “la que a nadie no perdona” viene en su busca. Domina el recelo contra el indiano, vence la rivalidad y la envidia; sobrepuja las limitaciones de una apariencia poco recomendable, corcovado que se endereza imponiendo al mundo el inapelable imperio del espíritu. Su rostro de barbitaheño meditabundo, palidecido en afanes y pesares, no ha dejado de sonreír. Los contratiempos no han logrado vencer su confianza en la naturaleza humana ni su confianza en la razón. Tal vez corta algún capullo en su huerto, y lo cría escondido en aquella su intimidad pudorosa, que tan a las claras lo distingue en medio del exhibicionismo ambiente. Mantiene a raya a “la bestia fiera” y, tras de domeñarla, se aleja. Ya ha cerrado su puerta. Anochece. El candil se enciende para su discreta tertulia. Don Juan está hablando en voz velada. Dice que la suave cortesía es la rueda donde se afinan los bajos estímulos animales. Quiere al hombre humano, al que se emancipa del arrebato, al que no se entrega a la casualidad, al que impone, en su acción y en su pensamiento, el sello de oro de

su querer consciente y libre. Ésta es la lección de don Juan. Éste, mexicanos, es el consejo que nos ha dejado en herencia aquella flor de mexicanos.

1939

EL "PERIQUILLO SARNIENTO" Y LA CRÍTICA MEXICANA*

En los albores del siglo XIX, los graves maestros de los Seminarios, ostentando las borlas y los arreos de su ministerio, empuñan el cetro de la literatura oficial. Mientras tanto, la literatura libre se asila en los tenderetes y escondrijos de los libreros: la representan los zumbones redactores del *Diario de México*, los epigramatarios, los críticos desabridillos y alegres. Más tarde, acrecido el tumulto de la revolución, rotos los frenos de la tribuna pública, surgen aquí y allá los periodistas valientes, los portavoces del pensamiento nuevo, luchadores que usan de su pluma como de algo vivo y cotidiano. En este mundo de escaso valor artístico, pero de mucha *letradura*, de mucho ambiente y vitalidad, descuella por el vasto esfuerzo de su obra, por su prestigio moral, y aun por su buena suerte de haber novelado el primero en nuestro país —hasta el punto, al menos, en que fue Cervantes el primero en novelar en lengua española—, José Joaquín Fernández de Lizardi, el constante y honrado "Pensador Mexicano" de las polémicas tenaces y de las ironías sencillas. Como quiera que se lo considere, es un centro. El tomo de la *Antología del Centenario*[1] en que figura, parece que se le ha dedicado. En las Conferencias del Centenario[2] tuvo un lugar de honor.

Carlos González Peña ha dicho con razón que trajo una nota de realismo al mundo artificial y opaco de las poesías pastoriles, animado por una tendencia más moralizadora que estética. Pero trata de demostrar que la novela de Lizardi no deriva de la Picaresca Española, asegurando que los novelistas del siglo de oro "no pretendían filosofar, ni moralizar, ni enseñar". Creemos, por el contrario, que la Novela Picaresca es responsable de nuestro *Periquillo Sarniento;* que de aquellos *Guzmanes* vienen estos *Periquillos*. Sin la Novela Picaresca, ¿qué habría escrito nuestro "Pensador"? La influencia que sobre él ejerció aquélla se descubre hasta en los títulos de sus libros: *La Quijotita y su prima, Don Catrín de la Fachenda*... Y, por otra parte, en el autor del *Lazarillo*, en Espinel y en Cervantes (para no citar sino los nombres a que acude el mismo González Peña) fácil es rastrear las tendencias morales. En el *Lazarillo*, las momentáneas apreciaciones sobre la educación moral del personaje son rapidísimas, pero definitivas: algunas nos asombran aún como profundas intuiciones. En el *Escudero Marcos de Obregón* cada aventura tiene moraleja, y con razón pudiera decirse que es todavía, en cuanto al procedimiento, un libro derivado de la fábula antigua, como el *Conde Lucanor*. En Cervantes, la moralidad o está directamente formulada en algunas *Novelas ejemplares*, o se halla esparcida como el sol y el aire en las llanuras del *Quijote*, al punto que muchos no ven en este libro sino un símbolo moral. ¡Como si fuera posible desarrollar símbolos que caben en una

parábola brevísima a través de las mil y una aventuras de aquella selva de invención! Que si vamos al *Guzmán de Alfarache* —verdadero paradigma del *Periquillo*, como siempre lo ha proclamado la crítica—, descubriremos el aire familiar en lo de sacrificar el episodio al sermón. Salvo que el *Periquillo* deriva de la Novela Española como deriva una copia mediocre de un buen modelo. Salvo que para el novelista español el arte es lo primero (consciente o inconscientemente), en tanto que Lizardi, por tal de sermonear a su antojo, desdeña el arte si le estorba. Porque está, como él mismo dice respondiendo a uno de sus críticos, persuadido de que los lectores para quienes escribe "necesitan que se les den las moralidades mascadas y aun remolidas, para que les tomen el sabor y las puedan pasar; si no, saltan sobre ellas con más ligereza que un venado sobre las yerbas del campo". Sólo que él llamaba "dar las moralidades mascadas y remolidas" a diluirlas enfadosamente en discursos donde se anegan las salteadas anécdotas novelescas. Lesage o Moratín —que quizá gustaban demasiado de este género de cirugía— habrían propuesto amputar al *Periquillo* de los sermones, como lo propusieron para el *Guzmán de Alfarache*.

Si Lizardi, como los dialoguistas de la Ética, sólo hubiera dado a sus peroraciones el mínimo de escenario novelesco (un plátano junto a un río), no nos habría engañado por lo menos. Pero, supuestas sus dotes de costumbrista, se explica que haya incurrido en la novela.

Lizardi ha venido a ser, con el tiempo, un símbolo histórico: ahí están, todavía, los "léperos" que pintó su pluma; ahí está el Café de Manrique, donde el Periquillo pasó una noche. La ciudad de México —dice Urbina— está reproducida en la obra de Lizardi con una fidelidad de grabado antiguo. El *romance del Periquillo*, como decían entonces, es amado sin ser leído —mucho menos gustado. Pero la gente vulgar, siempre complicada, cree que gusta de él. La popularidad de Lizardi (como novelista, se entiende) es la popularidad de un nombre o, mejor dicho, de un seudónimo. *El Pensador Mexicano* se llamó su periódico; "El Pensador Mexicano" acostumbraba él firmarse; mas la gente vulgar piensa que la posteridad le atribuyó el mote de "Pensador" porque lo era, e ignora que el seudónimo deriva de *El Pensador*, del español Clavijo (1762 en adelante).

El *Periquillo Sarniento* ha tenido estrella. Ha sido, desde la cuna, un libro simbólico, nacional. El día 11 de enero de 1825 publica Lizardi un "aviso" en *El Sol*, invitando a sus amigos a que contribuyan para una nueva edición del *Periquillo*. Por él sabemos que, cuando el Virrey Apodaca prohibió que saliera a luz el cuarto tomo de la obra —porque contenía un ataque a la esclavitud—, los tres tomos anteriores, que se vendían a doce pesos, subieron a veinticinco, treinta, cincuenta y aun sesenta pesos en el mercado.[3] La obra llevaba en sí, desde ese momento, algo de martirio por la libertad; sufría por los ideales del pueblo: era una obra nacional.

Mas la crítica, que, al andar del tiempo, pudo disimular en el patriota las

deficiencias del literato, no siempre le fue benévola entre los contemporáneos.

Podemos creer que el primero que conoció el *Periquillo* es José Mariano Beristáin de Souza, puesto que lo ojeó antes de publicado. En Beristáin no hay que confiar mucho: como erudito, se equivoca; como hombre público, flaquea. Bustamante, en el *Cuadro histórico de la revolución de la América Mexicana*, carta VI, ha dicho de él: "El canónigo D. José Mariano Beristáin, aquel Beristáin que pasará a la más remota generación americana por el mayor adulador abyecto que ha nacido en la Puebla de los Ángeles, así como ha pasado Picio por el más feo en México y Esopo en Atenas". Éste, pues, dice, refiriéndose a Lizardi, en su *Biblioteca hispano-americana septentrional o catálogo y noticia de los literatos que, o nacidos o educados o florecientes en la América septentrional española, han dado a luz algún escrito, o lo han dejado preparado para la prensa:*

> Ingenio original, que si hubiera añadido a su aplicación más conocimiento del mundo y de los hombres, y mejor elección de libros, podría merecer, si no el nombre de "Quevedo americano", a lo menos el de "Torres Villarroel mexicano". Ha escrito varios discursos morales, satíricos, misceláneos, con los títulos de *Pensador Mexicano* y de *Alacena de Frioleras;* y tiene entre los dedos la *Vida de Periquito Sarniento*,[4] que, según lo que he visto de ella, tiene semejanza con la del *Guzmán de Alfarache*.

La comparación final se impone casi; todos la han hecho. La que sí es inexplicable es la que nuestros críticos han venido estableciendo entre el *Periquillo* y el *Quijote*, sólo porque en ambos hay algunas escenas libres. Por lo demás, el esfuerzo de Beristáin para no conceder mucho a Lizardi es notorio.

El 18 de diciembre de 1818 publica el *Noticioso General* un "remitido" firmado por "El Tocayo de Clarita" (ya es sabido que era moda literaria el usar seudónimos; el que con éste firma no ha sido identificado aún). Trátase de un breve cuento crítico cuyo asunto, por infantil, merece callarse. De paso se cita el *Periquillo:*

> Tiene manojos o racimos de sentencias, autoridades y refranes para toda clase de personas; pero principalmente a las del pueblo bajo les habla al alma y las va a buscar por todos los andurriales, cárceles, presidios, hospitales, pulquerías, lupanares, velorios, tabernas, bodegones... con el caritativo fin de que reformen sus depravadas costumbres y se hagan miembros útiles de la sociedad, ya que en toda su vida anterior lo fueron podridos y agusanados.

Creemos notar, bajo estas palabras, una ironía cobarde, recóndita, aunque sea por el exceso de matiz con que pinta la perversión del plebeyo y lo elevado del propósito de redimirlo. Tal propósito es, por otra parte, la general excusa de los autores de la Picaresca. Hernando de Soto lo ha dicho refiriéndose a la *Vida de Guzmán de Alfarache:*

> Enseña, por su contrario,
> la forma de bien vivir.

Mucho más importantes son las opiniones sobre el *Periquillo* que el mismo periódico publica el día 1º, el 12 y el 15 de febrero de 1819. Fírmalas "Uno de

Tantos", pero el autor es el poblano Terán. Es ésta una página curiosa en la historia de nuestra crítica. Era Terán viejo contrincante de Lizardi y ya, oculto bajo el consabido seudónimo, había atacado su *Calendario;* a lo que Lizardi había contestado diciendo que, por ignorar quién fuera el autor de la censura, se abstenía de responder, pues no sabía si se trataba de "persona suficientemente abonada". Terán escribe: "Por acá (en Puebla) no tenemos la honra de saber otro nombre del autor del *Periquillo* que el de 'Pensador Mexicano'... Bajo este aspecto, juzgamos del escritor por sus producciones: del individuo en sus demás relaciones, decimos con Tácito: *nec beneficio, nec injuria cognitus*". Lo cierto es que Terán y Lizardi se conocían, y que Lizardi llamaba a su crítico *el señor Ranet* y *D. M. T.:* anagrama e iniciales de Terán.

> La circunstancia —dice éste— de que Periquillo no escribe sus aventuras con más fin que el de instruir a sus hijos no sirve más que para limitar el campo que debía resultar de la invención; para amortiguar la acción y disminuir su interés. Porque si bien es un objeto de mucha importancia la enseñanza de la juventud considerada en su totalidad, los *medios* particulares de que un padre se vale privadamente para la de sus hijos nada interesan al mundo, a no ser muy extraordinarios... Si en los libros encontramos las peores gentes de la sociedad obrando ordinariamente según las vemos, hablando según las oímos, nuestra curiosidad no se excita, y dejamos de sentir el atractivo que en el arte se llama interés.

Además, añade Terán, los episodios en el *Periquillo* son por extremo vulgares,

> se les ve sucios, violentos y degradados... El arte que gobierna toda la obra es el de bosquejar cuadros asquerosos, escenas bajas, para contemplarlos muy despacio, predicar enfadosa *y* difusamente, y sacar al fin una moralidad trivial, como la única que puede dar de sí el escrutinio de las últimas prostituciones de la canalla... Está en todo muy de manifiesto que las variedades de la acción se determinan expresamente para depositar en ellas las doctrinas...

"El Pensador" es el primero (¡y quiera Dios que el último!, añade) que novela en el idioma de la canalla. Su estilo,

> tan uniforme como en su acción el chorro de una alcantarilla, propio para arrullarnos, se suelta desde el prólogo, dedicatoria y advertencias a los lectores, hasta la última página del tomo tercero... La manía de explicar dilata enfadosamente los periodos: cada frase determina el sentido de la que la antecede, y la recorre exactamente para fijar la acepción de la palabra. Difuso y relajado, le parece que para persuadir es necesario presentarnos la idea con cien construcciones diferentes, y por poco quisiera definirnos cada vocablo en forma de diccionario... Se dirá que este método es propio en un padre que instruye a sus muchachos, y entonces salta otra vez el inconveniente de que semejante invención no es adecuada al desembarazo que debe proporcionarse en el plan un escritor ingenioso para dominar sus materias, y de que el autor del *Periquillo* se esclavizó él mismo, y se ciñó a la empresa de hacer un romance con toda la frialdad de un comentario.

Compara después el *Periquillo* con el *Gil Blas*, por compararlo con algo, pues declara no hallar manera de definirlo en cuanto al género. Tampoco él (como Carlos González Peña) quería incurrir en el paralelo con los nombres clásicos del habla española. Entra después en una disertación de literatura preceptiva (no tan larga y enojosa como pudiera temerse) para distinguir las varias especies de lo cómico. Señala el desorden y la contradicción que afean, en el *Periquillo*, la propiedad de los caracteres. Y continúa censurando la manía de "El Pensador" de

que para decir cosas útiles haya que escribir mal:

> Escarrón, el cínico de la literatura, ¿sería capaz de decirnos que, tratando de conciliar su interés particular con la utilidad común, atropella a sabiendas con las reglas del arte cuando le ocurre alguna idea que le parece conveniente poner de este o de otro modo? ¡Esto sí que es insultar a las gentes! El público de Nueva España es, en el concepto de este autor, una congregación de parvulillos, y él una vieja cuentera dispensada de toda regla y arte por la imbecilidad de sus oyentes. ¿Qué utilidad puede encontrar el común de las gentes en que un escritor obre desatinadamente, sin más guía que su capricho y por medios arbitrarios, con el fin (dice él) de ilustrarnos? ¡Luego lo que se escribe con regla y gusto es perdido e insuficiente para nosotros!

Y de propósito he dejado para el fin esta observación de Terán:

> Hablando de lo cómico de esta composición, es preciso notar que falta también, porque los sucesos están tomados en las últimas extremidades de la miseria humana. —No produzco esto por haber visto regla alguna, sino por mi propio sentimiento. Un sepulcro, un calabozo, no pueden presentarse bajo un aspecto ridículo: no me reiré ni divertiré aunque me lo describa Terencio... A estos lugares, en donde la humanidad sufre las últimas desgracias, no debe llegar, naturalmente, la burla del estilo cómico, y sólo la sensibilidad y filosofía son a propósito, con el patético, para pintar cuadros que no deben excitar más que la compasión.

Es verdad; por eso la Novela Picaresca, como conjunto, no nos parece propiamente cómica, sino grotesca, en sus excesos de hambre y de locura. No sabemos, sin embargo, si lo mismo parecería a sus autores: evoluciones de la sensibilidad —ha dicho Azorín.

En cuanto a Lizardi, se defendió mal, comparando su obra con la de Cervantes. "Ha navegado la obra —dijo— para España, para La Habana y para Portugal, con destino de imprimirse allí; me aseguran que los ingleses la han impreso en su idioma y que, en México, hay un ejemplar." Es bien sabido que estos datos son los únicos que quedan de la traducción inglesa del *Periquillo*, y de sus reproducciones extranjeras: datos, sin la menor duda, aun por el tono con que están vertidos, hijos de la polémica y de las flaquezas humanas.

Hacia 1832, Tadeo Ortiz, que acostumbraba no leer lo que cita, dijo del *Periquillo*, en su *México considerado como nación independiente y libre:* "Crítica ingeniosa de ciertas costumbres bizarras de los mexicanos. Es obra de bastante mérito; se encuentran en ella rasgos de originalidad y sátira fina que recuerdan de algún modo muchos de los pasajes del célebre *Don Quijote* y, con particularidad, del *Guzmán de Alfarache*".

A título de curiosidad notaremos que Lorenzo de Zavala, en su conocido *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, donde sólo habla de la labor política de "El Pensador", le llama "Pedro" en vez de "Joaquín".

En el mundo de la literatura nacional, Ignacio Ramírez, "El Nigromante", es otro símbolo. Su discurso sobre el "El Pensador", leído en el Liceo Hidalgo, está lleno de soltura y brío; empieza con lejanas evocaciones de Berceo, echadas a perder por las aplicaciones de actualidad política. Podemos creer que, en estas evocaciones clásicas, como en el lirismo de su estilo, los hombres de su época lo

admiraban sin entenderlo. Corre el discurso inspirado por la fantasía y por la musa política del partido; corre como río de fuego y sueño, donde truenan y se atropellan imágenes gallardas y vigorosos cuadros históricos. Y tras de fulminaciones irónicas, y tras de equivocadísimas generalizaciones (a que era tan desordenadamente afecto) define su crítica en estos términos:

> No hay que confundir al revolucionario con el artista, ni aun en el caso de que ambas vocaciones se presenten juntas... El disertador que hoy nos parece fastidioso; el novelista que hoy no competiría con Sosa; el periodista, inferior a la *Voz de México;* el más humilde, aunque el primero de nuestros *panfletarios;* el "Pensador Mexicano", propone cuestiones que medio siglo después hemos resuelto.

¡Ojalá fuera verdad esto último!

Guillermo Prieto, poco crítico, casi acusa de traición a la patria a los censores del *Periquillo*. Su preocupación patriótica, sin embargo, le arranca una frase elocuente: "Es —dice del *Periquillo*— el libro-anatema contra los vicios de la Colonia, y la justificación más fundada de nuestra Independencia".

Altamirano lo compara con el *Quijote, Rinconete y Cortadillo*, el *Guzmán de Alfarache, Lazarillo de Tormes*, el *Gran Tacaño* y el *Gil Blas*. Hay algo de confusión en esto de citar tantos libros: ellos, entre sí, difieren ya profundamente.

Pimentel, que parecería el indicado para hacer el panegírico del *Periquillo* desde el punto de vista estético, lo juzga duramente. "En lugar de dar reglas de moral por medio de la acción como corresponde a la novela, Fernández Lizardi se distrae en disertaciones y pláticas interminables, verdaderamente fastidiosas, como que están fuera de lugar, como que no corresponden a una obra cuya base esencial debe ser el entretenimiento..."

Lo que es la obra de Walter Scott para la Edad Media —dice—, lo es el *Periquillo* para nuestra historia colonial. Entra después en *pequeñismos* muy de su gusto, como el discutir si *perra, gata* y *burra* son o no palabras nobles. (Disculpémoslo, en memoria de Longino y de los preceptos semejantes que expone.) Contra alguna defensa del estilo de Lizardi hecha por Altamirano, hace notar Pimentel, atinadamente, que los giros bajos y las frases equivocadas no sólo se hallan en boca de los personajes, sino en los monólogos del autor: lo que mata toda excusa posible en nombre del costumbrismo o realismo.

Sánchez Mármol dice en *Las letras patrias:*

> Don José Joaquín Fernández de Lizardi es el fundador de la novela netamente nacional. El *Periquillo* y la *Quijotita*, sus capitales producciones, vivirán como monumento imperecedero de la sociedad mexicana, tal cual España la dejó educada. La primera no tiene menos valor para nosotros que el que para ésta el *Gil Blas;* la *Quijotita* es muestra viva del producto de la educación femenina de aquellos tiempos: indigesto amasijo de vanidad, falsa cultura y mentida religiosidad. Ambos son documentos histórico-sociológicos de inestimable precio.

Don Luis González Obregón (cuyo estudio sobre "El Pensador", publicado en 1888, no tiene, por otra parte, pretensiones críticas, sino que es un trabajo de documentación bio-bibliográfica) ha pronunciado francamente la palabra "genio"

a propósito del *Periquillo*. Los ataques a "El Pensador" fueron tan rudos, tan inicuas las persecuciones que padeció, que con razón el biógrafo, tras de andar entre los recuerdos de la época, se hace (encarándose con las figuras de la historia) ciego defensor del hombre que tuvo tan ciegos enemigos.

En la *Antología del Centenario*, desgraciadamente interrumpida, Luis G. Urbina, con su humanísimo sentimiento del ambiente nacional, ha dicho: "El *Periquillo Sarniento* es un cuadro completo de la existencia colonial, de la que nos quedan, todavía, vestigios característicos. Es la historia de un mexicano de entonces... ¡ay! y de muchos de hoy".

1914

VICENTE RIVA PALACIO*

Y AHORA que ha desaparecido ya toda ocasión de confundir los criterios, porque el recuerdo de sus amenísimas charlas y la imagen de su persona no pueden perturbar nuestro juicio sobre su labor poética, hablemos serenamente de Riva Palacio.

Una vez alejado de su juventud militar, supo, no sabemos cómo, crearse una atmósfera propicia para las faenas literarias. Sus dotes sociales de conversador le ganaban la simpatía de todos. Fue muy considerado en España, donde los académicos y las damas de la nobleza le trataron con agasajo. Poseyó una biblioteca excelente, con cuyos despojos se han enriquecido las nuestras. Y todavía vemos con envidia la casa aquella de piedras grises y sobrias rejas donde pasó alguna parte de su vida. Y por lo mismo que el fausto, o al menos la comodidad, era el marco en que le miraban sus contemporáneos, y por lo mismo que el chiste de buena ley y la salida oportuna eran su ordinario atavío, parece que las solicitaciones mundanas fueron grande parte a distraerlo del provechoso castigo de la pluma y de las lecturas solitarias.

Algunos de sus libros han venido a mis manos, con anotaciones brevísimas de su lápiz rojo. El General Riva Palacio, más que para estudiar, mucho más que para meditar, leía para buscar anécdotas, y particularmente historias de monjas y capellanes traviesos, por lo que parece haber tenido incurable debilidad. El Conde de Cheste le obsequió la preciosa edición de las *Cantigas mariales* que la Academia Española publicó en 1889. Riva Palacio no paró los ojos en las cantigas, sino que se satisfizo con espigar por los extractos en lengua castellana que van adjuntos, y allí apuntó, subrayó y comentó cuantas "facecias" pudo encontrar sobre aquel ramo del folklore en que era tan docto: religiosas enamoradas y frailes bellacos, cuentecitos provocantes a risa.

Aprovechando el caudal de sus charlas, hubiera podido escribir un nuevo *Galateo* sembrado de máximas picantes y regocijados episodios; hubiera podido dejarnos libros de mucha amenidad y sabias lecciones de vivir, a juzgar por las muestras sueltas y los *Cuentos del general;* hubiera podido rimar, junto a las tradiciones y leyendas que confeccionó en compañía de Juan de Dios Peza, las muchas fabulillas populares que conocía, desmenuzando en copas minúsculas su erudición picaresca.

¡Cuánto contribuyó, y cuánto más hubiera podido contribuir al tesoro del humorismo mexicano! Pero desperdició buena parte de su gaya sabiduría y sólo la usó, ocasionalmente, a modo de adorno. Casi no leía ya sino para tener qué contar entre sus amigos. Pero cuando le acontecía leer seguidamente seis o siete páginas, íntegras iban a dar a sus escritos. No perdonaba el trasladarlas e

incrustarlas, vinieran o no a cuento.

A veces le aconteció meterse en ociosas discusiones de aficionado, sobre puntos ya ociosos para la crítica profesional. Por falta de economía en sus escritos, por la necesidad de echar fuera sus desordenadas lecturas, padece un tanto ese curiosísimo libro —*Los ceros, por Cero*—, libro hecho de digresiones, donde sin disputa escribió muchas de sus mejores ocurrencias, donde relampaguean algunos aciertos, y que debe ser estimado como obra de un talento raro para la burla y la sátira, no menos que como un esfuerzo personalísimo del juicio literario, tendente en parte a desligarlo de toda consideración confesional o política. Hay en tal obra, junto con la plenitud de humor propia de la edad viril, la informe y desparramada manera de los ensayos de un adolescente, en quien el gusto de descubrir los libros se tradujera en incontinencia por citarlos. La insulsa e intempestiva digresión sobre Renan que hay en el prefacio es buena muestra de ello. Tal vez sus amigos, celebrándolo, fomentaban en él estas manifestaciones caprichosas. Pues era hombre caprichoso, en efecto, y gustaba de sorprender a los huéspedes de su tertulia con expedientes fáciles. Leía, por ejemplo, la narración de un auto de fe en la antigua ciudad de México, según las constancias de un proceso que, naturalmente, había extraído de algún archivo público. Aprovechaba los nombres y circunstancias del caso para la novela histórica que tenía entre manos. Y por la noche, consentía en mostrar a sus amigos el capítulo recién escrito. Días después, afectando la mayor sorpresa, les hacía conocer el documento original de que había sacado sus datos... ¡Oh adivinación! Juan de Dios Peza salía de la reunión deslumbrado. El General se complacía en jugar al genio, lo cual no quita que tuviera mucho de genial.

Así, engreído con su talento, singularmente dotado para la burla literaria y política —no olvidemos que fundó *El Ahuizote*—, capaz de embaucar a todos los socios del Liceo Hidalgo (quienes, a instancias de don Anselmo de la Portilla y bajo la presidencia de "El Nigromante", concedieron un diploma a Rosa Espino, la virgen poetisa, mero disfraz de Riva Palacio), gastó mucha pólvora en infiernitos, como por acá decimos, y no acabó de poner a contribución todo su saber y sus facultades.

Le debemos un servicio eminente: la dirección de *México a través de los siglos*, donde apreciamos también su vasto conocimiento de nuestra historia.

Hizo algunos versos ambiciosos; otros, sin carácter personal, que nos lo presentan, a veces, como un pálido Guillermo Prieto, y a veces, como un Altamirano más frío. Su fama de lector de clásicos, los ostentosos volúmenes de sus armarios, han hecho decir que sus versos tienen corte elegantísimo. Engaño óptico: tal soneto decente al viento, al Escorial o a la vejez no justifica la reputación de poeta elegante, particularmente en una lengua tan habituada ya al soneto. En cuanto a los versos de disfraz femenino, sólo pudieron ser considerados con encomio por la costumbre de tratar a las mujeres como a los niños: los versos de Rosa Espino son pobres, desmayados y de mal gusto.

La descripción en Riva Palacio es generalmente "retórica". Algunas estrofas de *Un recuerdo*, algunas de *La flor* —poemita de pasmosa insignificancia— dan la mejor muestra de su estilo en el género: urdimbre discreta, léxico mesurado. Descripción... apenas puede decirse que la haya. No era paisajista ni descriptivo, no era un alto poeta. Aquí sólo hemos querido pagar tributo a su espléndida personalidad. Aun en las memorias de los prisioneros de guerra, durante las campañas de la Intervención francesa, resulta enaltecido y se lo ve como una figura aparte.[1]

LOS "POEMAS RÚSTICOS" DE MANUEL JOSÉ OTHÓN*

HACE POCOS años, se extinguía silenciosamente una existencia tan callada, que casi contrasta tanto silencio con el eco del rumoroso duelo que corrió por todo el país. Así, pareciera que aquel hombre humilde, Manuel José Othón, hubiese empleado la vida en sofocar las bocas mismas del entusiasmo, las cuales más tarde, libres ya del respeto que antes las tenía selladas, manaron abundantemente los ríos de una emoción larga y contenida.

A la muerte de Othón respondieron, por todo el país, el llanto de los poetas y las oraciones fúnebres de ritual; pero, en lo profundo de los ánimos, para quienes teníamos ya el hábito de su presencia y su trato y que le asociábamos, tal vez, al coro de nuestros recuerdos familiares, hubo además como una sublevación, un anhelo de afirmar la perennidad del amigo, la inmortalidad del poeta. Por donde formamos la intención de alzar, sobre la tumba reciente, un monumento, al menos para la fantasía, aplicando nuestras fuerzas a la consagración de nuestro poeta, y recordando a quienes quisiesen escucharnos que nos falta todavía dedicarle un vividero tributo.

En la paz de las aldeas gustaba Othón de pasar la vida, donde es más fácil salir al campo y descuidarse de todo aquello que sólo accesoriamente nos ocupa. Cuando el trato humano estrecha poco, cuando el roce social apenas se hace perceptible, más holgadamente viaja el espíritu en sus contemplaciones; y, desvestido el ánimo de todo sentimiento efímero, vuelve a su profundidad sustantiva, toma allí lo esencial, lo "desinteresado", lo indispensable de las imágenes del mundo, y vuelca sobre el espectáculo de la naturaleza el tesoro de sus más hondas actividades, la religión, el deber, el gusto o el dolor de la vida.

La existencia de Manuel José, por otra parte, según era su descuido por las cosas exteriores y según era su hábito de ensimismamiento y de éxtasis, parece más desligada aún de la realidad accesoria por aquel maravilloso don de olvido que le conocimos todos y es ya proverbial, a cuya merced el poeta pasó por la tierra como un personaje de capricho, con el despilfarro de un desdeñoso, con la torpeza de un inocente, con la grande y dominadora sencillez de un justo. Todo lo cual le permitía, retraído a sus soledades rústicas, conservar, en tiempos de escepticismo, la creencia tradicional, con facilidad y pureza, como la aprendió en el libro doméstico, en la casa y en la escuela. Y así, su labor poética, nacida toda de fuentes tan serenas, hija de los sentimientos fundamentales, es en general casta y benigna, salubre como campesina madrugadora, firme como labrador envejecido sobre la reja, santa y profunda como un himno a Dios en el más escondido rincón de alguna selva.

Hay un libro de Manuel José Othón, el primero de que yo tengo noticia, el cual, más disimulado aún que no pregonado por un lacónico título, *Poesías*, nos ofrece las confesiones de una adolescencia romántica, muy dignas ya de nota si ha de tomárselas por señal o promesa de mejores frutos; aunque el libro en sí nos aparezca aún algo indefinido y hasta informe. Hay, empero, en aquellos versos de un muchacho, donde las primeras caricias de la vida y el alborozo de la inteligencia y la sensibilidad que van despertando se expresan en calurosas manifestaciones de ansia y de vigor desbordantes; hay, empero, versos y estrofas que le habrían valido desde luego mayor renombre, si mayor boga hubiera alcanzado este primer libro. Pero de tal daño aparente resultó una positiva ventaja, porque así la gente sólo conoció al Othón de los *Poemas rústicos*, cuando ya se ofrecía dispuesto para las obras perdurables.

Seguir el proceso de un espíritu, asistir a las varias vicisitudes de toda una existencia mental y reconstruirla más tarde, será muy entretenida tarea para los críticos, muy grata empresa y ejercicio a todas luces muy provechoso; pero los públicos prefieren las realizaciones a las promesas, y de modo natural se dejan ganar por la seducción de los autores que aparecen inmediatamente perfectos. Othón en sus *Poemas rústicos* (ya que sólo es conocido por ellos), como Heredia en sus *Trofeos*, cobra una mágica virtud al presentar, como obra primera, un libro ya definitivo. Parece que ofrecieran así sus realizaciones artísticas limpias y aseadas ya de los retazos, recortes y limaduras que se han quedado en el taller, y gustásemos en sus versos el encanto de las producciones sin haber conocido nada de las amarguras y espasmos del alumbramiento. El mismo Othón, por otra parte, diríase que intentara borrar el recuerdo de su libro anterior, cuando tanto insiste, en el prólogo de los *Poemas rústicos*, sobre que éste es el primer volumen de los cuatro que habían de integrar su obra lírica.

Quien se echase a buscar, entre los papeles que dejó el poeta —pues en cierta carta personal he visto yo índices de los otros libros—, quien lograse acabalar los otros tres volúmenes que nos faltan, los *Poemas del odio*, los *Poemas brutales* y alguno otro cuyo nombre no he tenido la fortuna de conservar; los cuentos dispersos en las hojas periódicas, los dramas, un fragmento de autobiografía que sé yo que ha dejado escrito y se llama, si mi memoria no yerra, *Vida montaraz;* y tantas otras obras sueltas que ahora conservará, sin duda, la esposa del poeta, haría seguramente obra de gran precio para la literatura nacional. Bien podía el Estado de San Luis Potosí, tierra natal de Othón, tomar para sí ese cuidado, si ya es que la capital del Estado de Jalisco no reivindicara tanto honor, toda vez que en la portada de los *Poemas rústicos* hay una dedicatoria que dice: *A la ciudad de Guadalajara*, y más adelante estas palabras: "Consagro este primer volumen de mis obras líricas a la capital del Estado de Jalisco, porque en ella están vinculadas las más hondas afecciones de mi alma, pues de sus hijos he recibido, hasta hoy, los pocos bienes y las únicas grandes satisfacciones que han alegrado mis días".

Por ahora, dado que las obras en prosa y las dramáticas no entran en el

cuadro de esta conferencia, he de limitarme a los *Poemas rústicos* y a tal cual otra poesía más tarde publicada en *Revista Moderna*.

Desde el prólogo "Al lector" hay ya en los *Poemas rústicos* algunos rasgos dignos de nota: es curioso observar, desde luego, ese ademán de seguridad viril con que se presenta el poeta. Benvenuto Cellini abre sus memorias diciendo que todos los hombres de experiencia debieran escribir su vida, pero no antes de los cuarenta. Nuestro Manuel José piensa lo propio respecto a las labores poéticas, y se cree en el deber de dar su obra al público: "Fiel a mis principios, juzgo que es ya tiempo de cumplir este deber, puesto que he traspasado, con mucho, *la mitad del camino de la vida*". Lanzar un libro no ha de ser, pues, capricho o entretenimiento, sino que él lo reputa por ley. Poco más adelante dice que su obra lírica constará, en junto, de *cuatro* volúmenes. ¿Cuatro precisamente habrían de ser, y no más? ¿Y cómo podría él preverlo? Una afirmación de este género nos hace creer que el poeta da ya su vida por terminada y sólo está ordenando lo que dejó. Tanta seguridad anuncia una espantable disciplina, o la absurda prefijación de un plan absolutamente innecesario.

Es este prólogo una profesión de fe, una defensa de la aristocracia del arte y un elogio de la inspiración personal, absolutamente sincera, impenetrable siempre al vulgo.

> La Musa —dice— no ha de ser un espíritu extraño que venga del exterior a impresionarnos sino que ha de brotar de nosotros mismos... el artista ha de ser sincero hasta la ingenuidad... el Arte es religión... el Arte ha sido y debe ser impopular, inaccesible al vulgo... es preferible que nadie (hablo del vulgo, del *vulgo vestido*, entiéndase bien), absolutamente nadie comprenda a los artistas, a tener la irreparable desgracia de saber que una estrofa, una melodía, un cuadro o un bloque nuestros están en los labios, en los oídos, en la memoria, en la oficina o en el *boudoir* de damas frívolas, de letrados indoctos, de escritores ignaros y de jóvenes sentimentales, susceptibles de conmoverse hasta las lágrimas ante las incipientes manifestaciones de un arte espurio.

Esta misma aversión a la ignorancia quiero yo verla revelada hasta en el capricho de citar a la cabeza del tomo un trozo de la *Égloga IX* de Virgilio, pero sin ordenar los versos según la forma habitual de imprenta, sino colocando las palabras seguidas como si de prosa se tratara. No faltó quien se escandalizara del caso y creyera que, por sólo eso, la cita, que es impecable, estaba errada. En la pieza teatral *El último capítulo*, cuadro que pertenece a la ya muy copiosa literatura inspirada en motivos cervantescos y particularmente en el *Quijote*, y que agrada por cierto sentimiento sutil difundido allí de manera casi musical (aun cuando Othón, en general, no haya cultivado el género dramático con igual éxito que la poesía lírica, y ya que esta obra pertenece mejor al género lírico, a pesar de la forma dramática o teatral en que se la quiso presentar), aparece una nota final, manifestación del mismo escozor que, por lo visto, le provocó siempre la ignorancia, la cual dice así:

> En el curso de esta obra hay frases, oraciones y cláusulas enteras de las de Cervantes y Avellaneda, así como de escritos de su tiempo a ellos referentes. El autor no ha creído deber notarlas por medio de comillas o letra cursiva, porque, para los que están familiarizados con aquellas lecturas, no es

necesario; y para los que no las conocen, lo juzga completamente inútil.

El prólogo continúa diciendo:

> Todos los cantos que publico y que publicaré los he sentido, pensado y vivido muy intensamente y han brotado de las hondonadas más profundas de mi espíritu... Y con esto acabo, encomendándome a la gracia del lector, que, si la de Dios no me falta, he de dar fin y remate a la tarea que me impongo, si no para mayor gloria del Arte, sí para perpetuo descanso de mi ánima.

En estas frases salteadas se resume la sustancia del prólogo, y por esta prosa, clara y amena, reminiscente, empezarán a apreciar los entendidos la buena cepa castellana de nuestro poeta. La cual no sólo es condición de estilo, sino tanto como esto, y aun más que esto probablemente, temple especial del alma y facultad especial de sentir el aspecto poético de las cosas, menos por lo fantástico que por lo verídico, menos por lo imaginario o soñado que por el apremio inminente de la realidad, precipitado todo en el ser bajo la forma de verdades morales y de místicas aspiraciones. Pero si en este prólogo la sobria dignidad del poeta aparece un tanto confundida con esquiveces duras y cortantes, fácil es convencerse, hojeando un poco más el libro, de que aquello no es sino una actitud, inevitable ante los públicos, de quien estaba hecho a confesarse directamente con su Dios.

Leamos el primer soneto del libro: *Invocación*. Allí se resume el símbolo de la obra, y éste resulta tan claro y tan evidente como era de esperarse. La obra poética será enteramente personal y lírica; será la expresión de un alma en lo que tiene de fundamental el alma de los hombres, y nada más:

> del alma que, nutrida en los dolores,
> abrasa el sol y el desaliento enfría.

¡Como todas! Este arte no va a ser arte de excepción y, por eso mismo, si el poeta, expresando emociones tan inmediatas y pensamientos tan sencillos sabe distinguirse de todos, será un alto poeta por el mayor mérito concebible: por el poder innato, por el don que ni se aprende ni comunica y que es concedido como la gracia, de recibir los pasajeros signos del mundo con grande resonancia interior, y de traducirlos, inmediatamente, en nobles palabras.

> ... que resuene en tu canto inmensamente
> tu amor a Dios, tu culto a la Belleza,
> alma del Arte, y tu pasión ardiente
> a la madre inmortal Naturaleza!

Así, pues, el poeta no va a cantar bellezas transitorias como las que surgen de una moda, de una manera especial de sabiduría o de cierto ensueño de reminiscencia con que el tiempo va decorando las épocas y los monumentos. Su poesía será toda elemental, fundamental; ni quiere contar con más medios que los eternos principios del placer y el dolor humanos, y así, voluntariamente, al iniciar el libro, se amputa las alas del artificio para obligarse a caminar sobre el

suelo, como sus hermanos.

Mas antes de comenzar el análisis de este libro, bueno será considerarlo objetivamente, por la "emoción narrativa" que produce no menos que por su valor técnico, para salvar de una vez el escollo de las disertaciones en punto a retórica y tomar, de paso, elementos con que combinar después la definición del poeta.

El poeta se presenta siempre ante el espectáculo de la naturaleza, ante un paisaje rústico; y esto es lo que explica el título del libro y la traza de bucólico que algunos han creído encontrarle. Está el poeta extasiado ante los crepúsculos y se despersonaliza en uno como panteísmo espectacular, describiendo todo cuanto mira (como en *Paisajes*, por ejemplo, en *Ocaso* y algunos otros lugares); o bien la descripción se mezcla con un temblor de sentimiento que la nubla y llena de ensueño —y entonces los paisajes aparecen vistos a través de un velo de lágrimas, como en el *Angelus Domini*—, o ya el paisaje va, poco a poco, acercándose al espectador (como en el *Psalmo de fuego* y los *Crepúsculos*), y cambiándose en decoración del espíritu, hasta terminar en uno de esos gritos surgidos de las "hondonadas interiores" de que nos hablaba el prólogo:

> ... El tordo canta
> sobre los olmos del undoso río;
> el hato a los apriscos se adelanta.
>
> Flota el humo en el pardo caserío,
> y mi espíritu al cielo se levanta
> hasta perderse en Ti... ¡Gracias, Dios mío!

Otras veces anda el poeta recorriendo montes y campos, y recoge sobre su alma todas las emociones campestres de un día tropical, como en el celebrado *Himno de los bosques*. Empieza éste con una emoción edificante de soledad rústica; el poeta, como en el *Alastor* de Shelley, está aislado en la naturaleza. Camina, mira, aguza el oído, y los versos van entonces diciendo, con brillantes onomatopeyas, la música espléndida del campo, el mugir de bueyes, los gritos de los guacamayos y de las urracas, el zumbido de los insectos en la siesta, el crascitar de los cuervos y los crótalos de las víboras, el himno, *a toda orquesta*, de los pájaros salvajes, y los resoplidos súbitos de la tempestad, y el fresco aguacero sobre la tierra dormida de calor, el chorrear de los regatos por las barrancas, y, a la hora del *Angelus*, el descanso de la naturaleza ante el crepúsculo, previniéndose a la paz nocturna con el coro de grillos, y el sonoro acento de la noche fundido en una cristiana oración: ¡Salve María!

En el *Poema de vida* la descripción se aplica a deducir un concepto de perennidad en la naturaleza:

> Si tan helada soledad impera
> en el mar, en la tierra y en el cielo,
> si ya no corre el límpido arroyuelo

ni se mece el rosal en la pradera.

¡Ah! no pensemos que la vida muera.
.....
Una inmortal resurrección espera...
Nada sucumbe...

Más allá, en el *Procul negotiis*, el poeta expresa su regocijo de bañarse en el campo, sencillo placer por el que da gracias a Dios, no sin que se le escape una lágrima por "las muchas tristezas de su vida". Regresa por la tarde a la aldea, y se recoge junto al fogón, formando para el día siguiente este sano propósito:

cuando entonen los pájaros la diana,
del pobre hogar saldré con firme paso,
a bañarme en la luz de la mañana.

En los sonetos de la *Noche rústica de Walpurgis* la descripción, siempre admirable, toma un giro trascendental, y el aliento de la noche y la voz de las cosas van despertando, mientras duerme el hombre, vigila el perro y el gallo alista su clarín. Es éste el más vasto poema de la colección, y en él se realiza, por el conjunto armónico de todas las voces naturales, la noche, los árboles, los fuegos fatuos, las estrellas, la campana y hasta un tiro que turba súbitamente el sueño del bosque, una impresión "wagneriana" de concierto ideal, en que confluyen las particulares excelencias de las cosas, ya en música, como en *El ruiseñor*, ya en simbolismo como en *Las montañas* y *La sementera*, ya en regocijo como en *Lumen*, ora en el misticismo de *El bosque*, o bien con las vibraciones luminosas del *Harpa*, soneto en que se representa un árbol sacudiendo el tupido follaje y tañendo, así ("músico del silencio", diríamos con Mallarmé), los rayos de luz que lo penetran. Se alcanza, pues, merced al destello fundido de las bellezas particulares, una belleza universal que nos transporta, en visible ascensión, desde los efímeros deleites del mundo hasta la contemplación extática de los arquetipos.

Pero inútil sería seguir recordando los versos de Manuel José Othón a quienes *deben* conocerlos tan bien. Sólo quiero señalar que la descripción se resuelve allí constantemente en misticismo o interpretación metafísica de las fuerzas del mundo. Mas hay poesías enteras donde la descripción sólo existe por sí indudablemente, y cuyo mérito es altísimo, porque en ellas el paisaje mexicano está retratado como en ninguna parte, y el ruido agrio del campo, con rechinar de carretas, cantos de labriegos y gritos de pájaros, nos zumba incesantemente al oído, por raro caso de evocación. A esto se añade una sensibilidad tan extrema y tan comunicativa que, después de conocer el libro, si releemos aisladamente algunos versos ("Llena el agua los surcos del sembrado...") de pronto creemos sentir la caricia fresca del manantial y nos reaparece todo el paisaje. El poder de evocación auditiva es extraordinario y de lo más vigoroso en nuestra lengua. Quien quiera convencerse de ello, que recite en voz alta el *Himno de los bosques*,

el *Angelus Domini*, el soneto *Vespertino* de *Procul negotiis*, los de *Frondas y glebas (Orillas del Papaloápam* y *Una estepa del Nazas)*, el *Poema de vida*, donde sobresale, a este respecto, aquel verso que no resisto a la tentación de citar: "La parda grulla en el erial crotora".

¡Y tantos otros! Porque habría que citarlos todos. Si hay libros que produzcan la impresión de cosa unificada, orgánica, éste es uno de ellos. La concatenación sabia de las estrofas y la fluidez perfecta del verso, que parece, en ocasiones, fundirse en una sola palabra, ayudan poderosamente a la armonía. Y así, como realización lírica, los versos de Othón, cuya sonoridad ha de buscarse con los oídos y no con los ojos ni con rayas de lápiz en las sílabas acentuadas, merecen también alto puesto en la antología española. Los rasgos de color tampoco escasean: "las muchachas de la azul cisterna", la malla "verde y azul" de la yedra, las luces de la aurora, el brillo de los luceros, las amapolas rojas, el albo vellón de las ovejas y su "roja lengüecilla" como "amapola sobre el lino", los maizales dorados, la "sangre de Pan" y la "leche de Afrodita" en alguno de los *Sonetos paganos*, y en la desgarradura del cielo nublado, un rayo de oro que "vacila y tiembla", y todo el soneto del *Río* en la *Noche rústica*, son otras tantas maravillas de luz y de color.

Como rasgo de aquella poética virtud, la "gracia", entendiéndola en el más noble sentido, bastará recordar las espigas dobladas por la tempestad, "que han derramado por la tierra el grano". La factura de los sonetos merece todos los elogios. Los dedicados a *Clearco Meonio*, los *Paganos* y algunos más, aun cuando se separen, por otra parte, del tono general de la obra, muestran una absoluta maestría en la forma.

La técnica de Manuel José Othón es clásica, rica de reminiscencias y evocaciones; ofrece uno de esos fenómenos de rejuvenecimiento y adaptación de la lengua poética del siglo de oro, de que sólo han dado ejemplo, en la actual poesía castellana, Rubén Darío por la elegancia de la sintaxis y Eduardo Marquina por cierta metafísica de excelente cepa.[1] Othón suele usar de la mitología antigua en varias ocasiones, pero sólo para resumir alguna idea poética en una fórmula precisa; no la usa para adornarse con ella, sino para explicarse con ella alguna vez. Así, vuelve en sus poesías, constantemente, el nombre de Pan, y así la ideología cristiana se mezcla, en gallardo consorcio, con las interpretaciones míticas de la naturaleza que nos legaron los griegos, realizándose aquel prodigio que él mismo explicó en una poesía de publicación póstuma:

> Y endulzo el amargor de mi ostracismo
> con miel de los helénicos panales
> y en la sangrienta flor del cristianismo.

Nótese la admirable intuición para caracterizar así, por la miel, el paganismo, y el cristianismo, por la sangre.

Sin embargo, en medio de tanta belleza técnica y formal, muy claro se deja ver que la misión de ese libro no es puramente retórica, ni aun en el mejor sentido del vocablo. No hay en él innovaciones ni audacias de nuevas formas; a tal punto que, cuando salió a la luz pública, hubo quien advirtiera que todos los poemas usan "metros viejos". Más bien que innovación hay recordación, hay reanudación de una manera y de un estilo suspendidos por las escuelas románticas. Manuel José Othón conocía sus clásicos y era entendido como muy pocos en su oficio; pertenecía a esa raza de artistas (porque hay otra desgraciadamente), que hacen capítulo de honradez el conocer bien los elementos de su arte y cuanto con ellos se relaciona. Cuando el clasicismo, o la tendencia al clasicismo más bien, se manifiestan por efectos momentáneos, por rebuscas y contorsiones del pensamiento, lícito es dudar de la ciencia de los poetas; pero en Othón cada verso y cada palabra suenan a cosa rancia, porque aquéllos resucitan la música de los mejores poetas españoles y éstas recobran su significación prístina y castiza.

Sin embargo, repito, los versos de Manuel José Othón tienen sobre todo una "misión poética". En esto difieren acaso de los de otro alto poeta mexicano, tan alto como él en cuanto a la forma y la técnica. Ya entenderéis que quiero referirme a Monseñor Joaquín Arcadio Pagaza (Clearco Meonio), que tiene afinidades muy grandes con Manuel José Othón. Entre ambos, según lo acusan las dedicatorias, hubo un verdadero comercio de relaciones literarias.

Grave ignorancia de lo que sea, precisamente, la poesía bucólica, y una tendencia a reducir las manifestaciones artísticas a su fórmula más cercana, por tal de clasificarlas prontamente (cosa a todas luces más sencilla que definirlas), han hecho que, en repetidas ocasiones, se declare a nuestro Manuel José Othón poeta bucólico, y se le consagre, con manifiesta inoportunidad, todo un desfile de pastores de idilio y de nombre arcádicos resucitados en su honor. Y bien: si por poesía bucólica ha de entenderse la que gusta de describir el campo y toma pie en el sentimiento del paisaje natural para llegar por allí a la expresión de todo sentimiento; la que no se para tampoco en la mera descripción campestre, salvo hasta donde ella sirve para el desahogo poético, la poesía de Manuel José Othón es poesía bucólica. Mas si por esto hemos de entender la que tiene por principal y único fin la narración de la vida de los pastores, y no tanto de los pastores reales cuanto de los de aquella fingida Arcadia, habitadores "de los campos que huelen a ciudad", y que todo el día pasaban en concursos poéticos para ganar el vaso o la oveja, cuando no en llantos y desesperaciones de amor, del todo contrarios al modo como tales gañanes suelen acallar sus impulsos, entonces la poesía de nuestro poeta no será bucólica; afortunadamente, no será bucólica. Al paso que la primera deducirá, de la perpetua renovación que cabe en las grandes leyes naturales, una constante agitación del ánimo, siempre sorprendido ante el mundo, y del noble espectáculo de la cosecha y de la siega el sentimiento de

nuestro afanoso vivir, mereciendo, por eso, el respeto que nos merece todo cuanto atañe a lo profundo de las aspiraciones humanas, la segunda, en verdad, siempre ha mostrado y en todo tiempo el estigma de lo artificioso y falso. Así, no es mucho que ésta haya alcanzado su mayor desarrollo con aquellos alejandrinos del Museo y de la Biblioteca que de todo entendían y de todo sabían menos de la vida y del mundo. Recordad, si no, cómo reducían la descripción de un estado amoroso al relato de los amores célebres en la historia o en la fábula (defecto notable hasta en Calímaco, el mejor acaso de los elegíacos), y reducían la interpretación de los poetas a la corrección material de los manuscritos. El Museo y la Biblioteca de Alejandría, según la pintoresca expresión de Coauat, daban imagen de un monasterio medieval con todas sus dependencias. Allí los sabios se refugiaban con el deliberado propósito de ignorar la vida, ¡los mismos que habían de escribir diálogos entre pastores amorosos! Y a tal punto lograron irse "artificializando" y pervirtiendo que sólo Teócrito se salva, en medio del indiscutible amaneramiento, por su sentimiento de la naturaleza y cierto modo de entender el amor, aunque, claro está, modo muy impropio de pastores. Exactamente lo mismo puede repetirse para el Virgilio de las *Églogas*. En cuanto a "la vida del campo" que, según nos dicen, encomió Horacio, y cuyos conceptos han mascullado hasta el fastidio las literaturas, curiosísimo es notar que su *Beatus ille* no está escrito propiamente con propósito "campestre", sino, a juzgar por la última estrofa, con propósito irónico. Tras del elogio casi virgiliano del campo, nos encontramos, súbitamente, con estas palabras desconcertantes: "Habiendo hablado así Alfio el usurero, con la prisa de hacerse luego campesino recogió, por los Idus, todo su capital del comercio... y hacia las Calendas volvió a imponerlo". Lo que parece haber sucedido es que este perfecto artífice, aun elogiando el campo sólo de paso y como en broma, no pudo desistir de hacerlo superiormente. Es cierto que él gustaba de vivir en la casa de campo que le había obsequiado Mecenas, pero más bien obedeció esto a su deseo de aislarse del vulgo romano, siempre en acecho de sus menores palabras y convencido siempre de que Mecenas y él manejaban los secretos de la política.

En cuanto a la tendencia bucólica de los italianos del Renacimiento, al Bembo, al Poliziano, al Sanazzaro, modelos del género y poetas elegantísimos sin duda, nadie los recordaría siquiera como símbolos poéticos que abarquen todo un aspecto del dolor o de la alegría. A Garcilaso de la Vega no podría tachársele de artificial, entre los bucólicos, porque lo que vale más en su poesía no es la narración de la vida pastoral (que, por otra parte, poco la intenta), sino la expresión de sus propios pensamientos. En esta clase de "bucolismo" sí que cuadra la observación de aquel enojosísimo crítico del siglo de oro español, don Manuel de Faría y Sousa (quien no siempre es tan afortunado), a saber: que los dialoguistas en las églogas no son sino un solo personaje espiritual que lucha con sentimientos encontrados, o que los hace pasar por su espíritu, al menos, por ver si se consuela de uno merced al otro.

Sea de ello lo que fuere, y para que no vayamos, echando humo a nuestros propios ojos con la tesis del amaneramiento, a desdeñar el mérito de los poetas eclógicos (pues ya me parece oír a Juan del Enzina reclamar su gloria), fuerza es decir no sólo que los salva, que los levanta por encima del defecto aparente de sus poesías el lirismo en todas ellas derrochado, la dulce manera de cantar, el bello sentido de la naturaleza oculto bajo el disfraz de cuadros de pastores, y toda la "imaginería" de la oveja, el cayado, la cuba y, como dice la condesa de Pardo Bazán, el "olor a hierba sanjuanera y el sabor a recién ordeñada leche".

Pero volvamos a nuestro Manuel José Othón. La naturaleza, en sus versos, aparece muy frecuentemente en función de un sentimiento de sosiego religioso. Tendrá de Virgilio la afición al campo, el "don de lágrimas" y el profundo clamor humano que resuella bajo el campanilleo de los versos; pero no describe las costumbres del campo; en suma, le interesa el campo, pero no lo que se ha dado en llamar la "vida del campo". ¡Poco le importa a él saber cómo viven los pastores o cuándo será menester casar las viñas con los olmos, ni cuándo binar la sementera! Sólo se cuida de expresar su propio sentimiento del campo, ya que en el campo fluyen sus emociones con más libertad que en las ciudades. Y, si a elegir fuera, preferiría sin duda el campo sin hombres, sin pastores, con el solo ruido de los animales y con la infinita presencia de Dios.

Y es tiempo ya de insistir en esta fe sencilla. Cuando alguien hacía burla de sus creencias religiosas, él afectaba no escuchar... y seguía creyendo. En su humilde y trabajosa existencia, cada vez que sentía aversión a ciertos menesteres penosos (¡no olvidéis que él sin ventura ejerció la profesión de abogado y alguna vez hasta el ministerio judicial!), cuando ciertos dolores amenazaban quebrantar su firmeza, su espíritu volvía, como a una evidencia, a la religión aprendida. No quería explicarla ni discutirla. Ella, como un rayo ideal, había caído invadiéndole todo el ser, y él se aferraba a ella por la liga misteriosa de las intuiciones más esenciales. Ni será paradoja pensar también que el continuo trato de los escritores cristianos y místicos mantenía despierta su fe. Junto con la serenidad de Fray Luis de León, parece haberle aprendido la mejor manera de rezar. El *Angelus Domini*, que cantó en sus versos, reina en el ambiente de todos sus paisajes y parece que lo abrillanta todo, filtrándolo por la transparencia de sus alas. Y para que no falte, junto a la religión, junto al deber, junto al sentimiento de dolor y amor de la vida, ninguna de las fuentes primarias de nuestro espíritu, un bien entendido amor a la patria anima los sonetos a las *Montañas épicas*, baluarte natural plantado de intento a la cabeza de los pueblos latinoamericanos por un Dios que se encariña con sus naciones.

Tan evidente como la creencia cristiana y el amor a su pueblo era para Othón la creencia en el deber. De los diarios sucesos brota una poesía interior, discreta, hecha con el sudor de todos los trabajos y con la sonrisa de todos los goces familiares. El símbolo del surco y el arado hace mucho que la representa. Tal poesía es la que ilumina las páginas de la *Perfecta casada* en Fray Luis de León,

la misma que alienta en los versos a la *Ama* de Gabriel y Galán y que, más rígida y más dura (como el alma misma de los castellanos), se desarrolla en los tercetos de oro de la *Epístola moral* y en los silogismos de Quevedo.

Ésta es la poesía del deber, del deber que se deleita con los pequeños placeres de la casa y de la familia, que halla inspiraciones y encantos en los trabajos humildes no mencionados por el siglo, que abunda en promesas de bendición y que, confundiendo con elocuente error los consejos morales con las lucubraciones de la teología, la ley de conducta humana con las excelencias de Dios, la ética con la religión, el cielo con el suelo, hace doblegar la cabeza a toda la mística española y, llamándola con misterioso reclamo a abandonar las mansiones de eterna luz por el lacrimoso valle de los hombres, a bajar del amor de Dios al de su criatura más perfecta, humaniza, vivifica, hace encarnar la religión misma, transforma sus aforismos dogmáticos en sabiduría de vivir, y precipita, en fin, todo el andamiaje aéreo de los símbolos y de los enigmas rituales sobre el palpitante regazo de la tierra.

Deja, Othón, dos monumentos de esta poesía: *In terra pax*, que dedica a un amigo muerto, y la *Elegía* para llorar la muerte de don Rafael Ángel de la Peña.

Allá se canta lo más hondo y mejor de los sentimientos humanos; allá no se maldice a la muerte, ni se deja brotar el llanto: se exalta al varón fuerte, al labrador sabio, sin más aspiración ni más ley que

> hacer el bien sin término y sin tasa
> y hallar por premio la quietud que ofrecen
> la arada tierra y la modesta casa;
> .....
> que es preferible a fatigar la historia
> cumplir con el deber, vivir honrado
> y reputar la muerte por victoria.

Más adelante, dedica al amigo muerto esta estrofa que pudiera resumir su propia existencia:

> Y en la serenidad resplandeciente
> de aquellas noches rústicas, hundías
> en el azul tus ojos y tu mente.

En la *Elegía* a la muerte de don Rafael Ángel de la Peña, iguales sentimientos le animan, y empieza, recordando a Lope de Vega:

> De mis oscuras soledades vengo,
> y tornaré a mis tristes soledades
> a brega altiva, tras camino luengo,

y después de contar de su vida aislada y silvestre

> (Yo soy la voz que canta en la profunda
> soledad de los montes ignorada),

nos dice cómo sabe escuchar diálogos místicos en los rumores del campo:

Y el susurrar semeja y la cascada,
al caer sobre el oro de la arena,
diálogos de Teresa y de Granada.

Y tras de explicarnos cómo une a su piedad cristiana, para alegrar sus días, la belleza de los simbolismos paganos, suelta el lamento por el anciano perecido, sólo alegrándose de poder cantar su virtud. Las reminiscencias clásicas se suceden. Para él, idioma, patria, religión y deber son la misma cosa:

Cronistas, poetas y doctores
departirán contigo en la divina
fabla, de que sois únicos señores...
¡Oh romance inmortal! Sangre latina
tus venas abrasó con fuego ardiente
que transfundió en la historia y la ilumina,
y nunca morirá...

Y, por último, confesando su envidia por una muerte tan "merecida",

(¿Pues dónde hay más amor que el de la muerte
ni más materno amor que el de la tierra?...),

torna a sus evocaciones de Lope:

Y con estas envidias que yo tengo
abandono el rumor de las ciudades.
De mis desiertas soledades vengo
y torno a mis oscuras soledades.

Recitó estos versos en el seno de la Academia Mexicana con voz muy desfallecida ya por la enfermedad, como si estuviera alistándose para una eternidad de silencio. Los que recordamos la escena, creemos ahora que le vimos llegar hasta la tribuna llevando en la diestra el mazo de llaves con que había de abrir su sepulcro.

No sabemos los tesoros que dormirán con él. Pero, poco antes de morir, quiso todavía, como para asombrarnos definitivamente con un grito de su corazón, acaso el más sincero, soltar a las hojas periódicas su *Idilio salvaje*. Un delicado pudor y el deseo de no lastimar a su compañera con versos de aventura (lo oí yo de sus propios labios) le habían impedido publicarlos antes. Por fin, escribió un soneto al frente de los demás, donde aplicó la historia a un amigo soltero, cuyos sentimientos fingía contar, y los dio a la estampa.

Estos versos solos bastarían para hacer vacilar el concepto de sencillez que yo me he formado de esta alma, y son como una interrogación, y una negación en cierto modo, abierta sobre toda su obra en el preciso y fatal instante en que no podemos ya interrogarle. ¿De qué nueva hondonada interior surgió ese poema tremendo y maldicente? Acaso había en aquel espíritu muchas vetas desconocidas para nosotros. Los mismos títulos de la obra inédita parecen indicarlo muy claramente. Pero ¿cómo puede ser éste el mismo poeta de los

Poemas rústicos? Ahora lo encontramos castigado por remordimientos informulables. El fácil mecanismo interior ha estallado, inútil; el interior registro moral no tiene tablas donde inscribir estos valores. Un grito satánico se escucha al fin: "¡Mal hayan el recuerdo y el olvido!" Y algo como la tristeza metafísica de Baudelaire, tedio del mundo y dolor de lo femenino eterno, cierran con sarcasmo diabólico el concierto de ángeles de su vida, y estamos delante de un sepulcro pidiéndole su misterio a gritos. Desequilibrios tan formidables contaminan a todas las almas. El dolor delirante y el miedo a la sombra se comunican fácilmente. Nos hace daño el drama poético de Manuel José Othón. Quizá más tarde lo descifremos: quizá nos descubran el enigma los libros huérfanos.

En tanto, señores, yo agradezco vuestra atención benévola y me despido con el gusto de haber satisfecho una alta encomienda, porque recordar a los poetas muertos siempre ennoblece. ¡Ojalá vosotros, los que aún no amabais ni conocíais a nuestro alto poeta, hayáis empezado a venerarle! ¡Ojalá vosotros, los que ya le amabais como yo, conservéis cuidadosamente su recuerdo y enseñéis a vuestros hijos a recitar sus versos de coro!

Amor a la tierra que hay que labrar; amor a la casa que hay que proveer; amor al país que hay que defender; amor al ideal sobrehumano, interna virtud de todo lo humano —tales infalibles enseñanzas brotan de las poesías de Othón, y son de las que pueden educar a generaciones enteras. Aprended, por eso, a venerarlo y legad a vuestros hijos esta herencia de sabiduría. Porque sólo se unifican los hombres para la cohesión de la historia cuando han acertado a concretar todos sus anhelos y sus aspiraciones vitales en algún héroe o suprema forma mental; y todas sus exaltaciones, todo el vaho de idealidad que flota sobre las masas humanas, en las normas de sentir y de pensar que dictan sus poetas, combinando así, en la ráfaga de una sola canción, la voz multánime de su pueblo.

México, 15 de agosto de 1910

TRÁNSITO DE AMADO NERVO*

PREFACIO

El que quiera dar a Nervo su sitio en la poesía americana, tendrá que estudiar muy de cerca el Nervo de la "primera manera".

Las notas aquí recogidas se refieren singularmente al Nervo de la "segunda manera" que, por buenas razones, solicita más la exégesis humana que no la puramente literaria.

Entrar en la interpretación de un hombre es cosa que requiere delicadeza y piedad. Si se entra en tal interpretación armado con una filosofía hostil a la que inspiró la vida y la obra de aquel hombre, se incurre en un error crítico evidente y se comete, además, un desacato.

No hace falta comulgar con Nervo para procurar comprenderlo, y más cuando se le ha querido y se le recuerda devotamente. Unos instantes de lealtad al pensamiento del poeta desaparecido, y luego, siga cada cual combatiendo con su propia quimera.

1. LA SERENIDAD DE AMADO NERVO

Hace muchos años, por una metempsicosis que recuerda el *Eso fue todo*, Nervo se imaginaba ser un sátrapa egipcio, un sacerdote de Israel, un druida, un rey merovingio, un trovero, un prior. Hoy, en *Arcanidad*, vuelve sobre el tema de su diversidad interior. No es la suya la diversidad antagónica o paradójica de Verlaine que pudo ser moda de otros tiempos. Nervo no cree ya ser ángel y vestiglo, sino que, como todos los hombres, percibe que en él hay alguien que afirma, alguien que niega, y alguien, quizá, que a ambos los espía. En el fondo, él está de parte del que afirma, aunque no con tanto entusiasmo como lo quisiera su dolor y como acaso lo quisiera su Musa.

Sin pretender conciliar artificialmente sus varios aspectos (y tal vez no requieren más conciliación que su sola coexistencia), Nervo ha formado un libro que recorre múltiples estados de ánimo. En una hora de lectura, da la impresión de los tres años que abarca. En él ha incluido algunas poesías de juventud, no de las más felices, y ha anticipado algunas de *La amada inmóvil*, que son las mejores del volumen *Serenidad*.

He aquí los aspectos diversos de este hombre múltiple. No hay que esforzarse por avenirlos: ellos entre sí se parecen como las resonancias de un mismo arquetipo. Nervo, el hombre mismo, ¿qué es? Un pretexto humano; y, como

poeta, una cosa alada y ligera, ya lo sabemos.

La estética sincera: Por cualquiera página que lo abro, el libro me descubre al hombre. Al hombre que se expresa con una espontaneidad desconcertante, turbadora. Cierto que la sinceridad lleva en sí elementos de abandono: nada le es más contrario que la pedantería; pero no siempre sabe avenirse con la destreza. Hay muchas maneras de ser sincero, y aun se puede serlo con artificio; hay buenos y hay malos cómicos de sus propias emociones. Quizá en el mundo, y sobre todo en el arte, hay que ser de aquéllos; y quizá nuestro poeta Nervo alarga la sinceridad más allá de las preocupaciones del gusto.

¡Oh, sí! Ésa es, nada menos, su nueva fuerza, su última manera de florecer. El que ayer supo ser intenso y exquisito poeta literario, se desarrolla ahora hacia la nitidez y la expresión directa. Y toda estética que se hace personal produce, por eso mismo, si no siempre algo inaccesible en cuanto a la forma, sí, por lo menos, algo inesperado en cuanto al fondo. Inesperado, no por extravagante —el poeta de *Serenidad* es y quiere ser el hombre menos extravagante—; inesperado porque nos es ajeno; porque es tan propio del poeta, que nos causa, al descubrírsenos, cierto estremecimiento instintivo; inesperado, tal vez, porque nos es tan frecuente y familiar que casi no lo hemos percibido. Y este matiz de pudor se acentúa ante una poesía de confesiones como la presente. *Serenidad* es un libro dedicado al yo del poeta. La base de su crítica consistiría, pues, en preguntarse cuál es, para el arte, la sinceridad útil, y cuál la inútil.

Pero todavía de este discrimen, que pudiera serle peligroso, el libro se salva por la intención humorística. En efecto, ¿quién pondrá ley al humorismo? Para el humorismo no hay Rengifos, no hay Hermosillas. Los tasadores del gusto quiebran a sus pies sus diminutas balanzas. El peor de los miedos de la inteligencia es el miedo al *humour*. También el poeta tiene derecho a juguetear con la lira en los entreactos de la exhibición. Por cierto que algunos no son sino poetas de entreacto, y no de los menos excelentes. Sólo que nunca serán ídolos del teatro, arrebato de multitudes. E ignoro por qué se haya de obligar al poeta a petrificarse en la exaltación de sus notas más agudas y, necesariamente, instantáneas. La vida cotidiana no tiene contorsiones escultóricas ni escenas de apoteosis. También hay una poesía cotidiana, sobre todo para el poeta que es ya un maestro, y en quien las minúsculas meditaciones al margen de la vida (como cuando propone suprimir las dedicatorias de los libros o se alarga, excesivamente, sobre la imagen del nudo gordiano) cobran, en cuanto nacen, ropaje de canción. Porque si Horacio era víctima del estilo y las tablas y, pensando en ellos, se despertaba sobresaltado en mitad de la noche, Nervo dice: "Consonante, soy tu forzado..."

> Has cortado las alas al águila serena
> de mi idea, por ti cada vez más ignota,
> cada vez más esquiva, cada vez más remota.

Maestría de palabras: Así, pues, el poeta piensa que es víctima de su don verbal. Muy posible es que así suceda, hasta cierto punto. Si una de las notas del libro es la sinceridad, otra es la maestría de palabras. No relumbrantes, no parnasianas. El libro está escrito a cien leguas de la rima rica, y el autor le ha torcido el cuello a la elocuencia. Está demasiado cerca de la realidad para conformarse con ser un pulido estilista. Su maestría de palabra viene de cierta depuración de las ideas, y tiene por caracteres dominantes la brevedad y la transparencia. Mas en ese cristal donde apenas parecen refractarse los pensamientos, hay, si se le mira de cerca, no sé qué rasgos o figurillas, un disimulado sello personal. El autor que cuenta con una materia tan dócil, como vea que la huella de sus dedos se estampa en ella tan fácilmente, acaba por usarla casi sin darse cuenta: él cree que sólo ha estado pensando (acaso uno de aquellos pensamientos pensados a diario por todos los hombres, pero siempre íntimos y amados) y, cuando vuelve de su divagación, se encuentra con que ha estado escribiendo versos. La mano ha aprendido a escribir sin la voluntad, como una cámara fotográfica que, aun ciega, soñara con anteriores visiones y grabara —en la oscuridad— la placa sensible. La imagen será entonces débil, como vista a través del agua; pero imborrable, porque está hecha con lo más asimilado de las impresiones externas. La poesía *Inmortalidad* no luce un solo verso brillante, una idea nueva, la menor originalidad bruta: no la suprimiríais, sin embargo: en esa lámina transparente circula algo vivo, cierta idiosincrasia de expresión, sutil y lejana, pero real. El poeta ha usado su sello sin percatarse. Quizá hubiera sido mejor reservarlo para otro momento de inspiración, pero la maestría de palabras ha obrado sola. Y es así como este poeta puede ser, por algunos segundos, víctima de su don verbal. — En todo caso, el tono preferible para el lirismo egoísta (o "yoísta") es ese tono de poesía cotidiana. Los poetas de ayer habían encontrado su fórmula en el romance ligero, por desgracia hoy muy olvidado.

El literato: Mi estética considera que hay tres categorías humanas: el hombre mudo, el hombre de letras y el hombre expresivo. Para llegar a *decirse*, a manifestarse intelectualmente, el hombre común necesita pasar por la difícil etapa del literato, en que es muy fácil encallar. Ayer la poesía de Nervo dejaba ver aún la simulación estética, cosa que no es censurable, que nunca desaparece del todo, porque es condición de la obra humana. Su alegría se pintaba labios y ojeras como cortesana (¡qué hermosos labios, qué soñadoras ojeras!); su dolor mostraba un ceño tan exagerado como la máscara de Melpómene. No me toca fijar, ni hay ya para qué repetirlo, el lugar que le corresponde a Nervo como poeta literario. Hoy, en cambio:

> Yo no sé nada de literatura,
> ni de vocales átonas o tónicas,
> ni de ritmos, medidas o cesura,
> ni de escuelas (comadres antagónicas),

ni de malabarismos de estructura,
de sístoles o diástoles eufónicas...

Está, pues, irremediablemente condenado al desamor de aquella mayoría absoluta de lectores para quienes cambiar (que es vivir) equivale a degenerar. Pero su obra adquiere innegable valor humano, y se queda al lado de las modas.

¿Su técnica? Para Nervo no es ya la hora de los hallazgos: ya no exhibe ejercicios de taller ni latinidades. Sería un anacronismo estudiar su técnica. Por lo demás, nada más extraño para él —en esta etapa a que ha llegado— que el concepto árabe del arte: el arte como adorno: la *fermosa cobertura*, que decía el Marqués de Santillana.

El prosador: El escritor de prosa que hay en Amado Nervo ha influido al fin en el poeta. Hace años que viene desarrollando en páginas breves ciertas ideas de ensayista curioso. A veces, ha mezclado en los libros prosas y versos. Ese ensayista curioso quiere tomar parte en la obra poética, y así, cuando Nervo el poeta dice, en *Mediumnimidad*, que él no es el dueño de sus rimas, Nervo el prosista observa, en una nota, que gran número de altos poetas, como Musset, Lamartine y nuestro Gutiérrez Nájera, "han confesado el carácter mediumnímico de su inspiración". Este ensayista curioso siente atracción por las lucubraciones científicas, por los gabinetes de experiencias: hay, en el fondo de su alma, una nostalgia de la Escuela Preparatoria. Os aseguro que le gustaría escribir novelas de ciencia fantástica a la manera de Wells. Entre mis recuerdos, oigo todavía el rumor de cierto *Viaje a la luna* leído en la Sociedad Astronómica de México... Es este prosista el que ha llamado *Ultravioleta* a una poesía; el que se ha interrogado sobre la posibilidad de que el microscopio descubra, en el fondo de la materia, la nada en que palpita la fuerza (véase *Células, protozoarios*). Más adelante, es ése el que habla del imán de las constelaciones, y nombra a Aldebarán, Sirio, Capella, Rigel, Arturo y la Vega de la Lira; ése el que habla de *desdoblar* a simple vista el Alfa del Centauro; ése, en fin, el que diserta sobre el color de la luna.

El humorista: El humorismo tiene derecho a ser considerado como una verdadera filosofía. Paréceme que consiste su secreto en la percepción de las incongruencias del universo, en el sentido antilogístico de la vida, y es como la huella espiritual que nos deja esta paradójica experiencia: la naturalidad del absurdo. Entonces, el chiste no hace reír, sino meditar; también temblar. Y el humorista, emancipado del prejuicio racional, adquiere mayor energía que el filósofo. Como los aires ridículos entran en su ejecución, puede decirlo todo y atribuir, por ejemplo, causas mezquinas a los grandes efectos. Se cuenta con todos los recursos y todas las licencias: no queda más guía que el instinto, el valor sustantivo del espíritu. El humorismo es, así, un maridaje afortunado de prudencia y locura.

Pero, a veces, cuando se detiene en sus primeros grados, el humorismo no es más que una resultante de la libertad: libertad para decir cuanto se piensa o se quiere. Todo rasgo muy personal tiene algo de cómico. Y añádase el ánimo de sonrisa, la voluntad burlesca, y se construirá el humorismo de Nervo, un humorismo que se queda en el tono medio de la conversación.

El estoico: Aunque sus esfuerzos de conformidad ("Mi voluntad es una con la divina ley") lo hacen declararse a ratos optimista, suele ser amargo. Lucha porque su filosofía no se torne adusta con las angulosidades de la edad.[1] Y, sobre todo, porque nunca llegue a matar el sentimiento del "sacrificio". El día que esto sucediera, Nervo dejaría de cantar. En verdad, del absoluto estoicismo, ¿podrá brotar una canción? ¡Quién sabe qué extraño, qué grotesco remedo de voz humana, pero no una canción! Si el estoico se torna asceta y adelanta en su disciplina interior, dando la razón a Siddharta Gautama y ensayándose para la muerte, el poeta —es irremediable— tendrá que callar. Por momentos me ha parecido que Nervo acabará por preferir el balbuceo a la frase, que se encamina al silencio. Su silencio sería, entonces, la corona de su obra.

El religioso: No es bastante sabio para negar a Dios, dice él. Cree a la manera vieja: ve a Dios en la rosa y en la espina, y se le siente unido a Dios en un panteísmo franciscano *(Solidaridad)*. Su estoicismo se enlaza fácilmente con su religión. La sinceridad de su sentimiento religioso resiste la prueba superior: la de la humillación ante la cólera divina. Mientras no se ha sentido sino el amor de Dios, se es un místico muy confortable.

> ¡Oh, Señor, no te enojes con la brizna de yerba!
> Mi nada no merece la indignación acerba
> de un Dios... ¿Es ley que emplees la flamígera espada
> de tu resplandeciente Miguel contra mi nada?
> Piedad para la oruga, Rey manso de Judea:
> Tú, que jamás rompiste la caña ya cascada,
> Tú, que nunca apagaste la mecha que aún humea.

Hay un instante en que se desprende de todo sentimiento terreno; se borran el placer y el dolor, y el poeta asciende por "la espiral que conduce a las estrellas", hasta el "Vértice Omnirradiante". Sensación de dinamismo, sugestiones de luminosidad, vértigo... Está a punto de llegar al éxtasis. Mas, como en Plotino, el alma retrocede espantada, en el propio instante en que toca la esfera superior.

El amante: El poeta tierno y cortés que hacía madrigales llenos de magia y rondeles airosos, deja oír todavía su voz, como desde lejos: soplan todavía hálitos de aquella selva de castillos y trovadores trashumantes. Pero todo esto es reminiscencias. El hombre de hoy es, por el vigor y aun las ocasionales torpezas, un amante verdadero:

Ayer decía:

Safo, Crisis, Aspasia, Magdalena, Afrodita,
Cuanto he querido fuiste para mi afán avieso...

El amor le era afán avieso. Prefería los nombres sacados de los libros a las emociones personales. Un erotismo desbordado salpicó sus páginas. Hoy dice:

Complacencia de mis ojos,
lujo de mi corazón...
Tú que te llamas de todos
los modos,
tú que me amas
por la rubia y la morena,
por la fría y por la ardiente...

No encuentro mejor paralelo entre los dos instantes de la obra de Nervo. De entonces acá mucho ha traído y llevado el viento de la vida. Un gran dolor ensombrece hoy el ánimo del poeta: que él mismo lo diga, todo sabe decirlo claro:

¡Cuánto, cuánto la quise! Por diez años fue mía;
¡pero flores tan bellas nunca pueden durar!
Era llena de gracia, como el Ave María,
y a la Fuente de Gracia, de donde procedía,
se volvió... ¡como gota que se vuelve a la mar!

Las poesías consagradas a este recuerdo parecen escritas a gritos: son la misma voz del sentimiento. Recorre Nervo la nota cruel y la lacrimosa, la heroica y la miserable. Asocia al recuerdo de su amor el imperecedero de la madre muerta. Bendice a Francia que le dio amor. Se acuerda de Dios:

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
es todo lo que puedo ya ofrecerte...
Tú me diste un amor, un solo amor,
un gran amor...
Me lo robó la muerte...

Y tras de recorrer estas hondas galerías de su alma, alcanzamos el pleno sentido de aquella intensa página:

Pasó con su madre. Volvió la cabeza,
¡me clavó muy hondo su mirada azul!
Quedé como en éxtasis...
Con febril premura,
"síguela", gritaron cuerpo y alma al par.
... Pero tuve miedo de amar con locura,
de abrir mis heridas que suelen sangrar,
¡y no obstante toda mi sed de ternura,
cerrando los ojos la dejé pasar!

Nervo no espera, seguramente, que su obra sea juzgada a la fría luz del "estetismo". Aparte de que su colección de versos es irreducible a la unidad: algunas de las actuales poesías valen más que otras, algunas valen menos. Sólo

sería deseable que concediera algo a la miopía del vulgo literario, publicando aparte, por ejemplo, las poesías de tono humorístico y curioso, que no son, al cabo, lo mejor de su obra, aunque la completan y matizan.—Por lo demás, siga su senda: a nosotros nos tocará asociarnos a las emociones de su viaje, mirándolo por transfloración en las páginas de sus libros. En otros el arte disfraza. En él, desnuda.

París, 1914

2. EL CAMINO DE AMADO NERVO

I

Cuando Amado Nervo murió, era ya completamente feliz. Había renunciado a casi todas las ambiciones que turban la serenidad del pobre y del rico. Como ya no era joven, había dominado esa ansia de perfeccionamiento continuo que es la melancolía secreta de la juventud. Como todavía no era viejo, aún no comenzaba a quedarse atrás, y gustaba de todas las sorpresas de los sucesos y los libros: aún amanecía, cotidianamente, con el sol. Estaba en esa edad usual que ya no se ve ni se distingue, cuando ya no duele el sentimiento del yo. Por eso había logrado también dos grandes conquistas: divertirse mucho con sus propias ideas en las horas de soledad, y divertir mucho a los demás en los ratos de conversación y compañía. Yo nunca lo vi en una reunión (sabed que este santo era también algo mundano); estoy seguro de que nunca se colocaba en el centro; pero allá, en los rincones del diálogo, ¡qué manera de dominar, de hipnotizar y transportar a su interlocutor como envuelto en una nube de espíritu! ¡Qué facilidad para trasladarnos —hablando— de la tierra a los cielos! Y todo con un secreteo de confesor, y con una decente voluptuosidad de hombre que promete milagros. Su mayor afán era descubrir el mejor camino entre la vida y la muerte. Su ángel de la guarda tuvo que combatir y llorar. Hubo que sufrir una adolescencia de misas negras, una primera juventud llena de emociones saturnales. Un largo amor (¡corto!, dice él) vino a redimirlo, aquietándolo. Lo santificó una pérdida irreparable. El bien se abrió paso en su corazón. Un poco de sufrimiento diario —castigo aceptado por su alma católica— era un aviso de paciencia, un ejercicio de virtud. Y cuando al fin el poeta se puso en paz con la vida, ¿qué descubrió? Que estaba también en paz con la muerte. Yo quisiera saber decir cómo lo vimos, sus amigos, adelantarse conscientemente al encuentro de la muerte, llevarse de la mano al sepulcro. ¡Y qué sabia, y hasta qué oportuna su muerte! Oportuna, sí, a pesar de nuestras pobres lágrimas. ¿Qué hubiera hecho más sobre la tierra este hombre que tan clara y admirablemente había ya aprendido a morir? Hizo abrir —dicen los testigos— las ventanas. Quiso ver la luz. Sonrió. (Nunca perdía él aquella cortesía suave de indio, aquella cortesía en que ponemos algunos el

mejor orgullo de la raza.) Y fue diciendo, explicando —sin sobresalto— cómo se sentía morir poco a poco, entrándole por los pies la muerte. Cuando la ola de sombra le colmó el pecho, él mismo se cuidó de cerrar los ojos, dio las gracias a los que le habían atendido, y murió. Y fue su muerte, por la aceptación, por la sencillez, por lo dulcemente y bien que supo morir, un precioso ejemplo de la santidad de la razón.

II

Nadie como él para renunciar a las exterioridades ociosas. Por eso se fue volviendo interior; y, al paso, se fue volviendo casero. Y de casero, hacendoso. Y luego, de hacendoso, económico. Fue aquello como la transformación de su cara. ¿Qué se hicieron aquellas barbas bohemias que también pudieron servir de barbas diplomáticas? Fue más inconfundible y auténtico cuando se afeitó: el color moreno, los rasgos arqueados, la nariz interrogativa, los ojos entre magnéticos y burlones, la boca tan baja —tan baja que ya era mefistofélica—, un algo de pájaro, un algo de monje, un perfil de sombra chinesca, una gesticulación acentuada —congestionada, nunca—, todo parecía decir: *Amado Nervo*. Su cara, como su nombre, parecía un hallazgo y una invención hecha por él mismo. Y como desnudó su cara, su vida. Y su arte asimismo. ¡Si estuvo a punto de renunciar, a veces, al arte, con ese magisterio negativo de arte que sólo poseen los grandes poetas, y los ignorantes creen alcanzar a fuerza de haraganería literaria! ¡Qué buen oficial de su oficio! Por eso —diríamos— a veces dejó caer la herramienta y forjó los versos con las manos, como el que —seguro de su elegancia— se atreve a comer un día con los dedos. Últimamente —interior: casero: hacendoso: económico— ya no quería saber nada de literatura, ni menos de vida literaria; apenas salía a la hora del paseo elegante, o para acompañar al cine a Margarita: su última flor, esa *florecita* última de su vida: cuidaba sus tiestos y sus pájaros; o tal vez le daba los buenos días, de ventana a ventana, a su vecina Concepción, la muchacha de los brazos lindos; y, finalmente, entre irónico y precavido, se ponía, para escribir sus versos, los manguitos de lustrina. En esto paraba el que pudo soñar, de niño, en Kohinoor, Heliogábalo y Sardanápalo. ¿Decadencia o triunfo? Triunfo, porque todo fue superación del espíritu. Triunfo, porque todo fue conquista de alegrías profundas. Triunfo, porque, de la era de la pedrería y de los joyales —era en que su poesía vino al mundo—, todos habíamos pasado a la sed de la sencillez y la íntima sinceridad; y he aquí que Amado, allá desde su casita, sin quererlo ni proponérselo, iba reflejando el ritmo de su tiempo y se ponía a compás con la vida (y con la muerte).

III

Pero renunciar es ir a Dios, aun cuando no se tenga el intento. Y más cuando hay, como para Nervo, una llama de religión comunicada en la infancia. (¡Su infancia del Nayarit! Sé de ella muy poco. Todo soy conjeturas y acaso adivinaciones. Creo verlo descubriendo su pequeña parte divina, entre las creencias familiares y las supersticiones del pueblo que se le metían, naturalmente, hasta su casa. Pero de eso trataré después. Aquí sólo noto la curvatura esencial que el peso de la religión produjo en su mente, como el lastre de latín eclesiástico que se le quedó en el lenguaje.) En el retoñar de los veinte años, el mundo se vuelve alegorías y ornamentos. Y hasta las verdades más severas se visten de oropeles, y a veces se salpican con la espuma roja de la locura. Las joyas de la iglesia le interesarían más al joven poeta que los mandamientos de la Iglesia, y pensaría tanto en la palidez de María de los Dolores como en la blancura coqueta de la monja. No importa, no importa. Jesucristo hace su guerra. Y, por entre zarzas ardientes de pasiones, al cabo se deja oír la voz sagrada. ¿Qué pedía a su amante ese niño pecador, sino —mezcladas con sangre sacrílega— todas las caricias de Safo, de Crisis, de Aspasia, de Magdalena y de Afrodita? Dejemos pasar algunos años. Ya la pasión irritable de los sentidos se ha vuelto verdadero amor. Una hija de Francia ha sabido cultivar al poeta. Y éste se acerca a aquella zona dorada de la vida en que la mujer es cuerpo y es alma, como lámpara con fuego interior. Entonces atrae sobre sí la cabeza que ha coronado de besos (la llama: "ufanía de mi hombro"; la llama: "lujo de mi corazón"), y ¿qué le pide? "Ámame —le dice—, ámame tú por la rubia y la morena." Ya va dejando caer los oropeles. La rubia, la morena: estas realidades intensas de todos los días existen ya más, para él, que Safo, Crisis, Aspasia, Magdalena y Afrodita juntas. Es un mismo verso en dos temperaturas, en dos afinaciones distintas. El verso, afinándose cada vez más, corre por toda su obra hasta el libro póstumo. Pocos años después, el poeta, viudo, no quiere ya nada de los amores humanos: "Ni el amor de la rubia ni el de la morena", asegura. Y en fin —con uno de esos titubeos voluntarios del gusto que, en sus últimas páginas eran como su última voluptuosidad (una voluptuosidad maliciosa)— se enfrenta sencillamente con Dios y exclama: "Es más hermoso que la rubia y que la morena". Convengo en que hay aquí más de "flirteo" religioso que de verdadero misticismo. Pero eso es culpa del ejemplo escogido. La tentación de seguir las evoluciones de un tema lírico me ha llevado a este pasaje, y tengo que darle, provisionalmente, un valor mayor del que tiene. Por lo demás, harto sabido que la preocupación religiosa era todo el tema de las últimas inspiraciones de Nervo: todos saben que el fuego en que se consumía el amante fue haciendo brotar en él, lentamente, el fénix de los amores divinos.

IV

Y, sin embargo, su Dios aún tenía resabios de demiurgo. De divinidad mediadora entre cielo y tierra, y no puramente celeste. El amor de Dios era para él una cosa tan tramada en la vida, que no acertó nunca a desentrañarlo de la materia. Poseía el poeta una espiritualidad ardorosa y transparente como la llama azul del alcohol; pero chisporroteaban en la llama, aunque exhaladas hacia arriba, algunas partículas de materia incandescente. No se conformó con el espíritu puro. No le bastaba creer en la inmortalidad del alma: quería, también, jugar a la inmortalidad del alma. Era religioso, pero era supersticioso. He dicho, tratando de su infancia: "Creo verlo, descubriendo su pequeña parte divina, entre las creencias familiares y las supersticiones del pueblo que se le metían, naturalmente, hasta su casa". A su testimonio me atengo: él vivía, de niño, en un viejo caserón desgarbado. En el patio crecían algunos árboles del trópico. Al rincón, el pozo de brocal agrietado y rechinante carril, donde vivía —cual un dios asiático— una tortuga. Los padres, los hermanos, la abuelita materna y una tía soltera, bella, apacible, retraída y mística que murió a poco, en flor, y a quien tendieron en la gran sala, en un lecho blanco, "nevado de azahares". "Esta mi tía muy amada soñó una noche que se le aparecía cierto caballero, de fines del siglo XVIII. Llevaba medias de seda blanca, calzón y casaca bordados, espumosa corbata de encaje cayendo sobre la camisa de batista, y empolvada peluca." El caballero le dijo que en un rincón de la sala estaba escondido un tesoro: un gran cofre de peluconas. La tía, "que soñaba poco en las cosas del mundo porque le faltaba tiempo para soñar en las del cielo", refirió el caso, muy preocupada, a la abuelita. La abuelita, como toda la gente de su tiempo, creía en los tesoros enterrados.

"Había nacido en la época febril de las luchas por nuestra independencia, en La Barca, donde su tío era alcalde. Más tarde, asistió a la jura del Emperador Iturbide, y recordaba las luchas del pueblo por recoger las buenas onzas de oro y de plata que, para solemnizar el acontecimiento, se le arrojaban en grandes bandejas."

En aquel tiempo los "entierros" eran cosa corriente. "Los españoles, perseguidos o no, reputaban como el mejor escondite la tierra silenciosa que sabe guardar todos los secretos. No pasaba año sin que se cuchicheara de esta o de aquella familia que había encontrado un herrumbroso cofre repleto de onzas." Los detalles del hallazgo eran siempre iguales: a poco de remover la tierra con la barreta, se oye un estruendo. Esto quiere decir que en aquel sitio "hay relación", hay tesoro oculto. Si tenéis ánimo para seguir cavando, dais con "el" esqueleto. (El esqueleto —se entiende— del desdichado cavador, a quien se daba muerte para que no revelara el lugar del escondite. Según la magnitud del hoyo y del cofre, podía haber más de un esqueleto.) Finalmente, dais con el cofre. Abrirlo "cuesta un trabajo endemoniado". "Pesa horriblemente." Siempre, donde había un tesoro, había un alma en pena. El fantasma se aparecía por la noche,

rondando el sitio. Se le hablaba siempre en estos términos: "De parte de Dios te pido que me digas si eres de esta vida o de la otra". "Soy de la otra" —respondía siempre el fantasma. Y ya se podía entrar con él en explicaciones. La abuela —sabia de estas noticias— hizo traer unas varitas mágicas (varitas de acebo, con regatón de hierro, cortadas la noche del Viernes Santo), y las varitas señalaron el mismo sitio que el caballero del sueño. La abuela quiso mandar tumbar la pared y abrir un hoyo. El padre de Amado Nervo se opuso. "Hemos perdido un tesoro" —suspiraba la abuelita. Y Amado Nervo creyó siempre que su abuelita tenía razón. ¡Conque de tan antiguo aprendió Nervo a confundir las cosas "de esta vida y de la otra"! ¡Desde tan temprano, junto a la idea del alma inmortal, se prendió a su espíritu la idea de que el alma es algo terreno, asible para los sentidos del hombre!

V

Esta religión impura declina fácilmente hacia el espiritismo y la magia. La ciencia misma —esa parte liminar de la ciencia que ronda las fronteras de lo conocido— se mezcla entonces a la religión. A veces, la ciencia pretende sustituir al mediador del cielo y la tierra. Como aquel que pierde la costumbre de beber agua y destila el agua de los otros alimentos que absorbe, así Nervo busca la emoción religiosa a través del espiritismo y la magia. Asiste a las sesiones en que se hace hablar a los muertos por boca del médium, y medita largamente en ello —como Maeterlinck. De la filosofía escoge, para su rumia personal, las teorías pitagóricas sobre la transmigración y las múltiples vidas: todo lo que sirva para jugar a la inmortalidad del alma. De Nietzsche le atrae el "retorno eterno". De Bergson, las demostraciones, *coram populo*, sobre la perennidad de nuestro ser. También se dedica a la astronomía. —Yo sé bien —¡oh Pascal!— que la emoción de lo interplanetario, del espacio infinito, de las magnitudes estelares, de lo colosal remoto, de la danza de gravitaciones, el fuego inextinguible y la música de las esferas es un equivalente de la emoción religiosa elemental. En cierta Sociedad Astronómica Mexicana (la misma que Nervo frecuentaba), recuerdo haber escuchado de labios de un honrado vecino del Cuadrante de San Sebastián —astrónomo él—, tras de haber hecho desfilar ante el telescopio a un grupo de gente del pueblo, esta deliciosa pregunta: "Y ahora que ya sabéis que todos esos mundos se mantienen entre sí por la gravitación universal, ¿qué falta os hace la idea de Dios?" Lo que éste tomaba por lo ateo, otros los toman a lo piadoso. Ya se han burlado la crítica propia y la extraña de cierto poeta nuestro —Manuel Carpio — para quien la grandeza de Dios consiste en acumular mundos y mundos ("globos", solía él decir) en la inmensidad del espacio. Pues bien: Nervo, de una manera mucho más delicada —como que nunca le faltaba su recóndito dulzor de humorismo—, pedía también a la contemplación de los astros cierta sensación de

grandiosidad y absoluto. Desde su ventana, que daba al Palacio Real, apostaba todas las noches el anteojo astronómico. Y, en general, le gustaba cultivar la ciencia curiosa, prosaica afición que ha dejado muchos resabios en sus libros de prosa y verso. Y es porque la ciencia curiosa —o magia moderna— también trata de evocar a los muertos. Es porque la ciencia curiosa está, como Nervo, por la varita de virtud de la abuela. "Las varitas mágicas —escribe— eran simplemente varitas *imantadas*, que ahora están en pleno favor en Europa. Los ingenieros las usan para descubrir manantiales, corrientes subterráneas y, con especialidad, *yacimientos metálicos*." Tales eran los juguetes de Nervo, tan parecidos a sus preocupaciones profundas. Y entre todas sus curiosidades domésticas, encontramos un librito negro, pequeño, que era, en parte, un breviario, y en parte, un relicario de *snob: La imitación de Cristo*.

VI

Comoquiera, este vivir en continuo trato con espíritus y reencarnaciones, con el más allá, con lo invisible, con el infrarrojo y el ultravioleta, aligera el alma y comunica a los hombres un aire de misterio. Nervo andaba por esas calles de Madrid como un testimonio vívido de lo inefable, de lo conocido. A fuerza de buscar lo sobrenatural sin hallarlo nunca, se resignó —como suelen los apóstoles del milagro— a reconocer que todo es sobrenatural. Hay, entre sus recuerdos dispersos, una página reveladora:

> El Desierto de los Leones es uno de los sitios más hermosos de la República Mexicana. Imaginaos, limitando el admirable Valle de México, un monte ensilvecido a maravilla de pinos y cedros, arado por profundos barrancos, en cuyo fondo se retuercen diáfanas linfas, oliente todo a virginidad, a frescura, a gomas; y en una de sus eminencias, que forman amplia meseta, las ruinas de un convento de franciscanos, de los primeros que se alzaron después de la Conquista.

Es un lugar de excursiones para los habitantes de la ciudad de México. ¿Quién de nosotros no recuerda —en los días de la Escuela Preparatoria— algún paseo a pie, a caballo o en burro al Desierto de los Leones? Se toma el tranvía de Tacubaya, y luego aquel encantador caminito de Santa Fe, donde el tranvía de mulitas serpentea entre colinas y parece que no llega nunca a su término: un tranvía inacabable como la jugarreta folklórica que todos sabemos:

> Salí de México un día,
> camino de Santa Fe,
> y en el camino encontré
> un letrero que decía:
> "Salí de México un día,
> camino de Santa Fe,
> y en el camino encontré
> un letrero que decía:"...
>
> (*Da capo*, eternamente *da capo*.)

El conductor y los pasajeros paran el tranvía de tiempo en tiempo para perseguir conejos a pedradas.

Y ya, de Santa Fe arriba, todo es andar por el bosque maravilloso.[2] Un día, en un ocio de Semana Santa, Amado Nervo fue de excursión al Desierto de los Leones. Esta excursión es todo un momento de la literatura mexicana. Iban con él Justo Sierra, maestro de tres generaciones; el escultor Contreras; Jesús Urueta, nuestro incomparable prosista, a quien, con cierta sal de humanismo, los mexicanos acostumbraban llamar "el divino Urueta"; Luis Urbina, poeta de romanticismo sereno; Valenzuela, gran corazón, y poeta, más que en los versos, en la vida. En cuanto al héroe de esta historia, Nervo ha preferido no nombrarlo, y lo alude así: "el más culto quizá, el de percepción más aristocrática y fina entre los poetas nuevos de México". Cayó la tarde y hacía frío. Mientras los peones preparaban la cena, todos se agruparon en torno al fuego. Con la complicidad del silencio y de la luna, se contaron, naturalmente, historias de aparecidos. Saltaba la llama; había como un deleitoso vaho de miedo... Y alguien, de pronto, dirigiéndose a Justo Sierra:

—¡Señor: allá abajo, entre los árboles, hay una sombra!

A la luna, en una explanada, entre pinos, pasaba, casi flotaba, un fraile resucitado, la capucha calada y hundidas las manos en las mangas.

Entonces, aquel poeta aristocrático y fino a quien Nervo no ha querido nombrar echó a correr en persecución del fantasma; lo acosó, le cortó el paso, lo cogió por los hábitos... El espectro resultó ser Urueta, que, de acuerdo con Contreras —esta vez escultor de espectros— había querido dar una broma a sus amigos.

—¡Suéltame ya, me haces daño! —gritaba Urueta. Pero el otro lo tenía cogido por el brazo, le hundía las uñas en la carne rabiosamente, lo sacudía con furia. Al fin, cuando fue posible desasirlo exclamó:

—¡Haber corrido locamente, toda mi vida, en pos de lo sobrenatural, y ahora que ¡por fin! creía tocarlo con mis propias manos, encontrarme con este "divino embaucador!"[3]

VII

Y renunció. Se resignó a lo sobrenatural cotidiano y a lo cotidiano poético. Por aquí logró una sinceridad tan rara, que ya sus amigos no acertábamos a juzgar sus últimos libros como cosa de literatura, como obra aparte del autor. Para otra vez quiero dejar los análisis minuciosos; pero me parece, así de pronto, que esta evolución se percibe entre 1905 y 1909, entre *Los jardines interiores* y *En voz baja*. Cinco años después *(Serenidad)* el poeta es otro. Guiado por las confesiones de sus versos, creo que la simplificación de su arte coincide con su amor de Francia:

... un amor tiránico, fatal, exclusivo, imperioso
que ya para siempre
con timbre de acero mi vida selló!

Diez años lo acompañó este amor por la vida. Cuando se quedó solo, ya sólo sabía pensar en Dios.

Pero la simplificación tenía algo de apagamiento. Y la sinceridad, en el sentido moral de la palabra, no es necesariamente una condición positiva del arte. Me atreví a opinar que Nervo iba caminando hacia el mutismo. "Tiene usted razón —me escribió él—. Voy hacia el silencio."[4]

Y ¡qué injusto cuando juzgaba su obra pasada! Copio esta página de su *Juana de Asbaje*, donde está realmente como escondida, y me dispenso de todo comentario:

> Cuando en mis mocedades solía tomar suavemente el pelo a algunos de mis lectores, escribiendo *mallarmeísmos* que nadie entendía, sobró quien me llamara maestro; y tuve cenáculo, y diz que fui jefe de escuela y llevé halcón en el puño y lises en el escudo... Mas ahora que, según Rubén Darío, he llegado "a uno de los puntos más difíciles y más elevados del alpinismo poético: a la planicie de la sencillez, que se encuentra entre picos muy altos y abismos muy profundos"; ahora que no pongo "toda la tienda sobre el mostrador" en cada uno de mis artículos; ahora que me espanta el estilo gerundiano, que me asusta el rastacuerismo de los adjetivos vistosos, de la logomaquia de cacatúa, de la palabrería inútil; ahora que busco el tono discreto, el matiz medio, el colorido que no detona; ahora que sé decir lo que quiero y como lo quiero; que no me empujan las palabras, sino que me enseñoreo de ellas; ahora, en fin, que dejo *escuro el borrador y el verso claro*, y llamo al pan pan, y me entiende todo el mundo, seguro estoy de que alguno ha de llamarme chabacano... Francamente, estoy fatigado del alpinismo; y ya que, según el amable Darío, llegué a la deseada altiplanicie, aquí me planto, exclamando como el francés famoso: *J'y suis, j'y reste*.

VIII

Por todo el camino me fue escribiendo: "Yo no me despido de usted —me decía—, usted y yo estamos siempre en comunicación mental". Y recordaba nuestras charlas de París, andando por las calles nubladas; nuestras tardes plácidas de Madrid, en el café de la "Call'Calá" como él decía. Y, en el límite de los recuerdos comunes, las primeras palabras que nos cruzamos por los corredores de la Escuela Preparatoria —él profesor, yo discípulo—, seguros ya ambos de la sólida amistad que había de unirnos.

De pronto, dejó de escribirme... Tenía esperanzas de volver a Madrid. Había conservado, calle de Bailén, su casa puesta. La mañana aquella, los porteros se presentaron, llorando, en la Legación de México.

Y yo no me resigno a pensar que aquella fábrica delicada se ha deshecho. Y con un vago temor que parece inspirado en los miedecillos sobrenaturales que él gustaba de padecer, me pregunto si, mientras escribo, estará acechándome, inclinado sobre mi hombro, el pobre poeta. Ahora lo veo: ¡también yo trato de evocar a los muertos!

¡Hijo exquisito de tu raza, amigo querido! Querías ungir de suavidad, de dulzura el mundo... —En una carta me propone toda una doctrina de la cortesía trascendental, que él asociaba al recuerdo de la patria: "¿No ve usted —me dice— que hasta nuestra propia tierra es cortés en la abundancia y variedad de sus dones? Yo conozco raíces como la *charauesca* michoacana, y flores como una especie de floripondio, exclusivamente destinadas por aquella naturaleza a dar de beber al caminante sediento..."

Madrid, 1919

3. CARTA A JUANA DE IBARBOUROU

Buenos Aires, 5 de mayo de 1929[5]

Señora Dª Juana de Ibarbourou,

Montevideo.

Admirada y querida Juana: Pronto se cumplirán diez años de la muerte de Amado Nervo, acaecida en Montevideo, en el Parque Hotel, el 24 de mayo de 1919. Por marzo del siguiente año, encontrándome yo en Madrid, se comenzó la publicación de las *Obras completas* de Amado Nervo, cuya dirección literaria me confió el editor José Ruiz Castillo. Procedí al trabajo con ayuda de la familia y los amigos del poeta, y singularmente del escritor mexicano Genaro Estrada. El 24 de abril de 1920, dirigí una carta a mis amigos de *Nosotros*, Bianchi y Giusti, para que éstos la publicaran en su revista: "Gran parte de la obra dispersa de Amado —decía yo— se publicó en periódicos y revistas de Sudamérica, y de Buenos Aires sobre todo. ¡Imposible reunir todo eso desde Madrid, si ustedes no me auxilian!" Ellos anduvieron un poco perezosos, y sospecho que todavía quedan por las revistas del Plata muchas cosas que han escapado, y hago votos para que vaya con fortuna el joven investigador Gervasio Espinosa, que se ha lanzado ya a buscarlas.

Quise proceder con todo el rigor que se pone en la edición de los clásicos, y dejé constancia de las variantes y correcciones sucesivas. Una vez la edición en marcha, acaso incurría yo —por la misma abundancia de materiales— en errores que procuraba después ir corrigiendo en los apéndices de los tomos ulteriores (véanse, por ejemplo, los tomos XVII y XXVIII). Puedo asegurar que la tarea era difícil. Ya he contado, en cierta inocente y calumniada carta que va al final del *Reloj de sol*, cómo tuve que sacar un índice de los primeros versos de cada poesía, para no enredarme con las barajas que Nervo hacía de libro a libro; cómo tuve que precaverme contra su costumbre de cambiar títulos, comienzos y finales a los cuentos o artículos que enviaba a distintos periódicos; cómo casi me ponía yo a evocar la sombra de mi llorado amigo —tratando de meterme en sus hábitos mentales, en sus formas de pensamiento— para dar con la correcta distribución y

repartición en libros del inmenso montón de prosa que dejó sin recoger en volumen.

Yo hubiera preferido que las *Obras* de Nervo aparecieran en cinco o seis tomos compactos y empastados, de papel fino, en formato de cuarto mayor, y sin ilustraciones, pero eso no era ya asunto mío sino de mi amigo Ruiz Castillo. Éste tampoco dejaba de tener su disculpa, y yo mismo me encargué de explicarlo así a los directores de *Nosotros;* "... Tales son las dificultades del papel en estos días, que no somos dueños de la elección, y tenemos que conformarnos con ese papel pluma que tendrá muchas ventajas, pero no la de permitir tomos como los que yo había soñado. Así pues, ha habido que limitarse, más o menos, a la reproducción de los tomos originales, casi libro a libro."

Y así, dando tumbos, llegamos hasta el tomo veintiocho. Ahora veo que el editor ha acertado a juntar todo un tomo número XXIX, bien nutrido y documentado; y con singular complacencia y agradecimiento he advertido que su mano benévola se resistió a borrar mi nombre de la portada, por más que yo sea ya del todo ajeno a la elaboración de este tomo suplementario.[6]

Todavía nos queda a los amigos de Nervo la tarea de ir coleccionando sus cartas, entre las cuales hay algunas de profundo valor humano. Cuando esto sea dable, se apreciará mejor la personalidad moral de Amado Nervo que, como sabemos, ejerció para muchos y para muchas un ministerio casi religioso de confidencia y de consejo. Yo, aunque he escrito ya un par de estudios ("La serenidad de Amado Nervo" y "El camino de Amado Nervo") y aunque ahora me propongo publicar otro sobre "El viaje de amor de Amado Nervo", creo que se me queda mucho en el tintero, sólo en lo que se refiere al trazo completo de la vasta personalidad sentimental del poeta; ¡no digamos ya lo que sería el verdadero estudio técnico de su obra, y la pintura del cuadro de época literaria y política en que se produce! En este sentido, van a ayudarnos muchos libros como la *Historia de la literatura mexicana* que acaba de publicar Carlos González Peña y que no me canso de recomendar a todos, y la insustituible *Antología* de Genaro Estrada, que tan bien se completa, para la época posterior, con la de Jorge Cuesta, de los "Contemporáneos".[7]

Entre tanto, quiero comunicarle unas cuantas notas que he ido tomando al margen, relativas a la infancia de Amado, tal como se refleja en su obra.

I

Nací en Tepic, pequeña ciudad de la costa del Pacífico, el 27 de agosto de 1870.[8] Mi apellido es Ruiz de Nervo; mi padre lo modificó, encogiéndolo. Se llamaba Amado, y me dio su nombre. Resulté, pues, Amado Nervo; y esto, que parecía seudónimo —así lo creyeron muchos en América— y que, en todo caso, era raro, me valió quizá no poco de mi fortuna literaria. ¡Quién sabe cuál habría sido mi suerte con el Ruiz de Nervo ancestral, o si me hubiese llamado Pérez y Pérez![9]

Empecé a escribir siendo muy niño; y, en cierta ocasión, una hermana mía encontró mis versos,

hechos a hurtadillas, y los leyó en el comedor a toda la familia reunida. Yo escapé a un rincón. Mi padre frunció el ceño. *Y eso fue todo*. Un poco más de rigidez, y escapo para siempre. Hoy sería quizá un hombre práctico. Habría amasado una fortuna con el dinero de los demás, y mi honorabilidad y seriedad me abrirían todos los caminos. Pero mi padre sólo frunció el ceño. Por lo demás, mi madre escribía también versos, y también a hurtadillas…

["Habla el poeta", *Renacimiento*, Madrid, octubre de 1917, p. 467.]

II

Cuando niño, vivía yo en un caserón desgarbado, sólido y viejo, que era como la casa solariega de la familia.

¡Oh, mi caserón desgarbado, sólido y viejo, vendido después a vil precio, a no sé qué advenedizos que fueron a turbar el silencioso ir y venir de los queridos fantasmas!

En su patio lamoso crecían bellos árboles del trópico, y en un rincón, el viejo pozo de brocal agrietado y rechinante carril servía de guarida a una tortuga, que desde el fondo y a través del tranquilo cristal del agua nos miraba, estirando, cuando nos asomábamos, su cabeza de serpiente, como un dios asiático.

Moraban en esa casa, con mis padres y mis hermanos, mi abuelita materna, y una tía soltera, bella, apacible, retraída y mística, que murió a poco, en flor, y a quien tendieron en la gran sala, en un lecho blanco, nevado de azahares.[10]

La abuela "había nacido en la época febril de las luchas por nuestra independencia", en La Barca, donde su tío era Alcalde.[11]

Cuando el Padre Hidalgo entró a la ciudad solemnemente, ella lo contemplaba, según nos contó muchas veces, pegada a la capa de su tío el Alcalde.

Más tarde, mucho más tarde, asistió a la jura del Emperador Iturbide, y recordaba las luchas del pueblo por recoger las buenas onzas de oro y de plata que, para solemnizar el acontecimiento, se le arrojaban en grandes y cinceladas bandejas.

[Las varitas de virtud.]

Por los rincones de la "desgarbada casona", revoloteaba la superstición popular. La tía mística tenía sueños fatídicos, y la abuelita hablaba de tesoros enterrados. Ya lo he contado más despacio en "El camino de Amado Nervo".

La familia era numerosa, y constaba además del padre y la madre, de cuatro hermanos (Amado, Juan Francisco, Luis Enrique y Rodolfo Arturo) y cinco hermanas: Virginia, Catalina —estas dos, primas carnales, hijas adoptivas de los señores Ruiz de Nervo—, María de los Ángeles, Elvira y Concepción. Como se ve, una verdadera familia patriarcal, una pequeña tribu. Trece, contando a la abuelita y a la tía. Es todavía la tradición de la antigua "clientela" romana.

III

En la poesía "Vieja llave" *(En voz baja)*, poesía por lo demás muy conocida y que he oído ya recitar en las escuelas, encontramos otra vez a la abuelita, con la vieja llave cincelada pendiente de la cintura, yendo y viniendo del estrado a la cancela,

de la despensa a los graneros, por los corredores de la casa, como yo mismo vi a mi madre en la infancia.

La llave, dice, ya no cierra ni abre nada: en verdad, abre para él un mundo de recuerdos. Vuelven a aparecer ante sus ojos la casa paterna, el gran ropero de antaño, el arca que se vendió, el baúl de cuero,

el mantón de seda fina
que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera.

Porque la zona en que el poeta nació, dominada por las corrientes del Pacífico, todavía está llena de semejantes objetos, y me aseguran que hay muchas chinerías por todo el camino de diligencia que va de Acapulco hasta México. Si por Veracruz, y a través del Atlántico, llegan a México las cosas de Europa, por la banda del Pacífico llegan los juguetes del lujo asiático, que tan bien casan con algunos productos indígenas.

Nervo habla de las porcelanas llenas de pájaros y flores, de marfiles, lacas y perfumes antiguos, de la canela,

el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales,
y la miel de los panales,
tentación del paladar.

Y en ese ambiente, en ese aroma, hay que representarse la infancia y la vieja casa de Nervo, con no sé qué relente, también, de pelo de muchacha recién bañada (¡toda nuestra niñez!), que he encontrado no sé en qué página perdida. "Tu torcida arquitectura" —dice de la llave,

Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa oscura
(que en un día de premura
fue preciso vender mal);
es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés, mi prima, y yo,
nos dijimos tantas cosas,
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó.

De esta casa sacó Nervo la vaga afición a recordar lo que no ha existido, y cierto apetito por los colores, los olores y los sabores. Es decir: misterio y voluptuosidad.

IV

También tuvo un maestro de música. Pero todo, para Nervo, había de traer cierto aviso divino, cierto mensaje extraterrestre:

> Tuve, en mi niñez, un maestro de música ciego. Su sutileza era tal que, cuando entraba en una habitación, sabía inmediatamente si en ella había alguien, y dirigíase sin vacilar a la persona aquella, enfadándose si no se le respondía, y preguntando irritado: —¿Es usted sordo?
>
> Al trasponer el umbral de una puerta, el ambiente de la pieza hacíale adivinar si era reducida o espaciosa.
>
> *[La alegría de los ciegos.]*

V

Después vino el Seminario de Jacona, donde Nervo aprendió, amén de parábolas y sentencias latinas (era un poco exégeta), a cultivar sus ansias celosamente, en lo más sigiloso de su alma. Su sonrisa, hasta entonces solamente amable, comenzó a afinarse, como la del que trae un secreto bajo el manto; y con los años, acabó por hacerse magnética. En los olvidos absortos de la capilla, ante el ensueño de las lucecitas temblonas, aquella naturaleza febril iba concentrando su osmazomo.

En cierta carta íntima escrita en Montevideo en vísperas de su muerte (17 de mayo), acabo de encontrar este recuerdo: "Los Padres Jesuitas me decían cuando era pequeño: *no discutas con el Diablo, porque es más fuerte que tú y te convencerá.* Yo le digo: no discuta con la duda. Arrójela sencillamente. Todo es verdad en Dios y en los corazones puros".

Pero las influencias del seminario sobre aquel misticismo en ascensión, que antes de llegar a la pureza tuvo que pasar por la selva oscura de los gustos sacrílegos y por las puerilidades del arrobamiento ante los meros oropeles del culto, exigiría un estudio aparte.

Nada más por hoy, amiga mía; una simple recordación para el grande hijo de mi pueblo que tenía, como lo dijo él mismo, perfil de águila y entrañas de paloma. Su extrahumana faz trigueña y seca, hecha ya una mascarilla mortuoria (la cara que le conocieron en Montevideo, y de que nos han quedado esas últimas fotografías tan trágicas), arde a veces en mi conciencia con toda la fuerza de una verdadera aparición. Estoy por creer que me anda rondando, como aquellos fantasmas de su abuelita que venían a denunciar el sitio de los tesoros enterrados...

Besa sus manos devotamente.

A. R.

4. EL VIAJE DE AMOR DE AMADO NERVO

I

Hoy, a los diez años, es de creer que la constelación que había de brotar de su alma esté ya encendida. Todo él será ya puro espíritu: regalo de todos, como una fuente en una plaza. Ceñido al estilo del recuerdo, ya se despojó de los aditamentos y estorbos de todo aquello que se mueve. Ya está hecho como de cielo. Se fue del todo, y comienza, por eso, a ser todo nuestro. Su misma intimidad es parte de nosotros mismos. Enfrentado con lo absoluto, ya no es aquel afable señor que conocimos. Ya su casa es nuestra, y está edificada en la otra dimensión del tiempo. Hasta podemos empujar la puerta sin permiso, entrar en los misterios. No hay mayor respeto que el afán —castigado y pudoroso, eso sí — de conocer bien al poeta; de entender su amor y su dolor, de captar en nuestras penumbrosas redes de atisbos unos cuantos de sus pececillos de oro. Dice Paul Valéry:

—Apenas muertos, nos vamos, con la velocidad de la luz, a juntar con los centauros y con los ángeles.

II

A lo mejor hemos entendido con excesiva simplicidad el proceso, el camino de Amado Nervo. Su mayor crisis poética, reflejo sin duda de una crisis moral, se sitúa entre los años de 1905 y 1909, entre los *Jardines interiores* y *En voz baja*. Yo he dicho: "Cinco años después *(Serenidad)* el poeta es otro. Guiado por las confesiones de sus versos, creo que la simplificación de su arte coincide con su amor de Francia... Diez años lo acompañó este amor por la vida. Cuando se quedó solo, ya sólo sabía pensar en Dios". En Dios, sí, porque Dios viene a ser la síntesis del amor y la muerte. Pero ahora sé mejor que antes que Nervo no abandona nunca la esperanza de la felicidad terrena. Ahora me parece más bien —a la luz de otros descubrimientos— que el amor lo acompañó siempre a lo largo de su viaje. Más aún: ¿quién dice que el amor no lo llevó en peso, a la hora de volar sobre el tránsito desconocido? Podemos entrar, empujar la puerta: esa voz secreta que nos detiene cuando violamos un derecho sagrado no se deja oír esta vez. Hay permiso. Somos convidados.

Entramos, y ya no creemos que Nervo se haya resignado nunca a apearse de la esperanza. Su instinto era demasiado seguro. Sólo el amor nos lleva a Dios. No importa que, en el vacío que dejó la Amada Inmóvil, haya aparecido la idea de la Divinidad un poco descarnada y abstracta. "El amor de Dios —he escrito también — era para él una cosa tan tramada en la vida, que no acertó nunca a desentrañarlo de la materia." Pronto comienza a convertir sus oraciones en galanteos; ya dice de Dios que "es más hermoso que la rubia y que la morena". Ya va, otra vez, a sembrar en suelo bien terreno el árbol, provisionalmente descuajado, de sus místicas aspiraciones. ¡A lo mejor habíamos entendido con excesiva simplicidad su proceso! ¿No veis que muy pronto vuelve a deshojar la margarita? (Permitidme la frase hecha, a cambio de la alusión que van a

entender muy bien sus amigos viejos.) ¿No veis que ya sus versos comienzan de nuevo a revelar una expectación ansiosa de amor, y al fin expresan el torturante afán por dar caza a aquella mariposa que cada vez se le deshacía entre las manos —como ese reflejo tembloroso que suelta el agua al sol? No: no reniego de mi anterior dibujo. Propongo otra perspectiva, otro escorzo. Acaso aquél, más esquemático, me sirvió para abordar el asunto. Acaso éste sea más real. Y yo me figuro que ambos son verdaderos.

III

Consideremos esta historia de amor. No hagamos caso del tono meramente galante, que se mantendrá —entre cortesía y donosura— por toda su obra. Veamos la responsabilidad que incumbe a la mujer en la modelación del poeta, punto que ninguna crítica debiera olvidar.

Primero, entre sus ardores de niño pecador, gusta de sentir en la caricia ciertos resabios de sacrilegio. Hay locura en aquellos primeros versos febriles, donde el aparato de los oropeles litúrgicos encubre, más de una vez, otros afanes. Hay también cierta afectación satánica, muy de su momento. Todo esto pasaba entre el siglo XIX y el XX. Aún se hablaba de Misa Negra. "Mi afán avieso", así habla él de sus propias pasiones. ¡Y decir que, aun para caer en tales desvíos de lujuria (porque, más que amor, aquello era todavía lujuria), hacía falta llevar adentro la lumbre de la inquietud religiosa!

Pero el fénix nace del fuego. Pronto *(Lira heroica)* traslada ya el sentimiento del amor a más alta esfera:

> Amar: eso es todo; querer: todo es eso.
> Los mundos brotaron al eco de un beso.

Es la hora del vasto romanticismo juvenil, del "amor de amor" que lo mismo hallamos en San Agustín que en Espronceda.

IV

La segunda época de amor comienza exactamente, en París, el 31 de agosto de 1901, y acaba, en Madrid, el 7 de enero de 1912. Ana, la Amada Inmóvil, es ya, en el reino de nuestra poesía, aquella mujer que trae el encargo de consumir en el joven las últimas llamaradas de la adolescencia, de ir acendrando y posando el vino de sus apetitos, de hacer subir al poeta desde la aventura callejera hasta el sentimiento maduro, donde la amante es poseída en cuerpo y en alma: fuego profundo y lento, que da al barro humano su última y definitiva cocción.

Él había salido en busca de una amiguita por el Barrio Latino. La muchacha no acudió a la cita. El azar lo puso frente a Ana. "Yo no soy una mujer para un día", le dijo ella. Y le duró diez años, los mismos que le duró a ella la vida. "París,

Londres, Nueva York, México, Bruselas, Roma, Venecia, Florencia… Medio mundo nos vio juntos.” Esto, durante las alegrías raudas de los viajes, en que “nos desquitábamos ampliamente”. Pero ¿los vio el mundo cuando realmente se detenían en alguna parte a vivir, y a disfrutar de su amor y buena compañía? “Como aquel nuestro cariño inmenso no estaba sancionado por ninguna ley… —confiesa— no teníamos el derecho de amarnos a la luz del día, y nos habíamos amado en la penumbra de un sigilo y de una intimidad tales, que casi nadie en el mundo sabía nuestro secreto.”

No preguntemos nada; aquel sigilo era necesario por entonces al corazón de Amado Nervo, y por eso lo prolongó sin duda. Él necesitaba querer así. Su amor era una fabricación secreta, como la que se obra en la crisálida. De allí brotarán sus versos más nobles, hasta llegar a *Serenidad*. Ella, después de muerta, continúa radiando fulgores. *La amada inmóvil* nos da el dolor del arrancamiento, y el comienzo de la resignación. Porque, aunque Nervo contempló el suicidio, “¡tuve miedo! —dice— miedo de que, según tantas lecturas pretenden, mi voluntaria destrucción me apartase para siempre del objeto adorado, en cuya busca justamente quería ir. Me asustó, no la aprensión vulgar de la muerte, sino el horror de una ausencia todavía más terrible, infligida por castigo…” Ya, en *Elevación*, parece que el poeta sólo sabe orar. ¿Y el pecado? Oídlo:

> En la armonía eterna, pecar es disonancia.

V

Sin embargo, en su alma hay un hueco, y su poesía baja un poco el vuelo y se hace prosaica por instantes. Algo le falta. Cuando se da cuenta, el tono sube, se depura. Confiesa que lo habita todo una honda expectación:

> Oh, vida: ¿me reservas por ventura algún don?
> ……
> ¿Será un amor muy grande tu regalo mejor?

Es inútil disimularlo: ha quedado un hueco. Y él mismo, en *Plenitud*, va a decirlo: “Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor”.

¿Qué nuevo amor podrá ser éste, que el poeta siente aletear, ya doblado el tormentoso cabo de los cuarenta? La transición se resuelve al fin en una certeza dolorosa: está enamorado, a pesar de aquel “miedo de volver a abrir sus heridas” de que habla en un poemita que todos recordamos.

VI

Helo otra vez enamorado. Tras de la experiencia —verdaderamente matrimonial — de la Amada Inmóvil, su amor va a ser ya todo de espíritu. ¡E imaginad un

cetrero sin halcones, empeñado en cazar un pájaro con un pensamiento! Porque ahora la pugna amorosa no va a entablarse entre un hombre y una mujer, de igual a igual y sobre el lecho leal de los humanos deseos. No: esta vez es una quimera, casi una anticipada dolencia de senilidad; esta vez es una punzante y tierna aberración, que hace recordar a los tritones de Góngora, enamorados de Galatea, la ninfa terrestre:

> ...¡Oh, cuánto yerra
> delfín que sigue en agua corza en tierra!

Todo un elemento los separa: todo un medio biológico. Y ese medio —invisible pero irreducible— es el tiempo. Él hubiera preferido callar: no pudo. Dice así, en *El estanque de los lotos:*

> No quería decirlo. Su espíritu altanero
> puso a los impacientes labios timbre de acero.
> No quería decirlo: moriría inconfeso...
> Hubiera dado toda su vida por el beso
> de aquella boca virgen...
> Pero un día, el simún pasional, rudo y bronco,
> sacudió más las ramas, agitó más el tronco.

Y el pobre empezó a decirlo todo:

> —¡Imposible, Miguel, ha puesto usted el colmo
> a su audacia! ¡Eso fuera pedir peras al olmo!
> ¿Yo con mis dieciocho años esposa de usted? ¡Ca!
> ¿Cómo decir "te quiero" sin añadir "Papá"?

No se engañaba respecto a su situación equívoca, pero no podía evitarlo. Hasta es cruel consigo mismo:

> El pobre hombre acabó por hundirse en los lodos
> de las indignidades y las humillaciones.
> Habló de conveniencias, prometió muchos dones...
>
> Pero, dichosamente para tales menguados,
> dieciocho años suelen ser desinteresados...

"Véncete primero a ti mismo, si después quieres vencer a otro", le decía su voz interior. Y como el poeta no era, al fin y al cabo, más que un hombre, aquel incómodo luchar va sacando de su corazón un jugo amargo y desconocido. Toda mirada joven que se cruza con la suya parece mirada de rival. Unos celos absolutos, cristalizados y perfectos (en *El diamante de la inquietud* nos ha dado la profundidad abismal de este océano: allí concibe unos celos capaces de matar de angustia al objeto celado y de perseguirlo más allá, pasando el arco de la muerte), unos celos contenidos siempre, pero siempre avizores, comenzaron a hacer irrespirable su vida. Por eso cuando, ya próximo a la muerte, cree encontrar el reposo para su sed de ternura, dice que lo habrá ganado con siete años de sufrimiento: 1912-1919. Entretanto, queda *El arquero divino* como

testimonio de este empeño que él mismo llamará “testarudez”:

> Mas, cerrando puños y ojos,
> yo te digo: quiero, quiero...
>
> El día que me quieras tendrás más luz que junio...
>
> Destino: dime dónde, cómo, cuándo:
> ¡considera que un alma está esperando!
>
> Por esa puerta huyó diciendo ¡nunca!
> Por esa puerta ha de volver un día...

No sabemos adónde hubiera llegado esta carrera despeñada, a no ser por esas providenciales intromisiones de lo que, con tanto desdén, solemos llamar el mundo exterior. Nervo, atado a un servicio oficial, tuvo que irse a México, y al fin vino a dar a Buenos Aires. No sabemos cuándo renunció. El espacio se interpuso, y acertó a romper el sortilegio que el tiempo no había podido atajar. Así pues, en tanto que Nervo llegaba al carmen, al jardín final, alargaba tenazmente la mano para alcanzar una humilde margarita... ¡y no lo lograba!

VII

De Madrid a México: el sacudimiento de un largo viaje y la fresca ráfaga del retorno a la patria, donde el poeta comprueba que puede entenderse con los jóvenes —la mayor alegría para un poeta que ha comenzado a envejecer—. De México al Plata y a Buenos Aires. Ha colaborado muchos años en los diarios y en las revistas. Aquí lo conoce todo el mundo. Hasta ha mantenido correspondencia con algunas musas del Plata, ejerciendo muchas veces aquella función de confesor laico o de consejero espiritual que correspondía tan bien a su nobleza ingenua. Las cartas de mujeres, llenas de consultas, de historias vagas o precisas, han quedado cuidadosamente selladas, guardadas por índice alfabético. Hasta sé de alguna niña porteña a quien, desde España, Amado Nervo ayudó, por carta, a bien morir.

Ya él no creía pertenecerse, y tenía razón; ya empezaba a ser de todos: sólo le faltaba la muerte para volcarlo en los demás por completo. Pero ¿quién piensa ahora en la muerte, entre los mimos de una hospitalidad cálida, fraternal, realmente insuperada? Después del silencio, del olvido casi completo en que discurría ya su vida madrileña, Buenos Aires lo recibió como un hogar en fiesta. En tres meses ¡qué rastro largo! ¡Qué recuerdo cierto, y qué corte, en torno, de falsos o supuestos recuerdos! Los que no lo conocieron, ahora, cuando lo evocan, se convencen de que lo conocieron y lo trataron asiduamente. El poeta nicaragüense Salomón de la Selva quería escribir una sátira sobre los que pretenden haber ayudado con dinero a Rubén Darío. Otra, pero mucho más piadosa, podría escribirse sobre los que acompañaron a Amado Nervo, en el

Parque Hotel de Montevideo, el día de su muerte. Tal es el espejismo de aquella memoria avasalladora. El hombre, más grande que sus versos, habita hoy, como la pequeña efigie de plata de los latinos, entre los lares de aquellos a quienes acaso no trató en vida.

Él tenía que defenderse: *tournée* diplomática, visitas, banquetes, conferencias y, para colmo, ¡una cancillería trepidante de máquinas de escribir! Con esa travesura que sólo conocen los muy justos, se escondía y se escabullía, ofreciendo a unos la excusa del compromiso con los otros. Hasta para quedarse solo en casa entre los amigos o amigas de su predilección (¡y cuánto le gustaba encerrarse a charlar así, los días de lluvia!), tenía que contar a sus subordinados que estaba ausente. ¡Y qué alivio cuando lo dejaban en libertad para callejear un par de horas! Todo le divertía; pero, sobre todo, lo que no miraban los demás. Si quería ofrecer un presente, no se le ocurría comprar una piedra preciosa, sino que recogía del suelo una piedrecita de color, y corría todo Buenos Aires hasta no dar con un bolso diminuto, adecuado al tamaño de la piedrecita.

Así, me figuro, comenzó a remansarse su alma, al paso que la enfermedad se enseñoreaba cada vez más del cuerpo. No sé en qué momento sobrevino el milagro. Los documentos que hemos encontrado son de abril del año diecinueve, un mes antes de su fallecimiento.

VIII

Su sed de amor no tiene fin. Esta vez será un amor candoroso, agradecido, tímido y tierno; un verdadero noviazgo espiritual al que ni siquiera falta el toquecillo romántico de la oposición por parte de la familia. Pero dos claros ojos de mujer no se engañan: aquel hombre llegó hasta ella, de tan lejos, muy penetrado ya de silencio. Su mirada comenzaba a tener destellos más que humanos. Ya el ángel de la muerte lo seguía como su sombra. Él se creyó rejuvenecido, y hasta se entregó a ejercicios corporales para deshacer las agujitas de vidrio que la enfermedad y los años le habían metido por los músculos, ejercicios que a veces sólo servían para empeorarlo. Al fin se olvidó de la muerte ¡teniéndola tan cerca! Pero dos claros ojos de mujer ven mucho en lo invisible: ella comprendió que le correspondía ser piadosa, y no hizo más que aceptar su santo destino de enfermera. De cuando en cuando, él parece darse cuenta, y reclama. Luego, se conforma con inspirar piedad. Por momentos siente que ha entrado en un blando sueño, y acepta que lo lleven insensiblemente, sin sobresaltos ni asperezas, hasta la última posada.

El testimonio de esta adoración de Amado Nervo no es ya un testimonio literario; ha quedado en la intimidad, y apenas, como para adornarlo un poco, quiso darle un leve sabor de versos, en un cuadernillo privado que aún no es tiempo de publicar;[12] es un cuadernillo de pastas negras, de unos ocho por cinco centímetros, que, a lo largo de treinta y siete hojas, alterna los rasgos de aquella

caligrafía de monje copista con una serie de páginas en blanco cada vez más frecuentes: pausa, jadeo cada vez mayor de aquella respiración ya fatigada, o quién sabe si diálogo entre el amante y la muerte, en que calla a veces el amante para que la muerte vaya estampando la impresa inefable de sus dedos.

El proceso de este amor es sencillo: empieza con

> cierta amistad amorosa
> para mí desconocida,

y acaba con el inevitable dilema:

> O juntos han de ir nuestros destinos
> por el sendero del amor... ¡o nada!

En vano hemos buscado allí la sospecha de la muerte: ni siquiera viene la palabra cuando el consonante del verso parecía anunciarla o requerirla. ¿Lo creeréis, amigos?: ¡Amado Nervo estaba esta vez tan enamorado, que se le había olvidado hasta el pensamiento de la muerte! Si habla de

> tres letras que acaso un día
> me atreva yo a pronunciar,

bien podéis figuraros que se trata de las tres fatídicas letras: RIP, pero él se refiere a las tres letras de la palabra MÍA.

Hacía siete años que esperaba este amor: ahora podía comprender que la historia de la niña reacia había sido una equivocación de la espera, una pesadilla de la tardanza:

> Siete años, como siete centinelas,
> miraban el camino
> por donde al fin llegaste.

Ya ni la soledad le duele, porque sus risueñas imaginaciones saben poblarla:

> Quien no ama, no comprende
> toda la inmensa dicha de estar solo.

Y de repente, esta nota típicamente porteña, cuyo sentido entenderán cuantos hayan residido en Buenos Aires por lo menos un mes: "El teléfono, que yo reputaba la más odiosa invención de los hombres, hoy es para mí una música".

El 11 de mayo de 1919, embarcó para Montevideo, donde presentó credenciales y, muy vencido ya por el mal, todavía tuvo fuerzas para resistir no sé cuántos actos públicos, y hasta fue padrino de un matrimonio. Todos los días escribía una, dos y hasta tres cartas. Prometía siempre estar de regreso para el día 24: exactamente el día que murió. No quería morir, mientras no estuvo seguro de la muerte, porque ahora lo retenía un dulce afán. Pero cuando oyó el aviso inapelable, comprendió la inmensa piedad de su destino y, cristianamente resignado, supo agradecer, en nombre ya de su alma eterna, la última visita de su

enfermera.

En carta del 17 de mayo, escribe:

> Mi médico, hombre sencillo y afectuoso, vino ayer un poco alarmado por un análisis que hizo hacer, y me dijo que tenía mucha albúmina, y me ordenó que no tomase más que leche y fruta. Me predicó sobre "lo que aún podía yo hacer en el mundo", etc. Yo prometí y cumpliré el régimen, porque *quiero vivir*. ¿Y sabe por qué quiero vivir...?

Y unos renglones más abajo ¡qué sorpresa!: Nervo, el poeta místico, el poeta que había dicho a Kempis:

> Ha muchos años que busco el yermo,
> ha muchos años que vivo triste,
> ha muchos años que estoy enfermo,
> ¡y es por el libro que tú escribiste!

se asusta de sus propias creaciones, y teme que la *Imitación de Cristo* le arrebate su amor: "No lea tanto a Kempis: habla de un desasirse total de todas las cosas: era un monje... No se me aleje por él". El día 20, ya casi no puede tener la pluma, pero todavía escribe: "Ya pronto estaremos juntos. Hasta luego". ¿A quién le escribe? ¿A una mujer, o a la inmensa sombra que lo espera? A una mujer: aquella de quien con razón decía en sus versos íntimos:

> Eras mujer nada más,
> y de hoy en siempre serás
> toda luz y poesía.

¿Os acordáis de Peer Gynt, en la muerte de su madre? Entrando en las alucinaciones de la agonizante, se finge cochero, monta en una silla, arrea el caballo imaginario, y no para hasta que la moribunda cree haber llegado al cielo:

Atravesado ya por la espada, el poeta se iba arrastrando hacia la promesa de la vida. Un ángel lo pasó a los brazos de otro ángel.

Buenos Aires, 1929

CROQUIS EN PAPEL DE FUMAR*

LA PERSONA física y moral de López Velarde ha dejado una impresión de blancura. En su persona poética hay mucho que explorar. Desentendámonos de influencias: el inevitable *Lunario sentimental* y, creo yo, la *Antología francesa moderna* de Díez-Canedo y Fortún. Desentendámonos de minucias técnicas: conceptismo y gongorismo espontáneos y también cultivados, barroco de la Nueva España o como se llame, etc. Si nos atenemos al saldo, resaltan tres notas principales, concertadas por el solo hecho de coexistir; que aquí nunca fueron felices los intentos de sistematización racional. El ser es mucho más que razón, y no hay confesión más amplia del ser que la poesía.

Tales notas o aspectos son, brevemente enumerados, el agua corriente, el cristal del agua congelada y el rumor del agua subterránea.

El agua corriente. Nitidez, candor, religión de devocionario, música popular, feria, provincia, sentimientos elementales, rubores y armonías coloristas, costumbrismo en azul y en rosa. Pienso en un Aduanero Rousseau (chaqué y ramo de flores), en un Francis Jammes muy mexicano:

> Mi madrina invitaba a mi prima Águeda
> a que pasara el día con nosotros...

En la referencia familiar, todo el terruño; en la referencia al hábito de "pasar el día", toda la aldeana lentitud, tiempo remansado en lago, presente durable.

El agua en cristal. Estabilidad, equilibrio, escultura y esmalte, casi parnasianos; un decir justo, que se inmoviliza en la meta:

> Patria, tu superficie es el maíz;
> tus minas, el palacio del Rey de Oros,
> y tu cielo, las garzas en desliz
> y el relámpago verde de los loros.

O bien la exactitud, el laconismo clásico ya intocable:

> Joven abuelo: escúchame loarte,
> único héroe a la altura del arte.

El agua profunda. Algo del "nuevo calofrío" que Hugo halló en Baudelaire. Voz patética, sensualidad y miedo, simbolismo más o menos consciente, sonambulismo "suprarrealista", *avant la lettre.* Se oye un hondo ruido de *catavotro:*

> ... Voy bebiendo una copa de espanto...

... Hermana:
dame todas las lágrimas del mar...

... Lágrima mía, en ti me encerraría,
debajo de un deleite sepulcral,
como un vigía
en su salobre y mórbido fanal.

... Un encono de hormigas en mis venas voraces...
... Tu boca, en que la lengua vibra asomada al mundo
como réproba llama saliéndose de un horno...

... Tardes en que, oxidada
la voluntad, me siento
acólito del alcanfor,
un poco pez espada
y un poco San Isidro Labrador...

La complejidad, la trama de estos motivos se establece, desde luego, merced a recursos de cultura; pero, sobre todo, de sensibilidad. El fruto de nuestra América hereda, sin querer saberlo ni detenerse a analizarlo, la savia de muchas tradiciones.

Véase cómo puede brotar la imagen, como la cabal expresión, de un vago recuerdo infantil: En Jerez perduró de algún modo el prehistórico matrimonio de rapto. El padre nunca daba a la hija, que tanto fuera confesar su ineptitud para mantenerla, grave desdoro. El novio comenzaba por arrebatarla, a reserva de sellar las paces ante los hechos consumados. Hasta hace poco, las novias se salían de su casa y se refugiaban junto a alguna familia amiga antes de las nupcias. Los parientes no asistían a la iglesia, y ellas se casaban llorando. (¿No ha recordado el poeta, por ahí, el pañuelo de lágrimas, indispensable en las bodas?) La reconciliación, a los pocos días, lo arreglaba todo. En la mente de López Velarde se agitan estas visiones, mezcladas con las mitologías del valiente y del bandido enamorado, tema de los "corridos". La patria se le vuelve mujer. La quiere con apetito, con dolor y con sangre. Y ¿qué le dice?

... Quiero raptarte en la cuaresma opaca,
sobre un garañón, y con matraca,
y entre los tiros de la policía.

Vida corta. ¿Malograda? Hay también una Providencia poética. Tal vez haya destinos a los que conviene la indecisión, el acre sabor de la juventud. Tal vez...

1951

NOTAS SOBRE JESÚS ACEVEDO*

On lisait beaucoup alors dans les ateliers.
TH. GAUTIER, *Hist. du Romantisme*

EL NOMBRE de Jesús Acevedo aparecerá como un santo y seña en los libros de nuestra pléyade, pero su obra —que fue, sobre todo, de precursor: obra de conversaciones, de atisbos, de promesas— no podrá recogerse. El tomo de disertaciones, por decirlo así, oficiales, que Federico Mariscal publicó tan piadosamente, no da idea, en manera alguna, de lo que fue Acevedo, arquitecto que casi no llegó a poner piedra sobre piedra. El volumen de artículos que alguna vez ha de publicarse, hijo de los obligados ocios de Madrid —donde este lector de los simbolistas franceses quiso cambiar unos días el grafio por la pluma—, es un documento curioso para la literatura mexicana y tendrá el sabor de una sorpresa.

Sin ser Acevedo un escritor, se adelanta en sus métodos a nuestros colonialistas jóvenes. La acumulación de detalles y el rebusco de las palabras de cierta clase —palabras de ropaje vistoso, achaque de pluma no avezada— son aquí signos de un temperamento, y denuncian el voluptuoso apetito por los objetos de arte, las líneas y los colores. Diego Rivera asegura que, de todo su grupo en la Academia de San Carlos, el arquitecto Acevedo era el que tenía mejores ojos para pintor. En *Corrientes oceánicas*[1] nos deleitan los galicismos como frutos prohibidos; nos encantan los tropiezos de la afectación arcaizante; rastreamos el recuerdo de cosas recién vistas en los museos; sorprendemos el injerto —verde y nuevo aún— de vocablos apenas aprendidos en tal fragmento de Tirso (el color verde gay) o de Ruiz de Alarcón (los potros que gastan las guijas con las herraduras); seguimos las dóciles reminiscencias de Díaz Mirón (todo el trópico) y aun de Altamirano (“Del mamey el duro tronco / picotea el carpintero”); aceptamos la monotonía de las frases con el sujeto al cabo, y la constante quebradura del *que;* galopamos en la fluencia incontenible de versos alejandrinos que mal gobiernan las riendas de la prosa; nos damos cuenta de que ha recordado y superado la *Visión de Anáhuac*, y, en fin, quedamos conquistados.

Dije de él que era escritor de los que no escriben. Anuncié que, cuando hiciera libros, sus libros serían los mejores. No se cumplió mi profecía (propiamente, él nunca se puso en serio a escribir un libro), ni mi observación salió justa, porque a la postre nuestro Acevedo también incurrió en la letra escrita. Buscad en las páginas de Pedro Henríquez Ureña la influencia de Acevedo en la formación de la Sociedad de Conferencias y el Ateneo de la Juventud, orígenes de nuestra campaña. Y recordad, sobre todo, esta escena, que nunca olvidaremos los que en ella fuimos actores:

> Una vez nos citamos para releer en común el *Banquete*, de Platón. Éramos cinco o seis esa noche; nos turnábamos en la lectura, cambiándose el lector para el discurso de cada convidado diferente; y cada quien la seguía ansioso, no con el deseo de apresurar la llegada de Alcibíades, como los estudiantes de que habla Aulo Gelio, sino con la esperanza de que le tocaran en suerte las milagrosas palabras de Diótima de Mantinea... La lectura acaso duró tres horas; nunca hubo mayor olvido del *mundo de la calle*, por más que esto ocurría en un taller de arquitecto, inmediato a la más populosa avenida de la ciudad.[2]

Era la calle de Plateros. Era el taller de Jesús Acevedo. Éramos amigos unidos para siempre. Amanecía cuando cerramos el libro. Sólo entonces nos dimos cuenta de que había llovido toda la noche.

... Esos hombres que no son escritores, que estudian, observan, y de pronto escriben mejor que los demás.

Acevedo, conversador magnético, ejercía verdadero imperio sobre muchos. Quería dominar suavemente a sus amigos; y si alguno se le emancipaba, rompiendo el influjo mágico, entonces Acevedo se dolía, se quejaba.

No he conocido mejor conversador, y he conocido a muchos.

Tenía dos *teams* de amigos: uno lo formábamos nosotros. El otro lo reclutaba él a la medianoche.

Cierto sarcasmo, cierta manera desdeñosa —mientras vivió en México. En el destierro, el resorte se aflojó, se rindió el carácter. Acevedo sufría entonces hasta las lágrimas, echando de menos, como perro callejero, el paisaje de piedra de su ciudad mexicana. No quiso luchar: se dejó morir. Empezó a morirse de la voluntad desde Madrid. Y acabó en cualquier pueblo de los Estados Unidos, lleno —me figuro— de saudades y melancolías.

Amigo travieso, le gustaba someter al amigo al torcedor de una paradoja, de una burla imperceptible. Lanzaba una frase como un flechazo. Inventaba una historia cruel. Traía siempre a alguien de perrito faldero. En un gesto oblicuo que ha sorprendido Diego Rivera (retrato cubista, propiedad de Genaro Estrada), dejaba caer como por sobre el hombro una opinión temeraria, una noticia imposible. "Haceos duros", decía. Pero no pudo soportar el cielo extranjero, ¡él, que era tan europeo entre nosotros!

Dio en vestirse con boina, blusa, pañuelo al cuello y alpargatas para ir a los tendidos de sol. Gozaba de nuestro barrio pobre. Los domingos, como no había para diversiones, entreteníamos a la familia representando los cuadros del Prado: por ejemplo, el retrato del Conde-Duque, de Velázquez. Él hacía de caballo bravo, con fuego en los redondos ojos; yo hacía de jinete, y el otro vecino —Martín Luis Guzmán— se ingeniaba yo no sé cómo para hacer de fondo del paisaje.

Inventábamos, entre los tres, bailes, charadas, escenas. Representábamos,

con éxito, una opereta italiana reducida a síntesis, anticipándonos, sin saberlo, al Teatro del Murciélago ruso, que da *El barbero de Sevilla* en cinco minutos. Nuestra opereta tenía un recitado glorioso:

—¡Ahí viene don Pasquale! —cantaba yo. Y Acevedo me respondía:

—¡Dile... que pase!

Más tarde, cuando se cambió de barrio, lo encontré un día muy afligido, con una guitarra en las manos:

—Quiero y no puedo, "mi Alfonso" (así hablaba él a sus amigos). Ya mis manos, no educadas a tiempo, se resisten. Eso me pasa con la vida en el extranjero. ¡Qué ando yo haciendo aquí!

Escribía para matar el tiempo; escribía después de nuestros paseos por los alrededores de Madrid o nuestras visitas a los museos. Y cada día incrustaba en la página un giro, una palabrita, una observación más. Le desconcertaba la pobreza material del oficio del escritor. Él hubiera querido hacerlo con "restirador" —como en México decimos—, con compás, escuadras, regla T, transportador, escalas, doble decímetro, qué sé yo.

Concibió un cuento —un retrato imaginario al modo de Walter Pater—, que no tuvo tiempo de escribir: un platero, un Arfe español, llega a la Nueva España, donde su arte se contrasta y perfecciona con el de los mexicanos. Poco a poco, en fuerza de imaginación, enloquece; se hace vagabundo, y se pierde por los pueblecitos de indios. Los indios lo adoraban y seguían como a un padre, adivinando en su locura un fuego sagrado. A veces, entre delirios, el vagabundo cogía el oro entre las manos y... ¡Qué triste, qué hondo asunto! ¡Qué historia ha perdido la literatura mexicana!

Servía de ayudante a un constructor a quien, sin proponérselo, Acevedo —discípulo de Francia— daba lecciones hasta sobre el modo de tajar lápices. Trabajaba en la misteriosa Plazuela del Conde de Barajas, junto a los contrafuertes y bastiones de la Plaza Mayor, según se baja por la escalera del "Púlpito", camino de la calle de Toledo, que es cuanto hay que decir. Era un piso bajo, y yo venía a llamarlo por la ventana, a la hora en que él y las costureras del barrio acababan sus tareas. Guardaba sus instrumentos cuidadosamente, y salía a la calle.

Pero, a la otra mañana, el dibujo había adelantado solo; los grafios estaban sucios, y había heces de tinta china en los godetes. Es un duende —opinaba Gómez de la Serna—, el duende del Conde de Barajas, que se ha enamorado de los juguetes del dibujante.

Tal era su vida en Madrid.

Martín y yo nos aventuramos por esas tiendas, para proponer los dibujos y acuarelas de Acevedo. Él no se atrevía. Nunca logramos vender nada. Acevedo hacía unos cuadros encantadores, con amenidad y riqueza de grabados viejos,

casi siempre bajo la preocupación del arquitecto: grupos de albañiles acarreaban piedras, y trepaban, con cubos y sogas, por los andamios. Pero el imbécil del comerciante hubiera preferido manolas con abanicos y mantillas, rejas de claveles, etcétera.

Me dijiste un día:

—¡Qué intensa y rara ha de aparecer nuestra vida a los que mañana se asomen a contemplarla con amor!

Pero ¿no es así toda vida?

A veces te veo, en mangas de camisa, al balcón de tu casita de barrio mexicano. Suena el fonógrafo, para darle gusto a la Fulana. Y tú hojeas tu *Paul Verlaine*, donde has pegado retratos de mujeres.

Camarada con quien he compartido, en las mocedades de México, la puta y la locura:

"Mis dos manos estas flores te dan".

México, julio de 1924

EN MEMORIA DE ANTONIO CASO*

CUANDO la alarma de su fallecimiento corrió por la ciudad —por cierto, interrumpiendo trágicamente una discusión de filósofos que a la sazón se desarrollaba en la casa de San Cosme— pareció, de pronto, que aquella desgracia súbita no encontraba sitio en la conciencia. No contábamos con que también Antonio Caso había de morírsenos. Acabábamos de dejarlo en plena salud. Muchos, de cierta manera tácita, nos referíamos a él como a un supuesto indispensable en toda empresa de cultura. Algunos aun lo dábamos por presente, como a un interlocutor invisible, en nuestros solitarios combates con el espíritu. Todo pensamiento de amistad tenía que evocarlo por derecho propio. Valíamos más, porque él nos acompañaba. Nos consolaba que existiera, que estuviera aquí, al alcance de la mano. Y nos aflige saber que ha muerto entristecido ante el espectáculo del mundo. Su partida tiene algo de acusación. Con él se nos ha ido mucho más que un hombre, mucho más que un amigo: acaso una época, acaso una actitud de la mente y de la conducta. Hoy sólo nos queda hacer votos por que su recuerdo nos oriente y vigile, a manera de centinela insobornable.

Aquella tarde lluviosa, de crudos nubarrones y ráfagas inclementes, acompañamos al cementerio los restos del gran mexicano, que cada día aparecerá mayor y mejor, "tel qu'en lui-même enfin l'éternité le change".

De él habíamos escrito hace años: "La historia de la filosofía, él ha querido y ha sabido vivirla. Con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las organiza, su cátedra llegaría a ser el orgullo de nuestro mundo universitario. Su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, lo convertirían en el director de la juventud".

Antonio Caso lo entendía todo, desde las arquitecturas etéreas de la música de Beethoven hasta las evidencias ciclópeas del pincel de Diego Rivera. En el orden de su especialidad, vivió en un progreso continuo, y aun parece que sus propios discípulos se hubieran detenido en tal o cual etapa que él había salvado con empuje constante. Pero dejo a otros la tarea, hermosa y abrumadora, de relatar para mañana —pues hoy todos lo saben— cuánto significan, y no solamente para nuestro país, las enseñanzas del catedrático, las obras del escritor, la acción del maestro que, como Sócrates, suscitaba las vocaciones a su paso, sin inculcar ni imponer otra doctrina que la probidad mental, el arduo estudio, el amor a la belleza y a la verdad, la limpieza ética, de que siempre fue vívido ejemplo.

Me retraigo al instante en que, rodeado ya de la fama, aunque era todavía un estudiante de Derecho, lo escuché, en el Ministerio de Instrucción Pública, saludar el advenimiento de Justo Sierra, cuya herencia puede decirse que ha

recogido en mucha parte. Inolvidable aquella su presencia magnética; inolvidable su emoción, siempre corregida en la geometría de un pensamiento seguro; inolvidables su habla que ya acariciaba o ya mordía las palabras, su cara fuerte y persuasiva, su cabellera negra y revuelta, sus ojos tremendos que —a veces— parecían fascinados en la contemplación de las ideas puras. Inolvidable, para quienes disfrutamos el privilegio de su intimidad, el calor que comunicaba a nuestros ideales nacientes, en aquellos días de las campañas juveniles en busca de una cultura más humana y más generosa.

Evocando, más tarde, las "veladas de Santa María", reuniones informales donde descubrimos, en compañía de Antonio Caso, las dos o tres direcciones definitivas de nuestra carrera humana, escribí en Madrid, allá por 1917, estas palabras:

> ¡Adiós a las noches dedicadas al genio, por las calles de quietud admirable o en la biblioteca de Antonio Caso, que era el propio templo de las musas! Preside las conversaciones un enorme busto de Goethe, del que solíamos colgar sombrero y gabán, convirtiéndolo en un convidado grotesco. Y un reloj, en el fondo, va dando las horas que quiere; y cuando importuna demasiado, se lo hace callar: que en la casa de los filósofos, como en la del *Pato Salvaje*, no corre el tiempo. Caso lo oye y lo comenta todo con intenso fervor; y cuando, a las tres de la mañana, Vasconcelos acaba de leernos las meditaciones del Buda, Pedro Henríquez Ureña se opone a que la tertulia se disuelva, porque —alega entre el general escándalo— "apenas comienza a ponerse interesante". A esta hora de la vida dedicamos hoy copiosos recuerdos, seguros de que fue la mejor.

Antonio Caso representa toda una era mexicana. Campeón de las reformas indispensables y guardián de las tradiciones esenciales, se encuentra situado en el punto crítico de la catástrofe. Cuando sobreviene la intensa sacudida social que, entre muchas cosas malas, pudo derrumbar muchas cosas buenas, le incumbe providencialmente la tarea del "soter", del salvador, del continuador. A hombres como éste corresponde, de generación en generación, el evitar que se desgarre la tela, siempre en trama, de nuestra conciencia nacional. Así ha de contemplarlo la historia. Esta luz no puede extinguirse, y vivirá como fuego interno en el corazón de todos los mexicanos. Mucho tiempo ha de pasar antes de que el polvo se organice para construir otra figura semejante.

Pero, junto a estos rasgos del monumento, hay que recoger piadosamente los rasgos del hombre, del varón de virtud sencilla, del caballero cortés y delicadamente ceremonioso, del amigo cuyo encuentro era una fiesta del espíritu, del ameno conversador lleno de elegancias y oportunidades felices. "Amateur d'âmes", disfrutaba como pocos de todo lo noble y lo selecto, y sabía celebrar las gracias con aquellas risotadas tan suyas que llegaban a cortarle el aliento. Su mero saludo, por la calle, parecía un presente magnífico. Siempre echaremos de menos su apretón de manos, su fértil charla, su mesa en "Lady Baltimore", donde se ofrecía al trato de sus amigos y sus admiradores, durante las breves horas que robaba a su incesante labor y a su reclusión obligatoria. Nos falta ya mucho su sorprendente tarea de periodismo filosófico, verdadero alivio entre las turbulencias del diario. Y desde ahora señalo a sus comentaristas esta

labor de vulgarización y de síntesis, jamás igualada que yo sepa. A menos que nos transportemos al siglo en que Descartes y el Rector del Colegio de Breda se detenían a discutir los problemas de física que el Príncipe D'Orange mandaba fijar en las esquinas.

En la modestísima sala, donde una cama cualquiera y un aguamanil anticuado alternaban con unos estantes frágiles y sobrecargados; sobre aquella mesa ahogada por los bordes entre varias filas de libros, que componían una como enciclopedia personal y que apenas dejaban sitio para escribir, el cenicero mostraba todavía los despojos de su último cigarrillo; y como un inesperado símbolo de mando, descansaba, allí entre los papeles, su bastón con puño de plata, emblema de su mariscalato: el más noble, el indiscutible.

México, marzo de 1946

DESPEDIDA A JOSÉ VASCONCELOS*

LOS ESCRITORES y artistas que te dedican este homenaje me encargan de ofrecértelo, honrándome singularmente con ello, y mirando sin duda a lo firme y sólido de nuestra antigua amistad.

Ya que no llegué a colaborar contigo, salvo en la intención, para tu admirable campaña de cultura, me complace ahora darte este testimonio público de admiración y de afecto, cuando ya nuevas solicitaciones —yo creo que, en el fondo, las mismas— atraen tu voluntad hacia otros campos de combate.

Fuimos siempre, en nuestra concordia o nuestra discordia, buenos camaradas de guerra. Lo mismo cuando casi nos tirábamos los tinteros a la cabeza con motivo de una discusión sobre Goethe —¡ese precioso instante de la primera juventud en que contrajimos, para siempre, los compromisos superiores de nuestra conducta!— como cuando, lejanos y desterrados, vendíamos, tú, en un pueblo de los Estados Unidos, pantalones al por mayor, hechos a máquina, y yo, en Madrid, artículos de periódico al por menor, hechos también a máquina. Cada vez que la vida se nos ponía dura —bien te acordarás— iba una carta del uno al otro, buscando la simpatía en el dolor. Los dos me parece a mí que nos comprendemos y nos toleramos. Somos diferentes, y eso más bien nos ha acercado. Yo no puedo hablarte sino con palabras de íntimo trato. Yo no puedo dirigirme a ti en términos de solemnidad oficial: eres parte en la formación de mí mismo, como yo soy parte en la tuya.

En el ocio todos somos iguales. Tú, hombre activo por excelencia, has tenido que acentuar tus perfiles, que ser distinto, que provocar entusiasmos y disgustos. Sin embargo, todos —unos y otros— han reconocido la magnitud y la honradez de tu esfuerzo, que con razón te ha conquistado el aplauso de nuestra América y la atención de los primeros centros intelectuales del mundo. Con el tiempo se apreciará plenamente tu obra. Te has dado todo a ella —buen místico al cabo—, poseído seguramente de aquel sentimiento teológico que define San Agustín al explicarnos que Dios es acto puro. Saltando sobre la catástrofe, has cumplido algunos de los ideales que alimentaron nuestros primeros sueños en la Sociedad de Conferencias, el Ateneo de la Juventud, la Universidad Popular: —las mil formas y nombres que iba tomando, desde hace quince años, nuestro anhelo de bien social. Te has desenvuelto en un ambiente privilegiado en cierto modo, pero en otro sentido funesto y peligrosísimo: removidas profundamente las entrañas de la nación, parece que toda nuestra sangre refluye a flor de vida, que todas las fuerzas están movilizadas, que se puede fácilmente hacer todo el bien y todo el mal. Pero cuando se puede hacer todo el mal, ya no es posible —a pesar de la tentación apremiante—, ya no es posible hacer todo el bien. Éste es el dolor de la

patria, y ésos han sido, asimismo, tus tropiezos. Ésos los de otros que, cercanos a ti o casualmente distanciados, merecen un sitio en nuestra gratitud, y a quienes sé yo muy bien que eres tú el primero en admirar y querer. Contaste, además, y siempre será una honra para ellos, con la generosa comprensión de unos compañeros de gobierno que te han dejado ser como eres, confiando en tus inspiraciones y subordinando al fin patriótico cualquier diferencia secundaria.

Tú, amigo, edificador de escuelas y gimnasios, constructor de talleres, Caballero del Alfabeto, nos has dado también el ejemplo de la bravura, virtud fundamental en los hombres. Otros hubiéramos predicado las excelencias del estudio con la rama de laurel o la simbólica oliva en la mano. Tú te has armado como de una espada, y te has echado a la calle a gritar vivas a la cultura. Acaso era eso lo que hacía falta. Acaso era nuestro remedio extremo. A veces es fuerza imponer el orden a puñetazos. La ciencia es cada vez más larga; la vida es cada vez más corta. Y nuestro pueblo, en la ciudad y en los campos, padecía hambre y sed del cuerpo y del alma, cosas que no admiten espera.

Los verdaderos creadores de nuestra nacionalidad —no siempre recordados en nuestros manuales de Historia— han trabajado, bajo las amenazas del furor y de la violencia, con esfuerzos siempre interrumpidos, oponiendo una constante voluntad de bien a los incesantes asaltos del error. ¡Oh Justo Sierra! De medio siglo en medio siglo, otro más se deja caer, exánime, y entrega el mensaje al que ha de seguirlo. Y éste es el hilo patético que mantiene nuestra seguridad como pueblo civilizado. Felices los que siembran la buena semilla que da el pan para todos. Beatos los que no escatiman su vida, porque ésos se salvarán.

México, 5 de julio de 1924

LA LITERATURA MEXICANA BAJO LA REVOLUCIÓN*

A LO QUE llevo dicho en dos artículos anteriores (números de noviembre y diciembre de esta misma revista), he de añadir algunas noticias.

Una revista literaria. Un joven, casi niño, Pablo Martínez del Río, fruto aristocrático de la cultura inglesa, reúne a los dispersos y se compromete en un bello sueño. De su revista *La Nave*, sólo un número llegó a publicarse (mayo de 1916), que penosamente alcanzó las playas de Europa. En la portada de la revista se ve una carabela, como en los últimos números de la *Revista de América*, que publicaban en París los García Calderón. Figuran en ella los mejores nombres: Henríquez Ureña, Torri, Silva, Caso, De la Parra, Cravioto, González Martínez. Luchando con todas las escaseces, el director —hombre rico, si en estos tiempos de México puede decirse sin ironía— hizo traer una enorme cantidad de papel de los Estados Unidos. El número de la revista le costó más de cinco mil pesos (¿quién puede tener idea de lo que vale en la actualidad nuestro peso?), y apenas le produciría cerca de ochenta: entre la venta y el pago sobrevinieron uno, dos, no sé cuántos cambios de moneda y de gobierno. Naufragó *La Nave*, como era de esperar. Pudo el director malvender sus fardos de papel a los editores, y así las actuales ediciones de México se alimentan con los despojos de aquel naufragio. En papel de *La Nave* está impresa la *Arquilla de marfil*, de Mariano Silva. Pero hay más, y en carta reciente nos lo dice el autor: "No poco debe la *Arquilla de marfil* al ambiente literario de entonces". ¡Un recuerdo para ese diminuto buque-fantasma que aparece y desaparece! Nuestro último hogar literario fue *La Nave.* La historia de nuestra literatura contemporánea se hace por revistas: primera fase, *La Revista Azul;* segunda, *La Revista Moderna;* tercera, la *Savia Moderna* (¡nombre deplorable!) y, tras una pausa que llenan los trabajos y preparaciones del Ateneo, aparece, como en un relámpago, *La Nave.*

De algunos libros presentes y futuros. Publicó Antonio Caso *La filosofía de la intuición* (1914), *Problemas filosóficos* (1915), *Filósofos y doctrinas morales* (1915), único que ha llegado a mis manos, y anuncia *El concepto de la historia universal* y *La existencia como economía y como caridad.*

Es Antonio Caso una naturaleza elocuente. Fue un momento el director de la juventud, y así le llamaba Justo Sierra. Su experiencia de las ideas es incalculable. Tras algunas bruscas sacudidas, se repliega ahora en una manera de misticismo que siempre apuntó en él. Ambiente propicio le ha faltado, y acaso también el calor de los últimos amigos que nos quedan en México. Un tanto

aislado, estudia a los moralistas franceses y a los individualistas alemanes, aunque en verdad él recorre más cómodamente la filosofía por los capítulos de Francia. Ataca asimismo cuestiones del momento: el conflicto interno de nuestra democracia, el jacobinismo y el positivismo, las doctrinas de Wilson, con libre sentido espiritual. Todo lo entiende, sabe expresarlo todo, y no es fácil prever todo lo que puede alcanzar aún.

José Vasconcelos, en quien la inquietud estética se desborda del libro a la vida, interpreta originalmente las doctrinas de Pitágoras desde las páginas de *Cuba Contemporánea* (septiembre y octubre de 1916), y prepara, entre sus aventurados viajes, que él mismo compara a los de Ulises, un ensayo sobre *La sinfonía como género literario*. Vuelve así, sin darse cuenta, a la tesis de Mallarmé, en los días en que la "confusión de las artes" ha hecho crisis, y Babbit ha podido escribir su *Nuevo Laocoonte*. No importa, si hace pensar y vivir intensamente.

El marqués de San Francisco, Manuel Romero de Terreros, publica sus apuntes de *Arte colonial* (1916), libro de curiosa y nueva erudición, amable por todos conceptos, donde se habla de muebles coloniales, plateros mexicanos, cerámica de la Puebla de los Ángeles, obras de bronce, casas y jardines virreinales, sillas y jaeces, bordados y joyas de antaño, la iluminación y la miniatura en México, y que debe ser considerado como promesa de una hermosa síntesis futura, donde el dato se desarrolle en teoría. Federico Mariscal, el más adecuado para hacerlo, escribe sobre *La patria y la arquitectura nacional* (1916), libro que surge de unas conferencias dadas en aquella Universidad Popular que fundamos el 13 de diciembre de 1912, la cual ha podido mantenerse merced a la increíble constancia de Alfonso Pruneda. Obra técnica la de Mariscal, y, con todo, accesible al lector corriente; sabia organización de noticias y reglas de arte, estudia las casas de habitación, los mesones o posadas, colegios, hospitales y hospicios, conventos, edificios públicos y religiosos, plazas y mercados, jardines y parques, acueductos y fuentes, cementerios, monumentos, nichos, placas, relieves y detalles artísticos, y su acabadísimo plan se destaca en los índices finales. Es definitiva en su género, cualesquiera fueren las rectificaciones que el tiempo traiga, y llamamos sobre ella la atención del especialista. Ya se apreciará con esto lo que vale el esfuerzo de divulgación de que ha nacido.

El profesor Alberto María Carreño, laborioso escritor de estudios económicos, sociales, biográficos, que en rigor ha vivido siempre fuera de la vida literaria, como sucede con la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, de que es uno de los sacerdotes, ha escrito un libro sobre Fr. Miguel de Guevara y el célebre soneto "No me mueve mi Dios para quererte" (1915). Es un libro de buena fe, excesivo para el asunto que trata, candoroso por su entusiasmo y hasta por algunos rasgos curiosos, como la publicación del retrato del autor. No es concluyente, ni tiene el definitivo sello de pericia científica; pero no por eso hará menos bien, llamando la atención en América sobre esos cartapacios del siglo de

oro, que, allá como aquí, nos reservan tantas sorpresas.

Alfonso Teja Zabre escribe una *Vida de Morelos* (1916) con fines populares, con estilo sencillo y con probidad histórica. El académico D. Manuel G. Revilla, *Los fundamentos del arte literario* (1915), *Lo que enseña la vida de Cervantes* (1916) y, con Alejandro Quijano, formula *Un dictamen sobre la ortografía fonética* (1916), en que se rechaza la reforma revolucionaria propuesta por F. Figueroa. De este dictamen se ocupa el fonetista español Navarro Tomás en reseña anónima de la *Revista de Filología Española*, III, 1916, página 334. Sobre *La higiene en México* (1916), de Alberto J. Pani, saben ya bastante los lectores de esta revista *(Cultura Hispanoamericana*, agosto de 1916, páginas 41-43). No tardará el correo en traernos un libro de Alfonso Cravioto sobre el pintor Carrière, libro que cierto corresponsal de México me anuncia como primorosamente editado, y que procede de unas conferencias dadas por 1907 en el Casino de Santa María. No parece sino que los escritores mexicanos se hubieran propuesto guardar sus obras para publicarlas en los peores momentos. Cravioto, excelente prosista, era de los que pecaban de inéditos.

De antemano saludamos con júbilo la aparición de cierto capítulo sobre la literatura contemporánea en México, de la Reforma hasta nuestros días, que Antonio Castro Leal publica en la obra en prensa *México en el arte, en la ciencia y en la vida;* y muy pronto hemos de ver el libro, tan deseado por nosotros, de Julio Torri, el desconcertante humorista. “Para fines de este año —nos escribe Mariano Silva— creo que Julio nos dará su libro, que será, sin duda, el más interesante de los que en este país se hayan escrito.” Y antes nos había dicho Torri: “Pronto te llegará un pequeño libro mío. Por exigencias de Pedro Henríquez, y falta de dinero, me resolví a salir a la plaza del vulgo. Perdonadme vosotros”. Gracias sean dadas a ese amigo tan exigente; gracias a esa pobreza tan fecunda.

NUESTRA AMÉRICA

NOTAS SOBRE LA INTELIGENCIA AMERICANA*

1. MIS OBSERVACIONES se limitan a lo que se llama la América Latina. La necesidad de abreviar me obliga a ser ligero, confuso y exagerado hasta la caricatura. Sólo me corresponde provocar o desatar una conversación, sin pretender agotar el planteo de los problemas que se me ofrecen, y mucho menos aportar soluciones. Tengo la impresión de que, con el pretexto de América, no hago más que rozar al paso algunos temas universales.

2. Hablar de civilización americana sería, en el caso, inoportuno: ello nos conduciría hacia las regiones arqueológicas que caen fuera de nuestro asunto. Hablar de cultura americana sería algo equívoco: ello nos haría pensar solamente en una rama del árbol de Europa trasplantada al suelo americano. En cambio, podemos hablar de la inteligencia americana, su visión de la vida y su acción en la vida. Esto nos permitirá definir, aunque sea provisionalmente, el matiz de América.

3. Nuestro drama tiene un escenario, un coro y un personaje. Por escenario no quiero ahora entender un espacio, sino más bien un tiempo, un tiempo en el sentido casi musical de la palabra: un compás, un ritmo. Llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma en otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente. A veces, el salto es osado y la nueva forma tiene el aire de un alimento retirado del fuego antes de alcanzar su plena cocción. La tradición ha pesado menos, y esto explica la audacia. Pero falta todavía saber si el ritmo europeo —que procuramos alcanzar a grandes zancadas, no pudiendo emparejarlo a su paso medio— es el único "tempo" histórico posible; y nadie ha demostrado todavía que una cierta aceleración del proceso sea contra natura. Tal es el secreto de nuestra historia, de nuestra política, de nuestra vida, presididas por una consigna de improvisación. El coro: las poblaciones americanas se reclutan, principalmente, entre los antiguos elementos autóctonos, las masas ibéricas de conquistadores, misioneros y colonos, y las ulteriores aportaciones de inmigrantes europeos en general. Hay choques de sangres, problemas de mestizaje, esfuerzos de adaptación y absorción. Según las regiones, domina el tinte indio, el ibérico, el gris del mestizo, el blanco de la inmigración europea general, y aun las vastas manchas del africano traído en otros siglos a nuestro suelo por las antiguas administraciones coloniales. La gama admite todos los tonos. La laboriosa entraña de América va poco a poco mezclando esta sustancia heterogénea, y hoy por hoy, existe ya una humanidad americana característica, existe un espíritu americano. El actor o personaje, para nuestro argumento, viene aquí a ser la inteligencia.

4. La inteligencia americana va operando sobre una serie de disyuntivas. Cincuenta años después de la conquista española, es decir a primera generación, encontramos ya en México un modo de ser americano: bajo las influencias del nuevo ambiente, la nueva instalación económica, los roces con la sensibilidad del indio y el instinto de propiedad que nace de la ocupación anterior, aparece entre los mismos españoles de México un sentimiento de aristocracia indiana, que se entiende ya muy mal con el impulso arribista de los españoles recién venidos. Abundan al efecto los testimonios literarios: ya en la poesía satírica y popular de la época, ya en las observaciones sutiles de los sabios peninsulares, como Juan de Cárdenas. La crítica literaria ha centrado este fenómeno, como en su foco luminoso, en la figura del dramaturgo mexicano don Juan Ruiz de Alarcón, quien a través de Corneille —que la pasó a Molière— tuvo la suerte de influir en la fórmula del moderno teatro de costumbres de Francia. Y lo que digo de México, por serme más familiar y conocido, podría decirse en mayor o menor grado del resto de nuestra América. En este resquemor incipiente latía ya el anhelo secular de las independencias americanas. Segunda disyuntiva: no bien se logran las independencias, cuando aparece el inevitable conflicto entre americanistas e hispanistas, entre los que cargan el acento en la nueva realidad, y los que lo cargan en la antigua tradición. Sarmiento es, sobre todo, americanista. Bello es, sobre todo, hispanista. En México se recuerda cierta polémica entre el indio Ignacio Ramírez y el español Emilio Castelar que gira en torno a iguales motivos. Esta polémica muchas veces se tradujo en un duelo entre liberales y conservadores. La emancipación era tan reciente que ni el padre ni el hijo sabían todavía conllevarla de buen entendimiento. Tercera disyuntiva: un polo está en Europa y otro en los Estados Unidos. De ambos recibimos inspiraciones. Nuestras utopías constitucionales combinan la filosofía política de Francia con el federalismo presidencial de los Estados Unidos. Las sirenas de Europa y las de Norteamérica cantan a la vez para nosotros. De un modo general, la inteligencia de nuestra América (sin negar por ello afinidades con las individualidades más selectas de la otra América) parece que encuentra en Europa una visión de lo humano más universal, más básica, más conforme con su propio sentir. Aparte de recelos históricos, por suerte cada vez menos justificados y que no se deben tocar aquí, no nos es simpática la tendencia hacia las segregaciones étnicas. Para no salir del mundo sajón, nos contenta la naturalidad con que un Chesterton, un Bernard Shaw contemplan a los pueblos de todos los climas, concediéndoles igual autenticidad humana. Lo mismo hace Gide en el Congo. No nos agrada considerar a ningún tipo humano como mera curiosidad o caso exótico divertido, porque ésta no es la base de la verdadera simpatía moral. Ya los primeros mentores de nuestra América, los misioneros, corderos de corazón de león, gente de terrible independencia, abrazaban con amor a los indios, prometiéndoles el mismo cielo que a ellos les era prometido. Ya los primeros conquistadores fundaban la igualdad en sus arrebatos de mestizaje: así, en las Antillas, Miguel

Díaz y su Cacica, a quienes encontramos en las páginas de Juan de Castellanos; así aquel soldado, un tal Guerrero, que sin este rasgo sería oscuro, el cual se negó a seguir a los españoles de Cortés, porque estaba bien hallado entre indios y, como en el viejo romance español, "tenía mujer hermosa e hijos como una flor". Así, en el Brasil, los célebres João Ramalho y el Caramurú, que fascinaron a las indias de San Vicente y de Bahía. El mismo conquistador Cortés entra en el secreto de su conquista al descansar sobre el seno de Doña Marina; acaso allí aprende a enamorarse de su presa como nunca supieron hacerlo otros capitanes de corazón más frío (el César de las Galias), y empieza a dar albergue en su alma a ciertas ambiciones de autonomismo que, a puerta cerrada y en familia, había de comunicar a sus hijos, más tarde atormentados por conspirar contra la metrópoli española. La Iberia imperial, mucho más que administrarnos, no hacía otra cosa que irse desangrando sobre América. Por acá, en nuestras tierras, así seguimos considerando la vida: en sangría abierta y generosa.

5. Tales son el escenario, el coro, el personaje. He dicho las principales disyuntivas de la conducta. Hablé de cierta consigna de improvisación, y tengo ahora que explicarme. La inteligencia americana es necesariamente menos especializada que la europea. Nuestra estructura social así lo requiere. El escritor tiene aquí mayor vinculación social, desempeña generalmente varios oficios, raro es que logre ser un escritor puro, es casi siempre un escritor "más" otra cosa u otras cosas. Tal situación ofrece ventajas y desventajas. Las desventajas: llamada a la acción, la inteligencia descubre que el orden de la acción es el orden de la transacción, y en esto hay sufrimiento. Estorbada por las continuas urgencias, la producción intelectual es esporádica, la mente anda distraída. Las ventajas resultan de la misma condición del mundo contemporáneo. En la crisis, en el vuelco que a todos nos sacude hoy en día y que necesita del esfuerzo de todos, y singularmente de la inteligencia (a menos que nos resignáramos a dejar que sólo la ignorancia y la desesperación concurran a trazar los nuevos cuadros humanos), la inteligencia americana está más avezada al aire de la calle; entre nosotros no hay, no puede haber torres de marfil. Esta nueva disyuntiva de ventajas y desventajas admite también una síntesis, un equilibrio que se resuelve en una peculiar manera de entender el trabajo intelectual como servicio público y como deber civilizador. Naturalmente que esto no anula, por fortuna, las posibilidades del paréntesis, del lujo del ocio literario puro, fuente en la que hay que volver a bañarse con una saludable frecuencia. Mientras que, en Europa, el paréntesis pudo ser lo normal. Nace el escritor europeo en el piso más alto de la Torre Eiffel. Un esfuerzo de pocos metros, y ya campea sobre las cimas mentales. Nace el escritor americano como en la región del fuego central. Después de un colosal esfuerzo, en que muchas veces le ayuda una vitalidad exacerbada que casi se parece al genio, apenas logra asomarse a la sobrehaz de la tierra. Oh, colegas de Europa: bajo tal o cual mediocre americano se esconde a menudo un almacén de virtudes que merece ciertamente vuestra simpatía y vuestro estudio.

Estimadlo, si os place, bajo el ángulo de aquella profesión superior a todas las otras que decían Guyau y José Enrique Rodó: la profesión general de hombre. Bajo esta luz, no hay riesgo de que la ciencia se desvincule de los conjuntos, enfrascada en sus conquistas aisladas de un milímetro por un lado y otro milímetro por otro, peligro cuyas consecuencias tan lúcidamente nos describía Jules Romains en su discurso inaugural del PEN Club. En este peculiar matiz americano tampoco hay amenaza de desvinculaciones con respecto a Europa. Muy al contrario, presiento que la inteligencia americana está llamada a desempeñar la más noble función complementaria: la de ir estableciendo síntesis, aunque sean necesariamente provisionales; la de ir aplicando prontamente los resultados, verificando el valor de la teoría en la carne viva de la acción. Por este camino, si la economía de Europa ya necesita de nosotros, también acabará por necesitarnos la misma inteligencia de Europa.

6. Para esta hermosa armonía que preveo, la inteligencia americana aporta una facilidad singular, porque nuestra mentalidad, a la vez que tan arraigada a nuestras tierras como ya lo he dicho, es naturalmente internacionalista. Esto se explica, no sólo porque nuestra América ofrezca condiciones para ser el crisol de aquella futura "raza cósmica" que Vasconcelos ha soñado, sino también porque hemos tenido que ir a buscar nuestros instrumentos culturales en los grandes centros europeos, acostumbrándonos así a manejar las nociones extranjeras como si fueran cosa propia. En tanto que el europeo no ha necesitado de asomarse a América para construir su sistema del mundo, el americano estudia, conoce y practica a Europa desde la escuela primaria. De aquí una pintoresca consecuencia que señalo sin vanidad ni encono: en la balanza de los errores de detalle o incomprensiones parciales de los libros europeos que tratan de América y de los libros americanos que tratan de Europa, el saldo nos es favorable. Entre los escritores americanos es ya un secreto profesional el que la literatura europea equivoque frecuentemente las citas en nuestra lengua, la ortografía de nuestros nombres, nuestra geografía, etc. Nuestro internacionalismo connatural, apoyado felizmente en la hermandad histórica que a tantas repúblicas nos une, determina en la inteligencia americana una innegable inclinación pacifista. Ella atraviesa y vence cada vez con mano más experta los conflictos armados y, en el orden internacional, se deja sentir hasta entre los grupos más contaminados por cierta belicosidad política a la moda. Ella facilitará el gracioso injerto con el idealismo pacifista que inspira a las más altas mentalidades norteamericanas. Nuestra América debe vivir como si se preparase siempre a realizar el sueño que su descubrimiento provocó entre los pensadores de Europa: el sueño de la utopía, de la república feliz, que prestaba singular calor a las páginas de Montaigne, cuando se acercaba a contemplar las sorpresas y las maravillas del nuevo mundo.[1]

7. En las nuevas literaturas americanas es bien perceptible un empeño de autoctonismo que merece todo nuestro respeto, sobre todo cuando no se queda

en el fácil rasgo del color local, sino que procura echar la sonda hasta el seno de las realidades psicológicas. Este ardor de pubertad rectifica aquella tristeza hereditaria, aquella mala conciencia con que nuestros mayores contemplaban el mundo, sintiéndose hijos del gran pecado original, de la *capitis diminutio* de ser americanos. Me permito aprovechar aquí unas páginas que escribí hace seis años:[2]

La inmediata generación que nos precede, todavía se creía nacida dentro de la cárcel de varias fatalidades concéntricas. Los más pesimistas sentían así: en primer lugar, la primera gran fatalidad, que consistía desde luego en ser humanos, conforme a la sentencia del antiguo Sileno recogida por Calderón:

> Porque el delito mayor
> del hombre es haber nacido.

Dentro de éste, venía el segundo círculo, que consistía en haber llegado muy tarde a un mundo viejo. Aún no se apagaban los ecos de aquel romanticismo que el cubano Juan Clemente Zenea compendia en dos versos:

> Mis tiempos son los de la antigua Roma,
> y mis hermanos con la Grecia han muerto.

En el mundo de nuestras letras, un anacronismo sentimental dominaba a la gente media. Era el tercer círculo, encima de las desgracias de ser humano y ser moderno, la muy específica de ser americano; es decir, nacido y arraigado en un suelo que no era el foco actual de la civilización, sino una sucursal del mundo. Para usar una palabra de nuestra Victoria Ocampo, los abuelos se sentían "propietarios de un alma sin pasaporte". Y ya que se era americano, otro handicap en la carrera de la vida era el ser latino o, en suma, de formación cultural latina. Era la época del *A quoi tient la superiorité des Anglo-Saxons?* Era la época de la sumisión al presente estado de las cosas, sin esperanzas de cambio definitivo ni fe en la redención. Sólo se oían las arengas de Rodó, nobles y candorosas. Ya que se pertenecía al orbe latino, nueva fatalidad dentro de él pertenecer al orbe hispánico. El viejo león hacía tiempo que andaba decaído. España parecía estar de vuelta de sus anteriores grandezas, escéptica y desvalida. Se había puesto el sol en sus dominios. Y, para colmo, el hispanoamericano no se entendía con España, como sucedía hasta hace poco, hasta antes del presente dolor de España, que a todos nos hiere. Dentro del mundo hispánico, todavía veníamos a ser dialecto, derivación, cosa secundaria, sucursal otra vez: lo hispano-americano, nombre que se ata con guioncito como con cadena. Dentro de lo hispanoamericano, los que me quedan cerca todavía se lamentaban de haber nacido en la zona cargada de indio: el indio, entonces, era un fardo, y no todavía un altivo deber y una fuerte esperanza. Dentro de esta región, los que todavía más cerca me quedan tenían motivos para afligirse de haber nacido en la temerosa vecindad de una nación pujante y pletórica, sentimiento ahora

transformado en el inapreciable honor de representar el frente de una raza. De todos estos fantasmas que el viento se ha ido llevando o la luz del día ha ido redibujando hasta convertirlos, cuando menos, en realidades aceptables, algo queda todavía por los rincones de América, y hay que perseguirlo abriendo las ventanas de par en par y llamando a la superstición por su nombre, que es la manera de ahuyentarla. Pero, en sustancia, todo ello está ya rectificado.

8. Sentadas las anteriores premisas y tras este examen de causa, me atrevo a asumir un estilo de alegato jurídico. Hace tiempo que entre España y nosotros existe un sentimiento de nivelación y de igualdad. Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocemos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros.

SOBRE BUENOS AIRES*

SPENGLER piensa que el desarrollo de las grandes ciudades, camino de la Ciudad-Estado, es un síntoma de aquella decadencia que acaba en la disolución nacional. Esta teoría se confronta ahora con un caso cercano, en cierto "Ensayo sobre Buenos Aires" que acaba de publicar el crítico de arte y urbanista argentino don Julio Rinaldini. (Volumen de la Comisión Argentina de Cooperación Intelectual, *Regards sur l'Argentine*, donde, después de algunas consideraciones generales de Antonio Aíta, se recogen también estudios de varios autores: Eduardo Acevedo Díaz, Guillermo Salazar Altamira y Roberto F. Giusti, uno de los directores de *Nosotros*.)

Para Rinaldini, la "ciudad tentacular" moderna se alimenta con lo mismo que sirvió de veneno a la clásica Ciudad-Estado: su internacionalismo; el cual la sustenta por una parte, y por otra ejerce la indispensable función respiratoria entre el ser nacional y el ambiente exterior.

No se detiene a explicarnos la causa de esta "mitridatización", directa consecuencia acaso de la comunicación intensa y la dependencia mutua en que viven las naciones contemporáneas, nueva acomodación biológica al aire libre que, si fue peligrosa para el embrión, es ya necesaria al ser adulto; pero sí nos explica en cambio su visión sobre el futuro de las grandes urbes en la reorganización económica del mundo contemporáneo, "donde —dice— la mera iniciativa nacional para nada cuenta".

Lejos de tender estas grandes urbes a convertirse en una entidad política hipertrofiada o en un compendio de la nación, estarían llamadas a constituir con el tiempo una cadena automática de relaciones internacionales, con cierta independencia de las culturas vernáculas. Si no me engaño, se considera aquí a las grandes urbes como la base de aquellas "naciones horizontales", capas o niveles de cultura tendidas entre todos los pueblos a pesar de los tabiques verticales de las fronteras. Los ciudadanos de estas naciones horizontales se entienden mejor entre sí que con sus propios vecinos o compatriotas.

Piénsese lo que se quiera de estas teorías, es interesante imaginar el nacimiento y vida de Buenos Aires como objeto físico, la diferenciación de su célula en un principio algo dormida, las revoluciones y torbellinos interiores de sus fuerzas urbanas (que Jules Romains llamaría las "potencias" de la ciudad), su salto de resorte oprimido después del vuelco de Caseros, su decidida versatilidad, en vértigo abierto de crecimiento y transformación constantes, ya derramándose sobre la dócil planicie que la rodea, ya trepando —innecesariamente— a las alturas del rascacielos. A la mente acuden aquellos versos de Góngora, poeta —¡también!— del urbanismo:

Nilo no sufre márgenes, ni muros
Madrid, oh peregrino, tú que pasas;
que a su menor inundación de casas
ni aun los campos del Tajo están seguros.

Para los descubridores y primeros colonos, que apenas pueden llamarse allá conquistadores porque, ¿qué conquistaban? —"el desierto, el desierto y el desierto"—, la orilla del Plata sólo era un tránsito, "un asiento" como se decía entonces, en la difícil jornada hacia los países legendarios del oro que habían de encontrarse camino del Alto Perú y del Pacífico. ¡El oro se buscaba a lo lejos, y se tenía debajo de las plantas, en el suelo más feraz que existe y que sólo estaba aguardando la provocación de la primera semilla!

El absurdo régimen político, cerrando al comercio las puertas de la futura ciudad, parecía contrariar las insinuaciones mismas de la geografía, tapar al país la boca y condenarlo a la asfixia. Dos largos siglos se lucha en vano para conquistar la libertad del comercio, y la población y aun las administraciones locales sortean el absurdo como pueden, aprovechándose primero de la piratería inglesa —que madruga tanto como la fundación de Buenos Aires—, de la piratería portuguesa, francesa, holandesa y danesa, y luego aprovechándose de la práctica generalizada del contrabando.

Minas no hay, gran preocupación de los descubridores; en la agricultura no se sueña, o se arriesga poco por miedo a las constantes "reviradas" de los indios salvajes. Esta "frontera de terror" aislaba del todo a Buenos Aires. Poco a poco, el negocio del cuero sirve de vínculo a la lenta colonización, de donde nacen los dos tipos humanos característicos: Martín Fierro, el gaucho pobre y trashumante, pastor de reses sin égloga ni caramillo, rudo amansador de potros, héroe de las derrotas, "perdedor" en la vida; y el rico "estanciero" o hacendado Don Fulano de Tal, fundador del "patriciado" futuro y siempre en estrena de la civilización y los placeres del mundo.

Y de paso me complazco en ver aquí confirmada mi noción sobre un Buenos Aires donde el patriciado, aristocracia de hecho, conserva la tradición y la impone por fascinación y contagio a la plebe de las inmigraciones; noción que, expuesta por 1929, me atrajo cierta polémica con un escritor argentino, polémica que fue inesperadamente a repercutir en las páginas de Charles Maurras, jefe de los monarquistas franceses *(Sur la cendre de nos foyers)*.[1]

Y véase el prodigio: el pobre establecimiento de trescientos colonos en un paralelogramo de unos 2 000 por 1 100 metros (¡el cuero de la res de Cartago!) crece penosamente a lo largo de los siglos de comprensión, y al fin estalla en desborde incontenible cuando la caída del tirano Rosas, año de 1852.

En 1852, la población es de 70 000 almas; doce años más tarde, en 1864, alcanza la cifra de 140 000. En doce años la ciudad ha visto doblarse la proporción que había conquistado en doscientos setenta y dos años (a contar desde 1580 hasta la caída de Rosas). De 1864 en adelante, su crecimiento es una curva ascendente de que no hay igual entre las ciudades contemporáneas.

En 1880 se arregla definitivamente, con el triunfo de Buenos Aires, el duelo iniciado desde los días de la independencia entre la capital y el resto de la nación, otra singularidad de la historia argentina, explicable por el aislamiento original de la fundación porteña y la falta de visión política sobre sus verdaderos destinos. "Buenos Aires alcanza en 1875 la cifra de 230 000 habitantes; en 1887, la de 437 373; y en 1904 la ciudad tiene ya una población de 979 325 almas." Hoy llega a 2 415 000 sin contar más que el casco de la ciudad propiamente dicha, pues el conjunto de la aglomeración urbana, que se extiende sin solución de continuidad sobre 46 000 hectáreas, alcanza los 4 000 000 de habitantes.

Su fiebre de transformación, que a ningún porteño parece asombrar, no se detiene ante demolición alguna. Puede acusársela, por la misma celeridad con que echa abajo casas y manzanas recién construidas, de cierta imprevisión urbana, pero ello mismo es el signo de su enorme vitalidad. Hincha los pulmones, abre parques, parte en dos las rocas hechizas de sus rascacielos. Acabamos de ver la calle de Corrientes (que dista mucho ya de ser la del conocido tango: "Y todo a media luz"), ensancharse en pocos meses de ocho a veintiséis metros; y abrirse en un instante, sin piedad para los apegos más o menos históricos, una enorme avenida de 140 metros de ancho. En un solo año se han expedido 15 654 permisos de construcción, que representan una superficie de 1 780 516 metros cuadrados, y un valor de 153 099 300 pesos argentinos.

"Buenos Aires no crea cultura propia." Absorbe, transforma la más alta cultura internacional y la vierte al resto del país. Ejerce una función esencial al mismo tiempo para la Argentina y para el mundo, tanto en lo cultural como en lo económico. En 1887, sobre sus 437 373 habitantes, hay ya 228 641 extranjeros. Su asimilación del inmigrante es inmediata, y sólo recibe las influencias que escoge. Sobre esa cifra de extranjeros, 138 166 eran italianos. Con todo, dominan en su formación intelectual los tipos franceses; en sus modas, Francia e Inglaterra. Pero Buenos Aires vive en contacto con el territorio nacional, en cuyo metabolismo económico representa el órgano primo.

Este contacto —dice Rinaldini— se mantiene

> aun cuando sólo fuera por obra y gracia de los vientos que continuamente la visitan: No se trata de una mera figura literaria, no. Los vientos son factores determinantes en la economía argentina. Los vientos fríos y húmedos del Pacífico, que pierden su vapor de agua al trasmontar las cordilleras, se transforman en vientos fríos y secos que, en las regiones cálidas del norte y del centro, levantan nubes cargadas de humedad y provocan copiosas lluvias fecundas. Y esos mismos vientos húmedos del Pacífico, al entrar por el extremo sur del territorio argentino, contribuyen a su riqueza forestal. Buenos Aires —ciudad azotada siempre por el viento, ciudad que conoce la enervación del "viento norte", denso y cálido, y el alivio del "pampero", viento frío del sudoeste que limpia los cielos y aligera las presiones bajas— sabe que estos cambios de atmósfera mantienen la riqueza de la nación. El clima variable de Buenos Aires es como un indicador, agente natural de que la capital se sirve para controlar los destinos del país.

¡Auriga que rige su carro con las riendas del viento! ¡No podría conmovernos más la "Historia de Valdemar Daae y de sus hijas, contada por el viento"!

EL BRASIL EN UNA CASTAÑA*

PARA ENTENDER las cosas hay que partir de sus orígenes. Sea que nos inclinemos a aceptar la tradición bíblica del Génesis o la tradición helénica de la *Teogonía* de Hesíodo, todos estamos de acuerdo en que el Brasil no fue creado desde el origen del mundo, sino un poco después: unos cuantos millones de siglos más tarde. El demiurgo o agente mediador encargado de gobernar la obra era un artista joven. Como todos los artistas jóvenes, usaba demasiados materiales y tenía la fuerza de la inexperiencia. Comenzó, pues, por disponer de enormes cantidades de los cuatro elementos —tierra, agua, aire y fuego— de suerte que casi desequilibró la proporción del planeta. Usó una mole de tierra tan inmensa que, aunque tenía encargo de fabricar una comarca, más bien fabricó un continente metido dentro del continente americano; usó tan exorbitante masa de agua que, en las cataratas del Iguazú, en la cuenca del Amazonas y en otras redes fluviales, estuvo a punto de sorber toda la humedad atmosférica y todo el líquido de los océanos, al grado que la desembocadura del Marañón, más que una desembocadura, es un combate de igual a igual entre dos mares; usó tan enormes zonas de aire, que es muy creíble que haya necesitado disponer de la atmósfera de la Luna, aunque en esto las autoridades no están de acuerdo, pues otros sostienen que el planeta tuvo que exprimirse como una esponja para ceder algunas de sus emanaciones interiores; usó tan intensas calidades del fuego, que grandes porciones del suelo comenzaron por carbonizarse y luego llegaron a la suprema cristalización del diamante —que no es más que una exageración del carbón—, la corteza terrestre se empapó de sudores vegetales, determinando así una feracidad natural casi inconcebible, y que todavía, en el verano, sobre el asfalto de las avenidas y a las doce del día, suelen algunos humoristas preparar unos huevos fritos con el solo calor del Sol. Al llegar a la síntesis de los cuatro elementos, es decir, al hombre, el resultado fue paradójico: por combinación y armonía entre los excesos contrarios, resultó la sabia moderación. El brasileño es el diplomático nato, y el mejor negociador que ha conocido la historia humana. No hay conflicto que se resista a su espíritu de concordia. y a su ardiente simpatía. Como posee la aptitud, desdeña la violencia. Nació para deshacer, sin cortarlo, el Nudo Gordiano. Y todavía nuestro caprichoso demiurgo, al batir la sustancia de lo que había de ser la gente brasileña, echó dentro de aquel inmenso crisol, dotado como ninguno para las sorpresas de la química biológica y de la alquimia psicológica, ingredientes variados de las más distintas razas y colores, desde el rubio transparente hasta el azabache brillante, pasando por las tonalidades intermedias del cacao y del café, por manera que en aquel horno genitor se está fraguando el metal humano por excelencia, hecho de todos los metales fundidos,

como el que escurría del incendio de Corinto.

A la luz de las consideraciones anteriores, es fácil entender la vida del pueblo brasileño.

Los ritmos históricos, al movilizar colosales volúmenes a lo largo de dilatados espacios, asumen la robustez y lentitud de las erosiones geológicas. De la colonia se pasa a la sede monárquica, de aquí al imperio independiente, de aquí por último a la república, en un compás majestuoso y amplio, en una secuencia necesaria, contraste a los vaivenes coléricos y algo improvisados con que se suceden las etapas en las demás naciones iberoamericanas. Los mismos sobresaltos revolucionarios parecen ofrecer allá cierta relativa mansedumbre. Las pugnas con los países vecinos, tras los accidentes bélicos inevitables en la juventud de aquel pueblo, tienden a la discusión internacional y a la conciliación razonable. La expansión de fronteras sobre los pueblos vecinos no tiene verdadera importancia en la historia del Brasil, como luego lo explicaremos, porque la expansión, por decirlo así, se sacia y agota dentro de las propias fronteras.

Mientras el Brasil fue perfectamente feliz, no tuvo historia. Todo se reducía a aquel paraíso del buen salvaje, que más tarde inspirará a Rousseau, y cuyos poetas caníbales han merecido la honra de ser traducidos por Montaigne y por Goethe.[1] La historia empieza por el conflicto: la llegada de los pueblos extraños. El autóctono vive en simbiosis con el ambiente, y aunque la ecología o cambio entre el ser y el medio es un equilibrio en movimiento, el movimiento es tan inefable que podría percibirlo el microscopio del antropólogo, pero no la vista media del historiador. La llegada de los extraños es por sí misma un gran desequilibrio, las corrientes ecológicas entre el ser y el ambiente se aceleran de modo apreciable, y esa aceleración es la historia. La historia es la piedra que cae en el lago dormido. Esta intrusión no es necesariamente violenta. Si en la primera época presenciamos verdaderas luchas militares para apoderarse de la tierra mostrenca —portugueses ante todo, y en segundo término, españoles, franceses, holandeses, y la importación subsidiaria de africanos—, en la segunda época presenciamos infiltraciones más sutiles, económicas, financieras, industriales, agrícolas, a las que contribuyen de un modo ya constitucional los ríos de hombres y de acción humana venidos de Inglaterra, los Estados Unidos, Alemania, Italia y hasta el Asia remota.

Y el problema para estos conquistadores o colonos de varios tipos se reduce a esto: asegurarse del suelo que se pisa. Ya se comprende que, en un territorio tan inmenso, y tan cegado y estorbado por su misma feracidad natural, constantemente hay que abrirse paso con el hacha y defenderse contra el asalto de la selva o de los desiertos; y la urbanización —que esto es el aseguramiento del suelo— supone una labor incansable. Por donde se aprecia desde luego la equivocación de los que afirman ligeramente: “Al Brasil se lo ha dado todo la naturaleza, el hombre no ha necesitado hacer nada”. ¡Como si la naturaleza diera

alguna vez los elementos ya asimilables y adecuados a la civilización humana! La naturaleza no da: el hombre le arrebata. Quien goza de aquella admirable seguridad de Riojaneiro nunca debe olvidar que ella se sostiene en una pugna tenaz e incesante del hombre contra la naturaleza, a la que hay que domesticar minuto a minuto. El simple vecino de la ciudad olvida que hay un ejército de dorsos y brazos desnudos que oscuramente se afanan para salvaguardar la ciudad. El que disfruta de aquella salubridad perfecta no debe olvidar que ella fue la invención de un hombre, Osvaldo Cruz, y que las legiones de mata-mosquitos se encargan de conjurar los contagios de la fiebre. Todo este sustento de lo visible está en lo invisible. Por eso solía decir un clásico brasileño: "El Brasil crece de noche".

En suma, nos hemos encontrado aquí otra vez con la célebre controversia sobre los orígenes de las civilizaciones, que puede resumirse así: "El Egipto es un don del Nilo", decía Heródoto. Una escuela de historiadores modernos le contesta: "El Egipto se hizo *contra el Nilo*". La verdad está en el medio: "El Egipto es una domesticación del Nilo". Aplíquese lo mismo a la obra humana ante la naturaleza brasileña.

Pues bien, ¿cómo se opera este aseguramiento del suelo por parte del pueblo que crea el Brasil histórico? Mediante una exploración y afianzamiento paulatinos, que arrancan del litoral sud-atlántico y se encaminan hacia el interior, vencen aquí los desiertos y los bosques, más allá dominan las cuestas, y luego, alcanzados los altiplanos del Sur, siguen penetrando en la entraña del territorio a favor de los ríos que corren hacia dentro, como el São Paulo y el Paraná. Toda la historia se resume en un avanzar de *bandeirantes*, en el empuje hacia el fondo del país de una frontera en marcha, destinada a lograr que el apoderamiento económico del suelo coincida con toda el área virtual y políticamente poseída. Por supuesto que esta marcha no se realiza en línea desplegada y continua por todo el inmenso litoral; sino que hay focos aislados, penetraciones inconexas, rectificaciones y arrepentimientos. Y poco a poco las aventuras dispersas se van concertando unas con otras, y los grupos separados logran darse la mano. Este avance de la frontera económica es el esquema que abarca toda la historia del Brasil. Por eso hemos dicho que allá no tiene trascendencia la expansión externa de fronteras políticas. Con la única excepción del territorio del Acre (término del N.O. adquirido sobre Bolivia en 1903 mediante un procedimiento semejante al de los Estados Unidos en el Canal de Panamá), las luchas del Brasil con los países hispánicos del Sur (Argentina, Uruguay, Paraguay), luchas que suelen reflejar viejas rivalidades de Portugal y Castilla, nunca redundarán en incremento del territorio brasileño, a pesar de que éste colinda con la mayoría de aquellos países. El perímetro político se conserva prácticamente en los mismos términos en que lo dejó el Tratado de Madrid a mediados del siglo XVIII. La anexión de la Banda Oriental del Uruguay en 1821 más bien fue un esfuerzo hacia el mar por parte de la región de Rio Grande do

Sul, que no contaba aún con un puerto practicable. Y el desperezo del poder argentino hizo que el Brasil mismo deseara la independencia del Uruguay, su antigua provincia Cisplatina, que pasó a la categoría de Estado-tapón, como un Afganistán sudamericano (1928). La larga guerra del Paraguay sólo produjo el predominio económico de la Argentina sobre aquellas tierras. Así pues, la colonización y conquista, para el Brasil, significan colonización y conquista económicas del propio territorio, aprovechamiento de la propia riqueza legítimamente poseída. Y así se da el caso singular de un enorme país cuya integridad parece defenderse sola, por la mera cultura interior, y que se halla apenas envuelta en ese orbe lingüístico, en esa verdadera telaraña que es el habla portuguesa, la cual a primera vista parecía tan permeable y tan vulnerable a las acometidas del orbe hispánico que por todas partes, menos por el mar, la circunda.

La frontera económica en marcha va sembrando a su paso, sucesivamente, campamentos de *bandeirantes, sertões* o pueblos selváticos interiores, establecimientos de explotaciones mineras, agrícolas o ganaderas, según las circunstancias del suelo; aldeas, ciudades y grandes centros industriales. La obra no está acabada. Durante algún tiempo, unos cuantos Estados trabajan y producen para la inmensa mayoría, lo que determina un dualismo económico que ha sido el primer problema del Brasil. El segundo problema, consecuencia de las condiciones descritas, fue el mosaico de pequeños mercados. A lo largo de la existencia nacional, ambos problemas van siendo gradualmente ceñidos y resueltos por los tipos humanos que engendra la frontera en marcha.

Estos tipos humanos son, a grandes rasgos, los siguientes:

1º El primitivo, que no evoluciona: el *sertanejo*, habitante del *sertão* o campo silvestre de tierra adentro.

2º Un carácter evolutivo en varias etapas, que en cierto modo coexisten históricamente y son:

a) El abuelo *bandeirante*, héroe de la epopeya nómada, que carga consigo todo su bien, como una tribu de la Biblia, llevando sus familias, sus sacerdotes, su jerarquía de jefes militares. De este tipo se desprenderán sucesivamente el tropero y, al fin, el actual viajante de comercio, como tentáculos de relación entre los poblados interiores.

b) El padre *fazendeiro*, hacendado estable, tipo de señor medieval con mucho de patriarca, que se sostiene en pugna díscola contra la escasa autoridad de los oficiales de la Corona, y es poco a poco atraído a la corte de don Juan VI, cuando éste se traslada de Lisboa al Versalles tropical de Riojaneiro.

c) El nieto urbano, a quien podemos llamar "paulista", que hace vida económica moderna, en relación con el mundo internacional, que ejerce funciones de acelerador y muchas veces fue europeizante y ausentista.

3º A los anteriores tipos hay que añadir el forastero o inmigrante europeo posterior, que a veces arraiga adquiriendo algunos de los rasgos ya descritos, y

cuando no arraiga representa un fermento importante en la masa del país. En el Brasil como en la Argentina, es notable la rapidez con que el forastero es digerido y asimilado, al menos en las épocas de existencia normal, que no conocieron la incrustación artificial de tumores de propaganda.

El *sertanejo* es fondo del paisaje campestre. Los otros tipos se combinan diversamente dando a la historia el relieve humano. Por ejemplo, los *bandeirantes* de São Paulo y los del Norte se juntan en las márgenes del río San Francisco, cuna del Brasil brasileño que va desde la actual Minas Gerães hasta Piauhy, y se distingue de la cuenca amazónica, demasiado india, y la de la región *gaúcha* del sur, demasiado platense. En las capitales azucareras de Bahía y Pernambuco se creó una aristocracia revoltosa. La segunda etapa *bandeirante*, derivando del sur y sobre el río Panamá, vivió del café, creó los grandes centros de Riojaneiro y São Paulo y produjo un liberalismo más o menos organizado.

Es el momento de recordar que esta frontera en marcha no sólo iba empujada por un impulso místico de descubrimiento, sino también atraída por las posibilidades de la explotación económica. La economía del Brasil se desenvuelve en una serie de monoculturas extensivas, que una tras otra van cayendo bajo la competencia de las culturas intensivas extranjeras. Cada uno de estos monopolios naturales se desarrolla en torno a un *leading article* o artículo principal, que el Brasil descubre para el mundo u ofrece al mundo en condiciones únicas, y que luego el mundo le sustrae. A cada artículo corresponde un tipo nuevo de civilización, un nuevo acto del drama, que monta su escenario propio de establecimientos y poblaciones. Cada auge, al final del acto, acaba en una crisis producida por la competencia exterior. Entonces sobrevienen la desbandada de pueblos hacia la región donde la pródiga naturaleza ofrece otro atractivo, y el abandono del antiguo escenario. Los actos sucesivos son:[2]

1º Civilización del azúcar: mediados del siglo XVI a fines del XVII, en que sobreviene la producción de las Indias Occidentales y de Europa. Sus principales centros: San Vicente, Pernambuco, Bahía, la Virginia sudamericana y no la Roma negra como exagera Paul Morand. El azúcar es el producto por excelencia del tráfico ultramarino, del cual vive, bajo el conde de Nassau, la colonización holandesa en el nordeste, con cuya expulsión, además de que ha aparecido en Minas y en Rio el señuelo del oro y del diamante, la industria azucarera pasa a la categoría doméstica. Todavía conoce altibajos: reflejos del sistema continental napoleónico, la rebelión de esclavos en Haití, la aparición de la gran plaza de los Estados Unidos, la revolución técnica de la remolacha, el ferrocarril, la implantación intentada de las Centrales Cubanas, la abolición de la esclavitud (1888), la guerra de 1914, las nuevas culturas de São Paulo, Rio Grande do Sul y Matto Grosso.

2º Civilización del oro: siglo XVIII, hasta llegar el auge de California, Sudáfrica y Australia. Sus principales centros: São João d'El-Rei y Goyaz, siendo Minas y Rio grandes lavaderos. La afluencia desarrolla una actividad ganadera

subsidiaria, pero produce el abandono de algunos centros agrícolas. Nacen las ciudades de Donna Marianna, Villa Rica, Ouro Preto, aunque hoy se explotan sobre todo Passagem y Morro Velho (Minas). En el primer cuarto del siglo XIX irrumpe el capital británico. Por largas y complicadas tradiciones, el Brasil nace a la vida independiente bajo el régimen de deuda internacional con la Gran Bretaña. La civilización del oro deja ostentosas y legendarias huellas, el recuerdo de las favoritas paseadas en andas y aclamadas por la muchedumbre, las joyas labradas, la arquitectura y escultura eclesiástica del *Aleijadinho*.

3º Civilización del algodón, fines del XVIII: pronto dominada por nuevos inventos, deja el sitio a los Estados Unidos. Bahía, Pernambuco, Maranhão; después, Ceará. Altibajos: caída de precios europeos en 1822, guerra de Secesión en los Estados Unidos, otra vez la abolición de la esclavitud en Brasil, atracción del caucho, guerra de 1914, nuevas culturas en São Paulo y Rio Grande do Sul, aparición del interés asiático.

4º Siglo XIX: el cuadro es complejo. Supremacía pasajera del cacao, pronto en competencia con el Ecuador, y luego con Venezuela y Colombia. Fantástico apogeo del caucho, hasta 1912, en que el Asia lo arruina. La frontera marcha hacia el Acre, se funda sobre el Amazonas la gran ciudad de Manaos. La caída es rápida, y a pesar del breve paréntesis de la guerra de 1914, la depresión llega al máximo hacia 1921. Salvo el oro, que amengua por sí solo, la historia es siempre la misma: apogeo de riqueza natural, pronto derrotada por la riqueza científica. Pero ahora se desarrolla el artículo por excelencia, el café que, entre el rejuego de calidades y precios, sufre los embates de los géneros finos de Colombia, Venezuela y Centroamérica, cede el puesto subsidiariamente al cultivo de naranja, y es eje de la economía nacional. La historia es complicada y la descripción de sus peripecias, rivalidades, reacciones sobre la política y la moneda, influencia en el desarrollo de la región paulista y la carioca, nos llevaría muy lejos. Tampoco voy a detenerme en el caso del hierro, explotación de gran porvenir, ni a trazar aquí el desarrollo de las finanzas públicas y de las teorías económicas que sirven de fondo al drama histórico. Lo que nos importa es señalar el hecho de que, contra todas estas trampas que le ha puesto el destino, el Brasil continúa su curva ascendente.

Los escenarios han sido deslumbradores: el descubrimiento, la colonización y conquista; las luchas por la posesión entre varios pueblos europeos; la culta corte de Nassau, la aventura hugonote de Villegagnon; la fastuosa colonia; el traslado, bajo la amenaza napoleónica y con el auxilio británico, de don Juan VI, el hombre de las iniciativas, que llega un día con su cortejo, su peluquero Monsieur Catilino y su costurera Madama Josefina; el franqueo de puertos que Inglaterra comienza por asegurarse y que luego se abren al mundo; el regreso de la corte a Portugal llevándose consigo todas las reservas del Estado, porque eran patrimonio de la corona; los esfuerzos para restaurar la economía mediante impuestos increíbles, a veces aun sobre el derecho de confesión; la célebre

cabalgata de don Pedro I, poeta en acción, para anunciar la independencia a su pueblo; el imperio dorado y dulce; don Pedro II, filósofo en el trono; las fragorosas guerras del sur; la partida del amado emperador y el lamento de los *saudosos;* la República. Pasan las figuras de Tiradentes, Caxias, Ruy Barbosa. Y de todo ello resulta una hermosa y grande nación que nunca perdió la sonrisa ni la generosidad en medio del sufrimiento, ejemplar a un tiempo en el coraje y en la prudencia, orgullo de la raza humana, promesa de felicidad en los días aciagos que vivimos, fantástico espectáculo de humanidad y naturaleza, cuya contemplación obliga a repetir con Aquiles Tacio: "¡Ojos míos, estamos vencidos!"

México, 24 de febrero de 1942

RUBÉN DARÍO EN MÉXICO*

A Enrique Díez-Canedo

QUERIDO Canedo:

He arrancado a mi libro de memorias las páginas que doy a la estampa. A usted le han parecido agradables. ¿Qué podía yo hacer sino dedicárselas?

Usted, amigo mío, me ha consentido muchas veces la manifestación de ese placer de los emigrados que suele resultar importuno: el recuerdo de la tierra y los amigos ausentes. Usted, con una paciencia gustosa, me ha dejado hablar horas enteras de Fernández, de González y de Martínez como si usted mismo los conociera o le importaran como a mí aquellas cosas. En verdad, a usted le importan mis recuerdos, puesto que nunca ha desdeñado el conocimiento preciso de los libros y de los hombres. Su curiosidad siempre animada ha acabado por aficionarle a los asuntos de América. A usted le gusta hojear las viejas revistas, y ver cómo reviven las pléyades literarias de hace cien o de hace diez años. Su ecuanimidad le permite apreciar con ojos serenos la hora que apenas ha cesado: lo que todavía es pasión para muchos, es ya para usted conocimiento. De esta manera, usted es uno de aquellos privilegiados que contemplan la vida con verdadero desinterés histórico. Mientras la mayoría de los hombres cultos responde con un mohín de disgusto a todo lo que ya no es nuevo y que todavía no es antiguo, a usted lo he visto comprar por esas ferias —y examinar con ese deleite tranquilo que sabe poner en todos sus actos— este o el otro libro modesto publicado por los años de 1840.

No acabaría. Permítame, sin más explicaciones, dedicarle estas anécdotas fugitivas.

A. R.
Madrid, 1916

1. EL AMBIENTE LITERARIO

Cuando llega a México Rubén Darío, una generación de muchachos —que apenas se ha dado a conocer— forma la literatura imperante.

Con Gutiérrez Nájera quedaban abiertos los nuevos rumbos; su órgano era la *Revista Azul*. Heredera de sus timbres, la *Revista Moderna* popularizó entre nosotros los modos de la poesía posromántica. Pero la hora de la *Revista Moderna* había pasado. Sus poetas tuvieron como cualidades comunes cierto sentimiento agudo de la técnica: técnica audaz, innovadora, y —exceptuando a Urbina, que ha perpetuado a su manera la tradición romántica; a Díaz Mirón,

que vive en su torre, y a Icaza, cuya poesía se explica más bien como un ciclo aparte— cierto aire familiar de diabolismo poético que acusa una reciprocidad de influencias entre ellos y su dibujante Julio Ruelas.

Agrupábanse, materialmente hablando, en redor del lecho donde Jesús Valenzuela (siempre mal avenido con las modas, las escuelas y las costumbres) iba derrochando, después del otro, el caudal de su generosa vida. Tablada doraba sus esmaltes; Nervo soñaba, entregado a su misticismo lírico; Urueta cantaba como una sirena. A veces, llegaba de la provincia Manuel José Othón con el dulce fardo de sus bucólicas a cuestas; lejano, distraído, extático. Othón ha muerto, y espera el día de su consagración definitiva. Es el clásico. En la historia de la poesía española es, al mismo tiempo, una voz conocida y nueva. Su verso tiene, junto a las reminiscencias de Fray Luis, ecos de Baudelaire. Aprendió en los maestros definitivos, no en los vanos dioses de la hora; hizo, como quería Chénier, versos antiguos con pensamientos nuevos. Nervo incurrió en el pecadillo de censurar el uso de los "metros viejos" en Othón. Era el duelo entre el alejandrino modernista y el endecasílabo vetusto. Othón se defendía oponiendo, a su vez, que el alejandrino castellano es tan viejo como Berceo. Valenzuela también ha muerto; su recuerdo perdurará más que su poesía. A los otros los ha dispersado la vida.

A principios de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón fundaron una revista para los nuevos literatos. Le pusieron un nombre absurdo: *Savia Moderna*. No sólo en el nombre, en el material mismo recordaba a la *Revista Moderna*. Duró poco —era de rigor—, pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo. Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como un santo y seña en los libros y memorias de nuestra literatura contemporánea. "La redacción — escribe el poeta Rafael López— era pequeña como una jaula. Algunas aves comenzaron allí a cantar." A muchos metros de la tierra, sobre un edificio de seis pisos, abría su inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: a un lado, la Catedral; a otro, los crepúsculos de la Alameda. Frente a aquella ventana, Diego Rivera instalaba su caballete. Desde aquella altura, cayó la palabra sobre la ciudad.

En el grupo literario de *Savia Moderna* había los dos géneros de escritores que pone Gourmont: los que escriben; los que no escriben. Entre los segundos, y el primero de todos, Acevedo.[1] Decía, con Goethe, que el escribir es un abuso de la palabra. Más tarde ha incurrido en la letra escrita; esperamos con impaciencia sus libros. De él habíamos dicho hace tiempo: cuando escriba libros, sus libros serán los mejores. Recuerdo, entre los prosistas, a Ricardo Gómez Robelo, que era propia imagen del mirlo de Rostand:

> Cette âme !... On est plus las d'avoir couru sur elle
> Que d'avoir tout un jour chassé la sauterelle.

La misma agilidad de su pensamiento lo hacía cruel; y además —grave ofensa

para el género humano— estaba enamorado del genio. Como a todo aquel que ha probado las desigualdades de la suerte, lo tentaban las inspiraciones de la locura. Ignoraba cuántos volúmenes lleva publicados Monsieur Chose, pero leía y releía constantemente los veinte o treinta libros definitivos. Alfonso Cravioto era el representante del sentido literario: su prosa es fluida, musical, llena de brillos y colores. Su vida estaba consagrada a la espectación literaria: ha coleccionado los artículos, los retratos, los rasgos biográficos de todos sus compañeros. Hace creer que posee tesoros en casa. Nadie sabe si es o no rico, si escribe o no en secreto:

> Cuentan que escribe, y no escribe;
> dicen que tiene, y no gasta,

se decía él a sí mismo en unas coplas que quiso hacer pasar por anónimas. De cuando en cuando, asomaba para celebrar, en una prosa de ditirambo, algún triunfo del arte o del pensamiento. Cegado por un falso ideal de perfección, nunca acaba de publicar sus libros, y así va camino del silencio, sin merecerlo ni desearlo. Entre los poetas, estaba Rafael López, poeta de apoteosis, fiesta plástica, sol y mármol, que hoy busca emociones universales, tras de haber embriagado su adolescencia con los últimos haxix del decadentismo. Estaba Manuel de la Parra, musa diáfana, de nube y de luna; alma monástica, borracha de medievalismos imposibles, "ciega de ensueño y loca de armonía". Estaba Colín entregado a una gestación laboriosa en que se combatirán el poeta seco y el prosador jugoso. Estaba el malogrado Argüelles Bringas, tan fuerte, tan austero, áspero a la vez que hondo; poeta de concepciones vigorosas, concentrado y elíptico, en quien la fuerza ahoga a la fuerza, y el canto, sin poder fluir, brota a pulsaciones. Aún no salía de su provincia el poeta mayor: González Martínez; y apenas salía de su infancia Julio Torri, nuestro hermano el diablo, duende que apaga las luces, íncubo en huelga, humorista que procede de Wilde y Heine y que promete ser uno de los primeros de América. Y de propósito dejo para el fin a Caso, a Vasconcelos, al dominicano Henríquez Ureña.

La filosofía positivista mexicana, que recibió de Gómez Robelo los primeros ataques, había de desvanecerse bajo la palabra elocuente de Antonio Caso, quien difundirá por las aulas nuevas verdades. No hay una teoría, una afirmación o una duda que él no haya hecho suyas siquiera por un instante. La historia de la filosofía, él ha querido y ha sabido vivirla. Con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las unifica, su cátedra sería, más tarde, el orgullo de nuestro mundo universitario. Su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, le convertirán en el director público de la juventud. En lo íntimo, era más honda, más total, la influencia socrática de Henríquez Ureña. Sin saberlo, enseñaba a ver, a oír, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pesando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia. Era, de todos, el único escritor formado, aunque no el de más años. No hay entre nosotros ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él

provocó. El peruano Francisco García Calderón escribe de él: "Alma evangélica de protestante liberal, inquietada por los grandes problemas; profundo erudito en letras castellanas, sajonas, italianas..." Díaz Mirón, que lo admira, le llamaba "dorio". José Vasconcelos era el representante de la filosofía anti-occidental, que alguien ha llamado la "filosofía molesta". Mezclábala ingeniosamente con las enseñanzas extraídas de Bergson, y, en los instantes que la cólera civil le dejaba libres, combatía también por su verdad. Mucho esperamos de sus dones de creación estética y filosófica, si las implacables Furias Políticas nos lo dejan ileso. Es dogmático: Oaxaca, su Estado natal, ha sido la cuna de nuestras "tiranías ilustradas". Es asiático: tenemos, en nuestro país, dos mares a elección; algunos están por el Atlántico; él, por el Pacífico.

Entretanto, la exacerbación crítica que padecemos corroe los moldes literarios; los géneros retóricos se mezclan un tanto, y la invención pura padece. Apenas la narración tradicional tiene un campeón en González Peña, hombre de voluntad, trabajador infatigable que intenta reflejar las inquietudes contemporáneas en una novela concebida según la manera de Flaubert. Teatro no hay; y el cuento, en manos de Torri, se hace crítico y extravagante. Aquélla era, sobre todo, una generación de ensayistas. En aquel mundo erizado de escalpelos, el gran Rubén Darío va a caer. Es el año de 1910.

Pero los dioses caprichosos tenían reservada alguna sorpresa.

2. El valle inaccesible

Solíamos hablar, entre nosotros, de atraer a Rubén Darío. Valenti, uno de los nuestros —cuyas palabras me acuden ahora con el recuerdo de su trágica muerte —, nos oponía siempre esta advertencia profética:

—No, nunca vendrá a México Rubén Darío: no tiene tan mala suerte.

Rubén Darío fue a México por su mala suerte. En 1910, para la celebración del Centenario de la independencia mexicana, Darío y Santiago Argüelles fueron delegados a México por el gobierno de Nicaragua. Sobrevinieron días aciagos; el Presidente Madriz cayó al peso de Washington, y el conflicto entre Nicaragua y los Estados Unidos se reflejaba en México por una tensión del ánimo público. La nube cargada estallaría al menor pretexto. Y ninguna ocasión más propicia para desahogarse contra el yanqui que la llegada de Rubén Darío. El hormiguero universitario pareció agitarse. Los organizadores de sociedades, los directores de manifestaciones públicas habían comenzado a distribuir esquelas y distintivos. La aparición de Rubén Darío se juzgó imprudente; y este nuevo Cortés, menos aguerrido que el primero, recibió del nuevo Motecuzoma indicaciones apremiantes de no llegar al valle de México.

Darío quedó detenido en la costa de Veracruz. De allí se le hizo pasar, incógnito, a Xalapa. Un hacendado lo invitó a cazar conejos; se fue al campo; lo hicieron desaparecer...

Poco después, con el pintor mexicano Ramos Martínez, que lo acompañaba como se acompaña a un menor de edad, reapareció en La Habana. En La Habana estaba cuando la celebración famosa del Centenario. El Ministro y escritor mexicano Carlos Pereyra tuvo el buen acuerdo de invitarle a la fiesta, pidiéndole su colaboración literaria. No pudo asistir el poeta, por aquellos sus intermitentes achaques, pero envió su poema. Hecho en ratos de mal humor, en horas de indecisión, cuando él no sabía si volverse, si quedarse, si seguir adelante; cuando comenzaban a escasear los fondos y hubo que abandonar el Hotel Sevilla y renunciar al automóvil en mala hora alquilado,[2] el poema —de lo mas infortunado que hizo— presentaba la cómica novedad de fundir en el estribillo un verso del himno nacional de Cuba con uno del himno mexicano, dándonos así el monstruo híbrido de que se horrorizaba Horacio. Ejemplo:

que morir por la patria es vivir,
al sonoro rugir del cañón.

Lo demás que atañe a la estancia de Darío en Cuba, a mis amigos de La Habana toca contarlo.

3. Un documento

Entre las muchas manifestaciones que produjo en México la llegada de Rubén Darío a Veracruz, hubo una de carácter puramente literario. Algunos jóvenes escritores y poetas que, por no sentirse "animales políticos" o por malos de sus pecados, no habían querido hasta entonces unirse al grupo central —concentrado en el Ateneo de la Juventud—, fundaron una sociedad, la Sociedad Rubén Darío, cuyo único objeto era recibir al poeta con honor; como si la llegada de un hombre hubiera de ser un hecho permanente. Rafael López, entusiasmado, habló de la nueva Cruz del Sur que Rubén Darío había de marcar en nuestro cielo con los cuatro hierros de su centauro. Emilio Valenzuela, hijo de Jesús Valenzuela, fue nombrado presidente de esta sociedad. Cuando la triste realidad vino a conocerse, Valenzuela escribió lleno de despecho: "No nos queda más que esperar otros tiempos". Estas palabras pudieran ser divisa de mi generación destrozada.

Por su parte, Rubén Darío (hay que recoger piadosamente todos los rasgos de su pluma) escribió la siguiente carta a Valenzuela:

Distinguido y buen amigo:

Si no hubiera sido ya grandísimo mi deseo de ir a México, la vibrante misión, que la joven intelectualidad mexicana confió a ustedes me hubiera infundido el más ardiente empeño por encontrarme en la capital de este noble y hospitalario país.

La juventud es vida, entusiasmo, esperanza. Yo saludo por su digno medio a esa juventud que ama el Ideal desde la Belleza hasta el Heroísmo. Díganlo, si no, los *aiglons* del águila mexicana que se llevó la Muerte a la Inmortalidad, desde el nido de piedra de Chapultepec.[3]

Las cariñosas y agradecidísimas instancias, que usted y don Álvaro Gamboa Ricalde me han

hecho en nombre de sus amigos de México, me empeñan a poner toda mi voluntad en complacerles. Pero, a pesar de mis deseos, las circunstancias me obligan a tener una actitud que no puedo alterar en nada.

Este momento, sin embargo, pasará. Y yo, quizá en breve, podré tener el gran placer y el altísimo orgullo de saludar, con el afecto que por ella siento, a la noble, a la entusiasta, a la gentil juventud mexicana.

Muy sinceramente me ofrezco su afectísimo amigo y s. s.

Rubén Darío

Xalapa, 8 de septiembre de 1910

4. UN PROBLEMA DE DERECHO INTERNACIONAL

¿Cómo se verá dentro de un siglo, de dos, de tres, la vida irritada de los pueblos de América, donde las cuestiones literarias se vuelven fácilmente asuntos de política interna, y éstos sin cesar se convierten en problemas internacionales? ¿No es el mismo Rubén Darío quien acostumbraba decir que en América no hay más que poetas y generales?

Cuando Darío llega de París a Veracruz, ya estaba Santiago Argüello en México. Caído el Gobierno que representaban, ambos quedaron sin función oficial. Al menos, así se decidió por tácito acuerdo. Los periódicos pusieron al día las discusiones jurídicas. ¿Conservaba Rubén Darío la representación de Nicaragua a pesar del cambio de Gobierno? Dos o tres señores hicieron danzas y zalemas en redor del caso y sin resolverlo. Federico Gamboa, el novelista y diplomático, estrechado por los periódicos, tuvo que decir su opinión. Como, en verdad, no había medio de salir airoso del trance contentando a todos, prefirió salir a lo discreto, resolviendo las preguntas del repórter en estos o parecidos términos:

—Es una verdad reconocida que todo problema de Derecho Internacional debe plantearse de manera que las premisas correspondan exactamente a la realidad de los hechos, para que así pueda científicamente asegurarse, etc., etcétera.

Por lo menos dejó entender, como caballero, que no tenía ganas de molestar a nadie con su opinión, ni de perder el tiempo en discutir, conforme a derecho, lo que estaba decidido ya conforme a prudencia.

Argüello se las arregló para quedarse en México, representando no sé si a Bolivia. En cuanto a Darío, había de recibir más tarde un desagravio en los Estados Unidos. La Sociedad Hispánica de Nueva York, la Liga de Autores de América, la Academia Americana de Artes y Letras, lo saludaron con entusiasmo. "A una emocionante interpretación de la vida y la cultura latinas —le decían—, habéis unido las inspiraciones de nuestros poetas Whitman y Poe." Y añadían con intencionada gentileza: "Sois un apóstol de la buena voluntad y un centinela avanzado en los caminos de la concordia internacional".

5. Una discusión literaria

Alfonso Cravioto, en nombre del Ateneo, fue hasta Veracruz a llevarle nuestro saludo, y pudo acompañarle en su viaje de Jalapa al puerto. En el mismo coche viajaba cierto sacerdote aficionado a las cosas literarias. No pudiendo resistir la atracción del dios, rogó a Cravioto que lo presentara con Darío, de modo que pudiera charlar con él a lo largo del viaje.

Hízose. El sacerdote tuvo que rehusar la "copita" que Rubén Darío le convidara; se sentó a su lado, y empezó la charla literaria. De un poeta en otro, y desde el río Bravo hasta el Cabo de Hornos, hubieron de dar alguna vez en Julio Flórez. Como Darío hiciera una muequecilla dudosa, dijo el buen sacerdote:

—Sí, ya lo sé; a usted no le convence Flórez, porque Flórez no es de su escuela...

Y, a boca llena, con toda la inconsciencia de un niño a quien han enseñado a repetir una palabrota, Darío le interrumpe, enfrentándosele:

—Yo no tengo "escuela", no sea usted *pendejo*.

Ahuyentado, el buen sacerdote —a quien ya podemos mirar como una señal de nuestros tiempos, como un verdadero símbolo— corre a refugiarse al último asiento del vagón.

"Mi literatura es mía en mí."

6. Arte de prudencia en dos coplas

Santiago Argüello era, pues, el único huésped literario que la fiesta nacional nos proporcionó. El Ateneo daba a la sazón una serie de conferencias en la Escuela de Derecho, e invitamos a Argüello para que presidiera una de nuestras sesiones.

Hombre corpulento y velloso, revolvía sus ojos pestañudos paseando la mirada por el salón; se informaba de nuestra vida literaria, y deseaba que su llegada —y la de Darío, siempre probable— coincidiera con un renacimiento literario en México.

—Darío —nos contaba el excelente amigo y poeta— es como un niño. Cierta ocasión, estando en Madrid, tomamos un coche, él, no sé quién más y yo, para ir de la Puerta del Sol a Rosales; y el hombre se figuró que le había dado un ataque de ataxia locomotriz porque se le durmieron las piernas.

Al acabar la conferencia, los estudiantes —que sólo la oportunidad esperaban para armar la gresca—, con pretexto de la presencia de Argüello, se pusieron a gritar:

—¡Viva Nicaragua!

Con algunos mueras sobrentendidos.

Argüello, que acaso no oyó bien lo que los muchachos gritaban, tuvo la ocurrencia de imponer silencio con un ademán y recitar esta copla improvisada:

Vuestro aplauso me echa flores,
y es un aplauso al esteta;
estáis tejiendo, señores,
mi corona de poeta.

Nos llovieron al día siguiente coplas anónimas de los estudiantes, picantes parodias que no tengo aquí para qué copiar.

A los dos días, Rubén Darío, enterado del caso, le dedicó la siguiente:

Argüello, tu lira cruje
—¡y en público, por desgracia!—.
Argüello, *a lo que te truje;*
menos versos: diplomacia.

Lo cierto es que Argüello había obrado muy en diplomático, al desentenderse de la intención política de aquellos juveniles gritos.

7. Partida y regreso
(Memorias de Rubén Darío)

No quitaré ni añadiré una palabra a las páginas de Rubén Darío. Advertiré solamente que, con un egocentrismo muy explicable, el poeta creyó ser el origen de sucesos que venían germinando ya de tiempo atrás y que obedecieron a causas más complejas y más vitales; que, como se verá, sólo la angustia económica del poeta —que le impedía resolver el caso por su cuenta— y el desorden producido en la administración mexicana por las fiestas del Centenario, pudieron decidirle a permanecer algunos días en México. Dice así en el capítulo LXV de su *Vida:*

La traición de Estrada inició la caída de Zelaya. Éste quiso evitar la intervención yankee, y entregó el poder al doctor Madriz, quien pudo deshacer la revolución en un momento dado, a no haber tomado parte los Estados Unidos, que desembarcaron tropas de sus barcos de guerra para ayudar a los revolucionarios.

Madriz me nombró Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, en misión especial en México, con motivo de las fiestas del Centenario. No había tiempo que perder y partí inmediatamente. En el mismo vapor que yo, iban miembros de la familia del Presidente de la República, General Porfirio Díaz; un íntimo amigo suyo, diputado, don Antonio Pliego; el Ministro de Bélgica en México y el Conde de Chambrun, de la Legación de Francia en Washington. En La Habana se embarcó también la delegación de Cuba, que iba a las fiestas mexicanas.

Aunque en la Coruña, por un periódico de la ciudad, supe yo que la revolución había triunfado en Nicaragua, y que el Presidente Madriz se había salvado por milagro, no diera mucho crédito a la noticia. En La Habana la encontré confirmada. Envié un cablegrama pidiendo instrucciones al nuevo Gobierno, y no obtuve contestación alguna. A mi paso por la capital de Cuba, el Ministro de Relaciones Exteriores, señor Sanguily, me atendió y obsequió muy amablemente. Durante el viaje a Veracruz conversé con los diplomáticos que iban a bordo, y fue opinión de ellos que mi misión ante el Gobierno mexicano era simplemente de cortesía internacional, y mi nombre, que algo es para la tierra en que me tocó nacer, estaba fuera de las pasiones políticas que agitaban en ese momento a Nicaragua. No conocían el ambiente del país y la especial incultura de los hombres que acababan de apoderarse del Gobierno.

Resumiré. Al llegar a Veracruz, el introductor de diplomáticos señor Nervo,[4] me comunicaba

que no sería recibido oficialmente, a causa de los recientes acontecimientos, pero que el Gobierno mexicano me declaraba huésped de honor de la nación. Al mismo tiempo se me dijo que no fuese a la capital, y que esperase la llegada de un enviado del Ministerio de Instrucción Pública. Entretanto, una gran muchedumbre de veracruzanos, en la bahía, en barcos empavesados y por las calles de la población, daban vivas a Rubén Darío y a Nicaragua, y mueras a los Estados Unidos. El enviado del Ministerio de Instrucción Pública llegó con una carta del Ministro, mi buen amigo don Justo Sierra, en que, en nombre del Presidente de la República y de mis amigos del Gabinete, me rogaba que pospusiese mi viaje a la capital. Y me ocurría algo bizantino: el gobernador civil me decía que podía permanecer en territorio mexicano unos cuantos días, esperando que partiese la delegación de los Estados Unidos para su país, y entonces yo podría ir a la capital; y el gobernador militar, a quien yo tenía mis razones para creer más, me daba a entender que aprobaba la idea mía de retornar en el mismo vapor para La Habana... Hice esto último. Pero antes visité la ciudad de Jalapa, que generosamente me recibió en triunfo. Y el pueblo de Teocelo, donde las niñas criollas e indígenas regaban flores y decían ingenuas y compensadoras salutaciones. Hubo vítores y música. La municipalidad dio mi nombre a la mejor calle. Yo guardo en lo preferido de mis recuerdos afectuosos el nombre de ese pueblo querido. Cuando partía en el tren, una indita me ofreció un ramo de lirios y un "puro" azteca: "Señor, yo no tengo qué ofrecerle más que esto"; y nos dio una gran piña perfumada y dorada. En Veracruz se celebró en mi honor una velada, en donde hablaron fogosos oradores y se cantaron himnos. Y mientras esto sucedía, en la capital, al saber que no se me dejaba llegar a la gran ciudad, los estudiantes en masa, e hirviente suma de pueblo, recorrían las calles en manifestación imponente contra los Estados Unidos. Por la primera vez, después de treinta y tres años de dominio absoluto, se apedreó la casa del viejo cesáreo que había imperado. Y allí se vio, se puede decir, el primer relámpago de la revolución que trajera el destronamiento.

Me volví a La Habana acompañado de mi secretario, señor Torres Perona, inteligente joven filipino, y del enviado que el Ministro de Instrucción Pública había nombrado para que me acompañase. Las manifestaciones simpáticas de la ida no se repitieron a la vuelta. No tuve ni una sola tarjeta de mis amigos oficiales... Se concluyeron, en aquella ciudad carísima, los pocos fondos que me quedaban y los que llevaba el enviado del Ministro Sierra. Y después de saber prácticamente, por propia experiencia, lo que es un ciclón político y lo que es un ciclón de huracanes y de lluvia en la Isla de Cuba, pude, después de dos meses de ardua permanencia, pagar crecidos gastos y volverme a París, gracias al apoyo pecuniario del diputado mexicano Pliego, del ingeniero Enrique Fernández, y, sobre todo, a mis cordiales amigos Fontoura Xavier, Ministro del Brasil, y general Bernardo Reyes, que me envió por cable, de París, un giro suficiente.

8. ¿Una obra inédita de Rubén Darío?

Transcribo a continuación un documento oficial —cuya amable comunicación debo al mismo poeta— que atañe a las relaciones de Rubén Darío con México, y que puede considerarse como un intento de compensación por los percances de marras:

Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes. México. Libramiento núm. 992. Sección de Administración. Mesa 2ª Núm. 2.475. Hoy digo al Secretario de Hacienda lo que sigue: "Por acuerdo del Presidente de la República, he de merecer a usted se sirva librar sus órdenes a la Tesorería general de la Federación, para que con cargo a la partida 8.415 del Presupuesto de ingresos vigente, se pague al Sr. Rubén Darío, por conducto del Cónsul General de México en París, la cantidad de 500 —quinientos francos— mensuales, durante el presente año fiscal, para que continúe estudiando en Europa cómo se hace la enseñanza literaria en los países de origen latino, y escriba una obra como resultado de ese estudio". Lo que transcribo a usted para su conocimiento. México, 4 de noviembre de 1911. El Subsecretario encargado del despacho, *José López Portillo y Rojas*. Al Sr. Rubén Darío. París.

APÉNDICES

1

He aquí una traducción de la carta dirigida a Rubén Darío por la Academia Americana de Artes y Letras:

Nueva York, marzo 25 (1915)

Distinguido señor:

La Academia Americana de Artes y Letras os ofrece, en vuestra calidad de huésped de los Estados Unidos, sus salutaciones respetuosas y su bienvenida cordial.

Sois el heredero de una civilización histórica, cuyo tesoro artístico y literario habéis acrecentado, gracias a vuestra obra exquisita y superior, dotándolo con todas las fuerzas de misterio y exaltación de este Nuevo Mundo en que habéis nacido. Familiarizado con todas las cosas nuevas de Europa, habéis descubierto el espíritu renaciente del Viejo Mundo y lo habéis interpretado para el Nuevo. Pero algo más habéis realizado, algo que os une particularmente a nosotros, a los hombres del Norte. Mientras por una parte alcanzabais la más emocionante interpretación de la vida y la cultura latinas, por otra sorprendíais en dos de nuestros poetas —Poe y Whitman— aquellas genuinas inspiraciones que enriquecieron vuestro arte con las más desembarazadas formas del metro y del ritmo, fundiendo así en una las aspiraciones de las dos razas típicas que dominan nuestro Continente Occidental. Sois, pues, a un mismo tiempo, un apóstol de la buena voluntad y un centinela avanzado en los caminos de la concordia internacional.

Nos felicitamos de vuestra permanencia entre nosotros, y os deseamos un feliz regreso a vuestra patria adoptiva.

Por la Junta Directiva:—William M. Sloane, Canciller; Robert Underwood Johnson, Secretario Perpetuo; William Crary Brownell, Miembro de la Junta.

2

Luis G. Urbina me ha hecho saber más tarde que la comisión conferida a Rubén Darío data de 1910, de los tiempos de Justo Sierra, y que la administración de 1911 no hizo más que refrendarla.

También los amigos me han recordado que noche hubo en que el pueblo en masa esperó la llegada de Rubén Darío, en la Estación del Ferrocarril Mexicano.

RODÓ*

(Una página a mis amigos cubanos)

EN VUESTRA isla, cruzada por las inquietudes de los cuatro puntos cardinales, nunca habéis perdido el sentimiento del contacto con vuestros hermanos de raza. No sé si os asombrará lo que os digo; pero hubo un día en que mi México pareció —para las conciencias de los jóvenes— un don inmediato que los cielos le habían hecho a la tierra, un país brotado de súbito entre dos mares y dos ríos: sin deudas con el ayer ni compromisos con el mañana. Se nos disimulaba el sentido de las experiencias del pasado, y no se nos dejaba aprender el provechoso temor del porvenir. Toda noticia de nuestra verdadera posición ante el mundo se consideraba indiscreta. Por miedo al contagio, se nos alejaba de ciertas "pequeñas repúblicas revolucionarias". ¡Y teníamos un concepto estático de la patria, y desconocíamos los horrores que nos amenazaban, sólo para que gimiéramos más el día del llanto! Y creíamos —o se nos quería hacer creer— que hay hombres inmortales, en cuyas generosas rodillas podían dormirse los destinos del pueblo.

Y entonces la primer lectura de Rodó nos hizo comprender a algunos que hay una misión solidaria en los pueblos, y que nosotros dependíamos de todos los que dependían de nosotros. A él, en un despertar de la conciencia, debemos algunos la noción exacta de la fraternidad americana. ¡Y hasta por estar a mil leguas de las mecánicas preocupaciones políticas era más exacta esa noción! Hasta por desentenderse de toda esa andamiada jurídica del panamericanismo, y fundarse sólo en un impulso de colaboración superior que dicta el sentimiento y que la razón corrobora. Porque son una gran mentira todos esos centros de propaganda, todos esos congresos parlantes, todas esas tramas diplomáticas. Porque la fraternidad americana no debe ser más que una realidad espiritual, entendida e impulsada de pocos, y comunicada de ahí a las gentes como una descarga de viento: como una *alma*.

Para la época en que los primeros libros de Rodó cayeron en nuestras manos, ya los maestros escépticos de Europa nos habían hecho oír su voz. Con esa precocidad de despecho que caracteriza los comienzos del siglo, sabíamos de la negación de los valores, de la duda de la razón, y —en fin— de ese vago misticismo sin Dios que vanamente quería sustituir la robusta fe de otros tiempos. Sólo nos quedaba aquel frío regocijo técnico del arte por el arte; y vivir para escribir, sin amar la vida... Ya sabéis, lo del Hombre-Pluma de Flaubert: "Vivir no es mi oficio, no me importa: a mí sólo me toca contar la vida". Quisiera que, en un magno esfuerzo de sinceridad, volvieran a sí mismos los ojos los

adolescentes de hace quince años, y dijeran cuántos de ellos hicieron a solas el pacto de aceptar la vida, solamente para ver cumplidas las promesas de su arte. Y en esa hora tan frágil —tan temerosa que pudo romperla el menor flaqueo, cualquier fracaso, o aquella acidez incurable de la primera pasión—, en esa hora que es la más solemne de toda una mitad de la vida, porque en ella volvemos a nacer voluntariamente; cuando todavía los dulces cuidados de los años no nos han revelado el verdadero sabor del mundo, Rodó trajo una palabra de bravura, un consejo de valentía aplicado a la concepción de la conducta. Ya suena a vuestros oídos la palabra mágica: "el altanero *no importa* que surge del fondo de la vida". Un nuevo entusiasmo semejante al chorro de la fuente que se recobra al tiempo que cae. Un optimismo sin complacencias pueriles. Porque todos esos rodeos del razonamiento con que se nos quiere hacer aceptar el mal de la vida no son más que un gran pecado. *No importa:* un optimismo vital; parte mínima, pero preciosa del optimismo; la única en que la dignidad de la mente podía consentir, mientras la razón se restablecía de sus heridas.

Y ahora que, si bien se lucha por una idea, el nivel espiritual de los hombres puede descender; cuando las verdades provisionales de la acción se escriben cada día para borrarse al siguiente, ¡qué consoladoras las palabras del que nunca perdió su fe en el hombre, en la naturaleza y en la educación incesante! "No desmayéis —repetía Rodó—, no desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios." Firme en las virtudes fundamentales, nunca se dejó vencer a los asaltos de este gran derrumbamiento social. Él que tantas sabía, una sola cosa ignoró: mientras afuera las ideas iban cada vez más confusas y los hechos más acelerados, él persistía en su ritmo lento y amplio, en divino sonambulismo, oponiendo al atropellamiento de la historia aquella su serenidad provinciana... *¡O, felix culpa!* A éste no le despedazó la guerra, y pudo salvar su conciencia intacta, para que un día reconstruyamos por ella una imagen de las armonías perdidas.

En el *Diálogo de bronce y mármol*, una de sus últimas páginas escrita en Florencia, oíd cómo llora, por boca del Perseo de Benvenuto Cellini, sobre las mutilaciones del odio y de la incuria:

> El hombre ya no existe. La criatura armoniosa que dio con su cuerpo el arquetipo de nuestra hermosura, y con su alma el dechado de nuestra serenidad, pasó como los semidioses de mi raza y como los profetas de tu gigantesco Israel [le dice al David de Miguel Ángel]. Los que hoy se llamaban hombres, noble título que quisieron llevar tu Dios y los míos, no lo son sino en mínima parte. Todos están mutilados, todos están truncos. Los que tienen ojos no tienen oídos; los que ostentan dilatado el arco de la frente muestran hundida la bóveda del pecho; los que tienen fuerza de pensar no tienen fuerza de querer. Son despojos del hombre, son vísceras emancipadas. Falta entre ellos aquella alma común de donde nació siempre cuanto se hizo de duradero y de grande. Su idea del mundo es la de un sepulcro triste y frío. Su arte es una contorsión histriónica o un remedo impotente. Su norma social es la igualdad, sofisma de la pálida envidia. Han eliminado de la sabiduría, la belleza; de la pasión, la alegría; de la guerra, el heroísmo. Y su genio es la invención utilitaria, y conceden las glorificaciones supremas al que, después de una vida dedicada a hurgar en la superficie de las cosas, regala al mundo uno de esos ingeniosos inventos con que el Leonardo de nuestro siglo jugaba, como

con las migajas de su mesa, entre un cuadro divino y una teoría genial.

Fabulista moral, ¿qué árabe le enseñó el secreto de la gracia insinuante? ¿Qué místico de oro le enseñó —filósofo práctico— a sorprender las pisadas inefables del Dios entre los trabajos y los días humildes? Su confianza en la razón procede de los mentores de Francia. Maestro de claridad latina, su párrafo es una estrofa de perfecta unidad. No necesitó renunciar a ninguna de las fragancias de la lengua castiza, ni le estorbó la herencia elocuente, ni se le enredaba la pluma en la frase larga. Resolvió por la calidad excelente lo que otros quieren resolver mediante fórmulas artificiosas y externas. Aquí, como en todo, sabía que el problema está en el espíritu, y que el espíritu tiene que engendrar de por sí sus formas adecuadas.

Ignoró la guerra literaria, el escándalo editorial y la propaganda de librería. Resolvió por la calidad excelente lo que otros quieren resolver mediante combinaciones de infinita malicia. Era el que escribía mejor y era el más bueno. Su obra se desenvuelve sobre aquella zona feliz en que se confunden el bien y la belleza. Y hoy nos volvemos hacia él como en busca de una arquitectura sagrada que resista al fuego de la barbarie, mientras le enviamos, arrobados, el vuelo de nuestras más altas promesas, y a Palermo, que recogió sus despojos, nuestras bendiciones.

EVOCACIÓN DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA*

DOS PAÍSES de América, los dos pequeños, han tenido el privilegio de ofrecer la cuna, en la segunda mitad del pasado siglo y en poco menos de veinte años, a dos hombres universales en las letras y en el pensamiento. Ambos fueron interlocutores de talla para sostener, cada uno en su esfera, el diálogo entre el Nuevo Mundo y el Antiguo. Después del nicaragüense Rubén Darío, titán comparable a los más altos, junto a cuyo ingente y boscoso territorio los demás dominios contemporáneos —excelsos algunos— resultan cotos apacibles, nadie, en nuestros días, habrá cubierto con los crespones de su luto mayor número de repúblicas que el dominicano Pedro Henríquez Ureña quien, sin exceptuar a los Estados Unidos, por todas ellas esparció la siembra de sus enseñanzas y paseó el carro de Triptólemo.

Nativo de la hermosa isla antillana, la primada de las Indias, la predilecta de Colón; brote de una familia ilustre en la poesía, en la educación y en el gobierno; fadado desde la primera hora por las Musas; mentalmente maduro desde la infancia, al punto que parecía realizar la paradójica proposición de la ciencia infusa; inmensamente generoso en sus curiosidades y en su ansia delirante de compartirlas; hombre recto y bueno como pocos, casi santo; cerebro arquitecturado más que ninguno entre nosotros; y corazón cabal, que hasta poseía la prenda superior de desentenderse de sus propias excelencias y esconder sus ternuras, con varonil denuedo, bajo el impasible manto de la persuasión racional, Pedro, el apostólico Pedro, representa en nuestra época, con títulos indiscutibles, aquellas misiones de redención por la cultura y la armonía entre los espíritus, que en Europa se cobijan bajo el nombre de Erasmo, y en América bajo el de ese gran civilizador, peregrino del justo saber y el justo pensar, que fue Andrés Bello.

México reclama el derecho de llorarlo por suyo. Pocos, sean propios o extraños, han hecho tanto en bien de México. Aquí transcurrió su juventud, aquella juventud que no ardía en volubles llamaradas, sino que doraba a fuego lento su voluminosa hornada de horas y de estudios. Aquí enseñó entre sus iguales, sus menores y sus mayores; y en corto plazo, hizo toda la carrera y ganó el título de abogado. Aquí gobernaba con intimidad y sin rumor aquellas diminutas y sucesivas pléyades, cuyas imágenes van convirtiéndose ya en focos orientadores a los ojos de la mocedad más promisoria. Aquí se incorporó en las trascendentales reformas de la educación pública. Aquí fundó su hogar. Y, al cabo, nos ayudó a entender y, por mucho, a descubrir a México. Nuestro país era siempre el plano de fondo en su paisaje vital, la alusión secreta y constante de todas sus meditaciones.

En calles y plazas, teatros y escuelas, conciertos y asambleas, y dondequiera que se congrega la gente, ya en sus escritos o en sus conferencias, ya en la reclusión de los libros, las lecturas en común o las meras charlas, allí estaba Pedro, con su interrogación implacable, para deslindar lo cierto de lo dudoso, y lo que se sabe, de lo que se sospecha o lo que se ignora; allí estaba él para aquilatar la sensibilidad, la probidad, la autenticidad de cada uno, barriendo con firmeza, aunque sin extremos, la ganga que se vende por oro. Artífice de la mayéutica, hacía surgir a flor del ser las virtudes que se ignoraban; sostenía las voluntades declinantes; trazaba las conductas definitivas, al grito de "Tu Marcellus eris!"

Pero sobre su fosa reciente hay que decir la verdad y sólo la verdad. Si hubo un alma sincera, ésa es la suya. Era un testigo insobornable, y su trato era la piedra de toque. Por su resistencia, por su atracción o su desvío ante el sondeo que Pedro ejecutaba hasta el fondo de las conciencias, podían juzgarse las calidades. Aceptaba la misión patética de enfrentar consigo mismo a cada hombre. Sólo los mejores soportaban la prueba. Los demás huían, escandalizados, acaso para entregarse a espaldas suyas —¡como si así huyeran de sí mismos!— a mil conciliábulos de odio y de miseria. Difícil encontrar figura más semejante a la de Sócrates. Hasta traía, como éste, la Atenea oculta en el Sileno, y también tuvo su cicuta.

No se ha dado educador más legítimo. De él recogí esta máxima: —"No basta vivir para la educación, hay que sufrir por la educación". No sólo predicaba, no: ¡eso era lo menos! Sino intervenía y colaboraba. Era, para decirlo en vulgar, "el médico que da la receta y el trapito". La historia de las literaturas no tuvo secretos para él. Su memoria, untada de colodión, revelaba a punto los fragmentos de prosa y verso; y junto a los rasgos inmortales, las más arcanas noticias, los más minuciosos relieves del humano festín poético. Se lo hojeaba como a viviente enciclopedia; se lo consultaba como a consejero intachable en todos los trances del oficio. Se usaba y se abusaba de su incansable solicitud, y esto era su mayor júbilo. ¡Quién lo vio, cargando verdaderas torres de libros, cruzar la ciudad para auxiliar al compañero en apuros de información; o llamando a las altas horas de la noche a la puerta de algún amigo —sin miedo de perturbar su sueño y con sencillo y fiero repudio de las convenciones sociales—, para comunicarle al instante el hallazgo que acababa de hacer en las páginas de un trágico griego, de un "lakista" inglés, de un renacentista español!

Todo lo dejaba, todo, para acudir a los demás, y en ello gastó gran parte de su vida. Somos legión los responsables de que no haya dado cima a muchos más libros proyectados. Y no sólo hacía suyas nuestras empresas literarias: también nuestros enojos prácticos y nuestras vicisitudes morales. Un día, cuando más pobre estaba, hizo entrega de sus parvos ahorros en manos de uno a quien quería ver inconmovible en su apartada dignidad cívica. Pero no os figuréis una de esas inquietudes efusivas y bullangueras, que a veces incomodan tanto como alivian. Así como su habla era con frecuencia lenta y grave (salvo curiosísimos

atropellamientos en que llegaba, al discutir, a los gritos, para dar más punta a sus afirmaciones), el gesto era siempre claro y sereno; exteriormente, frío; ni espuma ociosa, ni adiposidades equívocas. Era tan veraz, tan directo que —según solíamos decirle por burla— para él, en su hábito de ignorar lo inútil, o por lo menos, secundario, no existían espacio ni tiempo: sólo existía la causa. Era grande con impertinencia de niño.

Allá, en sus años heroicos, cuando todavía las tristes lecciones no habían embotado sus aristas, soltaba unas "verdades de a libra", de esas que crean temerosos silencios. Y entonces nos recordaba a otro personaje de la Antigüedad: al escita Anacarsis. Éste, pues, apareció un día por Grecia, irritando provechosamente a los filósofos con la evidencia de sus crudas observaciones. Un tanto engreídos los griegos respecto a la superioridad de sus modos y maneras, tuvieron que hacer un saludable esfuerzo para dar crédito a sus oídos.

Los años atenuaron un tanto aquel despilfarro y aquella irresponsabilidad generosa, al irlo cercando entre los muros de las crecientes obligaciones. Se resignó a concentrarse un poco, a tolerar algunas superfluidades de la ley cotidiana, a sacrificar algunas aficiones, y desde luego, la epistolar. Ya no era posible cumplir con todos los hombres a un tiempo. Sus cartas, de que quedan por ahí volúmenes, se redujeron al mínimo indispensable, a un laconismo que contrastaba con la abundancia de otros días. Pero nada fue poderoso a mermar su vocación de maestro, y hasta el fin siguió —otra vez como Sócrates— atajando el paso al joven Jenofonte, para darle aquel aviso providencial: "Sígueme, si quieres saber dónde y cómo se aprende la sabiduría".

Estaba dotado de una laboriosidad que le era naturaleza, y ella poseía dos fases: la ostensible y la oculta. Leía y escribía junto a la sopa, en mitad de la conversación, delante de las visitas, jugando al "bridge", entre los deberes escolares que corregía —¡el cuitado vivió siempre uncido a mil menesteres pedagógicos!—, de una cátedra a otra, en el tren que lo llevaba y traía entre las Universidades de La Plata y de Buenos Aires. A veces, llegué a preguntarme si seguía trabajando durante el sueño. Y es que, en efecto, bajo aquella actividad visible corría, como río subterráneo, la actividad invisible, sin duda la más sorprendente. Su pensamiento no descansaba nunca. Mientras seguía el hilo de la charla, iba construyendo, para sí, otra interior figura mental. Y al revés, dejaba correr su charla sin percatarse, aparentemente, de las cosas que lo rodeaban. Esta impresión era engañosa: no contaba uno con su ubicuidad psíquica. Cierta vez, José Moreno Villa lo llevó al museo del Escorial. Pedro habló todo el tiempo de Minnesota —el clima, la Universidad, el catedrático de literatura francesa, una profesora que estudiaba la *Divina Comedia*, las reuniones dominicales en la casa de algún colega— y no parecía prestar atención a lo que tenía delante. Poco después, al regreso, en un misterioso desperezo retrospectivo, dejó pasmado a José Moreno Villa con un estupendo análisis del "San Mauricio", del Greco.

En apariencia, padecía las pintorescas abstracciones del sabio, y se hubiera

creído de él que pasaba junto a las frivolidades sin verlas. Y he aquí que, de pronto, le oíamos explicar, en un corro de señoras porteñas, los principios que inspiraban el nuevo tipo de los sombreros femeninos. Y lo que hacía para las pinturas y las modas, lo hacía para la música o los deportes, con igual facilidad que para las letras, y siempre con delicadeza y elegancia. Sólo ante el cine lo vimos retroceder francamente, desencantado de las historias y no compensado por el deleite fotográfico. A menos que algunos "films" aparecidos en los últimos años hayan logrado convencerlo.

Y lo que es mejor todavía: el mismo trabajo de elaboración hipnótica parecía operarse en su mente con respecto a los más recibidos rasgos de las costumbres y a los más arduos conflictos de la ética o de la política. ¡Ay, si se hubiera decidido a escribir todo lo que pensaba y decía! Por lo menos, a muchos nos entregó, como en moneda de vellón, el caudal de sus reflexiones, a veces de una originalidad desconcertante. Y en muchos libros de sus compañeros y discípulos —los míos los primeros— poco cuesta señalar esta y la otra página que proceden de algunas palabras ocasionales de Pedro.

Tal era Pedro; y quienes sólo lean mañana sus obras —afinadas en un mismo tono, aunque excelentes y únicas en su orden— apenas conocerán la mitad de su contenido humano y quién sabe si todavía menos. El que estas maravillas os cuenta se ve en el paso honroso —tan extraordinaria era aquella naturaleza— de aseguraros que nada inventa ni abulta. El recuerdo mismo de nuestro amigo y maestro me dicta el mayor respeto para la fidelidad del retrato. Pero la verdad es que, tras ocho bien contados lustros de una amistad que fue, para ambos, la más cercana, todavía me agobia la sorpresa de haber encontrado en mi existencia a un hombre de esta fábrica y de una superioridad tan múltiple. Yo bien quisiera ser capaz de comunicar a todos la veneración de su memoria.

Algo hemos dicho del hombre. Casi nada del escritor. Pero ¿acaso fuimos requeridos para aderezar, a las volandas y en plazo perentorio, un juicio que requeriría largos años de preparación? Rehusaríamos computar ligeramente los saldos de obra tan cumplida. Conformémonos con recordar aquí algunos aspectos principales.

Es ya un lugar común que el estilo de Pedro Henríquez Ureña acertó a vencer las disciplinas del equilibrio dorio. Modelo de sobriedad suficiente, mucho pueden aprender en este escritor antillano algunos que nos tildan de "tropicales" con intención peyorativa. Hay que revisar ese sobado concepto. No conozco peor "tropicalismo", en el mal sentido, ni más deplorable charlatanería, que la de esos malaconsejados que han hecho una carrera, con programa, estudios y diploma, del arte de la "bernardina" o arte de vender la mula tuerta, de la propaganda y reclamo comercial en suma, propia academia de Monipodio y contraste del prócer decir español: "El buen paño en el arca se vende". Tropicales, ciertos vates que yo me sé, que empiezan a amontonar palabras y no acaban, a ver qué sale —impotencia peor que el silencio—, como esas visitas que no saben nunca

despedirse. ¡Pero tropicales nosotros —¡bah!—, cuando nada nos ofende más que lo informe, lo farragoso y lo desordenado! ¡Tropical el dorio de América, cuyos párrafos son estrofas que van ajustando la estructura! Y, si se quiere, tropical, sí; pero en el otro sentido: luz, limpieza y claridad del dibujo. ¡Y que la siracusana Lucía nos conserve los ojos!

El arte de este escritor extrae de la necesidad su virtud, y su virtud esencial consiste en cierto aplomo como el de una gravitación física. Sin llegar al "remedo de la facundia latina y del número ciceroniano", aquí y allá dejaba sentir el resabio de los odres "marcelinescos" en que había madurado su vino. No era, por cierto, uno de sus menores encantos la pericia en la variedad sintáctica. Pero ella nunca sobrevenía como alarde postizo, sino como consecuencia de las mismas anfractuosidades de la idea, poseída por una expresión de atlética musculatura. Con todo, es notoria la tendencia hacia una geometría cada vez más despojada, aun por el sesgo científico que fue dominando gradualmente la obra. Ha dicho Julio Caillet-Bois: "Apenas admite elementos conjuntivos esa prosa encadenada por dentro".

No es fácil decirlo: intentémoslo. El molde era siempre del tamaño de la idea que encerraba. Ni la hinchaba extremosamente, que suena a hueco; ni menos la reducía como al genio de la botella, que es enigmático y molesto. De esto o de aquello, hay quien se confiesa orgulloso. También se consolaba, en la fábula, el zorro de las uvas.

El adorno se le volvía esencia; el adjetivo cobraba mayoridad de sustantivo. Los epítetos eran definiciones. Las llamadas "figuras", actos de apoderamiento viril. Estilo masculino, aquél, pero que sabía ofrecer, cortésmente, el brazo a las vagarosas ninfas.

Aun en sus más libres divagaciones —tan concentradas eran—, como en su página sobre un atardecer de Chapultepec; aun en sus creaciones más poemáticas —tan densas de humorismo—, como en su evocación del advenimiento de Dionysos, fue característica suya el mantener una temperatura de "fantasía racional".

Nos ha dejado dos o tres relatos folklóricos que nada envidian, en tersura, a los maestros del género, sin que incurran por eso en las pequeñeces del costumbrismo forzado, lo que muestra la amplitud del registro y el buen dominio de la voz. Pues los Universales regían su mente, y jamás los perdía de vista.

Sus versos, que yo sepa, fueron cosa de la adolescencia y nunca llegó a recogerlos. Nos agradaría examinarlos ahora, dándoles su sitio en el conjunto. Acaso su misma marcha algo indecisa nos resulte aleccionadora. El desarrollo avasallador de la prosa los relega a la penumbra y los intimida.

En la prosa se saciaron plenamente los propósitos definitivos del escritor. Prosa inmaculada la suya, castiza sin remilgos puristas. Ni reniega de la tradición, que parece pertenecerle por abolengo propio, ni se desconcierta ante la novedad o aun la iniciativa, porque su pluma era también instrumento

autorizado y parte integrante de nuestra habla. Y siempre, sustancia y sustancia, lo que no puede lograrse sin una maciza voluntad de la forma. Nunca un traspiés, nunca un falseo: el lector cabalga tranquilo. Por el solo concepto artístico, si más no hubiera, Pedro Henríquez Ureña es ya uno de los escritores más firmes de la lengua.

Por cuanto al fondo de la obra, somos exigentes con los gigantes, olvidando que los sujetaron los dioses. Quisiéramos que hubiera volcado en sus libros toda su persona: ¡como si el tiempo y las fuerzas humanas fueran infinitos! Pero esta exigencia desmesurada en nada disminuye el mérito de los libros publicados. Todo se ha dicho cuando afirmamos que hizo adelantar en algún grado cuantos asuntos empuñaba. Erudito, exploraba tierras incógnitas; intérprete, iluminaba vastedades. De su taller nada salía como había entrado. Dondequiera que puso la mano, su impronta es imborrable.

Entre sus ensayos críticos, algunos son insuperables: tal su *Ruiz de Alarcón*. En el "Pérez de Oliva y otras páginas sobre el Renacimiento español", impone la marca de su señorío y devuelve a las épocas y a los personajes los perfiles que se estaban borrando: los saca de la galería, los trae a la animación y a la vida. Sus resurrecciones históricas están salpicadas con aquella sangre del mártir de Nápoles, que daba perennidad continua al pasado. Sus síntesis americanas tienen destellos de perfección: véase el panorama ofrecido en Harvard; véase esa lección de método que es su monografía sobre la cultura dominicana. Sus buscas sobre la verdadera fisonomía de América están llamadas a dominar nuestras especulaciones al respecto, y nunca se las pondrá de lado, aunque llegara la hora de completarlas o retocarlas.

Filólogo, acotó terrenos, plantó banderines, abrió atajos. Allí están, para quien pueda superarlos, sus escritos de dialectología o su tesis sobre la versificación irregular. Salvador Novo define así la evolución de Pedro Henríquez Ureña, en reciente artículo periodístico: "De la erudición caudalosa de Menéndez y Pelayo, había pasado al conocimiento científico, sistematizado y moderno de la escuela de Menéndez Pidal".

Tal es, a grandes rasgos, la obra de Pedro Henríquez Ureña. Ni la ocasión consiente extenderse más, ni osaremos hacerlo sin antes repasar, con amoroso detenimiento, cada una de sus publicaciones, de sus páginas, de sus frases.

En cambio, sobre los perfiles humanos de Pedro yo podría explicarme incesantemente. ¡Como que con él se me ha ido lo más estimable de mis tesoros! Ya no contaré con aquella confrontación que —real o figurada— más de una vez corregía mis impulsos, aconsejaba mis estudios, guiaba de cerca o lejos mi pluma. Perdonadme que descienda a estas personales confidencias. Me doy a mí mismo como ejemplo de lo que, estoy cierto, no sólo a mí me acontece, y generalizo mi experiencia. "Yo —decía Montaigne— soy mi física, soy mi metafísica." Y sólo me traigo al argumento a fin de mejor explicar lo que Pedro ha sido para muchos, lo mismo en Santo Domingo que en La Habana, en Minnesota

o en Harvard, en México o en Montevideo, en Buenos Aires o en Santiago de Chile, en Madrid o en París. Así se entenderá mejor este dolor más que humano que nos embarga. Hemos sido desposeídos de algo que confina por los límites en que cada hombre particular se confunde ya con lo humano.

Pedro muere en el peor momento. Si Pedro se hubiera marchado unos seis años atrás, su valor sería el mismo, y él no habría padecido ante los horrores que ensombrecen la historia. Si nos hubiera vivido siquiera otros seis años, ¡cuánto nos hubiera ayudado para navegar la crisis en que hoy naufragamos, para explicarnos y dilucidar esta confusión que nos rodea! Desapareció cuando más falta nos hacía. Se ha ido quien podía socorrernos. No nos consolaremos de tamaña burla del destino. Pero el justo debe saber que todo, en este valle de crímenes, nos ha sido solamente prestado.

México, mayo de 1946

EL ARGENTINO JORGE LUIS BORGES*

ORÍGENES y tradición. El gran viejo argentino Macedonio Fernández, cuya atildada cortesía y cuyas facciones recuerdan un poco a Paul Valéry, pertenece a la tradición hispánica de los "raros", que puede trazarse por las extravagancias de Quevedo, Torres Villarroel, Ros de Olano, Silverio Lanza y Gómez de la Serna. Sin ser maestro de capilla, ha ejercido cierta influencia en un grupo juvenil argentino, al menos poniéndolo en guardia contra los lugares comunes del pensamiento y de la expresión.

La obra y la persona. Jorge Luis Borges, uno de los escritores más originales y profundos de Hispanoamérica, detesta, en Góngora, las metáforas grecolatinas ya tan sobadas y las palabras que significan objetos brillantes sin dar claridad al pensamiento, así como desconfía del falso laconismo de Gracián, que acumula, aunque en frases cortas, más palabras de las necesarias. Borges ha escrito ya una buena docena de libros entre verso y prosa. En el verso huye de lo que él llama la manía exclamativa o la poesía de la interjección, y en la prosa, cuando opera con su propio estilo, sin caricatura costumbrista, huye de la frase hecha. Su obra no tiene una página perdida. Aun en sus más rápidas notas bibliográficas hay una perspectiva original. Fácilmente transporta la crítica a una temperatura de filosofía científica. Sus fantasías tienen algo de utopías lógicas con estremecimientos a lo Edgar Allan Poe. Su cultura en letras alemanas e inglesas es caso único en nuestro mundo literario. En sus venas hay sangre escocesa. Su hermana, Norah, es la fina dibujante, esposa de Guillermo de Torre. Tiene una parienta anciana a quien visitan los duendes y los espíritus, pero con tanta familiaridad, que ya ella no les hace caso cuando dan en tumbar sillas o descolgar cuadros de las paredes. Borges es algo miope, y su andar parece el de un hombre medio naufragado en el mundo físico. Con todas las condiciones para ser un exquisito, se orienta de modo singular, cuando quiere, por entre los bajos fondos de la vida porteña y el lenguaje del arrabal, en el que ha logrado unas páginas de factura admirable y verdaderamente quevediana, dando dignidad al dialecto. ¡Lástima que estas páginas —de extraordinario valor— resulten inaccesibles al que no ha practicado aquellos ambientes de Buenos Aires!

La novela detectivesca. Así acontece con un libro publicado bajo el seudónimo de H. Bustos Domecq, *Seis problemas para don Isidro Parodi* (Buenos Aires, Sur, 1942).

Borges y su colaborador Adolfo Bioy Casares —de una generación más nueva y autor de la encantadora fantasía científica *La invención de Morel*— habían

publicado no hace mucho cierta caprichosa *Antología de la literatura fantástica*, donde seguramente hay varios cuentos firmados con nombres supuestos y escritos por los recopiladores del volumen. Con un método semejante, los *Seis problemas* crean la personalidad de los prologuistas y del fingido autor Bustos Domecq, antes de crear los cuentos mismos. Con este libro, la literatura detectivesca irrumpe definitivamente en Hispanoamérica, y se presenta ataviada en el dialecto porteño. No se trata de problemas policiales ni de investigaciones de laboratorio. Parodi, el personaje que descubre la trama de los casos y la identidad de los culpables, no cuenta más que con su cerebro, como que es un presidiario recluido en su celda para varios años. Este desasimiento del "mundanal ruido" le da la concentración mental para sus aciertos y la nitidez, el despojo, para captar las líneas esenciales de los problemas. Todos los casos se desenvuelven en dos tiempos: en el primero, el visitante —generalmente un inocente de quien se sospecha— relata su enigma al presidiario como quien cuenta su enfermedad al médico; en el segundo, y con ocasión de una segunda visita, el médico dicta el diagnóstico, el presidiario da la recta solución del enigma.

Testimonio social. De paso, nos vemos transportados a los escenarios más abigarrados y curiosos, recorremos los más ocultos rincones de la vida porteña, y desfila a nuestros ojos una galería de tipos de todas las escalas y todas las razas mezcladas en aquel hervidero de inmigraciones, hablando cada uno su lenguaje apropiado. A tal punto que, amén de su interés de enigma, el libro adquiere un valor de testimonio social, aunque iluminado fuertemente por las luces poéticas. Entiéndase bien: poéticas, no sentimentales. No hay un toque sentimental aquí, que sería contrario a la firme estética de Borges.

Mago de las ideas. Borges es un mago de las ideas. Transforma todos los motivos que toca y los lleva a otro registro mental. Los solos títulos de sus libros hacen reflexionar sobre una nueva dimensión de las cosas y parece que nos lanzan a un paseo por la estratósfera: *El tamaño de mi esperanza, Historia de la eternidad, Historia universal de la infamia*, etc. Ya inventa una región inédita y olvidada del mundo, donde se pensaba de otro modo: *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius;* ya inventa a un escritor francés que se propone reescribir íntegro el texto del *Quijote*, usando las mismas palabras de Cervantes, y simplemente pensando por su cuenta y al modo de hoy, con la fertilización del anacronismo, cada uno de los conceptos del libro clásico; ya imagina una biblioteca de todos los libros existentes y todos los libros posibles; ya una Babilonia gobernada, no por leyes sino por una especie de Lotería Nacional. Lo cual, bien mirado…

ESPAÑA Y SU LITERATURA

EL ARCIPRESTE DE HITA
Y SU "LIBRO DE BUEN AMOR"*

JUAN RUIZ, Arcipreste de Hita, parece haber nacido en Alcalá de Henares hacia 1283, y muerto a mediados del siguiente siglo. El cardenal D. Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, lo hizo encarcelar; y un copista arcaico asegura que compuso su poema durante su larga prisión. A ella se refiere el poeta al comenzar y al acabar el libro.

Obra abigarrada y compleja —donde, al decir de un crítico, las rosas y las ortigas se confunden como en los jardines de la Bella Durmiente—, no recibió nombre preciso, y la posteridad, de uno en otro, ha acabado por designarla con el propuesto por Wolf, aprobado por Menéndez Pidal y adoptado por el diligente Ducamin, y que de fijo no hubiera disgustado a Juan Ruiz. Del libro de sus *Ensayos* decía Montaigne que era un libro de "buena fe": en las palabras del Arcipreste, vuelve con encantadora frecuencia la protesta de que su libro es de "buen amor" —bien que tampoco eluda el aconsejar algunas maneras de "loco amor".

Era el Arcipreste, a creer sus propias palabras, un gigantón alegre y membrudo, velloso, pescozudo; los cabellos negros, las cejas pobladas, los ojos vivos y pequeños, los labios más gruesos que delgados, las orejas pródigas y las narices todavía más, las espaldas bien grandes, los pechos delanteros, fornido el brazo y las muñecas robustas, como conviene al poeta del Guadarrama.

En cuanto a las mil y una aventuras de que habla por todo el poema, no hay que incurrir en la extravagancia —por seductora que sea— de atribuírselas puntualmente; no hay para qué alargarse sobre lo poco que convenían a su estado, ni para qué declamar contra la relajación de la época; tampoco hay que fantasear sobre los motivos de un encarcelamiento que más bien se debería a razones de política eclesiástica. ¡Y pensar que —con el extremo contrario— alguien quiso ver en el Arcipreste una víctima propiciatoria y voluntaria de los pecados de su tiempo! No: la sátira vieja, de que no puede dar idea la moderna sátira, tenía, como todos los géneros, sus derechos propios; y uno de ellos era el de inventar sucesos fingidos, más o menos libres, y narrarlos en primera persona. Y así, ni Dante descendió a los infiernos, ni hay para que dudar de que el Arcipreste haya sido un hombre como todos. Con la erudición que él tenía y su sentido de la realidad castellana, bastaba para tramar su obra: se acuerda de Ovidio, y en vez de las mujeres romanas pone las de su pueblo; recuerda la *villanesca* portuguesa, y transforma la pequeña escena lacrimosa en una parodia realista y hasta ruda: la *cantiga de serrana*. Pero para esto apenas hacía falta más que haber frecuentado los libros y los hombres, y paseado por la plaza las

mañanas de sol. Una de esas mañanas vio salir de misa a doña Endrina. Otro día quiso ir a probar la sierra. Nadie sabe lo que entonces pasó, y lo que él nos cuenta no estaba, por cierto, dedicado a la jactancia, sino a la risa. El YO es hoy sagrado; entonces, más bien era cómico. Lo cual no quita que los hombres tengan derecho a interpretar y sentir el viejo poema según las emociones dominantes de cada siglo. En todo caso, la experiencia humana no puede negarse al gran poeta, y mucha y muy honda ha de haber tenido, sin ser mejor ni peor que los demás hombres de su tiempo. Pero pocos saben entender con delicadeza las relaciones entre la vida y la obra.

El *Libro de buen amor* es obra escrita en pleno siglo XIV. Ahora bien, si en los dos siglos anteriores se había desarrollado la épica, domina en la poesía del XIV una tendencia satírica y moral; aquí, más satírica que moral. "Casi ningún satírico ha sido verdaderamente moralista" escribe Menéndez y Pelayo. Y el viejo Puymaigre, comparando a nuestro Arcipreste con Régnier, observa: "Ambos fueron poetas satíricos, y ambos casi de la misma manera: más que verdaderos enemigos del vicio, eran enemigos del ridículo, del aturdimiento".

El procedimiento principal de la poesía era entonces la narración, así como hoy lo es el lirismo: narración de las hazañas del héroe, que es la poesía épica; narración de vidas de santos y de milagros de la Virgen, que es la poesía religiosa; narración de fábulas y cuentos aplicados a la descripción o censura de las costumbres, que es la poesía satírica. La épica se componía según una técnica —combinación de metros, temas o lugares comunes, maneras de decir— que recibe el nombre de *mester de juglaría*. La poesía religiosa y satírica —aunque no de una manera exclusiva—, según una técnica llamada *mester de clerecía*. Los juglares eran los poetas del pueblo, y cantaban por las plazas y lugares de peregrinación. Los clérigos, o letrados (que valía lo mismo), eran poetas eruditos, aplicaban a sus composiciones reglas más estrictas, y no dedicaban su obra precisamente al pueblo. Por lo general, fueron personajes afectos al servicio del Estado y la Iglesia.

Pero aunque esto sea cierto en definitiva, hay que recordar, siempre que se trate de literatura española medieval —¡y a veces aun de la posterior!—, que circula por toda ella una profunda corriente de "popularismo", y que sólo esto explica algunas de sus diferencias más notables frente a la literatura francesa de la época, por ejemplo. Así, uno de los poetas del *mester de clerecía*, poeta no popular por definición, comienza un poema declarando no ser tan letrado para escribirlo en latín, por lo que usará la lengua del pueblo, y pidiendo, como cualquier juglar, que recompensen sus trabajos con un vaso de vino: el maestro Gonzalo de Berceo rimaba con sabiduría sus estrofas, y escribía, como hombre docto, en una mesa llena de libros; pero su ideal del poeta lo realizaba más bien el juglar, el libre improvisador de la feria; y puesto a escribir, pretende, mediante una reveladora ficción, envolverse en aquella aura popular que hubiera querido para sí.

Aunque el poeta usa de distintas combinaciones métricas, y admite ya formas trovadorescas que se desarrollarán más tarde —en la lírica del siglo XV—, una le es característica: la estrofa monorrima de cuatro versos alejandrinos, típica del *mester de clerecía*, en la cual no habrá que buscar la fijeza de la metrificación moderna. Además, en los cuartetos monorrimos del Arcipreste se aprecia ya la transición —la confusión— entre el verso de catorce sílabas y el verso de diez y seis sílabas, que es una de las bases métricas del romance viejo. El Arcipreste usa del *mester de clerecía* con ánimo revolucionario, y aun metrifica a veces como verdadero juglar, en coplas cantables, "para dar solaz a todos", según él decía. Y téngase en cuenta, por último, que los viejos manuscritos en que se conserva el poema presentan corrupciones evidentes, de que resultan faltas de rima —amén de las que produce la evolución de la lengua a través del tiempo.

El *Libro del Arcipreste de Hita* —escribe Menéndez y Pelayo— puede descomponerse de esta manera:

a) Una novela picaresca, de forma autobiográfica, cuyo protagonista es el mismo autor. Esta novela se dilata por todo el libro; pero, a semejanza del Guadiana, anda bajo tierra una gran parte de su curso, y vuelve a hacer su aparición a deshora y con intermitencias. En los descansos de la acción, siempre desigual y tortuosa, van interpolándose los materiales siguientes:

b) Una colección de *enxiemplos*, esto es, de fábulas y cuentos que suelen aparecer envueltos en el diálogo como aplicación y confirmación de los razonamientos.

c) Una paráfrasis del *Arte de amar* de Ovidio.

d) La comedia *De Vetula*, del pseudo Pamphilo, imitada o más bien parafraseada, pero reducida de forma dramática a forma narrativa, no sin que resten muchos vestigios del primitivo diálogo.

e) El poema burlesco o parodia épica de la *Batalla de Don Carnal y de Doña Cuaresma*, al cual siguen otros fragmentos del mismo género alegórico: el *Triunfo del amor* y la bellísima descripción de los meses representados en su tienda, que viene a ser como el *escudo de Aquiles* de esta jocosa epopeya.

f) Varias sátiras, inspiradas unas por la musa de la indignación, como los versos sobre las propiedades del dinero; otras inocentes y festivas, como el delicioso elogio de las mujeres chicas.

g) Una colección de poesías líricas, sagradas y profanas, en que se nota la mayor diversidad de asuntos y de formas métricas, predominando, no obstante, en lo sagrado, las cantigas y loores de Nuestra Señora; en lo profano, las *cantigas de serrana* y las villanescas.

h) Varias digresiones morales y ascéticas, con toda la traza de apuntamientos que el Arcipreste haría para sus sermones, si es que alguna vez los predicaba. Así, después de contarnos cómo pasó de esta vida su servicial mensajera *Trotaconventos*, viene una declamación de doscientos versos sobre la muerte, y poco después otra de no menos formidable extensión sobre las armas que debe usar el cristiano para vencer al diablo, al mundo y a la carne.[1]

Adviértase que entre las fábulas del Arcipreste las hay de procedencia esópica o clásica, y las hay de procedencia oriental, así como oriental es también el método de desarrollar toda la obra como en un rosario de cuentos, incluidos en el argumento principal. Algunas fábulas pudo recibirlas de los troveros franceses, y sobre todo las de asunto humano, los cuentos. De Francia procede, asimismo, la primera inspiración de la *Batalla de Doña Cuaresma*.

Adviértase la creación del tipo de la tercera, la *Trotaconventos*, que más tarde ha de renacer, transfigurada en la *Celestina*. En cuanto al trainel *Don Furón*, tiene ya los catorce vicios fundamentales de los héroes de la novela picaresca. Poco después, sus pastoras —más sutiles, más dulces, como el vino añejo—

saldrán todavía al encuentro del claro marqués de Santillana. Pero entre la Finojosa y la Tablada media una inapreciable distancia:

> La serranilla del prócer —dice Enrique de Mesa— es la flor delicada del tomillo, que una mano señorial corta en los valles vestidos de abril. La serrana del clérigo es la mata entera —con sus hojas y sus flores y sus cortezas ásperas— que, desarraigada y aún húmeda del rocío, chasca y humea y aroma, mordida de la llama en las hogueras de los hatos.[2]

Y así, cargado de gérmenes que han de fructificar uno tras otro, el poema adelanta por entre alegorías naturales —el León, la Raposa, don Melón, la hija del Endrino, don Amor— como un verdadero Paraíso. ¡Lástima que a la entrada de la sierra el Arcipreste haya perdido su mula! La recordaríamos ahora entre el jamelgo de Don Quijote y el asno de Sancho.

Finalmente, el lector advertirá versos y coplas repetidos, y aun situaciones que se cuentan dos veces, como las aventuras de la sierra; y lugares en que el Arcipreste alude a poesías que supone insertas en la obra y que, sin embargo, no han llegado a nosotros. El punto se presta a muchas y fáciles conjeturas.

Tal es la obra del poeta más personal que tuvo la Edad Media española. Bajo aquella forma vetusta percibimos con toda nitidez el estilo y el temperamento del Arcipreste. Su frase, directa y maciza, adquiere fácilmente esa unidad que sólo tienen las máximas, o sea intención que sólo se admira en los refranes. En máximas y refranes habla el poeta, y en cada una de sus situaciones y sus palabras hay como un esfuerzo para hacer rendir a la forma todas sus sensibilidades latentes. No cuesta trabajo imaginárselo. Azorín puede evocarlo y enfrentarse con él:

> Querido Juan Ruiz —le dice—, sosiega un poco. Has corrido mucho por campos y ciudades, y todavía no te sientes cansado—. El reposo y el olvido no son para ti; tú necesitas la animación, el ruido, el tumulto, el color, las sensaciones enérgicas, los placeres fuertes; tú necesitas ir a las ferias, estar en compañía de los estudiantes disipadores, tratar a las cantarinas y danzaderas; tú necesitas exaltarte, enardecerte con las músicas, los cantos amatorios, las alegres comilonas.[3]

El viajero ve, desde Hita, alzarse a modo de tentación los picos de la sierra, y se acuerda del Arcipreste al sentir esa ansia inefable, ese ánimo de escapar a la vida diaria y entrarse por las fragosidades del monte, como en una tumultuosa huelga del espíritu.

La edición para la cual se destinan estas líneas —no dedicada al especialista— moderniza la ortografía de los viejos textos y procura facilitar la lectura corriente. Larga ha sido la preparación científica que nos precede, y huelga decir que las discusiones de la filología no están agotadas. Con todo, de cuando en cuando conviene ofrecer al público las conclusiones actuales. El objeto de la erudición literaria es restaurar laboriosamente el pasado espiritual de un pueblo, no por inexcusable capricho, sino para reincorporarlo algún día en la vida común, enriqueciéndola así y depurándola con vacunas de la propia sangre.[4]

Madrid, 1917

ANTONIO DE NEBRIJA*

I. La vida

Antonio de Nebrija nació en Sevilla en 1441. Estudió cinco años en la célebre Salamanca; pero pronto —según él mismo explica tratando de sus maestros Apolonio, Pascual de Aranda y Pedro de Osma—,

> sospeché que aquellos varones, aunque no en el saber, en decir sabían poco. Así que, en edad de diecinueve años, yo fui a Italia, no por la causa que otros van: o para ganar rentas de iglesia, o para traer fórmulas del Derecho Civil y Canónico, o para trocar mercaderías; mas para que, por la ley de la tornada, después de luengo tiempo, restituyese en la posesión de su tierra perdida los autores del latín, que estaban, ya muchos siglos había, desterrados de España.

Diez años estudió en Italia, y al cabo de ellos, el arzobispo de Sevilla, don Alfonso de Fonseca, lo hizo venir a su lado, le procuró una renta de ciento cincuenta florines y la ración aparte, y le prometió "muchas cosas humanas". Nebrija, aunque se ejercitaba en la enseñanza de la lengua latina, gastaba mucho tiempo en atender a Fonseca que, enfermo y caduco, se esforzaba todavía en sus ratos de salud por despachar los negocios del siglo y los oficios divinos. Murió Fonseca a los tres años, y Nebrija, a quien una situación se le vino abajo, pensó en buscarse otra donde tuviera libertad para proseguir en sus empeños.

La barbarie —dice él mismo— se derramaba a la sazón por España "ancha y largamente". San Pedro y San Pablo, para desarraigar la gentilidad, no dieron combate entre los pueblos oscuros, como hacen los falsos profetas, sino desde las capitales del mundo: Atenas, Antioquía, Roma. Así, Nebrija pensó en asaltar el estudio de Salamanca, "el cual, como una fortaleza, tomado por combate, no dudaba yo que todos los otros pueblos de España vendrían luego a se me rendir". En este tono de general victorioso, nos sigue contando Nebrija cómo alcanzó lo que antes ninguno alcanzara: dos cátedras en Salamanca; cómo por aquel tiempo "escribió arrebatadamente", o más bien, "se le cayeron de las manos dos Gramáticas"; cómo toda España las recibió con aplauso, y cómo ya no le quedaba más que consagrarse a la enseñanza, porque, casado y con hijos, había perdido la renta de la Iglesia.

También enseñó Nebrija en Sevilla; y en Alcalá, llamado por Cisneros, ayudó a revisar el texto de la Biblia Complutense. A los setenta y dos años de edad, la fortaleza de Salamanca, cuartel general de la "barbarie", le cerró sus puertas, considerándolo inepto. El viejo maestro había dado a la obra de civilización "todo lo que le quedaba de espíritu y de vida, todo lo que le sobraba de ingenio y doctrina". El gran Cisneros lo acogió bajo su protección. Juan Huarte, en su *Examen de ingenios*, dice que "el maestro Antonio de Nebrija había venido a

tanta falta de memoria por la vejez, que leía por un papel la lección de retórica a sus discípulos". Murió en Alcalá, año 1522. Nunca dudó de su victoria:

> Ya casi del todo punto —escribía— desarraigué de toda España los *Dotrinales*, los *Pedros Elías* y otros nombres aún más duros, los *Galteros*, los *Ebrardos, Pastranas*, y otros no sé qué postizos y contrahechos gramáticos, no merecedores de ser nombrados. Si cerca de los hombres de nuestra nación alguna cosa se halla de latín, todo aquello se ha de referir a mí.

Así, en el siglo XVI, se explica el abuelo de los europeizadores de España.

II. La repartición de la vida

Gramáticas latinas y castellanas, diccionarios, traducciones, libros de cosmografía, crónicas sobre el reinado de los Reyes Católicos, y hasta el fin de sus días, las mil actividades diarias de la enseñanza: amplia es la labor de Nebrija, como de buen hijo del Renacimiento. No les bastaba a aquellos hombres universales el trecho tasado de una vida, ni todas las horas del día y la noche para su sed de conocimiento y de acción. "Este hombre —dice Browning, en los *Funerales del gramático*—, más que vivir, quiso conocer"; pero como lo uno y lo otro se confunden en la misma onda de fecundidad, habría que rectificar así la palabra del poeta inglés: "Este hombre quiso vivir más que la vida". El espléndido Gracián, en su ensayo sobre la "Culta repartición de la vida de un discreto", propone el ideal, propiamente renacentista, de dividir la existencia humana, como el camino del sol, en varias estaciones:

> Comienza la primavera en la niñez, tiernas flores en esperanzas frágiles. Síguese el estío caloroso y destemplado de la mocedad, de todas maneras peligroso, por lo ardiente de la sangre y tempestuoso de las pasiones. Entra después el deseado otoño de la varonil edad, coronado de sazonados frutos en dictámenes, en sentencias y en aciertos. Acaba con todo el invierno helado de la vejez: cáense las hojas de los bríos, blanquea la nieve de las canas, hiélanse los arroyos de las venas, todo se desnuda de dientes y de cabellos, y tiembla la vida de su cercana muerte. De esta suerte alternó la naturaleza las edades y los tiempos.

Y como a cada edad toca su verdad, Gracián propone la repartición de la vida de modo que a una época corresponda hablar con los muertos: los libros y el estudio, los años de aprendizaje; a otra toque hablar con los vivos: la experiencia de las cosas del mundo, el trato, los años de viaje; a otra, finalmente, el hablar a solas consigo mismo: los años de meditación y recuerdo, la época de escribir de los griegos.

Todo hubo en la vida de Nebrija; pero en la rotación de los trabajos y los días su obra vino a fijarse en las labores lingüísticas, y así ha quedado consagrado como el fundador de nuestra gramática. Pero hablar hoy de la gramática es hablar de una parte adjetiva de la vida; y el gramático que hoy cantara sus éxitos en tono de general victorioso resultaría ridículo, así le debiéramos mercedes como la de ahuyentar de toda España y las tierras hispanas los manuales y textos de la Academia, que son los *Dotrinales, Pedros Elías, Galteros, Ebrardos* y

Pastranas de nuestro tiempo. ¿Qué sentido hemos de dar a las arrogancias de Nebrija? ¿El de meras pedanterías pueriles o sarampiones de la cultura? Sería ligereza.

No; hubo un tiempo en que el mundo parecía pender del Pontífice de Roma, y la lengua oficial de Europa era el latín. La constitución paulatina de las nacionalidades modernas se va reflejando también en los progresos de las nuevas lenguas románicas; cada grado de dignidad que conquista de la lengua española es un nuevo grado de incorporación que logra la nueva vida española: cuando una nación busca su alma, la defensa e ilustración de su lengua (para usar la frase de Joachim du Bellay), la campaña para purificar y reivindicar su habla, es como una clave simbólica —pero también es una parte consustancial del proceso— hacia la fijación del carácter propio y nativo. Una celosa provincia hispana, en nuestros días, ¿no nos está dando señales de cómo los impulsos de autonomía se refugian o se compendian hasta en las reglas de afinación ortográfica, hasta en ese punto interlineal que divide la doble "ele" catalana y la distingue de la "elle" española? Así —pero mucho más hondamente—, en días de Nebrija. Y buscar la ley al nuevo fenómeno, demostrar que esta lengua popular de España también era susceptible de reglas, era devolverle su dignidad latina, era restaurar a la hija española en el trono de la familia romana. Alterando apenas las palabras de nuestro gramático, y para reducir a especies modernas sus ideas, pudiéramos entonces decir que a él tiene que referirse, en parte, lo que hay de "latino" en la mentalidad española revelada en la literatura.

III. Las tres empresas de la gramática

Para acercarnos más al problema, recordamos los tres aspectos de la campaña lingüística de Nebrija, según los explica un artículo reciente.[1] El examen de los prólogos de Nebrija, donde expone éste sus intenciones, permite discenir en esta campaña tres aspectos.

> Escribir un tratado de gramática de una lengua moderna constituía una empresa de absoluta novedad. Hasta entonces —dice Américo Castro— se habían estudiado las lenguas sabias: latín, hebreo, griego, con el propósito de aprenderlas. De aquí había nacido el definir la gramática como "arte de hablar y escribir una lengua", definición que —no se sabe por qué— conserva aún la Academia. Lanzarse, pues, al estudio de la propia lengua, que se habla correctamente sin necesidad de gramática, suponía en Nebrija una notable originalidad.

¿Cuál era su objeto?

1º *El propósito docente.* Estudiar la gramática de una lengua extraña es cosa abstracta; otros hombres pudieron conformarse con ello, no un realista del Renacimiento. Es como querer dibujar el contorno de una montaña que no se ha visto. Podemos aprender, claro está, a trazarlo de memoria, copiándolo de otros; pero si nunca hemos reparado previamente en los contornos de las montañas próximas, de las que están al alcance de nuestros ojos, ¿qué provecho habrá en

ese aprendizaje mecánico? En cambio, si previamente se nos hace apreciar y dibujar el perfil de nuestras montañas, percibiremos la relación entre el esquema y el objeto, y cuando después se nos enseñe el dibujo de una montaña que aún no hemos visto, nos formaremos clara idea de ella. Dice Nebrija:

> Los hombres de nuestra lengua que querrán estudiar la gramática del latín, después que sintieren bien el arte castellano, no les será muy difícil; porque es sobre la lengua que ya ellos sienten; cuando pasaren al latín, no habrá cosa tan oscura.

De suerte que la gramática castellana venía a ser una introducción del latín. En cuanto a la utilidad del latín —valga hoy lo que valiere—, era entonces tan indispensable como hoy lo es aprender la escritura a mano, que resultará acaso inútil para los hijos de nuestros biznietos.

Además,

> los vizcaínos, navarros, franceses, italianos y todos los otros que tienen algún trato en conversación en España y necesidad de nuestra lengua, si no vienen desde niños a aprenderla por uso, podránla más aína saber por esta mi obra.

2º *El propósito científico*. Lo hemos esbozado ya. El latín había sido hasta entonces la lengua por excelencia, y el español se consideraba como una corrupción del latín. A Malón de Chaide le preguntaban sus amigos que cómo escribía en lengua vulgar (español) cosas religiosas y de sustancia, cuando el "vulgar" sólo era propio para cuentos de "hilanderuelas y mujercitas". El propósito de reivindicar la lengua vulgar, como nota Castro, es una de las formas de ese interés por las cosas populares, folklóricas, que tiene sus raíces en el Renacimiento. No es más que el interés por la propia fisonomía nacional.

> Esencialmente al mismo espíritu —añade Castro— responde el emplear las lenguas nacionales para el culto protestante. La Biblia de Lutero es, además, el primer monumento del moderno alemán. La Iglesia católica, al mantener el latín para el culto, volvía la espalda al Renacimiento y continuaba la tradición medieval.

La dignificación de la lengua vulgar produjo, entre otros efectos, tres principales: primero, unos ensayos y tanteos pueriles de escribir discursos bilingües latino-castellanos, para demostrar que la hija no estaba tan corrompida cuando fácilmente se confundía con la madre. El Brocense, Pérez de Oliva, Ambrosio de Morales y algunos más escribieron ejercicios latinocastellanos, tendientes a mostrar las posibilidades gramaticales del "vulgar". Una última crisis de esta tendencia puede verse en las latinizaciones de Góngora y sus discípulos, siglo XVII.

En segundo lugar, la tendencia produce efectos artísticos y procura orden y concierto en las palabras, escogiéndolas hasta contar sus letras, midiéndolas y pesándolas, como declaraba hacerlo Fray Luis en un célebre pasaje de *Los nombres de Cristo:* "Y si acaso dijeren que es novedad, yo confieso que es nuevo, y camino no usado por los que escriben en esta lengua, poner en ella número, levantándola del decaimiento ordinario".

En tercer lugar, y finalmente, esta tendencia se manifiesta en investigaciones científicas sobre la estructura de la lengua y sus leyes propias. Y aquí es donde mejor se aprecia el valor de la obra de Nebrija, el primero que volvió los ojos a la ciencia de los antiguos para restituirla a su nación, mezclando —como dice la elegía de Arias Barbosa— las sagradas aguas del Parmeso con las del Tormes.

3º *El propósito imperial.* En la introducción a la *Antología de poetas hispanoamericanos*, escribía Menéndez y Pelayo:

> Fue privilegio de las lenguas que llamamos clásicas el extender su imperio por regiones muy distantes de aquellas donde tuvieron su cuna, y el sobrevivirse en cierto modo a sí mismas, persistiendo a través de los siglos en los labios de gentes y de razas traídas a la civilización por el pueblo que primeramente articuló aquellas palabras y dio a la lengua su nombre.

Y parece que al escribir así, refiriéndose al griego, al latín, al inglés y a la lengua española —exaltada ya a la categoría de clásica en la historia—, Menéndez y Pelayo describiera el hecho presentido, en los días de su iniciación, por Nebrija. En efecto, decía Nebrija a la reina Isabel:

> Cuando bien conmigo pienso, muy esclarecida reina, y pongo delante los ojos el antigüedad de todas las cosas que para nuestra recordación y memoria quedaron escritas, una cosa hallo y saco por conclusión muy cierta: que siempre la lengua fue compañera del imperio, y de tal manera lo siguió, que juntamente comenzaron, crecieron y florecieron, y después junta fue la caída de entrambos.

Antes nación dispersa, antes lengua bárbara; hoy, "los miembros y pedazos de España, que estaban por muchas partes derramados, se redujeron y ayuntaron en un cuerpo y unidad de reino"; hoy, pues, deben erigirse en cuerpo de doctrina los *disjecta membra* de la lengua. Además,

> cuando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a vuestra Real Majestad, y me preguntó que para qué podía aprovechar, el muy reverendo padre obispo de Ávila me arrebató la respuesta, y, respondiendo por mí, dijo que después de que Vuestra Alteza metiese debajo de su yugo pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas, y con el vencimiento aquéllos tuviesen necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido, y con ellas nuestra lengua, entonces por esta mi arte podrían venir en el conocimiento de ella, como ahora nosotros aprendemos el arte de la gramática latina para aprender el latín.

“QUIJOTE” EN MANO*

I

Creo en la “relectura”. Antes de que me la impusieran el estudio y la disciplina, antes de que me la ofreciera el gusto de volver a las páginas que deleitaron nuestra juventud, la aprendí, de niño, en cierto librote de estampas destinado a la enseñanza elemental del inglés.

Para aficionarme a ojearlo, me habían contado que las estampas cambiaban de noche y eran cada día diferentes, a condición de que nunca volviera yo sobre las páginas antes consultadas. Es decir, que no me habían mentido del todo. Pero yo solía volver sobre esas páginas, y cada mañana me figuraba encontrar estampas nuevas.

Así en la relectura. No sospechamos el caudal de inspiraciones que encierra un libro, y más cuando es un libro bueno. No acaba de darnos sus tesoros. Entre el libro y el lector acontece una fecundación abierta sobre las perspectivas del tiempo. El mismo libro deposita constantemente renovados gérmenes en nuestro espíritu. Y dice con frecuencia más, mucho más de lo que el autor se propuso. ¿Será paradójico afirmar que llega a vivir por cuenta propia? ¡Si a veces aun parece que ha nacido solo, como aquel poema que tanto admiraba Platón y que, por decirlo así, se había escrito a sí propio, usando como instrumento la mano del idiota de Tínico!

Desde hace casi un par de lustros, he dado en comenzar el año con una lectura del *Cándido*, acaso para contrarrestar el moho, limpiar el vaho del espejo y sanear el ánimo, acaso para hacer tabla rasa y partir del cero. Hay que tener coraje, os lo aseguro. La poda, aunque provechosa, no deja de doler un poco.

Y un día hallo en Pangloss reflejos de las humoradas del *Timeo*. Y otro día creo descubrir en el gobernador de Buenos Aires el primer retrato del porteño engreído, hijo ya de la “prepotencia” y que mira a todos desde arriba. Y más tarde... Pero ¿a qué seguir? Últimamente, me angustiaba la sensación de que aquel mundo absurdo y cruel corresponde con extraña puntualidad a la época en que vivimos.

Como todos —es una manera de hablar—, al acercarse el aniversario cervantino abrí nuevamente el *Quijote*. Mi primer lectura data de aquel enorme infolio con las magníficas ilustraciones de Doré, que hacía mis delicias en la biblioteca paterna. El volumen “me quedaba grande”, y yo tenía, materialmente, que sentarme en él para leerlo. Hoy cuento, entre otras, con las tres ediciones de Rodríguez Marín; pero, para ir más de prisa y no distraerme con los “pisos bajos” que decía Maura, he echado mano de la preciosa edición mexicana, en un

volumen, preparada hace seis años para la Editorial Séneca por Agustín Millares Carlo. Toda persona culta, entre nosotros, debiera tenerla a la vista, por cómoda y manual desde luego, y además, "por ser vos quien sois": que toda compulsa del *Quijote* parece algo como un provechoso examen de conciencia.

De paso, le noto al tomo las muy contadas erratas y, viendo que el erudito editor se queja de no haber podido, "a pesar de reiterados esfuerzos", consultar la tercera y última edición de Rodríguez Marín (1927-28), no puedo menos de exclamar: "Pero Millares ¡qué poca confianza! ¡Haberlo dicho a tiempo!" Somos viejos amigos, nos encontramos con frecuencia y aun colaboramos en cierto modo, ¡y nada llegó a decirme de sus "reiterados esfuerzos"!

Abrí, pues, el *Quijote*, dejando para la primera ocasión el repasar lentamente el *Persiles y Sigismunda*, cuyo verdadero valor estético no ha sido juzgado todavía —a pesar de las insinuaciones sutiles de Azorín— y donde la fantasía del anciano Cervantes atreve sus vuelos desde un rincón cualquiera de España hasta los hielos septentrionales. Como que —según lo he contado recientemente— el *Persiles* trae una de las primeras menciones en lengua española sobre el deporte del "sky"[1]. La anterior, de que ésta procede directamente, consta en Antonio de Torquemada, *Jardín de flores curiosas*, siglo XVI.[2]

II

¡El Quijote! ¡Ésta sí que es una selva cambiante y ofrece inagotables sorpresas! ¿Pues no me he pasado yo la vida atribuyendo a Clarín aquello de que "cada uno es como Dios lo hizo, y aun peor muchas veces", y sólo ahora me percato de que está en el *Quijote*? ¿Pues no acabo de encontrarme allí las larvas del "monólogo interior" que, en torno a Joyce y con antecedentes en Édouard Dujardin, hacía furor en el París de mis tiempos? De entonces pudo decirse: "Era, en París, la hora del monólogo interior", como se dice: "Cuando la querella de los Antiguos y los Modernos" o, entre nosotros: "Por los días en que los jóvenes de *Contemporáneos* descubrieron a Mariano Azuela".

Nunca me canso de releer y siempre me parecen nuevas las censuras de libros, la teoría de la novela, de la fábula o del teatro, la comparación entre la poesía y la historia; todo ello con su regusto aristotélico y sus alusiones contemporáneas, y de todo lo cual, espigando un poco, bien podría formarse un *Cervantes crítico*, crítico de lo ajeno y lo propio, puesto que él también, de cuando en cuando, se objetiva y se juzga.

Me divierto en rastrearle las formas que un día quedarán en americanismos: para la Argentina, el "vamos" por "vayamos"; para México, el "luego-luego", el "ultimadamente", el "mas que", usado también por Ruiz de Alarcón, el "somos o no somos".

No menos me atraen los relámpagos líricos, como en la canción de Antonio a Olalla:

Tal vez la esperanza muestra
la orilla de su vestido.

O hasta los versos inconscientes que se van de contrabando en la prosa, donde los hay tan gallardos como este alejandrino incrustado en la suasoria senequista de Marcela contra sus furiosos enamorados:

Fuego soy apartado y espada puesta lejos.

Saboreo las felicidades de expresión, como donde Don Quijote, en medio de la oscuridad de la venta y tumbado en su camaranchón, "tenía los ojos abiertos como liebre"; o donde Sancho llama "baciyelmo" a la bacía comprometida a ser yelmo; o donde declara "santo a la jineta" al Caballero del Verde Gabán —tan noble, tan simpático—; o donde éste retrata a Don Quijote de un rasgo como "un entreverado de loco, lleno de lúcidos intervalos"; o donde el hidalgo manchego condena desdeñosamente a los que "así componen y arrojan libros como si fueran buñuelos".

Hay máximas de oro y observaciones que son sondeos en las honduras de la humana naturaleza, como cuando Don Quijote, advirtiendo la conducta de Roque Guinart con su banda, reflexiona: "Según lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesario que se use aun entre los mesmos ladrones"; o este felicísimo pasaje: "... Sancho, aunque aborrecía el ser gobernador como queda dicho, todavía deseaba volver a mandar y ser obedecido; que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas".

III

Hay toques estéticos en que parecen compendiadas de pronto la sensibilidad y la cultura de un pueblo que ha siglos se viene dorando al fuego de las artes. He aquí tres muestras como tres figuras de un tapiz:

Primera: Regresa el cautivo de Argel, trae consigo a aquella Zoraida, uno de cuyos mayores encantos está en que tiene crecientes y menguantes como su diosa protectora, la luna. "Porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene días y sazones." Pero aquel día, según tocan la anhelada orilla, "la hermosura de Zoraida... estaba en su punto, ansí con el cansancio del camino como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos"; rasgo que un novelista contemporáneo hubiera echado a perder con mil enojosos y morbosos análisis, para hacer sentir que hasta el miedo y la fatiga embellecen. Y, como cifra de la española tierra al fin alcanzada, el son de una esquila y, al pie de un alcornoque, "un pastor mozo que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo".

Segunda: La aldeana Leandra tiene perdidos de amor a los galanes, y a todos desaira por un extraño que, después de engañarla, la pone en trance de esconderse en un monasterio. Los galanes, desesperados, dejan la aldea y van a

hacer vida de pastores. Todo el día pueblan su Arcadia con lamentos y maldiciones contra Leandra, "todos la deshonran y todos la adoran". Pero el más discreto sigue el fácil camino de desahogarse con palabras contra la maldad de las mujeres en general, sin pensar ya más en su ingrata. Don Quijote y sus compañeros, comiendo en pleno campo, ven de pronto salir una cabra de la espesura, manchada de negro, blanco y pardo. El pastor, que es el galán de los desahogos platónicos, la alcanza al fin y, como luego explica, aunque es la mejor de todo su apero, "por ser hembra la tiene en poco". Ha trasladado a la cabra preferida todo su rencor amoroso, y asiéndola por los cuernos, exclama, en un arrebato que parece de celos y evoca la antología griega: "¡Ah, cerrera, cerrera, Manchada, Manchada, y cómo andáis vos estos días de pie cojo! ¿Qué lobos os espantan, hija? ¿No me diréis qué es esto, hermosa? Mas ¡qué puede ser sino que sois hembra, y no podéis estar sosegada; que mal haya vuestra condición, y la de todas aquéllas a quien imitáis!"

Tercera: El enamorado Basilio, enloquecido con la deslealtad de Quiteria, ni come ni duerme. "... Mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra, con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida, que el aire le mueve la ropa."

Y sigo las rayas de mi lápiz:

IV

Me convencen las "reducciones fenomenológicas" de Sancho:

—Dime —le dice Don Quijote— ¿no ves aquel caballero que hacia nosotros viene, sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro?

Y Sancho:

—Lo que yo veo y columbro no es sino un hombre sobre un asno, pardo como el mío, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.

Y más adelante, el propio Sancho cuenta que estuvo en la corte y allí vio paseándose a "un señor muy pequeño que decían que era muy grande".

V

Voy tomando nota de lugares con que podré enriquecer las reediciones futuras de mis libros.

Así, para mi *Experiencia literaria* ("Categorías de la lectura", o mejor "Apolo o de la Literatura", § 24, junto a la cita de Chaucer, donde una doncella lee la *Historia tebana* ante la sobrina de Pándaro y sus amigas), estas palabras del ventero: "... Cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno de estos libros en las manos, y rodeámonos de él más de treinta, y estámosle escuchando con tanto

gusto que nos quita mil canas".

Así, para mi observación sobre la costumbre mexicana de apodar a uno por sus defectos, en diminutivo cariñoso, "tuertito, panzoncito" (*Los trabajos y los días*, artículo sobre "Apodos"), este pasaje: "... Murió mi amo el Uchalí, al cual llamaban *Uchalí Fartax*, que quiere decir en lengua turquesca el *renegado tiñoso*, porque lo era, y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, o de alguna virtud que en ellos haya; y esto es porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linaje", etcétera.

Traslado a los populizadores de la ciencia, sobre lo que el hombre ha aprendido de los animales, o como decía Ángel Cabrera, *Animales inspiradores del hombre* ("Libros de la naturaleza", Espasa-Calpe, 1929), estas palabras, joya de la gnóstica tradicional: "... De las bestias han recebido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigüeñas, el cristel; de los perros, el vómito y el agradecimiento; de las grullas, la vigilancia; de las hormigas, la providencia; de los elefantes, la honestidad, y la lealtad, del caballo".

Y traslado a los regionalistas esta breve doctrina en que Cervantes anuncia ya algunos futuros intereses del Romanticismo: "En resolución, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche *(lo cual es falso, oh Cervantes, pero pase)*, y no fueron a buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos *(no, oh Cervantes, sino lo que es peor desde tu punto de vista: las lenguas poéticas artificiales, que en ninguna parte se hablaban);* y siendo esto así *(y aun cuando no lo es, puesto que entre lo uno y lo otro no hay secuencia lógica)*, razón sería se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno, que escribe en la suya".

VI

Y si nos vamos a los discursos de Don Quijote, el Siglo de Oro, las Armas y las Letras, o a las descripciones imaginarias —en que descuella la pintura de una batalla irreal que parece lejano eco de las fingidas "iconografías" de Filóstrato y de Calístrato, amén de las reminiscencias virgilianas—; o a los desfiles de héroes epónimos o de caballos históricos famosos; o bien a los cuentecitos del *Quijote*, que los hay de todos colores y sabores a lo largo de la obra, y entre los cuales aparece una "cocodrilita" o discusión sofística según la tradición griega, entonces no acabaríamos nunca.

Sobre el extremo de las reminiscencias clásicas, lo mejor será referirse al *Cervantes* que Arturo Marasso acaba de publicar en Buenos Aires. No podemos, por desgracia, decir lo mismo del *Cervantes* de Aubrey F. G. Bell (Norman: University of Oklahoma Press), libro que valdría mucho más si no lo afearan ociosas y ramplonas divagaciones, y lunares tan de bulto como lo es el atribuir a

Espinel los “Ojos claros, serenos”, de Gutierre de Cetina. Pero no es extraño, si este filólogo, por cierto hombre autorizado y competente, ha incurrido ya en tales descuidos como el atribuir —en una monografía publicada por un boletín filológico de Lisboa—, la “Vaquera de la Finojosa” ¡nada menos que a Alfonso el Sabio! Pero tales cosas suceden, o como decía Cervantes, suceden cosas que a cosas llegan. Y meses pasados, un ilustre amigo nuestro atribuía a Gracián, prosista aragonés del siglo XVII, la *Epístola moral* del anónimo poeta sevillano, siglo XVI.

VII

No es verdad que Cervantes, sentado en los elíseos prados durante varios siglos y repartiendo en redor melancólicas miradas, aguardara que naciera Ortega para entenderlo. Mucho se ha dicho y se ha escrito sobre Cervantes y, entre lo mucho, hay mucho bueno. Pero a fuerza de releer este libro único y apropiárnoslo en cierto modo, nos vamos envalentonando y nos entran ganas de descubrir el Mediterráneo por nuestra cuenta, y valga ello lo que valiere.

Ello es que ha caído en la verdadera significación de Sancho Panza, que lo es para mí aun cuando, en último análisis, no lo fuera para su creador. Ya Menéndez y Pelayo, indignado con los que se empeñan en ver alegorías en Don Quijote y en Sancho (el sublime ideal en contraste con el sentido de las realidades pedestres, etc.), hacía notar que Sancho es la criatura sometida a la educación quijotesca, cuyo tosco acero se va puliendo en el mollejón de su amo, al punto que acaba participando en sus extrañas locuras. Y desde luego, es evidente que, ya en la Segunda Parte, Sancho nos sorprende con sus discretísimas salidas y sus peroratas dignas de Don Quijote.

Pero aún puede darse un paso más. El Cura, el Barbero, el Ama y la Sobrina son descreídos y compasivos; el Bachiller Carrasco, entre compasivo y burlón, también descreído; los Duques, descreídos y franca, despiadadamente burlones, al punto que yo, para mí, no puedo absolverlos. Y Don Quijote es crédulo y loco. Es decir, que todos están en paz con su alma, aquéllos por vivir fuera de la alucinación, éste por vivir metido en ella.

Sólo Sancho Panza vive en un patético vaivén. Ya duda, ya cree, ya sigue a Don Quijote a ojos cerrados; ya se le aparta, a veces irónico y otras simplemente desconfiado. Este vaivén de Sancho Panza es el dinamismo trágico del *Quijote*. En su corazón, y sólo en su corazón, acontece la verdadera tragedia. Desde que Sancho entra en arreglos con Don Quijote, se condena a vivir, textualmente, con el corazón hecho pedazos.

“Por Dios, señora —dijo un día Sancho a la Duquesa—, que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígale vuestra merced que hable claro, o como quisiere; que yo conozco que dice verdad: que si yo fuera discreto, días ha que había de haber dejado a mi amo. Pero ésta fue mi suerte, y ésta mi malandanza.

No puedo más. Seguirle tengo. Somos de un mismo lugar. He comido su pan. Quiérole bien. Es agradecido. Diome sus pollinos. Y, sobre todo, yo soy fiel. Y así, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadón."

Yo tenía ya un falso recuerdo. Yo creía que Sancho, al ver, hacia el final del libro, que Don Quijote se resigna a la cordura y vuelve a ser Alonso Quijano, se sentía como defraudado y desesperado. Don Quijote, tras de embarcarlo en el bajel de sus sueños, lo deja en tierra. Y es verdad que hay un instante en que Sancho le dice más o menos: "Levántese de esa cama y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado... Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron".

Pero aquí Sancho no ha adoptado la postura patética que yo hubiere querido. Está simplemente administrando consuelos al moribundo, y ofreciéndole todavía las imágenes de la vida para confortarlo y tranquilizarlo. No está reclamándole, no, como yo lo hubiera querido, el cumplimiento de las quimeras con que Don Quijote lo ha venido embriagando.

Y la prueba de que se siente muy bien hallado y satisfecho con volver a la tierra es que, poco más adelante, Cervantes nos hace saber que "andaba la casa alborotada; pero con todo, comía la Sobrina, brindaba el Ama y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto". Y, en suma, que los duelos con pan son menos.

Con estas palabras al descuido, Cervantes ha matado en mí al Sancho Panza que yo había empezado a forjarme. Le ha quitado su más alto sentido, su valor artístico definitivo y perdurable: el ser el personaje mismo en quien se libra el combate trágico de la obra. Perdón por la insolencia.

SABOR DE GÓNGORA*

I

Un señorito cordobés, hijo del juez de bienes confiscados por la Inquisición; mimado y protegido por un tío suyo que poco a poco le fue cediendo sus rentas y beneficios; emparentado con lo mejor de la ciudad, de cuyos conquistadores descendía; que había conocido a los varones más ilustres de su tierra sin necesidad de salir de casa, como al cronista Ambrosio de Morales, y sin otro esfuerzo que el de dejarse vagar por la biblioteca paterna había frecuentado los libros indispensables; a quien no faltaban, en punto a rasgos pintorescos, ni la terrible caída que lo puso, de niño, en trance de muerte, cuando traveseaba por la Huerta del Rey, ni, de mozo, el tradicional lance de espada, un día acontecido entre él y otros linajudos jóvenes de la comarca; que, asistido de ayo bachiller, había llegado a Salamanca a los quince años, y en los cuatro que duró su errabundo paseo por entre las cátedras de Leyes, acertado a gastarse sus dos mil ducados cabales —buen pico para entonces—; que pronto se acostumbró a deber más de lo que tenía y a contar con la protección ajena y hasta con la tolerancia de su provinciana sociedad; que, a los veinticuatro, se dejó imponer las órdenes mayores para poder heredar a su tío en la ración familiar del Cabildo de Córdoba, y que, ya racionero, muy pronto empezó a desempeñar ciertas importantes comisiones que le iban confiando —porque, claro está, era el mejor y el más desenvuelto de todos, era el predestinado—; que, en estos negocios, viajó por el reino en condiciones privilegiadas para abrirse todas las puertas, mientras él, por sus prendas, su ingenio y su encanto personal, poseía la llave de todos los corazones —¡qué alto concepto pudo tener de lo que era ser andaluz, ser caballero, y ser poeta y ser joven!

¡Ay! Ya doblado el tormentoso cabo de los cuarenta, a pesar del tiempo terco, el poeta todavía suspira y, entre orgulloso y soledoso exclama:

> Hermosas damas, si la pasión ciega
> no os arma de desdén, no os arma de ira,
> ¿quién con piedad al andaluz no mira,
> y quién al andaluz su favor niega?
>
> En el terrero, ¿quién humilde ruega,
> fiel adora, idólatra suspira?
> ¿Quién, en la plaza, los bohordos tira,
> mata los toros y las cañas juega?
>
> En los saraos ¿quién lleva las más veces
> los dulcísimos ojos de la sala,
> sino galanes del Andalucía?

A ellos les dan siempre los jüeces,
en la sortija, el premio de la gala;
en el torneo, de la valentía.

II

No sé si imagináis cabalmente lo que pudo ser Córdoba hacia la segunda mitad del siglo XVI y, sobre todo, lo que pudo ser el ambiente de sacristía a que el joven racionero don Luis de Góngora tenía que consagrar lo más de su tiempo. A cambio de mucha gramática y de mucho latín, no nos disimulemos que aquella vida tenía algo de lo que hoy para nosotros sería barbarie pura. Ortega y Gasset declara que se siente sobrecogido de fervor y terror al imaginar los amores de Góngora (o de Lope que, para el caso, da lo mismo) "con mujeres que no se lavaban —son sus palabras textuales—, envueltas en muchas, muchas faldas de telas muy toscas. Es penoso, es azorante —añade— recibir una imagen divina, como algunas de Góngora, arropada en un tufo labriego y de redil". Estas palabras con que el filósofo español ajusticia todo el espectáculo de carne humana que se descubre bajo el manto poético de la española Edad de Oro, serían, aplicadas a la áspera Córdoba de entonces —cuna de Góngora—, más apropiadas aún si cabe.

Alguna incursión casual entre los cartapacios de memorias manuscritas que custodia la Academia de la Historia, en Madrid, pudo darme idea de las cosas que pasaban en las calles y en las casas de Córdoba por aquellos tiempos. Allí encontré el relato de cómo un prebendado de la Iglesia Mayor de Córdoba, joven, rico y noble, podía secuestrar por siete años a una conocidísima y aristocrática dama, y cómo el apóstol de Andalucía, el Maestro Juan de Ávila, tenía que mover un motín público para arrancársela de las manos, y en el escándalo andaban criados y gente armada en las calles, y enredados los señores, corregidores y arzobispos.

Dejo a algún curioso la tarea de contarnos con sinceridad y sencillez lo que era vivir día a día en la tierra de Góngora, a despecho de las ostentosas reliquias de dos civilizaciones, la romana y la árabe, de que Córdoba había sido centro en otros tiempos. Claro que había compensaciones: así el trato de los escritores y de los libros, la comunicación y comercio con hombres como Cristóbal de Mesa, Rosal, los Alderetes, Pedro de Valencia y los demás que continúan la ilustre tradición cordobesa. No: habría que conocer de cerca lo íntimo, lo cotidiano. Yo os prometo que el espectáculo sería —para un hombre de hoy, y más si es poeta— descorazonante.

Y justamente esta prueba anacrónica, esta prueba de contraste y como deshaciendo al revés el ovillo del tiempo, es casi imprescindible cuando se medita en la poesía de Góngora. Porque tal poesía solicita de una manera singular el gusto moderno. Lo que hay de actual en la sensibilidad de Góngora hace más desapacible el cuadro —ya del todo inactual, ya casi insoportable— del ambiente

en que crecía Góngora.

Por supuesto que no vamos a atribuir al poeta el presentimiento de este contraste, que tal vez sea un error de nuestra perspectiva histórica. El poeta puede salvarse de lo actual. Demos aire al cuadro con esta representación de Córdoba, en que las grandes evocaciones históricas y el aura de las grandes emociones geográficas borran toda imagen de realidad mezquina:

¡Oh excelso muro, oh torres coronadas
de honor, de majestad, de gallardía!
¡Oh gran río, gran rey de Andalucía,
de arenas nobles, ya que no doradas!
¡Oh fértil llano, oh sierras levantadas
que privilegia el cielo y dora el día!
¡Oh siempre glorïosa patria mía,
tanto por plumas cuanto por espadas!
Si entre aquellas rüinas y despojos
que enriquece Genil y Dauro baña
tu memoria no fue alimento mío,
nunca merezcan mis ausentes ojos
ver tu muro, tus torres y tu río,
tu llano y sierra, ¡oh patria, oh flor de España!

Y volviendo ahora al tema del amor, si el poeta, en sus versos de juventud, habla de sus amores como de tiempo mal gastado (cosa que no hará en sus versos de madurez, donde, aunque se burle de pecados ajenos, parece, en cuanto a sí propio, haber aceptado con viril resignación esta fatalidad de las criaturas), no será ciertamente porque percibe el contraste entre su sensibilidad y el objeto que la provoca (¿y hasta qué punto será lícito establecer leyes en esto?), sino más bien porque sigue una costumbre satírica de su tiempo. ¿Pues no se queja, ya a los veinte años, de haber desperdiciado diez en vanos amoríos? O esto es una mera ficción literaria, o bien nuestras investigaciones cronológicas andarían equivocadas:

Diez años desperdicié
—los mejores de mi edad—
en ser labrador de amor,
a costa de mi caudal.
Como aré y sembré cogí:
aré un alterado mar,
sembré una estéril arena,
cogí vergüenza y afán...
¡Déjame en paz, amor tirano,
déjame en paz!

A decir verdad, esto de los diez años gastados en amar me parece un empleo simbólico del número diez, a que Góngora resulta muy aficionado a lo largo de su obra. No faltará quien diga que es un caso de adivinación del sistema métrico decimal —el cual, por lo demás, tiene un fundamento que todos conocen, y que está al alcance de todas las manos.

III

De aquel ambiente estrecho que por todas partes lo ahoga, Góngora se venga. Él se divierte como puede. Pronto es el poeta burlesco más popular y más temido entre los vecinos. Es muy aficionado a la comedia, y junta en su casa a los cómicos que pasan por la ciudad. Es muy dado a la música, hasta es modesto compositor, y se le encuentra siempre donde hay guitarras y bandurrias. Es muy torero. No tiene fama de muy devoto, y en el coro y otros actos de iglesia, no sabe guardar compostura; ni siquiera sabe callar. Apresurémonos a decir en su descargo —puesto que hoy no entendemos ya bien estas situaciones entre eclesiásticas y profanas— que si desde 1585 Góngora estaba ordenado *in sacris*, no era aún presbítero, y que sólo unos seis lustros más tarde entrará de lleno en las órdenes sacerdotales; y eso porque el Rey, para sacarlo al fin de trabajos, le ofreció una Capellanía en la corte.

En los autos de la visita que, por 1588, hizo a Córdoba el obispo don Francisco Pacheco, consta, a fojas tantas, el capítulo de cargos contra el racionero Góngora, a quien, antes de los treinta años, su severo prelado pide cuenta de estos deslices:

1º Que "asiste rara vez al coro, y cuando acude a rezar las horas canónicas anda de acá para allá, saliendo con frecuencia de su silla".

2º Que "habla mucho durante el oficio divino".

3º Que "forma en los corrillos del Arco de Bendiciones, donde se trata de vidas ajenas".

4º Que "ha concurrido a fiestas de toros en la Plaza de la Corredera, contra lo terminantemente ordenado a los clérigos por *motu proprio* de Su Santidad".

5º Que "vive, en fin, como muy mozo, y anda de día —y de noche— en cosas ligeras; trata con representantes de comedias y escribe coplas profanas".

¡Que si burlas, que si toros, que si "cantaores" y tonadilleras, que si murmuraciones del prójimo —tan sabrosas de cuando en cuando como todo el mundo lo sabe!... Góngora se defiende como muy seguro de sí mismo; sabe que más bien se le reconviene por la forma, y para contentar a las comadres de uno u otro sexo que, en todos tiempos y países, velan por los respetos de la mediocridad imperante. Y contesta los cargos (y el documento es importante por ser el autógrafo más auténtico del poeta) con estas semiburlas de imperceptible sonrisa:

> Al primero que, aunque es verdad que no puedo alegar en mi favor tanta asistencia al coro como algunos a quien se les ha hecho este mismo cargo, no he sido de los que menos residieron, ni en mis salidas fuera de él ha habido menos que causa forzosa y justa, ya por necesidades mías, ya por negocios a que he sido llamado.
>
> Al segundo, que he estado siempre en las horas con tanto silencio como el que más, porque, aun cuando quiera no estar con el que se me manda, tengo a mis lados un sordo y uno que jamás cesa de cantar; y así callo, por no tener quien me responda.
>
> Al tercero, que a las conversaciones y juntas del Arco de las Bendiciones donde yo me he hallado, asisten también personas graves y virtuosas, y se tratan negocios tan otros de lo que se hace cargo,

que no respondo por ellos para no agraviallos.

Al cuarto, que si vi los toros que hubo en la Corredera las fiestas del año pasado, fue por saber iban a ellas personas de más años y más órdenes que yo, y que tendrán más obligación de temer y de entender mejor los *motus proprios* de Su Santidad.

Al quinto, que ni mi vida es tan escandalosa, ni yo tan viejo que se me pueda acusar de vivir como mozo; que mi conversación con representantes y con los demás deste oficio es dentro de mi casa, donde vienen como a las de cuantos hombres honrados y caballeros suelen, y más a la mía por ser tan aficionado a música.

Que aunque es verdad que en el hacer coplas he tenido alguna libertad, no ha sido tanta como la que se me carga; porque las más letrillas que me achacan no son mías, como podría V. S. saber si mandase informar dello; y que si mi poesía no ha sido tan espiritual como debiera, que mi poca teología me disculpa; pues es tan poca, que he tenido por mejor ser condenado por liviano que por hereje.

La autoridad, ante estas razones, debió de quedar un poco perpleja. En tanto que las entendía, condenó al racionero a pagar cuatro ducados a las Obras Pías, y le recomendó abstenerse de las corridas de toros.

He aquí el relato que de su propia vida provinciana hace el poeta. La crítica encuentra en este romance un tono de voz parecido al de La Fontaine. Los comienzos nos recuerdan el "Cazador", de Goya, que está entre los tapices del Prado. Pero hay en el romance cierta vulgaridad consentida. Esta vez el poeta hace de costumbrista, y deja entrever algo de la Córdoba cotidiana.

Ahora que estoy despacio,
cantar quiero en mi bandurria
lo que en más grave instrumento
cantara, mas no me escuchan.

Arrímense ya las veras
y celébrense las burlas,
pues da el mundo en niñerías,
al fin como quien caduca.

Libre un tiempo y descuidado,
amor, de tus garatusas,
en el coro de mi aldea
cantaba mis aleluyas.

Con mi perro y mi hurón
y mis calzas de gamuza,
por ser recias para el campo
y por guardar las velludas,

fatigaba el verde suelo
donde mil arroyos cruzan
como sierpes de cristal
entre la hierba menuda;

ya cantando orilla el agua,
ya cazando en la espesura,
del modo que se ofrecían
los conejos o las musas.

Volvía de noche a casa,

dormía sueño y soltura,
no me despertaban penas
mientras me dejaban pulgas.

En la botica otras veces
me daba muy buenas zurras
del triunfo con el Alcalde,
del ajedrez con el Cura.

Gobernaba de allí el mundo,
dándole a soplos ayuda
a las católicas velas
que el mar de Bretaña surcan;

y, hecho otro nuevo Alcides,
trasladaba sus columnas
de Gibraltar a Japón
con su segundo Plus Ultra.

Daba luego vuelta a Flandes,
y de su guerra importuna
atribuía la palma,
ya a la fuerza, ya a la industria.

Y con el Beneficiado,
que era Doctor por Osuna,
sobre Antonio de Lebrija
tenía cien mil disputas.

Argüíamos también,
metidos en más honduras,
si se podían comer
espárragos sin la bula.

Por este tenor sigue el romance, que después celebra fáciles triunfos sin gloria ni pasión entre las vecinas, y al fin se queja del amor que ha venido a trastornarlo todo. El proceso, más presentido que demostrado, aunque con muy buenas razones, de los amores y amoríos de Góngora, debe buscarse en las obras de Lucien-Paul Thomas y de Miguel Artigas.

IV

He querido recordar la juventud del poeta, donde no faltan su poco de orgullo y su mucho de travesura. Orgullo y travesura me parecen ser las fuerzas de arranque de este espíritu. Orgullo sin fanfarronería ni vanagloria: conciencia del propio valer, seguridad; y travesura en el sentido más íntimo y profundo: comezón de hacerle a la pesadez mental malas jugadas. Por ahí empiezan los que Rémy de Gourmont llamaba, con un guiño simpático, malhechores de la estética; los que no caben en las convenciones de su tiempo, y las sacuden y rompen, comunicando a la sensibilidad de los hombres nuevos calosfríos. Entendámoslo bien: Góngora no era un casquivano y ligero. Se burla de las cosas secundarias,

porque ellas merecen su desdén. Además, había que consumir un poco el fuego excesivo. Ya él, a solas y para sí, sabe lo que son las severidades del arte, y ha comenzado a sufrir los tormentos del delirio de perfección. Nunca se está quieto, consumido por un anhelo imperioso de superarse y depurarse. Nunca da por acabada una poesía y siempre vive corrigiendo. Rasgo único en su época: por él todavía lo veneramos. Grave, serio espíritu, nunca saciado de sus combates nocturnos con el ángel, ¡qué nos importa si, de día, trata a puntapiés a la gentuza, y hasta a los poetas que le estorban el paso, "patos del aguachirle castellana", como él les grita desde sus sonetos de guerra!

V

No vamos a seguir paso a paso la vida de Góngora. Pero como me he tardado un poco en el cuadro de sus primeros años, conviene tener presentes los sucesivos escenarios en que ha de desarrollarse su obra posterior, que apenas aludiré sin inquietarme siquiera con la cronología.

Ya he dicho que —fuera de los años de Salamanca— sus constantes viajes obedecen a las comisiones del Cabildo de Córdoba. En estos viajes se acerca a la corte, frecuenta a los literatos de media España, se hace conocer, empieza a figurar en las antologías líricas. (Única forma de publicación que el poeta se consiente en vida, y esto acaso por compromiso amistoso. Tal pudor descontentadizo es una de sus manías más simpáticas.) De seguro que la región andaluza le era familiar: quedan, entre sus obras de la era cordobesa, aparte de las menciones de Córdoba, algunos testimonios poéticos sobre Granada y Sevilla. Luego aparecen el Castillo de San Cervantes y el Tajo, en Toledo; y sabemos que estuvo a punto de morir de un grave mal en Salamanca, orillas del Tormes. Poco después, en Alba de Tormes, conoció a Lope de Vega. Otro día, encontró la corte en Valladolid, de que conserva memoria melancólica, y tuvo un célebre torneo rimado con el joven Quevedo. Tal vez, como sospecha Artigas, pensó en pasar a México —por 1607— cuando el Marqués de Ayamonte fue nombrado Virrey de la Nueva España, adonde nunca llegó a ir; y confieso que el solo pensamiento de semejante viaje desata en mí un ventarrón de sueños alborotados. Góngora espera en vano el favor de los señores, a quienes, menos blando que Lope, no sabía agradar del todo. Alguna vez se encamina a Monforte, en busca del Conde de Lemos, que preparaba su expedición a Nápoles; se encamina en busca de una esperanza. De paso, escribe sobre Galicia aquellas curiosas décimas:

> ¡Oh montañas de Galicia
> cuya —por decir verdad—
> espesura es suciedad,
> cuya maleza es malicia!
> Tal, que ninguno cudicia
> besar estrellas, pudiendo;
> antes os quedáis haciendo

desiguales horizontes:
al fin gallegos y montes,
nadie dirá que os ofendo.

¡Oh Sil, tú cuyos cristales
desatas ociosamente,
mal coronada tu frente
de castaños y nogales:
qué bien de los naturales
vas murmurando, y no páras!
Perdonen tus aguas claras
de Baco el poder injusto,
si ellos te niegan el gusto
y ellas te niegan las caras.

¡Oh posadas de madera,
arcas de Noé, adonde,
si llamo al huésped, responde
un buey, y sale una fiera!
Entróme (que non debiera)
el cansancio, y al momento,
lágrimas de ciento en ciento,
a derramallas me obliga,
no sé cuál primero diga,
humo o arrepentimiento.

Y así nos deja sentir que pasó tan de prisa y tan cansado, que sólo tuvo humor para sátiras y no tuvo ojos para el admirable paisaje de las rías gallegas.

Hacia los cincuenta, se liberta de las obligaciones eclesiásticas para legarlas a un sobrino, y entonces emprende las obras de mayor aliento: el *Polifemo* y las *Soledades*. Ya le tenemos recluido nuevamente en Córdoba, haciendo su vida más natural: vida de tertulia y de corrillo. Góngora es, como hoy diríamos, un poeta de capilla literaria. Los ingenios cordobeses que lo rodean y envían cartas a todo el reino dando cuenta de los prodigios que están saliendo de la cabeza de don Luis, se desafían entre sí a ver quién interpreta mejor este pasaje erudito, o quién reduce con más propiedad a la sintaxis natural aquella estrofa voluptuosamente torturada. Los poetas del reino dan entonces la gran batida contra Góngora, mientras los humanistas —fuera de la excepción ilustre de Cascales, quien, por lo demás, lo ataca y lo admira al mismo tiempo, considerándolo como una plaga enviada por el cielo— se inclinan a defenderlo y a exaltarlo.

Góngora, ordenado sacerdote y nombrado para una Capellanía Real, se traslada a Madrid (1617). Sus rentas están siempre embargadas, y la Capellanía no lo alivia como era de esperar. Vive con pobreza, y pide dinero a sus administradores y amigos cordobeses. El de Lerma parece que lo ayudó un poco u ofreció ayudarlo. Y sus principales apoyos, el Conde de Lemos, el Conde de Villamediana (que era su criatura literaria) y don Rodrigo Calderón, caen en desgracia y mueren uno tras otro en pocos años. Góngora arrastra en Madrid una miseria dorada; y lo peor es que no quiere dispensarse de la carroza —como

capellán real— ni puede dejar sus aficiones al juego. Cuando vino a protegerlo decididamente el Conde Duque de Olivares, ya la enfermedad de los poetas había hecho estragos en aquel cerebro exquisito: ataque apoplético, pérdida de la memoria, dolor de las palabras que comienzan a producirse con pena y a nacer con fatiga. Los médicos de la Reina Isabel, enviados especialmente por ella, lo asistieron en vano. El viejo poeta vuelve a su tierra, y allí muere el 23 de mayo de 1627.

Tal es, a grandes rasgos, el escenario de la vida de Góngora. De todas sus andanzas por España, Góngora va dejando huellas poéticas, pero nunca un paisaje premeditado de determinada región. La referencia al sitio sólo le interesa como elemento retórico dentro del armazón de ideas. Cuando quiere hacer descripciones, prefiere crearlas, inventarlas, y no darles nombre geográfico ninguno. Sólo pinta aquellos aspectos de la naturaleza que están incorporados al movimiento de su poema. Hasta para describir algo que le impresiona tanto como las catástrofes causadas por una creciente del Guadalquivir, siente la necesidad de dar a la pintura un sesgo moral, y dice más o menos: he visto ruinas y horrores, mortandad y destrucción, y (alerta, llegamos al último verso):

> ¡y nada temí más que mis cuidados!

En cambio, cuando no se siente ligado directamente por el dato externo, cuando inventa la descripción...

> Donde espumoso el mar siciliano
> el pie argenta de plata al Lilibeo,
> bóveda o de las fraguas de Vulcano,
> o tumba de los huesos de Tifeo,
> pálidas señas cenizoso un llano
> —cuando no del sacrílego deseo—
> del rudo oficio da. Allí una alta roca
> mordaza es a una gruta de su boca.
>
> Guarnición tosca de este escollo duro
> troncos robustos son, a cuya greña
> menos luz debe, menos aire puro,
> la caverna profunda, que a la peña;
> caliginoso lecho, el seno oscuro
> ser de la negra noche nos lo enseña
> infame turba de nocturnas aves,
> gimiendo tristes y volando graves.
>
> *[Polifemo.]*

Y lo mismo pudiéramos citar todas las *Soledades*.

VI

Conviene recapacitar en un hecho tan elemental que, a fuerza de verlo, no se lo ve. Góngora cabalga entre dos siglos, y al comenzar el XVII, cumplía los cuarenta.

Tiene cada época literaria su espíritu:

Si el siglo XV da el espectáculo de una constante disputa entre los poetas del *Cancionero de Baena*, y de una confusión de clases en que el prócer Gómez Manrique alterna con el sastre remendón Antón de Montoro, el Ropero —el siglo XVI es, para España, época de los más hondos y generosos ideales, y todo el ambiente cobra una clara majestuosidad. Sus escritores son capitanes, embajadores, altos prelados, cortesanos de alcurnia, humanistas sapientísimos: Lebrija, Valdés, Garcilaso, Hurtado de Mendoza. La literatura es una aristocracia y, aunque tardíamente con respecto al resto de Europa, se lanza con decisión al empeño de aclimatar en España el Renacimiento: el Renacimiento que, en el orden de la cultura, fue una revolución desde arriba, hecha por los privilegiados. Entretanto, la Corona realiza la unidad política, la expulsión de los moros, el afincamiento del poderío hispánico en el Nuevo Mundo. Las letras tienen ancha respiración. Aun la controversia literaria parece inspirada por vastos ideales. (Acordaos de las *Anotaciones* a Garcilaso, de Fernando de Herrera, ambicioso manifiesto poético.) Sólo Cristóbal de Castillejo, el retardatario enemigo del endecasílabo —hombre todavía muy siglo XV— nos molesta un poco en este conjunto de príncipes de las letras.

Pero todo va a cambiar en el siglo XVII. Desde luego, los precipitados descubrimientos geográficos y el gran hecho económico de América han comenzado a transformar la sociedad y la distribución de las clases y de la riqueza en España. En el mundo de las letras, todo esto tiene su efecto. Pero es sobre todo el inmenso apogeo de la Comedia Española lo que da su nuevo carácter al mundo literario. Escribir comedias es ya un oficio lucrativo. El pueblo se enamora del teatro con un ardor que raya en manía. La literatura se llena de improvisados, de ingenios legos, que fraguan comedias en unas horas, a veces juntándose entre varios para ir más de prisa. Ya, para escribir, casi no hacen falta estudios especiales: la lengua está tan hecha, que lo que le cae de la boca a aquella gente es ya un artículo de arte. Las letras se encanallan un poco, justo es confesarlo; pero a la vez se agilizan notablemente. Y el teatro viene a desempeñar una función de lejos comparable a la del periodismo. Allí, entre escenas y versos alusivos, se dirimen cuestiones personales entre los poetas; allí se tocan los sucesos del día, el último escándalo de la corte, las novedades de la nao de Indias, se dan las crónicas de las fiestas, etc. Poco a poco la república de las letras se vuelve un mentidero insufrible y un libre campo de pelea. Los poetas dan mucha atención a las hablillas y a las pullas. Entonces riñen Lope con Góngora, y Góngora con Quevedo, y Quevedo con Ruiz de Alarcón, y éste otra vez con Lope. Pueden intentarse entre los principales nombres de la época todas las permutaciones, combinaciones y cambiaciones —que dicen los matemáticos— con la certeza de que todas responden a una realidad, en aquella sorprendente maraña de disputas. Mundo nervioso aquel, trepidante, donde todo lo que acontece corre a convertirse en literatura. Asombroso espectáculo de vitalidad y

de alegría verbal casi desordenada y viciosa.

Góngora, cuya formación mental pertenece al siglo XVI, es, por casta de mente y por recursos espirituales, un señor de las letras a la manera antigua, sólo comparable en esto con Quevedo. Pero figuraos que este señor se ha empobrecido y, ya pobre, entra, con el siglo XVII, en otra era de la literatura española, y ahora necesita vivir en continua lucha, al modo de los demás. Es un príncipe empobrecido. Es un humanista en la poesía (aparte de ser un poeta de terrible intuición y de grandes adivinaciones estéticas), que cuando urde arte popular, lo estiliza y lo hace precioso (al modo de Cervantes en la artificiosa *Gitanilla*), y que realmente quiere buscar el secreto de un arte refinado, siguiendo las sendas de las dos antigüedades clásicas.

A Lope de Vega, hombre de más baja extracción (y si reparo en estas diferencias de clases, hoy tan pueriles, es porque ellas producían su efecto cuando correspondían a una realidad social), a Lope de Vega, que estaba acostumbrado a respetar el señorío, y que hasta supo hacer de secretario amoroso de los magnates, le infundía respeto seguramente lo que había en Góngora de señor, además de que le intimidaba un poco el grave poeta humanista, tan perfecto y tan acabado, tan sabio, tan lleno de peregrinas noticias, tan orgulloso, y tan capaz de crucificar en un verso a un enemigo. Lope unas veces celebraba a Góngora, y otras se decidía a atacarlo en versos solapados, y no iba lejos por la respuesta. También recurrió al medio de ponerle cartas con firma ajena, cartas jocoserias en que imploraba de él, a vueltas de algunos epigramas, la reconciliación que el altivo cordobés no quiso otorgarle. En esta pugna entre Lope y Góngora hay que ver una fase del inevitable choque entre los maestros de facilidades y los maestros de dificultades, para usar una expresión feliz de Gabriela Mistral.

Y como siento que voy dejando a Lope algo mal parado, me apresuro, en desagravio a la musa llana, a transcribir una de sus respuestas, la más hermosa acaso, la más llena de dignidad moral:

> Libio: yo siempre fui vuestro devoto,
> nunca a la fe de la amistad perjuro.
> Vos, en amor como en los versos duro,
> tenéis el lazo a consonantes roto.
>
> Si vos imperceptible, si remoto,
> yo blando, fácil, elegante y puro:
> tan claro escribo como vos escuro:
> la Vega es llana, e intrincado el soto.
>
> También soy yo del ornamento amigo;
> sólo en los tropos imposibles paro,
> y deste error mis números desligo.
>
> En la sentencia sólida reparo,
> porque dejen, la pluma y el castigo,
> escuro el borrador y el verso claro.

Este último verso no pasa de ser una hermosa jactancia. Lope no siempre corregía mucho: monstruo poético, en quien, como decía Saavedra Fajardo, la naturaleza parece enamorada de su misma abundancia, componía muchas veces a las volandas, y los versos manaban de él con una fluidez de fuente abierta.

Por lo demás, sabido es que Lope, como todos los poetas de la época, cayó bajo la seducción de Góngora, e imitaba una que otra vez el estilo de éste. Los hallazgos de Góngora eran tan evidentes que todos, con más o menos disimulo, querían su parte en la tierra recién descubierta.

VII

Por economía de esfuerzo, se ha venido hablando —para Góngora como para muchos poetas— de las dos maneras sucesivas. Se pretende que Góngora empezó siendo poeta claro y acabó siendo poeta oscuro. Examinadas de cerca sus poesías, hoy que se ha establecido la cronología de su obra en lo esencial, podemos asegurar que Góngora tuvo siempre dos paletas; o si os parece mejor, que unas veces pintaba a la acuarela, y otras al óleo, aunque acabó por insistir en el óleo. Hay en él dos fases, dos modos de ver y de tratar la vida en los versos: el tono menor y el tono mayor. Al primero reserva generalmente los metros leves, de ocho sílabas abajo; al segundo, el endecasílabo heroico. En el primero no cabe hacer revoluciones estéticas fundamentales. La revolución gongorina se opera sobre todo en el segundo. Tal revolución es sólo comparable a la que antes hizo Garcilaso, cuya tradición modifica sensiblemente. Día llega en que Góngora contenta igualmente a los viejos y a los nuevos: mientras aquéllos celebran sus letrillas, décimas y romances, éstos recitan sus canciones, silvas, sonetos, octavas reales. Claro es que la nueva estética gongorina sólo se da a conocer en toda su fuerza cuando se lo propone el poeta, es decir, por 1612, y sobre todo, cuando el poeta envía copia de sus nuevos poemas a Pedro de Valencia, en solicitud de su autorizado dictamen. Pero ya la acuarela y el óleo alternan desde los más tempranos años: el soneto “Al tramontar del sol la ninfa mía”, escrito en 1582, está ya preñado de “amenazas”.

Quiero precaverme contra un equívoco en que caigo por ir de prisa. He dicho que Góngora opera su revolución *sobre todo* en los metros mayores. Me refiero a lo que generalmente se llama la revolución gongorina. Yo, para mí, soy de los que creen que la *Fábula de Píramo y Tisbe* —escrita en octosílabos— todavía nos guarda alguna sorpresa; y con éste, algunos otros poemitas que la anuncian o la acompañan. El mismo Góngora sentía por la *Tisbe* especial predilección; pero esta mezcla de la nota baja y la aguda es otro intento revolucionario de Góngora, que merecería estudio aparte, y es diferente del “cultismo”, único de que aquí me ocupo.

VIII

Muy poco se ha dicho sobre la manera fácil de Góngora, cuando habría tanto que decir. Ella se defiende sola, parece. Y sobre todo, sus pecados resultan veniales al lado de los capitales de la manera oscura. De suerte que esa traviesa poesía fácil, tan preciosista en el fondo como la otra, si bien por estilo diverso, se coló por las puertas de la crítica sin que nadie le cobrara peaje. Por ahora hagamos lo que todos: la dejaremos pasar sin decir nada.

En cuanto a la manera oscura, os hago gracia del aburrido examen de precursores y antecedentes. Hay por toda la época una sobreexcitación de estilos floridos que, aunque convergen en el gongorismo (gongorismo se llama, por antonomasia, la manera oscura, y también se la llama, con nombre más generalizado, cultismo), no deben confundirse con éste. Algo de su acento presta Herrera en las iniciaciones de Góngora. Y Carrillo y Sotomayor, el antecedente más inmediato, cuyo estudio tiene mucho interés, no cabe en el plan de este ensayo.

Tampoco quiero decir nada del gongorismo con relación a lo que pasaba fuera de España, ni quiero por ahora saber si, de tiempo en tiempo, la divinidad encargada de administrar la literatura en el mundo manda a la tierra simientes de inquietud revolucionaria que van a prender en toda una mejilla de nuestro planeta, como un hervor de sangre ocasionado por los cambios de la estación.

En la gran controversia que cubre todo lo largo del Seiscientos, dos escuelas tienen dividido el campo: el cultismo y el conceptismo. Dos escuelas enemigas de cerca, y casi gemelas a la distancia de los siglos, a manera de esas falsas estrellas dobles que nuestra visión arbitrariamente empareja, aunque estén entre sí tan lejos como nosotros lo estamos del sol. Tratemos de distinguirlas hasta donde sea posible en pocas palabras.

El cultismo —que los adversarios apodaban, despectivamente, culteranismo— se llama así porque pretende hacer poesía con cultura, poesía nutrida en las recónditas sustancias de la gramática y la erudición. El maestro Góngora, como si adivinara la fórmula propuesta por Walter Pater en su ensayo sobre el estilo, procura emplear cada palabra en vista del filólogo. "Ático estilo, erudición romana", dice él. La contraposición de esta actitud con la de aquellos que quieren, a la buena de Dios, seguir lisa y llanamente los caprichos del pueblo ¿no os dice nada? "Deseo hacer algo, no para los muchos", se le oyó decir en sus últimos días... ¿No volvéis a encontrar aquí al hombre del siglo XVI, al hombre del Renacimiento, empeñado en injertar a España en el árbol de la cultura mediterránea, y combatido por el asalto tenaz del popularismo, por la fuerza de la raza, que aparece tan elocuente y tan indomeñable por toda la historia del pensamiento español? Fracasaron los letrados del Quinientos, que pretendieron hacer en España teatro humanístico, teatro de módulo clásico y de inspiraciones antiguas como el que se hacía en el resto de la Europa renacentista. Fracasaron; y en lo alto de la ola popular, que surgió entonces como reacción iracunda desde

el fondo de los senos étnicos de España, Lope de Vega se encaramó hasta las estrellas. Nuevo ataque, paralelo al anterior hasta cierto punto, es el que da Góngora. Pero esta vez lo más importante de la novedad (aunque los contemporáneos creyeran otra cosa) no está en ser una campaña humanística, sino en la virtud estética, personal y algo incomunicable que hay en Góngora. En nombre de esta virtud, y no por las humanidades antiguas, el siglo XX —después de dos siglos de desvío, de vacilación o de miedo— se alza otra vez por Góngora.

¿Nada más os dice este fenómeno de "culturización" de la poesía? Porque a mí me recuerda vivísimamente la reacción medieval del mester de clerecía frente al mester de juglaría; la reacción de los clérigos (o sea, en la lengua de entonces, de los letrados y eruditos) que contaban las sílabas de los versos, hacían estrofas simétricas y usaban de consonantes regulares "por la cuaderna vía", y citaban autoridades y textos. A diferencia de ellos, los juglares o poetas trashumantes andaban en las ferias recitando hazañas al son de una música elemental, o siguiendo a los peregrinos para solazarlos en sus fatigas; y sus versos (irregulares por esencia o no necesariamente regulares) se iban transformando de boca en boca, y plegándose al lugar y a la hora, como río que sigue las inclinaciones del terreno.

El cultismo, pues, representado por Góngora, se desarrolló principalmente en la lírica. El predicador Paravicino lo trajo a la cátedra sagrada, donde se irá corrompiendo hasta los días de "Fray Gerundio", y dejando escurrir hasta América sus aguas ya muy turbias. El cultismo ensayó apenas el teatro: en el teatro triunfa del todo la escuela popular. Góngora mismo intentó comedias, cuya concepción todavía nadie ha analizado. Pero donde, en materia teatral, más pudo lograr el cultismo, fue en las "fiestas reales" a lo Antonio de Mendoza, a lo Villamediana —especie de comedias de aparato que se representaban en Palacio, muy diferentes del teatro del pueblo, con algo de escena de magia, de ópera lírica y hasta de revista de *music-hall*.

Frente al cultismo, Quevedo representa el conceptismo, que va a desarrollarse sobre todo en la prosa, y que más tarde será codificado en la *Agudeza* de Gracián. Es explicable que, de lejos, confundamos ambas tendencias, que se parecen particularmente en sus amaneramientos, en sus defectos. Aun en su tiempo puede decirse que se dieron juntas en un mismo escritor, como en el ya citado Gracián. Pero mientras el cultismo es una exacerbación verbal, el conceptismo es una exacerbación ideológica. El cultismo es un preciosismo lingüístico, cuyos procedimientos externos consisten en el uso sistemático de la erudición antigua y la metáfora mitológica, en la frase retorcida o la elíptica y en el empleo de neologismos latinos. En tanto que el conceptismo, respetando la lengua tradicional, consiste en un esfuerzo dialéctico, en una manera de conducir el pensamiento, en una mecánica de las ideas, que procede mediante acertijos, antítesis, sutilezas y asociaciones inesperadas, y es ciertamente connatural en la mente literaria de España (en todos tiempos echó raíces) y uno como hijo

bastardo de la educación escolástica, último despojo de Aristóteles.[1] Esta tendencia se refleja en una sintaxis cortada y nerviosa, encabritada y chasqueante, cuyos secretos, después de estudiarse en Quevedo, pueden todavía ahondarse en Gracián.

El cultismo nunca opinó sobre el conceptismo —en el fondo, casi siempre se valió de sus métodos—; pero el conceptismo, con Quevedo, hace, en *La culta latiniparla*, la *Aguja de navegar cultos* y otros lugares, cáusticas burlas del cultismo. Aquí Quevedo se hace eco de aquella literatura media de su tiempo que se mantiene, en lo general, libre de las dos epidemias divinas: así Lope de Vega, por ejemplo, quien sobrenada en la discusión mediante aquel su buen sentido popular, un tanto socarrón, síntoma de una desesperante salud del juicio. Para atacar el cultismo, Quevedo se olvida un poco de sus propios primores conceptistas, y forma entre las filas de los populares. No sabemos si notarían esta estratagema los contemporáneos: ninguno, al menos, le dijo nada. Para ir contra los males reinantes y a título de antídoto, Quevedo publicó por primera vez las obras de Fray Luis de León y las de Francisco de la Torre. Esto salieron ganando las letras, y no fue escaso servicio. Sus burlas sirven para definir negativamente, o sea por sus contornos exteriores, el cultismo.

IX

El empeño de Góngora por latinizar la lengua castellana tiene larga historia:

Desde que Antonio de Lebrija, el primer gramático, buscó en la lengua vulgar, en el español, una contextura semejante a la de la lengua latina —es decir, una ley, una gramática—, comenzó ese gran movimiento de ilustración y defensa del vulgar (para usar los términos que Joachim du Bellay usaba en Francia), movimiento renacentista por excelencia, el cual trata de dar a las lenguas romances toda su dignidad, en contra de la inercia que se empeñaba en considerarlas como mera decadencia o corrupción del latín. ¡Figuraos que todavía sus doctos amigos reprochaban a Malón de Chaide, en pleno siglo XVI, el que escribiera sobre cosas serias en lengua vulgar, lengua que sólo parecía buena para "cuentos de hilanderuelas y mujercitas"! De esta tendencia a redimir el vulgar nacen unos ensayos de lengua mixta, a la vez latina y castellana, ocios de varones tan sesudos como los cordobeses Fernán Pérez de Oliva y Ambrosio de Morales, sobrino del anterior y maestro directo de Góngora. La preocupación gramatical y latinizante era una característica del pensamiento cordobés.

Aquí adquirió Góngora la primer noción sobre la posibilidad de cargar de latín la lengua española. Sin duda lo discutiría largamente con el gramático Bernardo Aldrete, su paisano y de sus mismos años. Y así armado, entró en la poesía. Por una parte, fue descoyuntando la sintaxis, de lo cual sacaba efectos y sorpresas muy al gusto de su sensibilidad, y que a veces también a nosotros nos impresionan.[2] Por otra parte, comenzó a traer nuevas palabras del latín al

castellano, o bien a refrescar las voces dándoles un nuevo baño idiomático, acercándolas a la etimología, como cuando usa el "ya" castellano en igual connotación que el *jam* latino. Esta aportación de vocablos nuevos es una de las conquistas definitivas de Góngora. Versos enteros de Góngora que eran incomprensibles para el nivel medio de su tiempo (como, por ejemplo: "Fulgores arrogándose, presiente"), son ya comprensibles para todos. Acordaos de aquel soneto de Quevedo, en que da la receta para ser culto: allí apreciamos una cantidad de palabras (¡y no es más que una parte, se entiende!) a que Góngora dio carta de ciudadanía, sea que él las usara por primera vez o que él lograra naturalizarlas de modo definitivo. Quevedo pretendía detener el curso de estas palabras, plantándose como guarda aduanera en las fronteras del idioma: fulgores, arrogar, joven, presentir, candor, construir, métrica armonía, poco mucho, si no, purpuracía, neutralidad, conculcar, erigir, mente, pulsar, ostentar, librar, adolescente, trasladar, frustrar, señas, pira, arpía, ceder, impedir, petulante, palestra, libar, meta, argento, alternar, si bien, disolver, émulo, canoro, líquido, errante, nocturno, caverna, poro, etcétera.

X

Los comentaristas del siglo XVII se preocuparon sólo de las exterioridades de Góngora. Lo que les importa es resolver la sintaxis, aclarar la metáfora, explicar el lugar mitológico, y con esto quedan contentos. Acumulan autoridades sobre el texto de su poeta, en tanta copia y abundancia, que a veces una estrofa de Góngora parece, comentada por ellos, una enciclopedia breve de toda la latinidad. Hasta sospecho que le encuentran meras coincidencias fortuitas, y las achacan a inspiraciones o imitaciones directas. Porque en aquellos tiempos el argumento de autoridad era tan respetado como hoy es despreciable y hasta vitando. Los panegiristas de Góngora procuran quitarle originalidad a su autor: exactamente lo contrario de lo que hoy haríamos.

Con todo, alguna vez he predicado el humilde ejercicio de volver a los comentaristas, si realmente queremos saber de qué trata Góngora en ciertos lugares de sus poesías. Pero hay que saber leer a los comentaristas; hay que saber oponerles reservas; hay que pisar en ellos con cautela y con levedad, porque son como caminitos estrechos metidos entre los tremedales de una erudición farragosa y necia.

Yo sé que este ejercicio es cruel y ahuyenta a muchos. La alusión erudita a veces aparece tan tramada con el pensamiento poético, que si cazamos la alusión, de paso hemos dado muerte al encanto mismo de la poesía. Yo sé que el actual descuido de las humanidades ayuda más bien a gustar de Góngora, porque obliga a pensar de nuevo en fenómenos que ya tenía bien catalogados el viejo Rengifo, y a buscar en símiles matemáticos sobre la tangente y la cuarta dimensión lo que ya tenía un nombre seco e inexpresivo en la Preceptiva Poética. Yo sé que el

olvido de la Antigüedad ayuda también a gustar de Góngora, porque, a lo mejor, creemos bogar en un mar indeciso de palabras hermosas, con una emoción semejante a la que nos procura la poesía simbolista ¡y en realidad el poeta no hace más que recordar una fábula antigua, o referirse a algún tópico clásico que ya para nada nos interesa! Es muy sincero el argentino Borges cuando, leyendo cierto soneto de Góngora sobre un amanecer, y tras de entregarse al deleite de la primera impresión, exclama de pronto, al descubrir el revés de la urdimbre erudita: "Aquí de veras no hay un amanecer en la sierra, lo que sí hay es mitología. El sol es el dorado Apolo, la aurora es una muchacha greco-romana y no una claridad. ¡Qué lástima! Nos han robado la mañanita playera de hace trescientos años que ya creíamos tener".

Huyendo de este escollo, otros, como Gerardo Diego, quisieran entregarse del todo a la sugestión actual de las palabras de Góngora, y hasta arrancar aisladamente los versos del conjunto, aun con sacrificio del sentido, para disfrutarlos en sí mismos como una riqueza natural, como se disfruta de una ilusión óptica aunque sepamos que nos engaña. Tal procedimiento, que él llama "el escorzo de Góngora", peligroso para los incautos y poco recomendable como norma, a él, que es verdadero poeta, va a prestarle una doble utilidad: primero, va a provocar en él inspiraciones y maneras de poetizar; segundo, va a convencerlo de la inmensa cualidad gongorina, cualidad elemental de toda poesía, que es la belleza física, el encanto verbal, el buen material con que la obra está hecha.

Y este descubrimiento no es nimio: acaso este atractivo físico sea la causa de que Góngora sedujera hasta a aquellos que lo repudiaban con abundantes razones: por ejemplo, a Cascales. Cuando, por respetos de doctrina, Menéndez y Pelayo se creyó obligado a condenar a Góngora, no pudo disimular de paso lo bien que lo entendía y lo mucho que le gustaba.

En el siglo XVII, los que atacaban a Góngora se explicaban muy bien: atacaban sus amaneramientos exteriores. Los que lo defendían, si eran sus comentaristas titulados, se explicaron muy mal; si eran simples literatos, peor, porque se conformaban con exclamaciones y ponderaciones vacías sobre el Homero andaluz o el Cisne del Betis. Y es que las cosas de la sensibilidad no son fáciles de defender.

El propio Góngora nunca quiso hacer un manifiesto poético ni explicar lo que se proponía. (Ahora recuerdo que el solo hecho de escribir un hermoso soneto fúnebre a la muerte del Greco tiene algo de manifiesto estético.) En cierta carta a Lope de Vega parece que levanta el velo, ¡y apenas deja entender que el placer de investigar en lo oscuro forma parte del placer estético, y que nos hace el bien de avivarnos el espíritu puesto que, por decirlo así, la poesía que comienza en el poeta sólo se completa dentro de nosotros! Ni es esto todo el gongorismo, ni tampoco le es privativo; pero es bueno tenerlo en cuenta.[3]

Poco nos ha orientado el parangón, puesto tan a la moda, entre Góngora y

Mallarmé, si no es respecto a que ambos son poetas de esa poesía posterior a la palabra, en cuya penosa ascensión ambos persistieron hasta ir mucho más arriba de la aceptación general. La oscuridad de Góngora se desvanece en cuanto se explica la alusión erudita y se deshace el nudo de la sintaxis. La de Mallarmé persistiría aun sometiéndola a iguales pruebas (lo han hecho Camille Soula y Emilie Noulet) porque es una oscuridad de intención; porque, como él decía, ha querido devolver su confusión a las cosas, ponerlas otra vez en el estado convulso y vago en que el alma las recibe, antes de que salten sobre ellas los moldes lógicos.

Tratemos de apretar el problema, y de ver a Góngora, francamente, con los ojos de hoy. Dice bien el irreprochable Dámaso Alonso: Góngora es el gran poeta español de la tradición grecolatina; pero no es *el poeta*, no es ya nuestro poeta. Su filosofía de la vida nos sirve de muy poca cosa. Góngora, aparte de que nos separa de él todo un latido de la conciencia histórica, no es un poeta del espíritu: es un poeta para los sentidos. En él encontraremos secretos y deleites técnicos, placeres de forma, nunca estremecimientos sentimentales ni altas orientaciones. Debemos estudiarlo, pues, como a un objeto de exclusiva y pura contemplación estética.

La revolución técnica en que Góngora se compromete acusa una fatiga en la sensibilidad de su época. Como todos los grandes innovadores, Góngora es al mismo tiempo un remate, una liquidación final. Las palabras se vienen gastando como cantos rodados. Ya no expresan nada, o resbalan sobre nuestra atención sin soltar una descarga eléctrica suficiente. El poeta, para remediar este torpor, vuelve a investigar por su cuenta las impresiones de las cosas, y comunica también a la palabra una tenue modificación. Por una parte, ataca el objeto de un modo desviado, en equívoco, en circunloquio, en perífrasis, dejando caer el sustantivo como una asa rota que ya no nos sirve para empuñar el jarro; y el oyente entonces, solicitado por la agresión inesperada, reacciona ante ella, acude a apoderarse del objeto propuesto a su codicia mental; en suma, vuelve a ser sensible. Por otra parte, el poeta emplea la palabra con cierta malicia: la desvía un poco de la declinación habitual, la imanta hacia la derecha o hacia la izquierda de sus significados corrientes, con lo que consigue picar de nuevo el paladar, dando al manjar un nuevo sabor con las especias. O bien simplemente el poeta manda la palabra a un lugar inesperado de la frase, cambiando así la gravitación de los pensamientos que, al desordenarse y reordenarse, despiertan de su sueño. Finalmente la elipsis, saltando sobre los estados transitivos, a la vez que apresura el ritmo y nos mantiene en la guardia del sobresalto, asea las veredas de la lengua y las limpia de aquella redundante broza que la incuria de todos los días dejaba crecer.

Esta revolución estética pudo operarse de muchos modos. Quevedo, ya lo sabemos, la emprendía también, aunque por otros caminos. Las armas con que la emprende Góngora son las armas de la sensualidad. La poesía de Góngora

camina sobre las cualidades sensoriales de los objetos, y ésta es la utilidad que le presta la perífrasis, cuando no es exclusivamente erudita.

Poeta de la sensualidad, Góngora es un gran simplificador. Enamorado del color, lo reduce a unos cuantos tonos fundamentales; construye una heráldica del color. Ya se sabe cuánto le gustaba combinar el blanco y el rojo. Los objetos mismos se agrupan para él en categorías poéticas. Dámaso Alonso ha enumerado agudamente todo lo que Góngora resume bajo la palabra "oro", la palabra "nieve", la palabra "cristal": —Acis, fatigado y sediento, llega hasta una fuente junto a la cual hay una ninfa dormida:

> Su boca dio —y sus ojos— cuanto pudo,
> al sonoro cristal —al cristal mudo.

El sonoro cristal es el agua, a la que se le da la boca; y el cristal mudo es la piel blanca de la ninfa, a la que se le dan los ojos. A través de estos comunes denominadores, Góngora puede hacer escalas de virtuoso y descolgarse entre varios términos distantes. La mitología representa para él una tipificación de las cosas naturales, despojadas ya de lo accesorio y trasladadas a un nivel más alto de dignidad mental.

Se siente naturalmente inclinado a usar con profusión de las piedras preciosas y de las flores —esmeralda, rubí, diamante, jazmines, alhelíes, claveles, violas— porque la piedra preciosa y la flor vienen a ser una síntesis de color y de objeto, en sumo brillo, suma pureza, suma rigidez o suma blandura, una cifra rotunda, un escudo en que la naturaleza abrevia sus armas.

En su anhelo de fijación o cristalización, hasta a los adagios refiere sus metáforas, siempre que sean adagios de noble estirpe latina, y lo mismo las refiere a los objetos científicos capaces de servir como polo o centro ideológico.

Y la misma velocidad, ansia de síntesis o fuerza de precipitación hacia lo absoluto, le lleva siempre a la imagen superlativa, al exceso hiperbólico que —hay que decirlo— lo aleja ya de nuestro gusto. También lo aleja el excesivo recargo ornamental, que es ya "más siglo XVII que XVI", y aun su anhelo de estereotipar la realidad constantemente, de embalsamarla bajo los perfumes y aceites de una tradición ya mortecina.

En cuanto a la musicalidad, nos lleva desde los campanilleos de los pequeños metros danzantes hasta el rumor de órgano de las octavas y las silvas; y unas veces nos solicita a bailar con sus pies medidos, y otras nos embriaga como una nube de sonoridad cambiante y difusa. Como antes ha fijado en dos o tres toques metálicos la atracción de los ojos, para que no se disperse más, ahora también logra Góngora fijar la atracción del oído mediante una serie de recursos: sea por los ritmos, sea por el ruido de la palabra, ya por la aliteración o reiteración de sonidos, ya por el acento de que hace pender el verso todo; por lo que concierta y por lo que de propósito desconcierta, y hasta por esa melodía sintáctica en que se traba una cesura o articulación de un verso con la otra, se ensartan un verso y

otro verso, una estrofa se acerca o se aparta de la que le sigue, y todo el poema adquiere un compás expresivo, cambiante o fijo, en avenida o en flujos y reflujos, continuo o en sucesivos oleajes.

Hemos dicho que la primer seducción de Góngora es el material físico de su obra: las palabras con que cuenta, y la manera como las casa; la buena arcilla, y la buena cocción. Aparte de este valor físico, puro y "deshumanizado", las palabras tienen en Góngora un contenido gustoso para los sentidos: los reinos de la naturaleza desfilan en ellas como en los cuadros minuciosos de Brueghel: lo mineral, lo vegetal y lo animal, tan sensibilizado ya todo en aquella poesía como hoy aparece en las experiencias científicas de Jagadis Chandra Boose; el aire, el fuego, la tierra y el agua, todo bañado en claridades y luminosidades radiantes, cuando no bajo el relámpago de dos fulguritas que con una clava el objeto real y con la otra produce su instantánea metamorfosis poética. Desde el día en que Adán puso nombres a los entes de la creación para apoderarse de ellos por medio del lenguaje, la suma sensualidad humana es la palabra.

Al comenzar el siglo, profundos eruditos como Foulché-Delbosc y Thomas preparaban el material crítico que había de permitir la revaloración de Góngora. Pero Góngora estaba todavía tan poco a la vista, que un sabio norteamericano pudo escribir un tratado sobre Ovidio en España sin mencionar una sola vez al maestro de los ovidianos españoles. Algunos alzábamos voces clamantes en desierto. Góngora seguía desterrado. Hoy vuelve su Musa, y la traen en triunfo hombros más robustos que los nuestros: ocasión para saludarla con aquel verso en que el poeta concentra toda la experiencia de sus sentidos, llenos de voracidad y placer sagrado:

¡Goza, goza el color, la luz, el oro!

Buenos Aires, 14 de junio de 1928

SILUETA DE LOPE DE VEGA*

LOS TRES siglos de historia literaria que van andados me dispensan de muchos pormenores y explicaciones. Reduciremos el cuadro a un contorno; sólo seguiremos la línea esencial de nuestro asunto: en la encina que crece sobre la tumba del poeta, cortaremos, sólo, la bellota.

1

Lope Félix de Vega Carpio —hijo de Félix de Vega y de Francisca Fernández Flores— nació en Madrid, como él decía, "pared y media" de la torre de los Lujanes (célebre por la prisión de Francisco I), a 25 de noviembre de 1562. Colegial de los Teatinos, a los diez años consumaba hazañas como la traducción del poema de Claudiano, *De raptu Proserpinae*. Su padre era bordador, oficio que tenía entonces tanta honra como el de pintor. Lope pudo, en sus primeros años, coquetear un poco con las artes del dibujo, pero como había de coquetear después con las armas y con la danza (según el ingenuo Montalván, para mejor dominar el ritmo de los versos), con la astrología, por influencia de un su cuñado que lo enseñó a sacar horóscopos, y hasta con el bien y el mal y la religión. Pronto se revela en él la vocación literaria, de que es el hombre representativo. Hoy por hoy, la afición a Lope de Vega se confunde con la afición a las letras españolas.

Fue Lope enamorado precoz, también tardío. Por toda su obra se nota la preocupación amorosa; no única, claro está, pero tampoco dispersa en mil episodios como la de un ligero Don Juan o algún otro alquilón de amor, sino concentrada en torno a tres o cuatro pasiones que cortan en otras tantas eras su vida: la de Elena Osorio ("Filis"), la de Micaela Luján ("Camila Lucinda"), la de Marta de Nevares ("Amarilis"), para no hablar de Isabel o "Belisa", su primera esposa, y otras aventuras secundarias como la de su buena y constante amiga, la discreta actriz Jerónima de Burgos, o la de aquella otra comedianta a la que él llama "la loca". Grande es la responsabilidad de la mujer en el cultivo de su poeta. Sería ya hora de llamar a cuentas a todas aquellas sombras graciosas, sino que aquí no tenemos tiempo para ello, ni tampoco nos atrevemos a lanzar la primera piedra.

Lope fue durante algún tiempo paje del obispo Manrique de Lara, y estudió unos años en la Universidad de Alcalá, parece que entre 1577 y 1581. Vuelto a Madrid, tuvo amores con Elena Osorio, actriz, mujer de un representante que siempre estaba en las Indias, e hija de un director de compañía. Va luego a la expedición de las Azores, a las órdenes del Marqués de Santa Cruz (1583). A su

regreso a Madrid, aparece como secretario del Marqués de las Navas, y se empieza a dar a conocer en la poesía y en el teatro. Reanuda aquí sus relaciones con la Osorio, que es la verdadera madrina de su juventud. Ésta, entre el amante poeta y un enamorado caballero que le salió, sobrino del Cardenal Granvela, comienza a calcular su interés. A creer lo que cuenta Lope en la *Dorotea*, él mismo aceptaba al principio tal situación; pero al fin estallan sus celos y se da a difamar a la Osorio y a su familia, en unos libelos que le valieron el ser desterrado de Castilla por dos años, bajo pena de muerte, y por ocho de Madrid, pena de galeras (7 de febrero de 1588).

Al buen hablador no le estorban pelos. Hacia esta fecha, Lope rapta a Isabel de Ampuero Urbina, hija de un rey de armas, y se casa con ella por poder, ya ausente de la corte (10 de mayo de 1588). Poco después se embarca en el *San Juan*, uno de los buques de la Armada Invencible. A su vuelta a Cádiz, traía escritos algunos trozos de *Las lágrimas de Angélica*, compuestos entre los azares del combate.

Las experiencias equívocas de su mocedad, el sabor venenoso de sus primeros amores, todo predisponía a Lope para tener de la naturaleza humana una idea falsa y exaltada. Cuando esperaba encontrarse con el rencor de su abandonada "Belisa", se encuentra con su resignación y, nuevo Odiseo que recobra a su Penélope, descubre que hay virtud en la tierra: lo único que le faltaba para acabar de modelar su corazón a la voluble plasticidad de todas las emociones.

Pasó un par de años en Valencia, anduvo en Toledo, y se estableció en Alba de Tormes, como secretario del Duque de Alba. Muerta su "Belisa", vuelve a Madrid. Allí, sus enredos con la viuda Antonia Trillo de Armenta le traen enojos. Y exactamente hacia fines del siglo XVI, cae, para no levantarse más durante unos diez años, en brazos de la actriz Micaela Luján —la célebre "Camila Lucinda"—, de quien tuvo probablemente cinco hijos, y a la que tocó cultivar, ya en pleno vigor de vida y genio, al antes tormentoso y algo desequilibrado adolescente de "Filis".

Pero un año antes de enredarse con la Luján (1598), había contraído matrimonio con Juana de Guardo, hija de un carnicero rico. Acaso había ya en su vida una irregularidad necesaria, que debemos computar a la cuenta, si no a la culpa, de Elena Osorio, al menos simbólicamente: el quebrantamiento primero había sido rudo, lo había acostumbrado al amor con sobresaltos. En el hogar buscaba Lope la comodidad económica, y en lo demás pertenecía ya, sin remedio, a aquella estirpe de Sainte-Beuve de los que están pálidos para siempre y solicitan el amor sigiloso.

Ya al servicio del Marqués de Malpica, ya al del Conde de Lemos, Lope se pasaba la vida publicando libros, haciendo representar sus comedias y aprovechándose del favor de sus protectores, como era general en su tiempo. Hacia 1604 comienza a relacionarse con el Duque de Sesa. Lo hacen familiar de

la Inquisición (1609). Corre la vida. Ve morir a su hijo Carlos, y a su hija Marcela entrar en un convento. Fallece Juana de Guardo (13 de agosto de 1613). Poco a poco, Lope se va dando a los ejercicios religiosos. Y al fin se ordenó sacerdote (1614).

Entretanto, era secretario del Duque de Sesa, a quien lo mismo servía en los negocios que en las conquistas amorosas. Y a la edad de cincuenta y cuatro años (1616), empiezan sus famosos últimos amores con Marta de Nevares Santoyo: tristes amores sin la redención de cóleras y lágrimas de los primeros, ni el fuego avasallador y constante de los segundos. Lope pagaba en una moneda funesta las voluptuosidades y los ásperos goces que había arrebatado al destino. Los raptos de su fervoroso arrepentimiento contrastan trágicamente con sus desmayos de hombre de placer.

Pero una maldición pesa sobre el héroe. Marta, su "Marta Leonarda", su "Amarilis", la hermana de sus pecados, muere ciega y loca, como castigada por las normas (1632). Dos años después, Lope Félix, hijo suyo y de Micaela, perece ahogado en las Indias. A poco se le fuga la hija Antonia Clara de Vega y Nevares, que era la alegría de su vejez. Y el anciano se azotaba las carnes con las disciplinas, como si quisiera matar a su demonio interior: su cuarto estaba salpicado de sangre.

"Dijo —escribe Pérez de Montalván— que era tanta la congoja que le afligía, que el corazón no le cabía en el cuerpo... Se levantó muy de mañana, rezó el oficio divino, dijo una misa en su oratorio, regó el jardín, y encerrose en el estudio. A mediodía se sintió resfriado." Todavía asistió a unas discusiones científicas en el Seminario de los Escoceses; allí le dio un síncope, y se lo llevaron en una silla a su casa. Y, sin abandonar nunca pluma y papel, y casi podemos decir que escribiendo, murió el 27 de agosto de 1635, a la edad de 73 años. Juzgada por sus peripecias, su vida debiera ser la de un gran fracasado de la fama y de la fortuna: fue todo lo contrario. Por menos se suelen dar por vencidos hombres de mucho temple. Pero Lope se venció a sí mismo.

2

Larga fue su vida y mayor su obra. Considérese que escribió, sólo en piezas teatrales, más de dos mil. El que quiera conocer su obra dramática tendrá que leerse más de veinte volúmenes, y más de veinte el que quiera conocer su obra lírica. Los eruditos se divierten en sacar el cómputo de su vida y sus versos, y parece que las veinticuatro horas del día apenas bastan para realizar obra tan enorme. Él dice que, a lo largo de toda su vida, escribió un promedio de cinco cuadernos de barba al día. El anciano Goethe, emulado un día de noble envidia y refiriéndose a sus aficiones mineralógicas, decía más o menos: "¡Ojalá hubiera yo seguido el ejemplo de Lope de Vega, y me hubiera consagrado del todo a las joyas de la poesía, en vez de perder tanto tiempo en juntar piedras!" Pero Goethe se

olvidaba de que Lope no sólo se consagró a juntar las joyas de la poesía, sino que se revolvió constantemente en el fango de las pasiones. Se ha dicho ya que, al revés de Flaubert —otro ejemplo típico— en la disyuntiva de la vida y la obra, Lope siempre optó por la vida. Y con todo, la obra es inconmensurablemente superior en el caso. Aun suponiendo que no hubiera hecho más que escribir, resulta Lope un verdadero portento: mucho más si se considera que su existencia fue un torbellino de aventuras. Sus contemporáneos, en parte por eso y en parte por la calidad poética, que es otra maravilla más dentro de la cantidad de su obra, le llamaron "el monstruo de la naturaleza". El autor de la *República literaria* (1655) dice de él que era "tan fecundo, que la elección se confundió en su fertilidad; y la naturaleza, enamorada de su misma abundancia, despreció las sequedades y estrechezas del arte".

Quiere decir que Lope no era metódico, y apenas consciente; que era poco crítico de sí mismo y, en cambio, el mayor improvisador que ha nacido de mujer. Como le gustaba todo, no tenía "gusto" en el sentido limitado de la palabra; como todo le divertía, es, a veces, escritor ocioso. Pertenece por aquí a la gran tradición castellana de Santa Teresa, la cual declara paladinamente que muchas veces no sabe lo que va a decir y toma la pluma "como cosa boba".

Escribió en prosa y en verso. Si en prosa es a veces alambicado —y, por momentos, de una notable fluidez—, en verso su facilidad es proverbial. Él, en sus polémicas rimadas con Góngora, se jacta de la sencillez de sus versos, y asegura que su mayor empeño es dejar "oscuro el borrador y el verso claro". Sólo dijo verdad a medias: nunca dejó oscuro el borrador, pero es que tampoco le hacía falta. Los versos le salían claros naturalmente. Quien se ha asomado a su grafología, ha podido admirar aquel chorro inagotable de tinta, verdadera cinta de ametralladora poética en acción.

En prosa escribió cuentos *(Las fortunas de Diana, El desdichado por la honra, La más prudente venganza, Guzmán el Bueno)*, novelas *(La Arcadia, La Dorotea, El peregrino en su patria)*, pastorelas *(Los pastores de Belén)*, relaciones, papeles polémicos, obras apologéticas y místicas *(Triunfo de la fe en los reinos del Japón, Cien jaculatorias a Cristo Nuestro Señor)*. Mezcladas con su prosa, se encuentran algunas de sus mejores poesías. Además, deja multitud de cartas que, aunque no escritas para el público, son ya indispensables como clave de su psicología.

En verso lo hizo todo; y, al recorrer los varios géneros literarios, tocó también todas las cuerdas patéticas y cómicas, divinas y humanas. Desde la seguidilla, letrilla, glosa, romance, pasando por los sonetos, églogas, canciones, odas, elegías y epístolas de mayor aliento, hasta los poemas más ambiciosos: *El Isidro, Descripción de la abadía, Jardín del duque de Alba, Laurel de Apolo, La Gatomaquia, Descripción de la Tapada, La mañana de San Juan de Madrid, Fiestas de Denia, La Filomena, La Andrómeda, La Circe, La rosa blanca*, etc., etcétera.

De sus innúmeras comedias, unas tienen asunto profano, otras religioso. Entre las primeras, o domina el elemento histórico, ya nacional, ya extranjero, antiguo o moderno y, finalmente, caballeresco —o son del todo novelescas—, ya inventadas por él o ya con fuente en las novelas italianas del Renacimiento y sus imitaciones españolas. Otras —las comedias de capa y espada o "de enredo"— retratan costumbres contemporáneas; y también las hay mitológicas y pastoriles.

Entre las comedias de asunto religioso, éstas se fundan en el Antiguo o el Nuevo Testamento, aquéllas cuentan vidas de santos, y otras —los "autos sacramentales", las "representaciones espirituales"— son pequeñas alegorías de asunto místico. A todo esto añádase un enjambre de entremeses, loas en monólogo y en baile, y demás géneros menores.

Para alzar esta enorme máquina de invenciones, Lope, como todos los creadores, saca recursos de su propio espíritu, y también se vale, amplia y profusamente, de las invenciones ajenas, transformándolas a su modo.

Fue Lope un portentoso erudito, un lector de todos los libros, un curioso insaciable; y de todas sus lecturas extraía la esencia estética, el rasgo de color o la noticia picante, para diseminarlos por su obra. ¿Qué quiso decir cuando anunciaba el advenimiento de una nueva poética, de una poética invisible, infusa en los libros vulgares? Mucho se habla del popularismo de Lope. Unos dan a entender con esto que es Lope un gran representante del pueblo español, lo cual raya en perogrullada. Otros, engañados por la palabra, piensan que hay que ver en Lope la cándida espontaneidad que, sin razón, suele atribuirse al hombre del pueblo. Y no hay tal: era su espontaneidad una condición meramente técnica; la que resulta, en suma, de la plenitud de los recursos artísticos: casi la facilidad de escribir y de escribir de prisa. Pero, psicológicamente, Lope llega a sus resultados mediante un proceso de verdadera malicia artística. Hace lo que hace en menos tiempo que otros; puesto a escribir, no vacila más y apenas corrige. Pero no confundamos el índice de velocidad con el índice de simplicidad: en aquel instante de la creación, no hay que suponer en su espíritu la simplicidad o ausencia de intenciones de una mente lisa y llana, sino el hervor de una sensibilidad siempre alerta, y los infinitos recursos, reminiscencias, asociaciones y posibilidad de un arte erudito, "potenciado" por un temperamento excepcionalmente apto para el trabajo poético. El Lope erudito hay que buscarlo en sus momentos de mayor brillo estético, no en esas horas opacas en que pretendía darlas de sabio y citar autoridades y exhibir, en aburridas páginas, conocimientos indigestos e inútiles. Ahora bien: Lope llevaba, por entre las tormentas del arte, una brújula de buen sentido que, a veces, se confunde con la superficialidad; y si a eso se le llama "popularismo", sea en buen hora. Mas de cierto modo general, quien dice literatura española ha dicho también popularismo.

Ese tacto, esa malicia, ese pequeño don egoísta de no entregarse por completo a la borrachera del arte, de no padecer delirios de perfección —como Góngora o

como Mallarmé— y, por otra parte, su deseo de agradar al público a toda costa —condición que parece una mezcla de cálculo interesado y de blandura del temperamento— hacen que Lope de Vega se mantenga, hasta donde era posible, limpio de los heroicos extremos del cultismo y del conceptismo, las dos escuelas revolucionarias de la época.

Asimismo, hay que atribuir a una certera visión de artista equilibrado la claridad con que despojó de redundancias el teatro de su tiempo, y escogiendo sólo lo que más agradaba al público —y también lo que era más fácil de improvisar "en horas veinticuatro", porque la demanda de comedias era excesiva, y el entusiasmo con que se las buscaba sólo puede compararse con el que ahora despierta el cinematógrafo— redujo aquel caos de tendencias a una fórmula elegante y simétrica, no muy comprometedora, pero siempre muy divertida, donde hay más acción que verdadera creación de caracteres (al grado que a Meredith la escena española le parecía una representación a telón caído, en que sólo se ven los pies de los personajes), y donde, a través siempre de tres actos —presentación, enredo y desenlace—, revolotean las parejas de enamorados, tratando de encontrarse y de huir de los importunos: él, seguido de un escudero gracioso que repite, en parodia cómica, las aventuras sentimentales de su amo; ella, acompañada de una doncella lista o de alguna amiga confidente. Hasta que, hacia el final, los sucesos afortunados se precipitan, y todo para en un doble o triple matrimonio.

En efecto, la comedia española existía ya como dispersa y en tipos aproximados cuando Lope apareció en la escena. Él apretó aquella masa tembladora e informe y, reduciéndola a las grandes líneas de la necesidad, le impuso su marca de oro.

El teatro moderno tiene su origen en ciertas representaciones litúrgicas de la Edad Media. El teatro español, independiente ya de todo elemento eclesiástico, aparece a fines del siglo XV y principios del XVI. Es primero un teatro diminuto, de intenciones pastoriles y cómicas. Poco a poco se desarrolla y rectifica bajo la influencia del Renacimiento italiano; intenta ciertas direcciones humanísticas y casi fracasa en ellas; prospera en cambio en lo novelesco. Y cuando sobreviene Lope, como un cataclismo natural a cuya fuerza todos van a doblarse, ya Cueva, Virués, Rey de Artieda y otros han ensayado el drama fantástico y el drama nacional con asuntos del Romancero y la historia patria. Y una vez impuesto el módulo de Lope, todos lo adoptan más o menos: el público lo sanciona con su entusiasmo. Y de paso, quedan ahogadas algunas probabilidades del naciente teatro español, como la que representa, por ejemplo, la *Numancia* de Miguel de Cervantes, que haría las delicias de los "unanimistas" de hoy.

Naturalmente, los críticos lo discuten todo. Los humanistas habían fraguado ciertas reglas, achacándolas a Aristóteles: las unidades de acción, de tiempo y de lugar a que debía sujetarse toda obra dramática. El gran pecado de la crítica era entonces el querer reducirlo todo a principios y preceptos dictados por

autoridades literarias, así como hoy lo es la confusión entre el criterio estético y el político. Se trataba, pues, de saber si este nuevo teatro nacional, tan embrollado en la acción, y donde los tiempos y los lugares cambiaban de una escena a otra, tenía derecho a existir como verdadero género artístico. Lope, con su gran ligereza crítica, pero con su inapelable acierto artístico, hablando un día ante una academia literaria —y en el fondo, con muy pocas ganas de explicarse, como suele suceder a los escritores muy fecundos—, se defiende de cualquier manera: dice que él no tiene la culpa, que él se lo encontró ya todo confuso, y que antes ha procurado darle cierta armonía. Y, en fin, aquella salida que anda ahora en todos los labios, con que casi renunciaba, socráticamente, a defender sus comedias:

> Porque, como las paga el vulgo, es justo
> hablarle en necio para darle gusto.

3

Lope de Vega es hombre representativo de la vocación literaria. La emoción se le volvía prontamente anhelo poético, y no bien sentía el vago deseo de escribir, cuando ya estaba hecho. No podía menos de convertir en literatura todas las cosas de su vida. Bien quisiera él no haber sido indiscreto; pero ¿le era dable remediarlo? A la más ligera punción, se escapa de Lope de Vega un chorro de versos. Aun las mismas piedras de la calle le parecían sílabas contadas.

Terco enamorado, amaba en verso y en verso reñía con sus amantes. Obligado, por achaques del tiempo y culpas de la debilidad propia, a vivir al arrimo de los señores, convertía en artístico discreteo sus adulaciones de cortesano. Todo en él, hasta las flaquezas de la carne, cobra dignidad espiritual merced a la redención poética. Si se roba una mujer o si la abandona, si riñe, si huye, si le destierran o encarcelan, si le sirve de tercero al Duque de Sesa, comercia con los encantos de una pecadora o profana los hábitos, parece que lo ha hecho para vivir la novela, el drama, el entremés, el poema o los versos de arrepentimiento que al día siguiente ha de escribir. “Paralelamente”, cae en el infierno y se refugia en el cielo, y el vaivén patético de su vida se prolonga en ondas de poesía. Así, trocando la paradoja de Saint-Simon, podemos decir que el respeto de la posteridad hacia Lope ha aumentado en proporción del daño que él mismo causaba a su reputación.

Blando en sus aficiones, blando en sus gustos; temeroso de los desenlaces trágicos en los conflictos que imaginaba, pero defendido contra las tragedias reales por la continua catarsis o transformación de la vida en arte; ambicioso de comodidades y lujos, siempre voluptuoso y, por encima de todo, mujeriego, parece que Lope rezara el Padre Nuestro al revés, pidiendo todos los días nuevas tentaciones para caer en ellas: le atraen los once mil manjares del mundo.

Pero cuando nos figuramos encontrarlo deshecho en lágrimas, o esperamos oírle romper en un *De profundis* como cualquier moderno *snob* del pecado, hele ahí, casi risueño, describiendo con muy buen sentido y con una gran objetividad sus propias experiencias, lastrado por aquel realismo español, que hasta cuando más se arrebata y se ofrece más inefable, conserva una visión clara de lo terreno y un sentimiento muy vivo del ridículo.

Eso sí, insaciable siempre, todavía se queja de que, como a los ruiseñores, no le queda tiempo para hacer el amor por el mucho que emplea en cantarlo. Romántico prerromántico, concentra todo el universo en sus apetitos, y por eje de su personalidad escoge el amor. Gran transformador de la naturaleza en poesía, nos aparece como una vertiginosa rueda metafísica que arrojara sobre el mundo estético la realidad práctica triturada y desmenuzada. Pero en los rincones de sus versos, en el secreto acogedor de sus interiores poéticos, aquella impresión gigantesca se atempera, se humaniza, y hasta se resuelve en rosarios de cosas minúsculas y exquisitas que hacen de su lectura un continuado deleite.

1919

4

En sus últimos años, Lope de Vega llegó a ser objeto de una verdadera deificación. La gente lo sigue por la calle. Para decir que una cosa es buena, se dice: "Es de Lope". La Inquisición se ve obligada a perseguir una oración que comienza así: "Creo en Lope todo poderoso, poeta del cielo y de la tierra"...

La ardiente gloria que lo rodea ¿no lo deforma acaso? Cruza como un trazo de fuego por el espacio de la escena española, atronada de aplauso y vítores; todo el siglo de oro parece concentrarse en su nombre; rebasa la proporción humana: es el monstruo de la naturaleza que decía Cervantes; y toca la orilla mitológica: es, por antonomasia, el Fénix de los Ingenios, que resurge de sus cenizas; se da todo en cada ocasión, nace y muere cada día, y amanece a cada nueva aurora vestido de nuevas invenciones; hijo amado de la plasticidad, gemelo de Proteo, su sensibilidad insaciable asume cien formas diferentes. Viaja cabalgando en los vientos, como la nube de Shakespeare, y no bien remeda un engendro infernal cuando ya, otra vez, parece un ángel.

Y con todo —lo hemos visto de cerca—, un hombre humilde, sin más fortuna que la fantasía, la cual nunca alimentó a sus adeptos. No va en el carro de Faetón; ni siquiera en la carroza de cristales que por aquellos tiempos se introdujo en España, sino que anda a pie, llamando a las puertas donde acaso no lo reciben, o entrando en las casas de los señores, muchas veces, por la escalera de servicio. Hay que penetrarse de esta imagen; hay que verlo en la terrena y amarga realidad de su vida; metido en el mundillo de bastidores y enredado en aventuras de baja estofa; raptor de mujeres, difamador de bellezas esquivas; envidioso de las glorias ajenas al punto de romper frascos de sustancias

pestilentes durante las representaciones del gran mexicano Ruiz de Alarcón, o al punto de mandar anónimos al altísimo poeta Góngora, quien por su parte le contestaba a derechas, confundiéndolo entre la turbamulta de los que él llamaba, donosamente, "patos del aguachirle castellana". Hay que ver a Lope en su constante e inventiva inquietud, caso excelso del "furor hispánico", siempre criatura de la pasión y dando un traspiés después de otro. ¡La verdad es que era lo que vulgarmente se llama un sujeto peligroso!

Azorín, gracioso espicilego, ha escogido aquí y allá algunas frases que suelta Lope y que dan los puntos cardinales de su psicología: "Vital facilidad", dice Lope una vez, y parece que habla de sí mismo. "Amando, lo mismo es mentir que decir verdad", afirma en una carta al de Sesa. "Yo me sucedo a mí mismo", confiesa un día, reconociendo su propia naturaleza de divinidad cambiante. "Defiéndame Dios de mí", grita a la sordina, desde una de sus comedias. A estas palabras yo quiero añadir otra más, tomada también de las cartas al Duque de Sesa: "Yo nací entre dos extremos que son amar y aborrecer: no he tenido medio jamás".

¡Ah! Pero la poesía lo iba redimiendo, a cada paso, de cada estallido de la pasión, y transfiguraba su tosca materia humana en altas expresiones de espíritu, donde todos los corazones pueden encontrarse y reconocerse. Aquí está su verdadera grandeza. Por una tergiversación ética, Rousseau ha de convertir más tarde las taras morales en motivo de orgullo y delectación para el que las padece. Lope de Vega no, cuya naturaleza inocente parece tocada por la gracia y superior a todos los actos que de ella se desprenden y caen, mientras su alma sola se eleva. Lope no se admira a sí mismo en la postura servil de la pasión, ni quiere entregarse al narcisismo de los melancólicos, sino que se descarga en poesía, se consume en ella, y renace otra vez puro y sin mácula, para sacrificarse en el fuego de sus nuevos destinos.

Su compenetración, casi mitológica, con el espíritu de su pueblo, con el espíritu que corre las calles, anda en los caminos y riñe y canta en las hosterías y en las ferias, no tiene igual en ninguna literatura.

Recordemos aquí que ninguna nación, sea en su historia política, sea en su obra civilizadora, en sus letras como en sus armas, deja sentir al igual de España el aliento del espíritu popular, del grito multánime que sale de todas las bocas y parece unificarse en el aire, en ráfagas de clara epopeya. El Soldado Desconocido es el más alto héroe español. Las mayores sorpresas que nos da aquella historia —la Reconquista, la lucha contra la francesada, el descubrimiento de América— son obra de la iniciativa popular, abriéndose paso muchas veces contra la inercia de sus directores. Ninguna literatura hay más invadida de folklore. Dentro de ella, la grande figura del Fénix de los Ingenios adquiere proporciones fabulosas, confundiendo sus contornos con los de ese inmenso fantasma que se llama Juan Español, y al que no pudo bastarle un mundo para derramar y hacer correr la plétora de su vitalidad generosa.[1]

1935

PRÓLOGO A QUEVEDO*

NO HAY duda que la personalidad humana logró en otras épocas mayor amplitud de la que hoy conceden las necesidades y las costumbres. Nos sorprende hoy la facilidad con que aquellos hombres del siglo de oro recorrían la escala de las pasiones, de uno a otro paradójico extremo y, hundidos los pies en la vida picaresca, alzaban los ojos con arrobamiento místico. Nuestro compás no abarca tanto trecho, y una fácil tentación nos seduce: la de ver signos anormales de dualidad en el fullero que tiene horas de santo, o en el político prudente que gasta sus ocios entre insustanciales groserías. Escritores que se alarguen, con cierto morboso deleite, en la descripción de las aberraciones más bajas, y sean asimismo aficionados a disertar sobre las virtudes del Espíritu Santo, muchos los hubo entonces; y Quevedo no es, al fin, más que un caso representativo de esa dualidad aparente.

Al desarrollarse el panal humano, ha obrado la división del trabajo por todas partes; uno de los rasgos distintivos de nuestra civilización es la fuerza de especialidad: mal hemos abierto los ojos, cuando ya estamos condenados a pulir determinada cabeza de alfiler; y siempre está la pedantería moderna tachando a los escritores de usurpación, por poco que se desvíen de su oficio reconocido. Así, se ha venido desestimando un poco la profesión general de hombre, y el sueño del enciclopedista nos parece sólo un sueño dorado. Aun las libertades de la conversación —donde es común hablar de lo que no ejercemos— parecen ilícitas a nuestros técnicos. La urgente necesidad de saber ahoga el derecho de opinar, y se nos repite, con la serpiente de la fábula,

> que lo importante y raro
> no es entender de todo,
> sino ser diestro en algo.

El día en que sólo a los profesionales de la pintura se consintiera ponderar las excelencias de un paisaje o la vaguedad de un crepúsculo, habría que emprender una guerra para la reconquista del alma.

Si somos, así, menos extensos, en cambio nos preciamos de ser algo más intensos. No falta quien se queje de cierto resabio de superficialidad que le dejan los recuerdos del gran siglo parlante. A veces, aquellos escritores han podido parecer poco *sensibles*, y libros enteros se han escrito con ese ánimo, más o menos franco, de protesta. Nuestros sabios, por otra parte, nos han enseñado a mirar la personalidad misma como el resultado de una perpetua elección; y —salvo los casos de monomanía— lo más uniforme nos parece lo más humano, lo que más informa una "conducta". En la mucha dispersión de motivos más bien creemos advertir un abandono de la persona entre los vaivenes del ambiente,

sólo comparable al del animal inferior. No es raro, pues, que nuestra sociedad se muestre un tanto recelosa ante todo el que pretende ser "el hombre de todas las horas", y que el simple hecho de ser ambidextro, o servir para dos empleos, parezca cosa de escasa seriedad, y hasta síntoma patológico.

La vida compleja y agitada de don Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645) parece una supervivencia de los tiempos del Emperador, cuando se ensayaba el Renacimiento en España.

> Tardía en su desarrollo intelectual y artístico si se la compara con Italia; no tan honda como los pueblos teutónicos en la inquietud revolucionaria de la conciencia religiosa, la España de Carlos V supera a toda otra nación por la multitud y la osadía de sus empresas, y pone el énfasis en la nota de aventura que caracteriza el espíritu de la época.[1]

El siglo XVII, comparado con el siglo anterior, no representa ciertamente un descenso. "No; la plenitud literaria —dice Azorín— hay que reconocerla en los escritores del siglo XVII."[2] Lo cual no quita que a algunos agrade ese sabor agrio de fruta verde que solía tener el otro siglo. Pero, en cierto sentido, esa plenitud del XVII trajo consigo una decepción. Un conformismo general va sustituyendo a las interrogaciones audaces. La literatura, a fuerza de aplaudir el presente, acaba por perder un poco la eficacia del ideal. La crítica —maestra de las artes— no sabe recoger la herencia de los Valdés, ni vuelve a aparecer manifiesto alguno que pueda compararse con las ambiciosas *Anotaciones* a Garcilaso de Fernando de Herrera.

Y singularmente —para quien construya la triste historia de la secta literaria en España— el desarrollo asolador de la Comedia durante el siglo XVII atrae al bullicio de los teatros una verdadera ola de "arribistas", de ingenios legos, en el peor sentido de la palabra. La noble profesión de las letras pierde —en buen hora— su solemnidad académica; pero entre los muchos beneficios que aquí, como en todo, trae consigo la libertad, vienen solapados ciertos peligros: la mendicidad literaria, y un avulgaramiento general de las letras, la improvisación, la verbosidad. En el mundillo de los autores de teatro no se habla más que de las recíprocas "envidias"; por todas partes se quejan los satíricos de los "murmuradores"; y Ruiz de Alarcón —tan ponderado y tan justo— escribe comedias contra los calumniadores y embusteros. De aquí data la guerra literaria en Madrid.[3]

Entonces, como una sombra de otros tiempos, favorecido por la fortuna de suerte que pudo tener cierta independencia, aristócrata por educación y por nacimiento —su familia figuraba entre la gente del rey— aparece Quevedo. Era humanista en el sentido escolar de la palabra, único en que no lo fue Cervantes; podía escoger, como Garcilaso, entre la pluma y la espada, y andando el tiempo sería, como Hurtado de Mendoza, embajador y poeta. Y piénsese ahora en la azarosa juventud de Lope, y en la pobre vida provinciana de don Luis de Góngora, racionero de la iglesia de Córdoba.[4]

Pasa Quevedo sus primeros años entre Alcalá, Madrid y Valladolid, en sus estudios o en la corte; recoge de una vez esa visión de la vida que es el fondo mismo de su obra —travesuras escolares, trapacerías en los caminos y ventas, vanidades de cortesanos—, y a la vez que escribe sus primeras obras festivas, cultiva con gusto severo las humanidades; de modo que en su juventud, castigada de letras, funda el sapientísimo Justo Lipsio grandes esperanzas.

Pero, a creer ciertas tradiciones, una brusca interrupción corta el desarrollo apacible de esta vida, o acaso la orienta de una vez: el duelo, en defensa de una mujer maltratada, a las puertas de la iglesia de San Martín —de que resulta la muerte del adversario— le obliga a escapar de la corte (1611), tradición discutida. Y Quevedo se refugia algún tiempo en Sicilia, al lado del duque de Osuna, con quien parecen unirle ciertas afinidades. Vuelve poco después (1612) a sus dominios de la Torre de Juan Abad, "en el antiguo camino de Madrid a Andalucía, dos leguas antes de llegar a Sierra Morena".

Aquí se despierta en él un amor nuevo de la soledad, un gusto nuevo de rumiar desengaños, que poco a poco le conducen al estoicismo: y éste es otro de los aspectos de aquella mente tan compleja. El duque de Osuna, que se le había aficionado, lo llama a Italia nuevamente para confiarle algo como el ministerio general de Sicilia (1613); y Quevedo será en adelante su brazo principal, y el agente de su política en Niza, Nápoles y Milán (las "pequeñas y sagacísimas repúblicas de Italia", que decía Fernández Guerra), su embajador ante el Pontífice en Roma, y su emisario para ganar voluntades en Madrid.[5]

Quevedo suele pintarnos conciencias perversas o vacilantes; era, en cierto modo, un testigo de las malas costumbres de la sociedad, y no rehuía las misiones delicadísimas que se le confiaban. Así viajó por varias partes de Italia, y así, entre peripecias pintorescas, vuelve a la corte (1615); donde, con los millones del donativo real, puede deslizar algunos obsequios para confesores y ministros.[6]

Tales experiencias no podían menos de afirmarle en sus interpretaciones burlescas del valor humano, y, con ser a ratos estoico, no es fácil saber hasta qué punto creyó en la virtud de los demás. Entre el torbellino de la corte su entereza resalta más que si hubiera sido un solitario.

Promovido Osuna al virreinato de Nápoles (1616), le nombra su ministro de Hacienda. Y cuando la conspiración española contra Venecia, se asegura que escapa disfrazado de pordiosero a los matones pagados para asesinarlo, entre quienes estuvo charlando, sin ser reconocido (1618).[7]

Vuelve a su destierro de la Torre de Juan Abad; cae Osuna (1620), y al advenimiento de Felipe IV, Quevedo procura discretamente la protección del nuevo favorito. Sus relaciones con el conde duque de Olivares parecen una cadena continua de desconfianzas y arrepentimientos, destierros seguidos de pasajeros indultos. Quevedo rehúsa los halagos de Olivares —que le ofrecía la embajada en Génova—, y mantiene, contra Santa Teresa, al antiguo patrón de España, Santiago,[8] lo que da pretexto a nuevas persecuciones. Pacheco de

Narváez —celoso, según dicen, de la supremacía de Quevedo en el manejo de la espada— intriga contra él sin cesar.[9]

Y ya en 1634, viejo y aburrido, intenta formarse un hogar, o cede a los apremios de sus amistades, y se casa con una doña Esperanza de Mendoza, que ya tenía hijos mayores; pero no tolera más de tres meses junto a ella, y acaban por separarse definitivamente en 1636. De este desastre queda memoria en cierto *Tratado del vino aguado y agua envinada* del Dr. Jerónimo Pardo (Valladolid, 1661), para que todo sea grotesco y absurdo.

En 1639, el rey se encuentra bajo su servilleta un memorial contra Olivares, en que todos creen descubrir la mano de Quevedo; éste es encerrado en el convento de San Marcos, de León, de donde no sale hasta la caída de Olivares, 1643, ya quebrantado y caduco.

Estuvo dos años arreglando sus papeles literarios y su testamento, y en Villanueva de los Infantes, en una casa muy humilde, muy lejos de toda vanidad, el 8 de septiembre de 1645, se acabó de morir. "A los españoles, Señor, sólo les dura la vida hasta que hallan honrada muerte..."[10]

Ahora bien: de la obra y la vida de Quevedo, ¿qué decir en conjunto? De su estilo escribe Menéndez y Pelayo:

> Dejábase arrebatar con frecuencia del torrente del mal gusto (de un mal gusto distinto de Góngora), no por anhelo de dogmatizar, sino por genialidad irresistible, que le llevaba a oscuras moralidades sentenciosas, a rasgos de la familia de los de Séneca, a tétricas agudezas, que convierten su estilo en una perenne danza de los muertos.[11]

Tétricas agudezas: así es. Y Azorín:

> Quevedo nos ofrece una visión dura y violenta de España. Cervantes es otra cosa. En aquellas de las *Novelas ejemplares* que pudiéramos llamar exóticas (*La española inglesa, La señora Cornelia, El amante liberal*, etc.), parece que unos hacecillos de viva y clara luz —luz del Mediterráneo, de Italia, de Inglaterra— vienen a iluminar la severidad y hosquedad castellana; se experimenta un íntimo placer al sentir, al través de la prosa de Cervantes, en contraste con nuestras tierras altas, nuestras parameras, nuestros mesones desamparados en las campiñas solitarias, el claro mar latino, las alegres y próvidas hosterías italianas, el verde campo inglés. En Quevedo no hay ninguno de estos rayos de luz: todo en él es severo, sombrío, hosco, de un duro y fuerte relieve.[12]

También la vida de Quevedo deja una impresión de dureza. Lo que de ella sabemos se reduce a datos externos, con excepción de esa tragicomedia matrimonial, que no es, ciertamente, para edificarnos. La literatura de las Memorias nunca fue tan favorecida en España como en Francia. Cuesta trabajo representarse la intimidad de la vida de Quevedo, las escenas del ambiente diario, las pequeñas cosas sociales. En las cartas de Lope tenemos la mitad de su alma temblorosa, y en las de Góngora mucho hay del cordobés dichero y ameno, que sonríe desde su pobreza. Pero las cartas de Quevedo, o son misivas retóricas, o informaciones políticas, y en vano buscamos por aquellas páginas objetivas —de cruel objetivismo a veces— el rayo de una confesión.

Cierta dureza de niño precoz lo caracteriza desde joven, cierta

intelectualización excesiva de niño viejo: viejo, si hubiera gustado algo más de la poesía del recuerdo. Pero, advierte su biógrafo, pocos recuerdos hay en él: no acude a sus labios el nombre de su madre, el de sus hermanas, o sólo acuden con un propósito grotesco y en momentos inoportunos.[13]

La experiencia del trato humano parece en él cosa innata: es político desde que nace. Hombre docto en cosas antiguas, ve en la política, como un clásico, la hermana mayor de todas las artes.

> Y en verdad que no podía ser otra cosa. Natural, estudios, cargos y destinos, vínculos sociales, aficiones privadas, todo se combinó para formar un repúblico, un hombre de estado. Bajo este aspecto ha de apreciarse con preferencia a Quevedo. Colocadas sus obras cronológicamente, forman un periódico de oposición contra las costumbres y privanzas de la primera mitad del siglo XVII.[14]

Quevedo pudo dejarse vivir entre comodidades y holguras, celebrado por su ingenio y sus partes, pero prefirió protestar y vivir siempre —mal o bien— como un centinela de la república.

Adonde quiera que viaja, sólo contempla a España. Ama a su patria —acaso con demasiada retórica— y es capaz de la lealtad y aun del sacrificio. Hombre férreo, se considera nacido para los trabajos más varoniles, y nunca se le ve desfallecer entre las voluptuosidades de Italia. Se habla vagamente de cierta aventurilla que no tiene la menor importancia…

Sabe decir todo lo que quiere, y hablar y escribir pueden haber sido sus mayores alegrías, después de la acción: en aquella su frase encabritada y gallarda, las palabras nacen unas de otras y se animan con un misterioso transformismo; un gran regocijo verbal se nota en el ritmo de su estilo: no es fuente que mana, sino caprichoso chorro que salta y se sacude en el aire. Un repiqueteo de palabras, un estropearse de ideas contrarias, un estado, agudo de la mente… Y con todo, Quevedo también sabe callar cuando es oportuno.

Su gloria no parece envidiable a todos; pero tampoco puede negarse que D. Francisco de Quevedo y Villegas fue todo un hombre. Cierto: está algo distanciado de nosotros. Así se entiende que la nueva crítica haya comenzado por un impulso de reacción contra él: toda renovación de valores comienza por negar, y acaba por proponer interpretaciones nuevas y positivas. Américo Castro, en el prólogo a su edición de *El Buscón*, se representaba con científica sinceridad el alejamiento en que estamos de Quevedo, y aun aquel relativo alejamiento en que parece haber vivido Quevedo (con toda España) de algunas cosas de su tiempo. Azorín puso en la reacción esa nota suya peculiar, mezcla de buen sentido y emoción lírica. Más tarde, ha procurado reducir a un justo equilibrio su primera tendencia.[15]

No es enteramente lícito ni eficaz, observa, el apreciar a Quevedo de un modo externo, por comparación con otras figuras de la Europa postrenacentista (Erasmo, Montaigne).

> Si según un dicho popular, *cada hombre es un mundo*, ¿no habrá mayor razón para que a los grandes hombres los consideremos como un mundo aparte, con sus leyes, tendencias, psicología y ambiente propio?... Así como la crítica literaria ha dado un gran paso yendo desde las formas retóricas y gramaticales a la psicología del autor, de la misma manera sospechamos que ha de dar otro gran avance si se considera, por encima de la literatura, esta especie de atmósfera moral que rodea a los autores y que muchas veces, estando en contradicción con los textos, marca el verdadero alcance del escritor.

Y en otros lugares del mismo artículo define así esa personalidad "superliteraria" de Quevedo:

> El pensamiento en Quevedo quiere ser acción. No da la impresión este escritor de la especulación mental serena, de la creación literaria reposada —como en Gracián o Cervantes—; Quevedo escribe infatigablemente, va, viene, se mezcla a la política, lleva a cabo arriesgadas empresas diplomáticas, sufre crueles persecuciones. La idea en Quevedo es complemento de la acción. Y la acción es una acción intelectual, inspirada en motivos intelectuales, llevada a cabo por un hombre propiamente intelectualizado. Y aquí es donde hay, a nuestro parecer, que fijar la atención al tratar de Quevedo. Esta intelectualización de la vida y del hecho, ¿no es una profunda novedad en la historia del pensamiento español?... Y ¿cuál es, en segundo lugar, la trascendencia de Quevedo, su influencia en España? Quevedo, autor de obras místicas, creyente sólido y fervoroso, introduce en la sociedad española el sentido de la irreverencia, del escepticismo y de la profanidad. Leyendo a Quevedo se experimenta la sensación de que nos hallamos en un mundo aparte. Por deducción, por analogía, alargando indefinidamente sentimientos sugeridos por el autor, llegamos a subversiones de valores, a destrucciones de valores a que no había llegado Quevedo; pero en cuya pendiente —para llegar hasta aquí— nos había puesto Quevedo.

Si, ahora, el lector quiere imaginarlo en los principales momentos de su espíritu, trasládelo mentalmente —con aquellos sus proverbiales anteojos, su melena larga, su lagarto rojo en el pecho, su distinción, su vaga cojera, tan semejante a la cojera artificial de Montaigne—, hasta los cuadros del Museo del Prado. Quevedo el gobernante puede figurar en los lienzos de Velázquez, algo detrás de los capitanes y los ministros, bajo el vuelo de la bandera blanca y azul. Quevedo el estoico, enflaquecido, junto al libro abierto y la calavera, se destacaría sobre el fondo negro de un Españoleto. Quevedo el picaresco se concibe muy bien entre los cartones y las fantasías de Goya, que pudieran servir para ilustrar sus *Sueños*, y los aspectos más tétricos de su obra parecen representados en el *Triunfo de la Muerte* de Brueghel el viejo.

Y no hablemos de Jerónimo Bosco, porque hay en este maestro, creador de graciosos monstruecillos, un encanto místico, un vital optimismo, una fe en la fruta que grana y en la espiga que revienta, ignorados implacablemente por Quevedo.

Madrid, 1917

GRACIÁN*

EL 8 DE ENERO DE 1601 nació Baltasar Gracián, en Belmonte, a dos leguas de Calatayud. No poseía la familia grandes recursos, y todos los hermanos abrazaron la vida religiosa. Tras de hacer sus primeros estudios en Toledo bajo la dirección de un tío suyo, Gracián vuelve a Aragón e ingresa en los colegios de la Compañía de Jesús (Calatayud, Huesca), donde primero como discípulo y acaso después como preceptor, se ejercita en aquel latín de seminario, lleno de elegancias y sutilezas, que tanto ha de influir en su estilo.

Pronto debió de comenzar su amistad con D. Vincencio Juan de Lastanosa. Este gran señor y mecenas, a quien sus aficiones estudiosas alejaban de la vida pública, había logrado reunir en su espléndida residencia de Huesca una biblioteca escogida, una valiosa colección de pinturas, un primoroso museo de medallas y antigüedades. En sus jardines cultivaba las plantas más exóticas, cuyas semillas distribuía generosamente entre los aficionados. Era, en todo, el padre de su pueblo. En su casa, como en pequeña academia, reunía a algunos amigos. Allí conoció Gracián, entre otros, al cronista Andrés de Uztarroz, al capitán Pablo de Parada y a cierto canónigo Salinas.

En el seno de esta sociedad de anticuarios y coleccionistas —que seguramente colaboraban un poco en los libros de Gracián, y a quienes él gusta de recordar, fingiendo, por ejemplo, que dialoga con ellos—, fue éste depurando su preciosismo innato y su afición a las buenas frases y a las salidas oportunas. Como en los salones franceses de la buena época, en aquella casa se cultivaba la conversación. La conversación es la mitad de la vida, es la función superior del hombre —afirma Gracián—. Y nunca se cansa de aconsejar a su discípulo el estudio de las buenas formas.

En este ambiente, tan superior al de la corte para la primera educación artística, y que, en cierto modo, anuncia ya el siglo XVIII, pudo prepararse la obra de Gracián: flor de invernadero y quintaesencia de alma española.

El 25 de julio de 1635 hizo Gracián profesión de los cuatro votos. Hasta entonces —explica su crítico—[1] su vida discurre en un silencio fecundo; entonces comienza la etapa de la producción. Bajo los apremios del mecenas o de los hijos de éste, van apareciendo, uno a uno, los libros de Gracián, impresos en diminutos volúmenes y disimulados con seudónimos, porque sus asuntos parecían demasiado mundamos para un religioso. El primero, *El héroe*, se publica en 1637, aunque la edición más antigua que de él nos ha llegado es de 1639.

En esta obra aparece ya Gracián dominado por esa tendencia moral que habrá de orientar todos sus libros. La educación del hombre es el tema fijo de este

ensayista: su educación para el éxito social, para la felicidad inteligente, para el descubrimiento y desarrollo de la vocación. A los pies del hombre yace toda la naturaleza como un vivo símbolo de enseñanza: para aconsejarle la virtud abre su cola el pavo real, y el búho medita para aconsejarle la sabiduría.

Con verdadera sagacidad, Gracián comprende que muchas virtudes naturales son adquiribles por la imitación y el ejercicio. Él es, en el fondo, un hijo de Loyola: cree en los "ejercicios espirituales", que no son otra cosa los "primores" de su *Héroe*. No cree que la elegancia del hablar o la virtud del obrar sean reducibles a preceptos: no escribe tratados de retórica ni de ética, sino que se fía de esa plástica trascendental que hace al alma esforzarse por reproducir las formas que ama; y así, entusiasma y excita a la emulación de los grandes modelos. Rodó hubiera dicho que Gracián pretendía sembrar en el espíritu "la simiente de una palabra oportuna". —Como, por otra parte, hay virtudes verdaderamente inadquiribles, Gracián aconseja a los hombres que midan cuidadosamente sus fuerzas antes de empeñarse en lo imposible, y que se conformen con admirar lo que no merecen.

Cualesquiera sean las diferencias en cuanto al fondo, *El héroe* de Gracián procede de *El príncipe* de Maquiavelo: obras ambas en que la razón no retrocede ante el objeto escogido por la voluntad. Sólo que el Príncipe es humanísimo, funda el mundo sobre su entendimiento, y para él todo azar es un enemigo que vencer. El Héroe, en cambio, tiene algo de milagroso, y todo azar es para él una manifestación de la Providencia, que siempre se apresura a auxiliarlo.

En la primavera de 1640, nuestro fino aragonés recorre la corte de Madrid, admira las casas de los grandes, examina sus colecciones de alhajas —sin que se le escape el oro falso del valor cortesano—, pasea por el palacio del Buen Retiro y, en uno de los estantes de la real biblioteca, descubre, con cierta sonrisa, un ejemplar de *El héroe:* el libro había corrido con suerte. Entre sus amigos de la corte, más tarde recordará con agrado al poeta D. Antonio Hurtado de Mendoza.

Vuelto por breve tiempo a su tierra, Gracián atiende en su enfermedad a su muy admirado y amado duque de Nocera, y le dedica *El político*. Perdida la edición primera de 1640, sólo conservamos la de 1646. No es esta obra de lo mejor de Gracián. Se alarga demasiado elogiando, de una manera muy retórica, las virtudes del Rey Católico, y las compara con las de todos los monarcas y capitanes famosos. La filosofía que domina la obra —lugar común en la política de su tiempo— parece reducirse a esto: la heterogeneidad étnica y lingüística de España es su gran fatalidad nacional; para gobernarla, haría falta un nuevo Fernando. Por los días en que se escribió este tratado, las sublevaciones de Cataluña eran una seria amenaza. Pudo proponerse Gracián aconsejar al rey, en forma indirecta y disimulada, que apareciera él mismo en persona a la cabeza de su ejército, a imitación de Fernando el Católico. En cuanto a las condiciones del monarca —de que Gracián cree ver un dechado en el rey Fernando— más se deben a la naturaleza que al arte.

De regreso en la corte, los cuidados de la predicación ocupan de tal suerte a Gracián que no le dejan tiempo para contestar las cartas de sus amigos. Sin embargo, se da maña para acabar una obra tan complicada y difícil como es el *Arte de ingenio*, que se publica en Madrid, a principios de 1642. Y *Agudeza y arte de ingenio*, en 1648.

Se considera esta obra como un verdadero código del "conceptismo", tendencia literaria que floreció durante el siglo XVII en España, aunque sus raíces son muy hondas. Consiste el conceptismo en un abuso del ingenio, que ya se manifiesta en retruécanos o en acertijos, ya en imágenes rebuscadas, ya en el empleo inmoderado de la alegoría —método a que los comentaristas judíos de España habían acudido con exceso para sus estudios bíblicos—; o ya, finalmente, en el abuso de las antítesis, simetrías de la frase, combinaciones de palabras semejantes: primores éstos que parecen heredados de la prosa decadente de los padres griegos y latinos.[2]

Porque Gracián era un escritor conceptista: al leerlo, nos sorprenden de tiempo en tiempo los caprichos de su estilo viciado. Claro está que no todo es defectos en su procedimiento, al contrario: a fuerza de ser sentencioso, Gracián deja de ser prolijo. Se esfuerza por hallar la palabra única. Abandona la castiza tradición del párrafo largo. La vieja frase —que como ha dicho de la frase de Buffon no sé si Sainte-Beuve— a duras penas se resigna a acabar, se vuelve en Gracián breve e incisiva. Tan lacónico es que es oscuro; y en los trataditos breves especialmente, se nota demasiado el tonillo y el ansia de hablar en oráculos. Su frase, a pesar de lo varonil de la idea y lo seco del giro, flaquea por el abuso de ciertos recursos femeninos, y es fácil encontrar en sus párrafos pequeñas series de octosílabos y de endecasílabos.

Pero la lengua no tuvo secretos para él. Y, sobre todo, nunca desperdició sus recursos técnicos en asuntos insignificantes, como acontece, por ejemplo, con otro gran conceptista —Quevedo— cuando pierde el tiempo en burlarse de los barberos o de los médicos. Gracián busca siempre el corazón del hombre, y nos tiene siempre inquietos, como verdadero estratega del trato humano. La lectura de Gracián puede ser una esgrima del ingenio, pero es también una gimnasia del entusiasmo.

Vuelto a Zaragoza, Gracián aprecia la creciente importancia de la guerra de Cataluña: la toma del castillo de Monzón, la fuga de la abadesa que se recuesta en el brazo de su canónigo, los hombres ricos convertidos en limosneros, todo esto pasa en desordenada visión por sus cartas. El 27 de julio de 1642 —como parecía desearlo en *El político*— vio entrar a Felipe IV en Zaragoza, reanimando con su presencia al pueblo.

Al año siguiente (continúa la guerra), Gracián es rector del Colegio de Tarragona. Mientras el mariscal La Mothe intima el sitio, Gracián recoge antigüedades para Lastanosa: una moneda romana, una cornalina con el busto de Ovidio. Removido a Valencia por 1644, envía a Lastanosa un sello anular con

una figura ecuestre, útil para el estudio de la antigua caballería española. Pero lo que más le agradó en Valencia fue la biblioteca del Hospital, donde pudo dar la última mano a su nuevo libro, *El discreto*.

Lastanosa hizo publicar *El discreto* mediado el año de 1646. Es una colección de ensayos cada uno dedicado a un "realce". Se supone que fueron destinados a la lectura académica, y que los elogios a señores que aparecen hacia el final de casi todos vienen a ser como un saludo al presidente de la sesión. Se ha podido fijar la fecha de la mayoría, y se ha visto que *El discreto* es un libro fragmentario, escrito a través de muchos años.

Es libro gemelo de *El héroe*, cuya forma y cuyo fondo recuerda. Si *El héroe* deriva de *El príncipe* de Maquiavelo, *El discreto* procede de la corriente desatada por *El cortesano* de Castiglione, y es como un tratado de urbanidad trascendental, en que del examen de las costumbres se pasa insensiblemente al examen de las ideas. Por lo demás, *El discreto* nos parece más legible que *El héroe*. Es menos solemne, más variado y más ágil. El último ensayo, en que se propone un plan ideal de conducta humana, es uno de los más bellos frutos del Renacimiento español.

En *El discreto*, sea en el texto mismo de la obra o en los preliminares que le puso Lastanosa, se anuncian dos libros que nunca llegaron a publicarse: *El atento* y *El galante*. Por otra parte, el canónigo Salinas, amigo de Gracián, afirma que éste tenía, además de *El atento*, otros siete libros en preparación. Se atribuía a Gracián cierto poema de las *Selvas del año;* pero tal atribución está ya desechada.

Gracián seguía predicando en Valencia y, entusiasmado tal vez por el éxito de sus sermones, se dejó arrastrar un día por su afición a las agudezas, y anunció que abriría y leería en plena cátedra una carta que le había llegado de los Infiernos. La broma pareció muy fuerte a la autoridad eclesiástica, y Gracián tuvo que retractarse públicamente. Desde ese día, conserva un recuerdo ingrato de Valencia.

Cuando el marqués de Leganés pidió al Patriarca de Valencia algunos curas castrenses para el ejército que había de socorrer a Lérida, sitiada por tropas francesas, el Patriarca se apresuró a incluir en la lista a Gracián, que comenzaba a ser un huésped molesto.

Gracián nos ha conservado el relato de la expedición en una carta de 24 de noviembre de 1646, carta realmente curiosa por ser una de las pocas muestras de su estilo familiar, distinto del estilo artístico. El triunfo, declara llanamente Gracián, se debe a dos: al valiente capitán Pablo de Parada, en primer lugar, y en segundo lugar, "confieso a Vuestra Reverencia —escribe— que yo tuve alguna parte; de modo que ahora todos los soldados y aun señores, cuando me ven, me llaman el Padre de la Victoria". Y, en otro pasaje: "Venían a porfía por mí los maeses de campo para que les diese ánimo a su gente y absolverlos; y hubo cabo que dijo que importó tanto esto como si se les hubieran añadido 4 000 hombres

más". Gracián tuvo, pues, la suerte de comprobar, como lo había mantenido en sus libros, que las virtudes heroicas son comunicables.

Un mes después, Gracián descansaba en la soberbia casa de Huesca, bajo los afectuosos cuidados de Lastanosa. Pero su reposo era el estudio, y quiso procurarse al instante las poesías de Sa de Miranda, sobre las cuales parece que le había llamado la atención, entre fuego y fuego, el capitán Pablo de Parada.

Gracián se ocupaba a la sazón en refundir su *Arte de ingenio*. El canónigo Salinas había hecho una traducción de Marcial que no contentaba a Gracián. Salinas quiso que éste la incluyera entre los rasgos de ingenio citados en su libro. Salinas era pariente de Lastanosa. Gracián tuvo que ceder y, para no perder su crédito de crítico, transformó completamente su libro en una antología de poetas aragoneses, donde ya cabía la dichosa traducción de Salinas y se podía tener gusto menos estricto. Las cartas de Gracián dan testimonio de la actividad con que se entregó al acopio de materiales.

Al mismo tiempo, preparaba una colección de máximas entresacadas de sus libros hechos y los por hacer: el *Oráculo manual y arte de prudencia*, que se publicó en 1647. Al año siguiente salió a luz el *Arte de ingenio* refundido bajo el título de *Agudeza y arte de ingenio*.

La primera edición conocida hoy del *Oráculo manual* es de Madrid, 1653. La publica Lastanosa, que aparece como coleccionador de las sentencias. El libro fue traducido a varias lenguas, y corrió por toda Europa desarrollando influencias fecundas. Es una serie de consejos diseminados sin ningún plan, y que no conviene leer de un modo continuo, sobre todo tras de haber leído los otros tratados, cuyos conceptos y palabras repite muchas veces.

Aquí se muestra Gracián un tanto egoísta y utilitario. Y es que ha abandonado la moral retórica y, como verdadero psicólogo, no pide a la naturaleza humana más de lo que ella puede dar. Por lo demás, la vida de Gracián fue limpia y, como observa sutilmente Coster, Gracián tiene toda la traza de haber sido uno de esos hombres que, sin ser malignos, juegan a la malignidad y se figuran que son terribles. En todo caso, es una fortuna encontrarse con un moralista sincero, capaz de alterar con La Rochefoucauld.

La obra resultó demasiado audaz. Los seudónimos de que Gracián se venía sirviendo eran demasiado transparentes. Los superiores de la Compañía comenzaron a inquietarse. Gracián, que sigue ejerciendo la predicación al comenzar los años de cincuenta, cree conveniente manifestarse como escritor piadoso. Reúne, al efecto, los sermones de su antiguo Provincial, Fr. Jerónimo Continente y, con una breve dedicatoria, firmada esta vez con todo su nombre, y dirigida, como en busca de protección, al poderoso obispo de Huesca, los publica en 1652 bajo el título de *Predicación fructuosa*. Esta dedicatoria, por un curioso dualismo literario, está escrita con ese estilo sencillo que Gracián emplea cada vez que deja el disfraz del seudónimo.

Pero poco antes, en 1651, había salido en Zaragoza la primera parte de *El*

criticón, con un seudónimo todavía más revesado que los anteriores. A Gracián no se le ocultaba que esta publicación era un acto de temeridad.

Fue nombrado, en 1652, profesor de Escritura Sagrada en el Colegio de Zaragoza, cargo que hacía más graves aún sus responsabilidades literarias. La primera parte de *El criticón* alcanzaba en tanto un éxito ruidoso. A pesar del malestar que comenzaba a enturbiar su vida, a pesar de la peste que se cernía sobre Huesca y ya amenazaba a Zaragoza, pronto dio término Gracián a una segunda parte.

No quedó contento con la imposición de marras: de pronto surgió una contienda literaria entre él y Salinas. Éste procura mantenerse dentro de los límites del respeto, pero Gracián olvida toda su moderación. Van y vienen cartas. Cunde la murmuración entre carmelitas y jesuitas. Por los mismos días —sin que el hecho sea directamente imputable a Salinas— el General de los jesuitas recibe, en Roma, una acusación solemne contra Gracián. *El criticón* —cuya segunda parte se publica en 1653— proporcionaba a sus enemigos un pretexto excelente.

Es *El criticón* una obra maestra, compendio de la sabiduría de Gracián. Quien no lo ha leído no conoce toda la profundidad de Gracián. En forma de novela alegórico-filosófica, examina los más variados aspectos de la vida humana, con una abundancia que ha hecho pensar a Coster que la obra es excesiva para una sola inteligencia: acaso toda la tertulia de Lastanosa colaboró en ella. *El criticón*, piensa Coster, es casi una encarnación del alma aragonesa de aquellos tiempos. Compáresele ahora con la posición mental de los escritores de Madrid y se sacarán curiosas consecuencias.

Un náufrago, Critilo, que es el Criterio, se encuentra en una isla desierta con el hombre de la naturaleza: Andrenio. Del choque de estas dos mentes brota toda la alegoría, la cual se levanta, desde la interrogación sobre el valor natural del hombre —como en el "Segismundo" de *La vida es sueño*—, hasta el viaje final a las Islas Bienaventuradas. El tema del solitario que va descubriendo paulatinamente el mundo, mediante los solos recursos de su inteligencia, había sido tratado ya en forma de novela filosófica por un árabe medieval: su obra se conoce con el nombre del *Robinsón metafísico*. La novela de Gracián, que se inspira seguramente en la anterior, es un verdadero *Robinsón* filosófico de los tiempos modernos.

El libro se divide en varias "crisis" que representan las edades del hombre. Vuelve sobre todos los temas éticos y pedagógicos, políticos y artísticos de los tratados anteriores, y los engrandece con un nuevo espíritu de serenidad y una robusta fe en la razón.

A pesar de las influencias con que contaba Gracián, a pesar del apoyo del obispo de Huesca y del de Lastanosa, la acusación se abre paso desde 1652, y comienzan a prohibirle que escriba para el público. A poco, lo alejan discretamente de Zaragoza. El obispo de Huesca había dado a la Compañía un terreno para fundar un colegio en Graus, y probablemente él mismo indicó a

Gracián como rector. El sitio era inhospitalario: pronto está de vuelta Gracián. Sus superiores inmediatos se esfuerzan manifiestamente por salvarlo, pero de Roma llegan órdenes imperiosas.

En 1655, Gracián, con todos los permisos eclesiásticos, publica *El comulgatorio*, obra de piedad escrita en descargo de conciencia y que, por el asunto y la forma, pudiera estar firmada por cualquier otro escritor.

Casi por los mismos días ayudaba a José Alfay, librero de Zaragoza, a formar una colección de *Poesías varias* (1654) que siempre ha interesado a los eruditos, pero que cobra nuevo valor si se toma en cuenta la intervención que tuvo en ella Gracián.

La publicación de la parte tercera de *El criticón* en 1657 pudo pasar por un desafío a la autoridad que parecía haberlo querido ya perdonar. El Provincial de Aragón le impuso un ayuno de pan y agua, lo reprendió públicamente, lo destituyó de su cátedra y lo envió desterrado a Graus.

Todavía después de estos castigos, le dan ocasión de recobrar la gracia perdida, enviándole a predicar a Aragón, donde obtiene el éxito acostumbrado. Pero estos nuevos servicios no conmueven al General, quien, muy al contrario, manda que se le prohíba la predicación. Gracián había intentado defenderse directamente y había solicitado en vano el permiso de dejar la Orden.

El 6 de diciembre de 1658, murió al fin, a los cincuenta y siete años, desterrado en la residencia de Tarazona. La Compañía hizo poner su retrato con una inscripción honorífica en el claustro de Calatayud.

Era Gracián un hombre pequeño y nervioso, pálido y algo corto de vista, de habla apresurada, la fisonomía animada siempre por aquella vibración exquisita de su pensamiento; de genio sensible, y gusto difícil de contentar. Maneja una erudición abundante, aprovechando con todo desembarazo las fuentes italianas. Tiene un lenguaje que es la misma vitalidad y, por algunas de sus páginas, sus libros merecen esa consagración tan rara de "libros de cabecera".

Los eruditos del siglo XIX no lo ignoraban (Quintana lo había considerado con inexplicable desdén), pero no sabían hasta qué punto admirarlo. Menéndez y Pelayo le reconoció todo su valor en la *Historia de las ideas estéticas*. Después aparecieron ediciones populares como las de Rodríguez Serra (de 1900 y 1909, la primera con un notable estudio de Arturo Farinelli), en que desgraciadamente, a las caprichosas supresiones ya introducidas, por lo menos, desde el siglo XVIII, se añadieron nuevos descuidos e ininteligencias constantes, dejando perder palabras, renglones y hasta hojas enteras.

Por aquellos años Azorín leía el *Oráculo manual*, y se sorprendía de las semejanzas entre Gracián y Nietzsche, que comenzaba entonces a ser conocido en España. Gracián era autor favorito de Schopenhauer, y es posible que algo de Gracián haya podido llegar hasta Nietzsche, quien lo recuerda en algunos rasgos particulares y en algunas ideas generales. Por 1902, Azorín publicó en *El Globo* dos artículos titulados: "Un Nietzsche español". Desde entonces, Azorín alude

constantemente a Gracián en libros y en artículos, y no es descabellado hablar de la influencia que sobre él ha ejercido. En 1908, Azorín publica un nuevo *Político*, que es obra de giro gracianesco, aunque, claro está, adecuada a los tiempos. Más tarde, Azorín ha renunciado a Nietzsche, pero se ha quedado con Gracián.

En 1913, Julio Cejador publica *El criticón*, y al año siguiente aparece la obra de Coster que aquí he mencionado. Gracián es ya un escritor de actualidad: a veces, se le discute en los periódicos.

El presente estudio aspira a ser un resumen de los trabajos que me han precedido.

Madrid, 1918

EN BUSCA DE GOYA*

EN BURDEOS vino a morir Goya. Por aquí anda su fantasma seguramente. Beruete nos ayudará a darle caza.[1]

Los pintores y escultores que vinieron a inaugurar la Exposición Española me aseguran que han descubierto la verdadera casa en que vivió Goya, Rue de l'Église Saint-Seurin; y que, por más señas, todavía se conserva allí un retrato del Abate Marchena *(arcades ambo)*.

Y me llevan a uno de esos hotelitos particulares que abundan en Burdeos, donde un matrimonio de obreros, cuya vida doméstica hace el menor ruido posible, ocupa el piso alto; y el bajo —con sótano, y comedor y jardín en hondo—, una parejita de hijas de la ciudad, que ellas, a lo popular, llaman siempre "Bordox", pronunciando así todas las letras. Las chicas se pasan el día cantando y tocando el piano, e improvisando meriendas de amigos en el jardinillo, que preside un inesperado busto en mármol de la Gioconda. Tienen cama en la sala, y arriba de la cama, en efecto —cosa más inesperada todavía—, el retrato de un sacerdote.

No: ni es Marchena ése, ni hay razón para suponer que aquí haya vivido Goya, antes de ocupar la casa en que murió, donde está la placa conmemorativa.

Pero callemos, que lo que querían los pintores y escultores era oír a Renée y a Hermine cantar aquello de

> C'est la chanson la plus jolie
> que chantait mon premier amour,

y aquello del *Petit bicot de Monparnô*.

Goya era un emigrado, no un desterrado. ¿Qué buscaba Goya en Burdeos? ¿Por qué, a la edad en que todos procuran el acogimiento del techo patrio y aun del pueblo natal, Goya se salía de España para unirse, voluntariamente, a la caravana de los desterrados? ¿Era Goya un afrancesado, a quien la reacción fernandina y la indignación popular obligaban a cruzar la frontera? No ciertamente. Goya ni siquiera fue un político. Veía las cosas sociales con esa indiferente sensualidad de ciertos artistas plásticos, y le daba lo mismo retratar a Carlos IV que a Fernando VII, y a Lord Wellington que al general francés Nicolas Guye. El mismo Moratín, aunque encantado de tal compañero de destierro, no podía menos de considerar aquel viaje como cosa descabellada y maniática. Goya, octogenario, estaba ya completamente sordo y vivía aislado en el mundo de sus pesadillas. En vano, por seguir la moda de sus amigos, había querido aprender francés. ¡Demasiado tarde! Además, era aragonés hasta los huesos.

Huyó el Rey José, y con él se desterraban los amigos de Goya. Cayó Napoleón. El Congreso de Viena armó una trampa contra las ideas revolucionarias, trampa que ofrecía la paz ciertamente: la paz de la mordaza, Metternich maniobra sobre Europa. Fernando VII, desde Valencia, desgarra la Constitución liberal y disuelve las Cortes. Goya que, aunque había pintado para el gobierno francés —y aun figuró en una comisión que dictaminó sobre los cuadros que habían de llevarse de España a París, y que, con loable malicia, escogió los peores—; Goya, pues, que, aunque no había podido menos de seguir pintando bajo el régimen de la invasión, no había contraído ningún compromiso bochornoso, quedó otra vez en su sitio de pintor del rey. Pero el pintor de Carlos IV no era grato al triste hijo Fernando VII. Cuentan que éste lo recibió mal: "Te perdono —le dijo—, aunque debería mandarte colgar. Sigue pintando".

La Sociedad de Goya, la de sus amigos, no existía ya. Él, retirado a una casita del Manzanares ("La Quinta del Sordo", la llamaba el pueblo), veía de lejos el Palacio Real, donde ya flaqueaba su valimiento; veía, tal vez, pasar la afición por sus retratos entre la gente cortesana. Los retratos de esta época de Goya son, sobre todo, retratos de amigos privados.

Su mujer había muerto ya. Su hijo, casado, estaba fuera de España. Pidió una licencia por razones de salud, y por junio de 1824 se le presentó, en Burdeos, al asombrado Moratín. Tenía 78 años.

"Llegó, en efecto, Goya —escribe Moratín en una de sus cartas— sordo, viejo, torpe y débil, y sin saber una palabra de francés, y sin traer un criado (que nadie más que él lo necesita), y tan contento y deseoso de ver mundo."

Tras una breve estancia en París, vuelve a Burdeos. En una ocasión (1826), regresa a España, donde fue muy bien recibido; pero pronto está otra vez en Burdeos. Moratín temía que se le muriera en tantas idas y venidas. ¡Lejos estaba de sospechar que ambos morirían el mismo año!

"Goya —continúa Moratín en sus cartas— ha tomado una casita muy acomodada con luces del Norte y Mediodía y su poquito de jardín: casa sola y nuevecita en donde se halla muy bien."

En esta casita, vivían con él una parienta suya, Leocadia, viuda de Isidro Weiss, y la hija de ésta, María del Rosario, que eran ya todos sus amores.

> Doña Leocadia, con su acostumbrada intrepidez —sigue Moratín—, reniega a ratos, y a ratos se divierte. La Mariquita habla ya francés como una totovía, cose y brinca y se entretiene con algunas gabachuelas de su edad. Goya, con sus setenta y nueve pascuas floridas y sus alifafes, ni sabe lo que espera ni lo que quiere: yo le exhorto a que se esté quieto... Le gusta la ciudad, el campo, el clima, los comestibles, la independencia, la tranquilidad que disfruta. Desde que está aquí no ha tenido ninguno de los males que le incomodaban por allá; y, sin embargo, a veces, se le pone en la cabeza que en Madrid tiene mucho quehacer; y, si le dejaran, se pondría en camino sobre una mula zaina, con su montera, su capote, sus estribos de nogal, su bota y sus alforjas.

Poco a poco, estas inquietudes fueron calmándose. Y aunque, como he dicho, todavía volvió a España por una corta temporada, lo hizo ya como quien va a

negocios o a refrescar pasadas memorias. Se sentía ya todo un vecino de Burdeos.

Allí sus amigos eran Moratín y Manuel Silvela (ambos vivían juntos en el colegio que Silvela fundó en Burdeos), Muguiro el banquero, cuyo retrato pintó Goya valiéndose, según dicen, de una lente de aumento, por la poca vista que le quedaba; Goicoechea, el pintor Brugada, Jacques Galos y el impresor Gaulon, a quienes también retrató.

Goya pintaba mucho, sin corregir lo que pintaba. Pintaba alguna vez sus recuerdos: los toros de España, las mujeres de España; y, sobre todo, parecía evocar aquel paradigma de manolas, aquella hermosa figura que se le había quedado como en las manos, en el hábito de reproducirla una y otra vez: la Duquesa de Alba.—Pintaba, y paseaba otro poco.

Imaginémoslo por esas calles con su levita, su plastrón blanco, su sombrero Bolívar, rumbo a la Rue de la Petite-Taupe, donde el aragonés Braulio Poc tenía instalada una chocolatería que era la tertulia de los españoles. Estos grandes hombres, cortesanos y funcionarios venidos a menos, formarían un cuadro semejante al de aquellos haitianos, generales o ministros en el destierro, que encontramos entre las páginas de Anatole France, reunidos en la fonda el "Gato Flaco". Goya se sentía fanfarrón: aseguraba que, en su juventud, había matado toros, y que todavía con sus ochenta años y la espada en la mano, a cualquiera se le ponía delante. Charlaban. Tocaban guitarra.

María del Rosario había salido con aficiones para la pintura. Quería dedicarse a miniaturista. Goya la hacía concurrir al taller de Antoine Lacour. Pero el viejo mal podía aprobar las enseñanzas de un discípulo de David. E iba de aquí para allá, por el taller, dando señales de impaciencia.

> Sus cualidades excepcionales —escribe a un amigo— las malogran esos maestros amanerados que siempre ven líneas y jamás cuerpos. Pero ¿dónde encuentran líneas en la naturaleza? Yo no distingo más que cuerpos luminosos y cuerpos obscuros, planos que avanzan y planos que se alejan, relieves y concavidades.

Un día su hijo Javier le anunció su próxima llegada. El pobre anciano temió morirse de alegría, y se puso a arreglar sus asuntos de dinero con consejo de Galos, Muguiro y Goicoechea. Aún pudo disfrutar algunos días de la compañía de su hijo. Murió el 16 de abril de 1828, en la casa de la Cours de l'Intendence donde está la lápida conmemorativa.

Y así, el que vino de Fuendetodos, se fue a donde todos, en su mula zaina, con su montera, su capote, sus estribos de nogal, su bota y sus alforjas.

GINER DE LOS RÍOS*

SE LE RECUERDA como un viejecito pequeño junto a una estufa: como un viejecito siempre joven. Un alma fina de rondeño, una aristocracia nativa disfrazada con un traje vulgar. Es tan suyo, les pertenece tanto o es tanto lo que ellos le deben, que resulto intruso al evocarlo.

Era un krausista derivado de Sanz del Río, un profesor de Filosofía del Derecho, un escritor, un liberal. Pero nada de eso es importante: era un hombre de temple apostólico. ¿Su fuerza? La sonrisa. Desconfiad —hallo en el libro de mis proverbios— de la puntualidad de aquellos que adelantan el reloj, y desconfiad de la energía de los que se encolerizan. En efecto, la amabilidad es la mayor fuerza y la mayor disciplina.

Era hacendoso: aseaba él mismo su cuarto. Era un religioso; más bien un místico, pero a la manera española: cargado de ideales prácticos y positivos. La buena tradición española quiere que la práctica y la mística broten juntas, como en la actual filosofía pragmatista. Santa Teresa fundaba monasterios y los sabía regentar. ¿Qué dice a sus hijas de devoción? Oídla: "Entre los pucheros anda el Señor". ¿Qué entendía ella por acercarse a Dios? Algo como realizar una empresa, como llevar a buen término una campaña, como ganar una partida de ajedrez. "Daremos mate a ese Rey Divino", grita en un momento de entusiasmo. Y San Ignacio de Loyola es un personaje militar: es el militar. No es nuevo esto de que la tarea guerrera se avenga con la mística. James ha dedicado una hermosa página a definir el misticismo militar: el soldado no tiene, no debe tener bienes terrenos; vive con el pie en el estribo y parte al menor llamado, sin mirar los riesgos, "como una flecha del anhelo". Porque el misticismo es condición de la vida activa.

En otro siglo, a este viejecito ágil le hubieran llamado San Francisco Giner. Y él mismo comprendía lo místico de su misión. Dicen que él ejercía el sacramento de la palabra, y que su función social era hablar. Hablaba —o mejor conversaba— de la mañana a la noche; y en los pocos ratos perdidos, quizá para aprovechar las ideas que el cansancio engendra de rechazo, escribía sus libros. (Pero los libros no debieran ser más que memoranda de la acción.) Hablaba para consolar a los afligidos: así, como suena y sin literatura. He oído a más de uno decir, cuando corrió por Madrid la nueva de su muerte:

—¿Y a quién llevaremos ahora nuestras dudas íntimas?

Y muchos son los que aseguran deberle todo lo que han llegado a ser.

Ministraba la confesión laica. Era bueno por profesión. ¿Sonreís? ¿No creéis en la profesión de ser bueno? ¿Pensáis todavía que el hábito no hace al monje? Rezagados andáis. Mas, tranquilizaos, era también bueno por espontaneidad

generosa.

Ni siquiera le faltó sublevarse, como a buen santo español. Después de ganar una cátedra en la Universidad, renuncia a ella para unirse a los perseguidos. En el éxito no se adiestran los hombres; hay que probar antes el fracaso. Y así, de uno en otro ejercicio espiritual, prueba éxitos y fracasos, acatando plenamente el sabor de la vida. Desde el sesenta y ocho, con la revolución triunfante, influye en la enseñanza pública. Era su destino, era jardinero de almas. En setenta y cinco, con la restauración monárquica, vuelve a unirse a los perseguidos, y salva —huyendo como Noé en su Arca— la cultura romántica. El ministro que lo perseguía tiene un nombre medieval y eclesiástico: Orovio. Orovio hace encarcelar en un castillo de Cádiz a Francisco Giner, presa de la fiebre. Francisco Giner rechaza el auxilio que le ofrece Inglaterra, porque "el gobierno español sabe lo que hace". Orovio flaquea: el santo es excarcelado, pero se le destituye de su cátedra. Vuelve el santo a Madrid: funda la Institución Libre de Enseñanza.

Y he aquí cómo tampoco le faltó fundar una orden. No sé bien si es una orden monástica, pero me parece que es una orden de caballería; aunque tal vez ambas cosas paran en una. Y de aquí proceden los nuevos caballeros de España. Los hombres del noventa y ocho —pléyade improvisada y callejera, hija de su propia desesperación— acaban por coincidir más o menos con él, que representa lo orgánico, lo institucional. La inmensa devoción del santo produce frutos por mil partes. "Influyó siempre —leo en un periódico— de una manera interna, pura e ideal en muchos movimientos y en muchas instituciones que nadie creería relacionadas con él." Las instituciones que de él proceden directamente forman sin disputa el grupo avanzado de la cultura española.

Este hombre se ha multiplicado como una divinidad indostánica, para asilarse en el corazón de todos sus adeptos. Y desde allí funda y reforma. Porque —hay que subrayarlo—, como buen místico español, era descontentadizo. (En el fondo de la mística, ¿no es verdad que alienta la herejía? Las prudentes madres superioras prohíben, por eso, a las pupilas, que cultiven el éxtasis.) Después del Concilio Vaticano, Francisco Giner se aparta de la Iglesia Católica.

Si Francisco Giner no está precisamente en el origen de todas las orientaciones actuales, es indiscutible que todos los hilos han pasado por sus manos. Su influencia personal es tan honda que abunda quien le deba hasta algunos de sus ademanes más habituales, y aquella manera de exclamar: "¡Por Dios, por Dios!" En las dos o tres conquistas de la gente nueva, él ha intervenido. Es a saber: en la política, sustitución de la listeza por la honradez; en la ciencia, sustitución de la fantasía por la exactitud; en el trato humano, abolición de lo público teatral. (Los hombres se salvarán por la intimidad, por el trato de hombre a hombre.) En la instalación de la vida, sustitución del color local por la adecuación y por la higiene. ¡Cuánto hemos pensado —visitando los pabellones, los jardines, la biblioteca de la Residencia de Estudiantes— en el quevedesco pupilaje del Dómine Cabra que, aunque segoviano, podemos imaginar situado

hacia la calle de Jácome Trezo, donde en fuerza de ayunar, al Buscón y a su señor don Diego se les poblaba el estómago de alimañas!

GALDÓS*

LA FACULTAD de Filosofía y Letras de México, que consagró anteriormente un ciclo de conferencias a San Juan de la Cruz, muestra la generosidad de su criterio y su hermoso deseo de abarcar todos los valores de nuestra cultura hispánica ofreciendo ahora, con ocasión de un aniversario, una serie de lecturas públicas sobre el mayor novelista de la lengua en el siglo XIX, y uno de los mayores en todos los tiempos y literaturas.

Difícilmente podrá encontrarse —salvo el inevitable Balzac— otro "corpus" de la épica contemporánea comparable a este centenar de obras de Galdós, entre novela, drama y novela-drama, donde la imagen de un pueblo queda trazada para siempre lo mismo en los rasgos de la vida pública que le dieron su fisonomía, que en la intimidad de sus más secretos impulsos; tanto en la majestuosa sinfonía de la historia, como en esa burlesca música a la sordina que hace segunda a los destinos más trágicos; en el rojo y negro de las batallas, o en la mediatinta y la mansedumbre cotidianas; en el rumor de los tropeles humanos que se precipitan hacia la muerte cantando y llorando; en la victoria y en el desastre; en la ternura y en la crueldad; en la razón y en la locura.

Esto, por cuanto a los asuntos; pues en cuanto al estilo, todos saben que el habla, en los libros de Galdós, es un repertorio del coloquio familiar y corriente. No entre aquí, o mejor no salga hasta aquí, quien sólo conozca la atmósfera del invernadero. La reciente preocupación por ciertas maneras de estilo ha hecho perder mucho tiempo en esta discusión inútil. Basta decir que el estilo de Galdós es el estilo del novelista, y no el del ensayista o el del poeta. Además, escribe como se escribía en su tiempo y no en el nuestro. Por último, los leves deslices verbales se ahogan en las excelencias del conjunto. Pasemos de largo.

No me corresponde entrar en análisis. Evoco, en desorden y como me acuden, los grandes rasgos de la epopeya galdosiana.

He aquí, una vez más y siempre, la espléndida integración hispánica, el ser total que se expresa a través de todos los estilos y las maneras, quebrando los moldes convencionales y canónicos, donde no ha cabido nunca la ancha respiración española. Historia, pero sazonada con fantasía; diafanidad, pero atravesada de misterio; realismo, pero transfigurado a veces hasta el símbolo mitológico; religión y descreimiento, guerra civil en las almas como en las calles; heroicidad como cosa obvia, y vida entendida como empresa hazañosa; pasión, pero de tales alientos que quema sin envilecer. Con razón se ha afirmado de Galdós que en su obra halla plena expresión aquella virtud en que no insistieron suficientemente las letras griegas; la bondad, "la leche de la humana bondad" que decía Shakespeare.

En el acervo de Galdós pueden espigarse, como de paso y ofrecidas con ese candor de la verdadera fecundidad, mil audacias de que suele jactarse la novela más revolucionaria de nuestros días: monólogo interior, punto y contrapunto, acierto en la coherencia como en el desorden, belleza en la unidad como en la dispersión, invención poética y también fidelidad de crónica, imaginación y estudio, sentimiento de lo terreno y de lo extraterreno. De todo hay: temas de anticipación científica, atisbos del tema policial, inspiraciones oníricas o arrancadas del sueño, lo humano y lo sobrehumano, naturalismo sin compromisos y siempre sobresaltado de sorpresas, poematismo sin flojedades, la nitidez más tersa, las reconditeces del psiquismo mórbido, el retrato doméstico y las figuras que tienden a convertirse en alegoría, como puede verse en el tránsito que va —digamos— del León Roch al Santo Pajón y a los políticos Cucúrbitas, Cylandros e Hipérbolos. Los locos, sublimes o grotescos, continúan la galería cervantina. Y ni siquiera faltan los casos de gemelos psíquicos que parecen moverse al unísono y morir con el mismo golpe, o los tipos de reencarnación que recuerdan la filosofía del Karma.

No necesita Galdós descoyuntar el argumento para hacernos aceptar lo inverosímil práctico, que nos presenta con la naturalidad de lo obvio, imperio mismo con que se nos da la naturaleza. Un soplo misterioso pasa por las páginas de *Miau, Nazarín* o *La primera República*, título que es por sí solo una profecía. No necesita esforzar el ingenio para que el hombre y el fantasma se enfrenten. Ante Tarsis convertido en Gil, aparecen la madre España y su coro de doncellas celtíberas. Lo maravilloso se desencanta y está junto a nosotros. La historia se "desembalsama" y está aquí, al alcance de la mano. Casandra y Electra se nos vuelven familiares. Tito Livio es Tito Liviano que, como otro Diablo Cojuelo, levanta los techos de las casas para que veamos la maraña de acciones secretas en que se está forjando la historia. Las Furias se llaman Rafaela, Domiciana y Donata, el trío de beatas presentes siempre en las catástrofes. Clío se muda en una sencilla Mariclío, asistida por las Efemeras, propias personificaciones de auto sacramental. Atenaida es una Minerva humanizada, que acompaña a un Fausto español, el cual bien pudiera ser nuestro vecino. A esta singular tendencia de convertir en personajes humanos los símbolos mitológicos le ha llamado un crítico, con frase feliz, el evhemerismo inverso de Galdós.

La colección de los *Episodios nacionales*, partida en dos por una tregua de veinte años, se desarrolla en una gama que va desde el predominio de la aventura novelesca (primera serie), hasta el predominio de los hechos civiles (quinta serie), pasando por el cabal equilibrio entre ambas tendencias, de que da muestra la segunda serie. En el héroe de ésta, el aventurero y conspirador Salvador Monsalud, encontramos la mejor descripción de aquella crisis provocada por el viento del liberalismo francés. Lo que comenzó siendo desatentada travesura se carga de razón y sentido. Y el héroe, como empujado por un oscuro instinto que sólo acierta a descifrar con los años, empieza por ser un mentecato y acaba por

inspirar respeto. *Gerona* es seguramente una de las novelas más originales y más trágicas que se hayan escrito. El protagonista es colectivo, como en los poemas "unanimistas", como en la *Numancia* de Cervantes y en la *Fuenteovejuna* de Lope: puñado de niños abandonados en las calles de la ciudad sitiada que, entre los sótanos y los montones de cadáveres, como en unas vacaciones de sangre cuyo sentido tétrico ignoran, se disputan los últimos mendrugos con los ejércitos de ratas enfurecidas por el hambre.

La colección de novelas independientes acaso nos ofrezca ejemplos de mayor acabamiento estético en el concepto levemente limitado de la palabra. Ahí están, entre otras, *Fortunata y Jacinta, Ángel Guerra, La incógnita, Realidad, El amigo Manso*. Ahí están, como documento de la inquietud religiosa "fin de siglo" —por supuesto que animadas por una ironía dulce y terrible a la manera del *Quijote*—, la tetralogía de *Torquemada* o el *Nazarín*. *Gerona*, la ciudad del sitio, tiene un parangón singular en la ciudad madrileña de los mendigos, *Misericordia*, novela que por otra parte se relaciona con la tradición picaresca y los acertijos del vivir sin comer.

Pero aun para llegar a las actualidades palpitantes, Galdós buscaba la etimología en la historia inmediata. Así se ve que sus reconstrucciones sólo por excepción retroceden más allá de un siglo, no se remontan a las vaguedades medievales ni se complacen en la pintura académica de la época renacentista. Y es la prueba heroica de su temperamento abierto, de su pánica aceptación del mundo, el que haya sabido discurrir por entre incendios todavía no apagados sin quemarse la ropa. En el tratamiento de temas y personas todavía vivos o apenas entrados en la tradición, aunque no disimule sus simpatías, revela una inteligencia tan fácil y una probidad tan inteligente que ningún lector de buena voluntad puede sentirse lastimado.

La inserción de lo histórico en lo novelesco se opera a través del tipo conocido en la crítica bajo el nombre de "novela bizantina". Los amantes, separados a cada instante por una fatalidad adversa, van encontrando a lo largo de su aventura, como otros tantos obstáculos, los episodios históricos, las batallas, los motines, las fugas de poblaciones en masa.

Los fondos, los ambientes, quedan graciosamente referidos a la configuración estética y cultural del momento. Así, en el *Mendizábal*, corre el motivo de la retórica neoclásica —la de Luzán y de Moratín con sus acarreos de preceptiva grecolatina— en pugna con las realidades románticas de la vida, de que el sacerdote Pedro Hillo hace responsables a Dumas y a Victor Hugo. Así, en *Trafalgar*, la acción se desenvuelve sobre una decoración de tapices goyescos —la condesa Amaranta, la duquesita Lesbia, Zaína la manola, etc.—, en forma parecida a aquella constante evocación tácita de los pintores de la Revolución francesa en *Les Dieux ont soif*, de Anatole France.

Si fuese dable reducir a una fórmula el inmenso espectáculo social que capta la obra de Galdós, espectáculo cuya explicación rastrea en el pasado inmediato y

confirma con la prueba de las cosas presentes, esta fórmula sería la revolución. Es decir: el ascenso de una nueva clase social (su Gabriel Araceli es en la infancia un desamparado que no sabe leer ni escribir, y en la vejez se codea ya con la nobleza); el descenso de la antigua clase linajuda, que se aplebeya visiblemente, como nos lo hacen ver por los ojos los cuadros de Goya; y en medio, la elaboración vacilante de una burguesía modesta que no encuentra todavía su equilibrio.

La imaginación popular recuerda a don Benito como un anciano ciego, clavado en un sillón para siempre: así en el monumento que le ha consagrado Madrid. El anecdotario lo recuerda como un hombre de largos mutismos, capaz de pasarse toda una tarde en el parque del Retiro, al lado de Azorín y de "Machaquito", otros silenciosos, en amigable compañía y sin pronunciar una palabra. Cierto testimonio personal me lo presenta como un humilde señor que apenas saluda a sus visitantes, entretenido en pintar los troncos de sus árboles para que no los ataquen las hormigas; y que de pronto, sin venir a cuento ni decir "agua va", se suelta narrando sus impresiones sobre un huracán en la montaña que arrastraba a los ganados y a los pastores.

Es el ausentismo psicológico, precioso don del novelista, mágico desvío que lo arrebata de sí mismo y lo hace volar sobre el mundo, emigrar lejos de donde queda su cuerpo, como un mero resonador verbal, y aposentarse en otras conciencias, viajar pisando sobre el corazón de los hombres, como en aquella alegría de los griegos. Ausentismo saludable que, comunicado a los lectores, acaso ayuda a conllevar este sentimiento patético de ahogo que brota de lo cotidiano y lo cercano. Yo solía leer de niño los *Episodios nacionales*, y me olvidaba hasta de comer. Me arrebataban por fuerza a mi lectura. Al fin descubrí el mejor lugar donde esconderme con mi libro. La mesa del comedor era enorme, como para las numerosas familias de aquellos tiempos. En cuanto aprendí a meterme debajo de la mesa, mientras comían los otros, nadie interrumpió más mis lecturas. Así empecé mis metempsícosis y transmigraciones, de que todavía no regreso.

La historia parecía dormida. Aquellos estremecimientos pasionales de que la epopeya de Galdós da testimonio eran ya cosa del pasado. En el café madrileño el escepticismo elegante estaba a la moda. La vida era cómoda y decadente, y los gobernantes se conformaban con explotar la negligencia de la conciencia cívica. ¿Había existido alguna vez aquel pueblo que nos pinta Galdós? Pero he aquí que España saca el pecho. Y otra vez ruedan los cañones empujados por los torsos hercúleos. Y otra vez Juan Español maldice y sueña. "¡Qué tiempos, qué hombres! —decía Galdós—. Da dolor ver tanta energía empleada en la guerra de hermanos. Y cuando la raza no se ha extinguido peleando consigo misma es porque no puede extinguirse."

México, junio de 1943

TRIBUTO EN MEMORIA DE MENÉNDEZ Y PELAYO*

IMPOSIBLE inaugurar esta vez los Cursos de Verano en la Universidad de Nuevo León sin comenzar por unas palabras de emocionado recuerdo para el Maestro Francisco Zertuche, que por tanto tiempo fue su animador y supo comunicarles la virtud y el calor de su saber y su simpatía.

Durante los últimos lustros, la Universidad de Nuevo León ha venido desarrollando un esfuerzo que al fin la ha puesto en la primera fila de nuestras empresas culturales. Y junto a la obra meritoria y abnegada de algunos otros regiomontanos que han contribuido a ello con su tesón y sus fatigas, su bien inspirado entusiasmo y su constancia a veces heroica, junto a la obra fraternal de algunos catedráticos españoles, quienes propiamente han representado esa *importación de cerebro* que decía el brasileño Monteiro Lobato; la obra del Maestro Zertuche se destaca y distingue por algo como un don de acierto natural y por aquel tino y aquella facilidad que parecen disimularse entre la sencillez, la prudencia, la modestia y la gracia.

Este año, nuestra Universidad ofrece sus Cursos de Verano como un tributo a la memoria de don Marcelino Menéndez y Pelayo, uno de esos Atlas españoles que, de siglo en siglo, levantan el país por su cuenta y parecen tomar a su cargo la tarea de hacer que la cultura hispánica sobrenade y siga su curso.

Su nombre queda para siempre entre los más altos nombres de la crítica y entre los orientadores del pensamiento universal. Pero, a diferencia de lo que acontece en ambientes más propicios o en épocas más venturosas, él tuvo que hacerlo todo por sí mismo: descubrir la cantera, amontonar y acarrear los materiales de construcción, usar la cuchara y la plomada del albañil y, por último, trazar las líneas del monumento y gobernar su soberbia arquitectura.

Le asistían para ello el ardor de su sentimiento hispánico y un tesoro de facultades innatas, lo mismo el tacto y la adivinación del gusto infalible que el poder de síntesis, la resistencia al estudio, la memoria casi fabulosa, la pluma de estilo y aliento magistrales, el arte —cuyos secretos no pueden enseñarse ni tampoco aprenderse— de trasfundir y asimilar la erudición en pulso y latido del pensamiento propio, comunicándole a la vez los encantos de un cuento árabe; paciencia de hormiga y visión de águila; generosa y libre comprensión que cada día se fue abriendo como abrazo inmenso, para cada día abarcar un mundo más rico y anchuroso.

Y por si todo ello fuera poco, los hispanoamericanos le debemos todavía la atención para nuestra poesía y nuestras letras, que él supo incorporar con un oportuno lance de timón en la gran corriente de la poesía y las letras hispánicas,

devolviendo a la familia de nuestra lengua los fueros de su unidad, cuando todavía muchos peninsulares nos veían con desconfianza, punto menos que como a contrabandistas y a matuteros no autorizados por las aduanas oficiales.

Sean para él nuestra gratitud imborrable, nuestra admiración y nuestro devoto rendimiento.

MIS RELACIONES CON UNAMUNO*

TENGO que agradecer al señor R. S. O. la generosidad con que califica, de paso, mi obra de ensayista, y quisiera corresponderle con algunos esclarecimientos respecto a don Miguel de Unamuno. Ha dicho el señor R. S. O., en sustancia, que, cuando él se entrevistó con Unamuno, éste no manifestó por mí ninguna simpatía en lo personal, ni especial estimación en lo literario *(Excélsior*, 2 de enero de 1954).

Ni por un instante se me ocurre poner en duda la veracidad de este testimonio: lo que deseo es interpretarlo. Unamuno era, por mucho, un viejo gruñón, lleno de altibajos en el temperamento. Aún me parece ver la indignación con que Valle-Inclán solía referirse a las diferencias entre Rubén Darío y Unamuno, donde aquél se mostró siempre tan superior y ecuánime, y me parece aún que oigo repetir a Valle-Inclán: —No podían entenderse. Rubén tenía todos los pecados del Hombre, que son veniales; y Unamuno tiene todos los pecados del Ángel, que son mortales.

Pero, en general, ya en Madrid no hacíamos caso de estos pasajeros deslices de don Miguel, y más bien nos ateníamos al saldo de su persona y de su conducta. Él mismo se definió diciendo que en su alma había una perpetua guerra civil.

Ignoro en qué ocasión habrá conversado con Unamuno el señor R. S. O. Es posible que, entonces, y por cualquier circunstancia del momento, Unamuno haya encontrado mi imagen un poco empañada en su memoria. Ello no tiene importancia ni trasciende al tono dominante de nuestras buenas y muy cordiales relaciones. La desgracia es, a veces, mala consejera, y don Miguel sufrió mucho durante sus últimos años, como todos sabemos. De aquí que sus antiguos amigos, comprendiendo la desazón de su ánimo ante las vicisitudes de su país, hayan tendido un manto piadoso sobre sus veleidades finales. El grande hombre, arrebatado a uno y a otro lado por la angustia y por el anhelo de detener el alud con sus propias manos, se quedó solo, sin correligionarios y sin España. Paz a sus restos.

En lo literario. No nos detengamos mucho en este punto. Cada uno tiene su alma en su almario. Es verdad que don Miguel no era muy pródigo en elogios, y menos cuando se entregaba a las libertades de la conversación, a la que nunca debiera exigirse una responsabilidad estricta. Pero, sobre todo, en este orden subjetivo de la apreciación literaria, repito, cada uno tiene su alma en su almario. Lo obvio es que Unamuno nunca hubiera conservado mi amistad tan afectuosamente como lo hizo, sin un mínimo suficiente de estimación intelectual y moral, pues no era hombre para la mentira mundana. Varias veces he escrito

sobre él (por ejemplo, a propósito de su *Fedra*), y siempre recibió mis juicios con aprobación y complacencia. Cuando, desde México, le envié mi primer libro *(Cuestiones estéticas*, 1911), agobiado sin duda por los muchos libros de principiantes que llegaban hasta su mesa, ni lo leyó ni me contestó. Cuando, ya en Madrid y en 1917, le envié a Salamanca mi libro *El suicida*, me dirigió una carta sumamente expresiva, que dista mucho de ser una mera cortesía y que fue el origen de nuestra amistad. Esta y varias otras cartas que me escribió aparecerán pronto en la colección que prepara el doctor M. García Blanco, catedrático en la Universidad de Salamanca.

En lo personal. Si el doctor García Blanco se dirigió a mí, entre otros, al formar esta colección epistolar de Unamuno, es precisamente porque conocía la tradición de nuestra amistad. Visité a Unamuno en Salamanca, acompañado de don Artemio de Valle-Arizpe. Por cierto, al regreso, dije en casa:

—Estuve muy contento en Salamanca. Vi a Unamuno.

Mi hijo, de pocos años, me preguntó:

—¿Viste un "amuno"? ¿Y cómo son los "amunos"?

—No, hijo, nada de "amunos" —le contesté—. En este mundo no hay más que Un-amuno.

Nos retratamos juntos y pasamos juntos el día. Nos llevó a pasear por las afueras. Me contó una anécdota familiar que repito en uno de mis libros. Después, siempre me encontraba con él en uno u otro sitio, cada vez que aparecía por Madrid. Concurrió varias veces a mis reuniones dominicales. Me obsequió algunas de sus pajaritas de papel y de sus dibujos. (Ya lo digo en *Grata compañía.*) Entre ellos, el retrato de Amado Nervo —de quien a su vez fue buen amigo—, sin duda el primer Nervo sin barba que se registra en la iconografía de nuestro poeta. Me proponía monogramas con las iniciales de mi nombre —así consta en una de sus tarjetas postales— y me comunicaba opiniones sobre la grafía y pronunciación originales del nombre patronímico de Sor Juana. Estuve constantemente a su lado en París, cuando yo era allá ministro de México y él andaba desterrado y prófugo. Ya he dicho cómo me recitaba entonces sus sonetos contra el general Primo de Rivera, sin prestar atención a los vehículos en las bocacalles, y cómo echaba, a manera de telón, el recuerdo de su sierra de Gredos sobre cualquiera perspectiva parisiense que yo proponía a su admiración. Los agentes de la policía española encargados de vigilarlo se hicieron sus amigos y, a invitación suya, concurrían a los cafés de Montparnasse para disfrutar de su charla.

Un día fuimos juntos a la casa de Jean Cassou. Yo me retiré temprano, para pasear por la orilla del Sena, aprovechando la tibia noche, en compañía del poeta Rilke. Entonces Guillermo Jiménez, quien lo ha escrito por ahí, recogió de labios de Unamuno el mayor encomio y el más conmovedor que yo puedo haber recibido y deseado. "La inteligencia de Reyes —dijo Unamuno— es una función de su bondad." Perdóneseme el entrar en estas "personalidades positivas" (que

no sólo son “negativas”, como pretende el diccionario), pero ahora o nunca era la sazón de referirlo. Las palabras del maestro no me envanecen, ni por desgracia tengo derecho a considerarlas justas; pero ellas expresan nítidamente su juicio sobre mi persona, y sobre todo la benévola refracción que el afecto producía en ese juicio. Si esto no es simpatía…

Pero hay, además, algo que hasta ahora no quise publicar, y que tampoco esta vez voy a descubrir completamente. Unamuno fue una vez arrastrado hasta la presencia de Alfonso XIII por el sutil Conde de Romanones. La opinión literaria de Madrid en aquellos tiempos —siempre bravía—, consideró esto como una claudicación de Unamuno. Él quiso dar una conferencia en aquella admirable y libérrima casa que era el Ateneo de Madrid, y el público de jóvenes escritores, entre gritos, pateos y silbidos, no lo dejó hablar. Así las gastaban entonces.

Pues bien, Unamuno se presentó al día siguiente en mi Legación de Madrid (calle del Marqués de Villamagna) y, de una manera confidencial, me reveló el objeto de su encuentro con el monarca, que no era en modo alguno deshonroso para ninguno de los dos. Recuérdese que yo había sido durante cinco años periodista y escritor en Madrid, y luego, por otros cinco años prácticamente, fui Encargado de Negocios de México. Unamuno, tras lo acontecido —aunque muy hecho a la pelea y aunque, como él decía, frecuentemente le había tocado “torear a media plaza”— necesitaba explicarse y desahogarse con alguien, y escogió al único de la camada literaria que, si bien muy cercano, podía, por no ser español, considerar los hechos con más moderación que los otros. Pero ¿hubiera dado este paso si no se sintiera mi amigo, si no me supiera su amigo, si no me estimara en el orden intelectual y en el orden moral? Si esto no es simpatía… No: nadie me quite la amistad de Unamuno.

México, febrero de 1954

APUNTES SOBRE VALLE-INCLÁN*

1. VALLE-INCLÁN A MÉXICO

I. ¡CUÁNTAS TARDES ASÍ! Desde la terraza del Regina hemos visto, juntos, morir las tardes, desmenuzadas en el telar de dos relojes públicos: uno, el de la Equitativa, célebre desde que un chusco lo rifó (teóricamente, ya se sabe); el otro —espectral—, cogido como por milagro entre la tablazón que oculta las obras del Banco de Bilbao. A medida que anochece, las dos esferas se van congestionando de luz; y es una gloria ver morir el tiempo bajo la lanzada de Longinos.

Don Ramón —que quiere darse una fiesta— ha pedido una golosina:

—¡Cherry Brandy!

La tiene emprendida contra los impresores de todo el mundo, contra *El Sol*, contra la Papelera Española...

A poco, discutimos puntos teológicos.

—Usted, Reyes, es tomasiano. Yo soy místico; es decir, hereje.

—En efecto; para mí la religión es asunto de razón y de idea, no de emotividad.

...Y la urdimbre, recia y maciza, de la conversación, que anula el Espacio y el Tiempo, para que sólo exista la Causa.

Los ojos de los relojes parpadean. Ya no reparamos en los transeúntes. Don Ramón explica el misterio del Paracleto, y lo pinta con el índice —palpablemente, yo lo he visto— sobre la mesa de mármol del café.

II. DON RAMÓN SE VA A PONTEVEDRA. Un día don Ramón se nos fue de Madrid. La tertulia del Regina perdió las nueve décimas partes de su interés. Nos hacía falta "el otro manco".

De regreso a mi casa de Pardiñas (éramos vecinos entonces), ya no veía yo aquella figurilla negra con rostro de marfil, envuelta en la capa, trotando ligeramente por los descampados del barrio de Salamanca, sobre el fondo monótono de una cerca, bajo las filas de acacias y faroles.

—¡Las cosas que nos va a contar don Ramón, cuando vuelva de la Puebla del Caramiñal! —nos decíamos para consolarnos. (Acababa de ocurrir un naufragio, y los restos habían caído por las costas que Valle-Inclán frecuentaba.)

Y Araquistáin advertía que don Ramón debiera tener un Eckermann dedicado a recoger sus conversaciones. ¡Cuántas lecciones de estética perdidas! No hay otro como él en España.

Había dejado a la familia en la Puebla, donde él asegura que es chalán y se ocupa

en vender ganado. (Y, por cierto, habla de los animales domésticos con la misma sabiduría de Virgilio.) Había venido solo a Madrid, donde pronto recobró su puesto avanzado y —aunque parezca absurdo en quien ha sido admirado siempre — se hizo conocer otra vez de la juventud.

Su vida parecía resolverse en aquella fórmula de sabiduría abreviada que propone Baudelaire en su diario íntimo: *toilette, prière, travail*. Siempre que añadamos: "y tertulia".

Por las mañanas, dormía. Almorzaba cerca de la una, y antes de las tres (siempre andaba a pie y muy de prisa) ya estaba en el Ateneo, dirigiendo los ensayos del Teatro de la Escuela Nueva, aconsejando a Rivas Cherif más energía y sobriedad, o más gracia y soltura a Magda Donato; representando los papeles de todos; creando de nueva cuenta las obras con sus interpretaciones personales.

Al anochecer, el día se le iba poniendo soportable. Entonces se resolvía a callejear, acompañado de algunos amigos silenciosos, como Luis Bilbao, el imponderable.

A las siete, ya estaba en el café Regina, donde le guardábamos siempre su sitio de honor.

Yo no sé a qué hora ni dónde cenaba, pero él ya no regresaba a casa, y seguía de tertulia continua toda la noche, cuándo en el Café Inglés, de torerísima memoria —donde soportaba a Ricardo Baroja, por ejemplo—; cuándo en el Liceo de América, donde —a pesar de todo— había descubierto que hay un jardinillo admirable para una noche de verano.

La conversación lo estimula, lo pone en acción intelectual. El amanecer le sorprende impávido —como a Sócrates en *El banquete*— entregado con serenidad a los deleites de la charla. Es su genuina creación artística. El tiempo de regresar a casa, y ya está llenando cuartillas: de una sola vez, sin volver atrás, numerándolas antes de empezar a escribir, con una fluencia magistral, con ritmo y vuelo de perfección subconsciente.

Este hombre platónico sabe siempre de antemano lo que va a decir y a escribir. Procede por arquetipos, por grandes ideas previas; y deja rodar las consecuencias hacia los hechos particulares, con esa seguridad y confianza del que ha dominado por completo las disciplinas.

Pero ¿a qué hora escribe Valle-Inclán? A la hora veinticinco sin duda. Una hora que él se ha encontrado por las afueras del tiempo, como quien encuentra un escondite. A ella llega solo, de puntillas, "temblando de deseo y fiebre santa". Se encierra en ella, y... Sus últimos meses de Madrid han sido de una hermosa fecundidad. En el "esperpento", su reciente género tragicómico, está todo él, con la fantasía de sus conversaciones y su amenidad misteriosa. Hasta la lengua en que escribe es ya una cosa muy propia y suya. Escribe la prosa "en Valle-Inclán"; un idioma hecho para uso de su alma, por afinidad electiva y selección natural.

Pero, un día, don Ramón se fue a Pontevedra.

III. DON RAMÓN SE VA A MÉXICO. Yo estaba en San Sebastián cuando recibí el encargo de convidar a Valle-Inclán para las fiestas del Centenario de la Independencia Mexicana, huésped de honor de la República. Le telegrafié a la Puebla del Caramiñal. Le telegrafié con cierto vago temor... ¡Hay por ahí cada Pío Baroja, escritor de aventuras por tierra y mar, novelista del hombre de acción y conspirador honorario, que no sería capaz nunca de embarcarse rumbo a la inquieta América!...

Pero don Ramón resistió la prueba. Cuando acaso estaba más entregado a su familia y a los placeres aldeanos, rusticando por la pintoresca Galicia, oyó el campanillazo de la aventura. Y, a vuelta de telégrafo, decidió partir.

Yo me imagino fácilmente la emoción con que Valle-Inclán recibe el llamado de México. Valle-Inclán estuvo en México hace años. Era todavía desconocido. Tal vez México está, para él, asociado a las primeras revelaciones del Espíritu.

—México me abrió los ojos y me hizo poeta. Hasta entonces, yo no sabía qué rumbo tomar —me dijo un día.

Y en una ocasión, en el Ateneo, explicaba sus primeros años en Santiago de Compostela; su vida de larva; su aburrimiento de muchacho, entre la Universidad y la casa de juego: toda esa angustia de la provincia, que clama al cielo por las torres de todas las catedrales de España.

Y terminaba así, en un grito del corazón, que sólo resulta una paradoja para los que nunca han escuchado de cerca la voz de sus profundos estímulos:

—¡Y decidí irme a México, porque México se escribe con *x*!

¿De suerte, querido maestro Unamuno, que esa *x* de México, en que usted veía hace algunos años el signo de la pedantería americana, tuvo la virtud de atraer a Valle-Inclán y hacerlo poeta? ¡Oh, *x* mía, minúscula en ti misma, pero inmensa en las direcciones cardinales que apuntas: tú fuiste un crucero del destino!

Ya en adelante, por toda la obra de Valle-Inclán, creo ver estallar, aquí y allá, la *x* de México, como un recuerdo pertinaz. Este amigo del chocolate y la marihuana se complace en evocar las visiones de Mérida y de Veracruz, y en sus "esperpentos" del último estilo hay mexicanismos en abundancia, como una incorporación definitiva de la sustancia del recuerdo.

IV. ENVÍO. Aquella noche, nos hartamos de hablar de México. Usted, don Ramón, revolvía sus memorias y hacía desfilar a nuestros ojos sucesos y hombres.

—Sóstenes Rocha, el General Sóstenes Rocha salía a caballo por las calles en cuanto había "mitote". Era un hombre con una cara de león, que bebía aguardiente con pólvora...

—Y si volviera usted a México, y lo encontrara igual, ¿lo amaría usted aún?

—Sí.

—¿Y si lo encontrara completamente cambiado?...

—También lo amaría, también.

Usted, don Ramón, es a toda hora el mejor amigo de México. Lo ama usted en sus cualidades, y comprende (y quizá los ama también un poco) sus defectos. Lo ama usted en su quietud y en su turbulencia. Lo ama usted por el lago y por el volcán.

Usted maldice, con todas las conciencias honradas, al falso apóstol que se espanta de que la libertad se engendre entre rayos y se asusta de las guerras civiles. ("¡Las más legítimas de todas!", he oído gritar al bravo Unamuno en una asamblea.) Usted maldice, con todos los varones cabales, al falso amigo que alarga dos veces la mano, una para recibir la hospitalidad y otra para regatear el precio de sus elogios o sus injurias. Usted, por el simple hecho de aceptar la invitación de México, ha devuelto —en nombre de España— el equilibrio a la balanza moral.

Séanle gratos el cielo y el suelo de Anáhuac. Del "entresuelo" nada digo, porque usted (contra la opinión expresada en un famoso epigrama por la duquesa de Salm-Salm) lo ha declarado ya adorable. Y del subsuelo (oro, petróleo), en mi calidad de hombre prudente, no me atrevo a chistar palabra.

Madrid, agosto de 1921

2. Las "fuentes" de Valle-Inclán

Los escritores de España acaban de ofrecer un banquete a Valle-Inclán, sin más ocasión ni pretexto que el celebrar su obra literaria. Unamuno habló en nombre de todos, y Valle-Inclán, en su respuesta, hizo algunas declaraciones que la historia literaria tiene obligación de recoger.

Casares, en su libro *Crítica profana*, acusa de plagio a Valle-Inclán: en la *Sonata de primavera*, dice, reproduce unas páginas de las *Memorias* de Casanova. Valle-Inclán le contesta ahora: en efecto, en tiempos en que tales *Memorias* no andaban todavía en todas las manos, creyó oportuno aprovechar, a título de documentación auténtica sobre la Italia de la época, unas páginas de Casanova. Galicia, Navarra, México, todos los demás escenarios de sus *Sonatas* le eran conocidos. No así Italia, donde acontece el episodio de la *Sonata de primavera*. A guisa de fragmento de realidad, y para envolverlo y mezclarlo abundantemente en su obra de creación propia, dispuso de un pasaje de Casanova.

En verdad, el procedimiento es completamente legítimo. Equivale —dice él— a tomar un rincón del cuadro de las "Meninas", de Velázquez, e incrustarlo en una tela mucho mayor, añadiéndole retazos por todos lados. En los cuadros de los pintores que representan, por ejemplo, un taller (¡oh, jugoso y paradisíaco Brueghel!), ¿no vemos, a veces, reproducido sobre un caballete del fondo, en miniatura, algún cuadro célebre de pincel ajeno?

Finalmente, el escritor se extraña de que pueda Casares alardear de su

descubrimiento, cuando en la misma *Sonata de primavera* Valle-Inclán indica sus fuentes en estas palabras textuales:

—¿Acaso conocéis este libro?

—Lo conozco porque mi padre espiritual lo leía, cuando estuvo prisionero en los Plomos de Venecia.

María Rosario, un poco confusa, murmuró:

—¡Vuestro padre espiritual! ¿Quién es vuestro padre espiritual?

—El Caballero de Casanova.

—¿Un noble español?

—No; un aventurero veneciano.

—¿Y un aventurero...?

Yo la interrumpí:

—Se arrepintió al final de su vida.

—¿Se hizo fraile?

—No tuvo tiempo, aun cuando dejó escritas sus confesiones.

—¿Como San Agustín?

—¡Lo mismo! Pero, humilde y cristiano, no quiso igualarse con aquel doctor de la Iglesia, y las llamó Memorias.

—¿Vos las habéis leído?

—Es mi lectura favorita.

—¿Serán muy edificantes?

—¡Oh!... ¡Cuánto aprenderíais en ellas! ... Jacobo de Casanova fue gran amigo de una monja en Venecia.

—¿Como San Francisco fue amigo de Santa Clara?

—Con una amistad todavía más íntima.

—¿Y cuál era la religión de la monja?

—Carmelita.

—Yo también seré carmelita.

Más claridad no puede exigírsele a un artista. Hay siempre un sentimiento de pudor, de pudor lícito, de buena estética y buena educación, en no andar descubriendo el revés de los tapices que tramamos.

Con buen sentido procedió Solalinde, al señalar, en la *Revista de Filología Española*, hace dos años, otra fuente de Valle-Inclán, el *Mateo Falcone* de Mérimée, que seguramente inspiró el cuento *Un cabecilla* del escritor español.[1] En ambos hay una delación: allá, el hijo de Falcone, a quien éste mata para castigar su traición; aquí, la mujer de un guerrillero, a quien éste da igual castigo. La escena final, particularmente, descubre la influencia del maestro francés.

"Señalamos —decía Solalinde— esta evidente influencia sobre el novelista gallego, no con el intento de revelar un plagio —revelación desacreditada y que da siempre lugar a disquisiciones triviales—, sino con el deseo de aportar un dato que ha de servir al futuro historiador de la obra de Valle-Inclán."

Finalmente, Enrique Díez-Canedo acaba de señalarme otra influencia sobre Valle-Inclán: la del portugués Teixeira de Queiroz.

—Para encontrar influencias sobre España —me dice el autorizado crítico— basta abrir los libros portugueses. Por lo demás, la recíproca es igualmente verdadera.

Este análisis no perjudica ni empequeñece nunca al artista. Otro tanto puede

hacerse con Shakespeare, con Lope de Vega; lo propio con Anatole France o con D'Annunzio. Y con todos, con todos.

Ya, en Anatole France precisamente, Santa Catalina observa, con encantadora pedantería: "La imaginación no crea: combina y compara".[2]

Madrid, primavera de 1922

3. Valle-Inclán y América

Por mil partes aparece América en la obra de Valle-Inclán: a veces, de caso pensado; otras, en un vago fondo inconsciente, si es que puede hablarse de inconsciencia para un escritor que pondera siempre las siete evocaciones armónicas de cada palabra.

En la *Sonata de estío*, encontramos a la Niña Chole, la mestiza dulce y cruel que el Marqués de Bradomín descubre entre las ruinas de Tuxpan, envuelta en el rebocillo de seda y vestida con el huipil de las antiguas sacerdotisas, sobre un paisaje de piedras labradas y arenales dorados, palmeras, indios y mulatos con machetes, y cabalgaduras llenas de plata. Preciosa miniatura, apenas enturbiada por cierta frase de la Niña Chole sobre "el flete de Carón", que el negro de los tiburones va a pagar en el otro mundo.

Aquí inaugura el maestro la interpretación artística, sutilizada, del ambiente mexicano, escogiendo las escenas, las palabras, los tipos más cargados de color; solicitando levemente los datos de la realidad para que todos resulten expresivos; trasladándonos a un momento convencional del tiempo, donde puede juntar lo más mordiente y vivo en los rasgos de algunas épocas. Así, aplica a los asuntos americanos el procedimiento con que trataba los temas peninsulares; aprovecha las sugestiones de los primitivos cronistas y soldados, que usaron la pluma de las memorias cuando ya no podían más con la espada de las hazañas; o tal cual fugitiva evocación de la América de Chateaubriand —este verdadero creador de la "selva virgen", donde los árboles gritan como en Dante—; y procura siempre aquella objetividad parnasiana del Flaubert de la *Salambó*, sobre cuyo fondo estrellado corren poco a poco los velos de una melancolía católica y céltica, trémula de lágrimas y palpitante de insaciables anhelos. "Es la noche americana de los poetas", suspira el "Marqués", doblado en la borda de la "Dalila" —y sentimos que en sus palabras tiembla el llanto.

Por las páginas de *La lámpara maravillosa* se percibe también la obsesión de los recuerdos americanos:

> En la llanura sólo florecen los cardos del quietismo. El criollo de las pampas debe a la vastedad de la llanura su alma embalsamada de silencio, y si alguna emoción despiertan en ella los ritmos paganos, es por la mirra que quema en el sol latino la lengua de España.

Y aquella adivinación:

> Todo el conocimiento délfico de los ojos es allí convertido en ciencia de los oídos, y en sutil aprender de topos. Se siente el paso de las sombras clásicas, pero ninguno puede verlas llegar. Los pueblos de la pampa, cuando hayan levantado sus pirámides y sepultado en ellas sus tesoros, habrán de hacerse místicos. Sus almas, cerradas a la cultura helénica, oirán entonces la voz profunda de la India Sagrada.

Esta idea se afirmará más tarde, con el segundo viaje a México.

En *La pipa de kif*, "La tienda del herbolario" es una aromática bodega de olores americanos; con especial predilección por el rasgo exótico y —si es posible— grotesco, correspondiendo a la estética del poema. El poder sintético es desconcertante, y esa Jalapa, esa Campeche, esa Tlaxcala entrevistas a través del humo de la marihuana, como lindos monstruos de alucinación y recuerdo, no se olvidan más. Decididamente, Valle-Inclán prefiere la América mexicana: la más misteriosa y la más honda.

Y finalmente, en los "esperpentos" y creaciones últimas, hay un recuerdo, que va y viene, de las palabras mexicanas, de los giros y los equívocos mexicanos. Es un murmullo que anda por la parte liminar de su alma, pero el escritor lo deja sentir con plena conciencia de lo que hace. Los que estamos en el secreto, saboreamos y sonreímos. Y agradecemos esta dignificación artística que don Ramón concede a tal o cual disparate humilde de nuestro pueblo, a tal o cual injuria recogida en labios de un jarocho de la costa o de un charro del bajío.

Pero, sobre todo, América ha sido para Valle-Inclán algo como un empuje oportuno de la vida, un deslumbramiento eficaz, que le abrió los ojos al arte. "Y decidí irme a México, porque México se escribe con *x*." De aquí, de este primer viaje, procede el milagro de Valle-Inclán. El hombre que México le devolvió a España contenía ya todos los gérmenes del poeta.

En plena época colonial, Baltasar Dorantes de Carranza hablaba de las Indias con abominación, y a la vez, con mal encubierto rencor de amor: "¡Fisga de imaginaciones! —decía—. ¡Anzuelo de voluntades!" La imaginación y la voluntad de los españoles peninsulares volaban hacia América, que ejercía en la vida de la raza una función tónica, de ideal, de golpe de viento purificante. Igual función sigue desempeñando América para los españoles más altos, durante el siglo de Independencia: Castelar vuelve a ella los ojos con esperanza y con alivio; se cura de sus tormentas políticas, enviando sus confidencias y desahogos a los lectores de América. Unamuno —cuyo padre vivió en Tepic, y que aprendió a leer hojeando libros mexicanos— declara un día, entre melancólico y soberbio: "Si yo fuera joven, emigraría a América". Ortega y Gasset trae de América un secreto de fantasía renovada semejante al de Fausto. Y a Enrique Díez-Canedo le es tan familiar la literatura americana, que, acaso por primera vez, se vuelve, bajo su pluma, un capítulo de la literatura española.

Valle-Inclán escribe —y sueña con México. De su segundo viaje trae dos experiencias profundas: *1)* persiste la lucha entre el indio y el encomendero (encomendero que no es necesariamente español, como él parece suponerlo): la pugna entre el individualismo europeo, yuxtapuesto artificialmente sobre los

hábitos de la raza vencida, y el gran comunismo autóctono que encontró Cortés, que la Iglesia amparó en cierto modo, como único medio de salvar a las poblaciones indígenas, y que las Leyes de Indias respetaron teóricamente, hasta donde era compatible con la necesidad de repartir premios y riquezas a los conquistadores. *2)* México es un país vuelto hacia el Pacífico, que huye del Atlántico y se hincha de magnetismos asiáticos. Conserva el rastro espiritual de los juguetes sagrados que la Nao de China traía desde el Parián de Manila al Puerto de Acapulco, de donde pasaban a México, camino de Veracruz, rumbo a Sevilla. Esta gran circulación oceánica explica sus inadaptaciones y sus extrañas reservas de fuerza y de esperanza. Tal idea —que pudo parecer paradójica a nuestros amigos madrileños— es la clave del enigma mexicano: la *x* de México. Se ha dicho de la mujer bíblica: "Dos naciones hay en tu seno". Pero hay que interpretar el Texto: "Y realizarás tu destino cuando juntes las dos sangres en una". Ciertamente, de los nuevos directores espirituales del indio americano puede asegurarse —como Valle-Inclán lo presentía pocos años antes— que tienen el oído atento a las enseñanzas de la India, esta gran mestiza de arios blancos y dravidios oscuros.

Hay muchos que aman a América en su bienestar y en su sonrisa. Valle-Inclán resiste la prueba de la verdadera simpatía americana: a él lo que de América le enamora es aquella vitalidad patética, aquella cólera, aquella combatividad, aquella inmensa afirmación de dolor, aquel hombrearse con la muerte.[3]

La Pluma, *Madrid, enero de 1923*

RASGOS DE AZORÍN*

LA RESIDENCIA de Estudiantes acaba de publicar —y de celebrar con una lectura a que han asistido las doce o quince personas interesantes— un libro de Azorín: *Al margen de los clásicos*. Ésta es ocasión de decir algunas cosas personales sobre Azorín.

LA TIMIDEZ. La gente que le conoce habla de él como de un hombre tímido. Todas las formas de la timidez, dicen, él las padece. No es orador,[1] y esta determinante ha modelado toda su ética y su estética. Titubea en la conversación. En dos ocasiones me ha dejado hablar casi sin despegar él los labios, aunque no sin calarme con su mirada perspicaz. De cuando en cuando, y con monosílabos, le ponía una coma a mis frases, un acento, una diéresis a mis palabras. Como no es orador, escribe. Ya escribir me parece una forma de pudor: el papel es el interlocutor más complaciente, y al lector no lo vemos siquiera.

Oigo decir que del Azorín de ayer al de hoy hay como un proceso de reconcentración: los adjetivos se han hecho más escasos, y las frases, más cortas. Salvo las dudas que abrigo sobre esa receta de la crítica que todo quisiera explicarlo por las "dos maneras del escritor", es verdad que el procedimiento de Azorín se ha hecho menos adjetivo, pero es que se ha hecho más sustantivo. Porque hay tantos estilos como hay funciones de la palabra, sin exceptuar los estilos de régimen y de interjección. Por lo que atañe a la frase corta en sí, ¿qué reparo hacerle? Lo bueno, si breve, dos veces bueno, dice Gracián. Además de que la frase corta tampoco denuncia necesariamente timidez. En aquel cubano fino y ardiente —José Martí— la frase corta era un latigazo eléctrico. Por otra parte, lo breve es, de suyo, imperativo. Y, sin embargo, es cierto que en Azorín la brevedad finge timidez. "No escribe —he oído—: balbucea." Porque el ritmo de su prosa es muy uniforme; porque traza todas las líneas en el mismo sentido, sin cruzar la pluma. Es que, en Azorín, la frase corta no busca la síntesis o la fórmula, sino que vuelve a la actitud primitiva de la mente, y procede, otra vez, por adiciones. Así, en lugar de "tres", suele decir: "uno + uno + uno". Es que algunas veces no retrata, sino que deletrea el objeto, como un primitivo.

Y aumenta, en fin, la sugestión de timidez, esa melancolía igual de sus cuadros, y hasta la buscada semejanza que tienen entre sí todas sus escenas, descritas siempre al modo romántico.

EL BOVARISMO. Un sutil intérprete de Flaubert, "dialectizando" sobre la *Madame Bovary*, ha definido con el nombre de "bovarismo" esa ilusión voluntaria, ese don de concebirse distinto de lo que se es, sin el cual ni la vida individual ni el

arte podrían existir. Aparte de su significación fundamental —base del idealismo filosófico—, el bovarismo tiene significaciones relativas. Bovarista es el que se equivoca de buena fe al juzgarse; bovarista, el que se desdobla en una existencia ficticia —lo cual es distinto de equivocarse, aunque está fundado en el equívoco.

Son las más inesperadas las reacciones de la timidez. Aquel tímido estalla, de pronto, en gritos desacordes, pensando que por los rugidos vamos a tomarle por león. Los hay, como Amiel, que se libran de su esterilidad describiéndola. Otros —en el fondo los más creadores— inventan, por bovarismo, un tipo semirreal, seminovelesco; un doble a quien encargan de realizar, por las páginas de los libros, lo que ellos no realizan por las calles y plazas. Es posible que el señor Martínez Ruiz sea tímido; pero ese pequeño filósofo que él ha inventado, ese Azorín que de hijo suyo ha pasado, poco a poco y por un eclipse psicológico, a confundirse con él y a servirle de vestidura externa, ése ha dicho sobre la vida y el arte españoles, si no las cosas más audaces, las más personales. Y realizado ya el prodigio, abierta la vena por donde el tímido ha de desahogarse sin rubores, entonces todo puede hacerse, con tal que se haya conquistado, como en el caso, la gloria literaria.[2]

LA LECTURA. Faguet no ha dicho nada importante sobre el arte de la lectura, ni es posible aquí reglamentar, como no se puede reglamentar la índole de las gentes. Alguien afirma que traducir es "servir". Y leer, ¿qué será? No es un joven quien podría definirlo: al adolescente le asalta su yo crítico, a la hora en que quiere olvidarse con la lectura. Más tarde, va dejando el yo de ser dolencia y se vuelve resignación. El hombre maduro sabe leer, se entrega, voluntariamente, a otro hombre; entra en él por un doble esfuerzo de cansancio y de disciplina. Porque a la inquietud rebosante no hay quien la obligue a seguir un rumbo trazado, a leer un libro ya escrito. Pero aquí, como en todo, la edad es cuestión de temperamentos, y hay hombres que han tenido siempre edad de lectores.

Azorín es un gran lector. Es, desde luego, uno de los pocos que han sabido leer sus clásicos. A veces nos habla de las palabras que ha encontrado en el curso de sus lecturas. A veces escribe porque lee, y a veces escribe lo que lee. Su caso nos recuerda el del joven Stevenson, que acostumbraba salir al campo con un libro en el bolsillo izquierdo, para leer, y un cuaderno en blanco en el derecho, para escribir. Y creemos, con una adivinación maliciosa, percibir en su cara un ligero gesto de despecho, cuando ve que Lemaître se le anticipó, llamando a su libro: *Al margen de los viejos libros*. Azorín siente que esta denominación le pertenece, y hace bien en reivindicar el título para su obra.

Pero ser lector (es inevitable: o escribimos hoy bajo un ofuscamiento, o todo se reduce al mismo diapasón), ser lector es también ser tímido. La amistad de los libros es una imitación atenuada de la amistad de los hombres: no hay amigo tan complaciente como un libro; a su autor, ni siquiera lo tenemos delante.

LAS VENTANAS.—En mi nueva Literatura Preceptiva, Azorín queda clasificado como "poeta de ventanas". La imagen del hombre a la ventana le es una obsesión. El hombre de la ventana ha visto pasar la historia —la historia humilde, diaria e intensa, la que se ve desde las ventanas—, sin que le puedan "quitar el dolorido sentir".[3] Todo hombre, en Azorín, aparece como una expectación ante una ventana. A los poetas antiguos y modernos, los imagina siempre en relación con el paisaje de sus ventanas. Azorín es un hombre a la ventana. Su obra toda exhala el misticismo de la celda y la claraboya. Concentrado, pero curioso; tímido: de su casa más que de la calle; pero inteligente, abierto al espectáculo del mundo: —tal un caracol que, desde su hendedura, arriesga los palpos filosóficos y meditabundos.

1915

ANTONIO MACHADO*

NO PUEDO negarme a la invitación tan amable de mi amigo José Bergamín, pero conste que yo no venía dispuesto a hablar sino a escuchar. En efecto, mi propósito era el de recoger, en las conversaciones que aquí han de desarrollarse, la visión del postrer Antonio Machado, el que yo ya no conocí.

Mis últimos encuentros con don Antonio datan de muchos años, de muchos lustros; de allá cuando él aparecía de vez en cuando por Madrid, porque estaba metido en su Soria fría, donde, además del calor de su alma, le acompañaban aquellas sus constantes inquietudes de meditador y estudiante, aspecto sobre el cual la crítica no siempre ha insistido y de que queda testimonio en sus obras. No me refiero sólo a la atmósfera filosófica de su pensamiento, sino a sus aficiones generales, a sus lecturas de libros de filosofía (recuérdese, en uno de sus poemas, la mención de *Los datos inmediatos de la conciencia*, de Bergson).

No es éste el momento de hacer una revisión de aquella poesía que parece agua para la íntima sed, agua bebida en el manantial y echado de bruces sobre el suelo.

Todos aquí conocen ya la calidad de esta obra poética, donde lo que más sorprende es que Machado haya podido alcanzar, con recursos tan elementales y sencillos, tan exquisitos efectos artísticos. Y esto es más notable en una época como la que vio nacer aquella poesía, época en la cual se abusaba un poco de lo que, tomándolo a mala parte, se ha llamado "literatura". Esta virtud estética de Machado no es más que una prolongación de su forma ética. En Machado la probidad era virtud de la conducta y también del pensamiento. Sólo escribió cuando tenía algo que decir. Su bondad fue tan grande que le llevó a las alturas de la heroicidad sin usar de las actitudes histriónicas de la heroicidad. Pero, repito, todo esto lo saben ustedes y no es necesario extenderse sobre ello.

Para traer alguna aportación, por modesta que sea, a estas conversaciones, quiero sólo referirme aquí a esa nostalgia de grandes patios y jardines que José Bergamín acaba de señalarnos como una visión de fondo constante en el espíritu de Machado. Según él nos dijo, Machado logró realmente vivir en ese ambiente durante sus últimos días en Cataluña. Pero yo quiero insistir en que aquella nostalgia era, en efecto, una nostalgia verdadera, es decir: un recuerdo. Es, en suma, el recuerdo de su infancia pasada entre los patios y jardines de aquella casa sevillana llamada la Casa de Pilatos, donde el parque se escalona en terrazas de distintos niveles a la manera de Italia; dulce ambiente de naturaleza que el gran español sólo encontró otra vez en los días que precedieron a su muerte.

México, 24 de febrero de 1940

RECUERDO DE AZAÑA*

CUANDO yo llegué a Madrid, por octubre de 1914, mi amigo Manuel Azaña era Secretario del Ateneo, casa de libertad cuya hermosa historia él mismo ha trazado con pluma inimitable. Será imposible entender la vida de la inteligencia española en aquellos años sin una cabal comprensión de lo que era el Ateneo de Madrid, donde por una parte la expresión del pensamiento no conocía límites, y donde por otra parte la relación directa e inmediata entre los trabajadores del espíritu se establecía automáticamente, por propio derecho, en una nivelación democrática de que no conozco ejemplo semejante.

Era aquél un verdadero hogar. No sólo hizo posible la obra de muchos escritores por la facilidad con que les proporcionaba los documentos indispensables, los libros y las publicaciones. También creaba la compañía humana que da calor y ambiente al trabajo y de que solamente pueden prescindir algunas naturalezas encumbradas y excelsas. Pues la mayoría de los escritores tenemos siempre delante, como en presencia fantasmal, los ojos de algunos cuantos compañeros.

Hijo de este ambiente, Manuel Azaña lo conservaba en toda su generosidad y pureza, y era —como todos lo saben— el alma del Ateneo. ¡Cuánto no le deberé yo, que llegué a Madrid, como Eneas, llevando en el seno las imágenes de la patria, anheloso de aliviar mis heridas, y dejándome a las espaldas algo como un nuevo incendio de Troya! Junto con otros que están ahora a mi lado, y a quienes no quiero sobresaltar con alusiones nominales, él fue uno de mis padrinos en el Ateneo —alguna vez hasta me llevó a la secretaría de la Sección Literaria—, uno de mis padrinos en aquel mundo de escritores, contertulio constante en los cafés de ateniense recordación y, a lo largo de los años y las vicisitudes, un amigo sin tacha.

Cuando un día, en cierto acto municipal, yo me declaré, invocando la memoria de Ruiz de Alarcón, "un voluntario de Madrid", él —que como español oía los sordos rumores del descontento, acaso inadvertidos aún para un simple huésped— me llamó suavemente al orden, felicitándose de mi optimismo pero sin poderlo compartir, y me dedicó un artículo que quedará como modelo de la mejor sátira sobre aquella época del sentimiento público, y que tengo por una de las páginas más contundentes y proféticas de su pluma, tan bien tajada y bien tajante.[1]

Porque uno de los rasgos más salientes de su espíritu y de su estilo era esta calidad de acero, por el filo y por el temple; esta cortesía de la espada que sabe enlazar con apego el arma adversaria y la domina siguiéndola; este despojo, esta elegancia matemática para desembarazarse de los argumentos parásitos y

empuñar el centro de las cuestiones; esta nerviosidad varonil para acudir a todos los frentes casi a un tiempo; esta capacidad de situar y sitiar las discusiones; esta fertilidad de la réplica y del epigrama. Todo lo cual daba vida y amenidad a su trato, e hizo de él un polemista tan agudo y un orador tan perfecto, que —es justo decirlo— los literatos propiamente profesionales tardaban un poco en darse cuenta de que había detrás la contextura de un escritor —peso bien todas mis palabras—, de un escritor perteneciente a la gran familia de Quevedo.

Azaña se dispersaba en los debates del Ateneo y hacía salidas esporádicas en artículos de periódico, y no reclamaba su lugar. Nuestro inolvidable Icaza —todo él experiencia literaria y certero golpe de vista— me llamó la atención sobre la calidad de este escritor legítimo, más legítimo que muchos cotizados en plaza. Y cuando, en una tarde, Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa y yo inventamos y pusimos en marcha cierta colección de "Cuadernos Literarios", para contrarrestar un poco el exceso de literatura traducida a que por entonces se consagraban las editoriales en boga, y que ya había sido acerbamente comentado por algunos críticos franceses, al punto que Camille Pitollet se dejó decir que, durante un año, "Messieurs les traducteurs" en España habían revelado mayor actividad que "Messieurs les auteurs", lo primero que hicimos fue pedir una obra a Manuel Azaña, que así vino a publicar en nuestra colección uno de sus primeros libros en forma: *La novela de Pepita Jiménez*.

Azaña dedicó a este clásico del siglo XIX largos y sagaces estudios, de que sólo se ha impreso la menor parte, y de que acaso se perderá mucho de lo referente a la correspondencia, por discutibles escrúpulos de la familia Valera. Pocos temperamentos mejor afinados para recorrer el diapasón de Valera que el de Manuel Azaña. A la fina interpretación propia de un escritor posterior al 98, unía Azaña una cierta visión panorámica que es más bien prenda de la generación anterior. Había heredado una rica herencia, y la completaba y corregía sin sacrificar ninguna de las precedentes conquistas ya aseguradas. Lo mismo era en política. Azorín ha explicado con clarividencia cómo la España revolucionaria de aquel repúblico era la verdadera España perenne.

Después vinieron la fundación de *La Pluma*, revista de Azaña y de nuestro Rivas Cherif, y luego, poco a poco, los libros que todos admiran, algunos escritos en los entreactos de la desgracia política o entre los relámpagos de la guerra.

El dolor acabó con él, pero si ahora resucitara entre nosotros, reconocería que le tocó morir de su muerte, bajo un embate vasto y cíclico, cual correspondía a su naturaleza, y no de accidente o bala perdida. El dolor acabó con él; no con su memoria, que se engrandecerá cuando el tiempo saque sus saldos justicieros, por encima de todas las pasiones que habrán de desaparecer con nosotros. Entretanto no sólo sus correligionarios, también sus amigos desinteresados procuraremos velar por su recuerdo.

La suerte quiso que el gran escritor olvidara el ocio de las Musas para echarse en las borrascas públicas, obedeciendo al inapelable deber. Ha habido injusticia

en su suerte, pero es una injusticia tan plena que conforta por contragolpe. Lo quiero decir con sus palabras, dignas de los estoicos:

> La injusticia, si es perfecta según ciertas condiciones, penetra avasalladora en mi ánimo con fuerza de demostración, de confirmación rotunda. Su efecto inmediato, paladeada la amargura, consiste en poner claridad y orden en el espíritu, con ventaja de la disciplina. En torno de la injusticia recibida, es decir, de su impresión, se cuajan, cristalizan y articulan ciertos movimientos del ánimo, más o menos advertidos previamente, sofocados algunos, para no dialogar con ellos, creyendo mantener de ese modo la salud y la alegría. Así, sobre un terreno movedizo, parecía levantarse a fuerza de razón un sistema de relaciones en que solía poner lo más espontáneo de mi complexión, desprovista de astucia. La operación demostrativa realizada en mi ánimo por la injusticia perfecta al derruir ese sistema, consiste en que castiga y corrige la credulidad, pone en vigor aquellos presentimientos furtivos, los saca a primera línea, me los hace tomar por antiguas y arraigadas convicciones fatídicas. La lucidez se lisonjea creyendo haber sido siempre previsora. —Como manantial de placer, la injusticia perfecta no guarda semejanza con ningún infortunio ni desventura, ni con la injusticia común. Las sombras con que el mal moral o el mal físico ennegrecen la vida (muerte o enfermedad, miseria, ingratitud, olvido…) nunca dejan regusto placentero, por muy exquisitos frutos que estoica o cristianamente se pretenda extraer de ellos. Lo mismo sucede con la injusticia común, no cualificada, artículo primero, para mi gusto, en las "molestias del trato humano", mentadas por el clásico. Somos injustos unos con otros por la ley general, las más veces sin propósito, sin advertir que lo somos ni parar mientes en el acto injusto cuando lo cometemos, sin saber en qué consiste, en qué apartado y dolorido blanco va a caer de rebote nuestra injusticia. Los hombres se desconocen lo suficiente para maltratarse de tal modo, y los más civilizados viven una vida tan inclemente como en ese y otros respectos puede serlo la de un esquimal. También los sentimientos mejores, adorno de la vida, el amor menos ciego, la rara amistad, engendran injusticia como las pasiones innobles. Pero la injusticia abundante en la maraña social, donde las fibras delicadas se rasgan y desangran, es cosecha ordinaria, mientras provenga de invidencia, de torpeza, de egoísmo, de ignorarse y de ignorar al prójimo; es bueno y corriente defenderse de ese mal, como de todos. Si proviene de una conciencia lúcida, vidente, con intención dañada de hacer mal, que se arroja derechamente sobre lo más digno de respeto para gozarse en su estrago, la injusticia arriba a perfección, cobra hermosura siniestra y alumbra con luz fría el ánimo en que se aposenta y que la padece. ¡He aquí el gozo inefable de sentirse anegado sin culpa en el puro mal! El acto es completo si recae en otra conciencia vigilante, capaz de medir en todas sus dimensiones la injusticia. No lo sería si fuese a dar en un ente sin pensamiento, a quien se aplasta como a un bicho y no conoce la causa. En la evidencia de no ser merecido, el daño afila su aguijón, el ánimo se eleva en busca de más entrañable entrega, y paladea el daño como agua que en sorbo delgado y glacial desaltera las fauces. La prueba no es de buscar, sí de gozar hasta la embriaguez cuando nos la brindan.

Quien quiera apreciar la talla humana y literaria de nuestro infortunado amigo, quien quiera darle —aunque tarde— lo que siempre mereció, y ahora que ha callado y no puede más defenderse como sabía merece más que nunca, que lea y relea estas reflexiones que parecen arrancadas al áureo libro de Marco Aurelio, brava lección moral en que el hombre se levanta sobre los destinos mortales y se adelanta al juicio de la historia, dictándole de antemano la sentencia. Aquí las dejamos sobre su tumba —para repetir la última dedicatoria que de él recibimos— "con la remota y no enfriada memoria de nuestra antigua amistad".

México, 3 de noviembre de 1942

CANTATA*
En la tumba de Federico García Lorca

VOCES

El padreLa madre
La hermanaLa novia
Guardia de milicianos (Coro)

La "Cantata" salió como brota un quejido, aunque naturalmente tuvo que pasar por la razón.

Precisamente el esfuerzo consistió en darle cierta expresión objetiva de "epos". Por eso, en vez de acudir a resortes de la propia sensibilidad, se acudió a los símbolos eternos; el tributo de la naturaleza amontonado sobre una tumba; las regiones, la geografía humana de España; el Padre, la Madre, la Hermana, la Novia —los cuatro costados del corazón—. Situada así la acción en el espacio físico y en el "espacio del alma", había que situarla en el tiempo. El trueno de los Milicianos, desde el fondo, la arraiga en el presente; la evocación de los temas líricos gratos a Lorca, la reminiscencia del Caballero de Olmedo, la atan a la tradición, al pasado; y el grito vengador final (tras los esfuerzos abortados de la Madre, que por más que hace no logra salir de la obsesión de una frase trunca: "¡Pero tu sangre…!"), la lanza al porvenir, al porvenir que es nuestro.

Una preocupación musical que Pahissa interpretó cabalmente, domina la elaboración del poema. Tras la recitación de Mony Ermello, el poema quedó confiado a la teatralización de Margarita Xirgu.

La traducción francesa de L. Z. de Galtier fue recitada por Georgina de Uriarte en el Teatro Marigny de París, 1951.

EL PADRE

Madre de luto, suelta tus coronas.

LA HERMANA

La flor de ojeras, la risa de los llanos,
tus azucenas y tus amapolas,
claveles de pudor, jacintos pálidos,
y tréboles y fucsias y retamas,
y espliegos y laureles,

y hasta juncos, sarmientos y gavillas,
acres rastrojos, sápida verbena,
menta de ardor y cuasia de amargura;
y vengan estambradas
todas las trenzas de la tierra.
Madre de luto, suelta tus coronas.

LA NOVIA

Junta y apila en la silvestre tumba
los fragantes limones y naranjas,
túmulo vegetal, cerro de aromas,
la carne cristalina de las uvas,
gusto seco de nueces y castañas,
la granada vinosa,
la cidra vaporosa,
paltas y tunas y piñas de América,
y las anonas y los tamarindos,
y las lanzas del cacto mexicano...

GUARDIA

Y el trueno, fruto de la carabina.

EL PADRE

Madre de luto, suelta tus coronas
sobre la fiel desolación de España,
sacudido rosal, zarza entre lumbres.

LA NOVIA

Inquieto jardín
que hoy mecen clamores,
ayer castas flores
en olor de abril.

EL PADRE

Hoy cóleras negras, llamaradas rojas,
espadas de cardos, banderas de hojas,
jardín; y en las sienes y en el corazón,
tónicos de buena y mala intención.

LA HERMANA

Perdida canción
de flauta y rabel.

LA NOVIA

Mustio girasol,
tronchado clavel.

LA HERMANA

Lo lloran los montes,
lo lloran los ríos.

LA NOVIA

Y los de las otras,
y los ojos míos.

LA MADRE

¡Pero tu sangre, tu secreta sangre!
¡Abel, clavel tronchado!
¡Pero tu sangre, tu secreta sangre
que revuelve la tierra y ciega el puente,
colma los surcos y amenaza el vado,
Abel, clavel tronchado!

EL PADRE

Presente tú donde el vino se cuela,
los crótalos redoblan y las palmas,
mana la voz y la guitarra vuela;

presente tú donde la gente baila,
donde la moza cesaraugustana
lanza en palillos de tambor las piernas…

LA HERMANA

Y las espuelas de Amozoc repican,
las barbas del rebozo de la china
cosquillean el vello de la boca,
y el gaucho zapatea,
el suelo santiguando con las botas.

EL PADRE

Hoy te lloren los pueblos,
el gitano solemne y el andaluz exacto,
el "maño" terco y bueno como el agua y el pan,
ebrio de luz el lírico huertano,
el catalán de las sagradas cóleras,
el forzudo gallego melancólico,
el dulce, hercúleo vasco,
el recio astur y el castellano santo.

LA NOVIA

El lazador de América y el fiero mexicano.

LA HERMANA

Matronas con los senos agitados,
vírgenes con las manos compasivas…

GUARDIA

Y el trueno, fruto de la carabina.

LA MADRE

¡Pero tu sangre, tu secreta sangre,

Abel, clavel tronchado!

EL PADRE

Te lloren la garúa y el tornado,
el turbio meteoro,
la gota del orvallo,
la pedriza que siega las mazorcas...

GUARDIA

Y el trueno, fruto de la carabina.

LA NOVIA

Que de noche lo mataron
al caballero,
la gala de Granada,
la flor del suelo.

LA HERMANA

En Fuentevaqueros
nació la gala:
traía cascabeles
entre las alas.

LA NOVIA

Crezcan la mejorana,
la yerbabuena,
dalia y clavel del aire,
flores de América.

LA HERMANA

Que de noche lo enterraron
entre cuatro velas,
cuatro ángeles mudos

por centinelas.

EL PADRE

Madre de luto, suelta tus coronas
sobre la fiel desolación de España.
Ascuas los ojos, muerte los colmillos,
bufa en fiestas de fango el jabalí de Adonis,
mientras en el torrente de picas y caballos
se oye venir el grito de los campeadores:
"¡Aprisa cantan los gallos
y quieren quebrar los albores!"

LA MADRE

¡Pero tu sangre, tu secreta sangre!
¡Pero tu sangre, tu secreta sangre!

TODOS

¡Pero tu sangre, tu secreta sangre,
Abel, clavel tronchado,
colma los surcos y amenaza el vado!
¡Aprisa cantan los gallos
y quieren quebrar los albores!

Buenos Aires, mayo de 1937

CRISIS PRIMERA: LA SALVACIÓN DEL HÉROE*

JOSÉ ORTEGA Y GASSET se destaca entre la juventud española con un ademán de paladín. Aplicando a la crítica literaria el tono patético de la historia, pudiéramos decir que es el héroe.

En él, como en muchos, hay una bifurcación interior, más o menos inconfesa o reconocida, y comparte su actividad entre dos vocaciones: la oficial y la personal, para decirlo de algún modo. ¿La oficial? Él es catedrático de Filosofía en la Universidad Central, y dirige una sección de investigaciones en el Centro de Estudios Históricos. ¿La personal? La personal es la literatura. ¿Tengo que añadir que, sin pretender restar nada a su palmaria capacidad de filósofo, estoy, contra la afición oficial, por la personal? Os diré por qué: si como literato Ortega y Gasset ve las cosas humanas bajo especies cálidas y concretas, y las expresa con un ánimo de belleza, como filósofo quisiera ceñir su conducta intelectual dentro de una sola tendencia, coordinarla con su conducta práctica y construir, a través de la palabra, algo como un nuevo ideal de España, cuya última manifestación tendría que ser la obra de reforma política.

Así, en *Vieja y nueva política* (1914), convoca a los jóvenes a ensayarse para los compromisos de la vida pública, con intenciones de pureza espartana. Se funda la Liga de Educación Política Española, y el entusiasmo cunde.

—Obraremos a la primera oportunidad —se dicen todos.

—A la primera ocasión —define el héroe— nos echamos a la calle, aunque sea en mangas de camisa.

Pero, en aquellos que meditan mucho la acción, el gusto platónico de meditar suele imponerse a todo. Las ocasiones desfilaron, en larga teoría, por la calle, y los jóvenes (¿por desgracia?, ¿por fortuna?) siguieron estudiando con los libros abiertos.

El mismo año de 1914, Ortega y Gasset publica sus *Meditaciones del Quijote*, donde se propone un fin esencialmente político:

> Habiendo negado una España —dice—, nos encontramos en el paso honroso de hallar otra. Esta empresa de honor no nos deja vivir. Por eso, si se penetrara hasta las más íntimas y personales meditaciones nuestras, se nos sorprendería haciendo, con los más humildes rayicos de nuestra alma, experimentos de nueva España.

Sin embargo, este propósito parece como sobrepuesto al libro artificialmente, como adaptado desde afuera para organizar una serie de ensayos sueltos, para convertir en tesis un montón de artículos varios. De donde resulta, por ejemplo, que, a fin de aprovechar una página sobre los "conceptos", el autor se ve obligado a justificarse así: "Conviene a todo el que ame honrada, profundamente la futura España, suma claridad en este asunto de la misión que atañe al concepto. A

primera vista —confiesa—, es cierto, parece tal cuestión demasiado académica para hacer de ella un menester nacional".

En 1915 se funda una revista semanaria, *España*, de que él aparece como director. Al pronto, dijérase que va a ser el órgano de su actividad política. "Es preciso reorganizar la esperanza española", nos dice el artículo de salutación. Pero, poco a poco, el director se va alejando de su revista; hasta que, sin romper con ella, la deja sola: la preocupación literaria, el deseo de escribir en casa sobre los asuntos que le plazca, triunfan en él sobre la preocupación política. Es un jefe de partido algo indiferente; es un excelente literato. La filosofía —ayudada por cierta pendiente del temperamento— lo lleva a las inquietudes de la política; la literatura, más desinteresada si cabe, lo emancipa de todo lo que no sea Dios.

Finalmente aparece *El Espectador*, donde la vocación personal juega una mala pasada a la política: revista "espectacular", como lo indica su nombre, de libres desahogos mentales, de ensayos sobre todas las cosas de este mundo y del otro, sin propósitos prácticos artificiales, sin sistema político alguno.

Desde cierto punto de vista, este libro parece vuelto de espaldas con relación a ciertos propósitos anteriores. Como el joven Descartes después de sus viajes, Ortega y Gasset, al regreso de sus primeras excursiones por la vida pública, vuelve a sus afanes estudiosos y a la investigación de sí mismo. El libro comienza justificando esta necesidad de emanciparse de la política, de la supeditación de lo teórico a lo útil. Más aún: con descubierta arrogancia, arroja el autor la primera piedra:

> Yo he buscado en torno —escribe—, con mirada suplicante de náufrago, los hombres a quienes importase la verdad, la verdad pura, lo que las cosas son en sí mismas, y apenas he hallado alguno... ¡Y he hallado tan pocos, tan pocos, que me ahogo!... No he hallado en derredor mío sino políticos, gentes a quienes no interesa ver el mundo como él es, dispuestas sólo a usar de las cosas como les conviene. Política se hace en las academias y en las escuelas, en el libro de versos y en el libro de historia, en el gesto rígido del hombre moral y en el gesto frívolo del libertino, en el salón de las damas y en la celda del monje. Muy especialmente se hace política en los laboratorios: el químico y el histólogo llevan a sus experimentos un secreto interés electoral...

¿Contradicción? No tal, sino perfeccionamiento, emancipación, salvación, en suma. El hombre puro había hecho de la política un ideal puro, y, al palpar la imposibilidad de dignificarla, se aparta, momentáneamente, del tráfago público; vuelve a su encierro con las Musas, y sube otra vez, desde el comercio con los hombres, al comercio con los libros: con lo mejor que hacen los hombres.

¿Quién duda que, a lo largo de la vida, Ortega y Gasset tendrá que descender muchas otras veces a la política, ante las imperiosas solicitaciones del problema español? En todo caso, este momentáneo despego nos hace comprender que no ha roto la escala, que no ha olvidado el camino, que siempre sabrá apartarse a tiempo —"dejarse", como decía Gracián—, que nunca perderá de vista las categorías de su conducta, que no se repetirá en él la triste fábula española del pensador para quien los estímulos intelectuales no fueron sino un primer impulso abstracto hacia otras contiendas de orden menos espiritual. ¡Cuántos en

España —oh Cánovas, oh Castelar— cambiaron la primacía intelectual por las confusiones de la furia política!

1916

JOSÉ MORENO VILLA EN MÉXICO*

A VECES evoco aquellos libérrimos días de Madrid —mis primeros cinco años de España— en que la independencia más cabal era el contrapeso feliz de mi penuria. Al instante me acuden las imágenes de aquellos buenos hermanos que compartieron conmigo el humilde pan del escritor. Desde luego, nuestro llorado Enrique Díez-Canedo, ya tan mexicano como español, y con quien la vida había de juntarme de tiempo en tiempo en varias ciudades de Europa y América, para finalmente traerlo aquí a mi lado. Por cierto que todavía ahora me sorprendo más de una vez a punto de hablarle por teléfono para consultarle cualquier extremo de erudición literaria o comunicarle algún hallazgo que acaba de saltarme a los ojos, en este mi constante viaje por las páginas de los libros nuevos y viejos.

Y junto a mi fraternal Enrique, este José Moreno Villa, poeta, pintor, crítico de arte, archivero y anticuario y creo que hasta químico un día, con quien me veía yo a cada rato; mi compañero del Ventanillo de Toledo, mi camarada de trabajos y lecturas (en alguna ocasión estudiamos juntos cierta monografía sobre Velázquez), tan familiar de mi casa, siempre a la mano para paseos y charlas y comunes emprendimientos literarios.

Aun de lejos y de algún modo sonambúlico nuestra armonía seguía operando maravillas. Es un asombro la atingencia con que me ilustró *La saeta*, él en Madrid y yo en Sudamérica, con sólo una levísima descripción de ese poema en prosa que yo le hice en una carta. Estos magníficos trazos y chafarrinazos valientes no sólo parecen hechos a la vez que mi poema, sino que hasta parecen ser anteriores y haberlo de veras inspirado.

Moreno Villa, desde hace algunos lustros, se ha incorporado por suerte a la vida mexicana; y a nuestra vida y a nuestra cultura viene consagrando aquí una serie de libros agudos, sinceros, de sobria gracia andaluza y de esa auténtica originalidad que no se busca sino se encuentra, por ser reflejo de la propia riqueza, con la que se nace o no se nace.

Ya, cuando publicó la *Cornucopia*, casi me sobresaltó de alegría al ver confirmados, en sus sutilísimas observaciones respecto al habla de México, ciertos atisbos míos sobre lo que yo llamé "Psicología Dialectal" en mi libro *Calendario*, a propósito de las sustancias secretas y claves para el entendimiento de la mentalidad mexicana escondidas en ciertas expresiones de nuestro pueblo ("¡Hora que me acuerdo!", etc., a que he añadido después la einsteiniana fórmula: "Por lo que el tiempo encoja").

José Moreno Villa acaba de publicar otro libro, *Lo mexicano*, en que examina ciertos aspectos de nuestras artes: la precipitación anacrónica con que España vuelca sobre la colonia todas sus formas plásticas y culturales en el primer

instante de la hispanización de América; el curioso hecho de que las artes mexicanas, en "monoculturas sucesivas", alcancen un apogeo de dos en dos siglos: la escultura en el XVI, aún no discernible de las formas españolas que la "amadrinan"; la arquitectura, de mexicanismo espontáneo e inconsciente, en el siglo XVIII; la pintura, de acento nacional marcado, insistente y consciente, en nuestra época actual. A este ensayo se añaden otros sobre la Muerte, la Trinidad y el Angelismo, y finalmente, la transmisión de nociones y maneras plásticas.

El deleite visual es la característica de estas y todas las anteriores investigaciones de Moreno Villa. Sus páginas dan envidia. Envidia dan esa nitidez de percepciones, esa sencillez con que la erudición más laboriosa parece ponerse en fila y marchar en su servicio y a su llamado. Pero, sobre todo, da envidia cierta impresión difusa por todas sus páginas: la impresión de que el autor, al escribirlas, goza y se divierte soberanamente. Disimular así el esfuerzo, de tal modo quitar los andamios a la obra antes de inaugurarla en público ¿no es una suprema excelencia literaria? Otros ahuecan la voz, muestran el bíceps, sudan y se enjugan la frente, necesitan hacer ver que han luchado, que padecen, que se fatigan, que su mercancía es costosa; no este señorial Moreno Villa, ciertamente, cuya mayor prenda es la plenitud vital, la naturalidad de maduración. ¡Si parece que los libros se le caen solos del árbol!

Y, sin embargo, allá en aquellos trasfondos de la obra, que la ingrata posteridad no siempre conoce ni quiere conocer, ¡cuántas veladas angustiosas, junto a la "lámpara solitaria" de Erasmo! ¡Cuánto revolver de documentos y rasgar de cuartillas! ¡Cuánto viaje por regiones acaso incómodas! ¡Cuánta biblioteca consultada! ¡Cuántas visitas a este y el otro especialista! ¡Cuántas fotografías echadas a perder! ¡Qué buscar en las colecciones gráficas y hasta en las vulgares "postales"! ¡Qué afinar la sensibilidad hasta no dar caza a esas formas etéreas y larvas de pensamientos que rondan las sienes del escritor! ¡Qué tanteos para lograr las expresiones más simples y más directas, y —en el caso de Moreno Villa— para huir de las palabras demasiado eruditas, demasiado profesionales, para sortear las pesadeces técnicas, para traer al aire plenamente respirable de la vida los tesoros de su investigación y de su recóndita experiencia!

Verdaderamente, junto a los demás que han ganado por derecho propio la ciudadanía en la historia mental de México —y hay varios entre los que últimamente la borrasca española hizo acudir "a nuestro mexicano domicilio"— José Moreno Villa ocupa un lugar eminente. No es posible ojear sus libros sin sentirse tentado de darle las gracias al instante. Hasta de los niños se ha ganado la gratitud. Su álbum infantil de dibujos y ocurrencias para los niños —*Lo que sabía mi loro*— es una obra maestra del género. Poesía, folklore y sensibilidad paternal en rara concentración. Lo guardo, como una joya, junto a los versos infantiles de Stevenson.

Abril de 1948

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA*

I

Hojeando los viejos diarios madrileños, allá por los años en que el mexicano Gaona comenzaba a torear en Tetuán de las Victorias, sorprende encontrarse con la noticia de algún banquete ofrecido a Ramón Gómez de la Serna, y esto no por su "primer" libro, como de su edad pudiera inferirse, sino para celebrar la aparición de su "último" libro.

Gómez de la Serna ha sido precoz: apenas comienza a disfrutar las ventajas de una edad aceptable, y lleva ya publicados numerosos libros, folletos y hojas volantes en el escandaloso tipo de los "extraordinarios". Es capaz de todo: un día publicará en postales y en hojas de papel de fumar.

El formato, el espesor, el material y la letra, los dibujos de Bartolozzi (mujeres desnudas y feas, antifaces, rejas cabalísticas, tableros de ajedrez), todo da a sus libros un aire inconfundible. Su cara, armada de la pipa, aparece de cuando en cuando a guisa de mayúscula capitular, o bien alterna, a los comienzos de párrafo, con la marca de su mano abierta: una mano regordeta y sin elegancia, que ha probado ya ser muy buena para servir de almirez, entre las tormentas de cierto festejo literario. Como dos compases magnéticos, la cara y la mano aparecen y desaparecen, y al cabo producen el malestar de una positiva presencia humana, casi la impresión de un contacto. Incomodan y atraen a un tiempo, verdadero rompecabezas psicológico.

—Gómez de la Serna —observa Icaza— es hombre que dice todo lo que se le ocurre, escribe todo lo que dice, publica todo lo que escribe y obsequia todo lo que publica.

Gómez de la Serna puede pagarse sus caprichos y manías de coleccionista. Además, cultiva la tertulia.

II

Hijo de familia —con probables escapatorias—, es un acabado madrileño por sus hábitos y su mentalidad misma, con las depuraciones del exquisito talento propio, claro está. Vive en un barrio que no carece de color, muy cerca de los manicomios de libros viejos.

A los madrileños llaman gatos. Éste lo es en muchos sentidos (no obstante su expresa desconfianza por los animales de Baudelaire), aun en el amor a su rincón —amor siempre compatible con la ronda nocturna—, y por lo bien envuelto y voluptuosamente arropado que está dentro de sí mismo y de su pequeño y

cargadísimo estudio.

Su estudio es famoso: toda clase de "cachivaches" lo amueblan, cuelgan de los muros, trepan hasta el techo. Cuadros y telas, candiles, esculturas africanas, "peponas" sin ojos, un museo de muñecos rotos, objetos de cocina y de magia. Una chimenea de tubo, huérfana encontrada en el fondo de las noches de enero, se yergue en un ángulo, a modo de guerrero de bronce. No hay cosa estrambótica que no tenga allí su representación, al lado de muchas cosas bellas; de suerte que la majestad de una cabeza italiana contrasta con la estupidez de un zapato impar. Diminuta imagen del Rastro, *bric-à-brac* de moda muy atrasada (época de Eugène Sue) y de todo punto anterior a las teorías microbianas de Pasteur.

El rincón es digno del gato, y el gato halla en él una objetivación de su alma. Aunque abráis la puerta y la ventana, aquél es un cuarto cerrado y díscolo. Y conste, a todo esto, que Ramón es hombre de jovialidad y cortesía encantadoras y espontáneas. Pero todo aquel ambiente en que vive —así como la lengua en que están escritos sus libros— resulta un exceso antihigiénico de individualismo. Es el punto más distante de Grecia, sin salir del Mediterráneo.

III

Él es un muchacho de corte espeso, ojos inevitables, ancho de facciones, cara eficaz y patilluda, donde mi amigo Acevedo quería ver una semejanza del joven Fernando VII o un parecido de picador de toros.

¿Cómo definir a este escritor? Si la literatura española fuera (y no es improbable) de madera de pino; si los nudos del pino fueran un esfuerzo natural para concentrar la fibra y transformarla en ébano puro; si el gusto general, por otra parte, fuese para esta literatura lo que a la madera es la sierra, entonces Gómez de la Serna sería uno de esos nudos rebeldes que se niegan a correr al hilo del pino, haciendo que la sierra del artesano se rompa los dientes y rechine de rabia.

IV

Ignoro los orígenes prehistóricos de Ramón. Sé que entre sus inventores figura el nigromante Silverio Lanza. Me cuentan que Ramón se presentó un día en el Ateneo y leyó una "cosa", y se oyeron varios rechinidos.

Desde aquel día, los perezosos ingenios de Madrid hubieran querido arrumbar al joven escritor en el armario de los trastos inútiles. La solución más cómoda es ésa: nada es mejor que liquidar cuentas, que enterrar a los muertos. Por eso dice Pío Baroja, el impío, que la defunción de un amigo íntimo le llena de placer. Esta vaga impresión de alivio ya la había confesado hace muchos años George Bernard Shaw. Tal es la causa de muchos entierros literarios prematuros.

Pero nada hay más amargo que la certeza de que algunos muertos resucitan, y

que un día las vamos a pagar todas juntas. Ramón, desde sus catacumbas, iba minando la ciudad con una sorda y poderosa alegría. Arriba no se oía casi nada. Pero un buen día...

V

El Antiguo Café y Botillería de Pombo —la "Sagrada Cripta de Pombo", como le llaman sus adeptos— se abre disimuladamente en la calle de Carretas, entre el edificio de la Gobernación que mira a la Puerta del Sol, y el viejo edificio de Correos, "oscuro como boca de lobo". Como lo ha notado su sacerdote, Pombo desaparece durante el día; en el tráfago de la bulliciosa calle, esconde la cara. De noche se enciende —reliquia de los viejos tiempos—, con un lujo deteriorado y algo sucio de espejos congelados, mesitas de mármol y bancos de terciopelo rojo pegados al muro.

Pombo es uno de esos cafés honrados a los que pueden concurrir las señoras solas (pero no sólo las señoras, que sería otra suerte de inmoralidad). Azorín sorprendió un día en Pombo a doña Pendendo, reverenda señora.

¿Quién es doña Pendendo? El nombre es una creación ridícula, combinación de sonidos españoles hecha por una oreja extranjera. La persona —quizá vestida de negro, con un abultado guardapelo marital en el pecho— pide chocolate con "picatoste" o helados de arroz, y representa una vejez reacia, dura, pétrea, de España.

Pombo es un café viejo, merecedor del mayor respeto. Los pombianos creen siempre "codearse" con el espectro de Goya. El espectro entra por una puertecilla lateral que da a una calleja inverosímil, y adelanta —ya cojirrenco— a cortos pasos: entre el florón de la corbata y el cuello, sale a luz el cardo de la cara, la cara arrugada, terca en su amor de cosas grotescas.

Éste es el recinto nocturno de Gómez de la Serna. Aquí ha organizado y celebra desde tiempo inmemorial su tertulia del sábado. (Del sábado, del sábado del hortera, porque —dice él— hay que sentirse muy hortera del mundo.) El nombre de Pombo figura en sus tarjetas, y un dibujo sutilizado de la araña de gas de Pombo aparece en su papel de cartas. Se le puede escribir a Pombo, enviarle a Pombo los aguinaldos de Navidad o los padrinos para un duelo. Cuando publica un libro, hace la distribución desde Pombo. Se sienta, rodeado de los suyos, en un rinconcito, junto a una mesa que tiene las delicadas proporciones de un ataúd. Desde allí ve desfilar el tiempo, ve pasar a la Muerte disfrazada de camarero, ve pasar a doña Pendendo, a Goya, a la de los ojos coléricos y al de la barba despeinada. Da banquetes de cuando en cuando —banquetes organizados por la comisión: R. G. de la Serna, Ramón G. de la S., Ramón Gómez de la S., etc. —; publica proclamas. Lleva un registro en que firman todos los tertulianos. Es una de las últimas tertulias que quedan, y los guías la muestran a los forasteros (desde lejos) como una supervivencia.

Por allí ha pasado el fantasma de Larra; allí estuvo, no hace mucho tiempo, Picasso, y también Madame Fernandèz, directora, como todo el mundo sabe, de los modelos de La Maison de France.

Tres hombres dan carácter a esta tertulia: uno, el gran Ramón; otro, Bartolozzi; otro, Romero Calvet. Estos dos, a fuerza de representar la tertulia en sus dibujos, le han comunicado cierto perfil, ayudándonos con su genio gráfico, a percibir su verdadero sentido. Bartolozzi pone a los contertulios con altos cubiletes de seda de los tiempos románticos. Romero Calvet dibuja la máscara noctura de la ciudad, y abajo, muy abajo, en la sexta o séptima capa subterránea, la Cripta de Pombo, abriendo su gran boca de luz sobre una avenida de charcos. Allí, como larvas, se agolpan unas figurillas humanas, piojos de la noche de Madrid, gran madrastra de gatos y diablos cojuelos por los tejados.

Pombo es una realidad trascendente, no se le puede olvidar. Las proclamas de Pombo hablan siempre de los Iscariotes, de los infieles y de los buenos apóstoles: recuerdan la manía persecutoria de los profetas. ¿Qué tragedia se esconde en Pombo? ¿Quién los ha vendido? ¿Por qué le exigen a uno ese compromiso sagrado de la firma en cuanto se acerca? Yo tiemblo... ¿Si se tratará realmente de minar la ciudad? ¡Y pensar que en la mesa próxima doña Pendendo apura, tranquilamente, con obesos sorbos, su helado de arroz!

VI

Ya habréis advertido que Gómez de la Serna tiene todos los "no sé qués" de Feijóo (o de Fénelon): algo de hipnotismo, algo de pesadilla funesta y algo de elocuencia genial. Desde luego, en el sentido "pasatista" de la palabra, no es escritor: carece de urdimbre y cohesión. Todo él es instinto, entendiéndolo sin mala intención. Sus incursiones en la cultura son volubles y personales. No explica nunca una idea, sino que la padece, se acalambra debajo de ella y deja —de su tortura— una huella sobre el papel. Es españolísimo: unos nervios de cien mil voltios y, como reza un romance inédito: "Anatema sea el cerebro".

Cuando comenzó a escribir no hacía caso de las palabras. Las arrojaba unas contra otras y, entre tropiezos, lograba imitar con ellas sus emociones inefables. Devolvía su confusión a las cosas, no con la segunda intención de Mallarmé, sino con una inconsciencia de iluminado.

Ha dejado muchos intentos (dramas, cuentos, dichos), todos valiosos y que no se pueden leer sin el escalofrío del arte. Gustan y hacen daño, como todo lo que reposa en una inadecuación sutil. Y quizás a la larga maten.

Poco a poco, Gómez de la Serna parece convencerse de que no podrá "desarrollar" una acción. Sus acciones son escenitas soldadas artificialmente, como lo serían las cintas del cinematógrafo sin el parpadeo de ese misterioso interruptor metálico. Y ni él ni las palabras —tan leales— quieren resignarse a esta penosa tarea de adición. Se cansan a la cuarta línea uno y otras. Y entonces

el escritor se va convenciendo de que tiene que escribir a chispazos, a frases como toques eléctricos, a golpes de lucha japonesa.

Al mismo tiempo, una extraña especie de misticismo lo va dominando: todo él se siente untado en las cosas, en los objetos, en esos trebejos cotidianos que empiedran la vida —y la madrileña sobre todo—, en los mil y un juguetes trágicos que pueblan su célula de abeja paciente. Su cara, su pipa, su mano de sortija negra, el hoyuelo de la vecina, el grito del farolillo de gas que se apaga y pide favor, lo van atrayendo, polarizando paulatinamente toda su voluntad estética. Puede pasarse todo un día viendo volar una mosca o gesticulando ante el espejo. Se abandona en las cosas con ese pavor delicioso del que sabe asustarse solo. Las cosas alargan tentáculos hacia él y van a absorberlo.

Ya para entonces la lealtad de las palabras le ha impuesto un estilo, un corte de frase y una adjetivación muy suyos. No es que él haya acabado por ajustarse al lenguaje, sino que el lenguaje, a tanto insistir, ha abierto una brecha por su espíritu, penetra por él como un golpe de viento, y se roba sobre sus cien alas todo lo que puede.

Pero si Ramón se alarga, si quiere soldar una idea con otra, entonces todo se pone mal y todo se lo lleva el diablo. Sus obras perfectas no duran más allá de las siete líneas. La línea número ocho es el punto crítico de disgregación. Después, la máquina se resiste o se para.

Así condicionado, Gómez de la Serna es dueño de un arma que parece un alfiler, y es capaz de crucificar con ella todos los insectos; sólo que no puede servirle como cincel de labrar estatuas.

Se interesa cada vez más en las cosas que le rodean. Ya oye la canción del vino en las botellas o el diálogo de amoroso despecho (nuevo requiebro entre Horacio y Lidia) del caballo y la sota de la baraja; ya le salta el pulso presintiendo que el reloj va a dar las trece de la noche. Por toda su obra posterior hay un vago susto de que el corazón se le ahogue; la vida le parece una burbuja muy tenue que un suspiro puede deshacer.

VII

Y andando por esas calles de Dios, da con el Rastro. Es el Rastro un mercado de baratijas donde caen, como en remolino, todos los desechos de la ciudad: desde la tarjeta de visita con el pico doblado —pasando por el retratito con dedicatoria, “el guante impar y el ramillete seco”, la joya perdida que no se perdió, el abanico deshilachado y cansado de hipocresías, la peluca vieja, pero todavía enamorada; los hierros gastados, sin ley de accidentes del trabajo que los recompense en su desgracia; el mueble de entalle que nació antiguo— hasta la trompa de locomotora o el ancla de buque: súbitos elefantes del Rastro, venidos no se sabe de dónde.

En el Rastro cree ver Gómez de la Serna el comienzo y el acabamiento del

mundo, con una filosofía parecida a la de Quevedo. Y al Rastro dedica todo un libro, que yo pienso que durará. Ha encontrado así su asunto y su estilo. En adelante, toda su obra gira en torno a temas como éste. La fortaleza de la crítica se le va rindiendo almena por almena. Ventura García Calderón me hacía notar las semejanzas fortuitas de Gómez de la Serna con Francis Poictevin, "este contemporáneo del naturalismo que presintió todas las delicuescencias".

De tiempo atrás, Ramón venía publicando en los periódicos breves humoradas, a las que, de acuerdo con su método "inintelectual", había dado el nombre de "greguerías" —familiarmente, "gregues". La greguería es la unidad de su pensamiento, su milímetro intelectual, su "llave" de jiujitsu. Y ahora que ha reunido sus greguerías en un grueso volumen, tienen un aspecto formidable; son como un ejército de hormigas voladoras que pueden comerse una ciudad; son una polilla voraz que ha caído sobre las cosechas de la tierra. Parecen una colección de espinas microscópicas: cada una nos clava su punzada, por siempre y para siempre.

Van a ser de fijo muy imitadas; lo han sido ya, según dice el prólogo. A veces quisiera uno plagiarlas. Yo he pensado seriamente en hacerlo con toda regularidad y mesura, aunque urbanizándolas un poco: en robarles la almendra, y regarapiñarla después a mi modo y a mi gusto. Muchos, que no lo confiesan, sienten lo mismo.

VIII

Tiene uno sus aficiones, sus costumbres. Matthew Arnold se sorprendía a veces recitando un trozo de Maurice de Guérin *(Les dieux jaloux ont enfoui quelque part les témoignages de la descendance des choses...);* y yo suelo recordar en las conversaciones los cuentos crueles de Villiers de l'Isle-Adam. Un día me hacía notar Díez-Canedo que estos cuentos resultan mejor para contados que para leídos; el "desarrollo" les hace daño; el asunto lo es todo. Gómez de la Serna ha descubierto el secreto para sí: todo es greguería, dice, aunque algunas veces —las más— nos la dan hinchada o abortada; nuestra alma, vista al microscopio, resulta hecha de greguerías.

Psicólogo de las cosas, le ha llamado Azorín: Azorín, que, el 22 de noviembre de 1903, publicaba, en *Alma Española*, cierta preciosa notícula sobre la filosofía de las cosas, que puede considerarse como un antecedente teórico de la greguería.

Pero creo que se equivoca Azorín dando a Gómez de la Serna por representante de la España Niña literaria; Ramón sólo se representa a sí mismo. Y creo, además, que Azorín exagera recomendando la lectura de las greguerías a los niños.

—No, Azorín: Rousseau no quiere despertar en los niños ciertas sensibilidades que para nada van a servirles; para eso se han creado las

universidades sajonas, cuyo objeto es embrutecer un poco y formar el callo. Además, ¿no es verdad que las greguerías están enfermas de una dolencia verde, de un mal contagioso, español, católico y medieval? Dejémoslas para las personas mayores, Azorín: ¡Qué idea de nutrir a la descendencia con ajenjo!

IX

Ramón:

Hijo de tu pueblo, golfo intelectual de la Villa y Corte: bajo la gorra sospechosa de tu ironía, te veo escabullirte, saltando sobre el "Carolus" de la calle empedrada, con la navaja de escribir en la mano. Sólo tú sabes por dónde se está desangrando, gota a gota, el corazón de Madrid.

Enero de 1918

DE ALGUNOS ESCRITORES EUROPEOS

MONTAIGNE Y LA MUJER*

ES UN PLACER algo doloroso y hasta romántico estudiar las evoluciones del pensamiento negativamente; no en los que construyen el nuevo ideal, sino en aquellos últimos representantes de una pléyade literaria que, por la edad, escuchan ya los gritos de los venideros, mas por la educación simpatizan aún con los de ayer. Ellos registran también los nuevos valores, pero por reacciones inactuales. Si otros espían el día naciente con los ojos fijos en la aurora, ellos lo presienten, vueltos aún hacia el crepúsculo del día anterior. Del carro de la vendimia caen racimos que se aprestan a recoger los que van a pie. Algo va quedando en el camino que para una o dos generaciones humanas no ha de volver; no es, por cierto, lo menos sazonado y nutrido. Nuestros abuelos, con metáfora que recuerda las amarillas estampas de sus libros, os dirían que es la suerte, no la justicia, quien rige las riendas de la fama. Intentan crear un nuevo ideal las almas jóvenes: de optimismo, de fuerza viva, de mucha acción, quizá de muy poca meditación. Hay, sin embargo, quien consagra sus horas a los sacerdotes del puro deleite intelectual: un día a Renan y otro a Montaigne. Ayer, una conferencia de Lasserre, hoy un libro de Joachim Merlant, profesor en Montpellier: *De Montaigne a Vauvenargues, ensayo sobre la vida interior y la cultura del yo*. La obra es, en su mayor parte, aprovechamiento no disimulado de obras anteriores. Inútil, pues, alardear de malicia descubriendo sus fuentes: Gustave Reynier, Strowski, Villey y otros, entre los cuales, aun cuando no se dijera, naturalmente que se encuentra Sainte-Beuve.

> Déjese de considerar la dicha como una presa —nos dice el autor—; téngasela por el fruto delicado de una práctica diligente. Esto conduce al renunciamiento. Vida interior: cultura del yo. Aquélla despierta la idea del ascetismo: ésta, la del arte. Y ambas responden a una concepción aristocrática de la vida.

El libro resulta un poco triste y, en rigor, no es fuerza leerlo. La evolución espiritual de Montaigne está dibujada en fáciles páginas: nos hace pensar.

I

Montaigne, retirado de los negocios públicos a los treinta y ocho años, se da por completo al cultivo de su soledad, al ocio con letras, a la busca del yo. Comienza —todas las iniciaciones son pedantescas, académicas— por un estoicismo cuya rigidez repugna a su naturaleza flexible y ligera. Atraviesa, después, una aguda crisis de pirronismo que algunos, sin razón, consideran como el término de su desarrollo. Acaba, finalmente, en algo que por personal no tiene nombre hecho:

esfuerzo perfecto de intelección; claro anhelo de dominar, con el regocijo de entenderlo, el mal incurable de existir, de sentir. Realizando uno de los tipos del poeta crítico, ha descubierto que su inteligencia es, en sí misma, una especie superior de alegría. El sabio, dirá Schopenhauer, no conoce el aburrimiento. ¡Ay!, en el fondo plácido de aquella existencia duerme la posibilidad, la certeza potencial de una tragedia sin catarsis. Montaigne cerró la llave al misterio. Huyó de la melancolía, la negó, la rechazó siempre: sabía que una gota de dolor deja sabor eterno. Encastillado en su biblioteca, la ensordeció con tapices y cortinas: el canto de la Sirena no pudo llegar hasta él. Seguramente que no era músico: la música, según Spinoza, es pretexto de melancolías y, en todo caso, el sentido de la musicalidad es arrebatador y disolvente. Es perverso, cuando no se reduce a aquellas rudimentales modulaciones con que el hábil Quirón enseñó a marchar al niño Aquiles. Es tentador: quien una vez lo ha experimentado, se le entrega sin resistirle más. Nietzsche, huyendo de Wagner, huye del ensueño y de la tristeza, de la niebla espiritual; deja la brumosa Europa Atlántica, busca el sol del Mediterráneo. Montaigne, por su parte, clarifica diariamente en su alma aquella clásica alegría bordelesa que tanto se parece al sol. Alegría del buen vino, de los buenos libros; concepto naturalista del hombre, sin tortuosas exigencias; sana inclinación, fáciles discursos y memoria llena de sorpresas. "Gracias a esta facultad de olvido —ha escrito—, los lugares y los libros que reveo me sonríen siempre con fresca novedad."

Montaigne cerró la llave al misterio: por las hendeduras de la puerta, por el ojo de la llave fluyó entonces hacia Montaigne el hondo misterio de su ser, como entra el agua del mar por la ensambladura de la barca. Él mismo nos cuenta que su paz y su lucidez estuvieron constantemente en peligro, y que sólo consiguió salvarse por una labor calculada y también constante. Es como decir que vivió en un voluntario engaño, frágil "bovarismo" de cristal: un choque más rudo con las realidades morales lo hubiera hecho trizas sin merced. Algo de pobreza, algo de música —un violín colgado a una pared desnuda—, lo hubieran derrotado quizá. Por eso el exuberante y enfermizo Rousseau lo ha llamado el *falso sincero*.

Triunfo apolíneo, éxito de la apariencia, estas existencias trabajadas como sonetos parnasianos, como candeleros de Benvenuto, tienen, a veces, el encanto trágico de las flores; sutil equilibrio de lo efímero, ¡cuánto engaña el ostentoso aparato de su solidez! ¡Cuánto no las supera, entonces, aquel fatigoso vivir en que todas las tempestades morales han pintado su latigazo y que se redime, por eso, a la vibración de sus dolores! San Agustín lo decía con fuerte palabra: las perfecciones imposibles ni a la misma divinidad seducen: el Dios nos quiere pecadores y arrepentidos, probados en la guerra ética del mundo. Goethe mismo, en la ascendente carrera de antorchas de su vida, ¿qué mucho si, para defensa propia, aceptó la máscara inflexible o la coraza que no se pliega al mandoble? Paralelamente a su existencia, a través de aquella obra más o menos externa con que quiso apaciguar el eco de sus explosiones juveniles, dejó resonar la obra

inacabable, comentario de sus días y ley verdadera de su espíritu: los sueños febriles y aterradores del *Fausto*, tan sublime como Satán.

¿Qué faltó, pues, a Montaigne? Cuando abandona las ambiciones del mundo, la vida se le reduce al espacio de su biblioteca. No necesita más espectáculo que el de su alma y el de sus libros. Uno que otro amigo con quien charlar tiene sólo aquel valor transitorio que tienen los comentarios de lápiz al margen de las páginas. Exceptuemos, sin embargo, a Étienne de la Boétie, de cuya muerte nunca se podrá consolar, y perdonémosle muchas de sus incredulidades, siquiera por haber conservado, en aquel ambiente de complacencia, un recuerdo doloroso para el amigo. Montaigne se instala en la vida como un bibliotecario feliz en el gabinete de las Musas. Por momentos, parece que se le oye exclamar, en frases de Gracián: "¡Qué jardín del Abril, qué Aranjuez del Mayo como una librería selecta!" A creerle, en aquella casa la heroicidad no tiene más valor que el de mera reminiscencia histórica. El bien hallado señor de provincia opina que morir por una idea es conceder excesivo valor lógico a las conjeturas. ¡Dioses! Esto se decía en el siglo que Monsieur Danou (un testigo del Terror, a quien cita Sainte-Beuve) ha llamado *el más trágico de toda la historia*. Y, sin embargo, digamos aún con Sainte-Beuve que hay momentos en que todos los ciudadanos de un pueblo debieran leer, noche a noche, una página de Montaigne. En la actitud de Montaigne frente a su siglo no descubriremos debilidad, ni hay derecho a ello: ser sereno ante las locuras populares es la más grande heroicidad. Los jefes de la política son generalmente hombres necios y literatos fracasados. Noble alteza no darse a ellos, aun cuando los Gibelinos nos tengan por Güelfos y los Güelfos por Gibelinos. Sobre esto podemos citar al frío y despechado Vigny: "Ni amor ni odio se debe tener para los hombres que gobiernan. No les debe uno más sentimientos que el que tiene por su cochero: conducen bien o conducen mal, eso es todo". No: si algo faltó a Montaigne (y éste es el capítulo que echo de menos en el libro de Merlant) fue ello una cualidad, o mejor tal vez una experiencia, meramente interna: un golpe divino de inconciencia, una revelación oportuna de misterio y de dolor. Digámoslo todo: en la juventud de Montaigne faltó una mujer. No en vano aquel Diego de San Pedro, su contemporáneo, puso en la *Cárcel de amor*, como la primera razón en defensa de las mujeres, que "no solamente a los torpes hacen discretos, mas a los mismos discretos más sutiles".

II

Lejos de la novela amatoria que pululaba como en el aire, Montaigne describe una órbita solitaria. Era, la controversia sobre la mujer, tópico puesto a la moda por los héroes de amor, que invariablemente la emprendían, antes de suicidarse en la última hoja de los libros. Entretejían el bordado de las historias con las ideas platónicas, las cuales requieren una Diótima que las insufle: una mujer de quien partiese para más altas adoraciones —como en el *Cortesano* de Castiglione

— el pensamiento de belleza. Otras veces, la mujer es una maléfica encantadora. En uno u otro caso, era el personaje dominante del cuento; y el amador, tan sólo la sustancia plástica que se fundía al calor de la amada. El resto de las figuras (casi sombras a veces) lo componen un traidor —elemento corrosivo indispensable para que el conflicto se produzca—, la cara venerable de un padre, de preferencia un rey, siempre más o menos engañado —elemento de fuerza que por un instante cede al mal, causando el desequilibrio de que ha de brotar la novela—, y el coro de llanto finalmente, el cortejo de damas y caballeros cuya misión es exclamar.

Según aquella concepción, a la vez teológica y sentimental, es la mujer dispensadora de vicios y de virtudes, ánfora del bien y del mal. Último fruto de aquella invención medieval que comenzó con las ráfagas de la epopeya, y luego se enriqueció de fábula, degenerando, al "dialectizarse", en los libros de caballería, la heroína de la novela amatoria, esta abeja amarga, no tiene cabida en los panales del humanista. Montaigne buscará en los libros la mujer heroica y algo retórica de los oradores antiguos, la que dejó palabras de oro sobre la tumba del guerrero, o pintará el animalillo gracioso y feroz, contradictorio y bello, sujeto a la esclavitud de la carne y la animalidad de la sangre, adorable en la mancebía y enojosa para el hogar, que él creyó encontrar o encontró por estos decamerones de la vida.

A una parte, las mujeres de Weinsberg que, en el sitio de la ciudad por Conrado III, habiendo obtenido licencia de salir a pie con lo que pudieran llevar consigo, se aprestan a cargar sobre sus hombros a sus hijos y a sus esposos; o las mujeres indias que se disputan el favor de su señor para merecer el premio de ser enterradas vivas en su sepultura; las canonesas Pelagia y Sofronia defendiendo su honor con la muerte; Sextilia y Paxea suicidándose para alentar a sus esposos. A otra parte, lo que Montaigne piensa de la mujer, hecho punto omiso de la fábula.

Las declara, una vez más, veleidosas; censura su inconsistencia para la amistad. Amor, amistad: he aquí una disyuntiva no resuelta: si la una es decadencia del otro, si es su equilibrio. Montaigne, en todo caso, pertenece a la categoría de esos personajes de Shakespeare, que, según el crítico del *Times*, conversan y obran más fácilmente cuando sus mujeres se han ausentado. Pero, por lo menos en el amor, ¿les reconoce Montaigne superioridad a las mujeres? En amor, dice él, la primera parte es aprovechar el instante, la segunda lo mismo, y la tercera también; a veces, confiesa, pudo faltarme suerte, pero, casi siempre, ánimo de empresa. Y el pudor mismo le parece que suele ser asunto de precio, lo que ilustra con el ejemplo de aquellas orientales que hacen pregonar el haberse abandonado a quien les obsequia un elefante, como para que se entienda que saben apreciar el valor de la hermosa bestia. Le resultan, en ocasiones, animales terribles: las mujeres escitas, dice, arrancan los ojos a sus prisioneros y a sus esclavos para usar de ellos más libremente. Mas concede, en cambio, que alguna

razón les asiste en protestar contra leyes que las interesan y que se dictan sin su consejo, como la que las obliga a la abstinencia; pues su castidad es sólo un arma del amor. Si nos contraría el rigor en la amante, la facilidad mucho más: por eso todas velan hasta abajo de los talones lo que todas desean mostrar y todos ver —prosigue Montaigne. Por lo demás, acusa, son inclinadas a contrariar al marido. Y en este punto trae a cuento graciosísimas anécdotas de esas que propaga la tradición popular. (El cargo es injusto: de las contradicciones de *ella*, el culpable ha sido siempre *él.)* Dice, además, que nos importunan con sus celos, que arruinan sus hogares, y que no se debe dejar en sus manos la suerte de los hijos, porque la resolverían de modo *inicuo* y *fantástico*. Ese apetito desordenado y gusto enfermizo —explica— que manifiestan en su preñez siempre lo tienen en el alma. Detesta, como Juvenal, a la mujer pedante, y a la mujer en general la cree inepta para la ciencia. Con Platón y Santo Tomás, alega que la sabiduría se les queda en la lengua. Cree que para ser discretas les sobra con sus gracias naturales; pero que, si dan en estudiosas, lo mejor será que no lean más que poesía. En otra parte, citando a Margarita de Navarra —con quien se hubiera entendido desde la primera entrevista—, opina que a los treinta años debe la mujer cambiar el ser bella en ser buena. Abónesele, finalmente, un rasgo caballeresco; si es cierto, conversa en algunos de sus ensayos, que los placeres del contar no ceden a las delicias del obrar, en mi tiempo, por lo menos, sólo se permitió este desahogo al que tenía amiga fiel y única, en tanto que hoy las charlas de sobremesa descubren las aventuras y favores secretos de las damas. Los que tal descubren, exclama, no merecen las dulzuras que disfrutaron. Con todo, la más sabia mujer, nuestra incomparable *Celestina*, hubiera absuelto a los indiscretos; porque, como dijo a Pármeno: ... "de ninguna cosa es alegre posesión sin compañía. No te retraigas ni amargues, que la natura huye lo triste y apetece lo deleitable. El deleite es con los amigos en las cosas sensuales, y especial en recontar las cosas de amores y comunicarlas"... Lo sabía Montaigne, que algo suyo quiso contar, siquiera al papel en que escribía:

—También es dulce para mí —asegura— el comercio de las mujeres bellas y honestas: *nam nos quoque oculos eruditos habemus*. —Y más adelante, algo de que hubiéramos deseado saber más:

—Yo sufrí en mi infancia todas las furias que, según los poetas, se apoderan de los enamorados...

Pero pronto nos desengañamos respecto al límite en que se detuvo su experiencia de la mujer cuando, al volver la página, nos arroja a la cara que, en materia de amor, entre sacrificar el espíritu o el cuerpo, prefiere renunciar a lo espiritual, que al fin y a la postre a mejores usos es llamado: porque, añade con injuriosa evidencia, algo se hace sin las gracias del espíritu: nada sin las corporales. Que la viuda del *Quijote* explicaba a su guisa, asegurando que para lo que ella quería a su fulano, aunque tonto y soez, éste sabía tanto o más que Aristóteles.

III

Esto apunto como quiere la pluma. Recojan la sugestión los especialistas, corríjanla y desarróllenla, y dígannos si la idea que tuvo Montaigne de la mujer no fue, como mucho lo temo, la más vulgar. Quizá ya se ha escrito sobre la materia. Cien tórculos rechinan a un tiempo estampando comentarios sobre Montaigne, y tanto se ha glosado su obra, que pasma no se le dedique una revista como la que se ha consagrado a los estudios rabelesianos.

Y como la naturaleza humana es compleja, y es cada individuo resultante de contradicciones, los conocedores minuciosos hallarán siempre elementos para descubrir en Montaigne ya el amor, ya el desamor, ora el respeto o bien el irrespeto. Y particularmente en su caso de escritor cotidiano, para quien todo minúsculo aleteo del pensamiento tiene derecho a la manifestación literaria. Que no hay mejor medio para ignorar la fisonomía de un hombre que conocerlo por milímetros, o para ignorar su verdadero balance de la vida que conocer sus conversaciones. ¿Lo sabía el fiel Eckermann, lo sabía el fiel Boswell, oh manes de Johnson, de Goethe? Montaigne se exhibió tan analíticamente, bajo el vidrio combo de su introspección, que provoca al estudio microscópico. Su yo, como él lo quería, es centro atractivo de una sociedad de inteligencias. Y amenazaría perder su relieve sintético, si su mismo procedimiento egoísta, alejándolo de cuando en cuando del lector, no nos ayudara a apreciarlo en conjunto. Visto así, en conjunto, parece indudable que Montaigne es un ejemplo más de esta especie de desamor que acompaña siempre al egoísmo.

Nuestra vida, con sus acarreos de dolor, se desliza entre diminutos placeres que no siempre nos atrevemos a paladear. Ninguno conozco más agudo y más instantáneo que la sorpresa de encontrar juntos ciertos libros de índole contrapuesta. Porque, o los libros tienen malicia, o mi incorregible bibliotecaria ha abandonado hoy, sobre los *Ensayos* de Montaigne, los *Pensamientos* de Pascal.

—El yo es odioso —predica Pascal junto a la sonrisa de Montaigne. Mas su sinceridad se desborda, y no puede menos de conceder:

—Tú podrás disimularlo, oh Mitón, mas no lo podrás aniquilar...

Y pienso que el sentido femenino de la vida es como una solicitación a disgregar el yo concentrado. Y, huyendo entonces del entrecejo de Pascal, recaigo en las páginas de Montaigne, procurando leerme en ellas por transparencia. Que es seguramente la mejor, entre las siete maneras de abordar su lectura.[1]

DE SHAKESPEARE,
CONSIDERADO COMO FANTASMA*

UN DÍA dieron los hombres en dudar de la personalidad de Shakespeare; en dudar de que ese Shakespeare de quien nos hablan las biografías fuera realmente el autor del teatro que corría bajo su nombre, sin la menor objeción, desde hacía más de tres siglos.

Hará unos setenta años, J. C. Hart, cónsul americano en Santa Cruz, propuso las primeras dudas. A éste siguieron otros. A través de cabalísticos razonamientos, la crítica de los Estados Unidos trataba de convencerse de que Shakespeare era Bacon, el propio Bacon de los *Ensayos*. ¿Y no hubo quien declarara que Shakespeare era un autor francés, un tal Jacques Pierre, que había alterado *levemente* su nombre para darle sonido inglés? (Esta explicación, lector, nos recuerda las etimologías de Goropio.)

Karl Bleibtreu, en 1907, y C. Demblon, en 1913, se empeñaban en identificar a Shakespeare con Francis Manners, sexto conde de Rutland.

El ambiente se fue llenando de niebla. Un hombre de buen sentido, Mark Twain, trataba en vano de poner fin a la ociosa controversia mediante esta fórmula de transacción: "Declaremos que la obra de Shakespeare no es de Shakespeare, sino de un contemporáneo suyo que se llamaba como él".

Al fin el tumulto se va aquietando. Y contribuye no poco la autorizadísima obra de sir Sidney Lee sobre la *Vida de Guillermo Shakespeare*, publicada por vez primera en 1898.

Pero he aquí que recientemente aparece un libro de Abel Lefranc, profesor del Colegio de Francia, que propone una nueva metamorfosis: *Sous le masque de William Shakespeare: William Stanley, VI^e^ Comte de Derby*. La obra consta de dos volúmenes, y el que prefiera enterarse de lo sustancial puede leer el folleto de Jacques Boulenger, *L'Affaire Shakespeare*, París, Champion, 1919.

De Shakespeare, ingenio universal si los hay —dice la nueva teoría—, tenemos una biografía extrañísima, por cuanto es la biografía de una persona privada, oscura, de quien nadie habla en su tiempo. Lord Derby, en cambio, parece corresponder a los contornos "metafísicamente necesarios" del autor de la obra shakespiriana, por tales y cuales coincidencias que de otro modo no se explican (inútil empedrar de pormenores este simple "aviso a los aficionados"), y porque su posición social, su vida, sus viajes, su cultura, su temperamento de Otelo celosísimo, las noticias que tenemos de que se ocupaba "en escribir comedias para el vulgo", todo, en fin, hace probable la hipótesis.

Sir Sidney Lee, apóstol de la teoría clásica, contesta a Lefranc desde las páginas de *The Quarterly Review* (julio de 1919) y, aparte de la fuerza que

puedan tener sus argumentos eruditos e históricos, logra realmente "salvar" la cuestión, elevarla a un plano de mera discusión estética, cuando dice, más o menos:

> Ignoramos las leyes que rigen el genio estético. Lefranc trata de demostrar que la persona y antecedentes de Shakespeare no *se parecen* a su obra; que su ambiente no se refleja en sus dramas (y por cierto sólo examina una parte reducidísima), etc. No es así como la cuestión debe proponerse. Debiéramos más bien preguntarnos si la obra shakespiriana revela o no a un escritor genial, capaz de lanzar su imaginación, en cuanto toma la pluma, precisamente hacia un mundo distinto del que habitualmente le rodea.

Bergson, en efecto, estudia la producción dramática como caso típico de la producción estética, y concluye: la conducta humana es el resultado de una elección perpetua; la vida parece un camino lleno de encrucijadas o tentaciones a cada paso; el artista dramático, al crear sus caracteres, realiza, en un mundo ideal, mil posibilidades de su propio ser que no ha realizado en la vida práctica. Y en este sentido, el arte resulta algo como un *desquite* de la vida.

Albert Thibaudet, en *La Nouvelle Revue Française* (agosto), hace un excelente examen de la cuestión. La tesis de Lefranc se reduce para él a dos asertos: *1º* Es imposible que Shakespeare sea el autor de su teatro. *2º* El autor es William Stanley, conde de Derby. El primer aserto es inaceptable: Lefranc considera como defectos de la persona de Shakespeare lo que, en rigor, son defectos de nuestro conocimiento sobre dicha persona. El segundo aserto, mantenido con un tono verboso y algo jactancioso que hace desagradable la lectura de Lefranc y le quita ponderación crítica, podrá mañana resultar verdadero: es un bello sueño; en vez de la obra shakespiriana, que surge de la pluma de un ser algo misterioso e invisible, nos daría un "autor responsable", plenamente conocido, y cuyo carácter parece estar en armonía constante con la obra. Pero, hasta ahora, los argumentos de Lefranc tienen más interés como aportación indirecta a la teoría clásica —por las novedades que nos hacen conocer sobre Shakespeare—, que no como demostración de que Lord Derby sea el hombre buscado. Y Thibaudet adopta esta posición discretísima: Lefranc (como antes Demblon) quiere probar que el autor del teatro shakespiriano es un gran señor, y lo que por ahora prueba es que Shakespeare, el clásico Shakespeare, tuvo relaciones con ese gran señor. ¿Lefranc pretende que el gran señor escribía lo sustancial de la obra y que Shakespeare —un practicón— la teatralizaba y la adaptaba al movimiento escénico? Eso no puede aceptarlo el que haya leído un solo drama de Shakespeare y apreciado su íntima contextura. Mucho más fácil es aceptar que Shakespeare atendiera tal o cual consejo o indicación de Lord Derby, como atendía sin duda los consejos, indicaciones y noticias que le daban los demás personajes a cuya casa solía ir a representar con sus actores.

Finamente, Benedetto Croce (*La Crítica*, mayo-julio), desde una nota, y como de paso, le da un puntapié a Lefranc, y —olvidándose provisionalmente, y para los efectos de la polémica, de que es Lefranc autor de sabios estudios sobre

Rabelais, Margarita de Navarra y Marot, y de que su trabajo sobre las *Navegaciones de Pantagruel* ocupa un alto puesto en la crítica— le llama, con esa acritud, con esa acidez que le es tan característica, "un profesor A. Lefranc…"

Y es que Croce vuelve a la erudición —que ocupó su juventud estudiosa— como con náuseas. Es que tiembla siempre por la semilla de espíritu puro que hay que ir a buscar entre los terrones brutos de los datos innecesarios o simplemente curiosos. Es que mantiene, en una admirable página con que se abre el cuaderno de la revista a que vengo aludiendo, la diferencia entre la persona "práctica" y la persona "poética". Es que recuerda, con saludable insistencia, que una cosa es la biografía y otra la obra artística (¡ay, en nuestra crítica cervantina, qué falta nos haría una prédica semejante!), aun cuando aquélla sea un auxiliar para la interpretación de ésta, que es, al cabo, la que más importa.

> La poesía —escribe— debe ser, sí, interpretada históricamente; pero con ayuda de aquella historia que le es intrínseca y propia, y no de aquella historia, del todo extraña, que no tiene más relación con la poesía que la que pueda tener el hombre con lo que desdeña, aleja o rechaza, porque le estorba o no le sirve, o porque ya lo ha aprovechado en su obra hasta donde le hacía falta.

Volvamos, volvamos a la hipótesis del humorista: la obra de Shakespeare no es de Shakespeare, sino de otro señor que era su contemporáneo y su homónimo.[1]

1919

SOBRE LA SIMETRÍA EN LA ESTÉTICA DE GOETHE*

CADA VEZ que quiero evocar, panorámicamente, a las criaturas de Goethe, creo ver un jardín simétrico, distribuido con la precisión de contornos con que nos aparecen las posesiones bajas del barón Eduardo, miradas desde su castillo, o como lo habría planeado aquel extravagante que, dice Hoffmann, viajaba por el mundo a caza de bellas perspectivas y, corrigiéndolas a su capricho, hacía talar un bosque, o plantar nuevos árboles, o cegar un arroyo, o abrir una fuente, según conviniese a la concepción ideal, a la que, como a un arquetipo, quería ajustar los paisajes de la tierra. Paseando en el jardín, y con la rigurosa indumentaria de la época (cosa que no suele acontecerme con las creaciones de otros autores, y quizás con éstas me suceda porque, en la lectura de las memorias de Goethe, noté que describía siempre y recordaba con particular atención los menores detalles de su vestido), creo mirar también a Fausto y a Margarita enamorándose con juegos, y, después, a Mefistófeles y a Marta diciéndose cosas deshonestas, según aparecen en la escena. Esto pasa en lo penumbroso del huerto. En lo más sombrío, y mirando a las campesinas llenar sus cántaros en los pozos, distingo a Werther, quien hojea las páginas de Homero o las del que entonces era Ossián, según que esté alegre o que se aflija. Y, en coro agitado, la danza alternada de los amantes y de los indiferentes (motivo de una *Lied* del poeta) deja ver, por tiempos sucesivos, para ocultarles luego tras de la verdura y la arboleda, la pareja de los amantes, la pareja de los indiferentes. Por fin aparece todo el cuadro central de las *Afinidades electivas*, que yo no concibo sino como en danza, también, de los personajes impares —Eduardo, Carlota, Otilia, el Capitán, el Arquitecto—, donde cada uno, igual que en un baile conocido, se fuera, por turno, quedando solo y sin compañía. Es decir, que todo me parece como un ejercicio de simetría en función de la naturaleza.

En la escena del jardín de *Fausto* no puede haber más simetría: las figuras nobles pasan hablándose de amor; las innobles les siguen, insinuando cosas vulgares. Corresponde esta escena a la *Lied* que acabo de recordar: la pareja de amantes puede ser la misma de Fausto y Margarita: la de indiferentes la podrían formar Marta y Mefistófeles.

> LOS INDIFERENTES.—Llega, hermosa mía, y ven a danzar conmigo, pues la danza conviene a la fiesta. Si no eres aún mi tesoro, lo serás un día; y si esto no llega ¿qué importa? ¡Dancemos! Llega, hermosa mía, y ven a danzar conmigo: la danza decora las fiestas.
>
> LOS AMANTES.—Sin ti ¿qué serían las fiestas, amada? Sin ti, mi dulce tesoro, ¿qué sería la danza? Si no fueras mía, yo no danzara. ¡Oh, quédate siempre a mi lado, que sólo así es fiesta la vida! Sin ti, bien amada, ¿qué serían las fiestas? Sin ti, mi dulce tesoro, ¿qué serían las danzas?

MARTA.—Llega la mala estación, y es duro arrastrarse hacia la tumba sin compañero.
MEFISTÓFELES.—¡En eso pienso yo con espanto!
MARTA.—Y por eso, mi digno señor, fuerza será prevenirse cuando aún es tiempo.
FAUSTO.—Una mirada, una palabra tuyas, valen más que la sabiduría toda del mundo.
MARGARITA.—¡Cómo! ¿Besasteis mi mano, señor?

Simetría, paralelismo hay también en los estados sucesivos del joven Werther, que lee, cuando hay primavera en los campos y en su corazón, los poemas homéricos; y cuando el otoño llega a los campos y a su alma, los poemas gaélicos; y en el invierno, al fin, se suicida, recordando el clásico mito de Deméter, que llora o se alegra según que el calor de la vida (su hija Perséfone robada por el monarca subterráneo) se contrae al centro de la tierra o regresa a la superficie.

La simetría de las *Afinidades electivas* es demasiado manifiesta y muy voluntariamente lograda. No creo que nadie la desconozca.

El mismo *Fausto* —incluyendo la segunda parte— es obra simétrica si bien se mira, por mucho que la lectura resulte intrincada y áspera en razón de la multiplicidad y el raro simbolismo de los personajes.

La simetría en las tragedias clásicas venía a ser como la ley moral, emanada de aquella compensación que trae siempre consigo la fatalidad castigadora. En cuanto a la simetría puramente exterior, en Sófocles la hay casi constantemente; en Shakespeare suele notarse, con vaguedad y algo vacilante, como en *El rey Lear* y en *El sueño de una noche de verano;* en Ibsen suele hallársela más manifiesta, como en *Los espectros* y en *Juan Gabriel Borkman*. En las obras de Goethe, salvo en el *Goetz de Berlichingen* y algunas otras secundarias, es fácil notar la simetría. ¿Habéis advertido ya cuántos efectos toma a la superstición y a la magia? Pues la simetría no es más que una forma de superstición o de magia. Los cuadros, los círculos, siempre fueron signos de los magos. Y las coincidencias —que son simetrías— siempre dieron motivo a supersticiones. Las cualidades del número perfecto de los pitagóricos resultan de su simetría solamente. Y que Goethe fuera supersticioso, como alemán, lo comprobará fácilmente quien busque en sus memorias aquel trozo en que cuenta cómo, yendo a caballo por el campo, *se vio venir* con rumbo opuesto, también a caballo, y vistiendo traje de botones dorados. Y dice que, años después, con ese traje y con ese rumbo, cruzaba por el propio camino.

Abril, 1910

MALLARMÉ A DISTANCIA DE MEDIO SIGLO*

I

A raíz de la muerte de Mallarmé, algunos de sus admiradores creyeron servir mejor a la posteridad del poeta negándose a admitir que fuera un poeta oscuro y difícil. A este fin, esgrimieron los más ingeniosos argumentos, para concluir que Mallarmé era tan claro como pudieron serlo Hugo o Goethe, o al menos, Hegel o Pascal. Así Viélé-Griffin, Rémy de Gourmont o Camille Mauclair.[1]

Medio siglo más tarde, la crítica genuina confiesa las oscuridades de Mallarmé, y las considera elemento esencial de su poética. El propio Rémy de Gourmont ya había acabado por reconocerlo: "Yo no creo que sirva de nada —decía—, ni estética ni intelectualmente, el analizar muy de cerca un lenguaje que ha querido de propósito ser hermético".[2]

Esta actitud mucho más sincera conduce a mejores resultados, pero también se presta a nuevos desvíos. El asombroso número de intentos seudocríticos o semicríticos aparecidos en los últimos años prueba la dificultad de la exégesis. Prueba también que Mallarmé está todavía vivo. Aún no hemos acabado con él. Aún excita nuestra imaginación y todos creemos tener algo que decir sobre su poesía. Hasta para interpretar el mismo texto, se proponen las opiniones más divergentes cumpliéndose así aquella observación de Góngora en carta a un detractor anónimo (Lope), donde declaraba más o menos que las cosas muy diáfanas se quedan muertas en el papel, mientras las oraculares siguen alentando con vida fecunda en el ánimo de los lectores.[3] El verso

Tison de gloire, sang par écume, or, tempête !

es, para unos, una evocación de la batalla de Accio; y para otros, el conflicto íntimo del poeta tentado por el suicidio.[4] No de otro modo la estrofa final del soneto de Góngora: "Éste, que Babia al mundo hoy ha ofrecido" es, para unos, una alusión a la inmortalidad que da la imprenta, y para otros, una alusión a la caída de Ícaro.[5] En todo caso, quienes ven en el mencionado poema de Mallarmé la evocación de la batalla de Accio encuentran aquí un campo propicio para comparar las cualidades encontradas del Simbolismo y del Parnasismo, con referencia al conocido soneto de Heredia sobre Antonio y Cleopatra:

Tout deux ils regardaient de la haute terrasse...

La superabundancia de las pretendidas exégesis mallarmeanas, en que hay mucho desdeñable, dificulta el averiguar a dónde nos ha traído este medio siglo de pesquisas.

Tras la inesperada muerte del poeta en 1898, sus amigos y admiradores se apresuraron a pagar tributo a su memoria. Luego, durante diez o doce años, todos parecen haberse olvidado de Mallarmé. *La tombe aime tout de suite le silence*, dijo él mismo en los funerales de Paul Verlaine.

Al fin, en 1912, aparece la excelente obra de Thibaudet, *La poésie de Stéphane Mallarmé*,[6] que inaugura una nueva etapa. Se disipa la leyenda que escondía la verdadera imagen de Mallarmé. Thibaudet aplica a su autor los mismos métodos que se han aplicado a los demás poetas franceses. Esta obra, en varios aspectos, no ha sido todavía superada.

Apenas me atrevo a decir que mi ensayo de adolescencia "Sobre el procedimiento ideológico de Stéphane Mallarmé"[7] data de 1909, y que la crítica ulterior no ha rectificado uno solo de mis puntos de vista. Pero, naturalmente, estamos todavía muy lejos del anhelado día en que se conozcan entre sí y se armonicen las producciones de dos mundos lejanos y de dos lenguas diferentes. Thibaudet nunca supo que un oscuro joven mexicano se le había adelantado. Paul Valéry —lo digo con alegría y sin orgullo— tuvo ya noticia de mis empeños, gracias a nuestra amistad personal.

Thibaudet no pretendía escribir una biografía de Mallarmé. Antes nos remite a la de Léautaud y Van Bever en sus *Poètes d'aujourd'hui.* En verdad la biografía mallarmeana sólo se ha desarrollado en época reciente. Pierre-Jean Jouve escribe todavía: "Il n'y a pas d'histoire de Stéphane Mallarmé sinon celle de ces œuvres".[8] Esta frase, lanzada en la celebración del aniversario del poeta, y que encantaría a Croce y a los estilistas extremos, es verdad en mucho. Aunque sería absurdo negar, por otra parte, que ciertas circunstancias de la vida de Mallarmé ayuden a entender su obra. Thibaudet, por desgracia, no contaba todavía con textos suficientes, los cuales sólo han entrado en el dominio público a partir de 1920.

Poco antes de morir, Mallarmé había dado instrucciones a su esposa y a su hija respecto a sus papeles inéditos: con excepción de los manuscritos completos, como el *Coup de dés* y la *Hérodiade*, el poeta deseaba que se quemara todo lo demás. Los herederos de Mallarmé tuvieron el valor de cumplir esta voluntad, al menos en parte. Pasaron los años, Geneviève Mallarmé vino a ser Mme Edmond Bonniot. Las *Poésies complètes* y el *Coup de dés* fueron publicados por Gallimard. El doctor Bonniot se sentía dividido entre sus deberes de yerno de Mallarmé y su deseo de publicar la obra inédita del poeta. Sólo logró vencer sus escrúpulos tras de haber enviudado. En 1920, por fin, aparecieron los *Vers de circonstance* que, aparte de su encanto propio, trajeron mucha luz sobre el conjunto de la obra mallarmeana. Charles Chassé mantiene, por ejemplo, que el único ataque lógico a la fortaleza de Mallarmé consiste en proceder de los poemas más fáciles a los más difíciles, y declara que el verdadero punto de partida está en los *Vers de circonstance*.[9] A propósito de esta cuestión, yo publiqué hace años las siguientes observaciones, todavía inéditas en español:

Thibaudet cree encontrar en estos versos de la mano izquierda a cierto Mallarmé potencial —*señor latente que no pudo llegar a ser*, como el poeta decía de Hamlet—, cierto Mallarmé abundante, suelto y fácil, que el otro Mallarmé, el riguroso maestro que conocemos, logró aherrojar y sofocar, sólo permitiéndole manifestarse en las ocasiones de poco momento. No lo creo así.

Creo firmemente, como Thibaudet lo explica, que gran parte del atractivo que Banville tenía a ojos de Mallarmé se debe a que éste vislumbra en Banville todo un paraíso perdido de lirismo alegre y optimista, un abundante coto para el cazador de rimas fáciles. El fenómeno es perfectamente explicable por la atracción entre contrarios, y tiene una corroboración expresa que Thibaudet pudo haber citado: la actitud de Mallarmé ante François Coppée. En la carta escrita en Aviñón, 20 de abril de 1868, para agradecer el volumen *Intimités*, de Coppée, el joven poeta, a horcajadas ya en su Pegaso, suspira por la seguridad y fijeza del suelo, que a otros es dable pisar con plena confianza, pero que él ha dejado ya para siempre. "Llegado a la horrible visión de la obra pura —exclama—, casi he perdido la razón y el sentido de las palabras más familiares." Y más adelante, preocupado siempre con su Obra Soñada: "Yo daría las vísperas magníficas del Sueño y todo su oro virgen por una sola cuarteta, destinada a una tumba o a un bombón, que fuera una cuarteta bien lograda *(réussi)*".

Todo esto es verdad. Pero de esto no hay derecho a concluir, como Thibaudet lo pretende, que los versos de ocasión de Mallarmé, los versos que él mismo había de escribir más tarde —saciando aquel oscuro deseo y a guisa de desahogo lírico— a un bombón, a un falderillo, a un jarro de agua, nos descubran a un Mallarmé "banvillizador" y abundante, especie de "Ponchon del azur", que jugueteara con coplillas improvisadas sin trabajo. No: los versos de ocasión de Mallarmé, aunque en otra afinación distinta, ¡siguen siendo obra del Mallarmé difícil, quintaesenciado, que hemos conocido siempre! Cada estrofita busca el picante de una palabra rara o de una acrobacia exquisita de la sintaxis. Aun la concepción misma de los asuntos —naturalezas muertas en miniatura— escapa al reino de la poesía fácil y nada tiene de común con lo que hoy llamamos epigrama, aunque lo sea en el sentido griego. Estamos ante una geometría de enigmas. Nada cae aquí por su propio peso; todo ha sido cuidadosamente buscado y escogido por el poeta. Las rimas nunca son las rimas del objeto abandonado a sí mismo. No es la gravitación universal la que enciende estos pequeños astros: es, ahora y siempre, la gravitación Mallarmé. Cada una de estas miniaturas puede ser muestra de la estética mallarmeana. Por el estudio de ellas debiera comenzar el que se inicie metódicamente en Mallarmé *(¿Habrá leído Chassé mi página? A mí me parece indudable*). Aquí, sin la emoción del grande asunto —que necesariamente perturba un poco el análisis—, se nos dan ya, en pequeño, pero más al descubierto si cabe, todos los hilos de los grandes tapices y todo el arte de tejerlos característica del poeta. Los versos de ocasión son la célula —Mallarmé, visto al microscopio.[10]

Perdónese esta divagación, que parecía oportuna, y sigamos contando la historia de cómo fueron saliendo a luz los inéditos de Mallarmé.

II

Tras los *Vers de circonstance* vinieron otros importantes textos de Mallarmé, hasta entonces inéditos: *Igitur ou la Folie d'Elbehnon*, desde luego, sobre la cual decía Paul Claudel: "Es un drama, el más bello, el más conmovedor que haya producido el siglo XX".[11] El amor exagera: el *Igitur* es una larva poética, cuyo valor está en ser larva, pues Mallarmé era maestro consumado en el arte de sorprender esos primeros latidos con que amanece el pensar poético. A continuación, apareció uno de los primeros poemas de Mallarmé: la *Ouverture ancienne d'Hérodiade*, y además, los *Contes indiens* "revisados" o "rehechos por Mallarmé", útiles para estudiar el estilo del poeta y cuya fuente nos ha revelado C. Cuénot.[12] Faltan, en la enumeración anterior, algunas curiosidades infantiles: "L'Ange Gardien", "Cantate pour la première communion au Lycée de Sens" y

"L'Enfant prodigue".[13]

Otros eruditos han colaborado en este rescate del Mallarmé perdido. M. Auriant salvó en 1933 dos poemas tempranos, que habían aparecido en un periódico de Dieppe.[14] El mismo año, S. A. Rhodes publicó algunos extractos de *La Dernière Mode*, de que Gourmont nos había hecho conocer ciertas páginas. *La Dernière Mode* es aquella deliciosa revista para las damas que Mallarmé, usando graciosos seudónimos, escribía casi de cabo a rabo y que se sostuvo por ocho meses.[15] Mme. Noulet Carner, que vivía hasta hace pocos años entre nosotros, ha llamado la atención sobre otro texto más interesante aún: *Hérésies artistiques. L'Art pour tous*.[16] En este alegre fragmento juvenil, Mallarmé resume así sus intransigentes doctrinas:

> Ainsi les premiers venus entrent de plain pied dans un chef d'œuvre, et depuis qu'il y a des poètes, il n'a pas été inventé, pour l'écartement de ces importuns, une langue immaculée —des formules hiératiques dont l'étude aride aveugle le profane et aiguillonne le patient fatal— ; et ces intrus tiennent en façon de carte d'entrée une page de l'alphabet où ils ont appres à lire !
>
> Ô fermoirs d'or des vieux missels ! ô hiéroglyphes inviolés des rouleaux de papyrus !

Pero sin duda el acontecimiento más trascendente de estos últimos años, en la campaña para restaurar a Mallarmé, es la publicación de su obra completa. El valor de este volumen, que reúne toda la poesía y la prosa de Mallarmé, es todavía realzado por las notas críticas, variantes, bibliografía, etc., al cuidado de H. Mondor y de nuestro llorado amigo G. Jean-Aubry, todo ello indispensable para quien estudie a Mallarmé.[17]

La publicación de la correspondencia, no menos que la de los textos literarios, ha sido también objeto de singulares desvelos. En 1923, Jean Monval publicaba las cartas de Mallarmé a François Coppée[18] y André Thérive las cartas dirigidas al poeta Aubanel.[19] Al año siguiente, nuevas cartas de Mallarmé a Mistral. Por su parte, el doctor Bonniot dio a la prensa un facsímil de la carta a lápiz en que Mallarmé trazó su autobiografía, para la obra de Verlaine, *Hommes d'aujourd'hui*.[20] Un par de fragmentos darán idea del valor de estas cartas:

> J'ai voulu te dire simplement que je venais de jeter le plan de mon œuvre entier, après avoir trouvé la clef de moi-même, clef de voute où centre, si tu veux, pour ne pas nous brouiller de métaphores, contre de moi-même, où je me tiens comme une airagné sacrée, sur les principaux fils déjà sortis de mon esprit, et à l'aide desquels je tisserai aux points de rencontre de merveilleuses dentelles, que je devine, et qui existent déjà dans le sein de la Beauté. [En Aubanel, 28 de julio de 1866.]
>
> Pour moi, voici deux ans que j'ai commis le peché de voir le Réve dans sa nudité idéale, tandis que je devais amonceler entre lui et moi un mystère de musique et d'oubli. [En Coppée, 28 de abril de 1868.]

Henri Mondor, que ha consagrado a nuestro poeta muchos años de afortunados esfuerzos y ha reunido una colección importante —dejando de paso sin objeto las notas que yo venía juntando en silencio con la esperanza de organizarlas algún día—, ha publicado recientemente un volumen con extractos

de la correspondencia de Mallarmé.[21] Todos estos extractos se refieren a temas literarios, y algunos aparecen aquí por vez primera. Entre otras cosas, tienen singular interés los pasajes de las cartas dirigidas a Henri Cazalis (Jean Lahor) que fue muchos años el corresponsal más asiduo de Mallarmé.[22]

Debemos también a Mondor la publicación de la correspondencia entre Mallarmé y Verlaine, excelente historia de la relación entre ambos poetas.[23] Y tengo entendido que Mondor prepara la correspondencia entre Mallarmé y Claudel. G. Jean-Aubry, finalmente, ha recogido no menos de cincuenta y cuatro cartas de Mallarmé al autor de los *Cuentos crueles*.[24]

En cuanto a los estudios biográficos, abrieron la senda, naturalmente, los amigos personales de Mallarmé, que podían echar mano de sus propios recuerdos y los documentos recogidos de viva voz. Entre otros muchos, puede recordarse a Henri de Régnier, a Léopold Dauphin, a Robert de Montesquiou, a George Moore, a Francis Viélé-Griffin y a Gustave Kahn.[25]

Algunos, como Camille Mauclair han traspuesto en figura novelesca algunos rasgos de Mallarmé.[26] Muchos han escrito sus impresiones y recuerdos sobre los famosos "martes" en casa de Mallarmé, rue de Rome. Además del propio Mauclair, recuérdese al doctor E. Bonniot.[27] Hay instantáneas sobre las conversaciones de Mallarmé en un centenar de libros, que me dispenso de mencionar aquí. Pero es lástima que nadie haya procurado dar una coherencia a todo este material y reunirlo metódicamente. Soy el primero en reconocer que la tarea es ya imposible, una vez desaparecidos los contemporáneos del Maestro. Las notas que vengo reuniendo desde hace varios lustros nunca pasarán de unas *Analecta* desordenadas, y por eso no me he decidido a imprimirlas. Entre los estudios más recomendables sobre la vida de Mallarmé, cuentan las notas de Charles Chassé sobre "Mallarmé universitaire", relativas a la cátedra de inglés que el poeta desempeñaba, y los libros de Jean Royère y de Hubert Fabureau.[28] Yo no he llegado a recoger en volumen algunas páginas biográficas de mi libro en preparación *Culto a Mallarmé.*[29]

Kurt Wais fue el primero que intentó situar a Mallarmé en su ambiente artístico y en las circunstancias de su existencia. Aprovecha todo el material del que hasta entonces se disponía, críticas, reminiscencias, cartas, etc., y aunque muestra una exagerada inclinación a buscar en la obra de Mallarmé referencia a detalles de su vida, no puede negarse que su esfuerzo fue un paso importante en el buen camino.[30]

III

En verdad, el vasto acervo documental legado por Henri Mondor y la organización que ha sabido darle determinaron ya una nueva era —la era

contemporánea— en los trabajos mallarmeanos. Su biografía, de Mallarmé, dentro de la relatividad humana, puede considerarse como definitiva. Además, su *Vie de Mallarmé*, ya citada, nos proporciona un útil comentario sobre la obra del poeta, y con ayuda de cartas, a veces inéditas, trae nuevas luces a la interpretación de los textos.

El autor nos hace ver la infancia de Mallarmé, el círculo de sus primeros amigos, sus comienzos literarios. De ahí lo seguimos a Londres con la blonda Marie Gerhardt, que pronto sería su esposa. A continuación, asistimos a los comienzos de su carrera como profesor, que se resuelven prácticamente en los sucesivos destierros de Tournon, Besançon, Avignon. Vuelve a París en 1871, pero sólo diez años más tarde comienza verdaderamente a ser conocido. Mondor nos muestra la modestia y la suprema dignidad de Mallarmé en sus relaciones con la sociedad artística de su tiempo, y nos lleva a la intimidad de sus pocos y escogidos amigos. La impresión que al fin recogemos es la de haber presenciado la vida de un idealista que persigue sus sueños en la soledad y en el insomnio. Hacia el fin de su vida, cuando ya se siente venir el rumor de la fama, Mallarmé detiene su retiro y, en aquel ambiente melancólico, circulan las imágenes de la cantante Méry Laurent, amiga del poeta, de su esposa y de su hija que lo acompañan en su casita de Valvins. Muchos críticos han entendido que Méry Laurent era amante de Mallarmé, y el jactancioso George Moore, pagado de su mocedad y de su cabellera rubia, asegura que no quiso adueñarse de ella por consideración al "pobre señor". Mondor, aunque no lanza una sentencia definitiva, ha publicado una carta que parece desmentir la fábula de estos pretendidos amores.[31] Por último, sobreviene repentinamente la muerte del poeta, en 1898, desgracia que afectó a muchos como una pérdida personal.

Mondor, sin incurrir en especulaciones caprichosas y siempre con crítico rigor, nos hace acompañar la carrera del poeta a través de sus periodos de impotencia hasta la formulación de su Obra Soñada. Las cartas que dirigía a Aubanel y Cazalis nos permiten medir el alcance de sus ambiciones:

> Tres poemas en verso —dice Mallarmé— cuya obertura viene a ser la *Hérodiade*... y cuatro *poemas* en prosa, sobre la concepción espiritual de la Nada... Se trata de representar en lo posible, el Universo... Mi obra no es ya un mito. Un volumen de Cuentos, soñado. Un volumen de Poesía, entrevisto y ya cantado entre dientes. Un volumen de Crítica, sea lo que ayer se llamó el Universo, considerado desde el punto de vista estrictamente literario.[32]

En la carta autobiográfica a Verlaine, Mallarmé insiste sobre sus proyectos:

> Siempre soñé y procuré otra cosa, con una paciencia de alquimista, presto a sacrificarle toda vanidad y toda satisfacción, como antaño se quemaban los muebles y las vigas del techo para alimentar el fuego de la Magna Obra. ¿Qué es? Difícil decirlo: un libro, sencillamente, en varios tomos... La explicación órfica de la Tierra, único deber del poeta, y juego literario por excelencia.[33]

Finalmente, en las *Divagations*, se nos habla del "himno, armonía y gozo, como puro conjunto agrupado en tal circunstancia fulgurante, y relaciones entre

todo ello".[34]

Es, en verdad, exasperante, el que sepamos tan poco de un proyecto que Mallarmé acarició durante treinta años. René Ghil pretende haber alcanzado algunas vislumbres en charlas con Mallarmé:

> La Obra, al parecer —nos dice—, debería constar de veinte volúmenes. Cuatro sobre las proposiciones generatrices de la serie deberían, estrictamente enlazados unos con otros, representar algo como el foco radiante de su pensamiento. Y cada uno de estos cuatro volúmenes desprendería de sí otros cuatro que serían su directa derivación. El conjunto integraría una filosofía del Mundo. Ahora bien [en 1887], sólo me reveló la idea de uno solo de estos libros temáticos, que desarrollaría este principio: "Si yo no fuera, nada sería".[35]

A continuación, Ghil nos da algunos detalles sobre el formato de los libros. El plegado mismo del papel había de desempeñar una función expresiva para el pensamiento del poeta; y así, al pasar la página intonsa, el lector percibiría el sentido exotérico, en tanto que el sentido esotérico sólo se revelaría una vez cortada la página.[36] Tal vez de aquí proceden las observaciones de Anatole France respecto al enigma mallarmeano.[37]

En todo caso, es seguro que, cuando escribió su página autobiográfica para Verlaine, ya Mallarmé no confiaba en desarrollar cabalmente todos sus planes, pero sí esperaba llegar a la publicación de algún fragmento o muestra. ¿Qué sitio ocuparían en este fragmento obras como *Igitur* y el *Coup de dés?* Muchos críticos están convencidos de que una u otra de estas obras, o quizá las dos, formaban parte de la Obra Soñada. Así Claude Roulet, el más reciente exegeta del *Coup de dés*.[38] Pero Fabureau da otra explicación que tampoco parece descabellada:

> Al componer el *Igitur*, Mallarmé es optimista, está cierto de que la Obra va a nacer espontáneamente, por una suerte de milagro. Pero, tras toda una vida gastada en infructuosos tanteos, el orgullo de *Igitur* iba a deshacerse en un abandono definitivo. Es la catástrofe, tal como la describe metafóricamente *Un Coup de Dés*...[39]

Mondor se abstiene de comprometer una opinión al respecto, pero, al final de su libro, incluye la carta patética que Mallarmé escribió en vísperas de su muerte, la cual nos deja bajo la impresión de que el poeta murió sin ver siquiera las primeras luces de su sueño:

> Quemadlo todo, en consecuencia. Aquí no hay herencia literaria. No lo sometáis siquiera a la apreciación de nadie; rehusad más bien toda intromisión curiosa o amistosa. Decid que todo es incomprensible, lo cual por lo demás es cierto, y vosotras, mis pobres postradas, únicos seres en el mundo capaces de respetar hasta este punto una vida de artista sincero, convenceos de que hubiera sido muy bello...

Así pues, la *Vie* de Mondor da los fundamentos para toda investigación mallarmeana. Por lo pronto, ha aparecido ya un curioso libro del doctor Jean Fretet que usa de estos documentos para mostrar que el poeta era un caso psicopático.[40] A este fin, el autor moviliza todos los argumentos posibles: depresiones periódicas de Mallarmé, narcisismo, frigidez, y aun sintaxis

tortuosas. Sin duda es siempre más fácil probar la perturbación que la salud mental de un poeta. Pero el diagnóstico, aunque a veces con escasa base, resulta impresionante. Daniel Moruet, al parecer, lo aceptaría; él que ha llegado a decir: "Sin duda podría escribirse sobre la obra de Mallarmé un estudio ilustrado por las enseñanzas de la patología mental".[41] Y, entre los escritores de ayer, lo mismo parece haber pensado Catulle Mendès y Jules Lemaître.

La crítica conviene generalmente en dividir la obra de Mallarmé en tres periodos, al menos como medida práctica. Esta división no es tan arbitraria como lo asegura el profesor Turquet-Milnes.[42] Pues las cartas nos revelan que la determinación del poeta tuvo no pequeña parte en su evolución literaria. El primer periodo abarca los primeros poemas en que se siente la franca influencia de Baudelaire; el segundo, al que pertenece *Hérodiade* y *L'Aprèsmidi d'un Faune*, se caracteriza por el anhelo consciente de desarrollar un nuevo lenguaje poético; el tercero revela una condensación creciente que lleva al *Coup de dés*.

c. *1946 [JLM]*

LAS "NUEVAS NOCHES ÁRABES" DE STEVENSON*

Es un verdadero deleite estudiar a Stevenson. Es un autor múltiple y abarca todos los tonos de la escala entre la producción del inventor romántico y la del ensayista: desde Scott y Dumas hasta Montaigne y Pepys. Ahora quiero referirme a sus cuentos árabes y a uno solo de sus aspectos, porque, como él mismo decía, el que escribe un estudio corto necesita hacer una condensación lógica y eficaz de sus impresiones; necesita adoptar un punto de vista, y suprimir todas las circunstancias neutrales y, lo que no puede vivificar, omitirlo.

El conjunto: Stevenson —educado sobre todo en la escuela de la imitación o, para llamarla con la sugestiva palabra de Terencio, la *contaminación*— logró, en el pleno desarrollo de su arte literaria, trasfundir en sus *Noches árabes*, no el sabor asiático que resulta fácilmente imitable por todo escritor dueño de su estilo (y para Stevenson lo hubiera sido sobremanera), sino el alma de aquella mágica ficción oriental, su esencia y su secreto estético.

> No necesitaba —escribe Sidney Colvin— ser o parecer especialmente original en la forma y en el modo de literatura que intentaba. Por la sola elección de asuntos, sabía siempre proporcionarse y proporcionar a su lector el placer de evocar, como una tonada familiar, alguna armonía de evocaciones literarias.

El estilo: Es verdad: el estilo, profundamente considerado —"el estilo es el hombre mismo"—, se obtiene por un reflejo natural del temperamento en el espejo de las palabras. Mas, digámoslo así, para que la superficie de las palabras brille como espejo y refleje, pulida, al hombre interior, un lento trabajo de depuración se necesita, un estudio largo y amoroso de los giros y de los vocablos, un constante interrogarse. En este concepto, el estilo, aun a pesar nuestro, cobra ademán y fisonomía especiales, correspondientes al ritmo de nuestra vida. Y en este concepto, el estilo de Stevenson es tan discernible de otro cualquiera como él mismo lo es de otro hombre.

Mas hay otra idea del estilo: el estilo como procedimiento para tratar los asuntos que el autor se propone. Así como en el primer sentido el estilo se califica de amanerado o natural (por más que ambos puedan ser igualmente naturales), de enfático o sencillo, de fuerte o débil (cualidades todas del temperamento), en este segundo se lo califica de adecuado o inadecuado: y ésta es cualidad de mera disciplina y cultura. Aquí es donde hay que exigir del escritor ductilidad, humildad para acatar el tono mismo de sus asuntos. Y esto lo sabía hacer Stevenson: acudir a la solicitación del asunto y dar a su estilo los atavíos, *únicamente*, de la especie literaria en que se empleaba, según el carácter en ella descubierto por los reiterados productos del arte y la experiencia. Así era posible

mudar un poco el estilo con los asuntos (y quien no lo hace no sabe escribir) a pesar de la identidad fundamental e inconsciente, a pesar de seguir siendo el mismo hombre, a pesar de ser el mismo estilo; un estilo, en el caso, particularmente elegante y a veces sazonado con sabrosos regionalismos. Así, por la asimilación de los caracteres literarios y humanos impresos ya desde antes en el asunto, era posible provocar una armonía de asociaciones.

Ese estilo, pues, tan sencillo y tan apropiado —aquello dependía de esto—, ese estilo de ecos, como con justicia podemos llamarle por las sugestiones y recuerdos de que está tramado; ese estilo que sigue al asunto con la fidelidad de una sombra, es producto del ejercicio y del estudio, del mucho sentir, pensar y leer. No se encuentra en plano diverso de la literatura ideológica y complicada: es su natural prologación: es el río que se desliza en el cauce abierto por aquélla. Ocurre, considerándolo, aquella definición del arte, no menos exacta por provisional, que Stevenson escribió en cierta carta a un joven que se proponía abrazar la carrera artística: la carrera del arte consiste solamente en el gusto y el registro de la experiencia ("tasting and recording of experience"). Y éste, que es el problema del arte, es también el problema del conocimiento.

Tal estilo —que es, para la novela, lo que a la crítica el de Sainte-Beuve, el más propio para decirlo todo— es don exclusivo de los disciplinados. Para llegar a esto, algunos tienen que pasar antes por el *Sturm und Drang*, la famosa tormenta y tempestad ideológicas. Pero Stevenson ¿habrá nacido ya sabiendo que, según su máxima, el estilo es economía? Raleigh ha observado que Stevenson poseyó la rara facultad de hablarnos de sí mismo, en sus muchos ensayos personales, sin introducir al lector en familiaridades incómodas: triunfo de la disciplina, sin duda.

El espíritu: Así como en el estilo se descubre una "externalidad" sencilla y elegante, tan propia para el relato, así en el espíritu de las historias *(New Arabian Nights)* una feliz combinación de los más comunes sentimientos, voluntariamente lograda, y sobre todo un concepto sencillo del mundo, producen el efecto estético más clásico y puro. Porque la invención no se ha de mezclar con la crítica si se quiere un efecto clásico, y el arte de ficción sólo se equilibra cuando se asienta sobre elementos ideológicos no discutidos ya. Si a la invención ha precedido el *Sturm und Drang*, éste deberá haberse calmado ya. En este sentido, lo clásico es lo sencillo y lo inmediato. Pero a ello sólo se llega por lo complicado y lo mediato. A menos que se haya nacido griego.

Bien sé yo que a la hora presente la misma novela va haciéndose cada vez más crítica, y que su particular encanto empieza a residir, más que en los acontecimientos narrados, en las ideas que cruzan por las charlas y en las teorías propuestas, ya en los diálogos de los héroes, ya en los monólogos del autor. Hay que citar, como ejemplo de la nueva especie, *The Sacred Fount* de Henry James, obra maestra de la carencia absoluta de *asunto* (en el sentido *subrayado* de la palabra), libro construido con una serie de conjeturas y análisis psicológicos a

veces torturantes.

Se produce, en cierto modo, un general *Sturm und Drang* de la literatura. Hay quien suspira ya por la novela de episodios, a la que tendremos que volver. Atravesamos uno de aquellos instantes de gestación en que la crítica rehace todos los moldes o, por lo menos, todos los deshace; y hemos mezclado los géneros.

Stevenson —aun cuando en las edades críticas pueda ello parecer excesivo, por haberse dado al término "clásico" una significación sagrada y terrible— realizó arte clásico por medio de su "externalidad". Yo no creo que el cuento, en su más rancio y espiritoso concepto, alcance mayor perfección que la de un buen cuento para niños. Distingamos: hay otro género de cuentos, que son propiamente *novelas cortas*, los cuales se rigen por leyes muy diversas. Además, se juzga generalmente que el cuento para niños llena su misión cuando satisface a los niños. Y yo quiero hablar aquí del cuento para niños que satisface a los hombres, aun cuando pudiera no satisfacer a los propios niños;[1] del cuento para nuestras horas de niño, pero que todavía es literario. Tales son los cuentos árabes de Stevenson.

Si ofrecéis a alguien que escriba un cuento de inspiración árabe pero de asunto contemporáneo, comenzará por llenar su lenguaje de arabismos (obra fácil y material), y a cada paso de su historia jurará por Alá y por los corceles jadeantes. De mí sé decir que, aun cuando no caería en tan grosero error, los aspectos del cuento árabe tradicional me dominarían y a cada instante trataría de evocarlos. Suponed, por ejemplo, que voy a introducir en mi historia la figura de un muchacho panadero. He aquí, sin engaño, cómo os la pintaría yo:

—Era de ojos grandes; y tenía la piel atezada como si lo hubieran nutrido con dátiles. Usaba una camiseta rayada de rojo y azul, que revelaba la musculatura del busto y dejaba desnudo el cuello. De las ceñidas mangas salían dos fuertes muñecas, por donde bajaba el vello casi hasta la primera falange de los dedos. Calzón suelto y blanco que escasamente llegaría a los tobillos; los pies desnudos; una banda roja en la cintura y un rodete de lienzo en la cabeza, cual un rudimental turbante, adonde reposa la canasta por arte de gracioso equilibrio.

Como notaréis, se trata de un personaje que, sin dejar de ser nacional, podría también ser oriental. El estilo mismo de la pintura indica a las claras que el autor, preocupado con su tema, quiere traernos vagas evocaciones de Arabia. Los dátiles morenos, la camiseta rayada, las velludas manos, el calzón, el turbante y hasta el gracioso equilibrio, son palabras llenas de finas sugestiones asiáticas. Y sin embargo, el tipo descrito puede ser de los que vemos a diario por la calle. Pues bien: yo os confieso que lo he descrito según los grabados de una enciclopedia que solazó mi infancia. La imagen se me ha quedado viva en el recuerdo; debajo, se leía: *panadero árabe.*

Apreciemos ahora, por el contraste, de qué manera aborda Stevenson el problema. Uno de sus cuentos árabes comienza así:

El Rvdo. Mr. Simon Rolles habíase distinguido en las Ciencias Morales y estaba notablemente adelantado en el estudio de la Teología. Su ensayo *Sobre la doctrina cristiana de las obligaciones sociales* le atrajo, en el instante de su publicación, cierta fama en la Universidad de Oxford; y era cosa sabida en los círculos clericales e ilustrados que el joven Rolles tenía en preparación una obra considerable —un folio, se decía— sobre la autoridad de los Padres de la Iglesia.

¿Qué semejanza puede haber entre esto y las *Mil noches y una noche*?
Y más adelante, cosas tan contemporáneas como ésta:

Yo, señor —continuó el cura—, soy un recluso, un estudiante, una criatura que vive entre frascos de tinta y folios patrísticos. Un reciente suceso ha descubierto vívidamente mi locura a mis propios ojos, y ahora trato de instruirme en la vida. Por *la vida* —añadió— no quiero decir las novelas de Thackeray; sino los crímenes y las posibilidades secretas de nuestra sociedad, y los principios de la sabia conducta ante los acontecimientos excepcionales. Soy lector paciente. ¿Puede ello ser aprendido en los libros?

No busquemos, pues, en los signos externos el arabismo de los cuentos de Stevenson. Si ellos son clásicos, dentro de la concepción árabe, es por el procedimiento de completa "externalidad", absolutamente episódico; por la suave ironía que los adorna del principio al fin y que nos hace imaginar al autor trabajando en sus figulinas con una sonrisa. Aquí Stevenson, como Jane Austen, es superior al ambiente en que coloca sus personajes, y el punto de vista cómico es el signo de aquella superioridad: como de sí misma solía decir Jane Austen, Stevenson trabaja aquí sobre un diminuto trozo de marfil. Su ironía es la misma que se nota en muchos lugares de los cuentos árabes. Toca levemente, y de un modo elemental, la psicología de sus personajes, prefiriendo sugerirla con imágenes visuales: con los folios y los frascos de tinta del Rvdo. Mr. Rolles; con el ajedrez y las afeminadas maneras de Harry Hartley; con la flauta de Francis Scrymgeour. Esto produce rapidez, facilita el fluir del cuento.

Sin paradoja puede decirse que este cuento es cuento sin ideas y, entendiéndolo bien, sin sentimientos. No llega a ninguna novedad ideológica, y nunca rebasa aquel límite de emoción indispensable para mantener en el lector un interés vivo y *flexible* (nunca trágico y asolador). En las más siniestras escenas del Club del Suicidio no falta una sonrisa oportuna que venga a ponernos por encima del cuento mismo. Trátase, pues, de un cuento objetivo que va creando elegantes situaciones escénicas y desarrollando una intriga puramente exterior. El cuento árabe es un cuento físico.

Comparemos ahora: Un hombre, en el cuarto de un hotel —cuenta Stevenson —, se halla sentado al borde del lecho y contempla con mirada fija y amarga el baúl adonde lleva oculto un cadáver que el acaso puso en sus manos. ¡Imposible abandonarlo sin riesgo! Y piensa que va a viajar toda la tierra, con la funesta carga, hasta que el polvo vuelva al polvo. En las *Noches* tradicionales, un Califa, pobremente vestido con los harapos de un pescador, está sentado en el suelo y dorando al fuego un pescado. Hierve el aceite; y a la vez que el Califa vuelve el pescado en la sartén, se pregunta, con aguda curiosidad, ¿quiénes podrán ser aquellos huéspedes hermosos para quienes él, disfrazándose, ha consentido en

servir de cocinero y para quienes su viejo guardián ha encendido, sin su permiso, las ochenta antorchas y ochenta arañas del palacio?

En Stevenson: Un empellón, y un malaventurado muchacho que sale de una puerta hasta media calle. Un portazo. El muchacho lleva las ropas desgarradas, y signos de maltratos recientes en todo el cuerpo. Su ama le había encargado llevar a cierto punto una cajita cuyo contenido él ignoraba. Sintiéndose perseguido, huye, salta una barda, cae en un jardín: la caja ha derramado sobre la yerba una rica colección de diamantes. No falta un viejo bribón que le robe la mitad del tesoro suponiendo, fundadamente, que el muchacho mismo es un ladrón. Arrójalo después a las calles de Londres con una injuria y un puntapié y, cuando el muchacho se pone a andar, va goteando diamantes de los destrozados vestidos, con escándalo de la vecindad. En las *Noches* tradicionales: El bellísimo Alí-Nur se ha resuelto al fin a vender a su esclava Dulce-Amiga; la hace pregonar en el mercado. Al instante se ofrece a comprarla el visir Ben-Saui, poderoso rival del padre de Alí-Nur, cuya sola presencia hace que los mercaderes desistan de ofrecer posturas mayores. Alí-Nur, entonces, se apodera violentamente de su esclava y la reprende en público, con el fin de hacer creer que aquello es una mera comedia, fingida para castigar a Dulce-Amiga. Ben-Saui se irrita y dice que su trato va en serio. Los mercaderes se cambian guiños elocuentes que significan: "Apoyemos a Alí-Nur". Alí-Nur cae sobre el visir, lo arroja al suelo y lo magulla. Y el gozo de los mercaderes se derrama en un rumor de desahogo.

Al instante, y a pesar de la profunda diferencia entre los episodios, se descubre la unidad de tratamiento. Hay algo pictórico y plástico en ambos casos. Ambas obras han surgido de un mismo arte, sin querer entrar en apreciaciones de mérito relativo: de un arte que parece preferir, para todos los motivos patéticos o risueños, los solos elementos visibles, y combinarlos en bellos equilibrios. La intriga se desarrolla con la sana regularidad de un juego mecánico. Aun cuando sonrían los ligeros, he de definirlo en la mejor forma que encuentro: es un arte cinematográfico.

Stevenson pudo, penetrado ya de este espíritu, y aun habiendo renunciado a lo maravilloso (lo maravilloso, he aquí un muro que esconde el secreto verdadero del cuento árabe), escribir cuentos contemporáneos de inspiración arábica. Los efectos maravillosos están sustituidos por un procedimiento más moderno y elaborado de la intriga, y por la virtud de excentricidad que el autor poseía. Pues Stevenson, como decían en su tiempo, parecía, gracias a su sutileza de duende, más bien que una criatura humana, uno de aquellos espíritus de aire y fuego de los árabes. Era como ha de ser el típico narrador de historias: fantástico, audaz y amigo de viajes y aventuras. Los dulces samoanos lo veneraron casi bajo el nombre de Tusitalia, que quiere decir, en su dialecto, *El Narrador de Historias*.

México, abril de 1912

LA ÚLTIMA MORADA DE PROUST*

HE IDO a vivir unos días más allá del Hotel Majestic, en el 44 de la Rue Hamelin. Aquí pasó Marcel Proust los últimos años de su vida. Aquí murió. Aquí escribió las últimas páginas de ese gran documento contra la sociedad de su época, donde desfilan tantos hombres y tantas mujeres sin corazón; donde tantas veces se confunde la sensibilidad con la "nerviosidad", donde las enfermedades hacen veces de emociones. Obra asfixiante y blanda, que se apodera de nosotros con todas las atracciones de un vicio secreto. Cuando cerramos uno de aquellos gruesos tomos, nos quedamos como desilusionados: después del hartazgo de lectura, vienen las náuseas de la droga. Gran tema para un moralista, el discutir hasta qué punto es honesta una lectura que sólo incita a seguir leyendo, y no a ser mejor ni a vivir mejor.

Proust trabajaba en el quinto piso, en un cuartito interior, forrado de corcho, donde no pudo entrar, durante tres años, la mano profana del aseo. Porque el microbio es el condimento esencial de cierta cocina. El ruido sobresaltaba a Proust, como a Lamartine, como a Flaubert, como a Juan Ramón. Una interrupción en el proceso de escribir podía causarle un colapso, como la interrupción de un proceso fisiológico elemental. Gómez de la Serna dice que, en el estilo de Proust, se oye hasta el zumbido de la mosca que anda por el cuarto.

En el Romancero hay unos cristianos que

> daban cebada de día
> y cabalgaban de noche,
> no por miedo de los moros,
> mas por las grandes calores.

Marcel Proust dormía las horas de sol (el sol en París: este eufemismo), y trabajaba siempre de noche, no por miedo de la luz, sino de los ruidos de la ciudad. Aunque ¡quién sabe! Hay una raza de hombres cuya religión es inversa, y se funda toda en la ocultación del sol. Ellos pretenden descender de los verdaderos civilizadores, puesto que de la ocultación del sol nacieron el techo y la casa, la cortina y los visillos de las ventanas, el sombrero, la sombrilla. El vecino del sexto piso tenía encargo de no hacer ruido. Marcel Proust había dotado a toda la familia de arriba de unos buenos pies de gato, de unas zapatillas de lana sorda que apagan el ruido de los pasos.

Tengo estos detalles de su conserje, con quien hice buena amistad a los pocos días que habité en la casa. En la callecita, de balcón a balcón, vuelan las palomas. Es una callecita estrecha y plomiza, sin vistas al espacio libre, donde jueguen los ojos. Es toda para vivir de interior (así vivía Proust); para darse cuenta de que existe la calle sólo por los pregones de los vendedores ambulantes: tal el

personaje de Proust.

El conserje lo recuerda como a un hombre muy bondadoso y muy popular por su caridad en el sexto piso, el piso de los humildes. De pocas palabras, pero conocido y estimado de todos; hombre de la vecindad, del barrio, a quien, sin embargo, se veía poco; nictálope, ciego de día y sólo aventurado a vivir de noche. Solía visitarlo Ramón Fernández, un escritor mexicano formado en París, descendiente del diplomático Manuel González. Proust dejó un hermano, que habitaba en el 2 de la Avenue Hoche, un cirujano, cuya hija también escribe; y había tenido un secretario que era aficionado a pintar, y que un año antes de la muerte de Proust partió para México, donde parece que vive todavía.

El conserje me muestra un gabán usado, y me dice:

—Es del secretario; lo dejó un día aquí, y nunca se acordó de recogerlo.

Una noche, ya muy enfermo, Proust descansó la pluma y dijo a Madame Albarret, la mujer que lo atendía, la esposa del *chauffeur* de taxi que Proust usaba de preferencia:

—Hoy he escrito la última línea de mi obra. *Demain, je ne serai plus*.

A los dos días, las flores fúnebres llenaban la entrada de la casa y salían hasta media calle.

El piso en que Proust vivió está ya modificado. Porque, como nadie podía entrar en aquel cuarto, la telaraña de la incuria lo tenía inhabitable, y hubo que reformarlo todo para volverlo a alquilar.

El conserje considera con emoción a este hombre que viene del otro lado del mundo a pedirle recuerdos de Marcel Proust; acaricia una vieja arca de madera, y me dice:

—Él me la dio. La guardo como una reliquia. Era un hombre santo. No se le sentía vivir, y ahora se siente tanto su ausencia…

Y yo pienso que a la sombra de Marcel Proust debe de importarle mucho la opinión del conserje, porque Proust siempre hizo mucho caso de lo que hablaban los criados, los lacayos, los mozos de ascensor, los mayordomos y gente así. En su obra se toma siempre muy en cuenta la impresión que el amo causa entre la servidumbre, y las murmuraciones de escaleras abajo parecen haberle preocupado de veras. A veces, en un rincón del Ritz, se quedaba hasta las profundas horas de la madrugada, esperando que los mozos del comedor vinieran a contarle los “potins” de la gente elegante. Sus personajes casi se sienten deshonrados cuando el *maître d’hôtel* del balneario no hace caso de ellos.[1]

… Y me concentro para oír el zumbido de la mosca de Proust: la mosca viciosa del escritor, la mosca reacia, que se abreva en tinta de escribir, a cada reposo de la mano.

PAUL VALÉRY CONTEMPLA A AMÉRICA*

PAUL VALÉRY es un caso desconcertante de movilización intelectual. A toda hora y en todo momento está dispuesto a proyectar una idea, una idea vivida y experimentada en su mente, por dondequiera que se le ataque. Al revés de muchos otros, en quienes ha llegado a ser vicio el no poder "escribir-para", el no poder crear sino en libre juego desinteresado y sin objetivos a la vista, Valéry tiene la acción literaria vinculada con la necesidad, y él mismo ha dicho que, si no le pidieran que opinara sobre esto o sobre lo otro, nunca hubiera escrito. Habría dejado dormir sus versos y se hubiera concentrado, como "Monsieur Teste", en el paladeo de sus reflexiones solitarias. Aun la volubilidad y fluidez de su habla revelan en él esta capacidad inmediata de pensamiento: cuando habla (mientras fulguran los ojillos garzos desde donde Atenea, sin duda alguna, nos acecha), se desliza sobre las palabras —acuaplano o trineo acuático— arrastrado por su velocidad mental. Al requerimiento de *Síntesis*, contestó a vuelta de correo. Plenitud excelsa, y también paralelismo justo con la realidad circundante, se concentra unos segundos —¡y salta la respuesta! No tiene más que interrogarse a sí mismo: su microcosmo abarca en miniatura todo el macrocosmo. Así esas cartas que se esconden, reducidas fotográficamente, en el secreto de la sortija. No necesita más que amplificar un poco la página o "acostarla sobre el papel", como también se dice en su lengua. Es una pistola de pelo. Tiene la pluma militar, siempre pronta a disparar sobre el blanco que se le proponga. Militar he dicho: ¿no habéis advertido la naturalidad con que entran, de pronto, en sus discursos, las máximas de Napoleón? Por lo demás, el mariscal Pilsudski ha dicho que nada se parece tanto al hombre de acción como el poeta.

Valéry contempla a América. Es un giro de "universales" de magnífico tornasol. Analicemos, ligeramente sus palabras:

1º La idea antropomórfica de nación y la actual delimitación de las naciones —producto de una erosión histórica ciega— en pugna con las necesidades y características de la humanidad moderna. La urgencia de que todo ello se corrija en una armonía racional, económica.

2º Ante el actual dolor de Europa, del mundo, la esperanza de América, proyección de Europa a través de una selección natural que permite el traslado de las especies más viables o transportables desde el suelo europeo al americano.

3º La esperanza de que la especie europea se fecundice con el injerto de lo autóctono americano (caso México). El arte clásico fue siempre un resultado de injerto.

4º La esperanza consoladora de que, ante una destrucción bélica de Europa —presa, hoy, de la brutalidad—, Europa, en cierto modo, siga sobreviviendo en

América.

Veamos el tejido por el revés: lo primero es socialismo; lo segundo, utopismo; lo tercero, americanismo; lo cuarto, humanismo. Lo primero es el problema político contemporáneo; lo segundo, la colonización de América y el sueño de un mundo mejor que la inspiraba y la acompañaba; lo tercero, la fe americana de traer una nueva contribución al mundo; lo cuarto, el sentido de continuidad en las conquistas humanas, persistencia en que reside la dignidad misma del espíritu. Lo primero es el escenario del problema: el espacio. Los otros tres puntos nos dan el tiempo distribuido de la siguiente manera: lo segundo, el pasado o creación de América, factoría o sucursal de Europa; lo tercero, el presente, la América de la independencia que aporta su palabra propia; lo cuarto, la continuidad de la resultante, el porvenir.

A esta captación, que es completa, añádase —como dibujo interior— otra modalidad del tiempo: el *tempo*. El ritmo, la celeridad americana, noción vital y no ya puramente intelectual, en la que reside el sabor de América —de América, que ha tenido que vivir a salto de mata, cortando atajos, reventando cabalgaduras, encimando procesos a medio desarrollar, para emparejarse con la historia. Lo cual le da una movilidad y adaptabilidad humana característica (sus hombres necesitan servir en todos los oficios), unos rasgos de improvisación que a veces resultan rasgos de inspiración, y cierto impulso de síntesis, de aprovechamiento de saldos culturales, de pronta e impaciente verificación práctica. Hasta hoy, para emparejarse con la historia. Mañana, de hoy en adelante quizá, para cubrir la dotación de su arca y empujarla sobre el diluvio, cargada con los símbolos de alguna futura creación.

México, mayo de 1938

AFICIÓN POR GRECIA

IFIGENIA CRUEL*
Poema dramático

BREVE NOTICIA

A diferencia de cuantos trataron el tema desde Grecia hasta nuestros días, supongo aquí que Ifigenia, arrebatada en Áulide por la diosa Artemisa a las manos del sacrificador, ha olvidado ya su vida primera e ignora cómo ha venido a ser, en Táuride, sacerdotisa del culto bárbaro y cruel de su divinidad protectora. El conflicto trágico, que ninguno de los poetas anteriores interpretó así, consiste para mí, precisamente, en que Ifigenia reclama su herencia de recuerdos humanos y tiene miedo de sentirse huérfana de pasado y distinta de las demás criaturas; pero cuando, más tarde, vuelve a ella la memoria y se percata de que pertenece a una raza ensangrentada y perseguida por la maldición de los dioses, entonces siente asco de sí misma. Y, finalmente, ante la alternativa de reincorporarse en la tradición de su casa, en la *vendetta* de Micenas, o de seguir viviendo entre bárbaros una vida de carnicera y destazadora de víctimas sagradas, prefiere este último extremo, por abominable y duro que parezca, único medio cierto y práctico de eludir y romper las cadenas que la sujetan a la fatalidad de su raza.

I

El primer tiempo del poema, el que yo prefiero y me parece relativamente mejor logrado, expone el estado de ánimo de Ifigenia, olvidada de su pasado, aterrorizada y sorprendida por sentirse diferente de las mujeres de Táuride, y a quien éstas consideran con cierto pavor religioso y en vano desearían amar. El tema genético de la tragedia griega —el coro que, en danza circular, engendra o hace aparecer al dios o al héroe a fuerza de invocaciones— cobra de pronto un nuevo sentido; Ifigenia pide al coro de mujeres que, entre todas ellas, y con el ardor de sus almas juntas y de sus recuerdos, creen para ella un pasado humano, la sustancia natural que le falta. El prodigio sólo se opera a través de agente vicario: su hermano Orestes, que viene a dar a la costa de Táuride.

II

El segundo tiempo es un compás de reposo, que intenta aliviarnos de las abstracciones del primer tiempo recurriendo a la visualidad y al color, a la

descripción en suma, donde aparece el tema del mensajero o narrador, apacible lugar común de la antigua tragedia que puede considerarse como un residuo de la épica transportado al drama.

III

Orestes aparece. Su lamentación —guiño de inteligencia a los usos de la Comedia Española— asume la forma de un casi-soneto.

El tercer tiempo ofrece un movimiento doble. La primera parte presenta a los nuevos personajes encargados de traer a Ifigenia la revelación de su pasado, y provoca entre Ifigenia y Orestes un diálogo en que me atreví, sin remedio, al anacronismo, pues claro está que, en aquellos tiempos heroicos, las perspectivas y contrastes históricos no se apreciaban como lo hacemos hoy, merced a la distancia que significa a la vez recuerdo y olvido. En este diálogo se expone el choque entre Grecia y los bárbaros. Ifigenia habla en nombre de los bárbaros, y Orestes en nombre de Grecia. Apliqué la estética de aquellos pintores que vestían a la Virgen con los atavíos femeninos del siglo XV. Hice como el autor del Poema de Aleixandre, que suele llamar a Aristóteles "El conde don Aristótil"; o como Mme. Dacir, que, en su traducción homérica, da también a los guerreros títulos de la nobleza moderna, o como el autor teatral que ponía estas palabras en boca de una de sus figuras: "Nosotros, los hombres de la Edad Media..." Hacia el final de la imprecación de Ifigenia contra los helenos, se trasluce el tema de la lucha entre los Titanes y los Olímpicos.

En el segundo movimiento, cuando Ifigenia se apresta a sacrificar a los náufragos, comprendiendo que toda discusión con Orestes es tiempo perdido, comienza la anagnórisis o mutuo reconocimiento, otro lugar canónico de la antigua tragedia, en que dos amigos o parientes, largo tiempo alejados uno de otro y que se abordan como extraños, acaban por reconocerse, ya por inferencia o por accidente. Para que esta situación pueda acumular toda su fuerza patética, el tiempo cuarto la suspende unos instantes. Respecto a la exhibición de formas lógicas mediante las cuales Orestes llega a comprender que Ifigenia es su propia hermana, no se carguen solamente a mi cuenta, sino a cierta pedantería filosófica y raciocinante, propia del griego en vías de definición que es Orestes, como nos lo hubiera pintado un griego de los tiempos clásicos: otro anacronismo. Aquí oímos a Pílades pronunciar la única palabra que ha de pronunciar en todo el poema: el monosílabo "No".

IV

En este cuarto tiempo, el rey Toas hace su entrada a manera de diversión lírica. Hay aquí una ironía secreta. El nombre de *Toas* quiere decir "el Impetuoso". Yo me complazco en pintarlo como el más dulce de los hombres, y algo alambicado

por la conciencia de sus responsabilidades. Su llegada ocasiona todavía otro compás de espera, por su disputa o *agón* con Ifigenia: breve torneo o lance de pelota. Ifigenia no desea ya sacrificar a los náufragos, pues de ellos espera la revelación de su propia identidad, a la vez que la teme como se teme siempre lo que más se codicia.

V

En el tiempo quinto, Orestes se dispone a monologar y emprende su discurso. Ante todo, como buen discípulo de la oratoria, pide que lo desaten para acompañar sus palabras con los ademanes adecuados. Comienza entonces una explicación teogónica desde los orígenes de la creación, conforme a mitos mezclados de varias tradiciones, que me fue grato combinar a mi manera, según el ejemplo de Hesíodo; y así se cuenta la maldición de la estirpe a que está sujeta Ifigenia. Es un fragmento pesado y voluminoso, al estilo de la poesía genealógica. Así quise que fuera porque, en la arquitectura del poema, siento la necesidad de esta pieza enumerativa con magnitud de basamento. La sola concesión que he podido hacer a la veleidad del gusto moderno fue el desarticular y quebrar aquí y allá la torre de hexámetros en que escribí la primera versión del monólogo. Ifigenia, conforme adelanta el relato de Orestes, va penetrando poco a poco y sin darse cuenta en sus recuerdos.

Aquí comienza un segundo movimiento: por una parte, lucha de Ifigenia entre la ternura fraternal y la dulzura de las memorias juveniles, afectos e inquietudes familiares de otros días —lo que comunica a mi personaje altivo y cruel una suavidad momentánea—; y, por otra parte, el espanto de sentirse brote de la rama maldita. Nótese que, si a los comienzos, es Orestes quien cuenta, después será ella quien complete su narración.

Adviértase que mi anagnórisis o agnición (el reconocimiento entre los dos héroes) cobra así un sentido profundo. En las versiones de la tragedia ateniense, Orestes e Ifigenia saben bien quiénes son, y simplemente se reconocen el uno al otro. En mi interpretación, Ifigenia se ignora, y sólo se identifica a sí misma al tiempo de reconocer a Orestes. La anagnórisis cala hasta otro plano interior, como cuando, en Sófocles, Edipo descubre que él es el matador de su padre y el esposo de su propia madre, condiciones que antes ignoraba.

Cuando Ifigenia opta por su libertad y, digámoslo así, se resuelve a rehacer su vida humildemente, oponiendo un "hasta aquí" a las persecuciones y rencores políticos de su tierra, opera en cierto modo la redención de su raza, mediante procedimientos dudosamente helénicos desde el punto de vista filológico —aunque también hay en la lírica griega instantes en que el yo íntimo se subleva contra los símbolos étnico-religiosos y aun hace mofa de ellos en nombre de la libertad personal—, pero procedimientos que, en forma sencilla, directa, y en un acto breve y preciso de la voluntad, bien podrían, creo yo, servir de alivio a

muchos supersticiosos de nuestros días.

PERSONAS

Ifigenia, sacerdotisa y sacrificadora.
Orestes, náufrago.
Pílades, su amigo.
Toas, rey de los tauros.
Pastor, mensajero de noticias.
Coro de mujeres de Táuride. Gente marinera y pastores, adornados con cuernecillos.

Tarde. Costa de Táuride. Cielo. Mar. Playa. Bosque. Templo. Plaza: empieza la ciudad

I

IFIGENIA

Que ha perdido la memoria de su vida anterior:

Ay de mí, que nazco sin madre
y ando recelosa de mí,
acechando el ruido de mis plantas
por si adivino adónde voy.

Otros, como senda animada,
caminan de la madre hasta el hijo,
y yo no —suspensa del aire—,
grito que nadie lanzó.

Porque un día, al despegar los párpados,
me eché a llorar, sintiendo que vivía;
y comenzó este miedo largo,
este alentar de un animal ajeno
entre un bosque, un templo y el mar.

Yo estaba por los pies de la Diosa,
a quien era fuerza adorar
con adoración que sube sola
como una respiración.

—Y pusiste en mi garganta un temblor,

hinchiendo mis orejas con mis propios clamores;
me llenabas toda poco a poco
—jarro ebrio del propio vino—,
si ya no me hacías llorar
a los empellones de mi sangre.

De tus anchos ojos de piedra
comenzó a bajar el mandato,
que articulaba en mí los goznes rotos,
haciendo del muñeco una amenaza viva.

Tu voluntad hormigueaba
desde mi cabeza hasta el seno,
y colmándome del todo el pecho,
se derramaba por mis brazos.

Nacía entre mi mano el cuchillo,
y ya soy tu carnicera, oh Diosa.

CORO

Respetemos el terror
de la que se salió de la muerte
y brotó como un hongo en las rocas del templo.

A osadas pretendía hablar
como no hablan viento y mar,
sacudiendo ansiosa los árboles
que respondían a gritos de pájaros,
o arrancando caricias rotas
en el reventar de las olas.

—Hija salvaje de palabras:
¿quién te hizo sabia en destazar la víctima?
¿Quién te enseñó el costado donde esconde
su corazón el náufrago extranjero?

Íbamos a envolverte compasivas,
a ti, montón de cólera desnuda,
cuando nos traspasaste con los ojos,
hecha ya nuestra ama.

IFIGENIA

Otros se juntan en fáciles corros
apurando mieles del trato:
yo no, que si intento acercarme,
huyo, de mí misma asustada,
como si otro por mi voz hablara.

Otros prenden labios a labios
y promesas se ofrecen con los ojos,
gozando en conciliarse voluntades:
yo no, que amanezco cada día
al tronco de mí misma atada.

Otros, en figuras de baile
alternan amigos y familias,
contrastando los suyos con los pasos de otros:
y yo no, que caigo cada noche
en mi regazo propio.

CORO

¿Te dio Artemisa su leche de piedra,
mujer más fuerte que todos los guerreros?
¡Qué cosa es verte retorcer los brazos
en el afán de ahogar a un hombre!

Prefieres la víctima iracunda,
vencida primero y luego abierta,
para que Artemisa respire
la exhalación de sus entrañas.

¡Oh cosa sagrada y feroz!
Una fuerza que desconoces
está anudada en tu entrecejo.

Y con todo, entre temor y antojo,
te amamos como a fiera joven,
y mil veces, señora, vamos a acariciarte,
cuando he aquí que de pronto nace el rayo
por la sobrehaz de tu piel.

¡Oh cabellera híspida que no puedo peinar!

¡Oh frente y nuca broncas de besar!
¡Brazos redondos, piernas ágiles,
pies elásticos y perfectos!

¡Vaso precioso de mujer arisca:
dínos, dínos al menos
si no puedes ser dulce un solo instante;
dime si al fin podré besarte
las leves puntas de las manos!

Ifigenia

Y, sin embargo, siento que circula
una flúida vida por mis venas:
algo blando que, a solas, necesita
lástimas y piedades.

Quiero, a veces, salir a donde haya
tentación y caricia.
Pero yo sólo suelto de mí espanto y cólera.
Y cuando, henchida de dulces pecados,
me prometo una aurora de sonrisas,
algo se seca dentro de mí misma;
redes me tiendo en que yo misma caigo;
siendo yo, soy la otra...
Y me estremezco al peso de la Diosa,
cimbrándome de impulso ajeno;
y apretando brazos y piernas,
siento sed de domar algún cuerpo enemigo.

¡Oh amor mejor que vuestro amor, mujeres!
Os corre un vigor frío por la espalda:
ya son las manos dos tenazas,
y toda yo, como pulpo que se agarra.

Y en la gozosa angustia
de apretar a la bestia que me aprieta,
entramos en el mundo
hasta pisar con todo el cuerpo el suelo.

Libro un brazo, y descargo
la maza sorda de la mano.

Hinco una rodilla, y chasquean
debajo los quebrados huesos.

¡Ya es mío! ¡Ya es tuyo, Artemisa!
Y subo, con un grito, hasta la eterna oreja.

Pero al furor sucede un éxtasis severo.
Mis brazos quieren tajos rectos de hacha,
y los ojos se me inundan de luz.
Alguien se asoma al mundo por mi alma;
alguien husmea el triunfo por mis poros;
alguien me alarga el brazo hasta el cuchillo;
alguien me exprime, me exprime el corazón.

CORO

Respetemos el dolor
de la que se salió de la muerte
y brotó como un hongo en las rocas del templo.

Sacerdotisa pura en traza de mujer,
nunca divagaré por sus dos senos
de virgen atleta,
ni gozaré tejiendo sus cabellos.

Nunca disfrutarán su piel mis manos,
ni ha de tocarla sino el aire,
o el agua donde suele romper con el contento
del caballo sediento.
—Y te envidio, señora,
el agrio gusto de ignorar tu historia.

IFIGENIA

Es que reclamo mi embriaguez,
mi patrimonio de alegría y dolor mortales.
¡Me son extrañas tantas fiestas humanas
que recorréis vosotras con el mirar del alma!

Cuando, en las tardes, dejáis andar la rueca,
y cantáis solas, a fuerza de costumbre,
unas tonadas en que yo sorprendo

como el sabor de algún recuerdo hueco;
canciones hechas en el hilo lento,
canciones confidentes y cómplices
que, siempre con iguales palabras,
esconden cada vez hurtos distintos
y mordiscos secretos en la pulpa de la vida;
que, mientras manan sin esfuerzo de la boca,
dan libertad para otros pensamientos—,

entonces yo adivino que andáis errando lejos
de la labor que ocupa vuestras manos,
dueñas de lo que sólo es vuestro
y que en vano atisban los maridos
en la joya robada de los ojos.

Ninguna costumbre os sujeta
y, en lícita infidelidad,
abrís con la llave que lleváis al cinto
una cerradura sin chirridos.

Y os envidio, mujeres de Táuride,
alargando mis manos a la canción perdida.
(¿Veis? Magníficamente nace del mar la sombra
cuando, en las colinas violetas,
asoman, de regreso, los pastores de toros...)

CORO

Canta, con aire monótono:

Cantemos, dando al tiempo
alma y copo, rueca y voz.

Horas inútiles tejen
tierra y cielo, tarde y mar.

Arañita de la casa,
no me dan oficio mejor.

Consejos me da la rueca,
sintiéndome a solas reír.

Hay quien de noche duerme,

y hay quien de día trabaja.

Hay quien aún se acuerda,
y secretea y calla.

Hay quien perdió sus recuerdos
y se ha consolado ya.

Calla un instante. Dice luego:

¿Callas, señora? ¡Solamente callas!
Y, como a aquel que canta contra el aire,
nuestra canción parece caernos en la cara,
queriéndose volver de nuevo al pecho.

¡Oh mujer de rodillas duras!
No acertamos a compadecerte.
Fuerza será llorar a cuenta tuya,
a ver si, de piedad, echas del seno
ese reacio aborto de memoria
que te tiene hinchada y monstruosa.

No hay de nosotras quien no ceda a la canción,
poniendo en ella lo que cada una sabe a solas,
si no eres tú, pregunta sin respuesta,
a quien vivimos parteando el alma con afán.

No hay de nosotras quien a las lágrimas no acuda,
con esa gula íntima de probar un secreto,
donde comienza el juntarse de las almas
en un temblor de miedo y amistad.

¡Pero tú, que ni nos engañas siquiera!
Tú que nos das la nada que te llena,
¿no harás, al menos, por forjar un sueño,
una memoria hechiza que nos pague
la sed de consolarte que tenemos?

No; rechina entre tus dientes la voz:
ni recordar ni soñar sabes,
ni mereces los senos en el pecho,
ni el vientre, donde sólo crías la noche.

Os amo así: sentimentales para mí,
haciendo, a coro, para mi uso, un alma
donde vaya labrada la historia que me falta,
con estambre de todos los colores
que cada una ponga de su trama.

Tal vez me apunta un resabio de memoria
hecha de vuestras ansias naturales,
y en el imán de vuestras voluntades,
parece que la estatua que soy arriesga un pálpito.

El coro engendra al héroe

Pero soy como me hiciste, Diosa,
entre las líneas iguales de tus flancos:
como plomada de albañil segura,
y como tú: como una llama fría.

Sobre el eje de tu nariz recta,
nadie vio doblarse tus cejas,
ni plegarse los rinconcillos
inexorables de tu boca,
por donde huye un grito inacabable,
penetrado ya de silencio.

¿Quién acariciaría tu cuello,
demasiado robusto para asirlo en las manos;
superior a ese hueco mezquino de la palma
que es la medida del humano apetito?

¿Y para quién habías de desatar la equis
de tus brazos cintos y untados
como atroces ligas al tronco,
por entre los cuales puntean
los cuernecillos numerosos
de tu busto de hembra de cría?

¿Quién vio temblar nunca en tu vientre
el lucero azul de tu ombligo?
¿Quién vislumbró la boca hermética
de tus dos piernas verticales?

En torno a ti danzan los astros.

¡Ay del mundo si flaquearas, Diosa!

Y al cabo, lo que en ti más venero:
los pies, donde recibes la ofrenda
y donde tuve yo cuna y regazo;
los haces de dedos en compás
donde puede ampararse un hombre adulto;
las raíces por donde sorbes
las cubas rojas del sacrificio, a cada luna.

II

CORO

Pero callemos, que un pastor color de tierra,
vago engendro de lanas y hojarasca,
se acerca aquí, como bulto que echa a andar,
filtrando una mirada de ansia y susto
por entre el heno de la barba y las cejas.

Con el cayado sólo bate el aire,
y parece irradiar palabras con la honda;
que al hombre cogido entre sorpresas
no hay útil cuyo oficio no se esconda;

y —todo él lanzado ariete—
devuelve al alma oscura la luz de los sentidos,
y es ya todo intenciones, todo oídos,
todo aspavientos, todo interrogación.

En vano la pesuña elemental
se articula en los cinco dedos ágiles,
ni el unánime ruido animal
se distribuye en cortadas palabras.

Ya olvida el habla, ya descuida el andar;
de su vetusta cojera no se acuerda,
y de lejos nos tiende la mano temblorosa,
como si en esa mano sus noticias trajera.

Entra el

PASTOR

Náufragos, náufragos hay, señora,
si lo es el que pisa tierra ingrata a sus plantas,
aun cuando no lo ruede el mar hasta la orilla,
ni el barco entre en la playa con el costado abierto.

IFIGENIA

¿De dónde son?

PASTOR

Helenos.

Uno llamaba Pílades al otro.
Son dos amigos como dos manos bien trabadas;
donde pregunta el uno, el otro le contesta;
donde uno dicta, el otro le obedece.

Son como un alma repartida en dos cuerpos;
cuando habla el uno, calla el otro,
y se completan como dos porciones
de una misma necesidad.

IFIGENIA

¿Y los habéis cazado?

PASTOR

Nuestros y tuyos son.—Y de la Diosa.

IFIGENIA

Pero ¿qué harán los pastores en el mar,
a deshoras corriendo tras las olas
y enloquecidos por vellones de espuma?

Pero ¿qué andáis juntando los rebaños del agua?
¿De dónde trocasteis los oficios,
confundiendo remos y cayados,
redes y ondas, maldiciones y canciones?

Oh padres apacibles de la tierra
domesticada y quieta,
médicos de zampoña y melodía
y abuelos de la oveja preferida:

¿Qué hacíais entre el sobresalto sin fondo
que se burla con velas y con leños,
cuerdas y puños y gritos de furor?

PASTOR

Íbamos a bañar las reses en la cueva *Mensaje*
que sirve de refugio al pescador de púrpura,
porque el toro, señora, vuelve al mar como el río,
para cobrar allí sangre, valor y brío.

Muge el novillo; late el can. Es hora
en que la última tarde se dora,
y el mar se deja traspasar el pecho
por un haz de espadas de plata.

Hiere la luz, pero no alumbra;
y sorda sensación de una presencia humana
nos cohíbe de pronto, al saludar las cuevas.

Sobrecogido retrocedo entonces,
de puntillas y haciendo la señal del silencio,
de miedo que algún dios desconocido
habite el mar que bate las Simplégadas,
hijo de la marina Leucotea,
Palemo —o algún otro poeta de las aguas.

Y es verdad; que, al rumor que alzamos,
salta en figura de doncel armado
y, echando espumarajos por la boca,
a tajos y a mordiscos cae sobre las reses,
gritando: "¡Oh Furias, oh Dragón,
oh mala hembra que muerta me persigues,
oh vergüenza de Micenas de oro,
oh baño ensangrentado en sangre del esposo!"

El otro, Pílades, en vano lo sujeta,

como a demente que mira sólo el fuego
profundo de su alma, y finge formas
y torna objetos, y cambia el sueño de los ojos
por el sueño de su corazón.

Y, sea que el instinto nos avise
que bajo su locura humana alienta un dios,
o que las armas vibren respetos en su mano,
huímos, como huían los ganados,
para sólo volver y dar sobre el intruso
cuando el otro lo tiene ya sujeto.

Y es fuerza que les valga algún conjuro
o que vengan ungidos de aceites prestigiosos,
para que no perezcan en los nudos
de brazos de pastores y gente campesina
que se junta al tumulto.

Gracias que estamos ilesos unos y otros
y que tu sacrificio, Madre, será perfecto.

III

Entran hombres con los dos cautivos atados.

ORESTES

Atado, apedreado,
delira así:

Cabra de sol y Amaltea de plata
que, en la última ráfaga, suspiras
aire de rosas, palabras de liras,
sueño de sombras que los astros desata;

al viejo Dios leche difusa y grata,
y, del reflejo mismo en que te miras,
hacendosa hilandera, porque estiras
en hebra y copos el vellón que labras;

tarde, en fin, quieta como impropicia y dura:
prueba pues, ya que a tanto conspiran mis estrellas,

a exaltar otra vez mi razón en locura,
para que yo, que vivo amamantado en ellas,
no sufra el tacto de otra piedra impura
sin estallar mil veces en centellas.

IFIGENIA

(Dice, a solas, palabras que apenas se tienen unidas,
como el que sale, bandeando, del torpor de un sueño;
mas hay una oscura voluntad que atisba
—perro fiel— junto a la embriaguez de su dueño.)

—Helenos:
¿De dónde traéis carga de destinos,
para dar en playas donde mueren los hombres?
¿Qué irritados espíritus tenéis sedientos
de sal y aceite que apaciguan hambres del cielo?

Grecia y los bárbaros

Helenos: la fortuna está en no buscarla,
y habéis tentado todos los pasos del mar.
No os basta la ciudad medida a las plantas humanas
y, rompiendo los límites del cielo,
¿os sorprende ahora caer en la estrella sin perdón?

Helenos: forzadores de la virgen del alma:
los pueblos estaban sentados, antes de que echarais a andar.
Allí comenzó la Historia y el rememorar de los males,
donde se olvidó el conjugar
un solo horizonte con un solo valle.

La sabiduría ya estaba descubierta;
los brazos ya estaban cruzados sobre el pecho;
los ojos se escrutaban a sí mismos
para desanudar en su revés el mundo;
y el índice de piedra
sujetaba en racimos el espacio profundo.

Se apaciguaba, helenos, el gotear del agua eterna;
y en el reló dormido del estero
lanzasteis la bellota profana.
Y cedisteis al inmenso engaño
partido en diminutas y graciosas mentiras;

y con el bien y el mal terribles
hicisteis moderadas apariencias
para cebar la codiciosa bestia,
oh falsificadores de lágrimas y risas.

Os acuso, helenos, os acuso
de prolongar con persuasión ilícita
este afrentoso duelo, esta interrogación...

Así deis con la frente en las esferas últimas,*Titanes*
y os sienta el último fantasma
rodar entre peñascos en declive,
surtiendo por el pecho maldición de volcanes,
¡oh instrumentos de la cósmica injuria,
oh borrachos de todos los sentidos!

ORESTES

Grita:

¡Raza vencida de la tierra:
reconoce a tu domador!
¡Tú que temblabas, gusanera aplastada,
bajo los Siete Días orientales
de la Creación!

Tú que apenas usabas como alma
un escozor de pánico,
y que desfallecías, heredera
de todos los pavores animales;

devuelta con arrobamiento al fango;
lodacero que criabas raíces
para enredar los talones bailátiles
de los hijos de Prometeo:

¿Qué me acusas, ojos de arcilla?
Frentes hacia abajo, ¡qué sabéis
de levantar con piedras y palabras
un sueño que reviente los ojos de los dioses,

otra simiente de naturaleza,
hija pura y radiosa del humano deseo,

oro de eternidad, diamante pleno
labrado en los martillos
impecables del corazón!

IFIGENIA

En vano, por primera vez, aguardo
que me sacuda en cólera la Diosa.
—Librad al griego; recoged mi manto:
sobran horas al tiempo.

Apercíbese Ifigenia con vasos lustrales. Pílades, atado, da un paso hacia Orestes, como a socorrerlo.

ORESTES

Comienza la anagnórisis

Detente, Pílades, que siento
indeciso vaho de los dioses;
y, entre los ojos de la carnicera,
me sorprende el halago de una mirada rubia.

No en vano las aguas se abren y se juntan;
no en vano los vientos y el elástico mar,
no en vano gimen y aúllan
en torno a la nave del griego que sabe esperar.

No fue ciega la ira que me devolvió a Micenas,
incubando en el monte mis furores de niño;
nodriza ruda me criaba para el cuchillo,
y soy dardo de mano derechera.

¿Nada te dice, amigo, el portento que te sale al paso?
¿Dónde está la tierra de las Amazonas guerreras?
¿Cuándo viste, Pílades, combatiendo brazo a brazo
a la sacerdotisa con las víctimas extranjeras?

Bien que la barbarie, educada en el desorden del mundo,
pisotee los prodigios como las yerbas,
confundiendo árboles y fieras y hombres y sexos,
sin distinguir lo propio de lo desorbitado y súbito.

Pero tú, filósofo en cuyos brazos descanso,
¿me enseñaste acaso a concebir mujeres
como la Quimera, con garras y crestas y fauces,
o sacerdotisas mezcladas de leonas?

Sólo cuando el dios anda rondando los montes
miras volar los árboles y oyes hablar a los pájaros.
Así me devuelves, mujer, la confianza en Apolo,
sólo con tu furia y con tu locura sólo.

No está lejos, no, la fuerza que me trajo rodando:
y ya no vacilo, que estoy en tierra de Tauros.
De Artemisa es, Pílades, el templo que venimos buscando,
y esta mujer —

IFIGENIA

—¡Oh calla, por tus enemigos dioses!
Mira que estás por quebrar la puerta sorda
donde yo golpeo sin respiración.
Mira que me doblo con influjos desconocidos,
juntas en imploración estas manos mías tan ásperas.

Tengo miedo, calla, la Diosa nos oye.
Ella me implica toda: yo crecí de sus plantas.
Si tú sabes más, tejedor de palabras
—pues así adivinas tierras y hombres
ensartando lo que ignoras con lo que conoces—,

calla, por tus amuletos; calla, por tus cabellos,
en los que reclavo con ansia mis dedos;
calla, por tu mano derecha;
calla, por tus cejas azules;
y por ese lunar que hay en tu cuello,
gemelo —mira—,
gemelo del lunar que hay en mi hombro.

Calla, porque me aniquila el peso del nombre que espero;
oh vencedor extraño, calla, porque, al fin, no quiero
saber —oh cobarde seno— quién soy yo.

ORESTES

¿Callaré, Pílades, cuando vine a decirlo?

PÍLADES

NO.

CORO

Dos animales de la misma cría
no se juntan mejor. Uno conduce,
y la otra le sigue —antes tan fiera.
Manda el varón, y al fin es hembra ella.

Pero ¿esas miradas que se hunden
la una en la otra, como en propio elemento?
Y la gota negra de aquel cuello
resbala aquí, camino de este seno.

Un mismo arte de naturaleza
concertó los dos sones de gargantas...
¡Mil cosas misteriosas nos relatan los viejos,
y yo, sin serlo, he visto tantas!

IV

Toas y el séquito.
Suspensión entre los que llegan y los que estaban presentes.

TOAS

Soy el rey Toas, de leves pies como las aves.

Como quien manda, olvido mis cuidados
por oír el rumor que corre el pueblo.

Hecha de mar y roca, alta señora,
sacerdotisa que llevas la clava
desde que el cielo apedreó a la tierra
con el poder de la nocturna Diosa
—Díctina de la selva, hija de Leto:

Prepárense los vasos y los cestos,
y arda el fuego de la salsa mola;
echad el llanto, hombres oscuros:
la Diosa no perdona.

Ejércitos de abejas amarillas
aplaquen —cediendo miel— las tumbas.
Iras de Inmortales reclaman
la miel salobre y roja de otra ofrenda.

IFIGENIA

Oye la voz de tu sacerdotisa,
rey de nombre de ave:
éstos me vencieron sin manos
y me ataron con la amenaza.

No los quiere la Diosa; traen a cuestas
el nombre que he perdido.

TOAS

El nombre que tenías lo has perdido en el mar.

IFIGENIA

Éstos, del fondón de los mares
llegan, vomitados de olas.

TOAS

Náufragos son, ley igual los condena.

IFIGENIA

Ley que un hombre trazó y otro quebranta.

TOAS

Escrita está en las plantas de Artemisa.

IFIGENIA

—Que es superior a ella y con los pies la pisa.

TOAS

¿Qué pretendes?

IFIGENIA

Que hablen.

TOAS

Hablad, hombres oscuros.

V

ORESTES

¿Diré, Pílades, el nombre que azuce
las bandadas de nombres temerosas?
Evitaré más bien el torbellino
que alzan los vientos súbitos,
y habré de conducirla paso a paso,
como a ciega extraviada que tantea el camino,
hasta dejarla donde la perdí.

—Oye, sacerdotisa: devuélveme las manos,
porque no sé contar sin libertad mi historia.

Ademán de Ifigenia. Desatan a Orestes, que continúa:

Teogonía

Dos veces Urano engendraba en el seno de Gea,
ensayando monstruos que la vergüenza rechaza.
Voluntad oscura, sus intentos multiplicando,
mezclaba impetuosos crímenes con virtudes severas.

En los Cíclopes era espanto la mal trazada frente
y los brazos de Briareo eran fuerza desperdiciada.
Y el Padre deshacía sus horripilantes juguetes,
bien como alfarero que ensaya el jarro dos veces.

Perra ululante, Gea sus cachorros le disputaba.
—¡Hijos del Padre loco! ¿Quién me vengará? —les decía—
Y el último, Cronos, contraído bajo sus tetas,
tiembla de furor y designios.
Era creada ya la raza del blanco acero.
Cronos esconde la hoz, y Urano un deseo aventura;
pero, segadas a punto las informes flores del sexo,
la sangre del Padre loco fecunda todavía el suelo.

Erinies y Gigantes y Ninfas brotan y Diosas,
y sobre el mar, la deseada rosa:
Afrodita la llaman, hija de las espumas;
Citerea, vecina de la isla;
Kiprigenia, porque llega a Chipre batida de olas;
Filomedea, en fin, hija de los anhelos.
Así la vital angustia, derramada en sangría,
Gea, perra ululante, sigue fomentando tus crías.

Ya está mezclado el crimen en la masa del mundo.
Dioses recelosos de sus proles indeseadas
acechan a las diosas que se acuestan con hombres.
Los padres de tribus a los mancebos devoran,
y el justo Edipo, testigo insobornable,
se descuaja los ojos contra el error del cielo.
Hubo un rey en Lidia cuya casa honraba el Olimpo,
¡y osó hacer festín de las carnes de su hijo!

Como torres gigantes, los Inmortales, mudos,
contemplan la ofrenda de Tántalo mezclada de horrores.
¿Qué hacías, Diosa hambrienta, olvidadiza Deméter,
devorando, sin saberlo, el hombro arrancado de Pélope?
Zeus Tempestuoso hinca los ojos en Tántalo,
que entra desbarrancado en los Infiernos,
donde con boca reseca jadea tras el agua que huye;
donde, por hurtárselas, los árboles sus pomas degluten.

Júntanse las partes, y Pélope vuelve a vivir;
se alza cetro en mano, y el hombro de marfil.

Pero la maldición vuela, contaminando
a todos los brotes de su gente.
Niobe deshijada, piedra que llora ríos,
ve traspasados sus hijos con flechas de oro,
y Tiestes y Atreo, en festines horrendos,
vomitan, desfallecidos, la sangre criminal del abuelo.

Y nacieron, uno de otro,
Tántalo, Pélope y Atreo,
y Agamemnón, castigador de Troya
y hermano vengador del zaino hermano.
Igual deslealtad les esperaba
con Clitemnestra, hembra matadora del macho,
y con Helena, por quien tiene hartazgo
de cadáveres la ciudad de los pájaros.
Mientras las naves huecas deshacían la ruta de Ilión,
tramaba Clitemnestra con Egisto;
y Agamemnón cayó a mansalva,
vencido entre los brazos de su casa.

Entre los que crecían en palacio,
el mayor de los hijos
era menor que la venganza: Electra,
hermana blanca; pero, providente,
me hizo nutrir de tierra y de raíces,
abrigado de cuevas y de pieles,
montaraz y distante,
intacto cazador de Apolo.

Y, en la incertidumbre de sus noches,
el sueño de la madre dio presagios:
me veía dragón, me padecía
estrujando y sorbiendo en sus pezones
fango de leche y sangre.

Y al fin, entre relámpagos de crimen,
bajo el furor de Apolo cómplice
y la tronante cólera del cielo,
y bajo las legiones espantadas
y saltonas de Furias,
el cazador cazó a la madre adúltera.

¡Oh vino soberano

que un día me embriagaste para siempre!
¡Nunca probara yo de tu delirio,
y no me persiguiera
la indignada caterva de mi madre!

IFIGENIA

Los nombres que pronuncias irrumpen por mi frente
y se abren paso entre tumultos de sombra;
y, por primera vez, mi dorso cede
con un espanto conocido.

Me devuelvo a un dolor que presentía;
me reconozco en tu historia de sangre,
y gime, sin que yo lo entienda todavía,
un grito en mis orejas que dice: "¡Áulide! ¡Áulide!"

CORO

Asisto a los misterios —y callo.

IFIGENIA

Siento, como en la ácida mañana,
madrugar el pavor de estar despierta:
cenizosa conciencia
que torna a la mentira de los días
con una lumbre todavía de sueño,
hecha de luz funesta que transparenta el mundo.

ORESTES

Te asiré del ombligo del recuerdo;
te ataré al centro de que parte tu alma.
Apenas llego a ser tu prisionero,
cuando eres ya mi esclava.

En Áulide, los vientos no prosperan
o los adversos dioses redoblan el resuello;
y para que los leños flotantes de las naves

sigan el curso, piden sacrificios.
La sangre de una virgen Artemisa reclama.

IFIGENIA

¡Oh, Diosa, voy a ti, pues tú me llamas!

ORESTES

Aguarda, hay tiempo aún.—Ya los oráculos
designan a Ifigenia.

IFIGENIA

¡Oh Diosa!

ORESTES

Aguarda.

La casta de adivinos es ávida de males.
Hija de Agamemnón: fuerza es traerte
engañada hasta el sitio de la ofrenda,
donde adelanta en pago de lágrimas la madre
el crimen que ha de cometer más tarde.

IFIGENIA

Al fin es madre, Orestes;
y espera, en las edades de la hija,
que la fruta de nietos se le rinda.
Al fin es madre, Orestes, y prolonga
hasta la pubertad el gusto de mi cuna.

Al fin, en cada hora presentía
la cosecha de una caricia nueva;
porque es todo inquietudes y sorpresas
el logro minucioso de la hija.

Odiseo me trajo prometida
al lecho de un valiente —Aquiles.— (Oye:

al crear este nombre con esfuerzo,
tengo piedad yo misma de mis labios.)

—Pero ¿qué hago, Diosa? ¿Salgo de tu misterio?
Amigas, huyo: ¡esto es el recuerdo!
Huyo, porque me siento
cogida por cien crímenes al suelo.
Huyo de mi recuerdo y de mi historia,
como yegua que intenta salirse de su sombra.

Sujétanla.

ORESTES

Sujetadla y que beba la razón
hasta lo más reacio de sus huesos.
Hínchate de recuerdos,
óyelo todo: En Áulide fuiste sacrificada;
pero Artemisa te robó a su templo
a la hora en que Calcas descargaba el cuchillo,
y cayó en tu lugar, forjada de tu miedo,
cierva temblona que mugió con muerte.

IFIGENIA

Orestes, soy tu hermana sin remedio,
y en el torrente de la carne, siento
latir la maldición de Tántalo.

Pero contéstame, pues me castigas
de envidiar la miseria de las hijas de Táuride
y desear la vida compartida
—humano pan de donde todos coman—,

¿no me estaba yo bien, guijarro de esta roca,
arista desgajada de la Diosa?
¿No me fuera más dulce la sombra en que yacía
y el destazar continuo de las víctimas?
¿A qué trajiste el rayo de mi casa
a la ribera en que estaba yo perdida?

¡Ay hermano de lágrimas, crecido

entre la palidez y el sobresalto!
¡Déjame, al menos, que te mire y palpe,
oh desvaída sombra de mi padre!

CORO

Entran los ojos en los ojos. Andan
tentándose las manos con las manos.
Y en la arena, la huella de la hermana
acomoda a la huella del hermano.

ORESTES

Y déjame que alivie tanto llanto
—¡ay hermana que fuiste mi nodriza!—
viendo rodar mi lloro por tu cara
y latir en tu cuello mi fatiga.

CORO

¡Señora! ¿Y te acaricia? ¡Y tú te doblas
debajo de su barba! Y nos pareces
más pequeñita, al paso que reviven
y te van apretando las memorias.

IFIGENIA

¡Suelta, suelta, que mi dolor no importa!
No me abandones, Diosa,
y permite que huya de mí propia
como yegua que intenta salirse de su sombra.

ORESTES

¿Recuerdas?

IFIGENIA

Sí.—Llegamos en el carro:

mi madre —porque es mi madre, Orestes—,
tú, tierno niño que sólo ríe y llora,
yo, y los presentes de mi boda.

Me bajaron en brazos las muchachas de Calcis,
como a la prometida del nieto de Nereo;
y a ti, con delicadas manos,
para no sacudir tu frágil sueño;

que eran asustadizos los caballos,
y no obedecían a la voz.

Saltamos como terneras sueltas en prado.
Ignorando las rudezas del campamento,
yo, corazón nupcial, fiesta hacía de todo.

Y he visto a los dos Áyaces, amigos de armas;
y a Protesilao y Palamedes
que jugaban con unas figurillas;
y a Diomedes, hecho a lanzar el disco;
y al portentoso Merión, raza de Ares;
y al hijo de Laertes, engañoso;
y al hermoso Nireo, el más hermoso.

A pie, de lejos, disputaba Aquiles
—oh sienes mías hechas al dolor—
victorias de carrera a la cuadriga
de Eumelo, que acosaba a los caballos
blancos del yugo,
y a los rojos manchados que iban a larga rienda.

CORO

¡Oh Paris, Paris, que con la flauta frigia
apacentabas novillos en el Ida!
¡Oh juez de diosas y ladrón de hogares,
cómo va a perecer por ti la flor del año!

ORESTES

Dí, ¿conociste a Aquiles?

IFIGENIA

No, sino en el relato de mi madre
que, con estrago de dolor y miedo,
se echó a sus pies, pudores olvidando.

Alumno de Quirón, hijo de diosa,
era ajeno al engaño, y fue a salvarme.
Lloraba sin rubor: ¡era tan joven!
No negaba el pavor: ¡era tan bravo!
No quiso conocerme: ¡era tan casto!

ORESTES

Prosigue.

IFIGENIA

¡Infierno, Infierno!
Tu boca misma habló por Clitemnestra.
Me hizo llegar, trayéndote en el manto,
y a mí, que lo quería más que todos,
me redujo a escuchar lo que le dijo al padre.

CORO

Un gran dolor ahoga la vergüenza.

IFIGENIA

Dijo: —"Me arrebataste a mi primer marido;
y, arrancándomelo de los pechos,
estrellaste a mi primer hijo contra el suelo.
Mi padre hizo la paz en los hermanos,
y fui casta y sobria en tu palacio.
Tres hijas y un hijo te he dado.
Te sales de tus tierras por ajenos agravios,
y, además de tu aposento vacío,
¿quieres que llore ahora la muerte de Ifigenia?

¿Y qué frente ofrecerás mañana
al beso de tus hijos sin hermana?
Que ceda Menelao a su hija Hermione:
suya es la ofensa, no son ciegos los dioses.
¡Oh mano que mandas de lejos!
¿Arrastrarás tu propia hija por los cabellos
hasta el ara de la Divina Cazadora,
y yo la seguiré, sin soltar sus vestidos,
hecha consternación de tus ejércitos?"

ORESTES

¿Y yo, entretanto?

IFIGENIA

No sabías hablar, ¡oh el más amado!
Con lágrimas y brazos implorantes
tú me ayudaste, en fin, cuanto podías.
Estreché con el tuyo el cuerpo de mi padre,
como con elocuente rama de suplicantes:

—"Yo la primera te he llamado padre;
tú la primera me llamaste hija;
gozosas nupcias prometiste un día,
y yo soñaba en acogerte, anciano,
entre próspera bulla de la prole.
Insano afán de navegar a tierras bárbaras
te hace dejar la tierra
donde cortan jacintos y rosas los que dio a luz mi madre.
Mas yo no debo amar demasiado la vida.
—¡Dispón, oh Calcas, de mi ración de sangre!"

Y desvié los ojos
del bulto convulsivo de mi madre.
Calcas alzó la mano: ¿se oyó el golpe?

ORESTES

He aquí que te encuentro muerta y viva,
sacrificada y sacrificadora.

IFIGENIA

Con sospecha:

¿A qué viniste, dí?

ORESTES

En busca tuya.

IFIGENIA

Recobrando su arrogancia perdida:

¿Para que siga hirviendo en mis entrañas
la culpa de Micenas, y mi leche
críe dragones y amamante incestos;
y salgan maldiciones de mi techo
resecando los campos de labranza,
y a mi paso la peste se difunda,
mueran los toros y se esconda la luna?

¿En busca mía, para que conciba
nuevos horrores mi carne enemiga?
¿Para que aborten las madres a mi paso,
y para que, al olor de la nieta de Tántalo,
los frutos y las aguas huyan de mi contagio?

ORESTES

Por el sello que llevas en la frente,
hija de Agamemnón, ante los tauros
oye la orden que traigo de Apolo:

Me seguirás hasta Micenas de oro,
y volverás a la casera rueca,
y cumplirás con dar los brotes nuevos
a la familia en que naciste hembra.

Fuerza será que, complaciente esposa,
te alimente en su casa algún príncipe aqueo.

No se corta la sangre sin mandato divino.

IFIGENIA

Huiré de mí propia,
como yegua acosada que salta de su sombra.

ORESTES

Me seguirás, y ceñirás la vida
a que las altas normas te condenan.
Cualquier dolor pasado
es, a los mismos dioses, duro espanto.
¿Quieres romper con la Necesidad,
vuelta contra el latido que llevas en el vientre?
¿Y qué harás, insensata,
para quebrar las sílabas del nombre que padeces?

IFIGENIA

¡Virtud escasa, voluntad escasa!
¡Pajarillo cazado entre palabras!
Si la imaginación, henchida de fantasmas,
no sabrá ya volver del barco en que tú partas,
la lealtad del cuerpo me retendrá plantada
a los pies de Artemisa, donde renazco esclava.

Robarás una voz, rescatarás un eco;
un arrepentimiento, no un deseo.
Llévate entre las manos, cogidas con tu ingenio,
estas dos conchas huecas de palabras: *¡No quiero!*

Refúgiase en el templo, desapareciendo de la escena.

TOAS

He aprendido a llorar ajenos males
y a gozar con mesura el bien que alcanzo.
No puede el noble decir lo que le plazca.
¡Qué vanas apariencias nos gobiernan!

Cierto es que servimos a la plebe.
Licencia tienen otros para clamar a voces,
no el monarca prudente,
que sólo con el ceño engendra nubes.

CORO

Nadie que no sea sensato
mande en las plazas de los hombres.
Oh rey de leves pies de ave:
hay sed de tu clemencia.

TOAS

Como dirigiéndose a Ifigenia:

Todo lo sé: la onda cordial desata,
voluntad que anulaste la porfía
del bien y el mal; dureza generosa,
basa de templos, muralla de ciudades.

Boca de dictar leyes,
mano de hacer y deshacer cadenas,
frente para corona verdadera,
¿qué nombre te daremos?

Todo lo sé: la onda cordial desata,
cólmate de perdón hasta que sientas
lo turbio de una lágrima en los ojos:
Mata el rencor, e incéndiate de gozo.

CORO

Alta señora cruel y pura:
compénsate a ti misma, incomparable;
acaríciate sola, inmaculada;
llora por ti, estéril;
ruborízate y ámate, fructífera;
asústate de ti, músculo y daga;
escoge el nombre que te guste
y llámate a ti misma como quieras:

ya abriste pausa en los destinos, donde
brinca la fuente de tu libertad.

TOAS

Destuerzan la senda los náufragos.
Dadles, tauros, remos y velas.
Oh mar: tuyo era el mensaje:
guárdalos tú de tus procelas.

Seguidos del pueblo, aléjanse hacia el mar Pílades y Orestes, brazo en el hombro, dobladas las barbas sobre el pecho.

CORO

¡Oh mar que bebiste la tarde
hasta descubrir sus estrellas:
no lo sabías, y ya sabes
que los hombres se libran de ellas!

Ha anochecido. Las primeras luces se atreven.

COMENTARIO A LA "IFIGENIA CRUEL"

I
LA AFICIÓN DE GRECIA

Por el año de 1908, estudiaba yo las "Electras" del teatro ateniense. Era la edad en que hay que suicidarse o redimirse, y de la que conservamos para siempre las lágrimas secas en las mejillas. Por ventura, el estudio de Grecia se iba convirtiendo en un alimento del alma, y ayudaba a pasar la crisis. Aquellas palabras tan lejanas se iban acercando e incorporando en objetos de actualidad. Aquellos libros, testigos y cómplices de nuestras caricias y violencias, se iban tornando confidentes y consejeros. Los coros de la tragedia griega predican la sumisión a los dioses, y ésta es la única y definitiva lección ética que se extrae del teatro antiguo. Hay quien ha podido aprovechar su consejo. La literatura, pues, se salía de los libros y, nutriendo la vida, cumplía sus verdaderos fines. Y se operaba un modo de curación, de sutil mayéutica, sin la cual fácil fuera haber naufragado en el vórtice de la primera juventud. Ignoro si éste es el recto sentido del humanismo. Mi *Religio Grammatici* parecerá a muchos demasiado sentimental.

Tenemos derecho —una vez que por cualquier camino alcanzamos la posesión de un módulo— para manejarlo a nuestra guisa. ¿Y qué otra cosa han hecho los trágicos de todos los tiempos, sino volver a contar a su modo una historia conocida en lo general? Lamento tener que referir una triste anécdota. Cierto amigo, no ayuno de letras, me dijo cuando leyó la *Ifigenia:* "Muy bien, pero es lástima que el tema sea ajeno". "En primer lugar —le contesté—, lo mismo pudo usted decir a Esquilo, a Sófocles, a Eurípides, a Goethe, a Racine, etc. Además, el tema, con mi interpretación, ya es mío. Y, en fin, llámele, a Ifigenia, Juana González, y ya estará satisfecho su engañoso anhelo de originalidad."

Sucede en esto lo que con el libro de cabecera: es tan nuestro, que rueda por las sillas y por las mesas, le anochece en el velador y le amanece a los pies de la cama. Al libro predilecto lo tratamos —en nuestro fuero interno— con todas las veleidades de la sinceridad: reñimos con él, le exigimos más que a ninguno. Justificada la afición de Grecia como elemento ponderador de la vida, era como si hubiéramos creado una minúscula Grecia para nuestro uso: más o menos fiel al paradigma, pero Grecia siempre y siempre nuestra. Entonces, ya era dable arriesgarse a sus asuntos sin tono arcaizante, y aun sin buscar compromisos líricos entre lo antiguo y lo moderno. Esto, con ser más sincero, es a la postre más valiente: exhibición no disfrazada de nuestras ininteligencias o aciertos, nos vende, nos entrega; si la obra emprendida fracasa, no podemos recuperarnos. Somos uno con ella: no es Grecia, es nuestra Grecia. Tanto riesgo solicita a todo

corazón templado.

Además de que hay una Grecia cotidiana, una perspectiva de ánimo que nos capacita para humanar hasta los mitos más rígidos y arcaicos. Los pintores supieron adorar a la Virgen María en traza de señora flamenca. La afición de Grecia es tan imperiosa o más. Helena vivió por las páginas caprichosas del *Fausto* con más verdad que Ifigenia, en el drama que Goethe le consagró.

Al tiempo de estudiar la evolución de Electra —Esquilo, Sófocles, Eurípides—, íbamos divagando sobre tal o cual motivo paralelo: hoy sobre Hécuba o Casandra, y mañana sobre Ifigenia. Y estas divagaciones —entonces verdaderos reposos y bostezos de la atención— se han quedado ahí, por los cuadernos de notas, en estado de *disjecti membra*, esperando que tronara el clarín del ángel.

Antes de que mi Ifigenia pudiera alentar, había de cerrarse un ciclo de mi vida.

II
IDEA DE LA TRAGEDIA

De entonces acá no he vuelto a pensar sobre la tragedia clásica en sí misma, y mis meditaciones de entonces pueden resumirse así (*Cuestiones estéticas*, París, 1910, pp. 54-66):

La tragedia griega es, desde luego, humana, pero universalmente humana, en cuanto sumerge al hombre en el cuadro de las energías que desbordan su ser. Hoy, Emerson ha podido decir: —Venimos a perturbar el optimismo de la naturaleza. Pero al griego sus propios dolores se le representaban como ecos de un mal general: él no era más que una oreja en la conciencia dolorida del universo. Éste era, precisamente, el consuelo, ésta la alegría fundamental de la vida griega: que el hombre no estaba a solas con su dolor, que su dolor mismo no era exclusivamente suyo. Esto era también lo que hacía posibles la desesperación y el desahogo dionisiacos: el duelo era comunicable al mundo. En el caso superior del héroe, el héroe y el mundo se cambian influencias universales, y la suerte de un pueblo no es más que un reflejo de las contaminaciones, del diálogo entre Edipo y la Esfinge. Vivo él, suceden catástrofes a su paso. Muerto, sus huesos abonarán la gloria de la tierra que le dio sepultura.

Para los aspectos más individuales de su pasión, el griego usaba de la Lírica. Al Teatro no quería llevar más que un diálogo cosmogónico, aunque revestido en pretextos humanos ciertamente, porque sólo al modo humano tenemos noticia de la agencia de los destinos. Y el griego prestaba al Teatro, por lo demás, la misma imaginación colorida que tuvo para su religión. Por muy abstracto que sea el propósito, a un griego no le será dable rodar por las aberraciones estéticas del teatro medieval, y especialmente de aquellos extraordinarios "autos sacramentales", delirios del frenesí teológico.

Hasta el mecanismo de las antiguas representaciones favorecía esta

concepción cósmica: la tragedia griega se gobernaba por una fórmula simétrica, dentro de la cual el poeta iba labrando. Los acontecimientos habían de sucederse en un proceso siempre regular: el *prólogo* de los autores, los *parodoi* del coro, los *episodios* de los actores, los *stásima* del coro, y los finales *éxodos*, todo ello se entretejía con un ritmo fijo. El coro se movía a compás y en tiempos predeterminados. El protagonista debía tener al deuteragonista a la derecha y al tritagonista a la izquierda, y cada uno entraba y salía por cierto lugar del proscenio. Los diálogos mismos parecen obedecer a una norma: 1) largo parlamento del héroe; 2) comentario rápido del coro; 3) amplia respuesta del interloctor o adversario; 4) rápido comentario del coro; 5) charla apresurada, en fin, donde los disputantes se arrebatan la palabra y se completan mutuamente las frases, torciéndolas y esgrimiéndolas como en el teatro español *(sticomythia)*.

Todo lo cual hace de la tragedia una escena de danzas, marchas, discursos equidistantes, en que fácilmente se descubre el ánimo ritual, el ánimo de superar lo social e inmediato para más bien representar un objeto de filosofía religiosa, una suerte de misa. Sin que esto excluya, por supuesto, los rasgos de sátira que cada vez van invadiendo más la tragedia. Aquellas escenas sugieren, pues, un universo regido por leyes armoniosas, musicales, mucho más que un drama individual.

La misma figura humana se agigantaba por el uso del coturno, se inmovilizaba en el gesto de la máscara; la voz se alteraba en los resonadores, y el actor era como una expresión visible y audible de la fuerza mística. Los personajes no son sino conciencias que cavilan en los destinos, a través de símbolos objetivos y humanos. Los haces místicos vuelan por el aire oscuramente; pero se tiñen y se hacen perceptibles en ese pretexto de voluntad: la figura humana.

Desde luego que yo no intentaría conservar aquí el mecanismo de la tragedia; pero, por lo menos, su abstracción. Mi parodia no tiene escenario muy definido, ni retrata tipos sociales, ni alardea con los pueriles encantos del color local. Sus caracteres mismos muy posible es que sean meras sombras de seres cargados con una misión ética. Fueron concebidos con sencillez. Unos frente a otros, suscitan conflictos, como los mordedores reactivos de la química al encontrarse; pero, en sí mismos, viven bajo la complicidad de sus corazones. En tal sentido, la obra es una alegoría moral.

La *Ifigenia*, además, encubre una experiencia propia. Usando del escaso don que nos fue concedido, en el compás de nuestras fuerzas, intentamos emanciparnos de la angustia que tal experiencia nos dejó, proyectándola sobre el cielo artístico, descargándola en un coloquio de sombras.

III
FUNCIÓN DEL CORO

Con todo, no hemos querido privarnos de algunos elementos felices del teatro griego. Desde luego, del coro.

Por razones de orden material, por la dificultad de hacer salir y entrar al coro constantemente, resultó que éste viniera a participar en los secretos del héroe. El generoso espíritu de los griegos lo entendió sin malicia: el coro, por regla, no sería traidor; el protagonista casi podría definirse como el personaje simpático al coro, aun en los casos en que le lleva la contraria.

El coro es embrión de la tragedia y representa, arqueológicamente, las danzas de sátiros alucinados. Sus alucinaciones engendran al dios, al héroe, al actor trágico. En el coro se conserva el principio lírico, pues la narración épica ha quedado confiada a los mensajeros, y la acción presente, a los personajes. Así pues, en el origen, el coro produce a los actores. Pero creado ya el Teatro, la representación y la escenificación de episodios son lo que el Teatro tiene de propio, su aportación nueva y especial. Los actores pasan, entonces, al primer término, y los coreutas al segundo. La ley genética va a invertirse, y ahora, según lo explicaremos, los actores producen al coro:

El coro funciona periódicamente, como un instrumento dinámico por donde estalla, en cantos, en gritos, en *ololygmoi*, el sedimento o carga emocional precipitados por los episodios de la tragedia. Por eso es fuerza que el coro esté presente a todos los acontecimientos y que penetre los secretos del héroe: para así conocer el drama íntimamente, para vivir de su contacto y, de cuando en cuando, desahogar —con lírico desahogo y donde precisamente lo requiere el ánimo de un espectador ideal— esa emoción, ese *pathos* acumulado por las acciones dramáticas; esa piedad, ese terror. El coro es, pues, el instrumento de la *kátharsis* aristotélica: la purificación de las pasiones por la danza y el grito, por la ejercitación y la mimesis artísticas. El coro es un agente oportuno, rítmico, lírico, que permite aliviar la plétora de los sentimientos.

Aparece, pues, la tragedia antigua, como una completa representación del alma en su dinamismo pasional: en medio del torbellino de la vida, solemos alzar la cabeza, valorar victorias y derrotas, y prorrumpir en exclamaciones y lamentos, en *ololygmoi* —desahogos líricos, llantos y cantos— como el coro mismo; y de esos gritos se mantiene la vida. Privarse de esta válvula hubiera sido quitar a la obra su respiración, untarla en el papel sin prestarle virtudes vivas. El coro es el dios que lo ve todo, eres tú, soy yo, y es —más que nada— la conciencia misma del drama, enfrentada con su propio espectáculo. Así se procura engendrar un animal perfecto. Y ¡qué deleite si lográramos verlo andar por sí, escapar a nuestro pensamiento, llevarnos en rastra, a pesar nuestro, a donde el poema solo tiene su natural recinto!

Faltaba saber si, a nuestro capricho, el coro había de ser fiel, traidor o indiferente. Bien mirado, un coro traidor deja de ser coro para convertirse en actor, siquiera colectivo. De ser actor, sería interesado: no nos convenía que la opinión pública fuera parcial. Ese desahogadero de la acción dramática, ese

pueblo perfecto, debería conservarse puro, para ser capaz de toda la razón. En cuanto a un coro indiferente, no pasaría de ser un adorno externo, una retórica ociosa en redor de los acontecimientos. Hacía falta un coro fiel —y pasivo—. Contempla con dolor el desastre e, incapaz de evitarlo, el coro se desahoga por la boca. Le hemos tronchado pies y manos, de modo que ni obre ni huya. Y está condenado al sacrificio parlante.

—Como el poeta.

IV
IFIGENIA

Conocida es la historia: transmitiose la maldición de Tántalo por toda la familia. Tántalo contagia a Pélope, y éste a Tiestes y a Atreo, sus hijos. Agamemnón y Menelao, los hijos de Atreo, nacen malditos, y la Helena de Menelao se encarga de propagar el mal a toda la raza de los hombres, mientras que la Clitemnestra de Agamemnón, adúltera y "sponsuricida", muere apuñalada por su hijo Orestes. Según la sencilla interpretación clásica, a Orestes toca redimir la maldición. Persíguenlo las Erinies o Furias de la madre, y por sus padecimientos y ruda justicia, lo absuelve un consejo de ancianos que tiene poder sobre las cosas del cielo. Es decir, que el pecado se redime por la expiación. Y esto pudiera parecer admisible a un cristiano; pero sólo desde un punto de vista individual. La expiación de Orestes puede ser que redima a Orestes; pero ¿por qué a toda la raza? A los hombres no nos redimió la expiación de Adán —dice el cristiano—. Los antecesores de Orestes sufrieron también por sus crímenes, y no anularon la maldición. En cuanto al consejo de ancianos, es una mera ficción plástica.

A Ifigenia, hija de Agamemnón y de Clitemnestra, hermana de Orestes y de Electra (y de Crisótemis, a quien nadie recuerda), he querido confiar la redención de la raza. Es más digna ella que aquel colérico armado de cuchillo. Además de que me inclino a creer que lo femenino eterno —molde de descendencias— es más apto para este milagro cosmogónico de las depuraciones que no el elemento masculino. Concibo a Ifigenia como una criatura combatiente, en la tradición de Atalanta y otras vírgenes varoniles.

Sigamos con la historia: en Áulide, las naves de Agamemnón que se dirigen a Troya han sido azotadas por el viento, o acaso no logran vientos propicios. Los dioses, para aplacar su cólera, han pedido el sacrificio de Ifigenia. En vano interviene Odiseo con sus piadosos engaños (la virgen helénica no entenderá nunca esta piedad) e Ifigenia será ataviada para unas fingidas nupcias. En vano. Eurípides nos la presenta, espantada y terrible, lanzando aquellas palabras de dudoso helenismo: "Vale más vivir miserablemente que morir con gloria". Cuando Ifigenia, en fin, se inclina bajo el cuchillo de Calcas, la diosa Artemisa (satisfecha con la intención como en el Sacrificio de Abraham) la hace desaparecer, la arrebata y la transporta a la tierra de Táuride, donde la consagra

para su sacerdocio. Aquel pueblo brutal adora a Artemisa, y sacrifica en su templo a los extranjeros. Un día, los tauros encuentran, al pie de la Diosa, a la nueva sacerdotisa, que canta las excelencias del sacrificio humano como pudo hacerlo algún oficiante de los sagrarios aztecas.

Y ésta, en Eurípides, en el teatro francés, en el alemán y el italiano, en todos los imitadores de la *Ifigenia en Táuride*, recuerda su vida anterior y se lamenta de tener que preparar sacrificios humanos, interrogándose sin cesar sobre la suerte de su familia y de su patria. Al fin llega Orestes, acompañado de Pílades, el providencial. Viene afligido por la locura del matricidio y, en estado de enajenación, combate a los ganados, como Áyax y como Don Quijote. Los dioses le han pedido el rapto de la Artemisa que se adora en Táuride, prueba final de sus expiaciones. Se opera la agnición o anagnórisis, el reconocimiento de los hermanos, en unos diálogos que no olvida quien los ha leído una vez. Y Orestes y Pílades huyen, llevando consigo a Ifigenia y a la Artemisa, la cual es libertada así al culto de sus adoradores bárbaros. La maldición de Tántalo ha sido redimida.

No admite ya nuestra inteligencia estos medios de salvación. Creemos que una maldición no se redime sino con el choque de otra fatalidad. Cargamos a Ifigenia de un dios tan rudo y tan altivo, que en ella rematará el daño de la raza, como una flecha que rebota contra un escudo.

Y ante todo, queremos que Ifigenia, sacerdotisa de Táuride, viva como en sueños, sin el recuerdo de su vida anterior, el cual una divinidad sabia, armónica, habrá cuidado de arrebatarle al envolverla en el vaho sagrado que la ocultó. Que sea Orestes quien venga, como la fulminación del rayo, a encender en ella la memoria de su vida anterior, irritando —con la alegría de la conciencia cobrada— el horror de saberse hija de una casta criminal. Que Orestes robe en buena hora la estatua de la diosa (este rasgo nos resultó inútil), pero que no logre convencer a Ifigenia. Ella, superior a la *vendetta* de Micenas, aprovecha la hora en que los destinos vacilan y, escogiendo la emancipación, se niega a volver a la patria. Ha anulado la maldición. Vive en sus entrañas el germen de una raza ya superada.

En un principio, se nos ocurrió solamente la idea de la pérdida de la memoria: la verdadera tragedia de Ifigenia no nos parecía compatible con el recuerdo de su vida anterior. Había que guardarla en el misterio de su desaparición y su reaparición, como a una estrella disimulada tras una nube, y hacer que Orestes, provocando en ella el conocimiento del pasado, vertiera en su alma todo el horror de la certeza.

Poco a poco, la antigua fábula se fue desvistiendo a nuestros ojos de sus atavíos inútiles, y se redujo a un poema sin arqueología, donde pierde todo su valor la historia del rapto de la imagen. Y nos sedujo la idea de tratar el asunto con cierta escasez verbal y en un solo estilo de metáforas. Una obsesión por determinadas palabras muy concretas podía hacer de brújula estética: mano, brazo, pie, fuerza, oro, piedra, sangre, leche; vocabulario de entrañas, verbos de estallido y agitación, adjetivos de dureza; reiteración de ciertos términos que un

oído habituado percibirá fácilmente..., y aun algunos provincialismos felices.

Era menester escoger una dirección muy precisa para, con la preparación —o mejor, la impreparación— actual, abordar un tema de esta especie. Y menos mal en los trozos líricos; pero ¿y las narraciones inevitables? Un alto testigo del pensamiento poético contemporáneo, Paul Valéry, confiesa, comentando el *Adonis:* "Cierto es que, en los versos, todo lo que es necesario decir, casi es imposible decirlo bien". Así andamos ahora. Opté por estrangular, dentro de mí propio, al discípulo del Modernismo. Suprimí todo lo cantarino y lo melodioso; resequé mis frases, y despulí la piedra. Nadie podrá decir que engaño.

¿Qué final dar al episodio? ¿Ifigenia había de huir de Táuride, como en mis grandes modelos? No lo sabíamos aún hace unos cuantos años. Un súbito vuelco de la vida vino a descubrirme la verdadera misión redentora de la nueva Ifigenia, haciendo que su simbolismo creciera solo, como una flor que me hubiera brotado adentro.

En este retiro plácido del verano —al que agradecemos tantas horas de contemplación junto al mar, y el consejo de sus colinas— entrecerramos los ojos, para dejar nacer, en redor de la sacerdotisa, a sus compañeros necesarios. Poco después, el otoño de Madrid, consejero inquieto, tuvo, sin embargo, piedad de nuestras cuartillas comenzadas.

1923

FASTOS DE MARATÓN*

ENTRE los papeles de mi padre he encontrado cierto dibujo o esquema sobre la batalla de Maratón. A la sugestión de aquel simple trazo fueron creciendo mis lecturas, mis notas. Y éste es el origen de la narración que hoy ofrezco. Acaso el volver los ojos a las lejanías históricas nos divierta por unos instantes de las crudas realidades que nos circundan. Válgame, si parece audacia el ocuparse en asuntos militares quien no ha hecho profesión de ellos, aquella excusa que ofrecía Maquiavelo: "Porque los errores que yo haga escribiendo, podrán ser de algunos corregidos sin ningún daño; pero aquellos en que los otros incurran por sus actos, sólo con la ruina misma de los Estados vendrán a conocerse" (*Libro della arte della guerra, di Nicolo Machiavegli, cittadino et segretario fiorentino*, impreso in Firenze per li Heredi di Philippo di Giunta, MDXXVIII. Maquiavelo dice textualmente "los Imperios", donde yo traduzco "los Estados").

Paso, pues, sin más preámbulos a leeros mi relato, al que he dado por título: "Fastos de Maratón". Comenzaré por algunas consideraciones sobre hechos y circunstancias que precedieron y siguieron a la batalla misma, cuya descripción dejo para el final, a fin de despojarla en lo posible y hacerla tan clara como sea dable.

El mundo helénico no era una patria, sino una madeja de pequeñas patrias. Éstas poseían en común las condiciones generales de la unidad (raza, lengua, cultos, costumbres, concepción de la vida), pero les faltaba el nexo político, la voluntad de constituir un Estado único. Aparecen como un conjunto de focos intensos, Estado-ciudades que captan bajo su influencia a algunas poblaciones menores y a los perímetros rurales que las rodean. Su incapacidad de cohesión interna se compensa con su enorme capacidad de expansión a tierras distantes. El griego distingue mal los obstáculos que le quedan cerca, y percibe con nitidez las lejanías de allende el mar. Vivió entre sobresaltos, y sin embargo, dejó tras sí los fundamentos de una civilización perdurable. Su historia, en el espacio y en tiempo, parece que tiene el ojo présbita.

La falta de cohesión produce dos resultados principales: las pequeñas patrias viven en continuas reyertas; sus pequeños satélites se pasan frecuentemente de unas a otras. De lo primero da ejemplo el duelo interminable entre Atenas y Esparta, que ya hizo pensar a Aristófanes en una huelga de las mujeres, en una huelga de amor contra la guerra. Y respecto a lo segundo, es tanta la veleidad de los satélites, que hace más notoria la constancia de aquella ciudad beocia, Platea, la cual nunca quiso olvidar los servicios recibidos de Atenas contra los asedios tebanos. Cuando la guerra del Peloponeso entre Atenas y Esparta, Platea pagará

su fidelidad al precio de su destrucción. Tucídides hace hablar a los prisioneros plateos ante sus ejecutores espartanos. Su discurso es una apología de la lealtad a los pactos. En sus palabras, Platea se despide de la historia.

La enorme capacidad de expansión de aquellas patrias, facilitada providencialmente por las escalas próximas que los archipiélagos ofrecen, las lleva a colonizar a izquierda y a derecha, las mantiene en constante movilización marítima. Todo pretexto les parece bueno para navegar. Siempre están prontas a acudir en auxilio de las fundaciones griegas derramadas por las islas o por el Asia Menor. Sus emigraciones por agua tienen más larga consecuencia que sus expediciones continentales. Su verdadera morada no está en la tierra; su verdadera morada es el Egeo.

Ante iguales provocaciones, las pequeñas patrias reaccionaron diversamente, lo que contribuyó a diferenciar su carácter dentro de la general semejanza de sus rasgos. De esta variedad en la unidad es ejemplo la respuesta que cada una de ellas da a la provocación de la mayor crisis que ha conocido el mundo helénico. Satisfecho hasta cierto instante con el rendimiento de su agricultura doméstica, pronto, ante un aumento de población y la consecuente escasez de subsistencias, cada núcleo va descubriendo otro remedio distinto. La larga evolución corre del siglo VIII hasta el siglo IV a. C. Corintios y Calcios se lanzan a colonizar todo lo que pueden: Sicilia, la Italia Meridional, la Tracia, donde los establecimientos reproducirán los hábitos de la metrópoli, conservando ésta su carácter tradicional. Los espartanos, miopes relativos en la tierra de présbitas, sólo discurren conquistar al vecino; se arrojan sobre las presas próximas, lo que los obligará a vivir en una guardia armada, produciéndose entre aquella gente una verdadera involución política, al verse en el trance de militarizar sus costumbres, conforme a principios anticuados que el resto de Grecia había comenzado a superar. Los atenienses, finalmente, resisten con paciencia hasta llegar a las puertas de la revolución y, tras de haber perdido en la espera todas las ocasiones de conquista próxima o de colonización lejana, en que los demás les habían tomado la delantera, descubren una solución original: especializar su agricultura *y* su manufactura con miras a la exportación, modificando convenientemente sus leyes para permitir el acceso al poder de las nuevas clases así suscitadas. De suerte que evitan y desahogan la revolución social por el doble canal de una revolución económica y una revolución política. Desde ese día quedarán como el espejo de Grecia. Por eso afirmaba Pericles que el empobrecimiento de Atenas había sido la escuela en que se educaba el mundo helénico. Pero el mundo helénico vivió mucho tiempo bajo el pavor místico del Oriente: cetro, tiara y diadema de mágica radiación en el orbe. Pueblo joven, era lo bastante perspicaz para reconocer el peso de aquellas vetustas arquitecturas despóticas. Pueblo de mente despejada, era lo bastante objetivo para dar cabida a una sospecha: ¡si sería el advenedizo, en medio de graves civilizaciones que se decían tan antiguas como el cielo! Solón recogió de boca de los sacerdotes egipcios la certeza de que

los griegos no eran más que unos niños. Niños terribles, cuya travesura se atrevió muy temprano contra la monarquía más poderosa de entonces, sufriendo derrotas en todas partes. Los persas no podían ser vencidos, un perjuicio de superioridad natural pesaba en su favor. Se necesitaba una prueba de sangre para que, en su fuero interno, los griegos se reconocieran iguales y hasta superiores a los amos militares del mundo. Hacía falta, a fin de romper el encantamiento, un hecho bruto semejante a lo que fue, para los indígenas de América, el darse cuenta de que los caballos de los conquistadores, tenidos por entes incorruptibles, también eran mortales. Tal fue la batalla de Maratón.

Críticos modernos de la guerra, considerando su modestia y su simplicidad estratégica, llegan a decir que tal batalla fue una escaramuza cuya importancia han exagerado los griegos. En esta exageración se aprecia precisamente su efecto moral, su trascendencia histórica. Por tal afecto y tal trascendencia se mide la importancia de las batallas. Se mide por sus consecuencias históricas, mucho más que por el cómputo de los contingentes en lucha o por el número de cadáveres que deja tendidos. Así se explica que Atenas, en tiempo de Pericles, olvidando los errores de Milcíades, el héroe de Maratón, haya querido honrar la hazaña con aquella estatua labrada en el propio bloque de mármol que los persas abandonaron en su huida, y que habían traído consigo para señalar el triunfo que ya daban por cierto; así se explica que hayan perpetuado aquella memoria en el celebrado fresco de Paneno, y en el friso mismo del Templo de la Victoria que ocupaba sitio eminente en el Acrópolis.

Entre todas las victorias de Grecia, Maratón es la que tuerce el eje de los destinos, y de ella parte la futura supremacía de Occidente. Otras serán luego más ostentosas, pero sólo tienen ya el valor de la reiteración y de la insistencia. Oscuramente lo descubre la tradición del corredor Fidípides, que perece por llegar a Atenas el primero con la "fausta noticia", como si cayera muerto en los umbrales de Europa.

El imperio persa venía creciendo como nube de tempestad. A testerazos, su enorme bulto se iba abriendo paso por entre el semillero de pueblos más o menos conscientes de su sentimiento nacional. A la sazón abarcaba prácticamente ambas Turquías, el Irán actual, Georgia, Armenia, Balkh, el Punjab, Afganistán, Belujistán, Egipto, Trípoli. En las inscripciones cuneiformes de Persépolis —su Arco de Triunfo— y en las rocas grabadas de Behistún —solemnes antecedentes de nuestros reclamos comerciales— el rey Darío enumera los pueblos sojuzgados. Ciro había fundado aquel Imperio; Cambises lo había acrecido, y ahora Darío juntaba a su corona las tierras de la India y de Arabia, y cada vez avanzaba más sobre Europa. De aquel Imperio se ha dicho que Ciro lo gobernó como un padre, Cambises como un amo y Darío como un usurero. Indos septentrionales, asirios y sirios, babilonios, caldeos y fenicios, palestinos y armenios, bactrianos, lidos, frigios, partos, medos —éstos en el segundo lugar por razones de parentesco—, formaban las sucesivas ondas concéntricas en torno

al trono de los persas. Se le habían rendido Cirene, las colonias griegas del Asia Menor, las islas egeas, Tracia y Macedonia. Del Indo al Peneo todo era suyo. Sólo, a un extremo, la impenetrable China, planeta aislado con su tercio de humanidad, escapa a su yugo; y al otro extremo, las desoladas estepas del escita, el cosaco de entonces, que lograron atajar sus ejércitos. Ante aquella inmensidad de poder humano y ante aquel hervidero de divinidades monstruosas, aparece, como una piedrecita que osara obstruir el tranco del gigante, la diminuta Ática, con aquel su suelo discretamente medido a la planta humana, con aquel su Olimpo en miniatura.

El rey de Persia ni siquiera sabe que exista el Estado Ateniense. En su avance sobre el Asia Menor, ha sometido a la Jonia, tierra griega. He aquí que los jonios se sublevan; he aquí que los atenienses, lo mismo que la ciudad de Eretria, en Eubea, se aprontan a ayudarlos, y juntos llevan su insolencia hasta poner fuego a la ciudad de Sardes, capital de la satrapía de Artafernes. En verdad los atenienses tenían sus cuentas atrasadas con aquella ciudad. Ella, contra los expresos deseos de los atenienses, que Artafernes había desoído con orgullo, sirvió de refugio al tirano Hipias, fugitivo de Atenas.

Darío descartaba de antemano la represión de los jonios. Pero ¿de dónde salían esos atenienses que se le atrevían a las barbas? Habiendo sido informado sobre aquella gente aventurera y osada, armó su arco, y disparando una flecha al cielo, pidió a su dios que le concediese la venganza. Uno de sus criados tenía encargo de repetirle todos los días, a la hora de ponerse a la mesa: "¡Acuérdate de los atenienses!"

Tuvo que esperar algún tiempo la venganza; tuvo que sufrir un revés en tierra de tracios, mientras en el mar una tempestad deshace sus escuadras frente al monte Atos. Pero no descansa. Uno y otro año redobla sus empeños, recluta tropas en Cilicia, pide barcos a todas sus ciudades marítimas, conmina la sumisión a los Estados griegos, muchos de los cuales se le entregan, aterrorizados ante el reciente castigo de Jonia. Pero Atenas y Esparta no sólo rechazan su mensaje, sino que llevan su arrebato hasta dar muerte a los heraldos, encendiendo más aún la rabia en el corazón de Darío.

Es el verano del año 490 a. C. La flota persa, concentrada en Cilicia en número de 600 galeras y llevando a bordo tropas, caballos y pertrechos, se hace a la mar con rumbo a Eretria, al mando nominal de Artafernes el hijo, sobrino del propio Darío, y al mando efectivo del general Datis, primer medo a quien el Imperio concede semejante honor. Como de paso, Datis saquea las islas que encuentra (Naxos la primera, que diez años atrás había resistido el sitio de los persas) y embarca a sus habitantes en calidad de cautivos, cumpliendo las órdenes que lleva de transportar a los derrotados hasta la persona de Darío para que de su boca reciban la sentencia. Asuela después a Caristo; cae sobre Eretria. Los atenienses han enviado un auxilio de cuatro mil hombres, pero éstos se retiran, a

tiempo advertidos de que hay traición de por medio y de que les tiene más cuenta volver prestamente para preparar su propio resguardo. Los eretrios, vencidos en una semana, ven arder sus muros en desquite del incendio de Sardes, y son transportados codo con codo a la vecina isla de Egilia. Allí esperarán el regreso de la flota, que ahora sale derechamente para las costas de Ática, adonde llega en el sexto día de la luna.

El tirano Hipias, el último de los Pisistrátidas que Atenas se había sacudido, solapado entre los ejércitos, sediento de venganza, colgado a la oreja de Datis, intrigaba, aconsejaba y aun puede decirse que marcaba su derrotero a la flota; además, y esto es importante, dictaba la maniobra política en torno a la operación militar. El derrotero estaba escogido, o mejor el punto de desembarque en que según toda probabilidad había de librarse la primera batalla, en vista de las condiciones geográficas y de los efectivos de ambos combatientes.

El desembarque se hizo en Maratón, bahía del Ática oriental no muy distante de Atenas, porque esto permitiría amagar de un lado para distraer las fuerzas enemigas, y luego trasladarse prontamente al otro lado para tomar la capital por sorpresa, primera aplicación de la doctrina militar de la finta. Además, la configuración misma de aquella costa, con su llanura en forma de creciente respaldado por las colinas, permitiría el despliegue de las caballerías persas y el tiro a distancia de los arqueros. Los atenienses no tenían caballería ni arqueros, y aún no se inventaban arietes, catapultas ni otras máquinas de guerra que permitieran romper defensas o lanzar de lejos proyectiles pesados. Hasta el fin de las guerras pérsicas, de que Maratón sólo es el episodio inicial, estamos todavía en el primer periodo de la historia militar griega, que tanto desarrollo adquirirá más tarde con la experiencia de Jenofonte y sus diez mil mercenarios. Por otra parte, los antiguos carros homéricos, los honderos, los arqueros mismos (tales los locrios de Áyax, los soldados de Filoctetes y los peonios) han caído en desuso. El ejército ateniense se reduce de hecho a las falanges de hoplitas, o infantes armados con escudo, lanza y espada corta, sin contar las tropas ligeras de esclavos que los rodean. Considérese, pues, la ventaja estratégica del terreno escogido para el desembarque.

En cuanto a la maniobra política que, como atmósfera, envuelve a la acción militar y en cierto sentido la precede, Hipias había trabajado con sus agentes el ánimo de aquella democracia nerviosa. Atenas acababa de recobrarse de un largo periodo de tiranías. Todo tirano derrocado deja tras sí un partido de “saudosos”, los que participaron en sus privilegios y no se resignan después al cambio de fortuna. Todo nuevo régimen crea descontentos entre aquellos mismos que esperan de él la panacea para todos sus males y luego —con o sin razón— se sienten defraudados. Con frecuencia estas revoluciones, hechas en nombre del pueblo, son escamoteadas por alguna clase dominante que, hasta cierto punto, viene a heredar las preeminencias del poder destruido. Se asegura que, entre el pueblo desengañado, los “avanzados” de Atenas no escondían sus simpatías por

el persa, de quien, con ese candor propio de las masas —que tantas veces costó la vida a las naciones—, esperaban la liberación contra el rico que los oprimía. Esta palanca moral estaba en las manos de Hipias, el cual operaba sobre ella con todas sus fuerzas desde la costa de Maratón, en tanto que los ejércitos persas iban plantando sus numerosas tiendas y arrastrando sus galeras hasta la orilla, que era entonces la manera de estacionar los navíos. Frente a ellos, en la colina de Maratón, los generales atenienses, que desde lo alto los divisaban con recelo, entraron en consulta.

Los enemigos se contemplaban en suspenso: los atenienses, perplejos ante la responsabilidad de pelear con aquella fuerza incontrastable, y conscientes de que su ejército, que resultaba comparativamente tan escaso, costaba al país todos sus recursos; los persas, esperando cualquier imprudente iniciativa del adversario que lo precipitara a la derrota, y dando tiempo a que las intrigas de Hipias obraran sus naturales efectos en Atenas.

Atenas tenía diez tribus y cada tribu elegía un general para todo el término de un año. Estos diez generales sólo se sometían a la voluntad del Arconte Polemarca, especie de ministro de guerra que decidía con su voto los empates. Cinco generales atenienses optaban por rendir la plaza, y los otros cinco por librar el combate. Calímaco, el Polemarca, escuchaba sus encontradas razones con aquel silencio parecido a la inhibición vital del que siente que su leve grano de arena va a doblar el fiel de los azares. A la cabeza de los beligerantes aparecía Milcíades, que ya había logrado persuadir su punto de vista a Temístocles y a Arístides. A los otros los olvida la fama.

Milcíades era ciertamente tan desaprensivo como valeroso; temperamento —diríamos hoy— de jugador por alto estilo; fruto en fin de aquella aristocracia caprichosa y versátil que, siglos más tarde, Alejandro aplastará con su sentido común de bárbaro sin distingos. Capaz del genio militar, Milcíades lo era también de rencores y mezquindades. Ellos, al cabo, después de la gloria, habían de conducirlo a la degradación y a la infamia. No anticipemos el relato; retrocedamos más bien, para mejor apreciar la silueta de Milcíades.

Educado en Atenas, noble si los hay, descendiente de los Eácidas, sangre de Aquiles; hijo de Cimón el Rico que fue campeón de las cuadrigas olímpicas; príncipe del Quersoneso Tracio que antes de él habían gobernado su tío del mismo nombre y su hermano mayor Esteságoras. Los suyos habían vivido en disputas continuas, primero con el tirano Pisístrato y luego con sus hijos, quienes nocturnamente hicieron asesinar a Cimón en el Pritaneo, dándosele por sepultura un lugar de los arrabales frente al cual fueron enterradas sus yeguas, sus yeguas tres veces vencedoras. A la muerte de Esteságoras, Milcíades se hace cargo del dominio hereditario en el Quersoneso. El país estaba muy revuelto y sublevado de tiempo atrás. Milcíades se encerró en su palacio, fingiéndose tan acuitado por el fallecimiento de Esteságoras, que todos los señores de la

comarca, movidos a compasión, acudieron a ofrecerle su condolencia. En cuanto los tuvo así a su alcance, Milcíades los aprisionó a todos, gobernando desde entonces la península con autoridad suma, y sosteniendo por su cuenta un cuerpo de tropas. Para mejor afianzar su situación, se desposó con una princesa de los vecinos tracios.

Al extenderse el dominio de Persia más allá del Helesponto, Milcíades tuvo que someterse, aceptando el vasallaje que Darío le impuso. Cuando Darío emprendió la funesta expedición de Escitia, Milcíades concurrió con su gente a las milicias de Darío; y, con los demás griegos del Asia Menor, también obligados a la obediencia, se quedó a la retaguardia, custodiando el puente del Danubio por donde el rey y sus ejércitos se internaron en las tierras desconocidas. Sabedor de los reveses que habían detenido el avance de Darío, propuso entonces a sus compañeros destruir el puente y abandonar a los persas, condenándolos a una muerte segura. Nadie se atrevió a seguir su consejo. El rumor, sin embargo, llegó a oídos del rey Darío, y sólo aplazaron su venganza los muchos negocios militares que lo tenían distraído en otra parte, y singularmente, la represión de los jonios.

Milcíades aprovechó aquella calma para ganar crédito en Atenas, conquistando en nombre de ella las islas de Lemnos y de Imbros, que los atenienses de tiempo atrás ambicionaban por antiguos derechos. Poco después, los persas, desembarazados ya de los jonios, mandaron contra él una escuadra de galeras fenicias. Mientras éstas hacían escala en Ténedos, Milcíades, sabiéndose perdido, huyó con cinco galeras, llevando a cuestas sus tesoros. Los fenicios le dieron caza por el Egeo septentrional, y aun logrando capturar una de las galeras en que navegaba Metíoco, el hijo de Milcíades. Pero éste, con las otras cuatro, llegó sano y salvo hasta Imbros, de donde se trasladó a Atenas para reasumir allí, renunciando a su vida de príncipe en el Quersoneso, sus antiguos hábitos de ciudadano. Todos estos episodios muestran los perfiles osados de su carácter, y su aptitud para arrostrar las desigualdades de la suerte.

Entre los atenienses, ahora en pleno sarampión de libertad tras de haber derrocado a Hipias, Milcíades tenía sus émulos, quienes lo hicieron enjuiciar por el cargo de tirano en el Quersoneso; pero lo salvaron su conducta como ciudadano de Atenas y sus servicios en Lemnos e Imbros. Ante el amago de los persas, fue electo general de una de las tribus.

Tal es la historia de Milcíades anterior a la batalla de Maratón. Veamos ahora cuál fue su historia posterior, para luego describir su conducta en la batalla misma. Milcíades, vencedor en Maratón, no tardará en abusar de su prestigio: un día pide que, bajo su sola palabra y sin dar cuenta de sus propósitos, se le conceda una flota y un ejército, ofreciendo conducir a los atenienses a cierta misteriosa ciudad donde el oro rueda por las calles. Los griegos tenían del Oriente la misma idea que tenían de América los descubridores, quienes esperaban encontrar a cada paso los portentosos países de Eldorado y las

Amazonas. Además, el renombre de Milcíades pudo en ellos más que la prudencia, y le entregaron setenta galeras bien equipadas. Pero Milcíades no se proponía otra cosa que vengar añejas afrentas con la gente de Paros. Atacó, fue vencido, regresó cubierto de oprobio. Sólo la memoria de sus triunfos lo salvó de la muerte. Fue menester que Cimón su hijo pagara por él una multa de 50 talentos. Estaba maltrecho, y volvía con una pierna fracturada. Poco después murió a consecuencia de sus heridas. Hay una leyenda sobre las circunstancias de su desastre. Se asegura que una sacerdotisa de Paros le ofreció revelarle el medio de capturar la ciudad, y lo introdujo hasta el sagrario de las divinidades terrestres. Allí, el que nunca había temido a los hombres ni a los elementos se sintió presa de un pavor sobrenatural. Huyó y, en la fuga, cayó fracturándose la pierna. Y en memoria de este hecho providencial, el oráculo de Paros ordenó que no se castigase nunca más el sacrilegio de las sacerdotisas traidoras, probable ocasión a que se manifestase la voluntad de los dioses.

Volvamos ahora al episodio de Maratón. Tal era, pues, Milcíades, a quien podemos llamar jefe del partido beligerante. A su opinión, como sabemos, se habían inclinado otros cuatro generales, de los que sólo nos importan los nombres de Arístides y Temístocles. Arístides será el futuro conductor de los ejércitos atenienses en Platea, y a él deberá Atenas el ser reconocida más tarde como la tutora de media Grecia. Temperamento al parecer candoroso, sin duda pesó las circunstancias con entera objetividad y reconoció la razón de Milcíades. Hay que decir en su honor que, a pesar de su entusiasmo por las virtudes bélicas de los espartanos, no le intimidó la fatal circunstancia de que no llegaron a tiempo, en socorro de sus tropas, los refuerzos por Esparta ofrecidos. En cuanto a Temístocles, a quien andando el tiempo corresponderá el honor de crear el poderío marítimo de su patria y de llevarla, en Salamina, a la victoria, sin duda consideraba con juvenil crueldad todos los defectos del hombre del Quersoneso si juzgamos por lo que conocemos de su carácter; pero pudo más de momento su sagacidad estratégica que sus reservas personales. Él será el primero en comprender que, con Maratón, no hacían más que empezar las que se han llamado guerras pérsicas. Él será el primero en precaver a su patria contra los peligros que seguirán acechándola tras la tregua de unos años. Plutarco asegura que, más tarde, esta preocupación, así como la sed de gloria, traían a Temístocles sin sueño a la sola contemplación del trofeo de Milcíades. Tal vez le perturbaba también, como buen soldado, el reflexionar que la gloria, muchas veces, hace el bien sin mirar a quién. Como sea, su decidido apoyo al plan que consistía en atacar al persa cuanto antes puede haber sido una de las principales razones que contribuyeron a mover el voto de Calímaco el Polemarca, si no hubieran bastado a ello las palabras, tan persuasivas como cínicas, del propio Milcíades.

Antes de examinar las razones de Milcíades, las explícitas y las meramente esbozadas, y aun las que cabe atribuirle en correcta interpretación histórica, hay

que referirse a los hechos contrarios, uno desalentador y otro alentador, que sin duda obraron como resortes de comprensión y distensión en la moral de las tropas atenienses. No de otro modo vemos, en la *Ilíada*, que alguna vez el plan de campaña consistió, por parte de los generales aqueos, en emprender, jugando con fuego, una huida simulada, para luego atajar a su gente y arengarla, obligándola a volver al combate con renovado ardor.

El hecho negativo es la ausencia de los espartanos. En cuanto los generales atenienses tuvieron noticia de la llegada de los persas, enviaron a Esparta al correo o hemoródromo llamado Fidípides, para pedir auxilio contra la invasión de los bárbaros. Fidípides recorrió en un par de días unos mil doscientos estadios y recitó su mensaje. Acaso no deba ponerse en duda que los espartanos hayan obrado esta vez de buena fe. Ofrecieron su auxilio, pero su religión les impedía atacar antes del plenilunio ¡y apenas se estaba en el día nono! Por cierto que Fidípides aseguró a su regreso que el dios Pan lo llamó por su nombre en el camino, cerca del Partenio, y quejándose del olvido en que tenían su culto los atenienses, le aseguró que les sería propicio en los próximos encuentros. Rasgo atribuible, según algunos, a la campaña moral desde el primer instante emprendida por Milcíades en apoyo de sus planes bélicos. Con todo, la tardanza de los espartanos no era para reconfortar el ánimo de los "derrotistas". Los espartanos llegaron al fin como lo habían prometido, en número de 2 mil, y tras una inverosímil caminata de 80 kilómetros en tres días. Pero llegaron cuando ya la batalla se había librado, y se conformaron con felicitar a los atenienses por su bravura y admirar el campo sembrado de enemigos. La ausencia de los espartanos fue, pues, el hecho negativo.

El hecho positivo fue la espontánea cooperación de cierto refuerzo inesperado. Todavía los generales áticos, en la altura de Maratón, discutían el pro y el contra de su conducta, cuando se dejó ver una tropa como de un millar de hombres, fácilmente identificables a primera vista por sus capacetes de cuero: eran los fieles plateos, los amigos de Atenas, que así acudían en amparo de sus protectores con todas las fuerzas de que disponían. Aunque pequeño, este auxilio desinteresado levantó la moral de Atenas en términos bien imaginables.

Veamos ahora cuáles eran los fundamentos del partido bélico. Milcíades conocía de cerca el imperio persa y había peleado en las filas de Darío. Sabía que el imperio llevaba en su misma grandeza los gérmenes de su decadencia; absorbía elementos que ya no podía asimilar, los cuales se le quedaban en el seno como sustancias heterogéneas; se desnacionalizaba a efectos de su vastedad misma; el ejército que lo sostenía contaba con una alta proporción de gente extranjera y avasallada, ajena a los entusiasmos imperiales de la raza dominadora. De todo había entre los guerreros de Datis: montañeses de Hircania y del Afganistán, jinetes salvajes del Korasán, negros flecheros de Etiopía, y la populosa gente del Indo, el Oxus, el Éufrates y el Nilo, armada con sus sables cortos. De ellos, sólo la división persa ponía el corazón en la empresa. Con lo que

va de la verdad al sueño, casi parece que para este abigarrado conjunto hace Don Quijote aquella su fantástica enumeración: "... los que beben las dulces aguas del famoso Janto; los que pisan los montuosos masílicos campos; los que criban el finísimo y menudo oro en la Felice Arabia; los que gozan las famosas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vías el dorado Pactolo; los númidas, dudosos en sus promesas; los persas, arcos y flechas famosos; los partos, los medos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios, y otras infinitas naciones..." (I, XVIII), Milcíades ha pensado que aquel ejército de vasallos carece de unidad nacional, pecado que se paga siempre a la hora de los combates. En la inmensidad misma de las fuerzas del adversario encuentra un posible motivo para su flaqueza. Milcíades, que ha sido oficial de los persas, sabe que aquellas masas heterogéneas carecen de disciplina común, de lengua y de hábitos comunes, que se las recluta casi siempre al azar de las circunstancias y no están hechas, fuera de la minoría de veteranos, a combatir combinando sus esfuerzos. El adversario tiene consigo unos cien mil hombres poco resueltos a morir. Los atenienses, con el refuerzo de los plateos, apenas alcanzan la cifra de 11 mil; pero eso sí, de 11 mil convencidos.

Por otra parte, la intriga política de Hipias está en marcha. La opinión de Atenas es versátil. Milcíades lo declara así con toda crudeza al Polemarca: cada minuto que pasa, engruesan en Atenas las filas de la traición. Mientras los generales echan cuentas y computan la resistencia de sus hombres ante el poderoso invasor, Atenas, a sus espaldas, es capaz de entregarse sin condiciones. Un motín de derrotistas puede estallar en cualquier momento. Y entonces volverá para los atenienses la tiranía de Hipias, pesadilla de que apenas han despertado. "Si damos sobre el medo antes que algunos atenienses se dejen corromper, espero en los dioses y en la justicia de la causa que podremos salir del combate victoriosos." Nunca se vio Atenas ante una disyuntiva igual: o le espera la servidumbre, o el escalar el primer sitio entre todas las capitales de Grecia. "Dejarás a la posteridad —añade siempre dirigiéndose a Calímaco— un monumento igual al que dejaron Harmodio y Aristogitón." Milcíades logra convencer al Polemarca, que con su resolución desempata el voto y decide el combate. Milcíades mismo recibe el comando de las fuerzas.

Toda la estrategia de Milcíades se reduce a un problema de espacio y a un problema de tiempo. Veamos primeramente el de espacio.

Los enemigos llevan, además de la ventaja numérica, la de su caballería y sus arqueros. Es indudable que por eso han escogido la llanura de Maratón, que tan bien se presta al despliegue de estos elementos de combate, al tiro a distancia y a la libre evolución del jinete. A Milcíades convenía que aquel campo de tiro y evoluciones se redujera a su mínimo. Y he aquí que el creciente de luna dibujado por la llanura entre el respaldo de las colinas y el mar ha quedado, precisamente

ahora, muy limitado por un extremo, hecho de tierra pantanosa que, con las lluvias del otoño, se vuelve impracticable. Algunos pretenden que los griegos todavía cerraron más el ensanche de aquella llanura, abatiendo bosque y amontonando a izquierda y a derecha los árboles derribados. Pero no hay testimonio de ello en los historiadores más cercanos al episodio, ni parece probable que los griegos hayan tenido tiempo de entregarse a semejantes preparativos, o que, de haberlo tenido, pudieran tranquilamente llevarlos a buen término bajo la expectación impasible de Datis, que en un instante los hubiera diezmado con sus flechas. No, los hombres de Milcíades sólo contaban con la reducción natural del campo producida por el crecimiento de los pantanos. Hasta aquí, la figura geométrica del combate.

Veamos ahora cómo el factor del tiempo, la figura dinámica, puede influir en el caso, provocando un equivalente de la limitación especial. Los ejércitos imperiales no están en orden de combate; están acampados. Confían más que nada en el efecto moral de su presencia, en tanto que va adelantada por sus pasos contados la intriga política destinada a quebrar el ánimo de Atenas. No pueden sospechar siquiera que aquel puñado de valientes se atreva a lanzarse sobre ellos, sacrificando así la relativa y única ventaja que les da el ocupar las alturas de la montaña. Porque, eso sí, un ataque rápido por parte de los atenienses apenas dará tiempo de organizar las pesadas columnas persas. Los batallones de flecheros andan diseminados, y hay que juntarlos antes y darles el sitio que les corresponda para detener una embestida. ¿Los jinetes? Habrá que juntar los caballos, ensillarlos, montar, ponerlos a la cabeza de las tropas con la suficiente oportunidad para que este movimiento no abra un boquete en el frente unido de la infantería. Y, por otra parte, es proverbial en la antigüedad y aun entre los europeos actuales la lentitud con que las caballerías orientales ensillan, montan y se forman. Hay, pues, que jugar a la plétora. Hay que atacar de prisa, y así lo que se gana en tiempo equivale, para el aversario, a un encogimiento de espacio. Y véase por dónde encontramos, insospechadamente, una aplicación de las relaciones einsteinianas en los continuos físicos de espacio y de tiempo.

Falta ahora un punto esencial. Milcíades necesita llenar todo el frente, todo el espacio libre en la fachada de sus fuerzas, a fin de evitar maniobras envolventes por los costados, lo que sería tan fácil para los numerosos aversarios como fatal para los escasos atenienses. Este despliegue de vanguardia sólo puede hacerse a costa de la profundidad de las columnas. No conviene tampoco adelgazar excesivamente la línea de resistencia. Hay que optar por un término medio y, en cierto modo, por una simulación.

Aquella tarde de septiembre, todos los destinos de Grecia y de Occidente parecen reinar sobre el cielo de Maratón. El sitio mismo es providencial: ésta es la región consagrada a la memoria de Héracles. Cerca está la fuente de Macaria, que entregó su vida a trueque de la libertad de su pueblo. Aquellas llanuras mismas presenciaron las hazañas de Teseo, el héroe nacional. Allí mismo los

atenienses y los heráclidas repelieron la invasión de Euristeo. Las sombras de los semidioses parecen flotar sobre el campo, infiltrando en el ánimo de los guerreros atenienses el sentimiento de una ayuda sobrenatural.

Milcíades ha comenzado a formar sus tropas, ocultando la maniobra en los accidentes montañosos, y conforme a aquella sabia organización fundada en la cohesión humana. Cada tribu combate junta, juntos los vecinos, juntos los parientes, los que están habituados naturalmente a asociarse en los trances diarios de la vida. Se forma un centro con dos alas. Se enflaquece el centro, al que las condiciones del terreno permitirán siempre rehacerse en el peor de los casos. Se enflaquece el centro a menos de las ocho filas clásicas —la simulación que anunciamos— y esto permite estirar las alas, sin debilitarlas, hasta ocupar toda la boca del campo entre una y otra montaña. Por primera vez la formación de la falange se aparta de sus tradiciones establecidas. La nueva formación consiste en concentrar fuerzas en ciertos focos principales, rehusando al enemigo el contacto con los sectores más débiles del propio ejército. Sólo volverá a aplicarla Epaminondas un siglo más tarde, en las batallas de Leuctra y Mantinea. De él la adoptará Alejandro, y ella hará un día famosa la estrategia de Federico el Grande.

A Calímaco el Polemarca corresponde por privilegio ritual el mando del ala derecha. Temístocles y Arístides se distribuyen el centro. Los plateos ocupan el ala izquierda. Aquel ejército, como hemos dicho, no tiene arqueros, ni jinetes, ni máquinas. Es un ejército de infantes, de hoplitas, armados con lanzas y dagas, defendido con escudos, cascos, corazas y grebas.

Los sacrificios han sido favorables. Suena la trompeta. Y como el tiempo es factor determinante, en vez de la marcha al paso tradicional en la táctica ateniense, aparece la novedad de que aquella masa humana baja la montaña a toda prisa y avanza a todo correr por la llanura: segundo invento militar de Milcíades, si es que no tenía ya antecedentes entre los lacedemonios, según testimonio de Pausanias.

Educados en la palestra, los áticos iban gobernando su respiración y equilibrando el peso de las armas para cubrir aquel kilómetro y medio de carrera. Esquilo, evocando más tarde los fastos de Salamina, dice en *Los persas* estas palabras que lo mismo pueden aplicarse a Maratón: “¡Oh, hijos de la Hélade, herid y golpead por la libertad de vuestra patria, golpead por la libertad de vuestros hijos y de vuestras esposas, por los templos de vuestros paternos dioses, por las tumbas de vuestros mayores, que todo ello entra en la pelea!” Todo esto entraba en la pelea para los griegos. ¿Y para los ejércitos de Datis? Sólo la voluntad del amo.

Si los aqueos de Homero atacaban antaño “en silencio y llenos de coraje”, estos atenienses parecían desgajarse por las faldas de las montañas y vaciarse luego en el campo raso, clamando como verdaderos energúmenos, al punto que las tropas de Datis no entendieron lo que pretendían y hasta los tomaron por dementes, pensando en el primer instante —tan inverosímil era su acometida—

que, presas de algún pánico popular, venían voluntariamente a entregarse.

Al fin, como puede, la infantería de Datis medio se organiza para la defensa, oponiendo a las fuertes lanzas de los hoplitas aquellas armas ligeras que los griegos se cuidaban de no usar más que en las escaramuzas y acciones secundarias. Los historiadores militares suponen que, al primer choque, toda una primera fila de invasores debe de haber caído por tierra dada la superioridad de las armas griegas. Pero la resistencia persa se rehacía fácilmente por la abundante provisión de hombres. Además, detrás de las líneas de choque y tirando parabólicamente sobre sus cabezas, los arqueros, repuestos de la sorpresa, comenzaban a descargar entre los asaltantes una lluvia de flechas, la mayoría de las cuales acaso se desperdiciaba porque iban lanzadas al azar. Los escogidos persas y saces, que ocupaban el centro, ya habían logrado abrir un boquete en el débil frente ateniense, en las tropas de Temístocles y Arístides, quienes conscientes del plan general de la batalla, se replegaban y se rehacían más y más al fondo, sin dejarse desmoralizar. Y he aquí que a este punto las dos alas griegas, que pronto habían vencido a sus oponentes, giran sobre los confiados persas y saces. Éstos, cogidos en la tenaza, y agotándose paulatinamente, resisten todavía, de manera que pasa la tarde y caen primeras sombras sin ver el fin de la batalla. Pero ya los griegos han sentido su superioridad y aprecian el creciente destrozo de los enemigos. Finalmente, los guerreros persas y saces, en quienes se concentraba el foco defensivo, se desbandan hacia las galeras, dejando sus bajas en el campo.

Los griegos, engolosinados con el triunfo, cometen aquí la imprudencia de querer acabar con los fugitivos y, sobre todo, aprisionar sus barcos. Y aquí fue donde los griegos sufrieron más bajas; aquí fue donde, guarecidos los persas en sus galeras, los resistieron más a su sabor; aquí perecieron Calímaco el Polemarca y el general Estesilao; aquí Cinegerio, hermano de Esquilo, perdió el brazo de un hachazo, por empeñarse en sujetar con la mano el mango de una popa. El atolondramiento de Cinegerio es símbolo del atolondramiento de todo el ejército griego, que todavía pudo haber vencido a menos costo. Verdad es que las bajas del enemigo ascendieron a 6 400, amén de siete galeras capturadas, y las de los atenienses sólo a 192. Los atenienses habían ofrecido sacrificar a la diosa cazadora, Ártemis, tantas cabras como hubiera enemigos muertos. El voto no pudo cumplirse, y se decidió, en recuerdo y en agradecimiento de la victoria, inmolar quinientas cabras todos los años, como aún se hacía en tiempos de Jenofonte.

Pero ¿habéis advertido que los jinetes de los persas no aparecen en el combate? ¿Será verdad, según la tardía versión de Suidas, que Datis, ante la inacción de los generales atenienses durante los primeros instantes de su desembarco, decidió mandar sus caballos a Eretria, aprovechando los pastos abundantes de Eubea, que estaban a la vista allende el canal? ¿Será verdad que Milcíades tuvo soplo de este error de su adversario por algunos de los griegos que

obligatoriamente militaban en las filas de Datis, y que éste fue uno de los motivos que le aconsejaron apresurar la acción? ¿Será verdad que de aquí se acuñó cierta frase hecha sobre aprovechar la ausencia de los caballos, o algo parecido? ¿O será verdad que la lentitud tradicional de los jinetes orientales para ponerse en orden de combate vino a agravarse con la circunstancia de aquellas naturales defensas pantanosas, aun sin admitir que los atenienses hayan tenido tiempo de abatir árboles para más estrechar el campo?

En todo caso, ya tenemos frente a Maratón las galeras persas en fuga. ¿En fuga? Lo hemos dicho muy pronto. Aquel ejército numeroso no podía darse por vencido al primer revés. Ya explicamos que el plan primitivo de Datis, aunque muy quebrantado por su actual desastre en Maratón, pudo haber sido el atraer hacia esta costa las divisiones atenienses, para luego doblar rápidamente el cabo Sunio con su flota, y caer sobre Atenas a la sazón desguarnecida. Aun algunos críticos modernos dan a entender que Datis sólo simuló un desembarco en forma sobre Maratón, para provocar allí la concentración de los atenienses y mientras tanto atacar a Atenas. Esto es contrario a todos los testimonios históricos, aunque es lo que debiera haber hecho Datis, y para ello le sobraban fuerzas y le sobró tiempo. Bien hubiera podido partir sus tropas en dos mitades, y desarrollar así una doble acción simultánea. Pero no lo hizo, y de aquí su fracaso. Datis se encontraba en Maratón con el grueso de sus ejércitos. Y sólo cuando allí se vio rechazado, reembarcó a su gente e hizo vela con rumbo a Atenas.

Al ojo perspicaz de Milcíades no escapó la estratagema. Dejando entonces la división de Arístides como resguardo del botín, emprendió con el resto de su gente una formidable marcha nocturna hacia Atenas. En Atenas, a la sola noticia de la victoria, el partido persa había desaparecido por una marejada de opinión bien característica de aquel régimen veleidoso. Y cuando, a la mañana siguiente, la flota de Datis avistó la ciudad —la ciudad ya hirviente de belicosidad y de triunfo—, pudo ver también, en las alturas que la rodean, a los mismos hoplitas de Milcíades que acababan de infligir a los persas tan duro castigo. Y Datis, asombrado, mandó virar en redondo y abandonó la empresa. Las guerras pérsicas entran en una tregua de diez años.

Entretanto, los dos mil lacedemonios llegados después de la hazaña contemplan, en silencio, los sangrientos despojos. Los cadáveres enemigos eran fácilmente identificables por el pantalón bombacho, la tiara frigia, los escudos en media luna, los arcos y viras, las corvas cimitarras. En vez de trasladarlos al Cerámico, se concedió a los muertos atenienses el desacostumbrado honor de un montículo fúnebre en el mismo campo de batalla. Se erigieron diez columnas, una por tribu, donde los nombres de los guerreros muertos eran todavía descifrables seis siglos después de la batalla. En otro montículo se dio sepultura a los plateos. Al lado, reposan los esclavos que, según el uso, pelearon junto a sus amos. Y quiere la superstición que todavía se escuchen, en medio de la noche, los jadeos de los combatientes, los gritos gozosos de la victoria, y los gemidos con

que el alma de los moribundos —como en la palabra de Virgilio— escapa, indignada, hacia las sombras.

México, 26 de noviembre de 1939

LA ESTRATEGIA DEL "GAUCHO" AQUILES*

NO HAY que tener miedo a la erudición. Hay que contemplar la Antigüedad con ojos vivos y alma de hombres, si queremos recoger el provecho de la poesía. Hay que volver a sentir las cosas de la epopeya como las sentían el poeta y sus oyentes. De otra suerte, las letras se quedan embarradas en el papel y sólo sirven para que se aburran con ellas los estudiantes y aprendan, a lo sumo, a recitarlas de loros con ese sonsonete, esa "odiosa cantio" que ya exasperaba a San Agustín.

En nuestra época de vasos comunicantes, y en que hay tan buenas traducciones y comentarios al alcance de todos, ni la extrañeza de la lengua muerta o de las circunstancias históricas del pasado podrían estorbar este contacto inmediato entre las almas de ayer y las de hoy. Y el obstáculo de los símbolos mitológicos tampoco es irreducible, pues a poco que nos interroguemos, descubrimos en los fondos de nuestra conciencia, a manera de perduración o de larva, un hormigueo vagoroso de sombras —Aquiles, Don Quijote, Hamlet, Arlequín y hasta el Tío Sam— que siguen sirviéndonos para dar asidero a las abstracciones mentales. Este pensar por imágenes es un modo de economía a que conduce la inercia natural del espíritu. A nadie le ha sido vedado; aunque muchas veces, por esa desconfianza para la poesía que es el mayor pecado de la inteligencia contemporánea, usemos, al expresarnos, términos sesquipedales y abstrusos, vaciedades léxicas (mitología exangüe y nada más), creyendo así emanciparnos del pensar metafórico a que sin remedio estamos condenados y cortar el invisible cordón que nos pega al suelo, cuando la verdad es que hacemos de simios del ángel, único capaz de la idea pura.

Un día, paseando por el campo argentino, en un "tambo" o rústica "ordeña", oí las confesiones de un gaucho joven a un gaucho viejo. Estaba enamorado —decía — y no se podía quitar la obsesión constante de la mujer. El viejo le repuso que era la edad, que todos pasábamos por eso, que no se entenebreciera ni se juzgara maldito, que dejara correr un poco la pasión, que se diera rienda con mesura, que se divirtiera sin amargarse. "Pero —añadió— nomás no te dejés ganar *el lao de las casas*."

A mi memoria acudieron los consejos ladinos del Viejo Vizcacha en el *Martín Fierro:*

> No dejés que hombre ninguno
> te gane *el lao del cuchillo*.

¡Los "lados" —me dije—, las zonas de ataque y defensa, el sentido mágico del espacio y sus dimensiones preferentes! ¡El sentido ceremonial del espacio, el

“lado” derecho que se le da a la dama, el “lado” de la acera que se cede como respeto!

Pedí explicaciones. Acabé por entender que, en las “estancias” o haciendas, el campo que se extiende hasta perderse de vista es el camino natural de la fuga y la disolución, en tanto que la querencia, el lado de las casas, es el refugio donde el hombre se hace fuerte y se concentra en sí mismo. Lo uno enloquece y desorganiza, lo otro devuelve la estructura y arma otra vez la voluntad. Hasta el toro sabe que embiste mejor contra las vallas, porque acude a donde se siente amo. Hasta el caballo adelanta el paso cuando ventea la cuadra próxima. Quien nos ataja el lado de las casas nos pone en trance desesperado. Entonces ya no queda más que jugársela a lo valiente, como quien vuelve por lo suyo.

Y yo, de recuerdo en recuerdo y eslabonando memorias y lecturas —la tarde comenzaba a caer, el viento sacudía los árboles, una luna pálida se atrevía entre los celajes de plata y azafrán, y todo parecía propicio a la rumia de meditaciones, aun la polvareda de las recuas y el “opa” del arriero que se dejaba oír a distancia— fui a dar, de repente, hasta el canto XXII de la *Ilíada*. Es el combate singular entre Aquiles, el de alígeras plantas, capitán de los mirmidones, y Héctor el matador de hombres, resguardo de la sitiada Troya.

Aquiles había permanecido en su tienda, echado en su manta, incubando su pesada cólera. Desposeído por el jefe de los ejércitos, el imprudente Agamemnón, de la esclava que le correspondía como botín de guerra, se niega a colaborar con sus armas, no porque la pobre muchacha le importara un ardite, sino por la injuria recibida. Pues el acatamiento público era la medida del honor entre aquellos pueblos de conciencia colectiva y social, no contaminados todavía por el individualismo extremo. La discordia de los caudillos desmoralizaba a los ejércitos expedicionarios, que estaban a pique de dejarse vencer.

Pero cuando Aquiles recibe la noticia de que su amigo Patroclo acaba de morir a manos de Héctor, cambia de pronto el rumbo de su voluntad, y la misma cólera que ha juntado busca el desahogo de la venganza, y será proyectada como catapulta contra el muro de Troya. Aquiles sabe que ha de morir y nunca regresará a su patria si combate contra los troyanos, porque así se lo ha profetizado su madre, la marítima Tetis, y se encarga de recordárselo Janto, uno de los caballos de su carro de guerra a quien por un instante los dioses conceden voz humana. Con todo, según los cánones de la heroica virtud en que fueron educados los príncipes de su casta, Aquiles prefiere una vida corta y hazañosa a la longevidad sin triunfos. Roja nube empaña sus ojos. Ya nada le detiene.

Requiere sus nuevas armas, fabricadas para él por el propio herrero olímpico Hefesto, pues las antiguas acababa de vestirlas Patroclo para ahuyentar a los enemigos, haciéndose pasar por Aquiles, y han quedado en poder de Héctor. Salta en su carro, de que tiran el Janto y el Balio, desoye el aviso del primero, y hace entre los troyanos una terrible escaramuza, hartándose de matar enemigos,

y todavía se mete por el río Escamandro, luchando contra sus ondas para perseguir a los fugitivos y limpiando el campo de combatientes. En torno a la rabia del guerrero se congregaba la ira de los elementos, y un fuego devastador asoló los campos y entró por el río, haciendo hervir y enflaqueciendo sus aguas.

Pero Héctor, la presa predilecta de Aquiles, se le había escapado varias veces, porque los Inmortales lo hacían invisible, y la lanza daba en el aire. Debemos entender que Aquiles se quedaba ciego de furia. Hasta el mismo Apolo se divertía en torearlo, tomando —borrachera de sol— la apariencia del troyano Agenor y obligándolo a perseguirlo para dar tiempo a que los fugitivos se encerraran en la ciudad.

Al fin ha quedado Héctor solo, guardando las puertas de Troya, y Aquiles adelanta hacia él en una carrera atlética, moviendo como torbellino los pies y las rodillas. El viejo Príamo, padre de Héctor, que lo ve venir desde lo alto de la muralla, resplandeciente y terrible en sus armaduras, lo compara al astro llamado el perro de Orión, que aparece en los cielos otoñales por la época de las cosechas y es siempre ominoso anuncio de fiebre para los indefensos mortales. "¡Huye, sálvate! —grita a Héctor—. Ése me ha matado ya a muchos hijos, y a otros, cautivándolos, los ha vendido como esclavos en islas lejanas. Ahora mismo, temo que acabe de dar muerte a Licaón y a Polidoro, pues no los veo por ninguna parte. Por piedad para mí —vociferaba arrancándose las canas con ambas manos—, quítate de las puertas, no vayas a correr igual suerte." A estas súplicas se unían las de la madre Hécuba que, desesperada, desnudaba el busto y, en nombre del seno que lo había criado, pedía a Héctor que se pusiera a buen seguro. Pero Héctor aguardaba bajo la torre, silencioso y con fruncido ceño, "como silvestre dragón que, habiendo comido yerbas venenosas, espera a su víctima a la entrada de su cueva, enroscado y amenazante".

En lo íntimo de su corazón cruzaban los más contrarios propósitos. Y cuando Aquiles se le acercó, cubierto con el escudo centellante y al hombro el temible fresno del Pelión, no pudo ya contenerse. Se echó a temblar a pesar suyo y emprendió la fuga. Y así empezó una persecución por la carretera que rodeaba la ciudad, a la que los guerreros, uno en pos del otro, dieron la vuelta no menos de tres veces. Los dioses se inclinaron desde los balcones del Olimpo para presenciar aquella caza del gavilán a la paloma, del perro al cervatillo azorado.

Ni Héctor lograba escapar, ni Aquiles lograba alcanzarlo, y todo su cuidado era alejarlo cada vez más hacia la llanura, cortándole la retirada de las puertas dardanias, donde el otro podía encontrar abrigo o refuerzo. Al mismo tiempo, haciendo señas a sus soldados, los conminaba para que no intervinieran en su ayuda y los dejaran pelear hombre a hombre.

Ya habían comenzado la cuarta vuelta, cuando Zeus puso los destinos de ambos en sus balanzas de oro y vio que el día fatal pesaba más en el platillo de Héctor, que descendió hasta los infiernos.

La suerte estaba decidida. Aquiles ha logrado ganarle a Héctor *el lado de las*

casas. Éste ya no tiene más remedio que enfrentársele, y ya todos saben lo que sucede. Si la diosa de ojos de lechuza bajó arteramente del cielo e hizo creer a Héctor que era su hermano Deífobo que acudía en su auxilio, decidiéndolo así a aceptar el duelo, es ya un caso de conciencia que cada uno puede interpretar como guste. El movimiento estratégico de Aquiles ha sido claro y basta por sí a explicar la situación. Tras algunos lances, la pica de Aquiles entró en el cuerpo de Héctor cerca de la clavícula y asomó detrás, por la nuca. Como no cortó el "caño del resuello", todavía Héctor pudo decir algunas palabras, caído en tierra.

La noche cerraba en la llanura argentina cuando yo me encaminé, meditando, al lado de las casas. En la parda luz, el "chimango" hacía grandes giros envolviendo a un pajarillo atontado. Debajo de los matojos, las lechuzas me veían pasar en silencio. El cielo, barrido de nubes, dejaba traslucir algunas estrellas. Resplandecía el puñal de Orión.

1943

ASPECTOS DE LA LÍRICA ARCAICA*

EL PROCESO de la cultura griega se antoja, a veces, la invención de un solo hombre que se hubiera propuesto distribuir su materia en etapas sucesivas y bien discernibles, y en artística correspondencia entre el acontecer externo, político, y el acontecer espiritual. Si tal cultura no tuviera la importancia que tiene como fundamento de la nuestra y como savia que nos alimenta todavía —al punto que, en cierto sentido, seguimos pensando y hablando en griego—, su solo aire de desfile bien organizado y conforme con las necesidades de la mente bastaría a explicar la atracción que ejerce sobre nosotros. Es como un ejemplo elemental y despojado de complicaciones inútiles para iniciarse en la "sociología del saber". Un capítulo sucede a otro con la regularidad de los gremios en las paradas cívicas, salvo que cada capítulo recibe las consecuencias del anterior a modo de corriente interna. Todo ello parece un artificio construido por la razón, si se concede que la razón debe tomar en cuenta lo que haya de sinrazón, de espontaneidad y de fluidez, en los entes vivos.

Aun los géneros literarios —estructuras de convención social más o menos automática, que van procurando restablecer la ecuación expresiva entre la mutación histórica y el impulso ideal de una época— se presentan uno tras otro y a su debido tiempo: de los orígenes a la era clásica, ante todo, la épica; más tarde, la lírica; luego, el drama en su doble fase de tragedia y comedia. Después, cuando la expansión alejandrina, el caudal lírico acumulado en el teatro, y el desarrollo de la historiografía y las disciplinas especiales florecen, a una parte, en breves composiciones epigramáticas y lo que hoy llamamos madrigales; y a otra parte, en poemas científicos, arqueológicos y bucólicos, nuevas maneras de la épica donde el asunto bélico cede el puesto a las inquietudes del conocimiento o del amor. Y finalmente, de la era romana en adelante y en cuanto ligeramente suele conocerse bajo el nombre de la decadencia helénica, el ensayo literario derivado de la antigua oratoria —la cual ha perdido ya su utilidad pública—, y aquel salto atlético de la epopeya hasta el terreno de la prosa que determinó el nacimiento de la novela.

Cada forma genérica, en su marcha propia, permite a su vez ir jalonando —siempre con referencia a la circunstancia histórica— las jornadas del viaje. Este esquema es aproximado, pero mucho más adecuado para Grecia que para cualquier otro pueblo de Occidente.

La lírica arcaica que ahora nos ocupa —comprendiendo en tal designación, como lo hizo Theodor Bergk y como hoy lo aconseja el uso corriente del término, aquella función poética destinada a la manifestación de las energías subjetivas— abarca tanto la llamada poesía mélica como la elegiaca y la yámbica, y cubre del

siglo VII a mediados del V del calendario precristiano, instante en que toma nuevo sesgo con Píndaro y con ese Píndaro algo atenuado que fue Baquílides. Aquí no tenemos para qué embarazarnos con otras subclasificaciones fundadas en detalles técnicos, en dialectos o casi en el distinto humor de las distintas regiones geográficas, fenómeno este que revela una vez más la apariencia de distribución calculada con que se engendraba la historia helénica. Nos basta recordar que la lírica se acompañaba de danza y música, de estos o los otros instrumentos, y era una suerte de letra para las canciones, ya individuales o corales. Los metros y las combinaciones estróficas se consideraban ligados, según reglas más o menos fijas, a la intención misma de la pieza: el júbilo, la lamentación, el elogio, la invectiva, la burla. El carácter de la canción permitía, a veces, usarla en ceremonias rituales y en la educación de los mozos. Otras veces, como acontecía en las cortes literarias de los tiranos y señores o en los banquetes orgiásticos, la canción se reservaba más bien al disfrute de las aristocracias del poder o la inteligencia. Y aquí es donde más libremente asumía la lírica su sentido de intimidad, su sabor de individualismo, de naturalismo irónico que sonríe ante los símbolos consagrados, de exaltación pasional y erótica como en Mimnermo y en Safo, de "poesía de ocasión" vinculada a los personales sucesos del poeta.

La lírica aparece, cronológicamente hablando, a continuación de la antigua epopeya —solemne voz del pueblo destinada a las tradiciones nacionales y a la edificación política y religiosa de las masas étnicas—, y precede el futuro drama trágico, el cual reasume bajo módulos nuevos, y acompañado en contrapunto por la comedia, la antigua misión educadora y profética, y ofrece el espectáculo de los destinos que luchan y se entrecruzan en el corazón de los héroes epónimos, especie de santos patronos. La lírica, pues, tránsito e incrustación oportuna, representa así una diástole entre dos sístoles, un grito libre del individuo entre dos funciones modeladoras del Estado.

Por eso tal vez la crítica de la Edad Ateniense, que era sobre todo crítica de filósofos, dejó en penumbra la valoración de la lírica. A los filósofos interesaba más bien la reflexión sobre los motivos religiosos, éticos y políticos acarreados en los dos grandes tipos de la poesía pública, epopeya y tragedia, pues la risa de la comedia siempre pasó a segundo plano, aunque se reconociera su necesidad en la integración de la economía humana y en la higiene del alma colectiva y social. Pero a los filósofos interesaba mucho menos la apreciación estética de la belleza formal, y sólo citaban a los líricos como ejemplo o adorno de sus doctrinas, sin detenerse a establecer un código preceptivo o siquiera una descripción metódica de aquel linaje de poesía que se les confundía con la danza y la música. Y los primeros musicólogos y gramáticos, o se preocuparon más de la música que de la letra, o de la investigación científica de la lengua y de ciertos secretillos retóricos de la poesía, que les corría prisa por trasladar al cultivo artístico de la prosa.

La lírica independiente no fue cosa de Atenas, en los orígenes al menos. Más

tarde se transfundirá en el drama ático, para hacer oficio de válvula por boca de los coros. La lírica independiente nació entre eolios y jonios; colonos destacados en las avanzadas helénicas. Pueblos nerviosos e intempestivos, no se atemorizaron ante el quietismo hierático de las vecinas monarquías orientales. Su mismo fermento de irrespetuosidad levantisca los llevó, por una parte, a fundar los gérmenes del verdadero espíritu filosófico y científico —arranque del pensamiento occidental—, y, por otra parte, a crear un tipo de poesía emancipada en mucho de las preocupaciones políticas. Gente marítima y bulliciosa, menos casera y agraria que la Grecia continental, enjambre cambiante que heredó las costumbres y la vetusta sabiduría de la talasocracia cretense y, dándoles agilidad juvenil, operó como errabundo polen para las futuras siembras de la cultura. Tal es el elemento aventurero y masculino que, en todo rincón de la historia, lleva y trae la fecundación y la sorpresa hasta los fondos maternos de las razas. Poco a poco, decaídos de su virtud algo acre y verde, los jonios madurarán hacia las muelleces asiáticas, que los entregarán maniatados a las hordas del persa.

Todo, en Grecia, se diría concebido con miras a alguna demostración teórica. Por obra de un destino irónico, estos poetas del individualismo apenas nos han dejado biografía efectiva, pero se los reconstruye por sus versos. Aunque fragmentarios y destrozados, turbios de contaminaciones y de entrometimientos folklóricos, esos versos traen hasta nosotros el ser íntimo de los poetas, y por estos atisbos y relampagueos intermitentes creemos penetrar en sus corazones, mejor que si poseyéramos tan sólo el puntual registro de episodio de su existencia.

La aguja de la imaginación nos ayuda a zurcir los retazos de las figuras. ¡Qué más da si hay algo de capricho en una evocación humana que no aspira al premio documental! Cruzamos el arroyo saltando sobre las piedras del vado. Lo que nos importa es ganar la otra ribera.

Así, por ejemplo, la sombra transparente de Arquíloco nos llega estremecida por vientos de pobreza y de odio, o tal vez de amor contrariado. La de Safo nos sollama todavía con la hoguera de sus pasiones. Estos poetas de la sinceridad y la introspección, precursores de la sensibilidad moderna, amedrentaron a sus contemporáneos mucho menos de lo que hoy podríamos creer. Su sondeo psicológico en cierta medida se parece al que hoy se ha propuesto en análisis del yo profundo, donde algunos ven síntomas o agencias de una posible disolución moral. Porque todo nuevo conocimiento adelanta entre vagas auras de escándalo. Pero Grecia, por lo visto, estaba dispuesta a la hazaña.

Nuestro cuadro de la lírica arcaica se reducirá a unos cuantos nombres, los menos que podamos. No olvidamos a Tirteo, clarín que conduce a las batallas; no olvidemos a Anacreonte, gallarda confusión de Dióniso y de Afrodita, dos númenes asociados aunque secretamente enemigos. Pero ahora sólo nos fijaremos en tres hitos indispensables: Arquíloco, Safo y Solón.

He aquí, pues, el mercenario y pirata de Paros, reclinado sobre su lanza y con

cara de pocos amigos. Leal compañera del soldado de presa, acaricia con orgullo su lanza, porque a ella debe el sustento, el sabroso pan y el gustoso vino de Ismaro. A ella, aunque vagabundo sin fortuna, debe también el sentirse emparentado con los semidioses mitológicos y vástago de la familia prócer de Homero. Cierta alegría callejera y decidora, algo feroz y entre sonrisa y mordisco, alumbra sus más sombríos instantes. Se codea con la peor ralea de aventureros de tierra y mar sin perder su gracia y su estilo. Su temperamento, amasado de "melancolías y cóleras", es propia pensión del muchacho venido a menos, brote acaso de la ilustre raza de Telis y criado entre la buena gente, pero afligido por la abyecta cuna de la esclava que fue su madre, y obligado, por su extravagancia y sus ruidosas historias, a emigrar hasta la desolada Tasos, donde la salvaje montaña se levanta "como un espinazo de jumento".

Por suerte, para desahogarse, cuenta con una variedad de recursos poéticos y hasta crea, cuando le hacen falta, nuevos moldes. Tenía el don de versos, una seguridad técnica que parecía en él connatural, notable capacidad inventiva para la forma artística, un fraseo garboso que lo pone muy por encima de los líricos de su clase, una ingénita facilidad para decirlo todo, ensanchando el campo de la poesía. Podía darse el gusto de vaciarse íntegramente en el canto y vivir en verso. Su obra abarca una extensa gama, desde las transitorias ocurrencias del día hasta los transportes sublimes, desde el denuesto y la mofa insolente hasta el noble acento guerrero. Ya es el yambo, su reacción más característica, género semicoloquial y cercano al habla corriente, derivado de las improvisaciones populares, cuyos cambiantes ritmos admiten el chiste y hasta la fábula zoológica, junto con la increpación semejante a una bofetada. Ya es la lamentosa elegía o la plenitud sagrada del himo. Así, según la provocación inmediata, según soplan las contrarias ráfagas de la humana ventura. Adora unas veces, y otras, odia. Es capaz de la piedad y del llanto, y en ocasiones su crueldad no consiente diques. No parece el mismo cuando acusa y fustiga, o cuando ensalza a Deméter —culto que introdujo alguna de sus abuelas—, o se detiene, reverente, ante el despojo del amigo perdido. La misma Neóbula, a quien solicitó en vano —su Neóbula coronada de mirto y rosas, cuyos cabellos le caían como suave sombra por la espalda—, es para él objeto de amor y de asco, y para ella resucita el tema eterno del debate o disputación contra la mujer: contra "lo muliebre", según decía nuestro Gracián con precioso alambicamiento. Nada le cuesta templar el ánimo del pueblo, cantando "el tumulto de Ares" y "la quejumbrosa obra de la espada". Pero con igual desahogo confiesa, cuando llega la hora del reposo y brota la vena del humorismo y el héroe vuelve a ser un hombre cualquiera, que acaba de soltar las armas detrás de un matojo para mejor escapar a una muerte cierta, sin que por eso se considere deshonrado. ¡Que luzca nuestros arreos el bárbaro! Ya nos compraremos otros mejores. Por lo pronto, hemos salvado el bien de los bienes, que es la vida. Este rasgo desvergonzado y candoroso de Arquíloco, más tarde imitado por poetas eruditos del Lacio en quienes pierde todo el gusto, revela

hasta dónde ha podido llegar la afirmación de la persona frente a los imperativos de la Polis.

Y con todo, por su doble oficio de soldado y poeta —estirpe de Calino y Tirteo, de Alceo y aun del sensual Mimnermo—, Arquíloco sirve a una causa pública, aunque sin el compromiso profesional de los épicos, y muchos de sus cantos tienen la entereza del acero. Además, los agravios que recibe asumen para él una trascendencia general y, despersonalizados en el fuego que los inspira, sus reproches adquieren entidad de normas morales, no pierde de vista el sentimiento de la justicia y, conforme a la ética de los tiempos, explicada más tarde por Aristóteles y su escuela, tacha de cobarde al que no se indigna contra el mal. Maestro en el látigo y el castigo, ejerce la eterna misión aleccionadora de la sátira.

De suerte que en él se contrastan el hombre cívico y abstracto con el particular y ordinario; el ideal, con la naturaleza, que osa ya reclamar sus fueros; el deslumbramiento de la fama póstuma y de la muerte insigne, con el encanto y el disfrute de la vida diaria. Es hombre de sentidos abiertos, sediento de lo palpable y visible, pero aspira a la consagración del recuerdo. Y, de repente, se alza iracundo contra los que injurian la memoria de quienes no pueden ya defenderse, suprema desgracia sin duda para el que entiende la conducta como un torneo. "Porque yo —advierte— cuento con el arte por excelencia: yo sé hacer trizas al que se me atreve."

El hombre marmóreo de la epopeya posee una confianza universal y descansa sobre las rodillas de los dioses. El hombre agigantado de la tragedia transporta al nivel de su estatura el choque agonístico del mundo. Entre uno y otro extremo, Arquíloco recibe el embate en propia carne; su infortunio amoroso se le entra "hasta la médula de los huesos"; y en nombre de su sustancia mortal, reclama contra los destinos con palabras de profano descaro, altiva "parresia" que no se detiene ante nada.

Por momentos —inesperado pregusto de estoicismo— se hunde en la contemplación de la única libertad posible: resignación a los dioses y elección de una conducta sabia. Su carpintero es un sujeto dichoso, porque ama su condición y ni siquiera aspira a la tiranía, recóndita envidia de los griegos según la terrible observación de Burckhardt. Esta confesión de las limitaciones humanas no es ya una simple tradición mística —esclavitud del hombre indefenso en medio de la naturaleza—, sino una aceptación intelectual que, por serlo, se redime y trasmuta en ciencia y conciencia, a la vez que en responsabilidad inapelable. "Resiste, alma mía, y sostente firme —viene a decir—. Ya pasaste lo peor. Ante la incertidumbre y los vaivenes de la existencia, ni te des nunca por vencida en la adversidad, ni nunca por definitivamente vencedora."

De todo ello, y a pesar de las contradicciones a que obliga la confesión sincera, resulta de Arquíloco una cierta ejemplaridad, una amonestación superior. Si a esto se añade la sostenida calidad estética y la viril estructura de sus versos, se

entiende que no hayan podido olvidarlo aun aquellos a quienes repugna su índole agresiva, o aun los dómines más domesticados por la convención. Su nombre se asocia constantemente al de Homero. Era el Homero de uso personal. A ambos y a Hesíodo los recitan juntos los rapsodas. Heráclito, para vapulear a los poetas por su antropomorfismo, escoge como pareja representativa a Homero y a Arquíloco, porque la imaginación de Grecia los asociaba, y no porque en éste el tal antropomorfismo valga por sí; como que no es otra cosa que un mero resabio verbal. El aristócrata Píndaro, a quien impacientan las actitudes del plebeyo irritable, y que ve en Arquíloco un hombrón sin otro alimento que el rencor a sus víctimas, toma por modelo sus cantos de victoria. Aristófanes y Platón lo recuerdan y dan como testimonio sus versos, y el primero llega a lamentar que los yambos sean tan breves. Cuando Gorgias aportó por Atenas, no encontró mejor saludo para el joven Platón —a creer lo que asegura Ateneo— que llamarlo "el nuevo Arquíloco". Los alejandrinos lo incluyen en el canon de la poesía clásica, y Aristófanes de Bizancio lo comenta con detenimiento. Meleagro teje en su *Corona* el hirsuto y temeroso cardo de Arquíloco. Longino lo tiene por el más homérico de los líricos arcaicos. Aunque, según Valerio Máximo, los espartanos prohibieron la difusión de aquella poesía iracunda, Dión Crisóstomo se atreve a pensar que la postura censoria de Arquíloco es más útil a la sociedad que la encomiástica de Homero. Quintiliano admira el vigor y el músculo del deslenguado de Paros. Horacio lo imita en sus *Épodos*, y lo invoca en sus *Epístolas* y en su *Arte*. Ovidio amenaza a quien lo importuna con la flecha de Arquíloco. El nombre de éste pasará a los proverbios: "Manoseas a Arquíloco", se dirá del que ve la paja en el ojo ajeno.

La leyenda afirma que Córax de Naxos, aunque dio muerte a Arquíloco en combate legal, fue arrojado del templo por la divinidad indignada, y obligado a apaciguar la sombra de su enemigo con imploraciones y sacrificios, pues Arquíloco era "un servidor de las Musas". El miedo a la lengua de Arquíloco —aquella "lengua de escorpión" de que nos habla, en el siglo XII, Eustathius, arzobispo de Tesalónica— se demuestra en la historia que se le atribuye: Lycambo le concedió en matrimonio a su hija Neóbula y poco después se la negó. "Has pisoteado nuestros juramentos —le dice Arquíloco—. Te has vuelto loco y eres el ludibrio de la ciudad." No pudiendo soportar sus ataques, Lycambo y Neóbula, y acaso las hermanas de ésta, acabaron por suicidarse. Getúlico, en la Antología Palatina, ofrece a sus manes este epigrama: "En esta tumba que contemplas a la vera del mar, yace Arquíloco, primero en ungir a la Musa con el veneno de las serpientes y encharcar de sangre el dulce Helicón: testigo Lycambo, que llora junto a sus tres hijas colgadas. Pasa con cautela, caminante, no sea que alborotes las avispas del féretro".

Junto a esta imagen broncínea, Safo —la ninfa desnuda de Mitilene, pequeña y morena como las pardas tórtolas— aparece toda ella hecha con la pulpa de las frutas y envuelta en pesadas esencias. A la misoginia de amor del uno, responde,

en la otra, un suave recelo contra el hombre; ambos, efectos paradójicos de la misma embriaguez que a tientas busca su saciedad. Es el "Eros invencible" de Eurípides que vibra al azar sus centellas.

Una vez que la poesía abandona el ágora y entra en el recinto de las almas, no podía faltar la mujer, para dar al mundo íntimo y recién descubierto su definitiva consagración. No hubo poetisa épica, no habrá después poetisa dramática. Sólo la lírica podía recoger el calosfrío exquisito de las inquietudes femeninas, ambiente de alcoba al amanecer entre un aroma de flores maceradas.

Hasta hoy, en la vida literaria del hombre, la mujer sólo había sido un accesorio de lujo: especie de "geisha" occidental, experta en entretenimientos y seducciones, intérprete de la danza o la música, inútil mientras no se la llamara a cumplir su oficio voluptuoso en la fiesta de los varones. Antaño, en la *Odisea*, la mujer apunta en sus excelencias de dama, junto a su rueca de plata y su huso de oro, rodeada de una adoración caballeresca. En Hesíodo —que no vive ya entre príncipes, sino entre los trabajadores del campo— ella sigue pacientemente a los bueyes, para ayudar al esposo en las tareas de labranza. La Grecia histórica la recluye en sus habitaciones y la inclina sobre la cuna de los hijos. Todavía el romántico Menandro, con ser su mundo tan complejo, da como señal de la honra femenina el que no se miente nunca a la mujer. Pero junto a este carácter fundamental, se desarrolló, de puertas afuera, otra singular asociada del ciudadano libre: la clase de las hetairas. Nano, la amante de Mimnermo, acude para tañer la flauta en los banquetes artísticos. La dulce Pasifile acude simplemente para hacer gala de sus encantos. Arquíloco la compara con la higuera silvestre, donde se dan cita las cornejas voraces. No es ésta todavía, ciertamente, una compañera espiritual, capaz del consejo, y que merezca compartir, como Aspasia, la gloria de Pericles. Es todavía, un instrumento más del aria que el poeta ejecuta.

Tal es la escena en que Safo reivindica el papel de protagonista y reclama un sitio privilegiado, sacudiendo orgullosamente aquella rizada cabellera que Alceo, poeta del vino y enamorado sin esperanza, equivocaba con un racimo de violetas. Pero Safo no anda en los corros de los hombres. Ellos hacen su mundo aparte en los "simposia"; y los "simposia" nunca perderán el resabio orgiástico, ni cuando hayan evolucionado hasta convertirse en sesiones del ingenio ateniense, como se aprecia por el final del diálogo donde Platón nos conduce a la casa del poeta trágico a la moda. Safo girará en otro ambiente, ambiente de mujeres solas, congregación de las muchachas de Lesbos.

No es la primera que hace versos, pero es la mejor poetisa. Tampoco es la primera maestra, aunque a todas las oscurece. Ella misma nombra a sus rivales, a la importuna Gorgo, a la palurda Andrómeda, que se las arregla para robarle el afecto de una de sus pupilas, aunque ni siquiera sabía llevar la ropa. La casa de Safo es un centro de atractivo social, una escuela en que se cultivan las Musas, algo como una alta institución de enseñanza para las jóvenes, grado pedagógico

más adelantado ya en la colonia que en la misma metrópoli. La maestra y las alumnas hacen vida común. Cosa semejante harán un día los académicos de Atenas.

Y así transcurre para las jóvenes de Mitilene aquella hora única en que la mujer no es madre ni esposa: sólo capullo femenino en pureza, entreabierto tímidamente, sin tallo y sin raíz, sin hojas ni espinas, casi sin relación necesaria con lo que no sea su propio misterio. Tránsito entre el regazo de ayer y el hogar de mañana, instantánea perfección que el logro artificial de Safo se empeña en cristalizar para siempre. Así, cada día, vemos a la maestra bregando por romper la arisca corteza de la chica recién llegada, que aún no descubre sus virtudes; o la encontramos sollozando por la criatura ya modelada, que sin remedio se le ha de escapar, de la mano de su prometido, acomodación que distaba mucho de la coyunda amorosa como hoy la entendemos. La maestra se consuela pensando que las doncellas tocadas por su magia no podrán olvidarla nunca y que, entre las faenas domésticas que las esperan, suspirarán el nombre de Safo. Pero su tenacidad no se da a partido. Siempre está golpeando a la puerta de los corazones. Es —explica ella— como el jacinto silvestre, mil veces hollado por los pies del pastor y siempre cargado de retoños de púrpura.

Desde Máximo de Tiro, si es que no desde antes, se ha advertido ya el paralelismo manifiesto entre el Eros sáfico y el Eros platónico. Con una metáfora al gusto de Aristófanes, parece que Eros se complace en separar a una y a otra parte las dos mitades de la especie. Y la naturaleza misma, obrera ciega aunque afanosa, hace que la comunión en torno a Safo llegue más allá del espíritu, con la complicidad del juego y la educación corporal y de los contactos cotidianos del recreo y la belleza. Y se desata aquel anhelo exasperado y estéril por trascender las formas, hoguera que funde y trasmuta el metal de la poesía sáfica, dotándola de melancolía y extraña nobleza.

Para alcanzar la expresión sencilla y directa de tales sentimientos no bastaba el genio literario: faltaba, además, el candor de Safo, que hace agua clara de sus turbulencias pasionales. Oigámosla. En cierto fragmento que nos recuerda las estancias de Gil Vicente donde se enaltece la belleza de una doncella por encima de las bellezas de la guerra y del mar, de la montaña y del cielo (“Digas tú el caballero…”), Safo exclama: “Dicen que nada hay más hermoso que un escuadrón de jinetes, que un pelotón de infantes, que una escuadra de navíos en boga. No; que más hermosa es la presencia amada, que pone en suspenso el corazón”. Y en otro pasaje que imitarán Teócrito y Racine, aullido eterno de la pasión extremada hasta la tortura física: “Si te llego a ver, enmudezco; desfallece mi lengua; llamas delgadas me consumen; se empañan mis ojos y zumban mis oídos; mi piel transpira; tiemblo toda; palidezco como la pobre yerba, y creo que voy a perecer”.

Sus versos hacen constante referencia a la vida vegetal. El mundo de Safo es un jardín y no hay para ella más joyas que las flores. De sus poemas decía

Demetrio que están llenos de primavera *y* de alciones. La novia que se encamina a las nupcias le parece un árbol nuevo y derecho; la intacta virgen, aquel fruto rojizo y duro que, prendido en lo más alto del ramo, escapa a los cogedores de manzanas. Presa fácil de la demencia erótica, Filóstrato observa que padece una delicada fascinación por la rosa, la corola más efímera y frágil, como si quisiera estrujarla en amor de muerte.

Hay tal confusión en la figura de Safo, a la que toda Grecia quiso colgarle un atributo legendario, que es imposible desenredar la maraña de este mito sintético, y los multiplicados reflejos perturban la nitidez de la imagen. Dicen que, casada un día y madre de una hija llamada Cleis —no sabemos si es aquella niña semejante a una flor de oro de que habla uno de sus fragmentos—, conoció también los cuidados *y* menesteres del fogón y de los pañales. Nada cuesta figurársela humana y compartiendo el pan de todos. También la oímos reprender y llamar al buen camino, en nombre de la prudencia familiar, a aquel tarambana de su hermano que, habiendo zarpado para Naucratis con un cargamento de vino lesbio, cayó en los brazos de Dórica, linda mujerzuela de Egipto. Las más humildes faenas y los más prosaicos asuntos, como pasen por el tamiz de su poesía, se purgan de toda vulgaridad. Pero aquella historia popularizada por una epístola imaginaria de Ovidio, y que muestra a Safo enamorada de Faón el barquero, cuyos desdenes la llevan a precipitarse desde las rocas de Léucade —tema repetido en cien tradiciones—, no pasa de ser una conseja. Sabemos de fijo que, como Alceo, tuvo un día que emigrar de Lesbos a Sicilia, quizá por la hostilidad creciente contra la aristocracia. Para entonces, había comenzado a marchitarse. Desde el barco en que huye, desterrada, decía adiós a la patria de sus amores, escondiendo en el palpitante seno el sueño de aquella utopía pasajera y radiosa que, en horas más felices, se había atrevido a desafiar las ásperas realidades del mundo.

La aparición se desvanece. Bustos y estatuas la perpetúan en varias ciudades, desde Italia al Asia Menor, y en Mitilene se acuñan monedas con su efigie. Perdura en el recuerdo de filósofos y poetas. Resucita —culto que atraviesa la muerte— en la fantasía de la pasión incipiente que ensaya sus dudosos tanteos. Platón la declara Décima Musa. Flota en los jirones de su poesía, meros gritos a veces, frases tronchadas y suficientes en su misma mutilación, que dicen: "¡Aguarda!" o "¡Me quemo!" Entre sus dispersas páginas, o en los escuetos comentarios de gramáticos y cronistas, resaltan los nombres de las muchachas que la rodeaban como ardientes antorchas: Atis la veleidosa, Telesipa y Megara, la huraña Mnasídice, la asustadiza Hero, Góngyla de Colofón, Euneica de Salamina, Praximoa la que asa las nueces, la tenue Gyrina, y sobre todas Anactoria la de Mileto, "cuyas pisadas sobrecogen el ánimo mucho más que el estruendo bélico de los tropeles de Lidia". Legó su nombre al gran metro sáfico, ritmo que remeda un latido de la sangre sobresaltada. Se oye temblar su pequeña lira a la friolenta hora del Héspero, "cuando otra vez se juntan las cosas que la

aurora había dispersado". Se escuchan, junto a la cortina, palabras anhelosas, de aliento casi salomónico: —Reposa sobre los cojines nuevos... Corónate con guirnaldas de apio... Suelta la túnica de Quíos y empápate en el agua... Como ungüento precioso y regio, untada en mi pecho tu juventud... Cuando brille el rocío en la grama y florezcan los melilotos sensibles, entonces nos recordarás. Llorarás de sentirte lejos. La noche de avizoras orejas, la noche trenzada de rosas, nos traerá tus palabras...

Con esfuerzo nos alejamos de Safo para juntar finalmente los hilos de nuestro discurso. El épico parecía olvidarse de sí mismo ante el espectáculo del pueblo. No así el lírico, según hemos visto, que parece concentrar el mundo en su pecho, ya viaje entre abrojos como el soldado alquilón, ya entre rosas como la profesora de baile. Pero este desvío no podía durar mucho tiempo. El dilema entre el individuo y la ciudad responde, *grosso modo*, al dilema entre la soberbia independencia de las islas y la estructura férrea de Esparta. Sólo puede resolverlo Atenas, hija predilecta de la armonía. No tarda en aparecer allá el poeta legislador, suma de contemplación y de acción, atento a la vez a las intimidades humanas y a los graves empeños de la política. Atenas es confluencia, es emporio, es ecuador donde se concilian los polos.

En Solón, primer ateniense por antonomasia, la emoción lírica sustenta la emoción del Estado. Pertenece a la casta de los viajeros sabios, los que entresacan la ciencia del torbellino de los negocios humanos y del contacto con naciones y gentes, tipo que tanto impresionaba a los griegos, a los lúcidos griegos. Solón aparece un día en el ágora. Viene de lejos, cubierto con el tosco fieltro del peregrino. En vez de un discurso, rompe en un poema. Aviva la vergüenza adormida de aquella Atenas en que se revolvían la iniquidad y la discordia. Predica la unión sagrada para volver por la honra y rescatar a Salamina, invadida por los megarenses. Ganada la confianza del pueblo y devuelto éste al sentimiento de sus responsabilidades históricas, hace venir a Epiménides el cretense, médico de almas que lo ayuda a restablecer la paz religiosa. Después, reforma la enseñanza. Procede por etapas lógicas, como un razonamiento en sorites. Reconquistadas la unidad nacional y la calma de los espíritus, despertado el ánimo patriótico por la reciente victoria, emprende Solón la campaña jurídica y la revolución económica de la "sisactia" o sacudimiento de las deudas, creando un nuevo régimen monetario y dictando de paso algunas medidas contra la esclavitud por insolvencia y contra la venta de la persona.

Ha aprendido la ecuanimidad y el equilibrio en las leyes del universo, tan contrarias a los opuestos términos de pobreza y riqueza, de dolor y felicidad que el hombre consiente en la construcción de sus deleznables repúblicas. Frena y nivela los partidos, sin conceder toda la razón a ninguno, "escudo que ataja los dos bandos". Predica la dialéctica interna, norma divina y norma social, que en cada exorbitancia conlleva el inevitable castigo. Y una vez que dictó sus tablas y hubo acabado su labor de salud pública, se desterró voluntariamente, sin

melancolías ni saudades, porque toda la tierra es patria natural de los justos, y la voluntad que todo lo rige no ha encendido las incontables estrellas para nuestro uso personal.

Su gloria es la gloria del caudillo que sabe retirarse antes de que el poder lo pervierta. No quiso —dice él— tirar de la red que había puesto en sus manos toda la riqueza de Atenas. No intentó, pudiéndolo, convertirse en amo. La mayor de las potencias divinas, la Materna Tierra, le es testigo de que la alivió de los errores humanos, mandando derribar las vallas inútiles y devolviendo a todos la adecuada distribución de los campos.

Regresó a Atenas en la vejez, para vivir como un sencillo vecino. Viendo el peligro de la tiranía a las puertas, en vano procuró poner en guardia a su pueblo. Su obra se deshacía poco a poco; pero él nunca imputa a la divinidad los desaciertos humanos ni se amarga con el despecho. Sus principios no se conmueven, ni tampoco su serena aceptación del destino. Nunca dice que no a la vida. La vida es un bien, aunque la echen a perder los hombres. Tiene ochenta años y quiere todavía durar más, aunque sea para aprender de coro algunos versos amorosos de Safo. Con jovial denuedo agita su aureola de canas. En su sueño, el sueño de la buena conciencia, el orden y la belleza se desposan. Las luces de Grecia se juntan en su frente. A su conjuro, las tropas dispersas de la poesía se congregan para nuevas hazañas. La corona que rodó de sus sienes no se desgaja y es, en la historia, la corona de Atenas.

1944

LA HELENIZACIÓN DEL MUNDO ANTIGUO*

1. EL PRESENTE LIBRO

1. Hemos explicado brevemente, en la Noticia, cómo fue que el estudio de la antigua crítica literaria nos condujo a representarnos el cuadro de la filosofía alejandrina, requerimiento indispensable si es que pretendíamos entender el tránsito de la época griega a la época grecorromana. Hemos explicado también cómo la necesidad de completar nuestro cuadro, aunque en un principio sólo intentábamos recorrer la filosofía propiamente alejandrina o del periodo ético, nos llevó a añadir un examen del periodo grecorromano o periodo religioso, para llegar así hasta el momento en que la filosofía pagana desaparece y deja el paso franco a la filosofía cristiana (IV, 1).

2. Antes de entrar en nuestro asunto conviene recordar cómo aconteció, a partir de las campañas de Alejandro, la helenización del mundo y el nuevo ánimo que esa expresión trajo consigo. A ello consagramos el presente capítulo, marcando así el contorno donde luego, a partir del capítulo II, acomodaremos a la filosofía.

El acervo de la antigua cultura desemboca en la edificación imperial del Estagirita. Y cuando éste, como los héroes trágicos, sufre el desplazamiento o *sparagmós* a manos de sus discípulos o sucesores, la sustancia ya unificada por él se derrama y canaliza en diversas especializaciones, para fecundizar varias zonas del espíritu.[1]

3. Situémonos ahora en el punto donde se cierra la Edad Ateniense y se abre la Edad Alejandrina; el instante simbólico en que Demetrio Faléreo, hijo del Liceo aristotélico y educado junto a Teofrasto, se traslada a Alejandría, nuevo emporio de la cultura, y lleva por decirlo así en su persona los gérmenes que habrán de prender en el suelo escogido para las nuevas hazañas del pensamiento. La Edad Alejandrina se extiende más o menos desde 300 a. C. hasta los comienzos de la Era Cristiana. Pero ya para entonces ha comenzado también la Edad Romana, en su doble corriente de humanismo griego y humanismo latino. ¿En qué momento los griegos dejan de corresponder a la Edad Alejandrina y corresponden ya a la Edad Romana? La partición es convencional, e inútil precisarla, el movimiento político se sobrepone a la continuidad del espíritu. La misma romanización de los distintos centros griegos no es simultánea. Y la helenización cultural de los romanos comienza antes de que éstos completen sus conquistas. Para circular libremente entre estos vaivenes fijaremos, pues, algunos hitos.

Hemos consagrado dos cursos anteriores a la historia de la crítica en la

cultura occidental. En el primero, que abarca los tres siglos fundamentales de Atenas (600 a 300 a.C.), vimos cómo el instinto crítico, tempranamente revelado en los usos e instituciones de la sociedad helénica —recitación, escuela, recopilación y certamen— y singularmente apoyado en las grandes epopeyas, fue atraído y sumergido definitivamente en el seno de las interpretaciones religiosas, filosóficas, éticas y políticas. La crítica ateniense derivó hacia consideraciones generales de teoría y preceptiva, reglamentando así la poética y la retórica. Fuera de las anticipaciones que aventuró entre las libertades de la comedia, se desentendió, por lo menos en la expresión escrita, de la estimación particular de las obras, o la sometió de preferencia a criterios extraños al gusto y aun al sentido literario. Entretanto, adelantó las técnicas auxiliares de la crítica, esbozos de gramática y crítica textual y fundamentos de la métrica. Construyó una doctrina de la poesía épica y, sobre todo, de la trágica. No llegó a la comedia, o no han llegado a nosotros sus investigaciones sobre la comedia. Y aunque la lírica pronto alcanzó plena madurez y la historiografía dejó entonces obras imperecederas, la crítica no acertó a captarlas en su conceptuación: confundió la lírica en la música y —salvo los reparos aristotélicos— la historia en la retórica.

Llegados a este punto, y ante la imposibilidad de abarcar de una vez el múltiple espectáculo que aparecía a nuestros ojos, hubo que fraccionar el estudio. Y, a modo de desprendimiento sobre una trayectoria determinada, consagramos el segundo curso a la retórica, enfocándola en sus grandes organizadores —Aristóteles, Cicerón, Quintiliano— para desembarazarnos del inmenso bulto oratorio, deslizándonos de Grecia a Roma y asomándonos a los albores de la Era Cristiana.[2]

4. La literatura helénica posterior a la época clásica y anterior a la Edad Media se extiende desde el fallecimiento de Alejandro hasta el fallecimiento de Justiniano —323 a.C. a 565 J.C.[3] Se divide en tres etapas:

I. Helenización del mundo antiguo, hasta la batalla de Accio, año 31. Es la Edad Alejandrina, cuyas fechas rebasaremos un poco a uno y otro lado para la cabal comprensión.

II. De Accio hasta el siglo III J.C. La conquista romana tiende a convertirse en la protección romana. Es la época grecolatina. Cada uno de los tres siglos que abarca ofrece un rasgo distintivo:

a) Siglo I J.C.—Florece la paz universal desde Augusto hasta Domiciano. Las letras latinas se desarrollan al grado que la mejor literatura, con excepción del Nuevo Testamento, se escribe en latín. Los escritores griegos parecen entonces algo oscuros, y los más dignos de nota proceden todavía de la etapa anterior.

b) Siglo II J.C.—Conforme nos acercamos a este siglo, se acentúa un resurgimiento de las letras helénicas, en todos los órdenes.

c) Siglo III J.C.—Se recogen los frutos de la Segunda Sofística. Auge del

neoplatonismo. Longino.

III. Siglos IV a VI J.C.—Señales de fatiga. Diocleciano busca el remedio en el despotismo oriental; Constantino, en el Cristianismo. Esta etapa tiene tres fases:

a) Escritores cristianos.

b) Últimos escritores paganos.

c) Corte de letrados de Justiniano.

De estas tres etapas sólo nos incumbe la primera, la Edad Alejandrina. Ella se divide en tres periodos:

a) De la muerte de Alejandro a la batalla de Iso —323 a 302—. Los Sucesores riñen sobre los trozos del Imperio Alejandrino. Atenas disfruta horas de relativa prosperidad bajo la regencia del humanista Demetrio Faléreo. Florecen Teofrasto y Menandro. Aparece Epicuro.

b) Siglo III.—Desarrollo de la cultura en las ciudades del Mediterráneo oriental. La sola Alejandría produce un millar de escritores, de que sólo llegan a nosotros unos cuantos a través de los copistas bizantinos. Florecen Licofrón, Teócrito, Calímaco, Apolonio de Rodas.

c) Siglos II y I.—Reacción oriental y conquista romana. Florecen los críticos Aristarco y Dionisio de Halicarnaso, los eruditos anticuarios, el historiador Polibio, el geógrafo Estrabón, la filosofía judeo-helénica. Quedan restos de la poesía alejandrina. Aparecen los poetas sirios Antípatro Sidonio, el dudoso Filodemo, Meleagro.

Tal es el panorama que nos espera.

5. Visitaremos así un mundo palpitante de novedades y sorpresas, deslumbrado ante los ensanches que las conquistas alejandrinas han dado a la tierra y al espíritu; y, en el orden de la cultura, algo agobiado por el deber de ordenar y conservar la ponderosa herencia de Atenas. Por eso mismo, estos oficiales —que no ya creadores de la cultura— se ven en el caso de construir instrumentos. Ello les permitirá deslindar las técnicas propias de cada disciplina y descubrir poco a poco las leyes interiores que a cada una gobiernan.

Las nuevas necesidades solicitan, por otra parte, nuevas aplicaciones. Es grande la crisis. El hombre, caído de rodillas del Olimpo y del Estado, se ve entregado a sí mismo, y la filosofía nos lo muestra absorto en la introspección moral. La vida nos lo muestra arrastrado a buscar la utilización del pensamiento. De modo que por un doble proceso, teórico y práctico a la vez —teórico en cuanto es examen de conciencia para absorber metódica y cuidadosamente el pasado, práctico en cuanto acude a exigencias sociales nunca antes conocidas—, sobreviene una diferenciación fecunda: la ciencia, desligada ya de la filosofía, se desarrolla y derrama sobre la ingeniería y la industria; la matemática empuja sus dominios, cubre la geografía descriptiva con sus fórmulas, asciende a la astronomía; nace la nueva física, insignia de la civilización occidental; la medicina logra descubrimientos anatómicos e inaugura la disección; la historia

engendra tipos insólitos; la poesía se atreve con las emociones que le dicta la imprevista aventura humana; la crítica, aunque enredada de erudición y gramática, descubre su autonomía y prepara los métodos de la exégesis o ciencia de la literatura. A todo ello contribuye el hecho de que la época, por efecto de inmensa transformación histórica, considera ya la elaboración clásica que la precedió desde un punto de vista no clásico, desde otra orilla, con la objetividad de la distancia, desprendiendo así, en la literatura ateniense —tan tramada en la vida—, las puras especies culturales.

6. Ahora bien, la crítica es fenómeno condicionado. No se explica sin la literatura. Y aunque los críticos alejandrinos viven atentos al pasado, tampoco desoyen la actualidad, antes estudian e incorporan en sus cánones a los poetas de su tiempo, a quienes juzgan según las reglas que creen extraer de los modelos antiguos. Pero la literatura tampoco se explica fuera de su ambiente histórico y cultural. Además, la literatura no se escribe exclusivamente para los críticos, sino que llama a todas las puertas. De todos los puntos del horizonte llegan los rumores que permiten establecer las normas de estimación. Si esto es verdad para cualquier sociedad y cualquier tiempo, al punto que las obras especiales sobre historia de la crítica padecen por ceñirse a los puros autores profesionales —dura necesidad económica—, mucho más lo es para épocas y pueblos en que la profesión comienza a nacer, y sobre todo cuando la tendencia enciclopédica es predominante, como acontece en el mundo alejandrino. Los poetas a menudo son eruditos, los matemáticos cultivan a veces la historia, los ingenieros son filósofos. Tal enciclopedismo nos obligará desde luego a distribuir en distintos capítulos las referencias a un mismo autor, pues no queremos dar una lista de nombres, sino una revista de nociones. Y el deseo de hacer más comprensible la crítica situándola en su atmósfera viva nos obligará a tratar de todas las actividades que a la crítica rodean y acompañan. Nos pareció indispensable proceder con mayor elasticidad que en los cursos anteriores.

La época que nos ocupa no ha merecido nunca una atención especial a nuestras aulas, no podemos darla por conocida. Comenzaremos, pues, por un cuadro general de la cultura alejandrina, y a su debido tiempo abordaremos la crítica y las disciplinas literarias. La historia política de este periodo ha salido mejor librada en nuestras prácticas académicas, y es lícito referirse a ella sin volver a relatarla. En la experiencia de la filosofía, procuraremos destacar las proyecciones sobre la crítica, la fase menos conocida por ventura, y nunca perder de vista la referencia histórica. Las ciencias serán objeto de una reseña general, sin descender a sus problemas específicos, según corresponde a un estudio humanístico. Filosofía, historiografía, geografía y literatura serán contempladas más de cerca, porque más de cerca nos afectan. La crítica, finalmente, será aceptada tal como entonces se produjo, con su revoltura de erudición, retórica y gramática y sin esos remilgos de buen gusto contemporáneo que a la vez mutilan

y tuercen las perspectivas en algunos tratados por otros conceptos valiosísimos.

7. Dos facultades nos persiguen, la una interna y la otra externa. De un lado, la inmensidad del campo tradicional y del campo recién descubierto, el peso abrumador de la herencia y la intensidad de la sorpresa impuesta al espíritu, hacen que los alejandrinos resulten un poco inferiores a su empresa, por más que de sus laboratorios haya surgido esta humanidad que hoy somos. De otro lado, muchísimos autores alejandrinos se han perdido hasta de la memoria; sobre otros quedan referencias más o menos tardías, más o menos inseguras; de algunas obras sólo hay extractos y fragmentos, y ninguna prácticamente está completa. Como reconstruimos mediante la imaginación y a luz de sospechas lo que pudo ser la poesía de un personaje de novela sobre el cual simplemente se nos informa que escribía versos, como nos resignamos a ignorar el ensayo de Swann sobre la pintura de Vermeer de Delft, así nos vemos forzados a proceder para con los alejandrinos.[4]

8. Antes de acercarnos al afanoso rumor de estos panales tenemos que cruzar el tránsito que nos conduce de Atenas a Alejandría. Tenemos que embarcar en la nave de Demetrio Faléreo, antes que podamos exclamar con Carducci:

> Ecco, venimmo a salutarti, Egitto,
> noi figli d'Elle, con le cetre e l'aste.
> Tebe, dischiude le tue cento porte
> ad Alessandro.[5]

2. La expansión helenística

9. La Antigüedad clásica había destilado una quintaesencia del espíritu, encerrándola en una preciosa y diminuta redoma. Alejandro rompió la cápsula, y los concentrados aromas se difundieron. El Oriente empieza a respirarlos, y luego las legiones romanas los transportaban en la ráfaga de sus conquistas. ¿Cómo aconteció este derrame de Grecia hacia el Oriente que se llama helenismo? Representémonos la Grecia clásica tal como aparece en el siglo IV. Consta de seis porciones:

I. La principal —sur de la península balcánica— desde el Olimpo y los montes Acroceraunios hasta el Taigeto, amén de las islas adyacentes.

II. La baja Italia y Sicilia.

III. Litoral del Asia Menor e islas vecinas.

IV. Conjunto de posesiones helénicas diseminadas por las costas de Tracia, Macedonia e Iliria.

V. Posesiones en Marsella y las Galias.

VI. Posesiones en el África (Cirenaica, etcétera).

Todos los esfuerzos hechos para reducir a unidad política este semillero de

pueblos durante los dos siglos precedentes han resultado inútiles. No ha podido realizarse el ideal panhelénico de Gorgias e Isócrates. Las rivalidades entre hermanos preparan el camino de las futuras invasiones. Las grandes repúblicas han vivido disputándose la hegemonía: Atenas, Esparta, Tebas y aun Tesalia. Cuando el poder macedonio se levanta, el fruto está maduro para caer en la mano que lo codicia. Salvo matices étnicos, Macedonia es como una Grecia sin pulir. Filipo maniobra entre los helenos. Los derrota en Queronea. Los atrae con el señuelo de emancipar del yugo persa a los griegos asiáticos y tomar venganza contra Jerjes. Muere asesinado. Deja el cumplimiento de tales ofertas a su hijo Alejandro. Éste, aunque comienza por ocuparse en la unificación helénica bajo el mando macedónico, pronto convierte sus planes hacia el exterior: fortuna para el helenismo, desgracia para el viejo ideal panhelénico. Los destinos del mundo se decidieron cuando, después de la batalla de Iso, Alejandro rechazó los términos de paz de los persas, mientras el viejo Parmenio, leyendo la carta del rey Darío por sobre el hombro de su joven monarca, le aconsejaba inútilmente volver a Grecia.

La emigración griega rumbo a Oriente se produce entonces como efecto del reclutamiento militar. Continúa con los cortejos oficiales llamados a establecer las dinastías griegas en las tierras conquistadas. Aumenta con el aflujo de los buscadores de riqueza. Y al desarrollarse, bajo los Sucesores, aquellas nuevas y promisorias ciudades del Asia Menor, Siria, Egipto y las lejanas tierras de Oriente, la emigración se convierte en un verdadero río humano. La fundación de ciudades es la manera de helenizar a los pueblos. Tal es el sentido de la urbanización.

10. Primer consecuencia es el mestizaje étnico y espiritual. Se borran las fronteras entre griegos y bárbaros, hasta cierto punto. Comienzan a convivir gentes y pueblos que antes sólo se encontraban para pelear. La cultura helénica esparce sus beneficios y, a su turno, recibe la fertilización religiosa e imaginativa de la mente oriental. La Polis evoluciona hacia la Homónoia. La guerra misma, por ejemplo en cuanto el trato de prisioneros, se humaniza por instantes. Alejandro es lo bastante poderoso para ser, a veces, clemente. —¿Cómo deseas ser tratado? —pregunta a un monarca vencido. —Como rey —le contesta éste. Y la fama, testimonio cierto de la opinión, asegura que Alejandro manda devolverle sus dominios. La lengua griega encuentra un común denominador y acepta en el cauce ático aportaciones neojónicas. Tal es la *Koinée* o lengua universal que será hablada indistintamente por helenos, asiáticos y africanos. No es de asombrar, puesto que ya entre partos y armenios se representaban las tragedias de Eurípides. Evoluciona la sociedad. La mujer comienza a participar en la inteligencia de modo menos excepcional. Todo es, a la larga, igualamiento.

11. Para el estudioso de la economía, la Edad Alejandrina tiene también una

lección. Hay, en la vida helénica, un conflicto periódico. Se había producido ya en el siglo VIII. La superpoblación y la consiguiente falta de subsistencias empujan a la colonización. Los atenienses modifican sus estructuras cívicas para organizar la exportación de su comercio y dar mejor cabida a las clases mercantiles, evitando así una revolución inminente. El mismo sobresalto reaparece en el siglo IV, con perturbaciones y violencias: superpoblación, masas indigentes, concentración de la riqueza en pocas manos, escasa demanda de productos griegos en los mercados propios y extraños, decrecimiento general de la industria y el cambio comercial. La inestabilidad política ha interrumpido el tráfico entre el Ática y el Bósforo. Se hace difícil obtener cereales. Hasta se honra por decreto a uno que otro mercader cuando logra abaratarlos importándolos, por ejemplo, de Sicilia,

> de cuyas siempre fértiles espigas
> las provincias de Europa son hormigas.
> [Góngora, *Polifemo*.][6]

De momento, las expediciones de Alejandro empeoran la situación. La provisión de sus ejércitos todo se lo lleva. Pero, en definitiva, la apertura de nuevas plazas parece traer un alivio. No era otro el plan concebido por Isócrates para descargar la plétora humana y disolver los grupos de desheredados, prontos a embanderarse en cualquier aventura anárquica. Con Alejandro, el Oriente se acerca, ofrece sus ensanches a las apretadas poblaciones y una esperanza de rehacerse.

Por desgracia el alivio fue efímero para la Grecia continental. Primero, porque los estragos de las guerras entre los Sucesores obstruían la cómoda circulación. Segundo, porque la actividad de las nuevas ciudades griegas supera con mucho las posibilidades de la fatigada metrópoli, y aquéllas estaban mejor situadas para disfrutar de los contactos exóticos. La balanza entre la antigua y la nueva Grecia —está concentrada sobre todo en Siria y Egipto— no podía mantenerse por largo tiempo en tales condiciones. Y peor si a esto se añaden los disturbios internos de la antigua Grecia, siempre anhelosa de sacudir el yugo macedónico; los resurgimientos nacionalistas en el Asia y el Irán, que tanto debilitaron a los Seléucidas; las coaliciones de Grecia y Antioquía contra los Tolomeos, que por un instante amenazaron alzarse con el predominio político.

Para colmo, las monarquías menores empiezan a solicitar el apoyo de un poder naciente: Roma viene a ser el factor que modificará poco a poco la gravitación del mundo. Finalmente, Mitrídates se empeña en expulsar a Roma del Asia Menor. Grecia comparte la intentona y paga las consecuencias. Y luego, en su propio territorio dan en liquidarse las reyertas de los capitanes romanos. Lo que empezó siendo el protectorado romano asume un sesgo temeroso y feroz.

Este cúmulo de vicisitudes acaba por desnudar crudamente el eterno duelo entre el sistema helénico y el sistema oriental. Roma logra la unificación del mando, pero no la unificación económica, desequilibrio subyacente que

contribuirá un día a la desintegración de su imperio. Entretanto, camino del abismo histórico, los tres siglos de la Edad Alejandrina dejan su siembra.

12. Tarn y otros han aducido argumentos para demostrar que la unificación humana era el ideal de Alejandro, sueño que mil años antes había cruzado la mente del egipcio Icnatón.[7] Si el árbol no lo sabía, tales eran los frutos. Posible es que la conducta del conquistador obedeciera a las inmediatas inspiraciones de su estrategia, al deseo de agradar a sus nuevos súbditos, como cuando se vestía a la moda persa y adoptaba los usos persas. Posible es que obedeciera a sus pretensiones de príncipe advenedizo cuando terqueaba por incorporarse en las vetustas tradiciones de Oriente. En Egipto reclama la deificación en vida que se concedía a los Faraones. Los lacedemonios se encogían de hombros y exclamaban: —Si Alejandro quiere ser dios, que lo *sea*. Así, a lo largo de la historia, las grandezas rancias van abriendo la puerta ante los nuevos poderes. La República Romana aceptaba los matrimonios mixtos, y, en tiempos del Imperio, no faltan matronas que se casan con sus libertos. Las hijas de los Cruzados —"escudos compran escudos"— acceden a unirse con los ricos tejedores flamencos o con los banqueros hanseáticos. La aristocracia moderna busca alianzas con los capitanes de la industria. De parejo modo, Alejandro se desposa con Roxana, hija de un magnate bactriano, y recibe en su lecho a Estátira, hija del rey Darío, como Cortés recibe a Doña Marina. En el Asia Menor, se hace adoptar por la reina Ada. En el curso de sus expediciones, unos diez mil griegos se unieron con mujeres asiáticas.

13. Para aceptar a los bárbaros había que vencerlos antes. La universalidad helénica, por la voz del trágico, pone en boca de la madre de Jerjes palabras de igual encomio para las dos mujeres hermanas, la bárbara y la griega. Pero ello acontece al día siguiente de Salamina y en la euforia del triunfo. Si Platón, en su *Político* y hablando idealmente, concibe la unión de las dos familias, otra vez en cambio, considerando los conflictos actuales, declara a los bárbaros enemigos de los griegos por ley de naturaleza. Aristóteles calla con reproche ante la aventura oriental de su bravío discípulo. Era cosa nada filosófica, y él tenía mucha mayor confianza en las perfecciones de las pequeñas ciudades libres que no en aquel monstruoso imperio. Aconsejaba a Alejandro que fuera un guía para los helenos y un amo para los bárbaros, porque éstos no eran más que esclavos congénitos. La confusión entre el bárbaro y el no heleno —primariamente lingüística y al cabo estimativa— acusa el confinamiento psicológico de la Grecia clásica y produce a la larga el desmedro y la postración de la mentalidad helénica ante la civilización siríaca. De modo insospechado, la irrupción de Alejandro dentro de las murallas griegas perturba los últimos desarrollos posibles de la figura clásica e involuntariamente prepara su futura derrota. Plutarco hace decir a Alejandro que Dios es padre común de las criaturas, aunque escoja para sí las mejores. Arriano

refiere que, tras el motín de Opis, Alejandro oró por la fraternidad entre macedonios y persas. Siempre que no fuera imprudente, llamaba a los jefes bárbaros para el desempeño de los altos puestos y les otorgaba una confianza que ellos, en términos generales, defraudaron menos que los descendientes de la raza privilegiada. Contaba con los ejércitos que acababa de vencer y les encargaba operaciones. Ni por asomo le ocurrió hacer de su capital macedonia la capital del mundo. Mandaba reconstruir los templos nacionales. Respetaba las más veces los refugios sagrados. Concedió a Darío fastuosas honras fúnebres. Se iba de cacería con los señores locales, haciéndose su camarada. Colmaba de consideraciones a los sabios de los países que iba sometiendo. Se informaba de las buenas cosas de la tierra y adquiría ganados en la India para enviarlos a su patria. No sostenía a todo trance la preeminencia de los griegos y macedonios, antes urbanizaba a las naciones para un tránsito igual. Más de una ocasión despertó los celos de los suyos, cuya altivez castigaba admitiendo como parientes a millares de jóvenes bárbaros y mandándolos educar al modo macedonio. Su gente hasta lo acusaba de marearse con el triunfo y creerse divinidad bárbara.

Tal era este conquistador místico. Lástima que no podamos olvidar sus raptos de ferocidad y de sangre. De este príncipe griego y bárbaro, occidental y oriental, claro y misterioso, benigno y cruel; seguramente medio loco y no sólo a los ojos de su maestro Aristóteles; despilfarrador de humanidad y creador de pueblos; capaz de arrastrar a sus tropas en una manera de orgía militar sin objeto ni término definido, como por el gusto de las emociones maravillosas, a través de insospechadas regiones; que inventó con sus catapultas de sitio la espantosa técnica de las preparaciones de artillería, y luego lloraba de horror ante sus matanzas, se ha podido decir con razón que pertenecía a la familia de Napoleón y a la de Hamlet.

14. Por supuesto que la helenización no se logra de súbito, no aun en el suelo propicio de Alejandría. La cultura griega no desempeña ya aquí aquella función popular, aire que se respiraba en Atenas. Las letras alejandrinas lo resienten: serán cosa de minorías cultas, despedirán siempre un aroma de invernadero. A la literatura de la Polis sucede la literatura de aristocracias intelectuales, aunque estas aristocracias tengan un carácter cosmopolita. Los escritores de los distintos países están más cerca unos de otros, pero más lejos de sus respectivos connacionales. Cierto alambicamiento exquisito distingue a esta literatura, cierta fragilidad de cultivo exótico. Diodoro Sículo, que andaba por Alejandría en el siglo I, vio al populacho asesinar en la calle a un oficial romano que, por accidente, había matado a un gato, animal divino entre los antiguos egipcios: lo que prueba que tres siglos no bastaron para que la helenización bajara de las clases selectas hasta el fondo del pueblo.

15. Pero los accidentes del hibridismo no deben perturbarnos para reconocer el

bien que significó, en sí misma, la helenización más o menos cabal de aquellos pueblos. Está ya mandada retirar la concepción de la era helenística como una decadencia. Los griegos de entonces, en cuyas manos quedó el gobierno de las satrapías, pronto erigidas en reinos durante las dos décadas que siguieron a la muerte del conquistador, desarrollan una inmensa actividad en todos los órdenes de la vida, y responden de muchas novedades, fundamentales a veces, en el progreso político, social y económico del mundo antiguo.[8] En el campo de la cultura, todo hibridismo acaba en fecundidad, por mucho que de momento perturbe los hábitos establecidos. Es ley del espíritu. Más aún: es el destino de la vida. Polibio, que viajó por Alejandría en el siglo II, distingue tres grupos de población: el egipcio o indígena, el mercenario —numerosa masa militar de griegos y macedones sobre todo, que han comenzado a ser postergados por el monarca, aunque Polibio no estima esta causa de su oscurecimiento— y el propiamente alejandrino, producto de la mezcla, que considera sin ambages el mejor de todos. Es el tiempo en que los no helenos de las clases superiores procuran helenizar sus nombres, como para mejor incorporarse en la comunión griega.

3. Los centros menores de cultura

16. La partición del imperio alejandrino entre los Sucesores produjo tres grupos bien discernibles: las ciudades e islas griegas, las monarquías mayores y las monarquías menores. El antiguo mundo griego nos es ya conocido. Las monarquías mayores comprenden a Macedonia, Egipto, el Imperio Sirio. Las monarquías menores, a Pérgamo, Bitinia, el Ponto y Paflagonia, Galacia, los Estados-Ciudades del Euxino y el Bósforo. La cultura se hospeda, con diversa fortuna, en múltiples centros. Empecemos por los más humildes.

17. En Pela, capital de Macedonia, el rey Antígono Gonatás, educado en la filosofía de Megara y amigo de Zenón Estoico, se rodea de dos discípulos de éste, parece que llama junto a sí al poeta escéptico Timón de Flionte —el "silógrafo" de las célebres burlas—, y seguramente al comediógrafo Alejandro Etolo y al poeta astronómico Arato. Aun se asegura que fue el monarca quien sugirió a éste el asunto de su poema sobre *Los fenómenos*.

18. En Siria hay asamblea de sabios. Antíoco Sóter también tuvo como huésped a Arato. Antíoco el Magno construyó en Antioquía monumentos, teatro, circo y biblioteca, la cual puso bajo la dirección del poeta Euforión de Calcis, quien después será modelo para los latinos Tibulo, Propercio y Cornelio Galo, y a quien Virgilio menciona en una de sus églogas. El poeta Arquías, famoso cliente de Cicerón, recuerda a Antioquía con entusiasmo. El último Seléucida, Antíoco XIII, edificó nuevo museo y biblioteca. Siria fue el primer crisol en la mezcla

helénica y oriental. Bien pudimos clasificarla entre los centros mayores. Pero ya hemos dicho en otra ocasión que el estudio de la cultura seléucida padece por falta de documentos, y desaparece junto a la montaña documental de la cultura tolemaica.[9] Los esfuerzos de los Seléucidas para difundir el helenismo se manifiestan en su desmedido afán por transportar al Oriente el Olimpo griego. Antíoco IV hizo bautizar el Templo de Jerusalén y el de Garizim con los nombres de Zeus Olímpico y Zeus Hospitalario, respectivamente, y poco antes se había valido del judío converso Jasón para imponer los usos atléticos en la tierra de los profetas. Todo ello provocó la sublevación de los Macabeos y la extensión de los dominios judíos hasta Palestina y Fenicia. Pero estas empresas militares, que imitaban la organización y la estrategia helénicas, redundaron paradójicamente en la helenización y la pérdida del carácter nacional. Los mismos romanos continúan helenizando aquellas regiones. Los reyes judíos, que gozan de relativa independencia, son entonces helenizantes. Las ciudades propiamente griegas que un instante poseyeron se les van de las manos. A los comienzos de la Era Cristiana, Filón y Flavio Josefo escriben y piensan en griego. De Siria proceden ilustres poetas del último periodo alejandrino y, singularmente, muchos filósofos estoicos.

19. Siracusa, sobre todo bajo Hierón II, es centro de cultura. De ella proceden el mayor poeta y el mayor ingeniero de aquellos tiempos: Teócrito y Arquímedes.

20. Cilicia, Tarsos y Soli poseen escuelas de alguna celebridad, pero sólo frecuentadas por sus ciudadanos.

21. Cos, arrebatada a Antígona por Tolomeo Sóter, se mantiene como sucursal de Alejandría. Es centro de estudios médicos según la tradición de Hipócrates, su ilustre hijo, refugio para príncipes desterrados, y placentero y montañoso retiro para escritores de vacaciones. De allí procede el poeta y humanista Filetas, a quien luego encontramos en Alejandría como preceptor de lujo y que, vuelto a su tierra, preside una fraternidad literaria a la que parecen haber pertenecido Teócrito y Arato.

22. En cuanto a Nicena y Nicomedia, en Bitinia, sólo más tarde contribuyen a la cultura.

23. Rodas fue maestra en la organización económica y democrática. A ella acudió Cicerón en busca de disciplinas y prácticas oratorias que todavía sobrevivían en algunas zonas coloniales.[10] Igualmente acudirán a Rodas, entre otros, Marco Antonio, Julio César, Bruto y Casio. Rodas acogió al poeta de los Argonautas, Apolonio apellidado el Rodio, cuando éste quiso retirarse a aquella ciudad, como consecuencia de sus disputas con Calímaco en Alejandría. Dan lustre a su escuela retórica los nombres de Esquines y del ecléctico Molón, maestro y

embajador en Roma, por cuya enseñanza pasaron César y Cicerón. En Rodas trabajó el cronólogo Cástor, cuyas tablas van desde Nino el Asirio hasta la victoria de Pompeyo. Fue Rodas cuna del estoico Panecio, maestro de Posidonio, que a su vez lo será de Cicerón y Pompeyo, y también fue cuna del peripatético Andrónico. Entre los centros hasta aquí enumerados, sólo Siria puede superarla, y todavía Rodas lleva la ventaja de dejar mayores rastros en la cultura latina. Es posible que su derecho marítimo haya influido más tarde en la república de Venecia.

4. Atenas

24. La muerte de Demóstenes fija el punto en que declina el astro de Atenas. Tomados de la mano de Teofrasto, hemos paseado ya la ciudad degenerada en aldea y llena de chismorreos y supersticiones.[11] La ausencia de intereses públicos no encuentra allí, como en la Edad Media y el Oriente, la compensación de la fe religiosa. Ésta, escasa ya en el siglo V, va siendo sustituida durante el siguiente por las especulaciones filosóficas. Reaparecen en el pueblo acedas creencias y se inmiscuyen invenciones exóticas e inútiles terrores de que Epicuro se lamenta. Antífanes y Menandro escriben comedias sobre el supersticioso. Por reacción, las nuevas filosofías ahondan el sentido ético e investigan el valor de la creencia.

25. A pesar de sus notorios desmedros, la antigua capital del espíritu sigue siendo un centro de cultura. Desvanecido ya su sueño imperial, evoluciona hacia el tipo de distrito universitario. Su mismo alejamiento de la batalla política, la facilidad que ofrece a los estudios, la libertad teórica que allí se disfruta para la discusión filosófica y el cambio de ideas, atraen a muchos espíritus selectos. En Atenas, Filócoro compone su historia del Ática; Crátero colecciona y coordina los decretos de los archivos públicos; Apolodoro adelanta sus tratados de cronología y mitología; Timeo pasa sus últimos años; Polemón Viajero (el de Ilión) fija el centro de sus expediciones y trabajos. De modo general, teatro y filosofía siguen siendo cosa de Atenas. Entre los comediógrafos, sólo Filemón cambia a Atenas por Alejandría. Menandro, romántico y fiel, no la abandona. La filosofía no descansa. Griego y filósofo eran términos que se confundían. Los filósofos, perseguidos en el siglo V, son ahora solicitados por las cortes. Los señores macedonios, judíos, árabes, partos y bactrianos acuden a Atenas para educarse. Pila bautismal de las letras romanas, Quinto Metelo, Numídico, Antonio, Cicerón y su hermano Quinto, Bruto y Horacio buscan la consagración de sus aguas.

26. No todo es dulzura ni la época lo consentía. Entre las querellas de los Sucesores, el espíritu independiente de Atenas todavía tantea su destino, lucha y padece. La muerte del general Leóstenes arranca a Hipérides el último grito de la elocuencia helénica: —Nuestros héroes, dice, confiaron en que el valor era la

única fuerza y la bravura la única grandeza. —Durante el siglo III, Atenas se abstiene por algún tiempo de participar en las discordias y parece no temer ya injurias por parte de los macedonios. Durante el siglo siguiente, aunque sufre un ataque de Filipo V, vive en una relativa paz que se prolonga hasta el año 88. Aun el gobierno romano la exime, como a Esparta, de los impuestos. Pero sobreviene la guerra de Mitrídates en que Atenas se compromete contra Roma. Sila pasa sobre la ciudad venerable como una devastación, arrasa los jardines de la Academia y el Liceo y saquea los santuarios. El Pireo queda casi totalmente incendiado. Corrieron los ríos de sangre, dice Plutarco, por el mercado, el Cerámico y la Doble Puerta. Unos caían muertos y otros se suicidaban. Pronto los romanos convierten el suelo ateniense en escenario de sus contiendas civiles. La ciudad se ve afligida con difíciles prestaciones compulsorias. Por fin los primeros siglos de la Era Cristiana alumbran sobre ella como suave y lenta amanecida.[12]

27. Entre las calamidades se deja entrever, sin embargo, que la misma ruina política de Atenas la va erigiendo en sagrario de las tradiciones humanas, lugar de peregrinación y respeto, estímulo de la fantasía y la mente. La consagración de Atenas ha comenzado, bajo las cenizas de su imperio. Filipo, después de Queronea, devuelve a Atenas sus prisioneros. La presencia fantasmal de Atenas habita el espíritu de Alejandro, lo acompaña en sus remotas empresas, es prueba e ideal contraste de sus acciones. En plenas lejanías de Oriente, cuando logra atravesar el río Hidaspes, se le escapa una exclamación que lo enaltece: —Daos cuenta, atenienses, de todos los peligros que afronto para merecer vuestra alabanza. Tras de su primera victoria en Asia se apresura a mandar a Atenas trescientos escudos como trofeo. Le devuelve las estatuas de Harmodio y Aristogitón que Jerjes le había arrebatado. Y cuando la madre de Alejandro quiere agradecer a los dioses el restablecimiento de su hijo, lleva sus ofrendas hasta la Acrópolis de Atenas.

De entonces más los capitanes vencedores pretenden emular a los héroes homéricos, gustan de llamarse “filhelenos” y cubren sus mutuas disputas con el sumo pretexto de ser los “libertadores de Grecia”. Los Sucesores rivalizaban en el empeño de seducir a Atenas, no ya potencia temible, siendo dama hermosa y postrada. Aun el tiránico Casandro, dice Estrabón, dificultaba sus habituales métodos para tratar con Atenas. Siguiendo el ejemplo de Alejandro, Demetrio Poliorceta le ofrece una colección de armaduras. Antíoco IV, que derrochaba tesoros en embellecer las ciudades helénicas del Asia Menor y del Archipiélago, proveyó fondos para continuar el templo ateniense de Zeus, el cual, comenzado cuatro siglos antes por Pisístrato, sólo se terminará bajo Adriano, tres siglos más tarde; puso una gorgona de oro arriba del gran teatro; y cuando, al regreso de su cautiverio en Roma, fue recibido con título de ateniense honorario, su agradecimiento, aunque era de estirpe principesca, fue desbordante y jubiloso.

La consigna de adoración pasó de los macedonios a los romanos, no obstante el relámpago sangriento de las huestes de Sila. En los juegos Ístmicos de 196, Flaminio declara orgullosamente la independencia de todos los helenos.—Existe hoy un pueblo que, a pesar de sus pasadas glorias, nunca ha podido consolarse de no poseer la gracia, el encanto y las seducciones de otro pueblo contemporáneo, al que ultraja con su despecho. No así los antiguos conquistadores de Grecia, que parecían conscientes de su responsabilidad histórica. "La Ciudad coronada de violetas", cantada en los versos temblorosos de Eurípides, cobra desde los días mismos de su desastre, una sustancia inmortal y etérea. Pronto la vemos transfigurada en el modelo ideal para la interpretación del mundo y de la vida.

5. Alejandría y Pérgamo

28. Siete años antes de su muerte, en 330, Alejandro funda en la desembocadura del Nilo y sobre una poblacioncilla egipcia que vegetaba entre el canal del Faro y el lago Mareotis, la ciudad a la que lega su nombre. Las luchas entre los Sucesores, que tanto castigaron al Asia, la respetan hasta cierto punto, como reservándola para sus altos destinos. El comercio la escoge como propio cruce de las vías entre Oriente, Egipto, Grecia, el Mediterráneo. La naturaleza misma la resguarda. Aun los soplos marinos y las corrientes del Nilo se confabulan para ayudar a Tolomeo Sóter contra las flotas de Pérdicas y Antígonos, pues los mediterráneos navegaban sólo viento en popa, y la práctica de ceñir las brisas, orientando la vela, aparecerá más tarde con la gente del Norte. La ciudad se desenvuelve en términos nunca vistos hasta entonces, y acaso sólo imaginables para Platón, poeta del urbanismo. Pronto la población alejandrina se calcula en 800 000 almas, de que 300 000 son ciudadanos libres. El viajero contempla la urbe con arrobamiento. La luminaria erigida en la Isla del Faro, isla unida al puerto por un muelle, parecía incendiar los cielos. Sus luces se reflejaban en el lago vecino. Vastas avenidas de columnas conducían a los palacios y a los estupendos recintos en que se labraba la cultura. Fastuosa y pródiga, cuando en el siglo III de nuestra Era la visite el personaje de Aquiles Tacio, acercándose del lado del mar por la Puerta del Sol, entre la multitud que celebra las fiestas de Serapis, "¡Ojos míos —exclamará arrebatado—, estamos vencidos!"[13]

29. Durante los tres siglos que ocupa la dinastía de los quince Tolomeos y las seis Cleopatras, los hábitos, las instituciones, los dogmas se mezclan a la ventura, buscando una armonía posible. Las formas de la razón griega se estremecen al resuello oriental. Pero la lengua, la ciencia y el Estado se conservan prácticamente helénicos. El gobierno de los Tolomeos ni siquiera limita su acción al territorio egipcio. La luz del Faro se esparce a los contornos. El helenismo cunde hasta el negro corazón de Etiopía. En el siglo IV J.C., Sileo, rey de etíopes y

nubios, redacta en griego sus fastos militares.[14]

30. La cultura tolemaica tiene tres periodos:

I. Los tres primeros Tolomeos (Sóter, Filadelfo, Evergeta), 323 a 222.—Florece el humanismo, carácter fundamental de la época que estudiamos. Filetas, Zenodoto, Calímaco, Eratóstenes son a un tiempo humanistas, sabios y poetas. Pero la poesía no queda en penumbra, gracias a Calímaco, que —con Eurípides, Menandro, acaso Licofrón— representa el romanticismo anterior a la Era Cristiana; gracias también a Teócrito, aunque éste no fuera siempre residente de Alejandría.

II. De entonces hasta el acceso de Tolomeo Físico, año 146, y a la muerte de Aristarco el crítico, unos tres años más tarde.—Éste y Aristófanes Bizantino son ya filólogos profesionales sin veleidades de poetas. Aunque el propio Tolomeo Físico es dado a la crítica textual, se manifiesta poco amistoso para con los griegos de Alejandría y aun para el mismo Aristarco. Pone a los mercenarios bárbaros en condición de privilegio respecto a los helenos. Por estos días llega Polibio y se da cuenta, como hemos visto, de que existe ya una nueva clase, de arraigo nacional, más cultivada que las otras.

III. Último e indeciso periodo.—Los judíos helenizados, que tampoco se sienten ya muy afablemente tratados por el Tolomeo, van, sin embargo, llenando el hueco que dejan los griegos, los cuales han comenzado a desbandarse. Gramáticos, filósofos, matemáticos, músicos, pintores, educadores y médicos llevan a otra parte sus enseñanzas. Apolodoro Ateniense prefiere trabajar en Atenas y en Pérgamo; Dionisio el Tracio emigra a Rodas; y algo más tarde parece que Dídino se traslada a la metrópoli romana.

31. La gran Biblioteca, seguramente comenzada por Tolomeo I (Sóter) bajo la sugestión de Demetrio Faléreo, adquiere su organización definitiva con el hijo de Sóter, Tolomeo II (Filadelfo), el zoólogo, a quien se atribuye también la fundación del Museo. Este “gallinero de las Musas”, como le llama Timón de Flionte, se encontraba en el barrio de los nuevos palacios reales. Tenía galerías cubiertas, amplios corredores, estancias con asientos para las reuniones y conferencias públicas *(exedra)* y un gran comedor para la comunidad. Contaba con observatorios, jardines de aclimatación, salas de disección. La gente de casa disfrutaba de buenos estipendios anuales. Eran todos hombres de letras, investigadores y humanistas, catalogadores y amanuenses. Los estudiantes más bien concurrían a ciertas escuelas de medicina y matemática. Al Museo acuden, desde la primera hora, los filólogos judíos que comenzaron la traducción al griego de la ley de Moisés, luego completada en la Septuaginta. Aquello evocaba la Academia y el Liceo de Atenas, el thíasos o fraternidad platónica, el peripatos aristotélico. El jefe, de nombramiento oficial, era llamado Sacerdote de las

Musas. Los primeros directores de la Biblioteca fueron sucesivamente Zenodoto, Eratóstenes, Aristófanes de Bizancio y Aristarco, aunque algunos quieren colocar a Calímaco entre Zenodoto y Eratóstenes, y a Apolonio de Rodas entre Eratóstenes y Aristófanes. La biblioteca menor caía a la parte vieja de la ciudad y se reservaba a los documentos duplicados o más recientes. En tres siglos, los manuscritos custodiados en ambas bibliotecas aumentan de 200 000 a 700 000 volúmenes. Las vicisitudes, incendios y saqueos que después sufrieron las bibliotecas son historia algo confusa y legendaria. Lo cierto es que, todavía para el siglo VII J.C., cuando la conquista sarracena, Alejandría contaba con un tesoro apreciable.

32. Los Tolomeos no reparaban en medios para allegar tanta riqueza. Los barcos que entraban en el puerto sufrían la confiscación de cuantos volúmenes llevaran a bordo, los cuales eran rápidamente copiados, teniendo los propietarios que contentarse con las copias. Tolomeo Evergeta obtuvo de Atenas, por quince talentos, el texto de los tres grandes trágicos que Licurgo Ateniense había establecido. Lo hizo copiar, y luego devolvió a Atenas las copias. La prohibición para exportar el papiro contribuía a esta política de acaparamiento, que afectaba lo mismo a los hombres que a los manuscritos. Cuando el pergamense Eumenes II intentó llevarse consigo al director de la Biblioteca alejandrina, Aristófanes de Bizancio, entonces Tolomeo V (Epifanes), para mejor resguardar a su sabio contra las tentaciones, lo mandó encarcelar.

33. Tal es el objeto, veamos su imagen refleja. Tal es Alejandría, hablemos de Pérgamo. Cierta inquietud aventurera, cierto espíritu ambicioso distingue a Pérgamo desde los orígenes de su historia. Se constituye en Estado mediante un fraude de Filetero, quien dispone para sus fines propios de los 9 000 talentos que Lisímaco, rey de Tracia, había confiado a su custodia. Así se crea la monarquía de los Atálidas, que no dura más de siglo y medio y se extingue cuando Atalo III, a su muerte, traspasa su Estado en herencia a Roma. Entretanto, baluarte contra gálatas y pieza movible en el tablero, Pérgamo se mantiene jugando las desavenencias de Seléucidas, macedonios y romanos, y logra imponerse sobre el Asia Menor. Su economía se funda en el trabajo textil de los esclavos. A veces se muestra algo tiránica. Y se esfuerza por imitar la urbanización de Alejandría. Queriendo emular su cultura, le hace segunda en el concierto.

34. La Biblioteca de Pérgamo es conocida desde principios del siglo II, aunque probablemente comenzó a juntarla, en el siglo anterior, Eumenes I. Éste protegió a Arcesilao, primer presidente de la Academia Media de Atenas y autor de epigramas en honor de Atalo I; y logró atraer al peripatético Licón. Atalo I, tras de reafirmar su corona rechazando la invasión gálata, conmemoró sus pequeñas victorias con una magnífica colección de esculturas en bronce. El *Galo moribundo* del Museo Capitolino, que todos conocen, es copia en mármol de una

de aquellas esculturas. Atalo I fue también escritor. De él se cita cierta descripción del pino de Tróada. Uno de sus escultores es Antígono de Caristo, también historiador de las artes, a quien suele confundirse con su homónimo, el autor de vidas de filósofos y ensayos sobre la naturaleza. Sean o no una misma persona, el escultor y tratadista de arte es el primer literato que encontramos en Pérgamo. Atalo I quiso también atraer a Lácidas, sucesor de Arcesilao en la Academia, pero Lácidas contestó que "las pinturas se aprecian mejor desde lejos". Eumenes II siguió fomentando la Biblioteca: construyó monumentos como el gran sagrario de Zeus, cercano al teatro, y mandó erigir estatuas de poetas e historiadores. En el siglo XV J.C. se admiraba todavía cierta lápida con inscripciones consagradas al recuerdo de Safo. Apolodoro Ateniense, estoico y cronólogo que representa un vínculo más o menos involuntario entre las dos ciudades rivales y, como hemos visto, pertenece a la diáspora helénica de la última fase alejandrina, fue acogido en Pérgamo por Atalo II. Atalo III fue rudo y sanguinario, aunque mereció elogios, acaso interesados, de aquel venenoso Nicandro, poeta de los tóxicos a quien Ovidio imitará en las *Metamorfosis*. El monarca se entretenía también cultivando plantas dañinas, al gusto de su poeta de corte, y modelando en cera, por seguir de algún modo, aunque ya no en bronce, las grandes tradiciones de Pérgamo.

35. Pérgamo, que, como dijimos, pretendió sustraer de Alejandría a uno de sus más ilustres bibliotecarios y consiguió sonsacar a Apolodoro Ateniense, disputa a la ciudad rival los fueros de la cultura, los maestros como los libros.[15] Pues que se le veda el uso del papiro, hace sus copias en el material que lleva su nombre, en pergamino. Si Alejandría se inclina al conocimiento exacto y a las depuraciones textuales, Pérgamo prefiere las libres interpretaciones, por desgracia muy alegóricas y con frecuencia harto quiméricas. Si Alejandría se consagra preferentemente a la crítica de la cultura verbal, Pérgamo extiende su crítica a una variedad de disciplinas: historia del arte con Antígono Caristeo; viajes y epigrafía con Polemón de Ilión o Periegeta; topografía con Demetrio de Escepsis; cronología con Apolodoro Ateniense, que dedicó su obra al monarca de Pérgamo; filosofía estoica, gramática y literatura con Crates de Malo. Aun en las cuestiones gramaticales se revela la enemistad: si el alejandrino Aristarco es analogista, el pergamense Crates es anomalista, como veremos al estudiar la gramática de los estoicos. Los Atálidas tenían buen cuidado de halagar a Atenas y a Roma, no sólo con presentes y monumentos conmemorativos: también con investigaciones filológicas intencionadas, sobre todo cuando de paso podían dejar a Alejandría en postura desventajosa. Mientras Aristófanes de Bizancio, el alejandrino, objetaba la autenticidad de los pasajes homéricos que contienen la profecía sobre Eneas, la escuela de Pérgamo apoya decididamente la leyenda del troyano convertido en héroe epónimo de Roma. Polemón de Ilión, por su parte, pretende desacreditar las informaciones del alejandrino Eratóstenes sobre

antigüedades atenienses, advirtiendo que Eratóstenes ni siquiera conoce los países áticos.

36. El ingenioso celo que despliegan las ciudades helenísticas por arrebatarse los fragmentos de la antigua sabiduría y heredar las insignias de la cultura ateniense es uno de los espectáculos más característicos de esta época singular, *enorme y delicada*.[16] Pero el sitio de honor corresponde de pleno derecho a Alejandría, capital de la cultura helenística. Por los solos títulos de la cultura, por la prosapia del espíritu y no por derecho de imperio político —imperio que Alejandría nunca pudo definitivamente edificar en el mundo mediterráneo—, sus hijos no se consolarán fácilmente de que Roma les haya arrebatado el fruto de su destino manifiesto. Contra ella conservan un resentimiento inaplacable, y Roma a su vez castiga con mano dura las tentaciones levantiscas y la sorda resistencia de la que era segunda capital entre sus dominios. El resultado es, como siempre, aquella injusta descarga de la cólera sobre el más débil, y las matanzas de hebreos en Alejandría, por más que entre los patriotas alejandrinos había seguramente buena mezcla de sangre hebrea.—A veces la mente se complace en enderezar con la imaginación el curso de la historia. Soñemos un poco: —¿Qué hubiera sido del mundo si, en vez de vencer Octavio la batalla de Accio, la vencen Antonio y Cleopatra, y el nuevo imperio, en directa tradición helenística, queda gobernado desde Alejandría, cuyo carro de victoria arrastrase a Roma en el séquito de sus provincias?

HOMERO EN CUERNAVACA*
[1948-1951]

ESTE RECREO en varias voces —prosaico, burlesco y sentimental—, ocio o entretenimiento al margen de la *Ilíada*, se dedica a la buena memoria del sabio, inolvidable amigo y probo sacerdote Gabriel Méndez Plancarte, honra y luto de nuestras letras, desaparecido ha poco en plena labor.

Los quince sonetos escritos entre septiembre y noviembre de 1948, y generosamente acogidos por la revista *Ábside*, aparecen hoy muy retocados. Al corregirlos recientemente (abril y mayo de 1951), se me fueron ocurriendo los otros quince. El orden en que los presento obedece a consideraciones muy largas de explicar y hallo más fácil admitir que es caprichoso.

México, 17 de mayo de 1951
A. R.

Je veux lire en trois jours l'Iliade d'Homère.
RONSARD

I

¡A CUERNAVACA!

1

A Cuernavaca voy, dulce retiro,
cuando, por veleidad o desaliento,
cedo al afán de interrumpir el cuento
y dar a mi relato algún respiro.

A Cuernavaca voy, que sólo aspiro
a disfrutar sus auras un momento:
pausa de libertad y esparcimiento
a la breve distancia de un suspiro.

Ni campo ni ciudad, cima ni hondura;
beata soledad, quietud que aplaca
o mansa compañía sin hartura.
Tibieza vegetal donde se hamaca
el ser en filosófica mesura...
¡A Cuernavaca voy, a Cuernavaca!

2

No sé si con mi ánimo lo inspiro
o si el reposo se me da de intento.

Sea realidad o fingimiento,
¿a qué me lo pregunto, a qué deliro?

Básteme ya saber, dulce retiro,
que solazas mis sienes con tu aliento:
pausa de libertad y esparcimiento
a la breve distancia de un suspiro.

El sosiego y la luz el alma apura
como vino cordial; trina la urraca
y el laurel de los pájaros murmura;

vuela una nube; un astro se destaca,
y el tiempo mismo se suspende y dura…
¡A Cuernavaca voy, a Cuernavaca!

Homero

De cara a los volcanes, hoy prefiero,
pues la ambición y la ignorancia igualo,
deletrear las páginas de Homero,
que me acompaña para mi regalo.

Ensayo, me intimido, persevero,
aquí tropiezo y más allá resbalo:
otro volcán viviente y verdadero,
otro fastigio y otra cumbre escalo.

Pronto el cielo se opaca y estremece,
y el aguacero se desencadena.
Septiembre ruge, la nubada crece,
y cada vez que el horizonte truena,
la soberbia de Aquiles resplandece
y el viento gime con la voz de Helena.

Galope de la "Ilíada"

Tesalia, Pilos, Élide, Sición, Laconia, Creta
—yeguadas conocidas de larga tradición—,
sus ágiles corceles brindaron al poeta
para atronar los llanos de la ventosa Ilión.

Hay brutos de crianza divina o de secreta
generación olímpica, y a los del Pelión
el Céfiro y la Arpía dieron su sangre inquieta
y gozan un instante de habla y de razón.

Entre el cielo y la tierra cruzan los Inmortales,
las bridas sacudiendo de oro y marfil trenzadas.
Dioses, demonios, númenes, humanos y animales;

nubes, olas y piedras y árboles; y espadas,
picas, flechas y carros, arneses y metales
cabalgan un océano de sílabas rizadas.

Tregua espontánea

¡Insólita quietud en la troyana tierra!
Bajo su toldo, Aquiles olvida sus pasiones;
se oye temblar la lira, se escuchan sus canciones;
y un hálito de paz adormece la guerra.

El tumbo de las olas por el espacio yerra.
Con discos y venablos juegan los mirmidones
en los embarcaderos; y pacen los bridones
loto y palustre apio traídos de la sierra.

Yacen las negras flotas en muda formación.
De una y otra hoguera suben las humaradas,
y lejos se divisan las murallas de Ilión.

Desata sus sandalias ocioso Agamemnón,
y revista Odiseo sus naves embreadas,
únicas que lucían proas de bermellón.

Los exégetas

1

No juzguéis que el arguto alejandrino,
partiendo en dos a Homero, como al santo,
fue tan impío ni ha pecado tanto
como peca el moderno desatino.

Que el Janto absorba y beba en su camino
tal afluente, y se revuelva el manto,
¿en qué perturba la unidad del Janto,
en qué lo deja menos cristalino?

Ha muchos siglos maduró la yema,
enfriada la masa temblorosa
hasta cuajar en su virtud extrema.

Duerma el embrión su vida penumbrosa:
no importa el balbuceo, sí el poema;
no la oculta raíz, sino la rosa.

2

De modo que la *Ilíada*, según Monsieur Mireaux,
es la occisión del amo, que en otro tiempo fue
un rito riguroso, y al cabo se atenuó
en despeñar a un *fármakos* o darle un puntapié.

¿Acaso, en vez de Aquiles, Patroclo no murió?
¡Pues ya están explicados la causa y el porqué!
Y añado por mi cuenta: Tersites padeció
a nombre de la tropa, según claro se ve.

"… Muchacho, no te encumbres, que toda afectación
es mala", y el sensato la juzga con desdén.
También a Don Quijote le han hecho sinrazón

buscándole mil trazas, y yo puedo también
probar que este soneto nace de la intención
de abatir a un coloso hiriéndolo en la sien.

MATERIALISMO HISTÓRICO

Si al Occidente se buscó el estaño
o bien por Anatolia y el Euxino,
las tribus espaderas del camino
tienen por fuerza que buscarse daño.

¿Hoy el pirata, y el bribón antaño?
¿Helena hoy, si ayer el Vellocino?
¡Ladronerías que, olvidado el tino,

dan en poemas como por engaño!

Cuatro términos hay: Ilión y Esqueria
aduanas son de la explorada vía;
mercado es Tracia, y el Egipto es feria.

Mas queda otro sendero todavía
que purga la codicia y la miseria:
la ruta vertical, la poesía.

Genealogías troyanas

Zeus lo engendró, lo hubo alguna de las Pléyades:
tal es la dignidad de Dárdano el epónimo.
Su vástago, Erictonio, en Dardania fue rey — a — despecho
de quien lo toma por su ateniense homónimo.

Su hijo Tros, el padre de Ilo, impuso ley — a — desperdigadas
comarcas de aquel lugar anónimo;
y de Tros y de Ilo heredó la epopeya — después
los nombres de "iliano" y "troyano" el sinónimo.

Ilo tuvo, entre otros, un nieto ilustre: Príamo,
viejo rey de la *Ilíada*, decente aunque polígamo.
Crió cincuenta príncipes; mas Paris, mala pécora,

le salió mujeriego y vano y sin escrúpulo…
—Puedo seguir; no sigo: me canso del esdrújulo
y, cerrando los párpados, dejo caer la péñola.

Entreacto:

A una Afrodita núbil

Afrodita de oro, renacida
para desazonar los corazones,
diosa precoz que brotas a la vida
entre sospechas y adivinaciones;

que a toda garatusa desmedida
el gesto huraño y la reserva opones,
y niñeando y como distraída

sabes amedrentar a los fisgones:

A quien ya no presume de galano
y empieza a descender el precipicio,
otórgale la prez del veterano

que con razón rehusas al novicio:
déjame que te tome de la mano
mientras con la mirada te acaricio.

II

De Agamemnón

¿Quieres decirme, Agamemnón, qué saca
de tanta terquedad el mundo aqueo?

Pues a mí no me cuentes que es la jaca
de Aquiles Pelión tu solo empleo.

Pero es verdad que si, en el toma y daca,
te desquitas más bien con Odiseo
—"hombre de mundo"—, a esta hora yo no leo
las páginas de Homero en Cuernavaca.

Tú te empeñaste en exigir por eso
que, para compensarte de Criseida,
el intocable Aquiles pierda el seso.

Porque al fin lo de menos es Briseida,
con tal que, de un exceso en otro exceso,
la *Ilíada* se fragüe —¡y aun la *Eneida!*

Menelao y la sombra

¡Qué torpe Menelao cuando hasta Ilión venía,
mezclando a tantos pueblos en una culpa ajena,
si es cierto que en Egipto lo esperaba su Helena,
si Estesícoro acierta, si Homero desvaría!

Suspéndase el dictamen; importa todavía
esclarecer los cargos antes de la condena:

a veces una historia se traslada de escena,
y la verdad consiente bostezos de ironía.

¿Es una sombra el lauro de tamañas peleas?
¿Helena es sólo un grito, Helena es sólo un eco?
Pues, en torno al presunto simulacro de Eneas,

¿no combaten las huestes, ludibrios de un muñeco?
Y tú, lector, ¿no acudes, por muy sutil que seas,
en pos de una esperanza o de un embeleco?

DICE HERA:

—¡Corre, Atenea, que se va la gente!
¡Que se nos quiere ir la gente aquea!
¡Cosas de Agamemnón! ¡Corre, Atenea,
que se acaba el poema de repente!

¡Cosas de Agamemnón el imprudente,
que se desboca y luego titubea!
¡Mira tú que incitar a la pelea
haciendo lamentar la patria ausente!

Este Segundo Canto sin salida
amenaza dejar solo al teatro.
Homero suda. ¡Ayúdalo, querida,

por las barbas del Zeus que idolatro!
¡Dile a Odiseo que, si no se cuida,
no llegamos al Canto Veinticuatro!

PARIS

Paris gandul: la nube que te arropa,
si la diosa te nos escamotea,
me alegraré que como esponja sea
y que te haya dejado hecho una sopa.

Irrumpes con dos lanzas por la tropa,
creces al acercarte a la pelea,
ya llenas todo el campo... Y no se crea
que llenas de pavor a quien te topa.

Guerrero de opereta y de chiripa,
tu alegórico bulto se disipa
en cuanto te columbra Menelao.

Muchos hay como tú que obran portentos
a la hora del baño y los ungüentos,
y al combatir son aire y humo y vaho.

De Helena

—Helena: soy tu ciego enamorado
y a confesarlo sin rubor me atrevo,
pues te descubro en cada rostro nuevo,
a poco que merezca mi cuidado.

Me río yo del pobre porfiado
que investiga si Leda puso un huevo:
yo, para bien o mal, mi sed abrevo
en el presente y nunca en el pasado.

El amor no conoce más victoria
que disfrutar la dicha transitoria,
¡y arda Troya después, no lo deploro!

—Tal presumía un escolar jumento
y, dislocando todo su argumento,
soltó un rebuzno que paró en un lloro.

Paris-Alejandro

Ante Helena

—Helena que hoy te muestras tan esquiva
y que solías serme tan devota:
acepto humildemente la derrota
a trueque de tu mano compasiva…

Quiero que guardes y alimentes viva
la luz de aquella Cránae remota
donde, por gracia de la Chiprïota,
siendo mi reina fuiste mi cautiva…

Recuerda nuestro amor; el ceño deja,
desoye la malicia y la conseja,
y a media voz repite que me amas…

(Y al abrazarla, vislumbró Alejandro
en los ojos de Helena, el Escamandro
rojo de sangre y encendido en llamas.)

Llanto de Briseida

Dice Briseida más o menos: —¡Ay
Patroclo que a deshora sucumbiste!
Soy sin ti como ave sin alpiste,
carro sin rienda, mástil sin estay.

En tanta confusión y guirigay,
tú mi refugio y mi sustento fuiste,
y el único en dolerte de la triste
que tiene que vivir de lo que hay.

Mi dueño el otro, tú mi confidente,
comprendías que soy viuda en resaca
y que, para mi bien, más conveniente

que mover tanto ruido y alharaca
es que Aquiles hiciera lo decente,
casándose conmigo en Cuernavaca.

Hera

Iniquidad profunda en que todo reposa,
espíritu del tiempo, reina del torbellino,
sañuda, inexorable, inmensa y procelosa,
menos adicta al Crónida que fiel al destino;

a veces, irritable como engañada esposa
y artera en sus astucias contra el varón divino,
nadie puede implorarla como a cualquiera diosa
que diariamente hallamos a vuelta del camino.

De Hera se nos dice que ríe con los labios,
pero no con los ojos,[1] y aseguran los sabios

que la risa es la propia salud del corazón.

¡Quién sabe los secretos de esta deidad vetusta
que vino de las sombras y que tal vez ajusta
nuestras razones frágiles a la eterna razón!

Héctor

Bizarro es Héctor, aunque no gigante,
pero nos embelesa y nos imana,
pues, bajo la altivez de su semblante,
su abnegación es casi cristïana.

No supera en la lid al rudo Ayante,
si lo derrota en pulidez urbana;
no triunfa de Patroclo, que el triunfante
ha sido Apolo, y sin razón se ufana.

En Glauco, en Sarpedón, mejor se aprecia
al capitán, y lo aventaja Aquiles,
sólo cruel por serlo entonces Grecia.

Mas canta, diosa, y a los pueblos díles
que contra Héctor la censura es necia
medida con sus prendas varoniles.

Al acabar la "Ilíada"

Desengañado Aquiles, sólo a la muerte aspira.
Su madre acecha, atónita, la hora malhadada
en que habrá de ceder sus restos a la pira;
padre, hijo y esposa son grey abandonada.

No queda quien comparta su duelo ni su ira:
su dulce sierva llora, mas llora al camarada;
Atrida es falso, esquivo Ayante, y mal velada
la sorda emulación que Diomedes transpira.

Último caballero de la virtud antigua,
le deja la venganza una embriaguez ambigua,
y sólo de la tumba espera la piedad.

Ya le acude la gloria con los brazos abiertos,
único amor que templa, como un sol de los muertos,
su frío desamparo, su arisca soledad.

III

UNA METÁFORA

"Las cigarras de voz de lirio", dice Homero…
Le pesa al preceptista, le duele al traductor.
La audacia del poético y voluntario error
de escolios y de notas ha juntado un rimero.

Algo hay en Apolonio que es del mismo acero,
y algo en el viejo Hesíodo que tiene igual sabor.
No creo que se pueda decir nada mejor,
y juzgue cada uno lo que dicte su fuero.

¿Pues no ha osado un moderno hablarnos del clamor
rojo de los clarines, y no es valedero
si otro habla del negro redoble del tambor?

Transporte sensorial, Vocales de color,
Sinestesia —perdónese el terminajo huero—,
Suprarrealidad, Cantos de Maldoror…
¡Se asusta el avispero!
Mientras zozobra el crítico, digamos con valor:
—¡Bravo por "las cigarras de voz de lirio", Homero!

TERSITES

(Y Alarcón)

Al buen Tersites yo lo conocía…
Como nuestro Alarcón era de feo,
salvo que éste supo dar empleo
a su corcova y su melancolía,

y el otro no, por esa lengua impía
que le ganó el famoso zarandeo:
¡como que hizo Alarcón lo que Odiseo,
en todas las comedias que escribía!

Yo quebranté una vez con mi ganzúa
el pecho de Alarcón. Su voz fluctúa
del ay grosero al refinado eheu,

y en el dolor se templa y se acentúa.—
Pedro Henríquez Ureña lo insinúa,
Castro Leal también, y Ermilo Abreu.

Reflexión de Néstor

Intentaré vestirlo en un soneto,
aunque sospecho que lo deterioro,
y me pregunto para mi coleto
si no resultará como incoloro:

Nuestro Alarcón, el sufridor discreto,
cuya frecuentación es un tesoro
por su trato sencillo y su decoro,
su tono conversable y su respeto,

piensa que "Dios no lo da todo a uno";
y he aquí que Néstor, elocuente anciano
—gárrulo, pero nunca inoportuno—,
sus años llora y sus vicisitudes,
y exclama, casi como el mexicano:
"Los dioses no dan juntas las virtudes".[2]

Instante de Glauco y Diomedes

Una palabra, un claro pensamiento
detuvo el mal, "como la miel del higo
cuaja la leche",[3] y arrastró consigo
la odiosa fiebre y el fragor sediento:

una palabra a cuyo encantamiento
se reconoce amigo el enemigo.
Y era el cielo de Tróade testigo,
y la palabra se llevaba el viento.

Sombra somos delgada y desvaída;
muy antes que Manrique lo dijera,

lo dijo Glauco y lo escuchó el Tidida:

Que somos la verdura de la era,
marchitas hojas que la fronda olvida
a cada turno de la primavera.[4]

Filosofía de Helena

Cuando me orillo a contemplar la fuente
que salta entre parleros borbollones,
no entiendo al mago que gritó: ¡"Detente"!,
ni al loco que le dicta condiciones.

¿Si será que se vive solamente
para ver alejarse las pasiones,
y acaso la memoria diligente
es la más justa de las mediciones?

Corre la sangre su fangosa vena,
y sólo en el recuerdo se depura
y decanta su linfa y la serena.
Y el luto y el afán y la amargura
apenas sirven, como siente Helena,
"para ilustrar la fábula futura".[5]

La verdad de Aquiles

Si me preguntas lo que yo más quiero,
te diré que se muda con el día
y que lo va llevando el minutero
y el curso de las horas lo desvía.

No es inconstancia, no: la suma espero,
el desenvolvimiento y la armonía
que prestan intención al derrotero
en una espiritual geometría.

Mas si preguntas lo que yo aborrezco,
en una sola frase te lo ofrezco
que recogí en los labios del Pelida:

"pensar y hablar dos cosas diferentes",[6]
miedo del mundo, engaño de las gentes,
menoscabo del arte y de la vida.

Casandra

En torno a las imágenes de Homero
siempre se conformó mi fantasía.
Era yo niño aún, era el primero
de mis arrojos en la poesía;

cuando, borrada y diáfana, al postrero
latido que la tarde difundía,
Casandra vino a mí. Blanco y severo
y rozagante manto la envolvía.

Mirome sin hablar; pero en sus ojos
de fatal inquietud, yo adivinaba
piedad y espanto. Yo caí de hinojos,
yo no sé más. Sentí que me besaba.
Cantó el viento —y sonaron los manojos
de flechas agitándose en su aljaba.

De mi padre

De Alejandro y de César y de otros capitanes
ilustres por las armas y, a veces, la prudencia,
yo encontraba en mi padre como una vaga herencia,
aliento desprendido de aquellos huracanes.

Un tiempo al Mío Cid consagré mis afanes
para volcar en prosa sus versos y su esencia:
la sombra de mi padre, rondadora presencia,
era Rodrigo en bulto, palabras y ademanes.

Navegando la *Ilíada*, hoy otra vez lo veo:
de cóleras y audacias —Aquiles y Odiseo—
imperativamente su forma se apodera.

Por él viví muy cerca del ruido del combate,
y, al evocar hazañas, es fuerza que retrate
mi mente las imágenes de su virtud guerrera.

DE MI PARÁFRASIS

1

No está en las letras cuanto yo adivino
del duelo del troyano y del aqueo,
ni sólo en el poema peregrino,
ni en lo que cautamente escribo y leo.

A sobresaltos de la sangre, atino
con el oculto parangón, y husmeo,
no las palabras disecadas, sino
el tufo de la guerra y del saqueo.

Por gracia o maldición —otro lo acierte—,
un patrimonio traigo en la memoria
de valentía y de dolor y muerte.

Gritos y llantos, pánico y victoria,
todo lo tuve junto a mí, de suerte
que todo es sentimiento más que historia.

2

Oí clamar a Andrómaca privada del esposo,
oí la imploración de Hécuba en la torre,
y he visto al viejo Príamo, nocturno y tembloroso,
que cruza el campamento y al hijo muerto acorre.

Llorar ajenas lágrimas fuera un afán ocioso
si abunda el propio llanto que tal engaño ahorre,
y el relato hago mío sin miedo a lo que oso
para que viva en mí y nunca se me borre.

A siglos de distancia la sangre es siempre una,
e igual es la congoja e igual es el contento.
Oh tierra que me diste la norma con la cuna:

A tu regazo —prenda de mi consentimiento—
de mis pacientes números confío la fortuna,
pues hallo que recogen tus quejas y tu acento.

Lingua, sile; non est ultra narrabile quidquam.

Ov., *Ep.*, 2, 61

HISTORIA

MI IDEA DE LA HISTORIA*

SEÑORES y maestros de la Historia: Soy un convidado inoportuno. Poco avezado a las disciplinas en que os habéis enaltecido, traigo hasta los claustros el aire de la calle, y sólo me anima a comparecer ante vosotros el deseo de saludar a nuestros ilustres huéspedes en mi tierra natal. Nos honra y complace singularmente —no sólo a los hijos de esta ciudad, sino a todos los mexicanos— la presencia de los sabios amigos, mensajeros de la inteligencia y de la justicia histórica, cuya visita viene a sellar con autoridad superior el desarrollo de los sentimientos amistosos que cada vez nos enlazan con mejor armonía, mitigando el ardor de viejas cicatrices, felizmente ensalmadas así al término de cien años cumplidos. Las sombras que ayer vagaban iracundas por la vieja Tenería, genios tutelares de nuestra *Polis*, hoy sonríen a vuestra llegada. Y el Cerro del Obispado —testigo insobornable— puede hoy contemplar serenamente la fiesta de la concordia y del saber. Aquí, junto al vino de la paz con que soñaban los capitanes homéricos, se conciertan hoy pactos de trabajo y colaboración, como corresponde al verdadero espíritu del Continente Americano y a las definitivas esperanzas del mundo.

Un eminente amigo, el doctor Lewis Hanke —a quien resulta muy difícil negarle nada—, me ha comprometido a exponer "mi idea de la Historia". ¿Mi idea de la Historia? ¡Qué presunción, qué disparate, si ya el autor del *Fausto*, tan recordado por estos días con motivo de su segundo centenario, nos dijo que nada es nuestro en propiedad exclusiva, que vivimos sobre el patrimonio común, y que cada hombre es una confluencia provisional entre las corrientes humanas, una intersección pasajera, a la cual, por economía del discurso, se asigna un nombre propio! Voy a defraudar al doctor Hanke, voy a defraudaros, señores: mi idea de la Historia no es mía; me la prestó el buen sentido, que aunque no tan profusamente derramado como lo pretendía el *Discurso del método*, ni lo he inventado yo, ni tampoco es privilegio de unos cuantos afortunados.

Estuve, pues, a punto de contestar al doctor Hanke: —Por lo menos, hay algo mío en mi idea de la Historia, en la Historia de que yo tengo idea, aunque ésa es otra historia, ya con minúscula y no mayúscula. Y ello es que la Historia, para mí, nació precisamente aquí, en Monterrey, hará cosa de sesenta años —cuando mi yo etéreo "aterrizó" frente a la Plazuela de Bolívar. Verdad es que mi mente tardó algún tiempo en advertir que hubiera un pasado y una continuidad más o menos perceptible en las vicisitudes de este ser multánime y desplegado en tiempo y espacio que llamamos la humanidad; verdad es que mi espejo tardó algunos días, meses, años, en limpiarse para reflejar la existencia, o en empañarse y enturbiarse tal vez con los vahos de la realidad, que eso es todavía otro punto muy discutible en alta doctrina platónica. Luego, antes del clásico chillido con

que contesté al cachete de Lucina ¿no existía la Historia? Me aseguraron que sí existía, y yo lo creí, por argumento de autoridad primero, y después, por argumento de analogía. Y en irlo descubriendo paulatinamente se encierra mi historia personal. Y pues los "hombres viejos" —los padres de la Historia de que habla Don Alfonso el Sabio— solían repetirme que las buenas cosas del tiempo ido se habían acabado para siempre, quise convencerme por mí mismo; y pues a veces el pasado me parecía mejor y otras peor que el presente, pero siempre me deleitaba, acabé por reducirme a la justa fórmula del poeta Jorge Manrique, quien —a la muerte del comendador su padre— suspiraba y decía:

> ... cómo, *a nuestro parecer*
> cualquiera tiempo pasado
> fue mejor.

"A nuestro parecer": estas tres preciosas palabras me iniciaron en la noción del inevitable y necesario subjetivismo que empapa, como humedad vital, todas las interpretaciones históricas. Y el hecho de que el pasado, aunque fuera a veces malo en sí mismo, nos pareciera en algún modo mejor que el presente, por sólo ser pasado —es decir, cosa desligada de las inmediatas urgencias con que la vida, doliéndonos, se deja sentir en nosotros— me llevó a comprender de paso el valor estético de la Historia: ciencia, por su apego a la verdad posible; poesía, por el aura de belleza que acompaña a toda evocación de lo ya acontecido. Y creí entender —lo remito a vuestra sentencia— que la Historia, como obra escrita, procede, al igual que la arquitectura, conforme a principios de necesidad, pero también es menester que proceda conforme a principios artísticos, y que el escribir mal y el mentir son dos monstruos gemelos.

En este punto de mis meditaciones, el provechoso parangón con la arquitectura me permitió adelantar otro paso. Entonces —me dije— una es la construcción y otros los materiales de construcción. Si la obra ha de ser excelente, ambos deben ser excelentes, desde luego, y ambos adecuados entre sí. El tono de la obra histórica ha de corresponder al carácter de los hechos narrados. Para la inadecuación de estilo y asunto —que el grotesco de los modernos se complace en mezclar a veces por perversión del paladar estragado— los antiguos tenían un nombre difícil, que prefiero olvidar ahora. Pero la censura contra este vicio se reduce a imaginar el absurdo de un bailarín que quisiera danzar un vals vienés con pasos de tango argentino, o el absurdo de un "jarabe tapatío" entre caballeros de pechera y frac, y señoras de larga cola, diadema de piedras y abanico de plumas.

Pero todavía se nos ofrece un peligro peor en este argumento, y es el confundir la obra histórica con el mero hacinamiento de materiales para la Historia; lo que ya censuraba mucho mi venerado maestro de primeras letras, un tal Perogrullo. Porque, si aceptamos tan deshumana confusión, entonces también daremos por buena la paradoja de cierto escultor greco-asiático el cual mostraba muy ufano a sus contemporáneos un informe bloque de mármol,

apenas acarreado de la cantera, y les decía: "—He aquí un busto de Platón. —¿Cómo así? —le replicaban—. ¿Busto de Platón donde ni siquiera hay fisonomía? —¡Ah! —se defendía él—. El retrato está dentro del mármol: basta con quitarle lo que sobra".

Pero es inútil: las piedras y los documentos nunca hablan por sí mismos, y el figurarse otra cosa delata una grave deficiencia de sentido común y una irrisoria escasez de sentido metafísico. Si en nuestros días no se han escrito los mejores libros de historia, es porque padecemos lo que Toynbee ha llamado "la falacia apatética de la Historia". El clima industrial ha inficionado la mente de los escritores. Han dado éstos en creer que el solo descubrimiento de la materia prima y la producción de nuevos datos lo es todo, aunque se trate de meras insignificancias o redundancias: tarea de canteros y picapedreros, no de arquitectos. El tema, en el orden de la historia de la cultura, ha sido objeto de una célebre controversia suscitada por el profesor Spingarn a propósito de cierta obra de Magendie *(Romanic Review*, 1926). Y aunque sin materia prima no hay historia, tampoco y mucho menos la habría sin la interpretación y la narración. De cada mil datos nuevos, queda uno que verdaderamente importe, y los demás o repiten lo ya entendido o son amenidades biográficas en el mejor de los casos, y en el peor de los casos, murmuraciones de escaleras abajo. Pongamos que un diplomático español, después de realizada nuestra independencia, haya acertado a reanudar la amistad internacional entre España y México. Pongamos ahora que los archivos nos revelan un día su correspondencia secreta con la Corte de Madrid, llena de vacilaciones, de quejas y hasta denuestos contra este o el otro negociador mexicano, con quien el pobre señor tenía que habérselas. En nada se ha alterado el perfil histórico de los sucesos. Esas curiosidades recién descubiertas importan, primero, a la biografía particular del sujeto, y después, a la murmuración, a la gula de maledicencia que hay siempre en el fondo cenagoso de los corazones. Porque nadie, nadie que tenga el alma en su almario, podía haberse figurado que todo fue vida y dulzura en la misión de aquel diplomático. Y los lectores mutilados y ayunos de imaginación que hubieran podido figurárselo, más valía que se dedicaran a otra cosa, y no a leer historia.

No: la realidad es una representación de la mente y, como decía Santayana, hasta el aire es arquitectura. Ni piedras ni documentos hablan por sí: el historiador es el ventrílocuo —o, si os parece más noble— el mago que los hace hablar. La sangre reseca de San Jenaro, el mártir de Nápoles, sólo vuelve a licuarse por la oculta virtud del santo, y esta revivificación es la Historia: propio milagro de Isaías ante Ezequías, cuando —en el segundo libro de Los Reyes— hace retroceder la sombra diez grados en el reloj de Acaz. Por eso, esclareciendo la palabra de Croce, podemos decir que toda obra histórica es una agencia contemporánea, si bien edificada con materiales del pasado, y que aun en caso de que los materiales fueran siempre los mismos, el relato cambiaría siempre, y siempre podría escribirse otra vez la historia de Egipto o de Roma. Y añadiremos

que la obra histórica es siempre una operación de orden artístico, la cual toma de la ciencia, exclusivamente, los métodos de comprobación. Y la metódica ¿a qué se reduce? ¿A qué se reduce la famosa técnica? La famosa técnica se reduce a no mentir a sabiendas, y eso es todo. Ni más ni menos. Y de esto nadie nos sacará, así venga Sócrates en persona a torturarnos con el gancho de sus interrogatorios, que le valió beber la cicuta.

De tal suerte se fue apoderando de mí esta conciencia de que la interpretación es esencial en la obra histórica y de que no puede sustituirla el museo de ejemplares históricos. Historia como colección de hechos sucedidos siempre la habrá, aunque nadie la exprese; pero si no ha pasado por el tamiz de la mente, carece de realidad humana. Historia como entendimiento de tales hechos, sus mutuas relaciones de antecedencia, concomitancia y consecuencia, y de su determinación o su efecto en el sentir de las sociedades humanas, no es ya posible sin la intervención y aportación de una mente, de un sujeto de discernimiento. Historia como manifestación literaria, hablada o escrita con palabras, no puede haberla sin atención especial para la forma artística, la equilibrada composición en el conjunto y la cuidadosa dicción en el "fraseo". Dato comprobado, interpretación comprensiva y buena forma artística son los tres puntos que cierran el "triángulo de las fuerzas", y ninguno debe faltar. Quienes contemplan el dato sin entenderlo son como aquel habitante de la Luna que al ver, con su poderoso telescopio, el ir y venir de los coches por las ciudades de la Tierra, toma al cochero por un príncipe vencedor que arrastra, en su carro de victoria, a alguna familia de príncipes cautivos. Quienes se preocupan más del encanto literario que de la posible comprobación documental, merecen la acusación de Tucídides contra los que escriben la Historia para deleite del oído. Quienes se conforman con acumular noticias "a la pata la llana" —meros artesanos, muy dignos de nuestra gratitud— no están trabajando para ellos ni son aún historiadores *(Sic vos non vobis)*, sino que juntan motivos para el verdadero historiador que habrá de explotarlos. Quienes sumen las tres condiciones enumeradas, y sólo ellos, escribirán esos libros de asunto histórico, de los que podremos decir, como decía Fray Jerónimo de San José en su *Genio de la Historia*, que entre la pluma y el papel parecen "bullir y menearse" las cosas de que tratan.

Por tales virtudes... viven y vivirán eternamente a los ojos de la memoria la peste de Atenas, la oración fúnebre de Pericles y la expedición de Sicilia, en Tucídides; la batalla de Ciro el Joven y su hermano, en Jenofonte; la consagración de Publio Decio a los dioses infernales y la ignominia de las Horcas Caudinas, en Tito Livio; el tumulto de las legiones del Rin y la llegada de Agripina a Brindis con las cenizas de Germánico *(infausti populi romani amores)*, en Tácito; la conjuración de los Pazzi y la muerte de Julián de Médicis, en Maquiavelo; la acusación parlamentaria de Warren Hastings, el terrible procónsul de la India, en Lord Macaulay.

Con los pasajes aquí señalados, junto con la descripción del campamento romano en Polibio, algunas páginas del sólido Montesquieu, del transparente

Voltaire, del musculoso Gibbon; algunas más, escogidas entre las autoridades del siglo XIX —Niebuhr, Savigny, Grote, Ranke, Michelet, Gervinus, Herculano, Rawlinson, Curtius, Mommsen, Renan, Oppert, Fustel de Coulanges, Maspero— y otros escritores que, sin ser profesionales de la Historia en el sentido corriente, han tenido el genio de la Historia —como Sainte-Beuve, Réclus, Gaston Paris, Menéndez y Pelayo, Bédier, Menéndez Pidal—, a lo que sumaríamos de grado un buen caudal de novelistas históricos, no ajenos por cierto al nuevo sesgo que tomó la imaginación de la Historia en la pasada centuria, y que, de Walter Scott hasta Feuchtwanger, y sin olvidar siquiera al divertidísimo Dumas o al gigantesco Pérez Galdós, unas veces impulsan el gusto por los estudios históricos y otras de veras los complementan, pudiera ciertamente orientarse una educación encaminada a fundar planteles de historiadores, tan bien o mejor que con los ejercicios meramente eruditos sobre la ficha y la papeleta, la transcripción de viejos cartapacios, las reglas sobre la numeración de líneas de cinco en cinco o la declaración de fuentes, etc.; ejercicios muchas veces orillados a devolver una vida ociosa y ficticia a algún anodino documento, cuyo único mérito estriba en no haber tentado el apetito del "comején": ¡aquel famoso comején contra el cual, según nuestro Fray Servando, el rey de España mandó dictar orden de prisión por haber destruido los autos de un proceso!

Entiéndase bien: yo no desdeño las técnicas eruditas en la labor previa de la Historia. Son como los principios asépticos antes de las operaciones quirúrgicas. Ni el futuro cirujano puede prescindir de estos principios, ni el futuro historiador debe ignorar aquellas técnicas. Son como los ápices y puntillos gramaticales, que importa conocer, pero que por sí solos no transforman en escritor a ningún Pedancio. También yo, en mi particular oficio de las letras, me sometí largos años a las disciplinas del documento, desde el buscarlo hasta el publicarlo con todo su aparato crítico. Pero no confundiría yo, sin embargo, esas disciplinas preparatorias con la exégesis y la valoración de la cultura a la que aspiraba.

Lo que acontece es que las artimañas eruditas son reducibles a reglas automáticas fáciles de enseñar y que, una vez adquiridas, se aplican con impersonal monotonía. No pasa lo mismo para las artes de la interpretación y la narración, cuya técnica se resuelve en tener talento. Y como la inteligencia humana es de suyo perezosa, se arroja con voracidad sobre las recetas de pensar que prometen algún ahorro de esfuerzo. De aquí que ni educadores ni educandos se ocupen todo lo que debieran en el estímulo de la imaginación histórica, que supone una capacidad natural —una "inspiración", acentuaría un romántico—, sin la cual jamás podrá establecerse la comunicación eléctrica entre el pasado y el "profeta del pasado" o "posfeta" que pretende resucitarlo.

¡Si hasta la Historia imaginada que, partiendo, como a juego, de un supuesto arbitrario, investiga sus consecuencias posibles —me decía yo en las meditaciones que fueron dibujando mi noción de la Historia—; si hasta la Historia imaginada puede ser útil en este proceso educativo, no sólo como

contraprueba o reducción al absurdo, sino para fertilizar el pensamiento histórico, así como se ejercita al orador defendiendo causas irreales o intrincados "cocodrilitas"! De modo que el "Ifismo" —del condicional inglés *if*— o declaración de lo que se haría si hubiera acontecido tal o cual cosa no acontecida; el "Ifismo", del que huía sistemáticamente Franklin Roosevelt en sus entrevistas con la prensa, también es ejercicio recomendable para la mente histórica, y no sólo una tarea de entretenimiento. Así cuando Maurois imagina que hay en el cielo unas avenidas donde se cruzan y alargan todas las perspectivas históricas de lo que pudo ser y no llegó ni llegará a ser: verdadera Ciudad Histórica Potencial, donde el pequeño barrio de la Historia Real es tan diminuto que se distingue apenas. ¿Qué hubiera pasado —decía Pascal— si la nariz de Cleopatra llega a ser imperfecta y no se enamora de ella Marco Antonio? ¿Cuáles las consecuencias para Roma y el mundo? ¿Qué, si Marco Antonio vence en Accio y funda la capital del Imperio en Alejandría —directa heredera de Grecia— arrastrando a Roma en el séquito de sus vasallos? ¿Qué, si, en las eternas disyuntivas del suceder —se pregunta Guedalla—, los moros conquistan definitivamente a España? ¿Qué —interroga Chesterton—, si Don Juan de Austria se casa con María de Escocia? ¿Qué —propone Van Loon—, si los holandeses se asientan en la Nueva Amsterdam, o Nueva York? ¿Qué —dice otra vez Maurois—, si en la índole de Luis XVI llega a haber un poco de firmeza? ¿Qué —piensa Hilaire Belloc—, si el carro en que Drouet dio alcance a Luis XVI en Varennes llega a volcarse por el camino? ¿Qué —sueña Fisher—, si Napoleón I logra refugiarse en América? ¿Qué —plantea Nicolson—, si Byron se hubiera coronado rey de Grecia? Y Winston Churchill: —¿Qué, si el general Lee no llega a perder la batalla de Gettysburg?— Y Milton Waldman: —¿Qué, si Booth falla el tiro que disparó contra Lincoln?— Y Emil Ludwig: —¿Qué, si el emperador Federico III no muere de cáncer, dejando a Guillermo el trono apenas heredado? ¿Y qué —pudiéramos soñar nosotros—, si los hijos de Hernán Cortés realizan la independencia de la Nueva España? No alarguemos la lista. Bastan estos cuantos ejemplos para apreciar la utilidad didáctica de estas "diversiones históricas", en algún modo comparables a las "diversiones matemáticas". Y después de todo ¿qué es la Geometría de Euclides, sino una diversión semejante para apurar las consecuencias lógicas de unas proposiciones asertivas, o supuestos, o postulados, que ya no se entienden como evidencias?

Pero ya, cuando alcancé este grado en mi idea de la Historia, me había yo lanzado como nauta sin brújula al océano de la Teoría. No creo que el mío haya sido un viaje, sino más bien algo como un naufragio. Pero tuve la suerte de que los vaivenes y resacas me arrojaran —maltrecho y todo— hasta la orilla. Sortear el paso era peligroso, y a uno y otro extremo me acechaban —Escila y Caribdis— las tesis del finalismo absoluto y las tesis del pragmatismo absoluto. Allá San Agustín encaminaba la carrera del hombre a la meta de la Ciudad de Dios; o bien Paulo Orosio, en su *Moesta Mundi*, veía en el tránsito terrestre de los pueblos un

castigo divino enderezado a la futura redención; o Bossuet inspiraba su sinfonía histórica en el "ley-motivo" providencial. Acá Theodor Lessing —para citar a un autor representativo que alcanzó considerable éxito a comienzos del siglo— escribía una obra sobre *La Historia como atribución de sentido a lo que carece de sentido* (1919). Y entre uno y otro polo, todos los matices del iris. Ya la Historia como progreso de las Luces y corregimiento gradual de la Razón, al modo de Voltaire; o la reacción prerromántica de Herder, quien vino a decir a Voltaire que también el corazón tiene sus razones; o la tipología sociológica de Vico que parece, de cierta manera, anunciar la ley de las tres etapas de Auguste Comte; o el naturalismo sentimental de Rousseau, sofrenado con el supuesto pacto que hace posible la convivencia y que Kant adoptará, si no como hecho, al menos como alegoría y criterio de la justicia; o el imperialismo metafísico de un Fichte, de un Hegel, para quienes la Historia es la historia de la Idea en curso de realización secular, doctrina de que el materialismo histórico viene a ser como una parodia, donde la Idea deja el sitio al proceso de la necesidad económica. Y por todo ello —largo resabio de la epopeya homérica en que se cunaron las nociones occidentales—, la disyuntiva entre el Héroe y el Coro, como en las dos hipótesis que aún luchan para explicar el origen de la Tragedia clásica; entre el protagonista individual que engendra la Historia, o la nación misma que la determina; entre la historia de Francia hecha por los monarcas, a lo Charles Maurras, y la historia de Francia que, para Julien Benda, es obra del pueblo. De los historiadores de la Antigüedad, y mediante la elaboración de algunos renacentistas, deriva, a la larga, la escultura del Héroe en Carlyle, el Representativo en Emerson, el Grande Hombre en Burckhardt, el Superhombre en Nietzsche. Pero los partidarios del Coro retroceden todavía y buscan la base del hecho histórico —podemos decir— en el paisaje. Y es la teoría paradisíaca, de Herodoto, en que el Nilo viene a ser el padre de Egipto; teoría cuyas consecuencias apuran Buckle, Taine y hasta los geopolíticos de última hora, casi escamoteando al individuo, y disimulando la libertad, la iniciativa humana, supremo impulso de la Historia en Benedetto Croce. Y Toynbee opone a la teoría pasiva y paradisíaca la teoría rebelde, cargada de vigor, del desafío y la respuesta, en que ya el Egipto no es un fértil acarreo del Nilo, sino que se hace contra el Nilo y se edifica por la acción de la mano. Y los materialistas insisten en reducir el ambiente genitor de la Historia a la sola base del sustento biológico. Y Napoleón, héroe si los hay, personalidad a primera vista irreducible y en cuyo puño parecen juntarse sin remedio los resortes del acontecer social, resulta un simple átomo atraído en la cauda, en la pugna por el dominio de los grandes mercados. Este instante puede ejemplificarse claramente con la simbólica pareja de los Strachey: mientras uno "biografiza" la Historia, el otro la "desbiografiza". (Valgan los barbarismos, en gracia a la rapidez de expresión.) Una revolución semejante a la copernicana, pretende así expulsar al Hombre del centro del universo humano. Y la verdad es que estamos ante dos lenguajes —según la intención del historiador

y la moda interpretativa de la época— para expresar la misma cosa. Pero también es verdad que las cuestiones de palabras nunca se quedan en palabras; pues, como lo recuerda Aristóteles, la retórica trasciende a la ética, y no es lo mismo llamar a Orestes "el matador de su madre", que llamarlo "el vengador de su padre".

Entre las teorías deterministas y las heroicas, hay naturalmente mil compromisos, y las fronteras no siempre son fáciles de trazar: desde las inepcias de Wood, su tesis "gamético-monárquica" y sus ridículas estadísticas, pasando por varios pretendidos materialistas que incurren en mil contradicciones y se envuelven en una mística involuntaria, o sólo explican la caída de los zares creyendo explicar el advenimiento del bolchevismo —lo particular, y no lo general—, hasta los que sueñan con hechiceros que de cuando en cuando aparecen, echan sus yerbajos en el perol y dictaminan: "Continúe la Historia".

Entretanto, la historia como ensoñación novelesca ha lanzado sus inspiraciones hasta el campo mismo de la Historia, e influye en Thierry, en Michelet. Y la tradicional prueba oratoria de los sofistas todavía palpita en los párrafos de Chateaubriand, así como la preocupación estética es evidente en las armoniosas páginas de Renan. En guardia contra el desvío estético, Ranke se aplica a depurar las técnicas de la investigación y presta, en su orden, eminentes servicios. Pero en mala hora se le ocurre declarar en su prólogo la doctrina simplista sobre el "contar las cosas como ellas acontecieron", y entonces cargan sobre él los metafísicos, olvidando que él sólo se propuso, al hacer semejante declaración, objetar el punto de vista didáctico, la Historia como aleccionamiento político, de que nos hablaba Tucídides. Y mientras, a una parte, los evolucionistas insisten en el desarrollo de un germen sin finalidad preconcebida, la Humanidad confiesa que, en el orden puramente humano, el ideal, lo que aún no existe, ejerce una fuerza aspiradora y una innegable orientación sobre lo que existe actualmente, así como altera a nuestros ojos la imagen de lo que ha existido. Los "perspectivistas biológicos" de las civilizaciones, tocados o no por la preocupación de la raza, influidos o no por el concepto de las unidades culturales o los campos históricos —ya con Gobineau o con Petrie, ya con Spengler o con Toynbee— se aplican a decirnos cómo las civilizaciones nacen o mueren, o persisten anquilosadas, o se renuevan con accesos de savia joven. No faltan locos, al estilo de aquel personaje de Pérez Galdós que escribía "la historia lógico-natural de España", no como ella fue efectivamente, sino como debió haber sido. Y, en suma, los existencialistas acaban por decirnos que el Hombre no tiene naturaleza, sino historia.

Y sobre todo ello, la sonrisa amarga de los escépticos. Pues, al crecer el historicismo, por confusión entre los entes inmóviles de la Ciencia y los entes fluidos de la Historia, acaba por cebarse en el concepto mismo de ésta. El escepticismo ni siquiera se detiene en lo movible de la interpretación, en lo que se llama "falacia genética" o relatividad del punto de vista, sino que el idealismo

metafísico de Croce se arriesga a negar la posibilidad de establecer objetivamente la verdad de los mismos hechos históricos. De aquella "falacia genética" puede dar ejemplo Solís, el historiador de la conquista de México; pero mientras Solís se declara honestamente, y comienza por afirmar su concepto providencialista, católico, apostólico y romano, otros se meten en su callejón sin saberlo ellos mismos. Mannheim, un relativista, afirma con toda probidad que la "falacia genética" no es tal falacia; que es, filosóficamente, intachable, como el postulado en la matemática, y que es, además, indispensable en condición de proceso metódico. Del escepticismo ya estéril nos da la caricatura Anatole France. Sin ser idealista metafísico, hace mangas y capirotes con el cuento de algo que acaba de acontecer en la esquina, y que cada testigo relata de modo diferente. Pero concluir la imposibilidad de la Historia por la relatividad de las cosas humanas es tener mal carácter o estar enfermo del hígado: no es ser sabio; pues no hay por qué exigir de la Historia más que de las otras actividades de la mente. Y argüir, en vista del escándalo de la esquina, que no podemos averiguar si César murió o no apuñalado es, cuando menos, ridículo.

¡Pues, a ver, señores del Congreso de Historia, si me concertáis estas medidas! Yo, tras esta peligrosa excursión, vuelvo a mi punto de partida, que era, si mal no recuerdo, el buen sentido. Yo no pretendo que todas estas doctrinas se concilien en la teoría, o siquiera puedan zurcirse juntas en la tela de Arlequín del ecléctico. Pero sí creo que en cada una hay un estambre de este complejo cañamazo que llamamos la realidad histórica. Hay una retórica en cada asunto, decía el discreto Quintiliano. ¿Me atreveré a declarar que, igualmente, cada punto histórico se alumbra con su particular filosofía? ¿Que debemos tener a la mano todas las hipótesis y todas las confesiones de las sectas, y usarlas según acomoden al tema? No se trata de reconciliarlas en principio, quede bien claro. Ya la realidad se encarga de avenirlas a su manera: una manera que excede, con mucho, los poderes de la inteligencia. Pero todas y cada una nos dan instrumentos para tajar y morder en la carne viva de la Historia. Sólo que este procedimiento, en apariencia cómodo, es peligroso; supone instinto y cautela, tacto y gusto. E instinto, cautela, tacto y gusto, acaban de aconsejarme al oído que dé término a mis peroratas. Lo malo, si breve, es perdonable. Yo os pido perdón, y os doy las gracias. Sólo me he dejado en el tintero la mejor de todas las doctrinas: la doctrina de la fraternidad entre los historiadores. La estáis elaborando vosotros. Ella, como el movimiento, se demuestra andando.

Os incumbe, desde ahora, una misión de larga trascendencia social, y es el establecer a tiempo las defensas para la libertad de los estudios históricos. No hay certeza alguna de que ella pueda mantenerse por siempre, entre la bancarrota de tantas filosofías y de tantas políticas. Renan —como si previera lo que ya hemos comenzado a ver en nuestros días— advierte que el gusto de la Historia es el gusto más exquisito y, por consecuencia, el más amenazado. No sabemos lo que puede acontecer mañana. Aprovechad y amurallad el instante.

Gritadle con las palabras del poeta: “¡Detente! ¡Eres tan bello!”

Tecolutla, 6 de agosto de 1949

MÉXICO EN UNA NUEZ*

I

Los aztecas, raza militar, dominaban por el terror a un conjunto de pueblos heterogéneos, y sólo escapaban a su imperio los muy alejados o los muy bravos, como la altiva república de Tlaxcala, cuyos hijos preferían cocinar sus alimentos sin sal a tener trato con los tiranos de Anáhuac. Los aztecas vivían sobre los despojos de civilizaciones vetustas y misteriosas, cuya tradición ellos mismos habían comenzado a no entender, vaciándola poco a poco de su contenido moral.

Los pueblos americanos, aislados del resto del mundo, habían seguido una evolución diferente a la de Europa, que los colocaba, respecto a ésta, en condiciones de notoria inferioridad. Ignoraban la verdadera metalurgia y desconocían el empleo de la bestia de carga, que era sustituida por el esclavo. Celebraban contratos internacionales para hacerse la guerra de vez en cuando, y tener víctimas humanas que ofrecer a sus dioses. Su sistema de escritura jeroglífica no admitía la fijación de las formas del lenguaje, de suerte que su literatura sólo podía perpetuarse por tradición oral. Ni física ni moralmente podían resistir el encuentro con el europeo. Su colisión contra los hombres que venían de Europa, vestidos de hierro, armados con pólvora y balas y cañones, montados a caballo y sostenidos por Cristo, fue el choque del jarro contra el caldero. El jarro podía ser muy fino y muy hermoso, pero era el más quebradizo.

La sensibilidad artística de aquel pueblo todavía nos asombra. Y sus herederos, mil veces vencidos por regímenes que parecían calculados para arruinarlos, dan todavía ejemplo de primorosas aptitudes manuales y un raro don estético. Pero también el caníbal sabe trazar sobre su cuerpo tatuajes que no igualaría cualquier civilizado. La civilización se hace de moral y de política. El don del arte, como el don de amor, es otro orden libre y sagrado de la vida.

Gran mente política, Cortés jugó de intrigas y ardides, abusó del respeto que el indio concedía siempre al que se decía Embajador, y como Embajador vino a presentarse para que le abrieran todas las puertas; se aprovechó de la superstición que lo hacía aparecer como emisario de los Hijos del Sol (verdaderos amos del suelo mexicano que, según los oráculos, un día volverían a reclamar lo suyo), y amparado por la feliz aparición del cometa, triunfó sin lucha en el ánimo asustadizo del Emperador Moctezuma, que así se portó ante él como el Rey Latino, en la *Eneida*, a la llegada de Eneas, el hombre de los destinos. Y todavía sacó partido del pavor que causaba en el ánimo de los indios la sola presencia de las tropas españolas, haciendo pasar por dioses a los caballos y por centauros a los jinetes. Finalmente, Cortés movilizó, contra el formidable poder central, los

odios de los cien pueblos postergados. Y así, bajo las inspiraciones de Cortés, los indios mismos hicieron —para él— la conquista del Imperio Azteca.

Sin la debilidad fundamental de aquellas civilizaciones ya arruinadas, y sin este juego de circunstancias genialmente puestas al servicio de la empresa, ésta hubiera sido irrealizable. No sólo moral, sino numéricamente irrealizable. ¿Unos centenares de hombres y unas docenas de caballos lograron tamaña victoria? Oh, no: como en la *Ilíada*, todas las fuerzas del cielo y de la tierra tomaban parte en el conflicto.

II

Los pingüinos que San Mael bautizó fueron convertidos en hombres por dictamen del cielo: había que salvar el honor del sacramento. La Iglesia, con todo, tiene piedad del que los más torpes se inclinaban a considerar como bestia o como engendro diabólico. El indio, por lo menos, pasa a la categoría de menor, de ser elemental, y se le admite a los beneficios del catequismo y del bautismo. El conquistador, violento y codicioso, tiende a pagarse en tierras y en almas sus servicios a la Corona. La Iglesia tiene encargo de sujetarlo en lo posible, y de salvar así los rebaños de indios para irlos reduciendo a la verdadera vida cristiana. Habituadas a vivir en un comunismo agrícola, las poblaciones rurales se ven divididas por el conquistador en reparticiones y encomiendas. La repartición del suelo era la cruel verdad, la encomienda de almas era el eufemismo sangriento. Y la Iglesia se lanza a proteger a las poblaciones indígenas: cuida sus tierras, y junta en el atrio a las familias espantadas.

De tanto cuidar tierras y familias, acaba por quedarse con ellas, convirtiendo en huerta de la iglesia todo el campo y alzándose como un señor más que desafía el poder de los señores laicos y hasta contrarresta la autoridad de los virreyes. Ya en tiempos de Felipe IV se habla en los consejos de ministros de arrancar a la mano muerta eclesiástica las tierras de la Nueva España, porque el estancamiento de aquella riqueza se vuelve amenazador: la Colonia tiene un quiste en el seno que se la va comiendo toda. Carlos III se distrae con el Pacto de Familia y las luchas de Europa, y así, aunque expulsa a los jesuitas, no ataca la realidad del problema económico. Cada vez se siente más la necesidad de no tolerar que nazca un Estado dentro del Estado.

Durante tres siglos las razas se mezclan como pueden, y la Colonia se gobierna y mantiene por un milagro de respeto a la idea monárquica y por sumisión religiosa a las categorías del Estado. Porque la Metrópoli casi no desarrolló sobre América otra fuerza que la espiritual, desprovista como estaba de un poder naval que correspondiera a la inmensidad de sus conquistas, y hasta desprovista de ejércitos americanos que sólo se improvisaron a última hora. Entretanto, sordamente —los indios abajo, los españoles arriba y en medio los criollos señoriales y soberbios y los mestizos astutos y sutiles—, se engendra el

nuevo ser de una patria.

Cuando sobreviene la guerra napoleónica en la Metrópoli, los caudillos liberales de la Nueva España, inspirados en la filosofía de la Revolución francesa, se lanzan a la independencia. Si ellos no llegan a hacerla —dice Justo Sierra— es posible que la Iglesia hubiera provocado la revolución, amenazada como se veía ya por la Corona. Y, en todo caso, es muy significativo que aparezcan, entre los caudillos insurgentes, tantos eclesiásticos de aldea.

III

La noche del 15 de septiembre de 1810, el Cura del pueblo de Dolores, Miguel Hidalgo y Costilla, convocó a sus feligreses a toque de campana y se lanzó a la lucha contra el régimen español y en pro de la independencia nacional. De aquellos vecinos amotinados, de aquel montón de hombres empujados por una fiebre divina, mal armados con picos y hachas —cada uno como podía y con los instrumentos del azar—, surge el primer gran ejército de la independencia; ejército que llegará a ser formidable, y que sólo se detendrá en el Cerro de las Cruces, ante quién sabe qué fuerzas o qué consideraciones misteriosas y ya a punto de caer sobre la ciudad de México, donde parece que tenía seguro el triunfo. A la majestad de la Historia no siempre conviene el que los grandes conflictos encuentren soluciones fáciles.

La noche del 15 de septiembre, en recuerdo del hecho humilde y memorable, el Presidente de la República congrega al pueblo en la Plaza de Armas de México, frente al Palacio Nacional, sobrio y majestuoso edificio revestido de dolor y de historia; tañe la misma campana con que el Cura Hidalgo dio la alerta al corazón de la patria, y repite el grito ritual: "¡Viva México libre e independiente!" Las escenas de regocijo y fiesta que entonces se desarrollan, en medio de la gritería y las iluminaciones nocturnas, son uno de los rasgos más pintorescos de la vida popular mexicana, y han tentado a todos nuestros novelistas de costumbres. Un hálito de las antiguas panegirias parece volar sobre la hermosa ciudad.

Este motín del pueblo de Dolores, este hecho —uno de tantos, uno entre varios— ha venido, por diversas circunstancias históricas, a ser considerado como el símbolo de la independencia, la cual sólo fue consumada diez años más tarde, en 1821, por el Coronel Agustín de Iturbide. En tanto que los liberales de México insisten en la representación histórica del Cura Hidalgo, caudillo popular, verdadero Padre de la Patria, los conservadores insisten en la importancia innegable de la obra de Iturbide —criollo aristócrata— como consumador de la independencia nacional. Pero Iturbide desvirtuó el brillo de su personalidad por haber caído en el error de erigirse más tarde Emperador de México. Efímero Imperio el suyo, sin justificación histórica ni arraigo ninguno en los sentimientos populares. Hidalgo queda con el alto prestigio del martirio por una noble causa; la cual, en su tiempo, era más difícil de defender que en

tiempos de Iturbide.

Naturalmente que, en los orígenes de la emancipación, obran de consuno muchas fuerzas. Los fenómenos sociales son muy complejos, y las guerras y las revoluciones —estos movimientos acelerados— puede decirse que van depurando sus motivos y sus propósitos a medida que adelantan. Los pueblos empuñan las armas por instinto, y muchas veces no descubren cuál era su verdadero anhelo y la causa principal de sus inquietudes y malestar sino algunos años después. Así acontece con la Revolución mexicana de 1910, que parecía en un principio movida por el solo afán de expulsar a un hombre aferrado al mando más de lo que parecían consentirlo las mismas leyes naturales. Pero, removidas violentamente las entrañas del pueblo, empezaron a dar de sí todos los ocultos y graves problemas que tenían escondidos y que derramaban por todo el cuerpo de la nación un dolor incierto y persistente: justicia social y dignificación del trabajo, equitativa repartición del campo, la incorporación de la raza india a la vida civilizada y a las felicidades del bienestar, defensa frente a pueblos potentes que a veces nos han amenazado en su ciego ensanche natural; problemas, en suma, de intensa educación, a que se reducen todos los otros. Así también, en nuestra lucha por la independencia, se nota —en el fondo— el impulso claro hacia la autonomía política; pero este impulso aparece al principio enturbiado por muchos otros impulsos accesorios, que comenzaron colaborando con aquél y luego se fueron desvaneciendo.

El clero mexicano, clero campesino, clero humilde, cansado de soportar siempre en los altos cargos a los personajes de la aristocracia eclesiástica española, también veía su ventaja en el movimiento de la Independencia. El mismo Hidalgo procede de esta clase social.

Por otra parte, la Iglesia, como hemos dicho, veía con desconfianza las tentaciones de desamortización que se habían infiltrado en los consejos de la Corona Española.

Finalmente, los conservadores y absolutistas de México soñaban con ofrecer a Fernando VII un trono mexicano, independiente de España y limpio de Constitución; pues recordemos que ya el liberalismo español, para esa fecha, había recortado a Fernando VII los poderes absolutos, mediante la Constitución de Cádiz. Ante este solo aspecto de la cuestión (que tiene su equivalente en las demás Repúblicas), los paradojistas han querido demostrar que la Independencia de la América Española fue obra de los monárquicos. Tanto monta decir que el fuego —cosa tan grande y tremenda como el fuego— es un elemento que tiene por objeto encender cigarros.

IV

La ciencia no nos deja mentir. La verdadera independencia no existe mientras quedan resabios de rencor o de pugna. La verdadera independencia es capaz de

amistad, de reconocimiento, de comprensión y de olvido. España fue grande; tan grande, que conjuró contra ella todas las voluntades, y de aquí nació la Leyenda Negra. El régimen español compartió todos los errores filosóficos de su tiempo. Otros imperios cometieron faltas iguales o peores, pero estaban —como menos grandes— menos a la vista del mundo. Dice un refrán griego: "El desliz del pie de un gigante es carrera para un enano".

El hecho español era tan fuerte, tanto pesaba sobre la tierra la mano de España, que sus menores actos aparecen agigantados; y singularmente a los ojos de otros pueblos, entonces menos afortunados, que se contentaban con perseguir por el mar a los galeones españoles cargados de oro, o con recoger, bajo la mesa imperial, los relieves del festín español.

La verdadera censura que admite el régimen español está en que España nunca tuvo fuerzas para sujetar su poderío colonial; en que no supo explotar cuerdamente, con buena ciencia de mercader, a sus colonias, sino que se enloqueció fantásticamente con ellas, se entregó a ellas, se fue hacia ellas desangrándose visiblemente, y en vez de crear esas grandes factorías comerciales que engendran los imperios del siglo XIX, produjo naciones, capaces de vida propia al grado que supieron arrancarse a la tutela materna. ¡Culpa feliz por cierto!

Ningún mexicano puede recordar sin gratitud los afortunados esfuerzos que representan las Leyes de Indias, donde los hombres de hoy en día buscamos inspiraciones en la campaña para defender al indio, para salvaguardar los ejidos o propiedades comunales de los pueblos, y hasta para afirmar el dominio eminente del Estado sobre el subsuelo nacional —siempre inalienable según los principios latinos que han dado al mundo su conciencia jurídica.

No: la independencia —en el sentido más profundo y verdadero de la moral y de la política— podemos decir que se ha hecho, por lo menos, tanto contra un Estado como contra un pasado. Y a veces me parece que más bien esto último. De modo que las independencias americanas y la instauración de la República en España son dos tiempos paralelos de la misma evolución histórica. A unas y a otra las gobierna y las justifica igual filosofía. No era todavía independiente el hispanoamericano que aún maldecía del español. En la varonil fraternidad —que no se asusta ya de la natural interdependencia—, en el sentimiento de amistad e igualdad se reconoce al independiente que ha llegado a serlo de veras.

V

¿Destetaríais a un niño con ajenjo? Pues he aquí que las Repúblicas Americanas nacieron bajo las inspiraciones de una filosofía política que, realmente, es una filosofía política para adultos. De la monarquía absoluta y teocrática, y del gobierno unitario y central, que siempre habían sido las formas de la política mexicana, antes y después de la Conquista, pasamos a los Derechos del Hombre

y a la Constitución Federal. Mucho tiempo viviremos como prendidos a la cola y arrastrados por el carro ligero de un ideal que no podemos alcanzar. No educado el pueblo para la representación democrática, ajeno todo nuestro sistema de costumbres al trabajo de la máquina federal, no preparado el indígena para hombrearse con el señor blanco poseedor de haciendas y dueño de influencias en la ciudad...

Las ideas importadas de Francia y de los Estados Unidos se convierten en la gran aspiración de todos, aun de los que no las entienden. En vano Fray Servando Teresa de Mier (célebre Discurso de las Profecías) augura a la patria todos los males que le vendrán de querer adoptar normas ajenas a su idiosincrasia y a su historia. La idea jacobina, liberal e individualista es la más fuerte. Y por entre el duelo de federalistas avanzados y centralistas retardatarios, como deshaciendo a puntapiés una telaraña de mentiras, avanzan las botas fuertes de los caudillos, cada uno dispuesto a ser Presidente contra la voluntad de los otros. En el primer instante, Iturbide se dispone a más: a ser Emperador. Gran confusión, gran enseñanza.

Como fuere, el duelo de liberales y conservadores va creando un ritmo de vaivén que cada vez se parece más a un latido, a una circulación coherente, a la respiración de un ser ya diferenciado, ya en proceso de organización. La cara del nuevo pueblo se va dibujando a cuchilladas. Las cicatrices le van dando relieve. Y en esto se gasta la primera mitad del siglo.

VI

Vencidos por el momento los conservadores, y amenazada de desamortización la Iglesia (conflicto que se volvió herencia), algunos engañados cometen el imperdonable error de pedir a Napoleón III la fundación de un Imperio en México. Quieren acabar de una vez con las utopías liberales, poner término a la anarquía y delegar la nacionalidad en manos más expertas, salvándola así (según ellos pensaban) de los nacientes riesgos que suponía la vecindad de un pueblo poderoso en el Norte. Entonces acontece algo comparable al reventar de un absceso interno. Los malos humores se van al torrente de la sangre y hacen daño por todas partes. Pero a veces —y así sucedió entonces— logra el cuerpo eliminarlos e irlos expulsando.

Los conservadores, a efectos del rencor reciente y aunque entre ellos hubiera patriotas y hombres de buena fe, pasaron a la categoría de ofuscados, de cómplices del invasor. Y los liberales, en el primer instante aplastados, se alzaron de pronto con la representación genuina y congruente de la nación, con el sentido claro de sus responsabilidades y del único camino posible. En la mente del salvador de la República, Benito Juárez, o más bien en su voluntad, se calienta y modela definitivamente el metal de la patria, hasta entonces mezclado e informe. De allí sale ya hecho una espada.

Juárez ha sido censurado. La censura afecta unas veces a pequeñas particularidades que aquí no importan. Nos importa la censura cuando se refiere al conjunto de su obra, a su orientación general. Tal censura procede, en unos casos, por la senda que llamamos pasión. En otros, por la senda que llamaremos, mejor que acción, inercia. El resultado de estas censuras es el ofuscamiento de la evidencia en la historia. El efecto sobre la cultura política es la desmoralización. Me explicaré sobre estos conceptos: pasión, inercia, evidencia, desmoralización.

Pasión: Ni siquiera uso de la palabra con intención agresiva. La pasión ofrece una integración de estímulos humanos que, si no es conscientemente aviesa, merece algún respeto. A quienes no participan de la filosofía política de Juárez les reconozco el mismo derecho de examen que para mí propio reclamo. Pero estimo que los apasionados, aunque están muy en su terreno cuando *lamentan* la dirección que Juárez imprimió al movimiento nacional, se extralimitan —y por aquí niegan la *evidencia*— cuando olvidan que el camino abierto por Juárez era, en sus circunstancias, el único que se ofrecía a la salvación de México. No discuto principios, señalo hechos.

Inercia: Ante la *evidencia* que acabo de señalar, opera la inercia del espíritu. Una de las formas más disimuladas y agudas de la pereza mental es la incomprensión, ciega y por arrastre adquirido, ante las cosas obvias; la incapacidad de objetivación; la impotencia de los resortes lógicos ante los hechos que deben aceptarse como hechos. El afán de originalidad —risible en el fondo— provoca secundariamente este error del espíritu. Antes dije: los adversarios pueden *lamentar*, no *negar*. Ahora digo: por inercia, y secundariamente por extravío paradójico; algunos no se conforman con *no admitir*, y quieren que se entienda la historia —al modo del cómico personaje de Pérez Galdós— no como fue, sino como ellos juzgan que debiera haber sido. ¡Claro! ¡Ojalá no hubiera habido duelo entre liberales y conservadores! ¡Ojalá no hubiera habido intervención extranjera!

El concepto de *evidencia* queda ya de paso establecido. El de *desmoralización* se reduce a considerar el funesto efecto que tiene para la educación cívica el escatimar el reconocimiento al austero gobernante que salvó a la patria.

VII

Recapitulemos. Nadie ha visto un río en formación, cuando todavía no tiene hecho el caudal ni ha optado por un cauce definitivo. Pero la historia es mucho más veloz que la geografía, y podemos apreciar mejor, en la perspectiva del recuerdo, los pasos incipientes de una nación, sus tanteos hacia la autonomía primero, y luego sus crisis y convulsiones hacia la conquista de las libertades cívicas.

Los precursores sólo pensaban en ofrecer al Rey de España un trono saneado de todas las “peligrosas novedades” que el liberalismo francés importó a España.

Esa entidad nueva que apareció en las Cortes de Cádiz, el Pueblo Español, ¿qué tendría que ver con la Nueva España? No: la Nueva España dependía del Monarca. Si la Vieja España le ponía al Monarca cortapisas, había que arrancar a México de la Metrópoli europea, y ofrecérselo, en toda su pureza de dominio absoluto, al Hombre de Derecho Divino.

Un instante después, todo ha cambiado: Hidalgo, el Padre de la Patria, ha concebido ya el ideal de una nación libre, y en este empeño lucha y perece. Morelos lucha y perece en plena batalla por la remodelación social. Y cuando Iturbide —un instante más— parte con la espada el nudo gordiano, la nación andaba todavía tan primeriza, que se deja coger en la trampa de un sueño imperial y aventurero.

Pero un secreto instinto —como esa honda gravitación que gobierna el curso del agua y junta los racimos de afluentes para ir engrosando el río y perfilando su trayectoria sobre el suelo— dice al oído del pueblo que, una vez traspuesto el gran obstáculo, una vez hecho el gran sacrificio, lo mejor es atreverse a la fórmula última y más promisoria de las libertades nacionales. Y es la República. Y empieza a crecer la República, entre el vaivén, el tira y afloja de los que insisten en la tradición por un lado, y los que insisten en la esperanza, por el otro. Este vaivén inevitable —más aún: indispensable— hace veces de circulación, y anuncia la viabilidad del nuevo ser político. Pero, en sus orígenes, suele perturbarse, enredarse en arrepentimientos y asfixias, embarazar al embrión y, en ocasiones, matarlo.

Hubo un día en que este vaivén de liberales y conservadores estuvo a punto de matar a la joven República. Y Juárez aparece entonces como ese último punto providencial en que se refugian la vitalidad y la conciencia del ser en peligro. La nación se reduce a las proporciones del coche en que Juárez peregrinaba, salvando las formas del Estado. Juárez-Eneas: Juárez, el hombre que sale del incendio. Segundo Padre de la Patria, pero ya con la experiencia adquirida por las vicisitudes de medio siglo. En aquel inmenso "borrón y cuenta nueva" que le toca llevar a cabo, traza el cauce por el que habrá de correr el río, y abre una era definitiva en nuestra historia. Por primera vez una conciencia hizo tabla rasa de los hechos amontonados por la casualidad, y comenzó a reedificarlo todo con un plan seguro, con un propósito inquebrantable. Ahora ya no es la naturaleza ciega: ahora es la inteligencia humana. De la frente de Benito Juárez salta la imagen alada de la República.

Y cuando esta hija del espíritu, con los años y con el bienestar mal administrado —"materialismo siglo XIX"—, eche carnes, se aburguese y amenace perder la buena economía del cuerpo y del alma, por causa de la vida antihigiénica, entonces habrá que someterla valientemente a una vida ascética y gimnástica, a una revolución como a una intervención quirúrgica; habrá que devolverle la línea, y ponerla —como hoy se dice— a régimen: a un Nuevo Régimen, que no lo sea solamente de dientes afuera.

Las Leyes de Reforma y la Constitución del 57 quedan como huella escrita de aquel duelo definitivo entre liberales y conservadores. Leyes y Constitución que eran todavía poca cosa para lo que faltaba hacer, pero que hicieron posible —respetadas hasta cierto punto, sorteadas a veces con maña y a veces con fuerza— un alto en el camino. Este alto, sueño reparador del cuerpo después del sobresalto sufrido, fue la Paz Porfiriana.

Por lo demás, Hidalgo, Morelos, Juárez, tienen todavía mucha faena por delante. No se han quitado todavía las botas de campaña.

VIII

Cambia la escena. Paz, estabilidad y bálsamo adormecedor para las heridas de la Patria. Gran respeto de las apariencias legales. Espíritu de conciliación para con los antiguos adversarios, conservadores y demás representantes de los llamados intereses. Concentración del poder en una sola voluntad superior, pero animada de intachable amor al país, y tan independiente y laica que no necesitaba descender a extremos groseros.

Dogmas de la época: 1º La paz ante todo, la paz como fin en sí, por cuanto ella presupone e implica, incluso la domesticación de ciertas salubres inquietudes. ¿Maña y fuerza? Siempre la usaron los gobiernos. ¿Sangre? Mucha más ha corrido antes y después. 2º "Poca política y mucha administración"; es decir: aplazar lo más posible ciertas cuestiones teóricas y atender a lo inmediato y práctico, pero en una esfera muy restringida. El pueblo ha nacido para ser gobernado por los financieros, por los "científicos", como ellos se llaman. 3º La noción del Extranjero como idea-fuerza: que el Extranjero nos vea con buenos ojos, que el Extranjero se sienta a gusto entre nosotros y nos dé su crédito y su confianza, puesto que el marchamo internacional viene de afuera. Es la teoría de que la patria se debe modelar por sus contornos, y no nacer de sus propias entrañas. Es la teoría centrípeta, y no centrífuga, de la patria. Es el concepto del Positivismo Evolucionista, que privaba en las escuelas públicas de entonces: el ser es un producto del medio; en consecuencia, el signo de que el ser posee las condiciones de vida consistirá en que el medio ambiente le otorgue su aprobación; consistirá en que el mundo extranjero se deslice y circule en torno al país como acariciándolo. (Aquel desperezo del nacionalismo, a la hora de la Revolución, nacionalismo que hasta tomaba aires agresivos por momentos, se explica, en parte, como una reacción contra esta mitología del Extranjero.) Y los capitales extranjeros acuden, el crédito del país se levanta y, más o menos vinculadas con la oligarquía de los "científicos", las clases privilegiadas de todo el país —que son las que dejan oír su voz, porque el pueblo gruñe en voz baja o no entiende que sus males provengan de ningún error político— comienzan a disfrutar una era de bendiciones. Y todos olvidan que la primera necesidad de un pueblo es la educación política. El gran caudillo, héroe de cien batallas y, ahora,

héroe de la paz, se encarga de las conciencias de todos. Hasta la moral de los individuos va a apoyarse en sus decisiones. Los padres le llevan al hijo calavera para que lo asuste o, si hace falta, lo mande a la campaña del yaqui. Los estados de la República vienen a ser circunvoluciones de su cerebro. "Me duele Tlaxcala" —dice—, y se lleva la mano a alguna región de la cabeza. Y una hora después, como traído por los aires, el gobernador de Tlaxcala está temblando frente a él.

¿Cómo puede haber, después de este ejemplo —magno y asombroso si los hay, porque Porfirio Díaz era hombre de talla gigantesca—, cómo puede haber quien todavía predique entre nosotros doctrinas fundadas en el abandono de la educación política? Por encima de la buena voluntad de un hombre, el capital había venido a ser una fuerza de exclusiva explotación, una energía irresponsable y mecánica, una economía de lucro y no de servicio. Y ello deshace a las naciones y entristece el trabajo.

El tiempo hizo su obra: el dormido comenzó a agitarse. El cuerpo intervenido se recobró del marasmo, y el alma —hasta entonces indecisa— comenzó a clamar por sus derechos. El caudillo, envejecido, había hecho su obra y no supo retirarse a tiempo: al tiempo en que afloraban problemas que, en verdad, ya no le incumbían, ya no pertenecían a su representación del mundo. El viejo cree estar rodeado de sus semejantes, y está solo: un muro de cristal lo separa ya de las cosas, un abismo de tiempo, una dimensión matemática imposible de burlar. La menor palabra indiscreta, un vago ofrecimiento sobre la conveniencia de dejar al pueblo ensayar por su cuenta unas elecciones, y el ánimo del país se desperezó y empezó a conmoverse como una tormenta. Aquel gigante que supo salir airoso de tan graves faenas no acertó en crearse un sucesor, sin duda estorbado por los inevitables malos hábitos de la dictadura. Expulsar al viejo Presidente parecía ser el problema de la Revolución, y resultó lo más sencillo. Como siempre que se intenta apuntalar la tierra para evitar un terremoto o sacar cubas de lava para evitar la explosión de un volcán, aquello de dar por hecha una Revolución con sólo la renuncia de un Presidente fue una quimera.

Sobrevinieron acciones y reacciones. El antiguo ejército no quería darse por vencido sin combatir. La oligarquía de los intereses y todas las fuerzas afines y conservadoras se resistieron. Y tras el golpe de mano de Victoriano Huerta, la verdadera Revolución, que había marchado de Norte a Sur, con Madero, entre aclamaciones y banderas, volvió a emprender igual camino con Carranza, pero ahora entre sangre y fuego.

La Revolución triunfa en un instante. La obra de Carranza se gasta en someter a sus propios caudillos y a sus generales de azar. Así se explica que, obligado a gobernar como combatiente y fuera de las normas constitucionales, no supiera distinguir el momento en que ya la popularidad verdadera señalaba a su sucesor. Quiso aplastarlo como a otro sublevado más, y cayó víctima de su engaño.

La Revolución llevaba diez años de buscarse a sí propia. Era mucho el

malestar del hombre que despierta después de un largo sueño. Había que enderezarlo todo, y era natural acudir a todos los remedios de la esperanza política: fórmulas de socialismo obrero y de socialismo agrario, sistema de corporaciones y sindicatos, recetas para la repartición del campo y para la reglamentación del trabajo en las ciudades. Y sobre todo, escuelas, escuelas. Una gran cruzada por la enseñanza electrizó el ánimo de la gente. No se ha visto igual en América. Será, en la historia, el mayor honor de México.

A partir de 1920 se vislumbra más clara la marcha de la reconstrucción nacional, y los gobiernos se suceden de un modo continuo. Los levantamientos fracasan, y cada vez los capitanean figuras de menor relieve. La aplicación de los nuevos preceptos constitucionales da lugar a tanteos, conflictos, incomprensiones en el interior y en el exterior, que poco a poco se apaciguan y toman, aproximadamente, el paso de la ley.

Aquella efervescencia, aquel entusiasmo por lo nacional que ya señalamos, tuvo por causa, además de lo que llevamos dicho, el bloqueo práctico a que México se vio sometido durante la Guerra Europea, por no haber podido, en mala hora, definir su actitud, ocupado como estaba en la solución de sus propias luchas intestinas. Entonces hubo que sacarlo todo de la propia sustancia, y entonces el país se dio cuenta de sus grandes posibilidades genuinas. Fue como descubrir otra vez el patrimonio ya olvidado; como desenterrar el oro escondido de los aztecas, ¡aquella sugestiva fábula! ¿De suerte que todo esto teníamos en casa, y no lo sabíamos? Pero ¿habremos sabido de veras aprovechar nuestro tesoro?

Algunos nos han compadecido con cierta conmiseración. Ha llegado la hora de compadecerlos a nuestro turno. ¡Ay de los que no han osado descubrirse a sí mismos, porque aún ignoran los dolores de este alumbramiento! Pero sepan —dice la Escritura— que sólo se han de salvar los que están dispuestos a arriesgarlo todo.

México, Riojaneiro, septiembre de 1930

PRÓLOGO A FRAY SERVANDO*

I. La presente edición

Entre las obras del publicista mexicano Dr. José Eleuterio González, se incluyó una *Biografía del Benemérito Mexicano D. Servando Teresa de Mier y Noriega y Guerra*, Monterrey, imprenta de José Sáenz, 1876, que fue reimpresa también en Monterrey, tipografía del Gobierno, en Palacio, a cargo de José Sáenz, en 1897. La obra contiene todo el material de la *Apología* y relaciones de la propia vida de Mier escritas por éste; y, además, a guisa de prólogo y epílogo, un breve estudio y noticias biográficas complementarias de mano del Dr. González, que han sido ya aprovechadas por los biógrafos posteriores. En la *Antología del Centenario*, tomo I, segunda parte, se reprodujeron (páginas 425-487) los capítulos I, IV y V de las relaciones de Mier.

En la presente edición de la Casa Editorial-América reproducimos, sobre la primera de Monterrey de 1876, la *Apología* y relaciones escritas por el mismo Mier, y suprimimos las páginas complementarias escritas por el Dr. González. Aprovechamos asimismo —y las seguimos puntualmente en mucha parte— las noticias bibliográficas de Rangel en la *Antología del Centenario*, añadiendo algunas por nuestra cuenta.

II. Biografía de Mier

Nació en Monterrey, capital de Nuevo León, el 18 de octubre de 1765,[1] y murió en México el 3 de diciembre de 1827. Descendía por línea paterna de los duques de Granada y de los marqueses de Altamira, y por la materna, de los primeros conquistadores del Nuevo Reino de León. Comenzó sus estudios en su tierra natal, y a los diecisiete años —no sin vacilaciones— recibió, en la ciudad de México, el hábito de Santo Domingo. Siguió su carrera en el Colegio de Portacaeli, recibió las órdenes menores de subdiácono y diácono, fue regente o maestro de estudios, y, al fin, habiendo profesado el sacerdocio, era lector de Filosofía del Convento de Santo Domingo, y doctor en Teología, a los veintisiete años, con fama de gran predicador. Predicó en las honras fúnebres de Hernán Cortés (solemnidad anual del Ayuntamiento de México) en 8 de noviembre de 1794, y el 12 de diciembre del mismo año, a presencia de virrey y arzobispo, pronunció el célebre sermón sobre la Virgen de Guadalupe, de que arrancan sus infortunios. El arzobispo hizo predicar nominalmente contra el joven teólogo, que a poco fue aprisionado y procesado; se retractó "por no poder sufrir más la prisión", y no contento el arzobispo, hizo publicar en las iglesias un edicto en su

contra, y le desterró por diez años a la Península, con reclusión en el Convento de las Caldas, cerca de Santander, perpetua inhabilitación para enseñar, predicar y confesar, y privación del título de doctor. Conducido a Veracruz entre guardias, permanece enfermo de fiebre en la fortaleza de San Juan de Ulúa durante dos meses, y se hace a la mar en la fragata *La Nueva Empresa*, que llega a Cádiz en 1795. Encerrado en las Caldas, se fuga y es reaprehendido, y se le recluye en el Convento de San Pablo, de Burgos, hasta fines de 1796. Va a Madrid, pidiendo justicia del Consejo de Indias; se le ordena pasar a un convento de Salamanca; se desvía en el camino, y, preso nuevamente, es encerrado en el Convento de Franciscanos de Burgos; de donde se escapa con fortuna y se refugia en Bayona, Viernes de Dolores de 1801, vísperas de la célebre disputa con los rabinos, de que da noticia en sus relatos. En Bayona conoció a Simón Rodríguez, maestro de Bolívar, el Libertador. De allí, a Burdeos y a París, donde conoció al historiador Alamán, y donde, asociado a Simón Rodríguez, abre una academia de español, para cuyos estudios tradujo, dice, la *Atala*, que fue impresa bajo el seudónimo de Rodríguez ("Samuel Robinsón"). ¿Sería la traducción en realidad obra de Mier o sería de D. Simón Rodríguez? Cierta disertación sobre Volney le atrae las gracias del gran vicario, quien le encomendó la parroquia de Santo Tomás, rue Filies de Saint-Thomas, parroquia que hoy ya no existe. En 1802 parte para Roma, y el 6 de julio del siguiente año, el Papa le concede la secularización, con algunos honores. A pesar de lo cual, vuelto a España, es reaprehendido en Madrid por una sátira que, en defensa de México, escribió contra el autor del *Viajero universal*. Y es transportado a los Toribios de Sevilla en 1804, de donde escapa en 24 de junio, para ser reaprehendido en Cádiz y vuelto a su prisión. Se fuga y vive tres años en Portugal, donde Lugo, el cónsul español, lo hizo su secretario, y donde recibe el nombramiento de prelado doméstico de Pío VII, por la conversión de dos rabinos. En 1809, cuando la guerra de independencia en España, Mier es cura castrense y capellán del batallón de voluntarios de Valencia. En Belchite, los franceses le hacen prisionero; se fuga, como era de esperar, y el general Black pide para él una recompensa de la Junta de Sevilla. En 1811 la Regencia de Cádiz le concede una pensión anual de 3 000 pesos sobre la mitra de México, que no le es posible aceptar por ciertas incompatibilidades. Parte a Londres, conocido el levantamiento de Hidalgo, para propagar la idea de la independencia mexicana. Su estancia en Londres es otro de los momentos capitales de su vida: allí se comunica con Blanco White, espíritu de mayor alcance, aunque hombre de menor eficacia; allí conoció tal vez a Mina el Mozo, y entre los refugiados de España pudo ejercer ese dominio de los hombres que han probado la suerte. Él persuadió a Mina, él le acompaña en su expedición de 1817, y queda preso de los realistas en la rendición de Soto la Marina. Son poco leídas las *Memorias* de W. D. Robinson. De ellas tomo la descripción siguiente:

> Fueron llevados [los prisioneros] a Veracruz por el largo rodeo de Pachuca, a veinticinco leguas de la ciudad de México. Aunque iban a caballo, el peso de los hierros, lo largo de las jornadas, la falta de

alimentos sanos y el calor bochornoso les produjeron enfermedades y una extraordinaria debilidad. Algunos se desmayaban en el camino, y era preciso atarlos con cuerdas al caballo; otros deliraban y pedían la muerte a gritos; los restantes eran conducidos como un rebaño y, al fin de la jornada, alojados en sitios estrechos y llenos de inmundicia. No se les daba sino una escasa ración de malísimo alimento, que apenas podía sostener la vida. Siguiose a esto una debilidad mortal, y como no les era posible tener descanso, ya no les era dable soportar el peso de las cadenas. Pocos hubieran sobrevivido, si no hubiera sido por la humanidad de los habitantes.

Mier, conducido a la capital, sufrió una caída y se fracturó el brazo derecho. En México le esperaban los calabozos de la Inquisición; "ocurrencia notable —escribe el general Tornel—, porque fue, sin duda, el primer religioso dominico que los habitó". El 20 de mayo de 1820, al disolverse la Inquisición, no habían dado fin al proceso de Mier, quien, señalado como enemigo peligroso, fue enviado a España en el mes de julio y embarcado en diciembre. Pero no podía faltar a su hado, y en La Habana logró fugarse, pasando a los Estados Unidos, donde permaneció hasta el mes de febrero de 1822. México era ya independiente. La suerte de Mier quiso que éste, de regreso a México, todavía cayera en poder del general Dávila, en San Juan de Ulúa, de donde al fin pudo sacarlo el primer Congreso Constituyente. Mier era diputado por su Estado natal. Cuando, en junio, logra llegar a México, Iturbide se había declarado emperador. Mier, en audiencia personal, censura su conducta. El 28 de agosto es aprisionado con otros diputados, sospechosos de conspiración contra el imperio. El 11 de febrero de 1823 lo liberta la sublevación republicana. El 13 de diciembre de 1823 pronuncia en el Congreso su discurso "de las profecías", en que mantiene la necesidad de un Gobierno republicano central, o al menos de federalismo templado.[2] El primer presidente, Guadalupe Victoria, le da alojamiento en el Palacio Nacional, y vive en adelante de la pensión del Estado. "El presidente Victoria —cuenta Tornel— escuchaba con mucha paciencia sus impertinencias."[3]

La vida de Fray Servando aparece bajo una luz fantástica. Su muerte también. El 15 de noviembre de 1827, seguro de su próxima muerte, convida personalmente a sus amigos para el Viático, que recibiría al día siguiente. El Viático le fue llevado entre honores militares, colegios y comunidades y multitudes de pueblo. Ofició el Ministro de Justicia Ramos Arizpe, y Mier tuvo todavía tiempo de hacer un discurso en defensa de su vida. Estos hombres simbólicos, como Mier, como Blanco White, como Newman, en quienes —en una o en otra forma— se opera la crisis de las nuevas ideas, escriben siempre apologías de su vida, y mueren con la inaplacable angustia de no haber sido bien comprendidos. Mier falleció el 3 de diciembre, a las cinco y media de la tarde. El general Bravo, Vicepresidente de la República, presidió su duelo.

III. Bibliografía[4]

1. *Sermón* sobre la Virgen de Guadalupe, pronunciado en 12 de diciembre de

1794. Publicólo J. E. Hernández y Dávalos en su *Colección de documentos para la historia de la guerra de la independencia de México*, III, México, 1879. (En la Biblioteca Nacional de París existe un manuscrito que contiene una censura de este sermón: *Collec. Goupil-Aubin*, núm. 72, II, p. 434, núm. 270: *Critique d'un sermon sur Notre Dame de Guadalupe et divers autres sujets*, 1794-1795.)

2. *Proclama de los valencianos del ejército de Cataluña a los del ejército de Valencia*, Valencia, Monfort, 1811. Cítalo J. M. Beristáin y Souza en su *Biblioteca hispano-americana septentrional*, México, 1816-1821, artículo "Mier (D. Servando)". Imprimióse trunca "por haber variado las circunstancias", dice Monfort.

3. *Cartas al Dr. Juan Bautista Muñoz sobre la tradición de Nuestra Señora de Guadalupe, escritas desde Burgos, año de 1797*, México, Imprenta de El Porvenir, 1875. Reimpresas en la *Colección* de Hernández y Dávalos, III, y también en el tomo IV, primera parte, de las *Obras completas* del Dr. J. E. González, Monterrey, edición del Periódico Oficial, 1887.

4. *Carta a El Español* (periódico que publicaba en Londres Blanco White). Publicóse en el *Semanario Patriótico y* también en el número 6 de los *Documentos para la historia del Imperio mexicano*, de Bustamante. Esta y otra carta a *El Español* fueron reimpresas en el tomo IV, segunda parte, de las *Obras completas* del Dr. J. E. González, Monterrey, 1888. Mier las firma con el seudónimo "Un Americano". La primera va seguida de catorce notas y la segunda de doce notas, todas de mano de Mier. De estas cartas existe además una edición londinense.

5. *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac, o verdadero origen y causas de ella, con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813... Escribíala D. José Guerra, doctor de la Universidad de México*, Londres, Guillermo Glindon, 1813, dos volúmenes. Perdida en un naufragio la mayor parte de la edición, quedan de esta obra escasos ejemplares: uno en la Biblioteca Nacional de México, otro en la de Guadalajara (México). Por los años de 1907 procuraron su reimpresión los alumnos de Historia Patria de la Escuela Preparatoria, siendo profesor D. Carlos Pereyra; pero los azares del tiempo hicieron fracasar el proyecto. "El inglés Walton —dice Mier— me robó la *Historia de la revolución de México* en sus *Dissentions of Spanish America*."

6. *Memoria político-instructiva, enviada desde Filadelfia, en agosto de 1821, a los jefes independientes del Anáhuac, llamado por los españoles Nueva España*, Filadelfia, Juan F. Hurtel, 1821. Reimpresa en México, Mariano Ontiveros, 1822.

7. *Breve relación de la destrucción de las Indias Occidentales presentada a Felipe II, siendo príncipe de Asturias, por don fray Bartolomé de Las Casas, de la Orden de Predicadores, obispo de Chiapa*, Filadelfia, Juan F. Hurtel, 1821, 16º, XXXV + 165 páginas. En la primera hoja se lee: *Discurso preliminar del doctor Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra.* Esta publicación forma parte de la propaganda de Mier. Sobre su posición respecto a Las Casas y la

introducción de negros en América, véase Alamán, *Disertaciones*, I.

8. *Discurso* que el día 13 de diciembre del presente año de 1823 pronunció el Dr. D. Servando Teresa de Mier, diputado por Nuevo León, sobre el art. 5º del Acta Constitutiva, México, Martín Rivera, 1823.

9. *Discurso sobre la encíclica del Papa León XII*, por Servando Teresa de Mier, quinta edición, revisada y corregida por el autor, México, Imprenta de la Federación, año 1825.

10. *Apología* del Dr. Mier, con algunas relaciones de su vida. Es la obra que aquí se reimprime, y de cuyas circunstancias se da cuenta en el párrafo relativo.

11. A lo anterior habría que añadir la primera traducción al español de la *Atala*, de que él mismo nos da noticia en sus *Memorias*. No he podido hallarla en México, ni en París, donde se hizo. Acaso se publicó en edición escolar limitada.[5]

OBRAS DE CONSULTA: W. D. Robinson, *Memorias de la revolución de Méjico y de la expedición del general D. Francisco Javier Mina... escritas en inglés...* y traducidas por José Joaquín de Mora, Londres, R. Ackermann, 1824, capítulo IV; obra reimpresa en París, J. L. Ferrer, 1888 (Imprenta de L. Tasso Serra, Barcelona), cuya edición inglesa es de Londres, Macdonald and Sons, 1821. *El Sol*, números 1 633, 1 640, 1 650 y 1 661, de noviembre y diciembre de 1827. C. M. Bustamante, *Cuadro histórico de la Revolución mexicana*, 1843-1845, tomo I, páginas V y I; tomo II, p. 188; tomo IV, páginas 325, 356-357, 364-365; y del mismo, *Diario histórico*, Zacatecas, 1896, páginas 58-59, 376, 395, 412, 434 y otras. L. Alamán, *Historia de México*, tomo III, páginas 64-65; tomo IV, páginas 552, 568, 593 y 705. J. M. L. Mora, *Obras sueltas*, tomo II, "Necrología de Mier". Hernández y Dávalos, *Colección de documentos*, tomo VI. E. del Castillo Negrete, *Galería de oradores de México en el siglo XIX,* tomo I, capítulo I. F. Pimentel, *Novelistas y oradores mexicanos*, capítulo XI. J. E. González, *Biografía del doctor Mier* (citada al comienzo de este prólogo). A. Horta, *Mexicanos ilustres*, artículo "Mier". F. Sosa, *Las estatuas de la Reforma*, artículo "Mier". Anónimo (Dr. Orellana), *Apuntes biográficos de los trece religiosos dominicanos que, en estado de momias, se hallan en el osario de su convento de Santo Domingo*, México, 1861, artículo "Mier". *Antología del Centenario*, por Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel, tomo I, primera parte, páginas CLXIX a CXCVI del "Estudio preliminar", de Urbina, y tomo I, segunda parte, páginas 417 a 424 de la "Biografía, bibliografía e iconografía" escritas por Rangel. El "Estudio preliminar" de Urbina ha sido reimpreso recientemente en Madrid, 1917, en un *in* 8º de 282 páginas, bajo el título, *La literatura mexicana durante la guerra de la Independencia*. D. Genaro Estrada, de México, prepara un estudio sobre la vida y las obras de Mier, que aprovechará y mejorará seguramente lo que ya hay escrito.

IV. ICONOGRAFÍA

En la citada *Antología del Centenario*, México, 1910, tomo I, segunda parte, p. 424, dice Rangel:

> La familia de D. José María del Río posee un retrato al óleo del Dr. Mier. Este retrato ha sido reproducido varias veces: puede verse en el *Álbum mexicano* publicado por C. L. Prudhomme, México, 1843 (litografía de Thierry Frères, París), en la *Galería de oradores* de Castillo Negrete, tomo I, y en *México a través de los siglos*, tomo IV.
>
> En el Paseo de la Reforma, de esta capital, se colocó en 1894 una estatua de Mier, en bronce, modelada por el escultor Jesús Contreras.
>
> En el folleto *Apuntes biográficos de los trece religiosos dominicanos*, aparece una estampa litografiada de la momia del Dr. Mier.

V. La época de Fray Servando

En tres periodos puede dividirse la vida de Fray Servando, claramente deslindados por la larga ausencia de su patria.

1. Hasta 1795 es, en México, un precursor de la independencia, y entonces, como define Mora con su claridad habitual, "salió desterrado de su patria por haber procurado destruir, aunque no por el camino más acertado, el título más fuerte que en aquella época tenían los españoles para la posesión de estos países, a saber: la predicación del Evangelio". Su ansia de independencia, por una de esas traslaciones de conceptos que son tan frecuentes en la génesis de las ideas nacionales, cuajó en un extraño símbolo teológico, que hoy puede parecernos risible; que tiene —léase atentamente su *Apología*— toda la traza de una feliz ocurrencia aceptada a última hora para improvisar un discurso original, y que, sin embargo, se apoderará de su espíritu hasta la muerte: "La Virgen de Guadalupe —mantiene Mier— había tenido culto en el cerro del Tepeyac, desde antes de la conquista, cuando Santo Tomás apóstol, bajo el nombre de Quetzalcóatl, predicó en México el Evangelio; la Virgen no está pintada en la capa del indio Juan Diego, sino en la de Santo Tomás".[6]

Un día se emancipan las colonias. El sentido nacional es de creación interna, pero recibe también orientaciones de fuera. La gran revolución europea y la emancipación de los Estados Unidos aclararon las ansias de los americanos. Quien recorra la historia de nuestras revoluciones, desde el pronunciamiento de Cortés con que da comienzo la conquista, hasta las últimas persecuciones de extranjeros, inevitables en toda turbulencia civil, ve crecer, rectificándose y torciéndose, la idea nacional, como se miran correr las aguas de un río. Por la época en que abre los ojos Fray Servando, la nebulosa comienza a resolverse. La expulsión de los jesuitas (1767), como todo remedio desesperado, causa mucho daño. Con ella se corta esa tradición retórico-humanística que vio nacer el siglo XVIII, y cuyas principales figuras son Abad y Alegre. Pero, sobre todo, ya es posible una revolución, porque ya son varias las clases descontentas; ya hay quien dirija y quien ejecute: la población blanca mexicana se ha diferenciado de

la española y prohíja las reclamaciones del indio. Hay extrañas conspiraciones, cuyos pormenores se pierden en el dédalo de la administración colonial, e incongruentes estallidos de cólera: "la irritación y el furor sin saber por qué —escribe Mora— y en todas partes el lúgubre y terrible grito de *mueran, mueran*". Los descontentos contaban ahora con un aliado poderoso: el clero. El clero, a quien en Europa ya era posible desdeñar, pero no todavía en América. Y Carlos III no lo sabía. No era extraño que en la clase sacerdotal se educasen hombres como Mier y como Talamantes. En 1783, el conde de Aranda considera inminente la independencia de la América española, y la aconseja al monarca. En 1786, el virrey Gálvez observa una política ambigua y acaso separatista. La ingenua conspiración de los *machetes* debe interpretarse como un síntoma: desde el clero y la población blanca hasta el más oscuro proletario, todos quieren sublevarse, aun cuando no sepan bien lo que quieren. El día que las combinaciones de la política napoleónica sugieren el pretexto de ofrecer a Fernando VII un reino sin "mancha constitucional", el día en que un sacerdote congrega a vuelo de campana a la plebe hambrienta, se desata la guerra.

2. En el segundo periodo de su vida, es Fray Servando un desterrado. Como el Bolívar de Montalvo, este hijo del Nuevo Mundo corría la Europa poseído de una indefinible inquietud: "De ciudad en ciudad, de gente en gente: ni el estudio le distrae, ni los placeres le encadenan, y pasa y vuelve, y se agita como la pitonisa atormentada por un secreto divino". Su impulso revolucionario se rectifica y se depura en el ambiente europeo; nuevos sufrimientos fertilizan su mente; contempla a su patria desde lejos —que es una manera de abarcarla mejor—, y la intensa atmósfera de Londres saca nuevos rayos de su voluntad. Es la época de las Cortes de Cádiz, es la época de Blanco White, cuya vida es una enseñanza y un reflejo vivo de los tiempos: su alma —dice de éste un biógrafo inglés— era el campo en que el escepticismo y la fe libraban sus eternos combates. Viven los hombres de esta edad en una como perpetua crisis. Afortunados los que, como Fray Servando, hallaron en la previsión de la patria una ley a cuya virtud sujetar las inarmonías y contradicciones de la suerte.

Entretanto, en México cunde la revolución. Las ideas de soberanía nacional emigran desde Cádiz, cuando ya hasta las clases más ricas, que son las más conservadoras, están en abierta competencia con el elemento español. Los últimos virreyes se escabullen entre compromisos y aprietos, y poco a poco el Acuerdo de oidores se hace representante de la idea española, y en el Ayuntamiento de México se incorpora la idea de emancipación. Y aquí la triste historia del Licenciado Verdad. Cuando estalla la guerra definitiva, durante medio año se la puede seguir con facilidad, porque es continua y organizada. Después brilla como fuego fatuo, aparece y desaparece por mil partes a un tiempo; a veces se dijera que la han sofocado para siempre. Uno de esos fuegos

fue la rápida e infortunada expedición de Mina, con la que volvió a su suelo el P. Mier. Y sólo la tenacidad de Guerrero, metido en sus montañas del Sur, parece una llama perenne. Cuando el fuerte brazo de Guerrero se gobierne por la inteligencia de Iturbide, la independencia quedará consumada.

3. Por diez años quiso desterrarle de México el arzobispo Núñez de Haro, y por más de veinte le desterró su fortuna. Su vuelta a México coincide casi con la consumación de la independencia. Mier representa entonces las primeras vacilaciones de la era constitucional. Él, tan entusiasta, tan arrebatado, al parecer, da una nota de gravedad, de templanza: huye del error imperialista y también se aleja de los desenfrenos de la anarquía. A los que proponen desde luego la fórmula federal, les contesta con una claridad campesina que desconcertaba al crítico Pimentel: "Háganse bajar cien hombres de las galerías, pregúnteseles qué casta de animal es la república federada, y doy mi pescuezo si no responden treinta mil desatinos". Y añade, refiriéndose a los Estados Unidos:

> La prosperidad de esta vecina república ha sido y está siendo el disparador de nuestras Américas, porque no se ha ponderado bastante la inmensa distancia que media entre *ellos y nosotros*. Ellos eran ya Estados separados e independientes unos de otros, y se federaron para unirse contra la oposición de Inglaterra; federarnos nosotros, estando unidos, es dividirnos y atraernos los males que ellos procuraron remediar con esa federación.

La gran locura y la gran cordura suelen avenirse paradójicamente: el predicador del 12 de diciembre es el orador del discurso de las profecías. Su muerte señala el comienzo de una larga convulsión nacional.

Pero la opinión popular es un hecho como cualquier otro. Taine —que ha envejecido tanto— decía que un pueblo puede declararse por la forma de gobierno que más le agrada, pero no por la que más le conviene. Y ¿qué valor concederemos entonces al hecho político, innegable, de la preferencia popular? Los *jacobinos*, como ya les llamaba Mier, tenían también sus buenas razones. Estaba en lo justo Lorenzo de Zavala: la opinión general del país pedía federación.

—Pero, ¿qué casta de animal es la república federada? De mitologías como ésta, oh Fray Servando, se trama la vida política de los pueblos.

V. El recuerdo de Fray Servando

Más de sesenta años vivió Mier, y la mitad de su vida la pasó perseguido. Para uno de los biógrafos, en bellas páginas que le dedica, la "inadaptación" del P. Mier comienza con los votos. "Para él —dice otro biógrafo— los votos eran impracticables, las tentaciones muchas..."

El Dr. Mora toca en lo vivo cuando dice que las persecuciones no sólo las

sufrió con resignación y constancia, sino también con alegría. Algo como una alegría mística le acompaña en sus infortunios, y aprovecha todas las ocasiones que encuentra para combatir. Es ligero y frágil como un pájaro, y ofrece esa fuerza de *levitación* que creen encontrar en el santo los historiadores de los milagros. Usa de la evasión, de la desaparición, con una maestría de fantasma, y algo de magia parece flotar por toda su historia. Más de una vez el lector teme ser víctima de una mistificación. Y eso acontece con los hombres de naturaleza elocuente: ¡se mueven con tanta agilidad, piensan tan de prisa, hablan y escriben tan fácilmente! Por eso el P. Mier descubría siempre la hora inaplazable de la fuga; por eso se asimila al instante lo que lee y lo que oye; por eso se compromete tan sin reparo; finalmente, por eso es un escritor ameno. ¡Qué inmenso caudal de alegría para conservar el gusto de escribir, tras el aburrimiento de las prisiones y los sobresaltos de la fuga! Pero es ley de nuestra lengua que la cárcel hace los buenos libros.

Y para que se vea lo contradictorio del hombre, recuérdese que W. D. Robinson habla de "su natural timidez": ¡él, que era capaz de revolver una sinagoga! Recuérdese que Bustamante le pinta como hombre fácil de engañar: ¡él, que era tan malicioso a veces! "Soy también sencillo —dice Mier—; me ha cabido esta pensión de los grandes ingenios, aunque yo no lo tenga."

Bustamante, historiador ligero, suele ser testigo divertido. "El único crimen que había en Mier —dice— es fugarse, y éste lo era personalísimo e incomunicable a otros." Cuando Iturbide quiere hacerse ungir:

> El Padre Mier, para quitarle de la cabeza tan ridícula pretensión, le dijo que los ingleses habían hecho una caricatura en que pintaron a Pío VII ungiendo a Bonaparte, en actitud de mojar el hisopo en aceite; pero quien servía la ánfora era el diablo, y se leía en el vaso de óleo este letrero: *Vinagre de los cuatro ladrones;* mas nada de esto bastó: él se hizo ungir.

Más tarde (11 de febrero de 1823): "El P. Mier charla en la Inquisición como una cotorra. Cuando se le dijo que de orden de Su Majestad Imperial estaba comunicable, respondió: *Dígale usted que ya sé todo lo que ha pasado; que se vaya al cuerno, que eso se llama tener miedo*". Otra vez el P. Mier se opone a que llamen *Regencia* a cierta Junta de gobierno, "porque ni había rey, ni permitiera Dios que lo hubiese". El 1º de abril de 1823, exclama Bustamante con satisfacción: "Ya tenemos Gobierno". Y continúa: "Yo vi correr dos hilos de los ojos del P. Mier; tal escena me trastornó y me hizo recordar los torrentes que ha derramado este anciano venerable, por la gloria y libertad de un pueblo que tan justamente le adora".

Con esta naturaleza sensible y contradictoria y esa vivacidad excesiva, el P. Mier habría sido un estrafalario, si las persecuciones no lo hubieran engrandecido, y la fe en la patria no lo hubiera orientado.

Fácilmente se le imagina, ya caduco, enjuto, apergaminado, animándose todavía en las discusiones, con aquella su "voz de plata" de que nos hablan los contemporáneos; rodeado de la gratitud nacional, servido —en Palacio— por la tolerancia y el amor, padrino de la libertad y abuelo del pueblo. Acaso entre sus devaneos seniles se le ocurriría sentirse preso en la residencia presidencial, y, llevado por su instinto de pájaro, se asomaría por las ventanas, midiendo la distancia que le separaba del suelo. Acaso amenizaría las fatigas del amable general Victoria con sus locuras teológicas. Y de cuando en cuando, al acordarse de sus pasadas luchas, que eran la imagen de la patria, temblarían en sus mejillas dos hilos de lágrimas.

En la historia de nuestras letras es tan señalado como en nuestra historia política. Su tierra natal no ha producido hombre más notable. En los buenos tiempos del doctor González, el estado de Nuevo León conservaba todavía la imprenta de Fray Servando.

JUSTO SIERRA Y LA HISTORIA PATRIA*

TODOS los mexicanos veneran y aman la memoria de Justo Sierra. Su lugar está entre los creadores de la tradición hispanoamericana: Bello, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí, Rodó. En ellos pensar y escribir fue una forma del bien social, y la belleza una manera de educación para el pueblo. Claros varones de acción y de pensamiento a quienes conviene el elogio de Menéndez y Pelayo:

> comparables en algún modo con aquellos patriarcas... que el mito clásico nos presenta a la vez filósofos y poetas, atrayendo a los hombres con el halago de la armonía para reducirlos a cultura y vida social, al mismo tiempo que levantaban los muros de las ciudades y escribían en tablas imperecederas los sagrados preceptos de la ley.

Tales son los clásicos de América, vates y pastores de gentes, apóstoles y educadores a un tiempo, desbravadores de la selva y padres del Alfabeto. Avasalladores y serenos, avanzan por los eriales de América como Nilos benéficos. Gracias a ellos no nos han reconquistado el desierto ni la maleza. No los distingue la fuerza de singularidad sino en cuanto son excelsos. No se recluyen y ensimisman en las irritables fascinaciones de lo individual o lo exclusivo. Antes se fundan en lo general y se confunden con los anhelos de todos. Parecen gritar con el segundo Fausto: "Yo abro espacios a millones de hombres". Su voz es la voz del humano afecto. Pertenecen a todos. En su obra, como en las fuentes públicas todos tienen señorío y regalo.

El último retrato de Justo Sierra, comunicado desde Europa a las hojas periódicas nos lo presenta como era: un gigante blanco. De corpulencia monumental, de rasgos tallados para el mármol, su enorme bondad hacía pensar a Jesús Urueta en aquellos elefantes a quienes los padres, en la India, confían el cuidado de los niños. De los jóvenes era el tutor natural y entre los ancianos era el más joven. Viéndole mezclarse a la mocedad, los antiguos hubieran dicho que desaparecía, como el dios Término, entre el revoloteo de las Gracias: y viéndole guiar a los otros, a veces con sólo la mirada o con la sonrisa, lo hubieran comparado con Néstor, de cuyos labios manaban la sabiduría y la persuasión. Todo él era virtud sin afectaciones austeras, autoridad sin ceño, amor a los hombres, comprensión y perdón, orientación segura y confianza en el bien que llegaba hasta la heroicidad. Cierto buen estilo zumbón y la facilidad en el epigrama sin hiel disimulaban, para hacerla menos vulnerable, su ternura.

Su obra de escritor asciende de la poesía a la prosa, donde se realiza plenamente para conquistar el primer lugar en nuestras letras: desde la dulzura de las *Playeras* —la canción de pájaro hija de los trinos de Zorrilla—, pasando por los arrobamientos de la "donna angelicata" que irradian en los *Cuentos románticos*, hasta los vastos alientos del historiador, con aquellos últimos

estallidos de un genio que se derrotaba a sí mismo en reiteradas apoteosis de entusiasmo. En él se descubre aquella dualidad propia de los apostolados amables. Tiene lo hercúleo y lo alado, como los toros de Korsabad; y se desarrolla ensanchándose como el abrazo de una ola. Del lirismo algo estrecho de su juventud, su poesía se expande a las elocuencias que tanto le censuraba el ingenioso Riva Palacio. Y si su poesía pierde con ello, es porque no ha podido adaptarse al crecimiento del hombre interior. Justo Sierra, entonces, ya no puede cantar en verso: se ahoga en la plétora. Ha brotado en él un atleta de la simpatía humana y del entusiasmo espiritual. El verso se alarga y contorsiona y se vuelve prosa. Conserva de la poesía la emoción cargada, el gusto dispuesto, la siempre fresca y sana receptividad de la belleza. Pero se desborda sobre la historia, el amor y el afán de todos los hombres, para compartir sus fatigas y sus regocijos con tan intenso *pathos* y tan honda potencialidad, que acuden al lector las palabras temblorosas de Eneas: "Aquí tienen premio las virtudes, lágrimas las desgracias, compasión los desastres".

Crítico literario un día, su legado es breve, brevísimo, y en esto como en muchas cosas se manifestó por un solo rasgo perdurable: el prólogo a las poesías de Gutiérrez Nájera. Allí la explicación del afrancesamiento en la lírica mexicana, la defensa del Modernismo, todo lo cual está tratado al margen de las escuelas y por encima de las capillas. Entre sus contemporáneos no hay crítica que la iguale, y dudo que la haya entre los posteriores, aun cuando algo se ha adelantado. El solo estilo de aquel prólogo ostenta lujos hasta entonces desconocidos entre nosotros; las imágenes tienen vida; las frases, nerviosos resortes; el paréntesis, sabrosa intención; la digresión, un encanto que hace sonreír. Se siente el temor de profanar la tumba recién sellada del amigo. En torno a Gutiérrez Nájera, unos cuantos trazos fijan nuestra historia literaria. Sobre el mismo Gutiérrez Nájera, no creo que pueda decirse más ni mejor.

Su estilo, después, gana en fuerza y en sobriedad. Renuncia a la sonrisa y a la gracia turbadora. Va en pos de la cláusula de oro, esculpe sentencias. Es ya el estilo, como lo quería Walter Pater, para seducir al humanista saturado de literatura, reminiscencias, casos y cosas. Su oratoria, aun en los discursos oficiales, está cruzada por todas las preocupaciones filosóficas y literarias de su tiempo. Es el primero que cita en México a D'Annunzio y a Nietzsche. En sus discursos hay un material abundante de estudios y meditaciones, y el mejor comentario acaso sobre sus empeños de educador. En la obra histórica a que estas palabras sirven de prólogo, el estilo, sin bajar nunca en dignidad, revela por instantes cierto apresuramiento, no repara en repeticiones cercanas, amontona frases incidentales, a veces confía demasiado el sujeto de los periodos a la retentiva del lector. El autor parece espoleado por un vago presentimiento, por el afán de sacar cuanto antes el saldo de una época cuyo ocaso hubiera adivinado. Pero si hay momentos en que escribe de prisa, puede decirse que afortunadamente siempre pensó despacio. Todo lo cual comunica a la obra cierto

indefinible ritmo patético.

El escritor padeció sin duda bajo el peso de sus labores en el Ministerio de Instrucción Pública. Su nombre queda vinculado a la inmensa siembra de la enseñanza primaria que esparció por todo el país. Continuador de Gabino Barreda —aquel fuerte creador de la educación laica al triunfo de Benito Juárez, triunfo que vino a dar su organización definitiva a la República—, Justo Sierra se multiplicó en las escuelas, como si, partido en mil pedazos, hubiera querido a través de ellas darse en comunión a las generaciones futuras. Hacia el final de sus días, coronó la empresa reduciendo a nueva armonía universitaria las facultades liberales dispersas, cuya eficacia hubiera podido debilitarse en la misma falta de unidad, y complementó con certera visión el cuadro de las humanidades modernas. Puede decirse que el educador adivinaba las inquietudes nacientes de la juventud y se adelantaba a darles respuestas. El positivismo oficial había degenerado en rutina y se marchitaba en los nuevos aires del mundo. La generación del Centenario desembocaba en la vida con un sentimiento de angustia. Y he aquí que Justo Sierra nos salía al paso, como ha dicho uno de los nuestros —Pedro Henríquez Ureña— ofreciéndonos "la verdad más pura y la más nueva".

> —Una vaga figura de implorante —nos decía el maestro— vaga hace tiempo en derredor de los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial: la Filosofía, nada más respetable ni más bello. Desde el fondo de los siglos en que se abren las puertas misteriosas de los santuarios de Oriente, sirve de conductora al pensamiento humano, ciego a veces. Con él reposó en el estilóbato del Partenón que no habría querido abandonar nunca; lo perdió casi en el tumulto de los tiempos bárbaros, y reuniéndose a él y guiándole de nuevo, se detuvo en las puertas de la Universidad de París, el *Alma mater* de la humanidad pensante en los siglos medios. Esa implorante es la Filosofía, una imagen trágica que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija lo único que vale la pena de verse en este mundo: lo que no acaba, lo que es eterno.

De esta suerte, el propio Ministro de Instrucción Pública se erigía en capitán de las cruzadas juveniles en busca de la filosofía, haciendo suyo y aliviándolo al paso el descontento que por entonces había comenzado a perturbarnos. La Revolución se venía encima. No era culpa de aquel hombre: él tendía, entre el antiguo y el nuevo régimen, la continuidad del espíritu, lo que importaba salvar a toda costa, en medio del general derrumbe y de las transformaciones venideras.

Yo no lo encontré ya en la cátedra, pero he recogido en mis mayores aquella sollama del fuego que animaba sus explicaciones orales y que trasciende vívidamente hasta sus libros. Ya dejé entender que el historiador fue, en él, un crecimiento del poeta, del poeta seducido por el espectáculo del vigor humano que se despliega a través del tiempo. Romántico por temperamento y educación, para él seguía siendo la Revolución francesa, clave de los tiempos modernos, la hora suprema de la historia. Éste era el capítulo que estaba siempre dispuesto a comentar, la lección que tenía preparada siempre. En lo que se descubren sus preocupaciones de educador político. Aquí convergían las enseñanzas de los siglos, heredadas de una en otra época como una consigna de libertad.

El alumno, entregado a las apariciones que él iba suscitando a sus ojos, confiándose por las sendas que él le iba abriendo en los campos de la narración, al par que escuchaba un comentario adecuado y caluroso sufría el magnetismo de los pueblos, y le parecía contemplar panorámicamente (como por momentos se ven los guerreros de la *Ilíada*) el hormiguero de hombres que se derraman de Norte a Sur, el vuelo de naves por la costa africana, que más tarde se desvían con rumbo al mar desconocido. El maestro creía en el misticismo geográfico, en la atracción de la tierra ignota, en el ansia de encontrar al hombre austral de hielo o al hombre meridional de carbón con que soñaban las naciones clásicas; en el afán por descubrir las montañas de diamante, las casas de oro y de marfil, los islotes hechos de una sola perla preciosa, centellantes hijos del Océano, con que soñaba la gente marinera en la Era de los Descubrimientos. El imán de la escondida Tule, como en Séneca; el imán de las constelaciones nuevas, como en Heredia, también han sido motores de la historia. Los aventureros que buscaban la ruta de las especias saludaban con igual emoción la gritería de las gaviotas que anunciaban la costa o la deslumbrante Cruz del Sur que parece cintilar, como augurio, desde los profundos sueños de Dante. La historia se unificaba en el rumor de una gigantesca epopeya; la tierra aparecía abonada con las cenizas de sus santos y de sus héroes; los pueblos nacían y se hundían, bañados en la sangre eficaz. Así el relato se enriquecía con las calidades de evocación e interpretación de aquel estupendo poeta que, para mejor expresarse, había abandonado el silabario del metro y de la rima. Maestro igual de historia humana ¿cuándo volveremos a tenerlo?

Evocación e interpretación, la poesía de la historia y la inteligencia de la historia: nada faltaba a Justo Sierra. Su mente es reacia al hecho bruto. Pronto encuentra la motivación, desde el estímulo puramente sentimental hasta el puramente económico, pasando por el religioso y el político. La historia no es sólo una tragedia, no le basta sacudir la piedad y el terror de los espectadores en una saludable *catharsis*. La historia es un conocimiento y una explicación sobre la conducta de las grandes masas humanas. A ella aporta Justo Sierra una información sin desmayos, y un don sintético desconcertante en los compendiosos toques de su estilo. Así, en la historia mexicana, resuelve en un instante y con una lucidez casi vertiginosa algunos puntos que antes y después de él han dado asunto a disquisiciones dilatadas. La densidad de la obra, el gran aire que circula por ella, la emparientan con las altas construcciones a la manera de Tocqueville. Justo Sierra descuella en la operación de la síntesis, y la síntesis sería imposible sin aquellas sus bien musculadas facultades estéticas. La síntesis histórica es el mayor desafío a la técnica literaria. La palabra única sustituye al párrafo digresivo; el matiz de certidumbre —tortura constante de Renan— establece la probidad científica; el hallazgo artístico comunica por la intuición lo que el entendimiento sólo abarcaría con largos rodeos. Dentro de las dimensiones modestas de un libro de texto, la *Historia general* de Justo Sierra

acumula una potencia de veinte atmósferas. Sólo peca por superar la capacidad media de los lectores a quienes se destina. En verdad, obliga a detenerse para distinguir todos los colores fundidos en el prisma. Como diría Victor Hugo (evocación grata a Justo Sierra), el escritor suscita una tempestad en el tintero. Y como la buena prosa nos transporta en su música, todavía recuerdo que, en mis tiempos, los muchachos de la preparatoria —sin duda para esquivar el análisis— se entregaban a las facilidades de la memoria y dejaban que se les pegaran solos aquellos párrafos alados. Tal vez la *Historia general*, para los fines docentes, necesita de la presencia de Justo Sierra, como la universidad por él fundada —y entregada después a tan equívocos destinos— lo necesitaría en su gobierno.

A menos que sea un inventario de hechos inexpresivos, el ensayo histórico deja traslucir, consciente o inconscientemente, el ángulo de visión del historiador y el lenguaje mental de su época, visión y lenguaje que contienen una representación del mundo. Toda verdadera historia, dice Croce, es contemporánea; aparte de que es un vivir de nuevo, en esta época, el pasado de la humanidad. Pero, dentro de este imperativo psicológico, cabe encontrar una temperatura de ecuanimidad y equilibrio que, sin disimular las inclinaciones filosóficas del autor, alcance un valor de permanencia, de objetividad, de verdad; un planteo honrado de los problemas que hasta deje libertad al disentimiento de los lectores; y más si se acierta con los pulsos esenciales en la evolución de un pueblo, como acontece con Justo Sierra cuando construye la historia de la patria.

En Justo Sierra, el historiador de México merece consideración especial.

"Nos quedan —decía Jesús Urueta— sus fragmentos venerables de historia patria, tan llenos de ciencia, de arte y de amor, entre los que sobresale un tomito para los niños, que si para éstos es un encanto, es una joya para los viejos."

Este juicio sería impecable si la palabra "fragmento" no indujera a error, por cuanto parece significar que se trata de una obra incompleta, y si el giro mismo de las frases no pareciera dar preferencia sobre la *Evolución política del pueblo mexicano* a cierto epítome infantil.

Verdad es que este epítome es un libro de calidad rara y acaso único en su género. Como toda obra de sencillez, es la prueba de un alto espíritu. Enseñar la historia a los niños como él la enseña, sin acudir a los recursos tan amenos como dudosos del "salto de Alvarado" y el llanto de la "noche triste", es tener más respeto para el alma infantil del que suelen tener las madres que educan a sus criaturas con la superstición y el miedo; sortear el escollo de la indecisión y dar la verdad averiguada, imbuida de amor al propio suelo, es tener el mejor título a la gratitud nacional. Aun en las leyendas que acompañan a las láminas del epítome hay lecciones de evidencia histórica y enseñamientos intachables.

Pero nada es comparable a la majestuosa *Evolución política del pueblo mexicano*. Esta obra se publica ahora por primera vez en volumen aislado, desprendiéndola de la colección de monografías escritas por varios autores, en que antes apareció y en que era ya prácticamente inaccesible. Dicha colección de

monografías históricas sobre múltiples aspectos de la vida nacional, y confiadas a diversos especialistas (parangón moderno del antiguo *México a través de los siglos*, en cinco abultados volúmenes), lleva el título de *México, su evolución social*, y fue editada en México por J. Ballescá y Cía., entre los años de 1900 a 1902, en tres gruesos infolios profusamente ilustrados al gusto de la época, que dista mucho de satisfacer a los lectores actuales. El tomo I consta de dos volúmenes; el primero de 416-IV pp., es de 1900; y el segundo, que va de la p. 417 a la 778, de 1902; en tanto que el tomo II, de 437 pp., apareció en 1901. El primer volumen anuncia como autores a los ingenieros Agustín Aragón y Gilberto Crespo Martínez; licenciados Ezequiel A. Chávez, Miguel S. Macedo, Pablo Macedo, Emilio Pardo, Genaro Raigosa, Manuel Sánchez Mármol y Eduardo Zárate; doctor Porfirio Parra; general Bernardo Reyes; magistrado Justo Sierra y Julio Zárate; director literario, el mismo Justo Sierra, y director artístico Santiago Ballescá. En los sucesivos volúmenes se suprimen los nombres de Emilio Pardo y Eduardo Zárate, y se añaden los del diputado Carlos Díaz Dufoo y el licenciado Jorge Vera [Estañol]. —La sola designación de títulos profesionales y aun de cargos políticos es impertinente al objeto de la publicación. Los inacabables subtítulos de la portada, entre los cuales algunos más bien parecen reclamos mercantiles ("Inventario monumental que resume en trabajos magistrales los grandes progresos de la nación en el siglo XIX"... "Espléndida edición, profusamente ilustrada por artistas de gran renombre", etc.), dan a la publicación un aire provinciano, a pesar del lujo material que no llega nunca a la belleza, a pesar del rico papel satinado y del claro tipo de imprenta: Ballescá, el editor del régimen, no escatimaba gastos. En la impresión misma se descubren erratas y descuidos. Los retratos son arbitrarios e impropios de un libro histórico de estos vuelos. La enormidad de los tomos los hace de difícil manejo; su precio los hace inaccesibles. Con buen acuerdo, Pablo Macedo se apresuró a publicar por separado y en un libro seriamente impreso las tres monografías con que contribuyó a esta obra (*La evolución mercantil; Comunicaciones y obras públicas; La Hacienda pública*, México, Ballescá 1905, 4º, 617 pp. y finales). No se hizo así para la monografía de Justo Sierra, hasta ahora sepultada en aquella primitiva edición; o si ello llegó a intentarse, fue en forma fragmentaria y desautorizada, en un librillo ramplón que sólo contiene los primeros capítulos y no estaba llamado a circular debidamente (Madrid, Editorial Cervantes, ¿1917?). El ensayo completo de Justo Sierra, que ahora aparece con el nombre de *Evolución política del pueblo mexicano*, consta en *México, su evolución social*, tomo I, volumen 1º, pp. 33 a 271, bajo el título de *Historia política*, y en el tomo II, pp. 415 a 434, bajo el título: *La era actual*.

México, su evolución social es obra compuesta en las postrimerías del régimen porfiriano, para presentar el proceso del país desde sus orígenes hasta lo que se consideraba como la meta de sus conquistas. Pero las páginas de Justo Sierra (lo hemos adelantado al hablar de su estilo) se estremecen ya con un

sentimiento de previsión: se ha llegado a una etapa inminente; urge sacar el saldo, hay que preparar a tiempo el patrimonio histórico antes de que sobrevenga la sorpresa.

Dejando de lado las obras de mera investigación, tan eximias como las de José Fernando Ramírez, Icazbalceta u Orozco y Berra (éste ha envejecido por el adelanto ulterior de nuestra arqueología); exceptuando los ensayos históricos de otro carácter, destinados a otros fines y que no podrían ofrecerse como síntesis popular —tales los de Alamán o Mora—, la *Evolución política* ocupa un lugar único, a pesar del tiempo transcurrido desde el día en que se la escribió. A su lado, las demás obras de su género resultan modestas. Podrán complementarla en el relato de hechos posteriores —pequeño apéndice de tres o cuatro lustros sobre una extensión de más de cuatro siglos—, pero no logran sustituirla. Algunas de estas obras, al lado del Sierra, hasta parecen extravíos, sutilezas o divagaciones personales al margen de la historia, empeños violentos por ajustar nuestras realidades a una teoría determinada. Muchos han espigado en Sierra, pero exagerando hasta la paradoja lo que en él era un rápido rasgo expresivo. La sacudida revolucionaria acontecida después ejerce una atracción irresistible sobre los problemas inmediatos, invita a la propaganda y a la polémica, y puede perturbar el trazo de ciertas perspectivas fundamentales. Justo Sierra nos da la historia normal de México. Por su hermoso y varonil estilo, su amenidad, la nitidez de su arquitectura y su buena doctrina despierta el interés de todos, y está llamada a convertirse en lectura clásica para la juventud escolar y para el pueblo. No es una ciega apología; no disimula errores que, al contrario, importa señalar, a algunos de los cuales por primera vez aplica el lente. Pero su vigor interpretativo y la generosidad que la anima hacen de ella, en cierto modo, una justificación del pueblo mexicano. Quien no la conozca no nos conoce, y quien la conozca difícilmente nos negará su simpatía. Publicarla de manera que pueda circular cómodamente y llegar a todas las manos era, por eso, un deber cívico.

Sin espíritu de venganza —nunca lo tuvo— contra el partido derrotado; sin discordia, sin un solo halago a lo bajo de la pasión humana; sin melindres con la cruel verdad cuando es necesario declararla, esta historia es un vasto razonamiento acompañado por su coro de hechos, donde el relato y el discurso alternan en ocasiones oportunas; donde la explicación del pasado es siempre dulce aun para fundar una censura; donde no se juega con el afán y el dolor de los hombres; donde ni de lejos asoma aquella malsana complacencia por destruir a un pueblo; donde se respeta todo lo respetable, se edifica siempre, se deja el camino abierto a la esperanza. La paulatina depuración del liberalismo mexicano no es allí una tesis de partido, sino una resultante social, un declive humano.

Abarca la *Evolución política* desde los remotos orígenes hasta la época contemporánea del autor, vísperas de la Revolución mexicana. Los orígenes han sido tratados con sobriedad, con prescindencia de erudiciones indigestas, con santo horror a los paralelos inútiles, despeñadero de nuestra arqueología hasta

entonces, y sobre todo, con entendimiento y lucidez: siempre, junto al hecho, la motivación y la explicación. Ahora bien: la historia precortesiana apenas arriesgaba en tiempos de Sierra sus primeros pasos y es toda de construcción posterior. El lector debe tenerlo en cuenta, y leer esos primeros capítulos con la admiración que merece un esfuerzo algo prematuro por imponer el orden mental a un haz de noticias dispersas; pero advertido ya de que aquellas generalizaciones no siempre pueden mantenerse a la luz de investigaciones ulteriores. De entonces acá la arqueología mexicana ha sido rehecha, aunque por desgracia no haya llegado ya el momento de intentar otra síntesis como la de Sierra, síntesis indispensable en toda ciencia, sea hipótesis de trabajo o sea resumen de las conclusiones alcanzadas. Por lo demás, la apreciación humana y política de Sierra sobre el cuadro de las viejas civilizaciones —que es lo que importa en una obra como la presente— queda en pie; queda en pie su visión dinámica sobre aquel vaivén de pueblos que se contaminan y entrelazan; queda en pie su clara percepción de que el Imperio mexicano, decadente en algunos rasgos, distaba mucho de ser un imperio del todo establecido y seguro.

La época contemporánea fue tratada con toda la respetuosa inquietud y con la diligente afinación moral de quien está disecando cosas vivas y tiene ante sí el compromiso, libremente contraído, de la verdad. Justo Sierra no incurre, ni era posible en nuestros días, en aquel inocente delirio de que es víctima insigne Ignacio Ramírez y mucho más oscura el P. Agustín Rivera[1] (el cual escribía la historia por "principios"), para quienes Cuauhtémoc y Cuitláhuac son los padres directos de nuestra nacionalidad moderna. Pero Justo Sierra da al elemento indígena lo que por derecho le corresponde como factor étnico, se inclina conmovido ante un arrojo que merecía la victoria, y pone de relieve aquella solidaridad misteriosa entre todos los grupos humanos que, a lo largo del tiempo, han contestado al desafío de la misma naturaleza, desecando lagos y pantanos, labrando la tierra y edificando ciudades. Lleno de matanzas y relámpagos, el cuadro trágico de la conquista pasa por sus páginas con la precipitación de un terremoto, de un terremoto entre cuyos escombros se alzaban barricadas y se discurrían ardides. Y viene, luego, el sueño fecundo de la época colonial, preñado del ser definitivo, donde las sangres contrarias circulan en dolorosa alquimia buscando el sacramento de paz.

Mas por sobrio y lúcido que sea, para su tiempo, el estudio de la época antigua; por pudoroso y justiciero que aparezca el de la conquista, o por sugestivo y rico que resulte el de la colonia, ninguna de estas partes iguala en la *Evolución política* a la época moderna, al México propiamente tal, cumpliéndose otra vez aquí la consigna de educador político que este historiador lleva bajo su manto, y cumpliéndose también el sentido contemporáneo, la proyección actual de toda verdadera resurrección del pasado. Aplicación del evolucionismo en boga, o mejor de aquella noción del progreso grata al siglo XIX; metamorfosis histórica de aquella teoría física sobre la conservación de la energía (el trabajo

acumulado es discernible en cualquiera de sus instantes), todo ello, que perturbaría las perspectivas en pluma menos avisada, parece allí decir, con la hipótesis finalista, que el pasado tiene por destino crear un porvenir necesario y que, en el ayer, el momento más cercano es el que nos llega más rico de lecciones. Al abordar el periodo de la independencia, el foco del historiador se acerca como si quisiera ver cada vez más a fondo y con mayor claridad. El episodio más reciente trae más arrastre adquirido. Justo Sierra lo prefiere a todos, porque él es un educador; y acaso por eso sea el más cabal de los historiadores mexicanos.

"La Historia —ha dicho— aun a riesgo de faltar a su aspiración de ser puramente científica, es decir, una escudriñadora y coordinadora impasible de hechos, no puede siempre desvestirse de su carácter moral."

Una virtud suprema ilumina la obra histórica de Justo Sierra: la veracidad, la autenticidad mejor dicho. Todo en ella es auténtico, todo legítimo y sincero, resultado de una forma del alma, y no condición exterior y yuxtapuesta: sus directrices mentales, que en otros parecerían posturas en busca de la economía del esfuerzo; su liberalismo, su confianza en la democracia, su interés por la educación ("¡Oh —exclama Justo Sierra—, si como el misionero fue un maestro de escuela, el maestro de escuela pudiera ser un misionero!", palabras en que está todo el plan educativo que nos trajo la Revolución); sus desbordes de emoción que en otros resultarían inoportunos y aquí fluyen como al empuje de una verdadera necesidad; su expresión retórica, que en otros sonaría algo hueca y aquí aparece íntimamente soldada al giro de los pensamientos. Auténticas la intención, la idea, la palabra. Auténtico el desvelo patriótico que lo inspira. En el fondo de la historia, busca y encuentra la imagen de la patria, y no se siente desengañado. Era todo lo que quería.

Cuando funda la Escuela de Altos Estudios, dice así:

> Nuestra ambición sería que en esa Escuela se enseñase a investigar y a pensar, investigando y pensando, y que la sustancia de la investigación y el pensamiento no se cristalizasen dentro de las almas, sino que esas ideas constituyesen dinamismos permanentes traducibles en enseñanza y en acción; que sólo así los ideales pueden llamarse fuerzas. No quisiéramos ver nunca en ella torres de marfil, ni vida contemplativa, ni arrobamientos en busca del *mediador plástico;* eso puede existir y quizás es bueno que exista en otra parte: no allí, allí no... Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore a una Atenas sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo dentro de sus contornos de mármol blanco; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas en teorías incesantes para adorar a la Atenas Promakos, a la ciencia que defiende a la patria.

Cuando estas palabras se escribieron, no se había inventado aún la falsificación de la ciencia al servicio de intereses bastardos, ni se había abusado de los estímulos patrióticos al punto de que inspiren recelo. Hay que entender aquellas palabras en toda su pureza, en su prédica de creación humana, sin sombra de agresividad ni de fraude. Y hay que tener muy presente que las respalda toda la existencia inmaculada de este gran mexicano.

Pudiera pensarse que esta historia, suspendida en los umbrales de la

Revolución, necesita ser revisada en vista de la Revolución misma. No: necesita simplemente ser completada. En ella están todas las premisas que habrían de explicar el porvenir, lo mismo cuando juzga el estado social del indio que del mestizo y del criollo; y el candor mismo con que fue escrita es la mejor garantía de que no hace falta torcer ni falsificar los hechos para comprender el presente. Cuando Justo Sierra se enfrenta con los errores heredados de la Colonia —y los peores de todos, aquellos que se han incorporado en defectos del carácter nacional—, dice así: "Desgraciadamente, esos hábitos congénitos del mexicano han llegado a ser mil veces más difíciles de desarraigar que la dominación española y la de las clases privilegiadas por ella constituidas. *Sólo el cambio total de las condiciones del trabajo y del pensamiento en México podrán realizar tamaña transformación*".

La *Evolución política* de Justo Sierra sigue en marcha, como sigue en marcha la inspiración de su obra. No digáis que ha muerto. Como aquel viajero de los Cárpatos, va dormido sobre su bridón. La gratitud de su pueblo lo acompaña.

México, diciembre de 1939

EL "PORFIRIATO"*

LOS PUNTOS sobre las íes. El neologismo "porfiriato" ha sido últimamente empleado por don Daniel Cosío Villegas en sus estudios históricos, estudios de tan apretada erudición cuando ello conviene, y de tan fácil y suelta narración cuando hace al caso.

La palabra —destino natural de los neologismos— ha chocado a todos (y digo "chocado" a la castellana, para declarar que ha causado extrañeza); ha acabado por gustar a algunos, y ha molestado a otros —los desconfiados, los de "la guarda cuidadosa"— que han creído equivocadamente descubrir en ese término un sabor despectivo o peyorativo.

No hay tal. La palabra —construida a estilo de "triunvirato"— podrá no ser muy hermosa, pero es preferible a la palabra tradicional, "porfirismo", la cual es adecuada para referirse a la afición o inclinación a don Porfirio (el "porfirismo" de un partidario o "porfirista"), pero no para designar el régimen o la época de aquel gobierno, el "porfiriato". Y, para significar aquello que corresponde a las características generales de esa etapa, cuadra bien "porfiriano", como decimos "casa porfiriana", "costumbres porfirianas", o como llamé yo al maestro Sánchez Mármol: "un porfiriano".

Ahora bien, don Daniel Cosío Villegas, a quien corresponde el honor de haber puesto en boga esta palabra, entiendo que la encontró en alguna página mía. Yo, en efecto, la he usado cuando menos dos veces: primero, con cierta timidez, en *Los dos augures* (1927), donde digo sobre mi personaje "Carmona", "... sirvió al antiguo régimen, que él, latinizante, se complacía en llamar, entre zumbón y solemne, el porfiriato". (Ver mis libros *Verdad y mentira*, p. 283, y *La X en la frente*, p. 34.) Segundo, también entre reticencias y disculpas, he usado la tal palabra en mi ensayo *Pasado inmediato* (1939, p. 5): "El antiguo régimen, o como alguna vez lo oí llamar con pintoresca palabra, el *porfiriato*..." Daniel Cosío Villegas ha tenido ya el acierto de conceder a la palabra plena ciudadanía y manejarla sin dar excusas.

Pero yo no pretendo, como decían los clásicos, vestirme con plumas de ajenas cornejas, yo no reclamo en manera alguna derechos de autor. Ante todo, encontrándome en París hace muchos años, oí decir "porfiriato" reiteradamente a un compatriota que andaba de viaje: me cayó en gracia, y recogí la palabra. Entre tanto, don Xavier Icaza había usado, independientemente del tema político, el nombre de "Porfiriata" para bautizar a un personaje de su *Panchito Chapopote*. Él me ha explicado que este personaje popular existió en efecto, y que la gente así lo llamaba en Veracruz. Era una mezcla de pícaro, loco y vagabundo, gordo y chaparro, que vendía billetes de lotería por el portal del

Diligencias, bailaba la rumba, se recogía el pantalón hasta la rodilla, se pintaba las pantorrillas al óleo, y cambiaba el color como quien cambia de medias —gris, azul, rojo— y, entre otros vagos oficios, ejercía el de procurar amistades. Pero aquí se trata de una verdadera coincidencia onomástica, que sólo he citado a título de curiosidad.

Vuelto a México, y habiendo comentado la palabra "porfiriato" con cierto amigo, éste me advirtió (y yo, a mi vez, se lo hice saber a don Daniel) que tampoco el viajero de marras era responsable en el caso, si no es por haber llevado hasta mí el contagio; pues la tal palabra había sido ya aplicada al régimen porfiriano, desde 1910 más o menos, por el diario maderista *La Nueva Era*, que, si no me engaño, dirigía el licenciado Juan Sánchez Azcona.

Y es todo lo que sé sobre el "porfiriato", y aquí lo dejo para que conste en la historia de nuestro vocabulario político, así como en *Los dos augures* quise hacer constar la historia de cierto verbo extravagante que ya se ha olvidado del todo: "... como se decía en 1911 por alusión al barco *Ipiranga* en que Porfirio Díaz salió al destierro, Carmona resolvió *ipiranguearse*". A raíz del triunfo de la revolución, en efecto, un semanario cómico presentaba la caricatura de dos conocidos financieros que cantaban el "dúo de los patos" (según la conocida zarzuela), y uno de ellos decía:

> Para el negocio
> yo tuve un socio,
> mas por desgracia se ipirangueó.

Y conste: no concedo a este chiste más valor del que merece un chiste, y rechazo lo que hay aquí de insinuación calumniosa.

Sólo añadiré para terminar que creo, con Talleyrand, en la importancia de examinar cuidadosamente los neologismos del lenguaje político para quien quiera tomar rumbos y vivir sobre aviso; y que si, por otra parte, don Daniel me asegurase que él tenía conciencia de haber concebido la palabra "porfiriato" por su cuenta y riesgo, también se lo creería, pues estas cosas así suceden.

Yo acabo, por ejemplo, de citar mi ensayo *Pasado inmediato*, que data de quince años atrás y que ya antes andaba parcialmente elaborado entre mis papeles, donde precisamente empiezo jugando con los tecnicismos gramaticales: "El pasado inmediato —digo—, tiempo el más modesto del verbo. Los exagerados (los años los desengañarán) le llaman a veces el pasado absoluto. Tampoco hay para qué exaltarlo como pretérito perfecto. Ojalá, entre todos, logremos presentarlo algún día como un pasado definido". (Que es, precisamente, la tarea a que está entregado el señor Cosío Villegas.) Y bien: cuando yo escribí las líneas anteriores creí firmemente haber dado con una novedad de expresión. Y apenas ayer por la mañana me desayuno con que el escritor inglés Noël Coward (no le envidio el nombre) ha escrito, en 1937, un *Present Indicative*, y ahora acaba de publicar un *Future Indefinite*.

Junio de 1954

CHESTERTON Y LA HISTORIA INGLESA*

I. A LOS LECTORES DE LA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

El traductor de la *Pequeña historia de Inglaterra* podía aventurarse, en bien del público y a solicitud del editor, a poner al frente de su traducción y a sembrar al pie de las páginas algunas notas explicativas, pero no a estropear el libro de Chesterton convirtiéndolo en un antipático Manual. La *Pequeña historia*, por su carácter de comentario, da por conocido el suceso que comenta, y puede resultar confusa para los lectores que no recuerden ya sus nociones de historia británica. Conviene no abordar la obra sin refrescar algunos nombres y fechas, que sirvan como de osatura o puntos fijos de referencia, y permitan por lo mismo esas excursiones aventureras, idas y venidas y confrontaciones de hechos lejanos, que forman la trama de la *Pequeña historia*.

Para tal objeto, no recomendamos la obra clásica de Green. Sería un desacato a Chesterton. Chesterton parece que escribe en vista de Green como de un fantasma enemigo. Green desconcertó a los jóvenes de su tiempo con una sorpresa que era signo de nueva orientación —de desviación, diría Chesterton— en los estudios ingleses.

Era lo tradicional dedicar el primer capítulo a la descripción, más o menos vaga, de la vida entre los antiguos británicos. Los libros de historia inglesa comenzaban, invariablemente, por los druidas y su sociedad sacerdotal; la piedra encaramada en la piedra, que denuncia una civilización bárbara y ciclópea; las figuras rituales y simétricas de menhires y dólmenes; la adoración del sol y de la serpiente, que los primitivos de toda la tierra tienden a asociar en un mismo culto; la superstición del roble y del muérdago, que anuncia ya el árbol de Navidad; las características generales de la raza celta, esta gran vencida de la Historia; la independencia y bravura de aquellos hombres, hábiles caballistas y diestros en el manejo de los carros de guerra, por quienes pudo decir Julio César lo que de sus nietos diría Napoleón dieciocho siglos más tarde: "¡Qué absurda gente! ¡Nunca se dan cuenta de que han sido derrotados!"

Pero he aquí que, contrastando con estas vagas noticias, y trastornando los hábitos de varias generaciones, Green (también Freemann en su *Conquista normanda*) pretende disipar de pronto las nieblas que ocultan a los abuelos ingleses, y los presenta bajo la radiante luz de la historia, en un escenario inesperado... ¿Dónde diréis? No en Inglaterra, como hasta aquí era costumbre, sino en la península danesa, en la región del Slesvig actual.

Para Freemann, para Green, los sajones de aquella comarca son los verdaderos ingleses, y no los británicos de la Inglaterra prehistórica. Con ayuda

de la inevitable *Germania*, de Tácito, y solicitando suavemente los hechos, llegamos a lo que deseábamos, y logramos describir con relativa abundancia de noticias la vida remota del Slesvig: si hoy dehesas apacibles, casas de madera negra, lindos pueblecitos espejados en las aguas violáceas —entonces extensiones salvajes llenas de arenales y brezos, ceñidas a lo largo de la costa por bosques sombríos, y abiertos sólo de tarde en tarde en praderas que se deslizan hasta el mar o se deshacen en pantanos y tremedales.

Allí habitaban, pues, los rudos sajones a quienes un día llamaría en su auxilio el monarca de la isla británica para que le ayudaran a combatir contra las hordas vecinas. Porque aquellos rudos sajones eran como unos soldados de alquiler y gente buena para matarse. Con todo, se les concede —insospechadamente— aptitud para sustituir nada menos que los asientos de la sólida civilización romana. ¡Oh confusión y laberinto!

Hacia el siglo V —viene a decir en efecto Green—, los sajones de la península danesa se mudan de casa y, con su nacionalidad a cuestas como Eneas con el Paladión y la familia, llegan a Inglaterra. Cierto que los romanos habían llegado antes a Inglaterra, donde no perdieron el tiempo. Pero ese antecedente le parece desdeñable a Green. Los sajones daneses limpian y barren su nuevo suelo, hasta no dejar en él ni huella de sus antiguos habitantes... Y, mediante este acrobatismo histórico, sorteamos y escamoteamos los cuatro y casi cinco siglos de transfusión de sangre romana por las venas del pueblo inglés.

No acudamos a Green. Tampoco hace falta un libro de tanto aparato. Para dar gusto a Chesterton, acudamos a su autor favorito: Dickens ha escrito una *Historia de Inglaterra para los niños*, que puede ser útil a los hombres. No es muy científica: no trae notas, ni viene provista de fardos bibliográficos ni crítica de las fuentes; no está muy al día. Pero no necesitamos más. Tampoco es fácil encontrar otra de más grata lectura. Ojeándola, nos convencemos de que Chesterton, con preciarse de atender más a las tradiciones legendarias que a los documentos oficiales, todavía ha aprovechado con harta moderación la extraordinaria densidad mitológica de la historia inglesa.

II. CHESTERTON Y EL CORO

Poco tiempo antes de la Guerra, los críticos de Chesterton habían comenzado a quejarse de la influencia que ejerce sobre él Mr. Hilaire Belloc. Es éste un gran constructor de libros, creador de teorías sociales, escritor vario que recorre, con autoridad, el campo de las actividades humanas, desde la poesía hasta la estrategia; lógico de conmovedora diafanidad —si es que puede la lógica, como yo lo creo, conmover—, y reaccionario católico que representa un ángulo especial, diminuto e intenso, de la opinión inglesa.

Para los coleccionadores de almas, no carece de atractivo el caso de esta sociedad intelectual entre dos hombres tan distintos en apariencia. ¿El secreto de

esta sociedad? Chesterton es realmente tan sistemático como Belloc, bajo la envoltura engañosa del paradojista. A ambos los une la guerra. En el horizonte espiritual del uno y del otro se dibuja, coronada por un resplandor, la silueta de San Pedro de Roma. Un día, Belloc alargará en tratado una feliz ocurrencia de Chesterton; otra vez, será Chesterton quien abrevie en relámpago una lenta teoría de Belloc. Así, como en la pareja de la *Ilíada*, mientras uno apresta el escudo, otro arma la flecha.

Y Chesterton, que es, ante todo, un arrebatado, parecía perder con el contagio del reaccionario Belloc. El vino de Chesterton —decía más o menos la crítica— se avinagra sensiblemente. De espumoso que era, se va volviendo poco a poco acedo. ¡Y todo por discolería política! Todo por el empeño de encontrar sistemáticamente malo cuanto haga y sueñe la Inglaterra moderna, la Inglaterra protestante. Hasta sus procedimientos artísticos como que se tuercen en esa atmósfera de disgusto. Chesterton —hombre capaz de bailar, como Zaratustra, sobre su propia cabeza— se ponía monótono. ¿Habría entrado, tan pronto, en decadencia?

Pero vino el año fatídico de 1914, y entonces Inglaterra apreció la ventaja de contar con escritores del temple de Chesterton —custodios del sentimiento religioso, propulsores de la emoción mística, enamorados de la gran tradición latina, amigos de Roma y de Francia, elocuentes a los ojos del pueblo por lo mismo que piensan como a truenos y a sobresaltos, que adoptan actitudes proféticas, que tiemblan con furores bíblicos, que invocan el milagro y el castigo de Dios, que son —en suma— unos verdaderos cruzados. Hombres que, a la hora de la exaltación nacional, fecundan el sentido público con reiteradas cargas de pasión y esperanza; y, fundiendo en un símbolo todos los sentimientos sagrados (y los sentimientos oportunos) recuerdan, cierto, que hubo un vencedor de Azincourt, pero que hubo también un oscuro soldado inglés, de quien cuentan las hazañas que rompió en dos su lanza, e hizo con los dos fragmentos una cruz para Juana de Arco. El Chesterton de las *Cartas a un viejo garibaldino* reconoce los errores ingleses, pero saca como del fondo de la vida esa orgullosa afirmación, sin la cual ni el hombre tiene dignidad ni los pueblos tienen honor. Se enfrenta con el viajante de comercio que, pelitaheño y sonriente, se empeña en romperle las puertas de su casa, y le dice así:

—Yo soy ese inglés que ha torturado a Irlanda, que ha sido torturado por el sudafricano, que conoce sus equivocaciones; que se siente abrumado por sus faltas. Y yo le digo a usted, oh Ser Intachable, con una verdad tan honda como mi propia culpa y tan inmortal como el recuerdo mismo de mi culpa, que por aquí, por esta puerta, usted no pasará.

Y los críticos coreaban: —"¡La Guerra nos ha devuelto a Chesterton, al legítimo Chesterton!"

Pero Chesterton cayó enfermo. El vuelo se interrumpió en el arranque. El público literario esperaba con inquietud. De aquella dolencia simbólica ¿cuál

Chesterton saldría vencedor? ¿Chesterton el bueno o Chesterton el malo?

El 18 de octubre de 1917, la casa Chatto and Windus, de Londres, lanzó una nueva obra de Chesterton: la *Pequeña historia de Inglaterra*, obra destinada a correr profusamente, y que alcanzó en dos meses cinco ediciones. El instante era crítico para la nación y para el escritor, y he aquí que la obra estaba destinada, precisamente, a exponer el concepto que de la nación tenía el escritor. Si triunfó Chesterton el bueno o si triunfó el malo, decídalo quien tenga mayor necesidad de relacionar sus hábitos mentales con los tópicos de la pugna entre el catolicismo y la protesta. Aquí cambiaremos el plano de la discusión, conformándonos con el placer de entender y gustar.

La nueva obra de Chesterton era un paso necesario en el camino ya emprendido. Hasta la política de Chesterton —política de poeta— resulta ahora más amable y más comprensible. Por momentos insiste mucho en el catolicismo romano; pero, en el fondo, aun los descreídos pueden estar con él: para Chesterton ser católico —además del punto dogmático— es algo como no ser vegetariano, ni enemigo del buen vino, ni hipócrita; algo como ser persona decente, y proceder —en cuanto a educación y cultura— de la tradición grecolatina.

Su *Historia* resulta tan heroica como una novela de caballería, tan hermosa como un cuento de hadas; tan lejana de cuantas historias se han escrito hasta aquí, como puede estarlo la más aburrida cátedra universitaria de los platanares del Iliso. ¿Que no es, en verdad, una historia, sino una exposición de ciertos modos personales de ver? (Y aun de desear, porque a veces —dicen— se olvida un tanto de los hechos.) Pues con no poner el libro de texto en ninguna escuela primaria, todo se arregla.

(Sólo me quejo de su estilo desmadejado; de lo poco que se cuida de atar unas ideas con otras, y de lo que tarda, a veces, en explicaciones accesorias.)

III. Chesterton y el espíritu de la pesadez

Chesterton aborda la historia con una arrogancia de salteador. Asalta la historia. Mejor dicho: entra por la ventana en el gabinete de la historia. “Yo no soy un especialista —dice—. Yo voy a escribir la historia de Inglaterra, no desde el punto de vista de los autores, sino desde el punto de vista de los lectores; es decir: desde los ojos del pueblo.” Ante esto, el crítico del Suplemento Literario del *Times* se escandaliza. Y se entabla aproximadamente este diálogo:

—¿Conque usted aborda la historia sin más título que el de ser uno de tantos, uno del público? Pues si por sólo esto se considera usted capacitado para escribir de historia, se abren ante usted mil campos inexplorados: allí está la seductora química, la astronomía arrebatadora, la ardua matemática, la pintura misma (digo, la gran pintura: no esos dibujitos ridículos que pinta usted, de tertulia entre sus amigos). A título de hombre del público, también puede usted

considerarse calificado para tomar el mando del Ejército y la Armada. Ánimo, pues: ¡San Jorge y ventura!

Pero Chesterton continúa impertérrito:

—Andan por ahí unas historias de Inglaterra que pretenden ser populares, cuando son realmente antipopulares, porque están escritas o para embaucar al pueblo, o sin tomar para nada en cuenta la acción del pueblo en la vida del país. Green, por ejemplo, se figura que al pueblo puede uno ponerle y quitarle nombres como motes. Un capítulo de su historia se llama: "La Inglaterra puritana". Inglaterra nunca fue nación puritana. Según esto, Irlanda fue puritana cuando Cromwell obtuvo victorias militares en tierra irlandesa; o Francia fue hugonota cuando subió al trono Enrique el Navarro.

Nueva interrupción del crítico anónimo:

—¿Que nunca fue puritana Inglaterra? Y sin embargo, hacia el final de la obra asegura usted que nuestro pueblo, ante la enseñanza de la Guerra, ha rectificado su situación, y ha vuelto adonde se encontraban un día sus remotos abuelos, deshaciendo para esto las "sucias telarañas de cuatrocientos años".

Y Chesterton, sin escuchar:

—Donde más se nota la ausencia de sentido popular de esas pretendidas historias populares es en su visión de la Edad Media. Yo he visto en una historia popular un retrato de Esteban de Blois con un yelmo de alabardero: un yelmo de esos que, en los deplorables cuadros históricos, ostentan los alabarderos que presenciaban, por ejemplo, la ejecución de María Estuardo. Leve error de más de cuatro siglos. Peor aún que plantarle a Carlos I el casco de un guardia tomado de una instantánea del *Daily Sketch* que representase, por ejemplo, la aprehensión de la espantable sufragista Mrs. Pankhurst. Y aún hay más: en esos manuales tendenciosos se omite metódicamente cuanto atañe a la civilización medieval —construida a base de libertades populares— por temor de hacerle saber al pueblo que un día fue pueblo; que un día —después de la otra derrota de los bárbaros— el pueblo, con la creación de gremios y pequeños grupos independientes, comenzó la restauración lenta y segura de la propiedad personal del pobre y de la libertad personal de las familias. En suma: lo que hoy debiéramos hacer, pena de caer en lo que llama mi amigo Belloc, proféticamente, el futuro Estado Servil.

Y el crítico, espantado:

—¿De modo que usted, Chesterton, piensa más o menos como Lenin? (Lector: exagero, pero no miento; este diálogo ha existido. Chesterton es, en Inglaterra, un reaccionario. Véase lo que son los reaccionarios ingleses.)

—El pobre hombre del pueblo —continúa Chesterton— sabe vagamente que hubo unas Cartas de los barones, pero ignora que hubo otras Cartas, privilegios y derechos, de los carpinteros, zapateros y toneleros. La sociedad de nuestros días es como una "casa grande", junto a la cual el pueblo vive, en calidad de bestia, relegado a las dependencias y lugares oscuros. Le cuentan que su abuelo fue chimpancé; que su padre fue un semihombre cogido y domesticado por los

cazadores aristocráticos; y con esto el pueblo vive agradecido de la vida casi humana que le permiten disfrutar, y con la esperanza de dejar tras de sí una descendencia animal algo más evolucionada... ¡Ay, el pueblo lo perdió todo el año de 1381! Entonces el pueblo inglés estaba organizado en poderosos gremios locales. Un día el rey convocó a algunos representantes de los gremios para consultar su opinión sobre ciertos impuestos. Los representantes así reunidos ya no se disolvieron más: de aquí nació esa calamidad que se llama el Parlamento. El Parlamento traicionó a los gremios populares de que había surgido; se puso al instante de parte de los ricos. Los ricos, de hecho, se habían "levantado" contra los pobres, contra los gremios del trabajo. Y, en 1381, los pobres, a su vez, se levantaron contra los ricos, capitaneados por Wat Tyler (especie de "tejedor de Segovia"). Era aquella la última campaña (la última, porque del alzamiento bajo Enrique VIII, conocido con el nombre de "Peregrinación de Gracia", nunca pudo esperarse mucho); era aquella la última campaña que la sabiduría de la Edad Media libraba contra la locura de los tiempos modernos. La última batalla del catolicismo popular...

El crítico, sin poder contenerse:

—¿Catolicismo? ¿Catolicismo que acabó dando muerte al Arzobispo de Cantórbery?

Chesterton aparta con la mano el hecho estorboso (él no tiene la culpa de que los hechos sean absurdos), y prosigue:

—El Lord Mayor de Londres tuvo que parlamentar con los rebeldes. Hizo venir a Wat Tyler, y lo mató a traición. "¡Han muerto a nuestro Capitán!" gritaba el pueblo. Y el joven Rey Ricardo II, casi un niño, tuvo entonces un impulso de inspirado, magníficamente monárquico, digno en verdad del Hombre Coronado de la Edad Media: adelantó su caballo, y gritó sobre la multitud con voz de clarín: "¡Yo soy vuestro Capitán!" Y él mismo encabezó el motín. Fue la última vez que el Rey (el gobierno) se sintió con valor para enfrentarse a los ricos (la aristocracia). El Rey hizo promesas al pueblo. No pudo hacer más. El Parlamento lo obligó a quebrantar sus promesas. El Rey estaba ya sometido a una poderosa casta social: ya no era el ente sobrenatural, ungido por Dios desde su alto trono. Y así fue como el pueblo perdió para siempre la batalla en 1381. Y, después de eso, me pongo tan afligido que me importa muy poco el desarrollo del capitalismo y el imperialismo en la Inglaterra moderna: esa Inglaterra desviada que, desde el siglo XVIII, vivía imitando a Prusia y adorando en ella, hasta que la Guerra vino a desengañarnos.

El crítico:

—De suerte que usted juzga el siglo XVIII bajo la impresión sentimental de la presente Guerra. De suerte que usted, Chesterton...

Pero ya ha advertido el lector que el crítico anónimo, a pesar de sus precisiones, se equivoca fundamentalmente. Se equivoca, porque parece dar por supuesto que Chesterton está "contando" la historia de Inglaterra, cuando, en

realidad, lo que hace Chesterton es “cantar” (no “contar”) la historia de Inglaterra. Inútil rectificar al que canta, como no sea por razones de mera afinación musical. Ya Charles Lamb se quejaba de los escoceses. No puede uno decirles: “Me estoy muriendo de calor”, porque rectifican al punto: “Si fuera verdad que se está usted muriendo, no estaría usted aquí bebiendo cerveza”.

IV. Chesterton y Roma

—Bien —decía cierto viajero americano, contemplando el sitio de la célebre batalla de Hastings, que abrió paso, el año de 1066, a la conquista de Inglaterra por Guillermo el Normando—, bien: ya veo que este país no es más que una pequeña isla, frecuentemente conquistada por sus invasores.

Los primeros conquistadores de Inglaterra, los romanos, llegaron a la Isla, como quien llega al fin del mundo, a la última Tule, el año de 43 a.C. Ya antes, entre 55 y 54, Julio César se había asomado a aquella tierra desconocida.[1] La dominación romana se mantuvo desde entonces hasta principios del siglo V, y entonces la antigua Britania quedó cortada de Roma por la conquista teutónica de las Galias y las invasiones de sajones, anglos y gente de Jutlandia. ¿Qué población encontraron los romanos? Chesterton se declara indiferente a este punto de “mera curiosidad”:

—No sabemos —viene a decir— si los británicos de entonces eran iberos, cimbrios o teutones; sólo sabemos que poco tiempo después ya eran romanos. La antigua Britania fue completamente romana durante cuatrocientos años cabales: mucho menos tiempo ha sido tierra de protestantes, y muchísimo menos ha sido país industrial. Y entiéndase que la tutela romana no significaba postergación alguna, como la del ilota bajo el espartano o la del negro bajo el norteamericano, no: Roma, la ciudad misma, era tan pequeña con relación al imperio, que su pequeñez fue la mejor garantía de un vasto experimento cívico. El acero romano era, al mismo tiempo, un imán. No había dado Roma conquistadores a Britania, cuando ya ésta daba emperadores a Roma. Los vestigios romanos, que de tiempo en tiempo aparecen, más que aclarar nuestro entendimiento del pasado, lo enturbian considerablemente: nos hacen mirar como distante lo que está próximo. Lo importante para Inglaterra no es poseer vestigios romanos, sino ser un vestigio romano: bajo los mantos de color de nuestras flores campestres, yacen los matices del mosaico romano.

Como se ve por estas palabras de Chesterton que entresaco y combino, insiste éste en establecer la ascendencia románica de Inglaterra. Tal es la primera parte de su tesis. La segunda —ya se adivina— será establecer la ascendencia católica de Inglaterra. Más tarde, la irrupción del puritanismo y del protestantismo le aparecerán como una dislocación de la historia inglesa, como una dislocación que la guerra de 1914, poniendo a Inglaterra al lado de la civilización latina, ha

venido a rectificar. Por eso el anónimo del *Times* decía que la *Historia* de Chesterton es un ingenioso intento para convertir, en interés del catolicismo, la pasión patriótica suscitada por la gran guerra. Ya dijo Luciano, cuando los de su tiempo se soltaron improvisando historia, con motivo del fracaso del ejército de Severiano en Armenia, "que la guerra es madre de todo, como que de un golpe ha producido tantos historiadores".

Chesterton, en todo caso, no es el único que trabaja por Roma. Sir Arthur Quiller-Couch, en una serie de conferencias (Universidad de Cambridge, 1913 a 1914), establecía también la ascendencia romana de la literatura inglesa: los creadores de tal literatura —decía— nunca dudaron, ni pretendieron disimularlo, que estaban conquistando la lengua inglesa para traerla al gran cenáculo europeo, a la civilización de Grecia y Roma.

—Si os empeñáis —dice más o menos— en mantener que somos un pueblo teutónico (y yo lo niego rotundamente), entonces convendréis conmigo en que somos el único pueblo teutónico que heredó de Roma los métodos y capacidades de colonizar. Miro hacia el pasado: mis ojos no descubren el Norte, sino el Mar Mediterráneo y la luz de Italia. De la prosa anglosajona, de la poesía anglosajona, nuestra prosa y nuestra poesía actuales sólo proceden en un sentido estrictamente lingüístico, no espiritual.

Las páginas de Quiller-Couch son, en lo literario, el complemento de las que Chesterton dedica al aspecto general y político de la cuestión romana. Quiller-Couch se queja del desvío que los estudios literarios han sufrido en Inglaterra durante los últimos treinta años, al apartarse del precepto "antiquam exquirite matrem", en términos semejantes a los que Chesterton emplea para quejarse de los teutonizadores de la Universidad inglesa. Y Quiller-Couch se burla de la facilidad con que Freemann declara que "a la llegada de los sajones, los pocos romanos que andaban por Inglaterra juntaron su dinero y se refugiaron en las Galias", del mismo modo que Chesterton se burla de las declaraciones de Green sobre "la esclavitud romana que, si realmente existió en Inglaterra, ha de haber sido odiosa". Después, con palabras que el mismo Chesterton podría suscribir, concluye:

—El celta británico que Roma educó por cuatro siglos nunca fue exterminado; ni siquiera lo fue el misterioso ibero. Pictos, daneses, normandos, frisones y hugonotes franceses, todos estos y otros pueblos han venido a caer después a Inglaterra. Y si la mezcla de sangre es una vergüenza, al precio de ella hemos comprado la gloria del catolicismo. Y nada hay más falso científicamente, ni más dañino desde el punto de vista de las artes o de la política, que la suposición de que pertenecemos, por la raza, a la familia teutónica. Me atrevo a afirmar que, en nuestra sangre, la parte esencial es aquella gota de púrpura que heredamos del múrice de la Roma imperial.

(Quiller-Couch, examinando, con gracioso encarnizamiento, un pasaje de Freemann —en que éste admite la probable extinción de los elementos célticos

primitivos, bajo el peso de la invasión sajona— repara en la frase: "The women doubtless would be largely spared"; frase, dice Quiller-Couch que, aparte de ser un deplorable endecasílabo, sugiere una idea del todo aristofánica, y muy otra de la que el pobre Freemann quiso expresar. "Como que me recuerda —añade— el caso de aquella jovencita de Cornualles, a la que preguntaron si había sido alguna vez bautizada y contestó, sonrojándose: —Tengo mis razones para suponer que lo he sido un poco." Me complazco, para regocijo de Sir Arthur Quiller Couch, en buscarle la descendencia a la desdichada frase de Freemann: A. F. Pollard, en *The History of England: A Study in Political Evolution*, capítulo primero, escribe: "The English hordes —quiere decir, las anglosajonas— cannot have been as numerous in women as in men; and in that case some of the British women would be spared". Frase que acusa su derivación, hasta por conservar el ritmo endecasilábico de la otra.)

Green, teutonista extremo, afirma que no hay, para un inglés moderno, lugar más sagrado que los alrededores de Ramsgate, donde, en el siglo V, desembarcaron los invasores nórdicos procedentes del Slesvig. Tal es —exagera Green, desdeñando la época romana— el principio de la historia inglesa.

—Tal es —objeta Chesterton, exagerando como de costumbre— el principio del fin.

¿Cómo se efectuó, en efecto, el paso de la época romana a la propiamente medieval? Había, en la antigua colonia, dos fuerzas modeladoras: la civilización y la religión. Había, en la antigua sociedad, dos niveles: el de ciudadanos iguales y el de esclavos iguales. Poco a poco, el poder eclesiástico empieza a crecer a expensas del poder imperial. Y la esclavitud se debilita, a la vez, con la disolución del Imperio y la consolidación de la Iglesia. Un día el esclavo ya no pertenece al ciudadano convertido ahora en señor feudal, sino a la tierra: el esclavo se ha transformado en siervo. Pueden encerrarlo, pero no pueden "dejarlo fuera". Su sumisión tiene algo de privilegio: por pertenecer a la tierra, la tierra casi ha comenzado a pertenecerle. De aquí ese intenso localismo que caracteriza los tiempos medios y que es el embrión del sentimiento nacional. Pero este proceso suponía una "descivilización" y un abandono paulatino de las letras, las leyes, las carreteras romanas, a la vez que una exacerbación caprichosa del sentimiento local. En los límites del Imperio, como en Inglaterra, la vecindad de pueblos salvajes convertía fácilmente este estado en una barbarie definida. La población latina se agrupa en ciudades (las ciudades son más antiguas que los condados y pueblos) como York, Chester, Londres. Las ciudades están comunicadas por aquellas venerables carreteras que son los huesos del esqueleto de la Britania. Pero, al desmayar Roma, los huesos se quiebran al peso de la barbarie. Para defenderse de la barbarie, los británicos compran los servicios de las hordas rudas y combativas del Slesvig. Éstas, llamadas a combatir contra un enemigo determinado, combaten naturalmente contra todo el mundo... ¡El principio del fin! Un siglo de trepidaciones estrella en mil pedazos el vetusto suelo romano.

A través del libro, sin embargo, Chesterton confiesa una y otra vez que la romanización no fue tan intensa como a él le hubiera gustado. Un soldado romano del siglo III, por ejemplo, bien podía no ser un romano, y ni siquiera un italiano. Así —dice—, Guillermo de Normandía fracasa en su intento de hacer de Inglaterra un orbe armonioso como la monarquía unida de Francia. La conquista normanda se deshace en un caos feudal. Los reyes nunca logran ser más que los barones, y por eso, alguna vez, los barones se alzan a reyes. La misma Carta Magna que los nobles hacen firmar a Juan sin Tierra en el siglo XIII es un compromiso, una transacción entre las mil fuerzas del localismo medieval y el poder del centro. Inglaterra, en todos los siglos, aparece desgarrada en mil partes como los contornos de su litoral, y en mil zonas como su tierra partida entre colinas y ríos. Inglaterra se conserva siempre muy medieval, y difícilmente se pliega a las rotundeces de la política romana. Es en suma, individualista. En las lenguas romances, "yo" se escribe siempre con minúscula: en inglés, con mayúscula. Contra esta preferencia por la primera persona del singular, Roma parece oponer una marcada preferencia por la primera persona del plural: Roma tiende a abarcar bajo un protector y complaciente "nosotros" a todos los pueblos que conquista, complacencia y protección que es también orgullo. Y Chesterton pasa sobre este extremo crítico —tan delicado para la tesis de la Inglaterra romana que viene construyendo—, sin tomar partido. No sé si lo hace por estrategia, o porque el defecto de romanización que de aquí pudiera resultar queda compensado, a sus ojos, por el exceso de medievalismo. Porque nótese que, a los ojos de Chesterton, "Roma" y "Edad Media" son dos nociones que se confunden o se sustituyen, en una vaga síntesis subconsciente, que bien pudiera ser la silueta de la Catedral.

Y es que Chesterton, en el fondo, a pesar de sus sobresaltados procedimientos de escritor, prefiere a todo la congruencia, la rotundez romana. Y en este punto, es fácil que piense de Inglaterra lo que de la educación de su hijo pensaba la viuda de Shelley:

—Lo llevaremos —le decía un amigo en cierta ocasión— a una escuela donde lo enseñen a conducirse de acuerdo con sus propias ideas.

—No, gracias —repuso al instante la viuda—. Así fue educado su padre. Pero yo para mi hijo preferiría una escuela donde lo enseñaran a conducirse de acuerdo con las ideas de los demás.

SOBRE EL SISTEMA HISTÓRICO DE TOYNBEE*

AUNQUE me desquito pensando que él parece más envejecido que yo, lo cierto es que "me muero de envidia" —grotesca parodia de César cuando contemplaba la imagen de Alejandro en Gades— ante este hombre de mis mismos años, Arnold J. Toynbee, que ha tenido ya tiempo y vigor para conquistar el mundo. Y no digo conquistar el mundo por el concepto de la gloria, que ese reino ya no podría ni quiero disputárselo: sino conquistar el mundo por cuanto ha logrado, en casi sesenta años de vida, un panorama de la historia humana tan bien trazado en sus contornos vastísimos como bien acabado en los detalles y relieves que le dan fisonomía y resalte. ¡Quién pudiera, en esta aerostación que sólo da la cultura, volar así, nuevo Diablo Cojuelo, sobre las ciudades de los hombres, sobre las edades, las civilizaciones, señalando la hora aproximada de su nacimiento y de su muerte; las reiteraciones o leyes posibles de sus crisis y su desarrollo; sus ritmos y semejanzas, sus derivaciones y parentescos, si los hay; su misteriosa soledad en algunos casos de sociedades primitivas; su creciente trabazón al andar del tiempo!

Ya que no una filosofía de la historia —aunque ahora, en las conclusiones, se acerca a una religión de la historia—, Toynbee ha llegado a una síntesis luminosa y clara. No hay más deleitable lectura que ese navegar por los seis enormes volúmenes de su *Estudio de la historia*, todavía no íntegramente publicado. Pero el lector no especialista, a quien puede cansar la reiteración de los ejemplos —tan valiosos y de tan original interpretación en sí mismos— sin duda preferirá el compendio en un modesto volumen que, bajo la vigilancia del autor, ha publicado el año pasado su discípulo D. C. Somervell. No me propongo aquí reseñar tal síntesis de la historia, que cada uno debiera conocer por sí mismo, como una preparación a la vida en la época contemporánea; sino solamente ofrecer algunas observaciones.

Menos brillante que Spengler, cuya *Decadencia de Occidente* ha corrido con tanta fortuna antes de la guerra, aunque dotado de un estilo lleno de fluidez y que posee las virtudes del crecimiento interno, Toynbee es mucho más historiador que Spengler, y sabe mucho mejor que él guardar su física de su metafísica. Pues al fin y al cabo esa Ciudad de Dios, a la que se va acercando en sus últimas conferencias de los Estados Unidos y en sus últimas publicaciones, para nada afecta la relativa objetividad de sus trabajos, y tiene el valor de un epifonema final o un *Laus Deo*. (Tampoco puede decirse que perturbe el vigor científico de Werner Jaeger, sumo helenista, cierta atracción agustiniana hacia la interpretación religiosa de la historia, que él sería el primero en confesar y que se irá percibiendo más y más en sus investigaciones de futura publicación.) No,

Toynbee no aplica, germánicamente, como Spengler, sus moldes teóricos sobre la masa de los hechos humanos, sino que intenta desentrañar los principios en el seno de los hechos mismos, conforme a la lógica inductiva del empirismo inglés. Y así encuentra su sitio propio en la tradición representada por San Agustín, Bossuet, Voltaire, Herder, Hegel, Marx, Buckle, Wells y Spengler.

Cuando todavía nadie comenzaba a leer a Toynbee en América, yo discutí largamente en *El deslinde* (1944) su noción, demasiado simplista por ser "cuantitativa", sobre las diferencias del pensar histórico, el científico y el poético; pero esta noción tampoco inficiona en modo alguno su arquitectura de la historia, y aparece en un mero apéndice a manera de ensayo suelto.

Lo que desde luego sorprende en Toynbee, como lo ha advertido el doctor P. Geyl en su conferencia de Utrecht (9 de noviembre de 1946) es la información, el saber casi sin precedente; la familiaridad con que se mueve entre las civilizaciones de Asia, China, India, Egipto, América, la grecorromana, en que es reconocida autoridad; la Biblia, Goethe, Shakespeare, Marvell, Shelley, Blake, Meredith... Toynbee es probablemente el hombre más culto de nuestro tiempo. Y luego, no nos sorprende menos esa unidad de la obra que parece superar la fluencia, el advenir de toda creación literaria; esa unidad que se impone sobre el movimiento y el proceso mismo del escribir: las referencias cruzadas hacia adelante y hacia atrás entre las cinco secciones que llevan los seis volúmenes actuales; y lo que de veras asombra, las referencias a las ocho secciones aún inéditas y que han de ocupar los próximos volúmenes. ¡Se diría que la obra existe de toda eternidad, o al menos como ente estático en la cabeza del autor, antes de sufrir esa aplicación sucesiva en letras que los franceses llaman "tender sobre el papel"!

La obra es un estudio comparado de las civilizaciones, encaminado a alcanzar algunos perfiles necesarios de toda historia humana. Los "campos históricos" o "civilizaciones", y no las *parroquiales* apariencias de los "Estados", son las verdaderas unidades de la historia. En los seis mil años que nuestras noticias abarcan, ha habido veintiuna civilizaciones. (Por cierto que cuatro caen en Hispanoamérica, y tres de ellas, en México.) Vemos cómo todas ellas nacen, viven y perecen, con excepción de la occidental o latinocristiana, que todavía se mantiene, y sobre cuyo futuro nada nos dice aún la parte publicada del *Estudio de la historia*, pero sobre el cual Toynbee se ha manifestado optimista en varias ocasiones. Quiere esto decir que Toynbee no cree inevitable el que las civilizaciones perezcan. La salvación, a su ver, tiene que buscarse, en suma, por un incremento del sentido religioso en el mundo, donde el cristianismo podrá venir a ser el heredero universal de todas las altas religiones y civilizaciones pasadas.

El nacimiento de las civilizaciones no es para Toynbee efecto de las condiciones favorables de los ambientes, sino de un desafío de obstáculos (naturales u otros) que encuentra una respuesta adecuada en la voluntad del

hombre. Al revés de la teoría paradisiaca de Herodoto, el Egipto no es un don del Nilo, sino que se ha edificado contra el Nilo, y domesticando la feracidad natural. ¿No fue así como se musculó el azteca para la fundación del futuro Imperio mexicano, luchando contra los inevitables e insalubres pantanos en que vino a meterse? Este choque causa la desviación, bastardeo o diferenciación de lo puramente natural con que toda civilización comienza.

El desarrollo o crecimiento de las civilizaciones procede de un dominio gradual sobre el ambiente, de que resulta una "eterealización". Por vencimiento de lo puramente material, los impulsos comienzan a motivarse de adentro hacia fuera, con autonomía, invención o iniciativa humanas, fundamento de la libertad en la historia. La creación procede de minorías o individuos, y se derrama como en "la invención y la imitación" de Tarde, a quien no se cita. (La fórmula de Toynbee es algo como "requisa y restitución".)

La ruina de las civilizaciones, como ya lo decíamos, no es para Toynbee una ley férrea; es un desliz, un fatal tropiezo, un accidente. Pues no se acepta para las sociedades la metáfora animal de Spengler. La causa de tal ruina es alguna descomposición interna, pero no una determinación exterior. Ya es la fuerza retardataria o incrustación mecánica de la *mimesis;* la estratificación de instituciones que la vida desborda y asumen efectos paralizantes; la "némesis de creatividad" o fatiga que sucede al esfuerzo y agota la vitalidad de los pueblos después de un inmenso apogeo ("idolización" de conquistas, instituciones y técnicas; intoxicaciones del triunfo, etcétera).

A la ruina sucede la desintegración, proceso en que las regularidades son todavía más aparentes de una a otra civilización, y a través de las edades. La minoría creadora se convierte en minoría gobernante; las masas, en proletariado (entiéndase: un grupo acarreado por una civilización sin ya participar en ella). Aparece el cisma como síntoma, cisma en tres partes, pues, además de la minoría gobernante, sobrevienen un proletariado externo y un proletariado interno. Continúa el proceso de desafío y respuesta, pero ya las respuestas no resuelven, sino sólo momentáneamente apaciguan. Cunde, con la inarmonía social, el sentimiento de impotencia y pecado. Alteradas las normas de estilo y conducta, se intentan soluciones de "arcaísmo" (repetición automática de un pasado muerto) o de "futurismo" (salto en el vacío), o bien de retraimiento en los casos individuales. También se da el que Toynbee llama "cisma de palingénesis": el proletariado, al segregarse, funda otra religión superior, creación sólo en apariencia debida a la mayoría social. El proletariado externo se guarece en "bandas de guerra" y "poesía heroica", movimientos que no entran en la circulación de la sociedad ya condenada a desaparecer. Es la Era de Turbulencias, otra señal de muerte, que en su carácter violento desata guerras atroces entre los Estados conscientes de su independencia, y en su fase de alianza se incorpora en la mejor creación de las minorías gobernantes, o sea el Estado Universal, por desgracia efímero y que pronto se despeña en tira y afloja renovado de discordia y

concordia. En tanto, como en crisálida, una nueva civilización sucesora se ha estado preparando, por obra de la Iglesia Universal elaborada por el Proletariado Cismático.

La acción individual, en tales casos, cuenta poco. Hay cuatro tipos de salvadores: dos salvadores *de* la sociedad: *1)* por el sable y por el poder; *2)* por la apelación al pasado o al futuro. Y dos salvadores *contra* la sociedad: *1)* los fundadores de filosofías para las minorías dominantes; *2)* los fundadores de religiones, cuyo reino no es de este mundo.

Así como las fases de desintegración se repiten con más regularidad que las de creación, así también, en las decadencias, la psicología individual toma por los cauces monótonos de la "standardización", contraria a la diversificación fecunda de los crecimientos. El pulso mortal late con los mismos compases: discordia, concordia; subdiscordia, subconcordia; catástrofe.

Toynbee fue precedido por el modesto Flinders Petrie (*The Revolutions of Civilization*, 1911) y por el conspicuo Spengler, que no deja de evocar a Gobineau *(Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, 1853-1855). Y aunque difiere de Spengler en muchos respectos, y desde luego por sustituir al concepto de determinación racial el de determinación cultural, más difiere aún del materialismo histórico, por su constante alegato de libertad moral y su constante finta hacia la meta religiosa. Por lo demás, pretender que realmente haya logrado hacer hablar a la totalidad de la historia sin canalizaciones y adulteraciones subjetivas, sería pedirle algo que supera los supuestos mismos de la inteligencia concedida a los humanos. De aquí que a veces parece seleccionar lo que le conviene en la historia, y otras, interpretarlo de un modo que no es la única interpretación posible en el caso. De éste, como de todos los libros sistemáticos, bien puede decirse que preferimos los episodios al sistema.

Aun la brillante fórmula del "desafío y respuesta" no nos parece de una aplicación absoluta. A cada una de las generalizaciones de Toynbee (aun declaradas como *tendencias*), habría que añadir aquel *signo de probabilidad* o aquel *signo de sugestión* que Renan echaba de menos, en su afán de matizar los grados, desde la ignorancia a la certeza, pasando por la *doxa* u opinión y la *episteme* o conocimiento. Problema que Mallarmé, en el orden poético, resolvía con letras de distintos tamaños.

Ni qué decir que nos asombra un poco esa candorosa teología con que se procura explicar el origen del mal, para mejor garantizar así el triunfo definitivo del bien: Dios hizo la creación; la creación estaba perfecta; a fin de divertirse en seguir haciéndola, tuvo que inventar el mal, el deterioro; y encomendó al Diablo que le metiera zancadillas a lo largo de la jornada histórica. A pesar del testimonio del *Fausto*, abrigamos algunas dudas al respecto…

Los argumentos de analogía de que Toynbee usa liberalmente, al punto de establecer inesperados paralelos entre los turcos y los esquimales, entre Pedro el Grande y Émile Ollivier, entre San Pablo, Maquiavelo, el Buda y Dante, son

recursos que deben manejarse con la mayor cautela. Tampoco hace falta ser materialista histórico para reconocer que el pasado nos da pocos elementos sobre el horóscopo de nuestra época, por las inmensas transformaciones científicas y materiales del último siglo y medio. Ellas son tales que seguramente han comenzando ya a alterar aun la fisiología del hombre. (Nuestros abuelos, que podían andar a pie para recorrer todo el campo de sus diarias actividades, comían y bebían en forma insoportable para un contemporáneo, cuya existencia es *sedente*, si no *sedentaria*, hasta cuando vuela de un continente a otro.)

Además, como explica el profesor Geyl, Toynbee considera con desconfianza —para establecer su teoría de los campos históricos— las independencias nacionales. No hace plena justicia a la energía histórica de la vida nacional, al deseo nacional de preservación y de expansión, bien discernible a lo largo de la carrera humana. Acaso borra demasiado las variedades nacionales para llegar, por ejemplo, a su abstracción sobre la unidad "civilización de Occidente". ¿Y qué no pasará, si los viéramos tan de cerca como a éste, con otros campos históricos distantes o del todo abolidos? "Y cuando presenta la civilización —en el sentido de sus veintiún tipos— como el menor campo de estudio histórico realmente inteligible, en realidad nos propone una exigencia del todo impractible." ¡Y la prueba es que tiene por fuerza que violar su principio constantemente, pues para dibujar por ejemplo, el fenómeno de un nacimiento o crecimiento, le es imposible considerar sus *civilizaciones* en conjunto, y tiene que incurrir en los casos *nacionales*, que él declara, desdeñosamente, chismorreos de campanario! En cambio, no duda en atribuir al espíritu de los tiempos *(Zeitgeist)* ciertos impulsos específicos de este o el otro rincón nacional de Europa, y en que no todo el Occidente participa.

Todas estas dudas son, en suma, consoladoras. Ya no nos sentimos obligados a pensar que la historia humana, del siglo XVI en adelante, es un mero derrumbe; ni tampoco a aceptar —en consecuencia— los especiosos argumentos con que, a última hora, Toynbee quiere consolarnos respecto al futuro destino de nuestra civilización.

Agosto de 1948

TEORÍA LITERARIA

DE LA LENGUA VULGAR*

EL SEÑOR Fulgencio Planciades, mi buen maestro y padre de mis estudios, alzó la cabeza y me dijo desde el fondo de su biblioteca:

—Entra, hijo mío.

Tenía en la mesa un gran libro abierto, sobre cuyas páginas iba deslizando, conforme leía, un librillo diminuto de notas. Estaba tocado con el gorro, metido el cuerpo en una bata, los pies en el folgo. Como gustaba de hablar por aforismos, señalándome sus libros y sus notas —*De hoc multi multa* —añadió— *omnis aliquid, nemo satis:* sobre esto muchos dijeron mucho, todos algo, nadie lo bastante.

—Está usted estudiando —le dije— elogios de la lengua vulgar. Afirma usted que el lenguaje es cosa viva y mudable por consecuencia; que los letrados, en su anhelo de fijar las formas, matan el lenguaje; y que donde propiamente se engendra el lenguaje es entre la gente anónima del populacho. Que ésta posee la semilla viva del idioma, y que de ella, originariamente, nos viene a los hombres el don renovado de hablar.

—Sí —dijo él—. En la pronunciación vulgar descubro los movimientos del lenguaje vivo, y en cada dislate de los palurdos persigo lo que podrá ser nuestra lengua culta del porvenir.

—Pues qué —aventuré— ¿no son los letrados los que cortan la flor de los idiomas y la hacen vivir en sus escritos?

—No —me dijo—. Eso que leemos en los libros no es el idioma, sino el retrato o reflejo de un solo momento del idioma. Es la fría ceniza que cae de la combustión de la vida. Es como la huella de los idiomas. Mas éstos siguen adelante, y van caminando según las flexiones que les comunica el habla familiar. Y, como la gente culta tiene la superstición de las formas establecidas; como se ha enfriado en ella el don de hablar; como recibe ya hechos los idiomas, de padres a hijos, de hijos a nietos (de Amina a Mahoma, de Mahoma a Fátima), se va enseñando a repetir iguales palabras e iguales giros, y prolonga así un filón de lengua fósil en el torbellino hirviente del idioma. Sólo el populacho tiene el valor de innovar, de pronunciar mal, de ir haciendo mudarse los giros y las expresiones. Así les da vida.

—Pero el neologismo ¿no es de origen culto?

—El neologismo —me dijo— comienza por ser un cultismo, cosa artificial. Pero como nace para necesidades de la vida, está sujeto a ser mañana adaptado, más o menos, al lenguaje vulgar y sometido al cauce idiomático. Los sabios cultivan el estudio del cuerpo humano, abren los cadáveres sobre sus mesas, extraen los esqueletos. A esto llaman *anatomía*. El pueblo, que confunde

siempre las cosas y las resume en aquel aspecto sobresaliente que más le ha impresionado, toma para sí la palabra, la usa para designar el esqueleto humano (y, sobre todo, desde el punto de vista del espanto vulgar) y, tras cierto baño idiomático, la vuelve cambiada en *notomía*. El don primitivo de plasmar la lengua sólo el pueblo lo posee. En él la lengua crece y fruta cual en su terreno las plantas, al paso que en los libros está como desecada. No nos turbe, pues, el neologismo que, si bien es obra de los cultos, es todavía idioma sin cocer, verdadera materia prima.

Hizo aquí una pausa y continuó:

—La doble corriente de lo culto y de lo vulgar ha mucho tiempo que mantiene pugna en los idiomas, y aun puede decirse que amanece tanto como ellos, desde que en los grupos humanos se distingue una aristocracia o clase privilegiada cualquiera. Tenemos palabras de doble formación, una culta, otra vulgar: aquéllas, ceñidas a reglas arbitrarias (curiosas si te empeñas); éstas, ceñidas a las leyes naturales de la modelación, que son las leyes del canto rodado. La primera de estas leyes es el azar, fuerza de la vida. El vulgo, hijo del azar y mejor testigo que nadie del instinto humano, sabe hablar y formar sus voces según el capricho de la vida y bajo la sugestión de su instinto étnico. Compara las palabras *áncora* y *ancla, aurícula* y *oreja*, y tantas otras de que hallarás copia en las gramáticas: sentirás, siquiera vagamente (porque los instintos más certeros son los más indiscernibles y sordos), lo que es el ruido castizo de nuestra habla; percibirás la eficacia sonora, la fuerza concreta del idioma, y hasta la riqueza de traslación del sonido latino al castellano —cualidades todas de las formas vulgares—, en parangón con el amaneramiento de las formas cultas, sesquipedales. Éstas, junto a aquéllas, parecen como metales yuxtapuestos a los que faltó calor para combinarse. Y por cierto que no son los cultos, en el imitar las formas originales del habla, tan buenos imitadores como aquel pintor Lucas Jordán que sabía pintar con el estilo de todos, de modo que confundía a los mismos imitados. Que cuando los cultos imitan el habla natural del vulgo, les sucede como a Teofrasto, el cual por parecer ateniense afectaba tanto el estilo ático, que cualquiera vejezuela lo descubría en la afectación. Imagina un hombre que quisiera con el cincel tallar un canto rodado, o hacer cielo artificial en tubos de vidrio por arte de física o de química. Tal es el error de los que fabrican palabras por su cuenta sin irlas a buscar en los bajos sedimentos humanos, donde aún se conserva algo del calor de la tierra. Porque ¡oh soberbio Miguel Andreópulos! ¿quién te daba a ti poder para cambiar, como quisiste, *Sendebar* en *Sintypas?*

—Maestro caro y muy amado —le dije—, yo sólo sé que el lenguaje de formas cultas es el más racional y simple.

—Eso no importa —contestó—. Más uniforme, más simple es la línea recta que no la curva, y en la naturaleza no encuentras verdaderas rectas. La sencillez no es el criterio de la naturaleza. Las mejores máquinas de la vida son las más complicadas, y es un laboratorio afanoso cada yerbecita de las que se esconden

por el suelo. El idioma y la lógica son cosas diversas y aun opuestas. Dicen los técnicos que las transformaciones del sentido de las palabras se operan según figuras llamadas catacresis, sinécdoque, metáfora y otras, las cuales precisamente consisten en poner de relieve una cualidad especial del objeto a expensas de las demás; es decir: con desdén para la lógica. Y añaden que las transformaciones de los idiomas reposan sobre el *razonamiento oblicuo;* por manera que el lenguaje, este gran fenómeno humano, tiene por principio un paralogismo. ¡Oh, no me deis a mí tales lenguajes como el de la filosofía moderna, que consta de meras voces artificiales y casi idénticas en todos los idiomas del mundo! Este *esperanto* de la filosofía podrá ser muy lógico, mas no es un lenguaje. ¡Abomino yo de esta nueva algarabía! Si la vida, hijo, tuviera siempre que aguardar el permiso de la lógica, las especies animales se habrían detenido en su proceso, hasta que no descubriera la ciencia cuáles han de aparecer antes y cuáles después, si los pájaros o los hombres, pendiente todo de que se estimara en más volar que pensar (como es mi opinión) o viceversa. La vida, por eso, es afirmativa e imperiosa. La lógica no debe ser más que el esfuerzo de sumisión por parte de la mente humana, inclinado a justificar y acatar el mundo tal como es. Lo demás es mero devaneo, y es luchar los hombres contra los dioses.

"Por otra parte, hay que desconfiar de nuestro orgullo. Lo que hoy es un barbarismo pudiera ser la forma lícita de mañana. El vulgo, con sus barbarismos, previene y cultiva la futura etapa del idioma. Si a los cultos estuviera confiado dar el aliento a los idiomas, todavía estaríamos hablando en latín.

"Pero, junto al latín clásico y escrito, el vulgo romano, derramado a las conquistas, llevó por la tierra las formas del latín hablado y vulgar. Y los bárbaros, a quienes lo enseñó, dieron aún en equivocarlo. Y, a fuerza de barbarismos y de solecismos, engendraron las lenguas romances. De ellas dicen los sabios que no son hijas del latín literario —pues ninguna lengua literaria engendra otra— sino como hermanas menores de éste, y todas como hijas del latín vulgar, viejo campesino del Lacio. Y bien: yo cuido que hicieron más los bárbaros con su ignorancia fecunda, que Quintiliano y Varrón con su equívoca sabiduría. Lo que los letrados censuran hoy en el pueblo, lo que dicen hoy cuando escuchan por la calle las voces corrompidas y los giros nuevos del vulgo, ayer los orgullosos romanos lo censuraban y decían de los hijos bárbaros de Roma. Y dentro ya de la literatura española, a fines del siglo XVI, ¿qué decían a Fray Pedro Malón de Chaide los contemporáneos, porque escribía sus obras, en vez de en latín, en *vulgar?* Pues le decían que aquello era escribir leyendas para hilanderuelas y mujercitas. ¡Y esto se pensaba de la lengua en que, según el Licenciado Francisco Bermúdez de Pedraza (un mal aconsejado de la Musa traviesa) hablaron los Apóstoles el día de Pentecostés! Ya ves, pues, que el vulgo tiene pleno derecho para sus dislates. Elogiarlos y admitirlos es admitir y elogiar los métodos de la naturaleza."

Por breves instantes me quedé pensativo: él tenía en la cara la sonrisa del ateniense que ha desconcertado al escita. Al fin le dije:

—Maestro, es usted un gran sabio.

Y él me contestó con el estilo de Sócrates y con las palabras de Wolf, humildemente:

—Yo no soy más que un filólogo, es decir, un amante de la lengua.

—¿Así se define la filología? —interrogué yo.

—Así, y de muchas otras maneras —me contestó—. Para Platón la filología era el gusto por las conversaciones, y oponía la filología de los atenienses a la braquiología de los esparciatas. Otra cosa entienden otros por filología. A mí me gusta definirla por el procedimiento de que se vale y, así, digo siempre que la filología es la ciencia de la seguridad despaciosa.

—¿Y la filología enseña todo eso que usted me ha dicho?

—Sí, y enseña, además, a tener respeto por las abejas.

Como evocadas, escurriéndose por los resquicios de las mal cerradas vidrieras, tres abejas habían subido a la biblioteca, desde el jardín.

—Hijo —continuó mi buen maestro—, cada vez que se nombra a Platón llegan las abejas.

La conversación se iba haciendo fantástica. Y yo, con el miedo que tenemos al misterio los pobres hombres, me apresuré a concretarla, volviendo al asunto primero:

—Maestro, ¿quiere usted explicarme el mecanismo con que el vulgo altera las formas de una lengua?

—Escucha: la explicación será más breve que una epístola de lacedemonio. No temas: no repetiré lo mucho que se ha dicho sobre el principio de uniformidad y el principio del menor esfuerzo, los dos principios maestros de la corrupción de las lenguas, pero sobre los cuales toda gente letrada sabe ya lo bastante desde que los oye nombrar. Tampoco me perderé en explicaciones parciales pretendiendo que estas o las otras palabras vienen de la elipsis, como aquel Sánchez o Sanctius, del siglo XVI, autor del *Minerva seu de causis linguae latinae*, para quien todo fenómeno lingüístico había de explicarse por la elipsis; razón por la cual Reising le llama *el caballero de la elipsis*. Ni seré yo tampoco quien todo lo reduzca a fantásticas etimologías para explicar cosas tan simples. La etimología, ha dicho Voltaire, es una ciencia en que las vocales valen poca cosa y las consonantes poco menos, y San Agustín pensaba que la explicación de las palabras es tan quimérica como la de los sueños. Ya Leibniz —que a más de filósofo era notable filólogo— castigaba a los etimologistas fantásticos diciéndoles que *goropizaban;* es decir: que hacían como el flamenco Juan Becano Goropio o Van Gorp.

Calló un momento. Yo adiviné que se hallaba completamente dominado por la idea de estar componiendo un discurso con todas sus partes retóricas. Quería percibir el efecto de su acabadísimo exordio, y ahora buscaba la manera de

abordar el tema principal. ¡Pobre maestro mío! Por fin lo abordó indirectamente, y comenzó en forma subjuntiva:

—Si hubiera yo de tomar el asunto desde el origen de la lengua, te cansaría las orejas con la anticuada controversia sobre el texto de Moisés y sobre el *Cratilo* de Platón, o con la fastidiosísima reyerta entre los partidarios de la onomatopeya o *teoría del Bau-Wau* (por el nombre que debiera llevar el perro), y los partidarios de la interjección o *teoría Pah-pah* (grito de sorpresa o espanto). Busca tales cosas en los libros. Yo sólo te diré lo que ahora mismo se me ocurre a propósito de la corrupción vulgar de las lenguas.

Había llegado ¡al fin! el instante retórico de abordar el tema. Y dijo:

—El vulgo, ante todo, es alambicado: gusta como de adornar las cosas y de alargarlas. Una mala pronunciación no es tan sólo signo de inferioridad biológica o atrofia de los aparatos articulatorios: una mala pronunciación es también un adorno. Asómate a esta ventana: aquellos desarrapados se calientan al sol y obran con la sola moral y el solo consejo de los proverbios. Mira cómo son vivaces sus ademanes: mira cómo andan cual si danzaran. Están demasiado vivas en ellos las fuerzas humanas. Les sobra algo de la energía creadora del tipo. Su andar tiende a la danza y su hablar tiende al caló. Éstos son los padres del idioma. Éstos los que crearon el habla vulgar, reduciendo a formas analíticas y alambicadas las formas sintéticas del latín. Por eso no se ajustan a las normas que se les dan: porque les sobra iniciativa idiomática. Nosotros les decimos: *viciar*, y ellos, seguros de que dicen lo mismo, nos contestan, como haciendo bailar el verbo: sí, *avezar*. Nosotros les decimos: *tratar*, y ellos nos contestan: sí, *trechar*. Nosotros les decimos: *púrpura*, y ellos nos contestan: sí, *porpla*. Añade a esto que cada pueblo oye el mismo ruido de distinta manera, con un coro de matices étnicos distintos, y que sólo el vulgo tiene el descaro de exagerar esas diferencias en su pronunciación. Oímos, los de habla española, que los gallos cantan —como elemento fundamental al menos, y aparte de ciertas variaciones dialectales— algo semejante a:

—Qui-qui-ri-quí…

Los franceses oyen:

—Co-co-ri-có…

Aunque un gallo de Rostand fuera partidario del:

—Cock-a-doodle-doó…

Lo cual es más propio de la India inglesa, o de Inglaterra, según consta por la canción de Ariel en *La tempestad*.

Los gallos turcos cantan:

—Cú-cú-rú-cú…

Otros hacen fuga de vocales:

—K! k! k! k!…

Y otros fuga de consonantes:

—I! i! i! i!… o bien: O! o! i! o!…

La abubilla de Aristófanes cantaba en griego, si mal no recuerdo:

—Epopo, popo, popo, popo, popoí, ¡íio! ¡íio!; tío, tío, tío, tío, tío, tío, tío; trioto, trioto, toto, brix; torotoro, torotorotix; kiccabau, kiccabau. Torotorotorotorolililix.

Y en alemán canta, según el testimonio de Voss:

—Tiotio, Tiotio tio tinx.

Totototo, totototo, toto-tinx.

El perro indignado dice, según unos:

—Grrrr…

Y, según Lucilio, dice simplemente: rrrrrr…

Esto por una parte, y por otra, cada uno tiene sus inclinaciones prolativas, porque cada pueblo oye con diverso matiz el mismo ruido fundamental. Así, a veces, el bárbaro hizo de la *p* latina una *u;* de la *au* una *o;* de la *c* una *i*, antes de explosivas; de la *t* una *ch*, según el caso.

—¿Y las transformaciones semánticas, toda esa mitología de las lenguas, cómo se producen?

—Porque el vulgo sabe más cuentos que Calila y Dimna, los dos lobos cervales, y a cada instante le ocurre usar en la charla cualquiera figura de sus cuentos; y así nos llena el habla de Perogrullo y Rey Perico y Penseque. Este último hasta en las comedias de Fray Gabriel Téllez se ha metido. De aquí que se vayan desvistiendo las voces de su primitiva connotación; y de su origen, anecdótico a veces, pasen a ser términos corrientes. Estudia la *Visita de los chistes* de Quevedo y te convencerás.

"A más de que la palabra, hijo, posee a veces una significación peculiarísima para determinada persona, la cual, si tiene el descaro del vulgo, no vacilará en aplicarla según lo que a él se le antoja que significa. Así innovará su sentido. Por mi parte, como no soy vulgo, apenas me atrevo a decir lo que para mí representa la palabra *inmarcesible*. Escucha: sin duda has visto en alguna parte esos cuadros de la vida principesca con que nuestras familias acostumbraban adornar los salones. Pues yo en alguna parte he visto (o lo ha combinado mi imaginación) un cuadro en que Shakespeare lee un drama a presencia de la reina Isabel, ¡pintoresca ignorancia! Y bien: cada vez que escucho o pronuncio la palabra *inmarcesible*, tal escena me aparece de súbito. Y ¿qué dirías de que, refiriéndome a alguna lectura pública ante la reina, exclamara yo, resumiendo mis impresiones: ¡Vamos! que el espectáculo estuvo *inmarcesible*?"

—Diría yo que hacía usted como el vulgo.

—Exactamente —dijo mi maestro, lleno de alegría con el éxito de sus explicaciones.

—Pero la gramática —le dije—, maestro, ¿no es, como dicen los chinos, un arte muy útil que nos enseña a distinguir las palabras *llenas* de las *vacías;* o, como decimos nosotros, el arte de hablar correctamente una lengua, esto es, conforme al buen uso, que *es el de la gente educada*?

—No —me dijo con seguridad—, la gramática ni es arte útil ni enseña a hablar, sino que es una investigación sobre la naturaleza y condiciones de la lengua, que tanto se refiere al uso educado como al de la gente vulgar. Ni aquél es mejor que éste, ni éste preferible a aquél. Tienen utilidades distintas. El uso culto, como más estable, sirve para introducirnos en el estudio de la lengua: tiene las ventajas de la disección sobre el cuerpo muerto. El vulgar, como más vivo, es el único que explica la génesis y el desarrollo de la lengua: tiene las condiciones de la observación sobre el cuerpo vivo. La gramática, hijo —y vamos a una explicación definitiva—, nos enseña, por ejemplo, cuándo hay abundancia de ideas en una palabra, que se dobla bajo su peso, o cuándo hay abundancia de palabras para significar una sola idea. Pero es en el habla viva y corriente donde vamos a buscar aquella polarización que, dando a las palabras sobrantes los significados sobrantes, equilibra el lenguaje. Y el vulgo es casi siempre más apto que los cultos para esta operación mágica del habla, y, cuando no fuere más apto, es numéricamente el único que la puede realizar: porque en esto —como en nuestra política— suele haber mayoría de votos.

—Pero —repuse yo prontamente— el vulgo no percibe los sutiles matices de las ideas; él sólo sabe de lo concreto, y nada alcanza de lo abstracto, de lo general.

—Tienes razón —me dijo el señor Planciades—. Tienes razón, que a cada quien toca su reparto en la obra de los idiomas.

Y luego, abandonando decididamente el tema por la divagación, prosiguió:

—Mas considera que lo real es lo concreto y lo irreal es lo abstracto. El vulgo es dueño de la realidad. Los cultos lo son de la irrealidad. Las palabras del vulgo tienen significación individualísima, aunque en un sentido más filosófico sea cierto que lo individual no tiene nombre en el lenguaje: ésta es, justamente, su imperfección. Pues ¿qué más querría el estilista que poder usar de palabras individuales? Cercanas a este arquetipo, las hay abundantes en el habla vulgar; y son excelentes por lo mismo que suponen una percepción más minuciosa de los objetos. Y si es verdad que el lenguaje trata de verter la experiencia total del alma... Escucha: lo único que vale es el análisis. La síntesis y el error siguen el mismo procedimiento: ignorar datos. Por mi parte, yo soy más amigo de Platón...

Calló. En el aire de la biblioteca zumbaban incesantemente las abejas. Yo estaba incómodo: yo he sido educado en el respeto a la filosofía, y mi maestro divagaba notoriamente.

—Pero he divagado —dijo al fin como respondiéndome—. Estoy viejo y fatigado ya. Cada vez que subo al escabel para buscar un libro, temo perder la cabeza... Hijo mío —y su voz se hizo quejumbrosa—, hay invierno en el año y hay invierno en mi corazón. Mi espíritu flaquea con la edad, y pienso, a veces, que todos estos libros, a los que he incubado largamente, me esconden sus secretos. Me parece que ellos también sufren el invierno. Sus hojas, cual las de los árboles, se hacen amarillas y quebradizas. ¿No piensas que un día van a volar hechos polvo, y me van a dejar aquí solo?

Y luego, mudando el tono súbitamente:

—Ya hablé por los codos. Vete ahora, hijo mío. Volverás otra vez.

Meses más tarde, cuando ya la estación había cambiado y las trepadoras subían hasta sus ventanas, cargadas de cápsulas de polen y llenas de gusanillos verdes, volví a visitarle:

—Gozamos ahora —le dije— de un clima tan suave como el del Ática en el tiempo de los Misterios. Estará contento mi maestro.

—Hijo —me contestó con voz sumamente envejecida—, estoy viejo y los libros no se me dan. Vivir entre ellos sería para un joven la vida de las delicias: sería, como dicen los griegos, *leche de pájaros*. Mas ya a mí los libros no me quieren; ni me abren su alma, ni me agradecen los cuidados que me he tomado por la salud de sus cuerpos. Me parece que se ponen traviesos con la primavera, y temo que un día se vayan volando por la ventana, agitando sus hojillas como alas.

Y luego, como hombre que sabe de coro sus clásicos, añadió:

—"Adiós gracias: adiós donaires: adiós regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida."[1]

DE LA TRADUCCIÓN*

I

En sus *Confesiones de un joven*, George Moore habla de la traducción:

> Ciertos sustantivos, por difíciles que sean, deben conservarse exactamente como en el original; no hay que transformar las verstas en kilómetros, ni los rublos en chelines o en francos. Yo no sé lo que es una versta ni lo que es un rublo, pero cuando leo estas palabras me siento en Rusia. Todo proverbio debe dejarse en su forma literal, aun cuando pierda algo de su sentido; si lo pierde del todo, entonces habrá que explicarlo en una nota. Por ejemplo, en alemán hay este proverbio: *Cuando el caballo está ensillado, hay que montarlo*. En francés: *Cuando se ha servido el vino, hay que beberlo*. Y quien tradujese: *Cuando el caballo* por *Cuando el vino*, sería un asno. En la traducción debe emplearse una lengua perfectamente clásica; no hay que usar palabras de argot, y ni siquiera de origen muy moderno. El objeto del traductor debe ser el no quitar a la obra su sabor extranjero. Si yo tradujese *L'assommoir*, me esforzaría en emplear una lengua fuerte, pero sin color; la lengua —¿cómo diré?—, la lengua de un Addison moderno.

En punto a traducción es arriesgado hacer afirmaciones generales. Todo está en el balancín del gusto. Y si este elemento de creación, incomunicable y difícil de legislar, no entrara en juego, la traducción no hubiera tentado nunca a los grandes escritores. Sería sólo oficio manual, como el trasiego del vino en vasijas. Los casos citados por Moore están escogidos con malicia. Poco costaría encontrar otros que demuestran las limitaciones de su doctrina. Concedemos que la fidelidad a "ciertos sustantivos" es de buen arte. Pero Moore debió haber explicado que los sustantivos en cuestión se refieren a los usos privativos de un pueblo. Pues el transformar los usos no es traducir, sino adaptar; como cuando, por obvias necesidades escénicas, *L'orgueil d'Arcachon* se convierte en *El orgullo de Albacete*. Y cuando se trata de nombres propios precisamente, la adaptación es más repugnante; y si de seudónimos, peor aún. Si es intolerable "Ernesto Renán", más lo es "Anatolio France", que, de ser legítimo, mejor pudo ser "Anatolio Francia". Ya pasaron los tiempos en que la fuerza de atracción lingüística y hasta la relativa incomunicación de las culturas consentían a Quevedo hablar de "Miguel de Montaña", a Gracián decirle a John Barclay "el Barclayo" o permitían llamarle al Louvre "la Lobera". Y acaso esta gambeta se perpetuaba todavía como herencia de los siglos en que el común denominador del latín la había facilitado: así fue como Vincent de Beauvais se llamó Vicente Belovalense.

Pero ya el que todo proverbio o frase coloquial deba respetarse textualmente parece menos aceptable, y más bien la traducción literal podría relegarse a la nota y no al discurso principal. Aquí caemos en el reinado exclusivo de los modismos, por naturaleza intransferibles, y corremos el riesgo de aprobar como bueno el que la Condesa de Pardo Bazán haya traducido del francés que una mula "sudaba

por la cola", en vez de "sudar a chorros", como hace la mula ortodoxa en castellano. A poco apurar, tendría razón el chusco que tradujo *Rendez-vous chez les Anciens* por *Ríndase usted en casa de los antiguos*.

Pero la idea de la lengua neutra en las traducciones, sin demasiados alardes castizos que adulteren el sabor original, parece muy recomendable en principio.

Hace años, cuando Pedro Henríquez Ureña trabajaba en la traducción de los *Estudios griegos*, de Pater, solíamos discutir estos puntos. Él, por su cuenta, pues no conocíamos el libro de Moore, sostenía una doctrina muy semejante. Yo apenas comenzaba a hacer mi herramienta; me cohibía el purismo, y era partidario de cierta discreta castellanización. El paladar, no hecho, todavía se negaba a tomar el gusto a ciertos desvíos que parecen devolver a las lenguas viejas algo de su acre verdor. Yo no hubiera comprendido entonces que Raymond Poincaré encontrara encanto en el saborcillo extranjero de la prosa francesa de Francisco García Calderón (prólogo a *Les démocraties latines de l'Amérique*); el encanto que yo mismo he encontrado más tarde en algún regusto catalán de Eugenio d'Ors o en los lusismos que aconsejaba Estébanez Calderón; el encanto de la Biblia que Cipriano de Valera puso en "castellano ginebrino", o el de *La lozana andaluza*, que Francisco Delgado escribió en español de Roma: bebidas fermentadas que hoy paladeo con agrado indecible.

Nos divertíamos entonces con aquella polémica entre Matthew Arnold y Francis W. Newman sobre la traducción de Homero; tratábamos del estilo noble y el familiar de la épica griega, con referencia al inevitable Longino; considerábamos hasta qué punto sería lícito el interpretar los nombres de los caballos de Aquiles, llamando el Castaño al Janto y el Tordillo al Balio, o el poner a la arpía Podarga el apodo de la Vivaracha.

Y releíamos el diálogo de las *Siracusanas* de Teócrito entre Gorgo y Praxínoa, que Arnold inserta en su ensayo sobre *El sentimiento religioso pagano y cristiano*, vertiéndolo de propósito en un estilo familiar y casero:

GORGO.— ¿Está en casa Praxínoa?

PRAXÍNOA.— ¡Dichosos los ojos, querida Gorgo! Aquí me tienes. ¡Euné, hija: pronto! Acércale una silla y ponle un cojín.

Sin duda que estas familiaridades tienen su utilidad: ayudan a perder el miedo a los clásicos. Pero nada se ha de extremar. Otra vez tenemos aquí que habérnoslas con el balancín del gusto. De un lado, la traducción que, como los pintores primitivos, viste a los antiguos de contemporáneos. De otro lado, la traducción científica, que tiende a quedarse más o menos en el tipo interlineal de las ediciones escolares Hachette.

De un lado, el Homero de Madame Dacier, el Virgilio disfrazado por Scarron, el Ovidio en rondeles de D'Assouci, y aun la *Odisea* de W. D. Rouse (*The Story of Odysseus, A Translation of Homer's Odyssey into Plain English*, Londres, Nelson, 1837). Con igual espíritu, el poema medieval nos habla del Conde Don Aristótil "que estaba muy cansado porque había hecho un silogismo". Y en un

extremo ya caricaturesco, pueden recordarse el *Satiricón* de Laurent Tailhade, la *Lisístrata* de Maurice Donnay y, más recientemente, los *Mimos* de Herondas interpretados por J. Dryssord.

Y yo caricaturizaba mi propia doctrina transformando así un posible pasaje de Homero. Supongamos que el texto griego dijera: "!Oh, Pelida! Narra con aladas palabras tus aventuras con Briséis". Pues bien: Peláez es el apellido castellano de Aquiles, hijo de Peleo o Pelayo; y Briséis o Briseida suenan a etimología de Brígida. Luego mi hexámetro bárbaro diría así:

Anda, Peláez, ve diciendo cómo te ha ido con Brígida.

De otro lado, en el extremo de la traducción científica, preferida por los eruditos modernos y que tiende al tipo interlineal, hay que confesar que frecuentemente encontramos monstruosidades técnicas, que no logran hacer entrar en la intuición del lector el sentido humano de un texto clásico, por miedo a adulterarlo entregándose demasiado al genio de la propia lengua. Ésta es la ocasión de declarar que las antologías nunca han recogido algunas preciosas muestras de la prosa castellana, representadas en los viejos traductores de griegos y latinos, quienes, aunque por sí mismos no fueran grandes escritores, al caminar sobre la pauta que les da el modelo original, construyeron páginas excelentes. Acaso la lectura de los antiguos debiera graduarse en tres etapas: primero, traducciones que acercan o acortan la distancia, aunque sean inevitables en ellas los errores de semejante violencia; segundo, traducciones que respetan la distancia, aunque sean inevitables en ellas los desvíos de la belleza formal y aun cierta dosis de galimatías; tercero, los mismos textos originales.

Andamos rondando el dilema de Schleiermacher: o ir hacia la lengua extranjera o atraerla hacia la lengua propia. Si ya la expresión de nuestros pensamientos en nuestra habla es cosa indecisa y aproximada, el traducir, el pasar de una lengua a otra, es tarea todavía más equívoca. Una lengua es toda una visión del mundo, y hasta cuando una lengua adopta una palabra ajena suele teñirla de otro modo, con cierta traición imperceptible. Una lengua, además, vale tanto por lo que dice como por lo que calla, y no es dable interpretar sus silencios. Sobre estos y otros puntos trascendentales, consúltese la *Miseria y esplendor de la traducción* de José Ortega y Gasset. Como ejemplo del distinto valor que el mismo objeto o concepto pueden tener para diferentes pueblos, hace notar que los bantúes poseen hasta doce géneros gramaticales y que en árabe el omnipresente camello cuenta con más de cinco mil setecientos nombres, y añade que, en Eise, hay treinta y tres palabras para el verbo "ir". De lo que sólo podría dar un pálido reflejo aquella conjugación humorística en jerga española: "Yo me voy, tú te las piras, él se naja, nosotros ahuecamos, vosotros tomáis soleta, ellos se largan". Recordemos que en sánscrito hay once palabras para "luz", quince para "nube", veinte para "luna", veintiséis para "hacer", treinta y tres para

"matanza", treinta y cinco para "fuego", treinta y siete para "sol"; en Islandia, ciento veinte para "isla"; en árabe también, quinientas para "león" y mil para "espada". Véase Jorge Luis Borges, "Los Kenningar" (*Historia de la eternidad*, Buenos Aires, 1936), sobre la proliferación metafórica en la poesía escandinava; y el prólogo de José Gaos al primer volumen de su *Antología filosófica, La filosofía griega* (México, 1941), sobre la imposibilidad racional o aporia de la traducción.[1]

Ya es muy inquietante que el sumo maestro de nuestra prosa considerara las traducciones como tapices vueltos de revés. El autor del *Diálogo de la lengua* siente que es más difícil traducir al castellano que a ningún otro idioma; pero Poste, traductor de Baquílides, cree que sólo el castellano podría dar idea de la sonoridad del griego clásico; luego confiesa la deficiencia del inglés. Y es que cada uno ve el obstáculo desde su ventana. En el citado ensayo de Ortega y Gasset, donde es evidente cierto tonillo de polémica con los filólogos franceses, se lee esta conclusión: "De todas las lenguas europeas, la que menos facilita la faena de traducir es la francesa". No se dice explícitamente, pero del ensayo parece desprenderse que ello es consecuencia del mucho condimento autonómico a que llega una lengua ya muy cargada de sus propias herencias. Lo cierto es que, cuando traduje a Chesterton, comparando después mis versiones con las francesas, me resultaba evidente que, si el francés llega a la audacia con la musa propia, desconfía en cambio de las audacias ajenas y las peina y asea un poco. En *Los dos caminos* he contado cierta charla con Wells, a quien expliqué cómo, contra lo que él sospechaba, me había resultado más difícil reducir al español a Sterne que a Chesterton, porque para aquél no encontraba yo el molde hecho, y para éste me lo daba nuestra prosa del Siglo de Oro: conceptismo, antítesis, paradoja.[2] Pero cuando traduje a estos escritores, lo mismo que cuando he traducido a Goldsmith, a Stevenson, a Browning, a Mallarmé o el poemita francés del siglo XII sobre el Castellano de Coucy (traducción muy poco feliz), tuve que encerrar las reglas como Lope, olvidar mis dudas y reflexiones y entregarme un poco al instinto.

Aquellas conversaciones juveniles y las que después tuve en Madrid con el traductor de Anatole France hicieron nacer en mí la idea de escribir un ensayo sobre la traducción, en que habían de tomarse en cuenta las enseñanzas del inglés Tytler y del español Pi Ferrer: un proyecto más, olvidado a medio camino. Luis Ruiz Contreras me repetía siempre que el traducir es una tarea humilde y dócil como el servir, y a la vez un peligroso viaje sobre dos carriles; yo diría, sobre dos caballos de desigual carrera. Ruiz Contreras se sentía tan expuesto a perder el rumbo del idioma en aquellos años ya de fatiga, que prefería encargar a un secretario la primera versión de Anatole France y después la iba modelando.

Durante el aprendizaje de una lengua extranjera, hay un paradójico efecto que luego la familiaridad va borrando; y es que la lengua extranjera nos ofrece todavía su frescura metafórica y ciertos valores estilísticos arrastrados por la

costumbre. Al que comienza su inglés, puede parecerle un acierto personal de Stevenson el que el cuerpo de un marino apuñalado "se hunda" en sí mismo; cuando la verdad es que el "sink" es término acuñado para "irse muriendo".

Con las confesiones de los traductores podría poco a poco levantarse un inventario de problemas de grande utilidad para la estilística. Después de todo, ¿no fue conducido Charles Bally a la Estilística por sus experiencias de catedrático de inglés? ¿No fue empujado Mallarmé hacia algunas investigaciones del lenguaje poético por una experiencia semejante? Cuando Valery Larbaud traducía las *Notas* del victoriano Samuel Butler (pues hay otro Samuel Butler, autor del *Hudibras*, que también dejó cuadernos de notas)[3] confesaba que su esfuerzo principal consistía en dar un giro francés a las intenciones epigramáticas de su autor, que traducidas literalmente perdían todo sabor; y comparaba este esfuerzo con el de sacar la punta al lápiz: hay que llegar a la finura —decía— pero detenerse antes de anular la resistencia. Yo he confesado también *coram populo* ciertas vicisitudes del traductor propias y ajenas.[4] Por desgracia tales documentos no abundan.

II

El recuerdo de mi traducción de Sterne me lleva a una divagación. En cierto pasaje, se lee: "... deja que Madame de Rambouillet p... ss... a su antojo". Alguien me preguntó por qué en una traducción del inglés aparecía esta disimulada expresión francesa. Encuentre aquí el curioso la tardía respuesta: porque esa misma abreviatura es la que usó Sterne, quien a lo largo del libro emplea muchas locuciones francesas. En el pasaje en cuestión, precisamente, acaba de escribir en francés la respuesta que le dio la dama, cuando él le preguntó qué se le ofrecía: "Rien que pisser". Además de que el verbo francés goza de una aceptación general, internacional, y todos lo reconocen aunque sea en fuga de vocales. La correspondiente palabra española es menos graciosa, y estoy seguro de que, reducida al esqueleto de sus consonantes, para los propios hispanos resulta menos comprensible. José Ortega y Gasset ha contado por ahí cierta historia africana en que un niño quiere hacer pipí. A Juan Ramón Jiménez le parecía mal el galicismo. ¿Por qué no decir mear, como dicen en España los niños? Sin duda porque lo otro es más delicado. Ni "hacer pis", ni menos "hacer chis" pueden superarlo. Y por escrito, no había el gran recurso de las escuelas: el puño cerrado para pedir permiso de salir del aula a "cosa mayor", o la mano abierta para "cosa menor".

Esta expresión "cosa", y aun "coso", usadas sin ton ni son para cubrir todas las ausencias verbales, las afasias momentáneas, equivale al "machin" francés y a la "macana" argentina, contra la cual lanza Borges esta elocuente condenación: "Es palabra de haragana generalización y por eso su éxito. Es palabra limítrofe, que sirve para desentenderse de lo que no se entiende y de lo que no se quiere

entender. ¡Muerta seas, macana, palabra de nuestra sueñera y de nuestro caos!" *(El idioma de los argentinos.)* Abundan en nuestra lengua estos ripios mentales: "hombre", "digo", "claro", "anda", "vamos", con los que hice alguna vez la caricatura de las charlas de café en *Calendario,* [5] y el repugnantísimo "éste", con que entre nosotros la gente suele atacar sus frases en un titubeo mental. No se les debe confundir con esos breves apoyos rítmicos o "especie de puntuación hablada" que decía Paul Valéry: en griego, "gar", "alla", "men", "dé"; y en valenciano y en argentino, el "che", muletilla y vocativo ligero. Señalo a la atención de Borges el tango por excelencia de la incapacidad de expresión, que dice: "Churrasca, mi churrasquita. Yo no encuentro otra palabra Que mejor la puerta me abra Para expresarte mi amor"; donde el enamorado acaba diciendo que escribió para la Churrasca una cartita, "Y le puse tantas cosas Que al final no se entendía Y la tuve que romper".

En estos asuntos de arte mayor, arte menor y arte secreta, la palabra "cosa" tiene en español un sentido que no consignan los léxicos. Lo cierto es que hasta se vuelve expresiva y tierna cuando sobreviene en voz baja la proposición de "hacer cosita". Es el "faire catleya" de Proust. Swann se atreve a su primer caricia con pretexto de arreglar las orquídeas que Odette llevaba al pecho, y en adelante la flor viene a ser el símbolo de la invitación amorosa. En Dorgelès, *Les croix de bois*, aparece un misterioso Mal Infernet, que creo interpretar de modo semejante. Una mujer confiesa a un soldado, en carta que éste recibe en la trinchera, y lo aflige por varios días: "He conocido a un joven. Prefiero decírtelo yo y no que otros te lo cuenten. J'ai fait le Mal Infernet avec lui. Le Mal Infernet, tu te souviens..." Singular manera de llamar lo que el abuelo Rabelais decía "faire la bête à deux dos". En la Edad Media, se dijo "facer aleph", al menos para el uso ilícito. En el Fuero de Brihuega dado por el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, hacia 1242: "Tot ome que fallare su mugier faciendo aleph con otro, si los matare no peche nada". El comentador Juan Catalina García entiende que tal expresión equivale a "haciendo aleve". Otros ven aquí una alusión a la figura cornúpeta de la letra hebrea aleph. Otros, simplemente, creemos que se trata de sustituir con la letra lo que no se quiere nombrar; así: "En la ciudad de X" o "el señor X".

Volviendo a Sterne, veo ahora que a lo largo de mi traducción del *Viaje* cometí un descuido, que fue el traducir "pantalones" donde debía ser "calzón". Y calzón y no pantalones tiene que ser, tratándose de un caballero de aquella época. Como hoy llamamos en México "calzones", en plural, a la prenda íntima, un instintivo pudor fue causa de esta inexactitud.

Esto me conduce a observar que varias prendas de vestir carecen en nuestra lengua de nombre general y cómodo. Decimos "sombrero de copa", abominable perífrasis cuya única ventaja es ser comprensible en ambos continentes. Porque en España dicen "chistera"; en México, "sorbete"; en la Argentina, "galera". El galicista podrá atreverse con "ocho-reflejos", o con "alto-en-forma", que sería la

traducción del “haut de forme”. Sucede otro tanto para la “cuba”, “cubeta”, “cubita”, “sombrero de bola”, “bombín”, etc., y para el “fieltro”, “sombrero partido”, “sombrero blando”, “quesadilla”, etc. Igual pasa con el “vestón” francés, que en España es “americana” y en América “saco”. Pero saco significa también otra cosa, y chaqueta no vale exactamente lo mismo. Es tan enojoso cambiar el nombre de objetos semejantes al cruzar las fronteras, como cambiar la circulación a la derecha por la circulación a la izquierda. Es como la no aceptación del Sistema Decimal, que verdaderamente crispa los nervios. Es como el uso de caracteres no universales para la escritura. Entiendo que los turcos habían comenzado a prescindir de su garabato tradicional y, antes de los últimos sucesos, Alemania iba dejando caer la letra gótica.

III

A nueva digresión nos invita el recuerdo de las traducciones interlineales, donde hay que aceptar valientemente las inversiones sintácticas que resulten. Después de todo, decía Paul Valéry a André Fontainas, el hipérbaton es “el último guiñapo de las imperiales libertades de Virgilio”:

> Des cocotiers absents les fantômes épars…
> C’est de Montmorency Madame la Duchesse…
> Éstas que me dictó rimas sonoras…
> En una de fregar cayó caldera…

O este ejemplo, mucho menos conocido, de Gabriel y Galán:

> … que el pan que come, con la misma toma
> con que lo gana diligente mano.

La inversión da a los textos de Hachette un sabor parecido al del *Polifemo* de Góngora traducido al francés por Marius André, del cual he dicho: “… el mayor trabajo del traductor ha consistido en convencerse, gramaticalmente hablando, de que la traducción literal de Góngora al francés resultaba escrita en un francés algo inusitado si se quiere, pero a todas luces legítimo” *(Cuestiones gongorinas)*.[6] Y lo curioso es que esta traducción “de aspecto bárbaro”, según la justa expresión de Jean Cassou, recuerda en algún modo la lengua mallarmeana, en que algunos quisieron ver hasta contaminaciones del habla inglesa. También recuerda algunos giros de Paul Claudel, a quien los primeros críticos acusaban de imitar el estilo Hachette donde la crítica posterior descubre maneras del terruño y reminiscencias del coloquio infantil del poeta.

IV

A propósito del imposible problema de la traducción, ¿quién no ha oído hablar

alguna vez de las cosas que sólo se pueden decir en tal o cual lengua? Mucha tinta se ha gastado con la famosa "saudade" portuguesa, que los brasileños han arrebatado para sí como un derecho exclusivo. Olegario Marianno, enumerando los dones que posee el Brasil, exclama:

Tem a palavra saudade
que as outras terras não tem.

Desde luego, Cervantes decía "soledad", y "saudoso" es "soledoso". Y el bilingüe Gil Vicente se explicaba así:

Soledad tengo de ti,
tierra donde yo nací.

El salto del alemán a las lenguas latinas y aun al inglés es más peligroso, por la contextura misma del alemán, que no siempre ha llegado a aglutinar en unidad de vocablo los signos conceptuales dispersos, y se limita a juntarlos como una serie de artejos mal pegados. El traductor español sólo al enfrentarse con el alemán se da cuenta de que las palabras "expresión" e "impresión" están hechas con ingredientes que significan "peso por fuera" y "peso por dentro". Y en la traducción clásica, todos hemos conocido aquello de las "naves huecas", donde tal vez se debe decir "barcos de transporte", por distinción con los de carga.

A veces damos con verdaderos rompecabezas: cuando la frase original está muy impregnada del humus del terruño. El otro Merimée, en su *Manual*, no encontró mejor cosa que *L'imagination excitée par la peur* para el brioso título de Juan Martínez de Moya *Las fantasías de un susto* (1630). Y para *El chitón de las tarabillas* de Quevedo, propone el débil *Silence aux caquets!* Se me ocurre que la *Aguja de marear cultos* podría traducirse, yendo más allá de lo idiomático hasta el campo de la literatura comparada, por *Le Nord des Précieux*. En este orden, que ya comienza a ser más adaptación que traducción, *Cavalleria rusticana* también puede dar *Nobleza gaucha* y aun *Nobleza baturra*.

La traducción de una lengua literaria al argot del propio país suele intentarse con un fin humorístico. Así el fragmento de *Carmen* que Pierre Devaux ha volcado en la "lengua verde", o el poema de Hugo que todos los liceanos conocen —"Mon père, ce héros au sourire si doux"—, que escuché vestido en jerga de apache en cierta revista del Palais Royal. Apréciese lo que va de Baudelaire al arrabalero de Buenos Aires:

Sois sage, ô ma Douleur, et tiens-toi tranquille.

Y el tango:

¡Araca, corazón, calláte un poco!

El problema se complica entre dos argots diferentes. "Jacter" podría traducirse por el familiarismo "chacotear", pero este vocablo significa un nuevo

matiz, una burla bulliciosa, y sólo en México lo he oído usar por "perder el tiempo charlando", con un poco del sentido de "jacasser". Ángel Vegue y Goldoni proponía graciosamente, para el francés "machabée" —término de "carabin"— el español "fiambre". ¿Y cómo convertir al español el "Zé-Pereira" brasileño, con su burlesca alusión al nombre popular de los portugueses, y que se aplica a la tambora de la banda?

El problema del argot no reside tanto en cada término aislado, sino en la atmósfera popular a que corresponde, intraducible por naturaleza. Además, el argot tiene un canto, un acento que desaparece en la adaptación. En el teatro, la adaptación de ambiente no siempre es tan fácil como en *El orgullo de Albacete*. En el *Pigmalión* de Bernard Shaw no hay adaptación posible, porque el asunto no corresponde a la vida española; y por otro lado, la entonación del habla "cockney" es parte integrante del asunto. Fue creado en español por Catalina Bárcena. El traductor y director de la compañía, Gregorio Martínez Sierra, me figuro que habrá dudado mucho si debía buscar la equivalencia del habla plebeya londinense en las modulaciones de la golfa madrileña. Se trata de una muchacha del arrabal, redimida por un profesor de fonética que la enseña a pronunciar y a emitir la voz correctamente. Como para la mujer-gata de la fábula, que de pronto echó a correr tras un ratón, la prueba definitiva acontece cuando, ante una emoción súbita, el modo plebeyo vuelve a salir a flote, y aquella mujer ya refinada suelta unas notas discordantes y recae en su pronunciación nativa. La fina e inteligente actriz tenía, según recuerdo, una voz dulce, que precisamente el fonetista Tomás Navarro Tomás soñaba con registrar en sus aparatos como quien caza un ave rara. ¿Qué hizo Catalina? Puede decirse que hizo a la comedia de Shaw el más alto sacrificio: le sacrificó su voz para siempre. Buscando un compromiso, algo extravagante, inventó una entonación española que pasara por "cockney". El compromiso no parece haberle agradado a aquella divinidad secundaria que cuida las leyes de la garganta e imprime en ellas, con minuciosidad de aduanero, los sellos nacionales. Lo cierto es que Catalina desde aquel día perdió la voz, y adquirió un hábito tal de destemplarla cómicamente, que ya nunca más le ha sido posible recitar con naturalidad una poesía seria.

Para terminar, unas notas más sobre las versiones de clásicos convertidas al estilo casero:

Vicente Riva Palacio, en *Los ceros, galería de contemporáneos*, por *Cero* (México, 1882), trae esta versión del "vano señalar con el dedo", sátira de Persio:

> No hay cosa como pasar
> por donde haya dos o tres
> que al mirarnos, sin hablar,
> nos comiencen a apuntar
> diciendo todos: ¡ése es!

La cosa es mucho más graciosa de lo que el autor se propuso, porque nos presenta la extrañeza de que la gente "diga algo sin hablar", y porque a la coplilla

chapucera se le llama “verso”, cosa verdaderamente imperdonable en un literato que no solía pecar de ignorante.

> Verso —comenta él mismo— que si no se puede calificar como una traducción clásica y digna del original, en cambio puede cantarse cómodamente con la música del *Palomo*, del *Aforrado*, del *Atole* o de cualquiera otra de esas canciones populares que constituyen la delicia de la *Musa callejera* de Guillermo Prieto, y que van como las ondas que forma el agua al caer una piedra, alejándose de nuestras actuales costumbres más y más cada día.

Entre los ecos del bimilenario de Horacio, se advertía también el propósito de meter en casa al poeta latino. Prendidos en las reacciones automáticas de la humana naturaleza, reflejos inmediatos de un hombre medio ante las provocaciones de la vida, los asuntos horacianos no siempre suponen un nivel demasiado excelso. Aunque groseros y en arrufianado lenguaje, asoman en el tango argentino: “Vieja, fanée y descangallada”, o en aquel otro: “Fume, compadre”. Las *Epístolas* bien huelen a charla de fumador, aunque entonces no se conociera esta delicia. Otro tango hay que da la réplica a Horacio: “Y mañana cuando seas Descolado mueble viejo… Acordáte deste amigo Que ha de jugarse el pellejo”, etc. Si llega a insistir en este aspecto, hubiera tenido toda la razón Lavinia (“Por nuestro idioma”, *Revista de Buenos Aires*, año I, núms. 1-3), cuyo ensayito nos promete en el título mucho más de lo que nos da: “En el bimilenario de Horacio: un clásico porteño”.

Pero seguramente entre las curiosidades del bimilenario el intento más agudo para buscar el gusto de Horacio, actualizándolo, desembarazándolo de todo resabio erudito y sin miedo a las chabacanerías eternas, es la versión, transformada en habanera, de la Oda II, IV, *Ad Xanthiam Phoceum:* “Ne sit ancillae tibi amor pudori”, que Salomón de la Selva publicó en su *Digesto Latinoamericano* (México, enero de 1936):

¡No seas bobo, chico!
Si es cierto que la amas,
no importa que sea
criadita de casa.

¿De qué te avergüenzas?
Con peores se enganchan
los hijos de Alfonso,
y hasta hay un monarca
que casi se queda
sin trono ni nada
por una rumbera
rubia de Rumania...[7]

1931-1941

A VUELTA DE CORREO*

POR CONSEJO de amigos comunes, tan respetuosos como yo para la buena memoria del llorado Héctor Pérez Martínez, publico estas páginas tales como aparecieron originalmente. La reproducción no tiene por fin exponer una polémica, pero suprimir los pasajes polémicos sería arrancar el aguijón a la abeja, dejar sin explicación ni aplicación las ideas generales que aquí desfilan, y perder el calor que puse al ejercer mi defensa.

Por suerte el tono de esta controversia nunca rebasó los límites de la caballerosidad, y nadie agravió a nadie. Siempre lo reconoció así Pérez Martínez, cuyo segundo artículo *(El Nacional*, México, 26 de junio de 1932) —rectificación espontánea— es prenda de su nobleza.

Cuando nos lo arrebató la muerte, él había aceptado ya la conveniencia de reeditar este breve ensayo, tal vez con un prologuito que firmaríamos ambos, en perfecto acuerdo y amistad.

Poco después de haber escrito y publicado *A vuelta de correo* —por cierto en edición limitada —, volví a México. En el andén me esperaba un joven de grave continente, a quien yo no había conocido hasta entonces por mi larga residencia en tierras extrañas. Me abrió los brazos sencillamente, y me dijo: —Soy su amigo Héctor Pérez Martínez que viene a darle la bienvenida —. ¿Cómo podría yo considerar esta controversia con desvío ni recelo, si ella me valió para siempre la amistad de Héctor, y a ambos nos hizo tanto bien?

1952

En *El Nacional* (México, 7 de mayo de 1932), me interpela Héctor Pérez Martínez, pidiéndome que consagre las páginas de mi correo literario, *Monterrey* —en vez de tratar en ellas cuestiones que a él no le interesan—, a discutir y aun a dictaminar sobre las orientaciones que las letras mexicanas buscan estos días con cierta saludable angustia. Como los recursos del pensamiento no son ilimitados, un humanista reconocería fácilmente en nuestras disputas el eco secular de la llamada querella de los antiguos y los modernos.

Ninguna interpelación puede preocuparme ni conmoverme más; pero temo que Pérez Martínez haya sido dos veces injusto: por el reproche de alejamiento que me hace, y por la consideración desmedida que me concede, hija de una simpatía con ribetes de intolerancia. Así, me pone en el difícil paso de quejarme de él, al mismo tiempo que le agradezco. "Notas sobre Góngora —dice despectivamente—, charadas bibliográficas, la eterna cuestión de las aclaraciones al *Cementerio marino*, de Valéry, y una evidente desvinculación de México." Y olvida que a Góngora —cuyas relaciones con la tradición americana están, por otra parte, ya establecidas— lo hemos convertido hasta cierto punto en cosa nuestra, desde que algo contribuimos, con varios años de trabajo, a la reivindicación de su poesía. Y omite el decir que las charadas bibliográficas se refieren a relaciones entre la tradición literaria mexicana y la brasileña. Y no quiere darse por entendido de que las notas sobre Valéry examinan una traducción española y una traducción cubana, por donde el asunto se nos acerca hasta confundirse con nosotros. En cuanto a la "evidente desvinculación de México", no pasa de ser una leyenda o equívoco que me urge aclarar, puesto que,

según veo, ha cundido ya, de dos o tres malquerientes, a los que puedo considerar mis amigos y valedores.

Pronto hará veinte años que salí del país, y de entonces acá mis vacaciones en México se habrán reducido a un total de ocho meses. No ha faltado quien me eche en cara, como carencia de patriotismo, el no haber naufragado en tierra extranjera durante mis días de lucha, y el vivir ahora consagrado al servicio internacional de México; servicio indiscutible y primario que considera a la nación como un todo intocable, y que cuida la línea de flotación sin intervenir en lo que pasa dentro del barco, por aquello de que lo primero es vivir. En todo este tiempo, he publicado muchos libros de prosa y unos pocos de versos. Quien tuviera la paciencia de examinarlos, fácilmente se convencería de que no hay uno solo en que no aparezcan el recuerdo, la preocupación o la discusión directa del tema mexicano. Me dispenso de la aburrida relación bibliográfica, pero ahí están mis publicaciones que hacen prueba, y no hubiera sido inoportuno ojearlas antes. Algo más ha de encontrarse en los libros en preparación, aunque no me gusta hablar de proyectos. Toda aquella parte de la obra que no debe recogerse en libros y que sólo tiene una utilidad social —pues no es exacto que yo sea un "editor de todos mis pensamientos" ni tenga la intención de serlo— a México ha sido consagrada. Tal vez en los periódicos porteños salí a defender la fama poética de Díaz Mirón a raíz de su muerte, o a resucitar el recuerdo de Amado Nervo a los diez años de su fallecimiento, suscitando entonces en Montevideo una conmemoración inolvidable, a la que Juana de Ibarbourou prestó toda su diligencia y todo el fuego de su alma. Más de una lanza he roto en defensa de nuestros puntos de vista, ya en la tribuna, la cátedra o la prensa, y crea Pérez Martínez que es un poco más difícil hacerlo en tierra extranjera que en la propia, y más aún desde la función diplomática, donde cualquier palabra imprudente parece caer sobre un país entero. No es culpa mía si él no ha podido informarse de todo esto. Dondequiera procuré contactos a la literatura mexicana —y esto sólo lo ignoran los que en ignorarlo se empeñen— según pueden declararlo españoles, franceses, ingleses, alemanes, sudamericanos y antillanos, y hasta escritores ucranianos, checos, yugoslavos y malgaches que por mi intermedio se han asomado a nuestro mundo. La correspondencia que mantengo hace años para sólo este fin podría fatigar a cualquier hombre de poca fe. Aun recuerdo haberme esforzado —hay testigos en México— para que el nombre de nuestra capital aparezca al pie de las grandes revistas europeas, donde suelen ponerse los domicilios o agencias en el extranjero y donde frecuentemente encontramos, por ejemplo, el nombre de Buenos Aires. Tampoco es mi culpa si no he sido escuchado. Si vamos al capítulo de los cargos, yo tendría mucho que decir contra quienes, ignorando los altos intereses nacionales, se encierran, aíslan y enquistan en pequeñas luchas de campanario, sin importárseles un ardite, no digamos ya la figura que México haga ante el mundo —porque no es cosa de mera vanidad—, sino la necesidad inapelable de vivir atados con todos los demás

pueblos, como todos los pueblos viven.

Y prescindo aquí de las obligaciones de mi cargo, porque no estoy haciendo un informe oficial. Pero todos saben que el representante político —y más si lo es de México, país tan ignorado y tan discutido— deja de ser persona privada en cuanto cruza sus fronteras nativas, y tiene en adelante que orientar su conducta conforme a las líneas de un deber nacional que, automáticamente, impide la desvinculación. Sugiero consultar el testimonio de Enrique González Martínez, maestro reconocido y justamente admirado. A toda hora del día y de la noche, el representante ha de pensar por fuerza en la abrumadora responsabilidad que le incumbe, sacrificando más de una vez las flaquezas a que todos estamos expuestos, y fija la mente en su lejano país como en una estrella guiadora. Resuelve consultas sobre las cosas de su tierra, concede entrevistas, recibe y transmite informaciones. Todo delegado en cualquier orden de la vida pública, lo primero que hace es tomar tierra junto a su representante, y discutir y concertar con él la forma y manera en que ha de desempeñar su comisión. Todo compatriota de paso viene a su representante como el sitio por donde su patria colinda con el extranjero. ¿Cómo podría el representante desvincularse aunque quisiera, si pensar y tratar de México es su cuidado y su norma, es su oficio, es su honor? Si el ejemplo de mi vida significara una desvinculación intencional —como lo afirman las palabras de la interpelación que contesto, palabras que sin duda fueron escritas por ignorar el daño que hacen y lo injustas que resultan para el centinela mexicano destacado en tierras distantes—, entonces yo quiero que desaparezcan de mi lado las más caras conquistas de serenidad y de alegría que hasta ahora pude arrebatar al destino. Habían de ser los míos quienes me escatimaran la satisfacción que todos los extraños hasta ahora me han concedido: la de reconocer que vivo por y para el servicio de mi tierra hasta donde alcanzan mis alientos.

Se me dirá que todo está en el tono de voz, y entonces confesaré que, en efecto, yo no he dado alaridos. Se me opondrá que hay una manera de escribir sobre las cosas que no llama la atención de los que no leen, y yo aceptaré que pertenezco, en efecto, a la humilde categoría de los que necesitan antes ser leídos para poder después ser juzgados. Se me retrucará que hay cierto sesgo en los pensamientos que manifiesta el propósito de no entrar en polémicas sobre lo que la mayoría sólo concibe bajo especie polémica, y yo declararé, avergonzado, que creo más en las ideas que en las coces, y mucho más en la parte constructiva que en la parte adversativa de las ideas. Amén de que mi situación no es la más conveniente para andar en polémicas, a riesgo de saltar las vallas de un reglamento que me ataja.

Finalmente, erigirse en censor y maestro de la literatura que lleva la voz cantante —como se me exige con impaciencia— es tarea muy delicada y seria para que nadie la improvise. Es preciso, antes, haber revisado a conciencia una tradición nacional y haber meditado detenidamente en sus consecuencias; haber

adquirido mucha experiencia de libros, de pueblos y de hombres; haber realizado una honda obra de cimentación y contar, además, con cierta aquiescencia previa del público, a que hemos de dirigirnos. En suma, tal situación es un mérito que se gana. Puede ser que otros la consideren como una presa que se arrebata, pero yo no estoy hecho así, y reconozco que me acerco con cuidadosas reservas a negocio tan importante y, para decirlo todo, tan sagrado. La inculpación de Pérez Martínez no debiera, pues, ser una inculpación, sino sólo una invitación.

Casualmente, esta inculpación me sale al paso cuando acabo de dar varias muestras, humildes pero probatorias, de mi continua atención para la realidad mexicana. Tal el *Juan Peña*, tal el diálogo de *Los dos augures* (revista *Sur*, Buenos Aires). Tal el *Discurso por Virgilio*, que escribí atendiendo a un llamado genuinamente nacional. Fuera de los latinistas, no sé que tal llamamiento haya sido escuchado por ninguno otro escritor literario de mi tierra. ¡Y los otros disfrutaban de más elementos que yo para estudiar de cerca nuestros problemas! ¡Y ellos no tenían atada la pluma por los inapelables respetos diplomáticos! Hubo, en cambio, quien se divirtiera en hacer burlas a mi costa, precisamente porque me enfrasqué en la realidad mexicana, en vez de volver a contar el año en que nació y el año en que murió Virgilio, los sucesos que presenció en vida, las obras que dejó y las otras que se le atribuyen. Por suerte también me llegaron desde México buenas noticias, pues tengo entendido que los latinistas justificaron mi actitud, comprendiendo que no me correspondía irrumpir en el campo donde ellos enredan las vides con los olmos. Por lo que hace al *Juan Peña*, me basta saber que mis críticos lo han considerado como una página naturalmente mexicana, donde el sentido nacional brota solo, por el simple hecho de la sinceridad.

En cuanto a *Monterrey*, que tan apresurados cargos mereció de Pérez Martínez (¡aun para los sobres en que lo distribuyo tuvo reparos, y los llamó "sobre inexpresivos"!), me figuro que Pérez Martínez no conoce la colección completa, ni las explicaciones del primer número, ni tuvo verdadera atención para el número que estaba a la vista. Juzga mi *Monterrey* como se juzga una revista pública, de las que se venden y compran y tienen compromisos con suscriptores y lectores. Básteme por ahora recordar —más adelante insistiremos — que en *Monterrey* me he impuesto la regla de estar siempre llamando la atención sobre las publicaciones mexicanas, por oscuras que fueren. He hecho ya un buen centenar de reseñas, sin que a veces me arredrara la aridez del asunto, ante la complacencia de cumplir el deber libremente escogido. Desde sus páginas discutí nuestras direcciones estéticas, contesté objeciones y me lancé a trazar una pequeña síntesis de nuestra poesía actual, sólo por no dejar el terreno intacto, aun a sabiendas de que una síntesis tan rápida y hecha de tan lejos tiene que adolecer de omisiones y defectos de perspectiva. Me he echado encima una labor realmente difícil. Todo lo hago yo con mis manos, y la semejanza misma de las lenguas española y portuguesa multiplica en grado irritante las dificultades de

la impresión. Si aún no he tocado a la novela en conjunto (pues apreciaciones sueltas han aparecido aquí y allá), es porque me falta tiempo para resistir dos docenas de volúmenes, cuya lectura me obligaría a desatender mis demás quehaceres y a descuidar más de un mes el alimento cotidiano de la cultura. Creí que mi esfuerzo sería agradable a México, y la verdad es que todavía tengo la esperanza de que llegue a serlo, a pesar de este voto en contra. ¿Cómo voy a desesperar, si todos los demás testimonios que de todas partes recibo son tan alentadores? Sospecho que ha habido, en la censura —pues como bienintencionada la acepto—, un efecto de fascinación mental: el que vive demasiado preocupado con lo que de momento le afecta, cree que los demás faltan a su deber si no comparten su estado de ánimo. El cual puede ser muy legítimo y explicable, pero de todos modos causa el daño de estrechar las miras y los intereses espirituales de quien lo padece. Y todo lo que no sea tratar de cierto limitado grupito literario le parece que es descuidar a México, aun cuando se haya tratado del sitio de nuestra literatura en el cuadro de Hispanoamérica, de nuestra sensibilidad en parangón con la "nórdica", de nuestro teatro tradicional, del teatro de indios y el de títeres, de Ruiz de Alarcón y Sor Juana, del proceso de la mente literaria de México durante la revolución, de Gutiérrez Nájera, Othón, Nervo, de González Martínez, del pintor Rousseau y México, del pensamiento hispanoamericano ante el mundo y los cambios de su actitud, de Saint-Simon y México, del testimonio de los viajeros sobre nuestra vida y costumbres, de Miguel González —pintor de asuntos mexicanos en el siglo XVI, hasta hoy no estudiado—, de algunos documentos de nuestra iconografía literaria, de Cortés y Moctezuma, de Acuña, del Padre Mier, de la depuración de nuestras tradiciones y la formación de una biblioteca mínima. Que estas y otras cosas más, enumeradas en desorden y como me van saltando a los ojos, hubiera encontrado Pérez Martínez en *Monterrey*, si se hubiera dado el trabajo de verlo por encima. Si alguna publicación he intentado en servicio de las letras mexicanas es ésta, y casi me parece increíble lo que ahora se me reclama. Pero no: como aquí no se habla exclusivamente de Pedro, Juan o Francisco, que tenían acaparada la atención del censor, nada de eso cuenta y *Monterrey* es una "gaceta inútil". O Pérez Martínez confiesa bravamente que se ha equivocado de medio a medio, o tendré que conformarme con otras opiniones que suelen llegarme de por ahí…

De tiempo a esta parte —y no lo ha notado este cruel amigo que me obliga a explicarme mucho más de lo que yo quisiera— vengo sintiendo la necesidad, y saciándola como puedo, de someter nuestra América a los grandes reactivos del pensamiento, para ver lo que de ello resulta. Un día procuro proyectar sobre nuestro paisaje la luz de Virgilio, y otro día —en el último cuaderno de *Sur*, en el próximo de *Monterrey*— la luz de Goethe. Aun he aconsejado que emprendamos metódicamente el examen de las influencias europeas sobre nuestras letras, con regla y doble decímetro de literatura comparada, a fin de que ello nos ayude a establecer aquella parte de originalidad inconsciente que elabora y muda las

influencias haciendo oro de la ganga; a fin de que ello nos ayude a dibujarnos desde afuera, a conocer la fisonomía que damos, como quien se estudia en el espejo. De todo esto ofreceré algunas anticipaciones en cierta obra sobre México que ha de aparecer en París y en francés, y en cierto próximo curso de extensión universitaria consagrado también a México, que dentro de pocos meses he de dictar en Rio, aula de la Escuela Politécnica. En estos últimos días me he dirigido a los estudiantes brasileños en lecturas públicas, acudiendo al sitio de la refriega —la inquietud política que se insinúa en las aulas universitarias americanas—: y procurando establecer una sencilla filosofía histórica sobre la obra armonizadora de la inteligencia. Tal filosofía, en mi propósito, me serviría como cerco, para desde allí apretar poco a poco el tema de las relaciones intelectuales hispanoamericanas, tema que ya es hora de arrebatar a los charlatanes y a los señorones de cartón. Y así como, en otro orden de cambios, puedo aducir el testimonio de la Confederación de Cámaras Mexicanas de Comercio —a las que he tenido ocasión de servir—, en punto a cambios intelectuales los señores de la "Ciade", en México, podrán decir si me he interesado o no por fomentar sus relaciones con los universitarios sudamericanos. Por su parte, las autoridades de la Universidad Nacional saben que tampoco fui remiso en acudir al reclamo de mi Alma Máter, que solicitaba la ayuda de sus hijos.

Y no se me diga que hablar de nuestra América en general, como muchas veces lo hago, no es también referirse a México, pues las cosas mexicanas —cuando de lo espiritual se inquiere— no son tan específicamente mexicanas que resulten ajenas al resto de nuestras repúblicas, y siempre será lícito considerar a México como un caso agudo y expresivo de la cuestión americana.

Si nada de esto se oye, será porque mi voz es muy débil, no porque yo calle. Y si es muy débil mi voz, ¿a qué pedirme que la esfuerce más allá de la naturaleza y que me erija punto menos que en pastor de pueblos? Y no entiendo bien el reproche de que "guardo todavía nuestros panoramas y nuestras verdades para experiencias ocasionales". Por lo visto, todo eso que llevo descrito es obra de desvinculación y malicioso abandono. Quisiera saber con qué patrón me están midiendo.

Ignoro si Pérez Martínez sabe, por su parte, lo que es andar años y más años lejos del propio país, haciendo esfuerzos acrobáticos como los que yo tengo que hacer para no perder una sola voz, una sola palabra de nuestra literatura; dirigiendo a veces circulares a los amigos, reiterando ruegos para que se me tenga al tanto de las nuevas publicaciones y los asuntos que interesan a las nuevas pléyades. Y con toda llaneza he de declarar aquí que la mayoría de los amigos ha contestado tarde, mal o nunca a mis imploraciones —porque este nombre merecen. Y es que ellos no saben, no sospechan siquiera lo que significa, para un hombre que cursa ya la cuesta de los cuarenta abajo, el no tener junto a sí y como entre las manos ese hecho naciente: el país en formación, hecho que atrae con imanes de anhelosa paternidad a todo varón digno de serlo. Es que

ellos se figuran ver mera curiosidad donde hay sed urgente. Quien vive en un ambiente sometido a rápidos cambios, comienza —obrando su economía psicológica como un resorte protector— por cerrar un poco sus horizontes. Esto hace que no entienda uno al que anda lejos, que lo olvide un tanto a pesar suyo; y hace también que se desentienda uno de lo que pasa en el resto de la tierra. Contra este peligro hay que prevenirse, y todo lo que se haga es poco. Cierto crítico, amigo mío, dejó ver inconscientemente esta lesión psicológica, escribiendo sobre mí en tiempo pasado, y como si mi obra de escritor hubiera acabado el día en que de veras comenzó, que fue el día en que me despedí por primera vez de las costas mexicanas. Y ahora mismo, a la vez que me desespero de la indefensión en que la distancia me pone (pues cuando estas palabras lleguen a Pérez Martínez ya él mismo se habrá olvidado de lo que me dijo, y con mayor razón los demás, y ya entre su pregunta y mi respuesta habrá habido hasta terremotos en México), advierto que Pérez Martínez no supo ponerse en mi lugar: no se percató de que mal puedo yo saber a estas horas qué crisis, fingida o cierta, es esa que está aconteciendo entre nuestra juventud literaria, y respecto a la cual estoy cometiendo el pecado de no lanzar mi sentencia ¡cuando ni siquiera sé a punto fijo de qué se trata, ni nadie —con excepción de él mismo en su simpática indignación— me ha llamado a juez! También he recibido una carta, pero en esta carta también se da por sabido lo que ignoro, y quien me la dirige —serio escritor por cierto—se limita a hacerme, aunque sin reproches, una excitación semejante a la de Pérez Martínez.

En todo caso, el que *Monterrey* no se consagre única y exclusivamente a los asuntos mexicanos sólo podría serle reclamado en relación al ofrecimiento o propósito que expliqué detenidamente en el primer número. Y yo nunca ofrecí otra cosa de la que estoy dando. Y anuncié que mi correo era una casa privada, abierta a mis amigos pero siempre privada, que yo había de amueblar a mi gusto. Tampoco me parece que la variedad de asuntos sea una anomalía. ¿No escribe Pérez Martínez en un diario, y no trata acaso a diario de algunas cosas extranjeras? En la mayoría de las revistas del mundo alternan lo nacional y lo extranjero, y a esta complejidad sólo escapan las publicaciones especialmente limitadas a estudiar a un único pueblo. Y si mi correo es mi cuaderno de apuntes, y yo estudio tanto lo nacional como lo extranjero, es natural que allí aparezca el reflejo de todas las zonas de mi trabajo, y no veo dónde está mi falta. ¡No me hagan pensar en el que creía que leer libros franceses, cuando se nació hablando español, es un rasgo de vanidad y un síntoma de suficiencia! ¿De modo que por ser mexicano tengo que desentenderme de lo demás? Al contrario: a México le conviene que se oiga su voz en todas partes. ¡Lástima que yo todavía no sepa chino y desespere de poder aprender el ruso, el japonés y el malgacho! Mantener una pica en Flandes, una compañía en Italia y un tercio en Indias ¡eso sí que sería un orgullo! Otra vez vuelvo a preguntarme con qué patrón me miden, o a qué tipo de monstruosidad abstracta quieren que yo ajuste mi naturaleza

concreta de ser humano.

Monterrey es el boletín de mi taller; allá van a dar las astillas y relieves de mi pequeña ebanistería: los aledaños de la obra y no la obra misma. Las notas y noticias de mi actividad regular —y aun la de otros escritores a quienes *Monterrey* sirve de intermediario— allá se amontonan como otras tantas frases de la conversación literaria. Y si esta actividad le molesta por "laberíntica y múltiple" a Pérez Martínez, realmente no es cosa que se me pueda a mí echar en cara. Seguramente él no se ha sometido a la prueba de llevar un diario de trabajo: sabría de otro modo que nuestra tela mental está tejida de mil cordones diferentes, y que ni podemos remediarlo, ni tampoco hay para qué traer remedios a lo que es salud y no enfermedad. La hojita hace veces de aquella válvula de regulación que, en otras épocas, venía a ser la correspondencia literaria, la vida epistolar de los escritores, y más tarde evolucionó hacia la tertulia y el café. Ni siquiera la imprimo para el público en general, sino que la distribuyo gratuitamente entre los escritores, como una charla previa o posterior a la obra, pues tal es el concepto puro de "correo literario" al que allí he querido sujetarme. Si alguna culpa puede imputársele, será el hacer que el nombre de mi tierra natal suene en los más distintos rumbos y ande en las publicaciones de América y de Europa. La lentitud con que este correo aparece, y aun su tamaño reducido, hacen que no pueda seguir muy de cerca las llamadas actualidades, y lo obligan —para usar la lengua de Pérez Martínez— a proceder por esquemas y panoramas. Pero tenga por cierto Pérez Martínez que yo no hago menos por México en mi *Monterrey* de lo que él hace en *El Nacional*, pues la mayor difusión y eficacia popular del diario se reprimen aquí como por embudo, para que la proyección vaya más lejos y alcance a ciertos centros de trascendental importancia. Y tenga también por cierto que, si yo disfrutara como él de la libertad del periodista y de un diario a mi disposición, y si no estuviera a dos meses del diálogo, nunca desperdiciaría la ocasión de desentrañar todos los días mi verdad por entre la madeja de las verdades y las no verdades que acarrean las veinticuatro horas. Dadas las condiciones en que me hallo, necesariamente habré de conformarme con eso que llama Pérez Martínez mis "experiencias ocasionales". Después de todo, él es la primera persona que me emplaza públicamente, para que satisfaga un deber de aquellos que sólo se confieren por plebiscito.

(Entre paréntesis yo aconsejaría a mis compañeros, como una práctica saludable, el dejar siempre, en el gabinete de las musas, una ventana abierta a la calle; el ir con frecuencia al periódico y explicarse allí con el gran público. Esto robustece al público y robustece al escritor. Hoy por hoy, los jóvenes poetas hacen a veces figura de parias y apestados en medio al concierto de la opinión, porque no se preocuparon de frecuentar a la gente. Y estos desdenes o estas timideces siempre se pagan. A lo mejor sale en la literatura una buena causa, y no encuentra nadie que la defienda. Hay que saber tomar el aire: lo cortés no

quita lo valiente.)[1]

Pero volvamos a las modestas minucias de *Monterrey* y, sin sacar las cosas de quicio, reconozcamos que, para ser buen hijo de México, tampoco es fuerza invocar el nombre de la patria desde el aperitivo hasta los postres, costumbre que algunos cultivan y no pasa de una lamentable afectación, tan buena para conducir derecho a la esterilidad como todos los exhibicionismos. ¡Señores: un poco de pudor en los amores más entrañables! No: nadie ha prohibido a mis paisanos —y no consentiré que a mí nadie me lo prohíba— el interés por cuantas cosas interesan a la humanidad. Por eso somos humanos. Se diría que aquel bloqueo político a que quedamos sometidos hace unos años, como consecuencia conjunta de la revolución en casa y la guerra en la del vecino, aun cuando tuvo el efecto saludable de obligarnos a escrutar en el propio ser, a sacar recursos de nuestro seno y a enamorarnos de nuestras riquísimas realidades, está, sin embargo, arrastrando una cola de resultados que, como son inútiles, son funestos: se convierte ahora en una fiebre, en un prurito de declararnos a nosotros mismos en estado de bloqueo espiritual. ¿Y por qué hemos de transformar viciosamente nuestra plétora de salud en cáncer, quieren decirme? ¿Qué tendremos los mexicanos que no podamos ir adonde todos los pueblos van? ¿Quién nos impide hurgar en el común patrimonio del espíritu con el mismo señorío que los demás? ¿Quién, en Cuba, en el Brasil, en la Argentina, echa en cara a sus escritores el tener autoridad, digamos, sobre el tema de Maquiavelo, la antigua Grecia, las monedas romanas o el culto errabundo de Astarté durante el pasado siglo? No y mil veces no: nada puede sernos ajeno sino lo que ignoramos. La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo. Claro es que el conocimiento, la educación, tienen que comenzar por la parte: por eso "universal" nunca se confunde con "descastado".

Mi labor directa sobre asuntos mexicanos viene desde los comienzos de mi vida literaria; es decir, desde poco antes del Ateneo. Porque yo sí pertenecí al Ateneo y fui uno de sus fundadores, al lado de Caso, Vasconcelos y Henríquez Ureña, y me extraña que Pérez Martínez lo ponga en duda cuando hay tantos que lo saben y lo recuerdan. En torno a semejante labor, bien pueden haber crecido, como arborescencias (y es común que los follajes revistan y envuelvan el tronco), otras aficiones y curiosidades que hasta hoy no le han hecho ningún daño a mi país. Que no vengan ahora, en nombre del Santo Oficio, a cerrarme las entendederas. No veo por qué se ha de exigir de un mexicano cualquiera que prescinda de sus investigaciones sobre algún asunto en que ha logrado ya ser escuchado, y que se le prive de la mexicanísima satisfacción de publicar tales investigaciones como le plazca. Si las revistas filológicas europeas le abren campo, pongo por caso, no creo que esto sea de lamentar para México. La literatura mexicana es la suma de las obras de los literatos mexicanos.

Mientras mejores sean las obras, tanto mejor para México, pero en esto cada

uno hace lo que puede. El verdadero problema es la calidad, porque la calidad sólo es voluntaria hasta cierto punto. Mas en ese cierto punto es donde tenemos que apurar. Por eso, al que de veras se inquiete con estos problemas, yo le diría: —Aconseja menos y haz libros buenos. —No veas cómo el otro vive, sino escribe. —Lo que gastas en juzgar, gástalo en mejorar. Y otros refranes que se me ocurren. Y cuando él volviera de su excursión por las literaturas, si había mantenido con probidad el nombre de las letras patrias, yo lo saludaría con júbilo.

No hay que verlo todo por lo trágico, hay que ver con largueza. Vivir en los siglos, decía Goethe: conformémonos nosotros con vivir en los años. Interrogados los años, nos dirán que lo nacional se abre paso a pesar nuestro, y es una de aquellas cuestiones sobre las cuales conviene no torturarse mucho ni embarazarse de proyectos, porque por aquí no se va a ninguna parte. Estos procesos casi biológicos, si interviene en ellos un exceso de conciencia y análisis, hay riesgo de que se atrofien o se inhiban. Cierta seguridad, cierta confianza de buen gusto son, aquí como en amor, las garantías del éxito. La imitación violenta de lo extranjero, cuando realmente ha llegado a ser violenta o sea exagerada, sólo daña al que cayó en ella, y lo castiga privándolo del goce más pleno, que es el de trabajar en simbiosis con el ambiente propio. Pero nunca o difícilmente y por excepción podría significar un peligro nacional. No hemos de tener tan mala suerte de dar con el caso excepcional: no nos caerá esa teja encima. Haya, pues, un poco de calma; nada de ponerse nervioso y hacer espuma, nada de anunciar catástrofes y ruinas, que es de mal agüero.

A decir esto, pienso en los escritores ya hechos. Que si hablara de los educandos y de las cuestiones escolares, repetiría otra vez lo que tengo dicho en el *Virgilio*, y que viene a resumirse en esto: —Cuanto pueda robustecer y nutrir el alma mexicana, aun cuando ello sea tesoro o depósito provisional de las clases hasta ahora más alejadas de nuestra política, debe ser puesto a disposición de las nuevas generaciones. En la formación de hombres —hasta donde ello sea filosóficamente posible— debe entrar la mayor proporción de savia nacional que destila la historia. (De lo contrario... —*Ces messieurs n'ont pas de pays?* —me preguntaba un severo crítico francés, ante un hispanoamericano que le hablaba con gran facilidad de Cézanne y de Gauguin e ignoraba lo que se pintaba en su tierra.) Y que después, a través de esa formación, pasen en buenhora las corrientes universales, las cuales —como antes lo indiqué— no podrían ser "descastadoras". Cuando se trata de preparar hombres, es preferible, sin duda, darles ya resueltos aquellos extremos que han sido ya superados, aunque sea teóricamente superados, que para eso se hizo la teoría, para que la práctica progrese. Nuestros hijos no tienen por qué heredar las fatigas que nosotros pasamos en limpiar el suelo, levantar los muros, techar la casa y montar la veleta. Pero aquí nos enfrentábamos, no ya con un problema de educación, sino con un escuadrón de literatos que ya salieron a la vida esgrimiendo firmas responsables,

que se nos presentan como un hecho ya consumado, inobjetable. Así son y no podemos cambiarlos. No podemos darlos a la hoguera. Y tampoco es nuevo ni desconcertante que se consienta a los adultos lo que es ilícito en los menores. Lo mejor que podemos hacer con tales literatos es darles un ancho crédito para que se echen a buscar aquellos elementos que han de incorporar a su creación, enriqueciendo con ello nuestros fondos tradicionales. ¡Quién sabe si un día no tengamos que bendecir la libertad que les otorgamos! (Otorgamos es un decir: ellos son muy dueños.) ¡Quién puede desde ahora saber la miel que juntan las abejas, merodeando en todos los jardines!

Porque tampoco hay que figurarse que sólo es mexicano lo folklórico, lo costumbrista o lo pintoresco. Todo esto es muy agradable y tiene derecho a vivir, pero ni es todo lo mexicano, ni es siquiera lo esencialmente mexicano. La realidad de lo nacional reside en una intimidad psicológica, involuntaria e indefinible por lo pronto, porque está en vías de clarificación. No hay que interrumpir esta química secreta. Calma y tiempo son menester. Es algo que estamos fabricando entre todos. Nunca puede uno sospechar dónde late el pulso mexicano. Permítaseme, como ejemplo, una referencia personal:

Hace años, en Madrid, con motivo de cierto aniversario mallarmeano, se me ocurrió convocar anónimamente a una docena de escritores, para consagrar, en el Jardín Botánico, cinco minutos de silencio a la memoria del maestro simbolista. La sencilla ceremonia acabó con fortuna y dejó buen recuerdo. Pues bien: José Ortega y Gasset advirtió al instante, con esa sagacidad tan suya, que aquella iniciativa tenía cierto saborcillo extranjero y, en el caso, hispanoamericano; y por aquí descubrió que el responsable de todo era el mexicano. Y, sin embargo, el acto, en su contenido aparente, no tenía un átomo de mexicanismo.

Sea otro caso que conozco, y que alguna vez discutimos entre camaradas en La Habana: —Un joven hispanoamericano publica un libro de cuentos, su primer libro, donde revela una psicología compleja y honda. Y un crítico le manda decir, en son de elogio con recancanillas, que tal libro "autoriza modos de sentir y de pensar de razas muy distintas de aquella a que el autor pertenece".

—¡Alto ahí! —gritaba el joven autor—. ¿Quién ha hecho hasta hoy el catálogo de los modos de sentir y de pensar de mi raza? Y apurando mucho, ¿qué es mi raza? Jean Brunhes, cuya autoridad sería ridículo poner en duda, cuenta algo que de una vez da el golpe de muerte a esta superstición, a este uso translaticio e ilegítimo del concepto de raza: los judíos de Besarabia, de Ucrania y de Polonia han adquirido la fisonomía física y social, las costumbres y maneras de los verdaderos israelitas y semitas de Palestina, las largas narices, levitones negros, mechones rizados por las orejas... ¡y en realidad no son más que tártaros y eslavos convertidos hace dos mil años al judaísmo, bajo el peso de ciertas influencias políticas y militares! Lo que yo haga pertenece a mi tierra en el mismo grado en que yo le pertenezco. Nada más equivocado que escribir en vista de una

idea preconcebida sobre lo que sea el espíritu nacional. En el peor de los casos, esta idea preconcebida es una convención o resultante casual de ideas perezosas que andan como perros sin dueño. Y en el mejor caso —es decir: cuando la tal idea es resultado de una sincera y seria investigación personal— será tan absurdo el someter a ella una obra por hacer, una obra en que no sólo van a trabajar la razón y la inteligencia, y ni siquiera la conciencia sola, sino también el inmenso fondo inconsciente (el individual y el colectivo de Jung), la sub y la superconciencia, el *yo* y el mí y hasta el trágico y fantasmal *ello* de los últimos atisbos de Freud, como absurdo sería decir, quien nunca haya conocido el amor físico: "En vista de lo que tengo meditado, decreto y resuelvo que voy a sentir esto y lo otro", ¡en vez de entregarse a sentirlo santamente! La vulgar censura: "Esto pudo haber sido escrito en cualquier parte", aunque niegue determinación geográfica, nada quita al valor artístico. Las obras de arte no son coordenadas geométricas destinadas a fijar el domicilio del artista. Es frecuente esgrimir ese triste argumento entre los escritores americanos. ¡Como si el americano fuera un tipo humano dialectal o morboso, sin derecho a participar como todos en el festín trágico de la vida!

Así decía un joven americano, por el malecón de La Habana, una tarde, hace mucho tiempo, viendo cómo hasta los encomios le llegaban medio arrepentidos. Y yo, que escuché sus alegaciones, no he podido olvidarlas.

Creer que sólo es mexicano lo que expresa y sistemáticamente acentúa su aspecto exterior de mexicanismo es una verdadera puerilidad. España conoce los horrores de la españolada: ¡aquella condenada pandereta que ha dado la vuelta al mundo! Nosotros, por ese camino, pronto llegaríamos a la mexicanada ("el jicarismo", dice un pintor). Grosero error juzgar del carácter de una literatura sólo por sus referencias anecdóticas. Pascal no sería representativo de un polo del pensamiento francés, porque habló de cosa tan universal como Dios, y Dios —a pesar de la bonita traducción parisiense de Sieburg— dista mucho de ser francés. Montaigne tampoco representaría el otro polo de Francia, porque hablaba de Raimundo Sebunde, la virtud de las mujeres romanas, los caníbales del Brasil y todo asunto humano y divino. Corneille, que hizo el *Cid* —motivo hispánico si los hay—, habría dado la espalda a Francia. En nuestros días, Cunninghame Graham sería desterrado de las letras inglesas por haber producido un espléndido libro sobre los caballos de la conquista española en América, conquista que tan poca gracia les hacía a los británicos. Y los escritores de sangre indefinida o que andan de prestado y con bandera de corso por una lengua —Joseph Conrad en Inglaterra, Guillaume Apollinaire en Francia— sencillamente no habrían existido a pesar del rastro que dejaron. Los helenistas, del Renacimiento acá, traidores a la patria. Los comparatistas, algo como unos dobles espías que merecen ser fusilados. ¡Mal año para Jusserand que, siendo francés, escribió sobre Inglaterra y los Estados Unidos! ¡Mala landre para Waldo Frank, empeñado en que el Norte y el Sur encuentren la fórmula de amistad! No

me hablen de Max Müller, faccioso alemán metido en la filosofía indostánica. Mátenme al maestro Baldensperger, que domina como un águila todas las literaturas de Europa. Pero basta ya, que los ejemplos son infinitos.

Así, pues, en México no podríamos trabar conocimiento con las matemáticas, porque no hay una manera mexicana de multiplicar el dos por dos, ni puede sacarse otro producto que el universal número cuatro. No podríamos escribir novelas, porque la novela es una importación tan extranjera como lo fue el verso endecasílabo en la España de Garcilaso. ¿Qué más? La lengua que hablamos nos ha venido de otra parte. Cierto que nosotros también, en una apreciable proporción, vinimos de otro mundo. Pero lo mismo pasa a todos los pueblos y razas, y de ello nadie se duele, ni nadie saca estorbosas consecuencias para su literatura y sus artes. La naturaleza está hecha de vasos comunicantes, y no hay que temer al libre cambio en el orden del espíritu. El mayor timbre de México, hoy en día, es el desarrollo de sus artes plásticas, que han alcanzado un carácter nacional fuerte y evidente. Y cada vez que el tema se atraviese, es bueno hacer saber a quienes lo ignoran, y recordarlo a quienes lo saben, que la gran sacudida de la pintura nacional es un fruto de la cultura, de la disciplina, de la erudición de nuestros mejores pintores contemporáneos, quienes comenzaron por absorber y digerir las enseñanzas universales de la pintura. El condimento mexicano —creedlo— es lo bastante fuerte para que no nos alarme la adopción de una que otra liebre extranjera. Todo lo que venga a nosotros, por nosotros será adoptado. Es ley de naturaleza. La tierra no tiene tabiques, mucho menos el pensamiento. Hay problemas que se resuelven con negarles la categoría y la dignidad de problemas: tal el que nos ocupa. Ríanse de mí, pero en este punto me siento lleno de confianza. Lo cual no quiere decir que simpatice con cuanto venga y caiga. Sólo que aquí no estoy exponiendo mis gustos, sino considerando el saldo social de una literatura. No defiendo a nadie, ni a Javier ni a Héctor, ni a Jaime ni a Germán: digo simplemente que no hay para qué alarmarse. “No va a pasar nada”, como dice la gente. Nuestra literatura seguirá adelante, rompiendo por las vicisitudes y hasta alimentándose con ellas. Lo único grave y amenazador sería la ola de pereza, porque evidentemente la literatura se acaba cuando dan los literatos en no escribir. En cuanto a mis simpatías personales en la hora que vivimos —para que nadie diga que me escabullo—, las doy equitativamente a todos los bandos, dondequiera que hallo buena calidad. Y en cuanto a mis esperanzas para mañana —aun cuando se diga que yo en eso soy menos que mediano o que sólo sé hacer otra cosa, pues éste sería otro cantar, y también puede suceder que el tenor suspire por ser barítono o viceversa—, quiero ponerlas en los que procuran una expresión nacional bajo forma elevada y noble, fácilmente comunicable a todos los pueblos. De ellos han de salir nuestros clásicos definitivos, los que nos den un nombre de familia ante el mundo. Antes de oponer el menor obstáculo a quienes se agotan en tan hermoso intento, yo rompería mi pluma.

Creía hasta hoy que lo mejor que se puede hacer en materia de educación es dar un buen ejemplo. Creí asimismo que la moda de los manifiestos, plataformas y programas estéticos es una inútil y aun nociva intromisión de la técnica política en las letras. Aunque tal manía tenga su abolengo, estas declaraciones sólo sirven, hablando a lo erudito, para fijar hitos y fechas, pero no para inspirar a quienes las firman y propagan. Consideré que no habría mejor consejo para la juventud literaria que el ofrecerle el espectáculo (¡feliz aquel que lo realice!) de una vocación constante y ardientemente desarrollada, a pesar de los contratiempos que en nuestro México y en nuestra época se hayan atravesado en el camino del escritor, contratiempos que a cada rato podrían desviarlo hacia las muelleces del abandono o las pendientes del rencor —y, peor aún, de ese rencor que, por esconderse bajo el disfraz de "legítimo", es el más avieso de todos—. Pensé que las únicas leyes deben ser la seriedad del trabajo, la sinceridad frente a sí mismo (no confundirla con la mala educación para con los demás), y —digan lo que quieran las modas— una secreta, pudorosa, incesante preocupación del bien, en lo público y en lo privado. Tuve mano abierta para todas las tendencias artísticas, y manga ancha para todos los tanteos, sean audaces o balbucientes, cuando respondían a una necesidad. Admití que todo presta utilidad y todo rinde su adarme de provecho. Me ejercité —hasta donde puedo, que es poco— en la inmensa fe de ya no negar nada. Deseé no clasificarme entre los "ismos", porque me importa tanto el desnudo como el traje con que se sale a la calle. Entendí —con el filósofo que la ha definido— que el reconocer por ahí una inclinación a la llamada "deshumanización del arte" no significa el aplaudirla necesariamente como tal inclinación, pues el arte no se hace con inclinaciones, sino con obras, y lo único que interesa es que las obras sean buenas, inclínese para donde sea. Advertí, en la historia, que las literaturas nacionales se enriquecen más con la libre creación que con la creación de pie forzado que pretendiera ajustarlo todo a una previa "sofistería" teórica. Pero tampoco dejé de atender a un fenómeno cuya ejemplar reiteración debe hacernos pensar un poco: —Cuando la poesía se desencariña de las realidades circundantes, puede decirse que vive gastándose a sí misma, y así va afinando sus instrumentos en una atmósfera de pura retórica. (Retórica no es un insulto para nadie: quiero con ella decir técnica o procedimiento; toda expresión tiene una retórica.) Mas cuando el afinamiento o desgaste llega a un punto exquisito, cuando ya parece que vamos a alcanzar el mundo de las formas puras, en que sólo los dioses aguantarían la respiración, sobreviene una crisis. La crisis representa una ansia de objetividad, de nuevo alimento terreno, una sed de contenido. Y resulta que sólo la buena forma es capaz de captar el buen contenido, de suerte que los dos estados se completan como las dos partes de un mismo servicio espiritual. A veces, en sus manifestaciones parciales, los dos fenómenos conviven, se enciman una sobre el otro, o se desgarran entre sí un tanto. Pero el proceso no puede detenerse, por delicada, por hermosa que sea una cualquiera de sus etapas. Bienvenidas sean,

pues, las crisis, que nada tienen de común con la muerte y que, si ciertamente traen peligros, son los peligros inherentes al mismo ritmo ascensional. Bienvenidas las crisis que tanto se parecen al madrugar del segador con nuevo ánimo, cuando siente que la hoz está ya bastante afilada y las espigas bien maduras.

El hecho de que entren y salgan influencias no tiene para qué inquietarnos, y menos en literaturas todavía en estado de fluidez. Si hay ansiedad en el ambiente, será la expectación por los brotes inminentes que ya despuntan. ¿Queréis convenceros del movimiento? Sentaos a verlo pasar. Siga cada uno haciendo sus poemas, y Dios escogerá los suyos. Porque, por muy cándidas que sean las intenciones, sólo ha de resultar escritor el que de veras lo sea, caiga del lado que cayere. También Villegas, el de los sandios sáfico-adónicos, el del traído y llevado "céfiro blando", dijo que venía al mundo con la misión de regenerar la poesía española, ¡y se lo llevaron en las espuelas los verdaderos poetas, los que hacían poesía sin prometerla, y pegaban sin perder el tiempo en amagar! Lo que sí conviene es poner un poco de respeto entre un creador y otro creador. Hay calle para todos. Nada más estéril que los comadreos entre capillas. Nada más indigno de una joven literatura que el cultivar aquella impotente rabia propia de los medios —no necesaria ni exclusivamente europeos— donde la mala higiene mental estorba la gozosa circulación de estilos y maneras variadas. Y, sin duda, y por encima de todo, un sentido de continuidad. Deduciendo la resta de los pasos perdidos, saquemos piadosamente la suma de las conquistas hechas. El que pueda, que aproveche el total. El que no pueda o no quiera, no pierda el tiempo en negar tradiciones que a él no lo estimulan: que simplemente las deje a un lado, porque con negar no adelanta nada, y traiga también a cocer sus nuevos ladrillos en el horno común, que con todo ello ha de seguir construyéndose nuestro edificio. En suma: deje cada uno vivir al otro y, por su parte, procure hacer bien lo que tiene entre manos. Es el único precepto aceptable en la materia, y lo demás es artificialidad que asfixia, tósigo que corroe.

No sé si este sermoneo es oportuno ni si le importa a nadie. Se me vino a la pluma como un desahogo natural. Explíquenme mis amigos lo que pasa en México, no para que yo dé lecciones, que no podría, sino para que, como siempre, los siga, los acompañe y los ayude. Por acá sólo llegan nuevas de que desapareció —cosa de veras lamentable— la revista *Contemporáneos* y, de lejos, parece que tal desaparición, determinando un alto de respiro, ha dado ocasión a la querella. Lo que de aquí salga nunca puede ser malo, todo examen de conciencia aprovecha. Entretanto, no me discuta más a mí el señor Pérez Martínez: no se trata de mí, y esto nos obliga a perder un tiempo precioso. Él no podría reproducir en *El Nacional* este largo alegato, y si me cita por fragmentos y frases, adulterará mi pensamiento sin remedio y me hará decir lo que no digo. A la distancia que estamos, cualquiera objeción suya —aunque él no quiera— tomará un sesgo de alevosía, porque mientras llega mi respuesta va a llover

mucho y —dice el refrán— palo dado ni Dios lo quita. Podría hasta quemarme en efigie sin que yo me enterara, y sería cosa de risa cuando yo me presentara dos meses después asegurando estar ileso. Acudo, pues, a su buen criterio y a su hombría. Mire que yo no ataco, sino sólo me cubro. Mire que me doy cabal cuenta de que me ha punzado de intento para hacerme entrar en la discusión, y que no he vacilado en darle ese gusto, a pesar de las desventajas notorias en que me coloca la ausencia. Ahora, pues, en lugar de regatear conmigo, tómese más bien el trabajo de explicarme sus puntos de vista, que con ello me ilustrará y me tendrá más cerca, como él quería. Soy el primero en reconocer que su provocación fue animada por un sano propósito, aun cuando, de paso, rompió las trancas en la arrancada y se me salió de la justicia. Por eso, aunque no acepto discusiones sobre mi persona en principio, yo también quebranté la regla. Es él quien me saca al escaparate: si he tenido que hablar de mí será culpa suya, pues hasta hoy no se ha inventado otro medio de defensa, y las recriminaciones que me hizo no podían quedar desairadas. Ninguna de mis anteriores palabras podrá agraviarlo, si bien él, por su parte, confieso que me dejó algo herido. Reproches tan inmerecidos, y elogios también tan inmerecidos como los suyos, nunca se vieron lado a lado. Pero todos los elogios literarios, fruiciosa y largamente bebidos, no podrían compensarme de que me quieran arrebatar la única virtud que aquí defiendo, y es la de ser un mexicano. Cuiden de otra cosa los hijos de las naciones que ya están de vuelta en la historia. Para nosotros, la nación es todavía un hecho patético, y por eso nos debemos todos a ella. En el vasto deber humano, nos ha incumbido una porción que todavía va a darnos mucho quehacer. Yo diría, trocando la frase de Martí, que Hidalgo todavía no se quita las botas de campaña.

Rio de Janeiro, 30 de mayo de 1932

Entre otras cosas, conviene recordar aquí el *Propósito*, de mi correo literario *Monterrey*, que reproduje en *Marginalia*, II, 1954, pp. 11 y ss.

APOLO O DE LA LITERATURA*

1. SUMARIAMENTE definidas las principales actividades del espíritu, la filosofía se ocupa del ser; la historia y la ciencia, del suceder real, perecedero en aquélla, permanente en ésta; la literatura, de un suceder imaginario, aunque integrado —claro es— por los elementos de la realidad, único material de que disponemos para nuestras creaciones. Ejemplos: *1º*, Proposición filosófica, que se ocupa del ser: "El mundo es voluntad y representación". *2º*, Proposición histórica: "Napoleón murió tal día en Santa Elena"; el suceder es real y perecedero, fenece al tiempo que acontece, y nunca puede repetirse. *3º*, Proposición científica: "El calor dilata los cuerpos", suceder real y permanente. *4º*, Proposición poética: "Como un rey oriental el sol expira". No nos importa la realidad del crepúsculo que contempla el poeta, sino el hecho de que se le ocurra proponerlo a nuestra atención, y la manera de aludirlo.

La literatura posee un valor semántico o de significado, y un valor formal o de expresiones lingüísticas. El común denominador de ambos valores está en la intención. La intención semántica se refiere al suceder ficticio; la intención formal se refiere a la expresión estética. Sólo hay literatura cuando ambas intenciones se juntan. Las llamaremos, para abreviar, la ficción y la forma.

2. A la ficción llamaron los antiguos imitación de la naturaleza o "mimesis". El término es equívoco, desde que se tiende a ver en la naturaleza el conjunto de hechos exteriores a nuestro espíritu, por donde se llega a las estrecheces del realismo. Claro es que al inventar imitamos, por cuanto sólo contamos con los recursos naturales, y no hacemos más que estructurarlos en una nueva integración. Pero es preferible el término ficción. Indica, por una parte, que añadimos una nueva estructura —probable o improbable— a las que ya existen. Indica, por otra parte, que nuestra intención es desentendernos del suceder real. Finalmente, indica que traducimos una realidad subjetiva. La literatura, mentira práctica, es una verdad psicológica. Hemos definido la literatura: *La verdad sospechosa*.[1]

3. Algo más sobre la ficción. La experiencia psicológica vertida en una obra literaria puede o no referirse a un suceder real. Pero a la literatura tal experiencia no le importa como dato de realidad, sino por su valor atractivo, que algunos llaman significado. La intención no ha sido contar algo porque realmente aconteciera, sino porque es interesante en sí mismo, haya o no acontecido. El proceso mental del historiador que evoca la figura de un héroe, el del novelista que construye un personaje, pueden llegar a ser idénticos; pero la intención es diferente en uno y en otro caso. El historiador dice que así fue; el novelista que así se inventó. El historiador intenta captar un individuo real determinado. El

novelista, un molde humano posible o imposible. Nunca se insistirá lo bastante en la intención.

4. Respecto a la forma, sin intención estética no hay literatura; sólo podría haber elementos aprovechables para hacer con ellos literatura; materia prima, larvas que esperan la evocación del creador. Por de contado, cualquier experiencia espiritual, filosófica, histórica o científica, pueden expresarse en lenguaje de valor estético, pero esto no es literatura, sino literatura aplicada. Ésta se dirige al especialista, aunque sea provisionalmente especialista. La literatura en pureza se dirige al hombre en general, al hombre en su carácter humano. La forma, como el lenguaje mismo, es oral por esencia. Escribir —decía Goethe— es un abuso de la palabra. El habla es esencia; la letra, contingencia. Téngase presente, para evitar la confusión a que conduce el término mismo "literatura", que es ya un derivado de "letra", de lenguaje escrito.

5. El contenido de la literatura es, pues, la pura experiencia, no la experiencia de determinado orden de conocimientos. La experiencia contenida en la literatura —como por lo demás toda experiencia, salvo tipos excepcionales— aspira a ser comunicada. Para distinguir el lenguaje corriente o práctico del lenguaje estético o literario, se dice a veces que el primero es el lenguaje de la comunicación y el segundo el de la expresión. En rigor, aunque la literatura es expresión, procura también la comunicación. Aun en los casos de deformación profesional o de heroicidad estética más recóndita, se desea —por lo menos— comunicarse con los iniciados y, generalmente, iniciar a los más posibles. Es cosa de parapsicología el componer poemas para entenderse solo y ocultarlos de los demás. En este punto, la erótica puede proporcionar explicaciones que son algo más que meras metáforas.

6. De aquí que algunos teóricos se atrevan a decir que la cabal comunicación de la pura experiencia es el verdadero fin de la literatura. (Ya afirmaba el intachable Stevenson, en su *Carta a un joven que desea ser artista*, que el arte no es más que un "tasting and recording of experience"). La belleza misma viene a ser así, un subproducto; o mejor, un efecto; efecto determinado, en el que recibe la obra, por aquella plena o acertada comunicación de la experiencia pura. Esta comunicación se realiza mediante la forma o lenguaje. La tradición gramatical suponía que el lenguaje sólo era un instrumento lógico, lo que hacía incomprensible el misterio lírico de la literatura.

No; el lenguaje tiene un triple valor:

1º De sintaxis en la construcción, y de sentido en los vocablos: gramática.

2º De ritmo en las frases y periodos, y de sonido en las sílabas: fonética.

3º De emoción, de humedad espiritual que la lógica no logra absorber: estilística.

La literatura es la actividad del espíritu que mejor aprovecha los tres valores del lenguaje.

7. Es innegable que entre la expresión del creador literario y la comunicación

que él nos transmite no hay una ecuación matemática, una relación fija. La representación del mundo, las implicaciones psicológicas, las sugestiones verbales, son distintas para cada uno y determinan el ser personal de cada hombre. Por eso el estudio del fenómeno literario es una fenomenografía del ente fluido.[2] No sé si el Quijote que yo veo y percibo es exactamente igual al tuyo, ni si uno y otro ajustan del todo dentro del Quijote que sentía, expresaba y comunicaba Cervantes. De aquí que cada ente literario esté condenado a una vida eterna, siempre nueva y siempre naciente, mientras viva la humanidad.

8. Propongo una convención verbal. Cuando trate del fenómeno literario en general, le llamaré, indistintamente, literatura o poesía, y al literato le llamaré poeta. Al hablar así, nos desentendemos de verso y prosa. Queremos decir creación literaria y creador literario. En los casos especiales, los llamaremos dramaturgo, novelista o lírico, según corresponda. Después de todo, la literatura revela mejor sus esencias en el rojo-blanco de la poesía. Evitaremos, de esta suerte, muchos circunloquios, nos olvidaremos mejor de la letra escrita que oscurece el sentido oral, y reivindicaremos el noble significado de la "poiesis" o creación pura de la mente. Platón aprobaría; aunque, preocupado por la educación del recto ciudadano, haya sido insospechadamente cruel con el poeta *(República, Leyes)*, amén de demostrarnos que lo entendía tan bien *(Ión, Fedro)*.

9. Discrimen esencial: no confundir nunca la emoción poética, estado subjetivo, con la poesía, ejecución verbal. Este discrimen ha de seguirnos a lo largo de nuestro estudio, plegándose a todos sus accidentes. La emoción es previa en el poeta, y es ulterior en el que recibe el poema. El poema mismo, la poesía, se mantiene entre las dos personas, entre el Padre y el Hijo, igual que el Espíritu Santo, y está, como él, hecho de Logos, de verbo, de palabras. Para los fines de la poesía ¿de qué me sirve la sola emoción si no sé expresarla? ¿Y de qué les sirve a los demás, si no acierto a comunicarla, a transmitir hasta ellos la corriente que, a su vez, los ponga en emoción?

10. Sustento de la poesía es el Logos, el lenguaje. Al hablar de los tres valores del lenguaje (núm. 6), ya se ha presentido que hay un desajuste entre la psicología y el lenguaje. Los estilísticos dicen que el lenguaje no está acabado de hacer. No lo estará nunca. En este sentido, afirma Valéry que la poesía intenta crear un lenguaje dentro del lenguaje. En este sentido, la poesía es un combate contra el lenguaje. De aquí su procedimiento esencial, la catacresis, que es un mentar con las palabras lo que no tiene palabras ya hechas para ser mentado. Sea, pues, bienvenido el desajuste, al cual debemos la poesía. Acepte su sino el poeta, que está en combatir, como Jacob, con el ángel. Es la lucha con lo inefable, en la desolación del espíritu: cuerpo de nube, como Ixión. Sin posible ayuda, porque no aceptamos la preceptiva; como lucha Erasmo con la idea, a la luz de su lámpara solitaria.

11. Y ahora, algo de fenomenografía literaria. Elástica y ancha, ya se entiende. Hay tres funciones; hay dos maneras. Las funciones son —por su orden estético

creciente, sin preocuparnos de la discutible serie genética o antropológica— drama, novela y lírica. Las maneras son prosa y verso. Caben todas las combinaciones posibles, los hibridismos, las predominancias de una función que contiene elementos de otras. Lo que no acomoda en este esquema es poesía ancilar, literatura como servicio, literatura aplicada a otras disciplinas ajenas. Tampoco nos perturbe el que la poesía acarree, en su flujo, datos que interesan accidentalmente a otras actividades del espíritu. Lo que nos importa es la intención, el rumbo del flujo. La tragedia ateniense puede darnos vestigios sobre el enigma del matriarcado, pero no es ése su destino; el *Wilhelm Meister*, sobre la historia de los muñecos anatómicos, pero no es ése su destino.[3]

12. Drama, novela, lírica: funciones, no géneros. Procedimientos de ataque de la mente literaria sobre sus objetivos. Los géneros, en cambio, son modalidades accesorias, estratificaciones de la costumbre en una época, predilecciones de las pasajeras escuelas literarias. Los géneros quedan circunscritos dentro de las funciones: drama mitológico, drama de tesis, drama fantástico, drama realista; novela bizantina, novela pastoral, novela celestinesca, novela picaresca, novela naturalista; lírica sacra, lírica heroica, lírica amatoria, lírica elegiaca. El drama comprende tragedia y comedia y todos los géneros teatrales. La novela comprende la epopeya antigua y moderna: la *Ilíada*, el *Orlando*, la *Araucana* y lo que hoy se llama novela: Dickens, Balzac y Proust. La lírica es lo que el lenguaje común llama poesía, cuando no sirve de vehículo al drama o a la novela. Nos desentendemos, por el momento, de la manera en prosa o en verso.

13. En la tragedia ateniense —animal perfecto— discernimos fácilmente las tres funciones: los héroes o "personas fatales", como decían los aristotélicos españoles, son el drama mismo, representan acciones. Los prólogos o mensajeros, que narran sucesos no escénicos, son la novela. El coro, que expresa descargas subjetivas de la emoción acumulada, es la lírica. Drama —aunque se escriba como se escribe la música— es ejecución de acciones por personas presentes, representación. Novela es referencia a acciones de personas ausentes y, en concepto, pretéritas, aunque la mente las edifique en teatro interior, y aunque el relato, en cualquier tiempo del verbo, las figure en presente. La lírica es desarrollo de la interjección o exclamación, aunque tenga que apoyarse en acciones aludidas o relatadas; y es más pura mientras menos busca tales apoyos. De aquí la noción de la Poesía Pura, palabra de Tieck recogida primero por Edgar Allan Poe y después por Baudelaire, y puesta en valor por Henri Bremond, a propósito de Valéry.

14. Otra vez ¡en guardia contra todo equívoco entre la emoción y la ejecución! El drama —aparte de que acarree elementos de narración novelística o de exclamación lírica— puede, sin dejar de serlo, causar una emoción novelesca o lírica. La novela —aparte de que acarree elementos de diálogo dramático o de exclamación lírica— puede, sin desnaturalizarse, causar una emoción dramática o lírica. La lírica se enturbia un tanto conforme aumenta su acarreo de elementos

episódicos o narrativos, y no tanto por sólo producir emoción dramática o novelesca. En uno u otro trance, es exagerado declarar —como hoy lo pretenden algunos— que sufre un desmedro en su calidad estética sólo porque admita hibridismo como función. Aunque la historia literaria abunde más bien en ejemplos contrarios, puesto que lo heroico es lo raro, hay, sin embargo, un secreto instinto que anhela para la lírica la mayor austeridad funcional.

15. El secreto instinto hacia la lírica pura es parejo de aquel otro secreto instinto que tiende a repudiar la prosa lírica y desea asociar la lírica con el verso. ¿Por qué estas exigencias heroicas? Según ellas, parece que la forma por excelencia de la poesía (de la literatura si os empeñáis) es la lírica en verso. A la suma realización literaria se le pide, así, el sumo sacrificio de lo útil, de lo que se parece a la práctica mejor dicho, de lo que evoca las cosas de la existencia diaria. Ya, al seriar las tres funciones, he dicho que las pongo en la serie estética creciente (núm. 11): el drama todavía cuenta con el bulto humano, la escena, los ojos, el espectáculo, el espacio reales; la novela sustituye con fantasmas psicológicos todo lo que no es el tiempo real; la lírica sólo deja ya la exclamación y la voz, el ente angélico, hermano etéreo de la idea.

16. Ahondemos más. Al definir las actividades del espíritu, podemos trazarlas como un círculo en que la filosofía, el ser, se toca con el extremo lírico del exclamar o del expresarse en pureza. Los otros segmentos de la curva emparientan la patética y perecedera historia con la ciencia permanente y serena, dentro del suceder real. Luego viene un hiato, tras el cual la poesía o literatura aparece, porque ella no admite parentesco de suceder real, sino que se aparta ariscamente, llevando en el seno su ficción o suceder ficticio. Pues bien, de modo semejante, dentro de la poesía las funciones drama y novela se emparientan como funciones episódicas, en el suelo —sublimado ya, ciertamente, pero todavía suelo— de un acontecer fingido. Y sobreviene también un hiato, y he aquí que la función lírica se aparta de las otras, porque parece alejarse ariscamente del mismo acontecer fingido, para mejor solazarse en su aire raro, en la sustancia neumática y transparente que linda entre el sueño y el pensamiento. Como al ángel de Guyau, un solo átomo material le desgarraría las alas.

17. ¿La lírica es, pues, libertad, puesto que así se emancipa de toda pesantez? Hay una palabra más propia: es liberación. Libertad no, porque se obliga a las leyes más difíciles; leyes interiores, sin pauta material que las demarque y resguarde: porque inventa y crea de parte a parte su carrera de obstáculos, y más si se sujeta al verso, como lo exigía aquel vago instinto estético antes denunciado (núms. 14 y 15). Es más difícil andar que ir con andaderas; correr, más que andar; y más todavía volar que correr, para el hombre mortal, se entiende; y aún más que volar, evaporarse. La evaporación, sumo sacrificio, imagen casi de la plegaria, incienso; ley la más sublime entre todas, como verdadera transmutación. Liberación, no libertad: exigencia suma que a sí misma se impone cánones, sin necesidad práctica alguna. Esta Poesía Pura es la

Servidumbre Voluntaria.

18. Veamos ahora las maneras de la forma: prosa y verso. Si partimos de la lingüística, la prosa aparece primero como modo del habla práctica, del coloquio. Si partimos de la literatura, al verso toca una primacía aparente de sentido estético, por ser la manera formal más distante del uso práctico. Esta diferencia de jerarquía estética sólo es aparente, como veremos (núm. 19). Por ahora, entre verso y prosa hay una frontera indecisa que la ciencia apenas delimita por aproximación y tanteo. En esa frontera indecisa está el versículo, acaso la primera forma literaria, la fórmula mágica en que la poesía es aún servicio de la tribu, aún no se desprende como objeto autonómico; presta funciones religiosas, jurídicas; establece, con el meteoro, con el dios o con el jefe vecino, el misterioso vínculo del contrato. Al diferenciarse las dos maneras, se tiende a depositar en el verso los usos más acentuadamente líricos; en la prosa, los más acentuadamente discursivos. Hay largo camino desde los versos en que algunos presocráticos exponían su sistema físico hasta el Órgano de Aristóteles. Después sobrevendrán veleidades, contaminaciones voluntarias, efectos de la curiosidad y de la investigación. La confusión parte de los polos hacia el centro: en la prosa aprieta, y en el verso afloja los rigores acústicos. Eso es todo. Simetrías ideológicas, verbales, fonéticas, ritmos, rimas, se ciñen o sueltan según el caso. Si el verso sólo arrastra rupturas rítmicas conscientes la prosa puede arrastrar versos involuntarios. Como precaución Trasímaco aconsejaba comenzar las frases en peanes; los cuales, para su tiempo, habían dejado de oírse o de usarse como pies métricos.

19. Entre verso y prosa no hay diferencia de jerarquía estética. La legítima diferencia se establece entre los distintos usos de la lengua. Una es la lengua común; otra es la lengua de intenciones estéticas. Y todavía, en el orden genético, la estilística puede sostener que las informa el mismo proceso psicológico, metafórico y lírico. Pero en el estado habitual, evidente, bien se las distingue, como se distinguen el uso práctico del cuerpo y los movimientos de la danza. El libertador Simón Bolívar, en la carta sobre la educación de su sobrino, dice que "el baile es la poesía del movimiento". Invirtiendo, la poesía es el baile del habla. Ni verso ni prosa literarios pueden confundirse con el habla común. No es verdad que Monsieur Jourdain hablara en prosa: hablaba en coloquio, que es distinto. El abuso se ha introducido en los hábitos del portugués, que para decir: "Me agrada conversar con Fulano", suele decir: "Gusto de su prosa". Pero eso no es prosa. Tampoco dijo la verdad Juan de Valdés al afirmar ligeramente: "Escribo como hablo". Nadie habló nunca como él escribe. Al llegar a la operación literaria, muda el régimen de conciencia como si nos acercáramos a algún oficio religioso. El ser expresivo que somos bucea entonces en el subsuelo del alma, dejándose aconsejar por ritmos corpóreos, circulatorios, respiratorios, hasta ambulatorios; alerta sus simpatías dinámicas, y sujetándose a aquella aritmética natural de la máquina humana, concibe paulatinamente la unidad, el número, el

par, el impar, la serie, el vaivén, los arranques y los remates. Lo mismo en el verso que en la prosa. Lo que pasa es que la noción de la prosa como función literaria distinta del coloquio no es una noción inmediata: supone un descubrimiento. En nuestra cultura occidental lo debemos a Empédocles, a Gorgias, a los primeros retóricos sicilianos.

20. Aunque nos llevaría muy lejos, conviene recordar que hay todavía otro uso del habla que ni es poesía ni es coloquio. Tal es el lenguaje científico. Se ha dicho —con el parangón de la química— que la ciencia es un lenguaje bien hecho. El camino hacia la ciencia es el camino de las denominaciones unívocas. Descartes presintió que la matemática es un modo de pensar que nace del lenguaje. El lenguaje científico procura abolir el halo de indeterminación subjetiva que irradia la palabra, para poder mentar fijamente lo que conoce. Porque el conocer es un traducir el concreto heterogéneo de la realidad en cortos discretos homogéneos: resolver el río en rosario de cuentas, diría Góngora. El lenguaje científico quiere, pues, enjugar aquella fluidez, reducir aquel desajuste psicológico de que hemos tratado (núm. 10). Vico más tarde, y ahora Vossler, piensan que, para la función poética, el lenguaje busca otra manera de ajuste en otro plano, en el plano de la fantasía. Para esto, ya lo sabemos, la poesía empuja por todos lados la reacia orilla del lenguaje. Pero mientras el lenguaje lírico queda prendido a la forma, el científico la neutraliza en parte, en toda aquella parte que queda fuera del tecnicismo. La parte no técnica del lenguaje científico admite equivalencias múltiples, recortes, extensiones, traducciones, traslados, como el mismo coloquio. No sucede así en la parte técnica del lenguaje científico. La ciencia tiene carácter tautológico. De aquí —observa Pius Servin— que su lenguaje, a través del tecnicismo, camine hacia la tipología simbólica, hacia el álgebra. Ni el lírico ni el técnico dejan nada a la casualidad: en lo cual se parecen. Pero aquél encarna en la lengua, y éste se desencarna hacia el algoritmo. Y entre los dos polos, crece y retumba la casualidad del coloquio, ahogando en sus marejadas a la pobre gramática preceptiva, esfuerzo por jardinar el mar.

21. Llegados al ápice, bajemos de las abstracciones. Después de la fenomenografía, un poco de historia literaria. Ésta no puede ya trazarse como un proceso lineal: hay rayas transversales, arborescencias intrincadas. La historia literaria no cede a las particiones cronológicas, siquiera en el sentido relativo en que la historia universal cede a ellas: Antigüedad, Edad Media, Edad Moderna, etc. El orden temporal debe combinarse con el espacial, la historia con la geografía. El mismo sentido político importa menos que el lingüístico, y éste tanto como el cultural. Las literaturas nacionales no se explican por sí solas, fuera de aplicaciones sociológicas limitadas en que se las usa como testimonios para fines no literarios. El concepto de literatura nacional es una convención reciente: la Antigüedad es un todo; la Edad Media cristiana, un todo; el Renacimiento, un todo. No bien se exacerban las nacionalidades, el desarrollo planetario de las comunicaciones tiende otra vez a mezclar las aguas. Es más real

el criterio de los géneros, las escuelas, los temas, las modas sucesivas. Y aun así, el espíritu extravasa linderos. Ni la frontera lingüística, la más prendida al ser literario, se le resiste.

22. De aquí diversas nociones: 1º La literatura universal, catálogo teórico de todos los casos literarios existentes, figura utópica. 2º Las historias literarias de épocas, tipos, temas, corrientes mentales y aun nacionales como esquemas económicos de investigación limitada. 3º La literatura comparada, que atiende a influencias, contaminaciones, paralelismos: noción del pasado siglo que ha fertilizado considerablemente el campo de estudio con sus técnicas propias. 4º La literatura mundial, que decía Goethe y que él consideraba como la única explicación del pensamiento literario. Puede figurársela como un inventario de obras y hechos que afectan a nuestra civilización, que están vivos todavía en la mente, que han trascendido, que siguen operando. Noción comparable a la historia política viva y efectiva, como Nietzsche la entiende. Si la literatura universal es una integración cuantitativa, la literatura mundial es una integración cualitativa. En el concepto de literatura mundial hay, pues, una nota antológica, sociológica, plebiscitaria, fundada en los hábitos, en los gustos dominantes. Y en gustos hay todo escrito. ¿Cómo computar los votos para sortear la deformación de los caprichos individuales? Los catedráticos norteamericanos pierden el tiempo en levantar estadísticas de las opiniones de los muchachos, juego de sociedad que a nada conduce. Sir John Lubbock, en 1885, pide a los hombres autorizados una lista de obras y autores esenciales a nuestra cultura. Spencer y Matthew Arnold se abstienen; Max Müller y William Morris contestan arbitrariedades; Ruskin, exaltados dislates.[4]

23. Y, sin embargo, es indispensable: todo estudio de las literaturas presupone un índice de obras y nombres significativos. Pues ¿cómo, en efecto, se ofrece la literatura? La poesía, un tiempo, se habló, se la recitaba. Y Solón dictaba leyes a los aedos y rápsodas para que declamaran en su debida sucesión las partes del poema homérico. La epopeya popular española se contaba y cantaba por todo el camino francés o de Santiago, rumbo a las romerías. En tales etapas, la memoria sustituye a la biblioteca. Es la hora de la balada, evocada admirablemente por Macaulay en su prefacio a los *Layes de la Antigua Roma*, página intocable en conjunto, aunque retocable en los pormenores eruditos. Entonces, para facilitar la memoria, el acervo de la experiencia se confía a los versos. "En consecuencia —dice el viejo historiador— la composición métrica, que para una nación altamente civilizada es un mero lujo, para una nación imperfectamente civilizada es casi una necesidad de la vida... Tácito nos hace saber que las canciones eran el único repertorio que sobre su pasado histórico poseían los antiguos germanos."

24. Tras esta etapa viene aquella en que el poema se confía a la notación gráfica. Se comienza a leer. Pero gracias si por cada ciento lee uno. Época de los manuscritos preciosos, en que uno lee para varios. En el *Troilo y Crésida*, de

Chaucer, Pándaro llega al palacio de su sobrina, y la encuentra acompañada de sus amigas en un salón embaldosado, en torno a una doncella que les lee la Historia Tebana.[5] El poeta tiene conciencia de que es así como su poema mismo llega hasta el público, y de esta conciencia se descubren rasgos en su estilo. El público es, ante todo, una audiencia, y el poeta la interpela a veces: "Enamorados que aquí estáis, sabedlo". Pero la imprenta y la instrucción pública transforman el cuadro, y gradualmente lo sustituyen por una escena silenciosa en que, a través de la lectura, del espacio y del tiempo, un escritor tiene fascinado a un lector solitario, ante una página con caracteres que no le era destinada. Ya nuestra Sor Juana Inés echa de menos aquella lectura compartida, y el no contar "con quiénes conferir y ejercitar lo estudiado, teniendo sólo por maestro un libro mudo, por condiscípulo un tintero insensible".

25. Y concluimos que hoy la literatura se ofrece en forma de lectura. En suma, que el conocimiento de la literatura comienza por la bibliografía: 1º Los textos mismos, manuscritos e impresos. 2º Los comentarios y monografías especiales. 3º Como guías de conjunto, los manuales y las historias literarias. Para la literatura, el hombre es un lector. Dejemos de lado al estudiante metódico, al universitario que cuenta con otros auxilios. Lo mejor que puede hacer el lector común es partir desde su propia casa; levantar su lista de la literatura mundial de conformidad con su prejuicio.

Ya, al paso mismo de sus lecturas, la irá rectificando. Ayúdese de manuales y tablas: los hay excelentes. No quiera abarcarlo todo. Anote lo que le parezca de más bulto, más incorporado en la cultura que respira. Lleve índices aparte para lo nacional y —en nuestro caso— lo iberoamericano, lo hispano, lo europeo, lo universal; y dentro de todo ello, lo antiguo y lo moderno, siempre atento a la supervivencia, y relegando por ahora la mera curiosidad erudita. Sin este sistema de departamentos, su sentido de las calidades no podría abrirse paso. Si no conoce otras lenguas, use traducciones. Y emprenda, como pueda, el aprendizaje de las lenguas, por lo pronto con miras a leer, si no precisamente a hablar. Es más primo aquello que esto para el cultivo espiritual. El *maître d'hôtel* chapurra inútilmente todas las lenguas y no lee ninguna: no pasa de ignorante.

26. Y luego, hay que saber leer, que no es un ejercicio vulgar. Es un darse y un recobrarse: una aceptación, siquiera instantánea y automática, de lo que leemos, y un claro registro de las propias reacciones. Sea una enumeración provisional de dificultades, que son otros tantos avisos para la lectura:[6]

1º Lo primero es penetrar la significación del texto. Esto supone entender lo mentado y también la intención con que se lo mienta. El arcaísmo y la riqueza lingüística del texto acumulan obstáculos. Si dice Suárez de Figueroa: "Ser honrado es tener cuidados", percatarse de que no ha querido decir que sólo es buena persona el que vive lleno de preocupaciones, sino que aquel que vive rodeado de grandes honores, en situación eminente, vive también lleno de molestias. Góngora dice:

Que se precie un Don Pelón
de que comió un perdigón,
bien puede ser;
mas que la biznaga honrada
no diga que fue ensalada,
no puede ser.

Hay que saber traducir: "Bien está que un pobre diablo se jacte de que ha comido perdiz, pero el honrado mondadientes nos descubrirá la triste verdad: que sólo ha comido una humilde ensalada". Y el mismo Góngora, con su famosa estrofa undécima del *Polifemo*, no resuelta aún por los comentaristas, nos da ejemplo de la necesidad y la dificultad de construir en "sintaxis natural" un texto, para de veras entenderlo,[7] como el estudiante de latín construye un pasaje de César. Un declamador recitaba a Díaz Mirón, donde éste compara con una lechuza a una mujer que huye arropada en el manto. Y en vez de decir: "Mientes enorme lechuza", decía siempre "¡Mientes, enorme lechuza!" El que no conozca el significado de la frase adverbial "sin duelo" en el siglo XVI, no podrá nunca entender que Garcilaso haya dicho: "Salid *sin duelo*, lágrimas, corriendo".[8]

27. 2º La recta aprehensión sensorial: la oreja, la laringe, la lengua, aunque sólo se lea con los ojos, perciben interiormente una repercusión fonética en las secuencias verbales, un movimiento y ritmo. Hay una vivacidad natural que debe alertarse con la práctica; hay que saber despertarla a este sentimiento, sin el cual se habrá perdido mucho. ¿Cómo no advertirlo ante este fragmento del Arcipreste de Talavera?

> Donde por experiencia verás que una mujer... por un huevo dará voces como loca y henchirá a todos los de su casa de ponzoña: ¿Qué se hizo este huevo? ¿Quién lo tomó? ¿Quién lo llevó? ¿A dó está el huevo? Aunque veis que es blanco, quizá negro será hoy este huevo. ¡Tal, hija de tal! Díme: ¿quién tomó este huevo? ¡Quien comió este huevo, comido sea de mala rabia! ¡Ay, huevo mío de dos yemas, que para echar os guardaba yo! ¡Ay, huevo! ¡Ay, qué gallo y qué gallina salieran de vos! Del gallo hiciera capón que me valiera veinte maravedís, y la gallina, catorce. O quizá la echara, y me sacara tantos pollos y pollas con que pudiera tanto multiplicar, que fuera causa de me sacar el pie del lodo. Ahora, estarme he como desventurada, pobre como solía. ¡Ay, huevo mío, de la majuela redonda, de la cáscara tan gruesa! ¿Quién me os comió? ¡Ay, tal marica, rostros de golosa, que tú me has lanzado por puertas! ¡Yo te juro que los rostros te queme, doña vil, sucia, golosa! ¡Ay, huevo mío! ¿Y qué será de mí? ¡Ay, triste desconsolada! ¡Jesús, amiga, y cómo no me fino agora! ¡Ay, Virgen María, cómo no revienta quien ve tal sobrevienta! ¡No ser en mi casa, mezquina, señora de un huevo! ¡Maldita sea mi vida! ¡Y estoy en punto de rascarme o de me mesar toda yo, por Dios! ¡Guay de la que trae por la mañana el salvado, la lumbre, y sus rostros quiebra soplando por la encender, y, fuego hecho, pone su caldera y calienta su agua, hace sus salvados por hacer gallinas ponedoras, y que, puesto el huevo, luego sea arrebatado! ¡Rabia, señor, y dolor de corazón!

28. 3º Junto a estos estímulos auditivos habría que contar los demás estímulos sensoriales que vienen con las imágenes, y singularmente los visuales, en que tanto difiere el poder de evocación de unos a otros hombres. Si hay textos sobrios, hay otros que parecen cargados de aquellas "cañas de pescar" o metáforas, que dice Ortega y Gasset, con que alargamos nuestro corto brazo para llegar hasta el punto que queremos. Algunos lectores no sienten la imagen, y

otros se fascinan con ella hasta perder el sentido. Cierto poeta que yo conozco se entretenía en "no entender" a Góngora para mejor recrearse en las imágenes. Y donde éste hace decir a Polifemo: "me vi en el mar, me asomé y me reflejé en esa playa azul que es el mar",

> ... Espejo de zafiro fue luciente
> la playa azul, de la persona mía,

se conformaba aquél con repetirse a sí mismo, como si hiciera sentido, el verso destacado: "la playa azul de la persona mía". En esta transmisión de imágenes se descubre frecuentemente la falta de ecuación entre lo que expresa el poeta y lo que el lector recibe (núm. 7).[9]

29. 4º Las asociaciones erráticas del lector, recuerdos personales que se le atraviesan, perturban la atención sobre el texto al punto de desviar su sentido. Un cuarentón a quien le robó la dama un joven poeta, no soportaba la *Cándida* de Bernard Shaw porque se sentía retratado en el Pastor. Tipo de emoción parásita que nada tiene de común con la legítima emoción literaria; mecanismo de las ofuscaciones a que puede verse arrastrada la crítica ligera que, sin filtrarlas, erige en dogmas las propias reacciones. Todos traemos un repertorio de respuestas ya hechas, que disparan como la pistola de pelo a la más breve provocación, y lanzan nuestra mente por zonas ajenas a la lectura, obrando ya por su solo automatismo.

30. 5º La sentimentalidad y la inhibición, la extrema facilidad o la extrema resistencia ante el movimiento que el poeta trata de imprimir en nuestro ánimo, son errores más frecuentes de lo que parece, que exageran o borran los rasgos de la figura literaria. Con estos errores de tipo intuitivo pueden compararse las predisposiciones intelectuales, doctrinales, en pro o en contra de la tesis declarada en el texto, que empujan a oír más o menos de lo que se nos dice, a sobrestimar o a desairar injustamente la calidad del texto. Otro automatismo semejante, en pro y en contra, es lo que llaman los psicólogos "la predisposición técnica": si hemos conocido el éxito de cierto procedimiento literario, nos resistimos a aceptar otro diferente, y viceversa, nos negamos a aceptar un acierto porque conocemos un fracaso de orden técnico semejante. Es el caso del que niega valor a la psicología amorosa en Mérimée, porque se ha construido una expectativa sobre la psicología amorosa en Proust. La enumeración puede prolongarse. Los casos están al alcance de todas las experiencias.

31. Mucho más habría que decir sobre la lectura, literaria o no literaria. Un lector es cosa tan respetable como un sujeto psíquico que lanza su alma a volar por otras regiones. Muchas veces el joven San Agustín quiso consultar sus dudas con San Ambrosio, pero se detenía porque lo encontraba leyendo.

> Cuando leía —dice—, sus ojos recorrían las páginas del libro, mientras su mente se suspendía y concentraba para penetrar el espíritu de las palabras. Entonces descansaban su voz y su lengua. Más de una vez penetré a su cuarto, cuya puerta nunca estaba cerrada para nadie, y adonde todo el mundo tenía acceso sin necesidad de prevenir su visita, y siempre me sucedió encontrarlo leyendo

para sí y en voz baja, pero jamás de otra manera. Y tras de haberme sentado un rato, manteniéndome con respetuoso silencio —porque ¿quién, al verlo tan atento, se hubiera atrevido a chistar siquiera?— me iba retirando poco a poco, teniendo por cierto que prefería usar los escasos ocios que le dejaban en recobrar nuevo vigor, tras el mucho quebranto y las desazones que por fuerza habían de causarle los negocios del prójimo...

Así es como la literatura conforta y libera, multiplicando, en otra zona mejor, nuestras posibilidades de existencia. Ya decía aquel goloso Gracián: "¡Qué jardín del Abril, qué Aranjuez del Mayo como una librería selecta!"

32. Un nuevo medio de comunicación humana, la comunicación radiofónica, ha hecho temblar a los amigos de las letras escritas. Duhamel se pregunta, angustiado, si se hundirá una civilización con el libro. Ni creo que el libro desaparezca, ni creo que padezca el sentido literario si recobra sus contactos, algo descuidados, con el orden oral que es como su medio nativo. Aunque carecemos de documentos, sospechamos que algunos pusilánimes temblaron también por la cultura cuando la democrática imprenta comenzó a volcarla a media calle. Aparecerán nuevos géneros. La mano del hombre, algún día, domesticará otra vez a la máquina que se le ha escapado. No perecerá la poesía, danza de la palabra. Mientras exista una palabra hermosa, habrá poesía.

1940

LAS JITANJÁFORAS*

I

Para agradecer los *Poemas en menguante*, de Mariano Brull, le escribí así: "¡Feliz usted que vive entre seres nobles y encantadores, rodeado de sus Jitanjáforas y sus bellos versos, y acompañado de sí mismo!" Mi Ángel de la Guarda, que me veía escribir, preguntó en voz baja: —¿Qué significa eso de jitanjáforas?— He querido contestarle con estas líneas.

En *Los cigarrales de Toledo*, Tirso de Molina hace pasear, por la Vega, a Irene, "de verdegay vestido y alma", y a Serafina, "de negro uno y otro". Mi encuentro con el verdegay me produjo tal embrujamiento, que suspendí la lectura y salí a contarlo a los amigos, y anduve dos o tres meses queriendo fabricar y comer pastillas y grageas de verdegay, que se me figura una menta, pero todavía más fragante.[1]

Pues una emoción semejante debo al "verdehalago" de Mariano Brull. Aunque el verdehalago no es dulce: tiene un sabor suavemente ácido y sobrio, y la "a", la "ele" y la "ge" (y hasta la "hache" secretona) le dan una metálica frigidez de agua en "termo". Copio aquí el poema en cuestión, para que podamos entendernos.

VERDEHALAGO

Por el verde, verde
verdería de verde mar
erre con erre.
Viernes, vírgula, virgen
enano verde
verdularia cantárida
erre con erre.

Verdor y verdín
verdumbre y verdura.
Verde, doble verde
de col y lechuga.
Erre con erre
en mi verde limón
pájara verde.

Por el verde, verde
verdehalago húmedo
extiéndome. Extiéndete.
Vengo de Mundodolido
y en Verdehalago me estoy.

Ciertamente que este poema no se dirige a la razón, sino más bien a la

sensación y a la fantasía. Las palabras no buscan aquí un fin útil. Juegan solas, casi.

—Bien; pero ¿y las jitanjáforas?

—Poco a poco. Los ángeles no se impacientan.

¡La verdad es que en el taller del cerebro se amontonan tantas virutas! De tiempo en tiempo, salen a escobazos por la puerta de las palabras; pedacería de frases que no parecen de este mundo, o meros impulsos rítmicos, necesidad de oír ciertos ruidos y pausas, anatomía interna del poema: necesidad que algunos confunden con la inspiración. Andamos en las fronteras de la ecolalia. No hay que temblar. Yo me he acercado, y aseguro que nada grave sucede. He de confesarlo todo: conservo por ahí, en secreto, algunos "guiñapos malditos de una frase absurda", como se quejaba Mallarmé acosado por el duelo de la inexplicable Penúltima *(Le démon de l'analogie)*. En mi pequeño museo psicológico poseo algunas de estas curiosidades, de que luego he de dar ejemplos.

—Estas locuras, que confinan con la imbecilidad, están muy bien. Muchos poetas se conformarían con eso. Estas explosiones subjetivas no causan el menor daño, sean efecto del candor, de la perversidad literaria o aun de la sublimación sexual. Pero ¿y las jitanjáforas?

—¡Paciencia, paciencia! Los ángeles que se impacientan se caen del cielo.

II

Jehová se aburría divinamente.

—Me siento poeta —dijo al fin—. Sea la luz.

Y fue la luz. Y fueron creados tierra y cielos, las aves, los peces, los camellos, y el hombre. Adán recibió el encargo de denominar algunos entes secundarios de la creación; desde luego, los animales. Cuando acabó de nombrarlos todos, siguió a su vez creando objetos nuevos con la palabra. Y Jehová observó:

—Atajemos a Adán. De otra suerte, el mundo será pequeño para tanta creación y el continente menor que el contenido, lo que significaría una peligrosa anticipación sobre mi lógica de extrema izquierda que, como lo mejor de mí mismo, dejo para el final.

Y como ya no se podía detener el ímpetu léxico de Adán, Jehová castigó algunas palabras, dejándolas como barcos vacíos o señalándolas con la recelosa bandera negra. De aquí el ripio que no engendra, y el enigma que no concibe aunque vive hinchado de nada ("lleno de todo lo que no es sustancia", hubiera dicho Gracián).

La palabra había alcanzado ya un temeroso atletismo cósmico. Su don de captación era en ocasiones absoluto. De aquí la magia, en que la fórmula oral gobierna el fenómeno. De aquí el hermetismo: quien posee el nombre del dios posee al dios. Hay identidad entre el nombre y lo nombrado. Quien sepa mi nombre sustancial, ése dispondrá de mí a su antojo. Se explica el seudónimo; se

explica la ocultación del patronímico en el que cae preso. Ivonne, Germaine, Georgette se resisten siempre a decirnos cómo las llaman en su pueblo y en la santa casa de su madre. El nombre de guerra permite el desliz subrepticio desde la familia hasta el teatro. El nombre de religión es la escapatoria del siglo.

Luego conviene a la policía del universo que haya un límite, un momento en que la sobresaturación de energía haga estallar el fulminante de la palabra, un tabú que obligue a callar los vocablos demasiado potentes. Los términos sagrados no pueden enunciarse sin que sobrevengan catástrofes. No jurarás el nombre de Dios en vano. El verdadero nombre de Roma, el verdadero nombre de Alá son secretos, perdidos ya por la incuria de las generaciones, poseídos antes por escasos privilegiados que conocían los métodos de manejarlos sin peligro. El horror al nombre recóndito tiene raíces milenarias. Se puede nombrar a Elohim, no al ser absoluto, que haría saltar el universo. "Jehová" no es nombre, es sólo apodo, es un tetragrama elusivo que escamotea o soslaya la realidad: Y—H—W—H; clave convencional para aquello que sólo es lícito aludir de lejos, y que no podría pronunciarse, ni escribirse ni leerse directamente. Cuando los hebreos encontraban esas cuatro letras, decían algo vago como "el Señor". Más tarde, al desaparecer el pudor escriturario, se inventó una lectura equivocada o aproximada del tetragrama: "Jehová". Como vestigio de la interdicción primitiva, las lenguas civilizadas han seguido hablando de "el Señor".

En suma: que unas palabras crean, otras ni crean ni destruyen, y otras destruyen a fuerza del mucho crear. El vínculo del derecho formulario sólo se produce cuando se enuncian bien las cosas: ni más allá, ni más acá. La creación literaria está en hablar o escribir bien: no crea todo el que habla o escribe. Y aquí asoma la crítica, palmo de narices a la creación.

III

De suerte que la palabra nos fue dada, primero, para apoderarnos de los objetos. Pero ya antes de esta etapa, presentimos una prehistoria lingüística que Adán nunca nos confesó: un raudo zumbido articulado que precede a la sintonización lógica y que —acercando el oído— todavía se escucha en el caracol del lenguaje. Ahora bien: después de la palabra, comenzamos a abusar creando con ella nuevos entes, nuevos "ontos". Y a esto propiamente se llama creación; en griego: poesía. Juntando los nombres de dos objetos que no se dan juntos por sí solos, los pobres objetos quedan atados por el conjuro verbal, sean centauros, sirenas, dragones, heroicidad o verso: mitología, ética, métrica. Horacio, en su epístola del *Arte poética*, aconseja no desbocarse lanzando al mercado de la imaginación nuevas confusiones de especies, propia precaución policial. Paul Valéry, en su *Breve epístola sobre el mito*, explica:

> Mito es el nombre de aquello que no existe o no subsiste sino fundado, como causa única, en la palabra. No hay discurso por oscuro que sea, no hay conseja absurda ni conversación tan

> incoherente a los que no podamos, al cabo, atribuir algún sentido... Todo nuestro lenguaje está hecho de breves y fugaces sueños; y lo que de veras asombra es que a veces logramos construir pensamientos singularmente justos y maravillosamente razonables... Aun los que pretenden haber ido hasta el polo, lo han hecho empujados por motivos inseparables de la palabra... Todo instante cae a cada instante en lo imaginario... Lo falso sostiene a lo verdadero; lo verdadero tiene a lo falso por ascendiente... ¿Qué sería, pues, de nosotros sin la ayuda de lo que no existe?

Cierto, oh dulce maestro de la rue de Rome, que un lance de dados no abolirá nunca el azar. Pero adviértase: este dado de las palabras que ahora estamos jugando, acaso tentando a Dios con ello, no sólo tiene seis caras, sino miles: dado ojo de mosca en que cada diminuto plano lleva, a la ventura, inscrita otra probabilidad, o mejor dígase otra intención: "Toute pensée émet un Coup de Dés".

Dijo el humorista que si diez millones de monos teclearan durante diez millones de años en diez millones de máquinas de escribir, alguno de ellos acabaría por escribir el *Discurso del método*. Dijo el sofista que arrojando letras al azar acabaríamos por componer la *Ilíada*. ¡Desacatos a la policía del universo! Salvador Díaz Mirón, con mejor acuerdo, solía aventurar, entre el coro atónito de sus admiradores, esta sugestiva semiidea:

—Si compongo en caracteres de imprenta una página del *Quijote;* si luego desordeno los tipos y los voy arrojando al suelo, encontraré millones y millones de arreglos casuales; pero nunca ¡nunca otra vez! la casualidad podrá rehacer el trozo de Cervantes. *Luego Dios existe.*[2]

El cálculo de probabilidades, estadísticas de lo infinito, viene así a darnos contra los muros de la omnipotencia divina, o más bien, nos abre atisbos sobre las confusas lontananzas de Dios. Y el lenguaje es, sin embargo, una función tan misteriosa, que de cada lance de dados —aunque las palabras sean absurdas, aunque las combinaciones de letras sean caprichosas— se levanta un humo, un vaho de realidad posible. Con el azar nunca aboliremos el azar: no recompondremos el *Discurso* ni el *Quijote*, entre otras cosas porque el pasado no es reversible. Pero, por evolución semejante a la biológica, del mismo azar puede desprenderse lentamente, a modo de exhalación, esa nube que poco a poco enfrían los siglos, hasta cuajarla en una solidez palpable, familiar y casera. ¿Os habéis detenido a pensar en la inmensa avenida de azares, de hallazgos fortuitos, de mitologías errabundas, de supersticiones aberrantes, que se descubren al modesto relámpago de cada fósforo encendido?

Hay horas en que las palabras se alejan, dejando en su lugar unas sombras que las imitan. Los rumores articulados acuden a beber un poco de vida, y se agarran a nuestra pulpa espiritual con voracidad de sanguijuelas. Sedientas formas transparentes, como las evocadas por Odiseo en el reino de los cimerios, rondan nuestro pozo de sangre y emiten voces en sordina. Quien nunca ha escuchado estas voces no es poeta.

IV
(MITOLOGÍA DEL AÑO QUE ACABA)

Siempre la rueda del año trae montados unos cuantos diablos giratorios. Jinetes hechos de tiempo puro. Cuajarones que la nada deja allá abajo, en el fondo de sus vasijas, de tanto posarse y aburrirse a solas. Cada uno de nosotros se derrama hasta la prehistoria, violando censuras y rompiendo candados. Somos un embudo que absorbe y junta quién sabe qué flujos mitológicos. Nos visitan larvas de que apenas somos responsables. Por ellas, y a través de ellas, nos deshacemos hacia los abuelos terribles de la cueva de piedra, hacia el tierno Adán que sentía —en sueños— florecer su costilla.

Trazad, la noche de San Silvestre, una raya teórica en la conciencia, y veréis qué siega de fantasmas. Tal será nuestra mitología del año que acaba. No son ya creaciones literarias, de esas que a guisa de pararrayos la pluma provoca, de esas que el oficio ejercita, no. Ni figurines mandados hacer para el escaparate del poeta, no. Son huéspedes ociosos del alma, hongos de la pesadilla. A veces, en medio de la conversación, sin que nadie sepa, los aludimos de pasada como a pecados conocidos. Nadie nos entiende. Sonreímos. Somos generales de un profundo ejército de sombras. No hay que disimularlo más.

En este suelo movedizo brota, como flor verbal, la jitanjáfora. A esta luz, también se la puede entender como una manifestación de la energía mitológica, nunca ahogada del todo, felizmente, por el lenguaje práctico.

V

Ya previamente desazonadas por esta fértil excursión, podemos volver a las jitanjáforas, de que el *Verdehalago* nos dio un pregusto.

Miguel Ángel Osorio, o Ricardo Arenales, o Porfirio Barba Jacob —poeta de múltiples nacionalidades, múltiple psicología y nombre cambiante, que ya en esto solo nos revela su conciencia de la casualidad lingüística— recordaba haber compuesto de niño, sin darse cuenta clara, este arreglo silábico que, en sus momentos de rebeldía o de iracundia contra las normas, se sorprendía recitándose a solas:

La galindinjóndi júndi,
la járdi jándi jafó,
la farajíja jíja
la farajíja fo.
Yasó déifo déiste húndio,
dónei sópo don comiso,
¡Samalesita!

Así, desde la alegre "galindinjóndi" hasta la trágica y salomoniana "samalesita", corría la escala de la ira infantil. Conozco otro peán de la cólera, que bien podemos llamar jitanjafuria. Solía recitarlo un niño, como venganza

simbólica contra las diabluras que, sólo por el gusto de oírlo, le hacían sus hermanos. El estribillo era éste: "¡Chunda, chacunda, chacunda, chacunda!" No se puede ser más expresivo. El niño cultivaba así, en su propio ser, las ondas coléricas, como el faquir procura las serenidades del éxtasis respirando con grave voz la sílaba mágica: ¡Omm!

Pues bien: eran los días de París. Toño Salazar solía deleitarnos recordando el peán de Porfirio Barba Jacob y lo recitaba sin un solo tropiezo. Es posible que de aquí partiera el intento de Mariano Brull. Antes de traerlo a su poesía, le dio una aplicación traviesa. En aquella sala de familia, donde su suegro, el doctor Baralt, gustaba de recitar versos del Romanticismo y de la Restauración, era frecuente que hicieran declamar a las preciosas niñas de Brull. Éste resolvió un día renovar los géneros manidos. La sorpresa fue enorme y el efecto fue soberano. La mayorcita había aprendido el poema que su padre le preparó al caso; y aceptando la burla con la inmediata comprensión de la infancia, en vez de volver sobre los machacones versos de párvulos, se puso a gorjear, llena de despejo, este verdadero trino de ave:

Filiflama alabe cundre
ala alalúnea alífera
alveolea jitanjáfora
liris salumba salífera

Olivia oleo olorife
alalai cánfora sandra
milingítara girófara
zumbra ulalindre calandra.

Escogiendo la palabra más fragante de aquel racimo, di desde entonces en llamar las Jitanjáforas a las niñas de Mariano Brull. Y ahora se me ocurre extender el término a todo este género de poema o fórmula verbal. Todos, a sabiendas o no, llevamos una jitanjáfora escondida como alondra en el pecho.[3]

VI

Un poco de jitanjáfora no nos viene mal para devolver a la palabra sus captaciones alógicas y hasta su valor puramente acústico, todo lo cual estamos perdiendo, como quien pierde la sensación fluida del agua tras mucho pisar en bloques de hielo. Una vez que descubrí mi sonaja, encontré que cada día daba nuevos sones y no me resolví a abandonarla. En suma, me he puesto a coleccionar jitanjáforas. Como publiqué algunas de las observaciones anteriores y una parte de mi muestrario en varias revistas, la reacción no se hizo esperar.

Recibí comunicaciones de distintos países; recibí también confesiones de jitanjáforas vergonzantes, que algunos guardaban en secreto y, no encontrando el modo de justificarlo racionalmente, no se habían atrevido a sacarlas a la luz del día. Entre estas confesiones, algunas me sonaron a hueco, a fabricación a

posteriori. Y esto fue la porción enfermiza de mi cosecha. Como quiera, estas falsificaciones revelaban el ansia real de jitanjaforizar. Un corresponsal porteño me aseguraba que a los diecisiete años había hecho jitanjáforas en prosa, y se atrevía a comunicarme esta jitanjáfora en verso "que tenía por ahí escondida y avergonzada":

Vilichumbito de papagaya
lastirilinga de miñantay
trabuquilindo, lindo, lindoli
la papagaya de muranday.

Ajenjilima naranjoalma
turbicelada de marmorei
jijinfalema fanfiridoy
de la alegría de verdolei.

Se ofrece una duda, y ella nos introduce en una nueva senda: la crítica de la jitanjáfora. ¿Creéis sinceramente que ésta es una jitanjáfora anterior a mis notas? Bastan para infundir sospechas la asociación meramente exterior del papagayo, el ajenjo, la lima, la naranja y el alma, tan de otros climas, tan antillana al parecer, tan derivada acaso de Mariano Brull; y ese "verdolei" que recuerda el "verdegay" y el "verdehalago".

Otros adoptaron sinceramente mis inspiraciones. Así, el argentino Ignacio B. Anzoátegui se lanzó de frente a la jitanjáfora, y comenzó con una donosísima, "de la Reyna Isabel de Francia, ausente del Rey Felipe nuestro señor", en que demostró el dominio de las reglas del juego. Hasta me demostró haberlo entendido mejor que yo, en su "Nuevo Código del jitanjaforizar" (*Número*, Buenos Aires, 1930). Y cuando dijo, en el versículo 9: "En cada corriente de aire hay repartidos ángeles y jitanjáforas", yo tuve la súbita visión de que las jitanjáforas son un transporte de la electricidad atmosférica, y me pareció ver a Theremin, aquel descubridor ruso que, con pases magnéticos y ademanes, hacía zumbar un aparato de radio y arrancaba la música implícita en el espacio, como quien está cazando mosquitos". Anzoátegui me envió después la "Jitanjáfora de la Capital del Reyno en la llegada del Príncipe Heredero", que es toda una "caricatura seria" de aquella poética en que colindan el gongorismo y el rubenismo. Desde el primer verso: "Cimbre en la urdimbre de sombras la escolta de mimbres", me hacía pensar en ciertas burlas de Quevedo ("Si bien el palor ligustre / Desfallece los candores") que, burlas y todo, también resultaban, a fuerza de afinación estética, una caricatura seria de los excesos culteranos. Sobre el arte de la caricatura seria —lo que son, para el dibujo, los retratos de Toño Salazar— nos está faltando una doctrina.

Después vino la "fantomima jitanjafórica" del guatemalteco Miguel Ángel Asturias, *Émulo Lipolidón*.

Éstos son los adelantados de la jitanjáfora en tierras de América.

Salvador Novo, por aquellos días, había llegado también a la jitanjáfora, en

cierto poema "sin palabras", aunque tengo la impresión de que recorrió el camino por su cuenta.

En todo caso, el vocablo hizo fortuna, como nueva designación genérica. Así Luis Cané habla, en sus poemas, de la "vacía jitanjáfora". Y Arturo Capdevila, en su exposición del *Gay Saber* (La Plata, 1937), tras de presentar el desfile de la poesía desde "el tiempo alucinado" hasta nuestros días, recoge con una sonrisa la teoría de la jitanjáfora, considerándola como un esfuerzo hacia la salud, y honrándonos con este precioso epíteto: "Demonio de Esculapio".

Marcel Brion (*Les Nouvelles Littéraires*, París, 26 de octubre de 1929) no ha querido desoír el eco lejano de la jitanjáfora disparada por mí desde Buenos Aires, y comenta así: "He aquí un paso más en la senda de la poesía pura, que a nosotros nos había llevado solamente hasta *La fille de Minos et de Pasiphaë*".

Por último, hubo sus burlas de buen estilo. Y abrigo la certeza de que fue Genaro Estrada quien, desde México, y por la respetable vía de la All America Cables, Inc., me envió este cablegrama: "Alicandórica Vórtice Aprisco Suboy Centendura Volígera Floma damnificados de ayer Climax Climax", que, siendo una jitanjáfora más, remedaba el estilo de nuestros mensajes diplomáticos en cifra.

VII

Amontonar simplemente los ejemplos conduce a la confusión. Varios criterios de clasificación pueden intentarse, y ellos se entrecruzan sin remedio. Hay que ensayar alguno, a riesgo de transformar estas notas en un mero repertorio, en vez de un conjunto orgánico. Cualquiera clasificación sirve de paso para mejor dibujar la teoría.

El primer criterio que se ofrece divide las jitanjáforas en dos familias, según su grado mayor o menor de inconsciencia: 1º la jitanjáfora candorosa; 2º la conscientemente alocada. La primera es la jitanjáfora pura; la segunda es maliciosa e impura. Pero la segunda representa una supervivencia del mismo impulso anímico que produjo la primera. Además, es la que aquí nos interesa, por ser expresión propiamente literaria. Despachemos la primera apresuradamente, a manera de introducción.

La jitanjáfora pura es de carácter popular, y muchas veces infantil. Posee una nota colectiva, social, y se sumerge en el anonimato del folklore. Ignora sus propias virtudes, y sube sola hasta la superficie del lenguaje como una burbujilla del alma. Muy bien puede ser una explosión individual, como las jitanjafurias citadas, que acaso están en el origen de ciertas injurias e interjecciones; pero nunca aspira a la autoría, al mérito de creación individual. Se caracteriza en general por su mayor emancipación de los moldes lógicos y lingüísticos. A tal grado, que a veces resulta complicado el traducirla en escritura. Y como frecuentemente se acompaña de tonadas o sonsonetes, sólo una transcripción

musical lograría captarla. Acontece aquí, aunque en menor grado, lo que con el relato de los sueños: traducidos al lenguaje, pierden su atmósfera, pierden la evanescencia de unos entes en otros, pierden la ubicuidad de las formas, la contradicción o la inconsistencia del principio de identidad, la conjugación de espacios y series temporales, etc. Acontece aquí, aunque en menor grado, lo que para la interpretación musical del canto de los pájaros, en que hay que mezclar las notas y los ruidos bucales.

VIII

La jitanjáfora pura se divide a su vez en tipos empíricos:

1º *Signos orales que no llegan a constituir palabra:* Pueden ser señales para el hombre: el "psht" o "cht" que llama o impone silencio. Pueden ser señales para el animal: el "bs-bs" con que se llama al perro, o se le ofrece amistad si inspira desconfianza; y el "¡júchila!" mexicano o el "¡chúmbale!" argentino con que se le lanza contra el adversario. A veces, estos signos ascienden hasta la palabra: el "bicho-bicho", de vocales cerradas, con que se llama al gato. A veces pretenden la armonía imitativa: el "pío-pío" para los pollos, que los franceses dicen "petit-petit", según testimonio harto conocido del *Chantecler*. Las voces con que el jinete, el conductor o el arriero se hacen entender por el animal de montura, de tiro o de carga, entran en esta categoría: "arre, jo, hucho-jo, huesque, hóchiquis". El "ceja" ya es toda una palabra; y el "eye" parece transformación de "buey".

2º *La pretendida onomatopeya siempre ilusoria:* Basta recordar que nosotros imitamos el trueno diciendo: "pum", y los chinos, diciendo: "tel". Hasta el carraspear pretende imitarse. Y Genaro Estrada se burlaba, proponiendo un paso de comedia en que al "¡ejem! ¡ejem!" de un personaje contestara el "¡pchut! ¡pchut!" de otro. Sólo conozco otro intento más original: en los "Diálogos y palabras", de Ricardo Güiraldes, don Nemesio contesta todo lo que le dice Pablo Sosa con estos ruidos: "Hm, m... hm".[4] Muy feliz la invención de Arturo Uslar Pietri en *Las lanzas coloradas:* "Los caballos planeaban, ¡zuaj!, y se iban de boca por el pantano". De una onomatopeya nace el nombre infantil del perro: el "gua-guá", y el de la vaca: "mú"; y aun los verbos que indican los ruidos animales pretenden ser onomatopéyicos: aullar, bufar, crascitar, crotorar, graznar, gruñir, maullar, parpar. Lucilo oye decir "Rrr" al perro bravo donde otros oímos "Grr". No todos están de acuerdo en que el rebuzno del asno diga "Hi-han". Nadie disputa el "cri-cri" del grillo. La canción infantil sobre la rana anda en varias versiones: "Cro cro-cro cantaba la rana" y "Zun zun-zun cantaba la rana"; equivalentes a la brasileña: "O sapo Curú—Na beira do rio". Hemos mezclado motivos populares con citas literarias, porque ellas completan la descripción.

3º *Interjecciones que no llegan a la palabra, aunque se las declina en cierta manera:* "Uju, újule; epa, épale". En la canción popular: "¡Upa y upa y upa y apa! Dicen los de Cuernavaca..." Muchas proceden de abreviaturas o eufemismos para

no decir la palabra soez. Son parientes de la jitanjafuria.

4º *Lo que hablan los pájaros:* También aquí la imitación del canto suele determinar el nombre: el tero argentino, que antes se llamó el teru-teru; el bichofeo argentino que el brasileño oye de otro modo, puesto que le llama el "bem-te-vi". El habla de los pájaros ha sido imitada por el pueblo, por los naturalistas y por los poetas. Por lo pronto, sólo consideramos la imitación popular. La paloma: "Acurrúcate aquí", "Currucutucú-cú-cú". La tórtola: "Cúu-cúu cúu-cúu"; y en francés, según Paul Claudel *(Conversations dans le Loire-et-Cher):* "Je ne ponds pas, je couve". La paloma tunera de Nuevo León canta: "Comer tunas, comer tunas". El ruiseñor de Colombia: "Cotorrito perdido por la catapira, catapira, catapíis, píis". El gallo cambia también de idioma: en español quiquiriquí; en francés, cocoricó (o dos veces "Cocteau", según dice aquel presuntuoso); en alemán, kicke-riki; en inglés, y consta en *The Tempest*, Cock-a-doodle-doo, u otra fórmula que prefiere el gallo de Rostand; en turco, cu-curucú. Otros hacen fuga de vocales k-k-k-k-; y otros fuga de consonantes: I-i-i-o.[5] Motivo popular que todos los niños conocen, égloga de Navidad imitativa:

> EL GALLO.—¡Cristo naciooó!
> EL BORREGO.—¡En Beleeén!
> EL GUAJOLOTE.—¡Gordo, gordo, gordo, gordo!

Los amaestradores de loros, aprovechando la comicidad de la "erre" psitacósica, suelen enseñarles a repetir muchas jitanjáforas.

5º *Jitanjáforas de la cuna:* Canción de arrullo: el rorro-rorro que imita el runrún adormecedor; canción de acallantar; primeras escalas orales: "Ponpon-tata". La canción de cuna suele desplegarse en canciones de rico lirismo. Y como los mitólogos son capaces de todo, recuerdo a uno que, con la manzana que se le perdió al niño y las dos manzanas que vamos a cortar a la huerta ("una para el niño y otra para vos"), hacía portentosos "cubiletes" entre la escena de primitivo de la abuela Santa Ana y el Niño Dios, el cuadro de la manzana bíblica a lo Tiziano, y el del Jardín de las Hespérides a lo Rubens. José Moreno Villa *(Cornucopia)* da la transcripción aproximada de ciertos arrullos de Pátzcuaro, en que el efecto jitanjafórico se aumenta por el exotismo de la lengua indígena: "Es ga-ti-tú, gu-ti-dei, gu-ti-dei, gu-ti-mai-ka".

6º *Glosolalias pueriles:* juegos, corros, ejercicios de dicción y de retención. Desde luego, las series aritméticas, enumeraciones y eliminaciones que los franceses llaman "comptines". Unas son de mero disfrute aritmético o cuentan por contar: "Una, la luna; dos, el sol"; "la gallina papujada"; "una niña—muy bonita", cuyo único objeto es contar hasta dieciséis pies métricos. En francés: "Une poule—sur un mur"; y creo que, en italiano, una que dice más o menos: "Bajo el emparrado—nace la viña". Otras cuentan a los compañeros del juego, o escogen a uno, o van imponiendo a todos, por turno, una penitencia, o escogen la mano de la suerte: "Mi padre, mi madre, me dicen que en ésta"; "Tin-marín,

de-do-pingüé"; "De una de dola-de tela canela". Leopoldo Lugones, que en tiempos se divertía en recopilar estos sonsonetes con Rubén Darío y Ricardo Jaimes Freyre, me comunicó varios que se oyen en la Argentina: "Unillo, dosillo, tresillo, cuartana, olor a manzana"; "Una, dona, trena, catena"; "Una, doli, truá"; "Lori, bilori"; "Pin, pín, Serafín"; "Sesta, ballesta, Martín de la cuesta". Los amigos de la revista *Atenea* (Santiago de Chile, febrero de 1931) me llamaron la atención con un cascabel de jitanjáforas "hacia aquel lado de la cordillera", en tanto que podían decirme al oído "otras de mucha picardía y poco recato". Entre las publicadas por ellos, el corro de doblar la pierna: "Pin, pin, sarabín" (otra versión de la fórmula argentina); el tema de Paco Ladrón (apodo del guardián público): "Ene, tene, trí". En inglés: "Eeny, meeny, miny, mo. Catch the nigger by the toe". En francés: "Am, stram, gram — Pic et pic et colégram — Bour et bour et ratatam", y otras que, de entre las mil ochocientas que ha coleccionado, entresaca Jean Baucomont en "Les formulettes enfantines" *(Les Nouvelles Littéraires*, París, 11 de julio de 1931). Algunos más, mezclados con invenciones del recopilador, en W. S. Gilbert, *Bab-Balladas* y, en general, en las colecciones inglesas de "Nursery" y "Nonsense Rhymes". Entre los sonsonetes meramente rítmicos y tonadas de corro, el "materilerileró"; la argentina: "Catatumba– catatumba– ¿Qué es aquello que relumbra– Debajo de aquella mesa?– Si no fuera la marquesa– Te cortaba la cabeza– Con la espadita dorada– Que me dio la camarada"; la ronda chilena: "monseque, la culeque" y su variante argentina: "A la lata, al latero"; la que canta Minne en *L'ingénue libertine* de Colette: "J'ai du di – J'ai du bon – J'ai du dénédinogé – J'ai du zon, zon, zon – J'ai du tradéridéra". En el *Vocabulario* del Maestro Gonzalo Correas, siglo XVII, estos modillos viejos "Chape, chape"; "Ñafe, ñafe, ñafeteñifi, ñafe"; "Haciendo guizogue a mula o jaca: ñiqui, ñiqui, no hay cebada".[6]

Entre los cuentos que se cuentan, el del "Gato con los pies de trapo"; el de "La buena pipa". Este tipo puede compararse hasta cierto punto con el "Nonsense" inglés. Pero las verdaderas rimas de disparate en castellano más bien pertenecen al género culto, lo mismo que nos suenan a culto los más difundidos "nonsenses" ingleses. Los dejamos para más adelante.

Ejercicios de dicción y trabalenguas: "El Arzobispo de Constantinopla", el "Triple trapecio de tripa", el "Jaime bájame la jaula", hecho para la desesperación de los extranjeros no habituados a nuestra fonética; los juegos franceses: "Ceuv–ci sauci–sons–ci" y "Dinon dina du dos d'un dindon d'Inde", que hicieron veces de la piedrecita de Demóstenes para soltarle la lengua a Sarah Bernhardt. La función pedagógica se acentúa en los juegos ortográficos: "Allá se lo haya el aya si no halla al niño debajo del haya".

Ejercicios de retentiva: "El castillo de Chuchurumbel"; el "Chivito" que recitaba Berta Singerman; el que compuso Foote para uso de Macklin (aunque éste sea de origen culto): "So she went into the garden to cut a cabbageleaf to make an applepie" (Marcel Gauthier, o sea R. Foulché-Delbosc, "De quelques

jeux d'esprit", en *Revue Hispanique*, París, 1915).

7º *Brujería, ensalmos, magia, conjuro*. La invocación a Santa Elena de la Cruz para que el ingrato vuelva a los brazos de la desdeñada; las fórmulas afrobrasileñas de las macumbas.[7]

J. Rouge, en su obra sobre el folklore de la Turena, cuenta del mal de ojo para recién casados. "Los fascinadores de cónyuges —dice— son temidísimos en la región. Los sacristanes pasan por anudadores. He aquí cómo se practica el nudo de agujeta: cuando el novio se levanta para escuchar el Evangelio, el anudador empieza a echar nudos en una cuerda diciendo: "Nobal, Rival, Vanorbi". Tantos nudos haga y cuantas veces repita mentalmente el conjuro, otras tantas fracasará la consumación del matrimonio. Y esto puede durar años. Y si se pierde o pudre la cuerda, los añudados mueren entre atroces dolores". Aquí caben todos los dichos con o sin gesto para echar a perder una jugada, una hazaña deportiva, etcétera.

Las canciones de brujas, como el "Lunes, martes, miércoles tres", del cuento del "Domingo siete"; la que trae Valle-Inclán en su *Romance de lobos:* "La madre coja, coja y bisoja". El "Abracadabra", el "Hokus-pokus" y otras fórmulas de los prestímanos: "Un rey poderoso y fuerte", "Metroque, metroque". Como obedecen al conjuro los hombres y las cosas inanimadas, también los animales, al modo de los ratones atraídos por la música de la vieja en *El niño Eyolf*. Jean Giono en *L'eau vive* cita ciertas canciones sonambúlicas y sin sentido con que el matarife se hacía obedecer de las reses, y otras que sirven para alejar el mal tufo de jabalí destazado, que evocan los frescos olores de la colina y hasta el perfume de las virtudes de María.

8º *Las canciones populares son jitanjáforas siempre que desdeñan la lógica o la gramática*. Mis notas provocaron una buena cosecha en *Excélsior-El País*, La Habana, 1º de octubre de 1929. Léase también a José Luis Lanuza en sus artículos "El placer de disparatar" y "Disparates criollos y españoles" (*La Prensa*, Buenos Aires, 13 de abril y 11 de mayo de 1941). Allí se citan los *Pliegos sueltos* de Vicente Castañeda y Amalio Huarte, Madrid, 1929; *Los cantares populares chilenos* de Acevedo Hernández, Santiago, 1933; los *Cien romances escogidos* de Solalinde; el *Cancionero federal* seleccionado por Blomberg; la *Córdoba del recuerdo*, de Capdevila; los *Antiguos cantos populares argentinos* y el *Cancionero popular de Salta*, de Juan Alfonso Carrizo, Jorge Luis Borges pensó en recoger algún día las coplas del truco, de cuya locura puede dar idea la siguiente copla que se dice para tirar la flor:

> Por el río Paraná
> viene navegando un piojo,
> con un lunar en el ojo
> y una flor en el ojal.

El viejo poeta Soto y Calvo recordaba este cantar gauchesco:

Tafetán amarillo
y arroz con leche.
La cabeza me duele
de ser tu amante.

Adolfo Salazar contribuye con esta canción anónima del siglo XVI, publicada en Lovaina, 1570; pertenece al fondo anónimo del pueblo:

Quando bon hombre viene de vino
¡O Dios de mi vida!
Halara se mengiere perdida.
¡O Dios de mi vida!
Animalida,
Dorlopida,
Lagoni, Lagosa,
Oziga— Lorida
¡O Dios de mi vida!

9º Las estrofas bobas: "Más te valiera estar duermes". En cierto sainete argentino, se atribuyen estos versos a un poetastro, versos que, según Manuel Rojas, se usan en la región cordillerana "para defenderse de lecturas y confidencias de autores noveles":

El sol sale de día,
la luna sale de noche.
Cuatro ruedas tiene un coche
con mucha melancolía.

Tiene todo el aire de tema popular, al mismo título que el "ratón con alpargatas" de la petenera. Pero aquí nos deslizamos ya al disparate literario.

10º Como última derivación de la jitanjáfora popular pueden considerarse los gritos de guerra, que van del "Montjoie" —alarido bélico del *Rolando*— y el "Santiago y cierra España" hasta el "Ai va el pelao" de cierto caudillo nacional cuando desenvainaba el machete. Con este grupo se relacionan los gritos universitarios, hurras y "cheers" de los equipos deportivos, que Francisco Ichaso me ha recordado.

IX

Entre la primera y la segunda familia (§ VII) corre un tipo singular de jitanjáfora irresponsable, que, por decirlo así, lo es a pesar suyo. Tal la que resulta por el simple efecto de la lengua ajena, cuyo sentido se ignora, y cuyo valor acústico, por eso mismo, resalta con toda nitidez. Tan seductora es esta travesura de la ignorancia que conforme penetramos en los significados de una lengua desconocida, vamos lamentando perder aquella fascinación maravillosa. Quien, sin conocer el catalán, el vascuence, el ruso, haya oído aquellos ruidos de molino, aquellos chorros de piedra, aquellos efectos guturales como los que produce la

empalagosa jalea que se pega al fondo del paladar, sabe lo que queremos decir.[8] Cuando en las *Divinas palabras* de Valle-Inclán el sacristán desarma la cólera del pueblo con unos latinajos, se usa en parte el prestigio de la lengua eclesiástica, pero en parte también el valor de encantamiento acústico de la lengua desconocida. A veces lamento hablar en español: escuchado desde la otra orilla debe de ser algo incomparable, lleno de chasquidos y latigazos, temible carga de caballería de abiertas vocales, por entre un campo erizado de consonantes clavadas como estacas. Tiene su misterio aquello que, en muy diferentes variantes, se atribuye a Carlos V: el francés para mi amor, el inglés para mi caballo y mi perro, el español para mi Dios. Según otros, el emperador prefería el inglés para los pájaros, el italiano para las damas, el francés para los hombres, el español para Dios. Tomás Navarro Tomás, en su discurso académico sobre *El acento castellano* (Madrid, 1935), que debe consultarse sobre el ámbito acústico de las diferentes lenguas romances, recuerda estos versos:

> Silbido es la lengua inglesa,
> es suspiro la italiana,
> canto armonioso la hispana,
> conversación la francesa.[9]

Gran música el lenguaje, indecisa escultura de aire vaciada en la cavidad de la boca. Ceden su tono y sus compases a las caricias, a las exigencias de cierta topografía en el fuelle del pecho, las cuerdas vibratorias de la garganta, la corneta o resonador de la nariz, el muro de rechazo y apoyo del paladar, el puente movedizo de la lengua —que, a veces, obra de palanca—, las almohadillas de los labios y los sutiles respaldos de los dientes: tan sutiles ellos que, dividiéndose milimétricamente al menos en tres partes, modifican la pronunciación según que se use del filo, del medio diente o de la juntura con la encía. Por entre todos estos deliciosos accidentes, combinando diversamente ruidos y sonidos, armonías y disonancias, entre tropiezos, fricciones y silbidos de consonantes y desahogos de vocales, sale el lenguaje a flor como quien vence una carrera de obstáculos. Tal es el ser vivo del lenguaje si lo escuchamos desde afuera del hombre, desde afuera del espíritu. ¿Qué es, junto a esto, el lenguaje escrito, delgada sombra, vicio de los que queremos seguir hablando hasta en silencio? El disco del gramófono, objeto para los ojos y el tacto, aunque es tan distinto de su música, todavía guarda alguna relación física entre las rayas donde salta la aguja y el tímpano de percusión que transforma el movimiento en sonido; pero ya la relación de la voz al carácter gráfico es toda ficticia. El escrito, para volverse lenguaje, tiene que pasar por la guitarra del pecho.

Después de todo, el lenguaje técnico, habla de iniciados y para pocos, produce la misma fascinación para el profano, aunque el tecnicismo pertenezca a su mismo idioma. En cuanto el lenguaje se vacía de espíritu, se vuelve jitanjáfora, y su conjuro —despegado de la convención semántica, de la forma interior y de todas esas hondas ataduras que la nueva filología persigue hasta el tejido más

íntimo— obra caprichosamente, como un resorte descompuesto, por inesperado choque auditivo. El rústico que se ofende cuando se le habla de la "hipotenusa" no deja de tener sus razones. Para las mentes vírgenes, la enumeración de las figuras del silogismo no pasa de ser jitanjáfora: "Barbara, Celarent, Darii, Ferio", etcétera.

¡Y aquel bailarín "Festino Baroco", y aquel estupendo "Baralipton", cuya repercusión en el ánimo merece la curiosidad del laboratorio psicológico! Veremos después cómo se refleja el ámbito acústico en la imitación literaria de lenguas extranjeras.

X

Pasemos ahora a la segunda familia, la jitanjáfora conscientemente alocada, culta hasta cierto punto y técnicamente impura, aunque por eso mismo más expresiva, puesto que aquí el impulso rompe amarras todavía más fuertes: explosión o relajamiento, plétora o cansancio y siempre desahogo higiénico. Ofrece dos grados: el primero es un dislate culto, respetuoso de la gramática y sólo absurdo en cuanto a los anacronismos y a las relaciones intelectuales inverosímiles: hace pensar en el letrado. El segundo comienza por extremar la fantasía, tuerce la lengua y aun la inventa, juega como el pueblo con los valores acústicos sin sentido, llega a esos fantasmas de palabras que son la jitanjáfora heroica: hace pensar en el poeta.

La jitanjáfora del letrado, en su más humilde forma, se acerca al tipo popular de la estrofa boba (VIII, 9º). Manuel José Othón recitaba unas extravagancias que él atribuía a cierto chiflado de Ciudad Lerdo y que hacían las delicias de los civitalerdinos, o como se llamen los de allá:

> Allá viene la trompa de Eustaquio
> con su vestido gris perla
> esperando audiencia
> sin sentir ningún placer.

Y Max Henríquez Ureña cuenta de otro chiflado dominicano, a quien la ateniense ciudad le costeó la representación de cierta comedia, donde un personaje hablaba así:

> ¡Oh, mi amigo remolón,
> tú no sabes el cañón,
> que yo siento en esta alma;
> pues cual caja se desalma
> si le faltan duros clavos
> al sostén de su tabla:
> así dentro el cajón
> de mi triste corazón,
> se desbarata el martillo
> del amor que ya cepillo![10]

El poeta bobo del pueblo es un carácter difundido que pertenece al folklore universal. Me han contado de uno, creo que de Mérida, que se arrastra en un microrrealismo espeluznante:

Ayer saliste de misa.
Te saludé deferente.
Pude ver en tu sonrisa
que había frijol en tu diente.

Conocí en la Escuela Preparatoria a un estudiante que aturdía declamando estrofas grotescas, de pretendida inspiración "modernista", cuya pieza de resistencia era este verso: "La estrofa corcelínea byroniana".

Por aquellos días, de vacaciones en Monterrey, escuchaba yo los discursos incongruentes del actor español Pajujo, en que ningún concepto parecía casar con el siguiente, género de abolengo y del que todos los eruditos conocen muestras. El periodo de mayor éxito acababa con una súbita evocación del "hipopótamo penitenciario". Por aquellos tiempos no se hablaba aún de futurismo, dadaísmo, suprarrealismo, ultraísmo ni estridentismo. Marinetti no había lanzado siquiera su primer manifiesto sobre "la imaginación sin hilo y las palabras en libertad".

XI

Los autores líricos, mientras componían la letra definitiva, solían acomodar a la música unos disparates rítmicos que, en la jerga teatral, se llamaban "monstruos". Ignoro si se ha conservado esta costumbre. ¡Cuántas admirables jitanjáforas no habrán desaparecido con los monstruos! Júzguese por la muestra de las pocas que conserva el Género Chico, cuyo sentido para la innovación métrica ya había impresionado a Rubén Darío, esa fina oreja.

Justicia a todos: entre las proezas de la generación del 98, que tan largo rastro deja en España, se ha olvidado una de las mejores: la célebre murga gaditana que, entre otras cosas, solía cantar este monstruo:

Garibaldi chupaesponjas
cara de perro de presa
es más feo que Tarquino
de los pies a la cabeza
....
Luego decía dompépe dompépe e dompépe
y a la Casa de Socorro
le llevó inmediatamente.
Cómo me duele el vientre el vientre el vientre.
Cuando el médico lo vio se asustó recetó
un tonel de Carabaña pa que diera un reventón

Piripatúliqui patúliqui patúliqui
sacalapántica patúliqui mulática
peripatúliqui patúliqui patúliqui

sacalapán sacalapún sacalapín.

Hasta puede ser que algún monstruo, según afirma Federico Ruiz Morcuende, haya dado pasaporte usual a la palabra "suripanta", hembra ligera precursora de la "bataclana" (cuyo origen también está en el teatro lírico). En el teatro de Variedades, de Madrid, los Bufos madrileños que dirigía Francisco Arderíus estrenaron, en 1866, una zarzuela de Eusebio Blasco, con música del maestro Rogel, *El joven Telémaco*, donde hay la escena siguiente:

CALIPSO.—Sentaos; y vosotras, entre tanto
que mis huéspedes sacian su apetito
cantad a su redor. ¿Te gusta el canto?
TELÉMACO.—No suele disgustarme, si es bonito.
CALIPSO.—Pues bien, empezad luego.
MENTOR.—Para más claridad, cantad en griego.
CORO.—*(Música).*
Suripanta-la-suripanta,
maca-trunqui-de somatén.
Sun fáribum-sun fáriben,
maca-trúpitem-sangásinén.
Eri-sunqui,
¡maca-trunqui!
Suripantén...
¡suripén!
Suripanta-la-suripanta,
melitónimen-¡son-pen!

En cierta revista contemporánea, el monstruo se complica con un ejercicio de dicción y deletreo didáctico (§ VIII, 6º):

¡Cons-tan-ti-no-pla!
Ce - o - ene,
ese - te,
a - ene - te,
i - ene - o,
pe - ele - a.

XII

Continuando con la jitanjáfora del letrado, que insiste más bien en el disparate racional, volvemos al "nonsense" con que los ingleses cultivan la obturación lógica de los niños. Por los días precisamente en que estalló el conflicto entre Tacna y Arica, mis ojos cayeron sobre esta página de Edward Lear y Lewis Carroll, *A Book of Nonsense:*

That imprudent Old Person of Chili.
Whose conduct was painful and silly.
He sate on the stairs,
Eating apples and pears,
Trat imprudent Old Person of Chili.

There was an Old Man of Peru
Who never knew what he should do;
    So he tore off his hair,
    And behaved like a bear,
That intrinsic Old Man of Peru.

William Blake, que no se quedó en la jitanjáfora del letrado sino, como era de esperar, llegó a la del poeta, tampoco desdeñó el "nonsense":

—Ho ho! said Doctor Johnson
to Scipio Africanus

Y esta recordación a Escipión Africano lleva a confesar que el "nonsense" no es patrimonio exclusivo de los ingleses. En el siglo XVIII contaba nuestra lengua con aquellas "rimas atroces" o "quintillas disparatadas", asueto y válvula de gente muy cuerda. Don Tomás de Iriarte escribía:

En la *Historia* de Mariana,
refiere Virgilio un cuento
de una ninfa de Diana
que, por ser mala cristiana,
fue metida en un convento.

Salió Scipión Africano
a impugnar esta opinión,
publicando en castellano
una gran disertación
sobre el Caballo Troyano.

Aquí es notorio el afán de probar que no se está tan loco, con el despliegue de la erudición y las buenas lecturas.

El Rmo. P. M. Fr. Martín Sarmiento, de la orden de benedictinos, en sus *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles* (Madrid, 1775), cuenta haber tenido en sus manos un raro infolio salmantino de 1496, cuyo "asunto es una sarta de desatinos y disparates puestos de estudio para hacer reír". Ejemplo:

Anoche de madrugada,
ya después de mediodía,
vi venir en romería
una nube muy cargada. Etc.
No después de mucho rato,
vi venir un orinal
puesto de pontifical,
como tres con un zapato.
Y allí vi venir un gato
cargado de verdolagas,
y al "Parce mihi", sin bragas,
caballero en un gran pato,
por hacer más aparato.

Después menciona el *Libro de los disparates* (o *Disparates trobados*) de Juan del Encina, en "veinte coplas de a nueve pies cada una, y de ocho sílabas cada

pie", y sospecha que el vago recuerdo de este libro hizo que el nombre mismo de Juan del Encina quedara asociado a los chistes populares. "Acaso Quevedo —concluye— cuando escribió la *Visita* no tendría presente esto; pues de tenerlo, hubiera escrito con más distinción y no hubiera mezclado a Juan del Encina con Rey Perico, Pero Grullo, Calaínos, etc."

A estos datos deben añadirse los que constan en la ya citada monografía de Marcel Gauthier, *De quelques jeux d'esprit*. Los datos van del siglo XV al XIX: la *Almoneda trobada* de Juan del Encina; el *Convite a su madrastra*, de Jorge Manrique; los *Disparates* de Pedro Manuel de Urrea, los de Diego de la Llana; glosas de tres romances, hechas en disparate: "¡Oh, Belerma!", "Paseábase el rey moro" y "Riberas de Duero arriba"; una *Almoneda* anónima, al tono de las gambetas; unas *Coplas;* glosas de romances por Gabriel de Sarabia y Joaquín Romero de Cepeda; la *Sátira graciosa* del "Bachiller Rompebarrigas"; la *Almoneda* de Marina de Bujeda; una *Maravillosa ensalada;* las décimas y quintillas "atroces" de Iriarte, y otras décimas del *Correo de Madrid*, 1789; etc. En total, unos veinticinco documentos. Como raro ejemplo en prosa, se cita la *Nota... del anticuario D. Juan Flores*, que publicó Paz y Melia en el primer volumen de sus *Sales españolas*. Y el género se compara con el "coq-à-l'âne" francés, de que da ejemplo Gauthier-Garguille:

> Je m'en allay à Bagnolet
> où j'ai trouvé un grand mulet
> qui plantait des carottes.

Lo cual me recuerda la copla, de mayor altura y de intención más profunda:

> Sombra le pedí a una fuente,
> agua le pedí a un olivo;
> que me han puesto tus quereres
> que no sé lo que me digo.

Algunas escabrosas humoradas de Manuel del Palacio, las que insisten más en las extravagancias que en la procacidad, pertenecen a este tipo:

> Para hacer desatinos,
> no hay como los gallegos y los chinos.

Al leer mis notas sobre el desatino español, cierta culta dama inglesa —siento haberla decepcionado— me escribía:

> Ha sido para mí una revelación el saber que los anglosajones no tenemos el monopolio de esta curiosa especie de incoherencias... Ante el espectáculo de la claridad latina, siempre me había yo figurado que nuestra incorregible tendencia al galimatías tal vez provenía de la educación infantil en el "nonsense". Cierto es que uno de nuestros mayores poetas, Coleridge —espíritu claro si los hay—, debía tomar opio para escribir su *Kubla Khan*. Cierto también que hay un Mallarmé, y que es latino. Y cierto ahora resulta que los latinos escriban jitanjáforas. ¡Caemos, pues, en que todas las naciones son parecidas!

Como quiera, todo esto son juegos inocentes, burlas con el tiempo y con el

espacio, que no se atreven todavía con la causa. Así, en oleadas indecisas, arriesga su avance el nuevo dios.

XIII

Un pequeño aparte para el efecto jitanjafórico que resulta del mero cambio de acento. Lo encontramos en las viejas coplas:

Pisaré yo el polvico
atán menudico;
pisaré yo el polvó
atán menudó.

("Pisar el polvo" es el antiguo equivalente de "Darse dos pataítas" o bailar, y todavía lo recuerda la canción brasileña:

Sapateo no chào
levanta a poeira
sem pena e sem do-o-r,
que a poeira é a gente
que sapateó
até virá pó-o-o.)

El disloque es frecuente en los aires asturianos antiguos y modernos:

Panderetirita mía
sigue cantandó
....
que yo me mueró.

En estos aires populares, la música sirve de excusa al disloque. Sólo los he citado para llegar a un ilustre ejemplo literario donde no cabe más excusa que el placer de la dislocación. Dice Góngora, "a la partida del Conde de Lemos y del Duque de Feria a Nápoles y a Francia":

El Conde mi señor se fue a Napóles;
el Duque mi señor se fue a Francia:
Príncipes, buen viaje, que este día
pesadumbre daré a unos caracoles.

Y al Conde de Villamediana, "prevenido para ir a Nápoles con el Duque de Alba":

El Conde mi señor se va a Napóles
con el gran Duque. Príncipes: a Dío.
De acémilas de haya no me fío,
fanales sean sus ojos o faroles.

Y todavía en otra ocasión juega con las dos formas:

El Duque mi señor se fue a Francia,

y tú, musa, a la tuya o a su estancia;
impertinente alhaja fuera en Francia,
pues tiene por provincia a Picardía.

Sobre el cambiar graves en esdrújulos, decía don Eugenio de Ochoa, sospechando en ello un placer morboso: "Esta manía, más que asombro, me causa envidia, pues se me figura por ciertos indicios que ha de ser para el que está poseído de ella, ocasión de las más dulces sensaciones. Observo yo cierta fruición morosa en el retintín con que pronuncian algunos *cólega* en vez de colega; *intérvalo* en vez de intervalo. Hay quien parece que se va a desmayar de gusto cuando dice que ha dado limosna a un *méndigo*". Véase el primer capítulo de Cuervo, *Apuntaciones críticas*.

XIV

Hasta la jitanjáfora necesita inspiración verdadera. Los literatos caen a veces en simulaciones frías y anodinas, en que se nota más ambición que gracia. Rudolf Blümner, *Die absolute Dichtung*, a lo más que llega en su canto *Ango Laïna* (*Der Sturm*, julio de 1921) es a estas boberías:

Oiaí laéla oía ssisialu
Ensúdio trésa súdio míschnumi
Ía lon stuáz
Brorr schjatt
Oiázo tsuígulu
Ua sésa masuó tülü
Ua sésa maschiató toró
Oí séngu gádse añdóla
Oí ándo séngu
Séngu ándola
Oí séngu
Gádse
Ína
Leíola
Kbaó
Sagór
Kadó
....

Me asegura Borges que entre estos intentos de poesía absoluta hay algo de maldición bíblica o de "amenaza antigua". Esta hermosa expresión de Borges es la mejor utilidad que ha dado aquella estética de fumistas, agobiada por la étnica pesadez. Blümner aconseja a sus posibles discípulos que no se dejen llevar por las aparentes facilidades del género; y que tengan por bien sabido que la poesía absoluta tiene sus leyes fijas y eternas, que cada uno ha de descubrir por su cuenta. Y cada poema no es nada: lo importante es la recitación. Si esto es poesía absoluta yo quisiera ser Blümner.[11] En Aldo Palazzeschi, *E lasciatemi divertire*, encontramos una jitanjáfora que se avergüenza de serlo y pide disculpas. Tras de

prorrumpir en trinos muy pobres y convencionales, ensarta unas excusas, en vano intenta de nuevo el éxtasis y vuelve a las excusas:

Tri tri tri
fru fru fru
ihu ihu ihu
uhi uhi uhi.
Il poeta si diverte
pazzamente
smisuratamente!
Non lo state a insolentire,
lasciatelo divertire,
povereto,
queste piccole corbellerie
sono il suo diletto.
Cucú, ruru, etc.

¡Frivolidad y pobreza! Dan ganas de decir: "Cattivo ragazzo! Mascalzone!", o mejor todavía: "¡Cuénteselo usted a su abuela!"

XV

Ya hemos considerado la imitación popular de los pájaros (§ VIII, 4º). Veamos ahora la naturalística y la poética. El pueblo tiende a dar sentido, a hacer sentencia; es didáctico y épico, moralizador y narrador. El naturalista tiende a la exactitud de la transcripción, aunque esta vez *cum grano salis;* el poeta, al efecto estético sugerido por el ave, como en la canción del ruiseñor de Colombia. Walter Garstang, *Song of the Birds*, intenta una interpretación de la música alada. Su estudio interesa más bien a la notación musical y a la psicología zoológica. De paso, poniéndose a la escuela poética, pretende traducir así a la curruca (pronunciación inglesa):

Zée-o, Chéechey, Wóochey, Wéechey,
Chiddy-choo, Eécheo, Zee-chiddy-wée;
Wée-zo, Choo-éechey, Choo-éeyo, Choo-eéchey,
Zeeécheo, Weécheo, Zeéochoo-ée!

Quisiéramos proponer al profesor Garstang que procurara reducir a fonemas humanos el rasgar gutural y el gargarizar de nuestra urraca. De niño quise aprender el lenguaje de los pavos reales, y alguna vez lo he imitado en verso como "Coeo Coeo". Lo cierto es que antes de este grito, el pavo recoge el buche y se apoya en un "ña" a la sordina. Otras veces, a media voz, pronuncia, en una nota alta y otra grave, un bisilábico "E-brm". Pero siempre que imité este ruido, cuyo significado ignoro, los pavos abrían el pico, jadeaban con furia como cuando ven un gavilán, y manifestaban tan claras intenciones de acometerme, que yo me apresuraba a pedirles disculpas con un "Coeo".

La imitación poética de las aves tiene un bello antecedente aristofánico que

todos conocen. A veces, los traductores traducen también a su modo las onomatopeyas de Aristófanes. La abubilla dice: "Epopoi, epopoi. Epopo, popo, popo, popo, popoi, ío, ío. Tío, tío, tío, tío, tío, tío, tío, tío, Troito, troito, toto brix. Torotorotorotorotorotix. Kiccabau, Kiccabau. Torotorotorotorolililix". El fenicóptero: "Torotix, torotix". El coro: "Po, po, po, po, po, po. Ti, ti, ti, ti, ti, ti, ti". Nash oía cantar al ruiseñor: "Cuckoo, jug-jug, pu-we tuwittawoo". Y un autor que oculta su nombre oía repetir incansablemente a una pareja de pinzones: "Bossuet, Bourdaloue". En André Salmon, *Saints de glace*, el ruiseñor parece inspirado en Aristófanes; pero como contemporáneo que es, ignora la medida clásica y alarga fatigosamente su onomatopeya desde "Tiouou" hasta "tsipi", en no menos de veinticinco versos, en general impronunciables.

La jitanjáfora poética ataca también, como la popular, la imitación de otros animales. Las ranas de Aristófanes cantan: "Brekekekex, coax, coax" y Curros Enríquez oía cantar: "Crocro" a su "sapo lloroso".

Yo propongo una imitación para la cigarra brasileña. Desde luego, una de sus voces, el ronrón continuo, es inimitable. Pero la voz del otro sexo —no sé si es del macho o de la hembra— puede representarse así con bastante aproximación: "Iss-ssí-ssí-ssí-ssí-ssí-ssí!..." *(Hasta la vuelta de dos páginas.)*[12]

El efecto de la lengua extranjera (§ IX) da una jitanjáfora en *Las suplicantes* de Esquilo. Las Danaides vienen perseguidas por los egipcios. La persecución es una danza. Los trajes de las Danaides son extraños y horribles, de preferencia oscuros. Como son helenas todavía, cortan el ramo de oliva, que es como nuestra bandera blanca. Y en medio de aquella confusión o lucha, suenan de pronto extrañas palabras. En otro tiempo se las consideró como una corrupción de los textos. Ahora se las entiende como afectación del lenguaje bárbaro. La prueba es que Aristófanes, parodiando el pasaje, hace gritar a las Danaides: "¡I–A–U–O! ¡I–A–U–O!" Las Danaides venían cantando jitanjáforas.

En el misterio medieval de *Roberto el Diablo*, conservado en manuscrito francés del siglo XIV, los paganos que atacan al emperador se excitan al combate con esta jitanjáfora en pretendida lengua bárbara:

> Sabaudo bahe fuzaille
> Draquitone baraquita
> Arabium malaquita
> Hermes zalo.

Y en un *Récit du Nord et des régions froides*, ballet del siglo XVII, anterior a Molière, que trae Lacroix *(Ballets et mascarades de Cour, de Henri III à Louis XIV)*, aparece esto:

> Toupan menchico, doulon
> Tartanilla Norveguen laton,
> Et bino fortan nil goufongo
> Gau tourpin noubla rabon torbengo.

El simili-italiano de Charles Chaplin, en su cinta *Tiempos modernos*, tiene, pues, noble tradición.

La spinach or la tuko
Gigeretto toto torlo
E rusho spagalaletto
Je le tu le tu le twaa.
La der la ser pawnbroker
Lusern seprer how mucher
E ses confees a potcha
Ponka walla ponka waa.
Señora ce le tima
Voulez-vous le taximetre
Le jonta tu la zita
Je le tu le tu le twaa.

Después, en *El dictador*, Chaplin ha fabricado también un simili-alemán.

XVI

Muchas peligrosas novedades se descubren en los viejos libros. Aquella jitanjáfora de explosión subjetiva que el poeta se decide a tolerar, cuando va cargado de impulso lírico y no le bastan ya las palabras, no es sólo un humorismo moderno, como en el "tarumba-timba, timba, tarumba" de Valle-Inclán. En el canto VII del *Infierno*, se escucha el "Upa y apa" de Dante: "Pape Satan, Pape Satan, alepe". Muchas explicaciones se han ensayado. Guiseppe Campi trae una docena, y Grandgent acaba por considerarlas todas inútiles. Cristóbal Suárez de Figueroa dice en *El pasajero:*

> Sin duda se levanta en España nueva torre de Babel, pues comienza a reinar tanto la confusión entre los arquitectos y peones de la pluma. No sirve el hablar de encubrir o poner en tinieblas los conceptos, sino de descubrirlos y declararlos. Merlín Cocayo, donosísimo poeta, aludiendo en su *Macarronea* a este lenguaje infernal, introduce a un demonio hablando, sin poder ser atendido, de esta manera: *Drum Cararontardus, tragaron granbeira detronde*. El Dante, por el consiguiente, varón doctísimo, hace en su obra que Lucifer, admirado de ver en su región hombres en carne y hueso, exclame diabólicamente: Pape Satán, Pape Satán, alepe.

William Blake, en *An Island in the Moon*, cap. II —obra escrita hacia 1787—, mantiene la creación verbal por un largo trecho, preparando así el camino de los suprarrealistas:

Tilly Lally, the Siptippidist,
Aradobo, the Dean of Morocco,
Miss Gittipin, Mrs. Nannicantipot,
Mrs. Sistagatist,
Gibble Gabble, the wife
of inflammable Gass,
and little Scopprell
enter'd the room.

(If I have not presented you with every character

in the piece, call me Ass.)
....
"Hang your serious songs!" said Sipsop, and he sang as follows:

— Fa ra so bo ro
Fa ra bo ra
Sa ba ra ra ba rare roro
Sa ra ra ra bo ro ro ro
Radara
Sa ro po do no flo ro.

En *Allende el espejo* de Lewis Carroll, nuestro incomparable maestro, Alicia encuentra un libro para ser leído al revés, donde aparece ya la creación verbal al modo de Rabelais, de Fargue, de Joyce:

JABBERWOCKY

Twas brillig, and the slithy toves
Did gyre and gimble in the wabe:
All mimsy were the borogroves,
And the morne raths outgrabe.

Casi todos los sustantivos, adjetivos y verbos de este poema pertenecen a una lengua de fantasía.

—Me parece muy bello —dijo Alicia—, pero *más bien* difícil de entender. Sin embargo, me llena la cabeza de ideas, aunque no sé precisamente de qué ideas se trata. En todo caso, una cosa es clara: que alguien da la muerte a *Algo*.

Se presiente ya la creación de fieras voraces y sangrientas en el conde Lautréamont. Se presiente el combate de animales quiméricos en Henri Michaux:

Il l'emprouille et l'endosque contre terre ;
Il le raque et le roupète jusqu'à son drâle...

Después de todo, como dice Benjamin Crémieux, si los industriales y comerciantes tienen derecho a inventar palabras —zozodonte, monsavón, untisal — ¿por qué negarlo al poeta?[13] Dieciséis escritores anglosajones publican en la revista *Transition* un manifiesto, reclamando la facultad de "disgregar la materia prima de las palabras". Ya lo había hecho Joyce en el *Ulises* y en la *Ana Livia Plurabelle*. También Léon-Paul Fargue:

Ma dafnifage en oraclifian...
Si catastrophiant l'anciliosité...

(Y hay otros ejemplos en los *Ludions* ¡y a cada paso!)

Crémieux ("Le règne des mots", en *Candide*, París, 14 de noviembre de 1929) recuerda los malabarismos de Rabelais y los galimatías del siglo de Malherbe y Boileau. La moda vino de Italia, donde es anterior en dos siglos. Burchiello es fecundo en disparates poéticos. El "cierto errorcillo" de Verlaine y el "nuevo

sentido para las palabras de la tribu" de Mallarmé acaban por devolver al lenguaje poético su alcance y su dignidad. Se empieza por la embriaguez de los sonsonetes pueriles, tipo Burchiello-Rabelais; se pasa por el circunloquio preciosista, lengua de iniciados, gongorismo, conceptismo, marinismo, eufuismo; por el que se llamó en el siglo XVIII "estilo creado"; se llega a la cristalización conceptual de Valéry, a la caricatura fonética de Fargue, donde parecen realizarse valientemente muchas tentaciones del lenguaje, o a la preocupación de Joyce por escapar a la abstracción simbólica y devolver a las palabras la fluidez del espíritu. Dice el manifiesto de *Transition:* "Permitir que la discontinuidad del lenguaje traduzca la continuidad del pensamiento".

Valery Larbaud observa que los géneros literarios ascienden a veces en dignidad como las familias. El "fratras" del siglo XV se dignifica en Shelley y en Rimbaud. El "burlesque" del XVIII anuncia a Victor Hugo. "El Fratras de Jean Régnier tiene reglas fijas: vuelve sobre los últimos versos de un lai, y construye sobre ellos la incoherencia y los sueños de la embriaguez." Por desgracia, sólo se trata de hacer reír con los sueños de un campesino: vacas que saltan sobre los campanarios, cochinos molineros, etc. (Referencia a la pintura de Bosco y Brueghel.)

A veces, la invención verbal tiene un simple objeto onomatopéyico. Ignoro si es popular, aunque lo sea por su inspiración, la jitanjáfora del soldado en la *Santa Juana* de Shaw:

> Rum tum trumpledum
> Bacon fat and rumpledum,
> Old Saint mumpledum,
> Pull his tail and stumpledum
> O my Ma-ry Ann!

—Es lo que cantábamos en el regimiento —explica el soldado—. No quiere decir nada, pero ayuda a marchar.

Gertrude Stein, en su pequeño volumen, *An Acquaintance with Description*, comienza así:

> Mouths and Wood.
> Queens and from a thousand to a hundred.

La crítica opina que usa las palabras de un modo "hipnótico". Esta poetisa tuvo para México, hace años, un feliz epigrama: "Birds are Mexico".

En Aldous Huxley, *Those Barren Leaves*, una inscripción indescifrable encontrada en una antigua tumba y el comentario de los personajes se desarrollan en discurso de jitanjáforas:

> "An pris caruns flucuthukh", etc.[14]

Jitanjáforas de inspiración popular que Tristam Derème atribuye a su simpático personaje Théodore Decalandre en *Les propos de M. Polyphème*

Durand, y con que Decalandre creaba para su sobrino una atmósfera poética en torno a las cosas cotidianas. Cuando dos pájaros cantaban, al atardecer, en el campo:

Le hibou dit au coucou
je te coupe
le cou...

Cuando pasaba la diligencia:

À cheval, gendarmes !
Fouette, postillon !
Fourbissez mes armes !
Taillez mon crayon !
Même s'il se cache,
nous l'attraperons
et par la moustache
nous l'enchaînerons...

La historia del piojo y la pulga:

Une puce pleure en silence
et de ses larmes fait un lac,
cependant que pou se balance
et ricane dans son hamac...

XVII

He visto nacer algunas jitanjáforas. Las recojo a título de contribuciones inéditas, absteniéndome de las de fábrica doméstica, que dejo para mejor ocasión. Oí formarse una entre escolares, organizada en orfeón, donde los motivos finales de una frase cabalgaban sobre los comienzos de la siguiente al modo del "martinillo", produciendo una graciosa cascada que venía a estrellarse en el verso último:

Los sabios de la trifulca...
(Cucufate del Vallés)
Los sabios de la trifulca...
(Cucufate del Vallés)
Los sabios de la trifulca...
Cu-cu-fa-te
Cu-cu-fa-te
¡Cúcu-fáte-dél-Vallés!

En mis días de la Facultad de Derecho, conocí a un muchacho que caía en raptos de frenesí verbal, mientras Julio Torri y Mariano Silva lo sujetaban por los brazos, y, víctima él de su demonio, lanzaba como un poseso ciertas improvisaciones de que por desgracia he conservado muy pocas:

¡Hilaridad,
hija del buen parecer!

¿Qué vendrás, doña Soledad,
qué vendrás, qué vendrás a saber?

En otra, todo el efecto provenía de la incoherencia del estribillo, que se iba presentando en los más inesperados momentos:

Bailando estaba el Rey inglés.
Flores rodaban a sus pies.

En alguna, dominaba la obsesión auditiva:

El apero estaba dotero,
dorlorotero el glatiñor.

O bien descubría en el anuncio de un especialista el valor métrico:

Oto- rino- faringo- laringólogo.

A veces calaba más hondo en la poesía, y desde el cieno de la subconsciencia, manaba de él un raro dialecto, cuyo examen entrego a la incomprensión de los psicólogos, y que recuerda ya a los sujetos hipnóticos que se sueltan hablando en lenguas extrañas por una "herencia de cisterna":

AIRE DE BRACANTE

Curubú, curubú: morire.
Curubú.
Junto a tú, junto a tú dormire.
Carabá.
(Vienen y vienen, y vienen y van
los piececitos de la marchán.)

Y, en un pasaje de alguna *Araucana* nunca escrita, esta creación léxica:

Entonces el feroz mandibulita
lo acometió con tremebundos tajos.

Me figuro que el mandibulita es el natural de Mandibulia, tierra de caníbales.

Lo peor es que a veces se desbordaba sobre la lengua francesa. Conservo este ciclo de poemitas que solía atribuir a "Jean-Pierre", como los libros de caballería de otro siglo aparecían bajo la autoridad del "honrado varón Felipe Camús".

LA BELLE AVENTURE

Il s'agissait d'un mirliton
pour Mademoiselle Lafenêtre,
signé: "Lafuma de Voiron".

Mais...
Mais il y avait la marque (traître !)
qui fait paraître et disparaître
le peu qu'on a d'occasion.
Donc,
avis aux dames : offre gratis,

dégustation du salsifis.

Déçu du dessous

Sur l'Orient qu'un rien décore,
j'ai fait subir la Mandragore
à la Fleur du Tupinamba :
Et…
Et je regrette de vous dire
que ce n'est que son tire-lire
qui m'a fait chanter le holà.

Églogue

En ébouriffant l'agneau
qui surseoie sous tes gambades,
ce qu' t' amuses le tonneau
de la marmélade !
Mais le merlin indiscret,
à ne guetter que nombril,
l'a tondu, coupant le silence
avec un pair d'oeillets.

Guerre intestine

À ouir, selon cor ou mandore,
le grondement du doudénum,
ce qu'on soupe du sacré nom,
musicienne ou bien Tagore !

Le Rabindranath a glapi
ainsi qu'absence de tonnerre,
et voici que siffle sur terre
jet plus ambre que paradis.

De soi même

Quand l'aube déclancha son réflet métalique,
le merle apprivoisé chanta:

"Ce qu'il me faut pour picorer l'aurore,
-triluri triluri-lurace
n'est pas le bec subtil
qui s'enfonce mais qui cède
-triluri luri-lurila".

Et à moi qui suis astreint à la fatigue
du réveillon diurne et la nuit matinale,
ce qu'il me faut pour picorer l'aurore,
ce n'est pas le rasoir électrique,
ni le grand réveil Grosse-Bertha
et patatis et patatas,
mais le tambour du coeur battant
et la plétore du réseau sanguin.

BÉBÉ

Pirouette, girouette,
sur un air de mirliton:
bébé téte par la tête
et maman par le nichon.

Maman du linge s'inquiète
et Papa du caleçon.
Quand bébé pleure, on l'embête
en le fourrant de bonbons.

AU REVOIR

Non, qu'il était ingrat comme il était canaille !
Non, c'était pas la m..., c'était la boustifaille !

Durante un diálogo improvisado en verso endecasílabo por dos poetas hispanoamericanos, entre ambos se fue modelando poco a poco éste de portentoso equilibrio, que les servía de trampolín para caer y volver a lanzarse:

... que al cáncamo los ínvocos excita...

XIX

Hemos acompañado la jitanjáfora a través de algunas manifestaciones características, como quien da una luz oblicua para así descubrir mejor ciertos relieves en que la topografía poética sólo ha reparado muy de pasada. En el ruido de esta sonaja hay algún misterio. Juego ha habido, pero no todo ha sido juego. Los ecos resuenan hasta el fondo de ciertos corredores por donde se llega a las catacumbas de la poesía. No se trata de dogmatizar ni de plantear una nueva estética. Lo mejor será que nadie se ponga a labrar jitanjáforas de caso pensado. Se ha querido únicamente mostrar cómo, de todo tiempo, el pueblo y los poetas han aflojado las riendas a la fantasía, y cómo una fuente de locura lírica alimenta, bajo tierra, los caudales de la creación. El grande arte está precisamente en labrar estatuas y mantener equilibrios con cosa tan inestable y fluida. Lo que menos quisiéramos es que se nos tome a lo trágico y que se suelte por ahí una epidemia de facilitones de la poesía. Ya cierto crítico me señalaba el peligro de que algún fabricante al por mayor caiga otra vez en las bobas aliteraciones y las pretendidas armonías imitativas. Por lo menos me habré dado el gusto de mostrar, desenterrando documentos de varios siglos, que eso de la nueva sensibilidad es una moneda harto borrosa. Ni nueva, ni vieja, amigos, sino *mi sensibilidad*, que yo siempre he navegado al corso. No me vea yo, pues, en la historia de aprendiz de brujo.

Ha salido una facecia nueva, la facecia de la Jitanjáfora. Se dice al oído:

—Acúsome, Padre, de escribir jitanjáforas.

—Hijo mío, como pecado, es un horrible pecado. Ma come combinazione è meraviglioso![15]

[1929-1941][16]

ORÍGENES DE LA OBRA LITERARIA*

LA AGENCIA sustantiva puede presentarse en tres fases: *a*) ceremonia o rito, *b)* celebración o fiesta, diversión o esparcimiento. Esta serie corresponde a un grado creciente de la intención estética, a una clarificación gradual de la experiencia pura, desinteresada.

a) La fase ritual o ceremonial es figura del sacramento: *1º* ya propiamente *religioso, 2º* ya supersticioso o *folklórico, 3º* ya *político*, que secundariamente se enlaza con el religioso. *1º* Religioso: la forma literaria establece una relación entre el hombre y la divinidad. Tres etapas del rito, separadas por evolución secular: orden o conminación; invitación o evocación; imploración o plegaria. Las palabras del oficiante se acompañan de gesto o danza (movimiento o actitud inmóvil), que pretenden imitar o reproducir al dios.

2º Folklórico-supersticioso (un solo aspecto, limitadísimo, del folklore general): germen o descomposición del sentido religioso. En uno y otro caso, atenuación de calidad en el sentimiento y valor ceremonial de la forma. En los orígenes históricos, y para ciertas filosofías dieciochescas, no siempre es separable este caso del anterior.

3º Político: la forma literaria establece una liga o pacto de servicios entre los hombres y las tribus.

Estos tres casos rituales corresponden a los orígenes antropológicos de la literatura. A la luz de la evolución posterior, asumen carácter ancilar. Pero son genéticos en concepto: *1º* por lo mismo que representan la etapa de origen; *2º* porque la intención está vinculada a la forma verbal. Adviértanse las supervivencias: la literatura como rito religioso persiste en la liturgia eclesiástica; como rito supersticioso, en los hábitos incultos: magia negra, conjuros, hechicería, "macumbas"; como ceremonia política, acarreada por el derecho formulario, llega hasta nuestras normas y expresiones jurídicas: palabras sacramentales del contrato, etc. Las supervivencias pueden significar contaminaciones: tratado de paz que asume carácter religioso, juramento sobre las Escrituras del testigo o del funcionario, etcétera.

b) La fase de celebración o fiesta: intermedia entre la anterior y la siguiente, en historia y en concepto. La noción de celebrar a un individuo o a un grupo humano, como antes sólo se celebraba al dios, supone una larga evolución hacia lo laico, lo social y lo individual, desde lo religioso y lo gregario. Supone una evolución desde el servicio todavía ancilar hacia el fin estético ya emancipado. Se ha atenuado el carácter del rito, por causa del nuevo fin a que se aplica, pero sin desaparecer del todo. La intención estética se acentúa, al punto que, en sus formas evolucionadas —felicitación, brindis, discurso o poema encomiástico—,

puede confundírsela con la fase siguiente.

c) Diversión o esparcimiento. Intención estética pura. La literatura como placer, según hoy se entiende; como un fin en sí misma.

Las tres fases admiten contaminaciones: el rito religioso desprende de sí formas festivas y un género de esparcimiento: el teatro. La celebración puede conservar resabio religioso y adquirir sentido político, alcanzando de paso valor estético autonómico: las odas de Píndaro a los vencedores atléticos. La literatura de esparcimiento puede brotar del estímulo religioso o de la celebración. Estas contaminaciones se fundan sobre todo en la comunidad del estímulo o la inspiración. La primera fase difícilmente se confundirá con las otras dos, en cuanto a la intención; y, en cuanto a la forma, sólo subsidiariamente permite que estas otras dos transporten a su seno algunas de sus expresiones sacramentales. Entre la segunda y la tercera, las contaminaciones de intención y de forma son más posibles.

Ley de Cohen (derivada de la moderna sociología: Durkheim, Lévy-Bruhl, Frazer, Wundt): Toda religión tiende por sí misma a engendrar el drama, y todo culto asume espontáneamente una forma teatral. El segundo miembro tiene fundamentos genéticos, y sirve de arranque a ciertos cismas religiosos: los iconoclastas, los mahometanos, el protestantismo, tendencias hacia la atenuación de la forma. El primer miembro acusa el error de Aristóteles, que descuidó el origen religioso de la tragedia, origen que encontramos también en la historia del teatro moderno.[1] Corolario de esta ley, instintivamente aplicado por los misioneros católicos en América: la forma teatral es vehículo adecuado del catequismo. De toda propaganda, en rigor. Y hoy lo es más que el Drama, el Cine. Los anteriores conceptos se yuxtaponen diversamente con los tres estados (noción evolutiva) en que puede encontrarse una literatura: *a)* Independiente y, prácticamente, autóctona. *b)* Cosmopolita o en estado de cultura. *c)* Colonial.

En *(a)* no predomina necesariamente la fase ritual, aunque ambos conceptos sugieren confusamente tipos primitivos. En *(b)* predomina la fase estética pura, de esparcimiento. La fase intermedia, de celebración, es aquí indiferente. Las tres fases producen diferente reacción sobre el estado *(c)* o colonial, al menos en teoría. Nótese que la literatura colonial supone una literatura colonizadora o imperial. No hay caso investigado de literatura imperial que no haya desarrollado ya la fase última, de esparcimiento; pero ello no es teóricamente imposible. Tal vez aconteció así entre pueblos primitivos. En cambio, una literatura imperial puede, para colonizar, buscar apoyo en sus grados ya superados, aunque no tanto que retroceda de la fase estética a la ritual. Preguntarse si no lo hizo así precisamente el teatro español al injertarse en América.

a) *Literatura independiente o autóctona.* Lo independiente y lo autóctono se confunden aquí para abreviar. Lo independiente se refiere a la relación entre uno y otro pueblo. Lo autóctono, a la relación entre un pueblo y un territorio. Lo independiente se contrasta, por su aislamiento, con lo cosmopolita y lo colonial.

Lo autóctono se contrasta con lo importado. Abreviamos ambos conceptos en uno, asumiendo que lo independiente sea autóctono: para nuestro caso da lo mismo. Ya dijimos que lo autóctono no es necesariamente primitivo, aunque puede serlo. La antigüedad griega es autóctona y no es primitiva.

Las literaturas autóctonas pueden sucederse y no representar comienzos absolutos, sino sólo nuevos puntos de partida, como se suceden las civilizaciones en el cuadro de Toynbee.

Cuadro de las civilizaciones en Toynbee:

1º Sociedades no relacionadas del todo: Egipcia, Andina.
2º Sociedades no relacionadas con otras anteriores: Sínica, Minoana, Sumeria, Maya.
3º Sociedades infra-afiliadas: Índica (?), Hitita, Siriaca, Helénica (?).
4º Sociedades afiliadas por un germen eclesiástico de origen extranjero: Occidental, Cristiano-Ortodoxa, Extremo-Oriental.
5º Sociedades afiliadas por un germen eclesiástico de origen indígena: Iránica, Arábiga, Hindú.
6º Sociedades supra-afiliadas: Babilónica, Yucateca, Mexicana.[2]

En este cuadro, la duda sobre la Índica expresa el temor de que esta cultura no proceda del Estado Sumerio Universal, pues en tal caso la Índica no sería infra-afiliada, sino que ascendería al grupo 2º. La duda sobre la Helénica expresa el temor de que el Orfismo y los Misterios hayan llegado a ser previamente una verdadera iglesia, pues en tal caso la cultura Helénica descendería al grupo 5º.

El cuadro de Toynbee sólo es recordado aquí en cuanto al concepto de sucesión, pero sería falso a veces y a veces prematuro el confundirlo con el cuadro de las literaturas autóctonas. Chadwick *(The Growth of Literature)*, con reserva científica, se limita a los siguientes ejemplos averiguados sobre literaturas autóctonas: en las antiguas literaturas europeas, la griega, la noruega, la anglosajona, la céltica (irlandesa y galesa) y la islandesa; entre las orientales antiguas, la indostánica y la hebraica; entre las modernas, las orales de Rusia, Yugoslavia, Asia, África y el Pacífico. Como se advierte, estas literaturas autóctonas ya pertenecen al orden escrito o ya al orden oral. La griega continúa siendo autóctona cuando deja de ser oral. Las otras cuatro, correspondientes a la Europa medieval, se conservan en la fase de celebración y esparcimiento hasta donde se libran de la influencia del latín, el cual trae consigo una agencia pedagógica, "seria". Y son sumergidas por la marea de la escritura latina: toscamente hablando, las insulares, desde el siglo VII; la continental, desde el XI.

b) *Literatura cosmopolita o en cultura.* El ejemplo más vivo lo dan las literaturas europeas, bajo el manto de la literatura latina. El latín determina en ellas una propagación de la literatura como agencia ancilar, para fines

intelectuales, o literatura "seria", y al cabo influye en las agencias de celebración y de esparcimiento. El fenómeno comienza por ser una colonización literaria y acaba por determinar un semillero de literaturas en cultura. Su estudio es el campo principal de la literatura comparada, aunque ésta también se aplica a otros conceptos que aquí no es del caso enumerar.

c) *Literatura colonial*. Corresponde casi exactamente al concepto político, *pero no del todo*. La literatura latina, la del pueblo conquistador, es colonizada por la literatura griega, sin siquiera mudar de lengua. El estado colonial es transitorio, y se encamina al estado de cultura como a una mayoría de edad. En general, es puente entre los otros dos estados, pues suele partir del autóctono.

Es el momento de introducir los *tipos* útiles al entendimiento de las literaturas autóctonas:

1º Tipo de literatura impersonal,

2º Tipo de literatura personal o aplicada a personas.

El tipo impersonal de las categorías: anticuaria, gnómica, descriptiva, de sabiduría náutica (no las expresiones náuticas referidas al individuo), etcétera.

El tipo personal, ya se trate de individuos especificados o no especificados, da las categorías: heroica y no heroica, histórica y no histórica, sagrada y profana, etc. Y admite los cinco subtipos siguientes:

A) Verso narrativo o saga en prosa (orales), de esparcimiento.
B) Poesía de discursos en boca de caracteres o personajes, raramente en prosa.
C) Verso o prosa didácticos.
D) Verso —y a veces prosa— de celebración o convite: panegírico, elegía, himno, plegaria, exhortación.
E) Verso —y raramente prosa— referente al autor o a sus motivos circundantes.

Este cuadro se conjuga de varias maneras con los cuadros anteriores. Las varias conjugaciones y distribuciones permiten aprisionar o aislar el fenómeno como en una cuadrícula. En el curso de su aplicación, estas nociones se van esclareciendo. Su aplicación a nuestros vestigios teatrales autóctonos, por ser éstos tan escasos, resulta poco prometedora. Pero hasta cierto grado, pueden guiar o ayudar la investigación del fenómeno colonial. Por lo cual era conveniente mencionarlas.

La colonización puede ser muy compleja. Acabamos de verlo por la anomalía de Roma, colonizadora política que fue literariamente colonizada, sin por eso perder su lengua. Los rasgos generales de la colonización, para nuestro tema, pueden reducirse así:

a) Sujetos polares: imperio y colonia.

b) Transporte territorial de masas imperiales a la colonia, y consecuente acarreo literario.
c) Acción en la colonia y reacción en el imperio. Nos importa la acción. La reacción es extraña a nuestro tema.

La acción imperial, en nuestro caso, significa:

a) Imposición de una religión, una cultura, una lengua, una literatura extrañas, sobre una sociedad exótica y no emparentada ni afiliada con la sociedad imperial.
b) Conservación e infiltración de elementos, residuos, supervivencias autóctonos en todos los órdenes indicados.
c) Resultante colonial.

La etapa que puede llamarse de orígenes en nuestro teatro colonial queda por definir en el curso de nuestro trabajo.

El tipo de colonización literaria que estudiamos parece ceder a dos principios:

a) Debilitamiento en la calidad resultante, efecto del esfuerzo inconsciente de adaptación. El criterio de estructuración ya apreciable en los ingredientes mezclados puede ser una norma para determinar la etapa de orígenes. Noción de equilibrio, noción de incorporación verdadera, noción de expresión suficiente del nuevo carácter.
b) Retroceso en las formas, efecto consciente del esfuerzo catequístico y pedagógico por parte de la sociedad imperial, que procura retrotraerse a las etapas anteriores de su propia evolución, por considerarlas más fáciles y asimilables.

Los anteriores principios pueden aplicarse a muchos órdenes sociales y no sólo al tema que nos ocupa. En nuestro caso, se agudizan por la circunstancia especial de que los colonizadores del teatro no eran dramaturgos ni literatos profesionales, sino misioneros, "gente apostólica y sencilla de más piedad que imaginación". Esto comunica a ambos principios nuevos resortes, y aumenta el motor consciente del principio de retroceso con un motor inconsciente, involuntario: la ignorancia del colonizador.

A la luz del principio de retroceso, veremos, en el curso de nuestro estudio, hasta qué punto es lícito retocar la idea recibida de que "el teatro llegó a nuestra América todavía en sus formas embrionarias, las que tenía en España a principios del siglo XVI".[3] El retoque significaría simplemente el añadir al anterior enunciado la siguiente aclaración explícita: el teatro español no se transportó a nuestra América en las formas más evolucionadas que había ya alcanzado, sino que, escogió sus tipos más elementales, y aun sus supervivencias de tipo más vetusto. El seminario precisará o redibujará estas anticipaciones.

Luego tenemos que recordar cómo era el teatro español en la hora de su acción colonial. Para entender tenemos que recordar lo que había sido antes. Y para entender la historia anterior del teatro español, tendremos que entender los orígenes del teatro europeo en general. Por donde caemos en la primera fase histórica de nuestro estudio. Agotada ésta, pasaremos a la segunda, o vestigios del teatro mexicano anterior a la Conquista.

Comparemos con las fases de la agencia genética. El teatro profano cae del todo en la fase *(c)*, de diversión y esparcimiento, literatura emancipada. El religioso trasciende todavía a las fases *(a)* y *(b)*, ceremonial y de celebración, y aun envuelve todavía fines ancilares. El desprendimiento del culto hacia el teatro (Ley de Cohen) es más perceptible en el grupo religioso. Al aumentar el ingrediente profano, por deseo de atractivo, el Teatro va siendo expulsado de la Iglesia.

Teatro religioso:
Drama litúrgico.
Drama semilitúrgico.
Misterio.

En los dos segundos grupos se mezcla el milagro.

Drama litúrgico:
Época: siglos X a primera mitad del XII.

Fábula: ilustración popular de las fiestas del año ritual. Representación o mímica de la historia sacra que recuerda de cerca la estilización de la Misa. La Encarnación o Navidad, la Epifanía: impregnadas del recuerdo de las Saturnales paganas, ritos del haba y la vid, fiestas solsticiales, cultos naturistas. La Resurrección. La tumba corresponde a la cuna, pero aquélla apareció representada antes que ésta. Anuncio de los Pastores; la Estrella; los Reyes Magos; Herodes; Procesión de los Profetas (de mucho aparato profano); Lázaro; Milagro de San Nicolás; Conversión de San Pablo, etcétera.

Espectáculo: aparece el problema escénico de desenvolver la acción, o tiempos sucesivos, en lugares diferentes. Varias reducciones posibles:

a) Sucesiva y en el mismo escenario: la moderna máquina de telones y decoraciones, salvo intentos de vuelta atrás.

b) Simultánea: *1º* En varios escenarios como las varias pistas del circo sajón: carros, pasos, monumentos de la Semana Santa en Sevilla, cuadros de *Via Crucis* a bulto. Tipo tardío. *2º* Un mismo escenario partido en estrados: aquí Jerusalén, allá Damasco. El más antiguo tipo, facilitado por la general ignorancia geográfica que hacía preguntar a los primeros cruzados, al llegar a Budapest, si aquello era ya Jerusalén. El escenario se instala en la nave o en el coro del templo.

Estilo: el paso del mimograma al melodrama, del cuadro plástico al coloquio. Se habla para el pueblo, con cierto fin pedagógico. Para que entienda, la Iglesia

quebranta su respeto a la lengua sacra, al latín, y deja entrar poco a poco las primeras formas del vulgar o romance. (Hablar en la lengua del vulgo, decía Lope, aunque sea en necio.)

Drama semilitúrgico:

Época: segunda mitad del siglo XII al XIII.

Fábula: los temas de la historia sacra, con mucha mayor libertad, profanidad y desarrollo literario. Menos apego a la liturgia; preferencia por la hagiografía: el personaje se va humanizando. Resurrección, Adán, Milagros de Santos. Aún no aparecen destacados el carácter realista que insiste en los sufrimientos de la Pasión, en la Llaga, ni en el carácter místico que insiste en el misterio del Corpus.

Espectáculo: se complica la decoración. No cabe en la nave o el coro. Sale a los pórticos o el atrio. La representación sigue siendo cosa eclesiástica, pero da ya un paso hacia la calle. Sobre el templete aparecen los distintos lugares: a la derecha, Cielo, Paraíso; a la izquierda (lado nefasto), el Infierno. De un lado a otro, corren el Calvario con la cruz, el Santo Sepulcro, la Prisión de Barrabás, el Palacio de Pilatos, la Sinagoga, etc. Hasta once lugares que, en el siglo XVI, llegarán a setenta.

Estilo: se impone la lengua nacional. Se va fijando un metro menor de cierta regularidad. Aparecen autores: Bodel, Ruteboef. Aparecen, por la complicación misma de la representación, actores aficionados, además de los sacerdotes, acólitos y monjes. Se reclutan entre cofradías de artesanos, clérigos o estudiantes, burgueses y nobles. Las "didascalias" o acotaciones escénicas, ya bastante complejas, continúan en latín, salvo que a veces se incorporan algunas en los versos introductorios. Algunas contienen prescripciones que recuerdan los consejos de Hamlet a los cómicos de la corte de Dinamarca. En todo se advierte el proceso hacia lo laico.

Misterio:

Época: del siglo XIV en adelante. Descubrimientos posteriores a Gaston Paris, que creía en un eclipse del género.

Fábula: ya no es la Resurrección, sino la Pasión, los sufrimientos terrestres de Cristo. Milagros de la Virgen entendida como *dea ex machina* en todo género de tradiciones hagiográficas, épicas y folklóricas: continúa el proceso hacia lo laico. Ya está allí, prácticamente, el material de Lope de Vega, sin su genio.

Espectáculo: al derramarse en la plaza, va prefiriendo los carros con escenas sucesivas. Alguna representación dura ocho días seguidos. Se construyen también verdaderos teatros provisionales con máquina complicada, varios pisos, decoraciones vistosas, trampas, escotillones. Las decoraciones no mudan. Los cambios de lugar se anuncian con letreros. Hay personajes mudos y hasta muñecos.

Estilo: el desarrollo tiene cuatro aspectos: *1º* tradicionalismo de la materia

bíblica y evangélica, aumentado con los Apócrifos sin discernimiento; *2º* simbolismo y alegoría, en cuanto los personajes tienden a representar especies universales del destino humano; *3º* moralismo y carácter apologético, en cuanto los rasgos más profanos tienen sentido de persuasión y catequismo; y *4º* realismo, vida y sufrimientos terrestres, y que —por la fructífera vía del anacronismo— vacían sobre el teatro las costumbres del siglo. Autores: Eustache Marcadé, Arnould Greban, Jehan Michel. Desarrollo de las cofradías de actores: entran las mujeres, conquista laica.

Paralelamente, se han desarrollado las *Moralidades*, coloquios de virtudes y vicios, aburridos cuando degeneran en sermón y divertidos cuando se solazan en la sátira. Dan margen al cuadro de costumbres.

Teatro profano. Como en Grecia, brota del estímulo religioso, aun en sus aspectos cómicos, cualesquiera sean sus acarreos paganos.

Rasgos lúdicos en el folklore. Del siglo XIII en adelante. Mímica de la divinidad, los astros, los hombres, los animales, sobre todo en los actos que aseguran la perpetuación de la vida, de lejano fundamento mágico. Hubo danzas de espadas de sentido astrológico. El tótem. Los animales representan fenómenos atmosféricos: la serpiente y la rana evocan la lluvia. Las máscaras animales dan el Carnaval. Los regocijos de la estación. Los símbolos fálicos. Vagos resabios de cultos exteriores a la Antigüedad clásica. Persistencias paganas populares y hábitos occidentales coincidentes con los paganos. Danzas en los cementerios, "locos", Fiesta del Asno, Papa de los Niños, etc. Intermedio juglaresco de payasada y circo. Los mismos: en el siglo IX, Vitali se jacta de sus imitaciones "que comunican nuevo ser a todos los personajes que viven en mi cuerpo". Acaso las Cantafablas.

Rasgos lúdicos en la religión. El mismo drama religioso de la Pasión acarrea tradiciones de cultos mediterráneos anteriores —Osiris, Adonis, Mitra y, sobre todo, Dionysos, dioses que atraviesan la muerte, mueren y resucitan— en que se funda la tragedia antigua. El mito de Dionysos trae consigo ciertas figuras grotescas. Las tres Marías o las tres monjas, para ungir el cuerpo de Cristo, discuten con el Mercator la compra de los perfumes. La escena admite toques humorísticos. Cuando Simón-Pedro y Juan acuden al Sepulcro para comprobar el relato de la resurrección, aquél, como viejo, se queda atrás y da traspiés: rasgo cómico. Ya hemos hablado de Cristo disfrazado que requiebra a la Magdalena. El drama gozoso de Navidad consiente figuras y escenas risueñas, por su carácter mismo, que se opone a la semana litúrgica de las penas: los Profetas son bufonescos, aparecen Balaam y su burra parlante, Habacuc nutriéndose de raíces, los pastores con su grosero costumbrismo, los Reyes Magos no se entienden en sus distintas lenguas, y hasta el furor de Herodes asume carácter de sainete.

Rasgos lúdicos de tradición literaria o clásica. El bilingüismo de la nueva cultura. Los humanistas medievales nunca dejaron de leer a los antiguos en su lengua científica o escolar. Dentro de la Edad Media, los sabios de Carlomagno primero, y luego el siglo XII, representan sendos florecimientos de estudios latinos. Se han publicado dos volúmenes sobre los rastros de la Comedia Latina en la Francia del siglo XII. El *Babion* presenta rasgos plautistas y terencianos, como mucho antes el teatro de Hrotswitha. Aquí se deja sentir por Europa la mano de los "Vagantes".

El teatro profano (cómico) francés se estructura tardíamente, siglo XIII, después del religioso en lengua vulgar que lo precede en algunas décadas, así como precede a éste la novela cortesana, ya floreciente en el siglo XII. Se desarrolla sobre todo en la Picardía: Arras y Tournai. A veces, sus personajes ceden aunque sea el nombre al parnaso erótico del Renacimiento. Si el siglo XII practicó epopeya, novela y teatro religioso en sus primeras fases, el XIII concibe el teatro profano y determina la proliferación de escenas profanas en el religioso coexistente. Nacen el apólogo dramatizado, la *sottie*, la pastorela dramática, la farsa, el monólogo, que anuncian la futura comedia de caracteres y costumbres. Al lado de la observación realista, aparecen ciertas preocupaciones filosóficas simbolizadas en la imaginación de Guillaume de Lorris (1ª parte del *Roman de la Rose*) y en la escolástica de Jean de Menng (2ª parte del *Roman de la Rose*). La segunda mitad del siglo XIII es la época de San Buenaventura, Santo Tomás y Dante.

Este cultivo florece en el siglo XIV. La Moralidad: Religiosa, Moral, Satírico-política. La abstracción y la alegoría se acentúan. Menor calidad poética que en el siglo anterior, pero de trascendencia para el siglo XVI. Se alimenta también de literatura narrativa independiente, cortesana y burguesa. A fines de siglo, invaden París. Cofradías de actores de farsa. Tránsito.

Nuevo florecimiento en el siglo XV. La guerra de Cien Años no perjudicó al teatro, ni profano ni religioso. El religioso ve aparecer los grandes misterios cíclicos de la Pasión. De momento, auge de cofradías de burgueses y obreros sustituyen a los juglares profesionales, para ser sustituidos a su vez, en el siglo XVI, por las compañías teatrales en forma, permanentes o trashumantes. Los príncipes las protegen y usan como armas de propaganda política. Relatos de frecuentes escándalos, por las libertades y audacias escénicas. Géneros principales: comedia escolar latina, misterio profano o semiprofano, monólogo serio y cómico, moralidad con sentido alegórico, *sottie* o sátira de los "locos", farsa o germen del sainete (su nombre mismo, eclesiástico en origen, significaba una glosa extracanónica inserta en el texto sacro). Recuérdese la "morcilla": *farcire* (embutir). Se prepara el material de Rabelais. La *sottie* se desarrolla singularmente en el siglo XVI, como fuerte supervivencia medieval.

Siglo XVI. Reacción humanística, tragedia religiosa al modo antiguo, primero en latín y luego en francés. Bajo la influencia de Séneca y Eurípides, brotará

después la tragedia clásica francesa. La supervivencia del teatro profano medieval es más apreciable que la del teatro religioso, que queda ahogado por los nuevos géneros.

LA NOVELA*

LA NOVELA, *segunda función formal episódica.* De las tres funciones formales de la Literatura —Drama, Novela, Poesía—, hemos agrupado las dos primeras en la familia de las funciones episódicas. Corresponde ahora el estudio de la segunda: la Novela. A propósito del Drama hemos hecho consideraciones que se aplican igualmente a la condición episódica de la Novela, y a ellas nos referiremos sin repetirlas, lo que abreviará nuestro estudio.

Las dos consecuencias de su naturaleza. Queda definida la Novela como referencia de acción ausente en el espacio y pretérita en el tiempo. Ha desaparecido el valor visual, espectacular, del Drama; y, en consecuencia, el espacio real de la escena. La mención del Prólogo o Mensajero de la Tragedia antigua sólo se ha usado como símbolo. Ya veremos en qué sentido debe entenderse el espacio en la Novela, y ya veremos en qué sentido debe entenderse la presencia humana del narrador. Respecto al valor auditivo, oral, también lo examinaremos como historia y como residuo. Ha desaparecido el tiempo exterior: ahora sólo nos incumbe el tiempo interior. Antes de entrar en el estudio particular de esta función, conviene tener presente cuanto se dijo sobre los elementos dramáticos y poéticos que pueden aparecer en la Novela, así como sobre las funciones formales y el orden semántico expresado por aquellos caracteres que hemos llamado elementos, temas, géneros y asuntos.

Síntesis genérica. Los géneros a que se refiere la síntesis que denominamos Novela tienen su raíz histórica en la Mitología y el Folklore, pero aquí sólo nos incumben cuando han llegado a un molde definido y fijo, cuando han cristalizado en los caracteres generales de forma y materia, pero nuestro Ensayo no tiene por fin estudiar la imaginación literaria, sino la obra literaria. Comprendemos en la Novela todos los géneros épicos y narrativos, de todas las épocas, en verso o en prosa, leyendas, cuentos, fábulas o "ejemplos" didácticos, novelas propiamente tales, antiguas y modernas: el cuento egipcio de los Dos Hermanos; el poema babilónico de Izdubar; el *Ramayana*, de Valmiki; el *Libro de los Reyes*, de Firdusi; los *Viajes por la India*, de Fa-Hien; la historia de José el Hebreo; las epopeyas homéricas, la *Eneida*, el *Beowulf*, y las sagas escandinavas; Fedro, La Fontaine, Samaniego e Iriarte; el *Asno*, de Apuleyo; *Dafnis* y *Cloe;* el *Sendebar;* el *Conde Lucanor;* la *Divina Comedia;* el *Orlando;* la *Araucana;* los libros de Caballería; las *Dianas;* la *Astrea; La Princesa de Clèves;* el *Quijote;* los libros de Jane Austen; la serie de Balzac; la *María*, de Jorge Isaacs; el *Tabaré*, de Zorrilla de San Martín; *Los de abajo*, de Azuela, etc. En algunas de estas obras el valor

poético es tan alto como el narrativo, pero de momento sólo las consideramos en cuanto a su función novelística, como casos de la Novela. Esta síntesis genérica debe tener en cuenta las principales diferencias específicas, para así dejar ver mejor las semejanzas fundamentales que autorizan el agregamiento. Las diferencias específicas son de dos órdenes: *1º* el material y *2º* el semántico.

Diferencias de orden material en los géneros novelísticos. Al hablar del orden material queremos referirnos a aquel carácter del fenómeno literario que hemos llamado su materia; en suma, al Lenguaje. En el orden material o lingüístico, no sólo cabe *a)* el concepto de las funciones materiales —Prosa y Verso— que ya hemos tocado de paso, sino que cabe también *b)* el concepto de las dos manifestaciones fundamentales del Lenguaje: el Habla y la Escritura. Aunque ambos conceptos del orden material han de ser objeto de especial estudio desde ahora podemos tomarlos en cuenta.

Las funciones materiales. *a)* Por lo que respecta a las funciones materiales, ya hemos dicho que nos desentendemos de que la Novela sea en prosa, en verso, en compenetración de prosa y verso o en yuxtaposición de ambas. Esta diferencia específica por la función material no afecta la esencia formal de la Novela, no perturba la narración: es una mera modalidad prosódica. Ahora bien: está en la naturaleza misma del fenómeno literario el que la Novela en prosa tienda, en general, a ser más puramente novelística; y que la Novela en verso (poema narrativo en todos sus géneros) tienda, en general, a acarrear mayores elementos poéticos.

Novela. La definición que hemos dado es sumaria. Admite cualificaciones. Como dice Ramón Fernández: "La novela representa acontecimientos que tienen lugar en el tiempo, representación sometida a las condiciones de aparición y desarrollo de los acontecimientos. El relato es la presentación de acontecimientos que han tenido lugar y cuya representación está regulada por el narrador conforme a las leyes de la exposición y de la persuasión" (*Messages*, París, Nrf, 1926).

Tiempo Novela. Mme Valavert le hace a Jallez una observación sobre estética de la Novela, que se aplica a muchos escritores de cierta época, a propósito de *Le Rouge et le Noir:* las escenas son muy cortas, muy sumariamente evocadas y resultan demasiadas para el tamaño de la obra; tanto que se tiene la impresión que el autor se contenta con informar de que han sucedido algunas cosas —como en una "relación"— pero que uno no asiste a ellas. Un mínimo de lentitud en el relato y de los detalles de los acontecimientos parece indispensable para que el lector tenga la impresión de vivir lo que le cuentan: número de momentos por los cuales pasa la escena evocada: como en el cine la ilusión necesita cierto número de imágenes por segundo, sin la cual no se percibe movimiento sino serie de notas documentales sobre el movimiento (J. R., *La douceur de la vie*).[1]

Dijimos que la Novela es narración de hechos en acción referida, siempre pretérita en concepto. A nadie perturbaría el artificio de los verbos que bien pueden usarse en metáfora gramatical de presente: "Soy Fulano, salgo a la calle, encuentro a un amigo". El concepto sigue siendo una acción pretérita. ¿Qué más? Hay narrador que ha escrito un cuento en modo subjuntivo. Pierre Lièvre usó alguna vez este esquema: "Como soy crítico ante todo, si yo me decidiera a inventar un cuento, concebiría un asunto de tal y cual sesgo y un personaje de tal cual carácter, quien no podría menos de hacer esto y lo otro". Y así, como sin querer, nos va contando su cuento. En el ejemplo de la Tragedia griega, vimos que la narración significa siempre un hecho ausente de la escena: la distancia temporal y la espacial se combinan en la Novela como en la Historia. Dijimos que confundimos en la misma denominación de Novela la Épica y la Novela. Provisionalmente, pues, Novela será para nosotros, no sólo *La Princesa de Clèves*, de Mme de Lafayette, el *Dafnis* y *Cloe*, de Longo, *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen, *La piel de zapa*, de Balzac, *María*, de Jorge Isaacs o *Los de abajo*, de Azuela, sino toda narración literaria, incluso la *Odisea*, incluso la *Ilíada* o las leyendas egipcias. Pero debemos tener presente que entre la antigua Épica y la Novela propiamente tal hay diferencias notorias: no tan sólo la diferencia formal entre verso y prosa, sino la naturaleza del asunto: general, popular y nacional en la Épica, donde los héroes son los pueblos; y personal, individual y privado en la Novela, hasta cuando sus héroes son figuras históricas, aquí tratados en los rasgos de su intimidad. Venimos, pues, usando la palabra "Novela" en un sentido más generoso que el corriente.

Por lo demás, el fondo de la Novela moderna, que da ambiente a los personajes, fácilmente abarca espacios tan dilatados como en la Épica; los personajes mismos, en los últimos tiempos, han descubierto una tendencia a convertirse de nuevo en seres colectivos. De lo primero puede dar ejemplo *Los novios*, de Manzoni, donde las peripecias de amor van como meandros entre un mundo convulsionado por la peste y por las revueltas: el Milán de comienzos del XVII bajo la dominación española. (Y por cierto que esta evocación de la peste nos lleva a otro ejemplo más sutil: en *El Decamerón*, Boccaccio nos presenta una partida de damas y caballeros que, expulsados de Florencia por la peste del siglo XIV, se entretienen en contarse historias —recurso imitado al siglo siguiente en *El Heptamerón*, de la Reina Margarita de Navarra—; y aunque esta alusión a las vicisitudes del tiempo, levemente tocadas, apenas sirve de pretexto o punto de partida, yo nunca he podido, a lo largo de la lectura, borrar ya de mi imaginación el saborcillo trágico del excipiente en que van transportados los relatos galantes, y que presta un sádico encanto a su mismo gusto disoluto, propio contraste que se ha dado siempre en medio de las catástrofes sociales. Así también, el sabernos en vísperas del Saco de Roma —1527— exacerba involuntariamente en el lector el sentido erótico de *La lozana andaluza*, por cuyas páginas hemos visto desfilar todo el ejército del pecado, diezmado al final por el horror y la muerte.) En

cuanto a la tendencia del héroe novelesco moderno a convertirse otra vez en ser colectivo, épico, ahí está el "Unanimismo" de Jules Romains, un caso más de la "rebelión de las masas" puede decir José Ortega y Gasset. En Jules Romains vemos a las multitudes urbanas y sus movimientos circulatorios a lo largo de las horas del día, lo que hace de la ciudad una gran célula que tiembla bajo un microscopio de gigantes.

Conforme la Novela penetra en el reino de lo maravilloso, su movimiento va tomando el paso de la Poesía. Mallarmé, poeta impenitente, naturaleza orientada a lo absoluto, a quien le estorbaba el realismo histórico cual una contingencia inferior (y tan generoso, sin embargo, que, según se aprecia por sus cartas, entendió el empeño naturalista de su amigo Zola), se alarmó cuando el joven Gide le anunció el relato de un "viaje". Pero al leer las primeras líneas, viendo que sólo se trataba del "Océano Patético", lanzó un suspiro de desahogo y exclamó: "¡Qué susto me había dado usted!"[2] En general, aun en los relatos de Hoffmann o de Poe que ofrecen la tendencia más pura a la fantasía, lo mismo que en el Swift del *Gulliver*, en Jules Verne, en Wells, en el Amado Nervo de *El domador de almas*, en el André Maurois de *El pesador de almas*, [3] en el reciente Capek que imagina la revolución del mundo de las moscas por la aparición de una mosca con genio, todo se reduce a introducir algunos datos imaginarios para ver después la reacción que producen en pleno mundo real. De estos libros puede decirse, como de Hamlet, que hay método en locura. Así sucede aun en el cuento árabe.

Hay también géneros mezclados que desbordan las previsiones, y que en otro tiempo se llamaron *géneros geniales*, como lo es la novela-ensayo, que hasta puede afrontar disquisiciones filosóficas. Sobre una base de interpretación sociológica, el admirable *Facundo*, de Sarmiento, lo abarca todo. Y, entre los casos más caprichosos, mucho antes del relato suprarrealista, aquella invención que está ya en los límites de lo frenético: *El doctor Lañuela*, del general Antonio Ros de Olano, héroe de la primera República española cuyo nombre figura en el Himno de Riego. En el enigmático Franz Kafka, la metamorfosis del hombre en insecto alcanza profundidad y angustia. Hay otra metamorfosis novelesca que es un buen ejemplo de cómo se introduce un dato irreal, metódicamente, en el mundo de la realidad: *La mujer transformada en zorra*, de David Garnett, da idea de lo que puede y vale la lealtad a un compromiso fantástico. La base de este cuento está en la fábula de la gata convertida en mujer. Proust, donde el espacio microscópicamente observado deshace la apariencia: la mano y el amor, en la nota de Ortega. El sabio del cuento científico de Cajal.

DEL CONOCIMIENTO POÉTICO*

PREFIERO esta vez emplear la expresión "conocimiento poético", aunque sea algo confusa, a la expresión "conocimiento irracional", que resultaría detonante. Lo cierto es que grandes culturas han podido vivir usando apenas de lo que hoy llamamos conocimiento racional. Se ha dicho mil veces que el Oriente fue, sobre todo, contemplación, y el Occidente sobre todo es acción. Dibujando algo más cuidadosamente estas generalizaciones huecas, se dice también, sin mucha violencia, que la India fue meditación religiosa injerta en una metafísica de las castas; China, etiqueta y ceremonial proyectados desde la corte civil de los mandarines hacia la figura del universo; la Mesopotamia, código político y guerrero, propio de pueblos acuartelados contra invasiones de hordas todavía semizoológicas; Egipto, reducto y remanso académico, en que una base suficiente de ingeniería hidráulica permite, con la complicidad de un ambiente ya domeñado y propicio, embalsamar la vida y reducirla a una cifra estática y a una moral de ultramundo; la gente hebrea, marejada de nacionalismo y proselitismo de Dios entre cóleras de justicia social, en tanto que brota, de las ruinas del mundo clásico, la caridad evangélica. Hasta aquí no puede decirse que el conocimiento racional sea la meta buscada, aunque los grandes ríos de las vetustas civilizaciones fluviales parezcan arrastrarlo en gérmenes.

La razón comienza por ser laica, como ya lo entendía Tucídides al asegurar que toda investigación pone fin a un mito. Y la razón no surge en los ríos, sino en el mar: no en las mencionadas culturas fluviales, sino en las culturas marítimas que las suceden. Laico es el espíritu mercantil que gobierna las navegaciones fenicias. Anteriores aún, las talasocracias primitivas de Grecia, los pueblos de las islas egeas, concilian la doble tendencia del mercantilismo laico y de la contemplación reverente. En su hora, las talasocracias salen, por una parte, a derrotar las empresas marítimas del fenicio, y por otra parte, dando y tomando, cambian con el Oriente próximo muchos efluvios de tipo "asiático", que hasta hace poco se consideraban tan sólo como influencias venidas del Egipto o de Babilonia. Y luego, bajo la sacudida de las invasiones septentrionales, sólo fecundas por cuanto evitan el adormecimiento y no por las pretendidas excelencias íntimas del salvajismo, se libran de caer en el hieratismo oriental, y al fin comunican su inquietud a los ágiles jonios. La angosta faja del Asia menor es entonces cuna de la ciencia. Y de aquí, aun sorteando y penetrando el quiste guerrero de la ciudadela espartana, o sobrenadando los torbellinos religiosos que hacen aflorar los viejos fondos autóctonos en traza de misterios dionisiacos y órficos, y olvidando o rejuveneciendo las raíces, acaso matriarcales, del culto a Deméter, la Grecia histórica se encamina hacia la "teoría" y hacia el "logos": hacia

una concepción del universo en especies visuales equilibradas con especies verbales, feliz maridaje de ojos y lengua. (No debemos olvidar, con todo, que si los filósofos atenienses aíslan su Grecia aséptica como bajo un fanal para conservarla en un medio estéril —digámoslo en lenguaje médico—, se dejan fuera toda esa realidad hirviente y amorfa que Dodd ha podido llamar "la irracionalidad griega".)

Roma, sobre el puente de la conquista macedónica, recoge lo más pesado de la armadura, y la Polis espiritual se vuelve policía guerrera y administración de imperio. Ya, para entonces, Alejandría ha jardinado la ciencia y la gramática. Sobre la universalidad así urbanizada, corre el aceite del Cristianismo, cuyas llamaradas se despedazan paradójicamente bajo las ráfagas frías de la dialéctica helenística, extraño consorcio del que nace la Iglesia.

Pronto triunfa la lengua sobre los ojos, y sobreviene la era escolástica, heredera de la dolencia griega que consiste en partir cabellos en dos y palabras en tres. Todo es ya vicisitudes de la razón. Ante el análisis exacerbado, ante el excesivo verbalismo, se busca un refugio, primero en la fracasada simplificación musulmana —que dejó de serlo en cuanto los árabes se volvieron civilizados y civilizadores—, y después, al llegar la era moderna, en la referencia a los objetos experimentales, en la inducción y en el Nuevo Órgano. Y la tácita controversia entre el conocimiento racional y el poético se expresa, de pronto, en la postura que frente a Descartes adopta Vico y que no tiene sucesión inmediata. Finalmente, he aquí, en la era contemporánea de la física, el vuelco de la razón en la acción, donde ya casi se confunde la racionalización con la máquina. Y entonces parece que ya no hay cultura posible sin este dominio industrial de la materia, sin esta manera de civilización en que hoy vivimos (o morimos). Y a esto, con ser cosa ya tan distinta, se lo llama, a bulto y con manifiesto desvío, el conocimiento racional.

No sólo en la historia, sino también en cada persona, se da el conflicto del conocimiento racional y el extrarracional, con vaivenes e intermitencias. Y aquí como allá, al definirlo, los conceptos se dejan de lado —véase lo que acierta a hacer la razón— la carne y la sangre de la simple compleja y siempre contradictoria realidad. Y esta flaqueza de los medios intelectuales nos introduce de una vez en nuestro argumento.

La teoría de los valores, que ha irrumpido triunfalmente en el pensamiento contemporáneo y que parte en dos la noción clásica del ser —allá el ser propiamente tal y acá el valor puro—, arrastra consigo, entre otras, las huestes del conocimiento poético. La reciente filosofía de la cultura, aplicada a coordinar el orden de cultura frente al orden de naturaleza, orden éste que fue tema predilecto de las especulaciones tradicionales; y asimismo la nueva antropología filosófica, aplicada a dilucidar los contenidos del espíritu, siguen pareja

consecuencia y franquean el acceso al conocimiento allende la razón. Contribuye a flexibilizar las aduanas el temporalismo de Bergson y Heidegger. Y la fenomenología de Husserl, descripción neutra de los entes —ora empíricos, psíquicos o ideales—, que deja para más tarde las hipótesis explicativas, mil veces viaja por los mismos caminos que la representación poética del mundo. Todo ello confluye en forma tal que ya la poesía, lejos de vagar como implorante, ve que se le abren de par en par las celosas puertas del filósofo. A los esqueletos del racionalismo suceden las presencias corpóreas, cuya legalidad nadie niega ahora en nombre de ningún sistema métrico, aunque por todas partes les sobren brotes irracionales. Lo que parecía anhelo y adivinación entre los románticos a comienzos del pasado siglo, es hoy legítima doctrina. Los atisbos buscan la coherencia. Y la razón reasume su verdadero servicio, limitándose a ponerlos en orden.

Todo concepto es, en buena parte, un falseo, una "estilización" y hasta una caricatura del objeto real a que se aplica. La inteligencia procede como el cazador que, para captar la presa, comienza por matarla. Enfoca su blanco, y sobre él dispara su flecha, y sólo consigue apropiársela una vez que le ha dado muerte. Entender es mentir un tanto, al modo como lo es el alimentarse. Porque tampoco nos nutrimos con los organismos animales y vegetales, sino sólo con sus destrozos y despojos, y traer a sus elementos químicos el trigo o la liebre es desintegrarlos. Somos necrófagos por el vientre y por la cabeza. No somos más que unas tristes hienas.

O dígase, para ser más piadoso, que procedemos por aproximación y sólo por aproximación. Y si la aproximación es acercamiento, también es distancia. Así como, en estricta física, no hay verdadero choque sólido en el sentido tosco del término, sino conmoción de zonas externas de energía que se encuentran y se entrecruzan, así en la comunicación del yo con el medio y en el carearse del yo con el universo no hay contacto, sólo traducción. O lo que para en lo mismo: metáfora, traslado, transformación y falseo. Ni los sentidos ni la mente nos dan lo dado o lo recibido, sino que lo transfieren a otra escala de actividades distintas. Detrás de la percepción huye un fantasma inaprensible; detrás de las palabras huyen las cosas, dejando un residuo ligero; detrás de los pensamientos, anhelantes de imponer las normas de un Cosmos, se revuelve un Caos original. Todo es aproximación, todo es lejanía, todo es el "más o menos" como en las seudosimetrías decorativas del arte chino. En suma, el "no sé qué" inefable de la poesía, que lo mismo inquieta a Feijoo que a Paul Valéry o a Juan Ramón Jiménez.

Quedan, en este trance, dos únicas esperanzas. Una es la compenetración mística, que aunque se llame conocimiento es amor, amor ciego o amor vendado y, en suma, disolución: "Amada en el amado transformada". La otra esperanza es la integración vital que llamamos poesía, integración de igual esencia y que

participa en igual proceso que la mística, acaso como otro grado u otra fase. Aquí la atención preferente se concede a los objetos inmediatos y ya no al objeto final, a las flores del camino y no a la última posada, al tránsito y no al término, a cada amor particular más bien que al definitivo amor de Dios.

Según esto, y en principio si no en actualidad completa, la poesía es etapa de la mística, aproximación a su vez del contacto definitivo que, según se afirma, se obtiene por la mística y que es privilegio de escogidos. Pero etapa que, también en principio, queda abierta prácticamente a todos, a poco que se dejen bostezar los resortes que nos sujetan a la razón y a la acción, estos dos tiranos del espíritu. Verdad es que los tiranos se han insinuado primero como sirvientes; pero es de siempre la fábula árabe de los visires usurpadores.

Cabe otra interpretación más aséptica, despojada de finalismo. La poesía para ella, no es una etapa de la mística, sino que la comprende y la envuelve, como una arborescencia a una rama, por central que ésta sea. Y por no ir destinada a un solo extremo y en una selección rigurosa, recibe del mundo una fecundación más cabal aunque más irregular. Aquí no se trata ya de alguna verdad de salvación, sino de todas las verdades a un tiempo, las cuales ni siquiera esperan ni pretenden recibir el marchamo de la censura intelectual.

Y si el valor estético opera aquí un ordenamiento y subordinación en los planos de las verdades poéticas, hay que reconocer valientemente que tal valoración estética se refiere a la belleza artística, al arte poético, a la ejecución del poema, y no a la poesía. Media de lo uno a lo otro la diferencia que media entre la emoción y la expresión, entre el paisaje y su relato. Pues la poesía como conocimiento del mundo es anterior a la palabra y va mezclada del inevitable sentir y pensar mitológico, de la mente fabulatoria y todos los demás órdenes del sentir y el pensar, sin excluir los intelectuales, que pasan a la categoría de hilillos delgados. En tanto que la poesía como ejecución artística es un oficio ulterior a la palabra, de que no tratamos ahora.

Por eso tampoco nos importa ahora lanzarnos en aquella averiguación cíclica, serpiente que se muerde la cola, sobre los reflujos y mutuas fertilizaciones entre el pensamiento y el habla, de que a título de recordación sólo citaremos el caso de la mitología. Antropólogos hay que se quedan en un solo extremo de la cuestión, y ven en el mito el magma profundo de la mente, de donde luego destilan la razón y el lenguaje. Mientras que otros, por el cabo opuesto, ven en el mito una hipertrofia y una enfermedad del lenguaje. Para nuestro fin, tanto monta.

Lo que nos importa, en cambio, es advertir que, en las comunicaciones del hombre con su universo, la poesía es contacto de integración, al menos el más cabal que nos sea dable. Ante esta integración, la inteligencia se inclina como, en el canto sibilino de Mallarmé, se inclina ante el Principio Supremo la cercenada cabeza de San Juan, “en franca ruptura con los antiguos desacuerdos del cuerpo”.

Ante el conocimiento poético, por así llamarlo, todo otro conocer, sea de tipo

intelectual o práctico, resulta monográfico y limitado. De aquí que el entender poético procure un deleite de plenitud, "la cima de la delicia", como exclamó el poeta. Pero delicia en heroica desazón, delicia en dolor de perdimiento.

Y aun el conocimiento que procuran las bellas artes también es un conocimiento especializado y no ataca a un tiempo todos los caminos del ser, ni los recorre hasta el fin; por mucho que, en suerte de simbolización vital, los haga vibrar en arpegios secundarios, en ecos y en contaminaciones. Va en la sensibilidad de cada uno el preferir la música o la pintura a los poemas, pero esta preferencia sensorial no afecta a la comparación entre la idea de la poesía y la idea de las bellas artes. El punto se resuelve en la amplitud de área del choque y en la penetración del impacto que el universo descarga sobre nosotros; área y penetración máxima en el caso de la poesía, aunque —siempre y sin remedio— aproximada. Diga en buena hora la mística que ella anula, con su fina estocada, el hiato de aproximación; si así fuera, se anularía también la persona. Porque conocer es diferir.

Esta cruel imagen de la aproximación da al hombre una situación de náufrago en medio del universo, y a las culturas un valor aventurado de nuevas tablas de salvamento. Pascal, que alguna vez se reclina en el muelle regazo de la confianza, pensando abarcar el mundo por la mente —acaso por lo que había en él de virtud mística—, deja a cada paso entrar en su alma los relámpagos angustiosos de la incertidumbre y se siente como perdido. Porque, según decía Plotino, el alma apenas aguanta el éxtasis por instantes y con estremecimientos de pavor. Subimos, si es que subimos, hasta la gozosa excelsitud, sólo durante un parpadeo, y caemos otra vez en la cuenta de que somos unos Robinsones desamparados. Y otra vez emprendemos el penoso inventario de los instrumentos y recursos que hemos rescatado de alguna catástrofe universal. Y en cuanto a la confianza mezquina de los positivistas de todas las sectas, burgueses satisfechos del pensamiento que de veras se figuran, sin asomo de espanto, haber conquistado del todo los secretos de la realidad, apenas merece mencionarse.

Riesgo y aventura, si bien sostenidos aquí y allá por ciertas armonías aparentes y ciertas regularidades estadísticas, que un día candorosamente se denominaron poderes mágicos y otro día se denominaron orgullosamente leyes de la naturaleza, y que sólo sirven para que no decaiga nuestro ánimo en esta exploración del laberinto donde vamos entrando: he aquí la verdadera pintura de la jornada humana. Toda ella es imantación del misterio, incitación del enigma y, como dice la frase ya vulgar, "atracción del abismo". A la muerte de Berthelot, gemía Renan: "¡Oh Abismo, tú eres el único Dios!" No se tome por herejía, que es reverencia al poder oculto que nos rige, Sol oscuro de quien dijo el Ángel de las Escuelas que sólo sabemos lo que ignoramos.

Tampoco se desprenda de aquí una prédica de dejación y abandono; antes

bien, un estímulo para seguir poniendo sitio a la invencible fortaleza del mundo, movilizando para ello todos los recursos del ser. Lo que no cede a la razón, cede mucho más a la poesía. Ya sabemos que la tarea no podrá completarse nunca. Ese día habría terminado también la obra terrestre del espíritu —y terrestre es hasta la contemplación del cielo, visto desde el suelo. El "boomerang" se habría devuelto a la mano que lo lanzó, y se habría cerrado el tiempo humano como un gigantesco abanico.

Ahora bien, el pensar poético sólo se realiza en el sacrificio de la palabra. Alguna vez nos dejamos decir que mientras exista una palabra hermosa habrá poesía. Reducir el universo a expresión poética ¿no será, en el diálogo eterno del Creador y de la criatura, la incumbencia definitiva de Adán, el primer bautista? Por la temerosa noche del ser, Adán adelanta, esgrimiendo nombres como centellas.

Enero de 1944

SOBRE LA NOVELA POLICIAL*

DE TODAS las feas denominaciones que han dado en emplearse para cierto género novelístico hoy más en boga que ninguno —novela de misterio, de crimen, "detectivesca", policiaca, policial— prefiero esta última. Las demás, o parecen despectivas, o limitadas, o impropias por algún concepto. Sobre esta novela policial me atreví a decir —y lo ha recordado recientemente Jorge Luis Borges en Buenos Aires— que era el género literario de nuestra época. No pretendí hacer un juicio de valor, sino una declaración de hechos: *1)* es lo que más se lee en nuestros días, y *2)* es el único género nuevo aparecido en nuestros días, aun cuando sus antecedentes se pierdan, como es natural, en el pasado.

Se me ocurre charlar hoy un poco sobre la novela policial, y me da ocasión una experiencia reciente. Un eminente psiquiatra mexicano me encontró una de estas mañanas con una novela policial en la mano, y hablamos así:

— ¿También usted lee estas cosas?

—Soy un decidido aficionado. Me interesan sin conmoverme. En la que llamaremos "novela oficial", todo conflicto me conmueve y agita. En la policial, todo conflicto me deleita porque enriquece la investigación. En la novela oficial, una muerte puede hacer llorar, como lloraban el fallecimiento del personaje "Amadís" la dama y su servidumbre, en la anécdota que todos los humanistas conocen. En la novela policial, al contrario, una muerte es bienvenida, porque da mayor relieve al problema. Descansa el corazón, y trabaja la cabeza como con un enigma lógico o una charada, como con un caso de ajedrez. Pero el trabajo no es tan intenso que fatigue, y además sabemos que, por regla, nos van a dar la solución en el último capítulo; de suerte que podemos ser un tanto pasivos si nos place, y graduar nosotros mismos la atención y la energía mental que deseamos gastar. Finalmente, el problema no conlleva el dolor de la abstracción lógica, sino que va cómodamente encarnado en Pedro, Juan o Francisco. En suma, leo novelas policiales porque me ayudan a descansar, y me acompañan, sin llegar a fascinarme u obsesionarme, a lo largo de mis jornadas de trabajo, con esa música en sordina de un "sueño continuado" que no tiene nada de morboso; me permiten satisfacer esa necesidad de desdoblamiento psicológico que todos llevamos adentro (y a la que importa buscar alguna salida por buena economía del espíritu), sin poner para eso en acción todos los recursos sentimentales ni la preocupación patética que exige la novela oficial.

—Tiene usted razón —me contestó mi amigo—. En algunos casos, y por los mismos motivos que usted dice, yo aconsejo estas lecturas a mis enfermos de fatiga nerviosa. Por donde caemos en el tema de la higiene mental que trataba usted en algún artículo. ¿Y le interesa a usted igualmente la novela policial que el

cuento policial?

—En principio, necesito que la obra tenga cierta extensión para que logre persuadirme con su engaño estético. Los antiguos retóricos se acercaron muchas veces (y el primero, Aristóteles) a este tema de la relación entre el lícito engaño literario y la dimensión del poema. En sus comentarios sobre *El cuervo*, algo dice al respecto Edgar Allan Poe. Quizá no sea posible decir más, pues el tema es resbaladizo y escapa a la razón dosimétrica. Pero hay una cierta relación entre la cantidad y la calidad poética, que puede ser de primer grado o de grado recóndito, de orden directo o de orden inverso. Y en el tipo de ficción policial es obvia, es de primer grado y de razón directa. Victoria Ocampo, también gran lectora de estos libros, me ha declarado que sólo soporta la novela y no el cuento. Yo soy un poco más ecléctico, pero suscribo, en tesis general, el mismo principio.

—¿Se ha escrito algo que merezca leerse sobre el género policial?

—Hay un buen ensayo de Roger Caillois, y hay mil notas y luminosos atisbos en Jorge Luis Borges, que, en colaboración con Adolfo Bioy, está dando carta de naturalización al género en la literatura hispanoamericana y, podemos decir, en la hispana. Joseph Wood Krutch, autor de un reciente libro (¡otro más!, aunque bueno) sobre Samuel Johnson, acaba de publicar un breve y agudo ensayo al respecto en *The Nation* (25 de noviembre). Si le interesa, aquí lo tiene usted.

Aunque, como ya se supondrá, mi amigo no me ha devuelto ese número de *The Nation*, no quiero privar al lector de algunas observaciones de Krutch, que me atrevo a ofrecer aquí de memoria y mezcladas con observaciones propias:

El género policial —viene a decir Krutch— es un género vergonzante. Todos lo practican, pero el lector sorprendido con una de estas novelas se disculpa diciendo: "No es más que una novela policial", frase que sustituye a la de "No es más que una novela", que, en el siglo XVIII, causaba la indignación de Jane Austen. Ahora bien, si muchos se creen obligados por imperativos de cultura a leer una buena novela de éxito, en cambio la novela policial se lee sin compulsión alguna, y ni siquiera se habla de ella con los vecinos. Tiene las condiciones esenciales del atractivo literario, el placer: acaso motivo más imperioso que el deseo de instruirse o la ineptitud para soportar la presión social que nos rodea. Esta novela es hasta hoy la Cenicienta de la Novela. Se la considera un tipo subliterario por dos motivos: *1º* los autores que a ella se consagran son demasiado prolíficos, *2º* la novela policial se escribe con visible apego a cierta fórmula o canon.

Lo primero es consecuencia de la excesiva demanda, y se presta sin duda a la producción industrial de obras mediocres; pero se puede ser abundante sin ser por eso mal escritor. La objeción no es una razón necesaria en contra. Piénsese en la obra, tan copiosa como excelente, de Balzac, Dickens, Anthony Trollope, Galdós. La segunda objeción carece de sentido crítico. Las obras no son buenas o malas por seguir o dejar de seguir una fórmula. Siempre siguió una preceptiva de hierro la tragedia griega y no se la desestima por eso. Y Lope de Vega fue, a la vez,

abundantísimo y dado a ajustarse a la fórmula fácil y económica con que él mismo organizó la Comedia Española. De suerte que este ejemplo solo (no lo trae Krutch, claro está: hoy nadie conoce, fuera de nuestra habla, la literatura española) basta para anular ambas objeciones.

Después de todo "fórmula" es "forma", y no le está mal a la novela, tan orillada por naturaleza a los desbordes, y más en los últimos tiempos, un poco de forma. La gran popularidad denuncia, quiérase o no, alguna virtud en la obra que la disfruta. Claro que esta virtud podrá o no ser de orden estético. Todos devoran un libro de escándalo, aunque sea de pésima literatura. Pero parece más bien que la novela policial ofreciera algunas cualidades desdeñadas por la novela oficial, y que de lejos la emparientan con la añeja novela de aventuras, amada de Paul Claudel. (¡Maldición para quien olvide el grande nombre de Stevenson!)

Aun cuando somos adoradores del buen estilo, confesamos que no está aquí el secreto del éxito para la novela policial. Hay muchos autores adocenados que se las arreglan tan bien como la erudita y excelente escritora Dorothy Sayers. El secreto, sin duda, está en la distracción: ni siquiera en la amenidad. Que, a veces, la historia es muy escueta y, sin embargo, nos distrae.

Para esclarecerlo habría que estudiar la evolución del género, desde sus precursores definidos —Poe, Collins, Conan Doyle— hasta nuestros días. Tal vez Krutch tenga razón en proponer el año de 1925 como el hito inicial del tipo específicamente contemporáneo. No lo afirmamos de fijo. Pero sí creemos poder afirmar que Louise Bogan se engaña atribuyendo el secreto del éxito al sentimiento de miedo, característico de nuestra época insegura. (Y aquí de la angustia de Kafka, Kierkegaard y otras honduras por este tenor.) No: el miedo, ni cubre todo el campo genérico, ni cuando aparece es siempre el elemento principal en la historia. Al contrario, el tipo contemporáneo se aleja en principio de ese vaho pavoroso que envuelve las obras de Poe, de Hoffman, etc. Acaso la novela oficial realice imperfectamente la "catarsis" —que tan naturalmente se da en la novela policial—, por culpa de ciertos agobios de seriedad y de análisis, que ya Wilde censuraba en Bourget y que hoy han llegado a deliciosos extremos, demasiado sutiles sin embargo para los grandes públicos (Proust). Estos agobios de seriedad fácilmente paran en pesadeces, llevan a olvidar las energías primarias del juego —y a un juego superior se reduce el disfrute estético— y carecen de aquella facultad incomparable que Nietzsche llamó "la fuerza ligera". Krutch exclama (¡y con cuánta razón!): —Acaso se inicia la decadencia de la novela el día que el novelista se propone discernir conscientemente entre lo "importante" y lo "interesante". Sí: la golosina puede hartar e indigestar. Pero es un pésimo síntoma de salud preferir, en sí, la purga a la golosina.

Interés de la fábula y coherencia en la acción. Pues ¿qué más exigía Aristóteles? La novela policial es el género clásico de nuestro tiempo.

… Y LAS VERAS EN BURLAS*

EVIDENTEMENTE que el humorismo no es cosa de ayer por la mañana. "Es más viejo que *préstame un ochavo*", diría Quevedo. Pero lo que ya tiene novedad es esto de dar al humorismo una categoría respetable. Por lo cual me dejé decir cierta vez que gran parte de la estética contemporánea, para las artes como para las letras, consiste en tomar por lo serio las humoradas (*Marginalia*, segunda serie, p. 183). Pero todavía pude añadir que el pedir al humorismo una explicación filosófica de la existencia parece ser una postura determinada por el auge de las filosofías "anti-intelectualistas", las que no se conforman ya con los recursos y los útiles de la razón; las que insisten en que la razón no es más que un pequeño coágulo transportado por la corriente de la sinrazón. Porque he aquí que hemos llegado al trance de repetir con Feliciano de Silva (consúltese el *Quijote*): "La razón de la sinrazón que a mi razón se hace…?", etc. Tal es, en efecto, una de las condiciones que distinguen al siglo XX del siglo anterior. Y hoy sí que hemos llegado al "elogio de la locura", y no en el sentido que decía el cuerdo Erasmo (*Moriae Encomium* es una mera sátira contra los teólogos y los dignatarios de la Iglesia), sino en un sentido más profundo. ¡Ay! Cuando aún era cubista Diego Rivera y cuando aún había que romper lanzas por el cubismo, hará cuarenta años, ya gritaba yo pidiendo que se reconociera el derecho a la locura, y me preguntaba, entre desconcertado y burlón: —¿Qué hay, pues, en el fondo de la vida humana, que sólo se deja empuñar por el humorista? —Estamos viviendo, sin remedio, en la época de *las burlas veras*, en lo que Rodrigo Caro llamaría los *Días lúdicros*, y lo mejor que podemos hacer es resignarnos, no tomarlo con demasiada solemnidad. Pero ¿acaso no es también de siempre esta postura? Porque ya Góngora se queja:

> Arrímense ya las veras
> y celébrense las burlas,
> pues da el mundo en niñerías,
> al fin como quien caduca.

Pero no, no es eso. No es lo mismo gustar, usar y hasta abusar de las burlas que conceder a las burlas categorías de principios y de explicaciones enigmáticas y misteriosas. Precisamente el mal —o si se prefiere no calificarlo, el rasgo distintivo de nuestros tiempos— está en desvirtuar las burlas, haciéndolas sentarse en un trono que les es ajeno. Porque el bien llamado burladero fue siempre defensa contra el toro de la realidad, pero a nadie se le ocurría antes equivocar el salto al burladero con la verdadera faena de muleta y estoque. Los antiguos decían que los sueños engañosos entraban por unas puertas de marfil, y los sueños auténticamente augurales (hoy diríamos "premonitorios") por unas

humildes puertas de cuerno. Pues he aquí que hemos confundido las puertas o que hoy, en mezcla y confusión, las puertas se han vuelto (en griego para mayor claridad) *keratoelefantinas*, que viene a ser "de marfil córneo" o también de "cuerno marfilino". Y aquí atajo mis divagaciones y, según los cuentos de mi niñez, "entro por una puerta y salgo por otra".

Abril de 1956

LOS NUEVOS CAMINOS DE LA LINGÜÍSTICA*

"CONÓCETE a ti mismo" —aquella máxima del antiguo Oráculo que Sócrates hizo suya para siempre y con la que andaba por las plazas, las calles, los gimnasios de Atenas, confrontando a todos con sus propias imágenes como se haría con un espejo— es precepto que se enuncia muy pronto y que se cumple, si llega a cumplirse, con dificultad y paciencia. Don Antonio Castro Leal, de quien acabamos de escuchar tan sanas doctrinas, ha encarnado para mí el consejo de Delfos, en las páginas de noble aleccionamiento con que ha seguido mi carrera. Quiero decir que, a través de sus palabras, en ocasiones creo haber ganado algunos palmos en esta ardua senda del conocerme a mí mismo. Con todo, confieso que hoy, como en otros casos anteriores, los rasgos con que me ha pintado —llevado de su cordialidad y benevolencia— más bien adulteran y engrandecen mucho mi imagen. Pero no podemos remediarlo: cada uno ve a los demás a través de la lente o el prisma de sus excelencias y sus virtudes personales. Ya he contado por ahí que, al encontrarse el dulce panameño Darío Herrera con el tempestuoso Díaz Mirón, exclamó: "¡Este hombre es una paloma!", mientras Díaz Mirón, por su parte, exclamaba: "¡Este hombre es un león!"

Leer los versos de don Carlos Pellicer es un deleite consumado. Oírlo recitar sus versos es ya un transporte a las zonas de la belleza suficiente. Y si estos versos son los que el poeta mismo, en su desbordada generosidad, ha querido dedicarnos, entonces los versos de Carlos Pellicer vienen a ser un altísimo premio: casi perturba toda posible expresión de gratitud, y de tal modo nos ennoblece que ni siquiera deja ya fuerzas para el envanecimiento y el orgullo.

No podía yo comenzar mis tareas bajo mejores augurios: al emprender la jornada, más afortunado que el Cid, sólo he visto "la corneja diestra". Don Antonio Castro Leal, sumo prosista, y (aun cuando él no se halla aquí en persona) don Carlos Pellicer, sumo poeta —quienes, a lo largo de muchos años, me han acompañado con una amistad que va más allá de las letras y que tanto me honra y me complace—, ahora me traen de la mano, como buenos padrinos, hasta este sitial en que ha querido instalarme la confianza, seguramente desmedida, de mis ilustres colegas. Pues lo cierto es que, a pesar de tan risueños auspicios, me confieso muy desigual para esta empresa, agobiado de gratitud y al mismo tiempo atemorizado. Dificulta singularmente mi desempeño el suceder a nuestro inolvidable Alejandro Quijano. Querer imitarlo sería ridículo; igualarlo, imposible. Me domina la impresión de que estoy ocupando un lugar que es suyo y no me corresponde, y reflexiono con melancolía en que él ni siquiera pudo ya disfrutar de esta casa, que tanto deseó para la Academia.

Se le ha llamado con justa razón Quijano el Bueno; pero, además de su bondad y sus prendas harto conocidas —simpatía, caballerosidad y rectitud, inteligencia nada común, exquisita cultura—, poseía alguna virtud indefinible que acaso supera las explicaciones racionales, una como electricidad atractiva, un don natural para convertirse en centro y apoyo de las energías sociales. Pues las sociedades, en efecto, necesitan organizar sus fuerzas en torno a estos hombres así dotados y como predestinados a servir de puntos de conexión y referencia. La desaparición de Alejandro Quijano afecta lo mismo a los suyos, a sus amigos, a sus colegas, que a la sociedad mexicana en conjunto y deja una zona oscura en el espacio, un hueco en la retina.

Por suerte esta Academia está en condiciones de gobernarse por sí misma, y la función que aquí me compete habrá de reducirse a no estorbar las actividades de los señores académicos y a adoptar las normas que ellos mismos quieran fijarme y que ellos mismos se han fijado. La relación con las Academias afines, el posible canje de publicaciones, el desarrollo de la naciente biblioteca, en que convendrá juntar poco a poco la obra completa de todos los académicos mexicanos pasados y presentes, tal vez algunas contribuciones a la preparación del siempre anhelado léxico de términos técnicos y científicos, al Diccionario Histórico ya emprendido por la Academia Española, al Diccionario académico de la lengua vigente, sobre todo lo relativo a mexicanismos que habrán de ampliarse o suprimirse, el cambio de servicios con instituciones culturales, el cubrir las plazas vacantes y demás labores de este orden establecen el cuadro mínimo de actividades que ni siquiera necesitan ser descritas o expuestas en un programa especial. Nuestras normas dependen de la naturaleza misma de nuestra institución; es decir: de su historia y de sus funciones. La historia de nuestra Academia ha sido trazada al inaugurarse este recinto, y de mano maestra, por el Secretario Perpetuo don Alberto María Carreño, y no vamos a repetirla ahora. Las funciones de esta Academia no pueden resumirse mejor que recordando su misión de guardia vigilante y su cuidadosa atención para el desarrollo de la lengua; y todo ello aparece en los numerosos trabajos aquí y fuera de aquí presentados por tantos doctos maestros como honran esta casa. Será preferible que no intentemos competir puerilmente con lo mucho y bueno que ellos nos han dicho al respecto. Será mejor que mudemos la perspectiva y hablemos, por ejemplo, de la lingüística general, remontándonos por sobre esta lengua castellana que es nuestra inmediata incumbencia, aunque sólo sea para dar algunas indicaciones en materia que va pareciendo insondable conforme se apuran sus extremos.

Los nuevos caminos por donde hoy discurre la lingüística aún no se han abierto al público, para decirlo pronto y mal, y son más bien privilegio de los especialistas. El estudio de la lengua posee una respetable antigüedad. Olvidemos los orígenes, y callemos sobre los aspectos más conocidos de la cuestión, si es que queremos ajustarnos a los términos de esta charla brevísima.

Durante el siglo XIX, tal estudio participó naturalmente del entusiasmo

reinante por las teorías evolucionistas, que entonces comenzaron a derramarse por todos los meandros de la ciencia, y el resultado fue la estupenda edificación de la lingüística histórica y comparada, cuyos primeros vagidos se dejaron oír en el *Catálogo de las lenguas*, publicado en 1784 por el español Hervás y Panduro, pues el *Glossaire comparatif des langues de l'Univers*, publicado por orden de Catalina de Rusia y al que Salomón Reinach atribuye la prioridad, sólo apareció tres años después. En adelante se aplica a estos trabajos un método que alguien ha llegado a equiparar con lo que fue el telescopio para la astronomía. A las lucubraciones a puerta cerrada, en que se solicitaba de la Esfinge que, a fuerza de insistencias estériles, revelara sola sus enigmas y que nos dijera cuál era el secreto de una lengua, sucede la aristotélica comparación de lo semejante con lo semejante, de las "simpatías y *dispatías*" (valga el helenismo), con lo que al instante comenzó a adelantar el conocimiento.

De aquí algunas valiosas generalizaciones, singularmente sobre el principio de regularidad en el cambio de los sonidos, pero la atención de los estudiosos se concentró en el grupo indoeuropeo y en los pormenores de su historia, que fueron pacientemente hacinados. De un modo general, no se procuró entonces una teoría de la lengua, salvo por parte de algunos individualistas, cuyo escepticismo, por lo demás, preparó la ruta al método analítico del presente siglo; método estimulado también por la necesidad de asomarse a algunas de las llamadas "lenguas nativas", ajenas al grupo indoeuropeo, a las semíticas, y a otras más que cuentan con larga tradición exegética y literaria. A la vez, en el estudio de las lenguas se fue abriendo paso una intención filosófica, que tiende a considerar el lenguaje como uno de los pocos sistemas fundamentales de formas simbólicas. Las relaciones funcionales compartieron entonces la atención antes exclusiva para las conexiones históricas. Se interrogó mucho más a fondo que nunca la inadecuación, que no ecuación, entre la arquitectura del habla y el discurso lógico; se investigó la densidad subjetiva y emocional que las lenguas traen consigo y que aún se revela en paralogismos y otros sobresaltos ajenos al puro razonamiento. En suma, la vida entera del lenguaje, con todas sus arbitrariedades y caprichos, fue objeto de examen respetuoso, como lo es para la botánica el arbusto silvestre, aun cuando carezca de las elegancias del rosal criado en los jardines.

En estos senderos, apenas transitados desde hace unos ocho lustros, la cooperación internacional, tan preciosa para el desenvolvimiento de las ciencias modernas, se vio entorpecida, y a veces completamente atajada, como consecuencia de las dos guerras. Pero se han logrado ciertas conquistas, se han trazado firmemente ciertas doctrinas. En fecha todavía cercana, la lingüística ha podido ser admitida, con carta de ciudadanía cabal, como uno de los elementos que contribuyen a la soñada unidad de la ciencia. Y, lo que es más, se ha llegado a la novísima aplicación de la lógica simbólica y las matemáticas a las cuestiones del lenguaje, adoptándolas así en la vasta familia que, más o menos de cerca,

obedece aproximadamente a la rienda de las ciencias exactas. No exageremos el punto, pues el lenguaje no es sólo una agencia intelectual, de transmisión, información o comunicación, sino también todo lo demás que saben la estética y las letras, y las razones del corazón que la razón no conoce. Pero se ha esclarecido el hecho de que, en una proporción apreciable y desde luego para sus funciones prácticas, el lenguaje se mueve según procesos más regulares de lo que antes se sospechaba y que, en realidad, está gobernado históricamente por un orden preexistente y propio, el cual sin cesar se mantiene al par que se renueva. En contraste, los organismos vivientes tienden a caer en el desorden y, como dice Schroedinger, "se van acercando a aquel peligroso máximo de entropía que es la muerte". Los hechos lingüísticos, que son actos correlativos y conscientes de la actividad cerebral, pueden, en cambio, determinarse estadísticamente hasta cierto punto.

De suerte que la materia de las viejas gramáticas vino primero a corregirse y complementarse por la lingüística histórica y comparada. Poco a poco, la morfología, la semántica y la fonética se erigieron en objetos de investigación especial, y pronto apareció ese nuevo interés filosófico de que antes hablábamos. Y, todavía más recientemente, los descubrimientos en otros reinos (el trabajo cerebral, las máquinas calculadoras electrónicas), así como el empleo de técnicas estadísticas y otras apenas ahora desarrolladas, han traído luz inesperada al estudio de la lingüística. Examínese, como el ejemplo más a la mano de estas investigaciones, el opúsculo de Yuen Ren Chao sobre *La significación del lenguaje*, publicado en 1956 por el Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos de nuestra Universidad Nacional, y compáreselo con el tratamiento tradicional que se concedía a estos problemas.

Por supuesto que, para ser completos, hay que sumergir el estudio lingüístico en el estudio general de las comunicaciones humanas, pues ya lanzados por este camino, unos conocimientos tienen que enlazarse con los otros, como cuando Sor Juana hallaba puentes o metáforas explicativas rumbo a las verdades teológicas en sus meditaciones sobre la música. El estudio general de las comunicaciones humanas tentó alguna vez mi curiosidad, en cierto ensayo que puse bajo la advocación de Hermes, dios de los comercios o cambios en todos los sentidos del término. Allí me detuve un instante a considerar el "rayo adánico" de Lacordaire o comunicación mística anterior aún a la palabra, y también la mímica (y un poco la mímica animal cuando es expresiva, como la famosa danza de las abejas), pues el lenguaje parece una mera especialización hablada de la mímica, sin que esto signifique caer en las extremosidades de aquellos que todo querían sacarlo de la onomatopeya. Me detuve un poco, asimismo en los ademanes, señas y señales de todo orden (¡hasta hay, pase el disparate, "lenguas silbadas"!), en los ideogramas y jeroglifos, las pasigrafías de que nos dan muestras los alfabetos de banderines y las marcas de las carreteras, y muchas cosas más que no es del caso exponer y ni siquiera enumerar. Para dar idea del tono adoptado

en aquel viejo ensayo, copio aquí dos párrafos:

> Cuenta Herodoto que Darío, al cruzar el Ister (Danubio), dejó a su retaguardia jonia cuidando un puente, con orden de esperar su regreso cierto número de días, al cabo de los cuales podían darlo por perdido, cortar el puente y regresar a sus bases. A este fin, les entregó una correa con tantos nudos como días contaba el plazo de espera. Aquí el uso de los nudos era un signo aritmético inmediato, era la aplicación del mismo principio que Robinson aplicaba en su isla, o el del preso que marca con rayas en el muro los días de su cautiverio. No así en los quipos peruanos, rama horizontal con lazos de distintos colores y anudados de diverso modo, en que los lazos representan una verdadera inscripción y se descifran como una clave. Primero se los empleó para contar, y luego se desarrollaron al punto de comunicar decretos enteros. Lo propio acontece con el *wampum*, sartas de conchas de los hurones o los iroqueses. La barra con muescas suele otras veces significar cómputos aritméticos, el monto de una deuda y la fecha de su cumplimiento; y partida longitudinalmente en dos, constituye un par de documentos, uno para el acreedor y otro para el deudor, que reunidos nuevamente en uno verifican, por coincidencias de ranuras, la autenticidad del convenio.
>
> El signo más elemental es el objeto que por sí mismo se aplica a la acción sugerida: un hacha, la guerra; una pipa cargada, la paz, la conversación amigable. Menos claro ya aquel mensaje de los escitas a los persas: un ave, un ratón, una rana y cinco flechas; lo cual aparentemente significaba (pues otros lo entendieron como un mensaje de sumisión): "No intente combatirnos quien no sea capaz de remontarse como el pájaro, esconderse bajo tierra como el ratón o cruzar los pantanos como la rana, porque lo aniquilaremos con nuestras flechas". Cuando estos mensajes no consisten ya en el objeto, sino en la pintura del objeto, comienza el jeroglifo.
>
> *[Hermes o de la comunicación humana.]*

Podríamos añadir, a título de ornamento, el caso de los tejos marcados que usan los guerreros aqueos para sortear el honor de combatir con Héctor, y el mensaje mortal que llevaba consigo Belerofonte (algo así como: "Al recibo de la presente, darás muerte al portador"), y que, por lo visto, él no era capaz de descifrar. Y, por cuanto a las relaciones entre la aritmética y los signos comunicativos, podríamos recordar a Descartes, quien presintió en la matemática una manera de pensar que nace del lenguaje, así como su lejano contrincante, Vico, desarrolló la doctrina de la fantasía en el lenguaje.

Si hoy volviéramos sobre aquellos temas, nos agradaría consagrar un capítulo a los recursos que se han inventado para escribir (o inscribir), conservar y transportar de un país a otro todo el movimiento de un *ballet*, recursos en que —si no me engaño, y aunque hay antecedentes que datan, con Beauchamps-Feuillet, de fines del siglo XVII— descuella hoy el sistema llamado *Labanotation* ("labanotación", por referencia a su inventor Rudolf Laban), lúcidamente expuesto hará un par de años por Ann Hutchinson, y que parte de algo como una estrella de los vientos, acompañada de signos convencionales y fáciles para fijar los pasos, saltos, quiebros de cintura y cabeza, avances y retrocesos, acciones de tronco y extremidades, enlaces entre los distintos personajes, y demás figuras de la danza; es decir, la coreografía como la define el Diccionario académico: "arte de representar en el papel un baile por medio de signos, como se representa un canto por medio de notas".

Además, si hoy volviéramos sobre aquellos temas, no habría más remedio que esforzarnos por explicar esa difícil teoría —ha venido a llamársela Teoría de

la Información—, la cual se propone medir la cantidad de información contenida en un mensaje (por ejemplo, las señales telegráficas de cualquier orden) y buscar los símbolos capaces de emitir y traducir los mensajes o señales del modo más económico posible —concepto de economía física, por supuesto— sin perder un adarme de la información transmitida; extremos que resultan análogos para la telefonía, la radiodifusión, la televisión, el radar y, en suma, para las mismas comunicaciones escritas u orales, puesto que, en el trato humano, todo parte del lenguaje y vuelve al lenguaje.

Si queremos una prueba sobre los peligros de un mensaje y cómo puede alterarse en la transmisión (lo que llegó a ser un "juego de trinchera", ya que no "de salón", durante la Guerra número I), lo encontraremos en las estrofas 46 a 63 del *Libro de buen amor*, donde el regocijado Arcipreste de Hita nos cuenta el diálogo a señas ("señas de letrado"), entre un rústico romano y un sabio griego, donde cada uno entendió otra cosa y, mientras el sabio quedó satisfecho de que el romano había admitido la teoría de la Trinidad, el "ribaldo" o rústico se alejó furioso y dándose por agraviado ante las que tuvo por amenazas de su docto interlocutor. El cuento recuerda la disputa de Panurgo y Taumasto en Rabelais; se lo descubre por primera vez en ciertas glosas jurídicas de los siglos XII o XIII; reaparece en el diálogo medieval de *Plácidas y Timeo;* en los argumentos de Forcadel, rival de Cujas (Tolosa, siglo XVI); y todavía lo emplea Nebrija, entre otros, siempre con intención satírica y para azotar a los ignorantes.

Finalmente, y al sumergir el estudio de la lengua, como hemos dicho, en el estudio general de las comunicaciones humanas, no conviene olvidar la modulación de la voz, que escapa a la mera estructura del lenguaje, y sobre lo cual ofrezco dos ejemplos que casi son dos chascarrillos:

1) Un padre lee, indignado, este telegrama de su hijo:

a) (Tono autoritario.) "¡Estoy arruinado, mándame dinero!" y comenta, lamentándose: "¡Hijo irrespetuoso!" ¡Si al menos me hubiera telegrafiado así!:

b) (Tono implorante): "¡Estoy arruinado, mándeme dinero!"

2) En una comedia andaluza de los Álvarez Quintero, que cito de memoria, aunque aseguro que he respetado lo esencial:

"—Y qué ¿ha llovido en el cortijo?

—Pues verá usted, señorito:

a) (Tono menor): Como llover, llover, lo que se llama llover, sí ha llovido.

b) (Tono mayor): Ahora, que como llover, llover, lo que se llama llover, no ha llovido."

Pero recobremos el hilo de nuestro asunto. La Teoría de la Información se apoya en el cálculo de probabilidades y en la estadística matemática, y aunque ha partido de un principio práctico en apariencia (ingeniería de las transmisiones), trasciende a la ciencia pura, por donde se desborda al fin sobre las ciencias humanas, interesa al criterio histórico de la prueba o testimonio, a la teoría del conocimiento y toca el lindero de la filosofía, donde será cuerdo que se detenga.

Jurgen Ruesch y Weldon Kees, por su parte, rondando los límites de esta teoría, acaban de consagrar un sugestivo ensayo a la "comunicación no verbal, o notas sobre la percepción visual de las relaciones humanas". Piden allí auxilio a las conclusiones de la lingüística, la antropología, la sociología, la psiquiatría, el psicoanálisis, la semántica, la matemática, la cibernética o "gubernética" de las máquinas, y la neurofisiología. ¡Ay, que ante este alud de consideraciones científicas la vieja lingüística romántica parece la imagen de la penuria, aunque también de la heroicidad! ¡Ay, que la lingüística va dando la espalda a los escritores y pronto se refugiará en los laboratorios atómicos! *(Cum grano salis.)*

Por supuesto que estas sublimidades lingüísticas andan ya muy lejos del trato concreto de la lengua que a los escritores incumbe. Pero, aun sin salir de nuestro ámbito, da grima pensar que todavía corren por ahí manuales de gramática en que se habla de la "analogía", palabra y concepto pitagóricos, heredados de los remotísimos siglos en que aún se pensaba que existe una armonía secreta y necesaria entre el objeto y la palabra con que se lo nombra. De lo que ya hacía donaire Proclo, observando que, si existiera tal relación mística, Aristocles no hubiera podido llamarse Platón, ni Tirtamo hubiera podido llamarse Teofrasto. Como si dijéramos, que don José Martínez Ruiz no hubiera podido llamarse Azorín cuando se le antojó hacerlo, sin incurrir en alguna violación de carácter sacro. Y adviértase que estas vejeces se conservan aún por los días en que ya la gramática ha alcanzado, con la escuela danesa, ese desarrollo que le permite mudarse del orden normativo al orden llamado "estructural".

No quiere esto decir en manera alguna que la ley lingüística sea la arbitrariedad, lo que supondría una palmaria contradicción con lo que antes expusimos. Ya se entiende que la censura contra la tesis de los analogistas sólo se refiere a la doctrina sobre el origen o creación del lenguaje, no al lenguaje ya creado. Pues aquí hay, desde luego, aunque no una relación mística, sí algo como un convenio respecto a lo pactado o establecido, sea consciente o inconscientemente y las más veces por difuso arrastre secular. Si en el instante teórico de la creación verbal (su símbolo puede ser el instante en que Adán dio nombre a los animales) fue dable llamar "vino" al pan o viceversa, después del bautismo ya no queda más que llamar al pan "pan", y al vino, "vino", para dar un nuevo sesgo a la frase hecha.

Por supuesto también que, si en los usos prácticos del lenguaje hay cierta indiferencia, que en algo recuerda la indiferencia anterior al bautismo, el rigor va aumentando —aunque no sea ya la armonía mística que soñaban los analogistas — según nos acercamos a los usos que llamaremos teóricos: la filosofía, las ciencias, las letras, la poesía. En efecto, en los usos filosóficos y científicos del lenguaje, habrá que ceñirse al concepto de la adecuación, propiedad, exactitud (que va desde la palabra precisa, pasando por el tecnicismo estereotipado, hasta la fórmula matemática); y en los usos del lenguaje artístico —letras, poesía— habrá que apegarse a la intención expresiva, prefiriendo este o el otro término

por múltiples razones de corrección léxica y gramatical, así como de valor estético (fundamento de la "estilística"); y en los usos teórico-prácticos, que por una parte atienden al encanto del habla y, por otra, a su eficacia persuasiva (en suma, la retórica o arte oratorio como lo define la antigüedad clásica), aun habrá que tomar en cuenta asimismo la oportunidad y la conveniencia social. Todo ello significa una fuerza atractiva mayor o menor entre el objeto y su nombre, fuerza que podrá mudar de un caso a otro, según las mil circunstancias que lo envuelven y le dan su carácter, pero no por eso deja de existir. Y en este sentido elástico y sometido a las distintas utilidades del momento y a ese *sí sé qué* llamado el gusto, es admisible todavía aquella vieja lección sobre las palabras *nobles* e *innobles*, expuesta, después de otros, por Casio Longino, secretario de la reina Zenobia de Palmira en el siglo III de nuestra era, o quien haya sido el autor del precioso tratadito *De la sublimidad*. ¿Queremos, de paso, algún ejemplo sobre la variabilidad en el grado de nobleza de las palabras? Pues veamos cómo el popularísimo nombre de "Juana" queda dignificado por el solo hecho de haberlo incrustado en sus sonetos el licenciado Tomé de Burguillos, o cómo el vulgarísimo de "Francisca Sánchez" queda como trocado en oro por haberlo acomodado Rubén Darío en un gracioso endecasílabo.

Pero, se preguntará el paciente auditorio, ¿corresponde todo esto al programa de la Academia? ¡Oh no! Aquí nadie prescribe sus obligaciones a nadie, ni estamos formulando programas, y ya los señores académicos honran sobradamente a nuestro país y a nuestra habla entregándose a las inspiraciones de su propia minerva. Yo sólo he querido desahogar ciertas inquietudes que han provocado en mí algunas lecturas recientes, aprovechando para ello la ocasión que me proporcionaba este acto, y así, con toda intención y muy de caso pensado, borrar un poco mi persona entre consideraciones abstractas, ya que, por desgracia, el carácter mismo de esta sesión la exhibía demasiado.

Señores académicos: muchas gracias. Muchas gracias, señoras y señores.

NUESTRA LENGUA*

I. GENERALIDADES

1. El habla es el don de hablar, característica del hombre, que los animales sólo manifiestan en rudimentos, aunque a ellos les bastan para entenderse entre sí.

2. Por una parte, el hombre ha hecho el habla; por otra, el habla ha hecho al hombre: dos agentes que se modelan el uno al otro. El que deseaba labrar una estatua hizo un cincel: el cincel lo hizo poco a poco escultor.

3. El habla es una especialización oral de las señales que hace nuestro cuerpo para expresar lo que desea. Aunque esta especialización oral venció, por cómoda y económica, a las otras señales, éstas quedan aún junto al habla, sea que la refuercen o simplemente la acompañen, en los ademanes y en los gestos.

4. La *escritura* vino muchos siglos después para enviar a distancia, con la mayor exactitud posible, las señales del habla —concepto de fijación en el *espacio* —, y también para guardar las expresiones y el contenido del habla de modo que "no se lo lleve el viento" o no se olvide —concepto de fijación en el *tiempo*—. A la escritura propiamente tal precedieron varios sistemas aproximados, como esos signos que aún se usan en las carreteras, etc. Y para los mensajes a distancia, se usaron y aún se usan varios recursos auxiliares: los tambores y leños huecos o las fogatas del primitivo, las marcas del cuchillo en los árboles, los "telégrafos" de banderines y luces en los barcos, el verdadero telégrafo eléctrico, el teléfono, la radioemisión, etcétera.

5. El *lenguaje* es el cuerpo de expresiones orales en que se manifiesta el don del habla. Merced a la facultad del habla, el hombre posee un *lenguaje*. La *lengua* —o también el idioma— es el *lenguaje* que habla determinada comunidad: español, inglés, francés, nahua. Se dice "*el lenguaje*", en general; se dice "los idiomas", "las lenguas", conjunto de particularidades; o, concretamente, "esta lengua", "aquel idioma".

6. *Habla, lenguaje, lengua, idioma*, son términos que se usan con cierta indiferencia unos por otros. La frontera no está trazada. El objeto de haberlos distinguido aquí ha sido tan sólo el explicar algunas nociones principales, de la más abstracta a la más concreta. Por *habla* suele entenderse también la selección personal que cada uno hace habitualmente dentro de su lenguaje: "En el *habla* de Fulano no está el llamar *ebrio* al *borracho*".

7. El habla, y por consecuencia el lenguaje, los idiomas o lenguas, *no se han ajustado absoluta y totalmente a un sistema mental inflexible*. Aunque la inteligencia y la razón los han tutoreado en mucha parte, también en mucha parte han crecido espontáneamente como los árboles.

8. La *Gramática* da las reglas de los usos que se consideran preferibles, pero ni puede abolir los demás usos, ni es siempre indispensable que lo haga (fuera del trato de buena educación o las funciones de la cultura), ni ella misma logra defenderse del empleo inveterado de formas ajenas a toda lógica. Por ejemplo: saltar la comba —que aquí decimos "la cuerda"—, "a pie juntillas", frase que se considera correcta, aunque lógicamente debiera ser: "a pies juntillos".

9. En nuestro lenguaje se descubren fácilmente *residuos del pensar primitivo*, que no corresponden al estado actual de conocimiento o la ciencia, y bien mirado hasta pueden ser antropomorfismos risibles, como el atribuir sexo a los objetos mediante los llamados "géneros", declarándolos convencionalmente masculinos o femeninos: *el* banco, *la* silla, *el* sol, *la* luna. Para estas últimas palabras la convención es inversa en alemán, donde *Sonne* es femenino, y *Mond* masculino. Por aquí se ve lo arbitrario y casual de estas atribuciones.

10. El lenguaje, y por consecuencia los idiomas o lenguas, no ofrecen *formas fijas* y nacidas de una vez para siempre en el estado que nos es habitual, en el que usamos. Se han modificado con el *tiempo* y se modifican en el *espacio*. El español que hoy hablamos no es igual al español del *Poema de Mío Cid* (siglo XII). Y, dentro de una sola época, la nuestra, el lenguaje del norte de Francia difiere un poco del lenguaje del mediodía. No se habla español exactamente lo mismo en las Provincias Vascongadas que en Aragón o en Andalucía. Hay diferencias entre el lenguaje del norte de México (digamos, Monterrey) y el del sur (digamos, Mérida); entre el del este (digamos, Veracruz) y el del oeste (digamos, Guadalajara). En general, no se habla el español lo mismo en España que en Hispanoamérica o en Salónica.

11. Esta variabilidad del lenguaje no es consecuencia única de la variabilidad del tiempo y del espacio; sino que el lenguaje, corriendo como un río por distintos cauces (distintos ambientes naturales, comarcas donde quedan residuos de distintas lenguas anteriores, o que sufrieron distintas invasiones de otros pueblos de diverso idioma, o simplemente contactos y vecindades con distintos grupos extranjeros), acarrea al paso variados sabores y matices; ya en la construcción de frases, ya en la forma de las palabras, ya en las pronunciaciones, acentos, "tonadas" y maneras de hablar.

12. Un idioma varía con el tiempo, con el espacio, con las circunstancias de su desarrollo. Nunca está completo en parte alguna. Nunca acabado de hacer en ningún momento. Por eso resulta una falsedad ese criterio que atribuye al idioma una entidad final y absoluta. Por ejemplo, se dice y repite: "En aquella época la lengua no estaba aún madura". ¿Madura respecto a qué modelo ideal? La lengua de cada época está prácticamente madura para tal época. Si resucitara un hombre de la Edad Media, nuestra lengua no le parecería cosa madura, sino una incómoda corrupción.

II. LATÍN Y ROMANCES

1. Así pues, la vida de las lenguas se reduce a la evolución o cambio en el espacio y en el tiempo. Y esto aconteció con la antigua *lengua latina*, una de las más importantes del importantísimo grupo o conjunto de lenguas emparentadas llamado *indoeuropeo*. Los cambios se fueron acentuando, y al fin sucedió como si el latín anterior hubiera tenido un puñado de hijas: nuevos estados, nuevas apariencias de la madre. Ayer se consideró que estas transformaciones eran decadencias. Un secreto instinto policiaco de perseguir y delatar culpas presidía a estos juicios. Hoy se entiende y admite que las transformaciones son legítimas, por responder a las nuevas condiciones y necesidades de distintos lugares y tiempos.

2. La *lengua latina*, conforme se deshacía la unidad del antiguo Imperio romano, fue dando origen, por toda la antigua Romania o sea en los distintos territorios de su dominio, a las llamadas *lenguas románicas* o romances: el italiano, el francés, el provenzal, el catalán, el español, el portugués, el indeciso reto-romano (valles alpinos al nordeste de Italia y al sudeste de Suiza), y finalmente el rumano, en la antigua Dacia romana, hoy muy mezclado de vocabulario eslávico y otros elementos.

3. Había en la Antigüedad *dos latines*. Uno es el latín literario en que escribieron Horacio y Cicerón; suerte de lengua artificial e instrumento de la cultura. Otro era el latín de la conversación y el uso diario, el latín vulgar, que se siguió hablando en los lugares conquistados por Roma aun después del año 476, caída del Imperio romano. Aunque en estos lugares había funcionarios y oficiales que escribían la lengua literaria y hablaban el latín vulgar de la gente educada, los dominaba numéricamente la inmensa población de soldados, colonos y campesinos que hablaban todavía más a lo plebeyo el latín vulgar, y que además se dejaban influir por los contactos con los pueblos nativos, de hablas diferentes. Y todos estos factores, obrando de consuno, fueron dando origen a las mescolanzas de que han nacido los romances. Singularmente cuando las invasiones bárbaras dejaron a cada antigua colonia entregada a sus propias fuerzas.

Así acontece por toda la antigua Romania. En la alta Edad Media, hasta hubo Padres de la Iglesia que recomendaban a los predicadores usar en sus homilías y sermones ese latín ya adulterado y plebeyo, para que mejor los entendiera la gente humilde, las ovejas predilectas del Cristianismo.

4. Van configurándose los *romances*, que todavía se deshacen por las orillas y dan, como brotes, unas seudolenguas ya de tercera instancia o *dialectos*. Dejaremos a los pobres dialectos, aunque sean también brotes legítimos, en su mala opinión y su fama equívoca (¡otra vez el prejuicio policiaco que tanto ha enturbiado los estudios lingüísticos!), para sólo hablar ya del español, nuestra lengua.

III. El español

1. Nuestra lengua, el *castellano* que se llamará *español* cuando domine prácticamente el país, entra desde el norte de España como una cuña o cuchilla, y luego se expande hacia los litorales que, en sus peculiaridades propias, ofrecen ciertas semejanzas. El castellano nunca pudo nivelar esas disidencias. Entre el castellano y las zonas que no llegó a invadir del todo hay, naturalmente, zonas intermedias. Y hoy casi podemos decir que el español defiende sus dominios actuales con un sonido gutural y tajante, que le es bien característico: reina plenamente el español, hoy por hoy, dondequiera que se escucha la *j*, dondequiera que se esgrime al hablar el machete de la *j*.

2. Al correr del tiempo y según las vicisitudes históricas, la lengua española ha recibido, sobre la masa original del latín vulgar vuelto romance, ciertos elementos de otras lenguas peninsulares prerrománicas: elementos ligures, tudetanos, vascos, fenicios, cartagineses, griegos; y luego, aportaciones de lenguas no peninsulares, como los términos guerreros y otros tomados a las hablas germánicas, las palabras árabes —más bien para la administración y la cultura—, etcétera.

3. Entre todas estas lenguas peninsulares ajenas al romance, el caso más singular es el caso del vasco, vascuence o vascongado, "sagrado chorro de piedras" que decía un poeta. Esta extraña lengua quedó enquistada en la Península como una supervivencia de remotas edades. Ha dado lugar a muy detenidas investigaciones y también a las fantasías más desorbitadas. Tiempo hubo en que se la declaró la lengua del Paraíso. La ciencia ofrece hoy, sobre su origen, tres hipótesis principales: *a)* que es lengua camítica, africana, afín del bereber, el copto, el cusita y el sudanés; *b)* que es lengua fundamentalmente caucásica, y *e)* que es una mezcla de ambas corrientes.

4. Los varios romances, hijos del latín, palpitan ya a principios del siglo VIII. Cuando los árabes invadieron España, ésta conservaba la unidad lingüística, el latín de su tiempo, abuelo del castellano.

Los hispanorromanos que se refugiaron en el norte fueron ensanchando su dominio a partir del siglo XI. A esto se llama la "Reconquista". Para esos días, en España hay ya un mosaico de lenguas: además del castellano, hay el catalán, el gallego-portugués, el leonés y el mozárabe llamado a desaparecer.

5. La lengua castellana o romance vulgar comienza a configurarse de modo titubeante desde el siglo IX hasta el siglo X. Los diplomas y documentos notariales de la época, que pretenden redactarse en latín, se van dejando penetrar cada vez más por el nuevo modo de hablar como por una humedad del subsuelo. En las *Glosas emilianenses* y en las *Glosas silenses* (monasterios de San Millán y de Silos), ambas del siglo X, estas nuevas formas se usan ya de modo consciente.

6. Entretanto, por influencia de los inmigrantes "francos", aparecen los

primeros galicismos, cuya introducción no ha de cesar ya a lo largo de la Edad Media. Naturalmente, esos galicismos han dejado de serlo, han sido ya absorbidos por el castellano y pertenecen a su auténtico patrimonio: *homenaje, mensaje, palafrén, deleite, vergel, manjares, viandas*, etc. Así ha sucedido ya en nuestros días con los anglicismos "mitin", "líder", "club". Estas absorciones de vocablos extranjeros forman parte del desarrollo normal de los idiomas. Hoy estamos plenamente seguros de que estamos hablando español cuando usamos palabras de diverso origen, como "arroyo" (voz de sustrato prerromano), "pájaro" (derivadas del latín) o "alcázar" (procedente del árabe) (ver 1, 5 y 12).

7. La épica naciente canta ya a los Condes de Castilla, llora a los Infantes de Lara y a Sancho II, caído en el sitio de Zamora. Pronto ocurre en toda la Romania algo como un desperezo que hoy llamaríamos "nacionalista", manifiesto anhelo de poner en valor y en la lengua que de veras se habla, las realidades actuales y circundantes. Ello determina el triunfo del romance. El latín queda relegado a la función de lengua auxiliar. Las hijas se emanciparon de la madre, y la confinaron en los menesteres humildes propios de la vejez. Antes de mediar el siglo XII, con el cantar de *Mío Cid*, la lengua entra ya por el camino real de la literatura. En el siglo XIII, la adopción del romance es definitiva.

8. Pero no nacen a un tiempo todos los géneros. Don Alfonso X el Sabio, gran organizador de la prosa histórica y didáctica, se pasa de buena gana al gallego-portugués cuando quiere ejercitarse en la poesía lírica y cantar a la Virgen María, como si todavía la adusta lengua castellana no se acostumbrara a estos primores y encantos métricos.

Sin embargo, de tiempo atrás las intenciones líricas del castellano venían ensayando salidas aventureras. Había canciones en árabe o en hebreo (las *muwachahas*) que admitían, hacia el final, y a modo de lujo, palabras y aun frases enteras en romance (las *jarchas*). Se asegura que esta singularidad comenzó a principios del siglo X, pero la mayoría de estas canciones data de los siglos XI y XII, hay unas tres en el siglo XIII, es decir, en tiempos de Alfonso el Sabio, y aún aparece alguna en pleno siglo XIV, sin duda manifestación artificial de arcaísmo.

9. Echa a andar la lengua española. A la etapa arcaica sucede la prosa de Alfonso el Sabio. El español medieval se acerca al humanismo (siglo XV), y aparece el español llamado por los filólogos "preclásico". De 1525 en adelante, entramos en el Siglo de Oro, y la gran expansión imperial de España se refleja en la nueva musculatura de la lengua. El español ha llegado a ser lengua universal, y se permite las audacias barrocas (gongorismo, conceptismo). Y nos asomamos a América.

10. Como resultado de emigraciones y conquistas, la lengua española —además de hablarse en la Península— se habla hoy en nuestras Américas continentales e insulares, en las Filipinas y en las Canarias, en regiones de África, Turquía y Grecia, y en el sudoeste de los Estados Unidos, que antes fue región

hispanomexicana.

IV. América y México

1. Acercándonos a lo nuestro, y acéptese o no la hipótesis del "andalucismo americano", conviene recordar estos hechos: 1) la proporción de andaluces, extremeños y murcianos que pasaron a la conquista de América parece haber sido de un 50 por ciento; 2) Sevilla y Cádiz monopolizaron durante los dos primeros siglos el trato y comercio con América o, como se decía entonces, con las Indias; 3) en el siglo XVI acontece una intensa transformación fonética en la lengua peninsular. El español que se hablaba entonces es más o menos el que llevaron a Oriente los sefarditas expulsados de España. Pero esta lengua se estancó entre los judeoespañoles, y allá conserva hasta nuestros días abundantes formas anticuadas. En América, al contrario, la transformación se acentuó de la manera que todos conocemos.

2. En el grupo hispanoamericano se dibujan con mayor o menor aproximación cinco zonas lingüísticas: 1) una zona de los Estados Unidos, la meseta mexicana y parte de Centroamérica; 2) costa mexicana del Golfo, parte de Centroamérica, las Antillas, Venezuela y una faja del litoral colombiano; 3) el resto de Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia; 4) la zona rioplatense, con el Paraguay por centro, y 5) Argentina y Chile. Téngase en cuenta que este trazo es todavía muy indeciso. El verdadero mapa lingüístico de nuestras Américas está todavía por hacer.

3. *El principio de economía* de Fermat es tan válido en física como en fisiología y en psicología. Desde luego, este principio tampoco puede ser ajeno a las evoluciones lingüísticas. Tal principio permite asegurar desde ahora que el español del futuro evolucionará hacia el ahorro de esfuerzo. Acaso acabe por imponerse el modo de hablar hispanoamericano. Este modo de hablar se considera sumariamente como el "andalucismo de América". Pero procede más bien de los vulgarismos y plebeyismos comunes a la soldadesca peninsular reclutada para la Conquista. Desde luego, hay vastas regiones de España que confunden, como América, la *z* o la *c* suave con la s, y donde espontáneamente se pronuncia la *y* en vez de la *ll* castiza, la cual se aprende artificialmente a pronunciar en las escuelas. Si en efecto la evolución se encaminase por la línea de la economía o comodidad, el término extremo pudiera llegar a ser el "antillano", que, por huir los tropiezos de las consonantes, se deshace a veces en un verdadero flujo de vocales. (Recuérdese el juego verbal llamado precisamente "fuga de consonantes".) Si así fuere, acontecería algo semejante a lo que aconteció cuando aparecieron las lenguas romances, que poco a poco tomaron el sitio de la lengua madre latina. Las hijas americanas estarían entonces llamadas a recoger la deslumbrante y honrosa herencia peninsular, pues hay un paralelismo entre la latinización de España y la hispanización de América. En estos casos, no

es indiferente en manera alguna la situación que ocupan los pueblos en el mundo. La decadencia o el florecimiento políticos determinan decadencias o florecimientos lingüísticos. No sabemos lo que el porvenir nos depara.

Por supuesto, esta evolución, si llega a acontecer, todavía requerirá algunos siglos, y más de los que requirió la transformación del latín en romance, pues los elementos de comunicación son hoy mil veces más activos y eficaces que entonces, así como los recursos de fijación por medio de la cultura lingüística. Además España e Hispanoamérica hablan por suerte la misma lengua, y la evolución posible abarcará a ambas, no habrá una verdadera separación como entre el latín y los romances.

4. En México hay cuatro zonas lingüísticas que se distinguen fácilmente: 1) el norte de la República, no tan uniforme como parece; 2) la altiplanicie central, dominada por la ciudad de México que le imprime su carácter, como Castilla lo imprime a España; 3) las "tierras calientes" de la costa oriental, sobre todo Veracruz y Tabasco; 4) la península de Yucatán, cuyas características comienzan en el estado de Chiapas y se alargan hacia Centroamérica.

5. Sin pretender en modo alguno agotar el tema, que requiere estudios especiales, sean a título de ejemplo, unas cuantas peculiaridades mexicanas.

De una manera general, se advierten en nuestra pronunciación las tendencias a suavizar la *j*, haciéndola más delantera o acercándola un poco a la *h* inglesa; a prolongar un poco la *s*, no encorvando la lengua hacia arriba como en España, sino manteniéndola plana, al modo de la *s* francesa; singularidad de la ciudad de México sobre todo, que ha hecho decir a un dominicano: "esto es un mar de *eses*, del cual emerge uno que otro sonido"; lo que recuerda un poco la pronunciación guipuzcoana, donde al "cocido" le llaman "loss cossidoss", plural que aumenta la extrañeza. También se advierte la inclinación a convertir la *ll* y la *y* en *g* sonora francesa, por las regiones de Puebla y Orizaba y quizá otras, como se hace en la Argentina. En la meseta central hay afición a eludir un poco las vocales, apretando las consonantes, al revés de lo que pasa en Veracruz o en las Antillas, de modo que aquí se da una "fuga de vocales". Nuestro gran poeta Luis G. Urbina solía saludar a sus amigos con esta frase: "*¿Cóm t'va viejcit?*" También se tiende a articular con exceso las pronunciaciones difíciles: *exactitud* en lugar de *esatitú* que generalmente se permite el pueblo español. A veces este escrúpulo llega a excesos que hacen sonreír un poco a los españoles ante los turistas de nuestro país. (Esta exageración del cultismo puede relacionarse con cierto alambicamiento de las expresiones: "No pude *localizar* a Fulano": en vez de *encontrarlo* o *dar con él*.) En cuanto al vocabulario, naturalmente influyen los estratos de las distintas lenguas indígenas. Y quedan, en el habla culta, formas anticuadas como "fierro" por "hierro", sin contar las que se conservan en el campo y entre la gente humilde, como "truje" por "traje", "priesa" por "prisa" o "mesmos" por "mismos"; todo ello, supervivencias del siglo XVI en que por primera vez nos visitó la lengua española.

La influencia predominante de la cultura francesa en cierta época trae una contribución de galicismos, no sólo a México, sino a toda Hispanoamérica ("capitoso", por "embriagador" en ciertos poetas del Modernismo): y hoy se deslizan numerosos anglicismos en México por la vecindad con los Estados Unidos y las mutuas relaciones cada día más estrechas de la economía, la industria, los deportes. Nótese que la misma Intervención francesa dejó residuos entre nosotros ("mariachi" —música para la boda o *mariage*— y, hasta hace varios lustros, "el versa", como se llamaba en los restaurantes capitalinos de lujo al que servía el café). Y adviértase que aun las cartas o minutas de los restaurantes contribuyen a la introducción de extranjerismos.

En cuanto a las construcciones, la variedad es mucha, pero, en suma, el mexicano no tiene que vencer demasiadas resistencias para conformarse con el ideal general de la lengua. No tenemos *voseo*, sino que somos región de *tuteo*. Y ya en Chiapas, por ejemplo, se encuentran algunas formas verbales típicas de la América del Sur, como "sentate", por "siéntate", etcétera.

Algunos verbos transitivos y algunos neutros se usan con el pronombre *se* (ya haciéndolas dativos éticos, o ya reflexivas, como les llama la Gramática): "*se* raptó a una mujer", "el ganado *se* abreva", en vez de "raptó" y "abreva", sin el *se*, como dicen en España.

Los falsos cultismos, los alambicamientos de expresión y los barbarismos se perciben ahora más que antes entre la gente muy diversa y de muy distintas clases y niveles que recluta la radio.

Hay ciertas tendencias estilísticas propias, como en todas partes, y una muy peculiar es el empleo cariñoso de los apodos que designan efectos o mutilaciones de la persona: "¿Qué me cuentas, *cojito?*", "¿Qué pasa, *tuertito?*"

El uso y abuso del diminutivo es característico: un "ratito", un "ratitito", "tantito", "merito", "lejitos".

Se abusa mucho del *qué* en las preguntas: "¿Qué, mañana estarás en tu casa?", en vez de "¿Estarás mañana en tu casa?" Se usa con frecuencia el *hasta* al revés: "Estaré en casa *hasta* las once", cuando se ha querido decir: "*No* estaré en casa hasta las once, pues antes andaré en negocios por la calle". Hay torpeza en algunos empleos del *en:* "Te veré *en* la tarde", en vez de "por la tarde", o "a la tarde", etcétera.

Así como, en España, algunos tienen el abominable vicio de salpicar las frases con vaciedades como "¿me entiende usted?", "¿verdad?" y otras al mismo tenor ("Anoche, ¿verdad?, estaba yo cenando, ¿me entiende usted?, cuando se oyó un tiro"), así en México padecemos el abominable vicio de meter por dondequiera en las frases el estribillo "*este*", sin duda para cubrir momentáneos oscurecimientos mentales. El resultado es una suerte de insoportable tartamudeo psicológico: "Anoche, *este*, a la hora de cenar, *este*, se me ocurrió, *este*, que hoy podríamos tratar nuestro asunto".

Y una condición ya más social que lingüística está en el deseo predominante

de hablar a medio tono y sin levantar mucho la voz. El español peninsular habla generalmente en voz más alta y, comparada con la nuestra, algo imperiosa en apariencia, lo que desconcierta un poco a los mexicanos cuando van por primera vez a España.

Ya se ve que la observación anterior no es una censura, pero aun las censuras que arriba quedan mencionadas no significan que todo sea error en la manera de hablar de los mexicanos, la cual, por el contrario, ofrece manifiestos encantos y atractivos como lo reconocen propios y extraños: así la conservación de ciertos términos castizos y legítimos que en España van cayendo en desuso ("angosto" por "estrecho", como allá dicen casi siempre); la conservación de ciertos sentidos propios que en España se han pervertido (allá dicen "hábil" para decir "bribón"); la tendencia natural a la rotundidad de las frases y su construcción coherente, en vez de las expresiones o interjecciones vacías y en vez de las frases que empiezan por dondequiera y acaban de cualquier modo, vicios que en otras partes se advierten con alguna frecuencia; la manifiesta pulcritud de algunos usos en labios plebeyos (aquí nadie dice "*me se olvidó*"); y un no sé qué de la antigua cortesía nacional que ha logrado salvarse a despecho de las violentas transformaciones sociales y que trasciende a las fórmulas de la misma conversación, etc. A esto pudiéramos fácilmente añadir otras condiciones recomendables en la lengua de los mexicanos, pero ello nos llevaría muy lejos.

Dejamos fuera de este rápido análisis muchísimas otras peculiaridades secundarias o regionales que han sido objeto de abundantes monografías. Se ha dicho que la conquista lingüística de México no ha terminado aún.

6. Por toda España y desde el Bravo hasta Patagonia —las zonas por excelencia de la lengua española— se da naturalmente, como sucede en otras lenguas, el duelo entre el "academismo" por una parte, o tendencia a seleccionar, sobre la masa común de la lengua, lo que parece más recomendable y propio de la gente educada, y por otra parte, el "popularismo" o deseo de aceptar cuanto se dice, sin calificarlo ni someterlo a censura. Este duelo se da en mayor o menor grado y aparece cruzado de ciertas corrientes transversales. Así, se creería al pronto que en España predomina el academismo en la lengua común, cuando lo cierto es que, en algunas clases sociales de Hispanoamérica, muchos modos peninsulares parecen plebeyos, y que estas clases hispanoamericanas exageran su esfuerzo por hablar con decencia hasta el alambicamiento (ya lo observamos antes de paso), así como también se resisten más al neologismo que el público y el lector españoles. ¿Acaso, como se ha afirmado, se siente América menos dueña de la lengua que España? Esta afirmación es algo ligera y apresurada, algo sumaria aunque seductora a primera vista.

La Academia Española, a través de su órgano que es el Diccionario, procede con justa cautela ante neologismos, regionalismos y americanismos, y en cambio, como el Diccionario es obra acumulada de varias generaciones, en él se conservan inconscientemente términos ya incomprensibles o muy anticuados.

Ante esta actitud, se alza la de muchas autoridades que ya no soportan un Diccionario *antológico*, sino que desean un Diccionario con las puertas abiertas de par en par a cuanto se dice y se habla. Y lo que se aplica al léxico en los diccionarios, puede aplicarse a las morfologías, la pronunciación y la sintaxis.

Entre uno y otro extremo hay que buscar un cuerdo equilibrio, con miras siempre a respetar la unidad, la base idiomática de la lengua. Así lo reconoce la Academia Española, que ya en su Diccionario Manual da un paso prudente hacia la transacción. La nueva edición de su Diccionario oficial muestra en tal sentido un notable progreso, y últimamente ha emprendido trabajos lexicográficos de suma importancia que poco a poco han de publicarse.

Este género de problemas que el físico llama "problemas del equilibrio dinámico o equilibrio en movimiento", más que asunto de teoría y doctrina son asunto de instinto, sentido práctico, tacto y buen gusto.

Aquí sucede lo que con las Constituciones democráticas: que el pueblo soberano siempre tiene derecho a modificarlas o cambiarlas por otras, pero si lo hace todos los días nunca vivirá conforme a una política civilizada.

PRÓLOGO

* La lectura y ubicación de los textos que conforman esta antología fueron realizadas por los *conejillos de Indias* Elizabeth Diana Rojas Ávila, Mario Caballero Cruz y Fernando López García, coordinados por María del Rayo González Vázquez.

[1] No deja de llamar la atención que predominen las traducciones del inglés —Laurence Sterne, Robert Louis Stevenson y Gilbert K. Chesterton—, así como los helenistas británicos —Alexander Petrie, Maurice Bowra y Gilbert Murray— o hasta el politólogo George D. H. Cole, a pesar de que el idioma extranjero que más apreciaba, por mucho, era el francés.

[2] Véanse Alicia Reyes, "¿Por qué los epistolarios de Alfonso Reyes?", en *Voces para un retrato. Ensayos sobre Alfonso Reyes*, Víctor Díaz Arciniega (comp.), México, Fondo de Cultura Económica-Universidad Autónoma Metropolitana, 1990, pp. 220-234, y Javier Garciadiego, "Hacia las 'cartas completas' de Alfonso Reyes", *Boletín Editorial*, El Colegio de México, núm. 101, enero-febrero de 2003, pp. 9-16.

[3] *Cf*. Alfonso Reyes, *Misión diplomática*, Víctor Díaz Arciniega (comp. y pról.), 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001.

[4] El Fondo de Cultura Económica ha publicado, entre 2010 y 2013, cinco volúmenes de su *Diario*, anotados y prologados, respectivamente, por Alfonso Rangel Guerra, Adolfo Castañón, Jorge Ruedas de la Serna, Alberto Enríquez Perea y Víctor Díaz Arciniega. Pronto aparecerán otros dos volúmenes, dedicados a los últimos veinte años de su vida.

[5] El reconocido alfonsista Adolfo Castañón hizo un acucioso inventario titulado "Guía para navegar en las antologías de Alfonso Reyes…", *Revista de la Universidad de México*, núm. 53, julio de 2008, pp. 52-54.

[6] Soy miembro del equipo de alfonsistas dedicado a la edición de su *Diario*. Tanto el director inicial del equipo, don José Luis Martínez, como su actual coordinadora, Alicia Reyes, y cinco de sus ocho miembros —Alfonso Rangel Guerra, Adolfo Castañón, Alberto Enríquez Perea, Víctor Díaz Arciniega y Fernando Curiel— han publicado ya sus antologías.

[7] Hay varios tomos de tema helénico; también son varios los volúmenes dedicados a las literaturas mexicana e hispánica; uno entero está dedicado a Goethe; otros son de literatura ficcional; también los hay de material ensayístico, poético, autobiográfico, e incluso de teoría literaria.

[8] También apareció en ocho pequeños tomos en 2006, publicados por el Comité Regional Norte de Cooperación con la UNESCO.

[9] En las páginas introductorias Octavio Paz sentenció que Alfonso Reyes era "el enamorado de la mesura y la proporción, hombre para el que todo, inclusive la acción y la pasión, debería resolverse en equilibrio…" *Cf*. p. 5.

[10] Después de la muerte de Reyes, Mejía Sánchez fue el responsable de editar sus *Obras completas*. De hecho, editó de los tomos XIII al XXI. Después de su fallecimiento, en 1985, el responsable de los siguientes cinco volúmenes fue José Luis Martínez. Ernesto Mejía Sánchez también fue autor de dos antologías de Reyes: una publicada en 1979 por Promexa Editores y otra que tituló *Antología personal*, publicada en 1983 por la editorial Martín Casillas.

[11] Véase Barbara Aponte, *The Spanish Friendships of Alfonso Reyes*, tesis de doctorado, Austin, University of Texas, 1964. Consúltese una antología muy particular: *Alfonso Reyes lee el "Quijote"*, Adolfo Castañón y Alicia Reyes (comps.), México, El Colegio de México, 2008.

[12] También contamos con una antología sobre algunos textos de Alfonso Reyes dedicados a la educación superior, prologada, antologada y anotada por José Emilio Pacheco: *Alfonso Reyes. Universidad, política y pueblo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967.

[13] Otra antología en la que predominan textos de temática americana fue la que en 1991 hiciera Rafael Gutiérrez Girardot para la célebre Biblioteca Ayacucho, de Venezuela, titulada "*Última Tule" y otros ensayos*. Una más, la de Víctor Díaz Arciniega, *Vocación de América*, México, Fondo de Cultura

Económica, 1989.

[14] En este rubro véase *El vendedor de felicidad. Alfonso Reyes en "Vida Universitaria"*, que rescata todos los textos publicados por Reyes en este órgano de difusión de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

[15] Consúltese <www.cvc.cervantes.es/literatura/escritores/a_reyes/antologia.htm>.

[16] Alfonso Reyes, "Teoría de la antología", en *La experiencia literaria*, pp. 136-137, en *Obras completas*, 26 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1955-1993 (en adelante *OC*), t. XIV, pp. 137-141. Aunque firmada en 1930, su primera publicación fue en *La Prensa*, Buenos Aires, 23 de febrero de 1938.

[17] Para un riguroso inventario de la producción de Reyes véase James Willis Robb, *Repertorio bibliográfico de Alfonso Reyes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974. Obviamente, este notable esfuerzo debe actualizarse con los inéditos, epistolarios y antologías de Reyes aparecidos después de su publicación.

[18] *Cf.* Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976; Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual*, México, Joaquín Mortiz, 1980; también de este autor, "El Fondo y don Daniel", en VV. AA., *Libro conmemorativo del primer medio siglo. Fondo de Cultura Económica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 11-39, y Gabriel Zaid, *Daniel Cosío Villegas. Imprenta y vida pública*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

[19] En efecto, un buen número de ellos había sido pensionado en Alemania, Inglaterra, Francia o algún otro país europeo por la Junta de Ampliación de Estudios.

[20] Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa: Fondo de Cultura Económica, 1934-1994*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

[21] La Universidad Nacional Autónoma de México es otra institución muy atenta a la obra de Alfonso Reyes, como también lo es la Universidad Autónoma de Nuevo León. La primera, además de la antología hecha por José Luis Martínez, *Textos*, ha publicado: *Alfonso Reyes*, seleccionada por Beatriz Espejo y aparecida en 1988 en la célebre colección Material de Lectura; *La "X" en la frente. Textos sobre México*, escogidos y prologados en 1993 por Stella Mastrangelo para la benemérita colección Biblioteca del Estudiante Universitario, y *Algunos ensayos*, prologados y seleccionados en 2002 por el gran alfonsista Emmanuel Carballo.

[22] A la fecha Adolfo Castañón trabaja en la culminación de este proyecto que don José Luis Martínez dejara inconcluso. Si éste publicó las cartas cruzadas entre 1907 y 1914, Castañón está preparando las cartas de 1914 a 1945, fecha en que se escribiera la última misiva entre ellos.

[23] *Cf. El tiempo de los patriarcas. Epistolario 1909-1952*, Leonardo Martínez Carrizales (comp., estudio introd. y notas), México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

[24] Véase la nota 3.

[25] Esta colección se publica en coedición con el Instituto Tecnológico de Monterrey. Los tomos ya publicados, con sus temas y responsables, son nueve: I) *México*, Carlos Monsiváis; II) *Teoría literaria*, Julio Ortega; III) *América*, David Brading; IV) *Nueva España*, Gonzalo Celorio; V) *Memoria*, Margo Glantz; VI) *Literatura española*, Vicente Quirarte; VII) *Relaciones internacionales*, Bernardo Sepúlveda; VIII) *Grecia*, Teresa Jiménez Calvente; IX) *Periodismo*, Federico Reyes Heroles, y X) *Literatura universal*, Liliana Weinberg. Quedan pendientes tres tomos: *Autobiografía* (inicialmente a cargo de Carlos Fuentes, relevado por Alberto Enríquez Perea), y, aún sin fecha de aparición: *Poesía* (cuyo prólogo estaba a cargo de José Emilio Pacheco) y *Aforismos* (prologado por Jesús Silva-Herzog Márquez).

[26] Véase la nota 4.

[27] Seguramente Alonso Lujambio también pensaba en otra gruesa antología publicada por el Fondo de Cultura Económica, en 2006, de la obra de Carlos Castillo Peraza, y preparada por él junto con Germán Martínez Cázares.

[28] Publicada originalmente en dos gruesos tomos titulados *Páginas sobre Alfonso Reyes*, Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1955-1957, años después fueron actualizados y ampliados, creciendo hasta llegar a ocho volúmenes. Véanse *Páginas sobre Alfonso Reyes* y *Más páginas sobre Alfonso Reyes*, editadas por Alfonso Rangel Guerra y James Willis Robb, respectivamente, México, El Colegio Nacional, 1996-1997.

[29] Véase la nota 17.

[30] Nuestra antología incluye las notas del propio Reyes, así como las redactadas por los editores anteriores (siempre identificadas entre corchetes), entre ellos los de sus *Obras completas:* Ernesto Mejía Sánchez [EMS] y José Luis Martínez [JLM]. Las notas marcadas con [E.] son las únicas que nos hemos permitido agregar en esta edición.

[31] Acaso las únicas excepciones sean las preparadas por Alfonso Rangel Guerra y Alberto Enríquez Perea: la del primero, *Recoge el día*, contiene un apartado titulado "Del epistolario. Del diario"; la del segundo tiene una sección, la XII, dedicada a su "Correspondencia".

[32] La feliz frase, por la humildad que refleja, proviene del epitafio de don Alfonso Reyes y del último renglón de su "Proemio" al primer volumen de sus *Obras completas. Cf*. p. 8.

SEMBLANZA DE ALFONSO REYES

[1] Alfonso Reyes ha sido objeto de varios estudios biográficos. Para elaborar esta breve síntesis han sido especialmente útiles las obras de Alicia Reyes, *Genio y figura de Alfonso Reyes*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1976; Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, México, El Colegio de México-Gobierno del Estado de Nuevo León, 1990, y Fernando Curiel, *El cielo no se abre: semblanza documental de Alfonso Reyes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio Nacional, 1995. Obviamente, todo estudioso de Reyes está en deuda con Emmanuel Carballo, por el capítulo que le dedicó en su ya clásico libro *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, México, Empresas Editoriales, 1965, pp. 101-137. Sobre todo, han sido especialmente provechosos los propios escritos de Reyes, sus textos autobiográficos, sus cartas y su *Diario*. Pudiera decirse que las siguientes páginas son un resumen de mi propio estudio biográfico de don Alfonso: Javier Garciadiego, *Alfonso Reyes*, México, Planeta De Agostini, 2002 (Col. Grandes Protagonistas de la Historia Mexicana), reeditado por la editorial Planeta en 2009.

[2] La familia materna, los Ochoa, era propietaria de haciendas y ranchos en el suroeste de Jalisco, en la frontera con Colima.

[3] Recuérdese que Díaz gobernó de 1877 a 1880, regresando al poder en 1884, luego de un periodo presidencial de Manuel González, para permanecer en la presidencia hasta mediados de 1911.

[4] Véanse las biografías de E. V. Niemeyer, *El general Bernardo Reyes*, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León-Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León, 1966; Josefina G. de Arellano, *Bernardo Reyes y el movimiento reyista en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1982, y Artemio Benavides Hinojosa, *El general Bernardo Reyes. Vida de un liberal porfirista*, Monterrey, Ediciones Castillo, 1998.

[5] Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas*, 2 vols., Madrid, Biblioteca Nueva, 1929-1930.

[6] Las difíciles relaciones con su hermano Rodolfo han sido examinadas en mi escrito *Política y literatura: las "vidas paralelas" de los jóvenes Rodolfo y Alfonso Reyes*, México, Centro de Estudios de Historia de México Condumex, 1990.

[7] En el prólogo del tomo X, *Constancia poética*, de sus *Obras completas* Reyes explica que los tres sonetos *La duda* fueron publicados en *El Espectador* el 28 de noviembre de 1905, en Monterrey, pero nunca fueron rescatados por él. *Cf*. Alfonso Reyes, *OC*, t. X, pp. 10-11.

[8] Para Alfonso Reyes los días "alcióneos" fueron aquellos "dedicados al cultivo de la amistad, la lectura, las disquisiciones filosóficas y la experimentación literaria"; para Pedro Henríquez Ureña era "la placidez de los días singulares que vivió en compañía de Caso y Reyes". *Cf*. Susana Quintanilla, *Nosotros. La juventud del Ateneo de México*, México, Tusquets, 2008, pp. 68 y 76. Respecto al término "aciago", véanse los días 3, 7, 15 y 16 de septiembre de 1911 de su *Diario*, en los que señala que debido al enfrentamiento político entre Madero y su padre existía una "atmósfera impropicia (¿o propicia?) a mis ejercicios espirituales". *Cf*. Alfonso Reyes, *Diario I*, Alfonso Rangel Guerra (ed. crítica, introd., notas, fichas biobibliográficas, cronología e índice), México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 2010, pp. 3-8.

[9] Su hermano Rodolfo fungiría como su tutor.

[10] La revista *Savia Moderna* fue editada a principios de 1906 por Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón; dejó de publicarse el mismo año, luego de que Cravioto partiera a Europa. *Cf*. Fernando Curiel, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 166, y Susana Quintanilla, *Nosotros..., op. cit*., p. 45.

[11] Alfonso Reyes refiere que en el taller del arquitecto Jesús Acevedo "sucedió cierta memorable lectura del *Banquete* de Platón en que cada uno llevaba un personaje del diálogo". *Cf*. Alfonso Reyes, *Pasado inmediato*, en *OC*, t. XII, p. 208. En esta edición, pp. 37-62.

[12] Se han publicado los epistolarios con sus principales compañeros y amigos ateneístas. Por ejemplo, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo (1906-1946)*, Juan Jacobo de

Lara (pról. y recopilación), 3 vols., República Dominicana, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1981-1983; Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia I, 1907-1914*, José Luis Martínez (ed.), México, Fondo de Cultura Económica, 1986; Guzmán / Reyes, *Medias palabras. Correspondencia, 1913-1959*, Fernando Curiel (ed., pról. epistolar, notas y apéndice documental), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991; Julio Torri, *Epistolarios*, Serge I. Zaïtzeff (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, y *La amistad en el dolor: correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes, 1916-1959*, Claude Fell (comp. y notas), México, El Colegio Nacional, 1995.

[13] En una carta dirigida a su amigo de la infancia, Ignacio H. Valdés, Reyes le confesaba que en la ciudad había encontrado "¡...nada menos que a la Grecia!" *Cf*. carta de 4 de marzo de 1906, en *Correspondencia Alfonso Reyes-Ignacio H. Valdés, 1904-1942*, Aureliano Tapia Méndez (ed.), Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2000, p. 146.

[14] Véase José Carlos Mainer, *La edad de plata (1902-1939): ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1983.

[15] *Cuestiones estéticas* fue publicado en 1911 por el editor Ollendorff, de París, con prólogo de su amigo Francisco García Calderón.

[16] Alfonso Reyes impartió la clase de lengua y literatura castellana. *Cf*. *El Imparcial*, 13 de junio de 1913.

[17] Así llama Reyes al periodo que inició en septiembre de 1911, con los enfrentamientos entre reyistas y maderistas en la capital del país.

[18] A los pocos meses Rodolfo Reyes se distanció de Huerta, por lo que tuvo que renunciar al gabinete. Peor aún, tuvo que salir del país, exiliándose en España, donde murió en 1954. *Cf*. Rodolfo Reyes, *De mi vida*..., citado en la nota 5. Sobre su exilio en España, muchos años después apareció un tercer volumen de sus memorias, publicado en México por la editorial Jus en 1948.

[19] Reyes inculpó a su hermano Rodolfo al señalar que "personas mayores... se han arrepentido al punto de negar su responsabilidad en aquella funesta ocasión". *Cf*. *Parentalia*, en *Obras completas*, t. XXIV, pp. 399-400. Más aún, en su poema *9 de febrero de 1913* Reyes dice: "Febrero de Caín y de metralla", en clara alusión al mal hermano. *Cf*. *OC*, t. X, p. 146.

[20] *Cf*. carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán, 19 de mayo de 1953, en Guzmán / Reyes, *Medias palabras..., op. cit*., pp. 163-164.

[21] Se sabe que Victoriano Huerta le solicitó que fuera su secretario particular, pero Reyes, arriesgadamente, rechazó la invitación.

[22] Se recibió en julio de 1913 con una tesis titulada *Teoría de la sanción*, que fue publicada en el tomo XXVI de sus *Obras completas*, pp. 449-493.

[23] Véanse los avatares de la travesía en su *Diario I, op. cit*., pp. 8-12.

[24] Otros amigos *parisinos* fueron el ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide y el venezolano Rufino Blanco Fombona.

[25] Su correspondencia con el hispanista francés se publicó en *Ábside. Revista de cultura mejicana*, en los números aparecidos entre 1955 y 1957. Véase también Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia..., op. cit*., pp. 161-164.

[26] Carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán, 2 de agosto de 1917, en Guzmán / Reyes, *Medias palabras..., op. cit*., p. 105. Las vicisitudes de sus primeros años españoles, en *Diario I, op. cit*., pp. 13-15. Véase también "Historia documental de mis libros", en *OC*, t. XXIV, pp. 169-170.

[27] Juan Ramón Jiménez, sorprendido, le preguntó que "¿desde dónde venía, así preparado de lo ajeno...?" *Cf*. Juan Ramón Jiménez, *Españoles de tres mundos. Viejo mundo, nuevo mundo, otro mundo (caricatura lírica) (1914-1940)*, Buenos Aires, Losada, 1942, p. 91.

[28] *Cf*. Fernando Curiel, *Cartas madrileñas. Homenaje a Alfonso Reyes*, Madrid, Asociación Cultural de Amistad Hispano Mexicana, 1989, p. 13.

[29] Entre 1913 y 1915 redactó ambos textos y se publicaron en 1917. Azorín consideró "exquisito" los *Cartones de Madrid*, mientras que Juan Ramón Jiménez llamó a *Visión de Anáhuac* "una verdadera joya". *Cf*. Barbara Aponte, *The Spanish Friendships of Alfonso Reyes*, tesis de doctorado, Austin, University of Texas, 1964, pp. 152 y 414.

[30] *Cf*. Carta de Alfonso Reyes a José Vasconcelos, 25 de mayo de 1921, en *La amistad en el dolor...,*

op. cit., pp. 69-72.

[31] Véanse *Oración del 9 de febrero*, en *OC*, t. XXIV, pp. 23-39 (en esta edición, pp. 73-83), y *Mi óbolo a Caronte (evocación del general Bernardo Reyes)*, Fernando Curiel (estudio preliminar, ed. crítica, notas y selec. de apéndices), México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2007. En verso, véase *9 de febrero de 1913*, en *OC*, t. X, pp. 146-147 (en esta edición, p. 149).

[32] Véase la "noticia" a *Ifigenia cruel*, en *OC*, t. X, pp. 12-13 y 313-316. En esta edición, pp. 599-602.

[33] El encargo también implicaba buscar un acercamiento con el gobierno suizo, como paso previo para la incorporación de México a la Sociedad de Naciones, con sede en Ginebra.

[34] Entre otros, se hizo amigo de Jean Cassou, Paul Claudel, Jean Cocteau, Jean Giraudoux, Paul Morand, Jules Romains y Jules Supervielle. *Cf.* Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia…, op. cit.*, pp. 287-402.

[35] Además de las muertes violentas de los generales Francisco Serrano, Arnulfo R. Gómez y Álvaro Obregón, deben contemplarse la rebelión escobarista, de marzo y abril de 1929, y la polémica elección que tuvo como candidato derrotado a un estentóreo José Vasconcelos.

[36] Véase mi texto "Alfonso Reyes, embajador en Argentina", en *Diplomacia y revolución. Homenaje a Berta Ulloa*, México, El Colegio de México, 2000, pp. 97-121; véanse también *20 epistolarios rioplatenses de Alfonso Reyes*, Serge I. Zaïtzeff (comp.), México, El Colegio Nacional, 2008; *Cartas echadas. Correspondencia Alfonso Reyes / Victoria Ocampo, 1927-1959*, Héctor Perea (ed. y presentación), México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2009, y *Discreta efusión. Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes. Epistolario (1923-1959) y crónica de una amistad*, Carlos García (notas, ordenamiento y bibliografía), México, El Colegio de México-Bonilla Artigas Editores, 2010.

[37] El Fondo de Cultura Económica publicó una edición facsimilar de *Monterrey* en 1980, dentro de la colección Revistas Literarias Mexicanas Modernas. Existe otra edición más reciente, publicada en 2008 por la Secretaría de Relaciones Exteriores y la Universidad Federal Fluminense.

[38] Alberto Enríquez Perea, *Alfonso Reyes en los albores del Estado nuevo brasileño (1930-1936)*, México, El Colegio Nacional, 2009.

[39] Consúltese Fred P. Ellison, *Alfonso Reyes y el Brasil (un mexicano entre los cariocas*), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000.

[40] Durante su gestión en Buenos Aires publicó, en 1937 y bajo el sello de la editorial Sur, *Las vísperas de España*.

[41] Véase *Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires, 1936-1937*, Alberto Enríquez Perea (comp., introd. y notas), México, El Colegio de México-Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998.

[42] Véase Archivo Histórico Genaro Estrada, Secretaría de Relaciones Exteriores, Fondo de Concentraciones, exp. 25-6-70 (IV), f. 79. Véase también carta de Alfonso Reyes a Victoria Ocampo, 13 de febrero de 1938, en *Cartas echadas…, op. cit.*, pp. 51-53.

[43] Consúltese carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 22 de marzo de 1939, en Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo…, op. cit.*, t. 3, p. 462 (en esta edición, pp. 117-118). Véase también carta de Alfonso Reyes a Victoria Ocampo, 15 de agosto de 1938, en *Cartas echadas…, op. cit.*, pp. 60-61 (en esta edición, pp. 115-116).

[44] Véanse *Alfonso Reyes en La Casa de España en México (1939 y 1940)*, Alberto Enríquez Perea (comp., introd. y notas), México, El Colegio Nacional, 2005, y mi folleto *Alfonso Reyes y La Casa de España*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2009.

[45] Consúltese James Willis Robb, *Repertorio bibliográfico de Alfonso Reyes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974.

[46] Finalmente, hoy ya contamos con un inventario de su biblioteca, lo que nos permite saber qué autores leyó y en qué ediciones. *Cf. Capilla Alfonsina. La biblioteca de Alfonso Reyes. Catálogo bibliográfico*, Carolina Olguín García y Jorge Saucedo (eds.), México, Fondo de Cultura Económica-Universidad Autónoma de Nuevo León, 2011.

[47] En las *entradas* de aquellos años de su *Diario* son constantes sus quejas y reclamos, su desilusión. Véanse los días 6 y 30 de octubre de 1947, en Alfonso Reyes, *Diario VI*, Víctor Díaz Arciniega (ed. crítica, introd., notas, fichas biobibliográficas, cronología e índice), México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 2013, pp. 163-165 y 176-178.

[48] Véase la vieja acusación que le hizo Héctor Pérez Martínez de ser un autor extranjerizante y alejado de México, en Alfonso Reyes, *A vuelta de correo*, en *OC*, t. VIII, pp. 427-449, y Alfonso Reyes / Héctor Pérez Martínez, *A vuelta de correo. Una polémica sobre literatura nacional*, Silvia Molina (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad de Colima, 1988, pp. 15-19.

[49] El Fondo de Cultura Económica se había fundado en 1934; el Instituto Politécnico Nacional en 1936; en 1938 La Casa de España; dos años después El Colegio de México, y en 1943 El Colegio Nacional. Asimismo, el Instituto Nacional de Antropología e Historia fue creado en 1939, y la Biblioteca de México —dirigida por José Vasconcelos— y el Instituto Nacional de Bellas Artes en 1946. Por último, en el decenio siguiente se construyó la Ciudad Universitaria, y en 1959 aparecieron los libros de texto gratuito, proyecto de Jaime Torres Bodet, antiguo vasconcelista, y dirigido inicialmente por Martín Luis Guzmán, ateneísta como Reyes.

[50] El título de su discurso fue "Fastos de Maratón", y fue respondido, dándole la bienvenida, por el poeta Enrique González Martínez.

[51] Véase la entrada del 27 de septiembre de 1945, en *Diario VI, op. cit.*, p. 3.

[52] Consúltese *Libro conmemorativo del 45 aniversario. Fondo de Cultura Económica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 37. Véase también Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa: Fondo de Cultura Económica, 1934-1994*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

[53] Poco después de su arribo a México comenzó a padecer males cardiacos, que se agravaron a partir de 1951. Véase su *Cuando creí morir*, en *OC*, t. XXIV, pp. 125-137.

[54] Los nombres de las cinco series en que está organizada *Simpatías y diferencias* son *Páginas del jueves, Crítica* e *Historia menor, Simpatías* y *El cine, Los dos caminos* y *Reloj de sol*.

[55] La primera edición de *Visión de Anáhuac* apareció en Costa Rica, en 1917, en la imprenta de su amigo Joaquín García Monge. Hubo una segunda edición en 1923, en la colección española Índice. *Ifigenia cruel* fue publicada en Madrid, en 1924, por la Biblioteca Calleja. En México no se publicó sino hasta 1945 bajo el sello editorial de La Cigarra.

[56] Su obra autobiográfica se compiló en el tomo XXIV de sus *Obras completas*, que incluye los textos *Oración del 9 de febrero, Memoria a la facultad, Tres cartas y dos sonetos, Berkeleyana, Cuando creí morir, Historia documental de mis libros, Parentalia, Albores* y *Páginas adicionales*.

[57] Reyes había escrito sobre la muerte de su padre, en prosa y en verso, desde mucho antes. Recuérdense su poesía *9 de febrero de 1913* y su *Oración del 9 de febrero*, de 1930. Significativamente, este último texto lo mantuvo inédito hasta su muerte, lo mismo que otro, también dedicado a la muerte de su padre, rescatado recientemente y publicado con el título de *Mi óbolo a Caronte*. Véase la nota 31.

[58] *Cf*. Entrada del 15 de diciembre de 1959, en *Diario* [inédito], cuaderno 15. Véase también *OC*, t. XXII, p. 7.

[59] A partir de 1957 fungió como director de la Academia Mexicana de la Lengua.

[60] Jorge Luis Borges cuenta que propuso a Reyes para el premio Nobel de Literatura: "Reyes estaba en México entonces. Yo hablé con algunos amigos míos. Me place recordar el nombre de Victoria de Ocampo y el de Adolfo Bioy Casares. Y pensamos que si toda la América de habla española [...] pedía el premio para Reyes, eso tendría más fuerza que si lo pidiera el gobierno de México, porque al fin de todo, los mexicanos pidiendo por un mexicano, llamarían menos la atención que todo un continente. Un continente de muchas repúblicas pidiendo el premio para Reyes, pero aquí volví a encontrarme con el nacionalismo. Me dijeron: 'Sí, pero Reyes es mexicano', como si pudiera haber un pero ahí. Yo les dije, 'pero precisamente porque él es mexicano y nosotros somos argentinos va a tener más fuerza el pedido', pero me dijeron: '¿Cómo vamos a pedir por un mexicano?' Me di cuenta que no podía seguir conversando con personas así [...] entonces el proyecto fracasó. Es una lástima porque Alfonso Reyes hubiera honrado el Premio Nobel recibiéndolo". *Cf*. "Cómo conocí a Alfonso Reyes", *Boletín Capilla Alfonsina*, núm. 28, México, abril-diciembre de 1973, pp. 10-13, citado en *Discreta efusión..., op. cit.*, pp. 397, 401-402.

[61] Jorge Luis Borges calificó a don Alfonso como "el primer hombre de letras de nuestra América". *Cf*. "Alfonso Reyes", *Revista Mexicana de Literatura*, núm. 4, marzo-abril de 1956, p. 415, citado en *ibid*., pp. 355-357.

PASADO INMEDIATO

* Para la sesión conmemorativa del Primer Congreso Nacional de Estudiantes reunido en México el año de 1910. [Alfonso Reyes (AR), *Pasado inmediato y otros ensayos*, México, El Colegio de México, 1941, pp. 1-64. También en *Obras completas (OC)*, XII, pp. 182-216 (E.).]

[1] AR, "Rodó" (1917), *El cazador*, Madrid, 1921. Tambien en *OC*, III, p. 134. [En esta edición, p. 427 (E.).]

[2] AR, *El testimonio de Juan Peña* (1923), Rio de Janeiro, 1930. [También en *OC*, XXIII, pp. 148-158. En esta edición, pp. 198-205 (E.).]

[3] AR, "Rubén Darío en México: 1. El ambiente literario", *Los dos caminos*, Madrid, 1923. En estas páginas se cuenta cómo, habiendo sido Rubén Darío nombrado Plenipotenciario de Nicaragua para las fiestas mexicanas del Centenario juntamente con Santiago Argüello, la caída bajo la presión de los Estados Unidos, del gobierno que él representaba, hizo imposible ya su llegada hasta la ciudad de México, o la hizo poco aconsejable a los ojos del gobierno de Porfirio Díaz, en vista de la efervescencia contra Washington que se produjo entre nuestros universitarios, efervescencia que no dejó de manifestarse en torno a la persona de Argüello, y que hubiera sido mucho más intensa si Darío llega a aparecer en la capital. Ver *OC*, IV, apénd. núm. 8, *d, e* y *h*.

[4] AR, "Notas sobre Jesús Acevedo", *Reloj de sol*, Madrid, 1926. *OC*, IV, pp. 444-448. [En esta edición, pp. 383-386 (E.).]

[5] AR, "Rubén Darío en México: 1. El ambiente literario", *Los dos caminos*, Madrid, 1923; además, "Despedida a José Vasconcelos", *Reloj de sol*, Madrid, 1926, y *OC*, IV, pp. 301 y ss.

[6] Pedro Henríquez Ureña, "La influencia de la revolución en la vida intelectual de México", *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, La Habana (posterior a 1924), pp. 114-115.

[7] *Universidad Nacional*, diciembre de 1930.

[8] AR, *El suicida*, Madrid, 1917. *OC*, III, p. 302.

DÍAS ACIAGOS

* En AR, *Diario I*, Alfonso Rangel Guerra (ed. crítica, introd., notas, fichas biobibliográficas, cronología e índice), México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 2010, pp. 3-8. También en *OC*, XXIV, pp. 40-44. [E.]

[1] Era la casa número 44 en la calle de las Estaciones. De entonces data mi poema "Cena primera de la familia dispersa" *(Huellas*, México, 1923, pp. 136-139), muy corregido ya después de su primera aparición, como sucede con casi todas mis poesías *(Obra poética*, 1952, pp. 38-42).

* En AR, *Diario I, op. cit.*, pp. 8-15. También en *OC*, XXIV, pp. 45-52. [E.]

[1] En París permanecí desde agosto de 1913 hasta octubre del siguiente año de 1914. Entonces me trasladé a San Sebastián, y de allí a Madrid. El viaje de París a España, en "Rumbo al sur", *Las vísperas de España*, Buenos Aires, 1937, pp. 123-126. Las siguientes notas completan aquellas páginas.

[2] Pronto seríamos grandes amigos.

ORACIÓN DEL 9 DE FEBRERO

* AR, *Oración del 9 de febrero*, México, Ediciones Era, 1963 (Alacena). También en *OC*, XXIV, pp. 23-39. [E.]

CARTA DE ALFONSO REYES
A MARTÍN LUIS GUZMÁN

* En Guzmán / Reyes, *Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, Fernando Curiel (ed., pról. epistolar, notas y apéndice documental), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, pp. 134-141. [E.]

CARTA DE ALFONSO REYES
A PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

* En Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia I, 1907-1914*, José Luis Martínez (ed.), México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 301-306. [E.]

CARTA DE ALFONSO REYES A JOSÉ VASCONCELOS

* En *La amistad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes, 1916-1959*, Claude Fell (comp. y notas), México, El Colegio Nacional, 1995, pp. 54-57. [E.]

[DIARIO]

* En AR, *Diario I, op. cit.*, pp. 60-63, 67-69, 82-83, 87-90. [E.]

[DIARIO]

* En AR, *Diario I, op. cit.*, pp. 145-148. [E.]

[DIARIO]

* En AR, *Diario II*, Adolfo Castañón (ed. crítica, introd., notas, fichas biobibliográficas, cronología e índice), México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 2010, pp. 169-174. [E.]

[DIARIO]1*.

* En AR, *Diario III*, Jorge Ruedas de la Serna (ed., introd., notas, apostillas biográficas, cronología e índice), México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 2011, p. 114. [E.]

[DIARIO]

* En AR, *Diario III, op. cit.*, p. 243. [E.]

CARTA DE ALFONSO REYES
A GABRIELA MISTRAL

* En Luis Vargas Saavedra, *Tan de usted. Epistolario de Gabriela Mistral con Alfonso Reyes*, Santiago, Hachette-Ediciones Universidad Católica de Chile, 1991, pp. 76-78. [E.]

CARTA DE ALFONSO REYES
A VICTORIA OCAMPO

* En *Cartas echadas. Correspondencia Alfonso Reyes / Victoria Ocampo, 1927-1959*, Héctor Perea (ed. y presentación), México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2009, pp. 60-61. [E.]

CARTA DE ALFONSO REYES
A PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

* En Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo (1906-1946)*, Juan Jacobo de Lara (recopilación), Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1983, t. III, pp. 461-463. [E.]

CARTA DE ALFONSO REYES A WERNER JAEGER1*.

* En *Un amigo en tierras lejanas. Correspondencia Alfonso Reyes / Werner Jaeger (1942-1958)*, Sergio Ugalde Quintana (estudio, ed. y notas), México, El Colegio de México, 2009, pp. 52-53. [E.]

ROMANCE DE MONTERREY

* En AR, *Huellas*, México, Andrés Botas e Hijos, 1922, pp. 176-177. También en *OC*, X, pp. 52-54. [E.]

GLOSA DE MI TIERRA

* En AR, *Huellas, op. cit.*, pp. 59-60. También en *OC*, X, pp. 74-76. [E.]

* 75. También en *OC*, X, p. 113. [E.]

COPACABANA

* En AR, *Otra voz*, México, Fábula, 1936, pp. 37-38. También en *OC*, X, pp. 136-137. [E.]

SOL DE MONTERREY

* En AR, *Otra voz, op. cit.*, pp. 47-49. También en *OC*, X, pp. 144-146. [E.]

ROMANCES DEL RÍO DE ENERO

* En AR, *Romances del Río de Enero*, Maastricht, Oficinas Gráficas Halcyon, A. A. M. Stols, 1933. También en *OC*, X, pp. 385-401. [E.]

† 9 DE FEBRERO DE 1913

* En AR, *La vega y el soto, op. cit.*, p. 123. También en *OC*, X, pp. 146-147. [E.]

YERBAS DEL TARAHUMARA

* En AR, *La vega y el soto, op. cit.*, pp. 33-35. También en *OC*, X, pp. 121-123. [E.]

GAVIOTAS

* En AR, *Otra voz*, *op. cit.*, pp. 57-58. También en *OC*, X, pp. 149-150. [E.]

INFANCIA

* En AR, *La vega y el soto, op. cit.*, pp. 41-43. También en *OC*, X, pp. 150-153. [E.]

LOS CABALLOS

* En *OC*, X, pp. 153-157. [E.]

VILLA DE UNIÓN
(4 de julio de 1880)

* En AR, *La vega y el soto, op. cit.*, pp. 217-225. También en *OC*, X, pp. 195-203. [E.]

CERRO DE LA SILLA

* En AR, *Nueve romances sordos*, en alcance a *Huytlale*, núm. 13, t. II, Tlaxcala, 1954, pp. 19-20. También en *OC*, X, pp. 466-467. [E.]

SAN ILDEFONSO

* En AR, *La vega y el soto, op. cit.*, pp. 69-72. También en *OC*, X, pp. 217-220. [E.]

BALADA DE LOS AMIGOS MUERTOS
(En mis 57 años)

* 191-192. También en *OC*, X, pp. 225-226. [E.]

ADIÓS1*.

* En AR, *Obra poética, op. cit.*, p. 198. También en *OC*, X, pp. 235-236. [E.]

SILUETA DEL INDIO JESÚS

* En *Armas y Letras*, Monterrey, enero-marzo de 1959, pp. 5-8. También en *OC*, XXIII, pp. 23-26. [E.]

LA CENA

* En AR, *El plano oblicuo (cuentos y diálogos)*, Madrid, Tipográfica Europa, 1920, pp. 7-17. También en *OC*, III, pp. 11-17. [E.]

EL SUICIDA

* En AR, *El suicida, libro de ensayos*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de M. García y G. Sáez, t. V, 1917, pp. 5-26 (Colección Cervantes). También en *OC*, III, pp. 219-230. [E.]

EL TESTIMONIO DE JUAN PEÑA

* En AR, *El testimonio de Juan Peña*, Rio de Janeiro, Villas Boas, 1930. También en *OC*, XXIII, pp. 148-158. [E.]

[1] "Todos tenemos razón, / porque ninguno la tiene". Sor Juana Inés de la Cruz.

ENTREVISTA PRESIDENCIAL

* En AR, *Vida y ficción*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970, pp. 91-99. También en *OC*, XXIII, pp. 65-71. [E.]

DISCURSO POR VIRGILIO

* *Monterrey*, correo literario de Alfonso Reyes, Rio de Janeiro, III, 1932, pp. 1-2, y 1933, p. 1. Y a continuación del ensayo principal, en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, 1937. [También en *OC*, XI, pp. 157-177 (E.).]

* *Homenaje al poeta Virgilio, en el segundo milenio de su nacimiento*, México, Secretaría de Educación Pública, 1931, pp. 385-410; en *Contemporáneos*, México, II, 1931, pp. 97-131 (y tirada aparte), y *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, pp. 5-35.

ATENEA POLÍTICA

* Leído en su fecha en el Club Reforma, Facultad de Derecho (Palacio del Tamaraty), apareció en folleto privado, 8º, 42 pp. Segunda edición: Santiago de Chile, Pax, 1933, precedida de una carta facsimilar al editor, que dice así:

Sr. Dn. Carlos Cesarman.

Mi estimado amigo:

He querido corresponder a su amable sugestión dejando en sus manos un ejemplar de cierta conferencia que leí el año pasado a un grupo de jóvenes universitarios cariocas. La *Atenea Política* acaso merezca ser presentada al gran público chileno, en edición popular, por ser una obra de buena fe, destinada a corregir —al menos para mí mismo, si es que no lo logra en los demás— el abuso de ciertas nociones que, esgrimidas de un modo puramente metafórico o trasladadas del terreno ideológico, en que hallan natural acomodo, a otro terreno en que son del todo impertinentes, oscurecen, a los ojos de los incautos o los no prevenidos el verdadero sentido del acto humano y de la conducta en general.

Quisiera insistir sobre todo en aquella nota en que me atrevo a decir que acaso la conducta humana pueda definirse como un imperativo de continuidad lanzado sobre el mundo. Bien está que el investigador físico descubra (si es que se trata de un descubrimiento definitivo y no de una hipótesis más, rectificable como tantas otras que la historia de las ciencias deja caer en el camino) la hendedura de lo discontinuo en lo infinitamente pequeño o en lo infinitamente grande. A esto el investigador psicológico podrá contestar siempre que, en este mundo de las dimensiones medias que es el mundo humano, el espíritu ha hecho irrupción como una energía de continuidad. Hemos venido a atar cabos, a enlazar especies. Prolongue cada uno esta noción, y bañe con ella todo el campo de las conclusiones morales y estéticas.

Me seduce dejar a mis amigos chilenos un pequeño recuerdo de mis días en Santiago, donde siempre me acompañaron los mejores augurios: un aire templado y tónico, en que se respiraban ya los primeros halagos de la primavera, y la conjunción de Júpiter y Venus en el cielo nocturno. No hay como el poder y el amor cuando se juntan y acuerdan; es decir, la fuerza amorosa, el anhelo de creación en el bien.

Perdone sus divagaciones a este mitólogo impenitente, y crea en el agradecimiento de su amigo

A. R.

[También en *OC*, XI, pp. 182-203 (E.).]

[1] ¡Ay! (1938).

[2] Aquí, como en mis palabras del Día Americano, recogidas en *Última Tule*, sólo cito las instituciones oficiales para que se vea que las nuevas aspiraciones de que vengo tratando de tal modo invaden ya nuestro ambiente, que no sólo se manifiestan en las zonas renovadoras de la oposición, sino que han fundado ya cuarteles en el centro mismo de la zona conservadora. El cosmopolitismo, que por un extremo es perseguido por la policía como elemento disolvente, por el otro extremo recibe, en Ginebra, el acatamiento de los Estados.

[3] No niego que puedan ser filosóficamente “apreciables” sino moralmente “utilizables”.

[4] Partiendo de Roupnel, Gaston Bachelard nos habla ya de la autonomía absoluta del instante. Nuestra sensación de continuidad temporal sería una mera ilusión cinematográfica. Aquí no es sitio para entrar en esta discusión, que más que a la realidad del fenómeno se refiere al lenguaje con que lo expresamos. Bástenos decir que el solo hecho de que el hombre capte la realidad bajo especie de continuidad, indica que la continuidad es el orden humano. Aquí hablamos sólo del hombre como sujeto de conducta: no como contemplador pasivo del universo, sino como actor. Ensaye cualquiera una acción —así sea imaginativa— que no esté fundada en el supuesto de la continuidad: ensáyela, si puede. Acaso la conducta humana pueda precisamente definirse como un imperativo de continuidad lanzado sobre el mundo.

HOMILÍA POR LA CULTURA

* Conferencia en la Asociación Bancaria de Buenos Aires, publicada primeramente en *El Trimestre Económico*, México, Fondo de Cultura Económica, abril-junio de 1938, pp. 80-102. *Cf*. "El Brasil en una castaña" (*Norte y Sur, OC*, IX, p. 187); *Introducción al estudio económico del Brasil, 1936* (Archivo de A. Reyes, D. 1, México, 1938). [También en *OC*, XI, pp. 204-221 (E.).]

[1] Ver, en este mismo volumen [*OC*, XI (E.)], *Atenea Política*, pp. 182 y ss. [En esta edición, pp. 229-245 (E.).]

[2] Por los días en que se leyeron estas páginas, un fuerte viento occidental produjo una bajante en el río de la Plata, perjudicando por algunas horas los servicios de agua en Buenos Aires.

CIENCIA SOCIAL Y DEBER SOCIAL

* Se aprovechan pasajes y conceptos del breve artículo “El problema y la angustia de América”, aparecido en *La Nueva Democracia*, Nueva York, y en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, agosto de 1940, reproducido en otras revistas de México, La Habana y Rio de Janeiro. *La Prensa*, Buenos Aires, 7 de septiembre de 1941. [También en *OC*, XI, pp. 106-125 (E.).]

[1] “En vano la superior atención separó las naciones con los montes y los mares, si la audacia de los hombres halló puentes para trasegar su malicia.” Gracián, *El criticón*, I, 1.

[2] “Doctrina de paz”, *Futuro*, México, abril de 1938, y recogido en *Tentativas y orientaciones*, en *OC*, XI, pp. 222 y ss.

DISCURSO POR LA LENGUA

* Curso de la Escuela Normal Superior de México para los Maestros de Escuelas Secundarias Foráneas. Conferencia leída el 17 de agosto de 1943. Segunda lectura ante los inspectores de Escuelas Rurales, a petición de los mismos, 1º de diciembre de 1943. Publicada en *Nueva Era. Revista interamericana de pedagogía y cultura*, Quito, XIII-1944. [También en *OC*, XI, pp. 312-326 (E.).]

[1] AR, *El deslinde*, cap. VII, § 3 bis.

[2] *Cf.* "Antonio de Nebrija", *Retratos reales e imaginarios*, en *OC*, III, pp. 419 y ss. [En esta edición, pp. 447-452 (E.).]

[3] *Los dos caminos*, Madrid, 1923.

[4] *Calendario*, "Psicología dialectal", en *OC*, II, pp. 340-341.

CARTILLA MORAL

* En AR, *Cartilla moral (1944)*, México, Gráfica Panamericana, Archivo de Alfonso Reyes, Serie C (Residuos), núm. 1, 1952. También en *OC*, XX, pp. 481-509. [E.]

[1] Esta traducción parte de la hecha anteriormente por don Eduardo Iturbide y la modifica en numerosos lugares.

VISIÓN DE ANÁHUAC

* En AR, *Visión de Anáhuac*, San José, Imprenta Alsina, 1917 (Colección El Convivio). También en *OC*, II, pp. 13-34. [E.]

[1] Se dice ahora, según entiendo, que la *Crónica del Conquistador Anónimo* es una invención de Alonso de Ulloa, fundada en Cortés y adoptada por el Ramusio. Ello no afecta a esta descripción.—1955.

[2] Sobre estos extremos, prefiero hoy remitirme a la introducción de mi libro *Letras de la Nueva España*, 1948, y a la erudición posterior.

[3] Arreglo castellano de J. M. Vigil, sobre la versión inglesa de Brinton.

[4] Tloque-in-Nahuaque: cabe quien está el ser de todas las cosas, conservándolas y sustentándolas. —Molina.

TERCER CENTENARIO DE ALARCÓN

* En *Revista de Estudios Universitarios*, México, julio-septiembre de 1939, pp. 99-103. También en *OC*, VI, pp. 318-323. [E.]

EL "PERIQUILLO SARNIENTO" Y LA CRÍTICA MEXICANA

* Este artículo se publicó por primera vez en la *Revue Hispanique* de París (1916, XXXVIII, pp. 232-242).—1922. [También en *OC*, IV, pp. 169-178 (E.).]

[1] *Antología del Centenario*, bajo la dirección de Justo Sierra, por Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel, 2 vols., México, 1910.

[2] Del Ateneo de la Juventud, México, año de 1910.

[3] Publicose por primera vez la obra en 1816. Tanto esta como la segunda edición, sin fecha, constan sólo de los tres primeros volúmenes. La tercera edición, 1830-1831, aparece ya completa.

[4] Léase *Periquillo Sarniento*. Es característico en Beristáin trastrocar los nombres.

VICENTE RIVA PALACIO1*.

* En *OC*, I, pp. 253-256. [E.]

[1] No he vuelto a leer a Riva Palacio. En el recuerdo, se han mantenido mi simpatía y mi estimación para esta figura tan gallarda y para el crítico perspicaz.—1950.

LOS "POEMAS RÚSTICOS" DE MANUEL JOSÉ OTHÓN

* En *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, Imprenta Lacaud, 1910, pp. 35-60. También en *OC*, I, pp. 175-192. [E.]

[1] El Marquina anterior a los éxitos teatrales.—1925.

TRÁNSITO DE AMADO NERVO

* En AR, *Tránsito de Amado Nervo*, Santiago de Chile, Ercilla, 1937. También en *OC*, VIII, pp. 11-49. [E.]

[1] Quien haya leído *Plenitud* (1918) sabe ya que, en la poesía de Amado Nervo, "el bien supo elegir la mejor parte".

[2] Hoy, la expedición se reduce a unos minutos de automóvil por una hermosa carretera. Entonces, tomaba un mínimo de tres horas.

[3] El héroe de esta aventura es, realmente, Balbino Dávalos. Pero ¿no pudo ser el mismo Nervo?

[4] En *Elevación*, algún tiempo después, escribe, sin duda pensando en esto: "De hoy más, sea el silencio mi mejor poesía".

[5] Estimulada por esta carta, Juana de Ibarbourou organizó el 24 de mayo de 1919 una conmemoración a Nervo en Montevideo.

[6] La continuación de las *Obras completas* quedó en manos del Dr. A. Méndez Plancarte, fallecido desgraciadamente en 1955.

[7] Sería injusto no añadir aquí *Las cien mejores poesías (líricas) mexicanas*, de Castro Leal, Toussaint y Vásquez del Mercado, y especialmente la nueva edición refundida por Castro Leal, México, 1935.

[8] La ciudad de Tepic, antes capital del *Territorio* Federal de Tepic, hoy ha ascendido de categoría y de prosapia y es capital del Estado de Nayarit de Nervo. No faltaron críticos que encontraran excesivo el homenaje, alegando el consabido argumento de que "antes habría que cumplir con la memoria de éste y de aquél". No saben, los que así razonan, para quién trabajan. Si no empezamos alguna vez, ¿cuándo vamos a hacer justicia a los poetas? Conste, en todo caso, para que se disipe cierta anfibología de que yo mismo soy responsable en parte, que Amado nació el 27, y no el 24, como hemos dicho por ahí.

[9] La exquisita sensibilidad verbal de Rubén Darío supo aprovechar esta rareza del nombre de Amado Nervo: "Amado es la palabra que en querer se concreta, / Nervo, la vibración de los nervios del mal... / Fraile de los suspiros, celeste anacoreta / que tienes, en blancura, la azúcar y la sal..." Como se ve, Darío, empujado por las meras asociaciones verbales del nombre, llega fácilmente a la teoría psicológica que los modernistas tenían de sí mismos y de su moral, y que se reduce al "paralelamente", de Paul Verlaine: Dios y Satán, oración y pecado. Nervo, que así lo creía en su primera juventud, dice "a la católica majestad" de Paul Verlaine: "Flota como el tuyo mi afán entre dos aguijones: / alma y carne, y brega con doble corriente simpática / por hallar la ubicua beldad en nefandas uniones, / y después expía y gime con lira hierática".

[10] Es la "arrimada" de las antiguas familias mexicanas, que yo mismo he conocido: a veces es una hermana soltera, a veces una hermana viuda, a veces una simple amiga, a veces una criada ascendida con los años a la calidad de esclava familiar. Estas mujeres se sacrifican por el hogar ajeno, y renuncian a su propia vida para cuidar la casa o los hijos de la hermana, de la cuñada, de la señora a quien sirvieron desde niña. A veces son muy bellas, y todo el mundo dice: "¡Es una iniquidad!", pero así sucede (o sucedía). Hace unos tres o cuatro años, mi nodriza Paula Jaramillo me escribió todavía, desde un pueblo de mi Estado natal (Nuevo León): la pobre anciana ya no servía para nada desde hacía muchos años; pero, según ella misma me explicaba, vivía "arrimada" a la familia del médico.

[11] Yo, amiga Juana, también tengo que ver con La Barca, pueblo del Estado de Jalisco, famoso por su leche y sus quesos, donde mi abuelo paterno, el coronel Domingo Reyes, también fue autoridad política. (¿Sabía usted que *casi todos* mis antecesores varones murieron en la defensa de las instituciones liberales? Y los pocos que, como el tío Onofre, no perdieron la vida, perdieron la fortuna. El tío Onofre, que era un aristócrata, un refinado Des Esseintes provinciano, cuando tuvo que vender su cuchillería de oro, compró cubiertos de palo, porque los metales viles le daban asco.)

[12] Más tarde, se ha publicado lo publicable.

CROQUIS EN PAPEL DE FUMAR

* En *El Nacional*, México, 22 de julio de 1951. También en *OC*, XXII, pp. 152-154. [E.]

NOTAS SOBRE JESÚS ACEVEDO

* En AR, *Reloj de sol. Quinta serie de "Simpatías y diferencias*", Madrid, Tipografía Artística, 1926, pp. 139-146. También en *OC*, IV, pp. 444-448. [E.]

[1] Después se llamó *La llegada del Galeón, y* luego, *La Nao, y* con alguno de estos nombres apareció en una revista madrileña, *Alrededor del Mundo*.—1955.

[2] Pedro Henríquez Ureña, *La cultura de las humanidades*, discurso de inauguración de las clases en la Escuela de Altos Estudios de México, 1914.

EN MEMORIA DE ANTONIO CASO

* *Cuadernos Americanos*, México, mayo-junio de 1946. [También en *OC*, XII, pp. 153-156 (E.).]

DESPEDIDA A JOSÉ VASCONCELOS

* Publicado al día siguiente [6 de julio de 1924 (E.)] en dos diarios de México: *El Universal* y *Excélsior*, respectivamente. [También en *OC*, IV, pp. 441-443 (E.).]

LA LITERATURA MEXICANA
BAJO LA REVOLUCIÓN

* *Cultura Hispanoamericana*, Madrid, 15 de enero de 1917. [También en *OC*, VII, pp. 468-472 (E.).]

NOTAS SOBRE LA INTELIGENCIA AMERICANA

* La VII Conversación del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual se desarrolló en Buenos Aires, del 11 al 16 de septiembre de 1936, sobre el tema: "Relaciones actuales entre las culturas de Europa y la América Latina". Participaron en ella G. Duhamel, P. Henríquez Ureña, J. B. Terán, L. Piérard, F. de Figueiredo, J. Maritain, B. Sanín Cano, A. Arguedas, E. Ludwig, Keyserling (por carta), F. Romero, R. H. Mottram, C. Ibarguren, W. Entwistle, A. Peixoto, J. Estelrich, A. Reyes, C. Reyles, E. Díez-Canedo, G. Ungaretti, J. Romains y S. Zweig. Duhamel abrió la plática a nombre de Europa, y las notas que aquí se publican representan la iniciación del tema a nombre de América, que nos fue confiada. La imposibilidad de agotar en tan cortas sesiones un tema tan vasto y seductor, nos llevó más tarde a reunirnos con Pedro Henríquez Ureña y Francisco Romero para continuar la conversación por nuestra cuenta. En varias reuniones, del 23 de octubre al 19 de noviembre de 1936, tomamos algunos apuntes de que tal vez podrá salir algún día una obra en colaboración. (En efecto, de aquí salió *La constelación americana*, Archivo de Alfonso Reyes, D. 3, México, 1950.) *Sur*, Buenos Aires, septiembre de 1936. [También en *OC*, XI, pp. 82-90 (E.).]

[1] Pensé que estas explicaciones bastarían para esclarecer el sentido que yo daba al concepto de la síntesis de cultura, síntesis para la cual nuestra América parece singularmente dotada. En los volúmenes publicados por el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual en español y en francés, y en Buenos Aires y en París, respectivamente, el año de 1937, donde aparece la reseña de las conversaciones a que estas notas sobre América servían de introducción, puede verse que Francisco Romero coincidía conmigo en apreciar cierto don de síntesis en la mentalidad americana, coincidencia que no era el resultado de un previo cambio de ideas, lo que la hace más expresiva. Pero, al hablar de "síntesis", ni él ni yo fuimos bien interpretados por los colegas de Europa, quienes creyeron que nos referíamos al resumen o compendio elemental de las conquistas europeas. Según esta interpretación ligera, la síntesis sería un punto terminal. Y no: la síntesis es aquí un nuevo punto de partida, una estructura entre los elementos anteriores y dispersos, que —como toda estructura— es trascendente y contiene en sí novedades. H_2O no es sólo una junta de hidrógeno y oxígeno, sino que —además— es agua. La cantidad 3 no sólo es una suma de 1 + 2, sino que además es lo que no son ni 1 ni 2. Esta capacidad de asomarse a la vez al incoherente panorama del mundo y establecer estructuras objetivas, que significan un paso más, encuentra, en la mente americana, un terreno fértil y abonado. Ante el americano medio, el europeo medio aparece siempre encerrado dentro de una muralla china, e irremediablemente, como un provinciano del espíritu. Mientras no se percaten de ello y mientras no lo acepten modestamente, los europeos no habrán entendido a los americanos. No se trata de vulgares calificaciones entre lo que pueda ser superior o inferior en sí mismo, sino de puntos de vista diferentes sobre la realidad.

[2] *Monterrey*, correo literario de Alfonso Reyes, Rio de Janeiro, núm. 3, octubre de 1930, pp. 1-3, y *Sur*, Buenos Aires, 1931, núm. 1, pp. 149-158: "Un paso de América".

SOBRE BUENOS AIRES

* *El Nacional*, México, 28 de octubre de 1939. [También en *OC*, IX, pp. 161-165 (E.).]
[1] Ver, en este volumen [*OC*, IX (E.)], "Palabras sobre la nación argentina", pp. 28-36.

EL BRASIL EN UNA CASTAÑA1*.

* [También en *OC*, IX, pp. 187-195 (E.).]

[1] Ver, en este volumen [*OC*, IX (E.)], "Poesía indígena brasileña", pp. 86-88.

[2] También he tocado estos temas en *Introducción al estudio económico del Brasil* (1938) y en "Homilía por la cultura", *Tentativas y orientaciones*, México, 1944. [Este último, también en *OC*, XI, pp. 204-221. En esta edición, pp. 246-258 (E.).]

RUBÉN DARÍO EN MÉXICO

* Este artículo apareció por primera vez en la revista *Nuestro Tiempo*, Madrid, junio de 1916. [También en *OC*, IV, pp. 301-315 (E.).] La primera parte: "El ambiente literario", es reducción del artículo "Nosotros" que di, dos años antes, a la *Revista de América* publicada en París por los hermanos García Calderón, 1913, pp. 103-112. Esta página ha tenido suerte muy varia. Parece que no contentó, personalmente, a ninguno de mis amigos; pero que cada uno encontraba bien el retrato de los demás. Por eso, y porque sus frases han pasado, trasfundidas, a las antologías y a las críticas que se han escrito sobre aquel momento literario (y, sobre todo, a la excelente antología de Genaro Estrada, quien adoptó el criterio, sugerido por mí, de clasificar las tres pléyades en torno a las tres revistas: la *Revista Azul*, la *Revista Moderna* y la *Savia Moderna*), creo conveniente recogerla. Hoy tendría que retocarla mucho para ponerla al día. Otra vez he de intentar —ojalá que sea con más suerte— describir el panorama actual de las letras mexicanas, e introducir en mi cuadro los desarrollos que el tiempo ha hecho. Mis queridos amigos, cuya amistad y cuyo recuerdo han sido para mí el mayor aliento entre los pesares y los contratiempos de la ausencia, conocen la pureza de mi intención.—1923. "El ambiente literario" se aprovechó también en "Pasado inmediato", ensayo inicial del libro de este nombre (México, 1941). Ver al final, en este mismo tomo [*OC*, IV (E.)], Apéndice bibliográfico, núm. 8, *d* y *h*.

[1] Jesús Acevedo ha muerto. No nos consolamos de esta pérdida. Tengo, ante mí mismo, el compromiso de contar algún día lo que le debemos.

[2] —He hecho un gran negocio, ¡un gran negocio! ¿Oyes ese automóvil que piafa a las puertas del hotel? Es un automóvil que se alquila por cincuenta dólares, y yo lo he obtenido por cuarenta y cinco.

Este gran negocio —digno de la historia— es fama que lo realizó Rubén Darío en las horas de mayor escasez. Lo tengo de su compañero Ramos Martínez.

[3] Alude —con clara intención— a los cadetes del Colegio Militar de Chapultepec, muertos en 1847, combatiendo al yanqui: año en que se solía aún declarar la guerra antes de proceder a una invasión militar.

[4] Rodolfo.

RODÓ

* Publicado primeramente en la revista *Unión Hispanoamericana*, Madrid, 11 de junio de 1917. (No confundirlo con una notita anónima en que meramente resumí palabras de Pedro Henríquez Ureña y di a la revista *España*, Madrid, 14 de octubre de 1915.)—1950. [También en *OC*, III, pp. 134-137 (E.).]

EVOCACIÓN DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

* Homenaje a su memoria ofrecido por la Secretaría de Educación Pública en el Palacio de Bellas Artes, de México, el 31 de mayo de 1946. Aparece como prólogo de las *Páginas escogidas* de PHU, Bibl. Encicl. Popular, núm. 109. [También en *OC*, XII, pp. 163-171 (E.).]

EL ARGENTINO JORGE LUIS BORGES

* *Tiempo*, México, 30 de julio de 1943 (“Misterio en la Argentina”). [También en *OC*, IX, pp. 307-309 (E.).]

EL ARCIPRESTE DE HITA
Y SU "LIBRO DE BUEN AMOR"

* Prólogo a Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*, Madrid, Saturnino Calleja, 1917. También en *OC*, VI, pp. 15-21. [E.]

[1] *Antología de poetas líricos castellanos*, II, pp. LXXI-LXXII.

[2] Lunes de *El Imparcial*, 21 de abril de 1913.

[3] *Al margen de los clásicos*, 1915.

[4] Para la edición de que se trata (Madrid, Calleja, 1917), seguimos el texto de J. Ducamin, Tolosa, 1901, que a su vez se funda en los manuscritos conocidos: S (Salamanca), G (Gayoso), T (Toledo), F (Fragmento que se encuentra en un manuscrito descrito por R. Menéndez Pidal, en su *Catálogo de crónicas generales de España*, Madrid, 1898). Ducamin aprovecha la experiencia de las anteriores ediciones: Tomás Antonio Sánchez (1790), Eugenio de Ochoa (1842), José Amador de los Ríos (fragmentos publicados en su *Historia crítica*, 1863), Florencio Janer (Rivadeneyra, 1864). En nuestra edición popular, aprovechamos también la de J. Cejador (Madrid, "La lectura", 1913), sobre todo al transcribir el índice de refranes y sentencias. Reconocemos que, en todo este material, hay algunas correcciones que parecen obvias y que bien pudieron recogerse, siquiera en nota, en una edición destinada al público general.

47.—2: "tienen": "teníen", como pide la rima.

393.—3: "sácaslos": "sácaslo", como exige la concordancia.

738.—1: se usa dos veces, en el verso, la palabra "fija", que parece estar de sobra la primera; suprimiéndola, se regulariza el metro.

747.—3: "males grandes": "grandes males", como quiere la rima.

857.—4: "amata". La rima exige "atama", como en G ("¿adama?"). S es peor: "asusta".

897.—3: "honra": "honraba", como pide la rima.

988.—4: "¡Cal!": "¡Ea!" (?)

1046.—: Advertir que faltan dos versos del tetrástrofo.

Además, se deslizaron algunas inevitables erratas:

121.—1: "Cuando lo Cruz": "Cuando la Cruz".

132.—2: "guardos": "guardados".

171.—4: "catigas": "cantigas".

366.—4: "lo tiene, más": "lo tenie, mas".

709.—2, nota: "estro": "estotro".

771.—3: "vez": "voz".

1321.—4: "Aceacióme": "Acaecióme".

Todo esto debería tenerse en cuenta para una nueva edición, así como las obras: José María Aguado, *Glosario sobre Juan Ruiz* (Madrid, 1929), que es mucho más que un simple glosario, y Henry B. Richardson, *An Etymological Vocabulary to the "Libro de Buen Amor"*..., New Haven, 1930, que confiesa no haber podido conocer la obra de Aguado.

Debería, además, recogerse la corrección de "escultada" por "estultada" en el v. 1358.—3: "Vine manos vacías, finco mal estultada", cambiando la nota explicativa que dice: "mal escuchada, desoída", por otra que diga: "mal estultada, reprendida, maltarada de palabra".—*Cf.* Américo Castro en la *Revista de Filología Española*, Madrid, 1929, XVI, pp. 272-273, y también Leo Spitzer, la misma revista, 1930, XVII, p. 183. Aguado ignora todavía este retoque, que ya recoge Richardson.

A pesar de alguna opinión, no nos decidiríamos a aceptar, en el verso 744.—4: "Fasta que non vos dejen en las puertas llumazos", la explicación de que "llumazos" parecen ser bisagras o goznes ("plumaceau"). Etimologistas hay que recuerdan a este respecto la palabra "cojinete", diminutivo de "cojín", que también indica articulación metálica, "chumacera", etc... Pero Richardson lee: "los mazos".

ANTONIO DE NEBRIJA

* En AR, *Retratos reales e imaginarios*, México, Lectura Selecta, 1920, pp. 39-52. También en *OC*, III, pp. 419-425. [E.]

[1] Américo Castro, "Antonio de Nebrija", *Revista General*, 1° de agosto de 1918. (Después recogido en su libro *Lengua, enseñanza y literatura*, Madrid, Suárez, 1924, pp. 140-155. *Adición de 1925*.)

“QUIJOTE” EN MANO

* También en *OC*, XXI, pp. 98-106 [E.]
[1] Sobre el caviar, otra curiosidad del norte, *Quij*. II, LIV.
[2] AR, *De un autor censurado en el “Quijote” (Antonio de Torquemada)*, México, 1948.

SABOR DE GÓNGORA

* En AR, *Capítulos de literatura española (segunda serie)*, México, El Colegio de México, 1945, pp. 139-174. También en *OC*, VII, pp. 171-198. [E.]

[1] Por lo demás, nada cuesta encontrar tentaciones cultistas en Santillana y Garcilaso.

[2] Pido perdón a mis camaradas en Góngora, pero no creo en la elegante teoría del acusativo griego, que me parece más bien un italianismo, así como siento que son influencias de la fonética italiana algunas atroces sinalefas de Góngora, cuando no sean efecto de la deshecha pronunciación andaluza, la cual también dejó en Góngora sus rastros de *h* aspirada.

[3] Esta doctrina aparece ya en *El cortesano* de Castiglione.

SILUETA DE LOPE DE VEGA[1]*.

* En *OC*, VI, pp. 54-67. [E.]

[1] En la primera versión de este ensayo, que sirvió de prólogo al tomo I del *Teatro* de Lope de Vega, Biblioteca Calleja, Madrid, 1919, en vez de esta sección cuarta se leían las siguientes líneas, destinadas a acompañar las cuatro comedias del volumen: "En este tomo aparecen las comedias de Lope que han alcanzado mayor fama. Ningún hombre de mediana cultura puede dispensarse de leerlas; pero el que las ha leído no conoce, ni con mucho, a Lope, como no conoce el kilómetro el que sólo ha examinado el milímetro. Ésta es, precisamente, la mayor dificultad para hablar de Lope: siempre se le juzga de memoria y así será mientras no nazca algún bienaventurado que dedique su vida a leerlo.

"Tres de estas comedias proponen, bajo distinta forma, el tema del poderoso castigado por el humilde; y la otra —*El castigo sin venganza*— resucita, con nuevas inspiraciones y un desenlace más conforme con las ideas del honor en tiempos de Lope, la antigua leyenda de Fedra enamorada de su hijastro que aquí, a diferencia de Hipólito, le corresponde. Las cuatro son tragedias de amor. La psicología, el progreso de las pasiones, proceden a saltos mortales, para dar lugar a que se enrede y desenrede la fábula. Esto, sobre todo, en *La estrella de Sevilla*, historia de un rey corrompido a quien todos sus vasallos dan ejemplos de virtud, y en *El mejor alcalde el rey*, donde se ve la brutalidad de un señor que convierte a su hermana en tercera de sus amores. Algo más lento y elaborado aparece en *El castigo sin venganza* el proceso de un amor prohibido; y los versos, lindos muchas veces, pecan a ratos por exceso de virtuosidad. *Peribáñez y el Comendador de Ocaña* es acaso, para el gusto moderno, la preferible, por el encanto poético de la acción, el color de las escenas y la calidad de los versos. Tal glosa del *Castigo sin venganza*, tal romance del *Peribáñez* se quedan en la memoria, y los guardan las antologías como tesoros. Y por todas partes, aun donde parece que la dialéctica del honor opaca más el lenguaje, o donde los convencionalismos teatrales más atropellan la naturalidad de la acción, salta el fuego lírico del poeta."

En una reedición de este tomo, habría que sustituir con alguna otra comedia *La estrella de Sevilla*, cuya atribución a Lope ha sido rechazada ya por la crítica.

PRÓLOGO A QUEVEDO

* En Francisco de Quevedo y Villegas, *Páginas escogidas*, Alfonso Reyes (selec., pról. y comentarios), Madrid, Casa Editorial Calleja, 1917, pp. 10-30. También en *OC*, VI, pp. 74-84. [E.]

[1] P. Henríquez Ureña, *El maestro Hernán Pérez de Oliva*, La Habana, 1914.

[2] *Páginas escogidas*, Madrid, Calleja, 1917, p. 15.

[3] Ver AR, *El cazador, OC*, III, pp. 180-183: "Los orígenes de la guerra literaria en España".

[4] Nació Quevedo en Madrid, a fines de septiembre de 1580. Su familia procedía de la montaña de Burgos; su solar —arruinado en tiempos de Quevedo— se encontraba sobre la colina de Cerceda, valle de Toranzo, Santander. D. Pedro Gómez de Quevedo, su padre, era a la sazón secretario de la reina doña Ana, mujer de Felipe II. Doña María de Santibáñez, su madre, era dama de honor de la reina, y quedó a su servicio después de la muerte de D. Pedro. Comenzó Quevedo sus estudios en el Colegio Imperial de Jesuitas de Madrid. De 1596 a 1600, estudiaba en la Universidad de Alcalá, donde obtuvo el grado de licenciado en artes, y emprendió después la teología. En enero de 1601 parece estar otra vez al lado de la corte, en Valladolid. Hacia 1604 se ha abierto ya campo en las letras *(Cartas del Caballero de la Tenaza, Letrillas*, etc.), y de la misma época data su correspondencia con el flamenco Justo Lipsio, famoso humanista (1547-1606). Quevedo vuelve a Madrid en 1606 —con el regreso de la corte—, y allí permanece hasta 1611. Comienza en esa época a publicar los *Sueños* y, por 1609, dedica al duque de Osuna unas traducciones de Anacreonte.

[5] El duque de Osuna, a la vez que emprendía la reorganización administrativa de Sicilia, se proponía batir vigorosamente las flotas turcas y, de una manera general, favorecía las intrigas de las repúblicas italianas que pudieran redundar en bien del poderío español: tal es el sentido de cierto viaje de Quevedo a Niza en diciembre de 1613. Sublevado el pueblo, Carlos Manuel hizo decapitar a los cabecillas, y Quevedo logró escapar pasando por mar a Génova, de donde regresó a Sicilia a dar cuenta de lo acaecido.

[6] Tratábase de obtener la promoción del duque de Osuna al virreinato de Nápoles, con la mediación de los duques de Lerma y de Uceda. El viaje de Quevedo está lleno de incidentes: siguiendo las costas de Italia, desembarcó en Marsella; las agitaciones de católicos y hugonotes le impidieron ganar la frontera por el Languedoc y el Bearne. En Montpellier, los protestantes de Condé lo aprehendieron, tomándolo por emisario del rey de España. Declarada su misión, se le dejó pasar a Tolosa; y todavía tuvo que sufrir tres detenciones por sospechoso, antes de alcanzar el Rosellón.

[7] Osuna tenía facultad de proceder contra Venecia, con tal de que el nombre del rey no se mezclara en el asunto. Venecia mantenía, bajo cuerda, al duque de Saboya contra España. Osuna enviaba a Quevedo a Roma, en abril de 1617, para protestar fidelidad al Papa y, so pretexto de obtener su alianza contra el turco, lograr su apoyo para apoderarse de Venecia. Osuna persistió en su empresa, aunque nunca pudo contar con el Papa. Pero dentro de Nápoles se había formado un partido de oposición cuya fuerza crecía al crecer las complicaciones del negocio veneciano. Tuvo, pues, Quevedo que volver a la corte (Madrid) en mayo de 1617, llevando unos doscientos mil ducados, para defender la política del duque. El rey le concedió plena libertad. Sobre la no disimulada avaricia con que recibió la corte a Quevedo, hay testimonio en alguna de sus bien conocidas cartas. Quevedo fue condecorado con la cruz de Santiago y volvió a Italia con una pensión de 200 ducados mensuales. Disfrazado de mendigo, a fines de mayo de 1618, apareció por Venecia en momentos en que, descubierta la conspiración fraguada por el duque de Osuna, el marqués de Bedmar —embajador de España— y D. Pedro de Toledo, gobernador de Milán, pudo ello costarle la vida. El consejo de los Diez hizo quemar la efigie de Quevedo el 20 de junio. El fracaso puso a Osuna en la necesidad de defenderse de nuevo en la corte; pero a la sazón la caída de Lerma y de Calderón tenía a sus amigos muy preocupados. Quevedo se mostró algo impaciente, disgustó a los que debió haber ganado y, vuelto precipitadamente a Nápoles, comprendió que había pasado la hora de su privanza, y se alejó antes de que le alejaran. Más tarde, procesado Osuna, Quevedo supo mantener una digna reserva.

[8] Santa Teresa fue canonizada en 1622, y en 1626 las Cortes pidieron que fuera declarada patrona de

España. La idea había aparecido desde 1617 y, a instancias de los carmelitas, el Papa reconoció el patronato de Santa Teresa por breve de 31 de julio de 1627. Los partidarios del patronato exclusivo de Santiago se habían alzado contra esta proclamación, y Quevedo terció en la disputa defendiendo el punto de vista conservador y tradicional. Escribió cartas y opúsculos de gran resonancia *(Memorial por el patronato de Santiago*, 1628); pero los carmelitas movieron sus armas contra él, y al fin se le desterró de la corte. Entonces escribió *Su espada por Santiago, sólo único patrón de las Españas*, obra publicada por primera vez por Aureliano Fernández Guerra en la Biblioteca Rivadeneyra, vol. XLVIII.

[9] Quevedo es encerrado en su Torre de Juan Abad. En 1623 figura como escritor agregado a la corte. Publica en Zaragoza la *Política de Dios*, los *Sueños* y *El Buscón* (1626); en 1628 vuelve a ser confinado a su Torre; y en 1632, por influencia de Olivares, Felipe IV le da el puesto meramente honorífico de secretario.

[10] *Panegírico a la majestad del rey... Don Felipe IV*.

[11] *Hist. de las ideas estéticas en España*, II, cap. x. Ver AR, *El cazador, OC*, III, pp. 131-133: "Los huesos de Quevedo".

[12] *Al margen de los clásicos*.

[13] E. Mérimée, *Essai sur la vie et les oeuvres de Francisco de Quevedo*, p. 4.

[14] *Obras de Quevedo* publicadas por la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, 1, pp. 9-10.

[15] "La significación de Quevedo", *La Vanguardia*, diario de Barcelona, 3 de julio de 1917.

GRACIÁN

* En Baltasar Gracián, *Tratados. El héroe. El discreto. El oráculo*, Alfonso Reyes (ed. y pról.), Madrid, Casa Editorial Calleja, 1918, pp. 7-18. También en *OC*, VI, pp. 136-146. [E.]

[1] Adolph Coster, "Baltasar Gracián (1601-1658)", *Revue Hispanique*, 1913, tomo XXIX. Ver cap. siguiente del presente libro [*OC*, VI, pp. 147-161 (E.)].

[2] Sobre la diferencia entre el "conceptismo" y el "culteranismo" —otra tendencia revolucionaria de la época— algo se ha dicho en páginas anteriores.

EN BUSCA DE GOYA

* En *Nosotros*, Buenos Aires, núm. 13, abril de 1937, pp. 363-367. También en *OC*, II, pp. 235-239. [E.]

[1] El rico volumen de Ramón Gómez de la Serna es de 1928.

GINER DE LOS RÍOS

* En AR, *Cartones de Madrid (1914-1917)*, México, Cultura, 1917, pp. 93-99. También en *OC*, II, pp. 88-90. [E.]

GALDÓS

* En *Cuadernos Americanos*, México, núm. 4, vol. X, julio-agosto de 1943, pp. 234-239. También en *OC*, VI, pp. 332-337. [E.]

TRIBUTO EN MEMORIA DE MENÉNDEZ Y PELAYO

* Texto escrito por Alfonso Reyes para leerse en el programa radiofónico *(La Hora Nacional)* con el que se inauguró la XI Anualidad de la Escuela de Verano de la Universidad de Nuevo León, Monterrey, N. L., domingo 1º de julio de 1956. Inédito. Cortesía de Alfonso Rangel Guerra. [JLM] [En *OC*, XXII, pp. 860-861 (E.).]

MIS RELACIONES CON UNAMUNO

* En AR, *Marginalia. Segunda serie, 1909-1954*, México, Tezontle, 1954, pp. 49-52. También en *OC*, XXII, pp. 200-203. [E.]

APUNTES SOBRE VALLE-INCLÁN

* En AR, *Los dos caminos. Cuarta serie de "Simpatías y diferencias*", Madrid, Tipografía Artística, 1923, pp. 73-91. También en *OC*, IV, pp. 276-286. [E.]

[1] *Revista de Filología Española*, Madrid, VI, octubre-diciembre de 1919, cuaderno 4º, pp. 389-391.

[2] Ver, más adelante, en este mismo volumen *[OC*, IV (E.)], "Algo más sobre Valle-Inclán", pp. 405-406.

[3] Con anterioridad a estos apuntes, he publicado algunas notas sobre Valle-Inclán: "Valle-Inclan, teólogo", en los *Cartones de Madrid;* "La parodia trágica" (a propósito de *Divinas palabras*), y "Bradomín y Aviraneta", *Segunda serie de "Simpatías* y *diferencias*". Ver, en este tomo, pp. 100-106 y 122-124 [*OC*, IV (E.)]; y "Un libro juvenil de Valle-Inclán", *Marginalia*, 2ª serie, México, 1954, pp. 34-36. Ver en este tomo IV, pp. 405-406, "Algo más sobre Valle-Inclán".

RASGOS DE AZORÍN

* Aquí se publica únicamente este apartado, que forma parte de un texto mayor titulado *Apuntes sobre Azorín*. En AR, *Los dos caminos. Cuarta serie de "Simpatías y diferencias*", Madrid, Tipografía Artística, 1923, pp. 9-14. También en *OC*, IV, pp. 241-244. [E.]

[1] Escrito en 1915.

[2] Vuelvo sobre estos temas en el artículo "Sobre el disimulo del yo", escrito en marzo de 1950 (*Marginalia*, 1ª serie, México, 1952, p. 99).

[3] Garcilaso.

ANTONIO MACHADO

* *España Peregrina*, México, núm. 2, 1940. [También en *OC*, VIII, pp. 123-124 (E.).]

RECUERDO DE AZAÑA

* En AR, *De viva voz, 1920-1947*, México, Editorial Stylo, 1949, pp. 170-176. También en *OC*, VIII, pp. 171-175. [E.]

[1] Ver *OC*, II, pp. 273-274, "Historia documental de mis libros", cap. XIII, II, 2 *(Universidad de México*, vol. XI, núm. 12, agosto de 1957), y en este mismo tomo VIII [de *OC* (E.)], p. 135, *n.*

CANTATA1*.
En la tumba de Federico García Lorca

* En AR, *La vega y el soto, op. cit.*, pp. 210-215. También en *OC*, X, pp. 164-169. [E.]

CRISIS PRIMERA: LA SALVACIÓN DEL HÉROE

* Aquí se publica únicamente el primer apartado de un texto más amplio titulado *Apuntes sobre José Ortega y Gasset*. En AR, *Los dos caminos. Cuarta serie de "Simpatías y diferencias*", Madrid, Tipografía Artística, 1923, pp. 41-46. También en *OC*, IV, pp. 258-261. [E.]

JOSÉ MORENO VILLA EN MÉXICO

* En AR, *Marginalia. Primera serie, 1946-1951*, México, Tezontle, 1952, pp. 27-30. También en *OC*, XXII, pp. 39-41. [E.]

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

* En AR, *Tercera serie de "Simpatías y diferencias*", Madrid, Suc. de E. Teodoro, 1922, pp. 85-104. También en *OC*, IV, pp. 183-191. [E.]

MONTAIGNE Y LA MUJER

* En AR, *El cazador. Ensayos y divagaciones (1911-1920)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1921, pp. 81-92. También en *OC*, III, pp. 171-179. [E.]

[1] Muchos años después hallo confirmadas mis sospechas: Maurice Rat, "Du nouveau sur l'auteur des 'Essais'. Malgré Aristote et Platon, Montaigne jut plutôt malheureux en ménage", artículo publicado en *Le Figaro Littéraire*, París, 13 de marzo de 1954.

DE SHAKESPEARE, CONSIDERADO COMO FANTASMA

* En AR, *Primera serie de "Simpatías y diferencias*", Madrid, Suc. de E. Teodoro, 1921, pp. 33-41. También en *OC*, IV, pp. 26-29. [E.]

[1] Hoy no podríamos pasar por alto la obra de Abel Lefranc, *A la découverte de Shakespeare*, París, Albin Michel, 2 vols., 1945-1950.

SOBRE LA SIMETRÍA
EN LA ESTÉTICA DE GOETHE

* En AR, *Cuestiones estéticas*, París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, Librería Paul Ollendorff, 1911, pp. 133-139. También en *OC*, I, pp. 86-88. [E.]

* En *OC*, XXV, pp. 130-142. [E.]

[1] Viélé-Griffin, "Le rôle de Stéphane Mallarmé", *L'Ermitage*, marzo de 1898, p. 175. Rémy de Gourmont, *Promenades littéraires*, 3ª serie, París, Mercure de France, 1909, p. 79. C. Mauclair, *Princes de l'esprit*, París, Ollendorff, 1921; en "L'esthétique de Stéphane Mallarmé", *L'Art en silence*, París, Ollendorff, 1901, pp. 72 y ss. Mauclair ahonda más en el espíritu del poeta.

[2] Gourmont, *Promenades littéraires*, 5ª serie, p. 255.

[3] A. Paz y Melia, *Sales españolas o agudezas del ingenio nacional*, 2ª serie, Madrid, 1902, p. 297: "Carta de un amigo de don Luis de Góngora, y respuesta de éste". (Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 381, copia del siglo XVII, no siempre legible.) Se admite que esta carta está dirigida a Lope de Vega.

[4] A. Poizat, *Le symbolisme*, París, Renaissance du Livre, 1919, p. 88. Camille Soula, *La poésie et la pensée de Stéphane Mallarmé: Le symbolisme de la chevelure*, París, Champion, 1926, p. 24. Soula escribe en su prefacio: "Estoy cansado de oír las inepcias que se han dicho a propósito de la oscuridad de Mallarmé".

[5] M. Menéndez y Pelayo, *Ideas estéticas*, V, 1903, p. 197.

[6] Albert Thibaudet, *La poésie de Stéphane Mallarmé*, París, Gallimard, 1912.

[7] AR, *Cuestiones estéticas*, París, Ollendorff, 1910, pp. 143-146.

[8] P.-J. Jouve, "La langue de Mallarmé", *Stéphane Mallarmé, essais et témoignages*, Neuchâtel, à la Braconnière, 1942, p. 28.

[9] Ch. Chassé, "Lueurs sur Mallarmé", *Renaissance*, 1º de abril de 1946.

[10] AR, "A propos des *Vers de circonstance* de Mallarmé", *Les Nouvelles Littéraires*, París, 10 de diciembre de 1932.

[11] P. Claudel, *Positions et propositions*, París, Gallimard, 1928, p. 201.

[12] S. Mallarmé, "Ouverture", *Nouvelle Revue Française*, 1º de noviembre de 1926, *Contes indiens*, París, Carteret, 1927. C. Cuénot, *Mercure de France*, 25 de noviembre de 1938. Ver además: J. Scherer, "Notes sur les *Contes indiens* de Mallarmé", *Mercure de France*, 1º de abril de 1938, p. 102.

[13] Los tres primeros, en *Le Manuscrit autographe*, mayo-junio de 1924; el cuarto, en la *Revue de France*, 1930, I, p. 74.

[14] M. Auriant, "Sur de veras retrouvés de Stéphane Mallarmé", *Nouvelle Revue Française*, 1º de mayo de 1933, p. 836.

[15] S. M., *La Dernière Mode*, S. A. Rhodes (Introducción), Nueva York, Institute of French Studies, 1933. Consúltese J. Crépet, "Stéphane Mallarmé, chroniqueur de Modes", en *Le Figaro*, 9 de febrero de 1933. R. de Gourmont, "*La Dernière Mode* de Stéphane Mallarmé", *Promenades littéraires*, 2ª serie.

[16] E. Noulet, *L'Œuvre poétique de Stéphane Mallarmé*, París, Droz, 1940, p. 37.

[17] *Œuvres complètes*, París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1945, 1 654 pp.

[18] *Revue de Deux Mondes*, 1º de octubre de 1923, pp. 659-675.

[19] *Revue Universelle*, 1º de noviembre de 1923, pp. 289-306. Ver también: Gabriel Faure, *Lettres de Mallarmé à Aubanel et Mistral, précédées de "Mallarmé à Tournon"*, París, Maison du Livre, 1924.

[20] Ch. Chassé, *Mercure de France*, 15 de abril y 1º de mayo de 1924. El bibliófilo M. Cauquet proporcionó una "Lettre inédite... à Paul Verlaine au lendemain de la publication des *Poètes maudits", Les Nouvelles Littéraires*, 13 de octubre de 1923, p. 3, col. 2ª. "Autobiographie: Lettre à Verlaine", París, A. Messein, 1924.

[21] Stéphane Mallarmé, *Propos sur la poésie*, recopilación y presentación de Henri Mondor, Mónaco, Éditions du Rocher, 1945.

[22] Estas cartas fueron dadas antes a la estampa en el *Catalogue d'autographes et d'éditions originales d'auteurs modernes composant la bibliothèque de Jean Lahor*, Giraud-Badin, 1935. Los pasajes sobresalientes han encontrado su sitio en la obra de Mondor, *Vie de Mallarmé*, París,

Gallimard, 1941-1942.

[23] *L'Amitié de Verlaine et de Mallarmé*, París, Gallimard, 1940.

[24] *Une amitié exemplaire : Villiers de l'Isle-Adam et Mallarmé*, París, Mercure de France, 1942.

[25] Regnier, *Figures et caractères*, París, Mercure de France, 1901; *Nos rencontres*, París, Mercure de France, 1931, etc. L. Dauphin, *Regards en arrière;* Béziers, *L'Héraut*, 21 de febrero y 6, 13 y 27 de marzo de 1912; Montesquiou, *Dyptique de Flandre, Tryptique de France*, París, Chiberre, 1921; G. Moore, *Les Nouvelles Littéraires*, 13 de octubre de 1923, y en sus libros *Confessions of a Young Man*, 1888, y *Avowals*. Viélé-Griffin, *Mercure de France*, 170 (1924), p. 22; Kahn, *Silhouettes littéraires*, París, Edit. Montaigne, 1925.

[26] *Le Soleil des morts*, París, Ollendorff, 1916, obra firmada en 1897.

[27] Mauclair, *Mallarmé chez lui*, Grasset, 1935. Bonniot, *Les Mardis de Mallarmé*, Les Marges, enero de 1936.

[28] Chassé, "Mallarmé universitaire", *Mercure de France*, 1º de octubre de 1912, pp. 499 y ss. Royère, *Mallarmé*, París, Messein, 1931. Fabureau, *Stéphane Mallarmé: Son œuvre*, París, *Nouvelle Revue Critique*, 1933.

[29] Parcialmente publicado en la revista *Sur*, Buenos Aires, núm. 9, julio de 1934, pp. 114-151, y núm. 26, noviembre de 1936, pp. 43-52.

[30] K. Wais, *Mallarmé. Ein Dichter des Jahrhundert-Endes*, Munich, Beck, 1938.

[31] Mondor, *Mallarmé plus intime*, París, Gallimard, 1944, p. 247.

[32] A. Cazalis, 14 de mayo de 1867; Mondor, *Propos sur la poésie*, p. 76. Al mismo, 18 de julio de 1868, *ibid.*, p. 83. Al mismo, 3 de marzo de 1871, *ibid.*, p. 93.

[33] Mallarmé, *Œuvres complètes*, p. 662.

[34] "Le livre, instrument spirituel", *Œuvres complètes*, p. 378.

[35] *Les Dates et les Œuvres*, 3ª ed., París, Crès, 1923.

[36] *Ibid.*, p. 235.

[37] *La Vie littéraire*, París, Calmann-Lévy, 1888, II, p. 173.

[38] *Élucidation du poème de Stéphane Mallarmé: "Un Coup de Dés jamais n'abolira le Hasard*", Neuchâtel, Aux Ides et Calendes, 1943.

[39] M. Fabureau, *Stéphane Mallarmé: son œuvre*, p. 87.

[40] *L'Aliénation poétique. Rimbaud, Mallarmé, Proust*, París, Jarrin, 1946.

[41] *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, núm. 39 (1927), p. 620.

[42] Introducción a Arthur Ellis, *Stéphane Mallarmé in English verse*, Londres, J. Cape, 1927, p. 60.

LAS "NUEVAS NOCHES ÁRABES" DE STEVENSON

* *Biblos*, México, marzo de 1913. Ver *OC*, I, apénd. núm. 12. [También en *OC*, XII, pp. 11-18 (E.).]

[1] Como parece haber sido el caso con la célebre *Isla del tesoro*, a raíz de su publicación en el periódico de Henderson *Our Young Folks' Weekly Budget*, más tarde abreviado en *Young Folks*.

LA ÚLTIMA MORADA DE PROUST

* *Valoraciones*, La Plata, mayo de 1928. [También en *OC*, XII, pp. 66-68 (E.).]

[1] M. Proust, *Quatre lettres… à ses concierges*, Skira, 1945. Ver también G. Rivane, *Influence de l'asthme sur l'œuvre de Marcel Proust*, París, La Nouvelle Édition, 1945.

PAUL VALÉRY CONTEMPLA A AMÉRICA

* En AR, *Última Tule*, México, Imprenta Universitaria, 1942, pp. 167-170. También en *OC*, XI, pp. 103-105. [E.]

IFIGENIA CRUEL
Poema dramático

* En AR, *Ifigenia cruel. Poema dramático, con un comentario en prosa*, Madrid, Editorial Saturnino Calleja, 1924. También en *OC*, X, pp. 311-359. [E.]

FASTOS DE MARATÓN

* Discurso de ingreso en la Academia Mexicana correspondiente de la Academia de la Lengua Española. Fragmento leído en la ceremonia pública el 19 de abril de 1940. [En AR, *Junta de sombras. Estudios helénicos*, México, El Colegio Nacional, 1949, pp. 144-167. También en *OC*, XVII, pp. 350-370 (E.).]

LA ESTRATEGIA DEL "GAUCHO" AQUILES

* El 27 de diciembre de 1943 escribía Reyes en su *Diario:* "... y completo con otras cosas nuevas ('El mito de Protágoras', 'La estrategia del «gaucho» Aquiles', etc.) el libro en preparación *Junta de sombras*" (vol. 9, fol. 85). Según las "Notas bibliográficas" del propio Reyes, apareció antes en *Todo*, México, 10 de febrero de 1944, núm. 544, p. 6. [EMS] [También en *OC*, XVII, pp. 254-259 (E.).]

ASPECTOS DE LA LÍRICA ARCAICA

* *Cuadernos Americanos*, México, marzo-abril de 1944, año III, vol. XIV, núm. 2, pp. 209-224, ilus. [EMS] [También en *OC*, XVII, pp. 309-324 (E.).]

LA HELENIZACIÓN DEL MUNDO ANTIGUO

* En *Memoria de El Colegio Nacional*, t. III, núm. 3, 1948, pp. 141-166. También en *OC*, XX, pp. 165-186. [E.]

[1] *La crítica en la edad ateniense* (600 a 300 a.C.), 1941, ahora en *OC*, XIII, p. 20. [EMS]

[2] *La antigua retórica*, 1942, *OC*, XIII, pp. 347-558. [EMS]

[3] Se entenderá que las fechas sin indicación especial son todas anteriores a la Era Cristiana. Más adelante se harán siempre las indicaciones.

[4] AR, "Vermeer y la novela de Proust", *Grata compañía*, México, 1948, en *OC*, XII, pp. 60-65. [EMS]

[5] "Alessandria" (A Giuseppe Regaldi quando pubblicò *L'Egitto*), en sus *Odi barbare* (1877), en el ejemplar de *Poesie* (Bologna, Nicola Zanichelli, 1909), p. 811, que Reyes poseía. [EMS]

[6] Véase AR, *El Polifemo sin lágrimas*. La "Fábula de Acis y Galatea". Libre interpretación del texto de Góngora. Madrid, Aguilar, 1961, p. 93. [EMS]

[7] W. W. Tarn, *Alexander the Great and the Unity of Mankind*, 1933.

[8] M. Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Hellenistic World*, Oxford, 3 vols.

[9] La crítica en la edad ateniense, § 35, OC, XIII, p. 32. [EMS]

[10] *La antigua retórica*, III, 4, *OC*, XIII, pp. 404-405. [EMS]

[11] *La crítica en la edad ateniense*, §§ 512-542, *OC*, XIII, pp. 323-339, *y Junta de sombras* (1949), pp. 248-259: "Un ateniense del siglo IV a.C.", que con el título de "Un ateniense cualquiera" figura en el vol. XIII de *OC* y se suprime por este motivo en el vol. XVII, que reimprime *Junta de sombras*. [EMS]

[12] Con respecto a Atenas, las disputas entre los Sucesores, a la muerte de Alejandro, puede resumirse así: el duelo se entabla entre los generales macedonios y los Tolomeos de Alejandría. Las demás ciudades, para mantener su independencia, se apoyan en éstos o aquéllos y, poco después, en el nuevo poder de Roma. Ya dominan las oligarquías, ya las democracias. La conflagración se extiende hasta Oriente. Atenas, tras luchar por su independencia, se entrega al macedonio Antípatro (Paz de Demades, 322), quien se adueña de toda Grecia y la somete al régimen aristocrático. Su sucesor, Polipercón, para asegurarse la cooperación ateniense, restablece la democracia (319). Es derrocado por el aristócrata Casandro, hijo de Antípatro, que deja como regente de Atenas a Demetrio Faléreo. Antígono de Asia y Tolomeo lo combaten con la ayuda de las ciudades etolias. El hijo de Antígono, Demetrio Poliorceta, derriba a Demetrio Faléreo y se declara libertador de Grecia, contra los macedonios (307). Atenas, con ayuda de la Liga Etolia, derrota una intentona de Casandro. Poco después de la muerte de éste, Demetrio Poliorceta establece su dinastía en Macedonia (295), y con ella la influencia preponderante sobre Atenas, que hereda su hijo Antígono Gonatás. Pero entonces Tolomeo Evergeta disputa a los macedonios el predominio en Atenas y el Peloponeso, de los cuales se ha declarado protector (263). Con su ayuda y la de Lacedemonia, Atenas intenta una vez más, aunque en vano, arrancarse de Macedonia (guerra de Cremónides), y luego asume cierta actitud indiferente. Entretanto, el Peloponeso, donde Macedonia trata de imponer a los tiranos, resiste todavía. Arato de Sición restablece la democracia (251), asume la presidencia de la Liga Aquea, expulsa a los macedonios de casi todo el Peloponeso, se apodera de Corinto e inútilmente procura la alianza de los atenienses y aun el soborno de su regente macedonio. Arato encuentra dentro de Esparta misma la oposición del rey Cleómenes, empeñado en reponer la antigua constitución y la hegemonía espartana en el Peloponeso. Arato pide entonces ayuda a sus enemigos tradicionales. Antígono Dosón y Filipo V de Macedonia le ayudan a vencer a Cleómenes (221), pero se adueña de toda la región griega hasta Corinto. Por fin, el año 200, Roma viene a libertar a Atenas del yugo macedonio, pero para imponerle el propio.

[13] *OC*, IX, p. 193. [EMS]

[14] M. C. Paparrigopoulo, *Histoire de la civilisation hellénique*.

[15] Sobre los mss. aristotélicos, *La crítica en la edad ateniense*, § 332, *OC*, XIII, pp. 207-208. [EMS]

[16] Paul Verlaine (1844-1896), *Sagesse* (1881), X, vers. 2: "C'est vers le Moyen Âge, énorme et

délicat" (comunicación de Andrés Henestrosa). Reyes citó la frase en varias ocasiones, como en el presente volumen (*OC*, XX), p. 394. [EMS]

HOMERO EN CUERNAVACA
[1948-1951]

* En AR, *Homero en Cuernavaca*, México, Tezontle, 1952. También en *OC*, X, pp. 403-419. [E.]
[1] *Ilíada*, XV, 101.
[2] *Ibid.*, IV, 320.
[3] *Ibid.*, V, 902-904.
[4] *Ibid.*, VI, 146.
[5] Ibid, VI, 357-358.
[6] Ibid, IX, 312-313.

MI IDEA DE LA HISTORIA.

* Monterrey, septiembre de 1949. Se aprovecharon algunas páginas ya publicadas en *Los trabajos y los días*. [En AR, *Mi idea de la historia*, Monterrey, Colección Camelina, 1949. También en *OC*, XXII, pp. 204-217 (E.).]

MÉXICO EN UNA NUEZ

* Leído en Buenos Aires, Teatro Cine Rivadavia, festival de Amigos de la República Española, 3 de noviembre de 1937. [En AR, *Norte y sur (1925-1942)*, México, Editorial Leyenda, 1944, pp. 48-68. También en *OC*, IX, pp. 42-56 (E.).]

PRÓLOGO A FRAY SERVANDO

* Fray Servando Teresa de Mier, *Memorias*..., Madrid, Editorial América (Biblioteca Ayacucho, bajo la dirección de don Rufino Blanco-Fombona), 1917, 4º, XXII + 430 pp. [El prólogo que aquí se publica, también en *OC*, IV, pp. 544-557 (E.).]

[1] O 1763, según resulta de una lectura más correcta.

[2] Véanse algunos párrafos en F. Pimentel, *Obras completas*, t. V, México, 1904, pp. 467 y ss.

[3] *México a través de los siglos*, t. IV, 170 b.

[4] Esta "Bibliografía" ha sido ya superada por las investigaciones posteriores. —Lo mismo digo para las notas que constan en el apéndice.—1950.

[5] Véanse "Dos obras reaparecidas de Fray Servando", *Reloj de sol*, en este mismo tomo [*OC*, IV (E.)], pp. 469-472.

[6] Sobre los orígenes de esta tradición consúltese J. García Icazbalceta: *Carta acerca del origen de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, de México... al Ilmo. Sr. Arzobispo D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, 1883;* publicada en México, 1896.

JUSTO SIERRA Y LA HISTORIA PATRIA

* Prólogo a Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, México, La Casa de España en México, 1940. [También en *OC*, XII, pp. 242-255 (E.).]

[1] ¡Publicado por la Universidad Nacional de México en 1922!

EL "PORFIRIATO"

* En *Revista de Revistas*, México, 27 de junio de 1954, pp. 6-7. También en *OC*, XXII, pp. 437-439. [E.]

CHESTERTON Y LA HISTORIA INGLESA

* *Índice*, Madrid, núm. 3, 1921, y núm. 4, 1922. [También en *OC*, XII, pp. 46-59 (E.).]

[1] "Julius Caesar's ship arrive / From Gaul in B. C. Fifty-Five. / No doubt our cooks were better then; / For the next year he came again. / Time passed till A. D. Forty-Three. / Again the Romans here we see, / For peaceful ends. / Until at last, A. D. four ten, / They call the legions home again. / Darkness descends." Geoffrey Moss, *A Box of Dates for Children*, Londres, Cobden-Sanderson.

SOBRE EL SISTEMA HISTÓRICO DE TOYNBEE

* En AR, *Sirtes (1932-1944)*, México, Tezontle, 1949, pp. 195-207. También en *OC*, XXI, pp. 235-240. [E.]

DE LA LENGUA VULGAR

* En AR, *El cazador. Ensayos y divagaciones (1911-1920)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1921, pp. 126-139. También en *OC*, III, pp. 141-150. [E.]

[1] Los pasajes sobre el "lenguaje animal" han sido aprovechados después en "Las jitanjáforas" *(La experiencia literaria)*, y también en "Adán y la fauna", *Marginalia*, 2ª serie.—1953.

DE LA TRADUCCIÓN

* En AR, *La experiencia literaria (coordenadas)*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1942, pp. 141-155. También en *OC*, XIV, pp. 142-156. [E.]

[1] Hay otro problema de traducción interior o de rivalidad interior. Ver Adolfo Costa du Rels, *El drama del escritor bilingüe*, Buenos Aires, P.E.N. Club, 1941.

[2] En la traducción del *Viaje sentimental*, de Sterne, edición Calpe, Biblioteca Universal, me afearon el prólogo con deplorables erratas: "Falcoubridge" por "Falconbridge"; "Smelfurgus" por "Smelfungus"; "novelitas de la vida doméstica" por "novelistas"; y lo peor es que, en varios lugares, se habla de "Mr. Draper" en vez de "Mrs. Draper", con quien Sterne tuvo amores. [Véase *OC*, IV, p. 295 (EMS).]

[3] AR, "Los libros de notas", *El cazador*, Madrid, 1921. [*OC*, III, pp. 154-156 (EMS).]

[4] *Revista de Occidente*, Madrid, agosto de 1932; ensayo publicado simultáneamente en francés, en la *Revue de Litterature Comparée*, París, julio-septiembre del propio año, trad. M. Pomès. Incorporado todo ello en el volumen *Mallarmé entre nosotros*, Buenos Aires, Destiempo, 1938 [2ª ed., México, Tezontle, 1955 (EMS)]. En *Monterrey*, Rio de Janeiro, octubre de 1931 [núm. 6, pp. 1-3 (EMS)], recogí las reflexiones de Jorge Guillén y Mariano Brull, y su correspondencia en torno a la traducción de *El cementerio marino* que ambos llevaron a buen término por aquellos días.

[5] Madrid, 1924. *OC*, II, p. 278. [EMS]

[6] *OC*, VII, p. 153. [EMS]

[7] Recuérdese la *Paráfrasis de Horacio*, con temas modernos, en el *Crucero* de Genaro Estrada. [México, 1928. El texto completo de Salomón de la Selva fue reproducido por Alfonso Reyes en *Monterrey*, Rio de Janeiro, junio de 1936, núm. 13, pp. 6-7 (EMS).]

A VUELTA DE CORREO

* En AR, *A vuelta de correo*, Rio de Janeiro, edición de autor, mayo de 1932. También en *OC*, VIII, pp. 427-449. [E.]

[1] A los cinco años, la guerra y las continuas revueltas habían trastornado el espíritu de Atenas. Tucídides traza un vivo cuadro de esta disolución moral. "Aun el significado de las palabras —dice— no mantenía ya su relación regular con las cosas significadas." Y añade un poco más adelante: "Los hombres de inteligencia inferior por lo general tenían éxito, porque, conscientes de su deficiencia y temerosos de la capacidad de los adversarios —con quienes no hubieran podido medirse en discursos, y cuya agilidad mental podía en cualquier momento tomarles la delantera en la pugna contra el mal general—, atacaban con audacia y en orden de conjunto. Pero los hombres de inteligencia más aguda, presumiendo en su arrogancia que siempre llegarían a tiempo, y desdeñando los actos donde se satisfacían con los pensamientos, fácilmente fueron desmontados de su guardia y quedaron deshechos" (lib. III).

APOLO O DE LA LITERATURA

* *Sur*, Buenos Aires, diciembre de 1940 [año 10, núm. 75, pp. 52-69, con el título de "Sumario de la literatura". Nota manuscrita de AR (EMS)]. [También en *OC*, XIV, pp. 82-99 (E.).]

[1] "La vida y la obra", II de los *Tres puntos de exegética literaria*, en *OC*, XIV, p. 265. [EMS]

[2] Para evitar confusiones con la moderna "fenomenología" (Husserl), prefiero usar este término, que tiene antecedentes mexicanos en la *Lógica* de Porfirio Parra. [1856-1912; *Nuevo sistema de lógica inductiva y deductiva*, México, 1903. Esta nota, agregada a la segunda edición de la presente obra (Buenos Aires, 1952), explica la corrección del término "fenomenología" por "fenomenografía", en *La experiencia literaria, La crítica en la edad ateniense* y *El deslinde*, en los ejemplares anotados por Reyes (EMS).]

[3] Ver, en *El deslinde*, los desarrollos sobre el concepto de "lo ancilar". [Cap. II; *OC*, XV (EMS).]

[4] A. Guérard, *Preface to World Literature*, Nueva York, Henry Holt and Co., 1940.

[5] En el *Quijote*, I, XXXIII: "... cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer... y rodeamos dél más de treinta..." [Nota corregida y agregada a la edición de 1952 (EMS).]

[6] I. A. Richards, *Practical Criticism*, Nueva York, Harcourt, Brace and Co., 1939.

[7] Véase "La estrofa reacia del *Polifemo", OC*, VII, pp. 218-232, y *El "Polifemo" sin lágrimas*, Madrid, Aguilar, 1961, pp. 139-165. [EMS]

[8] Vasconcelos cita el verso de la *Epístola moral:* "Iguala con la vida el pensamiento", pero lo entiende al revés ¡y lo atribuye a Gracián! [Nota corregida y agregada a la edición de 1952 (EMS).]

[9] *OC*, VII, pp. 111, 193 y 231. [EMS]

LAS JITANJÁFORAS

* Publiqué "Las jitanjáforas" en la revista *Libra*, Buenos Aires, invierno de 1929 (número único); "Alcance a las jitanjáforas" en *1930: Revista de Avance*, La Habana, 15 de mayo de 1930; y algunas notas complementarias en mi correo literario, *Monterrey*, Rio de Janeiro, junio [núm. 1, p. 7 (EMS)] y octubre de 1930 [núm. 3, p. 7 (EMS)]. En este ensayo procedí a una refundición de aquellos textos para darles cierta unidad. [En AR, *La experiencia literaria (coordenadas)*, Buenos Aires, Losada, 1942, pp. 193-235. También en *OC*, XIV, pp. 190-230 (E.).]

[1] No conozco la monografía de S. G. Morley, "Color symbolism in Tirso de Molina", en *Romanic Review*, VIII, 1º, pp. 77 y ss. Me figuro que toma en cuenta la afición al verde. También en *Los cigarrales* el caballero que se acerca a Toledo lleva verdes "aderezos de monte".

[2] *Cf.* "Unas palabras de Díaz Mirón", núm. 53 del 1er. ciento de *Las burlas veras*, México, Tezontle, 1957, pp. 98-99. [EMS]

[3] La palabra "jitanjáfora", casualmente, va bien con metáfora, de la que viene a ser nuevo sesgo, y se presta a derivaciones fáciles, como la jitanjafuria propuesta y la jitanjaforia o acceso y flujo de jitanjáforas.

[4] El primero de los *Seis relatos* de Güiraldes, que Alfonso Reyes editó en Buenos Aires, 1929, como núm. 1 de los *Cuadernos del Plata*. [EMS]

[5] AR, "De la lengua vulgar", *El cazador*, Madrid, 1921. [*OC*, III, p. 147, y en "Adán y la fauna", de *Marginalia*, 2ª serie, México, Tezontle, 1953, pp. 120-125 (EMS).]

[6] Ver el de Rodrigo Caro en "Marsyas o del tema popular" [el segundo ensayo de *OC*, XIV, pp. 67-68 (EMS)].

[7] Entre otros muchos ejemplos, ver Afranio Peixoto, *Missangas*, S. Paulo, 1931, sobre tonadas populares y ensalmos curativos en el Brasil.

[8] Un apellido vascuence: Iturriberrigorrigoicoerrotaberricoechea.

[9] La versión primitiva agregaba: "y rebuzno la alemana".

[10] Del drama *Inocente y culpable*, de José Eloy Mieses y Jiménez (Santo Domingo, 1898). [El texto corregido y la referencia bibliográfica, en el ejemplar personal de Alfonso Reyes (EMS).]

[11] Ignoro la relación que tendrá con la jitanjáfora esta monografía que no he logrado consultar: Gunter Ipsen, "Zur Theorie des Erkennens. Untersuchungen über Gestalt und Sinn sinnloser Wörter", en *Neue Psychologische Studien*, 1926, I, pp. 279-472.

[12] El ruiseñor en John Lyly: "Jug, jug, jug, tereu".

[13] Juan Pérez Zúñiga lo explicaba a su modo: "Y digo *empujea* / para que se vea / que no es suerte floja / la del vate que inventa palabras / según se le antoja".

[14] ¿Sabe alguien lo que significa la palabra "chalimago"? De lo contrario, la inventó, sin avisárselo a nadie, el traductor de la *Alraune* o *Mandrágora*.

[15] Véase una última "Contribución a las jitanjáforas" en *De viva voz* (México, 1949). *OC*, VIII, pp. 211-212. [EMS]

[16] Véase la nota * de este ensayo. [EMS]

* En *OC*, XV, pp. 481-493. [E.]

[1] AR, *La crítica en la edad ateniense*, §§ 69, 217, 403, 415, 429 y 431. [*OC*, XIII, pp. 50, 130-131, 258, 265, 276 y 278, respectivamente (EMS).]

[2] Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, Oxford University Press, 1934, I, pp. 131-132. [EMS]

[3] P. Henríquez Ureña, *El teatro de la América española en la época colonial*, Buenos Aires, Cuadernos de Cultura Teatral, 1936, p. 10. [Ahora en su *Obra crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 698 (EMS).]

LA NOVELA

* Aquí se publica únicamente el análisis de la novela, que forma parte de "Las 'funciones formales' en particular", junto con el de poesía, *OC*, XV, pp. 472-477. [E.]

[1] Jules Romains, *Les hommes de bonne volonté*, vol. XVII. [EMS]

[2] *Cf. OC*, XV, p. 135. [EMS]

[3] *Cf. OC*, XV, p. 136. [EMS]

DEL CONOCIMIENTO POÉTICO

* En AR, *Al yunque (1944-1958)*, México, Tezontle, 1960, pp. 10-16. También en *OC*, XXI, pp. 251-257. [E.]

SOBRE LA NOVELA POLICIAL

* *Todo*, México, 4 de enero de 1945. [También en *OC*, IX, pp. 457-461 (E.).]

... Y LAS VERAS EN BURLAS

* En *Vida Universitaria*, Monterrey, 15 de mayo de 1956, p. 3. También en *OC*, XXII, pp. 663-664. [E.]

LOS NUEVOS CAMINOS DE LA LINGÜÍSTICA

* Discurso de Alfonso Reyes al tomar posesión de la dirección de la Academia Mexicana de la Lengua, el 17 de mayo de 1957. *Cuadernos Americanos*, México, julio-agosto de 1957, año XVI, núm. 4. *Memorias de la Academia Mexicana*, XVI, México, 1958. *Suplementos del Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1960, núm. 21, segunda serie. [JLM] [También en *OC*, XXV, pp. 440-450 (E.).]

NUESTRA LENGUA

* *Nuestra lengua*, Secretaría de Educación Pública, México, 1959. [También en *OC*, XXV, pp. 451-464 (E.).]

ÍNDICE GENERAL

Sumario
Prólogo
Semblanza de Alfonso Reyes

MEMORIA AUTOBIOGRÁFICA

Pasado inmediato
Días aciagos
1912-1914
Oración del 9 de febrero
Carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán
Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña [1914]
Carta de Alfonso Reyes a José Vasconcelos
[Diario, 1924]
[Diario, 1926]
[Diario, 1930]
[Diario, 1933]
[Diario, 1935]
Carta de Alfonso Reyes a Gabriela Mistral
Carta de Alfonso Reyes a Victoria Ocamo
Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña [1939]
Carta de Alfonso Reyes a Werner Jaeger

POESÍA

Romance de Monterrey
Glosa de mi tierra
Arte poética
Copacabana
Sol de Monterrey
Romances del Río de Enero
9 de febrero de 1913

Yerbas del tarahumara
Gaviotas
Infancia
Los caballos
Villa de Unión
Cerro de la Silla
San Ildefonso
Balada de los amigos muertos
Adiós

Ficciones

Silueta del indio Jesús
La cena
El suicida
El testimonio de Juan Peña
Entrevista presidencial

Cultura, educación y humanismo

Discurso por Virgilio
Atenea Política
Homilía por la cultura
Ciencia social y deber social
Discurso por la lengua
Cartilla moral

Letras mexicanas

Visión de Anáhuac
Tercer centenario de Alarcón
El *Periquillo Sarniento* y la crítica mexicana
Vicente Riva Palacio
Los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón
Tránsito de Amado Nervo
Croquis en papel de fumar
Notas sobre Jesús Acevedo
En memoria de Antonio Caso
Despedida a José Vasconcelos
La literatura mexicana bajo la Revolución

Nuestra América

Notas sobre la inteligencia americana
Sobre Buenos Aires
El Brasil en una castaña
Rubén Darío en México
Rodó
Evocación de Pedro Henríquez Ureña
El argentino Jorge Luis Borges

España y su literatura

El Arcipreste de Hita y su *Libro de buen amor*
Antonio de Nebrija
Quijote en mano
Sabor de Góngora
Silueta de Lope de Vega
Prólogo a Quevedo
Gracián
En busca de Goya
Giner de los Ríos
Galdós
Tributo en memoria de Menéndez y Pelayo
Mis relaciones con Unamuno
Apuntes sobre Valle-Inclán
Rasgos de Azorín
Antonio Machado
Recuerdo de Azaña
Cantata. En la tumba de Federico García Lorca
Crisis primera: la salvación del héroe
José Moreno Villa en México
Ramón Gómez de la Serna

De algunos escritores europeos

Montaigne y la mujer
De Shakespeare, considerado como fantasma
Sobre la simetría en la estética de Goethe
Mallarmé a distancia de medio siglo
Las *Nuevas noches árabes* de Stevenson
La última morada de Proust

Paul Valéry contempla a América

Afición por Grecia

Ifigenia cruel. Poema dramático
Fastos de Maratón
La estrategia del "gaucho" Aquiles
Aspectos de la lírica arcaica
La helenización del mundo antiguo
Homero en Cuernavaca

Historia

Mi idea de la historia
México en una nuez
Prólogo a Fray Servando
Justo Sierra y la historia patria
El "Porfiriato"
Chesterton y la historia inglesa
Sobre el sistema histórico de Toynbee

Teoría literaria

De la lengua vulgar
De la traducción
A vuelta de correo
Apolo o de la literatura
Las jitanjáforas
Orígenes de la obra literaria
La novela
Del conocimiento poético
Sobre la novela policial
... Y las veras en burlas
Los nuevos caminos de la lingüística
Nuestra lengua



Hay muchas maneras de acercarse a la obra de Alfonso Reyes. Esta antología general, preparada por el historiador Javier Garciadiego, tiene como principal mérito ofrecer al público del siglo XXI una vía franca, sencilla, a la literatura del gran escritor regiomontano. Dividida en once secciones —que alojan su producción autobiográfica; ejemplos de su poesía y sus ficciones; textos sobre cultura, educación y humanismo; ensayos en torno a las letras mexicanas, nuestra América o España y su literatura; valoraciones de algunos escritores europeos; testimonios de su afición por Grecia, por la historia y por la teoría literaria—, la presente edición no agrega más aparato crítico que el ya existente en los textos originales.

La selección que hace el reconocido investigador Garciadiego contribuye, desde la gran variedad de géneros y temas en los que se adentró Reyes, a la difusión de los textos de aquel a quien Borges definió como "uno de los mayores escritores de las diversas literaturas cuyo instrumento es el español". Además contiene material de su diario y de su correspondencia con otras figuras de la intelectualidad de la época: Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, Gabriela Mistral, Victoria Ocampo, Pedro Henríquez Ureña y Werner Jaeger.

Como bien menciona el compilador, "a falta de un libro emblemático, orgánico y autónomo, como los tienen todos los otros grandes escritores mexicanos, Alfonso Reyes fue más bien autor de toda una obra, inmensa y hasta podría decirse que inabarcable". Esta nueva compilación permitirá al lector adentrarse, sin dilación, en las magníficas letras de uno de nuestros escritores mayores, quien prefería definirse, humildemente, como "un hijo menor de la palabra".

FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

www.fondodeculturaeconomica.com

Índice

Sumario 6
Prólogo 8
Semblanza de Alfonso Reyes 15
MEMORIA AUTOBIOGRÁFICA 26
- Pasado inmediato 27
- Días aciagos 51
- 1912-1914 55
- Oración del 9 de febrero 61
- Carta de Alfonso Reyes a Martín Luis Guzmán 71
- Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña [1914] 79
- Carta de Alfonso Reyes a José Vasconcelos 83
- [Diario, 1924] 86
- [Diario, 1926] 92
- [Diario, 1930] 94
- [Diario, 1933] 97
- [Diario, 1935] 98
- Carta de Alfonso Reyes a Gabriela Mistral 99
- Carta de Alfonso Reyes a Victoria Ocamo 102
- Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña [1939] 104
- Carta de Alfonso Reyes a Werner Jaeger 106

POESÍA 107
- Romance de Monterrey 108
- Glosa de mi tierra 110
- Arte poética 112
- Copacabana 113
- Sol de Monterrey 115
- Romances del Río de Enero 117
- 9 de febrero de 1913 133
- Yerbas del tarahumara 134
- Gaviotas 137
- Infancia 139
- Los caballos 142

Villa de Unión 147
Cerro de la Silla 155
San Ildefonso 156
Balada de los amigos muertos 160
Adiós 162
FICCIONES 163
Silueta del indio Jesús 164
La cena 167
El suicida 173
El testimonio de Juan Peña 182
Entrevista presidencial 190
CULTURA, EDUCACIÓN Y HUMANISMO 195
Discurso por Virgilio 196
Atenea Política 211
Homilía por la cultura 226
Ciencia social y deber social 239
Discurso por la lengua 253
Cartilla moral 264
LETRAS MEXICANAS 281
Visión de Anáhuac 282
Tercer centenario de Alarcón 297
El Periquillo Sarniento y la crítica mexicana 302
Vicente Riva Palacio 309
Los Poemas rústicos de Manuel José Othón 312
Tránsito de Amado Nervo 325
Croquis en papel de fumar 352
Notas sobre Jesús Acevedo 354
En memoria de Antonio Caso 358
Despedida a José Vasconcelos 361
La literatura mexicana bajo la Revolución 363
NUESTRA AMÉRICA 366
Notas sobre la inteligencia americana 367
Sobre Buenos Aires 373
El Brasil en una castaña 377
Rubén Darío en México 384

Rodó 394
Evocación de Pedro Henríquez Ureña 397
El argentino Jorge Luis Borges 404
ESPAÑA Y SU LITERATURA 406
El Arcipreste de Hita y su Libro de buen amor 407
Antonio de Nebrija 412
Quijote en mano 417
Sabor de Góngora 424
Silueta de Lope de Vega 444
Prólogo a Quevedo 454
Gracián 460
En busca de Goya 468
Giner de los Ríos 471
Galdós 474
Tributo en memoria de Menéndez y Pelayo 479
Mis relaciones con Unamuno 481
Apuntes sobre Valle-Inclán 484
Rasgos de Azorín 492
Antonio Machado 495
Recuerdo de Azaña 497
Cantata. En la tumba de Federico García Lorca 501
Crisis primera: la salvación del héroe 507
José Moreno Villa en México 510
Ramón Gómez de la Serna 513
DE ALGUNOS ESCRITORES EUROPEOS 520
Montaigne y la mujer 521
De Shakespeare, considerado como fantasma 527
Sobre la simetría en la estética de Goethe 530
Mallarmé a distancia de medio siglo 532
Las Nuevas noches árabes de Stevenson 540
La última morada de Proust 546
Paul Valéry contempla a América 549
AFICIÓN POR GRECIA 551
Ifigenia cruel. Poema dramático 552
Fastos de Maratón 594

La estrategia del "gaucho" Aquiles 609
Aspectos de la lírica arcaica 613
La helenización del mundo antiguo 624
Homero en Cuernavaca 642
HISTORIA 658
Mi idea de la historia 659
México en una nuez 669
Prólogo a Fray Servando 680
Justo Sierra y la historia patria 690
El "Porfiriato" 700
Chesterton y la historia inglesa 703
Sobre el sistema histórico de Toynbee 713
TEORÍA LITERARIA 718
De la lengua vulgar 719
De la traducción 727
A vuelta de correo 737
Apolo o de la literatura 753
Las jitanjáforas 765
Orígenes de la obra literaria 796
La novela 806
Del conocimiento poético 810
Sobre la novela policial 816
… Y las veras en burlas 820
Los nuevos caminos de la lingüística 822
Nuestra lengua 830